



METODOLOGÍA DE LAS CIENCIAS DEL COMPORTAMIENTO



MÉTODOS  
Y TÉCNICAS CUALITATIVAS  
DE INVESTIGACIÓN  
EN CIENCIAS SOCIALES

COORDINADORES:  
JUAN MANUEL DELGADO  
JUAN GUTIÉRREZ



SINTESES  
PSICOLOGÍA



Proyecto Editorial  
SINTESES PSICOLÓGICA

Director:  
Juan María

Área de publicación

# MÉTODOS Y TÉCNICAS CUALITATIVAS DE INVESTIGACIÓN EN CIENCIAS SOCIALES

1998



Papeles JPO

PSICOLOGÍA EVOLUTIVA Y DE LA EDUCACIÓN  
Coordinador: Jesús Barrio

PSICOLOGÍA SOCIAL  
Coordinador: José M. Pérez





Primera reimpresión: octubre 1995

Diseño de cubierta: JV Diseño gráfico

Reservados todos los derechos. Está prohibido, bajo las sanciones penales y el resarcimiento civil previstos en las leyes, reproducir, registrar o transmitir esta publicación, íntegra o parcialmente, por cualquier sistema de recuperación y por cualquier medio, sea mecánico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o por cualquier otro, sin la autorización previa por escrito de Editorial Síntesis, S. A.

© Juan Manuel Delgado  
Juan Gutierrez

© EDITORIAL SÍNTESIS, S. A.  
Vallehermoso, 34. 28015 Madrid  
Teléfono (91) 593 20 98

Depósito legal: M. 23997-1995  
ISBN: 84-7738-226-3

Impresión: Lavel, S. A.  
Impreso en España - Printed in Spain



*A Jesús Ibáñez*



Papeles JPO



## ÍNDICE

|  |    |
|--|----|
| INTRODUCCIÓN .....                         | 25 |
| <i>Juan Gutiérrez, Juan Manuel Delgado</i> |    |

### PRIMERA PARTE: LA CONSTRUCCIÓN DEL CONTEXTO TEÓRICO CUALITATIVO

#### CAPÍTULO 1. LAS PERSPECTIVAS METODOLÓGICAS CUALITATIVA Y CUANTITATIVA EN EL CONTEXTO DE LA HISTORIA DE LAS CIENCIAS *Fernando Conde*

|   |    |
|---|----|
| 1.1. Las bases originarias de la polémica: sustantivismo pro-cualitativo <i>versus</i> formalismo pro-cuantitativo en la filosofía griega .....   | 53 |
| 1.2. Génesis de la modernidad occidental (protocapitalista) en la Baja Edad Media: la creación de las bases sociales y culturales para la matematización del mundo (Nivel Epistemológico) ..... | 55 |
| 1.2.1. Una primera transformación de lo cualitativo en cuantitativo (siglos XII y XIII) .....   | 58 |
| 1.2.2. La trascendencia de esta aceptación en la historia de las relaciones entre lo cualitativo y lo cuantitativo .....  | 59 |
| 1.3. La plenitud de la modernidad: Newton y la matematización de la Naturaleza (Nivel Teórico) .....  | 60 |
| 1.4. La construcción experimental de la metodología y de la tecnología (Boyle) para la producción de los "datos" y de los "hechos" (Nivel Metodológico) .....                                   | 62 |
| 1.5. Max Weber y la racionalización-formalización de lo social .....  | 64 |
| 1.6. La revisión del paradigma cuantitativista dominante: los nuevos desarrollos científicos .....  | 66 |



**CAPÍTULO 2. LAS PERSPECTIVAS METODOLÓGICAS CUALITATIVA Y CUANTITATIVA EN LAS CIENCIAS SOCIALES: DEBATE TEÓRICO E IMPLICACIONES PRAXEOLÓGICAS**

*Andrés Davila*

|        |  |    |
|--------|--|----|
| 2.1.   | La radicalización de la dicotomía cuantitativismo/cualitativismo .....   | 69 |
| 2.1.1  | Imperialismo cuantitativista .....   | 70 |
| 2.1.2. | Triunfalismo cualitativista .....  | 72 |
| 2.2.   | Diseños de investigación: diseño táctico cuantitativista <i>versus</i> diseño estratégico cualitativista ..... | 74 |
| 2.3.   | Actividades y dispositivos: de lo distributivo a lo dialéctico .....   | 78 |

**CAPÍTULO 3. LA CONFRONTACIÓN DE MODELOS Y NIVELES EPISTEMOLÓGICOS EN LA GÉNESIS E HISTORIA DE LA INVESTIGACIÓN SOCIAL**

*Alfonso Ortí*

|      |   |    |
|------|---|----|
| 3.1. | La complementariedad de los enfoques cualitativo-cuantitativo en el análisis de la realidad social: una complementariedad por deficiencia ..... | 87 |
| 3.2. | Las técnicas de investigación cualitativa como prácticas estratégicas de investigación social concreta .....                                    | 90 |
| 3.3. | El criterio de la adecuación metodológica en los modelos y niveles epistemológicos empleados en el análisis de la realidad social .....         | 91 |

**CAPÍTULO 4. PROCESOS E INSTANCIAS DE REDUCCIÓN/FORMALIZACIÓN DE LA MULTIDIMENSIONALIDAD DE LO REAL: PROCESOS DE INSTITUCIONALIZACIÓN/REIFICACIÓN SOCIAL EN LA PRAXIS DE LA INVESTIGACIÓN SOCIAL**

*Fernando Conde*

|        |  |     |
|--------|--|-----|
| 4.1.   | Las limitaciones de la actual polémica entre las perspectivas cualitativa y cuantitativa en la Investigación Social .....              | 100 |
| 4.2.   | Niveles más particulares y desagregados en la configuración de las distintas instancias o espacios de configuración de lo social ..... | 102 |
| 4.2.1. | La temporalización histórica .....   | 104 |
| 4.2.2. | La innominación/nominación .....   | 105 |
| 4.2.3. | La poliheterotopía .....   | 107 |
| 4.2.4. | La configuración simbólica .....   | 108 |
| 4.2.5. | La valoración simbólica .....  | 109 |
| 4.2.6. | La configuración semántica .....   | 110 |
| 4.3.   | Las topologías .....   | 112 |
| 4.3.1. | La dimensionalización referencial .....  | 113 |
| 4.3.2. | La estructuración significativa .....  | 114 |

|        |   |     |
|--------|---|-----|
| 4.4.   | El espacio euclídeo: el espacio plano y homogéneo de las cifras ..... | 115 |
| 4.4.1. | La denominación/denotación .....                                      | 116 |
| 4.4.2. | La distribución extensiva .....                                       | 117 |
| 4.4.3. | La escalación .....   | 117 |
| 4.4.4. | El recuento .....   | 118 |

## CAPÍTULO 5. METODOLOGÍA, CONTEXTO Y REFLEXIVIDAD. UNA PERSPECTIVA CONSTRUCTIVISTA Y CONTEXTUALISTA SOBRE LA RELACIÓN CUALITATIVO-CUANTITATIVO EN LA INVESTIGACIÓN SOCIAL

*Francisco J. Noya Miranda*

|        |   |     |
|--------|---|-----|
| 5.1.   | Introducción: sujeto, objeto y contexto .....   | 121 |
| 5.2.   | Filosofía y metodología de la reflexividad y el contexto .....  | 123 |
| 5.3.   | El análisis de contextos en la ISCUAN .....   | 127 |
| 5.4.   | El análisis de contextos en la ISQUAL .....   | 128 |
| 5.4.1. | Hermenéutica objetiva .....   | 129 |
| 5.4.2. | Método de las narrativas comparadas .....   | 129 |
| 5.4.3. | Análisis de contenido contextual .....  | 130 |
| 5.4.4. | Pragmática lingüística de la organización .....   | 130 |
| 5.4.5. | Metodología cuadrícula-grupo-manipulación (" <i>grid-group-manipulation</i> ") de análisis cultural ..... | 130 |
| 5.4.6. | Metodología de la policontextualidad .....  | 132 |
| 5.4.7. | Constructivismo ecológico .....   | 133 |
| 5.5.   | Conclusiones, precauciones, advertencias e "incorporaciones" .....  | 133 |
|        | Notas al capítulo 5 .....   | 138 |

## CAPÍTULO 6. TEORÍA DE LA OBSERVACIÓN

*Juan Gutiérrez, Juan Manuel Delgado*

|        |   |     |
|--------|---|-----|
| 6.1.   | Introducción: la pluralidad de tipos de observación y sus fundamentos ... | 141 |
| 6.2.   | La observación participante .....   | 143 |
| 6.2.1. | Características de la observación participante .....                      | 144 |
| 6.2.2. | Bases metodológicas: ¿hay un método etnográfico? .....                    | 145 |
| 6.2.3. | Etnografías experimentales .....  | 147 |
| 6.2.4. | Problemas y limitaciones de la observación participante .....             | 148 |
| 6.2.5. | El debate <i>emic/etic</i> .....  | 151 |
| 6.3.   | Un modelo de tecnología de la observación endógena: la autoobservación    | 154 |
| 6.3.1. | Fundamentación epistemológica .....                                       | 154 |
| 6.3.2. | Característica de la autoobservación .....                                | 162 |
| 6.3.3. | Limitaciones y problemas de la autoobservación .....                      | 168 |
| 6.4.   | Conclusiones: algunas consecuencias para la teoría social .....           | 170 |
|        | Notas al capítulo 6 .....   | 171 |

**SEGUNDA PARTE**  
**LAS TÉCNICAS Y LAS PRÁCTICAS DE INVESTIGACIÓN**

**CAPÍTULO 7. ANÁLISIS DE CONTENIDO**

*Pablo Navarro, Capitolina Díaz*

|        |   |     |
|--------|---|-----|
| 7.1.   | El marco epistemológico .....   | 177 |
| 7.2.   | Los elementos de análisis y las estrategias de investigación .....                          | 183 |
| 7.2.1. | Los niveles del fenómeno de la comunicación .....   | 184 |
| 7.2.2. | Las dimensiones pragmáticas del fenómeno de la comunicación .....                           | 185 |
| 7.2.3. | Las dinámicas pragmáticas del fenómeno comunicativo .....                                   | 187 |
| 7.2.4. | Las estrategias de investigación .....  | 188 |
| 7.3.   | El procedimiento estándar del AC .....  | 191 |
| 7.4.   | Los métodos y las técnicas de AC .....  | 196 |
| 7.4.1. | Métodos centrados en el nivel sintáctico .....  | 197 |
| 7.4.2. | Métodos centrados en el nivel semántico .....   | 199 |
| 7.4.3. | Métodos centrados en el nivel pragmático .....  | 204 |
| 7.4.4. | Los métodos desde el punto de vista de las dimensiones pragmáticas de la comunicación ..... | 207 |
| 7.4.5. | Los métodos desde el punto de vista de las dinámicas pragmáticas de la comunicación .....   | 208 |
| 7.4.6. | Los métodos desde el punto de vista de las estrategias de investigación .....               | 208 |
| 7.5.   | Apéndice: programas de ordenador para el análisis textual .....                             | 208 |
| 7.5.1. | Información general sobre programas y procesos de análisis .....                            | 209 |
| 7.5.2. | Descripción de algunos paquetes de programas .....  | 212 |
|        | Notas al capítulo 7 .....   | 221 |

**CAPÍTULO 8. SUJETO Y DISCURSO: EL LUGAR DE LA ENTREVISTA ABIERTA EN LAS PRÁCTICAS DE LA SOCIOLOGÍA CUALITATIVA**

*Luis Enrique Alonso*

|      |  |     |
|------|--|-----|
| 8.1. | Introducción: el grupo de discusión y las entrevistas en profundidad. Su lugar diferencial como prácticas de la sociología cualitativa ..... | 225 |
| 8.2. | La entrevista abierta en sus usos .....  | 228 |
| 8.3. | La práctica de la entrevista en profundidad .....  | 230 |
| 8.4. | El contrato comunicativo .....   | 232 |
| 8.5. | La interacción verbal .....  | 233 |
| 8.6. | La entrevista, el contexto social y la construcción del sentido .....  | 236 |
|      | Notas al capítulo 8 .....  | 238 |

**CAPÍTULO 9. LA ENTREVISTA PSICOLÓGICA**

*Carlos Rodríguez Sutil*

|      |                              |     |
|------|------------------------------|-----|
| 9.1. | Introducción .....           | 241 |
| 9.2. | Tácticas y estrategias ..... | 243 |



|        |  |     |
|--------|--|-----|
| 9.3.   | Objetivos y fases de la entrevista .....       | 245 |
| 9.3.1. | Entrada .....                                  | 245 |
| 9.3.2. | Indagación .....                               | 246 |
| 9.3.3. | Encuadre .....                                 | 247 |
| 9.4.   | Elementos .....                                | 248 |
| 9.4.1. | Contexto .....                                 | 249 |
| 9.4.2. | Entrevistador .....                            | 249 |
| 9.4.3. | Sujeto entrevistado .....                      | 251 |
| 9.5.   | Sobre la forma de conducir la entrevista ..... | 254 |

## CAPÍTULO 10. HISTORIAS DE VIDA E HISTORIA ORAL

*Cristina Santamarina, José Miguel Marinas*

|         |  |     |
|---------|--|-----|
| 10.1.   | El síntoma biográfico .....  | 259 |
| 10.2.   | Las etapas y modalidades de la historia oral .....   | 263 |
| 10.2.1. | Primera fase: el antropologismo conservacionista .....   | 263 |
| 10.2.2. | Segunda fase: los estudios de la marginación .....   | 265 |
| 10.2.3. | Tercera fase: el estudio de las sociedades complejas .....                                     | 266 |
| 10.2.4. | Dimensiones .....  | 267 |
| 10.2.5. | ¿Cómo se entiende el proceso de producción? .....  | 268 |
| 10.2.6. | El proceso de interpretación .....   | 269 |
| 10.3.   | Las cuatro dimensiones centrales en la producción-interpretación de una historia de vida ..... | 272 |
| 10.3.1. | El problema de la escucha y la producción discursiva .....                                     | 273 |
| 10.3.2. | La recuperación del pasado .....   | 275 |
| 10.3.3. | El problema de la identidad .....  | 276 |
| 10.3.4. | El problema de la memoria individual y colectiva .....   | 279 |
| 10.4.   | Otras cuestiones de método .....   | 281 |
| 10.4.1. | La elección del problema y de la perspectiva .....   | 281 |
| 10.4.2. | El diseño de la investigación .....  | 282 |
| 10.4.3. | Los "datos" y su interpretación .....  | 282 |
|         | Notas al capítulo 10 .....   | 283 |

## CAPÍTULO 11. GRUPOS DE DISCUSIÓN

*Manuel Canales, Anselmo Peinado*

|         |  |     |
|---------|--|-----|
| 11.1.   | El estatuto sociológico del discurso social .....                    | 288 |
| 11.2.   | El grupo de discusión y el discurso social .....                     | 289 |
| 11.3.   | La "forma" del grupo de discusión .....                              | 292 |
| 11.3.1. | La forma-grupo .....   | 292 |
| 11.3.2. | La forma-discusión .....   | 293 |
| 11.4.   | El grupo de discusión y otras técnicas de investigación social ..... | 294 |
| 11.4.1. | Frente a la investigación cuantitativa .....                         | 294 |
| 11.4.2. | Frente a la entrevista de respuesta abierta .....                    | 295 |

|   |     |
|---|-----|
| 11.4.3. Grupo de discusión y entrevista en profundidad .....            | 295 |
| 11.4.4. Grupo de discusión y entrevista de grupo .....                  | 296 |
| 11.5. La técnica del grupo de discusión .....                           | 297 |
| 11.5.1. Demanda del cliente y diseño .....                              | 297 |
| 11.5.2. Fase de campo .....   | 302 |
| 11.6. La dinámica del grupo de discusión .....                          | 306 |
| 11.6.1. La intervención inicial .....                                   | 307 |
| 11.6.2. La convergencia en la estructura del sentido .....              | 309 |
| 11.6.3. ¿De qué modo interviene el prescriptor durante la sesión? ..... | 310 |
| Notas al capítulo 11 .....  | 311 |

## CAPÍTULO 12. DE LAS CONCEPCIONES DEL GRUPO TERAPÉUTICO A SUS APLICACIONES PSICOSOCIALES

*Alejandro Ávila Espada, Antonio García de la Hoz*

|   |     |
|---|-----|
| 12.1. Antecedentes histórico-filosóficos de la psicoterapia de grupo .....  | 317 |
| 12.1.1. El grupo como objeto filosófico .....   | 318 |
| 12.2. Pioneros de la psicoterapia de grupo .....  | 321 |
| 12.2.1. La prehistoria del grupo: el individuo en el grupo .....  | 321 |
| 12.2.2. La prehistoria del grupo: el grupo en sociedad .....  | 326 |
| 12.3. El grupo terapéutico según Bion .....   | 328 |
| 12.4. El psicodrama de J. L. Moreno .....   | 333 |
| 12.5. El grupo-análisis de Foulkes .....  | 334 |
| 12.6. El aparato psíquico grupal de R. Kaës .....   | 336 |
| 12.7. La concepción operativa: aportaciones de E. Pichon Rivière .....  | 339 |
| 12.7.1. El modelo del cono invertido .....  | 339 |
| 12.7.2. El Esquema Conceptual Referencial y Operativo (ECRO) .....  | 341 |
| 12.7.3. Grupo familiar y grupo operativo .....  | 342 |
| 12.7.4. La concepción operativa del grupo .....   | 343 |
| 12.8. El modelo analítico-vincular .....  | 344 |
| 12.8.1. Aspectos conceptuales .....   | 345 |
| 12.8.2. Dispositivos técnicos .....   | 348 |
| 12.9. Posibilidades y límites de los grupos terapéuticos y sus derivados como técnicas cualitativas de investigación social ..... | 350 |
| 12.9.1. Grupo terapéutico .....   | 351 |
| 12.9.2. Grupo intensivo periódico .....   | 351 |
| 12.9.3. Grupo "laboratorio" o intensivo no periódico .....  | 352 |
| 12.9.4. Grupo de sensibilización .....  | 352 |
| 12.9.5. Grupo familiar .....  | 353 |
| 12.9.6. Grupo de discusión .....  | 354 |
| 12.9.7. Grupo operativo .....   | 355 |
| 12.9.8. Grupo de reflexión .....  | 356 |
| 12.9.9. Grupo institucional .....   | 356 |

## CAPÍTULO 13. INVESTIGACIÓN E INTERVENCIÓN EN GRUPOS FAMILIARES. UNA PERSPECTIVA CONSTRUCTIVISTA

*Marcelo Pakman*

|  |     |
|--|-----|
| 13.1. Investigación, intervención y objetividad .....  | 359 |
| 13.2. Participación, reflexión y epistemología de la praxis .....  | 360 |
| 13.3. El terapeuta y sus metáforas .....   | 362 |
| 13.4. Reflexividad y participación .....   | 363 |
| 13.5. Participación, lenguaje y paradigma narrativo .....  | 364 |
| 13.6. Un círculo epistémico de organizadores para prácticas terapéuticas constructivistas .....                      | 367 |
| 13.6.1. El lenguaje epistemológico .....   | 369 |
| 13.6.2. El lenguaje clínico (técnicas, temas y contextos de la conversación) .....                                   | 369 |
| 13.6.3. El lenguaje orientador del proceso terapéutico .....   | 370 |
| 13.7. Orientadores del proceso terapéutico constructivista .....   | 371 |
| 13.7.1. Mantener un bajo nivel de hipotetización y de apego a las hipótesis: un ejercicio de creencia/desapego ..... | 371 |
| 13.7.2. Promover circularidad en acción: la danza de la observación mutua .....                                      | 372 |
| 13.7.3. Mantener una "pasión educada", validando múltiples voces .....   | 373 |
| 13.7.4. Promover una atmósfera de connotación positiva, sin ser ingenuos .....                                       | 373 |
| 13.7.5. Operar con apertura: unificar lenguajes .....  | 373 |
| 13.7.6. Usar el pasado (y todo lo demás) para organizar el futuro y abrir alternativas deseables .....               | 374 |
| 13.7.7. Generar eventos en el encuentro terapéutico .....  | 375 |
| 13.7.8. Una posible organización del tiempo .....  | 375 |
| 13.7.9. Criterios o parámetros axiológicos .....   | 376 |
| Notas al capítulo 13 .....   | 377 |

## CAPÍTULO 14. LA ORGANIZACIÓN EGOÍSTA. CLAUSURA OPERACIONAL Y REDES CONVERSACIONALES

*Víctor Bronstein, Juan Carlos Gaillard, Alejandro Piscitelli*

|  |     |
|--|-----|
| 14.1. Del lenguaje en las organizaciones a las organizaciones en el lenguaje ... | 379 |
| 14.1.1. Creando organizaciones con palabras .....                                | 381 |
| 14.1.2. Capacidades cognitivas de la organización .....                          | 382 |
| 14.2. Redes conversacionales .....   | 384 |
| 14.2.1. Las conversaciones de/en la red .....                                    | 384 |
| 14.2.2. Los nodos de la red: acuerdos de segundo orden .....                     | 386 |
| 14.2.3. Acuerdos de orden "n" y coreografía institucional .....                  | 387 |
| 14.3. Dinámica de las organizaciones .....                                       | 387 |
| 14.3.1. Clausura operacional, organizaciones y sistemas vivientes .....          | 387 |
| 14.3.2. Resignación de autonomía .....   | 388 |
| 14.4. Más allá de la segunda cibernética: termodinámica de la organización ...   | 392 |
| 14.4.1. ¿Hacia dónde van las organizaciones? .....                               | 393 |
| 14.4.2. Poder, autonomía y descripciones .....                                   | 393 |
| 14.5. Conclusión .....   | 395 |
| Notas al capítulo 14 .....   | 396 |

**CAPÍTULO 15. DE LOS MOVIMIENTOS SOCIALES A LAS METODOLOGÍAS PARTICIPATIVAS**

*Tomás R. Villasante*

|   |     |
|---|-----|
| 15.1. Pluralismo metodológico y participación .....           | 399 |
| 15.1.1. La rebelión del laboratorio .....                     | 399 |
| 15.1.2. El pluralismo metodológico hasta cierto punto .....   | 400 |
| 15.1.3. Las potencialidades que se abren .....                | 402 |
| 15.2. Técnicas y técnicos empleados .....                     | 403 |
| 15.2.1. Analizadores prácticos desde los movimientos .....    | 403 |
| 15.2.2. Técnicos aprendiendo lo integral .....                | 404 |
| 15.2.3. La urgencia de las actuales implicaciones .....       | 405 |
| 15.3. La Investigación-Acción-Participativa .....             | 407 |
| 15.3.1. Sujetos con sujetos, paridos y partidos .....         | 407 |
| 15.3.2. Fragmentos y participación .....                      | 409 |
| 15.3.3. Implicación en los juegos de espejos .....            | 410 |
| 15.4. Praxeología .....                                       | 411 |
| 15.4.1. La praxis y sus sentidos .....                        | 411 |
| 15.4.2. De los grupos a las aperturas potenciadoras .....     | 412 |
| 15.4.3. Necesidad sentida y preguntas problematizadoras ..... | 413 |
| 15.5. Las aportaciones del socioanálisis .....                | 414 |
| 15.5.1. El analizador que provoca .....                       | 414 |
| 15.5.2. Cuadro de perspectivas metodológicas .....            | 415 |
| 15.6. Prácticas para descubrir lo nuevo .....                 | 417 |
| 15.6.1. La producción en los grupos personalizados .....      | 417 |
| 15.6.2. Triangulaciones en espacios no simétricos .....       | 418 |
| 15.7. La programación IAP/PAI .....                           | 419 |
| 15.7.1. El autodiagnóstico para tocar fondo .....             | 419 |
| 15.7.2. Negociar para construir el programa .....             | 421 |
| 15.7.3. Desarrollar y evaluar lo realizado .....              | 422 |

TERCERA PARTE  
LAS METODOLOGÍAS DE ANÁLISIS DEL DISCURSO  
E INTERPRETACIÓN CIENTÍFICO SOCIAL

**CAPÍTULO 16. ANÁLISIS SEMIÓTICO DEL DISCURSO**

*Gonzalo Abril*

|  |     |
|--|-----|
| 16.1. Introducción .....   | 427 |
| 16.1.1. De la semiótica estructural al análisis del discurso .....             | 427 |
| 16.1.2. De los códigos a las inferencias .....                                 | 429 |
| 16.2. Sintaxis, semántica y pragmática .....                                   | 431 |
| 16.2.1. La interdependencia de los tres órdenes de regularidad semiótica ..... | 431 |
| 16.2.2. Cuestiones semánticas .....  | 433 |
| 16.2.3. Más allá de la semántica .....   | 435 |



|   |     |
|---|-----|
| 16.3. Niveles del sentido .....   | 436 |
| 16.3.1. Significado léxico, significado indicial y sentido interlocutivo .... | 436 |
| 16.3.2. Frase y enunciado .....   | 437 |
| 16.3.3. La autorreferencia del enunciado .....                                | 439 |
| 16.4. El decir sin decir .....  | 440 |
| 16.4.1. La actividad inferencial .....  | 440 |
| 16.4.2. La presuposición .....  | 442 |
| 16.4.3. La implicatura .....  | 445 |
| 16.5. La performatividad y los actos ilocutivos .....                         | 447 |
| 16.5.1. Constatativos y performativos .....                                   | 447 |
| 16.5.2. La operación ilocutiva .....  | 448 |
| 16.5.3. Actos discursivos, instituciones y sujetos .....                      | 450 |
| 16.6. La polifonía del discurso .....   | 451 |
| 16.6.1. El sujeto dialógico .....   | 451 |
| 16.6.2. Expresiones polifónicas .....   | 453 |
| Notas al capítulo 16 .....  | 457 |

## CAPÍTULO 17. FORMACIÓN DISCURSIVA, SEMÁNTICA Y PSICOANÁLISIS

*Francisco Pereña*

|  |     |
|--|-----|
| 17.1. Lenguaje, sujeto y discurso social .....                           | 465 |
| 17.1.1. El exilio de la naturaleza .....                                 | 465 |
| 17.1.2. La equívocidad radical del hablar .....                          | 466 |
| 17.1.3. El discurso social .....   | 467 |
| 17.2. Situación social, sentido y formación discursiva .....             | 468 |
| 17.3. Del triángulo culinario al triángulo sémico .....                  | 470 |
| 17.3.1. Triángulo culinario, triángulo sémico e imagen de la mujer ..... | 473 |
| 17.4. Triángulo psicoanalítico .....                                     | 475 |
| 17.5. Exoducción .....   | 478 |
| Notas al capítulo 17 .....   | 479 |

## CAPÍTULO 18. ANÁLISIS DEL DISCURSO Y TEORÍA PSICOANALÍTICA

*Félix Recio*

|   |     |
|---|-----|
| 18.1. Psicoanálisis y lenguaje .....                                      | 481 |
| 18.1.1. En torno a la lingüística .....                                   | 481 |
| 18.1.2. Freud: las dos vertientes del lenguaje .....                      | 483 |
| 18.2. Estructura de la palabra .....                                      | 484 |
| 18.3. El discurso como lazo social .....                                  | 484 |
| 18.4. Sobre psicoanálisis e investigación social .....                    | 487 |
| 18.4.1. El estatuto del psicoanálisis .....                               | 487 |
| 18.4.2. Sobre investigación con grupos de discusión y psicoanálisis ..... | 488 |
| 18.5. Apéndice: definición de algunos conceptos empleados .....           | 489 |
| Notas al capítulo 18 .....  | 491 |

## CAPÍTULO 19. ANÁLISIS DEL SENTIDO DE LA ACCIÓN: EL TRASFONDO DE LA INTENCIONALIDAD

*Fernando J. García Selgas*

|   |     |
|---|-----|
| 19.1. Comprender la acción: sentido e intencionalidad .....             | 493 |
| 19.2. El trasfondo de la intencionalidad .....                          | 497 |
| 19.2.1. Argumentos para la aceptación del trasfondo .....               | 497 |
| 19.2.2. Aproximación a algunos rasgos del trasfondo .....               | 499 |
| 19.2.3. Sobre la naturaleza del trasfondo .....                         | 500 |
| 19.3. Las manifestaciones actuales del trasfondo .....                  | 502 |
| 19.3.1. Procesos de identidad .....                                     | 503 |
| 19.3.2. Habitus .....   | 505 |
| 19.3.3. Encarnación .....   | 509 |
| 19.4. Naturalización del sentido e historicidad de la encarnación ..... | 514 |
| 19.4.1. Primacía y redefinición de las manifestaciones .....            | 515 |
| 19.4.2. Desarrollos empíricos .....                                     | 516 |
| 19.4.3. Aclaraciones limítrofes .....                                   | 520 |
| 19.5. Resumen, conclusiones y algunas implicaciones .....               | 522 |
| Notas al capítulo 19 .....  | 526 |

## \* CAPÍTULO 20. METODOLOGÍA PARTICIPANTE CON RIGOR

*Gordon Pask*

|  |     |
|--|-----|
| 20.1. Introducción .....   | 529 |
| 20.2. El carácter de la Teoría de la Conversación y la Teoría de la Interacción de Actores ..... | 531 |
| 20.3. Alguna formalización .....   | 535 |
| 20.4. Algunas predicciones formuladas y resultados obtenidos .....                               | 540 |
| 20.5. Otra anotación .....   | 542 |
| 20.6. Representación gráfica .....   | 543 |
| 20.6.1. La forma de los conceptos .....  | 543 |
| 20.6.2. Grupos coherentes .....  | 546 |
| 20.6.3. Rallas que se desdoblán, criterios de validez .....                                      | 549 |
| 20.6.4. Incoherencias y sus soluciones .....   | 549 |
| 20.6.5. Ambigüedades en general .....  | 553 |
| 20.6.6. La periferia .....   | 555 |
| 20.6.7. Acción de interacción .....  | 555 |
| 20.6.8. Operadores preposicionales .....   | 556 |
| 20.6.9. Más allá de la Teoría de la Conversación .....   | 557 |
| 20.6.10. La Teoría de la Interacción de Actores .....  | 557 |
| 20.7. Algunas observaciones .....  | 560 |
| Notas al capítulo 20 .....   | 560 |

## CAPÍTULO 21. SOCIOCIBERNÉTICA: MARCO SISTÉMICO Y ESQUEMA CONCEPTUAL

*Juan Luis Pintos*

|   |     |
|---|-----|
| 21.1. El modelo de metodología sociocibernética de Niklas Luhmann .....                               | 563 |
| 21.1.1. Emergencia de la perspectiva luhmaniana .....   | 563 |
| 21.1.2. Método funcional .....  | 564 |
| 21.1.3. Una teoría funcional de los sistemas sociales .....   | 566 |
| 21.1.4. Observación, referencia, construcción .....   | 568 |
| 21.1.5. Códigos, criterios y programas .....  | 571 |
| 21.2. Un modelo de análisis de los imaginarios sociales: algunas especificaciones metodológicas ..... | 572 |
| 21.2.1. El marco de referencias espaciotemporales .....   | 573 |
| 21.2.2. La construcción bifocal de la realidad social .....   | 575 |
| 21.2.3. El análisis de los imaginarios sociales .....   | 576 |
| Notas al capítulo 21 .....  | 578 |

## CAPÍTULO 22. SOCIOANÁLISIS CIBERNÉTICO. UNA TEORÍA DE LA AUTO-ORGANIZACIÓN SOCIAL

*Juan Gutiérrez, Juan Manuel Delgado*

|   |     |
|---|-----|
| 22.1. Introducción: socioanálisis y sociología positiva .....           | 581 |
| 22.2. Sistemas reversibles y sistemas irreversibles .....               | 582 |
| 22.3. Análisis de la fractalidad social .....                           | 586 |
| 22.4. Neguentropía. Un modelo de participación conversacional .....     | 590 |
| 22.4.1. Recursos interpretativos .....                                  | 592 |
| 22.5. Algunos campos de aplicación .....                                | 594 |
| 22.5.1. Socioanálisis Cibernético e investigación social en Dupuy ..... | 597 |
| 22.6. Conclusiones .....  | 599 |
| Notas al capítulo 22 .....  | 600 |

|                |     |
|----------------|-----|
| GLOSARIO ..... | 605 |
|----------------|-----|

|                                  |     |
|----------------------------------|-----|
| REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS ..... | 635 |
|----------------------------------|-----|

|                              |     |
|------------------------------|-----|
| BIBLIOGRAFÍA COMENTADA ..... | 649 |
|------------------------------|-----|

## ÍNDICE DE AUTORES

### *Abril, Gonzalo*

Profesor titular de Teoría General de la Información en la Universidad Complutense de Madrid, ha ejercido la docencia sobre comunicación y semiótica en varias universidades de España y América Latina y ha publicado diversos trabajos sobre esas materias: *Signo y significación* (1976), *Análisis del discurso* (1982, 1986, en colaboración), *Presunciones* (1988), etc. Pertenece al consejo de redacción de *La Balsa de la Medusa*.

### *Alonso, Luis Enrique*

Doctor en Ciencias Económicas, es profesor titular de Sociología en la Universidad Autónoma de Madrid. Especializado en Sociología Económica y en el análisis e intervención sociológica de los fenómenos de acción colectiva. Ha realizado diversas investigaciones e informes consultivos en esos campos, y publicado múltiples artículos en revistas especializadas y libros conjuntos. Asimismo ha efectuado estancias de investigación en las universidades de París-Dauphine, La Habana y Libre de Bruselas, entre otras.

### *Ávila, Alejandro*

Doctor en Psicología. Psicólogo clínico y psicoterapeuta. Catedrático de Personalidad, Evaluación y Tratamiento psicológicos de la Universidad de Salamanca. Miembro fundador del Grupo Quipú de Psicoterapia. Miembro titular de SEGPA (Psicoterapia individual y de grupo). Especialista en diagnóstico, psicoterapia psicoanalítica y grupos.

### *Bronstein, Víctor Raúl*

Ingeniero electrónico por la Universidad de Buenos Aires. Profesor titular de Análisis Institucional y del seminario *Empresas y Comunicación*. Profesor adjunto de Nuevas Tecnologías de la Información y Comunicación (Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires). Consultor de Naciones Unidas. Asesor de empresas. Se especializó en el estudio y comprensión de los sistemas complejos en el marco de la teoría general de los sistemas y la cibernética. Trabajó sobre la organización y comunicación en los mismos centrandose sus actividades en el estudio organizacional de los sistemas sociales, especialmente la empresa.



*Canales, Manuel*

Sociólogo, doctor en Sociología por la Universidad Complutense de Madrid (tesis dirigida por Jesús Ibáñez). Es profesor de Metodología de Investigación Cualitativa en la Escuela de Sociología de la Universidad de Chile. Entre sus principales publicaciones en Santiago de Chile se encuentra *Metodología del análisis del discurso autobiográfico* (ECO, 1985). *Entre el silencio (el grito) y la palabra en Juventud chilena. Razones y Subversiones* (ECO, 1985). Igualmente es editor y coautor de varios artículos en la obra *En tierra extraña. Para una sociología del protestantismo popular* (Amerinda, 1989). Actualmente trabaja en una Sociología del habla.

*Conde, Fernando*

Sociólogo e investigador social. Director de CIMOP (Comunicación, Imagen y Opinión Pública). Profesor del Curso de Postgrado de la Universidad Complutense de Madrid titulado *Praxis de la Sociología del Consumo: Teoría y Práctica de la Investigación de Mercados*. Codirector de la colección Debate Ciencia de la Editorial Debate.

*Dávila Legerén, Andrés*

Licenciado en Sociología por la Universidad Complutense de Madrid, en la que ha trabajado como personal investigador (1989-1992, Departamento de Sociología IV). Actualmente es profesor de la Universidad del País Vasco, Departamento de Sociología II. Ha publicado diversos artículos sobre metodología y técnicas de investigación social, que constituyen su campo de trabajo.

*Delgado, Juan Manuel*

Licenciado en Sociología (especialidad de Antropología Social) por la Universidad Complutense de Madrid. Forma parte del personal investigador del Departamento de Sociología IV, en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de dicha universidad. Ha publicado sobre teoría de sistemas sociales en *Revista de Antropología Social y Cuadernos de Trabajo Social*. Su área de trabajo es la intersección entre la metodología cualitativa, la antropología cultural y la cibernética de segundo orden. Su tesis doctoral, de próxima lectura y que comenzó a dirigir Jesús Ibáñez, se titula *Epistemología y tecnologías de la observación*.

*Díaz Martínez, Capitolina*

Licenciada en Sociología por la Universidad Complutense de Madrid. Realizó sus estudios de postgrado en el Instituto de Educación de la Universidad de Londres. Actualmente es profesora asociada de Sociología en la Universidad de Oviedo. Sus campos de interés son la sociología de la educación y las metodologías cualitativas de investigación social. Autora de diversos artículos sobre educación, análisis sociosemántico y sistemas de autopercepción social.

*Gaillard, Juan Carlos*

Licenciado en Economía Política por la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad Nacional de Buenos Aires. Es profesor adjunto de Análisis Institucional y del semina-

rio *Empresas y Comunicación* en la licenciatura de Ciencias de la Comunicación de la Facultad de Ciencias Sociales (Universidad de Buenos Aires). Trabaja en el área de relaciones institucionales de un importante grupo empresario de Argentina (Socma Americana, S.A.) Fue secretario de redacción de la sección de economía y empresas de *El Cronista Comercial*, periódico de economía y negocios. Está especializado en la temática comunicacional de grupos y organizaciones.

*García Selgas, Fernando J.*

Doctor en Filosofía (Departamento de Lógica, Universidad Complutense de Madrid). Profesor titular de Filosofía y Metodología de las Ciencias Sociales en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología (UCM). Investigador asociado de la Universidad de Berkeley (California). Ha publicado trabajos sobre filosofía del lenguaje, teoría social y metodología de las ciencias sociales en diversas revistas especializadas. Es coautor de *Ensayos de Filosofía social* (Madrid, Libertarias-Prodhuvi, 1992).

*García de la Hoz, Antonio*

Doctor en Psicología. Psicoterapeuta. Profesor ayudante de Técnicas de Psicoterapia de la Universidad de Salamanca. Miembro fundador del Grupo Quipú de Psicoterapia. Miembro titular de SEGPA (Psicoterapia individual y de grupo). Especialista en psicoanálisis aplicado y en grupos.

*Gutiérrez Fernández, Juan*

Licenciado en Periodismo y doctor en Sociología por la Universidad Complutense de Madrid (Métodos y Técnicas de Investigación Social, con una tesis dirigida por Jesús Ibáñez). Ha ejercido como investigador social en varias empresas públicas y privadas. Actualmente es profesor en la Universidad Complutense de Madrid de Técnicas de Investigación Social y Estadística, en la Escuela Universitaria de Trabajo Social, y de Teoría de la Comunicación. Ha formado parte desde su fundación del grupo de investigación creado por Jesús Ibáñez y financiado por la DGICYT, del que actualmente es investigador principal. Sus áreas de trabajo son el desarrollo de metodologías de participación conversacional y la fundamentación teórica de la observación, específicamente, de las tecnologías de la observación endógena.

*Marinas, José Miguel*

Doctor en Filosofía. Profesor titular de Ética y Sociología en la Universidad Complutense de Madrid. Tiene asimismo experiencia docente en la Facultad de Psicología de dicha universidad, y en diversos cursos en la Universidad Menéndez Pelayo (Santander y Cuenca) y en el *Curso de Ordenación del Territorio* (Madrid). Entre sus áreas de investigación se encuentra la semiología y sociología de las subculturas, sociología del consumo, sociología de la salud y sociología de la comunicación. Es consejero de GEAC (Gabinete de Estudios en Acciones Comunicativas) en el que dirige investigaciones de las áreas mencionadas, miembro de la redacción de *La Balsa de la Medusa*, y consejero editorial de *Clínica y Análisis Grupal*. Ha publicado en la *Revista de Occidente*, *La Balsa de la Medusa*, *Isegoría*, y *Universidad Menéndez Pelayo*, entre otras.

*Navarro, Pablo*

Doctor en Filosofía por la Universidad Autónoma de Madrid. Actualmente es catedrático de Filosofía en el Instituto de Bachillerato de Algete (Madrid), y profesor asociado de Sociología en la Universidad Carlos III de Madrid. Sus intereses se centran en la epistemología de las ciencias sociales, la teoría de sistemas reflexivos, la matematización de teorías cualitativas de investigación social y la teoría sociológica. Autor del libro *El holograma social. Una ontología de la sociedad humana* (Madrid, Siglo XXI, 1994).

*Noya Miranda, Francisco J.*

Licenciado en Sociología, es becario del programa de formación de personal investigador del Ministerio de Educación y Ciencia en el Departamento de Sociología V (Teoría Sociológica) de la Universidad Complutense de Madrid. Ha realizado estancias de investigación en las universidades alemanas de Bremen, Bielefeld y Mannheim. En la actualidad prepara en el departamento mencionado su tesis doctoral sobre *Las economías morales del Estado de Bienestar. Clases sociales, actitudes ante la igualdad y la pobreza y legitimación del Estado de Bienestar en España* (1980-1993). Sus áreas de trabajo son la teoría sociológica, el análisis de clase y la sociología del Estado de Bienestar.

*Ortí, Alfonso*

Profesor de Sociología de la Universidad Autónoma de Madrid, participó en la fundación y desarrollo de la Escuela Crítica de Ciencias Sociales de Madrid de los años 1960 como vicesecretario. Desde un punto de vista teórico se sitúa en la corriente de la llamada sociología crítica (con fuertes influencias de la Escuela de Frankfurt, y formación alemana 1959-1961). Desde un punto de vista metodológico, trabajó como colaborador de Jesús Ibáñez en el instituto ECO de estudios de opinión y de mercado en los años 1960, así como de *freelance* para numerosos institutos y agencias de publicidad y empresas. Como historiador ha publicado monografías acerca de los problemas de la reforma social en España.

*Pakman, Marcelo*

Psiquiatra. Terapeuta familiar. Cibernético. Codirector de la Unidad de Internación Psiquiátrica del Departamento de Psiquiatría y Ciencias de la Conducta del *Berkshire Medical Center*, hospital afiliado a la Escuela de Medicina de la Universidad de Massachusetts (Pittsfield, Massachusetts, USA). Frecuente profesor invitado a dictar conferencias, seminarios, talleres en diversas instituciones, sociedades y universidades en Sudamérica, Estados Unidos y Europa, sobre temas de epistemología, cibernética, terapia familiar, intervenciones sistémicas, y el ámbito transdisciplinar entre ciencia, filosofía, religión e intervención social. En el campo de la investigación social en España, se ha dado a conocer por su edición de Heinz Von Foerster (1991) para la editorial Gedisa, de la que es asesor y colaborador.

*Pask, Gordon*

Licenciado en Geología, ingeniero de Minas, doctor en Medicina, doctor en Psicología, doctor en Cibernética. Ha investigado, entre otros centros, en el *Biological Computer Laboratory* (USA), en las universidades de Brunel (UK), Concordia (Montreal, Canadá), Autónoma de México, *Open University* (UK), Amsterdam, *Systems Research* (UK), *Old Dominion*

(Norfolk, USA), *University of Illinois* (USA), etc. Ha trabajado con Turing, Von Foerster, Varela, de Zeeuw. Ha fundado numerosos centros de investigación y publicaciones periódicas. Posee más de trescientas publicaciones especializadas en cibernética, teoría de sistemas, teoría de la conversación y teoría de la interacción de actores. La relación entre estas dos últimas teorías constituye su actual área de trabajo.

*Peinado López, Anselmo*

Licenciado en Sociología por la Universidad Complutense de Madrid. Profesionalmente, se dedica a la investigación empírica (social y de mercados), desde 1977. En la academia y fuera de ella, se ha formado (en la teoría y en la empiria) con los “padres fundadores” de la metodología estructural española (Ángel de Lucas, Jesús Ibáñez, Alfonso Ortí y Francisco Pereña). Se sitúa en esta corriente del análisis del discurso.

*Pereña, Francisco*

Psicoanalista, miembro del grupo de Estudios Madrileños de la Escuela Europea de Psicoanálisis. Durante los años 1960-1970 trabajó en la investigación social en colaboración con Jesús Ibáñez y José Luis Zárraga. Fruto de ese trabajo fueron diversas conferencias y cursos impartidos sobre investigación social. Actualmente es docente de la Sección Clínica de Madrid del Instituto del Campo Freudiano, subdirector de la revista *Estudios Psicoanalíticos* y asesor de la colección *Clásicos de Psiquiatría* de la editorial Dorsa.

*Pintos de Cea-Naharro, Juan Luis*

Doctor en Filosofía y Letras por la Universidad Complutense de Madrid. Actualmente es profesor de Teoría Sociológica en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, y director del Departamento de Sociología y Ciencia Política y de la Administración de la Universidad de Santiago de Compostela. Es profesor e investigador invitado en la Universidad Centroamericana José Simeón Cañas (El Salvador). Ha publicado obras de sociología de la religión: *Actitudes religiosas del Universitario español. Encuesta Fecum* (1968), *Tiempo de buscar* (1977), de sociología de la cultura: *Mapa cultural de Galicia* (1991) y de teoría sociológica: *Las fronteras de los saberes* (1990), La “recepción” de la sociología europea (1992), *El Imaginario católico* (1993). En los últimos años ha comenzado a desarrollar un programa de investigación sobre el orden social y los imaginarios sociales.

*Piscitelli, Alejandro*

Licenciado en Filosofía por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Buenos Aires. Master en Ciencias Sociales, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), sede Buenos Aires. *Master of science in systems science, University of Louisville* (Kentucky, USA). Profesor asociado de Teoría de la Comunicación, licenciatura de Ciencias de la Comunicación, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires. Secretario ejecutivo adjunto del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales. Publicó *Ciencia en movimiento. La construcción social de los hechos científicos* (Buenos Aires, CEAL, 1993), así como numerosos artículos sobre temas de epistemología, sociología de la ciencia, comunicación y antropología de la tecnología, en especial redes, hipertextos y técnicas digitales.

*Recio, Félix*

Es profesor titular en el Departamento de Sociología IV en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense de Madrid. Ha publicado artículos en libros colectivos sobre psicoanálisis y metodología de la investigación social. Trabaja en el análisis del discurso y en la teoría del sujeto.

*Rodríguez Sutil, Carlos*

Doctor en Psicología con una tesis titulada *Wittgenstein y el Problema de la Mente en la Psicología Contemporánea* (1990). Autor, junto con Alejandro Ávila Espada, del libro *Psicodiagnóstico Clínico* (Madrid, Eudema, 1992) y de numerosos trabajos sobre psicodiagnóstico y filosofía de la psicología. Profesor asociado de Evaluación Psicológica en la Facultad de Psicología de la Universidad Complutense de Madrid. Director del Centro de Promoción de la Salud del Distrito de Retiro, del Ayuntamiento de Madrid.

*Santamarina, Cristina*

Licenciada en Sociología en las especialidades de Psicología Social y Sociología Industrial. Profesora asociada de la Facultad de Sociología de la Universidad Complutense de Madrid. Directora de estudios de la empresa CIMOP (Comunicación, Imagen y Opinión Pública) ejecutora y responsable directa de numerosos estudios de investigación en medios, publicidad y opinión pública en los últimos diez años. Es autora de diversas publicaciones sobre temas de comunicación y publicidad. Ha sido representante española en el Congreso de ICOGRADA (Nairobi, 1988) así como participante en diversos seminarios de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo en Santander y Cuenca, y en el Primer Congreso sobre Comunicación Visual (Menorca, Federación de Asociaciones del Diseño/Asociación de Diseñadores Gráficos, 1989). Es también miembro del equipo docente del Curso de Postgrado de la Universidad Complutense de Madrid denominado *Praxis de la Sociología del Consumo: Teoría y Práctica de la Investigación de Mercados*.

*Villasante, Tomás R.*

Profesor titular en el Departamento de Ecología Humana y Población en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense de Madrid. Es un gallego que vive en la sierra oeste de Madrid en una casa casi autosuficiente, y está vinculado a los movimientos ecologista y vecinal. También dirige un curso sobre metodologías participativas en la Red CIMS (para el impulso de movimientos sociales). Ha impartido conferencias y seminarios en unas cincuenta ciudades españolas y en buena parte de las metrópolis latinoamericanas. Ha publicado cinco libros sobre movimientos populares, temas urbanos y metodologías de redes sociales.



## INTRODUCCIÓN

Juan Gutiérrez  
Juan Manuel Delgado

*Obvia cosa es.  
¿No lo saben los niños de la escuela?  
Los fines son elección simiesca;  
sólo los pasos son elección del hombre.*

Aldous Huxley

El objetivo de esta introducción es informar al lector sobre el contexto y el proceso de producción del libro, sobre las palabras que en él se utilizan, sobre los autores, sobre las líneas de investigación y las líneas teóricas de los textos (sus referencias cruzadas, algunos itinerarios posibles) y sobre los problemas metodológicos e ideológicos que suscitan respecto al presunto mundo en que somos arrojados. Para ello realizaremos una presentación en tres actos.

Se hace necesario un comentario inicial. Nuestro libro no es sólo una comunicación sobre el estado *objetivo* de la investigación cualitativa en ciencias sociales. El nombre *Manual de métodos y técnicas cualitativas* hace referencia a esta primera dimensión. Sin embargo debe advertirse que los coordinadores hemos pretendido –tal y como dijera Schütz (1974: 184) acerca de Mozart– mostrar los diferentes significados que tiene la misma situación (el libro, “la realidad social”...) para cada uno de los personajes/autores que forman parte de ella. Esta presentación que acometemos ahora nos debe permitir comprender que, para cada uno de los autores, la presencia y la ausencia de los otros es un elemento de su propia situación. Esta presentación nos debe revelar los resortes específicos mediante los cuales cada personaje actúa dentro de la situación y reacciona ante ella. Nuestro deseo en esta introducción es presentar pistas acerca del *cuadro familiar*, construir un marco típico para los sucesos (la guerra, en opinión de algunos) que tienen lugar en el escenario.

Los coordinadores no han pretendido en ningún momento ser Mozart. Pero con la ayuda de tan magníficos solistas, tan originales actores (escritores y no escritores) y tan sinceros (obscenos) articulistas puede conseguirse, con un poquito de abstracción, disfru-

tar de la simultaneidad de las diferentes corrientes de conciencia, de sensibilidad e, incluso, de posibilidad.

Ahora bien, sólo si el lector se apercibe de su necesaria implicación como interlocutor del texto (de la ópera, del drama) podrá acceder a las relaciones entre autores-personajes-coordinadores, a la palpitante vida interior de esa situación intersubjetiva propia de una comunidad, de un nosotros, de un libro como el que el lector tiene en sus manos.

## 1. Contexto y proceso de producción del libro

### 1.1. *Sobre las palabras*

*Métodos y técnicas cualitativas de investigación en ciencias sociales* es un texto polifónico, como no podía ser de otra manera tratándose de un libro de cualitativo. El contexto viene dado por el género del Manual de Consulta, denostado por su complacencia para con las ansiedades de los no iniciados (explicación, ejemplos, mostrar los saberes-cómo, claridad), y quizá no suficientemente valorado por su capacidad para difundir en esos mismos alumnos y, en general, en el resto de la comunidad académica y profesional marcos conceptuales, redes de autores e itinerarios bibliográficos.

El texto en curso ha pretendido dar elaboración primero y respuesta después al requerimiento "hacer un manual de cualitativo". La historia editorial de lo cualitativo que, sin duda, nos precede no parece haber eliminado la presunción de agrafía que se atribuye a varios metodólogos cualitativos de nuestro país. La edición de la complejidad no pretende apresarla sino servir de plataforma para su efecto multiplicador.

No obstante, frente a los conocidos vicios de manuales y polifonías, aquí se ha pretendido desde el comienzo realizar un texto ordenado con criterios semánticos, capaz de proporcionar un mapa (en extensión, intensidad y temporalidad) de los principales autores y las principales técnicas y metodologías que caen dentro o alrededor de la denominación de "cualitativas". Para ello hemos realizado un diseño que abarca desde aspectos genéricos del conocimiento científico social, hasta las distintas metodologías de análisis del discurso, pasando por las técnicas más relevantes para la producción de información cualitativa. El resultado final cuenta con la participación de algunos de los principales especialistas nacionales e internacionales en la historia y el presente de cada una de las técnicas y métodos de investigación y análisis, formados (nosotros, sin ir más lejos) inventados y/o dados a conocer en España en el entorno vital y en la obra de Jesús Ibáñez. Es por esto que la presente introducción debiera haber sido escrita por Ibáñez. Probablemente la misma necesidad de completud y la exigencia de una suerte de justicia histórica, que palpitan en las intenciones de sus discípulos más jóvenes y directos (nosotros, por ejemplo), fueron las causas de su disidencia de dicha tarea. En lugar de obligarse siquiera a dejar hablar acerca del grupo de discusión (del cual, en más de una comunicación personal dijo estar hasta los innombrables) prefirió diseñar y editar su ámbito teórico y metodológico de mayor interés, a saber: la segunda cibernética en la génesis de la investigación social de segundo orden.

Por nuestra parte, para la concepción y organización de los capítulos hemos tenido en cuenta una visión abierta de lo cualitativo y sus relaciones con distintos lenguajes científico-sociales, así como la matriz compleja de la investigación social que diseñara el propio Jesús Ibáñez, guardando para los capítulos *Teoría de la observación* y *Socioanálisis Ci-*

*bernético* la fundamentación de nuestra personal manera de recoger el testigo y entender la investigación social de segundo orden.

En primer lugar debemos expresar nuestra posición respecto al par cuantitativo-cualitativo. Ante este debate, es frecuente leer contextualizaciones de las dos perspectivas en dos trayectorias históricas de mayor o menor antigüedad, en las cuales se especula sobre el comportamiento futuro de ambas líneas con aparente vocación de paralelas (siendo la cualitativa una línea "marginal", en el discurso de no pocos autores). En dicha estrategia de explicación se ubican quienes prolongan la filiación, al menos, hasta el empirismo/racionalismo del siglo XVII, o quienes suspiran por la bifurcación embrionaria de la Escuela de Chicago, y apuestan por una futura reconciliación.

Más allá de la solución (!) reclamada por la "racionalidad de lo real", en la cual se elogia la agregación de informes cuantitativos y cualitativos por parte de las empresas de investigación de mercados, el debate cuantitativo-cualitativo puede llegar a constituirse en cuestión compleja si desvelamos las numerosas oposiciones que anuda, la contingencia histórica de su génesis y su relación constructiva-interpretante respecto a la realidad social. La tensión entre la relevancia/pertinencia inherentes al discurso y la precisión de los datos, el deslindamiento entre filosofía e investigación, la disyunción clásica y ética entre la reproducción y el cambio social, ideologías del consenso y del disenso, la complementariedad de las apuestas *etic* y *emic* en la ecología de los puntos de vista, o bien la distancia que media entre el énfasis tecnológico y la reflexión epistemológica, son algunos de los conceptos con los que se puede dotar de sentido la solución de continuidad (y también la distancia) entre la pluralidad de los métodos, técnicas y prácticas de la investigación social.

Es también sabido que el reconocimiento de la oposición, expresado con el separador cuantitativo/cualitativo ha generado un repertorio de estrategias para el manejo de las dos perspectivas: la convergencia, la combinación, la yuxtaposición, la articulación, son algunas de las preciosas palabras bajo las que se defienden distintas rutinas de utilización de las unas y las otras.

Este libro no puede ni ocuparse en detalle de la polémica, ni pretender zanjarla con una elección o con un resumen. Baste realizar dos apuntes.

En primer lugar, debe renunciarse a la creencia en la pureza de los géneros, apartados, conceptos, etc. Parece evidente que hay cuantitativo dentro de lo cualitativo y cualitativo dentro de lo cuantitativo. Esto implica que cuantitativo y cualitativo, bien sustantivados o funcionando como calificativos de técnicas, no proporcionan la unidad más relevante y decisiva para dilucidar los problemas de metodología en las ciencias sociales.

En segundo lugar, el modelo topológico que se propone aquí es el de un espacio continuo cuyos extremos no están definidos a izquierda por lo cuantitativo y a derecha por lo cualitativo, sino por una gradación que va desde el énfasis en la técnica y la ausencia de una reflexión metodológica y epistemológica, hasta el énfasis precisamente en la reflexión metodológica y epistemológica. Este continuo representa el ámbito de la metodología misma, y ha sido empleado por nosotros para ordenar las técnicas en un gradiente de complejidad.

En efecto, la primera parte, titulada *La construcción del contexto teórico cualitativo* está dedicada a las perspectivas metodológicas y los modelos de interpretación que vertebran la complejidad del par cuantitativo/cualitativo, así como a construir una teoría (y por tanto un lenguaje, una terminología) de la observación que permita al lector preguntarse y entender la trascendencia de la posición de observación, el lugar desde el que se habla. Es-

ta parte responde al nivel epistemológico de la matriz diseñada por Jesús Ibáñez. Lo primero es responder a la pregunta para qué o para quién se hace aquello que se hace, porque de su esclarecimiento surgen con fluidez las preguntas y las respuestas acerca de la tecnología y la metodología

En la segunda parte, titulada *Las técnicas y las prácticas de la investigación social*, nos ocupamos con detalle de las distintas tecnologías de invención de textos. Si asumimos que en ningún lugar ni ámbito de la actividad humana existe una realidad dada independiente del sujeto, entonces debemos considerar la totalidad de las técnicas y prácticas de investigación como configuraciones históricas (contingentes, coyunturales, sintomáticas) destinadas a la invención o construcción de realidades, dinámicas, actores, etc. Los datos, los textos, los procedimientos de análisis no constituyen intuiciones del ser sino efectos de significado, juegos de lenguaje, ámbitos semióticos de circulación. No son objetos dados sino constructos. Las técnicas no buscan, recogen, rastrean algo que estaba al principio sino que encuentran, captan, construyen un resultado, un producto, un sentido en el contexto de la lingüisticidad de lo social.

Dentro de esta fase, las técnicas se ordenan según una jerarquía de tres variables:

1. Su posición en el continuo de la metodología (de menor a mayor reflexividad epistemológica).
2. El número de sujetos que forman parte del sistema u objeto en la relación de investigación.
3. La tipología del objeto (grupos naturales/artificiales).

En la tercera parte (*Las metodologías de análisis del discurso y la interpretación científico social*) hemos pretendido dar cabida a distintos recursos teóricos que se emplean en el análisis del discurso. Cada uno de estos métodos y varios a la vez pueden ser utilizados en la explotación del material producido mediante cualquiera de las técnicas de investigación expuestas en la segunda parte de este libro. Dada la precariedad de nuestras herramientas la consigna es sumar posibilidades, no restarlas. Para ello es necesario eludir la confrontación con cualquier ortodoxia y obtener rendimiento de sus pautas de análisis. Las distintas formas de clínica (psicoanálisis, terapias grupales) no constituyen *strictu sensu* ni técnicas ni metodologías de análisis científico social. Pero no es difícil reparar en que esta imposibilidad se debe exclusivamente a una determinada visión positivista de lo científico, de lo social y de su conjunción. Las distintas formas de clínica seleccionan los pacientes posibles, diseñan unos determinados encuadres o contextos de significado, observan puntuando la secuencia de acontecimientos en el discurso del analizante e interpretan en un proceso recursivo las dinámicas y su propia participación en las mismas con todos los elementos anteriormente citados. Tan solo es necesario tener una visión abierta del concepto de discurso y reflexionar sobre la naturaleza de los conceptos propios de sentido.

Por tanto nuestra aparente "heterodoxia" o eclecticismo en la compilación de técnicas de producción y análisis de discurso no responde a una interdisciplinariedad ni a una mera estrategia comercial. Cuando hemos dicho que el requerimiento fue "hacer un manual de cualitativo" ha debido entenderse que no era preceptivo ningún contenido ni orientación más allá de las propias de nuestras limitaciones conceptuales. La respuesta que elaboramos, en este sentido, no pasa por considerar lo cualitativo como reproducido en el interior de distintas disciplinas (inter-disciplinar) sino por defender su esencial trans-disciplinariedad. Sólo así puede entenderse la afinidad profesional que une a unos sociólogos con ciertos psi-

quiátras, por encima de sus relaciones con otros de sus compañeros de Asociación Internacional de Sociología. Podríamos rescatar aquí la idea de nomadismo intelectual, tan cara a Jesús Ibáñez. La cualidad de nómadas no debe entenderse como un atributo personal de los sujetos (so pena de arriegarnos a nuevas luchas entre nómadas y sedentarios) sino como el correlato en el ámbito de las posiciones de observación de la transdisciplinariedad de la metodología cualitativa. En otras palabras. Defendemos en el capítulo dedicado a la teoría de la observación la producción de certeza y de relevancia cognitivas que se genera al hablar desde la propia experiencia. La complejidad incuestionable del sujeto, su irremisible incompletud lo obligan a vagar por diferentes mundos. No en la posición de un turista –por recordar la propuesta de Bertolucci en *El cielo protector*– para quien se ha preparado una reproducción de la metrópoli en cada uno de los circuitos coloniales, sino en la posición de un sujeto capaz de construirse para sí sucesivas identidades, a cual más verdadera, más vivida, más experimentada. Un sujeto que no busca, ni rastrea, ni captura, sino que encuentra (Picasso).

## 1.2. Sobre las personas

Diseñar la estructura y seleccionar los autores implica la intención de los coordinadores de asignar a cada quien una partitura necesaria y suficiente para contribuir a una armonía preestablecida del texto.

Tomando prestada una metáfora militar de Andrés Davila, muy pronto en el proceso de producción de los textos (pues todos ellos son textos originales que fueron “encargados” a partir del diseño inicial) el estado mayor (los coordinadores) estalla en mil pedazos surgiendo a cada paso, en un proceso irreversible, al menos un nuevo estado mayor en cada uno de los elementos movilizados. Sin duda esta circunstancia es un ejemplo práctico de la complejidad y potencialidad de la investigación cualitativa. Hablar y dejar hablar desde/a la metodología cualitativa constituye siempre un ejercicio de apertura exponencial. Por consiguiente no autorizamos a buscar en este libro la armonía, el equilibrio. De manera especial para quienes no estén en antecedentes, pero para todo lector en general, el presente texto destaca por el desequilibrio, por la desmesura de los deseos que concurren en él, por la expresión utópica de la ansiedad, y por la pasión de cada personalidad puesta en juego.

Hemos comenzado refiriéndonos a las palabras, pero podríamos extendernos mucho hablando de las personas, de “los cualitativos”, esa especie de estados mayores unipersonales en permanente estado potencial de ignición. Unos explotan, otros retienen y se contienen hasta la patología. Junto a los que escriben están los ágrafos, y entre estos últimos se cuentan los que oralmente han contribuido durante años a consolidar la legitimidad del pensamiento cualitativo, constituyéndose en referencia verbal dominante, (por ejemplo, la precariedad textual de las referencias a Angel de Lucas recuerda la famosa agrafía de Birdwhistell en la Escuela de Palo Alto). Los unos y los otros no están exentos de ambición ni de espíritu “microcorporativo”, como lo demuestran las apropiaciones, expropiaciones y propuestas de nuevos modelos de análisis, observación, etc., cada uno debidamente bautizado con nombres comerciales (Escuela Cualitativa de Madrid, Metodología Estructural, etc.)

Nuestra siguiente tarea va a consistir en construir una orientación sustantiva, *post hoc*, de las distintas líneas de investigación y planteamientos teóricos que han quedado recoge-

dos en el libro. La multiplicidad de posicionamientos acerca de la cuestión cualitativo/cuantitativo y las complementariedades conceptuales más evidentes podrán seguirse a partir de las referencias cruzadas que hemos incluido en los textos (cuya responsabilidad, obvio es decirlo, nos corresponde exclusivamente a nosotros). Nuestro objetivo en el siguiente apartado será establecer nuevamente correlaciones o estructuras de sentido en el corpus textual que estamos introduciendo. Un sentido que emerge, más que nunca, híbrido y mestizo, en el instante de nuestra intencionalidad creativa.

## 2. Líneas de investigación y líneas teóricas

En la primera parte del libro (*La construcción del contexto teórico cualitativo*) el lector encontrará representadas dos posiciones de observación de los autores (la observación participante, como ejemplo de la observación exógena, y la autoobservación, ejemplo de la observación endógena) como criterio para distinguir y ordenar las contribuciones relacionadas con las perspectivas metodológicas, los modelos de interpretación y la teoría de la observación misma. No podrá obviarse que cada autor escribe desde una posición de observación particular (con consecuencias científicas, políticas, etc.) sin cuestionar por ello su complementariedad y la concurrencia posible de observaciones y observadores. Si bien la observación participante se ha mostrado enormemente fecunda para la investigación social cualitativa, numerosas investigaciones en curso animan a esperar de la observación endógena frutos al menos tan granados.

Los primeros cinco capítulos desarrollan, desde diferentes puntos de vista, el análisis de las relaciones entre las perspectivas cualitativas y cuantitativas en las Ciencias Sociales.

El primer capítulo, realizado por Fernando Conde, aborda dicho análisis en el contexto de la historia de las llamadas Ciencias Naturales. Trata de describir cómo, de qué forma y en base a qué fuerzas, prácticas y operaciones se ha ido constituyendo el paradigma cuantitativista (modelo que se ha pretendido transferir, de forma reductiva, como modelo dominante, también, en las Ciencias Sociales). Tras realizar este análisis y señalar algunos de sus momentos más importantes, se finaliza apuntando cómo, en nuestro siglo, la gran mayoría de los descubrimientos de las denominadas Ciencias Naturales, cuestionan el anterior y reductor paradigma cuantitativo para abrirse a uno más amplio y complejo que tome en cuenta dimensiones cuantitativas y cualitativas dejadas de lado por el modelo anterior.

El segundo capítulo, realizado por Andrés Davila, desarrolla de forma más específica y pormenorizada cómo se han planteado en las Ciencias Sociales las relaciones entre las perspectivas cualitativas y cuantitativas. Tras situar críticamente las posiciones extremas de ambas perspectivas: los denominados "imperialismo cuantitativista" y el "triumfalismo cualitativista", se pasa a reformular dichas relaciones en una perspectiva que tome en cuenta las dimensiones estratégicas y tácticas de ambos enfoques, tanto desde el punto de vista del proceso de la Investigación como de su posible repercusión posterior. Asimismo dichas perspectivas se tratan de poner en relación con las dimensiones instituyentes e instituidas de los fenómenos sociales. Planteamiento que permite abordar y tratar de enriquecer la posición básica mantenida hasta ahora en el debate entre ambas. Por último, se desarrolla la relación entre las citadas perspectivas con la denominada "dialéctica" (Lourau, Ibáñez), como un nuevo enfoque que permite repensar el papel de la investigación tanto desde el punto de vista del sujeto como del objeto de la misma, así como la interacción entre ambos.



El tercer capítulo (Alfonso Ortí), se centra de una forma pormenorizada en el desarrollo de la complementariedad “por defecto” de las aproximaciones cualitativas y cuantitativas en la Investigación Social. Tras situar críticamente la reducción que la “academia” y la “empresa” llevan a cabo en esta problemática, se plantea cómo la polémica entre lo “cualitativo” y “cuantitativo” es casi consustancial al propio desarrollo de las Ciencias Sociales, dado uno de los problemas centrales de éstas: la “articulación del universo simbólico con los procesos sociales fácticos”. En este contexto y tras abordar lo específico de cada perspectiva y su incardinación con los diferentes niveles de configuración de lo social: los “hechos”, los “discursos” y los “procesos motivacionales”, se pasa a desarrollar la complementariedad “por defecto” de ambas perspectivas. Situando, por último, el papel central del sujeto investigador como “sujeto en proceso” en la articulación final y con “sentido” entre ambas perspectivas.

El capítulo cuarto (Fernando Conde), desarrolla la dimensión constructiva y polarizadora de las diferentes perspectivas, metodologías, prácticas y técnicas de investigación social y, por tanto, la dimensión concreta e histórica de las mismas. Frente a la dicotomía básica “cualitativo/cuantitativo” que reduce, casi, ambas aproximaciones a la confrontación de las dinámicas de grupo y la encuesta estadística, se plantea todo un conjunto de espacios y niveles intermedios más o menos cualitativos, más o menos cuantitativos, que trata de matizar y enriquecer el planteamiento más habitual, desarrollado por las Ciencias Sociales y analizado en los anteriores capítulos, con respecto a las citadas relaciones entre lo cualitativo y lo cuantitativo. De este modo, estos sucesivos espacios y niveles de configuración de lo real, de lo social, posibilitan, al mismo tiempo que limitan y exigen, los usos diferenciados de ciertas metodologías y prácticas de investigación. En este contexto, las perspectivas cualitativas y cuantitativas más que dicotómicas tienden a desplegar/complementarse “por defecto” a lo largo de todo un gradiente discontinuo, desde las situaciones sociales más instituyentes donde reina la máxima apertura y fluidez a las situaciones sociales más instituidas en la que domina la formalización más extrema, la cristalización más vitrificada, el cierre formal más absoluto.

Un denominador común subyace a los cuatro primeros capítulos: la necesidad de articular y de complementar, y no de excluir ni enfrentar, unas y otras aproximaciones. Lo que comporta el tratar de abrir un punto de vista que no enfrente palabras y cifras, cuentos y cuentas, subjetividad y objetividad, como lo específico y diferencial de ambas perspectivas. En este sentido, lo abierto y lo cerrado, lo instituyente y lo instituido, lo formalizado-cerrado y lo formalizador-abierto, los conflictos sociales y su historia, etc., así como el papel central del sujeto investigador en todo los procesos y prácticas sociales de la investigación, son cuestiones que subyacen en todos estos capítulos. Cuestiones todas ellas que permiten reflexionar y abordar las citadas perspectivas cualitativas y cuantitativas en las Ciencias Sociales desde otros y nuevos puntos de vista que posibiliten tanto el uso enriquecedor de todas y cada una de las prácticas sociales de la investigación, como la recuperación del papel central del investigador como “sujeto en proceso”, como “generalista de lo concreto”, en el desarrollo de las mismas.

En suma, en los primeros cuatro capítulos se presenta una etnografía de la cultura de los investigadores sociales en la España de las décadas 1960 a 1990. La denominación (tan circulante como históricamente concreta) de Escuela Cualitativa de Madrid describe la estrategia y las características de este movimiento. Fernando Conde, Alfonso Ortí y Andrés Davila han asumido la posición de cronistas (participantes) de la justificación de la racionalidad de lo real que operan las metodologías cuantitativas y su reducción (histórica)

de la dimensión cualitativa. Su planteamiento no deja de ser constructivista, aun cuando sus respectivos textos, en muchas ocasiones, hagan parecer lo contrario. Sin embargo no encuentran placer metodológico en la “puesta entre paréntesis del mundo”, sino en la descripción de lo que en él hay de prácticas reductivas de la complejidad y en la conquista de la “libertad” del analista o sujeto epistémico. El uso de analogías militares, macroestructuras (unidades de análisis tales como la institución, la realidad social, el interés, etc.) y el empleo de la metáfora escalar son estructuras (y también síntomas) que diferencian su socioanálisis de otros más recientes en el tiempo y recogidos en este mismo libro, como por ejemplo el que hemos denominado socioanálisis cibernético.

Fenómenos tales como la reflexividad, la circularidad, las pasiones o el sujeto concreto no toman parte central aquí, y el análisis de los diferentes modelos interpretativos no abusa de múltiples conceptos propuestos o insinuados en sus mismos textos. Así por ejemplo el texto de Andrés Davila entiende la historia de la ciencia en cuanto producto de una estrategia militar, como efecto de una lucha constante por el poder. La necesidad de incluir en este planteamiento al ser humano total (la envidia, el interés, el amor, el sinsentido, etc.) se encuentra reflejada con claridad en las raíces de su planteamiento y no tanto en los resultados más visibles (véase en este sentido la obra de Serres).

Precisamente la reflexividad (de objeto y método), el contexto (un enfoque contextualista) y una perspectiva constructivista son los argumentos principales con los que Francisco J. Noya construye su complementariedad entre la investigación social cuantitativa y la investigación social cualitativa. El trabajo muestra, además, los desarrollos que ha alcanzado el contextualismo en la filosofía y la metodología de la sociología cualitativa, y, en especial, las maneras y los ámbitos en que construyen ellas la amalgama de su reflexividad intrínseca y del contexto recién incorporado a su haber. Como precipitado final también se esbozan algunas críticas a la hegemonía estructuralista que se impone actualmente en algunas metodologías cualitativas.

Frente al texto de Noya, los cuatro primeros capítulos resuenan como una sola voz, perfectamente coordinada. Al igual que comentaremos para el caso de la antropología dialógica y del análisis semiótico, no debe buscarse en ellos una praxis (ni se plantea el problema) de la polifonía de la enunciación. El estudiante de sociología, psicología, historia de la ciencia, etc., podrá encontrar aquí (y en los capítulos dedicados a la entrevista y a las terapias de grupo) una utilización de las unidades de análisis que convencionalmente se consideran características de la ciencia social (grupos, sociedades, acción social). Sin embargo, además de estos enfoques el libro contiene ejemplos de utilización de otras unidades tales como el texto, el sujeto concreto (histórico, indeterminado, en palabras de Jesús Ibáñez), el individuo (una organización cognitiva fractal: véase el capítulo dedicado al *Socioanálisis Cibernético*), o la teoría de sistemas autorreferentes (autoorganizados, autopoieticos) puesta en funcionamiento en el análisis de organizaciones sociales tales como empresas (capítulo *La organización egoísta*) o bien organizaciones simbólicas tales como el imaginario social (véase *Sociocibernética*). Tendremos oportunidad de ir nombrando las dimensiones teóricas, metodológicas y pragmáticas que hacen de cada capítulo en sí mismo una red de referencias.

Retomando el hilo de los distintos enfoques de lo cualitativo, podría decirse que para los autores de los primeros cuatro capítulos las ideas de complementariedad por deficiencia y adecuación, así como las relativas a los procesos de institucionalización toman carta de naturaleza en la metáfora de la escala de los niveles de la realidad social o de los peldaños en la reducción de la cualidad en cantidad.

En este punto la posición de los coordinadores, expuesta en los capítulos sexto (*Teoría de la observación*, centrado en lo epistemológico) y último del libro (*Socioanálisis Cibernético*, más metodológico), es de corte más autónomo y constructivista. Junto con esta introducción, que construye un mapa teórico, ambos capítulos forman un conjunto ordenado que responde a las investigaciones en curso y ha pretendido dar cabida a un pensamiento complejo. En el ámbito de las posiciones de observación los coordinadores hemos puesto el énfasis en la autoobservación. En lo relativo a los modelos topológicos se propone una visión fractal, mientras que para el caso de la demanda de experimentación hemos guardado nuestra visión constructivista de la creación metodológica y nuestra consciencia del papel que desempeña la tecnología. Esta circunstancia nos permite poner de manifiesto la pluralidad de ejes que poseen una distribución compleja en las distintas concepciones de lo cualitativo. Más allá de la identificación mistificante de lo cualitativo con el cambio social podemos encontrar oposiciones interiores a dicho proyecto tales como las que median el uso de conceptos absolutos (revolución, paraíso, comunismo, felicidad, desorden, seguridad) y relativos (pasos, hipercomplejidad, impurezas, mestizaje), la hipótesis de partida en estructuras y correlaciones previas frente a la perspectiva del caos inicial y la ausencia de correlaciones, la utopía marxiana frente al constructivismo ecológico, etc. O bien, sin ir más lejos, la propia centralidad del par sujeto/objeto (para trascenderlo, para distribuirlo, etc.) dentro de las reflexiones acerca de la investigación cualitativa, extremo este que parece ser repetidamente obviado.

En fin, nos detendremos más adelante en la capacidad seductora de la metáfora de la escalera, en donde cada peldaño constituye una instancia o nivel diferente de configuración de lo real conformado, parcialmente al menos, por cada perspectiva teórica, metodológica y técnica puesta en marcha por el analista. En cuanto instrumento diseñado por el homo sapiens, la escalera (ya sea para subir a un manzano o como artefacto textual para subir a lo instituido —donde, por cierto, siempre hay ascensores—) apunta hacia su utilidad. La escalera construye analistas cuyas intencionalidades están claras: o se sube, o se baja, o depende. Por tanto la densidad del modelo afecta también a una visión del sujeto en tanto que sujeto intencional que actúa con arreglo a fines. Recordemos a Johnson (1991) o a Pross (1983) respecto a la recurrencia de la metáfora de la escalera.

La noción teórica de lucha de clases está orientada verticalmente. Trabaja con las representaciones espaciales de arriba y abajo. Esto responde al verticalismo general de nuestras representaciones de valor. Los “valores supremos” se pierden en el cielo, y resulta entonces difícil hallar derivaciones a los bajos profanos del trato humano. Esto rige tanto para las religiones como para la ética mundial. Las ciencias están orientadas verticalmente, lo mismo que el deporte y el juego (Pross, 1983: 23).

La cita de Pross es todavía más reveladora respecto al desecho convencional de la teoría social (la subjetividad) cuando se aproxima al análisis de equivalentes simbólicos en nuestras modernas sociedades industriales.

En la tradición bíblica, el dragón al pie de la escalera encarna el mal. Este se equipara al averno (*Unterwelt*). Abajo es malo; arriba, bueno; y lo mejor es lo supremo, lo infinitamente alto... Pero en la simbología científica moderna de la “escalera” son los seres humanos los que obstaculizan el ascenso deseable y los que, por consiguiente, encarnan el mal (Pross, 1983: 25).

En línea con esto proponer la ruptura de la escalera podría tomarse como una invitación a la locura (¡a la hipercomplejidad!). La reflexividad del sujeto convierte la flecha (o la escalera) de sus niveles y su intencionalidad en una circularidad toroidal (tridimensional) que constantemente está reconstruyendo el sentido de los pasos. Es así (por el proceso mismo de apertura al contexto que implica no apresar la finalidad) como la repetición de esa búsqueda, de esa producción y reproducción se convierte en una espiral. La misma que Alejandro Ávila y Antonio García de la Hoz han empleado para representar la aproximación a los niveles más profundos del sujeto, pero significando ahora la apertura, el dinamismo de la construcción misma de cada sujeto y de su mayor presencia en la enacción de una realidad social. Volveremos sobre este aspecto en el tercer apartado.

El capítulo sobre *Análisis de contenido* (Pablo Navarro y Lina Díaz) comienza discutiendo el marco epistemológico en el que esa corriente se sitúa, y sus relaciones con los métodos cualitativos en general y con otras tradiciones de análisis textual en particular. La sección segunda se ocupa de examinar los elementos de la realidad textual y las estrategias de investigación que puede considerar un estudio concebido en términos de análisis de contenido. Seguidamente, —en la sección tercera— se da cuenta de los grandes pasos que sigue un proceso estándar de análisis de contenido. En la sección cuarta se pasa revista a algunos de los métodos y técnicas específicas empleados por esta perspectiva metodológica. Finalmente, la sección quinta proporciona un apéndice dedicado a la presentación de los principales programas de ordenador disponibles para el tratamiento informático de datos cualitativos. La utilidad de este apéndice no se restringe al análisis de contenido sino que abarca el tratamiento de datos cualitativos producidos por otras técnicas de investigación.

Navarro y Díaz consideran, en la nota primera de su texto, que la frontera entre análisis cuantitativo y cualitativo esta trazada sobre la diferencia entre determinar a priori o a posteriori los sistemas de distinciones cualitativas. A lo largo de su texto, la visión de Pablo Navarro y Lina Díaz comparte la perspectiva escalar que comentábamos para los capítulos iniciales acerca de las relaciones entre lo cualitativo y lo cuantitativo, pero tomando aquí como eje la complejización creciente de la tecnología en el procesamiento de modelos matemáticos no métricos. Para estos autores lo cualitativo (la determinación a posteriori de un esquema de distinciones cualitativas para el análisis) alcanza su expresión depurada en la producción de visualizaciones analíticas de carácter topológico. Por tanto la disyunción hipotética entre cuantitativo y cualitativo no tiene lugar entre una matemática y la ausencia de matemática (idea desmontada por Andrés Davila y reubicada históricamente por Fernando Conde), sino entre una matemática métrica y una topología, una matemática no métrica. En consecuencia, el conocimiento y “procesamiento” de información cualitativa está limitado en su producción de fiabilidad, contrastación y validez por los desarrollos técnicos en el software correspondiente.

En resumen, podría decirse que Navarro y Díaz se sitúan por un lado dentro de la tradición cualitativa de Leibniz (topología) y, simultáneamente, en la tradición cuantitativa de Boyle (tecnológica, experimental). Tal y como estas son expuestas y analizadas por Fernando Conde en el primer capítulo del libro. El primer caso se hace evidente cuando hablan de la topología como límite o demarcación. El segundo caso se pone de manifiesto cuando afirman que el análisis de contenido y su historia son dependientes del desarrollo tecnológico (informático). Es así como se genera una suerte de determinismo de lo cualitativo en base a los sucesivos avances tecnológicos, con el consiguiente efecto de transformación del objeto que es propio de todo cambio tecnológico (la tecnología inventa su objeto).

En el capítulo octavo (*Sujeto y discurso: el lugar de la entrevista abierta en las prácticas de la sociología cualitativa*) Luis Enrique Alonso trata de demarcar el campo de mayor rentabilidad metodológica y técnica de la entrevista abierta, comparándola en su uso con el de otro de los más utilizados dispositivos de la sociología cualitativa: el grupo de discusión. Se trata así de explorar su lugar más pertinente en el proceso de la investigación sociológica, así como sus fundamentos teóricos y prácticos. A continuación se hace un estudio de la dinámica interna de la entrevista a partir del uso de materiales intelectuales extraídos de muy diversas trayectorias y escuelas teóricas, tales como la semiología, la etnometodología o la teoría sistémica de comunicación.

También dedicado a las técnicas de entrevista, el capítulo noveno (*La entrevista psicológica*, por Carlos Rodríguez Sutil) presenta una síntesis de la metodología práctica que requiere la entrevista en psicología clínica, así como los principales rasgos conceptuales que la definen. Se expone un modelo de entrevista dirigida al diagnóstico estructural de la personalidad y de los trastornos del comportamiento enmarcados dentro de dicha estructura. Se intenta, por tanto, armonizar las aportaciones principales del enfoque comportamental y existencial con un enfoque esencialmente psicodinámico y psicodiagnóstico tradicional. Siguiendo a Bleger (1977) consideramos que la entrevista es un fenómeno grupal, en el que interactúan entrevistador y entrevistado de manera dinámica. A lo largo del capítulo se proporcionan los consejos prácticos, junto con los necesarios ejemplos ilustrativos, que pueden guiar al profesional en la realización de las entrevistas. Se describen las tácticas y estrategias que definen la entrevista en sus modelos teóricos más conocidos, las fases y los elementos de la entrevista, las amenazas a la objetividad del examinador (sesgos y contratransferencia), los fenómenos por parte del examinado que dificultan la recogida de información (defensas, resistencias y transferencia), y la manera de superar dichas dificultades en la práctica. También se explica la forma en que deben realizarse las preguntas y las técnicas para indagar en la personalidad del paciente.

El artículo de José Miguel Marinas y Cristina Santamarina (*Historias de vida e historia oral*) proporciona explícitamente un argumento de tipo metodológico que caracteriza la investigación cualitativa. Sería característico de la investigación cualitativa alterar (y consentir en la alteración de) la secuencia convencional (*more* cuantitativa) de la investigación social que comienza con el planteamiento de unas hipótesis y que convierte la experiencia de la investigación en un lugar para su contrastación. Una vez más nos vemos obligados a matizar que existen posiciones de observación cualitativa (la observación participante, la observación externa con registro cualitativo, el análisis de contenido) que permanecen fieles a los "algoritmos" de secuencialidad de la investigación. Como en todo proceso de investigación cualitativa, dicen estos autores, las hipótesis se ponen al final y la interpretación se pone en marcha desde el principio. En este caso observamos una clara asunción del constructivismo cognitivo que consideramos característico de la investigación cualitativa y que se pone aquí al servicio de la explotación de las historias de vida entre la pluralidad de datos proporcionados por las fuentes de la historia oral. En este tipo de investigación hay un recorrido, insistirán, que desemboca en un nuevo discurso: el construido con nuestro informe. En la propia organización de los contenidos del mismo es antepuesto el problema de la interpretación a los problemas técnicos y prácticos de la fijación/construcción de los textos. La enunciación hace lo que el enunciado dice: se comienza construyendo la originalidad y la potencia metodológica de analizar la transmisión oral, el síntoma biográfico en el contexto de las modalidades de comunicación de la sociedad de masas, se incluye a continuación un mapa de las etapas y modalidades de la historia oral y cuestio-

nes como las dimensiones, el proceso de interpretación, el problema de la memoria, la identidad y la recuperación del pasado pasan a ocupar un papel central. Nadie puede terminar la lectura de estas páginas sin tener la sensación de que los autores no han hecho sino hablar del problema técnico de la interpretación (tan largamente postergado, y que aparece aquí remitido a cada elección técnica en la realización de investigaciones mediante historias de vida); los autores solventan con eficacia otras cuestiones de método tales como el proceso de producción, la elección del problema y la perspectiva, el diseño de la investigación.

Manuel Canales y Anselmo Peinado (*Grupos de discusión*) matan varios pájaros de un tiro y plantean dos nudos centrales del libro (que ya habían sido tratados en la fundamentación de la autoobservación, en el capítulo sexto): los conceptos de discurso y sentido.

El primer objetivo alcanzado es dar cuenta de la forma y la técnica del grupo de discusión (diseño, tamaño, selección, duración, local, dinámica, intervención del prescriptor, etc.). El segundo objetivo alcanzado (entre otros muchos, pues los autores disparan con perdigones) es la exposición de un concepto de discurso social y un concepto de sentido, aproximadamente coincidentes con la denominada Escuela Cualitativa de Madrid, tejido en relación con Ángel de Lucas y Francisco Pereña.

A partir de este momento podemos afirmar ya que hay un concepto de sentido y un concepto de discurso en cada uno de los capítulos que conforman la presente obra.

Manuel y Anselmo se sitúan en la misma corriente que va a plantear más adelante el texto de Pereña (*Formación discursiva, semántica y psicoanálisis*). En la investigación estructural que practican estos autores el hablante es un agente social y, por tanto, ocupa un lugar en una estructura, en unas coordenadas sociales que poseen también una dimensión ideológica. Los hablantes se agrupan en clases de orden y de equivalencia (obreros, empresarios, campesinos, jóvenes), lo cual permite estudiar las producciones de cada "clase de iguales" como variantes internas al discurso social general. Esta idea de conjunción del sentido con una formación discursiva y unas condiciones de orden sociales precisa abundar en varios conceptos. Para estos autores, todo enunciado está inscrito en un orden que lo sobrepasa, un orden de referencia que es a su vez discursivo, un discurso que no se dice, pero que es la condición de posibilidad de lo que se dice, y que es interior al dicho, por la sencilla razón de que ese dicho, ese discurso concreto, se hace posible en el seno de una formación discursiva más amplia que determina las reglas y el sentido del discurso. La noción de formación discursiva designa precisamente ese fenómeno: el establecimiento de un orden, una unidad de reglas de distribución jerárquica, de relaciones y de lugares (los locutores) y en suma, de formación de un campo semántico que permite las variaciones específicas y la propia emergencia de los objetos. La formación discursiva distribuye la formación de un campo semántico determinado: cómo emergen los conceptos en sus diversas relaciones mutuas (de correspondencia, implicación, sustitución, exclusión, oposición, determinación y, por ende, de jerarquización) y en sus distintas estrategias (u organización de oposiciones semánticas). El artículo de Pereña (capítulo decimoséptimo) proporciona un recurso analítico de gran utilidad (triángulo sémico) y esboza su transformación posible en un triángulo psicoanalítico.

A una cierta distancia de esta perspectiva, Alejandro Ávila y Antonio García de la Hoz (*De las concepciones del grupo terapéutico a sus aplicaciones psicosociales*) construyen la noción de sentido más abiertamente referida a la elaboración psíquica de la experiencia del sujeto. Interpretar es indagar la referencia experiencial del síntoma. En su sistemático repaso a los distintos modelos y tipos de grupos terapéuticos (y de otras mo-

dalidades tales como el grupo de aprendizaje a través de la discusión, el grupo operativo, el grupo de reflexión) se pone de manifiesto asimismo la dimensión cualitativa del enfoque terapéutico en la reflexividad y el protagonismo de los sujetos en las dinámicas.

En esta misma dirección abunda el capítulo decimotercero desde una perspectiva constructivista y cibernética (*Investigación e Intervención en grupos familiares. Una perspectiva constructivista*). Marcelo Pakman replantea la relación entre investigación e intervención desde una epistemología no tradicional de las prácticas sociales. Aspectos de la epistemología constructivista en relación con las nociones de "historia", "participación" y "reflexión" son elaborados en sus consecuencias para el analista en el área de la intervención terapéutica con familias. Finalmente es presentado un círculo epistémico de organizadores que sirven como guía para el investigador/interventor: se llama la atención del lector sobre una serie de pautas u orientadores que reemplazan las teorías etiológico-causalistas, ligadas a modelos clínicos instructivos en una epistemología tradicional. En definitiva, Pakman presenta una visión de conjunto de una articulación posible de una práctica constructivista (conversacional) en el campo de la terapia familiar, disolviendo la distinción entre las actividades de investigación e intervención.

En el capítulo decimocuarto (*La organización egoísta. Clausura operacional y redes conversacionales*, por Victor Bronstein, Juan Carlos Gaillard y Alejandro Piscitelli) se pretende explorar en qué consiste la autoorganización de los sistemas sociales. Para dar cuenta del fenómeno a explicar los autores se preguntan: ¿dónde existe una organización? y ¿por qué se tiene la sensación de que estos sistemas se van autoorganizando y perduran en el tiempo alcanzando estabilidad estructural y capacidad de adaptación? La hipótesis es que toda organización social es una *forma en el dominio lingüístico*, y que toda organización social es una *red cognitiva*. Por organización social deberá entenderse cualquier entidad compuesta por individuos que puede tener o no un objetivo de existencia (una familia, un club, una empresa, una escuela, un ministerio, etc.). Los autores pasan luego a analizar qué clases de conversaciones tienen lugar en la red lingüística de una organización asegurando su estabilidad en el tiempo. En ello juega un papel crucial la noción de acuerdo (o compromiso) entendido como una obligación o responsabilidad por una acción futura que se asume a través de una conversación. Los acuerdos que interesa analizar son los de segundo orden, o sea, los compromisos bajo los cuales las organizaciones existen como tales. El estudio de estas redes conversacionales permite identificar las características y formas de ejercicio de las líneas de autoridad y mando, conocimiento, status, amistad, circulación de información y otros aspectos estudiados por las teorías tradicionales del *management*. Definiendo a las organizaciones como sistemas autónomos que operan por clausura y como redes de conversaciones, reinscribimos las conductas propias de estos sistemas (capacidad de adaptación, plasticidad, capacidad de aprendizaje y reconocimiento de la identidad, fenómenos del poder) desde una perspectiva poco habitual. La epistemología experimental deja pues de ser una utopía y se convierte en un programa para la acción. El marco general del trabajo se inscribe dentro del linaje de la segunda cibernética (Von Foerster, Bateson) y especialmente abreva en las aportaciones de Humberto Maturana, Francisco Varela y Fernando Flores. Su planteamiento teórico de la autoorganización ejemplifica la corriente de Varela, quien no enfatiza en la relación del sistema con el entorno a partir de la cual se construye orden a partir del ruido. Las diferencias en la visión de Varela y Dupuy son de matiz, pero quedan recogidas en nuestro libro, al igual que lo fueron en el famoso *Colloque de Cerisy*. Los autores de *La organización egoísta* insisten en la autonomía y la adaptación del sistema al entorno, ponen el énfasis en el sistema. Autores tales



como Dupuy o los propios coordinadores (véase el capítulo *Socioanálisis Cibernético*) ponen el énfasis en el proceso de emergencia de ese orden (incluido el propio sistema) a partir del ruido, la irreversibilidad y la entropía del entorno. Los primeros (discípulos directos de Varela en relación con la noción de autoorganización) hablan de plasticidad de adaptación y comportamientos propios del sistema. Los segundos (discípulos cruzados de von Foerster, Atlan e Ibáñez) hablan de emergencia de orden, neguentropía y fractalidad social. Junto a ello, en paralelo con las investigaciones de Atlan, los autores de esta perspectiva consideran que también el sujeto puede ser entendido como un sistema autoorganizado. Existe una tercera posición para la cual remitimos al lector al capítulo de Juan Luis Pintos.

Las metodologías de participación conversacional que se presentan en el capítulo decimoquinto (*De los movimientos sociales a las metodologías participativas*, por Tomás Villasante) no son sólo útiles para los movimientos sociales, o para las instituciones preocupadas por la participación social, sino que establecen un reto a la teoría del conocimiento y a las otras metodologías más usuales. Son metodologías desde los movimientos, desde los analizadores, desde la práctica, que obligan a replantear tanto los monismos como los pluralismos metodológicos. Se hace un recorrido por la Investigación-Acción-Participativa, por la praxeología de origen marxista, y por el socioanálisis, para debatir sus aportaciones tanto en contraste con otras perspectivas metodológicas, como las diferencias que encontramos dentro de esta misma perspectiva dialéctica y praxeológica. Se hace hincapié en los aspectos epistémicos y metodológicos, pero también se reinterpretan las técnicas como prácticas que concretan los posicionamientos globales de la investigación. Así, se postula captar líneas discursivas en proceso de construcción, y hacer una triangulación de tipos de discursos por contrastes, sobre entrevistas (grupales, individuales) y sobre tormentas de ideas. El texto aporta un ejemplo concreto (que se está realizando en Córdoba) de metodología de programación (IAP/PAI) como práctica participada y útil para los movimientos sociales y para las instituciones que se preocupen de estos temas.

Ahora bien, el mismo efecto de realidad que comentábamos para el primer capítulo del libro, propio de una posición del analista comprometida, aunque externa (especializada en el uso del grupo de discusión), cuyos recursos textuales se analizan en el capítulo sexto, lo encontramos en este texto de Tomás Villasante. Este autor realiza un espléndido ejercicio de antropología dialógica con los movimientos sociales, mostrando la posibilidad de alcanzar una conjunción entre unidades sociológicas teóricas (grupos, movimientos de masas, clase social) y el tratamiento no trivial de la posición del sujeto y la dinámica del cambio social. El punto de llegada de un diálogo de tales características es la conversación, y más aún, la teoría y la praxis de la participación conversacional. Podríamos incluso afirmar que el presente texto constituye un ejercicio de constructivismo atravesado de marxismo. Pero existe un bloqueo: en una conversación deben ser admitidas (estar permitidas) las transformaciones de las posiciones de los sujetos participantes. El rol de analista juega un papel restrictivo de la potencia conversacional del diálogo participante entre analista y objeto-sujeto investigado. Es evidente que Villasante es capaz de aprender muchas cosas de sus objetos de investigación, pero es poco probable que estos se autoorganicen en su presencia o con su colaboración, salvo que el mismo autor deje de ser una instancia investigadora para convertirse en un sujeto más de la unidad social en cuestión (en el momento de escribir esta introducción tenemos entendido que su conversión es inminente).

En el capítulo dedicado al *Análisis semiótico del discurso* (Gonzalo Abril) Se ofrecen conceptos y orientaciones básicas para un método de análisis del discurso que reúne varias

tradiciones de la investigación semiótica. Se rechazan las metodologías positivistas y se pretende una confluencia interdisciplinaria sobre el concepto de discurso. Tras revisar la distinción y la complementariedad de las dimensiones sintáctica, semántica y pragmática de la semiótica, se distingue entre significado de la frase y sentido del enunciado. El enunciado, de naturaleza compleja y reflexiva, es el objeto más específico del análisis del discurso. Se examinan distintas formas de presuposición así como la implicatura conversacional, expresiones de un “mostrar” que no es propiamente “decir”, que opera inferencialmente y que ha de explicarse también en el nivel de la acción sociodiscursiva. Se exponen observaciones básicas sobre la performatividad y se examinan, por fin, algunas expresiones de polifonía o interferencia discursiva. Gonzalo Abril se ha ocupado de desarrollar la dimensión pragmática en el análisis del discurso, mientras que el problema del análisis del discurso y la teoría e interpretación psicoanalítica incide en la dimensión semántica. Su planteamiento de la polifonía de la enunciación a partir de Bajtin y Ducrot se antoja como una posible salida para la antropología dialógica en su búsqueda de comunicar un verdadero diálogo intercultural. Asimismo el concepto de Portavoz ofrece no pocos paralelismos con los conceptos de individuo (capítulo vigesimoprimer) y P-Individuo (Pask). Uno de los puntos de llegada de este capítulo decimosexto es la incapacidad de la semiótica para tratar el discurso producido por grupos. Este hecho contrasta con la afirmación de Recio: “La función emotiva del lenguaje es más abordable, en el grupo de discusión, en un registro lingüístico (a través de los subjetivemas) o semiótico (semiótica de las pasiones)”.

Francisco Pereña abunda en esta inflexión semántica y estructural. Su desarrollo a partir del triángulo culinario de Lévi-Strauss de un triángulo sémico y un triángulo psicoanalítico es un ejemplo de la fecundidad de la interrelación de lenguajes teóricos en el análisis del discurso. Cientos de investigaciones de mercado y de agencias de publicidad avalan la potencia de este recurso analítico y del concepto de formación discursiva en el que toma contexto.

Félix Recio (*Análisis del discurso y teoría psicoanalítica*) pone varios puntos sobre las cosas respecto a la controvertida cuestión del uso y abuso de la teoría psicoanalítica en el análisis del discurso. El dispositivo grupo de discusión —citamos textualmente—, trabaja, no sobre la apertura, sino sobre el cierre del inconsciente. Su objetivo es otro: analizar la promoción ideal del grupo, la identificación imaginaria en torno a los significantes que los agrupan, las idealizaciones cristalizadas. El dispositivo opera en el cierre del inconsciente, en los saberes constituidos, en las identificaciones yoicas. Recio es aún más concluyente al afirmar que el dispositivo grupo de discusión es el revés del discurso psicoanalítico. De este modo plantea una posición que media la distancia existente entre la ortodoxia (el psicoanálisis es exclusivamente una forma de clínica) y el aplicacionismo (existe un análisis del discurso social more psicoanalítico), y que permanece abierta explícitamente a residuos de la teoría social como los componentes afectivos o pasionales de la producción de discurso.

Recio, Pereña y Abril quedan puestos en relación a partir de sus sucesivas invocaciones a la complejización creciente de los lenguajes analíticos para dar cuenta del análisis de los grupos.

El tercero de los lenguajes de análisis que hemos incluido en esta obra es el cibernético. La cibernética de segundo orden es la fuente de la investigación social compleja a cuyo desarrollo dedicó Jesús Ibáñez gran parte de sus esfuerzos más recientes. Análisis de la acción, de los grupos y de las unidades de análisis que podríamos denominar instancias anónimas (textos difundidos por medios de comunicación, totalidades sociales, etc.) forman la secuencia con la que hemos ordenado el punto de llegada del presente manual. Ibáñez re-

cordaba en una introducción de referencia obligada (Ibáñez, 1990) el efecto de la ubicación en último lugar: la historia de la filosofía escrita por Julián Marias hacía parecer que toda la filosofía occidental no era más que una preparación para la filosofía de Ortega y Gasset; toda la investigación de la segunda cibernética parece culminar con los dos textos del último epígrafe en la revista *Suplementos (Investigación social de segundo orden)*, escritos por Jesús Ibáñez. En este caso el punto de llegada es tal cuanto menos en un sentido cronológico.

Dentro del capítulo titulado *Análisis del sentido de la acción: el trasfondo de la intencionalidad* (Fernando García Selgas) se muestra cómo comprender científicamente el sentido de la acción requiere reproducir cognitivamente de qué forma los agentes, mediante la actualización de la intencionalidad, ubican su (no)intervención material en el seno de un orden social de sentido. Pero para ello hay que tener claro qué es lo que hace posible el funcionamiento concreto de la intencionalidad. Así es como el autor se ha encontrado con el trasfondo o marco general de la intencionalidad y el sentido.

A la hora de precisar la naturaleza de ese trasfondo, los procesos de identidad, especialmente de la autoidentidad, han aparecido como una de sus primeras manifestaciones concretas. A partir de aquí se ha iniciado la búsqueda de una manifestación básica, que hoy apareciera como soporte ontológico y metodológico último del sentido de las acciones. Así el autor llega al concepto de "habitus", y de éste al de "encarnación". Con él, además de concretar aquella manifestación básica, consigue situarnos de la mejor manera posible ante problemas realmente relevantes, como es el de recuperar al agente sin negar ni la socialidad de su naturaleza carnal ni la materialidad de sus marcos de sentido. Por último este capítulo aclara los límites, y la aplicabilidad empírica de la propuesta presentada.

Gordon Pask (*Metodología participante con rigor*) presenta un condensado capítulo que hubiera podido titularse "la teoría de la conversación y la teoría de la interacción de actores se articulan como una reflexión teórica y metodológica acerca de la interacción conversacional entre actores o participantes". Un participante es un P-Individuo (entidad psicosocial autoorganizada) acompañado de su M-Individuo (individuo mecánico). A partir de aquí el rigor responderá tanto a la propia síntesis de las teorías fundamentales en la cibernética de segundo orden (Pask ha hecho un esfuerzo prodigioso, pero no debemos olvidar que cuenta con la ventaja de ser su inventor), como al uso de la lógica y la matemática de la distinción (Spencer-Brown), la lógica de la acción de Von Wright, las lógicas modales y temporales (Güther y otros), los cálculos de Petri, la lógica de Taylor y los cálculos de Rescher "de forma dinámica y en cierto modo ampliada además, desde luego, de las matemáticas normales". Todo ello para evitar de forma estrictamente cualitativa que la exposición degenerare en vana verborrea. En particular, los acuerdos conversacionales tratados en el texto de Bronstein, Gaillard y Piscitelli, o la idea de participación conversacional manejada en los capítulos de Tomás Villasante y de los propios coordinadores están en estrecha conversación con los planteamientos de Pask.

El capítulo *Sociocibernética: marco sistémico y esquema conceptual* (Juan Luis Pintos) pone a disposición del lector dos muestras de la utilización de planteamientos sociocibernéticos en el campo de lo propiamente sociológico (si es que nos es lícito seguir empleando tales denominaciones más allá de su valor clasificatorio académico). En la primera parte de este capítulo se tratan de exponer los enfoques de la cuestión metodológica tal como lo viene haciendo el profesor de la Universidad de Bielefeld Niklas Luhmann. El autor se detiene específicamente en el método funcional, en la teoría de sistemas autorreferentes, en la observación y en la codificación y programación en la perspectiva constructivista. En la segunda parte presenta una de las posibilidades de entender los planteamientos de la posición

luhmaniana, que no una “aplicación” de su metodología a cuestiones concretas. Analizamos los marcos de referencia espacio-temporales, la construcción bifocal de la realidad social y la analítica de los imaginarios sociales. El profesor Pintos, uno de los pocos teóricos y metodólogos sociocibernéticos de nuestro país, destaca la conjunción de la distinción (semántica) y la indicación (pragmática) que tiene lugar en la observación de sistemas sociales. De este modo el énfasis, entendiendo así la corriente desbrozada por el propio Luhmann, radica en la distinción misma entre sistema y entorno.

El *Socioanálisis Cibernético* (Juan Gutiérrez y Juan Manuel Delgado), pretende afrontar el problema de acumular materiales (metodológicos y teóricos) para una visión compleja y operativa de la construcción de realidad social. Hemos argumentado que su posibilidad comienza con la puesta en cuestión del concepto habitual de sistema que se maneja en la investigación social no socioanalítica. Las nociones de complejidad, sistemas irreversibles, estructuras emergentes, diversidad de comportamientos propios, y autoorganización son esenciales para desarrollar tecnologías de investigación social capaces de reconstruir esa complejidad social. El reconocimiento de la autonomía de lo social y sus dinámicas históricas, irreductiblemente sistémicas y complejas, debe conducir a una responsabilidad constructiva respecto al futuro (von Foerster, 1991) y a una estética de la integración ecosistémica (Wilden, citado en Morín, 1973: 31).

El soporte último de la responsabilidad y la visión sistémica es el individuo. El socioanálisis cibernético es, en tanto que centrado en el individuo, el dispositivo autoobservador por antonomasia. Es así como el concepto de sentido que se maneja hace referencia a una actividad selectiva (y en esto se asemeja a la idea de sentido del capítulo primero y séptimo) y heterogénea del sujeto en su interpretación creativa (Varela, 1990: 109) de los contextos complejos (y en esto se asemeja a la idea planteada por Fernando García Selgas) y en su atribución de aspectos genéticos (históricos) al objeto. La impureza y el sinsentido que se hacen posibles en este concepto marco de sentido son, en su propia virtualidad, una garantía de hipercomplejidad en los mundos y las realidades sociales, (véanse los conceptos de complejidad y sentido en el *Glosario*, y el concepto de heterogeneidad en el capítulo *Socioanálisis Cibernético*).

### 3. Recorrido por la investigación social cualitativa y el objeto de la teoría social

Para iniciar este recorrido teórico proponemos pensar –aunque con diferencias respecto a Leibniz, según se expondrá– que el mundo está compuesto de mónadas. Estas mónadas serían diferentes las unas de las otras al tiempo que serían cualitativamente idénticas las unas a las otras. En este sentido, estas mónadas son intersubjetivas, o dicho a la manera de Dupuy (1992), son “mónadas interindividuales”, son ventanas. A la aclaración de estas cuestiones vamos a dedicar las siguientes líneas.

Comenzaremos proponiendo dos preguntas: la primera de las mismas será en qué sentido son idénticas las mónadas unas a otras, mientras que la segunda de las cuestiones afecta a la limitación subsiguiente a toda teoría monadológica, lo que Dupuy llama “ontoteología”; es decir, la segunda pregunta hará referencia a cuál es la naturaleza de la mónada de las mónadas.

Caben pocas dudas sobre el hecho de que nuestra segunda pregunta (pertinente y necesaria, aunque fuente de numerosas paradojas) versa sobre la “Totalidad”. Según el pensamiento holístico las mónadas alcanzan un orden gracias a “una mano invisible”, el cual

produce un “orden colectivo” que sería el resultado de “una armonía pre-establecida”. Si Foucault habla de “estrategia sin sujeto”, Hayek y Althusser lo nombran como “proceso sin sujeto”: tanto da la “astucia de la razón” (Hegel) como la “astucia de la historia” (Bourdieu). En cualquier caso todos ellos coinciden en la creación de un “punto fijo exógeno” (un punto de vista divino, externo) desde el cual explicar esas totalidades. Dice Nietzsche revisando a Leibniz: “Si Dios ha muerto, entonces el mundo no es otra cosa que caos, es sin belleza, sin nobleza, sin origen ni final, sin finalidad, sin sentido. El mundo no es otra cosa que un conjunto de puntos de vista individuales incommensurables que no pueden comunicarse entre ellos —como es el caso en Leibniz—. Sin embargo, y esta es la gran diferencia por relación a Leibniz, no hay, para Nietzsche, ningún lugar exterior a las mónadas donde se realice la integración de los puntos de vista. No hay otra cosa que interpretaciones, interpretaciones de interpretaciones, etc., sin que esta cadena de interpretaciones deba parar jamás. En otras palabras, el discurso es infinito” (Dupuy, 1992: 32).

Así pues afirmamos, por el momento, que el sentido, o sea el mundo, o la totalidad por la que nos estamos preguntando, es siempre, inevitablemente, producida por una entidad interindividual a partir de una cadena infinita de interpretaciones (un proceso infinitamente recursivo).

Sin embargo queda por explicar qué tienen de común y de diferente los mundos contruidos por los distintos observadores, esto es, la relación entre las mónadas. Para empezar recordemos que hemos identificado a dichas entidades con ventanas y, por consiguiente, en permanente relación intersubjetiva. Por consiguiente, estamos proponiendo que las mónadas establecen relaciones horizontales. Asimismo hemos dicho que no existe punto fijo exógeno desde el que poder describir la integración de puntos de vista. Por consiguiente la descripción de la totalidad, es decir, del resultado de la integración de esa infinidad de interpretaciones es inviable, se trataría siempre de una auto-exteriorización producida por un observador. Sólo aceptando este presupuesto constructivista podemos ver y actuar mediante simulación a partir de la estrategia divina de la complejidad derivada de la ingente agitación de las mónadas, entendidas como espejos.

Si bien hasta ahora habríamos estado hablando de la naturaleza y de la posibilidad o imposibilidad de alcanzar la descripción de estas Totalidades, nada habríamos dicho sin embargo sobre las relaciones que supuestamente mantienen cada una de las perspectivas con esa hipotética Totalidad integrada. De hecho, esta cuestión, tal y como nos advierte Dupuy, nos lleva de cabeza hasta la teodicea. Será desde allí desde donde podremos avanzar en nuestro análisis del sentido.

Según nos recuerda Dupuy, Louis Dumont caracteriza a la teodicea de la manera siguiente: “el bien debe contener el mal, aun siendo su contrario”. Aquí el verbo contener significaría englobar, y la fórmula paradójica aquí descrita es lo que Dumont llama jerarquía. Jerarquía entendida pues como englobamiento del contrario. Para Dumont esta figura constituye la forma misma de las sociedades holistas. Pues bien, Dupuy propone el siguiente desplazamiento de la fórmula de Dumont: el orden debe contener desorden, aun siendo su contrario. Si la propuesta de Dumont integra individualismo y racionalismo, lo afirmado por Dupuy es coincidente con la cibernética de segundo orden tal y como nosotros la entendemos. Es obvio decir que el pensamiento de Dumont, en la medida que jerarquiza e integra lo individual y la totalidad, es fuente de todo tipo de tiranías. Supone, en definitiva, como dice Dupuy, el sacrificio del individuo a una totalidad construida supuestamente desde un punto fijo externo, que nosotros hemos declarado inexistente. ¿Cómo salir de este lío? Sigamos nuestro razonamiento. Según Dumont, el sacrificio del indivi-

duo (es decir, el mal del individuo) significaría el bien de la totalidad. ¿Qué pasaría, sin embargo, si los polos aquí presentados en relación de contrariedad no fueran, como propone Dumont, jerarquizables, aunque sí homotéticos y en relaciones auto-catalíticas e irreversibles? Antes de continuar haremos una pequeña puntualización. Si no hay punto fijo exógeno y si la totalidad es siempre dicha por "un observador en y en relación con" las interpretaciones que la alumbran (la Totalidad de las totalidades), entonces habrá de tener una naturaleza inevitablemente policéntrica (entendiendo que cada centro corresponde a una entidad o mónada).

Hemos dicho que las relaciones entre las mónadas y sus imaginarios podrían ser homotéticas, auto-catalíticas e irreversibles (aunque las teorías que trabajan con el presupuesto de la existencia de un "punto fijo exógeno" desde el que describir trabajen con el presupuesto añadido de la reversibilidad de los procesos). Veamos.

Decir que son homotéticas supone afirmar que con independencia del nivel de totalidad (es decir, ya se trate de una interpretación realizada por un centro o de una interpretación policéntrica, ya se trate de un lugar de observación o de otro) del que estemos hablando siempre tendrá el mismo núcleo de complejidad. De momento, sabemos algo sobre ese núcleo. En efecto, nos encontramos con un núcleo que parte siempre de un proceso infinitamente recursivo de interpretaciones. Sigamos, pues.

Decir que son auto-catalíticas supone despertar al pensamiento circular y paradójico. Supone también distinguir entre sujeto e individuo. Para empezar diremos, siguiendo a Dupuy, que para que surja el individuo ha de producirse primero el "sacrificio" del sujeto. Sería algo similar a la renuncia divina (de ahí el sacrificio) que supone convertirse en hombre entre los hombres, sin saber nunca con qué resultados. La aparición del individuo supone pues la aparición de la mítica carencia. Uno no puede pensarse sin pensar asimismo en la carencia originaria, sin pensar en la sensación de plenitud, en la del absoluto, en la pureza, en el sujeto, en fin; o lo que es igual, en la totalidad de cualquier nivel. Así pues nuestra supuesta búsqueda se traduce en la intencionalidad de alcanzar lo que nuestras interpretaciones denotan: la totalidad.

No parece importar demasiado el carácter profundamente mitológico de toda esta visión; sin embargo, lo esencial, lo que sobresale es el carácter profundamente auto-catalítico de la relación entre individuo y sujeto, entre la parte y el Todo.

Podemos, ahora, añadir a la descripción del núcleo de complejidad que nos ocupa que, además de ser "entendido como proceso infinitamente recursivo de interpretaciones", éstas tienen siempre la "intencionalidad" de alcanzar la "totalidad" de cualquier nivel. Vistas así las cosas, el par formado por la "totalidad" sociedad y el operador tecnología admitiría ser contemplado en sus trayectorias de izquierda a derecha y viceversa como "tecnologías de la totalidad" o como "totalidades tecnológicas". Presas como están de la monadología y de la teodícea descritas por Dumont. Sólo una tecnología de la observación endógena sería capaz de dar cuenta (mediante captura) de la gran conversación entre las interindividualidades que conforman el mundo. Así pues frente a las tecnologías de la totalidad que producen totalidades tecnológicas y que presuponen puntos de observación externa, nosotros opondríamos las tecnologías de la observación endógena (como por ejemplo la auto-observación) capaz de rentabilizar la naturaleza auto-catalítica y homotética de las relaciones intermonádicas.

Preguntarnos por el carácter irreversible de las relaciones hasta aquí estudiadas nos va a permitir ahondar en el conocimiento del núcleo de complejidad que pretendemos describir. La pregunta acerca de la reversibilidad o irreversibilidad de los procesos en curso nos

obligará a preguntarnos por el carácter temporal del mismo, o lo que es igual por la evolución y/o por la reproducción de esas supuestas totalidades.

Para empezar digamos que la supuesta pérdida originaria (el sacrificio del "sujeto") es irreversible. Es decir, no hay ninguna posibilidad de vuelta atrás. La búsqueda épica de la completud perdida produce, como hemos dicho, tecnologías de la totalidad.

Antes de proseguir conviene determinar cuál es el concepto de tecnología con el que estamos trabajando. No pensamos que sea inadecuado decir que la tecnología como concepto remite a la idea de orden. Por todo lo dicho, en la medida en que las tecnologías de la totalidad tengan la "intencionalidad" de alcanzar el equilibrio perdido las entenderemos como tecnologías del orden y, por consiguiente, de los procesos reversibles. La pesadilla en que se ha convertido la mítica búsqueda trabaja, como ya hemos dicho más arriba, con la metáfora de la escalera. Quiere ello decir que, para esta interpretación, los mitos de la ascensión, la mejora, el progreso son perfectamente realizables. Ascensión, mejora y/o progreso que interpretan como aproximación paulatina a su "intencionalidad" ya descrita anteriormente. Por ello, en esta concepción, el conocimiento y la capacidad para "ordenar" es acumulativa.

En cambio, las tecnologías de la observación endógena (por ejemplo la autoobservación propuesta en el capítulo sexto) liberadas de las teorías monadológicas clásicas y de la teodicea se deshacen, sin mayores inconvenientes, de metáforas tan peligrosas como la escalera y se sitúan en el mundo de las preguntas interesantes. Si no hay búsqueda, si no existe la intencionalidad de alcanzar una hipotética completud (tan sólo la consciencia de la posibilidad del planteamiento metafísico de tal búsqueda), si sólo existe un horizonte todavía por interpretar, entonces la tarea ha de consistir en la descripción, primero, de la producción/reproducción de lo que hemos venido en llamar totalidad tecnológica y, segundo, en la interpretación de ese horizonte antes mencionado.

La descripción de la producción/reproducción de las totalidades tecnológicas, producto inevitable de las tecnologías del orden y de los procesos reversibles, nosotros la efectuamos en base a los conceptos de reflexividad (conocer es hacer) y de disciplina.

Cuando se pone en juego el concepto de reflexividad se asegura el estudio simultáneo tanto de la producción como de la reproducción. A este operar reflexivo debemos añadirle ahora el carácter auto-catalítico de las relaciones entre mónadas e imaginarios. Dicho esto aparece en todo su esplendor el carácter circular, auto-referencial de los productos de las tecnologías de la totalidad.

La reproducción de las totalidades tecnológicas características de las tecnologías del orden sólo puede entenderse a partir del concepto de disciplina. La idea de disciplina hace referencia a las reglas de circulación de las mónadas y de sus imaginarios en la narrativa implícita en la búsqueda de la completud.

En consecuencia, el núcleo de complejidad cuya descripción nos ocupa ha de ser entendido como proceso infinitamente recursivo de interpretaciones que tienen siempre la intencionalidad de alcanzar la "totalidad" de cualquier nivel, ya sea éste jerárquico (la mónada de todas las mónadas), céntrico y/o policéntrico o, finalmente, disciplinario (orden). El proceso que moviliza esta visión tiene siempre un carácter reversible.

Así pues, interpretación, intencionalidad y reversibilidad será el núcleo de complejidad que nos proponíamos describir como característico de las totalidades tecnológicas producidas por las tecnologías del orden. El núcleo de complejidad descrito para las relaciones entre mónadas e imaginarios se manifiesta, ahora sí, como fractal cognitivo con consecuencias pragmáticas y reflexivas (el conocimiento es acción).



No puede extrañar que, desvelado y contextualizado el carácter mítico que el pensamiento de la escalera entraña, aparezca en su lugar la imagen que mejor representa su verdadero mecanismo interno: el toro (una rosquilla, hipotéticamente perfecta, tendría esta forma, producida por la revolución de una esfera). Imagen que además de ser coherente con los conceptos hasta aquí utilizados (recursividad, autocatálisis, reversibilidad, etc.) muestra el carácter paradójico de los efectos de las tecnologías del orden. Paradójico en la medida en que es siempre el contraproducción lo que alimenta la búsqueda intencional de la "totalidad".

Dicho todo esto creemos estar en condiciones de preguntarnos por el horizonte a interpretar. Obvio es decir que la naturaleza de la pregunta exige, desechada la escalera como metáfora explicativa, ser respondida en un contexto coherente con las tecnologías de la observación endógena.

Tampoco podemos utilizar el toro como metáfora explicativa ya que la misma no es sino, según nuestro razonamiento, la metáfora de la escalera estirada y flexibilizada hasta desvelar sus mecanismos míticos de producción y reproducción.

Nuestras expectativas, nuestras preguntas no versarán acerca de las totalidades, sino sobre teorías que desarrollen "la participación". Esta participación será entendida al menos en una doble dirección; por un lado, teorías que como la de la autoobservación desarrollen alternativas a la observación exógena. Teorías que asuman que la participación endógena ha de partir de la discriminación entre actor-observador, observador-actor y autor de la observación retrospectiva (véase nuestra teoría de la autoobservación). Por otro lado, las tecnologías de la observación endógena habrán de desarrollar teorías sobre la participación conversacional (véase, por ejemplo, nuestro socioanálisis cibnético). Por consiguiente, hoy más que nunca, creemos estar en el buen camino para contribuir en alguna medida al desarrollo de estas tecnologías.

Si las mónadas son ventanas que mantienen relaciones horizontales, si estas relaciones responden, por el momento, a la teoría fractal que hemos dejado atrás, no extrañará que destierremos de nuestro discurso el lexema sujeto, por constituir probablemente la raíz originaria de todas las tecnologías de la totalidad. Excluidas las preguntas por el sujeto, recuperamos la autonomía para defender no sólo un nuevo concepto de sujeto (el de la complejidad de Morin o el profundamente ecológico de Bateson), sino también para construir una metodología que sea coherente con los principios teóricos hasta aquí defendidos.

Los cambios radicales, del tipo que sean, quedan asimismo excluidos por constituir asimismo otras formas de la totalidad, como también hay que contar con el hecho de que los discursos que elaboran las tecnologías de la totalidad tienden inexcusablemente, tal y como dicen los de la escuela cualitativa de Madrid y como nos enseña nuestra propia experiencia, hacia la completud, es decir hacia la totalidad.

Así pues nos queda reclamar el derecho a pensar en términos de individuo. Individuo que sólo reclama el reconocimiento a la imposibilidad de mirar desde fuera, individuo que mantiene conversaciones polifónicas (esta polifonía está inspirada en la de Bajtin y en la de Ducrot, aunque tanto como por los locutores esta polifonía se interesa por el concepto de sentido entendido como mestizo de todas las interpretaciones y disciplinas de la totalidad que concurren en el contexto) con otros individuos y sujetas a las disciplinas derivadas del pensamiento de lo reversible, individuo consciente de la heterogeneidad de todo cuanto conoce y que, finalmente, solicita para sí su naturaleza compleja (véanse estos conceptos en el *Glosario*). Este individuo es consciente de que todo cuanto estamos diciendo reclama su inexcusable responsabilidad en la producción y reproducción de las totalidades tecnológicas.

cas producidas por las tecnologías de la totalidad. Un individuo cuyas únicas carencias son precisamente las originadas por las tecnologías de la totalidad.

Desaparecido el sujeto y reconocido el individuo no cuesta ya ningún esfuerzo reconocer que la supuesta materialidad del sujeto no es condición suficiente para la existencia o no del individuo. En los términos que hemos definido a las mónadas y a sus relaciones toda invención ontológica que permita el desarrollo de las tecnologías de la observación endógena (teorías sobre la participación, en sus dos dimensiones) merecerán ser calificadas de individuos. En este sentido el estudio de las instituciones, así como de unidades más amplias, tales como las sociedades, es no sólo posible sino necesario.

Un individuo de estas características es, como no podía ser de otro modo, cognitivamente hablando, el resultado de las numerosas totalidades de las que participa activamente. Todo lo dicho, sin olvidar las características atribuidas a las relaciones entre mónadas (auto-catalíticas, homotéticas e irreversibles) nos autoriza a hablar cibernéticamente de mestizajes, retomando la teodicea reconvertida por Dupuy. Planteada la cuestión de este modo las totalidades tecnológicas, para ser descritas, necesitan de un artefacto que pueda trabajar desde el concepto de individuo, que sea coherente con las relaciones entre mónadas e imaginarios aquí propuestas. Un artefacto capaz de algo así y al mismo tiempo capaz de estar apegado a la complejidad es el concepto de Dispositivo en Foucault. Dispositivo que da cuenta de las disciplinas de todas y cada una de las totalidades implicadas, así como de sus mestizajes. Sabemos que las tales disciplinas remiten a otras tantas totalidades conceptuales. Si los cambios radicales están excluidos, los mestizajes han de ser tanto imaginarios como disciplinarios. Por consiguiente, se impone la necesidad de identificar tales unidades conceptuales y disciplinarias. En otra parte (véase capítulo sexto) fueron nombradas como pliegues o culturas. Se identificaron concretamente cuatro: medieval, disciplinario autoritario, disciplinario democrático, e interdisciplinario. En el estado actual de nuestras investigaciones añadiríamos el pliegue o cultura transdisciplinaria. No cabe duda que, hablando en términos disciplinarios, cabría nombrarlos como tecnologías del orden. He aquí un pensamiento del caos, del desorden, de donde está desterrada cualquier alusión a cualquier forma de totalidad: conceptos puros interpretables desde fuera o sentidos monofónicos.

Por estas razones, las tecnologías de la observación endógena podrían ser consideradas como tecnologías del desorden, por oposición a las tecnologías de la totalidad cuyas finalidades son siempre la armonía, el equilibrio, la elegancia, el progreso, la seguridad, etc.

Las tecnologías de la totalidad son perfectamente coherentes con la cultura de la escasez, mientras que las tecnologías de la observación endógena son coherentes con la cultura de la abundancia. Ambas culturas han sido descritas por Bateson (1985).

Identificamos las tecnologías de la totalidad y la cultura de la escasez con los valores que caracterizan a las sociedades industriales. A su vez, pensamos que las tecnologías de la observación endógena, y su consiguiente cultura de la abundancia, proponen nuevos valores éticos y estéticos y una manera de pensar ecológica. Podemos mostrar esta contraposición recurriendo a numerosos ejemplos. Primeramente expondremos el fenómeno del contraproducto, característico de la cultura de la escasez. Después expondremos sus dos concepciones radicalmente diferentes del tiempo. Finalmente pondremos un ejemplo de las dos culturas relativo a la relación entre los sexos y su expresión en el uso y el diseño del espacio.

En las tecnologías de la totalidad el todo es entendido como clímax, y su búsqueda consiste en una búsqueda frenética del clímax, del absoluto. Es por tanto la idea de la escasez (en todas sus interpretaciones intencionales) y la subsiguiente carencia la que origina la escalera (y con ello las jerarquías) y la guerra contra sí mismo, contra el ambiente en

forma de relaciones sujeto/objeto o de las relaciones tecnológicas con el entorno. Esta persecución de la totalidad conduce inevitablemente al contraproducto, al contrasentido. Pretendiendo comunicarnos nos aislamos. Los hospitales nos enferman. La oferta para el tiempo de ocio nos produce más ansiedad que calma y, sobre todo, el mayor nivel de orden lleva aparejado los mayores niveles de desorden. Los individuos de las totalidades tecnológicas viven con la mayor naturalidad unos programas narrativos de relatos míticos que disciplinan intensamente tanto el tiempo como el espacio por el que circulan sus cuerpos, sus mensajes y sus mercancías.

En efecto. En las sociedades industriales el tiempo es oro. El dinero es el equivalente general de valor de cualquier unidad de tiempo. En un contexto de escasez del tiempo, el tiempo se pierde, se gana, se ahorra, se invierte, se vende, etc. Cualquier unidad de tiempo es equivalente a otra. Ningún instante tiene un valor especial y es sencillamente intercambiable por otro. Podemos decir que no hay historia y que, en su lugar, nos movemos dentro de una reversibilidad sin límite.

Por el contrario, la cultura de la abundancia valora el instante. El momento es único, no es intercambiable por ningún otro y resulta, por tanto, inconmensurable e irreversible. La cultura de la abundancia es una manera de pensar sensible a la historia.

Aquella concepción dominante del tiempo, unida al contraproducto de la conciencia intencional (características de la cultura de la escasez) se nos muestran en todas y cada una de las actividades de nuestra vida cotidiana. (anticipamos al lector que este fenómeno será ampliamente tratado en el capítulo *Socioanálisis Cibernético*, a propósito del concepto de dispositivo tomado de Foucault). Pareciera como si, en todo momento, el individuo de la cultura de la escasez (vale decir, de nuestras modernas sociedades industriales) intentara alcanzar de la manera más rápida posible sus propósitos: zanjar una disputa, tener un orgasmo, marcar un gol, terminar de comer (estar saciado), etc.

La cultura de la totalidad es eminentemente masculina. El papel de lo femenino no es otro que contribuir, en los espacios y tiempos que reservan las tecnologías masculinas, a la producción y reproducción de las máximas cantidades o niveles posibles de prestigio, éxito, dinero, valoración del tiempo, etc. De aquí que, en esta cultura de la escasez, algunas concepciones de lo femenino asuman su transformación como incremento de su capacidad para imitar estas características de la masculinidad (que tu tiempo también sea oro, tener muchos hombres, etc.)

Es propio de esta ansiedad por la consecución de estos fines pretender instalar en la vida cotidiana un orden y una disciplina del uso del tiempo y del espacio. Así, por ejemplo, dentro de la organización de una pareja se hace respetar un tiempo de ocio (absoluto, riguroso, inflexible, donde existe prohibición de trabajar) y un tiempo de trabajo, un lugar para la vida social y un lugar para la intimidad, etc. La disciplina de los fines es tanto una imagen cognitiva de lo masculino y lo femenino (y de sus "complementariedades" y "simetrías"), pongamos por caso, como una disciplina pragmática con sus castigos, sus defensas y sus rituales para el respeto del orden y uso de los espacios.

Por su parte, la cultura de la abundancia pondría más énfasis en los pasos, en las mezclas entre tiempos y espacios y en la irrepetibilidad de cada instante. No hay nada como la excitación de comer en la cama, acariciarse y hacer el amor en la cocina, o permanecer atentos a la manera en que el sexo está presente en todas las relaciones del individuo. Esta perspectiva propone el reconocimiento de la complejidad de todo individuo. Y, por consiguiente, hace que pierda toda relevancia el uso de la distinción hombre/mujer. Surge el ejercicio de reconocer la propia complejidad: no luchar contra la naturaleza de la que so-

mos parte disciplinando nuestro deseo, sino reconocernos como masculino y femenino a la vez, y no siempre con la misma intensidad y en la misma proporción, etc.

En esta cultura de la complejidad, en suma, lo esencial es que, no buscando éxtasis, fines ni totalidades últimas de ningún tipo, tampoco se producen autoexteriorizaciones o autoproyecciones que desactiven y reduzcan las responsabilidades de la participación de los individuos, constructivista y cotidiana. En todo caso, es esa responsabilidad y esa participación el resorte que puede destrivializar las relaciones entre individuos, rompiendo ese círculo (toroide) vicioso que dejamos páginas atrás.

En la medida en que hablamos de participación es pertinente, como ya dijimos, la construcción de tecnologías de la observación endógena y de la conversación (como la de Pask), así como de filosofías de la responsabilidad coherentes con este complejo sistema de pensamiento. Nos referimos a teorías que superen la hiperracionalidad de la teoría de juegos, el marxismo analítico, y la teoría de la elección racional, por ejemplo, teorías que, como las de Piscitelli, Bronstein y Gaillard, se ocupen del estudio de los acuerdos conversacionales en contextos socioadministrativos, o que, como en el trabajo de Pakman, instruyan la participación conversacional y reflexiva de los terapeutas.

En definitiva son urgentes la elaboración de teorías que permitan abundar en la complejidad. Son necesarias teorías que nos habiliten para la creación de espacios y tiempos nuevos de participación. Por si pudiera servir, nosotros creemos que la figura que mejor representa todo cuanto hemos dicho hasta aquí no es otra que la elipse. Metáfora geométrica que no sólo podría representar cuanto decimos, sino que plantea una evidente compatibilidad con la metáfora de la escalera: capaz de reforzarse hasta mostrar el toroide interior. Escalera y toro admiten la posibilidad de la fractura y posterior alargamiento hasta hacer surgir la elipse. Es obvio que la elipse no escapa al pensamiento mítico de la ascensión. Sin embargo, esa ascensión se manifiesta no como una exterioridad, como una totalidad, sino como una auto-exteriorización que despierta al individuo a la actividad, a la complejidad en fin. La complejidad es entendida en términos de renuncia explícita a la definición del hombre como ser eminentemente racional, y redundante en el impulso y desarrollo de las tecnologías de la observación endógena y de complejización de las relaciones de participación.

De todo cuanto queda expuesto se desprenden tres posibilidades de sentido. Cada una de ellas se relaciona con cada una de las figuras geométricas mencionadas. Escalera, toro y elipse.

El sentido vinculado con la escalera es necesariamente construido desde fuera y debe vincularse con la intencionalidad de la totalidad. Será siempre un sentido que, apuntando a finalidades, solicite la construcción de macro-actos que ignoren la sutileza del instante irrepetible. Un sentido semejante puede de hecho enriquecerse con conceptos tales como la reflexividad y la polifonía enunciativa, creando con ello las condiciones para la aparición de la segunda forma de sentido. Esta idea de sentido adquiere su verdadera dimensión expresando en su definición los conceptos de heterogeneidad y de complejidad.

El sentido vinculado con la figura del toro es un sentido que no sólo dice lo que se dice cuando se dice, sino que además informa de lo que se hace cuando se dice lo que se dice. Creemos que este tipo de sentido se ajusta a lo presentado por los coordinadores en el capítulo sobre la observación.

El sentido vinculado a la elipse no sólo es producido por un observador (individuo) consciente del sentido descrito para el toro, sino que además tal observador reconoce que el conocimiento no es acumulativo, estando como está vinculado al instante. Como creemos haber mostrado, se constituye un observador, en fin, productor de sentido, pero per-

manentemente consciente de la decisiva importancia del lugar de observación que para sí se atribuya en su tarea interpretativa. Sólo así puede producirse un pensamiento vivo y abierto.

#### 4. Agradecimientos

En una obra de ambición y proporciones como la que nos ocupa, los agradecimientos son especialmente numerosos y fundamentales. No obstante, el principal reconocimiento a todas cuantas personas participan en este libro no ha sido otro que nuestra completa dedicación al objetivo de culminar con éxito el trabajo, intentando presentar al público una obra sólida, útil y digna de todos ellos.

En primer lugar queremos decir con rotundidad que este trabajo no hubiera sido posible sin el apoyo de Javier Sánchez Carrión. Él proporcionó la posibilidad efectiva a través de su colaboración con los directores y coordinadores de la Editorial Síntesis, supervisó el diseño del proyecto y su planificación en sus primeros esbozos, y alentó el desarrollo del trabajo y la conclusión del mismo. Todos los errores y erratas de edición que pudiera contener este libro son responsabilidad de Juan Gutiérrez y Juan Manuel Delgado, pero sin duda el hecho de su existencia y su "puesta en el mundo" deben su acierto y oportunidad a Javier Sánchez Carrión. En este mismo lugar, agradecemos a Rosario Martínez y a la Editorial Síntesis en su conjunto el entusiasmo con que hicieron suyo nuestro proyecto, así como su indesmayable creencia en la bondad de la obra.

Damos las gracias a la CICYT (Ministerio de Educación y Ciencia) por su financiación del proyecto "Sociedad/Tecnología", muchos de cuyos resultados metodológicos ven la luz en este libro. Asimismo agradecemos todas las facilidades prestadas a los siguientes centros: *Center for Innovation and Co-operative Technology* (Universidad de Amsterdam), *Centre de Recherche en Epistémologie Appliquée* (CREA, *Ecole Polytechnique*, París), CIMOP (Comunicación, Imagen y Opinión Pública), Ilustre Colegio Nacional de Doctores y Licenciados en Ciencias Políticas y Sociología, departamentos de Sociología IV (Metodología de la Investigación), Periodismo III (Teoría General de la Información), y Trabajo Social, todos ellos pertenecientes a la Universidad Complutense de Madrid; Servicio Informático de Somosaguas (Universidad Complutense), y Gabinete para la Aplicación de Tecnologías de la Educación (Universidad Politécnica de Madrid).

Gracias especiales por sus orientaciones, su colaboración y su permanente disponibilidad a Jean Pierre Dupuy, Gordon Pask, Francisco Varela, Heinz von Foerster, Marcelo Pakman, Carlos Moya, Alejandro Muñoz Alonso, Gonzalo Abril, Concepción Azpeltia, María Victoria Molina Sánchez y Leopoldo Seijas.

Mostramos nuestro agradecimiento a Elisabeth Pask, Gerard de Zeeuw, Joop Muller, Esperanza Martínez-Conde, Sergio Brito, Concepción Gómez Esteban, Cristina Peña Marín, y Gustavo Szneiberg, por su eficacia en la coordinación y comunicación con los autores y textos más próximos a sus vidas, y por la comprensión y apoyo que nos han demostrado en todo momento.

Queremos también agradecer su disponibilidad y colaboración informática a Luis Moliner. Carmen Grandas, Lourdes Villar, Natalia Villar y Juan Miguel Aguado nos han ayudado en la edición de los textos. Angel del Pozo Salmerón, Silvia Hernández, Antonia Moreno, Carmen Calvo, Laura Correia de Barros, Amaya Corral Yunquera, Eva Gallego, Javier Blanco, Fabio Rivas Guerrero y Dolores Castrillo nos han atendido en todo momento

y han colaborado con nosotros de forma desinteresada, por lo que les estamos sinceramente agradecidos.

Numerosos alumnos de Periodismo del CEES, de Técnicas de Investigación en la Escuela de Trabajo Social (Universidad Complutense de Madrid), y de Sociología en nuestros seminarios de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología (Universidad Complutense de Madrid) han formado grupos de lectura para probar la didáctica de varios aspectos del diseño y de la redacción de la obra. Gracias también a ellos.



PRIMERA PARTE

# LA CONSTRUCCIÓN DEL CONTEXTO TEÓRICO CUALITATIVO



## CAPÍTULO 1

# LAS PERSPECTIVAS METODOLÓGICAS CUALITATIVA Y CUANTITATIVA EN EL CONTEXTO DE LA HISTORIA DE LAS CIENCIAS

*Fernando Conde*



Las relaciones entre las perspectivas “cualitativas” y “cuantitativas” en la Investigación Social suelen ser abordadas en las Ciencias Sociales desde los puntos de vista *técnico-instrumental, metodológico y/o paradigmático* (Cook y Reichardt, 1986). La intención de este capítulo introductorio es poner de manifiesto cómo estas distintas aproximaciones son insuficientes, cómo los propios términos “cualitativo” y “cuantitativo” tienen una larga y todavía no cerrada historia filosófica, científica, etc., y cómo las relaciones citadas deben enmarcarse de una forma más amplia en los procesos sociales e históricos de construcción de los sujetos/objetos sociales y en la propia historia de los *lenguajes/ciencias/metodologías* que se gestaron de forma paralela a dicha construcción.

### **1.1. Las bases originarias de la polémica: sustantivismo pro-cualitativo versus formalismo pro-cuantitativo en la filosofía griega**

En esta larga historia, todavía no escrita, de las relaciones entre las perspectivas cualitativas y cuantitativas vamos a seleccionar varios momentos y fechas claves que nos van a servir tanto para introducir y enmarcar el desarrollo de estas relaciones, como para resaltar aquellos momentos en los que se produjeron las transformaciones más importantes entre ambas perspectivas que han conformado el horizonte social, epistemológico, teórico y metodológico en el que, en la actualidad, se abordan las relaciones entre las mismas.

Podemos situar en la Grecia Clásica el lugar y el momento en el que se inicia de una forma más clara la polémica entre lo “cualitativo” y lo “cuantitativo”. Sin entrar en el análisis de los llamados filósofos presocráticos, cuyas nociones y tomas de posiciones son esenciales en la historia de las relaciones entre lo “cualitativo” y lo “cuantitativo”, y sin entrar tampoco en los múltiples planos y dimensiones que subyacen en las mismas, podemos es-



quemáticamente situar en Platón y Aristóteles las dos figuras y concepciones emblemáticas del planteamiento inicial de la polémica. Polémica que originariamente estaba centrada en torno a la confrontación entre las visiones más “formalista” y más “sustantivista” defendidas por ambos filósofos. Así desde el punto de vista del par “sustantivista/formalista” y no desde otros (por ejemplo, en Platón también cabe situar los primeros pasos del pensamiento dialéctico –más vinculado a la perspectiva cualitativa– en lo que tiene de establecimiento de una primera distancia, separación y contraposición sujeto/objeto), mientras Aristóteles defiende una concepción y una aproximación de/a la Naturaleza que podemos denominar más “pre-cualitativista” por lo que tiene de más “sustantivista”, “sensible” y “empírica” –en el sentido primero de *empireia* como “trato directo con las cosas”–; Platón defiende, a su vez, una aproximación más “pre-cuantitativista” de la Naturaleza por lo que tiene de más “formalista”, “idealista”, “abstracta” y “matematizable”.

Platón fue un “formalista”/“idealista” que se opuso a la teoría “materialista” de Demócrito sobre los “átomos” como componentes últimos de la materia tanto por considerar que éstos no existían como por afirmar que el componente último de la materia era la pura forma. Así lo resalta Heisenberg (1969) al destacar cómo Platón defendía “que al final, al terminar de dividir (un objeto) sólo se encontraría forma, ya no más materia” y que “si se continúa dividiendo la materia más y más se llega por último a algo que realmente sólo es ya matemática, sólo es forma”. Coherente con estas posiciones “formalistas”, Platón trató, asimismo, de desarrollar y de sustituir “la Naturaleza misma por las Matemáticas” (Kline, 1985) evidenciándose así como uno de los predecesores de la perspectiva “científico-positiva”, más “cuantitativista”, de Galileo y de Newton en el nacimiento de la Edad Moderna. Más aún, en Platón el par “sustantivista”/“formalista” está doblado por otro par que, también, va a marcar la historia de las perspectivas metodológicas en las Ciencias Sociales, como es el par “diacrónico/sincrónico”, los procesos dinámicos y las estructuras más estáticas. En efecto, Platón, como nos recuerda Deleuze (1989) “nos invita a distinguir entre dos dimensiones: 1<sup>º</sup> la de las cosas limitadas y medidas, sean permanentes o temporales, pero suponiendo(las) siempre paradas como reposos; 2<sup>º</sup> y luego, un puro devenir sin medida, verdadero devenir loco que no se detiene jamás...”, de modo que el formalismo/idealismo platónico no sólo sienta las bases de la matematización y de la medida, “la dimensión de las cosas limitadas y medidas”, sino que vincula ambas operaciones a la pura dimensión sincrónica de las “cosas”, “suponiendo(las) siempre paradas como reposos”. Planteando, además, que la dinámica, la diacronía, el “puro devenir” carece de “medida”.

Aristóteles, por el contrario, “fue un físico en el sentido literal de la palabra” (Kline, 1985) que no sólo criticaba el espiritualismo de Platón y su intento de reducir la Ciencia y la Naturaleza a las matemáticas más “estáticas”, sino que también defendía una “metodología” de aproximación a la misma, concreta, empírica, directa, analógica y sensible que respetase sus procesos y que describiese su “movimiento”, más en línea con las aproximaciones de la perspectiva “cualitativa”.

De esta forma, ambos autores/concepciones fundaron las bases filosóficas en las que, posteriormente, se iban a enmarcar las distintas aproximaciones y desarrollos que, desde hoy, podemos denominar e inscribir como perspectivas “cualitativas” y “cuantitativas”.

Otro de los aportes fundamentales de los filósofos griegos al debate “cualitativo/cuantitativo” fue la compilación y desarrollo, por parte de Euclides, de la axiomática del espacio geométrico que lleva su nombre, el espacio euclídeo, que hasta bien entrado el siglo XIX fue considerado por casi todos los científicos y matemáticos inscritos en el paradigma científico dominante como la representación formalizada e idealizada, abstracta y homogénea más

correcta y más adecuada, la representación única y verdadera, de la Naturaleza. Espacio euclídeo construido por los griegos que, como veremos más adelante en el capítulo cuarto de este libro, es el espacio substrato en el que se inscriben la Estadística y el conjunto de técnicas que conforman la perspectiva cuantitativa en las Ciencias Sociales.

Ahora bien, pudiéndose considerar a estos filósofos griegos como los precursores de la polémica entre ambas perspectivas, no es menos cierto —como subraya entre otros M. Serres, 1991— que aunque Platón, Euclides y la escuela pitagórica desarrollen unas aproximaciones que podemos inscribir en la lógica de la aproximación “pre-cuantitativa” por lo que tienen de “formalización-matematización-cuantificación” su mundo, sus conceptos, sus desarrollos, etc., están todavía llenos de aproximaciones muy intuitivas, analógicas, sustantivas, visto desde los paradigmas dominantes hoy en día, y, por tanto, son aproximaciones que están todavía inscritas en una perspectiva fundamentalmente “sustantivista” y “cualitativista”. Es por ello que se hizo necesario esperar varios siglos, hasta la Edad Media, para que se crearan las condiciones sociales, culturales, mentales, etc., que posibilitaron que el proceso de formalización-matematización-cuantificación de la Naturaleza diese los pasos necesarios para conformar el actual paradigma “cuantitativo” dominante, aunque ya hoy declinante, en las Ciencias Sociales y Naturales.

## 1.2. Génesis de la modernidad occidental (protocapitalista) en la Baja Edad Media: la creación de las bases sociales y culturales para la matematización del mundo (Nivel Epistemológico)

Entre los siglos XII y XIV se desarrollan en el Occidente europeo un conjunto de transformaciones económicas, sociales, ideológicas, culturales, etc., que van a crear las condiciones sociales y culturales para el nacimiento de la Ciencia Moderna y del paradigma “científico-positivo” dominante.

Desde la línea argumental que estamos desarrollando en este capítulo, uno de los cambios culturales esenciales que prepara dicho nacimiento y que posibilita repensar el planteamiento dual y dicotómico con que, hasta ese momento, se habían planteado las relaciones entre lo “cualitativo/sustantivista” y lo “cuantitativo/formalista” es el paso, en el terreno de las matrices culturales del pensamiento occidental, de las estructuras duales y dicotómicas —como “cualitativo” *versus* “cuantitativo”, por ejemplo— a las estructuras triangulares más abiertas. Dado que dicho paso posibilita, entre otras cosas, el pensar y desarrollar la existencia de otra posición, de un “intermedio” y, por tanto, permite al pensamiento abrirse a posiciones más matizadas.

Proceso de lo “dual” a lo “triangular” íntimamente ligado en lo social al desarrollo (Duby, 1992; Le Goff, 1981) del “tercer estado” o burguesía naciente, ya que, como subraya el citado Le Goff, el paso de unas matrices culturales a otras cabe inscribirlo en el conjunto de transformaciones más amplias de la Baja Edad Media que se producen de forma paralela a la constitución de los “burgos”, del “tercer estado”: “como estructura lógica, matemática, el concepto de intermedio, de lo intermediario se halla ligado a mutaciones más profundas de las realidades sociales y mentales de la Edad Media. No dejar por más tiempo solos frente a frente a los poderosos y a los pobres (...) sino tratar de buscar una categoría medianera, clases medias o tercer orden constituyec una misma empresa y tiene que ver con la sociedad en cambio...” (Le Goff, 1981).

En el contexto de esta larga y compleja transición/transformación social y “mental” de lo dual a lo triangular protagonizada, en gran medida en el terreno cultural e ideológico, por el pensamiento y los debates “escolásticos” de los Padres de la Iglesia, tuvo lugar en el año 1277 un “acontecimiento” que algunos historiadores de la Ciencia, como Duhem (citado por Koyre, 1971) sitúan como el “origen” de la Ciencia Moderna. En efecto, en esta fecha el Obispo de París edita una carta en la que por primera vez en la historia de la Iglesia se admite el cero y la posibilidad, aunque sólo sea como una expresión más de la potencia divina, de pensar el vacío. Hay que señalar, como hacen J. Le Goff, G. Duby y otros historiadores, que este proceso tan esquemáticamente expuesto se produce de forma paralela a la destrucción de las sociedades del Antiguo Régimen y a la aparición de una nueva sociedad burguesa, con todo lo que esto implica de profundidad y complejidad.

Las preguntas que nos podemos hacer son inmediatas: ¿qué tiene que ver la aceptación del vacío y del cero con el paso de lo dual a lo triangular, por un lado, y con el desarrollo de la Ciencia Moderna, por otro?, ¿qué tiene que ver el vacío y el cero con las relaciones entre las perspectivas cualitativas y cuantitativas? Pues bien, como trataremos muy brevemente de argumentar en las páginas siguientes, la admisión del vacío y del cero está estrechamente ligada a todas estas problemáticas constituyendo, en nuestra opinión y desde el punto de vista epistemológico, una de las cuestiones claves y decisivas tanto en la constitución de la Ciencia Moderna, en lo que se refiere a la gestación de las condiciones que posibilitaron el libre desarrollo del pensamiento formal y de la progresiva matematización de la Naturaleza, como en la historia de las relaciones entre las perspectivas “cualitativas” y “cuantitativas”, en lo que se refiere a la profunda transformación que conllevó dicha admisión con respecto al planteamiento originario que se había realizado en la Grecia clásica.

Abordando esta cuestión, punto por punto, cabe situar lo siguiente:

1. La aceptación cultural del vacío y del cero permite la consiguiente generalización del uso de las cifras árabes en la contabilidad de la época (la palabra cifra procede del árabe *al-cifr* que significa, precisamente, el vacío). Práctica contable que se inserta en el movimiento general de lo dual a lo triangular citado anteriormente (Le Goff, 1981; Murray, 1983) paralelo al desarrollo del tercer estado que significativamente, también, va a ser el primero en utilizar masivamente dichas cifras, incluido el cero (Ibrah, 1987; Murray, 1983).
2. La admisión del vacío y del cero por parte del Occidente europeo es, también, lo que posibilita el pleno desarrollo del pensamiento lógico-formal, el puro juego del lenguaje y de los significantes, de las puras diferencias formales, sin ningún tipo de restricción, atadura o condicionamiento sensible o cualitativo, en general. Precisamente en la medida en que se admite y se acepta el vacío, que la Naturaleza es “vacía”, es como se puede desarrollar una concepción plenamente “formal” de la misma, sin ningún tipo de contenido ni restricción. Es así como se puede desarrollar la plena “formalización”, “matematización” y “cuantificación” de la misma hasta sus últimas consecuencias (aunque desde el punto de vista histórico este proceso de plena matematización cuantificante conllevase un proceso de muchos años, dicho proceso estaba epistemológicamente fundado en esta aceptación previa del vacío y del cero). De esta forma, la admisión del vacío es lo que posibilita el poder pensar y desarrollar con todas sus consecuencias los viejos planteamientos platónicos, pero liberados de sus “lastres” cualitativistas y sensibles.

3. Por último, la admisión en el Occidente del cero y del vacío generó las condiciones culturales y epistemológicas para que, en el Occidente, la polémica entre lo cualitativo y lo cuantitativo pudiera inscribirse en un horizonte nuevo y completamente diferente al de la ciencia y la filosofía griega. En efecto, es a partir de esta doble admisión que se hace posible pensar, como decíamos antes, en la plena *matematización* del mundo y de la Naturaleza (como, por otro lado, desarrollarán años más tarde Galileo y Newton) y, por tanto, pensar que la “forma” es ontológica y lógicamente “primera” y anterior a la sustancia, siendo ésta, por tanto, “segunda” y “posterior” (un derivado de) la forma.

En otras palabras, es dicho proceso de matematización del mundo y de la naturaleza –desarrollado en paralelo al crecimiento de la burguesía y del comercio (Murray, 1983) como conjunto de *condiciones sociales* que apuntábamos anteriormente– lo que posibilita, y al mismo tiempo produce, la transformación e inversión de las tradicionales relaciones entre lo cualitativo –hasta ese momento vinculado a lo “material-natural-sensible” de carácter “primero” y “positivo”– y lo cuantitativo –hasta ese momento vinculado a lo formalizable y abstracto, a una “naturaleza segunda”– en el sentido de que a partir de dicha matematización la “Naturaleza” se concibe como “Matemáticas”, se concibe como puro desarrollo de reglas y leyes formales y, de este modo, lo “cuantitativo-matematizable” pasa a ser la “Naturaleza primera”, ontológica y lógicamente anterior a lo cualitativo que se percibe, a su vez y a la luz de esta transformación, como lo “subjetivo”, como la “naturaleza segunda” ontológica y lógicamente posterior a lo “cuantitativo-matematizable”.

Ahora bien, siendo cierto lo afirmado anteriormente desde el punto de vista epistemológico, no es menos cierto que el desarrollo teórico, metodológico y práctico, es decir, el extraer todas las consecuencias de dicha admisión necesitó de todo un largo período histórico, de todo un conjunto de prácticas sociales y de tareas intelectuales, de luchas y de conflictos.

De hecho, una de las primeras cuestiones que hubo que abordar fue la crítica al aristotelismo dominante en los albores de la Baja Edad Media, ya que la posibilidad de desarrollar la plena formalización del pensamiento y la plena matematización de la Naturaleza exigía la crítica de una doctrina o concepción que defendía una Naturaleza cualitativa y no plenamente matematizable. “El mundo natural aristotélico” por lo que tenía de “mundo demasiado ordenado” y, por tanto, de mundo estriado, no homogéneo y no liso –como requiere el espacio euclídeo–; por lo que tenía de “mundo demasiado complejo y diferenciado cualitativamente (como) para ser matematizable”; por lo que tenía de “mundo poblado de seres demasiado potentes y activos” y, por tanto, de seres demasiado autónomos como para poder pensar que su “sumisión a un Soberano” fuese más que “dudosa y limitada”, era un “mundo no aceptable ni para los teólogos... ni para los físicos” (los entrecomillados son de Prigogine y Stengers, 1983); por todo ello era un mundo demasiado lleno y poblado como para poder ser reducido y subsumido en el unidimensional espacio euclídeo, en el espacio liso, homogéneo e isótropo de la Ciencia Clásica.

Este conflicto entre aristotelismo y el proceso de matematización de la Naturaleza, y más en particular, el conflicto entre aristotelismo y la subsunción de la Naturaleza en el “espacio euclídeo”, también es resaltado por Koyre (1971) al subrayar cómo “la dificultad real de la concepción aristotélica” consistía precisamente “en la necesidad de albergar una geometría euclidiana en el interior de un Universo no euclidiano”, en el universo aristotélico. Es decir, cómo la dificultad de articular unas y otras concepciones consistía, precisamente, en la imposibilidad de integrar una concepción cualitativa de la Naturaleza con la geometría y el espacio euclídeo que no tiene más dimensiones que la pura extensividad.

Matematizar, pues, la Naturaleza teniendo como único espacio substrato el espacio euclídeo conllevaba, por tanto, una inicial y paralela tarea crítica de las concepciones del aristotelismo a la que se aplicaron muchos autores y congregaciones religiosas y que encontró en los primeros “científicos” algunos de sus adalides más preclaros. Así muchos autores e historiadores destacan cómo en el cuadro de honor de las aportaciones que realizó Galileo a la Ciencia Moderna figura (Kline, 1985) “su exhortación a abandonar la explicación física que Aristóteles había considerado la verdadera meta de la ciencia y buscar, en su lugar, la descripción matemática” de la Naturaleza recuperando, para ello, las tradiciones platónicas.

De esta forma, la aceptación del vacío, y por tanto la concepción de una Naturaleza desustancializada y descualitativizada, “*matematizable*”, y la del cero con el consiguiente desarrollo del cálculo y del pensamiento numérico, posibilitaron concebir una Naturaleza formalizada, ideal, abstracta que ya sí se pudo matematizar –como hará posteriormente la Ciencia Moderna a partir de Newton–.

Así, tras la aceptación del vacío y del cero se generaron las condiciones para poder invertir la relación y concepción que se había mantenido hasta ese momento sobre las relaciones entre las perspectivas “cualitativo/aristotélicas” y “cuantitativo/platónicas”. En lugar de inscribirse dichas relaciones en un substrato “cualitativista”, como había ocurrido hasta entonces, pasan a inscribirse de forma creciente en uno “cuantitativista”, inversión de la relación que Koyre denomina gráfica y significativamente como “la revancha de Platón” (Koyre, 1971).

La aceptación del cero y del vacío, pues, significó una profunda transformación y una inversión clave en el conjunto de las relaciones que históricamente habían existido hasta ese momento entre la perspectiva que podríamos asociar a lo que hoy denominamos “cualitativa” –habitualmente vinculada a lo energético, a lo sensible, a lo sustantivo, al “cuerpo”– y la perspectiva que, también desde hoy, podríamos denominar “cuantitativa” –habitualmente asociada a lo informacional, a lo abstracto, a la formalización, a lo discreto y a lo cifrado– desde una dominancia de la perspectiva “cualitativista” a una dominancia de la perspectiva “cuantitativista”.

### *1.2.1. Una primera transformación de lo cualitativo en cuantitativo (siglos XII y XIII)*

Aunque la mayoría de los historiadores de las Matemáticas y de las Ciencias Naturales explicitan cómo la *Iglesia y la doctrina religiosa* significaron uno de los frenos más importantes para el desarrollo científico y más concretamente para el desarrollo de una mentalidad “numérica” (Ifrah, 1987; Kline, 1992; Bernal, 1967), parecen existir suficientes elementos como para pensar lo contrario. En efecto, más allá de la voluntad explícita de la Iglesia en frenar dicho desarrollo y más allá, también, de casos muy célebres como el de Galileo, puede pensarse que en los campos concretos de las relaciones entre lo “cualitativo” y lo “cuantitativo” en lo que respecta a la transformación de lo primero en lo segundo y, en especial, en su *expresión cifrada*, la doctrina religiosa y de modo muy particular el pensamiento y los debates escolásticos tuvieron una importancia decisiva.

De hecho, puede pensarse a partir de las investigaciones de Le Goff (1981) y Delumeau (1992), entre otros, que en el desarrollo escolástico sobre el pecado y el purgatorio es dónde se encuentran:

1. Una transformación algorítmica clara de lo “cualitativo”, de la “Naturaleza cualitativa” como son los pecados, en puro lenguaje y relaciones “cuantitativas” como son los días de estancia en el Purgatorio y como son, también, el conjunto de relaciones cuantificadas entre dichos pecados con el número de oraciones que había que rezar en penitencia y el dinero que había que pagar como indulgencias para aminorar la estancia del alma del fallecido en el Purgatorio.
2. Asimismo, en estos desarrollos escolásticos en torno al pecado y al Purgatorio, en torno a lo que algunos autores como Le Goff denominan la “contabilidad del más allá”, se encuentran las bases filosóficas, epistemológicas, lógico-formales y algorítmicas del pensamiento y de los lenguajes matemáticos que hoy en día cubren áreas tan vastas como la *Topología y las relaciones de orden*. Relaciones de orden que son fundamentales en el desarrollo de las Matemáticas, como el propio Russell resaltó en su día y como más recientemente ha vuelto a poner de manifiesto Sinaceur (1992) al subrayar que “las relaciones de orden se encuentran en el vértice de la gran bifurcación que articula el trabajo matemático en geometría y álgebra, o entre la topología y la aritmética, orientadas la una sobre el continuo y la otra sobre lo discreto”. De ahí su gran importancia en Sociología y más en particular en el tema de las relaciones entre las perspectivas cualitativas y cuantitativas en la Investigación Social como posible “gozne” entre ambas, según se desarrolla en F. Conde (1987 y 1991).
3. Y, por último, en estos desarrollos escolásticos, y sobre todo en los *exempla* posteriores (Le Goff, 1981), se sientan las bases culturales y argumentales para posibilitar el salto de la topología y de las relaciones de orden al lenguaje numérico de las cifras que comenzaron a utilizar los comerciantes de la época.

### 1.2.2. La transcendencia de esta aceptación en la historia de las relaciones entre lo cualitativo y lo cuantitativo

De esta forma y como resaltamos anteriormente, a partir de este conjunto de transformaciones:

1. Lo “cuantitativo/matematizable” va a ser percibido como “anterior” histórica, ontológica y lógicamente a lo cualitativo y éste –como por ejemplo, en ciertas concepciones matemáticas como las de Cantor– ya va a ser construido a partir de una previa “concepción cuantitativista”.
2. Muchas de las dimensiones y cuestiones situadas entre los dos polos de la dicotomía “cualitativo/cuantitativo” y, por tanto, posibles subvertidores implícitos de ésta, muchas de las problemáticas asociadas tanto a un polo como al otro a modo de “cuestiones goznes”, como el propio concepto de continuo, *hipótesis thematica* (Holton, 1985) que atraviesa la historia de las ciencias y que autores como Thom (1991) sitúan como “algo” que “subyace, a la vez, bajo lo cualitativo y lo cuantitativo”, van a adoptar a partir de este momento en el discurso científico-positivo dominante una expresión básica y reductoramente “cuantitativista” eliminando y reduciendo, por tanto, la ambivalencia básica y constitutiva de dicho concepto apuntada por Thom. Reducción del concepto de continuo a una cuestión puramente cuantitativa formalizada definitivamente por Cantor al definir éste el continuo de puntos de “ $R$  en  $n$ ” como un conjunto perfec-

tamente conexo, transformando totalmente la noción de “continuo”. De este modo, el continuo en lugar de ser “un objeto originario que se aprehende como una modalidad del ser” (Panza, 1992) como, por ejemplo, defienden Aristóteles y Thom, pasa a ser para las matemáticas del siglo XIX “una entidad formalmente construida, la reificación arbitraria de una propiedad imaginaria” (Panza, 1992).

3. El resto de las dimensiones “cualitativas” de lo real-concreto van a verse *evacuadas* (evacuar, vaciar, etimológicamente viene de *vacuum* o vacío denominación con la que también se denominaba inicialmente al *cero*. Evacuar es un verbo de acción en el que el vacío, actúa a modo de “agujero negro” que sustrae y anula todas las dimensiones concretas y positivas de los sujetos/objetos, limpiándolos/reduciéndolos a una pura idealidad formal y extensiva), arrojadas en nuestra historia científico-positiva y cultural dominante, al “basurero” de lo subjetivo, de los “ruidos”, de los “rozamientos” que hay que tratar de eliminar del desarrollo científico.

Este programa metódico es definido por las Ciencias Naturales a raíz de todas estas transformaciones que brevemente estamos describiendo y coincide plenamente con el planteado por M. Weber (1979) para las Ciencias Sociales y más en particular para la Sociología: “El método científico consistente en la construcción de tipos investiga y expone todas las conexiones de sentido irracionales, afectivamente condicionadas, del comportamiento que influyen en la acción, como “desviaciones” de un desarrollo de la misma “construido” como puramente racional con arreglo a fines”. Eso sí, Weber, inscribiéndose en el terreno epistemológico en esta perspectiva, como ampliaremos más adelante, la matiza y la considera como mero “recurso metódico” en el que, además, concede al “ruido” despreciado por los científicos, el estatuto de “perturbación” y “desviación” a tener en cuenta, a “imputar”, dice Weber, una vez analizada la acción en pura y estricta “racionalidad con arreglo a fines”.

Como inciso, sólo cabe apuntar a este respecto que resulta muy significativo que ciertos desarrollos científicos contemporáneos van a recuperar el “ruido”, evacuado en la ciencia clásica, para hacer del mismo un mecanismo, una noción generadora de órdenes más elevados y de estructuras más complejas (Atlan, 1990).

De esta forma, la perspectiva cualitativa va a ser progresivamente inscrita, a la luz de este paradigma científico-formalizabile-matematizable dominante, como una perspectiva no científica, como una perspectiva no rigurosa y subjetiva mientras que, por el contrario, la perspectiva cuantitativa va a ser progresivamente proclamada como la única científica.

### 1.3. La plenitud de la modernidad: Newton y la matematización de la Naturaleza (Nivel Teórico)

Ahora bien, de forma similar a como el horizonte cultural y epistemológico en Grecia, pese al desarrollo de la formalización platónica y de la axiomatización de Euclides, era fundamentalmente cualitativista, el horizonte cultural de la Baja Edad Media estaba dominado por una concepción teocrática-religiosa del mundo y del universo que conllevaba una cierta visión cualitativa, ordenada y jerárquica del mismo, ya que era Dios quién lo presidía. Concepción teocrática del mundo culturalmente dominante en aquellos años la cual conllevó que, si bien los primeros científicos como Kepler y Galileo —sólo hay que recordar cómo acabó este científico bajo los Tribunales de la Inquisición— desarrollaron las con-

diciones *epistemológicas* que posibilitaron la matematización del mundo, hubiera que esperar a Newton, años más tarde, para que esta matematización del mundo se transformara en una teoría y en una cultura dominantes y para que la Naturaleza fuera plenamente matematizada.

En efecto, aunque Galileo (1564-1642) planteó las bases del desarrollo de la matematización formal del Universo, fundando la “mecánica racional” (Stengers, 1991), no consiguió, sin embargo, “matematizar” plenamente la Naturaleza, no alcanzó a explicitar y formalizar todo el desarrollo implícito en su concepción de una Naturaleza *matematizable*. La razón de esta imposibilidad es atribuida por algunos autores a que Galileo todavía estaba inscrito en la mentalidad religioso-teocrática dominante en su época, lo que conllevaba que Galileo siguiese inscrito en una concepción del espacio matemático substrato en el que inscribir la Naturaleza de tipo “pre-euclidiano”, en un espacio relativamente “cualitativizado” y no en el puro y desantativizado “espacio euclídeo” en el que Newton, años más tarde, sí inscribirá la Naturaleza.

Así distintos autores señalan cómo los primeros científicos, Galileo es un buen ejemplo, significaron una superación del aristotelismo “cualitativista” (Kline, 1985) marcando, al mismo tiempo, cómo la descripción matemática de la Naturaleza debía de ser la “meta de la Ciencia”, pero no triunfaron plenamente en este empeño al quedar circunscritos y limitados por un desarrollo pre-euclidiano: “Galileo sustituye las *razones* aristotélicas por la cuestión matemática de saber cómo cae el cuerpo. Sin embargo, el científico se habría detenido en el umbral de la tierra prometida. No habría sido capaz de concebir el espacio homogéneo e isótopo donde el movimiento uniforme y rectilíneo de un cuerpo aislado prosigue hasta el infinito”. De esta forma, continúa analizando Stengers “la física galileana sería una física de cuerpos pesados en un espacio sometido a la gravedad. El fundador de la nueva ciencia se habría limitado a describir los efectos de aquello que Newton, a través de la noción de fuerza, habría explicado matemáticamente y generalizado en la pesadez. Galileo habría, pues, purificado la física de su antigua causalidad, pero sería Newton quién habría inventado el nuevo tipo de causalidad que permite pasar de la descripción matemática a la explicación matemática” (Stengers, 1991).

En este sentido, como señala el anterior texto de I. Stengers, podemos decir que Galileo sólo consideraba las Matemáticas como una ayuda para la descripción de la Naturaleza (Kline, 1985) mientras que Newton las pone en el centro mismo de la explicación, entronizando el espacio euclídeo como el espacio substrato de la Naturaleza y planteando así la concepción teórica que dominó hasta bien entrado el siglo XIX.

En este contexto, resulta interesante resaltar cómo este triunfo de Newton se produjo no sólo a partir del desarrollo más o menos lineal de las concepciones de Galileo y otros científicos anteriores, sino también frente a las posiciones de otros científicos coetáneos, como Leibniz, quienes trataban a su vez de desarrollar otro tipo de matematización de la Naturaleza, distinta a la mera inscripción de ésta en el puro vacío, en el espacio euclídeo, y que respetase, por tanto y frente a Newton, algunos de los rasgos cualitativos de la misma.

Es decir, el triunfo teórico de la modalidad de matematización de la Naturaleza defendida por Newton se produjo en el contexto de un fuerte debate entre dos modalidades de matematización de la misma (Rada, 1980), no entre la no-matematización y la matematización, como se había producido en Grecia.

Por un lado, Leibniz (1646-1716) defendía una concepción de la Naturaleza cualitativa, el *Sensorium Dei*, “llena y no vacía” tratando de desarrollar una formalización matemática, el *análisis situs* (primer nombre del lenguaje matemático que posteriormente



se denominó Topología) de carácter “local” y no “global”, como el espacio euclídeo, que respetase, al menos parcialmente, la riqueza multidimensional de la Naturaleza y que no la redujese al puro vacío. Posición de Leibniz subrayada y recuperada desde la Ciencia Contemporánea por autores como Prigogine, Premio Nobel de Química, al apuntar cómo “Leibniz había intentado demostrar que la matematización es en principio compatible con un mundo múltiple, de comportamiento activo y cualitativamente diferenciado” (Prigogine y Stengers, 1983).

Por otro lado Newton defensor del “vacío”, desarrolla la concepción, la teoría y la plena formalización de otra modalidad de matematización de la Naturaleza, en este segundo caso estrictamente cuantitativa, puramente extensiva, descualitativizada, global y universal —como el propósito de modernización de la burguesía— que se podía ya plenamente inscribir y subsumir en el espacio homogéneo, isótropo, en la pura extensividad del espacio euclídeo. De esta forma, mientras Leibniz trata de respetar la vitalidad y diversidad de la Naturaleza, Newton transforma a la Naturaleza viva, concreta y cualitativamente diferenciada en un ser inerte, en una cantidad, en una pura extensividad, en una “mecánica estúpida y pasiva, esencialmente extraña a la libertad y a la finalidad del espíritu humano” (Prigogine y Stengers, 1983). Pero, por lo mismo, controlable y manipulable por el hombre y, más en concreto, por los nuevos burgueses cuyo afán de dominar el mundo conllevaba la transformación de la Naturaleza en una pura “máquina” a su servicio.

De este modo con Newton tiene lugar el triunfo del desarrollo teórico que permitió que “los procedimientos matemáticos y cuantitativos” se convirtieran “en la esencia de la Ciencia”. Así Newton, que en sus orígenes “había encontrado un mundo cualitativo”, legaba a la posteridad un mundo “puramente cuantitativo y matemático que sustituía la concreción del mundo físico por fórmulas matemáticas” (Kline, 1985).

#### **1.4. La construcción experimental de la metodología y de la tecnología (Boyle) para la producción de los “datos” y de los “hechos” (Nivel Metodológico)**

Junto con las transformaciones sociales, culturales, etc., descritas y asociado a los distintos desarrollos teóricos se habían ido construyendo distintos instrumentos de observación de la Naturaleza, como los “telescopios” de Galileo para observar la bóveda celeste, que habían permitido mejorar el conocimiento de la misma. Ahora bien, dichos instrumentos se habían limitado a perfeccionar, si se quiere denominar así, los “sentidos naturales” del hombre sin ir más allá de esta función. Con Boyle y otros científicos experimentales, y con el desarrollo de los primeros instrumentos y experimentos de laboratorio, se da sin embargo, un paso de gigante que cambia cualitativamente la función y el papel de los experimentos y de los instrumentos. A partir de Boyle, dichos experimentos e instrumentos de laboratorio no se limitan a observar más o menos pasivamente a la Naturaleza sino que pasan directamente y hasta cierto punto a producirla, a construirla.

De la misma forma que en los pasos y transformaciones anteriores hemos tratado de ejemplificar en diferentes autores la confrontación entre las principales posiciones del debate entre las perspectivas “cualitativas” y “cuantitativas” en las Ciencias, también en torno a este tema de *los experimentos de laboratorio y sus profundas implicaciones* hay ciertos autores en los que se puede ejemplificar el debate en cuestión.

En efecto, de la misma forma que Leibniz (plenista/cualitativista) y Newton (vacío/cuantitativista) habían polemizado sobre la posibilidad del vacío en la Naturaleza y, en pa-

ralelo a este debate, habían desarrollado sus concepciones teórico-matemáticas sobre la misma, Hobbes y Boyle polemizaron también sobre el “plenismo” y la posibilidad del “vacío”. Precisamente en el transcurso y en el contexto de esta polémica –no en otros aspectos– podemos situar a Hobbes del lado de la perspectiva “sustantivista/cualitativista” y a Boyle del lado de la “cuantitativista”, aunque significativamente en relación a la línea de argumentación que estamos desarrollando, la materialización de ambas perspectivas se inscribe ya en un horizonte de plena matematización.

En efecto, mientras Aristóteles defendía lo cualitativo con argumentos “no matemáticos”; mientras en la Baja Edad Media la existencia y la potencia de Dios era la razón fundamental que se esgrimía para la adopción de unas y otras posiciones; mientras Leibniz y Newton polemizaban entre dos modalidades de matematización de la Naturaleza pero, todavía, acudiendo al argumento de Dios en ayuda de una u otra posición (Koyre, 1971; Rada, 1980); Hobbes, sin embargo, defiende ya la existencia de un espacio sensible, cualitativo, “pleno” o “lleno”, exclusivamente con demostraciones de tipo matemático, sin ningún tipo de ayudas “exteriores”, ya que, según Hobbes, este método era precisamente “el único método de argumentación capaz de obligar a todos y cada uno a dar su consentimiento” (Latour, 1993). Por tanto, cabe ya inscribir de lleno las argumentaciones de Hobbes en el paradigma científico dominante –por eso en aquellos años era ya capaz de generar consenso– que hacía/hace prácticamente de las Matemáticas estrictamente “cuantitativistas” el único criterio de delimitación de la cientificidad de un posible desarrollo teórico.

Pues bien, ante esta posición de Hobbes, Boyle da una vuelta más en la tuerca del desarrollo histórico de la perspectiva cuantitativista y en lugar de entrar a debatirla con argumentaciones igualmente matemáticas y, por tanto, generadoras de consenso –como casi todos los científicos habían hecho hasta ese momento–, despliega otro camino de búsqueda del consenso como es la experimentación en laboratorio. En efecto, Boyle no defiende el vacío con argumentaciones matemáticas, como le demanda Hobbes, sino que se limita a desarrollar la *tecnología experimental*, es decir, la *bomba* de aire, capaz de construirlo, de crearlo (Shapin y Schaeffer, 1985; Latour, 1993). De esta forma, Boyle da un paso más en la polémica entre las perspectivas cualitativas y cuantitativas en la Historia de las Ciencias y en lugar de debatir con *discursos* acerca de la Naturaleza se limita a *producirla*, a crearla y, además, a crearla “vacía”, inventando de este modo “el estilo empírico que nosotros utilizamos aún hoy en día” (Latour, 1993).

De este modo, los citados libros de Shapin y Schaeffer (1985) y Latour (1993) nos muestran claramente, en el marco de la actual polémica entre las perspectivas cualitativas y cuantitativas en las Ciencias Sociales, cómo los *hechos*, los *matters of fact* de las Ciencias Naturales, los *hechos* y los *datos* de las Ciencias Sociales no son tales, no son “naturales/objetivos” en el sentido más usual que se suele asignar a estas nociones. No son sólo “sustantivos” ni “positivos”, ni están ahí “afuera” en la “realidad” a la espera de ser “captados” por nosotros, los investigadores”, sino que tales hechos y datos son *construidos* y *producidos* por los dispositivos tecnológicos y experimentales puestos en pie por los científico-naturales y por los científico-sociales y es sólo tras esta producción y el consiguiente *testimonio consensuado* de un jurado de testigos neutrales (Shapin y Schaeffer, 1985 y Latour, 1993) *cuándo* y *cómo* estos *productos artificiales* de un laboratorio, de un dispositivo experimental “local”, pasan a ser *hechos y datos objetivos* “naturales” y “universales”.

De esta forma, si en los siglos anteriores se crearon las bases sociales, epistemológicas y teóricas que permitieron pensar la matematización de la Naturaleza, es con Boyle y el de-

sarrollo de los experimentos de laboratorio, como se engendra la *metodología cuantitativa* que posibilita crear, al menos parcialmente, los *hechos*, la propia Naturaleza o la propia Sociedad en el caso de las metodologías y tecnologías “cuantitativas” de las Ciencias Sociales inspiradas en esta aproximación de las Ciencias Naturales.

### 1.5. Max Weber y la racionalización-formalización de lo social

En el contexto del desarrollo de este capítulo, resulta especialmente interesante y revelador analizar el planteamiento en Weber, uno de los padres fundadores de la Sociología como disciplina. Autor que ilustra la perfecta analogía, la “copia” casi podríamos decir, entre el “recurso metódico” que él mismo plantea para la Sociología como criterio de demarcación científica y todo el desarrollo hasta ahora expuesto.

En efecto, en las primeras páginas de *Economía y Sociedad* (Weber, 1979: 6-18) en el epígrafe primero destinado a plantear los *Fundamentos Metodológicos* de la nueva Ciencia Social, Weber desarrolla toda la fundamentación de la Ciencia de la “acción social” de una forma esencialmente coincidente con la metodología desplegada por las Ciencias Naturales.

Weber comienza demarcando, y por tanto reduciendo, la tarea de la Sociología como Ciencia al afirmar que aquélla no es tratar de comprender e interpretar todo tipo de fenómenos y situaciones sociales sino que, por el contrario, la tarea de esta nueva ciencia es más reducida, más limitada. Para Weber, la Sociología es la “ciencia que pretende entender, interpretándola, la acción social para de esa manera explicarla causalmente en su desarrollo y efectos” (p. 5). Define como acción social toda “conducta humana siempre que el sujeto o los sujetos enlacen a ella un sentido subjetivo” (p. 8). Definición de la acción social que le permite redefinir la Sociología y todas aquellas “ciencias de la acción en general” como la Ciencia cuya “tarea” es la de “comprender, interpretándolas, las acciones orientadas por un sentido” (p. 8).

A partir de esta primera definición, Weber se centra en desarrollar y explicar los tres conceptos básicos que ha planteado en la misma: a) *la acción social*; b) *el sentido de la acción social*; y c) *la interpretación*. Pues bien, en la caracterización que Weber realiza de estos tres conceptos fundamentales se evidencia de forma nítida y meridiana la equivalencia total de sus concepciones sobre la Sociología como Ciencia con las posiciones de la perspectiva que venimos denominando “cuantitativista” en la Ciencia Clásica. Por tanto, desde este punto de vista *metodológico* —evidentemente en Weber hay más puntos de vista— puede considerarse a este autor como uno de los fundadores de la que venimos denominando “perspectiva cuantitativista” en las Ciencias Sociales.

En la misma línea demarcacionista de los párrafos iniciales, Weber distingue básicamente entre a) la *Sociedad* en su totalidad plena de acciones, de comportamientos de todo tipo: racionales, irracionales, afectivos, etc., esto es de la sociedad como plenitud concreta, y de las muy distintas aproximaciones que pueden realizarse a los mismos: artístico, afectivo, etc., frente a lo que se puede denominar como b) el *objeto* y la *tarea* de la *Sociología* como *Ciencia*. Objeto y tarea científica que se restringe únicamente, como veremos, a las “acciones con sentido” y la “interpretación” de las mismas.

Veamos, pues, cómo define Weber ambas nociones para poder analizar los presupuestos “formalistas cuantitativistas” de los mismos. En primer lugar, por “sentido” Weber entiende “el sentido mentado y subjetivo de los sujetos de la acción, bien a) existente de hecho, bien b) como construido por un *tipo ideal* —cursiva de Weber— con actores de ese

carácter" (p. 6). Pues bien, para Weber sólo el segundo tipo de sentido es el que corresponde como objeto pertinente a la Sociología como Ciencia.

Weber entiende que la "tarea de la interpretación" es tender a la "evidencia". Afirmando de modo paralelo al anterior párrafo sobre el sentido, que en general "la evidencia de la comprensión" sólo "puede ser de carácter racional (y entonces bien lógica, bien matemática) o de carácter endopático: afectiva, receptivo-artística" (p. 6). Ahora bien, de forma similar a la reducción/demarcación realizada en torno al sentido, Weber vuelve a afirmar que sólo el primer tipo de comprensión, esto es, la comprensión de "carácter racional (y entonces bien lógica, bien matemática)" es la tarea de la sociología científica, dado que, según Weber, el grado "máximo de evidencia" se alcanza precisamente en aquellas acciones "con arreglo a fines orientadas racionalmente".

De esta forma, tenemos que tanto en el objetivo como en su tarea, Weber define la aproximación científica en las Ciencias Sociales como aquella aproximación basada en la actividad estrictamente "ideal" y "racional". Se nos impone, pues, observar y analizar cómo el propio Weber define estas dos nociones, para acercarnos un paso más al objetivo de este epígrafe. Para este autor "racionalmente comprensibles— es decir captables en su sentido intelectualmente de un modo inmediato y unívoco— son ante todo, y en grado máximo las *conexiones significantes, recíprocamente referidas, contenidas en las proposiciones lógicas y matemáticas*" (p. 6) —la cursiva es nuestra—. La tarea científica en sociología pasa, pues, para Weber por un proceso de doble *demarcacionismo reduccionista*: a) la definición y reducción a "objeto/tarea" científica sólo de aquellas dimensiones de lo real-social que posean un carácter *estrictamente racional*; y b) y no menos importante la definición y, a su vez, la *reducción de lo "racional"*, únicamente a "las conexiones significantes, recíprocamente referidas, contenidas en las proposiciones lógicas y matemáticas". Es decir, la pura reducción de lo "racional" únicamente a "las conexiones significantes" —dejando de lado, pues, toda la apertura y la polisemia del juego significativo/significado, del lenguaje— contenidas, además, en "las proposiciones lógicas y matemáticas". Proposiciones que en la época de Weber eran únicamente, a su vez, las conocidas y desarrolladas por la Ciencia Clásica (Galileo, Newton...) que hemos descrito en páginas anteriores.

Ahora bien, dado, como el mismo Weber reconoce, que en la realidad social las acciones "ideales", "los tipos ideales" son tan escasos "como una reacción física calculada sobre el supuesto de un espacio absolutamente vacío" (p. 17) —de hecho Weber sólo cita el comportamiento en la "Bolsa" como "aproximado" al tipo ideal correspondiente—, se impone la tarea de construir *artificialmente* dichos tipos ideales mediante una determinada *metódica científica*. Metódica que, reduciendo la natural/cultural polisemia de lo social, garantice la "univocidad", la "idealidad" de dichas acciones de modo que puedan servir como modelo, como "un tipo ideal" de referencia de las acciones sociales reales. Siempre según Weber "la *construcción* —la cursiva es nuestra— de una acción rigurosamente racional con arreglo a fines sirve en estos casos a la Sociología —en méritos de su evidente inteligibilidad y, en cuanto racional, de su univocidad— como un tipo (tipo ideal), mediante el cual comprender la acción real, influida por irracionalidades de toda especie (afectos, errores), como una desviación del desarrollo esperado de la acción racional". Dimensión metodológica básica de esta construcción de "modelos", de "tipos ideales" en las Ciencias Sociales que Weber subraya al resaltar que "sólo en virtud de estos fundamentos de conveniencia metodológica puede decirse que el método de la sociología comprensiva es racionalista. Este procedimiento no debe interpretarse, pues, como un principio racionalista de la sociología, sino como un recurso metódico" (p. 7).

De este modo, el recurso metódico científico-positivo, según Weber, consiste en *construir* y en esa medida *distinguir* entre las demás acciones y tipos ideales, es decir, las “*racionales*”, entendidas además en el sentido restrictivo citado anteriormente. Afirmando, además, que sólo éstas se constituyen como único objeto de la tarea científico-social, mientras todas las demás “pertenecen a un lugar distinto –y esto metodológicamente es inevitable– del de la acción comprensible: al de las condiciones, ocasiones, estímulos y obstáculos de la misma” (p. 12). Ubicación de las “demás” acciones sociales en el espacio de las “condiciones, ocasiones, estímulos y obstáculos” de la única y verdadera “acción racional” que significa situar a todo este amplio conjunto de acciones sociales en el mismo lugar que el de los “ruidos” de la Ciencia Clásica, es decir, en el “basurero” de lo subjetivo, en el de los “ruidos y rozamientos” que hay que tratar de eliminar de la tarea científica.

Significativamente, dicho proceso de producción teórico-metodológica de las acciones “racionales” e “ideales” objeto de la Sociología como Ciencia, es definido por Weber de la misma forma que todo el movimiento de abstracción particularizante que describíamos en las páginas anteriores. Este proceso de abstracción tiene que partir del vacío para poder definir “arbitraria y artificialmente” la *univocidad* y la *unidimensionalidad* de los conceptos que se requieren para poder desarrollar la aproximación científico-positiva del paradigma dominante en la Ciencia Clásica. Así Weber sitúa cómo la Sociología, al igual que “toda ciencia generalizadora”, tiene como “condición de la peculiaridad de sus abstracciones el que sus conceptos tengan que ser *relativamente vacíos* –la cursiva es nuestra– frente a la realidad concreta de lo histórico”. Abstracción y definición de los conceptos a partir del vacío que tiene “como contrapartida”, subraya Weber, “la univocidad acrecentada de sus conceptos”. De esta forma, en la medida en que lo “relativamente vacío” de los conceptos se transforme en *vacío absoluto*, podríamos apuntar por nuestra parte, recogiendo la argumentación de los epígrafes anteriores, se podrá lograr una “univocidad” y unidimensionalidad máxima. De hecho, el mismo Weber, con otro lenguaje, resalta esta misma idea al subrayar cómo para que la “univocidad sea máxima” se requieren dos condicionantes:

1. La construcción previa de los “tipos ideales”, de los “conceptos y reglas racionales”. Conceptos que para ser operativos y útiles han de ser lo más abstractos posibles ya que “cuanto con más precisión y univocidad se construyan esos tipos ideales y sean más extraños, en ese sentido, al mundo, su utilidad será también mayor tanto terminológica, clasificatoria, como heurísticamente” (p. 17).
2. La optimización de los citados tipos ideales. Optimización que pasa por su expresión “mediante conceptos y reglas puramente racionales” (p. 17) expresados, además, en el sentido reductor citado anteriormente.

De esta forma, la acción social objeto de la Sociología como tal Ciencia Social, los “*tipos ideales*” son construidos por el *método científico*, por el “recurso metódico”, de la misma forma que el “hecho” de la ciencia, los *matters of fact* son construidos por la metodología y la tecnología instrumental de las Ciencias Naturales.

### **1.6. La revisión del paradigma cuantitativista dominante: los nuevos desarrollos científicos**

Por razones argumentales y de extensión, el desarrollo reductor, lineal y esquemático que hemos seguido hasta ahora ha dejado orillado en el camino, salvo excepciones, a to-

dos aquellos autores y desarrollos científicos que se desviaban del paradigma científico-positivo dominante. Sin embargo, la historia está llena de ellos.

Ahora bien, más allá de estos autores, en este último epígrafe sólo queremos situar cómo los desarrollos científicos del siglo XX vuelven a transformar el contexto del debate entre las perspectivas cualitativas y cuantitativas, revisando el viejo paradigma dominante.

En efecto, aunque en las llamadas Ciencias Sociales el criterio dominante siga siendo el paradigma de la “matematización” en su dimensión más “cuantitavista” –hay otras modalidades matemáticas– y reductora del “ciframiento absoluto” de las conductas y comportamientos sociales, en las llamadas Ciencias Naturales hace tiempo que dicho paradigma dejó de ser dominante, al menos, con la fuerza de antaño. En efecto, el siglo XX, presencié el desarrollo de dos grandes principios: el de la “incertidumbre” asociado a Heisenberg, y el de la “relatividad” asociado a Einstein, que transformaron las bases del paradigma clásico desde el punto de vista de las relaciones sujeto/objeto –cualquier medición transforma el objeto “medido”– y desde el punto de vista de la existencia de un único centro de coordenadas o perspectiva dominante.

Más recientemente todavía y vinculados a la Biología, la Química, la Cibernética y a otras disciplinas científicas se han ido desarrollando toda una serie de planteamientos que significan, en cierto modo, una superación del estrecho paradigma científico. En aras de la idealización, de la “matematización absoluta y cuantitavista” –hay matemáticas no cuantitavistas–, de las “condiciones ideales”, de la “medición” como control máximo dejaba fuera de sus estrechos límites todo lo relacionado con la vida, con el crecimiento, con el desarrollo de la complejidad, en una palabra, todo lo real y social.

Autores como Atlan, Maturana, Varela, Von Foerster, Prigogine, Thom, Petitot, MacClintok y un largo etcétera, significan una relectura del viejo paradigma dominante y el desarrollo, aunque todavía de forma incipiente, de un nuevo paradigma que contemple e integre lo que el anterior dejaba de lado, es decir, la vida, la complejidad, la organización, la producción, los procesos, lo real y lo social con la necesaria modelización de los fenómenos. En este sentido la apasionante actualidad de las denominadas Ciencias Naturales permiten contemplar con cierto optimismo el desarrollo de un *tiers-instruit* –tan caro a M. Serres (1991)–, de “una tercera cultura”, es decir, de “un medio donde pueda iniciarse el diálogo indispensable entre el paso de una modelización matemática y la experiencia conceptual y práctica de aquellos que intentaron describir la sociedad humana en toda su complejidad” (Prigogine y Stengers, 1983) y que permita, por tanto, superar los estrechos límites del paradigma anterior (Mason, 1985).

A este respecto es revelador el debate experimentado en la física contemporánea acerca del principio de la complementariedad “onda/corpúsculo”. Frente a los “cuantitavistas/discretos” defensores de los corpúsculos, y frente a los “cualitavistas/continuos” defensores de las ondas, el principio de complementariedad desarrollado por Planck, Bhor, Einstein y otros, plantea y defiende la dualidad y la complementariedad de ambos. “La luz es ambas cosas a la vez”. De esta forma y si la relación onda/corpúsculo es, como dice (J. Ibáñez, 1988) homóloga a la relación “cualitativo/cuantitativo”, quizás el citado principio de complementariedad obligue a realizar una reflexión más profunda a las ciencias/científicos/investigadores Sociales sobre cómo se han entendido y abordado hasta el momento las relaciones de complementariedad “cualitativo/cuantitativo” en las Ciencias Sociales.

En este contexto de revisión y transformación de los viejos paradigmas, cobran especial importancia los desarrollos asociados, desde el punto de vista teórico, a la denominada “segunda cibernética” (véase al respecto la selección realizada por J. Ibáñez, 1990) ya que

es en algunos de sus autores y desarrollos donde se pueden encontrar algunos de los ejemplos más claros de esta "tercera cultura". Como dice Atlan (1990) "son de hecho nociones cibernéticas (las) que se sitúan en *la bisagra del pensamiento y de la materia* (Costa de Bauregard) o también entre *la física y la biología* (S. Papert) y que obligan a interrogarse de nuevo sobre la cuestión de la realidad material o ideal de las nociones físicas, aun de las más habituales".

Ahora bien, más allá y acaso más acá, de la segunda cibernética y sus distintas modelizaciones, del posible y deseable desarrollo de esta "tercera cultura", una de las principales enseñanzas de toda esta historia desde la perspectiva de las Ciencias Sociales es la esterilidad y negatividad de las copias y traducciones acríticas que las Ciencias Sociales han realizado de las Ciencias Naturales en su afán por superar su complejo de menor "cientificidad".

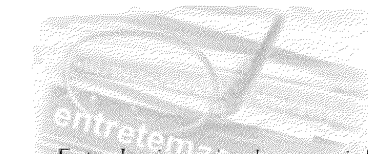
La sociedad, lo social, es un fenómeno cuya dinamicidad y complejidad supera con mucho a todas estas modelizaciones por ricas y complejas que sean, aunque reductoras por su propia Naturaleza. Por ello el "análisis concreto" de lo social debe ser una de las líneas directoras de la investigación por encima de toda modelización *a priori*.

Ahora bien, siendo esto cierto no lo es menos, como señalan muchos de los autores citados en este capítulo, que nuestra sociedad no puede ser comprendida si los investigadores y científicos sociales desconocen los desarrollos de las denominadas Ciencias Naturales, ya que son estas ciencias y sus desarrollos los que subyacen en la mayoría de las nuevas problemáticas surgidas en nuestra sociedad contemporánea. Por ello, los científicos sociales deben tratar de tener una formación integral lo más completa posible. Deben ser este *tiers-instruit* capaz de superar las clásicas dicotomías para poder integrarlas y articularlas en un desarrollo más rico que pueda hacer frente a los nuevos desarrollos sociales. En última instancia y más allá de cualquier tipo de "tecnología experimental" es la formación lo más completa e integral posible del investigador social lo que posibilita el mejor uso, separado y/o conjunto, de la totalidad de los métodos y técnicas disponibles en las Ciencias Sociales y, por tanto, la mejor garantía de su propia formación como "metodólogo".

## CAPÍTULO 2

### LAS PERSPECTIVAS METODOLÓGICAS CUALITATIVA Y CUANTITATIVA EN LAS CIENCIAS SOCIALES: DEBATE TEÓRICO E IMPLICACIONES PRAXEOLÓGICAS

Andrés Davila



*Entre los investigadores sociales no hay serias diferencias entre quienes observan sin pensar y quienes piensan sin observar; las diferencias más bien se refieren a qué clase de pensamiento, qué clase de observación y qué clases de vínculos, si es que hay alguno, existen entre ambas cosas.*

C. Wright Mills

El par cuantitativo/cualitativo se expresa de modo harto frecuente como una integración de otras tantas oposiciones caras a las Ciencias Sociales como son: objetivismo/subjetivismo, empirismo/especulación, holismo/relativismo, etc. Todas ellas se establecen en una red de oposiciones que muestra la asimetría de dos cadenas:

Cuantitativo ⇒ Números-Exterior-Explicación-Facticidad...

Cualitativo ⇒ Palabras-Interior-Comprensión-Virtualidad...

Red de oposiciones que no se agota en cada una de las cadenas, sino que propone la instauración de “perspectivas”, “enfoques”, “métodos de investigación”, etc., aunque es alimentada por la presencia de *dogmáticas* en liza; una *cuantitativista* y otra *cualitativista*.

#### 2.1. La radicalización de la dicotomía cuantitativismo/cualitativismo

La oposición cuantitativo/cualitativo comienza por una distinción ontológica entre cantidad y cualidad, ambas en relación dialéctica pues es posible la transformación de una



en otra. Ahora bien, la asignación respectiva de “números” y “palabras” a uno u otro término de dicha oposición (cuantitativo/cualitativo) pretende señalar una radical diferencia entre lo que de “preciso” *hay* en la cantidad, así como lo que de “impreciso” *hay* en la cualidad, y que una ecuación simple identificaría la cantidad como aquello que hace preciso y es precisable, y la cualidad como aquello que hace impreciso y es imprecisable.

### 2.1.1. Imperialismo cuantitativista

En este estado de cosas, si al número se le atribuye un gobierno riguroso y a la palabra se la caracteriza por una ambigüedad inherente, asistiríamos por tanto a la presencia de un diferente *rendimiento comunicativo* por parte de ambos términos. Con frecuencia se sitúan los números y las palabras, como meros sistemas de notación escrita mediante los cuales se transcriben las observaciones y exámenes llevados a cabo; dicha operación suele definirse como “producción de datos” en la que se generarían tanto datos cuantitativos (expresados en lenguaje matemático) como datos cualitativos (expresados estos en lenguaje natural). Ahora bien, si a esta producción de datos se le aplica un principio de *máxima comunicabilidad*, la dimensión óptima de ésta recaería en los datos expresados en el *lenguaje universal de la matemática*, lo que nos sitúa en una perspectiva confusa (en tanto identificación abstracta particularizante) de la matemática como ciframiento y del ciframiento como única expresión de lo real.

Toda esta identificación, o mejor aún, toda esta sucesión de identificaciones, tiene su fundamento en una inexactitud manifiesta (J. Ibáñez, 1985, 1991) al menos por las siguientes razones:

1. El *número* en modo alguno es el pivote sobre el que se centra la concepción matemática; el concepto matemático central es el de *Orden*.
2. Enumerar no es cifrar ni medir.
3. La matemática (*mathema*) no es sino autoconciencia de la propia actividad.
4. Los datos no se consignan en números o palabras sino que lo producido (dato) está en función del proceso de producción (los juegos de lenguaje).
5. Si el número es exacto, la palabra es anexacta (y no inexacta).
6. Los números nada *son* sin palabras.

Así pues, el criterio *comunicativo* se diluye: “hay matemáticas sin número” y además “los números están supeditados a las palabras, pues el lenguaje matemático es parte del lenguaje común” (J. Ibáñez, 1992).

Dicha comunicabilidad (en sus diversas formas de exteriorización, codificación, sometimiento al escrutinio, etc.) aparece evocada de manera harto frecuente en la literatura introductoria a los “métodos de investigación social”. Un buen ejemplo de ello lo constituye la obra de Festinger y Katz (1992) en cuyo prólogo se reflejan con detalle los presupuestos explícitos e implícitos con los que el cuantitativismo conforma el mundo social:

El descubrimiento contemporáneo de que la metodología científica puede aplicarse a los problemas humanos revolucionó la psicología y afectó notablemente todas las ramas de las ciencias sociales (...) En consecuencia, la investigación empírica y cuantitativa tuvo en nuestro campo un desarrollo sin parangón.

En esta cita se nos sitúa en el ejercicio de autoclasificación propio de las Ciencias Sociales. La evidencia de los criterios de demarcación científica y las disputas acerca del carácter científico de las prácticas cognoscitivas pueden rastrearse en numerosas presentaciones de las disciplinas que se cobijan bajo ese rótulo: ¿las Ciencias Sociales son (o no) científicas? Ya se consideren agotadas o simplemente agotadoras, tales discusiones siempre giran en torno al “método científico”; más aún, ellas mismas son científicas, al menos en sus aspiraciones. Ahí, “el método” es el modelo y por lo tanto la autoclasificación de las llamadas Ciencias Sociales no se lleva a cabo sino por una emulación con respecto a tal modelo.

La adopción de “el método” ha de ir de la mano de la *adaptación* del mismo: diferenciación, pues, de las ciencias por esta adaptación que genera un objeto de estudio, donde la especificidad (“social”) de la investigación es resuelta por el campo en que es aplicada: “problemas humanos”.

En los primeros tiempos de los estudios sociales era justificable que los estudiosos diesen a conocer los resultados de su meditación sin especificar la forma en que habían llegado a sus interpretaciones, ya que en ese período trabajaban más como artistas intuitivos que como científicos. Pero hoy, cuando intentamos la experimentación y la cuantificación, no tenemos excusa para dejar de codificar nuestros procedimientos. (...) Sólo en la medida en que explicitemos nuestros procedimientos podremos probarlos, criticarlos y mejorarlos (Festinger y Katz, o. cit.).

Así, la oposición cuantitativo/cualitativo *obedece* a los cambios organizativos generales en las Ciencias Sociales; la cita que nos sirve de *pretexto* se ordena mediante una recurrencia cronológica: *primeros tiempos, descubrimiento contemporáneo, hoy inexcusable*. Se desprende de ello una procesualización (por fases) que mantiene una *secuencia lógica* en la investigación social: ésta posee un antes, un ahora y un después. En dicha secuencia, cada fase tiene un carácter de transición, esto es, posibilitar el alcance de la fase siguiente; de tal modo que la secuencia misma mostraría un carácter definitivo, debiendo responder cada fase a una exigencia particular que conlleva la caracterización del antes como justificable, el ahora como emprendible y el después como alcanzable, todo ello además con carácter necesario porque dicho proceso está dirigido en última instancia por un postulado de objetividad.

Los dos polos de este proceso, que además se definen por un desarrollo lógico y temporal, vienen caracterizados por dos figuras, de las que sólo la segunda podrá ser entendida como genuina de la investigación social: *el artista intuitivo y el científico*. Así, por acción de un mero “perfeccionismo” metodológico y una mera “estandarización” técnica, la investigación empírica y cuantitativa habría ido desterrando al *artista intuitivo* y la explicitación de procedimientos técnicos habría de permitir consumir al *científico*.

Ahora bien, una formulación tan general como ésta hace que dicha lectura sea similar a aquella que explica el “paso” del artesanado al proletariado industrial apelando al hecho de que se trata de una transición requerida por las innovaciones tecnológicas. Para superar este planteamiento unidimensional hemos de atender al imperativo expresado en la cita de Festinger y Katz: *inventariar progresos, comunicar hallazgos o informar de técnicas y enfoques*, para así observar la inserción de tal *científico* a tenor de la constitución en fases por la que tradicionalmente también se ha definido a la “ciencia”: *amateur, académica y profesional*.

He aquí una razón de la identificación del *éxito de la aplicación del método científico a los problemas humanos con el desarrollo sin parangón de la investigación cuantitativa*: dado que el tiempo se prefiere acumulativo antes que accidental, el progreso (*nuestros progresos*) se remite al *quantum* (que literalmente significa montón o cantidad). Desde esta perspectiva, llegado el momento de intentar la *experimentación y la cuantificación*, se acomete el análisis de los progresos y retrocesos; en el cuantitativismo se encadenarán la universalidad de la “ley de los errores” de un Quetelet o la “regresión” biométrica de un Galton o el “análisis factorial” de un Pearson, etc. (sin tener en cuenta, por ejemplo, las alianzas que fueron necesarias para la implantación de cada una de dichas formulaciones; como ejemplo puede tomarse el caso de la estadística matemática inglesa y la eugenésica). Todos estos desarrollos suponen un intento por exaltar la *progresiva afinación y refinamiento* de una cuantificación concebida como señora de los métodos positivos en Ciencias Sociales, que habrán de unir en un mismo cometido contable a higienistas, economistas, médicos, reformadores sociales... y a cuanto promotor infatigable de cuantificaciones sea susceptible, a su vez, de ser promovido.

### 2.1.2. Triunfalismo cualitativista

Frente a toda explicación por la causa o por la ley, otras literaturas dibujan la alternativa de una descripción comprensiva, estableciendo una cadena afiliativa que pugna por abarcar la *Verstehen* de Weber, la fenomenología de Husserl, la psicología de la *Gestalt*, la antropología de Lévi-Strauss o la semiología de R. Barthes, por ejemplo. Un balance de esta producción teórica se halla en la obra de Goldmann para quien un cierto estructuralismo, ya desde sus primeras tentativas comprensivas se opone radicalmente al atomismo empirista y racionalista que ha regido durante décadas las ciencias humanas —que ha sido explicitado anteriormente en el contexto de la historia de las ciencias—. Dicho estructuralismo, que es calificado como estático, opone la existencia de estructuras a las leyes y correlaciones universales como las únicas capaces de explicar la importancia y significación de tal o cual elemento parcial.

Además, la posición cualitativista no se desmarca del cuantitativismo (en tanto que ambas suponen un mismo reduccionismo) por lo que concierne a la “ilusión descriptiva”, pues en ambos casos hay una asunción de la transparencia del lenguaje; esto en el caso del cualitativismo conlleva una estrecha dependencia de la teoría del referente (matizada en el caso de la formulación austiniana de los “actos de habla” —que abren sobre la teoría weberiana de la acción social la posibilidad de una unidad de análisis, pues los actos de habla no pueden cumplirse sin la comprensión de otro—, ya que también insistirá en las funciones no referenciales del lenguaje... o zarandeada en las propuestas etnometodológicas de Garfinkel (1967) —insistencia en la *indexicalidad* (“incertidumbre del contexto”) y en la *reflexividad* (“toda actividad humana es actividad y es humana”)— y en el análisis conversacional, que centran su interés acerca de la objetividad de los hechos de significación proponiendo un programa de descripción de las estructuras conceptuales de ciertas actividades sociales). El cualitativismo se ha caracterizado así tanto por un “fetichismo del concepto” como por una concepción de la realidad en tanto sistema de signos (pansemiología) que, oponiéndose al formalismo instrumental del cuantitativismo, proclama un intuicionismo que no se somete a la tarea necesaria del desciframiento de las estructuraciones simbólicas que habría de permitir rebasar la mera “representación”, la cual constituye el punto central del planteamiento cualitativista.

En tanto que dicotomía exacerbada, la oposición cuantitativo/cualitativo en las Ciencias Sociales es asimilable a un mapa militar que se despliega en formas de frente y retaguardia —¿quién es primero?—, y cuya lectura ha de ser resuelta en términos de “estrategia” y “táctica”; no en vano, su relación se plantea como *diafórica*, esto es: cada una reenvía a la otra como instancia discursiva anterior o posterior. Por ello, si hemos de ceñirnos a los planteamientos suscritos bien desde el “cuantitativismo” bien desde el “cualitativismo” no haremos entonces otra cosa que constreñirnos al estado de guerra permanente en el que uno y otro se inscriben (y se sugieren de forma mutua). Guerra, batalla, combate, lucha... que son, por lo demás, ampliamente repetidas en los entramados laberínticos de unas y otras disciplinas; por ejemplo, también “la historia de la corriente principal de las matemáticas es una guerra entre la geometría (intuicionismo) y el álgebra (formalismo). Geometría y álgebra tienen su origen en la escritura: la geometría en la escritura pictográfica —un análisis del objeto—, el álgebra en la alfabética —un análisis de la actividad del sujeto—. La guerra es de ocupación del espacio por el número: del objeto por el sujeto” (J. Ibáñez, 1993). “De donde las sístoles y diástoles de filosofías (...) de la intuición. Y los movimientos conjuntos de filosofías opuestas, los formalismos” (M. Serres, 1991).

La historia de las Ciencias Sociales podemos describirla como una guerra entre “explicación causal” y “comprensión estructural”, cuya predicación excluyente tanto por parte del cuantitativismo —predicación *lineal causalista*— como por parte del cualitativismo —predicación *formal estructuralista*— habrá de sostenerlas en tal estado de guerra permanente; de forma tal que cada una de las partes contendientes sea definida sólo por su oposición a la otra. Guerra también de acusaciones en la cual el cuantitativismo sería así el lugar de “las cuentas del Gran Capitán” o de “el cuento de la lechera”; y el cualitativismo sería el lugar de “el cuento de nunca acabar” o de “la cuenta de la vieja”... pues, la linealidad causal construirá un mundo de abalorios (donde todo debe *ensartarse*, como en un rosario las *cuentas*) mientras que la formalidad estructural conformará mundos de leyenda (donde todo debe *insertarse*, como en un libro los *cuentos*).

Si atendemos a la clásica definición de von Bülow al respecto: “la estrategia es la ciencia de los movimientos guerreros fuera del campo de visión del enemigo, la táctica en el interior de aquél”, entonces se percibe claramente que tanto el cuantitativismo como el cualitativismo se otorgan a sí mismos un carácter estratégico, imponiendo al contrario su propio campo de visión y no permitiéndole por tanto otro margen que el de la disponibilidad táctica. Es el célebre reduccionismo que obliga al *enemigo* a desplegarse en un campo que ha sido diseñado en exclusiva por uno solo de los contendientes. Desde este punto de vista, es comprensible la atribución táctica que desde el cuantitativismo (acomodado en el manejo de todo lugar constituido ya como propio) se otorgará a la “irrupción” de lo cualitativo, pues éste debe atravesar el territorio —ocupado por aquél— *sin ser visto*; esto es, obligado a moverse fuera del campo de visión del otro. Y viceversa: en su afán de equiparación geoestratégica con respecto al cuantitativismo, el cualitativismo se sacude tal asignación táctica y apela a la pretensión general de formular una sistematicidad global que haga encajar todo.

El modelo estratégico, que primero es militar y después científico, está organizado por el postulado de un poder; por eso mismo, las estrategias militares o científicas siempre han sido inauguradas gracias a la constitución de campos “propios” (ciudades autónomas, instituciones “neutras” o “independientes”, laboratorios de investigaciones “desinteresadas”, etc.), pues “las estrategias son acciones que, gracias al postulado de un lugar de poder elaboran lugares teóricos (sistemas y discursos totalizantes) capaces de articular un conjunto de

lugares físicos donde las fuerzas están repartidas. Combinan estos tres tipos de lugar y pretenden dominarlos, unos por otros; privilegiando, pues, las relaciones de lugar” (M. de Certeau, 1990). En consecuencia, la estrategia se instaura en tanto principio de inteligibilidad aunque no en tanto regla de acción para la lucha (ya sea política, de clases, etc.), cuando ésta necesariamente ha de ser pensada.

Podemos rastrear en términos históricos esta instauración, por ejemplo “para pensar los lazos sociales, el pensamiento político *burgués* del siglo XVIII se procuró la *forma jurídica del contrato*. Para pensar la lucha, el pensamiento *revolucionario* del XIX utiliza la forma lógica de la *contradicción*: esto no es sin duda más válido que aquello. En contraposición, los grandes Estados del siglo XIX se procuraron un pensamiento estratégico mientras que la luchas revolucionarias, por su parte, no han pensado su estrategia más que de una forma más coyuntural, e intentando siempre inscribirla en el horizonte de la contradicción” (M. Foucault, 1979).

Cabe retornar a la consideraciones acerca de la inversión de frentes y retaguardias, puesto que a la instauración de lo cuantitativo como lógica e históricamente anterior —como se ha puesto de relieve en las páginas que han sido dedicadas a la revisión del paradigma cuantitativista dominante— lo cualitativo aparece ahora como *primero*, pues “el orden social es del orden del contar, primero cuentos y luego cuentas; la lengua impone ya un sistema de dictados e interdicciones: este orden es cualitativo, la moneda lo cuantifica” (J. Ibañez, 1985). Aunque no se trata aquí ya de una linealidad causal a la que meramente oponerse sino de señalar el desplazamiento del acento desde los métodos cualitativos a los métodos cuantitativos —caso del debate sobre el concepto de “clase” *versus* el de “estratificación”>: se trata de estratificar por salarios (criterio lineal, mensurable) donde antes se clasificaba por clases (criterio discontinuo, formal)—, siempre encaminado hacia una cosificación de lo real en la convicción de que existe un mundo objetivo susceptible de ser conocido —tratando como una realidad independiente aquello que no es sino una confirmación de las circunstancias que la *engendran*—.

Por contra, entonces, la estrategia también ha de incluir al agente de su propia actividad y no sólo dar propósito a toda acción (en la idea weberiana de que el *cultivador* de las ciencias sociales es un objeto del mismo tipo que estudia), pues “la estrategia debe entrar en el campo de batalla con el ejército, para concertar los detalles sobre el terreno y hacer las modificaciones al plan general, cosa que es incesantemente necesaria. En consecuencia, la estrategia no puede ni por un momento suspender sus trabajos” (Clausewitz, 1976). La estrategia, pues, ya no reside de forma exclusiva en un estado mayor o alto mando, sino en todo cuartel general o mando intermedio que se tercie; mejor dicho, el estado mayor estalla, surgiendo a cada paso en cualquiera de los elementos movilizados.

## 2.2. Diseños de investigación: diseño táctico cuantitativista *versus* diseño estratégico cualitativista

Estas modificaciones al “plan general” se explicitan, de forma harto elocuente, si nos detenemos con cierta atención en el proceso del diseño de la investigación social tanto en el enfoque cuantitativo como en el cualitativo. Cualquiera que sea, toda investigación conoce un comienzo; esta posición inicial podrá ser *establecida* a partir de cierta diversidad de opciones ya probadas con anterioridad (lo que en términos ajedrecísticos —si optamos

por el juego del ajedrez como simple ilustración para nuestros intereses descriptivos— se denomina: “variantes de apertura”). Sin embargo, y antes de barajar su posible elección, habrá de atenderse a una constricción *a priori*, cual es la consideración misma de tal punto de partida. Así, iniciar una investigación puede entenderse en tanto:

1. Es el primero de una serie de pasos sucesivos (siendo cada uno *responsable* del siguiente). Esta forma estipula que el punto arbitrario de partida prefigura el punto de llegada. Podríamos decir que, de alguna manera, en el primero se encuentra formulado ya el último. Nos encontramos, pues, ante un punto *privilegiado*: en el movimiento de salida se define toda la partida, por lo que una “mala salida” (una mala elección de la variante) condiciona todo el desarrollo ulterior. En tal movimiento todo se decide.
2. Es una tarea entre otras (siendo todas *co-responsables* y, en modo alguno, lineales). Cada una de ellas es susceptible de transformación, revisión y cuestionamiento. Así, pues, la primera —por el hecho de serlo— no es diferente al resto de tareas a realizar. Nos encontramos, en este caso, ante un *punto partícipe*: iniciar la partida es uno de tantos momentos del juego, donde es difícil designar de antemano a alguno de entre ellos como decisivo.

Las dos versiones exigen y permiten unas actuaciones bien distintas. La “versión 1” (cuantitativa) da cuenta de una concepción de la investigación en etapas; nos habla de una progresión cronológica (“cada cosa a su tiempo”), donde las tareas por realizar conocen un orden pre-establecido tan incluídible —una jerarquía— como necesario (“cada cosa en su lugar”) para asegurar que se evita errar. Preocupación ésta primordial desde tal perspectiva distributiva (también de tareas).

Nótese que hablamos de errar y no de error (por ejemplo, en estadística se distingue entre errores de recopilación de datos, errores de muestreo, errores de test de significación...), puesto que el errar al que nos referimos debe ser considerado en su doble acepción, dado que bajo esta premisa —evitar errar— se pretende erradicar, en y por el desarrollo mismo, tanto lo *erróneo* como lo *errático*:

1. Lo *erróneo*: errar que se refiere a la *equivocación*. Por una parte este errar trae a las mentes al error en sentido estadístico (por ejemplo, equivocarse al afirmar —o no— una supuesta relación entre variables). Ahora bien, si contemplamos que cometer equivocaciones no es otra cosa que permitir lo equívoco (o lo que es lo mismo, aquello que clama a todo por igual: del latín *equi+vocare*), entonces el impedir que lo equívoco se instale en tal progresión cronológica significa distinguir el punto arbitrario de partida del punto de llegada. Es así como, bajo este axioma, se definen un conjunto de *premisas* a partir del cual se puedan *extraer* ciertas *conclusiones*.
2. Lo *errático*: errar que se refiere a la *vaguedad*; en otras palabras: al efecto de andar vagando, sin rumbo fijo. Impedir este efecto de indeterminación es el objetivo de la *estipulación secuencial* (serie en la que las partes que la integran no sólo se siguen unas a otras sino también unas *de* otras, cada una a partir de la anterior), de forma que se produzca el recorrido completo desde la primera tarea (definir premisas) a la última (extraer conclusiones), impidiendo de esta manera ya sea “olvidos”, “saltos”, “desvíos” o “detenciones” que harían que todo el desarrollo se poblase de incoherencias e inexactitudes. La investigación se pretende, pues, como un desarrollo en

el que se señalan aquellos puntos clave que le son propios –y que se rastrean con suma facilidad en el modelo de la encuesta– como son:

- Definir el origen de la investigación concreta
- Establecer las hipótesis derivadas
- Especificar las variables que comprenden
- Determinar el diseño a emplear para la práctica de la prueba (verificación de hipótesis)
- Delimitar el campo de observación
- Obtener la muestra necesaria correspondiente
- Elegir las técnicas de observación adecuadas
- Señalar el modo de tratamiento de los datos obtenidos
- Clasificar dichos datos
- Proceder al análisis de los mismos
- Extraer las conclusiones pertinentes
- Exponer los resultados (informe)

La “versión 1” (cuantitativa) tiene entonces por principio la adopción de un *criterio lógico*, esto es, entre las premisas y las conclusiones se constituye un estrecho conjunto de relaciones regladas tales que para ir de las primeras a las segundas no habrá más que seguir sus estipulaciones. Así el resultado final de sus aplicaciones conlleva frecuentemente la convicción de la autonomía del proceso. Bajo este enfoque, cuya pretensión es la *gestionar las relaciones intemporales entre variables*, las Ciencias Sociales se instauran como gestoras. “La *estadística* tiene que ver con el *Estado*: es la ciencia del Estado. Mediante la estadística, el Estado se reserva el azar y atribuye la norma: en el protocapitalismo, le permite hacer recuento de sus recursos (estadística descriptiva); en el capitalismo de producción y acumulación, le permite luchar contra entes sin estrategia (estadística predictiva); en el capitalismo de consumo, le permite luchar contra entes con estrategia (estrategias simétricas –teoría de juegos– o antisimétricas –cibemética–)” (J. Ibáñez, 1991a).

El diseño cuantitativo supone pues una radicalización del componente táctico, al menos si –como señala Clausewitz– la táctica es la actividad de preparar y conducir individualmente los *encuentros* (actos aislados, cada uno completo en sí mismo, que componen el combate), mientras que la estrategia es la actividad de combinarlos, unos con otros, para alcanzar el objetivo de la guerra (que no es del dominio de las artes ni de las ciencias sino que es un elemento de la “contextura social”). Considerar la *marcha* fuera del encuentro es un gesto muy propio del enfoque cuantitativo; así, reivindicar un predominio estratégico a tenor de dicho plantamiento equivale a no tener en cuenta que el orden particular de marcha está en constante relación con la disposición para el encuentro. En tal enfoque se piensa que siempre se vence al “enemigo” sin necesidad de que haya encuentro: como vemos esta es la situación generalizada, en todos los órdenes, de *guerra sin guerra*. Por ello, hay que señalar lo que con demasiada frecuencia se desprecia: que la táctica y la estrategia –aunque actividades esencialmente diferentes– se “penetran mutuamente en el tiempo y el espacio”.

El enfoque cualitativo (versión 2), es en cambio un mundo de estrategias, pues no desdeña el hecho de que –como dice Clausewitz– “cuanto más débiles son las fuerzas sometidas a la dirección estratégica más será ésta accesible al ardid”. Así puede manejarse en el modo en que la táctica se introduce (por sorpresa) en un orden dado; en otras palabras, su diferencia con respecto al enfoque cuantitativo no es únicamente de naturaleza estratégica

sino que también es de carácter táctico; el diseño cualitativo así lo sugiere: a diferencia del diseño cuantitativo (en el que las hipótesis iniciales y arbitrarias marcan su desarrollo –siempre secuencial–) en el cualitativo todo se encuentra sobredeterminado por el objetivo final; son los *objetivos* los que marcan el proceso de investigación cualitativa, dado que ceñirse a hipótesis previas no haría sino constreñir el propio análisis. El mundo simbólico capturado mediante discursos no se circunscribe en modo alguno a premisas previamente formalizadas para su ulterior verificación. En la investigación cualitativa, por el contrario, se pretende la determinación dialéctica del sentido, mediante la operación de “desentrañar significados” (A. Ortí, 1986) siempre en relación con los objetivos delimitados.

El diseño cualitativo es abierto, tanto en lo que concierne a la selección de participantes-actantes en la producción del contexto situacional así como en lo que concierne a la interpretación y análisis –es decir, la articulación de los contextos situacional y convencional– ya que tanto el análisis como la interpretación se conjugan en el investigador (en tanto sujeto de la investigación), que es quien integra lo que se dice y quién lo dice. Siguiendo a Ibáñez, por contexto situacional hemos de entender la red de relaciones sociales que despliega la técnica como artefacto –nunca neutral–; por contexto convencional, hemos de entender la red de relaciones lingüísticas que despliega la técnica –nunca inocente–. Así pues, en la investigación cualitativa el investigador es el lugar donde la información se convierte en significación (y en sentido), dado que la unidad del proceso de investigación, en última instancia, no está ni en la teoría ni en la técnica –ni en la articulación de ambas– sino en el investigador mismo.

También desde este punto de vista puede subrayarse el carácter cerrado del diseño cuantitativo, en la medida en que la rutinización es parte de su apuesta formal (de ahí su exigente protocolarización): pretende ser reproducible en todos sus extremos. Su modelo es algorítmico, pues admite que la existencia de una serie de instrucciones no equívocas susceptibles de ser formuladas, transmitidas y seguidas correctamente –serie a la que se denomina “algoritmo”– permite la reproducción exacta de una experiencia, por lo que forma parte esencial de sus actividades el control de todo aquello que el algoritmo contiene en previsión de que el proceso referido funcione mal. En este sentido, sin embargo, “el problema (sería) menos el de explicar por qué la reproducción de una experiencia fracasa que el mostrar por qué tiene éxito (...) (pues) *la transmisión de conocimiento no es directamente controlable*” (H. Collins, 1975). Por su parte, el diseño cualitativo se caracteriza por la *invención*: esto es, por dar cabida siempre a lo inesperado (*attendu l'inattendu*); o dicho de otra forma, por obturar toda rutina, puesto que las técnicas de investigación social se aplican a una realidad siempre cambiante.

El diseño técnico, por tanto, sería así en la investigación cualitativa el momento en el cual se lleva a cabo el perfil y la composición de los grupos que intervienen (así como el número de ellos). Los criterios de su selección son criterios de *comprensión*, de pertinencia –y no de representatividad estadística–: se refieren a los conjuntos, a su estructura y a su génesis; es decir, por ellos se pretende incluir a todos los componentes que reproduzcan mediante su discurso relaciones relevantes. Por tanto, así como en la investigación cuantitativa la probabilidad de selección de cada unidad debe estar determinada con precisión, en la investigación cualitativa este aspecto es relativamente indiferente, ya que en última instancia la selección de los participantes-actantes es un problema de enfoque: cuanto más enfocada esté la selección más definida será la información que obtengamos. Se trata de una muestra estructural, no estadística: es decir, con el diseño hay que localizar y saturar el *espacio simbólico*, el espacio discursivo sobre el tema a investigar. Por eso mismo,



en el momento del diseño técnico se intenta saturar la *estructura* (es decir, los lugares de enunciación de discursos). El diseño cualitativo supone una radicalización del componente estratégico.

La muestra estructural se centra en “los *huecos* (silencios o límites en el espacio y en las fronteras o límites en el tiempo): en el espacio las zonas polarizadas y en el tiempo las fases transicionales” (J. Ibáñez, 1990). En dicho diseño, por tanto, no es relevante la *cantidad* sino la composición adecuada de los grupos (y, por ende, el número adecuado de éstos), dado que un mayor número de los mismos no supone más información –en el sentido de novedades, de conocimientos nuevos– sino que implica mayor redundancia (repetición de las claves de los discursos ya obtenidos). Así pues, cabe señalar que el diseño cualitativo se compone en tanto *virtualidad* (considera un campo heterogéneo y discontinuo), pues el objeto prima sobre el método estructurado; de ahí la naturaleza simultánea de las prácticas que lo integran: así “aunque sea difícil, el análisis de los datos debe siempre acompañar a las entrevistas (y grupos), puesto que los datos acumulados configurarían los problemas; la consignación por escrito de los datos no se dejará necesariamente para el final, sino que a veces puede surgir en el curso de la investigación, ya que puede ser un modo de afinar el análisis; y la planificación –y los preparativos– inevitablemente se realizarán de forma constante” (K. Plummer, 1989). Por contra, la facticidad del diseño cuantitativo parte del supuesto de un campo homogéneo y continuo, por lo que el método estructurante siempre prima sobre el objeto, refugio éste de los especialistas en métodos acerca de los cuales lo importante “no es que sean especialistas, sino que el hecho de que uno de los resultados de su especialización es impulsar el proceso de especialización dentro de las Ciencias Sociales en su conjunto (...) (siendo ésta) una especialización que se funda únicamente en el uso del *método*, independientemente del contenido, del problema y del campo de estudios” (C. Wright Mills, 1979). Los métodos en investigación social, por contra a estos habituales atrincheramientos denunciados por Wright Mills, mantienen entre sí una *relación dialógica* (como puede apreciarse en la aproximación de M. Beltrán, 1991).

### 2.3. Actividades y dispositivos: de lo distributivo a lo dialéctico

Posteriormente se tratará acerca de la complementariedad (por deficiencia) de los enfoques cuantitativo y cualitativo pero ya, en el punto que nos encontramos, es oportuno entender que nunca ha de perderse de vista que lo que hace ver es el claroscuro, pues “la sombra acompaña la claridad como, allende, la antimateria linda con la materia (...) Cada luz conlleva su sombra asociada” (M. Serres, 1992). Así pues, todos los dispositivos serán tanto tácticos como estratégicos (dado que la táctica está dedicada a la forma de los encuentros aislados y la estrategia a sus usos), ¿Cómo *marcar*, entonces, sus diferencias?; estableciendo qué tipo de táctica y estrategia le son propias: las de la primera cibernética en el caso de la perspectiva distributiva, las de la segunda cibernética en el caso de la perspectiva dialéctica. La perspectiva estructural, por su parte se queda a medio camino de las dos cibernéticas. En relación al grupo de discusión, éste “se aleja de la cibernética de primer orden sin alcanzar la de segundo orden. Es una técnica tácticamente autopoiética y estratégicamente alopoiética” (J. Ibáñez, 1991b); lo que quiere decir que en su actividad estratégica es un sistema organizacionalmente abierto e informacionalmente cerrado (los miembros del grupo y el tema de discusión son, respectivamente, seleccionados y propuestos por el preceptor) mientras que en su actividad táctica es un sistema organizacionalmente cerrado e informa-

cionalmente abierto (los miembros del mismo pueden llegar a constituir un conjunto topológico a lo largo de la discusión, esto es: un grupo-sujeto).

Un sistema "autopoietico" es aquel que, literalmente, se produce continuamente a sí mismo, "y se constituye como distinto del medio circundante por medio de su propia dinámica" (H. Maturana y F. Varela, 1986); es decir, traza una frontera en torno a sí mismo —frontera *natural*— autoconstituyéndose así en unidad (pues forma conjunto); esta forma de organización es la propia de todo ser vivo. Por su parte, "alopoietico" sería aquél que es constituido exteriormente —la frontera que lo delimita es, por tanto, *artificial*—; es el caso de una muestra, donde el investigador traza tales fronteras con objeto de transformar en conjunto a un acopio de elementos, bajo la pretensión de que este conjunto parcial (muestra) represente al conjunto total (universo). Dicha representación puede pretenderse en un nivel *elemental* (representación de los elementos: perspectiva distributiva, propia del enfoque cuantitativo) o *relacional* (representación de las relaciones entre elementos: perspectiva estructural, enfoque cualitativo); así, al centrarse en los elementos, la muestra que es propia de la encuesta deja de lado las relaciones sociales.

Por contra, un sistema autopoietico donde se tiende a que todas las direcciones y sentidos sean practicables, está marcado más por la presencia que por la representación del conjunto; es el caso del socioanálisis —que es análisis institucional en *situación*, propio también del enfoque cualitativo—, cuya unidad es concreta y donde la institución investigada está presente (existen otras perspectivas de socioanálisis diferentes de la perfilada por J. Ibáñez a partir del análisis institucional francés, véanse los capítulos 15 y 22). Por ello, podemos decir que la encuesta y el grupo de discusión son dispositivos de representación (semántica: unidades abstractas, prima la extracción de información —saber—) y el socioanálisis, por su parte, es dispositivo de mayor presencia (pues también permite que lo investigado inyecte neguentropía —poder—). Así pues, cabe distinguir que "los elementos de una muestra estadística nunca formarán conjunto, porque nunca estarán juntos. Los participantes en un grupo de discusión formarán un conjunto local y transitorio: el grupo se disuelve después de terminada la discusión. Los que forman parte de una institución forman conjunto antes, durante y después de la investigación. Sólo un conjunto (una unidad) puede ser sujeto" (J. Ibáñez, 1991b: 72). Por lo tanto, atendiendo a la organización, podemos conjugar los dispositivos mencionados, ya sean éstos de control (pues extraen saber) o de promoción del cambio (pues inyectan poder); a este respecto, el grupo de discusión vuelve a mostrar su carácter híbrido pues, siendo un dispositivo de control es susceptible de llegar a ser dispositivo de promoción del cambio, para lo cual es necesario que rompa con la *máxima* que pretende que toda "guerra de liberación" sea una *liberación de la guerra*: el problema de la devolución de la información al grupo —inyección de energía— se dibuja como una primera salida del grupo-objeto (que debe responder) al grupo-sujeto (que también puede preguntar). Todo lo anteriormente expuesto podríamos sintetizarlo en el cuadro de la página siguiente.

Es el tipo de actividad emprendida la que habrá de señalarnos, por una parte, la concordancia entre perspectiva y dispositivo en cada uno de los casos y, por otra parte, las discordancias entre enfoques. De hecho, que el enfoque cuantitativo trabaje con poblaciones mientras que el enfoque cualitativo lo hace con grupos, no es sino una consecuencia de los postulados de actividad, pues el enfoque cuantitativo parte de una asunción en exclusiva alopoietica de la realidad —agregaciones—: una de las nociones fundamentales de tal concepción es la de individuo (constituido, por definición, como algo dado); mientras que el enfoque cualitativo parte de una asunción de la realidad que es también autopoietica: aquí la noción relevante que aparece es la de *sujeto* (siempre auto-constituyente). Por tanto, la

| PERSPECTIVA                | ACTIVIDAD                             | DISPOSITIVO                            |
|----------------------------|---------------------------------------|--|
| DISYUNTIVA<br>cuantitativo | ESTRATEGIA Y TÁCTICA:<br>alopoieticas | PRESENTACIÓN (I)<br>-encuesta-         |
| ESTRUCTURAL<br>cualitativo | E: ALOPOIÉTICA<br>T: AUTOPOIÉTICA     | PRESENTACIÓN (II)<br>-grupo discusión- |
| DIALÉCTICA<br>cualitativo  | ESTRATEGIA Y TÁCTICA:<br>alopoieticas | PRESENCIA<br>-socioanálisis-           |

Figura 2.1. Actividades y dispositivos de las perspectivas de Investigación Social

asunción cuantitativa se ancla en la idea de un conocimiento objetivo de un *todo* que es planteado como realidad exterior (acceso y manejo al *dato eterno*); la asunción cualitativa, por contra, se maneja en la historicidad de todo.

Retomando el planteamiento de L. Goldmann y su estructuralismo genético, que parte de una crítica del carácter estático y ahistórico de un determinado estructuralismo, se proclama la necesidad de no olvidar en las Ciencias Sociales la tentativa de la explicación mostrando por el contrario que *explicación y comprensión* son mutuamente correlativas (un solo y mismo proceso) correspondientes a dos enfoques de un mismo objeto, dentro de una lógica dialéctica. Desde esta perspectiva las estructuras en tanto sean planteadas fuera de la praxis (o en todo caso, planteadas en el marco de una praxis que se desarrolla siempre en un universo ya simbolizado) serán consideradas como “falsas síntesis”; pues, bien al contrario, las estructuras son el resultado de la praxis anterior de un sujeto que, a su vez, serán modificadas por la praxis actual del mismo. Desde esta perspectiva, como puede entenderse, el sujeto no emprende sino que siempre re-emprende una creación y, a su vez, la recrea...; esto es, no deja tanto de “mantener” como de “destruir” las estructuras, reabriéndose como ineludible la atención que ha de prestarse a la configuración simbólica (que siempre es actual y virtual; véanse éstos conceptos en el capítulo 6).

Se distinguirían, pues, en el triunvirato de perspectivas de investigación (I: perspectiva distributiva; II: perspectiva estructural; III: perspectiva dialéctica) otras tantas focalizaciones:

1. Cálculo (I): simple constatación en la que priman los elementos aislados de las relaciones –individuos– y donde se niega todo proceso, pues sólo es concebible una situación de variabilidad: se rige por un principio entrópico: lo variable ajusta un comportamiento rígido, condicionado.
2. Análisis (II): constatación de un estructurante en lo estructurado, en la que priman las relaciones entre elementos –sujeto sujetado– y donde se admite un proceso parcial pues se atiende al cambio (no de la estructura sino) en el interior de una estructura que es reducida a una determinación contingente. Aquí, lo invariante *regula* un comportamiento flexible (simula un principio neguentrópico).
3. Configuración simbólica (III): constatación compleja de una transformación (desestructuración de estructuraciones y re-estructuraciones) donde priman las relaciones de relaciones. Todo es procesual, puesto que cada unidad es “transindividual” y *genética*; pretende un principio neguentrópico: lo variado *conlleva* un comportamiento reflexivo, implicado –sujeto–. Se proclama, pues, que toda estructura es dinámica.

Dicha tensión entre variabilidad y variedad, o entre entropía y neguentropía, o entre las partes y el todo, etc., podría aparentemente ser resuelta, de nuevo, en la oposición cuantitativo/cualitativo; pero, toda oposición ha de ser dialectizada (esto es, analizada en el movimiento de su aparición y evolución) para no caer en la reducida operación de perseguir la sola inversión entre polos. Así pues, el desarrollo anteriormente esbozado nos ha de permitir rebasar la mera oposición dado que la cuantificación no está directamente puesta en tela de juicio, sino solamente en tanto que es autonomizada por los planificadores ávidos de indicadores. “Oponer lo cuantitativo a lo cualitativo procede de un acto estéril, ya que los cuantificadores reconocen, tarde o temprano, que lo que organiza la materia cifrable, las *finalidades*, pertenece al dominio de la cualidad; y los fanáticos de la cualidad están obligados a medir diariamente aunque sólo sean sus medios de supervivencia” (R. Lourau, 1979).

Se plantea entonces una alternativa que ha de precisarse entre “Indicadores Sociales” (constructos propios del *voluntarismo cuantitativo*) y “Analizadores Sociales” (fenómeno social en cuanto es un concepto “operatorio” —y además forjado empíricamente de forma concreta— de la *intervención socioanalítica*). Por analizadores entenderemos tanto sujetos libres no fijados, como las estructuras de condensación simbólica en las cuales se hace mención a la contradicción (véase cap. 15). Tal analizador estaría construido por estructuras inherentes a toda objetivación concreta de lo real en el proceso de intervención del sujeto.

La teoría de los indicadores ya ha recibido críticas tanto internas como externas (a este respecto se recomienda consultar la emprendida por C. Moya, 1990); pero, ante todo, ha de resaltarse que los indicadores neutralizan técnicamente (es decir, políticamente) cualquier campo sobre el que se orienta su aplicación, de manera que dicho campo aparezca como “desprovisto de analizadores”; esto es, se proclama la no existencia de aquellos elementos de una situación que, negando de una forma u otra lo instituido, le fuerza a *hablar* (bien expresando, bien ocultando) a éste último. La teoría de los indicadores supone una total adhesión a lo instituido —forma estatal, centralismo...: tanto la estandarización como la codificación o la uniformización, etc., son formas vinculadas a su propio ejercicio pues la producción de información a partir de procedimientos codificados, sistematizados sobre el conjunto de una población y de un territorio es impensable fuera de una administración estatal centralizada con todas las cuestiones que en ella se congregan—; así pues, la característica principal de la teoría de los indicadores consiste en que está imposibilitada para tratar con toda categoría que escape a todo un aparato de integración estadística que ha de preexistirle. Por contra, todo analizador no requiere más que de su presencia, razonamiento o acción para provocar ejercicios que sean reveladores de las relaciones reales (de todo tipo). Ejemplos de esto último podrían ser: el *esclavo* como analizador de la sociedad griega; la periferia como analizador del centro, la situación revolucionaria como analizador de los deseos y las instituciones... Así, pues, como puede deducirse fácilmente, la construcción de Indicadores y la configuración de Analizadores es absolutamente divergente. Se desestimará la homogeneidad “positivista” de las distintas designaciones de *institución* —pues ésta refiere por igual a matrimonio, educación, medicina, régimen del salario, empresa, sistema sanitario, etc., cuando no tiene en todos los casos el mismo contenido— y se abordará entonces el análisis dialéctico del concepto de “institución”. Desde esta perspectiva, y a través de la dialéctica hegeliana, Lourau (*passim*) descompone tal concepto en sus tres momentos: *universalidad* (el de la unidad positiva del concepto, siendo su contenido los sistemas de valores, modelos culturales, sistemas normativos, aparatos ideológicos ya existentes); *particularidad* (momento que expresa la negación del momento precedente puesto que la universalidad lleva en sí misma su contradicción, siendo su contenido el conjunto de determi-

naciones materiales y sociales); y *singularidad* (momento de la unidad negativa, resultante de la negatividad sobre la unidad positiva de la norma universal, siendo su contenido las formas organizacionales, jurídicas o anómicas necesarias para alcanzar tal objetivo o tal finalidad).

Dicho de otra manera, la institución es el lugar de la articulación de lo instituido (momento de universalidad), lo instituyente (momento de particularidad) y la institucionalización (momento de singularidad): por lo tanto, aislar lo instituido supone adherirse a la concepción positivista de institución trascendente, autonomizando la norma universal –lo ideológico–; aislar lo instituyente supone instalarse en la “interiorización” como base de la socialización –lo económico–; aislar la institucionalización, a su vez, supone autonomizar la racionalidad y la positividad de las formas sociales en detrimento de la historia, de las contradicciones y de la lucha de clases –lo político–. Sin embargo, hemos de considerar que “informada por lo económico, lo político y lo ideológico, que tiene por función negar, la institución, encrucijada de las instancias del modo de producción, representa a la vez el objeto de análisis concretos en situación y lo que se ventila de la lucha por el cambio” (G. Lapassade y R. Lourau, 1974).

Dicho esto, es importante remarcar la posible confusión (o solapamiento) entre analista y analizador, cuya distinción la sitúa Lapassade como reproducción de la vieja lucha entre

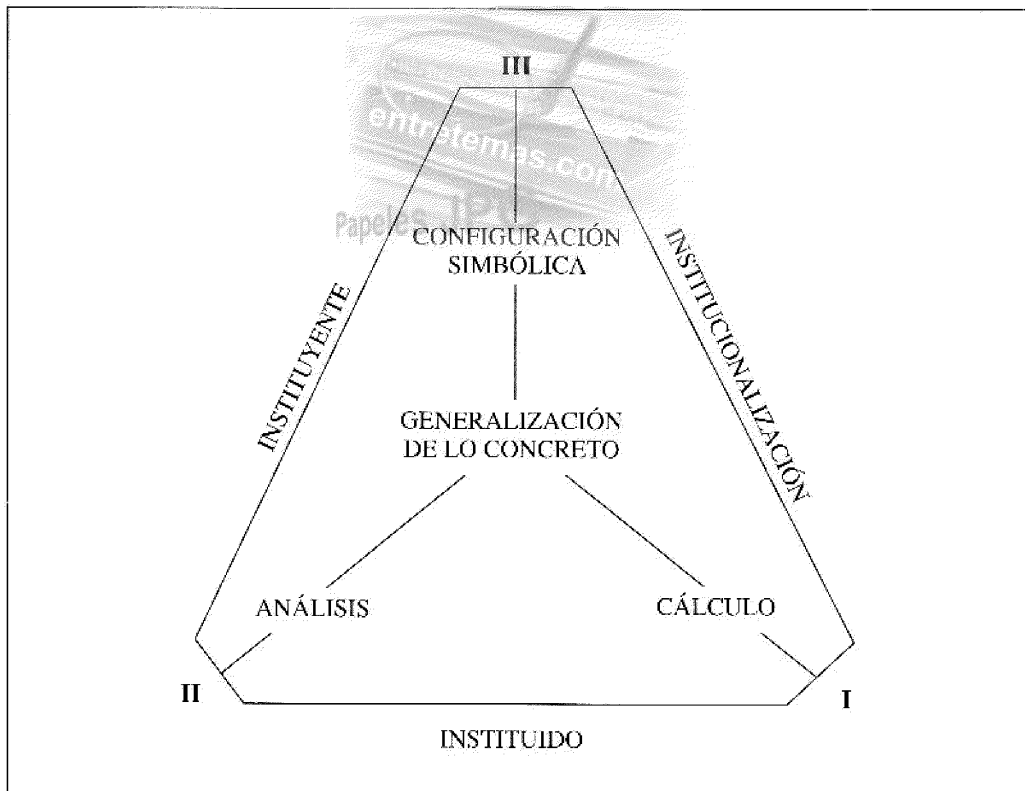


Figura 2.2. El par cuantitativo/cualitativo visto desde el socioanálisis dialéctico

Apolo (dios de los amos y el análisis) y Dionisos (dios de los esclavos y el trance), que simboliza la “represión de la revolución por la contrarrevolución” (G. Lapassade, 1979). El análisis institucional proclama la primacía del analizador sobre el analista, puesto que únicamente los analizadores constituyen al analista como tal; éste no es más que un “producto intelectual” de un movimiento que terminaría por negarlo. Así pues, el analista sufre/goza de los efectos de los analizadores que desencadenan su intervención, efectuando su trabajo de analista en tanto posibilidad de ser, también, analizador. “La reconciliación entre el analizador y el analista sólo se podrá realizar en el momento en que todos se vuelvan analistas y al mismo tiempo analizadores” (Lapassade; *ibídem*). Dicho planteamiento utópico, concierne por igual a la “construcción” teórica del objeto del analista como a la “deconstrucción” que este objeto efectúa en aquél (objeto objetivado por el análisis y objetivando al mismo tiempo al analista en tanto que analista): el investigador social, pues, es un sujeto en proceso que tiende a operar como generalista de lo concreto (pues enuncia proposiciones y no dicta dogmas científicos).

La relación instituyente/instituido tiende a corresponderse con la visión estratégica de la investigación y el planteamiento táctico de la misma. Lo instituyente, como culminación de todo proceso social, en cuanto proceso creativo que define las configuraciones simbólicas de lo real, mientras que el aspecto estratégicamente decisivo de la investigación social se encuentra en el desciframiento de tales configuraciones simbólicas. Asimismo en el proceso de investigación la configuración simbólica aparecerá al nivel de la generalización de lo concreto, mientras que el estudio de lo concreto en cuanto instituido pasaría primero por el análisis de los elementos invariantes y el cálculo de sus elementos distributivos. Como la Figura 2.2 pretende mostrar, yendo de lo más inmediato particular (distributiva y cálculo) a la captación del sentido de las configuraciones simbólicas a través de la mediación de un análisis (perspectiva estructural cualitativa), los procesos objetivadores serían los analizadores —que aparecen desde el enfoque cualitativo— en tanto sujetos como estructuras simbólicas condensadas. Su *emergencia* supone, entonces y por ende, la desaparición de toda “caja negra”, (véase cap. *Teoría de la Observación y Socioanálisis Cibernético*).

## CAPÍTULO 3

### LA CONFRONTACIÓN DE MODELOS Y NIVELES EPISTEMOLÓGICOS EN LA GÉNESIS E HISTORIA DE LA INVESTIGACIÓN SOCIAL

*Alfonso Ortí*

En cuanto proyecto pragmático, la ciencia social fue concebida en sus orígenes como parte y consecuencia del proyecto ilustrado de reconstitución, reforma o transformación (“racional” en todos los casos) del orden social europeo moderno, tras la revolución burguesa de fines del siglo XVIII/principios del XIX. De este modo, la ciencia social (en su doble y antitética fundación: como “sociología del orden” positivista o comtiana *versus* al “materialismo histórico” revolucionario marxista) surge como un proyecto integral de conocimiento, previsión e intervención en el proceso de rápido y turbulento cambio de las relaciones sociales fundamentales. Este proyecto integral, articulando teoría y práctica, en torno a la idealizada “razón” en el programa de la Ilustración como principio civilizatorio de la humanidad, presupone la visión del orden social como totalidad en marcha (la perfección organizativa de la división del trabajo industrial en la sociología comtiana, o –contrariamente– la transformación revolucionaria del modo capitalista de producción en la utópica “sociedad comunista” final en el proyecto marxiano, etc.). Pero muy pronto el creciente enfrentamiento en el seno de la establecida sociedad burguesa –socialmente radicalizada por los desequilibrios del desarrollo capitalista– conduce en ambos frentes ideológicos contradictorios a la disociación reificante entre teoría y práctica. En el campo marxista tal disociación aparece como una consecuencia de la forzada politización de la teoría del marxismo institucionalizado y degradado en colectivismo burocrático (stalinismo, etc.), en las condiciones adversas del profundo subdesarrollo de la periferia de Occidente (en la que el modelo de desarrollo capitalista liberal tiende a quebrar por sí mismo e impone una ruptura prerrevolucionaria prematura, como única vía posible de salida del subdesarrollo, etc.). Adversidad histórica –acentuada por la reacción fascista en la semiperiferia capitalista– que a su vez degrada la teoría en doctrinarismo y consagra su primado sobre la práctica real de la investigación social empírica. Por el contrario, en el campo conservador del positivismo burgués (en la línea que conduce de Comte a Durkheim en el siglo XIX y fi-

nalmente al funcionalismo norteamericano en el XX), la defensa del amenazado orden burgués-capitalista burocratiza también a la teoría hasta su degradación en un modelo de control social (Parsons) para la integración de la conducta desviante en el cada vez más institucionalizado orden capitalista. Y en ambos casos (positivismo funcionalista y marxismo stalinista), la razón ilustrada deviene ahora instituida racionalización para la integración represiva (burocrática o mercantilizada).

En el caso, para nosotros hegemónico (en la Europa occidental) del positivismo burgués, estrechamente asociado al corporativismo academicista y sus reglas de reproducción jerárquica en la Universidad, la burocratizada racionalización de la cuestión social concluye desembocando en una (reificada) operativización metodológica que tiende a sustituir los hechos por los datos y el análisis concreto de la situación concreta (fundamentalmente: histórico, crítico, y totalizador) por el descontextualizado enfoque del denominado empirismo abstracto (véase Wright Mills, 1961). Enfoque del empirismo abstracto que aplicando la metodología desconstruccionista del “vacío” o del *Caeteris Paribus* –tal y como había sido elaborada en las ciencias naturales, según expone Fernando Conde en el primer capítulo– desemboca en la descomposición analítica de lo social en una serie de factores particulares de naturaleza abstracta. Pretendiendo equipararse al status epistemológico (y de respetabilidad académica) de la triunfante ciencia natural, e identificando los problemas metodológicos de la (supuesta) medición de los problemas/fenómenos sociales con la medición de aquellos fenómenos naturales a los que resulta aplicable el modelo mecanicista newtoniano, el empirismo abstracto positivista culmina así con un programa de cuantificación absoluta de la investigación social (según advierte y critica Andrés Davila en el capítulo anterior) como ideal de progreso de la ciencia social. Lo que entraña la tendencia a la reducción/trivialización de todos los aspectos no directamente cuantificables en la investigación social..., que quedan así convertidos en el caótico “cajón de sastre” de “lo cualitativo” (como lo todavía no cuantificable, o que aún se resiste a la cuantificación, en cuanto expresión de los aspectos no racionales de lo social, o aún no suficientemente “racionalizados”... para su integración en el orden normativo burgués dominante).

Sin embargo, paradójicamente, en el proceso real del desarrollo de la investigación social (estudios de estratificación y actitudes, estudios de opiniones y de mercado, estudios de comunicación social y publicitarios, etc.), la propia aplicación abusiva de la encuesta estadística precodificada representativa por muestreo conduce, finalmente (desde una perspectiva praxeológica), al reconocimiento de sus límites. Lo que va a suponer –no sin un conflicto metodológico permanente– la recuperación de la reprimida *dimensión cualitativa* de la investigación social. Recuperación a la que, entre otros esfuerzos y aportaciones, contribuye en España en los años 1960 –tras la primera fase de constitución de la sociedad de consumo– la obra pionera y fundamental de Jesús Ibáñez –véanse sus referencias bibliográficas en esta misma obra–, y la posterior formación, entre otros núcleos, de la que podemos denominar Escuela de Cualitativistas de Madrid, en su sentido más amplio –y dentro de su carácter de movimiento modesto y académicamente marginal–, cada vez más extensa e internamente diversificada.

Semejante *recuperación de la dimensión cualitativa* no tuvo lugar en los años 1960, además (como se podría hoy creer), a través de un proceso de renovación/importación metodológica de los nuevos modelos y protocolos de análisis (como p. ej. los del estructuralismo cultural o la semiótica), sino básicamente como una reacción crítica (enraizada en el espíritu “contestatario” original de la Escuela de Frankfurt) frente a las implicaciones y consecuencias de la absolutización metodológica cuantitativista:



1. *Desde un punto de vista teórico:* reacción crítica frente a la denegación cuantitativa del universo social en cuanto universo simbólico, y frente a la creciente carencia de sentido de la producción masiva de datos cada vez más precisos y menos relevantes para la comprensión de la situación y de los problemas sociales históricos y concretos.
2. *Desde el punto de vista ideológico:* reacción crítica frente a la conservadurización de las representaciones sociales inherentes al proceso de comunicación de la encuesta precodificada, en cuanto canal selectivo por el que sólo circulaban con facilidad los estereotipos convencionales y los valores ideológicos dominantes.
3. *Desde el punto de vista sustantivo:* reacción crítica frente al desconocimiento de la especificidad, riqueza y profundidad del orden simbólico y de sus formaciones (anexas/no cuantificables), empezando por las formaciones lingüísticas y los discursos sociales.

En su aspecto positivo, esta reacción crítica tiene como consecuencia la recuperación de las verdaderas formas primitivas y directas de la encuesta social originaria: las entrevistas personales abiertas (no precodificadas) y los grupos de discusión (si bien estos últimos constituyen, en parte, un fruto más complejo de la propia evolución de las prácticas vivificadoras de la investigación social). En principio, estas primitivas/renovadoras prácticas históricas cualitativas de investigación social entrañan una recuperación de la subjetividad real de las relaciones sociales, devolviendo (de forma relativa) el protagonismo y la voz a los propios sujetos/objeto (entrevistados/grupos de referencia) de la investigación social. Pero a su vez, la renovación de estas prácticas de investigación supone el intento de sustitución del artificioso (y represivo) lenguaje informático (reductivo) de la encuesta precodificada (lenguaje del poder encuestador) por la riqueza viva del proceso de comunicación real del intercambio simbólico entre sujetos totales, capaces no sólo de reformular las preguntas, sino incluso de cambiar el código del intercambio. Y de tal modo, los sujetos/objeto de la investigación social dejan de ser considerados/metodológicamente tratados como masa pasiva e indiferenciada de individuos/autómatas "señalizadores" para poder expresar (supuestamente) sus propios valores, deseos y creencias, etc., (véase Alfonso Ortí, 1986). Por lo que, en definitiva, la apertura del *enfoque cualitativo o estructural* (como lo denomina Jesús Ibáñez, 1986), reconociendo la complejidad de la realidad social, y la existencia en la misma de diversos niveles ( *fáctico* o distributivo,  *significativo* o estructural-cualitativo: códigos,  *motivacional* o simbólico intencional: deseos, valores, creencias, intenciones, etc.), tiende a recuperar el proyecto integral de conocimiento originario de la ciencia social, como articulación de teoría y práctica para la transformación social (de acuerdo con la  *filosofía de la praxis* de las  *Tesis sobre Feuerbach* de Marx).

### 3.1 La complementariedad de los enfoques cualitativo-cuantitativo en el análisis de la realidad social: una complementariedad por deficiencia

Atreverse a postular la existencia misma de una dimensión cualitativa en toda investigación social, y aún más, la pertinencia, especificidad y (relativa) consistencia de unas prácticas concretas de análisis cualitativo, reabre, de forma inmediata, un debate metodológico apasionado e interminable. Frente a ambos extremos contrapuestos y radicales de este debate (absolutización de cuantitativismo objetivista/*versus* absolutización del cualitativismo formalista),

pensamos que enriquecidos por su evolución histórica, los términos antagónicos de la confrontación cuantitativismo/cualitativismo están condenados a reproducirse una y otra vez.

Por una parte, porque las (evidentemente enojosas) cuestiones que “lo cualitativo” evoca en el proceso real de toda investigación social concreta nunca conseguirán ser evacuadas. Aunque el cientifismo abstracto inherente al imperialismo cuantitativista (véase el capítulo precedente de Andrés Davila), no obstante, persiste en considerar *lo cualitativo* como el agujero negro de *lo no cuantitativo*, en cuanto fruto silvestre de la confusión (subjetivista) ideológica y precientífica originaria de una “ciencia social” siempre en trance de alcanzar su madurez definitiva, hasta conseguir equipararse, finalmente, —se postula— al (envidiado) estatuto epistemológico de las ciencias naturales. Una meta inalcanzable —creemos— pero que estimula el desarrollo de las investigaciones sociales de naturaleza cuantitativa.

Ahora bien, por otra parte, en el extremo opuesto metodológico, correspondiente de forma contradictoria e igualmente excluyente al *absolutismo cualitativista* (al que hemos caracterizado ya —con Andrés Davila— como *triumfalismo cualitativista* en el capítulo anterior), la crítica de las limitaciones de la perspectiva cuantitativista tiende a desembocar en una denegación dogmática e igualmente excluyente de la dimensión cuantitativa de los fenómenos y de la investigación. Si bien el postulado de una supuesta autosuficiencia del enfoque cualitativo contribuye igualmente al desarrollo de modelos teóricos cada vez más comprensivos.

Pero en todo caso, la realidad concreta de la investigación social nos informa una y otra vez de la insuficiencia abstracta de ambos enfoques tomados por separado. Pues los procesos de la interacción social y del comportamiento personal implican tanto aspectos simbólicos como elementos medibles (número de actores intervinientes, tamaño de los grupos, características o tipos objetivos, etc.). Mientras que el enfoque cualitativo de esos mismos fenómenos (*significaciones* de los discursos/*sentidos* de su proceso motivacional, etc.) ni es suficiente —en cuanto se supera el nivel de las observaciones localizadas— para determinar el marco “objetivado” de su extensión o frecuencia..., ni tampoco su estatuto y protocolo metodológico como modelo de análisis social llegarán nunca a satisfacer las exigencias de un modelo epistemológico autosuficiente y comparable al modelo científico-natural. Más aún, la deriva del triunfalismo o absolutismo cualitativista hacia modelos de formalización perfectamente cerrada y (supuestamente) autosuficiente, como garantía de una pretendida científicidad, concluye traicionando —pensamos algunos— la característica específica del enfoque cualitativo en cuanto apertura a la multidimensionalidad (inagotable) de lo social real. Y comparte también con el absolutismo cuantitativista un mismo estéril simulacro del rigor metodológico científico-natural sin conseguir producir, a su vez, más que abstracciones vacías, sin relevancia ninguna para la praxis de la intervención social.

Así pues, la dicotomización radical de ambos enfoques, en cuanto pretenden una absolutización excluyente, en lugar de reconocer sus respectivas limitaciones y mutua complementariedad (por deficiencia), tiende a concluir —por ambas partes— en el refugio en un metodologismo estéril, tanto más irrelevante para la praxis de la intervención social cuanto más riguroso —en un plano abstracto— se pretende. Y en este sentido, inspirado en un modesto realismo metodológico, y en la investigación social realmente existente, lejos de toda pretensión imperialista, la adecuada comprensión de las posibilidades y límites, tanto de la perspectiva epistemológica y de las técnicas cuantitativas, como de la propia perspectiva epistemológica y de las prácticas cualitativas de investigación social, pasa por el honesto reconocimiento de su radical deficiencia en la representación y análisis de la realidad social.

Mediante la crítica de sus pretensiones de absolutización de su forma específica de conocimiento, ambas perspectivas deben ser definidas así, de modo consecuente, por sus

límites epistemológicos, que circunscriben su nivel de adecuación, pertinencia, validez y relevancia. Por lo que, como ya hemos advertido, su complementariedad metodológica puede y debe concebirse como una *complementariedad por deficiencia*, que se centra precisamente a través de la demarcación, exploración y análisis del territorio que queda más allá de los límites, posibilidades y características del enfoque opuesto. Una modesta y autocrítica relativización de su propio nivel y del campo específico de conocimiento –impuesta por la estructura misma de la realidad social– que es, de forma paradójica, la condición epistemológica de su propia fecundidad creativa y relevancia.

Desde el punto de vista de esta confrontación metodológica permanente, la especificación de la *dimensión cualitativa* de la investigación social entraña, ante todo, el reconocimiento del papel estructurante en la interacción personal/grupal de las mediaciones simbólicas de la vida social, en cuanto estructuras significantes con una autonomía relativa. Lo que igualmente supone el paso del campo abstracto de la lógica analítica cuantitativa de la productividad (hay/no hay-más/menos) a la *lógica (integradora) cualitativa de lo simbólico*. Ya que en contraposición de la lógica analítica cuantitativa de la productividad (que convierte y reduce a los fenómenos sociales a factores unidimensionales mensurables mediante la ficción analítica de una escala homogénea infinitesimalmente continua), la lógica cualitativa de lo simbólico es una lógica de la diferencia en un universo estructurado por un sistema de valores singulares y concretos, irreductibles a medida por su propia naturaleza relacional. Si la lógica del cuantitativismo estadístico en las ciencias sociales tiende a reducir lo social a series distributivas de elementos, la lógica simbólica del cualitativismo reintegra –en cambio– la unidad concreta real de lo social en cuanto estructuración diferencial de las relaciones entre elementos (véase Jesús Ibáñez, 1986).

En fin, para concluir este breve apartado, dedicado a la dimensión metodológica y epistemológica de la confrontación cuantitativismo-cualitativismo hay que referirse igualmente a las condiciones reales de su articulación tecnológica en la experiencia cotidiana de la investigación social en nuestro país. Desde este punto de vista, que podríamos denominar convencional, casi al margen de toda discusión teórica sobre su legitimidad y límites, la radical división metodológica entre el análisis cuantitativo y el análisis cualitativo de los procesos sociales constituye una diferenciación *de facto* en las prácticas establecidas de investigación social (sea sociológica general sobre valores o ideologías, psicociológica o de grupos, educativa, laboral, electoral, de consumo o de salud pública, etc.). Diferenciación práctica o institucional encarnada, desde hace tiempo, por una parte, en *técnicas de investigación cuantitativa* tales como el “registro de casos” o la “encuesta estadística”, en contraposición, por otra, a las *prácticas cualitativas de investigación* más tópicas, como los “grupos de discusión”, las “entrevistas en profundidad” o las “historias de vida”. Por su carácter fáctico, en cuanto contraposición institucional (no exenta de malentendidos y desenfoces metodológicos), esta simplificadora diferenciación tecnológica se comprende y articula con frecuencia en la existencia incluso de dos tipos de investigadores sociales (“cuantitativistas” *versus* “cualitativistas”). Una dicotomía profesional que a su vez supondría dos tipos de formaciones “técnicas” más o menos particularizadas o contradictorias. Pero este mismo énfasis en la contraposición tecnológica entre métodos cuantitativos y métodos cualitativos de análisis de la realidad social tiende, en definitiva, (ignorando la complejidad de un planteamiento metodológico integral), a reducir la cuestión a una acrítica división instrumental del trabajo entre *técnicas cuantitativas* y *prácticas cualitativas* como enfoques o tratamientos alternativos para el estudio de cualquier proceso o problema social.

Cuando un planteamiento metodológico integral del *proceso de investigación sociológica de la conducta y de la interacción* supone una pluralidad de contextos concretos, a los que corresponden, por su distinta naturaleza epistemológica, una pluralidad de métodos y técnicas de observación, análisis e interpretación. Y en este sentido, la formación de un investigador social debe ser, ante todo, la de un metodólogo que sepa y decida qué enfoque y técnica debe ser críticamente aplicada para cada aspecto y dimensión específica de los procesos sociales. De modo concreto, al enfoque *etic* o “externalista” –y por tanto susceptible de *cuantificación*– responden (en nuestro modelo de organización de la complementariedad) la técnica del “registro de casos” (para comportamientos/acontecimientos singulares), así como la técnica “encuesta estadística representativa por muestreo precodificada” (para los valores y normas cristalizados y dominantes: estereotipos, etc., su asociación con comportamientos y su localización “topológica”, etc. sobre el mapa social; jóvenes/viejos de grandes ciudades o de pequeñas aldeas, etc.). Mientas que al enfoque *emic* o “internalista” (orientado a la comprensión e interpretación *cualitativa* de la significación de los discursos y de la dimensión simbólica de la conducta), responden las prácticas “grupos de discusión socializados” (para la definición de las claves de codificación de los paradigmas del consenso ideológico), de “análisis de los mensajes de los medios de comunicación”, de los “grupos de discusión personalizados o triangulares” (para intentar la descodificación ideológica de los discursos) y “entrevistas abiertas o en profundidad” (para el estudio dramático de las estructuras simbólicas de la personalización). En fin, las prácticas metodológicas integrales como “observación participante” e “historias de vida” representarían a su vez el lugar de encuentro entre los enfoques *etic* (cuantificable) y *emic* (cualitativo) como contextos para el análisis concreto de la situación concreta. Pero ante el carácter parcial (y por tanto, deficiente y metodológicamente complementario) de todas y cada una de las técnicas y prácticas, la síntesis dialéctica totalizadora final de una investigación social corresponde siempre al sujeto investigador que, como Jesús Ibáñez advierte, es un “sujeto en proceso” abierto a la multidimensionalidad de lo real (Ibáñez, 1986).

### 3.2. Las técnicas de investigación cualitativa como prácticas estratégicas de investigación social concreta

En los modelos alta (pero abstractamente formalizados) de la metodología de las técnicas cuantitativa, el protocolo básico *ex-ante* de la investigación (tal y como lo ha definido, en comunicación personal, Angel de Lucas) implica un programa analítico de operaciones sucesivas y encadenadas sistemáticamente, que se encuentran desde un principio absoluta y definitivamente predeterminadas. Tal proceso empírico es un proceso empírico con formato tecnológico y rigurosamente analítico, pero abstracto. Por el contrario, el proceso empírico de producción de las prácticas cualitativas (pues nada más directamente empírico que un encuentro personal real) constituye un proceso concreto, socialmente condicionado, multidimensional, abierto y contingente (y en este sentido, nunca controlable de forma absoluta). Por lo que la totalización *ex post* del sentido real del proceso (y la valoración *ad hoc* de sus incidencias y elementos concretos) debe ser igualmente asumida y definida por la subjetividad en situación del propio sujeto (personal o colectivo) investigador. De aquí que si por su estructura metodológica, los estudios cuantitativos (básicamente; la encuesta estadística precodificada representativa por muestreo) pueden y deben ser caracterizados y denomina-

dos como “técnicas” de investigación social (lo que implica tanto su eficacia operativa, como sus limitaciones epistemológicas) la estructura metodológica específica de los estudios cualitativos no rebasa el nivel técnico de simples “prácticas” de investigación social (tan abiertas y desarmadas en su reglamentación técnica-operativa, como potencialmente enriquecedoras por su implicación directa en la realidad social).

Por una parte, las prácticas cualitativas lo son porque constituyen una forma más o menos simulada y controlada, o ensayo tentativo de reproducir, o al menos evocar, las formas del intercambio simbólico de la praxis social real. Responden así a la *lógica del sentido concreto*, característica de la lógica situacional de la práctica social misma.

Pero fundamentalmente, por otra parte, las prácticas cualitativas de la investigación social son prácticas en cuanto responden a “estrategias explícitamente orientadas por referencias a fines explícitos marcados por un proyecto libre” (como describe Bourdieu las prácticas sociales a partir de las concepciones de la filosofía de la acción en Jean Paul Sartre). Pues frente a las técnicas cuantitativas, definidas por su operativización en función de la medida distributiva de los fenómenos sociales, las prácticas cualitativas entrañan un proyecto estratégico libre de comprensión totalizadora de los procesos sociales para la intervención institucional/reafirmadora, modificativa o transformadora de los mismos, como criterio y eje central pragmático de la propia investigación, al que deben subordinarse tácticamente todos sus momentos e intervenciones.

Y en este sentido, la *perspectiva cualitativa* (a través de la descodificación simbólica, pero sin absolutizarla ni reducirse a la misma) tiende a coincidir, en última instancia, con la propia *perspectiva dialéctica*. Convergencia, en definitiva, de la perspectiva cualitativa con la dialéctica que entraña tanto una actitud crítica de *lo instituido* en cuanto cristalizado/teificado (previa e inspiradora de la labor de *descodificación ideológica*), como una intencionalidad *instituyente* (al menos en el plano de lo simbólico) transformadora de lo real (concebido así en términos históricos de cambio y conflicto entre fuerzas o tendencias).

### 3.3. El criterio de la adecuación metodológica en los modelos y niveles epistemológicos empleados en el análisis de la realidad social

Frente a las pretensiones imperialistas de cualquier modelo metodológico general unidimensional, igualmente válido para todos los niveles y fases de un proceso de investigación social concreta, la complejidad multidimensional de la realidad social determina, por el contrario, la configuración de modelos de análisis (en principio) parciales y diferenciados en correspondencia con los distintos niveles estructurales específicos de la propia realidad social. *Pluralismo cognitivo* de lo social que entraña consecuentemente un *pluralismo metodológico y tecnológico* (Beltrán, 1985).

Esta concepción pluralista plantea, además, la cuestión de la demarcación teórica y de la pertinencia metodológica de cualquier modelo concreto de análisis social como una cuestión, ante todo, de especificación del nivel estructural de la realidad social al que corresponde. Una especificación del nivel de la realidad a analizar metodológicamente pertinente, que el psiquiatra Carlos Castilla del Pino —de forma para nosotros ilustrativa— considera como el enfoque básico y constituyente, por ejemplo, para el caso de la psiquiatría (y por extensión de la propia psicología). “Pues la psiquiatría no habrá de ser más ciencia... porque sea neurológica, en última instancia, fisicalista, sino porque sitúe exactamen-

te —observa Castilla— el nivel de realidad en que tiene lugar lo psico(pato)lógico, porque plantee correctamente su relación con el nivel biológico por abajo, y el nivel sociológico por arriba, y porque en momento alguno renuncie a la peculiaridad de lo psicológico” (en Jorge L. Tizón, 1978: p. VIII). Planteamiento metodológico que una vez más alude a la básica contraposición —que atraviesa todas las ciencias sociales, o si se quiere, las ciencias humanas— entre la supuesta objetividad fáctica (fiscalismo neurológico) de la que podemos caracterizar como “infraestructura” de la personalidad y de la acción humana, frente a la manifiesta significación subjetiva (en cuanto peculiaridad específica y sustantiva de “lo psicológico”) de la conducta personal en situación (que de forma analógica podríamos considerar como su “superestructura”, en cuanto entraña la cuestión de su sentido). Planteamiento metodológico elemental, pero básico, que por su parte formula precisamente, en términos claros y sencillos, el psiquiatra Jorge L. Tizón —en la misma obra prologada por Castilla del Pino— al afirmar que “el análisis de la conducta... ha de comprender: 1) el análisis de los componentes ‘físicos’, ‘energéticos’ de la conducta (más fácilmente verificables, cuantificables, mensurables, etc.); 2) el análisis de los componentes informacionales del sentido, el significado de dicha conducta” (J. L. Tizón, 1978: 31). Y en fin, planteamiento metodológico elemental y clásico que podemos generalizar —en cuanto dualidad estructural y epistemológica básica— al conjunto de los procesos sociales para delimitar los ámbitos, dimensiones, objetos y estructuras cognitivas específicas del enfoque cualitativo frente al enfoque cuantitativo en el análisis de la realidad social.

Pues la diferenciación tecnológica o instrumental en los procesos de investigación social concreta entre el enfoque cualitativo *versus* al cuantitativo no es más que la consecuencia de una previa y más fundamental diferenciación metodológica, determinada por la existencia y exigencias específicas de dimensiones y problemas epistemológicos de naturaleza heterogénea. Una heterogeneidad epistemológica radical que, en principio, se encuentra conformada por la contraposición entre la *dimensión simbólica* de los procesos sociales (como ámbito o universo de la *significatividad* y el *sentido* fundantes de lo cualitativo), frente a una *dimensión fáctica* (como campo de los *objetos mensurables* propio de lo cuantitativo). Y que, por ello mismo, exige e impone necesariamente (también en principio) la existencia y desarrollo metodológico en permanente proceso autocrítico de modelos de representación y análisis de la realidad social conformados por criterios epistemológicos de pertinencia, validación e inferencia radicalmente diferentes.

En suma, puede decirse que hacemos investigaciones sociales para lograr un saber pragmático, que debe atender a todos los niveles de la realidad social, los cuales tienen distinta naturaleza epistemológica. En este sentido, podemos distinguir —según la figura adjunta— tres niveles al menos en la realidad social:

1. Nivel o campo de los hechos, conformado por las relaciones de indicación o designación de la proposición (Deleuze, 1989), en cuanto puesta en evidencia de cuanto acontece o se hace. Los hechos (así configurados) como estados individuados aparecen como evidentes en el nivel de lo manifiesto o consciente. En fin, de este modo, los hechos tienden a ser concebidos como procesos fácticos, constituidos por cargas de energía, y por tanto, como una *res extensa cuantificable* (correspondiente al nivel teórico de *lo instituido* según la filosofía presentada por Andrés Davila).
2. Frente al simple campo de los hechos, la *significación* de la proposición (Deleuze, 1989) entra la existencia del *universo de los discursos*, donde las significaciones no se establecen por extensión, sino referidas a sí mismas en el cuadro de un sistema de

| [A]<br>NIVELES Y PROCESOS<br>CONSTITUYENTES<br>DE LA<br>REALIDAD SOCIAL   | [B]<br>NIVELES DE LA<br>CONCIENCIA PERSONAL<br>(Según 1ª tópica de Freud)   | [C]<br>ELEMENTOS O<br>UNIDADES BÁSICAS<br>DE LOS PROCESOS<br>DEL ANÁLISIS SOCIAL.  | [D]<br>TIPOS O MODELOS<br>TEÓRICOS<br>EPISTEMOLÓGICOS<br>DE INFERENCIA  | [E]<br>ENFOQUES<br>Y MODELOS<br>METODOLÓGICOS<br>PERTINENTES   |
|---|---|--|---|--|
| <p>R<sub>1</sub> "HECHOS"<br/>                     Campos de los hechos:<br/>                     lo que acontece<br/>                     y se hace<br/>                     ↓<br/>                     PROCESOS<br/>                     FACTICOS</p>   | <p>"LO MANIFIESTO"<br/>                     O<br/>                     "CONSCIENTE"<br/>                     (Grado relativo<br/>                     de accesibilidad)<br/>                     ↓<br/>                     "LO LATENTE"<br/>                     O<br/>                     "PRECONSCIENTE"<br/>                     ↓<br/>                     "LO PROFUNDO"<br/>                     Censura</p> | <p>REGISTRO DE DATOS<br/>                     Y ANÁLISIS<br/>                     DE SERIES,<br/>                     CORRESPONDENCIAS<br/>                     Y FACTORES</p> | <p>EXPLICACIÓN<br/>                     CAUSAL.<br/>                     (post hoc ergo<br/>                     propter hoc,<br/>                     atribución de causas)</p>  | <p>MODELO<br/>                     ESTADÍSTICO<br/>                     (Tratamiento de datos<br/>                     para la reconstrucción<br/>                     de procesos fácticos)</p>   |
| <p>R<sub>2</sub> "DISCURSOS"<br/>                     Universo de los discursos:<br/>                     lo que se dice, se<br/>                     expresa o significa<br/>                     FORMACIONES<br/>                     CULTURALES E<br/>                     IDEOLÓGICAS</p>   | <p>"LO LATENTE"<br/>                     O<br/>                     "PRECONSCIENTE"<br/>                     ↓<br/>                     "LO PROFUNDO"<br/>                     Censura</p>  | <p>CORPUS DE TEXTOS<br/>                     Y ANÁLISIS DE<br/>                     SISTEMAS DE<br/>                     SIGNIFICACIONES</p>                                   | <p>COMPREHENSIÓN<br/>                     SIGNIFICATIVA<br/>                     (Competencia cultural;<br/>                     evocación de vivencias<br/>                     y articulación de<br/>                     significados)</p> | <p>MODELO<br/>                     LINGÜÍSTICO<br/>                     (Sistematización<br/>                     de significaciones<br/>                     culturales y<br/>                     comprensión "crítica"<br/>                     de su orientación ideológica)</p> |
| <p>R<sub>3</sub> "MOTIVACIONES"<br/>                     Reíno de las motivaciones:<br/>                     El "por qué" de la interac-<br/>                     ción social: su <i>sentido</i>,<br/>                     intencionalidad o finalidad,<br/>                     consciente y no consciente<br/>                     PROYECTOS<br/>                     PROYECTIVOS</p> | <p>"LO PROFUNDO"<br/>                     Censura</p>   | <p>CONFIGURACIÓN DE<br/>                     SINTOMAS Y<br/>                     DESCIFRAMIENTO<br/>                     DE LAS<br/>                     SIMBOLIZACIONES</p>   | <p>INTERPRETACIÓN<br/>                     HERMENÉUTICA<br/>                     (Definición proyectiva<br/>                     de sentidos<br/>                     profundos...)</p>   | <p>MODELOS<br/>                     HEURÍSTICOS<br/>                     Intereses { Modelos Racionales<br/>                     Pulsiones { Modelos Psicoanalíticos<br/>                     Deseos {</p>   |

Figura 3.1. Niveles de la realidad social y de la interacción personal y enfoques metodológicos del análisis social. (Diseño didáctico: A. Ortí)

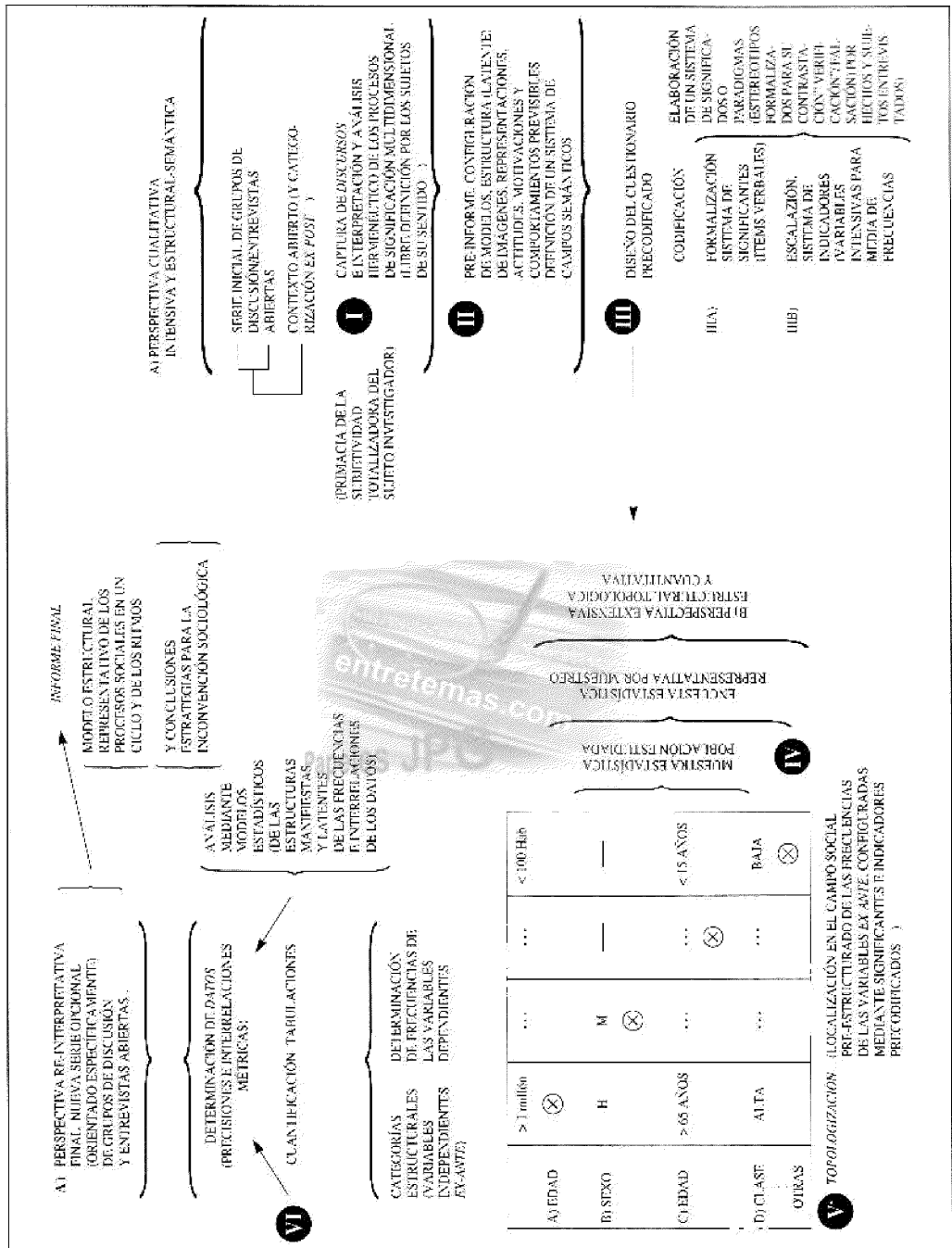


Figura 3.2. El proceso de investigación sociológica de la conducta como proceso integral: complementariedad (por deficiencia) de las técnicas cuantitativas (encuesta estadística/tests...) y de las prácticas cualitativas (discusiones de grupo/entrevistas abiertas...)



signos. Se trata de proposiciones comunicativas coherentes por su articulación significativa, porque están definidas por una cierta relación codificada entre significante y significado. En principio, los discursos estarían articulados por "lo que se dice", en el contexto de formaciones culturales e ideológicas concretas. Pero la institucionalización de las cosas (segundo nivel en la Figura 2.2 de Davila) no les confiere la misma significación concreta en una cultura u otra (pues cada cultura impone un sistema de códigos). Junto a los *culturemas* (unidad significativa de una cultura), los discursos suponen, en fin, también orientaciones de valor, o sea, proposiciones ideológicas (*ideologemas*). Nivel en el que confluyen el enfoque cuantitativo (para los *culturemas* pre-codificados) con el enfoque cualitativo (para su significación ideológica y proceso de producción simbólica).

3. En un tercer nivel nos encontramos con el *reino de las motivaciones*. Serían las fuerzas motoras, pulsiones, deseos, que responden al porqué de la interacción social; es decir la intencionalidad y sentido, consciente o no, que configuran los procesos proyectivos. Procesos, en fin, correspondientes al *nivel estratégico de lo instituyente consciente y no consciente* (véase el capítulo de Davila en esta misma obra), y sólo interpretable con sentido a partir de enfoques cualitativos hermenéuticos.

La distinción de estos tres niveles de la realidad social cumple ante todo con una función metodológica, pues se trata de comprender que en el análisis de la realidad social nos encontramos con tres tipos de estructuras y tres tipos de lógicas diferentes y con reglas propias: *fácticas*, *significativas* y *motivacionales*. La cuestión de cómo se articulan estos tres niveles en la interacción social es todavía muchísimo más compleja, y merecería un tratamiento con mayor extensión. El lector podrá encontrarlo, parcialmente, en el siguiente capítulo de Fernando Conde, quien lo ilustra con el ejemplo del paso del grupo de discusión a la encuesta estadística, en cuanto técnicas/prácticas históricamente emblemáticas de las dos perspectivas. El cuadro (Figura 3.2) nos sirve como punto de partida para visualizar los problemas que plantea este ejemplo de transformación de la cualidad en cantidad.

## CAPÍTULO 4

### PROCESOS E INSTANCIAS DE REDUCCIÓN/FORMALIZACIÓN DE LA MULTIDIMENSIONALIDAD DE LO REAL: PROCESOS DE INSTITUCIONALIZACIÓN/REIFICACIÓN SOCIAL EN LA PRAXIS DE LA INVESTIGACIÓN SOCIAL

*Fernando Conde*



Una vez desarrollados los tres primeros capítulos dedicados a los problemas metodológicos de las perspectivas cualitativas y cuantitativas en las Ciencias Sociales, el objetivo de este cuarto capítulo es tratar de poner de manifiesto desde la experiencia práctica de la Investigación Social y desde la reflexión sobre la misma (es decir, desde la praxis de la Investigación Social) cómo las dimensiones comúnmente asociadas a las perspectivas cualitativas y cuantitativas no son algo *ya dado* y existente previa y definitivamente en la realidad social. Por el contrario dichas dimensiones constituyen todo un conjunto de instancias caracterizadas tanto por su fluidez y dinamicidad histórica, como por su carácter de ser producto de la interacción de cada metodología y práctica de aproximación a lo real con esa misma realidad. Lo social es complejo y poliédrico y lo que hace cada práctica de investigación es revelar o resaltar, desvelar y polarizar las diferentes dimensiones del fenómeno social investigado.

Como tratamos de poner de manifiesto en el epígrafe destinado a los *experimentos de laboratorio* en las Ciencias Naturales en cuanto productores de los *hechos*, las prácticas de investigación en las Ciencias Sociales son, también, instrumentos de *producción* de la información, de los datos, hechos, opiniones, actitudes, etc., y no son meros “recogedores” de los mismos.

Desde este punto de vista, las tradicionales dimensiones, instancias o niveles de lo real que se asocian tendencialmente a cada una de las perspectivas cualitativa y cuantitativa son válidas en tanto en cuanto las consideremos en términos de su génesis histórica y social, en lugar de considerarlas como categorías o niveles cosificados, eternos y válidos para siempre.

En este contexto, la idea de la aproximación que se va a desarrollar en este capítulo es relativamente simple, aunque por razones de extensión del mismo su redacción esté muy condensada, se trata de entender que:

1. Toda práctica de investigación social consiste en un proceso de *progresiva reducción de las múltiples dimensiones y planos de expresión* de cualquier fenómeno social.
2. Es en este proceso de progresiva reducción de la multidimensionalidad de lo real como y donde se van produciendo, y por tanto podemos ir definiendo, toda una serie de situaciones más o menos estables y cristalizadas, de niveles o instancias de lo real a las que corresponden tendencialmente un conjunto dado de metodologías, de prácticas y de técnicas de investigación e, incluso, de análisis de datos.
3. Las denominadas perspectivas cualitativas son más pertinentes en las situaciones más fluidas y menos estables y las cuantitativas en las más codificadas y cristalizadas.

De tal modo que, desde este punto de vista, los denominados hechos medidos en una encuesta, en cuanto datos obtenidos en las mismas, sólo son el resultado final, el más tardío, elaborado y abstracto de todo este conjunto de procesos de reducción de la multidimensionalidad de lo social. Y es precisamente en este sentido, en el que cabe inscribir el proceso de Investigación Social como dice J. Ibáñez “en la dialéctica de reducción de la cualidad a cantidad, en dirección a estructuras algebraicas, topológicas y estocásticas”. (Ibáñez, 1988).

En este capítulo se trata de poner de manifiesto, en otras palabras:

1. Cómo existe todo un conjunto de planos epistemológicos, teóricos, metodológicos y técnicos íntimamente unidos entre sí y que habitualmente se separan en la Investigación Social.
2. Cómo las posibles dimensiones que se adscriben a las perspectivas cualitativas y cuantitativas, respectivamente, no son sino *construcciones histórico-sociales* cuyo proceso de producción es paralelo al de los *distintos niveles o instancias de la realidad social* en los que operan.
3. Cómo, a su vez, los *diferentes niveles de la realidad social* puestos de manifiesto por cada perspectiva son *construidos parcialmente a la vez que son revelados y polarizados por cada perspectiva teórico-metodológica*.
4. Cómo entre los polos ideales del más puro “cualitativo” –si se me permite enunciarlo de este modo– y del más puro “cuantitativo”, existen todo un conjunto de *espacios de configuración* o instancias intermedias en las que cobran sentido las diferentes aproximaciones teórico-metodológico-técnicas que habitualmente se usan en la Investigación Social.

En el contexto de esta reflexión, se puede interpretar que la sociedad y la gran mayoría de los fenómenos, de los “sujetos/objetos” sociales que se abordan en cualquier proceso de investigación social, existen o se configuran –en principio– en un espacio o dominio de configuración muy abierto y multidimensional. Apertura y multidimensionalidad de los “fenómenos sociales” en cuanto “fenómenos sociales totales” (M. Mauss), progresivamente reducidos por las distintas aproximaciones teóricas, metodológicas y técnicas puestas en marcha en cualquier investigación.

De esta forma, podemos “imaginarnos” –en términos algo metafóricos– que esa progresiva reducción desde lo cualitativo/concreto/abierto a lo cuantitativo/particular-abstracto/ccerrado, desde el momento “instituyente” como decía páginas atrás A. Davila, al momento

“instituido” atraviesa mediante todo un proceso progresivo de “institucionalización”/“reificación”, por una especie de “escalera” –véanse las figuras de las páginas siguientes– en la que hay “rellanos” más amplios y centrales y “peldaños” más reducidos y particulares. Escalera en la que cada uno de dichos rellanos y peldaños constituye una instancia o nivel diferente de configuración de lo real, conformado, parcialmente al menos, por cada “perspectiva teórica/metodológica/técnica” puesta en marcha.

Tal proceso de progresiva reducción de la multidimensionalidad de los fenómenos sociales y de relativa estabilización de los mismos puede entenderse, por tanto, como un progresivo *proceso de desensibilización y filtraje* (Serres, 1991) desde el momento instituyente inicial, en el sentido apuntado por A. Davila. Proceso de filtraje que va reduciendo progresivamente la multidimensionalidad y apertura de dicho fenómeno/momento y de las concretas y específicas relaciones sujeto/objeto asociadas al mismo. De este modo se termina por construir unos “objetos” más operacionales y escindidos de los “sujetos”, objetos más “instituidos” y unidimensionales, prácticamente conformados en un espacio de configuración (el espacio euclídeo), muy reducido en su dimensionalidad ya que sólo cuenta con la *extensión* como su propiedad característica y definidora. Extensionalidad “pura” (en cuanto vacía) como dimensión constituyente de este espacio que es la que posibilita, precisamente, el “ciframiento absoluto” como máximo exponente de la medida abstracta.

De esta forma, podemos considerar que todos los que hoy denominamos “fenómenos”, “hechos”, “discursos”, “sujetos/objetos” sociales, se han ido construyendo a lo largo de todo un proceso social e histórico que los constituye como tales. Proceso histórico complejo que no está al margen de la propia voluntad de los hombres –por el contrario, son éstos los que lo van construyendo– y que atraviesa por muy diferentes fases y situaciones que son, precisamente, las que de forma muy esquemática vamos a desarrollar en este capítulo.

Por ello, y dada la dificultad de abordar toda esta serie de problemas en profundidad en el ámbito de esta breve reflexión, solamente vamos a tratar de señalar algunas cuestiones relativas a la definición de cada peldaño de la escalera, de cada instancia o espacio de configuración de un determinado nivel de la realidad, de forma que pueda evidenciarse:

1. La operación epistemológica que lo origina.
2. El espacio substrato correspondiente a cada peldaño (por ejemplo, el nivel de la valoración simbólica o de la configuración semántica), es decir, las características “latentes” e “implícitas” de cada una de las instancias. Espacios de configuración que *definen* y, al mismo tiempo, *limitan* tanto el “nivel de la realidad” con el que trabajamos en cada una de las citadas instancias/espacios o escalones, como la “metodología” con la que podemos operar a partir de cada espacio/nivel respectivo.
3. La forma específica de elaboración metodológica virtual o posible en cada uno de estos espacios.

Es así como cada *cambio de nivel o espacio* constituye una operación epistemológica que entraña la constitución de diversas y específicas estructuras metodológicas –y no sólo metodológicas– en un sentido progresivamente reductivo.

Por último, con todo este desarrollo se pretende asimismo resaltar que todos los escalones, (todos los niveles de la realidad) existen y son planos distintos de la misma y que, por lo tanto, no tiene ningún sentido oponer unos a otros, escindir unos de otros, romper la escalera, en una palabra. De lo que se trata, por el contrario, en cada proceso de investiga-

ción, es de saber en qué peldaño se está y a qué peldaño se quiere llegar, si se quiere subir o si se quiere bajar, si se quiere “cualificar”, y/o si se quiere “cuantificar”, o si se quieren hacer ambas cosas a la vez y, por tanto y en ese contexto, cuáles son las metodologías, prácticas y técnicas pertinentes para hacerlo.

#### **4.1. Las limitaciones de la actual polémica entre las perspectivas cualitativa y cuantitativa en la Investigación Social**

Como hemos tratado de poner de manifiesto en los capítulos anteriores, lejos de la historicidad y de la dinamicidad que ha adoptado el análisis de las relaciones entre “lo cualitativo” y “lo cuantitativo”, las Ciencias Sociales habitualmente han abordado esta temática de forma algo reductora. Por lo general, han situado estas relaciones de mayor o menor complementariedad/conflicto como una cuestión, casi, meramente *metodológica* acerca de cómo aproximarse a la realidad social —planteamiento que conlleva, entre otros implícitos, que “nosotros”, los investigadores estamos fuera de ella—. Reducción a lo metodológico que además se ha realizado, en muchos casos, en el contexto de una importación acrítica de los paradigmas dominantes en las Ciencias Naturales.

De este modo, las relaciones entre las perspectivas cualitativas y cuantitativas en las Ciencias Sociales habitualmente se han argumentado desde tres enfoques:

1. Desde un punto de vista *demarcacionista* de los distintos niveles de la realidad social (Alonso, 1988; Ortí, 1986).
2. Desde un punto de vista paradigmático en función de los pretendidos paradigmas teóricos que subyacen en una u otra concepción (Cook y Reichardt, 1986).
3. Desde un punto de vista meramente “*instrumental*”, “*utilitario*” y “*reductor*” en el que “lo cualitativo” es sólo un punto de vista y un paso previo a la “verdadera y científica” aproximación “cuantitativa” a lo real-social.

La aproximación que podemos denominar “demarcacionista” es sin duda la más rica y completa de todas las desarrolladas hasta el momento y, desde nuestro punto de vista, es la más pertinente como planteamiento particular ante cada investigación concreta ligada, por tanto, a un proceso y a un contexto históricamente determinado. Ahora bien, esta aproximación, aislada de la dinámica social e histórica, puede presentar un defecto como es la tendencia a la *cosificación* y a la *naturalización de los distintos niveles de lo real-concreto*.

Asimismo, otro efecto “no deseado” de dicha aproximación “demarcacionista”, íntimamente unida a la anterior desviación cosificadora, a-histórica y naturalizadora de lo “social”, es el oscurecimiento del problema de la articulación de las metodologías con los fenómenos sociales, lo que venimos denominando dimensión *polarizadora* de las metodologías (Conde, 1993).

Así, al no tener en cuenta esta dimensión *constructivista* de las metodologías, se tiende a reducirlas a un mero proceso de “captura neutra” de lo real “dado” cuando en sí misma es uno de los elementos de construcción del “par” que denominamos *sujetos/objetos* sociales concretos e históricamente constituidos.

Por último, otro de los efectos habituales y más empobrecedores del actual planteamiento de las relaciones entre las perspectivas cualitativas y cuantitativas, aunque en este último

caso más vinculado a la división del trabajo académico y empresarial, es la exacerbación de “lo específico” de cada perspectiva. Exacerbación que, a veces, llega hasta el punto de transformar la polémica entre dos *perspectivas complementarias* en un debate *dicotómico y antagónico*. Y en el caso concreto de España, más reductoramente, casi, entre las *dinámicas de grupo*, como práctica paradigmática de la perspectiva cualitativa (Ibáñez, 1979) y las *encuestas estadísticas* como técnica paradigmática de la perspectiva cuantitativa.

En este contexto, la aproximación que también de forma muy esquemática y reductora vamos a desarrollar, trataría de matizar la citada polémica mediante la introducción de toda una serie de reflexiones que intentan poner de manifiesto cómo los *procesos sociales* y los *procesos de investigación social* son *ambivalentes* por su propia naturaleza. Pues ambos tipos de procesos comportan tanto *dimensiones productivas* de configuración/estabilización de los distintos niveles o instancias de lo real, como *dimensiones reductoras* de la multiplicidad y complejidad de ese mismo proceso de producción de lo real-social (ambivalencia básica que, por cierto y a veces, no deja de plantear problemas éticos a la investigación y al investigador). En este sentido, aspiramos a que estas reflexiones suavicen y relativicen los problemas descritos y, de forma muy especial, la diferenciación –a veces casi convertida en dicotomía– entre las perspectivas cualitativas y cuantitativas.

De esta forma, se trata de explicitar que las perspectivas cualitativas y cuantitativas más que perspectivas “discretas y enfrentadas” están más o menos presentes o están más o menos ausentes, según nos acerquemos/alejemos a cada uno de los dos polos de la escalera citada anteriormente. O lo que es lo mismo, a cada uno de los extremos del *gradiente discontinuo* constituido por la multiplicidad de posibles instancias y posiciones –históricamente variables a su vez– entre las dimensiones más abiertas e “instituyentes” y las más cerradas, codificadas e “instituidas” de un fenómeno social. Gradiente o escalera cuyos principales rellanos, descansos o espacios de configuración básicos tratamos de representar en la Figura 4.1. Esquema que de una forma general y tendencial se corresponde, por otro lado, con el expuesto por A. Ortí en el capítulo anterior acerca de los niveles de la realidad social y de la interacción personal. Dicha correspondencia tiene lugar en los siguientes términos.

1. El nivel de los *hechos* tendería a estar configurado en el espacio substrato nombrado en nuestra cultura como el “espacio euclídeo” que es precisamente el espacio en el que se despliega el modelo estadístico. Esta consideración de los *hechos* (en cuanto “datos”) implica, pues, que lo que denominamos “hechos sociales” –con la carga de “empiría” de la propia palabra hecho/cosa– son, por el contrario y como en el caso de los experimentos de laboratorio de Boyle, el resultado de la *construcción* y de la *convención* social más elaborada y abstracta y, por lo tanto, lo más lejano de lo “empírico” entendido como lo vinculado a la experiencia social directa.
2. El nivel de los *discursos* tendería especialmente desde el punto de vista de su *estructuración significativa*, a inscribirse en el espacio substrato de las topologías. Es evidente, sin embargo, que en torno a las relaciones significado/significante, connotado/denotado, lenguaje/mundo, etc., se producen las situaciones de mayor apertura y reflexividad ya sea del propio lenguaje en sí mismo como en las complejas relaciones lenguaje/mundo. Por ello, parece algo reductor asociar la perspectiva cualitativa a la dimensión estructural del lenguaje y, por ello también, hemos dejado entre paréntesis la cuestión de en qué conjunto de espacios se inscriben los discursos en su totalidad ya que éstos implican una *multiplicidad* de niveles e instancias.

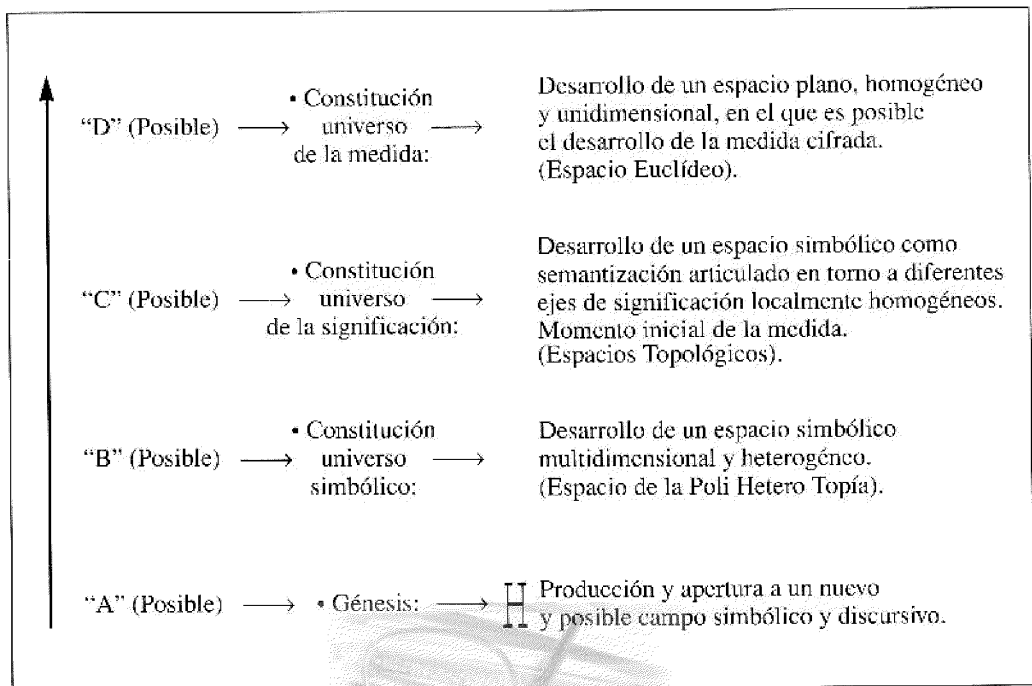


Figura 4.1. Proceso histórico de progresiva condensación simbólica y desarrollo del espacio de la medida

3. Por último, el nivel de los *procesos motivacionales*, por su parte, tendería a inscribirse –siempre planteado de forma esquemática y reductora por nuestra parte– en el espacio de las poliheterotopías como el espacio de configuración más abierto y fluido.

#### 4.2. Niveles más particulares y desagregados en la configuración de las distintas instancias o espacios de configuración de lo social

Desagregando la Figura 4.1 en escalones y niveles/dimensiones más discretos, a su vez, podríamos construir un esquema o escalera en el que, como dijimos anteriormente, se evidenciase a modo de *gradiente discontinuo* los diversos espacios e instancias por los que puede atravesar un "acontecimiento" social antes de convertirse en "sujeto y/o objeto medible y cifrable" (hay que hacer notar que este proceso que describimos no es algo irreversible sino que es tan sólo un modelo reductor, como todo modelo, del proceso de reducción de las dimensiones de lo real que opera en todo proceso de construcción socio-cultural y en cualquier proceso de investigación social).

A su vez, y como señalamos anteriormente, la desagregación en varias fases/escalones de todo el proceso de construcción de los "sujetos/objetos" sociales, posibilita, o al menos esa es su intención, visualizar cómo en cada uno de dichos niveles/escalones más desagre-

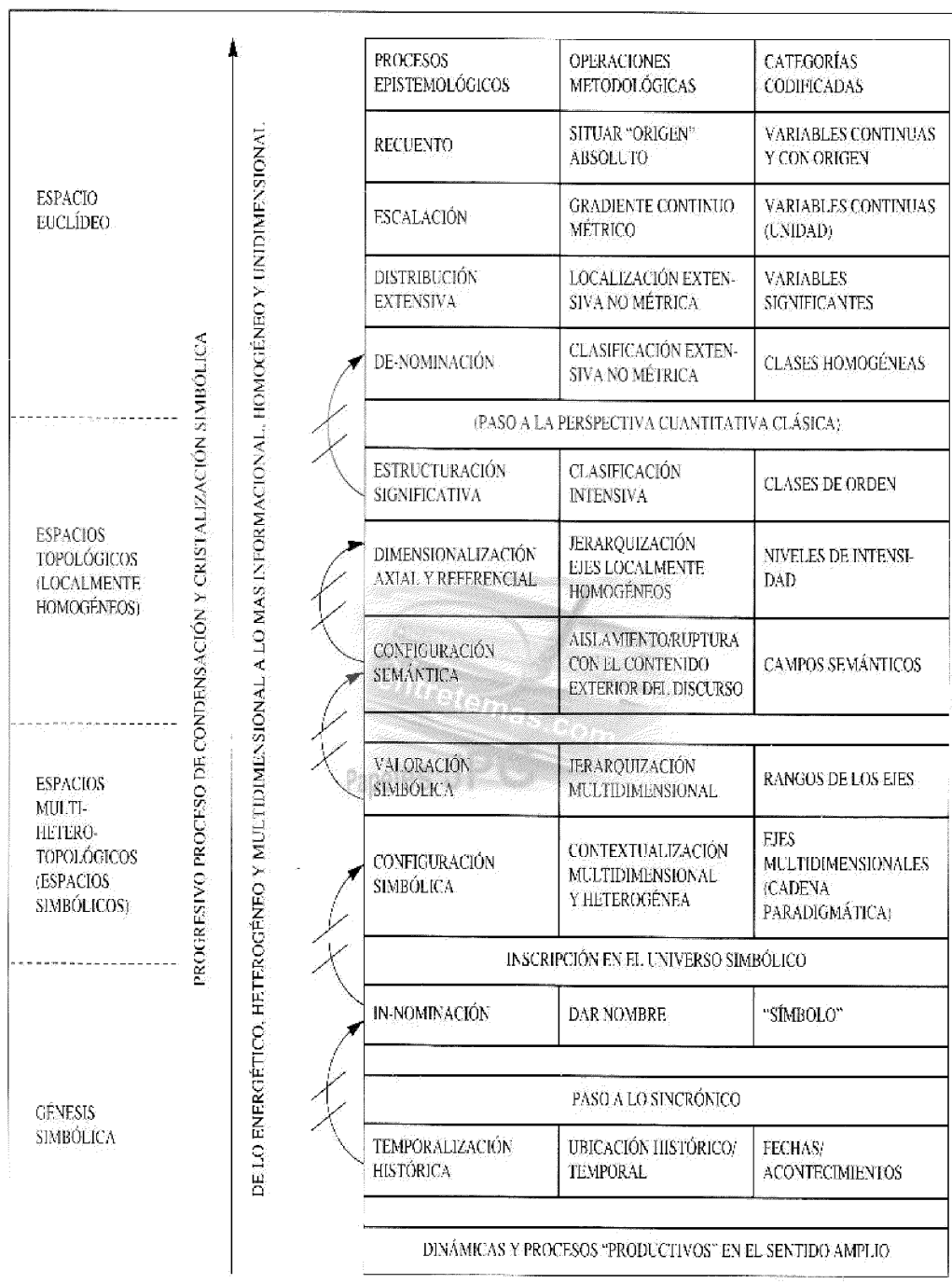


Figura 4.2. Procesos epistemológicos, metodológicos y niveles posibles de medición en el proceso de investigación en las Ciencias Sociales



gados se produce una cierta correspondencia tendencial de los distintos desarrollos metodológicos y técnicos. Correspondencia tendencial en el seno de cada nivel o instancia entre/metodologías/técnicas/niveles de medida que no debe entenderse en el sentido de que las respectivas metodologías/técnicas de investigación sólo puedan utilizarse en el seno de una única perspectiva teórico/metodológica. Por el contrario, las metodologías y técnicas son también “instrumentales” –aunque no sólo– y, por tanto, se pueden utilizar desde las más diversas perspectivas. Ahora bien, lo que sí queremos señalar es que cada práctica y proceso metodológico/técnico concreto construye/configura un cierto “nivel” de la realidad y que, por tanto, el citado nivel/instancia es el que, al mismo tiempo que da “sentido” al uso de dicha “técnica”, condiciona y limita la posible “universalidad” de su uso (véase capítulo *Teoría de la observación*).

Por lo tanto, los límites de aplicación de cada perspectiva metodológica señalada en cada uno de los niveles viene marcado por los límites de constitución/configuración del nivel/escalón respectivo, como tratamos de evidenciar en la Figura 4.2, cuya inspiración inicial –como en tantos otros casos– se debe a A. Ortí.

Este cuadro tendencialmente y en vertical, como apuntamos anteriormente, puede leerse como una progresiva transformación de la cualidad en cantidad; de lo instituyente en lo instituido; de la energía libre pero condicionada en información ligada pero arbitraria en el sentido saussuriano; de lo concreto, diverso y sustantivo a lo particular, abstracto, homogéneo y formal. Lo que entraña un progresivo proceso de creciente formalización, reducción y cierre desde las dimensiones más productivas, relevantes y abiertas, pero menos formalizables, a otras más cerradas y menos relevantes, pero más operacionales y precisas desde el punto de vista estadístico/cifrado.

De este modo, y brevemente, podemos describir el siguiente recorrido procesual desde abajo, es decir, desde los espacios de producción/apertura hacia arriba, hacia los espacios de mayor reproducción/cierre, pasando por toda una serie de fases/dimensiones/escalones intermedios de progresiva estabilización/cristalización/institucionalización de los “fenómenos sociales”.

#### *4.2.1. La temporalización histórica*

Como sitúa P. Ricoeur (1991) una actividad propia y específica de los sujetos sociales es tratar de comprender los diferentes “acontecimientos” que irrumpen en su cotidianeidad intentando conferirles un cierto sentido. Pues bien, la ubicación histórica del fenómeno, su inscripción en la serie temporal de los diferentes acontecimientos “históricos” es uno de los primeros mecanismos para tratar de construir este primer sentido. Datar un acontecimiento es ya una primera forma de empezar a comprenderlo, su ubicación histórica nos evoca un contexto, una problemática, un cierto desarrollo cultural, etc., que ayuda a producir/captar un sentido inicial a lo que nos había desconcertado, a lo que nos había sorprendido.

Ahora bien, al igual que el conjunto de operaciones que se van a describir brevemente en estas páginas, la temporalización histórica presenta un carácter polémico y conflictivo ¿con qué fecha datamos? Cuestión cuya resolución cabe inscribir en un conflicto mayor relacionado con las fuerzas sociales e institucionales en presencia, con las perspectivas teóricas en conflicto, etc. Esta polémica está parcialmente asociada a la *repercusión estratégica* que tiene situar una u otra fecha como origen del fenómeno y de la posible cadena temporal aso-

ciada. De ahí, por ejemplo, que cada religión tenga su año de origen muy distinto. De ahí, igualmente, que la misma fecha de 1277 planteada por Duhem como origen simbólico de la Ciencia Moderna y citada en páginas anteriores, sea cuestionada por otros autores (Koyre, 1971) que conciben la Ciencia Moderna de otra forma.

En este mismo sentido es reveladora la polémica que se ha producido sobre la fecha del origen y descubrimiento de un fenómeno social tan de actualidad en estos días como es el VIH/SIDA. En función de la elección de una fecha u otra se producen unas repercusiones económicas, simbólicas, sociales, etc., muy importantes. Así, si se acepta la fecha del origen del virus a principios de los años ochenta —prácticamente cuando se dispuso de la tecnología para descubrir los retrovirus (Gmerk, 1990)— puede aceptarse más fácilmente la teoría que nos habla del pretendido origen africano de la enfermedad con las repercusiones de “racismo” implícito asociadas; por el contrario, si se descubren casos de enfermos —analizando la sangre congelada, por ejemplo— anterior a los años sesenta, dicha teoría se debilita en gran medida. Asimismo, si se acepta la fecha del descubrimiento del virus por el francés L. Montaigner, como anterior a la del norteamericano R. Gallo, la repercusión económica de los miles de millones de dólares asociada a la patente de los tratamientos antivirales es evidente y favorable al Instituto Pasteur de Francia. Por todo ello, la temporalización histórica *definitiva* de un fenómeno no es una cuestión baladí sino que moviliza grandes intereses y posiciones más o menos encontradas.

Así como dicha temporalización abre un campo, por ejemplo, el de la Ciencia Moderna o el de la investigación del VIH/SIDA, etc., el acto instituyente de datar también conlleva una transformación *reductora* fundamental en el fenómeno social observado. En efecto, a partir de esta operación el fenómeno observado tiende a perder su historicidad y dinamicidad para inscribirse hacia adelante en un horizonte sincrónico —primer cierre y reducción de la dimensionalidad— más estático. Pérdida de la dimensión procesual y dinámica de los fenómenos sociales que, por otro lado, está inscrita en la mayoría de las operaciones metodológicas de las Ciencias Sociales.

#### 4.2.2. La innominación/nominación

La operación que vamos a nominar como “innominación/nominación”, es la operación, asimismo habitual, que consiste en dar por primera vez un nombre formal al fenómeno social que se está produciendo, analizando, interpretando, etc. Innominado, según el diccionario de Casares significa “que no tiene nombre”. Con el doble término (innominado/nominado) remarcamos *la tensión fundante* del primer nombre y de las consecuencias de esta acción. En este sentido, la innominación/nominación es, tras la *contextualización y temporalización histórica*, una de las primeras operaciones de *gestación/delimitación* y de creación/acotamiento de un posible campo social, simbólico, científico, etc., que se realiza, que realizamos, así como una de las primeras operaciones de formalización “teóricamente” a-crónica (decimos “teóricamente” porque toda “innominación/nominación” conlleva/connota la marca de su tiempo y situación histórica, en el sentido más amplio de la palabra).

La innominación/nominación significa, por tanto, la posibilidad de abrir formal y explícitamente un/os posible/s y nuevo/s proceso/s discursivo/s, de abrir un nuevo espacio en cuanto a la forma de pensar, de hablar, de abrir nuevas disciplinas científicas o *nuevos cam-*

*pos de desarrollo del pensamiento*, etc., que nacen marcados por esta primera innominación. Del mismo modo y en forma paralela, la innominación/nominación también significa un cierre de cara al desarrollo de otras posibles vías alternativas potenciales. Por ejemplo, la aparición/innominación en las Ciencias Físicas de la *fuerza*, la *energía*, los *campos de fuerza*, etc., abrieron nuevos desarrollos y disciplinas científicas, de la misma forma que lo hicieron en el campo de las Ciencias Sociales términos como *Leviatán*, *mercado libre*, *clase*, *preconsciente*, etc.

Al igual que ocurre en todas las operaciones que estamos brevemente describiendo, la realización de esta práctica implica y conlleva juegos de intereses y conflictos, así como profundas repercusiones económicas, sociales, etc. Basta pensar por ejemplo, en los intereses en juego que existen en la actualidad en torno a las *patentes* y a su control asociado en gran medida al nombre formal de la misma. Basta pensar, asimismo, la trascendencia tan negativa que han tenido en la sociedad las primeras innominaciones del proceso infeccioso desencadenado por el VIH como “el cáncer de los homosexuales”, como la “enfermedad de las tres H” (en clara referencia a los homosexuales, a los hemofílicos y a los haitianos) al punto de constituirlos como una enfermedad maldita, moral, estigmatizante.

Desde este punto de vista el ejemplo del VIH/SIDA nos suministra un claro caso de una cuestión central en esta operación de la innominación/nominación, como es el que esta práctica implica ya una cierta y mínima *intuición/prefiguración/representación/inscripción en un determinado mundo simbólico* de ese “algo” exterior al propio término utilizado para describirlo, para *designarlo* —ya sea un algo “material”, ya sea un “algo” igualmente formal—. Intuición performativa y preformativa que, como ejemplifica el caso del VIH/SIDA, va a subyacer en todo el proceso social y cultural de desarrollo posterior de ese “algo” ya innominado/nominado; ya que la citada *innominación/nominación inicial* es clave para el *posible desarrollo y constitución* posterior de cualquier actividad de articulación y modelaje, ya sea científica, ya sea cultural, en sentido amplio, ya sea de cualquier otro tipo.

Ahora bien y como subraya Laclau (1992) el hecho de que lo que aquí se denomina innominación/nominación, y que Laclau simplemente llama nominación, tenga tanta importancia en la constitución histórica del sujeto/objeto conlleva, como el propio ejemplo del VIH/SIDA nos muestra, que los “rasgos descriptivos” de ese fenómeno, de ese sujeto/objeto social “serán fundamentalmente inestables y estarán abiertos a toda clase de rearticulaciones hegemónicas”. Desde este punto de vista “el carácter esencialmente performativo de la nominación es (pues) la precondition para toda hegemonía y toda política”. Es decir, que en función de los conflictos, de las correlaciones de fuerza, de los desarrollos posteriores, el mundo simbólico en el que se inscribe el fenómeno social innominado/nominado será orientado en una dirección u otra, será definido en una dirección u otra muy lejos, por tanto, de la habitual y “naturalista” visión e inscripción fatalista con que se suele abordar el análisis de los fenómenos y de los hechos sociales y abriendo, asimismo, un amplio campo para el desarrollo en las Ciencias Sociales de una actividad crítica sobre los propios cimientos históricos de lo social, del llamado “mundo objetivo”.

De hecho, en la Investigación de Consumo esta operación es clave ya que en el nombre que se le dé a una marca se juega en gran medida el éxito o fracaso inicial de un lanzamiento comercial. Es por ello que una gran parte de la investigación preliminar a un lanzamiento —test de producto, test de concepto, etc.— van orientadas a la producción de esta innominación/nominación del nuevo producto/objeto de consumo, a la elección de un nombre, de una marca.

### 4.2.3. La poliheterotopía

Hasta ahora y desde el punto de vista de las relaciones entre lo cualitativo y lo cuantitativo, las dos operaciones descritas más que inscritas y desarrolladas en una “estructura” y en un “orden” particular previo —evidentemente siempre hay un orden previo pero de tipo más general—, lo que implican precisamente es la posibilidad de creación y desarrollo de una nueva estructura singular; esto es, de un nuevo “orden” parcial relativo al fenómeno social que se está produciendo y construyendo con dichas operaciones. Desde este punto de vista, son operaciones que se inscriben en la pura “cualidad” y se mantienen en el nivel del análisis cualitativo más “salvaje”, es decir, con mayor carga de interpretación.

Desde esta perspectiva, los “observables” ya dados e innominados/nominados y en ausencia de más conocimiento producido sobre los mismos se configuran como “fenómenos” todavía muy gaseosos con muy pocas ligaduras que le confieran y doten de especificaciones y condicionamientos muy concretos —por ejemplo, con una *marca*, con un nombre cualquiera se es todavía muy libre de inscribirlo en “operaciones de marketing” muy distintas—. En este sentido, el grado o instancia de producción del fenómeno se encuentra todavía en una fase muy abierta, en un estado todavía muy gaseoso en el que aún no están fijadas casi ninguna de sus determinaciones de sentido y de significación más concretas —más allá de la fecha y del nombre formal— que pueden reducir la multidimensionalidad del “fenómeno social” y hacer “operacional” nuestro condicionamiento del mismo.

De este modo podríamos decir que, desde el punto de vista de los espacios de configuración en los que cabe inscribir este todavía escaso “nivel de estabilización” de los fenómenos/sujetos/objetos sociales, nos encontramos no sólo en un espacio pre-métrico y pre-extensivo (Petitot, 1990), sino que nos situamos en lo que podemos denominar el *nivel cero* del orden posible. Situación/nivel o espacio de configuración e inscripción del fenómeno que se correspondería, en principio, con el espacio de lo *simbólico* en cuanto multidimensional y que podríamos denominar como *POLI HETERO TOPÍA* en el sentido de que es un espacio abierto compuesto por:

1. Muchos planos cualitativamente multidimensionales (POLI).
2. Heterogéneos y heteróclitos (HETERO) entre sí y en sí mismos —como subrayaba unas páginas atrás A. Ortí— no siendo, por tanto, ni sumables ni inicialmente articulables a este nivel.
3. Siendo tan sólo, y todo lo más, localmente abordables (TOPÍAS/TOPOLOGÍAS).

Asimismo, con este nombre queremos resaltar la situación opuesta de este rellano de la escalera ascendente, de este “espacio” metafórico básico, “local”, “abierto” y muy cercano a lo instituyente, con respecto al otro espacio metafórico, al espacio euclídeo, espacio totalmente instituido y definido como puro espacio “cerrado”, extensivo, unidimensional, cuantitativo, homogéneo y global/universal. En este sentido, la lectura vertical y ascendente del cuadro se puede entender como el conjunto de pasos y de transformaciones que hay que realizar para llegar desde este espacio poliheterotopológico inicial, abierto, cualitativo, heteróclito y heterogéneo (plano de lo *simbólico*, e *instituyente*) hasta el espacio euclídeo final, espacio cuantitativo en el que se pueden inscribir la dimensión cifrable de los fenómenos como espacio de lo instituido.

De esta forma podemos considerar la poliheterotopía como el espacio de la máxima apertura y dimensionalidad, pero en el que ya existe una primera posibilidad de establecimiento posterior de una serie de estructuras y de *órdenes locales*, a partir de las diferentes prácticas y operaciones metodológicas que pueden desarrollarse en este espacio poliheterotopológico y que vamos esquemáticamente a describir en los dos siguientes epígrafes.

El objetivo de estas operaciones es iniciar el *alisamiento, la reducción progresiva* de la multidimensionalidad inicial del fenómeno “observable”. El denominador común de dichas prácticas va a ser, además, el de tratar de realizar una primera “estructuración” de la multiplicidad y heterogeneidad de planos existentes en el citado espacio poliheterotopológico, es decir, la realización de un primer ensayo de estructuración “interna” al fenómeno. En este sentido, podemos considerar que el conjunto de operaciones y prácticas que vamos a denominar *configuración, valoración simbólica y configuración Semantica* son prácticas enteramente cualitativas —en este primer momento— pero que ya se inscriben en el horizonte de lo que tradicionalmente se ha denominado en nuestra cultura, como *cientificidad*. Pues, como dice Gaston Granger (1960), “parecería que una elaboración científica de las nociones cualitativas consiste en el paso de lo a-estructurado a lo estructural, más que a una cuantificación”. Ésto significa precisamente, en nuestro caso, estas prácticas que tratan de configurar —de ahí su nombre— un primer nivel de estructuración en unos fenómenos, hasta ese nivel enteramente abiertos y gaseosos. Operaciones o prácticas que representan, por otro lado, el inicio de la pérdida de la aproximación más puramente cualitativa y abierta que hasta este nivel se había desarrollado, para comenzar a posibilitar una posterior aproximación más sistemática y estructurada en línea con el desarrollo de la “cientificidad” entendida en el sentido más clásico de esta esta expresión. Ya que, como también dice Ibáñez “el tratamiento científico de un campo de objetos supone necesariamente la pérdida de la inmediatez, la integración de la cualidad en una estructura...” (Ibáñez, 1988).

#### 4.2.4. *La configuración simbólica*

En el espacio substrato de la poliheterotopía una de las primeras prácticas/operaciones que conforman un *primer principio de orden y estructura* es la que podemos denominar *configuración simbólica*.

Con este nombre pretendemos designar aquella práctica/operación que realiza una *primera operación de orden* en el seno del caos socio-simbólico en el que se encuentra el “fenómeno social” al llegar a este nivel de su producción. Asimismo es una operación que, al igual que las otras prácticas que estamos describiendo, podemos encontrar tanto en los procesos de producción social más amplia como en el campo más concreto de la investigación/producción social aplicada.

La configuración simbólica consiste básicamente en un *proceso de doble contextualización pragmática*, por tanto, es una operación básicamente de determinación alopoiética, heterónoma, *exterior* al “observable”, como destacaba páginas atrás A. Davila. A la doble luz de la ubicación social de los productores de los discursos o de los fenómenos sociales, en un sentido amplio, y de los objetivos de la investigación que estamos realizando, en un sentido concreto, tratamos de fijar, de establecer analíticamente unos primeros e iniciales ejes de sentidos multidimensionales, que nos permitan una primera e inicial contextualización abierta, y polisémica, del fenómeno producible/observable.

Primeros *ejes* que no van asociados a *ningún tipo de medida* –en el sentido reducido de este término, ya que exige una mínima homogeneización del espacio o substrato de configuración del fenómeno social–. Tan sólo es posible una cierta *ordenación heterogénea y multidimensional* de la inicial apertura cuasi total del fenómeno social que se está produciendo/analizando.

Siguiendo con el ejemplo del VIH/SIDA que estamos utilizando, en cierta medida, como ejemplificador de todo este tipo de procesos y operaciones, la configuración simbólica de esta enfermedad podemos situarla en el conjunto de metáforas de orden moral y maniqueo desarrolladas por la ideología dominante (Sontag, 1988) que tiende a inscribir la enfermedad en un campo de buenos/malos conforme al siguiente esquema bipolar.

|                                    |   |
|------------------------------------|---|
| NOSOTROS                           | ELLOS                                     |
| BUENOS                             | MALOS                                     |
| SANO                               | ENFERMO                                   |
| VIDA                               | MUERTE                                    |
| INDIVIDUO SANO<br>E INTEGRADO      | INDIVIDUO "DESORDENADO"<br>MARGINAL       |
| SOCIEDAD<br>"NORMAL"               | GRUPOS DE "RIESGO"<br>MARGINALES          |
| RELACIONES<br>"SANAS" Y "NORMALES" | PRÁCTICAS<br>"DESVIADAS" Y "NO NATURALES" |
| "MI" ENTORNO COTIDIANO             | "SU" ENTORNO COTIDIANO                    |

Figura 4.3. Pares dicotómicos sobre el SIDA

#### 4.2.5. La valoración simbólica

El siguiente paso en el proceso de reducción de la multi-dimensionalidad del fenómeno "producibile/observable" puede ser denominado *valoración simbólica* en el sentido de que en el contexto previo de los ejes valorativos definidos por la *configuración simbólica* estamos en condiciones de poder tratar de establecer una cierta *jerarquía* y, por tanto, un *rango* entre los mismos.

Esta jerarquía, al igual que en la operación o práctica anterior, se establece de forma exterior al "fenómeno social" –de hecho, la transmisión concreta del VIH, por ejemplo, no tiene científicamente nada que ver con el hecho de ser homosexual como condición perso-

nal-, mediante el establecimiento de forma *intencional* –aunque sobre-condicionados por el doble contexto citado, en nuestro caso del VIH/SIDA por la cultura y la moral más tradicional– del *mayor o menor* grado de importancia de los diferentes *ejes de sentido* construidos en la práctica/operación anterior para la *producción/comprensión* del fenómeno.

En el ejemplo del VIH/SIDA que estamos siguiendo podemos entender cómo la valoración simbólica de la enfermedad y, por tanto, de los procesos discursivos y de las representaciones sociales asociadas a la misma, han venido dadas, lo *cual* es evidente para todos, por la jerarquización de las polaridades realizada con motivo de la *producción científico-mediática* de la enfermedad. Pues dicha producción –c intereses asociados a la misma– ha cargado de positividad –en coherencia con cierta cultura y las valoraciones sociales subyacentes más generales– a la columna de los “buenos” y “sanos” y ha cargado moralmente de negatividad a la columna de los “malos” y “enfermos”. De este modo, el VIH/SIDA y sobre todo sus portadores, estén o no enfermos, han quedado marcados negativamente. Además se ha desarrollado, en paralelo, toda una serie de prejuicios *pseudo-científicos* como la asociación SIDA-contagio-muerte que ha ayudado a generar un *acercamiento* maniqueo a la enfermedad. Por un lado y en términos sociales “son los malos”, la marca es excluyente “hay que excluirlos y encerrarlos”; y, por otra, lo que no es menos importante, negativa en términos de prevención de la salud, ya que esta visión dificulta la adopción de las medidas pertinentes para evitar la transmisión concreta del virus VIH (“a mí no me afecta, tengo una sexualidad *normal*”, se dice).

En este sentido, pues, podemos considerar que esta operación metodológica denominada “valoración simbólica” podría equipararse con la introducción desde fuera, –en el caso del “VIH/SIDA” por los intereses asociados a la producción científico-mediática de la misma–, de una “*perspectiva*” en/sobre el “fenómeno”. “Perspectiva” en el sentido husserliano que en el *Diccionario de las Ciencias Humanas* de Thines y Lampereur (1978) se da a este término: “los múltiples modos intencionales de tener conciencia de un objeto, a los cuales corresponden diferentes modos de certidumbre y positividad”.

#### 4.2.6. La configuración semántica

Las dos operaciones anteriores van reduciendo la multi-dimensionalidad en la que cabe inscribir/comprender el fenómeno social observado, posibilitando dar un paso más en esta lógica de la reducción de la cualidad a la cantidad. Una vez establecidas las jerarquías de valoraciones entre las distintas perspectivas, en el citado sentido de Husserl, con las que nos aproximamos a un fenómeno, se está en condiciones de dar un paso más y poder producir una cierta y relativa *estabilización y estructuración interna* en el mismo.

En esta línea de producción/reducción social de los fenómenos, cuyos procesos en escala “micro” se reproducen en la Investigación Social, se accede a un nivel en el que ya es posible pensar en la producción de esa cierta estructura interna generadora, a su vez, de nuevas dimensiones del fenómeno. El camino para ello “nos lleva a buscar una estructura, unas dimensiones latentes generadoras –en sentido matemático– de los fenómenos” (Ibáñez, 1988). De modo que dicha estructura “nos permita la lineación”, es decir, la descomposición de “las variaciones cualitativas” en “variaciones de intensidad, según las dimensiones principales”, en las que estamos produciendo/abordando el citado fenómeno social –los entrecomillados pertenecen al texto de Ibáñez–. Dicha lineación posibilita, posteriormente, la configuración de los espacios vectoriales (Ibáñez, 1988).

Ahora bien, la “estabilización” de esas estructuras “latentes” y “generadoras” sólo es posible cuando lo que podemos denominar “determinaciones internas” del fenómeno predominan sobre lo que podemos denominar “determinaciones exteriores” al mismo. Situación que se produce sólo cuando en el fenómeno ya se han desarrollado —mediante las anteriores operaciones— unas ciertas *estructuras de orden interno*. La promoción última de dicha estructura “interna” e inicio del proceso de desligamiento de las determinaciones “exteriores” es lo que produce, precisamente, la operación que estamos denominando configuración semántica. Dicha operación consiste básicamente en la producción/ configuración/ reducción del fenómeno social a un espacio o instancia en el que los *contextos exteriores de determinación y configuración* socio-simbólico-discursiva, etc., más generales pasan a segundo plano, frente a la propia *trabazón y articulación interna* de las dimensiones simbólico-discursivas. Lo que a medio plazo abre la vía para el comienzo de la *linealización* del mismo (Ibáñez, 1998) y la posterior *codificación y serialización*.

De esta forma, con la configuración semántica se hace posible dar dos nuevos pasos en el progresivo proceso de reducción de la apertura y multidimensionalidad del “fenómeno social”:

1. La *abstracción del contexto* y, por tanto, la puesta entre paréntesis de las múltiples determinaciones *exteriores*, sociales básicamente, del fenómeno social concreto con el que estamos trabajando. Lo que marca una clara ruptura con las prácticas anteriores en las que primaban las determinaciones “exteriores”.
2. La puesta en marcha —posterior— de las prácticas/operaciones de *homogeneización local* de la heterogeneidad todavía existente en cada una de los citados ejes/dimensiones. Conjunto de prácticas y de nuevas operaciones cuyo resultado, más en lo concreto, va a posibilitar la creación ulterior del espacio de la medida.

I. Stengers y J. Schlanger (1989 y 1993) plantean en esta misma línea de reflexiones, pero en el campo de la Historia de la Química, la existencia de un momento en el desarrollo de esta disciplina como ciencia autónoma similar al descrito por nosotros. Para Stengers y Schlanger la *industrialización* es la *práctica social* que permite, precisamente, a los productos “químicos” *aislarse del contexto* concreto de la producción de los mismos. Con lo que se subraya cómo es precisamente este paso de aislarse del contexto, el que posibilita la gestación de la Química Moderna y la fabricación de productos químicos en serie y homogéneos, sin las heterogeneidades e irregularidades que presentaba la fabricación pre-industrial de los mismos. «¿Qué aprendemos de la Historia de la Química? Ella nos enseña que la transformación de lo que era fundamentalmente una “ciencia de la naturaleza” en una ciencia que ha *encontrado los medios para abstraerse de las circunstancias*» (Stengers y Schlanger, 1989). (Como anécdota curiosa y para descanso del lector, recordaremos que fue Liebig, el de las sopas y caldos de carne actuales, uno de los primeros químicos en realizar esta producción en serie abstraída de las condiciones concretas de la producción artesanal).

La configuración semántica es, pues, *una de las prácticas/operaciones claves* para la configuración interna y para la propia *estabilidad estructural* del fenómeno social; esto es, para la producción de sus primeras “condensaciones significantes” que — de seguir este proceso que estamos describiendo linealmente— podrán finalizar como puro *código signifiicante y unidimensional*, en cuanto paso previo, a su vez, del “recuento” cifrado final, como medida absoluta.

En este mismo sentido, y siguiendo con el ejemplo del “VIH/SIDA” que estamos desartrollando, la configuración semántica *dominante* —no es la única— puede verse en las cadenas



y pares opuestos y significantes ya cristalizados en muchos sectores sociales: bueno/malo, sano/enfermo, sexualidad “normal”/ sexualidad “anormal”, vida/muerte, etc. Frente a dicha configuración semántica dominante y relativamente cristalizada en ciertos sectores sociales hay, por ejemplo, grupos de ONGs y de científicos, especialmente en nuestro país los Comités Anti-SIDA, que tratan de romperla con otros significantes. Nuevas cadenas significantes no son ya ni morales, ni duales ni dicotómicas sino inscritas en otra configuración y valoración simbólica del proceso infeccioso: así se habla del proceso infeccioso, de la enfermedad crónica, del virus de Montaigner, del VIH, de las prácticas de riesgo, de la solidaridad como prevención, de los seropositivos –diferenciándolos de los enfermos de SIDA–, etc.

Conjunto de planteamientos que tratan de posibilitar otra comprensión y otra configuración semántica de la enfermedad para facilitar tanto la prevención y la mejora de la calidad de vida de los portadores, como la misma solidaridad social.

Uno de los resultados más singulares de la configuración semántica es el de *naturalizar* y presentar como algo *dado* y *universal* las estructuras resultantes de esta operación. En efecto, en las operaciones anteriores, la determinación exterior de las mismas aparece clara y, por tanto, parece relativamente fácil de evidenciar y de comprender la posible raíz histórica, social, económica, etc., de dichas operaciones, esto es, su contenido ideológico. Ahora bien, la configuración semántica tiene la propiedad de hacer olvidar, de borrar, el proceso de producción social de la misma. De este modo, la existencia de *estructuras semánticas* ya cristalizadas y articuladas en las que se han quedado subsumidos (y borrados) todos los procesos de producción de las mismas, ayuda a presentar dichas configuraciones, esto es, dichas asociaciones y estructuras, como *cadena naturales y universales* de significantes. Cuando no son más que un proceso social concreto que como tal, admite otro tipo de estructuración semántica, como el actual debate científico está poniendo de manifiesto incluso en el campo de las propias idealidades/abstracciones matemáticas más “puras” (Serres, 1991).

Proceso de naturalización de los resultados de la operación que denominamos *configuración semántica* que, por otro lado y desde nuestro punto de vista, se encuentra como un sedimento en la deriva pansemiólogista de ciertas corrientes de análisis de los discursos (véase cap. *Análisis semiótico del discurso*). Cabe apuntar que la no conciencia de esta práctica/operación parece subyacer, en gran parte y desde nuestro punto de vista, en lo que hemos denominado deriva *extensionista y reproductora* de ciertos análisis cualitativos que se ha realizado a lo largo de la segunda mitad de los años ochenta (F. Conde, 1993). Pues, una parte de dicha investigación “social” se ha orientado a *describir y reproducir* –algo más ordenadamente que el propio discurso social– los tópicos y estereotipos dominantes, presentándolos como “lo que hay”, lo “natural”, sin analizar y sin cuestionar su origen “interesado y mediático”. Por ejemplo, sin poner de manifiesto su propio proceso de construcción genético e histórico; sin resaltar la presencia de otras producciones discursivas al respecto; etc. Y por tanto, ha sido un tipo de investigación que ha ayudado a *codificar y vitrificar* “a-críticamente” ciertas estructuras semánticas, que se habían ido construyendo “interesadamente” desde un punto de vista ideológico en los años inmediatamente anteriores.

### 4.3. Las topologías

Uno de los posibles resultados de las prácticas/operaciones anteriores –Petitot (1977, 1985, y 1992) subraya la dificultad del análisis teórico y de la posible formalización de este paso– es la creación de unos espacios substratos, en los que ya existe la posibilidad *lo-*

cal de desarrollar unas primeras operaciones de medidas intensivas “según las dimensiones principales” que se hayan ido prefigurando en el fenómeno (Ibáñez, 1988; Piaget, 1975). De esta forma puede pensarse que los espacios substratos resultados de las operaciones anteriores pueden ser abordados/descritos a partir de la Topología como lenguaje y formalismo matemático (Petitot, 1977, 1985; Thom, 1991).

En este sentido se entiende por Topología “el estudio de los aspectos cualitativos de las formas espaciales o de las leyes de la conexión, de la posición mutua y del orden de los puntos, rectas, superficies y cuerpos así como de sus puntos o de sus agregados, hecha abstracción de sus relaciones de medida y de magnitud” (Listing, citado en Pot., 1974). O por decirlo de otra forma, “la topología se ocupa de aquellas propiedades de las figuras que permanecen invariantes, cuando dichas figuras son plegadas, dilatadas, contraídas o deformadas de cualquier manera tal que no aparezcan nuevos puntos o se hagan coincidir puntos ya existentes” (Kline, 1992).

Es decir, la Topología es un lenguaje matemático que posibilita tratar y formalizar ciertas dimensiones cualitativas, básicamente relacionales, que configuran los fenómenos sociales en este estadio o instancia de desarrollo de los mismos. Si bien es cierto que con el lenguaje topológico habitual no se pueden describir las dimensiones diacrónicas de los fenómenos, no es menos cierto que es un lenguaje que todavía permite abordar la inscripción de un fenómeno en un contexto mínimo de relaciones que le confieran un cierto sentido.

Esta particularidad de la Topología como lenguaje matemático que permite preservar ciertas dimensiones cualitativas y contextuales en la descripción de los objetos, al mismo tiempo que posibilita su plena formalización, es lo que distingue a la Topología como lenguaje y como espacio substrato, tanto de los espacios poliheterotopológicos anteriores (más puramente cualitativos) y de los espacios euclídeos y métricos posteriores (más puramente cuantitativos). Ya, como subraya Thom (1991), la Topología está a caballo, es un espacio “gozne” entre ambas perspectivas (véase cap. *Análisis de contenido*).

Desde este punto de vista y como se desarrolla en Conde (1987 y 1990), la Topología es un espacio que posibilita —para los fenómenos inscritos en este nivel o instancia— una articulación más directa de las perspectivas cualitativas y cuantitativas y no sólo su uso complementario. Por lo tanto, en la investigación concreta de aquellos fenómenos cuya producción social les haya posibilitado inscribirse en este espacio substrato de las topologías, pueden ser utilizadas, al mismo tiempo y en una relación más directa e isomórfica, tanto ciertas perspectivas cualitativas, principalmente las de carácter semiótico más estructural, como ciertas perspectivas cuantitativas mediante cuestionarios.

#### 4.3.1. La dimensionalización referencial

Esta operación consiste en considerar a la luz y bajo la referencia del eje de sentido que hemos concebido como el más importante y de la estructura semántica más determinante, el resto de dimensiones del fenómeno observable. Por tanto, esta práctica/operación de la dimensionalización referencial produce/reduce el fenómeno social a una única dimensión, que se considera la más importante. De esta forma, el eje de sentido/estructura semántica más determinante y utilizada como referente viene a constituirse como la dimensión en la que se va a poder configurar el *embrión del patrón* de medida del resto de dimensiones del fenómeno.

Esta dimensionalización referencial es habitual en cualquier proceso de producción social de los sujetos/objetos sociales, y en cualquier tipo de análisis simbólico y discursivo, y

ha tenido una especial importancia en los procesos de producción concreta de las *medidas de la sociedad*. Ya que es esta operación la que permite, precisamente, entrar en el terreno concreto de la medida. Por ello, es muy recomendable la lectura de una obra como la de W. Kula, *La Medida y los Hombres* (1980) pues, en ella se analiza todo este proceso general que estamos describiendo pero concretado en el tema de la medida, de tanta importancia en la reflexión epistemológica y metodológica de las Ciencias Sociales (Cicourel, 1982). En este sentido Kula apunta concretamente cómo, y a lo largo de todo un proceso histórico, las medidas *cualitativas* existentes en distintos lugares de Europa fueron sustituidas por la *cantidad de trabajo* que se convirtió así en la dimensión referencial por excelencia para la “medida” de la tierra, por encima de cualquier otra dimensión cualitativa. Asimismo, Kula desarrolla cómo una vez establecida dicha referencia o patrón de medida cuantitativo, todas las otras dimensiones se subsumieron en la anterior, posibilitando así el paso de medidas locales (el pie, el carro, la fanega, etc.) a medidas globales y universales para todo el Occidente europeo: “Por tanto, desde España hasta Rusia, comprobamos la existencia del sistema de medir la tierra por la cantidad de trabajo humano. Las pequeñas diferencias geográficas y cronológicas (campo de cereales o viñedos, arado de bueyes o de caballo, etc.) tienen importancia secundaria. Lo importante es la identidad de la actitud mental, de la relación del hombre con la tierra. *La elección de este principio de medición señala cuál de las numerosas propiedades de la tierra era la más importante para el hombre: en este caso lo más importante era la cantidad de trabajo que debía dedicarse a la tierra para que ésta diera frutos.*”

#### 4.3.2. La estructuración significativa

La posibilidad histórica y, a veces analítica, de articular en torno a una *axialización/estructuración jerarquizada* el resto de dimensiones del fenómeno observado, permite abrir el camino de la transformación de los multidimensionales y heterogéneos espacios en otros tantos espacios locales. Espacios locales más unidimensionales y homogéneos en los que se puede empezar a desarrollar y conformar una primera *estructuración significativa* de los anteriores espacios simbólicos.

En este sentido, la práctica/operación que denominamos estructuración significativa consiste básicamente en la creación de distintos *espacios semánticos* (en este texto consideramos lo simbólico como algo más abierto que lo semántico), de distinto tipo de asociaciones y distinciones entre significantes que posibiliten la construcción de unas ciertas *clases de orden* en función de los ejes inicialmente conformados.

Así, por ejemplo, en muchas investigaciones de mercado el análisis cualitativo acaba por organizar ciertas estructuras significativas para poder caracterizar y categorizar con ellas los productos y/o marcas de las que se hable. Se crea así, y en el campo de los sabores, por ejemplo, los sabores “fuertes” frente a los “suaves”, los “dulces” frente a los “amargos”, etc., posibilitando conformar unas “clases de orden” entre los productos y/o marcas que se estén investigando: los productos más “fuertes”, los “intermedios”, los más cercanos a los “suaves”, los “suaves”, etc.

De este modo, con la práctica u operación que denominamos estructuración significativa se pueden construir unas *clases de orden en torno al conjunto de atractores semánticos* de cada espacio discursivo. Lo que posibilita estructurar y encuadrar al fenómeno producido/estudiado en la rejilla concreta de dichas clases de orden construídas. Clases de

orden lógicamente “jerarquizadas” y que, entrando en la cuestión de la medida, posibilitan la aplicación de un primer nivel de medida *intensiva* como pueda ser la medida nominal.

#### 4.4. El espacio euclídeo: el espacio plano y homogéneo de las cifras

La realización del conjunto de procesos y prácticas sociales de investigación que estamos describiendo, ha posibilitado ir produciendo los fenómenos sociales al mismo tiempo que se iba reduciendo su dimensionalidad. Así, de los espacios abiertos iniciales –(temporalización e innominación/nominación– dónde sólo era posible la pura perspectiva cualitativa, se pudo saltar a los espacios poliheterotopológicos dónde seguía vigente la aproximación “cualitativa” y de éstos últimos a los topológicos que acabamos de describir y que ya posibilitaban el uso de ambas perspectivas. Pues bien, una vez realizadas en el seno de estos espacios topológicos las operaciones de dimensionalización referencial y de estructuración significativa, se está en condiciones de poder dar un paso más y conformar/producir/inscribir los fenómenos en el último rellano de la escalera que estamos describiendo, en el espacio euclídeo –véase capítulo 1–, que es precisamente el espacio substrato dónde se inscriben el conjunto de prácticas y técnicas asociadas a la perspectiva cuantitativa en las Ciencias Sociales.

Desde el punto de vista histórico-social más general y en el contexto del Occidente europeo el proceso de producción del espacio euclídeo y de las *medidas métricas universales* asociadas al mismo recorrió un largo camino desde la aceptación del vacío y del cero –proveniente de la cultura árabe– en los siglos XII-XIV hasta llegar a la *Revolución Francesa*, pasando por las distintas fases que esquemáticamente se describieron en el citado capítulo. Tras diversos y fallidos intentos de establecer unas medidas universales, globales, *convencionales* que sustituyesen a las diversas medidas locales, el decreto del 18 Germinal del tercer año republicano (es decir, el 17 de abril de 1795) impulsado por las fuerzas burguesas y progresistas de la época (Morcau, 1975) aprobó definitivamente el Sistema métrico decimal que conocemos y seguimos utilizando en nuestros días. Y fue precisamente a raíz de dicho decreto, y en paralelo al proceso de universalización de la burguesía, y de ciertas pautas de la Revolución Francesa como dicho sistema métrico se fue extendiendo por una gran parte del Occidente europeo hasta llegar a nuestro país, donde se admitió con fecha del 1 de Enero de 1871. Desde el punto de vista más concreto de los procesos y prácticas de la Investigación Social, el paso previo a la posible producción/inscripción del fenómeno social que se está investigando en el espacio euclídeo es su estabilización en un espacio topológico. En efecto, la conformación de una *estructura significativa* en base a la creación de una clasificación ordenada y jerarquizada de atractores semánticos posibilita definir un espacio *local* donde es posible establecer una *medida nominal*. Pues bien, una vez establecido el espacio localmente homogéneo, el paso/salto siguiente es la construcción de un espacio no ya local sino globalmente homogéneo y unidimensional. Lo que no significa más que la “generalización” a un global uniforme de lo que antes era sólo local.

Hay muchos autores que cuestionan la posibilidad y la pertinencia de este proceso de reducción de muchos fenómenos sociales a una única dimensión (Cicourel, 1982; Ibáñez, 1985 y 1988; Piaget, 1975), pues consideran que lo social, al ser cuanto menos lenguaje y al ser éste algo polisémico por su propia naturaleza, no permite el desarrollo de todos los requisitos de unidimensionalidad y univocidad que exige el paso a una única dimensión. (A este respecto resulta muy interesante la lectura de Cicourel, 1982).

Ahora bien, debemos mirar más allá de la pertinencia metodológica profunda de esta operación de reducción de la multidimensionalidad de un fenómeno social a una única dimensión (¿las actitudes son unidimensionales?, ¿son mera suma de factores aislados y aislables?), la cual nos debe llevar a mantener una actitud de profunda prudencia metodológica. Prudencia necesaria para no forzar el ámbito de aplicación y la pertinencia de cada metodología y técnica de investigación. Lo cierto es que, como desarrollan también estos mismos autores, de la misma forma que hay objetivos de investigación que requieren del uso de la perspectiva cualitativa hablando en la más estricta puridad, también hay muchas otras dimensiones y objetivos concretos de la investigación que exigen y requieren de la perspectiva cuantitativa en general así como de la cuantificación precisa, más en lo particular. Cuestión que hace necesario conocer los procesos metodológicos y técnicos que se inscriben en dicha perspectiva.

Volviendo de nuevo, pues, a la escalera tenemos que una vez realizadas las operaciones de reducción/homogeneización a unos espacios topológicos, locales, se trata, a partir de ahora y mediante las operaciones que se describen en las páginas siguientes, de pasar/ampliar estos espacios locales a unos espacios *globales*. Espacios globales, *abstractos y formales*, definidos precisamente por la principal dimensión resultante de todo el anterior proceso de reducción/depuración. Lo que permite el desarrollo no ya de unos *ejes/estructuras* de sentido, sino el de unos *vectores* que incorporan ya una posible *medida*.

Ahora bien, el hecho de que algunos fenómenos y/o dimensiones sociales puedan llegar a inscribirse en el espacio euclídeo no significa que admitan cualquier tipo de medida, como se tiende a realizar habitualmente sin ningún tipo de reserva metodológica. Como muy bien han desarrollado Cicourel, Piaget y entre nosotros Ibáñez, en el espacio de la medida no todas son absolutas, no todas conllevan la precisión y el ciframiento máximo, sino que por el contrario hay muchos tipos de medidas diferentes en el seno del mismo espacio euclídeo. Medidas que van asociadas, como veremos en las páginas siguientes, a distintos tipos de métodos y técnicas cuantitativas.

De este modo y para realizar un uso más adecuado de las medidas en la perspectiva cuantitativa conviene diferenciar entre las *intensivas* y *extensivas*, y entre *las extensivas no métricas* y *las métricas*. Como dice Ibáñez (1988) siguiendo a Piaget (1975): "cuando de la extensión sabemos sólo que el todo es mayor que una parte, tenemos una cantidad intensiva. Cuando de la extensión sabemos –también– si una parte es mayor o menor que otra parte, tenemos una cantidad extensiva: *no métrica*, si no sabemos cuánto mayor; *métrica* si sabemos cuánto mayor." De esta forma y respetando los dominios de aplicación de cada tipo de "nivel de medida", para finalizar este capítulo, vamos a tratar de marcar en el seno del espacio euclídeo el conjunto de prácticas y operaciones pertinentes en cada nivel de medida.

#### 4.4.1. *La denominación/denotación*

La primera práctica/operación epistemológica que se puede desarrollar en este nuevo nivel del espacio euclídeo, podemos definirla como la *denominación/denotación*, operación que consiste en *cerrar y en hacer* (en "teoría") totalmente *unívoco* el posible campo de la pluralidad de los sentidos, de la polisemia habitual de cualquier término, de cualquier atractor semántico.

Esta operación de *denominación/denotación* posibilita establecer una cierta correspondencia biunívoca, elemento a elemento, entre cada uno de los términos utilizados y cada una

de las dimensiones ya “reducidas” del fenómeno “observable” y entre estas, a su vez, y los números. Operación, además, de denominación/denotación y establecimiento de la correspondencia biunívoca entre la palabra, lo denominado y el número, que posibilita pasar/saltar del dominio de las relaciones de orden y de las topologías, en las que el fenómeno estaba inscrito en los anteriores niveles, a los *números cardinales*; y, por tanto, hace viable el “recuento” y el “ciframiento” de las distintas dimensiones del fenómeno. Como nos recuerda Ibrah (1987), es la citada operación de establecer una *correspondencia biunívoca* la que constituye el número cardinal.

La práctica de la denominación/denotación permite realizar una primera operación de *clasificación extensiva no métrica* con el establecimiento consiguiente de un primer nivel de medida *ordinal*. Así en las investigaciones cuantitativas los modelos nominales construidos a través de los llamados *Análisis No Métricos o de Escalamiento Multidimensional* (Kruskal y Shepard, 1983) pueden interpretarse como técnicas particulares que posibilitan el paso de lo *nominal* a lo *ordinal* (ver cap. *Análisis de contenido*). Por tanto, son técnicas que permiten restringir y precisar el nivel de medición del fenómeno observable. Desde este punto de vista, pues, podemos observar una vez más cómo los dispositivos metodológicos y técnicos de la Investigación Social son prácticas de reducción de la dimensionalidad de los fenómenos y en el caso más concreto de las técnicas de los llamados *Análisis de datos* como prácticas que entrañan una mayor restricción/precisión en los niveles de medida.

#### 4.4.2. La distribución extensiva

Con esta nueva práctica nos referimos a la operación que consiste en *distribuir* y localizar espacialmente a lo largo y ancho del espacio de la *representación* anteriormente creado, es decir, *del espacio euclídeo, el conjunto de “términos”, “significantes” o “denominaciones/denotaciones”* transformados ya en “*variables*” e introducidos en los cuestionarios de las investigaciones cuantitativas.

Dicha localización posibilita un nivel de *medición extensiva no métrica* y relaciona unos campos de variables con otras a través, precisamente, de su distribución espacial extensiva y no métrica, es decir, de una distribución en la que lo importante es la relación de orden ( $A > B > C > \dots$ ), la distancia relativa entre unos espacios con otros y no la precisión, la exactitud de esta distancia.

Desde este punto de vista, los modelos de representación formal, relacional y gráfica desarrollados a partir de los llamados *Análisis de Correspondencias* (Benzecri, 1982) se situarían de una forma más pertinente en este nivel de la medición. Asimismo, la obra de P. Bourdieu *La Distinción* (1988) puede interpretarse en esta misma línea, ya que su base metodológica y técnica es precisamente la utilización masiva del *Análisis de Correspondencias*, el cual le permite construir, precisamente, el sistema que Bourdieu denomina de “*distinciones*” y que nosotros hemos denominado más humildemente de “*distribuciones extensivas*”.

#### 4.4.3. La escalación

La escalación significa un nuevo paso hacia la medida cifrada ya que permite crear una *unidad de medida* y, en ese sentido, dar un paso más en la extensividad métrica y en el ciframiento.

Ahora bien, crear esta *unidad de medida* en los fenómenos sociales habitualmente sólo es posible *forzando* en muchas ocasiones el sentido y las características de los mismos. Pese a toda la retórica de cientificidad con que se suelen arropar casi todas las prácticas cuantitativas inscritas, en este nivel se está, sin embargo, muy lejos de la citada cientificidad, incluso de la propia cientificidad “positiva”. Por ejemplo, las técnicas denominadas *análisis factoriales* suelen caer, desde nuestro punto de vista (Conde, 1987), en este peligro de retórica excesivamente cientifista para poder realizar una creación forzada, en bastantes casos, de *unidades de medida, de escalas* en los distintos fenómenos sociales que pretenden “medir”. El Análisis Factorial, como dice Ibáñez (1988), “se pasa en su afán metrificador”. A este respecto y como análisis desvelador de este usual forzamiento de la operación de medida asociada al uso del Análisis Factorial, resulta muy interesante la obra de MacKenzie (1990) acerca de cómo Pearson desarrolla su célebre coeficiente de correlación para variables nominales.

En efecto, analiza MacKenzie cómo, en la época de Pearson, mientras desde el punto de vista teórico, formal, del desarrollo matemático, se tenía resuelto el problema del estudio de los coeficientes de correlación para las variables escalares, desde el punto de vista de la investigación social concreta, por el contrario, la mayoría de las variables operativas con las que se contaba eran tan “sólo” variables nominales que, por lo tanto, no alcanzaban el nivel de medida escalar. Pues bien, en este contexto, el citado autor describe cómo Pearson, para poder resolver este problema y forzar el análisis de correlación a las variables nominales, recurre a la hipótesis sin ningún fundamento –según le reprocharon muchos de los estadísticos de su época y como el propio Pearson era consciente–, de que las variables nominales no eran más que la expresión superficial de unas variables latentes de tipo escalar, “que las variables nominales no eran más que la expresión superficial de unas variables de intervalo más profundas” (MacKenzie, 1990), lo cual permitió desarrollar los coeficientes de correlación para las variables nominales.

De este modo, Pearson no sólo fuerza una operación de medida, un lenguaje y formalismo matemático acudiendo a un principio “exterior” al mismo –lo cual es la antítesis de lo que es un lenguaje matemático–, sino que *invierte* –como en su día la creación del vacío y del cero invirtió las relaciones entre las perspectivas cualitativas y cuantitativas– el orden lógico y ontológico de las medidas, transformando la escala y el nivel de medida escalar que es *posterior* a la medida *nominal* en algo *anterior* y *subyacente* a la misma. Ahora bien, más allá de esta inversión lógica censurada por los matemáticos de la época, debido a que lo que estaba en juego con la creación de los coeficientes de correlación no era un problema matemático sino un problema de adopción de “medidas sociales”, la forzada y reductora hipótesis de Pearson se aceptó y, todavía hoy, la utilizamos. Este ejemplo viene a mostrar, una vez más, que en la realización de los distintos saltos “formales” entre los escalones de la escalera es clave la mediación de los poderes sociales. En este sentido cada salto, en lo fundamental, lleva la marca no sólo de la cultura y del lenguaje formal de su época sino también de los poderes y fuerzas sociales básicas de la misma, lo que presupone la referencia final, desde el punto de vista epistemológico, al propio momento instituyente (e ideológico) inicial (la demanda de un poder) que abre el propio proceso de Investigación Social.

#### 4.4.4. *El recuento*

Es la última operación de medida que permite la plena precisión y ciframiento de lo “contado” –más allá de la “relevancia” de lo que se cuenta– y que consiste en situar un

origen *absoluto* para las escalas de medida. Desde este punto de vista, si difícil es establecer una escala y una unidad de medida en los fenómenos sociales, mucho más lo es establecer un *origen absoluto* para la medición de los mismos. Sin embargo, y como vemos habitualmente, la posible científicidad de las Ciencias Sociales se hace reductoramente equiparable, en bastantes casos, con la posible adopción de “mediciones” a este nivel.

De esta forma, y para finalizar este capítulo, sólo cabe subrayar que la clave de una adecuada perspectiva metodológica en la Investigación Social consiste en el conocimiento realista y pragmático de los campos de pertinencia y de los límites de aplicación de cada aproximación teórica, metodológica, práctica y técnica. Prudente realismo necesario para que no se extralimite y se fuerce –este es, muchas veces, el verdadero problema del “cuantitativismo” más exacerbado– el ámbito de aplicación y pertinencia de cada perspectiva. De este modo, y desde la perspectiva que hemos tratado pobre y reductoramente de enunciar, la contraposición dicotomizada entre lo “cualitativo” y lo “cuantitativo” carece de pertinencia ya que a) la dicotomía no es tal y b) el conjunto plural de instancias “más o menos” cualitativas, “más o menos” cuantitativas que hemos descrito constituyen otras tantas líneas de aproximación complementaria “por insuficiencia”, como resaltaba A. Ortí en el capítulo anterior, a la realidad social. Por ello, la comprensión de sus características respectivas y de sus ámbitos de polarización/pertinencia es la mejor garantía de un buen “saber hacer” en la investigación. Y, por tanto, finalmente, la utilización más rigurosa tanto del conjunto de lenguajes formales y de técnicas inscritas en la perspectiva cuantitativa como del conjunto de prácticas –formales o no– y de técnicas inscritas en la perspectiva cualitativa es lo que posibilita, desde el punto de vista metodológico, el mayor desarrollo de la Investigación Social.



## CAPÍTULO 5

### METODOLOGÍA, CONTEXTO Y REFLEXIVIDAD. UNA PERSPECTIVA CONSTRUCTIVISTA Y CONTEXTUALISTA SOBRE LA RELACIÓN CUALITATIVO-CUANTITATIVO EN LA INVESTIGACIÓN SOCIAL<sup>1</sup>

Francisco Noya Miranda<sup>2</sup>

*Stehen, im Schatten/ des Wundenmals in der Luft./ Für-nie-  
mand-und-nichts-  
Stehen./ Unerkannt./ für dich allein.  
Mit allem, was darin Raum hat./ auch ohne/ Sprache.  
(De pie, a la sombra/ de la cicatriz en el aire. No-estar-ni-por-  
nada-ni-por-nadie. Desapercibido./ solamente/ por tí. Con todo lo  
que cabe en ello./ sin lenguaje/ también.)*

Paul Celan

#### 5.1. Introducción: sujeto, objeto y contexto

Idealmente la investigación social cualitativa se distingue de la cuantitativa por la reflexividad, que se manifestaría en dos niveles, en su objeto y en su método:

1. La ISCUAL<sup>3</sup> aborda el estudio de la construcción social de la realidad elaborada por los individuos en sus actos de habla (individuales y colectivos): dada la reflexividad consustancial a las prácticas discursivas, la ISCUAL –más o menos explícitamente– hace de ella su vía de acceso al objeto de su análisis.
2. La ISCUAL es, además, metodológicamente reflexiva: el punto arquimédico de la justificación de la ISCUAL es el principio de inclusión del observador en la observación, la conciencia de que lo observado lo construye un observador– una especie de principio de indeterminación, tal como lo exponen algunos ISCUALOS<sup>4</sup>.

En la conjunción de estos dos fenómenos –lo que Giddens ha llamado la doble hermenéutica– radica la potencia explicativa de la ISCUAL.

Ahora bien, el autor piensa que hay un tercer foco de reflexividad, tanto o más importante que los anteriores, que se le ha venido hurtando sistemáticamente a la ISCUAL: la reflexividad del contexto. ¿Qué quiere decir esto y qué relación guarda con la reflexividad del “objeto” y del “sujeto”?

Los actores dan sentido a sus acciones *ex ante* o *ex post* en situaciones y contextos concretos, y los ISCUALOS reconstruyen ese sentido en las categorías de los actores en situaciones y contextos igualmente concretos (nunca coincidentes con los anteriores: en un grupo de discusión, por ejemplo, no se pretende reproducir experimentalmente una situación vivida por los actores).

Es decir, en la metodología de la ISCUAL la visión convencional hace de la reflexividad una camisa de fuerza del contexto. Al descifrar la acción a través del discurso, puesto que la acción es siempre reflexiva, el contexto viene elaborado y dado en ella y se desplegará en el discurso automáticamente, como subproducto de la reflexividad. Si hay un residuo del contexto no destilado en el sentido de la acción, se ignora. Lo anterior ocurre bajo dos modalidades: o bien se supone que el discurso desciende y se hace carne en el sujeto convirtiéndolo en mero soporte –o, en realidad, ventrilocuo– sin ninguna especificación del “contexto de descubrimiento” del discurso (“perspectiva estructural”)<sup>5</sup>, o bien, si se considera el contexto, se hace viéndolo como mera “situación”, como variable perteneciente al nivel más “micro” de la acción o la interacción –noción de “indexicalidad” de la “sociología sin sociedad” en la etnometodología.

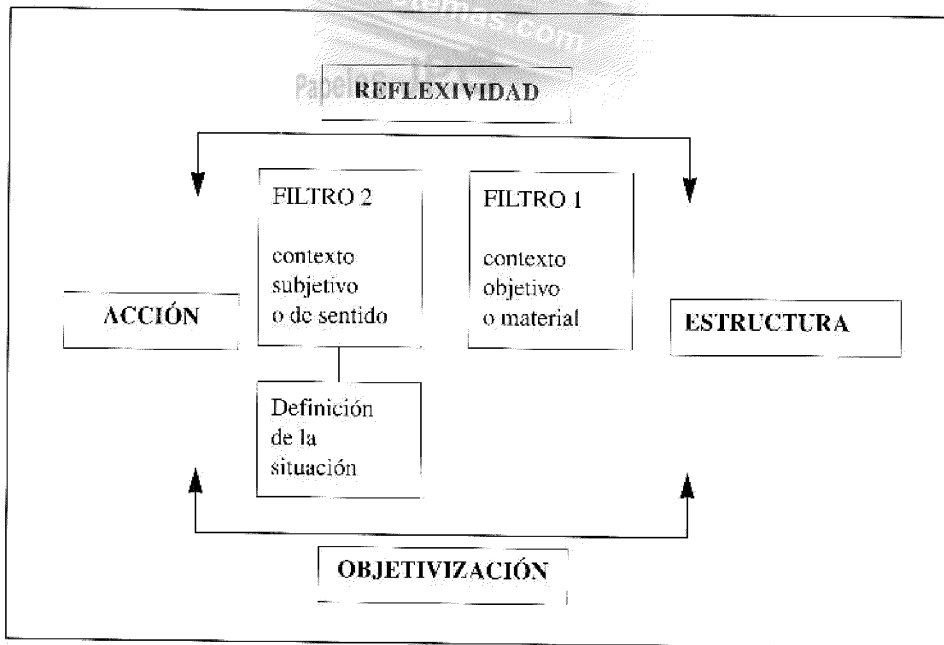


Figura 5.1. Relación reflexividad-contexto

Sin embargo —esta es la tesis que se defenderá— la anterior “hipótesis nula” es un supuesto epistemológico y metodológico que no siempre se sostiene. Desde muy diversos enfoques de la filosofía de las ciencias sociales se viene subrayando la necesidad de analizar la relación reflexividad-contexto en términos de mayor simetría<sup>6</sup>. En el siguiente apartado de este texto discutiremos algunos de estos enfoques. En la tercera parte, para compensar la infraespecificación cualitativa del contexto, revisaremos muy someramente los modelos de análisis social cuantitativo (ISCUAN) que recientemente han empezado a ahondar expresa e intensivamente en el entendimiento de la intrínseca contextualidad de lo social. Veremos qué tipos de contextos identifican los ISCUANOS y cómo los estudian. En la cuarta parte presentaremos los argumentos de algunos ISCUALOS que incorporan la reflexividad contextual a sus análisis del sentido de la acción social. En la quinta y última parte, cerrarán el capítulo unas pocas —y provisionales— sugerencias sobre cómo se puede intensificar la captación cualitativa de la contextualidad. El modesto mensaje final se puede adelantar ya ahora: hay terceras vías metodológicas y técnicas entre el “contexto sin reflexividad” de la ISCUAN y la “reflexividad sin contexto” de la ISCUAL; hay que estudiarlas y desarrollarlas.

## 5.2. Filosofía y metodología de la reflexividad y el contexto

En la fenomenología social de Schütz encontramos el momento si no inicial, sí, cuando menos, más radical de fundamentación de lo contextual-social. A esta premisa obedece la idea de los ámbitos finitos de sentido, que Schütz reelabora sociológicamente a partir de la hipótesis psicológica de las realidades múltiples o universos múltiples de realidad de W. James.

En cada parcela de realidad se vertebra un estilo cognoscitivo propio con rasgos peculiares de sociabilidad, perspectiva temporal, percepción del yo, epojé o suspensión de la duda, etc. La idea que queremos subrayar aquí es la de “finitud”:

...ámbitos finitos de sentido... Esta finitud significa que no hay posibilidad de referir ninguno de estos ámbitos a otro introduciendo una fórmula de transformación (Schütz, 1974: 217).

Lo anterior significa que la reflexividad como forma de conocimiento —distinta, opuesta incluso a la del hábito— es únicamente un ámbito finito más, un “contexto”, y que en ningún modo puede arrogarse en esa fórmula de conmensurabilización y transformación que sería puente entre finitudes. La reflexividad no escapa al torbellino de la contextualidad del sentido.

Los límites de la reducción reflexiva de la contextualidad son consustanciales a la misma posibilidad de la acción.

Desde el paradigma individualista de raigambre interaccionista simbólica Lamo de Espinosa ha sentado los fundamentos del incardinamiento sentido-contexto-reflexividad en un modelo de “doble emergencia” de la realidad social:

1. La situación objetiva nunca coincide totalmente con el sentido que dan los actores a la situación.
2. La acción no está totalmente determinada por la situación objetiva: el sentido que den los actores a ésta es decisivo.

Para este autor el hecho de que las consecuencias no queridas de la acción sean ínsitas a la realidad social demuestra que no se pueden superponer la situación y la definición que de la situación hacen los actores. Esta “resistencia práctica” de la realidad da pie a su crítica del subjetivismo de la sociología comprensiva:

Una concepción sociológica de la realidad social entiende ésta como resultante, consciente o no, de la acción, de modo que la definición de la situación no puede identificarse nunca con la situación. Esta es siempre algo más y algo menos que aquéllas. Es algo más porque los actores perciben las situaciones selectivamente y porque las consecuencias de sus acciones forman parte de la situación objetiva; y es algo menos porque sólo los actores otorgan sentido a la situación y sin ese sentido, transcendente a la situación misma, éste no llega a constituirse. Por ello, la definición de la situación es parte de la situación, y parte constitutiva, pero no la agota. Y por ello, la situación es sólo parcialmente subsumida en la definición de la situación (Lamo de Espinosa, 1990: 63).

La reflexividad de los actores sobre el sentido de su acción será siempre incompleta y el residuo no destilado es la heterogonía de los fines. La situación o el contexto objetivo es el contexto subjetivo o “agónico” –lucha por controlar el alcance de la propia acción– más ese residuo heterogónico. Lamo de Espinosa ve en esa indisoluble dualidad del sentido la génesis de una espiral infinita de situación-sentido-reflexividad (véase Figura 5.2).

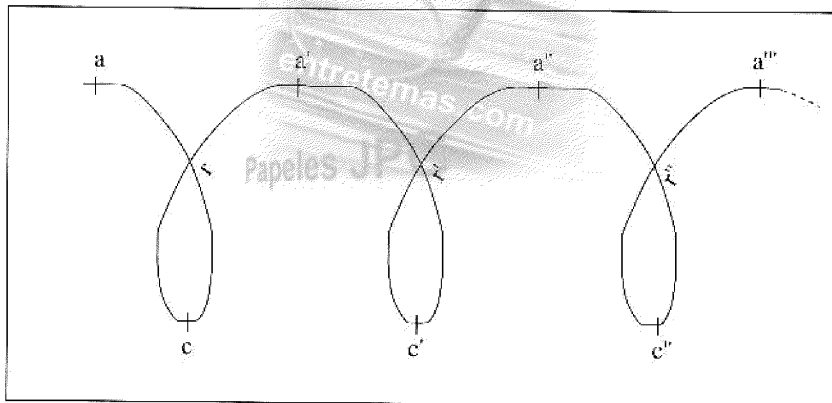


Figura 5.2. Espiral de situación, sentido y reflexividad

Las consecuencias de una acción, que está orientada en un sentido dentro de un contexto, producen una nueva situación. La reflexividad sobre la vertiente heterogónica de esa acción se convertirá en *input* en el sentido de las acciones posteriores, y así sucesivamente. La interacción con otros actores y otros sentidos sujetos a este mismo proceso amplificará la “agonía” y la “heterogonía” de la acción<sup>7</sup>. Consecuentemente:

1. El sentido lleva incorporado siempre un contexto.
2. La temporalidad, la historicidad, el bagaje previo de sentidos y consecuencias no deseadas, son rasgo esencial de la acción.

La reflexividad se recrea, se destruye y se reconstruye siempre en contextos: *tertium non datur* de la reflexividad.

A una perspectiva homóloga se llega desde la etnometodología institucional. Cicourel ha llevado el contextualismo metodológico al análisis de conversaciones y prácticas discursivas para reconstruir la sociología-sin-sociedad de la etnometodología. El contexto es en palabras de Cicourel el

conjunto de constreñimientos culturales y organizativos, expectativas normativas y condiciones inmediatas que rodean a los actos locales de habla en su desenvolvimiento (Cicourel, 1987: 225).

En las interacciones sociales se interpenetran multitud de contextos comunicativos que hay que identificar convenientemente para entender el desarrollo y los resultados de la interacción. La inmersión en la contextualidad hace que la reflexividad del actor sea siempre incompleta. A partir únicamente de la competencia reflexiva del actor no se llegará a elaborar un modelo parsimonioso\* de los efectos contextuales que dan forma a la acción. Ello hace que el investigador se vea confrontado con un inexcusable *regressum ad infinitum*: nunca se podrá tener un modelo comprensivo válido porque siempre se encontrará algún elemento significativo. A conclusiones igualmente desalentadoras llegará también otro reconstructor contextual de la etnometodología, Schegloff, que bautiza ese círculo vicioso con el nombre de problema de la descripción múltiple. Para este autor la solución obliga a combinar el lenguaje natural del actor con los términos teóricos del investigador.

El enfoque que más atención ha prestado a la reflexividad contextual o local de lo social es el situacionismo metodológico, desarrollado en el ámbito de la sociología del conocimiento y de la ciencia.

La perspectiva es pragmática y constructivista: fija su atención en las prácticas, y en el conocimiento producido por decisiones y prácticas en contextos y bajo contingencias concretas.

La chispa inicial salta de lo chirriante del hiato entre la ciencia ideal u oficial y la ciencia realmente practicada en los laboratorios. En la pretensión de universalismo y racionalidad del saber científico en realidad se sublima la realidad mecánica, indexical y local de los descubrimientos científicos. Se oculta su génesis particularista, en contextos, intereses y momentos determinados, ligada a unos conocimientos o unas habilidades prácticas locales, a veces incluso personales y no reproducibles (Knorr-Cetina, 1981). Rutinas, hábitos, distribuciones espaciales, contingencias varias, estructuran la práctica científica en su crisol natural: el laboratorio. Nada en la ciencia escapa a esa pregnante y viscosa determinación del contexto:

La investigación en las ciencias naturales y tecnológicas no se puede partir en una sección que está abierta a las influencias contextuales y a las selecciones situacionalmente contingentes (...) y en otra consistente en la ejecución interna, objetiva y estandarizada de las pesquisas necesarias. Desde el momento en que las decisiones se dan en todo el proceso de experimentación, no hay un núcleo de investigación que, ni siquiera en principio, se mantenga incólume respecto a las circunstancias de producción (Knorr-Cetina, 1981: 40).

El dualismo está servido: la reflexividad habita el contexto de justificación en forma de pretensión de racionalidad, formalismo y universalismo; el contexto de descubrimiento

se revela como *locus practicus* irreductible a esa lógica reflexiva. Es la pregnancia del contexto la que fuerza a la reflexividad al “maquillaje” de la facticidad local y a su transmutación en “sano” y creíble universalismo<sup>9</sup>.

A la búsqueda de soluciones del dilema micro-macro, Knorr-Cetina ha propuesto una forma de trasladar y generalizar el constructivismo desde el laboratorio científico a la realidad social en general.

La reflexividad del actor sobre el contexto de su acción se basa en la tipificación o “representación” (Knorr-Cetina (1988)), es decir, en la descontextualización. Para dar sentido a sus acciones en los contextos en los que estas tienen lugar, los actores recurren a esquemas y tipificaciones bajo las que subsumen distintos azares y contingencias; en un segundo momento esas representaciones se alienan, toman vida propia, y se aparecen ante los sujetos como realidades “macro” o “estructuras” por encima de su contexto “micro”. Esta es la génesis contextual de lo macro. El estudio de la realidad social debe contar con ello: hay que ir siempre a los orígenes locales de las macro-representaciones.

Mouzelis ha apuntado una crítica interesante al respecto de esta traducción contextual. No todas las situaciones o contextos que son relevantes para la explicación de una acción son “micro”. La distribución de recursos de poder hace de algunas interacciones hechos intrínsecamente macro: tal sería el caso de los encuentros entre individuos de grupos económica, política o culturalmente dominantes, desde el momento en que las consecuencias de sus micro-interacciones tienen repercusiones amplias sobre toda la sociedad. Pero, en cualquier caso, la idea de la constitución contextual de la realidad social queda inalterada: como ha visto Cicourel (1989) incluso esos macro-micro-encuentros presentan facetas que se prestan a una explicación basada en efectos de contexto.

En un último paso<sup>10</sup> la contextualidad puede acabar por absorber y disolver la hipotética ilustración reflexiva que la sociología pretende aportar a la sociedad. A esta conclusión nihilista llega Latour, que radicaliza el marco constructivista en el que se mueve Knorr-Cetina.

El argumento de Latour toma como *parti pris* una definición pragmatista de lo que es una explicación. Una explicación es una medida de distanciamiento, de la distancia que media entre contextos. Cuando se está inmerso en un contexto el conocimiento tácito o el saber práctico son suficientes. Una explicación es una regla, una regularidad o una ley que permite al agente anticipar consecuencias de una acción en un contexto del que se está distante, pero que se aspira a controlar o manipular. Si aumenta la distancia y el número de contextos que se espera conocer y dirigir a distancia, aumentará el número de intermediaciones legaliformes entre el agente y los contextos. Tal complejidad sólo se podrá destilar en “centros de cálculo” especializados en los que se tejen distintas redes de leyes –las distintas disciplinas científicas. La sociología es una de ellas y, por lo tanto, es una forma más de actuar a distancia. Es un centro de cálculo que compite con otros –la economía, la psicología, etc.– por el dominio de todos los contextos posibles. La contextualidad última de la realidad social hace que la “reflexividad” sociológica se revele así como una mera astucia de la razón, como una estrategia de autojustificación sin mayor legitimidad que la de cualquier otra disciplina (isomorfa con la “eficacia” de la economía):

Los factores sociales siguen ahí, pero son una de las cosas que hay que estudiar, no elementos que nos sirvan para explicar (...) En otras palabras, las ciencias sociales son parte del problema, no de la solución (Latour, 1988: 161).

### 5.3. El análisis de contextos en la ISCUAN

*El problema de la identificación del nivel de análisis es el problema central de la sociología. (Coleman, 1986: 347).*

Esta sentencia resume fielmente el grado de importancia que dan los ISCUANOS a la variable contextual.

Como se puede ver en el esquema del cuadro adjunto el contextualismo ha tenido gran acogida en formas muy diversas en la metodología de variables. En algunos de los enfoques teóricos la operacionalización cuantitativo-estadística es todavía incipiente (pensemos en los modelos individualistas de la *rational choice*<sup>11</sup>); en otros ya está muy consolidada. De hecho, entre los logros de la investigación social de variables hay que contar como dos de los más prometedores y fructíferos la identificación, modelización y medición de efectos contextuales y el análisis multi-nivel<sup>12</sup>.

En ambos casos la clave está en la explicación de variables dependientes pertenecientes al nivel del individuo a partir de combinaciones de variables independientes en el nivel individual y en el de grupo. Estadísticamente la ecuación se resuelve en forma de regresiones múltiples con distintas soluciones técnico-estadísticas para los problemas de colinealidad y de nivel de medición de las variables dependientes e independiente (modelos de mínimos cuadrados, modelos lineales jerárquicos, logit, etc.).

Se habla de análisis contextual o inferencia ecológica cuando el grupo se da en la realidad de manera internamente desestructurada, no organizada en niveles jerárquicos y, por lo tanto, con solapamiento de distintos niveles —por ejemplo, un área residencial en una ciudad. Cuando los datos de grupo están dados en una estructura jerárquica —por ejemplo, la cadena escuela/clase en la que estudia un alumno— estamos ante un análisis multinivel<sup>13</sup>.

Pero, independientemente de cuales sean las manifestaciones “técnicas”, ¿cómo llegan los ISCUANOS al contextualismo metodológico?

Las raíces están ya en Durkheim y sus explicaciones del suicidio. Otro hito ya clásico lo constituye la obra de Lipset y Coleman sobre los factores determinantes del activismo sindical en las empresas.

La revitalización actual de estas formas de contextualismo cuantitativo-estadístico, a buen seguro, tiene que ver con la situación presente de bloqueo metodológico debido al peso psicológico de las espadas de Damocles de los binomios macro/micro y estructura/acción, que atenazan cualquier explicación mínimamente ambiciosa de la realidad social. La virtualidad de esta metodología es la de poder deshacer y expectorar ese insidioso nudo gordiano de la garganta del investigador en una dirección, además, empíricamente verificable.

Pongamos un brevísimo ejemplo. Los estudios sobre la desigualdad y la movilidad sociales entran en un túnel de espera teórica e hipertrofia técnico-estadística a raíz del descrédito tanto del estructuralismo como del individualismo metodológico “puros”. La salida empieza a vislumbrarse gracias al desarrollo de modelos en los que se denuncia la *misplaced concreteness* (concreción fuera de lugar) de los enfoques anteriores: el nivel correcto de análisis para fenómenos como la movilidad social intrageneracional no se sitúa en realidades macro, como la clase o el status, ni micro, las solas estrategias individuales. Hay un filtro “meso” desconsiderado hasta el momento, el de las realidades contextuales institucionales —el tamaño de la organización, el sector de empleo, la rama de actividad— y

temporales –la cohorte a la que se pertenece–, que representa el campo de batalla estratégicamente más favorable para dirimir disputas en las que entran como armas arrojadas lo micro y lo macro, la estructura y la acción. La aplicación de una técnica metodológicamente coextensiva con estos supuestos metodológicos, como es el *event-history analysis*, ha arrojado alguna luz empírica sobre ese campo de estudio<sup>14</sup>.

Sin lugar a duda, la fundamentación teórica más ambiciosa del contextualismo en la investigación de variables la ha dado Pawson. Para este autor si se admite que la investigación social a secas busca la explicación de regularidades mediante el descubrimiento de sus mecanismos generativos subyacentes, la única forma de sacar a la luz esos mecanismos es su iluminación empírica en distintos contextos:

Las regularidades ocurren por la acción de mecanismos subyacentes en contextos particulares. Todas las hipótesis deben prestar igual atención a estos tres elementos (Pawson, 1989: 324).

Para esclarecer el efecto causal de un mecanismo generativo y poder distinguirlo del de otro mecanismo generativo se recurre a controles estadísticos<sup>15</sup>. La única forma de revelar y confirmar un efecto contextual está en un diseño longitudinal y comparativo de la investigación.

Como hemos visto, en la ISCUAN convencional el contexto es una variable más desde el punto de vista de su teorización y modelización estadística. Frente a esto, la estrategia realista-contextualista radical de Pawson introduce un prerrequisito reflexivo-cualitativo en el diseño de la ISCUAN a través de encuesta: el encuestador debe entablar con el encuestado una relación de intercambio simétrico de conocimiento que haga factible una articulación feraz de los conceptos teóricos y las categorías sociales del lenguaje natural. Ello exige del investigador un esfuerzo reflexivo de elaboración y exposición aprehensible de sus categorías; el sujeto encuestado pondrá de su parte un esfuerzo de autoesclarecimiento de los términos sociales del lenguaje cotidiano y de aprehensión de las categorías teóricas en ese lenguaje.

Al respecto de esto, hay que recordar aquí brevemente la ingente investigación que a partir de la psicología cognitiva se está realizando en la ISCUAL sobre el efecto-reflexividad y el efecto-contexto en la situación comunicativa de la encuesta. La lógica de la conversación, el *framing* de la ordenación de las cuestiones, la deseabilidad social y la disposición emocional son temas estudiados teórica y empíricamente. En buena medida ello debe llevarnos a matizar y reconsiderar el estigma de “a-reflexividad intrínseca” que los ISCUALOS han adscrito a la ISCUAN.

El contextualismo y el reflexivismo abren así vías de negociación entre la metodología de variables y la metodología de discursos, tanto en el nivel del diseño como del análisis.

#### **5.4. El análisis de contextos en la ISCUAL**

¿Qué puede ofrecer la autoproclamada “metodología de la reflexividad”? ¿Hay desarrollos en la metodología cualitativa que permitan la comunión contextualista con la metodología cuantitativa?

Hasta donde llega nuestro conocimiento los enfoques metodológicos contextualistas son recientes, habiéndolos de raigambre tanto holista –dos de ellos; y, concretamente, sistémicos– como individualista –los cinco restantes (véanse Figura 5.5 y 5.6)–.



### 5.4.1. *Hermenéutica objetiva*

En la hermenéutica objetiva de Oevermann el método es el análisis de “textos de interacción”, es decir, de cualquier documento escrito, oral o visual que recoja una interacción entre individuos. El supuesto es que la interacción se rige por unas estructuras objetivas: las “estructuras latentes de sentido” están fijadas objetivamente a contextos y situaciones sociales independientes de la definición de la situación que practique el sujeto. De nuevo: el contexto es irreductible a la reflexividad.

La interacción se autonomiza de sus antagonistas para hacerse ella misma la protagonista: su autorreferencia la convierte en un sistema cerrado, autopoietico (Hauendorf). La hermenéutica objetiva pretende desentrañar ese cierre siempre situado en un contexto.

El campo de aplicación ha sido sobre todo la sociología de la socialización y la familia.

### 5.4.2. *Método de las narrativas comparadas*

Toda acción social es acción situada y puede identificarse en forma de un silogismo práctico contingente (como deducción entre intenciones, fines, situaciones y medios). El silogismo práctico tiene sentido sólo localmente, apegado a un contexto instrumental determinado –“explicación local de primer orden”–. Las generalizaciones cuasi-legaliformes son exógenas a la explicación de la acción (al contrario que en la metodología centrada en variables).

El contexto es, ante todo, la definición de la situación (*cognized context*): el contexto expresado por el actor en lenguaje natural, en una “semántica local”. Pero –Abell lo subraya expresamente (1986: 23)– hay que tener también en cuenta el contexto implícito (*non-cognized elements*).

Una narrativa es el conjunto ordenado formado por el actor, los silogismos prácticos arrimados (grafo en árbol) de varias secuencias de una acción, y –¡muy importante!– el contexto en el que anidan las acciones. La prevalencia contextual de la narrativa viene del hecho de que se trata de

una estructura conectada definida sobre un conjunto de acciones dotadas de sentido y localmente (auto)determinadas... en la medida en que la conjunción del contexto y de algunas acciones anteriores es suficiente sólo para la acción en cuestión (Abell, 1986: 99).

El análisis aspira a desarrollar un lenguaje formal que permita comparar rigurosamente esas secuencias de acción –de ahí el nombre de “narrativa comparada”–. La investigación es cualitativa: no hay variables ni leyes, sino narrativas y comparaciones. Pero aspira a superar la falta de rigor metodológico que el autor entrevé en muchos diseños y análisis cualitativos mediante el recurso a la formalización y contextualización del sentido.

La metodología de las narrativas comparadas está diseñada en principio para actores individuales, pero Abell ya ha apuntado algunas líneas para su aplicación a actores colectivos mediante “traducciones” (homomorfismos) de un nivel a otro (Abell, 1990).

En diálogo muchas veces con el individualismo metodológico y la técnica de la teoría de juegos, el MNC se ha utilizado sobre todo en el análisis del comportamiento en organizaciones de intereses (empresas, cooperativas, etc.).

### 5.4.3. Análisis de contenido contextual

McTavish *et al.* desarrollan teóricamente e implementan un análisis de contenido en cuyo diccionario de categorías se contemplan distintas formas de contexto social con los que se pueden clasificar y puntuar las referencias contextuales de un discurso. Interesan los contextos sociales –plexos de roles y expectativas– y se distinguen por ello cuatro dimensiones de contexto: el tradicional o normativo, el práctico o pragmático, el emotivo o expresivo y el analítico o cognitivo. El análisis debe permitir situar cualquier discurso social en el espacio contextual resultante del entrecruzamiento de esas dimensiones.

Con esta metodología se han obtenido resultados en el análisis de la comunicación de masas.

### 5.4.4. Pragmática lingüística de la organización

Esta metodología se basa en los axiomas de la pragmática lingüística de Searle. Se entiende que el lenguaje no es sólo semántica y gramática: es acción. El lenguaje “hace” o “mueve a hacer”. Las organizaciones son, sobre todo, redes de conversaciones. En los actos de habla que se producen en esas redes el logro de la cooperación, del “compromiso” para un fin, es lo que se baraja todo el tiempo, y los fallos en esa tarea son lo que primero sale a la luz lingüísticamente.

La PLO investiga los actos de habla organizativos. El enfoque, al ser pragmatista –se habla de una “ontología del lenguaje-acción” (Flores)– hace también del contexto del acto una variable fundamental. Metodológicamente el análisis desarrolla una especie de investigación acción en el seno de organizaciones formales que permite captar y activar positivamente su entramado de relaciones tanto formales como informales –la textura cultural-normativa, la “base no contractual del contrato” (Durkheim)–. Para ello se desarrolla un programa informático, *Coordinator*, que explicita compromisos que mejoran el conocimiento/acción de los individuos en distintos contextos organizativos. La auto-transparencia –la reflexividad– sobre el compromiso es una acción (lingüística) sobre un contexto, y, a su vez, está, como todo acto de habla, contextualmente determinada (variará de organización en organización, de sección en sección).

Partiendo de premisas pragmatistas y contextualistas semejantes a las de Flores, Stamper ha investigado las implicaciones que se derivan de la PLO para el diseño de sistemas de inteligencia artificial (programa LEGOL) que se puedan utilizar para el conocimiento/acción de/sobre distintas esferas prácticas (como el derecho).

La sociología de las organizaciones y el estudio/experimentación de nuevas formas de organización del trabajo se han beneficiado ya de la metodología de la pragmática lingüística de la organización<sup>16</sup>.

### 5.4.5. Metodología cuadrícula-grupo-manipulación (“grid-group-manipulation”) de análisis cultural

Los principios generales del paradigma de análisis de grid-group-manipulation (“cuadrícula-grupo-manipulación”) desarrollado por Thompson (1982) se inspiran en, y modifican, el modelo pionero de la metodología *grid-group* de M. Douglas, en el que el análisis

de manifestaciones simbólicas, normas y percepciones ha encontrado uno de sus desarrollos más creativos y ambiciosos. El núcleo de la idea de Douglas es que distintos contextos sociales estructuran de forma distinta la cultura.

Sintetizando al máximo lo fundamental del modelo, con el análisis grid-group lo que se pretende es delimitar teóricamente todas las posibilidades reales de correlación entre los dos niveles de lo social que interesan a la teoría de la ideología: las formas “simbólicas” y las formas de organización social, estructuradas por la “práctica”. En la formulación originaria de Mary Douglas se utiliza un esquema bidimensional en el que se asocian determinísticamente cuatro tipos de “cosmología” a cuatro tipos de “contexto social” mediante el entrecruzamiento de dos ejes:

1. De “cuadrícula”; que representa en un *continuum* las líneas de demarcación interna de un contexto social, el grado individual o grupal de emplazamiento en el centro o la periferia de un sistema social.
2. De “grupo”; que hace referencia en un continuo a la fortaleza o debilidad de las líneas sociales de demarcación *externa* de un “contexto” frente al resto de los “contextos” sociales, indicándose con ello el grado de exclusión o inclusión de tal contexto en el resto del sistema social, que da como resultado una clasificación de cosmologías en una cuadrícula del tipo que refleja la Figura 5.3 (cfr. Thompson, 1982: 36).

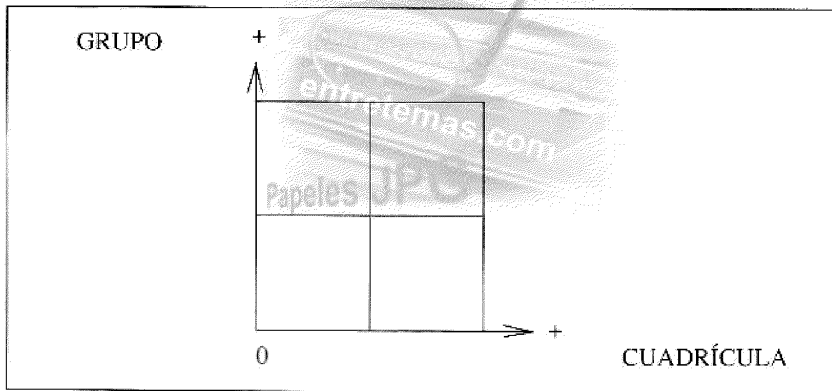


Figura 5.3. Esquema cuadrícula-grupo

La crítica de M. Thompson al modelo de M. Douglas apunta al hecho de que éste no es lo suficientemente exhaustivo: la malla de la cuadrícula, el tejido de la red, no es todo lo denso que debiera. El esquema bidimensional deja escapar *items* relevantes. Para Thompson no son cuatro, sino cinco, los posibles lugares de correlación, las situaciones hipotéticas de estabilización social de la percepción, pues

¿cómo, si no, entender lo que pasa (...) en el punto en el que se dan cita los cuatro cuadrantes de Mary Douglas? (Thompson, 1982: 36).

Esto lleva a nuestro autor a perfilar un esquema de estados de estabilización ideológica que, con cinco cuadrantes, toma la forma de la Figura 5.4 (cfr. Thompson, 1982: 36).

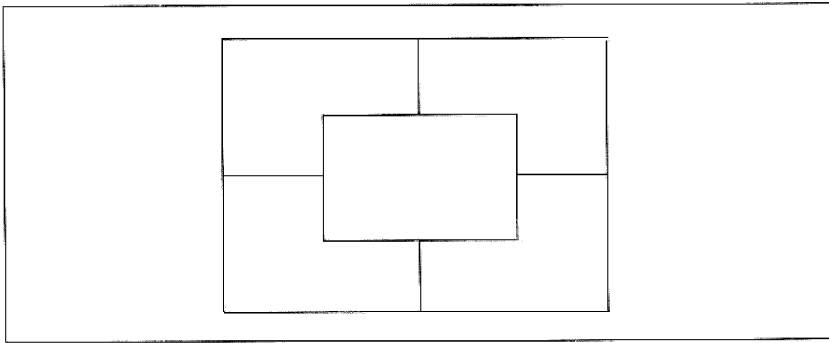


Figura 5.4. Esquema cuadrícula-grupo-manipulación

Con esto lo que Thompson parece perseguir es justamente la introducción en la argumentación de una tercera dimensión, una “metadimensión” –dimensión con un grado de tipificación lógica superior al de las otras dimensiones– en cuanto supone la posibilidad de operar cambios, de acción –no determinada socialmente– sobre las otras dimensiones. Esto es en el sistema de Thompson la *manipulation* (“manipulación”), una tercera dimensión que representa en un *continuum* la posibilidad de un *strange loop* (“bucle extraño”, Hofstadter, 1987), de operar simbólicamente dentro del sistema sobre el sistema como si estuviese fuera del sistema.

De esta forma el contexto de la reflexividad y la reflexividad sobre el contexto –la tercera dimensión– adquieren una importancia decisiva en el análisis cultural. Thompson ha aplicado su metodología a distintos objetos culturales.

#### 5.4.6. Metodología de la policontexturalidad

La perspectiva de la policontexturalidad epistemológicamente tiene su base en la ontología cibernética de G. Günther –en concreto, en su idea de una dialéctica operativa. Recientemente Bohm la ha propuesto como un soporte sólido para la cimentación de la metodología de la investigación social en un sentido contextual.

Toda observación genera un contexto por el hecho de que no hay un punto exterior a la observación, a la relación entre el observador y lo observado. Este *tertium non datur* hace de cada distinción trazada con una observación el pivote sobre el que cristaliza un nuevo contexto irreductible a cualquier otro. El cierre de un sistema –la reflexividad de una observación– se sanciona con la apertura de un contexto –la autorreferencia de la “contextura”–.

En su desarrollo de la policontexturalidad social, Bohm recurre a esta metodología para criticar el solipsismo de las teorías del habitus y de los campos de Bourdieu. Este autor infravaloraría la complejidad y la diferenciación sociales –la plurivocidad de los contextos– al hacer de la acumulación y monopolización de capitales –sca social, humano o cultural– la estrategia dominante de los actores. Una auténtica teoría de campos sería incompatible con la noción de habitus: el campo determina el habitus, y no al revés.

Sociológicamente esta línea de la lógica policontextural apenas ha tenido más aplicaciones metodológicas o técnicas en investigación social que la hecha por Bohm.

### 5.4.7. Constructivismo ecológico

Steier toma como técnica de referencia la investigación etnográfica. Del hecho de que en la producción del conocimiento sobre la realidad social se dé una auténtica interdependencia entre el investigador y los investigados –los *reciprocators*, como él los llama– extrae el fundamento de su constructivismo ecológico: la co-construcción del conocimiento en un contexto concreto de entrecruzamiento de perspectivas. Este tipo de constructivismo presupone la reflexividad del investigador, la autorreferencia de la observación: la mirada etnográfica no se sustenta sobre ningún punto arquimédico. Hay co-construcción contextual porque la reflexividad destierra el privilegio ontológico de la observación del registro metodológico del investigador:

la investigación se hará más ecológica a medida que se haga más reflexiva (Steier, 1991: 182).

El contexto es reflexivo, la reflexividad es contextual. La lógica de la investigación social reflexiva es una lógica contextual y no totalitaria: la sinergia de investigador y *reciprocators* en el contexto observado cortocircuitará cualquier pretensión de “distanciamiento” en la dirección de un “panópticum metodológico” como el control estadístico de todas las variables explicativas o el control estructuralista de todos los sentidos del discurso.

La investigación y terapia sistémicas de familia: este es el campo al que inicialmente el mismo Steier ha aplicado el constructivismo ecológico.

## 5.5. Conclusiones, precauciones, advertencias e “incorporaciones”

Para terminar, a modo de conclusión, resaltaremos una serie de puntos extraídos del argumento central. Un último apartado servirá de enlace con otra de las contribuciones de este volumen que recoge un tipo de contextualidad-reflexividad que el autor de este texto, con púdico recato, no ha osado tocar.

1. La síntesis constructiva de constructivismos –reflexividad del objeto, reflexividad del sujeto y reflexividad del contexto– empieza a tomar cuerpo tímidamente en la sociología cualitativa dentro de algunos enfoques metodológicos. Ahora bien, sólo en muy pocos se ha concretado en técnicas de investigación fiables y contrastables, lo que impide que se materialice una de las mayores virtualidades del contextualismo: la aproximación de las técnicas cualitativas y los métodos y técnicas centradas en variables.
2. Está claro el significado de “contexto” en la metodología de variables. El recorrido sumario que hemos hecho por las metodologías “meso-reflexivas” (contextuales + reflexivas) arroja un saldo ambiguo, pero prometedor. Parece que hasta ahora en la ISQUAL se está resignado a la mistificación y al “todo vale” amparados en la contestabilidad significativa de los conceptos: esperemos que el contexto no sufra en manos de los ISQUALOS el destino seguido por el de su inmediato contrincante por la hegemonía metodológica, el concepto de “texto”. De producirse ésto quizás seríamos espectado-

res de la metamorfosis del pantextualismo y el superestructuralismo en “pancontextualismo” o “supersituacionismo” —¿un mismo perro con distinto collar?—.

3. El contextualismo impone como estrategias metodológicas el comparativismo, en el diseño de la recogida de los datos, y el contingentismo, en la interpretación de los datos. Para captar la construcción local y lábil de la realidad social habrá que buscar y seleccionar muy cuidadosamente los términos apropiados de la comparación etnográfica o discursiva. La investigación cualitativa debe, entonces, prestar más atención al diseño y recogida de los datos. En cuanto al análisis, el enloque dominante, por ejemplo en la técnica de los grupos de discusión, el estructuralista —psicoanálisis lacaniano, textualismo dialógico, lingüística generativa, semiótica— no puede ser un lecho de Procusto: debe demostrar mejor su validez externa empíricamente.
4. En relación con lo anterior se debe tener en cuenta que es la reflexividad del actor agente confrontado a distintos contextos la que convierte las inconsistencias, las contradicciones, los cambios de plano, los desdoblamientos y renuencias en algo “normal” que no se puede despachar como algo obviaable mediante hipótesis explicativas *ad hoc* en un marco estructuralista a marchamartillo. La estructura no se puede presuponer.
5. El estudio analítico y experimental de las consecuencias del contexto y la reflexividad para la metodología de la investigación social —en todas sus etapas: el diseño, la recogida de datos, el análisis, etc.— ya está considerablemente avanzada en la ISCUAN. Declarar ser un ISCUALO no puede ser una patente de corso que exima de ese tipo de investigación “técnica”. La retórica cualitativa se debe traducir operativamente en metodología cualitativa: la reflexividad se demuestra reflexivamente, reflexionando sobre lo que se deriva de los presupuestos epistemológicos que se quiere defender. En la metodología de la investigación social ese es el auténtico constructivismo “radical”<sup>17</sup>.
6. La polémica ISCUAN/ISCUAL debe replantearse. Lo primero debe ser la depuración interna, dentro de cada paradigma, que revele las técnicas auténticamente reflexivas y contextualistas. Una vez hecho esto, hay que despojarse de los escudos ISCUAL e ISCUAN, que de tanto utilizarlos en refriegas anteriores se han convertido en una impedimenta pesada, abollada e inservible. Tenemos que comparar perspectivas y diseños desde un punto de vista “adjudicatorio”, y no “verificacionista”: unas veces un diseño de impronta ISCUAL será mejor —léase: más reflexivo y contextualista— que otro de cuño ISCUAN; en otros casos ocurrirá lo contrario<sup>18</sup>. El objeto y los objetivos de la investigación lo determinarán. A veces la complementación será lo correcto, pero sólo después de que se contraste su parsimonia y viabilidad: las grandes síntesis apriorísticas han demostrado ser pretenciosas, confundentes y difícilmente operacionizables.
7. No quisiéramos terminar estas conclusiones sin hacer referencia a algunas contribuciones de este volumen que, en nuestra opinión, entroncan con el espíritu que ha presidido el presente trabajo.

En este mismo volumen (véase el capítulo *Teoría de la observación*) J. M. Delgado y J. Gutiérrez proponen un programa metodológico —desde la segunda cibernética— que se encuentra a medio camino entre el constructivismo ecológico de Steier y la pragmática lingüística de la organización.

8. La teoría de la resistencia ontológica de los modelos contextuales revisados en el texto demanda una comprensión adecuada del nivel en el que en última instancia se vive esa derelicción: la corporalidad de la acción (véase el concepto de encarnación en el capítulo *Análisis del sentido de la acción: el trasfondo de la intencionalidad*).

Es el contexto de sentido al mismo tiempo más reflexivo y más irreflexivo, más micro y más macro —el más universal y, por lo tanto, transcontextual. Recordemos: la vida, la muerte y la sexualidad, esas eran para Winch las únicas realidades de la vida humana capaces de traspasar las barreras infranqueables que interpone el relativismo entre las distintas culturas<sup>19</sup>. Estos hechos sociales totales son esencialmente corpóreos. Como corpóreo es el origen de las metáforas que estructuran los aprioris de nuestro conocimiento<sup>20</sup>. El cuerpo es, entonces, el contexto primordial del sentido y la acción social (sobre todo en los otros animales sociales, pero también, y mucho, en el ser humano).

La reflexividad y el contexto se incardinan aquí en dos niveles disímiles:

- a) Apel (1985: 241-242) señala —convincentemente— que esos *limiting notions* o *limiting concepts* vitales o corporales, que para Winch son los puntos ciegos de la reflexividad y, por lo tanto, los presupuestos de la comunicación intercultural, tienen a su vez otro presupuesto: la competencia simbólica, comunicativa y, a fin de cuentas, reflexiva de los seres humanos. La reflexividad es previa al contexto, posibilita su comprensión.
- b) En el curso del proceso de civilización la corporalidad se disocia de su unidad orgánica con la intencionalidad y se empieza a percibir como contexto —sólo a veces resistencia— de ésta; pero, una vez más, la reflexividad del auto-dominio civilizatorio no consigue domeñar al contexto. Así lo indican, por ejemplo, el análisis de doble vínculo y la proxémica. El contexto desarbola las altas copas de la reflexividad.

La ambivalencia teórica de este contexto —si se nos permite la expresión— “visceral” planea como vívido y vivido trasfondo de la intencionalidad y el sentido en el texto de Fernando García-Selgas que incluye este volumen<sup>21</sup>.

|                         | HOLISMO   |  | INDIVIDUALISMO  |   |
|-------------------------|---|--|---|---|
| SIN EFECTOS DE CONTEXTO | * estructuralismo   | * teoría de sistemas                                     | * elección racional   | * etnometología<br>* interaccionismo simbólico  |
| CON EFECTOS DE CONTEXTO | * análisis de redes<br><br>* análisis contextual<br><br>* análisis multinivel | * constructivismo ecológico<br><br>* poli-contextualidad | TEORÍA DE LA UTILIDAD Y LA ACCIÓN INDIVIDUAL<br><br>* teorías de la racionalidad limitada<br><br><i>*prospect theory</i><br><br>* teorías de la interacción y la acción colectiva<br><br>* teoría de los <i>nested games</i><br><br>* teorías de la masa crítica<br><br>* teorías del aprendizaje o la evolución multinivel | * método de las narrativas comparadas<br><br>* hermenéutica objetiva<br><br>* análisis de contenido contextual<br><br>* pragmática lingüística de la organización<br><br>* análisis cultural de "cuadrícula-grupo-manipulación" |
|                         | CUANTITATIVO  | CUALITATIVO  | CUANTITATIVO  | CUALITATIVO   |

Figura 5.5. Perspectivas metodológicas en relación con la reflexividad contextual. En este esquema "cuantitativo" se emplea como etiqueta para la investigación estadística de variables, y "cualitativo" para la investigación comprensiva de discursos



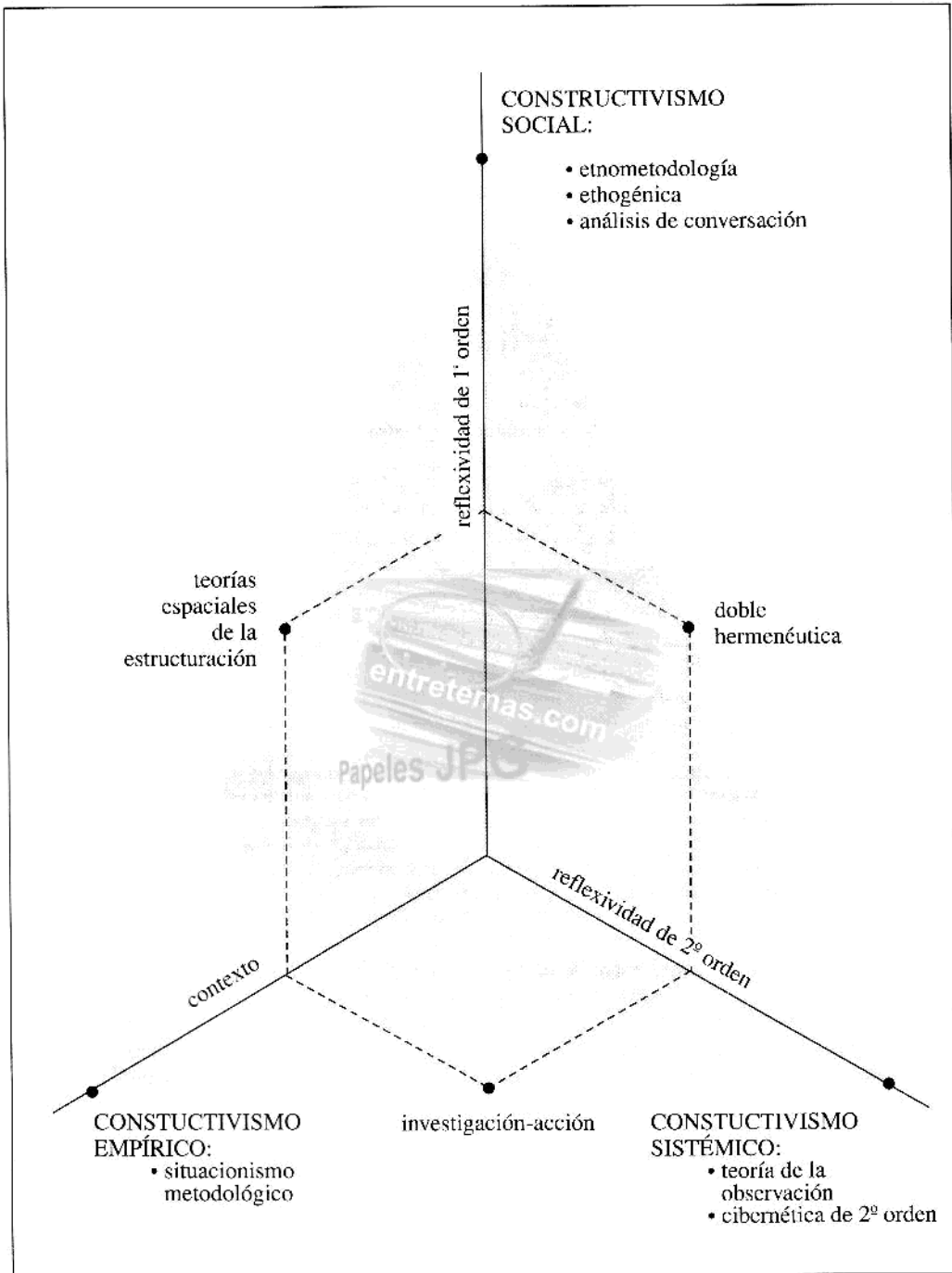


Figura 5.6. La zona sombreada indica el plano en el que se mueven las metodologías cualitativas de la reflexividad y el contexto. (Elaboración del autor)

---

**NOTAS AL CAPÍTULO 5**


---

<sup>1</sup> Para el subtítulo obviamente me he inspirado en el de la obra de Knorr-Cetina *The Manufacture of Knowledge. An Essay on the Contextual Nature of Science*, texto que me ha sugerido algunas ideas de este trabajo.

<sup>2</sup> El autor agradece a J. M. Delgado su estímulo y premura, que hicieron posible que este texto vea la luz.

<sup>3</sup> Con la finalidad de no hacer una exposición demasiado farragosa, en lo que sigue, y a pesar de su horripilante sonoridad, utilizaremos las siguientes etiquetas:

- ISCUAL = investigación social cualitativa
- ISCUALOS = investigadores sociales cualitativos
- ISCUAN = investigación social cuantitativa
- ISCUANOS = investigadores sociales cuantitativos
- ISCUANAL = "investigación social cuantitativa vs. investigación social cualitativa"

Ójala que este "ruido" en la comunicación bastase para conseguir un potente *Verfremdungseffekt* (Brecht), un distanciamiento y una reflexividad sobre la metodología y la técnica, que se manejan, muchas veces, acriticamente (tanto desde el bando cuantitativo como desde el cualitativo).

<sup>4</sup> El origen último de esta reflexividad está en la conciencia de los ISCUALOS, tanto como de los ISCUANOS, de que distintas metodologías y técnicas pueden arrojar resultados muy distintos sobre un mismo fenómeno social -"indeterminación metodológica" (Miller). Véase como lo exponen los ISCUALOS en los primeros cuatro capítulos.

<sup>5</sup> Por ejemplo: invariablemente todos los ISCUALOS de grupo de discusión programáticamente aluden a la contextualidad como rasgo ínsito a la reflexividad del lenguaje, el texto o el discurso (véanse los cuatro capítulos precedentes y el capítulo *Grupos de discusión*).

Se parte de que el lenguaje natural es autorreflexivo (...) de forma que las palabras quieren decir diferentes cosas según quién las diga y en qué contexto las diga. En base a dicha relación (...) los fenómenos sociales investigados se expresan, se evidencian a través de textos abiertos en función del contexto concreto de su producción. En los textos existen toda una serie de dimensiones (sintácticas, semánticas, pragmáticas...) que hay que analizar e interpretar en cada momento en función de la producción concreta de cada texto y del objetivo de cada investigación (es lo que Ortí denomina análisis pragmático de los textos) (Conde, 1991: 100).

Sin embargo, en la práctica usual de la investigación el contexto se tiende a infravalorar en el análisis e infracontrolar en el diseño. La perspectiva pragmática queda en segundo plano y la estructuralista se impone: el "grupo" se ve como un microcosmos que actualiza sin apenas mediaciones un macrocosmos social cuya entidad y nivel, las más de las veces, no se cree necesario concretar. (La metáfora alquímica del macro-micro-cosmos es utilizada expresamente por algunos ISCUALOS de grupo de discusión). Por lo tanto en la práctica parece que se da un relajamiento de lo que se predica en la teoría.

<sup>6</sup> Las tres reflexividades sociales tienen ya sus metodologías: el constructivismo social, el constructivismo sistémico y el constructivismo empírico. Véase Knorr-Cetina (1989) para su distinción. En Knorr-Cetina (1992) se puede encontrar una crítica en profundidad del constructivismo sistémico desde el empírico. Muy escuetamente, para esta autora el c. sist. impone poco auto-crítica, poco reflexivamente, a la realidad social una forma de organización, la autopoiesis, operante quizás homogéneamente en la realidad biológica, pero muy heterogénea e irregularmente en la realidad social. Es por ello que el constructivismo sistémico debe operativizar mucho más sus conceptos e hipótesis para poder someterlos a la comprobación empírica.

<sup>7</sup> En este sentido, en un texto posterior el mismo Lamo de Espinosa (1993) aplica esta perspectiva reflexivista de la acción individual a la cooperación y a la acción colectiva. La reflexividad de expectativas entre dos actores se traduce al modelo clásico de la teoría de juegos (el dilema de los prisioneros).

No ha lugar para ello en este momento, pero su modelo de la hetero-reflexividad (“uno se ve viendo a otro que le ve”) sería aplicable provechosamente a la interacción encuestador-encuestado o entre individuos en un grupo de discusión. Desde el individualismo metodológico de *rational choice*, Esser (1985) apunta algunas ideas al respecto de la encuesta.

<sup>8</sup> Esto es, un modelo sencillo y muy explicativo.

<sup>9</sup> Pensamos que está por hacer una sociología constructivista y empírica de la investigación social. Es sabido que por las “contingencias e idiosincrasias locales”, es decir, debido a los contextos institucionales, los medios y las habilidades concretas de los investigadores, los datos sociológicos se producen en una forma que se aleja bastante de los ideales metodológicos y técnicos. La elaboración de los datos es un ajuste y reajuste constante, una construcción basada en la distancia entre el contexto de descubrimiento y el de justificación, entre la trastienda y la tienda de la investigación. Todo ello, desde luego, tanto en la perspectiva “distributiva” o de la ISCUAN como en la “estructural” o de la ISQUAL.

Sin llegar a fundamentar su investigación en el constructivismo empírico, Hunt realiza algunos apuntes etnográficos sobre el tema. Edmonson ha estudiado la importancia de las destrezas retóricas de los sociólogos —recordemos: tanto de los ISQUALOS como de los ISCUANOS— a la hora de elaborar convincentemente argumentos que den credibilidad a los resultados empíricos. La retórica —entendida no en sentido negativo, sino como forma de conocimiento, en el sentido de Aristóteles y, más recientemente, Perelman— suele ser la argamasa de esas construcciones, que de lo contrario, desde un punto de vista “lógico”, serían gigantes con pies de barro.

<sup>10</sup> Hay otras formas de situacionismo teórico ligadas a la temática micro-macro. Para una exposición y crítica véase Mouzelis (1991).

<sup>11</sup> En el seno de la corriente de la *rational choice* también hay intentos recientes de aproximar la formalización y operacionalización de los efectos contextuales a la metodología cualitativa. En concreto Esser (1991) vislumbra homologías interesantes entre la fenomenología social de Schütz y desarrollos recientes del individualismo metodológico como las teorías de la racionalidad limitada y la *prospect theory*.

<sup>12</sup> Así lo constata Abell (1990) en su balance de los logros de la metodología de variables.

<sup>13</sup> Véase para el análisis contextual, Blalock (1984) y Alpbach (1988), y para el análisis multinivel, Ringdal (1992).

<sup>14</sup> Véase Carroll y Mayer (1991) para tener una visión global del tema de la “contextualización” en el estudio de la movilidad social.

<sup>15</sup> Como se habrá observado la epistemología que alienta la metodología de Pawson en su fundamentación del contextualismo es la del “nuevo realismo”. Pero en esta corriente no hay unanimidad al respecto de la ontología de la contextualidad. Para un realismo superestructuralista-formalista, véase Sylvan y Glassner (1985).

<sup>16</sup> Véase además el capítulo *La organización egoísta: clausura operacional y redes conversacionales* en esta misma obra.

<sup>17</sup> “Autodenominación de origen” que se dan los defensores de la teoría de la autopoiesis y, en general, el constructivismo sistémico. El mencionado déficit meta-analítico es flagrante en técnicas como el grupo de discusión; en otras, como el análisis de contenido, se viene combatiendo desde hace tiempo (véase Weber, 1983).

<sup>18</sup> Véase Pawson (1989) para una justificación más detallada de la perspectiva de la adjudicación frente a la de la verificación. En las recomendaciones sincretistas de Stinchcombe ya se encuentran algunas semillas de estos argumentos.

<sup>19</sup> Véase la polémica entre Winch y Jarvie en varios autores (1974), pp. 159-211.

<sup>20</sup> Véase M. Johnson (1991).

<sup>21</sup> Si la investigación teórica de este contexto ha tenido muy diversos orígenes y desarrollos –que el texto de García-Selgas ilumina–, la investigación social de la corporalidad ha saltado a primer plano con la problematización de la sexualidad acarreada por el SIDA. Tanto los ISCUANOS como los ISQUALOS han abordado el tema en múltiples investigaciones, sobre todo a través de encuesta y análisis del discurso de grupos de discusión, respectivamente. Frente a esta metodología Coxon ha probado los problemas y las grandes ventajas metodológicas de una investigación constructivista-contextualista de los estilos sexuales en la que se combina la etnografía con el análisis de diarios cotidianos escritos por los actores. La construcción lingüística de la corporalidad y la encarnación del sentido en prácticas pueden verse así cumplidamente reflejadas sin imposiciones *ex ante* ni estructuraciones artificiales de significado.



## CAPÍTULO 6

### TEORÍA DE LA OBSERVACIÓN

*Juan Gutiérrez  
Juan Manuel Delgado*

#### **6.1. Introducción: la pluralidad de tipos de observación y sus fundamentos<sup>1</sup>**

Si hacemos nuestra la afirmación “la ciencia comienza con la observación”, muy pronto nos encontraremos con el problema de cómo abordar, desde un planteamiento tan general, un estudio riguroso de la observación en el panorama de los métodos y técnicas cualitativas de investigación social. Así, se impondrá como necesario recoger y ordenar formulaciones tan diversas como observar acciones, observar hechos, observar sistemas, hacer acciones observadoras, autoobservarse un sistema, posiciones de observación, etc. La gran variedad de expresiones con que se hace referencia a distintos tipos, pero también a distintas concepciones de la observación aconseja establecer unos conceptos claros y teóricamente bien justificados en términos psicosociológicos.

Vamos a partir de una caracterización de las posiciones básicas de observador y actor. Para ello puede recurrirse a un ejemplo. El observador, de soñar, soñará que se ve a sí mismo tocando el piano. El actor, por su lado, soñará que toca el piano. Ambas diferencias son idénticas a las descritas por Schütz (1972) para referirse a la diferencia entre observador y actor, así como a la diferencia entre el significado objetivo (observador) y significado subjetivo (actor)<sup>3</sup>. Introduciendo una distinción en las temporalidades de la acción, la investigación u observación y la construcción del texto o informe de la investigación obtenemos dos combinaciones posibles y una nueva figura. Así, nos referiremos con el compuesto actor-observador a la sucesión en el tiempo de una posición de actor y una posición de observador, mientras que usaremos observador-actor para el caso inverso. La nueva figura no es otra que la del autor del texto de la investigación.

Las restantes posibilidades o posiciones se considerarán derivadas de estas. Baste advertir que observador y actor son posiciones y no personas o especialistas inamovibles en el

curso de una interacción. Por ejemplo será una posición derivada aquella en que el observador-actor actúe sobre otro, sin que este tenga conciencia de la existencia de un observador, aunque sí del actor (forma derivada de la situación pura de actuar-sobre-otro). También es una forma derivada de la situación pura de actuar-sobre-otro aquella en que el observador-actor está orientado hacia el otro, percibiéndolo este en su doble dimensión de observador y actor. A su vez, un ejemplo de forma derivada de la relación-nosotros en orientación-otro viene dado por aquella situación en que el actor (posteriormente observador) está simplemente orientado hacia el otro y en actitud natural (Schütz, 1972).

Las dos primeras derivaciones se corresponden con la observación participante (para abreviar OP), mientras que la última mencionada se refiere a la autoobservación (en adelante AO). La observación participante es el modo de observación más representativa de las tecnologías de la observación exógena. La autoobservación es uno de los modos de observación posible dentro de las tecnologías de la observación endógena. De acuerdo con lo expuesto en la introducción a la presente obra, consideramos que son precisamente estas posiciones derivadas las más importantes para la observación cualitativa en la investigación social. Esto no quiere decir que no existan otras posiciones derivadas, otros modos de observación, ni que toda observación cualitativa tenga que consistir en una actividad de participación en el fenómeno a investigar o en una autoobservación diferida por parte de los propios actores. Hay otras formas cualitativas de observar como por ejemplo la observación externa de una acción. Dicha circunstancia no hace sino poner de manifiesto las dificultades del manejo de los conceptos cualitativo/cuantitativo en relación con las distintas modalidades que suele contemplar cada método o técnica de investigación. En el apartado dedicado a la autoobservación volveremos sobre otras posibles conceptualizaciones de las relaciones entre posiciones observacionales básicas y derivadas. Ahora nos detendremos aquí por un instante para realizar algunas consideraciones de carácter más general.

Trabajos como los de Bourdieu, Navarro (en este mismo libro) o el empleo rutinario del grupo de discusión en relación con diseños de encuesta constituyen argumentos en favor del carácter difuso (y aun la disolución latente) de la separación nominalista de lo cuantitativo y lo cualitativo. En este punto de nuestra exposición, importa señalar que toda "elección metodológica" construye su objeto de estudio. Selecciona la realidad que resulta pertinente y posible conocer, y se justifica en términos de una adecuación selectiva. En otras palabras, para "garantizar su adecuación", el método selecciona las condiciones de posibilidad de lo cognoscible (véase el capítulo cuarto de Fernando Conde en este mismo libro).

En consecuencia, presentar las formas cualitativas de observación y argumentar, aunque sea muy brevemente, la mayor importancia para la investigación social de algunas de ellas obliga a establecer referencias a las respectivas teorías del sujeto y del cambio social. En otras palabras, no comprendemos un estudio del objeto, ni del método, sin el simultáneo estudio del sujeto. Asimismo, hablar del sujeto presupone la existencia del objeto, dado que el objeto es en la medida en que es nombrado y modificado mediante la acción, el método y el lenguaje del sujeto. Esta codeterminación epistemológica es básica para toda teoría de la observación cualitativa (véase el capítulo primero de Fernando Conde, epígrafe 1.6.).

Retomando el hilo principal diremos que la observación cualitativa externa, es decir, aquella en que el observador, empleando técnicas de registro cualitativas (registros de acontecimientos, conducta no verbal, categorización de comportamientos, etc.) no pertenece ni participa en el grupo objeto de estudio, bien se trate de observación directa (en contacto, sobre el terreno) o indirecta (fuentes documentales)<sup>4</sup> posee unas implicaciones teóricas, unos presupuestos epistemológicos y unos condicionamientos metodológicos que

la aproximan a las investigaciones realizadas mediante observaciones con registros cuantitativos en el ámbito de la psicología, la sociología, la historia, etc. El sujeto aparece tratado como una función que relaciona con regularidad unas entradas o estímulos con unas salidas o respuestas. Los procesos simbólicos y cognitivos de la mente humana quedan fuera de las respuestas conductuales registrables cuantitativamente. La historia del pensamiento occidental nos indica que esa anulación de la complejidad del sujeto, su capacidad selectiva y productora de sentido, y su potencialidad transformadora conduce a una visión mecánica y reproductora de las sociedades y los sistemas. Es en este sentido como afirmamos que las posiciones derivadas expuestas con anterioridad y, en definitiva, la OP y la AO se aproximan y alcanzan, respectivamente, el interior de los sistemas, las mentes y los grupos de estudio, y poseen una mayor importancia para la investigación social en tanto que productoras, como tendremos oportunidad de explicar, de mayores grados de validez y certeza.

Antes de comenzar con el estudio de la observación participante llamamos la atención del lector sobre el nivel metodológico y epistemológico en que nos vamos a mover. Así, por ejemplo, cómo se obtienen observaciones más *válidas* es una pregunta con una cara metodológica (cómo y por qué hacerlo de un determinado modo)<sup>5</sup> y una condición epistemológica (validez). Las preguntas (y sus correspondientes decisiones) acerca de si utilizar grabadora grande o pequeña, con pilas o conectada a la red; tomar notas en un cuaderno o intentar memorizar, que el cuaderno sea cuadriculado o milimetrado, con margen o sin margen, que sean varios cuadernos llamados diario, cuaderno de campo y cuadernos temáticos, etc. sólo encuentran sentido en el marco de la discusión de sus presuntas implicaciones metodológicas y epistemológicas. La paciencia y la imaginación son siempre buenas consejeras del observador/lector.

## 6.2. La observación participante

Desde nuestro interés de investigadores sociales por la observación la modalidad de observación exógena (generada desde fuera) conocida como observación participante presenta una particularidad disciplinar: la observación participante está inevitablemente asociada a la práctica investigadora de los antropólogos sociales y culturales.

No pretendemos obviar la utilización sociológica, psicológica o psicosociológica de la observación participante, ni discutir el carácter pionero o no de las investigaciones de la Escuela de Chicago, ni mucho menos reivindicar una cierta patente antropológica de la observación participante<sup>6</sup>. Tan solo advertimos que esta circunstancia nos aconseja manejar conceptos y ejemplos antropológicos. Por otro lado, la antropología cultural es una de las disciplinas donde circulan un mayor número de discursos acerca de las reglas, los productos, los cambios históricos y la validez de la investigación mediante observación participante<sup>7</sup>. No debe olvidarse que la observación participante desempeña un papel fundamental en el trabajo de campo del antropólogo, ni debemos pasar por alto que este, a su vez, constituye el eje de la idiosincrasia disciplinar de la antropología social o cultural.

La antropología cultural ha llegado a formularse la pregunta ¿qué es el trabajo de campo: infierno, experiencia del sujeto-investigador, lugar para la contrastación de hipótesis? Y se han producido respuestas que van desde las actitudes de “avance” hacia una antropología cada vez más científica, hasta las de “retroceso” hacia una recuperación cada vez más significativa para el antropólogo de la experiencia del trabajo de campo. En este

largo proceso encontramos oportunidad para la demolición de tópicos sociológicos (por ejemplo, la antropología de las colonias desmiente históricamente el mito de la alineación de la investigación cualitativa con proyectos revolucionarios democráticos y anticapitalistas). Y comprobamos igualmente los esfuerzos de la antropología, desde sus comienzos, por trascender la distancia cultural y el salto epistemológico entre analistas y nativos. No cabe duda, por tanto, que semejante estado de reflexión permanente acerca de la observación participante puede resultar enormemente productivo para nuestros intereses.

Para aquellos lectores habituados a terminologías exhaustivas precisaremos que vamos a entender por observación participante, a secas, una observación interna o participante activa, en permanente "proceso lanzadera", que funciona como observación sistematizada natural de grupos reales o comunidades en su vida cotidiana, y que fundamentalmente emplea la estrategia empírica y las técnicas de registro cualitativas (Anguera, 1989: 128-143)<sup>8</sup>.

### 6.2.1. Características de la observación participante

La metodología de la observación participante posee unas condiciones que laibilitan, que seleccionan las entradas de información pertinentes (una cultura, el estilo de vida de una comunidad urbana, la identidad de un movimiento juvenil, la especificidad de un determinado medio de comunicación).

Consideramos que las condiciones de la observación participante son las siguientes:

1. El antropólogo o investigador en general *debe* ser un extranjero o extraño a su objeto de investigación.
2. Debe convivir integradamente en el sistema a estudiar.
3. Ese sistema tiene una definición propia de sus fronteras.
4. La integración del analista será maximizada y funcional, sin dejar de ser por ello un analista externo.
5. El investigador debe escribir una monografía etnográfica empleando el género del "realismo etnográfico".
6. Debe dar por finalizada la circulación del texto y la interpretación con la monografía dirigida a la comunidad académica. El siguiente paso textual, en todo caso, estará constituido por la construcción teórica.

Esta es la posición de la observación participante. Puede encontrarse una formulación más extensa y con pretensiones didácticas en Rossi (1990: 161-163).

Las epistemologías de los antropólogos culturales, o de otros investigadores desde la observación participante, consideran el relativismo cultural como una ética, y la función de distancia entre analista y nativo como un obstáculo o limitación que debe ser vencida mediante la integración del investigador en la comunidad de referencia. Pero esta terminología es engañosa. Pareciera indicar que aquéllos desean profundamente saltar esa barrera, suprimirla. ¿Por qué no, entonces, hacer una antropología de la cultura propia? Las razones son obvias, pero volveremos sobre sus consecuencias "desfundamentadoras" para la observación participante a propósito de la autoobservación.



### 6.2.2. Bases metodológicas: ¿hay un método etnográfico?

Es repetido que si nos hubiéramos desarrollado como especie humana bajo el mar, esta circunstancia sería probablemente lo último que llegaríamos a descubrir. De igual modo, las constricciones que impone a los análisis posibles la técnica del trabajo de campo y en concreto el rol de investigador participante (sea o no conocido como tal por los miembros del objeto de investigación) son lo último en ser descubierto como verdadera condición o presupuesto metodológico y epistemológico. En tal medida, la caracterización de la observación participante no debe ser tenida en cuenta como “el menor de los males posibles” cuando pretendemos acercarnos al interior de un grupo humano o sistema social. Es preciso asumir que la tácita obligación de ser un extranjero (o al menos ser lo más extranjero posible) respecto al grupo humano, residir durante un periodo relativamente largo en la comunidad y participar activamente en su vida cotidiana (generalmente adoptando funciones de maestro, médico, transportista, etc.) son condiciones basadas en el relativismo cultural y en la posibilidad misma del saber antropológico cultural. El hecho de hacer antropología es construido mediante la comparación de distintos grupos observados desde un mismo punto de vista común (la comunidad de antropólogos) y empleando siempre una estrategia de observación “participante” asentada en la premisa de que existe un código o combinatoria cultural de carácter universal (la naturaleza humana) que puede descodificarse mediante una experiencia directa de registro de la cultura extraña, y un análisis posterior de su infraestructura simbólica o su trama de significados latentes.

Como prueba de esa sólida fundamentación de la OP en las prácticas y la historia de la antropología cultural podemos citar la identificación entre OP y etnografía. Toda descripción etnográfica, para ser tenida por tal, debe estar basada en una investigación mediante observación participante o, para abreviar entre los antropólogos, por un trabajo de campo. De manera análoga no hay otra descripción ni otra definición del concepto de etnografía, en esencia, que aquella extraíble de las prácticas de la observación participante de los antropólogos. La investigación antropológica considera que dicha fase de “producción, recogida o captación de datos sobre el terreno” es la fuente imprescindible de la etnología (nivel de estudio comparativo) y la antropología propiamente dicha (nivel interpretativo, teórico, en otros términos, lugar de las generalizaciones sobre la naturaleza humana). Por tanto de la OP no se espera otra cosa que la recolección de material, la acumulación de descripciones y documentos. Podríamos incluso afirmar que la etnografía es lo que se hace y el resultado de investigar mediante OP, en sentido estricto, por lo cual no consideramos pertinente la expresión “método etnográfico” que, en función de la disciplina desde la cual se formule, suele recoger un cierto número siempre incompleto (y siempre entendido por un observador externo) de las cualidades de la OP antropológica.

Expuestas así las cosas, no han faltado autores que consideran de vital importancia detallar los procedimientos de codificación y registro de los datos: los árboles genealógicos, la confección de historias de vida, la sistematización de un diario de campo, el registro audiovisual de rituales y ceremonias, la fotografía, etc. Tanto si se está investigando una aldea bororo como en un estudio de antropología urbana. No debemos olvidar que el punto de llegada iconográfico de la etnografía está representado por un gigantesco archivo documental acerca de los estilos de vida de las diferentes etnias y pueblos de la tierra. La diversidad humana es inventariable. Esta era la ambición de Lévi-Strauss, expresada a la manera estructuralista, y esta fue también la creación de G. P. Murdock a partir de la idea de las áreas culturales en el mundo.

Junto a las técnicas de recogida de datos, la presentación de un informe de investigación antropológica, denominada “una etnografía” (o una monografía etnográfica) está igualmente afectada por unas reglas de codificación. En primer lugar existen un determinado número de apartados temáticos acerca de los cuales el etnógrafo no debe dejar de proporcionar información (descripción del hábitat, actividades de la economía del grupo, ciclos estacionales, cultivos, organización de los núcleos de residencia, organización y estructural familiar, grupos de edad, profesionales, formas de poder establecidas y rituales, ceremoniales, formas de expresión artística). A continuación debe producir un informe con estilo descriptivo, buscando el mayor realismo y objetividad posible de sus descripciones, ocultando o “retrasando” para un apartado final sus valoraciones y juicios personales, no utilizando la primera persona y buscando una posición narrativa de observador omnisciente. La razón de este objetivismo textual (el recurso a una enunciación del tipo “historia”) no es otra que permitir un análisis por parte de diferentes antropólogos desde diferentes planteamientos teóricos, así como facilitar la comparación intercultural a través de una cierta “normalización” en la presentación de los datos, produciendo, finalmente, un efecto de realidad. Es así como se ha llegado a hablar en ocasiones de un género literario llamado “realismo etnográfico”, a medio camino entre el libro de viajes y la novela naturalista.

Esta ocultación de la subjetividad del investigador y de los sujetos investigados en las monografías etnográficas, en sentido estricto, ha conducido a una reivindicación de la experiencia personal del etnógrafo y a una mayor presencia en los textos etnográficos de la “voz” del nativo o sujeto del grupo investigado. No es en absoluto infrecuente encontrarse que muchos antropólogos recurren a la “monografía informal”, o relato de anécdotas, para dar cauce a su experiencia personal (por ejemplo, un año conviviendo con una tribu del Camerún, ¡sin ir a casa por navidades!) y a la valoración de sus relaciones personales con los nativos.

Deteniéndonos en esta circunstancia, quizá para algunos trivial, encontramos una proliferación de discursos, metodológicamente justificados, que proclaman la necesidad de una transformación de las reglas o pautas de codificación de la OP en monografía etnográfica. Este movimiento, aglutinador, sin duda, de diferentes perspectivas teóricas, ha recibido el nombre de “antropología postmoderna”. La pertinencia de su inclusión en nuestra teoría de la observación viene dada por el conocimiento y la discusión de las revisiones que plantea a la OP o etnografía clásicas.

Finalmente los antropólogos han comenzado a prestar atención explícita a la escritura de textos etnográficos, un tema largamente ignorado ya sea porque se concibe primariamente a la etnografía como una actividad que se desarrolla en el campo, o porque se la trata como un método —más que un producto— de la investigación (Marcus, 1982: 171).

Marcus y Cushman han proporcionado un análisis en detalle de la estrategia textual de las monografías etnográficas o etnografías producto de la observación participante. La etnografía es un informe, un texto, cuyo rango “antropológico” ha revestido tradicionalmente las características propias del género llamado “realismo etnográfico”: simulacro de objetividad, sensación de creación de un mundo, presencia narrativa no intrusiva del etnógrafo, focalización en la vida cotidiana, exclusión de los personajes particulares y “extrapolación estilística de datos particulares” (la tipicidad: típica reunión, ritual típico...), embellecimiento por medio de una jerga, representación del discurso nativo (uso de termi-

nología nativa...), la creación de efectos de verdad –inserción de testimonios personales, “hacer decir”–, la organización textual (seguir a los actores, meditar sobre un suceso...), etc., (Marcus y Cushman, 1982: 175 y ss.).

A esta caracterización del llamado género del realismo etnográfico, los autores citados añaden un inventario de los grupos de lectores entre los cuales circulan los textos etnográficos. El universo de destinatarios está compuesto por los especialistas en antropología cultural, los investigadores y profesionales de la antropología en general, los especialistas de otras ciencias sociales, los estudiantes, y el público aficionado a los libros de viajes o de relatos exóticos (literalmente, el “lectorado popular”). Estas sencillas afirmaciones constituyen sin embargo un hito en la historia de la reflexión metodológica de los antropólogos acerca del producto científico que ponen en circulación. Profundizando en este “revisionismo” de la actividad etnográfica que ha merecido el calificativo de “postmoderno”, vamos a ocuparnos a continuación de las etnografías experimentales.

### 6.2.3. Etnografías experimentales

Las distintas estrategias textuales propuestas como alternativas del realismo etnográfico, en el marco de una preocupación explícita por los problemas concernientes a la descripción de una observación participante, han recibido el nombre de etnografías experimentales. A continuación proporcionamos un ejemplo de los objetivos que expresan autores pertenecientes a esta escuela.

La característica principal compartida por las etnografías experimentales es que integran, en sus interpretaciones, una preocupación explícita por la forma en que se han construido tales interpretaciones y en que se las representa textualmente como discurso objetivo sobre los sujetos entre los cuales se ha conducido la investigación (Marcus y Cushman, 1982: 172).

Entre las etnografías experimentales que consideramos de mayor interés se encuentra la antropología dialógica, cuyo centro de atención es la presencia textual del nativo. Posee distintas versiones según se piense en una escritura etnográfica en forma de diálogo, en sentido estricto, o en una relación dialógica entre texto (fielmente transcrito) e intérprete. La etnografía propia de una antropología dialógica sería algo parecido a los *Diálogos* de Platón; no en cuanto a sus aspiraciones filosóficas últimas sino en lo relativo a su planteamiento formal. Etnógrafo y nativo conversarían (literalmente) en los textos etnográficos, pues esta sería la mejor forma de respetar la dimensión dialógica de la *experiencia real* de OP, trabajo de campo o actividad etnográfica. Veamos un ejemplo de crítica desde esta óptica a otras literaturas antropológicas que han pretendido bordear el realismo etnográfico mediante la descripción de las vivencias del etnógrafo, observándose a sí mismo en su quehacer de observador participante y en su posición de antropólogo. Tedlock, autor de numerosos ensayos acerca de la antropología dialógica, critica abiertamente una conocida obra de Lévi-Strauss en la cual se relatan sus vivencias, motivaciones, estados de ánimo, y juicios durante sus investigaciones etnográficas en varios países tropicales.

Bien, esta vez tenemos un montón de diálogo interno, en el que el antropólogo se preocupa por los asuntos ajenos; pero no sabemos gran cosa de lo que puedan haber dicho los otros para provocar ese diálogo interno. Las citas son tan infrecuentes como en las etnografías y, una vez más, a veces provienen de gente que no son los otros. En *Tristes Tropiques* de Lévi-Strauss, el

clásico confesional dominante, ningún indio brasilero pronuncia jamás una sola frase completa, ni siquiera con la ayuda de un intérprete... Las confesiones, puesto que los otros permanecen principalmente mudos en sus páginas, son en gran medida como las etnografías respecto de las que supuestamente ofrecen un escape (Tedlock, 1987: 276).

Tedlock defiende “una cuidadosa transcripción y traducción del discurso grabado, tomando en cuenta dimensiones tales como las pausas, el énfasis y el tono” (Tedlock, 1991: 295-296), al mismo tiempo que sostiene, por oposición a Tyler (1991: 289) la multivocalidad de la narrativa. “Mi punto de vista es que la multivocalidad no es algo que esté esperando ser originado en el discurso de una nueva antropología, dialógica o “posmoderna” o lo que fuere, sino que ya está presente en el discurso de los nativos, incluso cuando ellos narran” (Tedlock, 1991: 296). En otras palabras, la antropología dialógica aspira a un isomorfismo estructural entre la OP y la codificación etnográfica. Lo que ha sido producido en forma de diálogo debe ser reproducido, respetado y analizado como un diálogo o como una conversación entre dos culturas. Podría decirse que el deseo de un antropólogo dialógico es ser más “real” que un etnógrafo realista a la manera tradicional, puesto que ambos, en opinión del primero, obtienen su información en una interacción cara a cara.

Tedlock concluye explicando sus recelos acerca de los planteamientos integradores en la relación dialógica que vincula al antropólogo y al nativo. Para este autor tampoco es posible dar cuenta de las dos instancias en un texto que pretenda integrarlas describiendo su “encuentro”. La siguiente cita recuerda los planteamientos de la crisis de conciencia que sacudió a la antropología mundial en la década de los sesenta, con ocasión de su participación en intervenciones militares y en la previsión y control de conflictos en el tercer mundo. Las “partes” a las que hace alusión Tedlock nos remiten a una suerte de guerra entre antropólogos y nativos (de cuya parte están otros antropólogos) en la cual existen culpables, vencedores y vencidos, y ante la que es preciso tomar partido.

...el mito de la participación antropológica en las culturas de los otros está repleto de equívocos aleccionadores; no hay confusión respecto a de qué parte está el antropólogo y de qué parte está el nativo. A su tiempo, algo del discurso del uno encuentra su camino en el del otro, al punto que el antropólogo puede querer poner palabras en boca del nativo, o en que el nativo pueda ir tan lejos como para parodiar al antropólogo. Pero no importa cuánto puedan converger sus discursos, siempre llega, tarde o temprano, el diálogo en el que el antropólogo abandona al nativo y toma rumbo a casa (Tedlock, 1991: 296).

#### *6.2.4. Problemas y limitaciones de la observación participante*

Hemos visto hasta ahora las características de la observación participante, sus bases metodológicas y la revisión de los textos etnográficos propuesta por algunas etnografías experimentales. Es momento ahora para ocuparnos de la discusión acerca de la validez de las descripciones producidas por la OP, de las críticas formuladas a sus condiciones metodológicas y a sus presupuestos epistemológicos.

Entre las objeciones que tiene planteada la metodología de la OP destaca la falta de operatividad de su noción de “subjetividad colectiva” cuando se intenta aplicar a fenómenos específicos de las modernas sociedades complejas pluriétnicas. Así por ejemplo supone forzar el viejo concepto antropológico referirse a “la cultura del alcohol” entre los jóvenes madrileños, la “cultura del pelotazo” para referirse a la “tribu” de los *brokers*, etc.

La idea de "subjetividad cultural" (colectiva, previa a la emergencia de sujetos) está vinculada genealógicamente con las nociones de genotipo, pueblo primitivo e inconsciente.

Primeramente, existe una unidad de la mente humana, una especie de estructura genotípica común que se comprueba no tanto en la adquisición de una cultura concreta, sino por la incorporación necesaria de todo sujeto a una "subjetividad cultural" con unas estructuras esenciales comunes.

En segundo lugar, una de sus condiciones pragmáticas es la existencia de un sistema que se considera a sí mismo organizacionalmente cerrado: modelo proporcionado por la antropología cultural de los llamados pueblos primitivos o, en su defecto, de las comunidades. En una ciudad occidental la desigualdad en la distribución del conocimiento es mucho mayor que en una aldea bororo, las fronteras del sistema son más permeables, las identidades simbólicas en que se expresa el contenido de aquella subjetividad son múltiples y no están sincronizadas, emerge el mundo de los sistemas autoorganizados<sup>10</sup>, sus acoplamientos, frotamientos, etc. Por decirlo de otro modo, una determinada cultura, en el significado clásico del término para la antropología cultural (y en el aquí expuesto como producto de la observación participante) no está constituyendo ya el único "modelo cognitivo y operativo" (en términos de Rapaport) de una comunidad pequeña y relativamente independiente.

En tercer lugar, se ha considerado tradicionalmente que dicha "subjetividad colectiva" no es consciente, no es describible por sus actores, y que sus significados sólo pueden ser esclarecidos desde un punto de vista exterior o más "objetivo". Se identifica el interior de un sistema dado como incapaz de dar cuenta de sí mismo, y el exterior del mismo como ámbito de la única forma de reflexividad o conciencia posibles. La perspectiva del analista se considera la depositaria de las "estructuras esenciales", capaces de desvelar los casos particulares de la perspectiva de los actores de una determinada cultura (Bueno, 1990: 85). El aspecto más problemático aquí para el uso de la observación participante en la moderna sociedad industrial es qué se entiende en la actualidad por "externo" y cuáles serían las nuevas unidades de análisis en las que tal distinción siguiera teniendo pertinencia. Entidades con la frontera bien definida (por ejemplo, empleados de RENFE) presentarán configuraciones culturales significativas superiores en extensión (identidad con el cuerpo de funcionarios), inferiores (maquinistas, revisores), criterios transversales (jefes de servicio, trabajar cara al público), extra-sistémicas (asociaciones de vecinos), etc.

Ahora bien, junto a estos problemas de "aplicabilidad" contemporánea de determinadas premisas de la OP, existen críticas a las nociones de sujeto y mente que están implicadas en sus condiciones y epistemología, a partir de las cuales la OP muestra sus limitaciones incluso en referencia a conceptos sociológicos complejos como el de sistema social autoorganizado o el de Individuo (véase más adelante en este mismo capítulo).

La observación participante posee una teoría del sujeto estructurada por una cadena de dos hipótesis sobre la mente humana y su conocimiento. Estas dos "hipótesis" han funcionado como verdaderos marcos teóricos que se han sucedido cronológicamente pero forman en la actualidad modelos coetáneos.

En primer lugar, la OP lleva a cabo una reducción de la complejidad del sujeto a la hora de comprender las acciones de los sujetos: la reflexividad, los valores personales, la conciencia, el deseo son obstáculos para el conocimiento de la realidad global de un objeto de investigación. Así ocurre que la OP produce el efecto de que no existen demasiadas diferencias entre los sujetos de una misma tribu, la unidad de la misma se convierte en el tipo ideal del que se está informando, y las especificidades de los sujetos son desechables. Dicho tipo ideal es estable, compacto y claramente distinto de su entorno. Reducir el nivel de subjetividad

y reflexividad del objeto (grupo humano estudiado) por debajo del nivel de subjetividad y reflexividad del sujeto investigador implica una decisión metodológica positivista: prescindir de unas así llamadas "propiedades secundarias" de los objetos es lo que hace posible un conocimiento científico. Las propiedades convencionalmente consideradas secundarias de los sujetos por las prácticas de la OP son todas las relativas a cualesquiera de sus fuentes de complejidad personales, pero especialmente en el caso de la antropología contagiada de este positivismo metodológico, la cualidad perdida por excelencia es la reflexividad sobre el significado de la propia cultura, y la noción de racionalidad relativa es el subsiguiente artefacto analítico que reconduce tal limitación de su teoría de la mente.

En segundo lugar, desde la universalización de la idea de relativismo cultural (todas las culturas y todos los sistemas dotados de congruencia cognoscitiva son iguales en valor y, en cierto sentido, incomparables), concediendo al objeto de investigación la misma capacidad de subjetividad y objetividad que la que se presupone en el sujeto investigador, se espera del "nativo" un comportamiento racional isomorfo de la concepción de la racionalidad del analista, desechando las divergencias hacia la categoría de lo imaginario, místico, mágico, etc. Este es el esfuerzo típicamente desarrollado por la antropología cultural: encargarse de encontrar las racionalidades subsidiarias e inconscientes de diferentes grupos humanos que tienen expresión en el dominio simbólico. Racionalidad no es más un concepto etnocéntrico en su contenido concreto para la cultura occidental, sino en su equivalencia tácita a *significado sistemático inconsciente*. Lo que importa destacar en términos de limitaciones de la OP es la implicación efectiva de esta teoría de la mente y las consiguientes dificultades para investigar la complejidad de las modernas sociedades industriales.

En suma, no consideramos que la observación participante tenga un problema de "subjetivismo" en su esfuerzo para la comprensión de las acciones de los sujetos. Si bien es cierto que la observación participante posee una alternativa de mayor implicación comprensiva respecto a una sociología objetivista, todavía puede decirse que la observación participante funciona como una sociología positiva, pues genera un producto (culturas, identidades) para el que reclama estatuto ontológico y una gran capacidad para orientar la acción social. Muy lejos de un subjetivismo, por el contrario, pretendiendo controlar/producir una forma de subjetividad racional de la colectividad (en el sentido expuesto), la observación participante pierde la referencia de la categoría sujeto (construye totalidades; ignorando que el propio sujeto es la forma originaria de toda totalidad, según explicamos con detalle en la introducción de la obra), no alcanza una teoría compleja y unitaria de la mente humana, y practica una ocultación activa de la preocupación constante que el analista-participante despliega sobre el sí mismo<sup>11</sup>.

Una vez expuestas estas críticas, formuladas en términos de aplicabilidad e implicaciones teóricas, vamos a añadir una última línea de investigación que objeta a la observación participante su ilusión de superar una imposibilidad.

Desde el marco teórico de la fenomenología social, se contemplan dos refutaciones. Primera. El observador participante (en coherencia con el principio de indeterminación que acompaña a la prueba empírica) modifica con su presencia los cursos de acción y las motivaciones de los actores cuya cosmovisión natural-relativa pretende comprender. Aun cuando el grupo investigado no conoce al investigador como un observador (posibilidad desaconsejada por los etnógrafos), los efectos indeterminadores no dejan de estar presentes, especialmente los que tienen lugar en la conducta del propio observador-actor como consecuencia de conocer las razones y la estrategia observadora de su orientación. Segunda. El observador participante no puede trascender su mundo vivido concreto y, por tanto, no pue-

de acceder a la comprensión de motivaciones, cambios de la atención, significados y conducta del actor a través de la observación de su propia conducta, puesto que los mundos de observador y actor son incommensurables (Schütz, 1972).

El observador carece de acceso a las modificaciones atencionales de la otra persona; por lo menos, no puede adquirir ninguna información acerca de estas modificaciones observando su propia conciencia. Tampoco está en situación de influir sobre la conducta de la persona observada ni de ser influido por ella. No puede proyectar su propio motivo-para de manera que se transforme en el motivo-porque de la persona observada. El observador no puede juzgar, a partir de la mera conducta del otro, si este último está logrando llevar a cabo sus planes o no (Schütz, 1972).

Finalmente, desde la cibernética de los sistemas observadores también puede desvelarse un problema de capacidad comprensiva en la tecnología de la observación participante. El planteamiento de la observación existente en la observación participante requiere una especialización observador/observado que tiene paralelismo con una cibernética de los sistemas observados o teoría del control, donde la participación es una condición de manipulación (y producción de ruido en el interior) de la máquina. El analista nunca es otra cosa que un observador "incorporado" al sistema. Así pues no estamos ante un sistema observador, sino ante un sistema-con-observador a domicilio (Gutiérrez, 1993: 88). El sistema define sus fronteras desde un punto de vista *emic*, pero el observador no constituye un "estado observador del sistema", salvo en un sentido antropológico muy genérico (es un ser humano que estudia a otros seres humanos), pues no da lugar a una observación que provenga del interior (endógena). En este sentido, no puede ser considerado como un universo que ha sido capaz de producir observadores. Para esta perspectiva es claro que las construcciones tecnológicas "desde dentro" son las que tienen un mayor interés (Gutiérrez, 1993).

A modo de punto de llegada provisional, Ibáñez sugiere lo siguiente, con su contundencia habitual.

Heinz von Foerster (en Dupuy, 1982) propone una sugerente conjetura. Cuanto más trivialmente conectados están los elementos de un sistema (por ejemplo, cuando, como en un desfile, cada soldado ajusta su paso al del soldado contiguo), más opaco es el sistema para un observador interno y más transparente (visible/manejable) para un observador externo. Cuanto más compleja es la conexión (como en una sociedad paleolítica), más transparente es el sistema para un observador interno y más opaco para un observador externo. Por eso, los antropólogos acceden raramente a las claves de las sociedades que estudian (Ibáñez, 1990b: 159-160).

### 6.2.5. El debate *emic/etic*

El par *emic/etic* (inventado por Pike y procedente de la lingüística) centra la terminología en que la antropología cultural discute la epistemología, la metodología y la ontología de la relación entre interior/exterior y, en consecuencia, la validez de las investigaciones realizadas mediante observación participante. El debate *emic/etic* oscila entre los llamados puntos de vista que simulan lo interno (*emic*, la significatividad y el sentido para el actor) y los pun-

tos de vista que priorizan lo externo (*etic*, la significatividad y el sentido para el observador). Algunas de las críticas a enfoques interpretativos o *emic* abundan en una presunta renuncia a la construcción teórica, en su “reducción etnográfica”, critican un cierto etnografismo. Estas mismas críticas juzgan negativas las implicaciones explícitas de la experiencia del observador. El planteamiento emicista cuestiona la capacidad comprensiva de las observaciones realizadas desde una estrategia *etic*. Vamos a extendernos en este punto. Daremos la palabra a los autores de algunas de las corrientes más críticas con la propia distinción *emic/etic*, y después intentaremos sintetizar las principales posiciones existentes.

Pike apuesta por la visión *emic*, con énfasis en lo sincrónico y lo particular<sup>12</sup>, mientras que Harris considera inverificables las proposiciones formuladas en términos *emic* (no son observables, las hace equivaler a lo mental) y defiende una visión externa o *etic*, general y diacrónica. Por su parte, la antropología hermenéutica de Geertz abanderará una nueva etnografía que permanece asentada sobre la incapacidad de los nativos para autodescribirse y la consiguiente necesidad de un “investigador externo”. Veamos.

Geertz (1983: 56) se pregunta cómo es posible el conocimiento antropológico del modo en que los nativos piensan, sienten y perciben.

...si no es, tal y como estamos inclinados a creer, a través de algún tipo de sensibilidad extraordinaria, y una capacidad innata para pensar, sentir y percibir como un nativo (una palabra, urge decir, que uso “en el estricto sentido del término”), ¿cómo es posible el conocimiento antropológico de la manera en que los nativos piensan, sienten y perciben?

Este mismo autor se hace eco de la amplia discusión metodológica que ha generado dicho interrogante, y clasifica las respuestas encontradas en pares de oposición del tipo dentro *versus* fuera, descripciones en primera persona *versus* tercera persona, fenomenología *versus* objetivismo, cognitivo *versus* conductual y análisis *emic versus etic*. Geertz (1983: 57) pretende solucionar este listado con “la manera más importante y a la vez, más simple y directa de poner la cuestión en términos de una distinción formulada por el psicoanalista Heinz Kohut entre los conceptos de experiencia-próxima y experiencia-distante”. Su definición añade bien poco a la noción intuitiva; en el caso de la experiencia próxima (*experience-near*) se está refiriendo a “una (experiencia) que alguien pudiera espontáneamente y sin esfuerzo utilizar para definir lo que él o sus personas próximas ven, sienten, piensan, imaginan, etc.” (Geertz, 1983: 57).

La exposición de Geertz continúa afirmando que tales conceptos arbitran una diferencia de grado, no una oposición polar, y que la pregunta por cómo debe ser realizado el análisis antropológico y encuadrados sus resultados –en lugar de acerca de la constitución física que los antropólogos necesitan tener– reduce el misterio sobre el significado de “mirar las cosas desde el punto de vista del nativo”.

La respuesta última se deduce de las dos premisas explícitas. Dado que no podemos aspirar a introducirnos en la piel de nuestros informantes, y que los nativos usan sus conceptos de la experiencia-próxima de una manera espontánea e inconsciente, mirar desde el punto de vista del nativo consiste en investigar y analizar sus medios de comunicación simbólica. Por consiguiente, la antropología que toma carta de naturaleza es una antropología cognitiva<sup>13</sup>.

No debemos perder de vista, a su vez, que Geertz pretende poner en cuestión los mitos clásicos de la “comunidad” e “identificación” con el nativo.



La comprensión de la forma y la presión de las vidas internas de los nativos, para usar una vez más la peligrosa palabra, es más parecida a captar un proverbio, recoger una alusión, entender una broma —o, como he sugerido, leer un poema— que a conseguir una situación de “comunidad” (Geertz, 1983: 70).

En relación con esta crítica de la observación participante clásica (alcanzar un alto grado de comunicación empática con el nativo), y con los aspectos implicados de la relación interno/externo, Gustavo Bueno ha presentado un repaso crítico de los distintos desarrollos o posibilidades explicativas del llamado “prisma de Pike”.

Cabe la posibilidad de considerar que no existen diferencias entre *etic* y *emic* en términos de posición del conocimiento. Esto equivale a afirmar que las observaciones interiores y exteriores no poseen diferencias de validez. A lo sumo “hay contenidos más difíciles de interpretar que otros” (Bueno, 1990: 35) que producen la aparición de malos entendidos, descripciones imprecisas, etc. La consecuencia es que tal oposición pierde su importancia teórica (o. cit.: 37).

Incluso aceptando que existen diferencias entre *emic* y *etic*, autores como Ibáñez (1990b) entienden que ambos enfoques están ineludiblemente articulados.

Lo *etic* y lo *emic* se conjugan a todos los niveles. El enfoque *etic* para las génesis y el enfoque *emic* para las estructuras son complementarios: difícilmente “comprenderemos”, por ejemplo, una cultura, si no conjugamos el enfoque genético —*etic*— tipo Harris y el enfoque estructural —*emic*— tipo Lévi-Strauss (Ibáñez, 1990b: 54).

El planteamiento de Bueno puede incluirse en este mismo apartado. Su posición es que debe existir una complementariedad en virtud de la cual —y en sustitución de las proyecciones de los conceptos psicológicos dentro/fuera— pueda hablarse de un anverso y un reverso, es decir, de una pluralidad de ángulos experienciales de los sujetos observadores y de los actores.

A continuación, caben las posturas llamadas emicista y eticista. El propio Pike es defensor de un planteamiento emicista. Para Bueno “Como misionero, lo que Pike buscaba era entrar en comunicación con los nativos; otro tanto hubiera hecho un político o un comerciante. Precisamente puede decirse que el interés por la fonética resulta ser el más característico de la perspectiva científica —en relación con la perspectiva religiosa, política o mercantil” (Bueno, 1990: 26). Las críticas de Bueno a la posición emicista afirman que supone la anulación de un sujeto gnoseológico o analista, y la constitución de una pluralidad de actores envueltos en un proceso de autognosis. En opinión de Bueno la defensa de una posición *emic* radical implica una desaparición del observador en cuanto tal. En esta perspectiva, lo *etic* sería entendido como lo *emic* de la comunidad de antropólogos. Cuando esta perspectiva se conduce hasta el “adentrismo” (llamado así por Bueno en o. cit.: 51) ha sido calificada como la negación activa de la posibilidad de la ciencia.

Por su parte la posición eticista, en sus desarrollos más conductistas, convoca abiertamente la teoría de la caja negra: nada de lo que ocurra en la mente de los actores es accesible ni pertinente para la observación participante.

Asimismo, en relación con emicismo y eticismo, Bueno pone de manifiesto el origen psicologista de las ideas dentro/fuera de una cultura y los problemas que presenta su aplicación lejos de la situación práctica en que fue diseñada por Pike, con arreglo a círculos culturales relativamente cerrados e independientes.

El fondo de la cuestión reside, a nuestro juicio, en lo siguiente: que esa “exterioridad” que caracterizaría a la perspectiva *etic*, tal como Pike la concibe, es una característica muy grosera, porque “exterior” está diciendo cosas muy diferentes, algunas de ellas pertinentes (por ejemplo el alfabeto fonético internacional no fue elaborado por los mixtecos y es exterior a su cultura), otras ambiguas (por ser “exterior”, ha de ser físico) y unas terceras totalmente impertinentes, (por ser físico y exterior a la cultura mixteca el alfabeto internacional no es capaz de entrar en el interior de la lengua mixteca, como si este interior existiese en los términos de Pike) (Bueno, 1990: 36).

Por último existe una concepción paralelista de la que Bueno considera a Harris como máximo exponente: “...han de recorrerse ambos planos, supuesto que sean esenciales; y un mérito de la teoría será precisamente el que puedan recorrerse en paralelo, estableciendo todas las analogías o puentes que sean posibles” (Bueno, 1990: 59). Una observación participante sería válida en la medida en que diera cuenta de los paralelismos semánticos entre las concepciones del analista y de sus informantes.

El repaso de las posiciones en torno al debate *emic/etic* nos ha permitido poner de manifiesto la pluralidad de perspectivas teóricas que pueden concurrir dentro de unos mismos presupuestos epistemológicos. Sin perjuicio de recordar al lector las limitaciones y problemas expuestos, podemos afirmar que la OP es una metodología muy flexible cuyo repertorio de posibilidades y actitudes observacionales ha permitido el tratamiento de objetos de investigación muy diversos y su utilización en la práctica totalidad de las disciplinas científico-sociales.

### **6.3. Un modelo de tecnología de la observación endógena: la autoobservación**

Tal y como exponíamos en la introducción a este capítulo, la principal fuente de diferencias entre la OP y la autoobservación reside en sus diferentes condiciones metodológicas y en sus distintos presupuestos epistemológicos. La utilización en la metodología sociológica de los conceptos fundadores e implicados por la autoobservación supone transformar tales “creencias” o premisas básicas con consecuencias para la totalidad de la teoría social, pero dentro de una lógica histórica, a saber: la definición, en el seno de las investigaciones mediante formas de observación cualitativa, del objetivo de alcanzar los mayores niveles de validez y certeza.

Con el fin de facilitar la lectura, vamos a modificar el esquema empleado para la observación participante. Primeramente nos ocuparemos de la fundamentación epistemológica de la autoobservación, para centrarnos seguidamente en la descripción y, en último lugar, en sus problemas y limitaciones. De este modo el orden del epígrafe reproduce el orden general existente entre la introducción (marco teórico), la teoría de la observación (epistemología y metodología de la participación observacional endógena), y el socioanálisis cibernético (metodología de la participación conversacional).

#### *6.3.1. Fundamentación epistemológica*

Es preciso explicar que la autoobservación conduce a los más altos niveles de certeza y a la comprensión del sentido de las acciones de los sujetos, pues certeza y comprensión del sentido son los fundamentos de la validez de la autoobservación.

Con el concepto de certeza nos referimos a la probabilidad de que otra conciencia similar a la mía acepte el sentido y alcance óptico que mi conciencia objetiva atribuye al objeto (que puede ser otra conciencia similar, por ejemplo) y con ello coopera en su constitución. Es decir, que esa conciencia de la que hablamos y que es similar a la "mía" es (o puede ser) el objeto objetivado por "mi" propia conciencia. En otras palabras, la certeza no es otra cosa que la probabilidad de que los restantes nativos aprueben ese tratamiento; tratamiento que, como en todos los demás, no tiene sino principios explicativos que se ordenan mediante computación del observador. La certeza, por tanto, aumenta en función del conocimiento vivencial de la persona/s que se está observando.

Con el concepto de sentido hacemos referencia a una actividad selectiva heterogénea del sujeto (véase el concepto de heterogeneidad) en su interpretación creativa (véase Varela, 1990: 109) de los contextos complejos (véase el concepto de hipercomplejidad en el capítulo *Socioanálisis Cibernético*) y en su atribución de aspectos genéticos (históricos) al objeto. Hacemos referencia a un concepto impuro de sentido (véase el concepto de impureza en el capítulo *Socioanálisis Cibernético*). Dicho concepto está en relación con nuestro deseo de trabajar desde los sistemas irreversibles. Pero además, nos enfrentamos a un sentido que, en último término, manifiesta el sin-sentido (contraproducción) a partir del cual construir responsablemente un mundo hipercomplejo. Adviértase la buena adaptación de este concepto con una teoría polifónica de la enunciación, la cual, como proponen Bajtín y Ducrot (véase el capítulo *Análisis semiótico del discurso*) entiende la enunciación en cuanto acto polifónico pero, en este caso, no ya sólo como polifonía de locutores o de enunciadores, sino como polifonía de "individuos" (véase este concepto en el capítulo *Socioanálisis Cibernético*).

La atribución de aspectos al objeto, así como las relaciones que los objetos mantienen entre sí, como consecuencia de la lógica del proceso de objetivación realizado, no son sino construcciones de las conciencias complejas. En consecuencia, consideramos que las atribuciones de aspectos al objeto, más allá de los efectos inevitablemente reflexivos, y por ello pragmáticos que acompañan a toda actividad humana, tienen que ver con la atribución de significado (semántica), mientras que el conocimiento y el reconocimiento de las relaciones anunciadas —cualesquiera que sean estas— tienen que ver con la atribución de sentido (pragmática). Por ello, la relación que el individuo mantiene con otros individuos, o el objeto con otros objetos o el individuo con otros objetos está condicionada por las tareas de aspectualización (semántica) y de interpretación (pragmática) que hacen posible mediante afinidad el mantenimiento coherente de la mismidad de cualquier individuo u objeto, apta para ser computada recursivamente en un orden enésimo por todas y cada una de las conciencias que forman parte del mundo vivido concreto que me contiene y que co-genero (semántica y pragmáticamente). En línea con esto, lo definido en los cuatro primeros capítulos como connotación aparece aquí como evidencia de la complejidad y de los mestizajes discursivos.

Precisamente de la certeza, el sentido y las condiciones epistemológicas de la autoobservación vamos a ocuparnos en la descripción de su fundamentación epistemológica. Lo primero que merece destacarse es la existencia de una pluralidad de vías que fundamentan la autoobservación social.

La primera de dichas vías es la fundamentación más abiertamente cibernética. Con ella se produce una contextualización de la AO en cuanto metodología histórica y científicamente pertinente en relación con modernos desarrollos epistemológicos. Así pues, las condiciones expuestas a continuación provienen en su mayor parte de una reflexión epistemo-

lógica que está siendo empleada en áreas tan diversas como la investigación de la inteligencia artificial, la geopolítica, la terapia familiar y la economía. El resultado de su lectura no es otro que la justificación de la pertinencia y potencialidades de la autoobservación: la autoobservación queda prescrita como un modo de observación endógeno adecuado si asumimos un principio de relatividad universal de las observaciones, un principio de incertidumbre (al investigar estamos actuando y transformando), la inclusión del observador en las descripciones y la existencia de una pluralidad de personas que utiliza un lenguaje común. Veamos.

Las observaciones son relativas al punto de vista adoptado por un observador (Von Foerster, 1981b: 257). Siguiendo al autor citado, las observaciones son *sistemas de coordenadas*.

1. Todas las distinciones cognitivas se generan por un observador y son relativas a la naturaleza del mismo (Flores y Winograd, 1989: 81). Se trata de un principio de relatividad universal, según el cual ninguna construcción de conocimiento puede escapar a esta premisa. Toda descripción es, consecuentemente, una afirmación hecha por un observador a otro observador.

Un observador es un ser humano, una persona, un sistema vivo que puede hacer distinciones y especifica qué es capaz de distinguirse como una unidad... y es capaz de cooperar como si fuera externo a (distinto de) las circunstancias en las cuales el observador se encuentra a sí mismo. Todo lo que se diga se hace desde un observador a otro observador, que puede ser él mismo (Maturana, 1978: 31).

2. Las propiedades de las cosas existen solamente como distinciones especificadas por un observador. En términos de Bateson y Korzybski, el mapa no es el territorio, el territorio no aparece nunca, pues lo único que pasa del territorio al mapa es la diferencia, manejamos representaciones de representaciones<sup>14</sup>.

El proceso de la representación siempre lo filtrará, excluyéndolo, de manera que el mundo mental es sólo mapas de mapas de mapas, al infinito. Todos los "fenómenos" son, literalmente, "apariencias" (Bateson, 1985: 485).

El lenguaje produce el efecto de referirnos a tales propiedades como si fueran externas, pero se mueve siempre con "un decir "como si" y no una apelación ontológica" (Flores/Winograd, 1989: 82). Frecuentemente tales propiedades nos informan más del observador que de las supuestas cosas en sí (Von Foerster, 1991). Por ejemplo, la elaboración de una lista de libros prohibidos nos dice más acerca de quien censura que de los propios textos. Lo mismo ocurre con "las descripciones de pacientes internados, o que reciben cargas eléctricas en su cerebro, o en cuyas venas se inyectan drogas: nos brindan información acerca de sus terapeutas" (Keeney, 1983: 97-98).

"Las observaciones afectan a lo observado hasta anular la esperanza de predicción del observador (esto es, su incertidumbre es absoluta: Heisenberg)", (Von Foerster, 1981b: 257). Ibáñez se ha referido a esta premisa como quiebra de la prueba empírica o de adecuación a la realidad. El valor de verdad (de una teoría, de una proposición) articula dos pruebas científicas: la empírica (adecuación a la realidad) y la teórica (coherencia del discurso).

Heisenberg y Gödel, respectivamente, muestran el carácter paradójico de ambas (Ibáñez, 1990a: 22, 178).

El observador debe estar incluido explícitamente en la descripción de la observación. "...se puede empezar a pensar en una teoría social que incluya realmente los participantes, los elementos del sistema social, en la teoría del sistema" (Von Foerster, 1981: 105).

Para el desarrollo de una investigación social, partimos de la existencia de una pluralidad de personas.

1. El principio de relatividad de la observación funda ya, de hecho, la interacción entre más de un sujeto. "La realidad no es objetiva, pero tampoco individual" (Flores y Winograd, 1989: 82/83).
2. Von Foerster desarrolla una argumentación relativista que postula la existencia de una comunidad o pluralidad de individuos o personas o seres humanos.

Asumamos por el momento que yo soy el hombre de éxito de negocios con sombrero hongo de la figura 2 (el señor del bombín, ilustración de Gordon Pask), y que yo insisto que soy la única realidad, mientras que todo lo demás es sólo parte de mi imaginación. No puedo negar que en mi imaginación aparecerá gente, científicos, otros hombres de negocios con éxito, etcétera, como los hay por ejemplo en esta conferencia. Desde el momento en que encuentro a estas apariciones similares a mí en muchos aspectos, tengo que darles el derecho de que ellos mismos aseveren que son la única realidad y que todo lo demás es sólo una maquinación de su imaginación. Al mismo tiempo ellos no pueden negar que sus fantasías están pobladas por gente, y uno de ellos puedo ser yo, con sombrero hongo y todo lo demás! Con esto hemos cerrado el círculo de nuestra contradicción: si yo asumo que soy la única realidad, resulta que yo soy parte de la imaginación de algún otro que, a su vez, asume que él es la única realidad. Esta paradoja se resuelve fácilmente, por supuesto, postulando la realidad del mundo en el que alegremente florecemos (Von Foerster, 1991: 43).

Nótese el parecido con el argumento ontológico de San Anselmo, fundado en este caso en el principio de relatividad: "...si una hipótesis que es aplicable a un conjunto de objetos se sostiene para un objeto y se sostiene para otro objeto y se sostiene, entonces, para ambos objetos simultáneamente, será entonces aceptable para todos los objetos del conjunto" (Von Foerster, 1991: 44; Pask, 1960: 232).

Tal realidad ambiental consiste en la multiplicidad de interacciones entre las actividades cognitivas del conjunto de personas. Esta premisa considera característico de los individuos o personas físicas postuladas, en tanto que seres vivos, su calidad de sujetos cognoscentes, y el uso de un lenguaje.

1. No es condición necesaria la postulación de un determinado funcionamiento de los "dispositivos" internos de la mente de cada individuo.
2. Existe en la autoobservación una superación de la paradoja separadora de sujeto y objeto (S/O). En los términos en los que nosotros lo planteamos es impertinente la cuestión ¿qué es el sujeto? al margen del objeto. Hablar de sujeto presupone la existencia del objeto. Y esto por la sencilla razón de que el objeto es porque hay sujeto, en cuanto que hay un sujeto que lo nombra y modifica. Por tanto, frente a las lecturas de derecha a izquierda o viceversa, frente a las posiciones de quienes se olvidan alternativamente de su condición de objetos y su condición de sujetos, se defiende

aquí (desde tecnologías de la observación endógena como es la autoobservación) la disolución de la barra separadora mediante la integración de sujeto y objeto. Sólo los sistemas autoobservadores son capaces de asumir esta premisa epistemológica y conjugar esa doble dimensión existencial. En consecuencia la autoobservación trasciende igualmente el funcionamiento paradójico del Estado (véase el concepto de contraproducto en el capítulo *Socioanálisis Cibernético*), su retroalimentación del orden y desorden sociales existentes y la importancia de la barra separadora de sujetos y objetos, así como de sociólogos y tecnólogos, para el funcionamiento actual de las modernas totalidades tecnológicas. La autoobservación, como veremos más adelante, se constituye a sí misma en generadora de cambio social.

3. Las personas físicas sostienen entre sí, en principio, relaciones recíprocas comparables a la complementariedad figura/fondo<sup>15</sup> analizada por Varela (1983). Podemos extender la asunción de este postulado exclusivamente hasta el concepto inicial de acoplamientos puntuales. Los dos elementos (unidad y fondo) poseen una relación como dos series de acontecimientos dotados de cierto grado de independencia. La unidad y el medio están acoplados en ciertos puntos (acoplamiento puntual: Varela, 1983: 148).

El término “acoplamiento” debe ser concebido, en sentido laxo, como descriptor de la “onda expansiva” que sincroniza comportamientos en la teoría de la comunicación de Shannon (1983), o bien, como la propia posibilidad de interactuar recíprocamente entre la pluralidad de sujetos cognoscentes.

4. Conocer es hacer. Esta es la inflexión constructivista que caracteriza el taller cuya tecnología de participación observadora es la autoobservación. Podemos matizar que tal concepción implica una dimensión de temporalidad irreversible: los sujetos cognoscentes son sujetos históricos de una experiencia cognitiva. Podemos comprobar la pluralidad de referencias cruzadas que convergen en este postulado.

Von Foerster alcanzará sus afirmaciones epistemológicas más radicales precisamente en *On Constructing a Reality* (1981b: 288 y ss.). Ese ambiente o entorno “tal y como lo percibimos, es nuestra invención” (1981b: 288). Aquí es también donde encontramos la concepción de los procesos cognitivos como “procesos infinitamente recursivos de computación (de descripciones de una realidad)” (1981b: 296), y la consecuencia estética y ética de analizar los componentes psíquicos y sociales con los que producimos realidad.

El Imperativo Ético: Actúa siempre de forma que aumentes el número de alternativas. El Imperativo Estético: Si deseas ver (conocer), aprende cómo actuar (Von Foerster, 1981b: 308).

Glaserfeld, a su vez, resalta abiertamente la importancia de la experiencia del observador en el marco de una “epistemología constructivista radical”. “La hoja, el viento, la sombra y la rana son todas ellas partes de nuestra experiencia que nosotros, como observadores, hemos aislado recurrentemente” (1981: 126). Desde esta perspectiva, Glaserfeld modifica la codiciada sentencia de Maturana para convertirla en la nueva regla del método: “todo lo conocido es conocido por un sujeto de la experiencia (*experienter*)” (o. cit.: 124).

Por su parte, Varela entiende por conocer una “Acción efectiva: historia del acoplamiento estructural que enactúa (hace emerger) un mundo” (1990: 109). Sus investigaciones biológicas están entre las más fecundas del pensamiento de segundo orden, al igual que sus

puentes a las disciplinas del pensamiento filosófico y social. Un ejemplo de las primeras es el siguiente: "Al igual que el color, el olor no se revela como un mapa pasivo de rasgos externos, sino como la articulación creativa de sentido a partir de lo histórico. Bajo esta luz, pues, la operación del cerebro se interesa centralmente en la enactuación de mundos a través de la historia de linajes viables: es un órgano que construye mundos en vez de reflejarlos" (1990: 108). Después podemos ver un ejemplo de los segundos: "Sólo en el trabajo reciente de algunos pensadores europeos (sobre todo Martin Heidegger, Maurice Merleau-Ponty y Michel Foucault) ha comenzado la crítica explícita de las representaciones. Estos pensadores se interesan en el fenómeno de la *interpretación* entendida como la actividad circular que eslabona la acción y el conocimiento, al conocedor y lo conocido, en un círculo indisociable." (Varela, 1990: 90). Invitamos al lector a comparar el concepto de enacción de Varela con el concepto de sentido propuesto por nosotros más arriba; puede encontrarse una aproximación a las diferencias en la introducción de la presente obra. Pese a la generalidad de esta "reconstrucción histórica" del pensamiento filosófico, Varela aparece ajustándose a sus propios logros cuando enfatiza la "codeterminación" como característica del enfoque enactivo, a diferencia de "cualquier forma de constructivismo (en donde sitúa a Watzlawick) o neokantismo biológico (Lorenz)" (o. cit.: 102).

Maturana ha defendido también la implicación existente entre la relatividad de las observaciones a un observador y la existencia de una interacción "social" (entre sujetos). Para Maturana el lenguaje es el dominio en que tiene lugar esa interacción que genera mecanismos consensuales de comportamiento.

El dominio lingüístico como dominio orientador de la conducta requiere al menos dos organismos interactuantes con dominios de interacciones comparables de tal modo que se puede desarrollar un sistema cooperativo de interacciones consensuales en el que la conducta emergente de los dos organismos es relevante para ambos... El eje central de la existencia humana es su ocurrencia en un dominio lingüístico cognitivo. Este dominio es social constitutivamente (Maturana, 1972: 41. XXIV).

No existen jerarquías de tipo lógico entre las actividades cognitivas de esa pluralidad de sujetos cognoscentes. La cuestión de los tipos lógicos implica el problema de las paradojas y la teoría de la observación.

Bateson ha sido uno de los principales defensores de la teoría de los tipos lógicos, cuyos planteamientos y aplicaciones aparecen dispersas a lo largo de toda su obra. El concepto procede de los lenguajes formales y ha sido definido en los siguientes términos.

La teoría afirma que ninguna clase, en un discurso formal lógico o matemático, puede ser miembro de sí misma; que una clase de clases no puede ser una de las clases que son sus miembros; que un nombre no es la cosa nombrada (Bateson, 1985: 310)

El propio Bateson critica una utilización estricta de la teoría de tipos, tal y como fue pensada para los sistemas formales por Russell y Whitehead. La jerarquía de tipos muy pronto se muestra como una jerarquía "con muchas ramificaciones", y además la temporalidad del mundo real impide la negación lógica del pasado, análoga a la realizada con los cálculos de proposiciones que generan paradojas en "el mundo abstracto de la lógica" (Bateson, 1985: 310). Pero sin perjuicio de asumir estos comentarios, más adelante considera que la analogía parcial "puede brindar una guía importante a los especialistas en ciencias de la conducta para su clasificación de los fenómenos relacionados con el aprendizaje" (o. cit.: 311).

El uso que Bateson realiza de los tipos lógicos es diverso, y está liberado de gran parte de las implicaciones que el concepto tiene en la lógica, e incluso de la cuestión de la "distinción entre una clase y sus miembros" que él mismo había considerado fundamental en la teoría. Podríamos decir que realiza una lectura laxa de los tipos lógicos sin incurrir en un pensamiento cerrado o estricto al respecto. Keeney (1983: 46) coincide con esta valoración. En la práctica Bateson emplea la teoría de tipos para "saltar" del Pleroma (la cosa nombrada) a la Creatura (los nombres<sup>16</sup>), y para jerarquizar relaciones (pre-definidas) de inclusión: bien se trate de la relación entre un estímulo y sus sucesivos contextos (Bateson, 1985: 319) o (tácitamente) de la relación entre conciencia e inconsciente.

En opinión de Keeney (1983), Bateson conocía las objeciones de Spencer-Brown (1972) y von Foerster (1981b), según las cuales no debían proscribirse las paradojas sino construir con ellas una visión alternativa. De aquí la importancia que el concepto de contraproducto —resultado paradójico— a partir del cual se orienta la construcción del *Sociocibernético*, entre otros recursos interpretativos. Teniendo presentes las primeras condiciones epistemológicas que hemos enumerado, toda observación, en tanto enunciado de un observador que participa (que media) lo observado se constituiría en una sentencia autorreferencial. No obstante, sigue valorando Keeney, Bateson concluyó que la tipificación lógica constituía un "instrumento descriptivo para distinguir las pautas formales de la comunicación que subyacen en la experiencia y la interacción entre los hombres" (Keeney, 1983: 46). Para Keeney, autores como Watzlawick, Weakland y Fisch eran igualmente partícipes de esta visión laxa o atenuada de los tipos lógicos considerados con valor descriptivo y no preceptivo.

Desde nuestro punto de vista, Keeney efectúa una lectura de Bateson que reconstruye históricamente la ubicación heurística de una teoría de tipos. No haremos nuestra la posición de negar esta posibilidad, pero sí llamamos la atención sobre dos aspectos. Primero. Asumida en tales términos: hay unos tipos lógicos que tan pronto se utilizan para describir se muestran cruzados por todo género de interferencias y paradojas entre sus niveles de recursividad, la premisa epistemológica o descriptiva de los tipos lógicos no hace sino describir la inutilidad de la distinción que prescribe (un ejemplo se encuentra en los distintos niveles de conciencia que el propio Bateson (1985) pone en práctica en el análisis de las dinámicas de Alcohólicos Anónimos. Si la dependencia del alcohol (y por tanto, los niveles o tipos lógicos de conciencia o perspectiva en las mentes de los alcohólicos) estuviera completamente exenta de comportamientos sistémicos y no intencionales (como pareciera afirmar en principio Bateson, pues se mueven, en este estudio citado, atrapados por el primer nivel de conciencia intencional), el proceso de "recuperación" del alcohólico no supondría simplemente un salto de nivel sino una transformación sustantiva de la naturaleza humana (!). Para solucionar esta reducción al absurdo es necesario asumir que un alcohólico involucra todos los niveles de conciencia en la construcción de su identidad y su entorno, por tanto, que la jerarquía de los mismos es una "jerarquía enredada". Segundo. Keeney muestra hasta qué punto entender los tipos lógicos con un valor descriptivo requiere emplear el concepto de escalas de observación (von Foerster, Mandelbrot) y la lógica de la forma según Spencer-Brown, esto es, considerarlos "distinciones trazadas" ("Así pues, la tipificación lógica podía concebirse simplemente como una manera de trazar *distinciones*, y desde esta perspectiva, utilizarla para poner de relieve la autorreferencia y la paradoja en lugar de ocultarlas" Keeney, 1983: 46). El lenguaje de las distinciones e indicaciones es más potente que el de la Teoría de Tipos (volveremos sobre este aspecto. Véase el capítulo *Sociocibernética: marco sistémico y esquema conceptual*).



La segunda de las vías de fundamentación de la autoobservación proviene de la incorporación de recursos teóricos de la fenomenología social (principalmente a partir de Schütz) y de la teoría de la fractalidad social que veremos más adelante. Podríamos afirmar que sus dos ejes son la imposibilidad de escapar al mundo vivido concreto al que se refiere la fenomenología social, y la exigencia de los mayores niveles de certeza para la comprensión de los fenómenos sociales.

Respecto al primero de los conceptos vertidos, vamos a recurrir a un ejemplo.

Gutiérrez, Aguado y Abad (1992) han desarrollado un proceso de autoobservación sobre el diseño de un museo de cine. Para ello partieron de las mismas premisas bajo las que fue realizado el trabajo previo (titulado *Arquitectura y Semiótica en el diseño de un museo de cine*): el hecho arquitectónico no se presenta como exclusivamente comunicativo, sino también como estructural y significativamente semiótico y, por consiguiente, cultural y social. Sujeto y objeto se construyen mutuamente. La propia conceptualización del objeto como museo atribuye al sujeto uno o varios roles relativos: visitante, empleado, cleptómano, etc. En último término, el diseño de ese artefacto cultural, tipo satisfactor arquitectónico, no existente, aunque objetivamente posible, se realiza a partir del yo experiencial constituido en relación intersubjetiva. Se puede pensar el pensamiento creativo a partir del objeto y sus diferentes tipos, dando por supuesto el usuario o, por el contrario, se pueden pensar los tipos ideales del usuario proyectados desde el yo experiencial en realidad actual intersubjetiva y, desde ahí, alcanzar el objeto arquitectónico a diseñar. Cualquiera que sea el camino elegido para el diseño, su acción creativa está determinada, además de por leyes físicas y biológicas, por instituciones sociales o individuos (véase este concepto en el capítulo SAC), así como por las experiencias contenidas en el nivel de lo dicho y no dicho (mediatizadas por el lenguaje, en consecuencia) llevando todo ello consigo la cosmovisión característica de las totalidades de las que participa el observador<sup>17</sup>. En realidad la acción creativa consistirá en un ir y venir entre ambos tipos de recorrido. En estos recorridos nos encontraremos con tipos ideales de artefactos, entendidos como contextos de significado susceptibles de ser incorporados al tipo ideal sin transformarlo sustancialmente, y con tipos ideales de usuario capaces de desarrollar determinados cursos de acción sin transformar esencialmente el artefacto. Esos contextos de significado incorporados operarían como marcos, hasta ese momento inéditos en ese contexto de significado, mientras que los segundos ofrecerían un conglomerado de actores en justa correspondencia con el artefacto diseñado. La correspondencia entre contextos y actores tiene siempre un carácter metafórico y un comportamiento inevitablemente reflexivo (circular) de orígenes siempre "individuales" (relativos al concepto de individuo), consecuencia de la inevitable mediación del lenguaje con origen experiencial: el conocimiento será siempre un conocimiento derivativo del conocimiento.

De lo dicho se sigue que cualquier interpretación de significado subjetivo implica una referencia a una persona en particular. Además debe ser una persona de la cual el intérprete tenga alguna clase de experiencia y cuyos estados subjetivos se pueden recorrer en simultaneidad o casi simultaneidad, mientras que el significado objetivo está desvinculado de personas particulares y es independiente de ellas. No es necesario decir que el significado objetivo se basta a sí mismo con la teoría de la caja negra como conceptualización de la mente. Por el contrario, el significado subjetivo y el problema de su subsiguiente validez se relaciona estrechamente con la autoobservación social. La razón estriba en que si bien el significado objetivo presupone un observador, el significado subjetivo apunta, en primera instancia, a la existencia de un actor. Será el actor y no el observador el que se encuentre en mejor posición para acceder con mayor certeza a la significación subjetiva. El

requisito lógico para el aumento de la certeza exige que el intérprete participe de los esquemas interpretativos de los signos que utilizan los observados, es decir, que sea un actor, un nativo. En fin, solamente desde la AO se coloca el investigador en el camino de los grandes progresos teóricos, pues es capaz de “ponerse en la piel de las cosas”, siguiendo a Thom (1991).

### 6.3.2. Características de la autoobservación

Un programa de investigación social mediante la metodología de la autoobservación se basa en la constitución de sistemas observadores de sí mismos o autoobservadores. Para introducimos en sus características específicas vamos a exponer las condiciones necesarias para ser considerada una observación social como autoobservadora.

Los autores del presente texto son conscientes de que al presentar la autoobservación como una legítima y privilegiada posición para la observación científica están proponiendo una construcción alternativa frente a los presupuestos tradicionales, los cuales la habían convertido en un desecho más, entre los muchos con que no trabajan las ciencias de los procesos reversibles y sus tecnologías de la totalidad (véase la introducción al libro).

Hemos dicho en la introducción de este capítulo que el observador y el actor, además de posiciones básicas de las que derivarían todas las demás, son posiciones y no personas o especialistas inamovibles en el curso de una interacción. Asimismo identificamos la autoobservación como un ejemplo de forma derivada de la relación-nosotros en orientación-otro, es decir, aquella situación en que el actor (posteriormente/ahora observador) está simplemente orientado hacia el otro y en actitud natural.

En línea con este repaso podemos introducir las posibilidades metodológicas (y las implicaciones teóricas para el cambio social, como se verá en el capítulo *Socioanálisis Cibernético*) resultantes de añadir los conceptos de sistema observado y sistema observador, provenientes de la cibernética, en cuyo seno representan el paso de una teoría del control del comportamiento y la comunicación en animales y máquinas a una autoorganización y complejización creciente de los sistemas. Un sistema observado será objeto de observación externa, directa e indirecta, con registros cualitativos o cuantitativos. Por el contrario un sistema observador será capaz de escindirse en un estado observador y en un estado observado. El observador será siempre un miembro del sistema que de cuenta de la constitución de la frontera del mismo, y en términos de Pask, de los propósitos de aquel y de los suyos propios en cuanto observador, así como de la constitución de la situación de observación. En línea con esto, la modalidad de observación participante estaría comprendida dentro de lo estipulado para los sistemas observados, con la particularidad de que sus observadores lo son “a domicilio”. Sólo la autoobservación permite dar cuenta de verdaderos sistemas observadores a los cuales, para mayor precisión, llamaremos en adelante sistemas autoobservadores.

La primera de las ventajas de esta modalidad de orientación, característica de la autoobservación, sería la no afectación recíproca que toda observación inevitablemente produce entre las posiciones básicas (observador/actor), de acuerdo con el principio de incertidumbre al que hemos aludido anteriormente. Por ello consideramos imprescindible subrayar la necesidad de que el actor-observador se desenvuelva como tal (y no como ob-

servador-actor), en la actitud natural, dentro de las situaciones posteriormente reconstruidas. Quiere ello decir que el actor-observador no debe tener la intencionalidad, al aproximarse al objeto, de convertirse posteriormente en observador de sí mismo y del otro hacia el cual se orienta. Precisamente la autoobservación apunta hacia la superación de la actitud intencional que denunciara Bateson como característica más notable de la observación externa (véase a estos efectos el capítulo *Socioanálisis Cibernético*; véase asimismo un análisis nada trivial ni convencional sobre la intencionalidad en Fernando García Selgas *Análisis del sentido de la acción: el trasfondo de la intencionalidad*; no obstante la desaparición de la conciencia intencional que postulamos no permite ser identificada con el proceso de encarnación allí descrito). Adviértase además que para la autoobservación el sí-mismo no es otra cosa que el resultado complejo de la inevitable correlación, por un lado, entre el actor y el otro hacia el cual (o los cuales) se halló orientado en el pasado y, por otro lado, la interacción entre dicha complejidad y el yo autor (presente) del autoobservador (véase el concepto de mente en capítulo *Socioanálisis Cibernético*). Así pues no bastaría con la construcción textual del diálogo intercultural (del que habla la antropología dialógica, característico del tiempo de lectura, de la preparación final de la investigación) sino que ese diálogo, para hacerse posible, deberá pasar a ser consciente de la indeterminación de los objetos ocasionada por la confusión de los diferentes tiempos de lectura y escritura: aquello que se observa, valdría decir, lo escrito, el texto nativo, en cuya construcción fue parte responsable el sujeto-actor, y lo leído (la observación misma, la investigación como resultado) de cuya construcción o, si se quiere, invención es responsable único el actual autoobservador (véase un ejercicio de diálogo intercultural desde la autoobservación en la introducción). Ocurre que éste último proceso prevé la necesidad de que el autor se incluya en su obra en un proceso, en principio, ilimitadamente recursivo, dotado de características similares al que incluye los tiempos y plazos de lectura y escritura antes mencionados.

Denominaremos “observador principal” de un proceso autoobservador al autor que trabaja con estos presupuestos epistemológicos. En otras palabras la *conditio sine qua non* es que se constituya como tal a partir de una situación originaria de participación. Por consiguiente, diremos que la expresión “observador principal”, además, indica que la investigación mediante autoobservación se realiza con una pluralidad de observadores.

La autoobservación constituye un procedimiento de aprendizaje/conocimiento inverso del realizado en la observación participante: en lugar de aprender a ser un nativo de una cultura extraña (en lugar de ser un observador externo que pretende un estado de observación participante), el nativo aprende a ser un observador de su propia cultura a través del acoplamiento puntual con otro sistema distinto del propio: se constituye un estado observador del sistema (un sistema autoobservador) ante las perturbaciones introducidas por otro sistema (sistema demandante de la investigación). En este sentido, podría decirse que la autoobservación es consciente del diálogo intercultural que supone toda investigación social, tal y como presupone la antropología dialógica, si bien, a diferencia de ésta, la autoobservación entiende ese diálogo intercultural como el producido entre un nativo próximo –por oposición al nativo remoto de la antropología dialógica– y un autor consciente de su autorreferencialidad, así como de su capacidad para acceder a los significados subjetivos en todos los niveles de recursividad a los que apunta su discurso constructivista. Esta apelación al carácter constructivista de los discursos “inventados” a partir de los sistemas autoobservadores elimina cualquier posible pertinencia de la discusión sobre el subjetivismo de este tipo de investigaciones. La razón es obvia: para el constructivismo cualquier descripción del mundo es una invención. Por consiguiente el debate, de existir, girará en

torno a las estrategias, pero nunca sobre las “adecuaciones” con que el cientifismo de finales del siglo XIX presentaba sus presuntos “descubrimientos”.

Hecha esta aclaración, consideramos necesario subrayar que el diálogo intercultural de la autoobservación no identifica al nativo que fue con el autor que es, sino todo lo contrario. Sería únicamente el hilo biográfico, el conocimiento experiencial adquirido en otro tiempo el que operaría a modo de enlace entre los sujetos presupuestos por ambas posiciones. Así pues, la autoobservación permite acometer la superación de la quiebra de las pruebas empírica y teórica, la cual acompaña, como apuntara Ibáñez en repetidas comunicaciones, a toda investigación realizada con observadores externos. “...como al investigar empíricamente el objeto lo alteramos, tenemos que investigar la investigación del objeto, la que a su vez alteramos, por lo que habrá que investigar la investigación de la investigación del objeto. Nos metemos en una cascada transfinita de reflexividades”.

A modo de resumen podría decirse que “yo” (autoobservador), que estuve viviendo dentro del mundo aquí descrito como actor en orientación-otro, puedo también dirigir mi atención (y convertirme en autor) hacia ese mundo y hacia ese yo (actor) en orientación otro. En estos casos atiendo en tiempo pluscuamperfecto a los actos intencionados ya realizados mientras estaba orientado hacia el otro y hacia lo que he captado en esos actos, a saber, la orientación del otro hacia mí. La autoobservación se llevaría a cabo bajo la forma de una arqueología vivencial (una reconstrucción del conocimiento a través de la experiencia del sujeto). Este punto de llegada cobra especial relevancia si se recuerda que la originalidad primaria de la conciencia del otro sólo se obtiene en la orientación-tú, o bien, en la “relación nosotros realizada y llena de contenido” (Schütz, 1972: 195). Parafraseando a Schütz podría decirse que el autoobservador no puede vivir los contextos subjetivos del yo actor y del tu actor sino en la medida en que retrospectivamente vivencie como observador “externo” la precedente relación yo-tú (observador-actor; autor-texto) realizada y llena de contenido.

Todo sistema que constituye la comunidad de una pluralidad de sujetos sincronizados tiene su soporte físico en las personas físicas y en sus interacciones. Por tanto el sistema sólo puede devenir “observador de sí mismo” a través de la constitución de uno o varios sujetos cognoscentes, que cambian su posición de participantes por la de observadores de sus observaciones previas, es decir, autoobservadores.

De lo dicho se derivan una serie de consecuencias de importancia estratégica, a saber:

El “observador principal” debe ser pues un “nativo próximo” del sistema de referencia y no un nativo remoto como el característico de la observación participante y las observaciones externas. Este concepto de proximidad constituye un desarrollo a partir de las categorías de experiencia próxima y experiencia distante (Kohut, citado en Geertz, 1983).

La consideración de “nativo próximo” implica que el sujeto, ahora autoobservador, debe abandonar o haber abandonado su condición de participante y poder constituirse en el estado observador del sistema.

El autoobservador, en su etapa de nativo del sistema de referencia, es decir en su etapa de actor-observador, ha debido ocupar el mayor número posible de posiciones de actor-observador entre aquellas implicadas en el objeto a reconstruir después.

La definición del sistema respeta, en un comienzo, la percepción de sistema que poseen los participantes de una realidad nominal (la empresa X, la institución Y, las mujeres en situación C, la familia D, etc.). Esa consideración previa se interrelaciona, posteriormente, con las unidades y categorías de análisis científico-sociales. A tales realidades nominales las denominaremos: “individuos”.

En términos materiales u ontológicos el presunto objeto de estudio nunca deja de ser un continuo, un campo: individuo y "totalidad" (del nivel que ésta sea) se disuelven en relaciones homotéticas, autocatalíticas e irreversibles de variación e identidad (véase el concepto de identidad desde otra perspectiva concordante con esta en el capítulo de Fernando García Selgas).

La posición autoobservadora es dependiente de una teoría de la fractalidad social. El individuo (cualquiera que sea su dimensión —uno o más sujetos— y/o naturaleza —grado de complejidad—) es fractal en la medida en que es relacional y en tanto que su conciencia esté inmersa en un funcionamiento intencional. No es que el todo esté repartido de forma alícuota entre las partes, ni que éstas sean una suma superior al mismo, sino que existen núcleos de complejidad comunes a cualesquiera niveles o escalas de observación de "lo social". Cuando hablamos de individuo, por esta misma razón, manejamos indistintamente la identidad de un ser cuyo estudio se puede abordar, según los casos, bien como "ser espacial", "material", bien como ser de "tipo abstracto" —siguiendo la terminología de Thom (1991)—.

La afirmación anterior exige una puntualización previa: nosotros suponemos, en consecuencia, que sólo el "ser espacial", "material" es realmente existente; lo cual no quiere decir que los individuos como "seres de tipo abstracto", no inauguren, mediante reificación reflexiva o transitiva de sus elementos-sujetos, las actividades características de los sujetos mismos: interpretación, intencionalidad, en definitiva, relación y reversibilidad.

Los sujetos de "tipo abstracto" poseen una ontología dudosa y sólo son en función de la perspectiva del observador (sea éste un solo sujeto o varios; véase el concepto de portavoz en el capítulo Análisis semiótico del discurso).

En esta visión, se impone como necesaria la consideración de la "interpretación" no como uno más de los modos de comportamiento del sujeto, sino como el modo de ser del propio existir, retomando a Gadamer<sup>18</sup>. En consecuencia, desde esta perspectiva, los individuos de "tipo abstracto" (como "la clase obrera", "la sociedad", "la opinión pública"... ) existen en la medida en que interpretan y manifiestan intenciones reversibles.

De lo dicho se infiere que las realidades nominales mencionadas (todas ellas de tipo abstracto e irremediamente abiertas, en cuanto sistemas) existen hasta donde puedan ser consideradas como instituciones encargadas de la transmisión de conocimiento "significativo" (decisivo en el mecanismo de creación de la complejidad disciplinaria). Esta propuesta se acerca a la de Mannheim (análisis de las instituciones que son, según éste autor, el supuesto almacén del desarrollo de la vida intelectual: escuelas, universidades, academias...), pero se aleja desde el momento en que trata realidades nominales como el Ministerio del Interior como instituciones capaces de asumir tareas de creación y transmisión de conocimiento. El discurso de la seguridad es un ejemplo de ello (véase Gutiérrez, 1993).

La naturaleza semántica de las instituciones y discursos apelan a la interpretación y a la transmisión (siquiera reflexiva) y por consiguiente apuntan a un otro, es decir, a una relación. Las relaciones que los sujetos materiales mantienen con los individuos de "tipo abstracto", los sujetos materiales con los de su misma identidad, las instituciones y discursos con otros sujetos de tipo abstracto están determinadas por las estructuras mencionadas. Y estas, a su vez, son dependientes del grado de apertura del sistema. Así pues, no es el individuo aislado (al margen de la sociedad) quien piensa, quien interpreta. Es siempre el individuo producido y reproductor de esas instituciones y discursos de tipo abstracto quien piensa, quien interpreta.

Por consiguiente, diremos que existe la posibilidad teórica de hablar acerca de un repertorio de discursos virtuales, actuales y realizados<sup>19</sup>, aunque no tantos como observado-

res, tal y como afirmaríamos el subjetivismo, sí tantos como esquemas estandarizados de interpretación-realización. En este sentido, lo "real" (si es que a estas alturas este concepto tiene todavía algún sentido) estaría constituido por el repertorio de esquemas estandarizados disponibles y susceptibles de ser organizados e interpretados en macro-estructuras que coexisten. Advuértase que hablamos de posibilidad teórica, no de certeza. La idea de repertorio a la que hacemos referencia no tiene nada que ver con conceptualizaciones más conocidas tales como la conciencia colectiva (Durkheim), la subjetividad colectiva o la cosmovisión-natural relativa (Schütz). El citado repertorio y su posibilidad teórica se muestra apenas relevantes, a no ser que sean considerados como vaga expresión de la multifacética complejidad del mundo social y se acometa una descripción genética (histórica), así como que se entienda su naturaleza inevitablemente policéntrica (cada sujeto interindividual se corresponde con un centro).

En la autoobservación la unidad de análisis de tales realidades nominales es polivalente: por un lado, el "sujeto" (forma originaria de la totalidad, por lo cual recurrimos a su entrecomillado), y por el otro, el individuo (cualquiera que sea la denominación sociológica o el número de actores que dicha abstracción reciba). Esta polivalencia de las unidades complejas de análisis es consecuencia directa de la teoría de la "fractalidad social" (véase capítulo *Socioanálisis Cibernético -SAC-* y Gutiérrez, 1993: 118 y ss.), que se encuentra en la base de la fundamentación metodológica de la autoobservación. Asimismo, si bien esta teoría de la fractalidad social permite avanzar en la construcción de una ciencia social con sujetos (liberados de las carencias originadas por las tecnologías de la totalidad) también se muestra como uno de los límites insuperables para alcanzar la definitiva construcción de una ciencia de tales características (véase capítulo *Socioanálisis Cibernético* y los límites y problemas de la autoobservación de éste mismo capítulo). Dicho de otro modo, si bien la autoobservación apunta a la desaparición de la posibilidad de la consideración fractal del individuo, dicho objetivo se muestra, en realidad, cibernéticamente inalcanzable. El avance se vislumbra a partir de la posibilidad de vinculación entre los niveles micro y macrosociológico. El límite se manifiesta al tener que, en definitiva, acudir, para su construcción, a los "tipos ideales anónimos" (véase este concepto en el primer capítulo de la obra, epígrafe 1.5) característicos de los principios de la cataláctica (a modo de ejemplos: el ciudadano, el paseante, la sociedad...).

Muy pronto nos damos cuenta del carácter complejo de dichas unidades de análisis. A pesar de su polivalencia, el lector no debe entender que hemos "reducido" la complejidad: también las unidades de análisis son heterogéneas y están sometidas a mezclas y frotamientos entre culturas (lo que la antropología cultural llama procesos de aculturación). En la introducción exponemos cómo dichos procesos han sido descritos en términos de "pliegues"<sup>720</sup> o culturas, mostrando su dinámica productora y reproductora (circular). Al igual que ocurre con las culturas, también las realidades nominales muestran su complejidad: ninguna de ellas está exenta de "contagios", mestizajes. Así, un mismo individuo no es, ni puede ser nunca, miembro de una sola realidad nominal y cultural. De manera análoga, una realidad nominal no está formada nunca por los mismos individuos ni por una cultura sin contagios ni mestizajes con otras culturas, además de no poder ser ajena a los efectos reflexivos de toda producción humana (véase el concepto de reflexividad en Fernando García Selgas, *Análisis del sentido de la acción: el trasfondo de la intencionalidad*, en este mismo libro). Todo ello subraya la imposibilidad de la consideración como realmente existentes de "tipos puros" (p. ej. la felicidad, la libertad, el trabajo, lo cual cuestiona la posibilidad de reducción a una única dimensión la multifacética dimensionalidad de lo social

y de lo real), así como la posibilidad de excluir los sujetos (vinculados, desde ahora, con las tecnologías de la totalidad) de las preocupaciones científico sociales.

Lo expuesto se explica si consideramos como exigible (tal y como se plantea en las tecnologías de la observación endógena) la descripción de las reglas de circulación disciplinaria de individuos, objetos y mensajes, aunque prescindiendo del carácter incierto y asimismo complejo que dichas circulaciones suponen (y son puestas) para (por) cada una de los individuos implicados en la constitución del sistema observador de que se trate. La aproximación a dicha descripción ha de realizarse, pues, a partir de conceptos que permitan dicha complejidad. La complejidad de lo hasta aquí descrito, en términos de estrategia, constituiría el correlato de la propia complejidad del objeto-mundo que se pretende describir. En este sentido, la conversión del concepto de dispositivo de Foucault en un dispositivo autoobservador se ha mostrado capaz de efectuar dichas construcciones (véase el concepto de dispositivo de Foucault explicado con mayor extensión en Fernando García Selgas, en el capítulo *Análisis del sentido de la acción: el trasfondo de la intencionalidad*, epígrafe 19.2.2). Es ese carácter de disciplinarietà compleja que cabe atribuir a "lo social" lo que apunta hacia la necesidad de una identificación de las reglas de intercambio y reproducción social (tal y como se entienden en este texto dichos conceptos: véase capítulo *Socioanálisis Cibernético* en éste mismo libro), así como a la inclusión de este tipo de presupuestos en una estrategia compleja que encuentra acomodo dentro del pensamiento social de segundo orden.

Todas estas condiciones, que como habrá visto el lector no eluden ni la complejidad ni el pensamiento paradójico, recuperan para la investigación social la premisa según la cual es necesario tener experiencia en/de algo para poder conocerlo; esta misma tesis forma parte del sentido común que considera a los *sherpas* los mejores conocedores del Everest, o a los antiguos empleados de un banco como los más capacitados para realizar su auditoría o su optimización funcional. No obstante la experiencia precisa una conceptualización. De aquí que la autoobservación realizada durante el transcurso de la experiencia se nos presente a menudo huérfana de conceptualización, con una carencia inversa de la improductividad de la conceptualización sin experiencia (improductividad en todo lo que va más allá de las posibilidades predictivas que implican la teoría y la tecnología del momento; Gutiérrez, 1993: 20).

En resumen, subrayamos que en la autoobservación que aquí se propone el observador habla desde su experiencia como actor. En este sentido, mediadas las puntualizaciones anteriores, puede afirmarse que la autoobservación se sitúa en línea con la corriente clásica de la sociología del conocimiento, defendida por Mannheim, y en la cual se remite todo conocimiento o toda observación a la experiencia y la responsabilidad del observador. Dado que la autoobservación proviene de una mezcla de experiencias y posiciones derivadas, es capaz de alcanzar descripciones válidas de la complejidad social, los mestizajes, frotamientos entre culturas (mundos), cambios en la selección de sentidos, etc. Todo ello es conseguido, repetámoslo una vez más, proporcionando

1. Un más fácil acceso al contexto motivacional e interpretacional.
2. Un documento original primario, al no poder dejar de ser una autoobservación realizada por un nativo.

Es conveniente insistir una vez más en que la autoobservación no es una mirada que excluya la posibilidad de coexistir con los restantes modos de observación. Más bien al contra-



rio. La autoobservación se muestra ella misma como un modo de observación complejo, mezclado. En definitiva, lo que se pretende con la autoobservación es construir una descripción global a partir de principios con altos grados de certeza. Por consiguiente, en el viaje desde lo "vivido concreto" (a partir de la acumulación de experiencias llenas de contenido en situaciones de interacción nosotros) hasta lo "vivido imaginario" (el mundo de los contemporáneos: derivación de la relación nosotros pura hasta la relación ellos) no puede prescindirse para la construcción de dispositivos auto-observadores de los "conocimientos" procedentes de las diferentes modalidades de la observación "externa" (cuantitativa y cualitativa).

La autoobservación presupone unos límites difusos entre los polos cuantitativo/cualitativo. De no ser así ¿cómo cabría catalogar la obra de Bourdieu?, ¿como cuantitativa o como cualitativa? La autoobservación privilegia, para la distinción entre los polos de dicho par, una triple estrategia: en primer lugar, la estrategia investigadora que pretende construir el objeto sin introducir incertidumbre en el mismo (del que inevitablemente forma parte el sujeto); en segundo lugar, la estrategia diseñada para apuntar hacia la constitución de la investigación de todas las investigaciones que son objeto (miembros) de sí mismas; y en tercer lugar la combinación de las dos primeras, desarrollada en el socioanálisis cibernético.

De seguir el itinerario de lectura sugerido en la afirmación anterior, no extrañará que concluyamos esta descripción de las características de la autoobservación señalando que ésta, por oposición a la observación participante, en la cual se da por finalizada la circulación del texto y la interpretación con la monografía dirigida a la comunidad académica, sólo puede concluir temporalmente mediante la devolución, para su validación, de los resultados de la investigación a los nativos actores.

Ibáñez (1986) ha expresado el sentido de esta acción a propósito del análisis de la demanda implícita en los requerimientos de la investigación.

...la medida de la información es función de las posibilidades que produce en el sentido de la transformación del sistema hacia una mayor organización (hacia el aumento de la neguentropía). Cuando observamos algo transformamos su neguentropía en información (...) Cuando actuamos sobre algo —organizándolo o reorganizándolo— transformamos la información en neguentropía. Una investigación social extrae, por la observación, información y devuelve, por la acción, neguentropía (Ibáñez, 1986: 34).

La devolución de la investigación a los nativos y las relaciones generadas entre observador y actor, dentro de las características de la autoobservación, dejan a la luz la conexión esencial existente entre la teoría de la observación aquí propuesta, la teoría de la autoorganización social y la constitución de un cambio social conversacional. La cita corresponde nuevamente a Ibáñez.

Se han borrado las dos rayas abusivas: la que separa el sujeto del objeto y la que separa el sujeto de otros sujetos. La ética de la responsabilidad en un sistema abierto exige el diálogo abierto entre los sujetos y la simbiosis con los objetos... Así pasamos del Cogito, ergo sum al Loquor, ergo sum.

### 6.3.3. Limitaciones y problemas de la autoobservación

La autoobservación no puede evitar ir más allá de lo aprendido en relación-nosotros hasta alcanzar, en la orientación-ellos, el mundo de los contemporáneos, si bien este cono-



cimiento es siempre inferencial y discursivo, así como producido a partir de tipos ideales anónimos. Por tanto estas circunstancias pueden entenderse como una limitación de la AO, la cual se muestra incapaz por sí sola de construir sus mundos y apela a la significación objetiva o, si se prefiere, a la observación desde fuera. De aquí que pueda hablarse como hace Ibáñez de complementariedad entre cualitativo y cuantitativo, o lo que es más radical en lo epistemológico, entre observación exógena y observación endógena. Lo que la autoobservación proporciona son, inevitablemente por su propia definición, "originalidades secundarias".

Esta limitación de la estrategia de la AO está igualmente expresada en Spencer-Brown (1972) y en la imposibilidad, si se entienden las premisas en un sentido absoluto, de la reflexión de toda identidad sobre sí misma: el momento de la observación constituye una distinción interior al sistema observador. Abundando en esta dirección podemos acercarnos a la objeción del "inconsciente" y del "tiempo histórico".

Se ha afirmado que el desdoblamiento de un sistema en un estado observador y en un estado observado es el origen de nuestro inconsciente (Ibáñez, 1990a: 6). Desde este punto de vista, cabría pensar que la autoobservación es un auto(psico)análisis que desvela "transversalmente" el lenguaje de la organización social de referencia (una institución, una empresa, etc.), o bien de nuestra unidad de análisis por excelencia (el individuo). Esta hipotética lectura y su consiguiente objeción (la imposibilidad del autoanálisis, la rigidez psicodinámica de su teoría de la personalidad) está lejos de nuestra intención y requeriría un estudio específico. En cualquier caso, hay una proximidad explicativa entre el inconsciente psicoanalizable que Ibáñez "estira" hasta la noción de fundamento del orden, y el inconsciente no psicoanalizable (un tipo de conocimiento no reflexivo) que otras literaturas tales como la fenomenología social postulan, por ejemplo, en la noción de la actitud natural, y que pudieran ser una objeción a una epistemología de la autoobservación. ¿Cómo pasa uno a "darse cuenta" de cosas que le habían permanecido ocultas aunque formaban parte de su actuación en la vida cotidiana? (¡cambiando de paradigma!).

Junto a esta relativización de la validez de la autoobservación debe registrarse la distancia temporal entre la vivencia y la recapitulación, que hacen de la autoobservación una forma de observación en la que cobra especial protagonismo la reconstrucción histórica de un mundo, con sus consiguientes peligros de distorsión, perspectivismo, etc. Relativización a la que, por otra parte, no es ajena ninguna aproximación histórica, como lo prueba la reducción unidimensional tratada en el capítulo primero de este mismo libro.

Por otra parte, la autoobservación (al igual que el resto de los modos de observación) no puede reclamar para sí una universalidad para la totalidad de las investigaciones sociales, pues es preciso que exista una duración en el tiempo, un conocimiento de mundos vividos, una recapitulación vivencial y, en consecuencia, unas experiencias avanzadas de socialización y competencia lingüística. Por tanto la AO no puede ocuparse de investigar niños, ni siquiera problemáticas muy específicas de adolescentes.

Por último existen algunas características de la AO que podrían ser consideradas como limitaciones. La imposibilidad de trascender una teoría de la fractalidad social y la permanente búsqueda del sujeto, en tanto que horizonte estructural y propuesta de cambio social, respectivamente, resultan al mismo tiempo posibilidades e impedidos por los dispositivos autoobservadores y los sistemas sociales o individuos donde tienen lugar. No obstante, según se ha expresado con anterioridad, librarnos del sujeto como categoría absoluta, totalidad tecnológica por excelencia o punto de llegada de la reflexividad metodológica debe ser entendido más como un logro que como una limitación.

#### **6.4. Conclusiones: algunas consecuencias para la teoría social**

Como no podía ser de otro modo, la fundamentación epistemológica de la AO conlleva numerosos cambios conceptuales en el panorama de la teoría y la metodología sociales. Para un acercamiento en detalle a la teoría social y a nuevas metodologías de la participación conversacional basadas en la constitución de dispositivos autoobservadores recomendamos la lectura del último capítulo de este libro. Bastará con recordar que la complejidad epistemológica, la reflexividad, la certeza y la autocorrección metodológica han sido metas históricamente perseguidas por todas las metodologías cualitativas. La autoobservación es una metodología que aprende de todas las restantes modalidades de observación y de sus procesos históricos de institucionalización disciplinar.

Ahora podemos afirmar que la autoobservación social es capaz de dar cuenta del cambio social en términos de limitaciones verdaderamente humanas (imposibilidad de cambio radical, imposibilidad de trascender el mundo vivido concreto, frotamientos entre culturas, complejidad), en términos de individuos y no de hechos. La autoobservación se muestra capaz de apuntar hacia la constitución de una ciencia social con sujetos (desprovistos de su servidumbre para las tecnologías de la totalidad), no meramente reproductora de un estado de hechos a partir de la circulación de su descripción externa. Identifica con total claridad la transmisión de conocimiento con la reproducción social y da cuenta de las consecuencias teóricas, económicas y políticas de la inconsciencia de dicha identidad.

La AO exige una apuesta por la destrivialización de los "individuos". Nuestra teoría acerca del funcionamiento de la mente, conectada con la autoobservación social, lleva al analista a comprender ambos conceptos como proceso de computación recursiva de orden enésimo, con origen y resultado/producto inciertos. Este proceso de computación impide considerar la mente como una caja negra y desecha, asimismo, la concepción trivial del individuo, la consideración de su subjetividad como ruido, la ausencia del concepto de contexto en las ciencias, la utilización de un concepto de "externalidad" o punto de vista exógeno inexistente, etc. Muy por el contrario, la autoobservación se conecta con teorías del funcionamiento de la mente que enfatizan la actividad productora, creativa y reproductora del conocimiento social, el diseño de máquinas artificiales no triviales (autoobservadoras), y las teorías de la complejidad social capaces, todas ellas, de reducir el desorden social por medio de la generación de dispositivos autoobservadores (potencialmente neguentrópicos), a diferencia de los dispositivos con observador descritos por Foucault.

Dentro de esta visión compleja que caracteriza las implicaciones de la AO no podemos dejar de destacar su carácter teórico de fractalidad social. La teoría del funcionamiento de la mente que se propone está estrechamente unida a la teoría de la fractalidad (Gutiérrez, 1993). La vinculación fenomenológica entre intencionalidad y pensamiento, entre actividad y objeto intencional conforman, junto a la transmisión reflexiva de toda actividad humana, el núcleo de complejidad de la naturaleza fractal del individuo.

Al mismo tiempo esta visión compleja afecta a la conceptualización misma de las relaciones entre las posiciones básicas y las posiciones derivadas en la observación. Desde la perspectiva de la AO, tales relaciones son igualmente fractales, autorizan a concebir las relaciones entre las escalas de observación como integrantes de un verdadero bucle, y alientan a los investigadores sociales a inventar y ensayar nuevas posibilidades de sistemas observadores en sus respectivas disciplinas.

En el plano más estrictamente metodológico, la autoobservación proporciona un ejemplo de la posibilidad de introducir la complejidad en el desarrollo de metodologías participa-

tivas: participación a través de la observación endógena, y participación a través de la participación conversacional (v. cap. *Socioanálisis Cibernético*). Ibáñez ha expuesto esta idea de espiral de complejidad de la reflexión teórica, epistemológica y metodológica. “Precisamente, como la verdad no es algo a descubrir o desvelar, sino a construir, gracias a estos principios podemos ir construyendo verdades cada vez más complejas, sin que este proceso pueda nunca tener fin... Y en la prueba teórica, si hay una sentencia verdadera que no es demostrable, se introduce como axioma en una metateoría, que a su vez originará una meta-sentencia gödeliana que exigirá meterla como meta-meta-axioma en una meta-meta-teoría, y así entramos en un proceso recursivo transfinito en cascada de teorías cada vez más complejas”.

---

## NOTAS AL CAPÍTULO 6

---

<sup>1</sup> Este trabajo ha sido realizado en el marco de un proyecto de investigación financiado por la DGICYT (Ministerio de Educación y Ciencia).

<sup>2</sup> “La ciencia comienza con la observación. Es un hecho innegable del cual actualmente nadie puede dudar y menos aún dentro del ámbito de las Ciencias Humanas, donde la observación es el más antiguo y más moderno método de recogida de datos; de hecho, su historia como ciencia ha sido el desarrollo de procedimientos y medios instrumentales que eliminan o corrigen gradualmente las desviaciones o las distorsiones al efectuar observaciones” (Anguera, 1989: 19).

<sup>3</sup> Conocer el significado subjetivo de un producto (objeto, sujeto, acción, etc.) significa que somos capaces de recapitular en nuestra mente, en simultaneidad o casi simultaneidad, los actos politéticos que constituyeron la vivencia del productor, es decir, lo que ocurrió en la mente de sus fabricantes en el momento en que lo hicieron. El significado objetivo sólo podemos predicarlo del producto como tal, es decir, del contexto de significado ya constituido de la cosa producida. En este caso el intérprete subsume sus propias experiencias del objeto bajo los esquemas interpretativos que tiene disponibles.

<sup>4</sup> El texto de Anguera (1989) es prolijo en precisiones de este género y puede ser de utilidad para su ampliación.

<sup>5</sup> Véase Ibáñez (1979).

<sup>6</sup> La contextualización de la observación participante puede llevarse aún mucho más lejos.

“Como técnica, la observación participante es central en todas las Ciencias Humanas” (Anguera, 1989: 130).

<sup>7</sup> Anguera abunda en la importancia de la Antropología como “área de aplicación de las técnicas observacionales”, y en particular de la observación participante. “Actualmente, los antropólogos, abandonando cada vez más las sociedades arcaicas, estudian los fenómenos de hallazgo de la civilización actual, de aculturación, e incluso, en ocasiones, se quedan en monografías de ciudades modernas; ahora bien, su fin siempre es la descripción de los fenómenos que observan, y las enormes dificultades con que tropiezan, la complejidad de los elementos que deben tratar y el aspecto específico de las situaciones que observan, han desarrollado un rigor metodológico en lo que se refiere a la observación participante” (Anguera, 1989: 208).

<sup>8</sup> Abundando en ilustrar este esfuerzo de Anguera, recogemos su relación de ventajas e inconvenientes de la observación participante, por este orden. “1) Facilita la *percepción*, preparando la comprensión de la situación y del escenario social de las interrelaciones entre los miembros y la dinámica del grupo. 2) Tiene gran valor psicológico, acostumbrando a los miembros del grupo a ver al observador hasta que acaban por aceptarlo y, en la observación activa, a incorporarlo como a uno más de sus miembros. 3) Existe mayor número de oportunidades de observación. 4) Facilita el conocimiento de datos guardados secretamente en el grupo, que no se proporcionan a personas ajenas;

si lo hacen, es con evasiones. 5) Acceso al pequeño mundo de lo que se dice y se hace, ofreciendo juicios acerca de la conducta que no pueden ser obtenidos de ninguna otra manera.

"1) El más grave de los peligros es la subjetividad (...) 2) Posible falta de espontaneidad. 3) Absorción por parte del grupo en algunos casos, perdiendo la capacidad de crítica (especialmente en la observación activa). 4) Posible influencia en la vida del grupo. 5) Habitual carencia de estandarización. 6) Las réplicas apenas existen. 7) Falta de continuación de tales estudios de forma sistemática, y en vez de tomar una observación participante como punto de partida para futuras investigaciones, se separa como caso único. 8) Se atribuye mucha importancia a los llamados *peligros de sesgo*..." (Anguera, 1989: 136). Las cinco ventajas son fácilmente compartibles por comparación de la observación participante con otras técnicas. La formulación de los ocho inconvenientes obliga a compartir una idea del conocimiento muy distinta de la que ocupa nuestros esfuerzos. Asimismo el lector deberá prescindir de la descripción del proceso de la observación participante como referencia, pues está diseñado con una clara intención cuantificadora.

<sup>9</sup> Cristina Peña Marín (Abril, G., Lozano, J. y Peña-Marín, C., 1982: 102 y ss.) glosa la clasificación de Benveniste en relación con las marcas características de este tipo de enunciación y su estrategia persuasiva de producción de "efectos de realidad". "A la enunciación discursiva se opone la del tipo *historia* que excluye todas las formas lingüísticas *autobiográficas*. En ella aparentemente nadie habla, los acontecimientos son enunciados *como se han producido en su aparecer en el horizonte de la historia*. No encontraremos, por tanto, deicticos y los tiempos verbales predominantes son el indefinido, imperfecto, pluscuamperfecto y el *prospectivo* (tiempo perifrástico sustitutivo del futuro) en tercera persona. (...) ninguna otra *modalización*; localización de unos acontecimientos respecto a otros incluso reproduciendo su orden cronológico de sucesión —marcada por adverbios o locuciones temporales no deicticas..."

<sup>10</sup> Véase con más detalle el concepto de "Individuo" en el capítulo *Socioanálisis Cibernético*.

<sup>11</sup> Con esta expresión hacemos referencia a algunas nociones básicas de las tecnologías del yo. Consideramos que no se puede pensar la figura del antropólogo sin reparar ni por un momento en el significado de su actividad para la relación consigo mismo. Es así como puede afirmarse que la observación participante lleva asociada una tecnología del yo en la cual se combinan la tradición de moralidad cristiana (conocerse a sí mismo es la manera de renunciar a sí mismo, a cuidarse de sí mismo) con tres tecnologías estoicas de la introspección, estudiadas por Foucault y enumeradas en la siguiente cita: "He hablado de tres técnicas estoicas del yo: cartas a los amigos y revelación del yo, examen de sí y de conciencia, incluyendo un recuento de lo que se ha hecho, de lo que tendrá que haber sido hecho, y de la comparación entre los dos" (Foucault, 1988: 72).

<sup>12</sup> A estas notas, Pike añade siete pares de oposición que detallan la caracterización global de su modelo: general/particular, artificial/natural, externo/interno, absoluto/relativo, desintegrado/integrado, parcial/total, preliminar/final (citado en Bueno, 1990: 27).

<sup>13</sup> "En un sentido, por supuesto, nadie conoce mejor que ellos mismos; así, la pasión de nadar en la corriente de su experiencia, y la ilusión posterior que alguien de algún modo tiene. Pero en otro sentido, este sencillo hecho es simplemente falso. La gente usa conceptos de la "experiencia-próxima" espontáneamente, inconscientemente, como si fuera coloquialmente; ellos no reconocen en absoluto, salvo esporádicamente o en ocasiones, que hay unos *conceptos* involucrados. Esto es lo que significa *experiencia-próxima* —que las ideas y realidades que dichas experiencias informan están natural e indisolublemente unidas. ¿A qué otra cosa podrías llamar un hipopótamo? Por supuesto que los dioses son poderosos, ¿por qué si no les tendríamos miedo? El etnógrafo no percibe, y en mi opinión no puede percibir, lo que sus informantes perciben... Y en cada caso (de mi trabajo de campo en Bali, Java y Marruecos) he intentado obtener lo más íntimo de las nociones no imaginándome a mí mismo como si fuera alguien distinto, un campesino arrocero o un jefe tribal, y viendo entonces lo que yo pensaría, sino investigando y analizando las formas simbólicas —palabras, imágenes, instituciones, comportamientos— en cuyos términos finalmente la gente se representa a sí misma y frente a otras personas" (Geertz, 1983: 58).

<sup>14</sup> Enunciado de Korzybski: el mapa no es el territorio. ¿Qué pasa del territorio al mapa? La di-

ferencia. La diferencia es algo abstracto: "De hecho, lo que entendemos por información (la unidad elemental de información) es una diferencia que hace una diferencia..." (Bateson, 1985: 484).

La idea de diferencia es fundamental en la teoría de la comunicación de Bateson. Hacer una diferencia es lo mismo que hacer una distinción (o, cit.: 486).

<sup>15</sup> "Antes de poder hablar de auto-organización, hay que suponer ya una cierta diferencia entre una unidad (o un sistema) y su medio (o su entorno, si lo prefieren) en parte como en la relación figura/fondo" (Varela, 1983: 147). Tal circunstancia implica que una unidad no puede ser separada de su fondo.

<sup>16</sup> "Ahora, pongamos a la par de la idea de Kant la intuición de Karl Jung en los *Siete sermones a los muertos*, un extraño documento donde sostiene que hay dos mundos de explicación o dos mundos de comprensión, el pleroma y la creatura. En el pleroma sólo existen fuerzas e impactos. En la creatura existe la diferencia. En otras palabras, el pleroma es el mundo de las ciencias exactas, en tanto que la creatura es el mundo de la comunicación y la organización" (Bateson, 1985: 514).

<sup>17</sup> El concepto de Cosmovisión, Universos Simbólicos o de "Weltanschauung" procede de Dilthey y de la tradición de la filosofía neokantiana, y ha tomado distintas matizaciones en su significado a lo largo de la sociología del conocimiento, de cuya línea se alimenta la teoría social de Schütz. Estas orientaciones producen un concepto que se estira entre consideraciones estrechamente vinculadas a la reproducción y legitimación sociales (Berger y Luckmann), y visiones más aproximadas al concepto genérico de cultura empleado en antropología social y cultural. En nuestro texto se efectúa un uso que se acerca más a la noción integrada de cultura (reproducción social, pero también producción, momento creativo, etc.). Véase Montero (1987).

<sup>18</sup> Véase Montero (1987).

<sup>19</sup> Son tres tipos de existencia semiótica. La existencia virtual es característica del eje paradigmático del lenguaje, es una existencia en ausencia. La existencia actual es característica del eje sintagmático, ofrece al analista los objetos semióticos en presencia y por esto parece una existencia más concreta. El paso del sistema al proceso, de la lengua al discurso se designa como proceso de actualización. En tercer lugar, la existencia realizada se presenta como la manifestación discursiva propiamente dicha. Véase Greimas y Courtés (1982: 167 y ss.).

<sup>20</sup> Para este concepto véase Deleuze (1989) y Gutiérrez (1993).

SEGUNDA PARTE

# LAS TÉCNICAS Y LAS PRÁCTICAS DE INVESTIGACIÓN



## CAPÍTULO 7

### ANÁLISIS DE CONTENIDO

*Pablo Navarro  
Capitolina Díaz*

#### 7.1. El marco epistemológico

Conviene, en primer lugar, definir del modo más claro posible cuál es la especificidad del AC en relación con otros métodos de investigación social, especialmente con aquellos que le resultan más afines, como son los representados por otras técnicas de *análisis textual*. En efecto, es en relación con la gran familia de técnicas de análisis textual, y en contraste con algunas de estas técnicas, como cabe definir las características peculiares del AC.

En realidad, el análisis textual delimita un gran campo metodológico, que a grandes rasgos resulta identificable con el dominio de las técnicas denominadas *cualitativas*. La gran división metodológica y epistemológica que recorre las ciencias sociales, la que establece la distinción entre técnicas cualitativas y técnicas cuantitativas, coincide en buena medida –y esta matización se aclarará más adelante– con la diferencia que marca el uso de técnicas de análisis textual respecto del uso de técnicas no textuales.

Para entender la causa de esta gran divisoria metodológica que separa las técnicas textuales de las no textuales, es preciso aludir a algunos de los supuestos epistemológicos más básicos de la ciencia social. Tanto la sociología como las demás ciencias sociales son ciencias empíricas; trabajan a partir de *observaciones*. Estas pueden ser de dos tipos: observaciones de *hechos*, y observaciones de *acciones*. Así, el número de muertes por cáncer de pulmón en una determinada población, el porcentaje de votos obtenido por cierto partido en unas elecciones, los kilogramos de basura producidos por habitante y año en tal o cual ciudad, etc., son hechos. Por el contrario, las decisiones por parte de ciertos individuos de fumar o no fumar, de votar a este o a aquel partido, de comprar ciertos productos, etc., son acciones.

Los investigadores sociales están interesados ante todo en las acciones humanas. Pueden y suelen atender a hechos como los que han sido indicados en calidad de ejemplos, pero por

lo general lo hacen sólo en la medida en que tales hechos tienen que ver con ciertas acciones –por ser, en última instancia, el resultado o el presupuesto de las mismas–. Incluso las metodologías de análisis social más fieles a la tradición positivista, que suelen privilegiar el estudio de las realidades sociales en la vertiente que ofrecen como sistemas de hechos, no pueden dejar de referir esos hechos, en algún punto del análisis –por marginal que sea–, a ciertas acciones –de otro modo, tales hechos resultarían teórica y, lo que es más importante, pragmáticamente ininteligibles–.

Ahora bien, sólo podemos entender (y así, hasta cierto punto, predecir) esas realidades a las que damos el nombre de acciones, por medio de alguna teoría, aunque sea en formato mínimo, de los sujetos que las producen. Con vistas a elaborar esa teoría de las subjetividades que subtienden y producen un determinado sistema de acciones (o lo que es lo mismo en un contexto interpersonal, un determinado sistema social de interacciones), el sociólogo debe forzosamente embarcarse en una tarea *interpretativa*.

Esta tarea resulta facilitada por el carácter *expresivo* de las acciones humanas. No sólo actuamos, sino que, en el curso de nuestra acción, y en relación indisociable con ella, *expresamos* –a nosotros mismos y a los demás– el sentido de esa acción. Casi todas las acciones humanas –excepto las puramente mecánicas, que apenas pueden considerarse propiamente como acciones– ofrecen una vertiente expresiva. Incluso en las acciones movidas por la simulación y la mentira debemos expresarnos –falsamente– para hacer creíble el engaño –y es difícil evitar que, de manera inadvertida e involuntaria, se manifieste en esa expresión algún aspecto o nivel de nuestra subjetividad “verdadera”–. Aquello que expresamos en nuestras acciones es, en efecto, *aspectos conscientes o inconscientes de esa subjetividad*.

Los diversos modos de la expresividad humana se organizan como *lenguajes*, entendiendo este concepto en sentido amplio. Un lenguaje es un sistema de formas expresivas, que pertenecen a, y configuran, un cierto modo de la expresividad humana. Cada una de esas formas expresivas, en la medida en que se considera en su relación con las demás del lenguaje en cuestión, es una *expresión* del mismo. Desde este punto de vista, serían lenguajes no sólo el lenguaje verbal, sino también los peculiares sistemas de gestos que desarrolla cada cultura, los estilos artísticos, las formas de vestir, los juegos, etc.

El investigador social tiene razones para estar especialmente interesado en aquellas acciones que pueden concebirse, de algún modo, como expresiones –como elementos pertenecientes a un sistema expresivo, a un lenguaje–. Las expresiones, del tipo que sean, son el mecanismo por el que la subjetividad del agente se manifiesta –ante sí mismo y ante los demás–; por ello, suministran el indicio más directo y revelador de la estructura de esa subjetividad y del sentido de sus acciones. Así, el uso de expresiones viene a ser el instrumento que vehicula nuestra capacidad de establecer relaciones intersubjetivas, y son estas relaciones las que hacen posible la interacción social. Desde este punto de vista, cabe afirmar que las expresiones constituyen el tejido propio de la vida social.

Una expresión es, primigeniamente, un acto. Sin embargo, ese acto puede producir un objeto (una frase, un cuadro, una catedral...) separable, de alguna manera, del acto expresivo originario. En adelante, cuando se emplee el término “expresión”, se estará haciendo referencia –a menos que el contexto indique lo contrario– a esa *expresión-objeto*, y no a la *expresión-acto* que la produce. Las expresiones –sobre todo, las expresiones-objeto– pueden recopilarse, compararse, clasificarse..., con vistas a establecer su *virtualidad* como tales expresiones en relación con el sistema expresivo al que pertenecen. Esta tarea es la que hace suya el AC.

De entre los distintos modos que adopta la expresividad humana, el más importante desde el punto de vista de su capacidad para organizar la interacción social, es el represen-



tado por el lenguaje verbal. No obstante, y en la medida en que el AC se concibe como una perspectiva metodológica cuya finalidad sería la investigación de (al menos algunas de) las virtualidades expresivas de expresiones en general, este tipo de análisis no tiene por qué restringirse al ámbito de las expresiones verbales. Puede abordarse, con igual legitimidad, un AC de expresiones gestuales, pictóricas, musicales, etc. De hecho, distintas técnicas que pueden considerarse como formas particulares de AC, se han aplicado a sistemas expresivos no verbales tan diversos como la arquitectura, la decoración o la moda. Sin embargo, como se ha apuntado, el medio de expresión más poderoso de la subjetividad humana es sin duda el lenguaje verbal, y por ello en estas páginas se hará referencia tan sólo a este tipo específico de AC.

Con anterioridad se ha afirmado que la distinción usual entre técnicas de investigación cualitativas y técnicas de investigación cuantitativas era en buena medida coincidente con la que cabe establecer entre técnicas textuales y no textuales. Ahora puede clarificarse esa afirmación apuntando, por un lado, al hecho de que ciertas formas de análisis textual (por ejemplo, los AC estrictamente cuantitativistas de la primera hora, o los tipos de análisis característicos de la estilística cuantitativa) sólo pueden considerarse como cualitativas en un sentido claramente inadecuado<sup>1</sup>. Y, por otro lado, al hecho de que, como se acaba de sugerir, existen modos de expresividad no verbales (por lo tanto, no textuales en sentido propio) que pueden ser objeto de análisis cualitativo por parte del científico social. Desde esta perspectiva, las técnicas cualitativas incluirían no sólo buena parte de las metodologías de análisis textual, sino también aquellas que abordan cualquier otra forma—no verbal—de la expresividad humana.

Las expresiones verbales pueden producirse en dos formas distintas: como expresiones orales o como expresiones escritas. Se trata de dos modos de expresión verbal que suelen originarse en contextos diferentes, y que se rigen por reglas peculiares. Sin embargo, y justamente para poder manejarlas con comodidad como “expresiones-objeto”, el análisis de expresiones orales se realiza normalmente a partir de transcripciones escritas de las mismas. Por ello, tanto cuando se ocupá de expresiones (originariamente) escritas como cuando se enfrenta a expresiones (originariamente) orales, el investigador que estudia expresiones verbales trabaja usualmente sobre *textos*. Así, una vez que se ha restringido el campo de aplicación del AC al dominio de las expresiones verbales, su objeto resulta prácticamente coextensivo con el del las demás técnicas de *análisis textual*. Todo texto con sentido (bien sea escrito en origen, bien sea una transcripción de expresiones orales) puede convertirse, en principio, en objeto de alguna forma de AC.

¿Cuál es pues la diferencia entre el AC y esas otras técnicas de análisis textual? En concreto, ¿en qué consiste ese *contenido* al que hace referencia la denominación *análisis de contenido*? A veces no se enfatiza lo suficiente el hecho de que cuando se habla del “contenido” de un texto —y, en general, de cualquier realidad expresiva—, a lo que se está aludiendo en realidad, de forma un tanto paradójica, no es al texto mismo, sino *a algo en relación con lo cual el texto funciona, en cierto modo, como instrumento*. Desde este punto de vista, el “contenido” de un texto no es algo que estaría localizado *dentro* del texto en cuanto tal, sino fuera de él, en un plano distinto en relación con el cual ese texto define y revela su *sentido*.

Es conocida la división de la semiótica propuesta por Morris<sup>2</sup>, que distingue tres niveles en esta disciplina: el *sintáctico*, el *semántico* y el *pragmático*. Cuando se trata de textos —lenguaje verbal escrito—, el nivel sintáctico, en sentido amplio, podría concebirse como inclusivo de los planos alfabético —representativo del substrato fonológico—, morfológico, y

propiamente sintáctico. La conjugación de todos estos planos en ese complejo nivel sintáctico, constituiría la *forma* o *superficie* del texto<sup>3</sup>. Por contraposición, aquellas realidades de índole semántica y pragmática en relación con las cuales esa forma adquiere su sentido, constituirían justamente el “contenido” del texto. A la luz de esta distinción, el AC de un texto tendría la misión de *establecer las conexiones existentes entre el nivel sintáctico –en sentido lato– de ese texto y sus referencias semánticas y pragmáticas*.

En este punto es posible ya establecer un primer criterio capaz de discriminar entre el AC y otras técnicas de análisis textual: así, toda metodología que aborde el análisis de un texto desde un punto de vista puramente sintáctico –en el sentido indicado– caería, estrictamente hablando, fuera del campo del AC. Un análisis que se detenga en el nivel meramente sintáctico –que no considere al menos algunas de las referencias semánticas y pragmáticas del texto– no puede, en efecto, considerarse propiamente como AC, y este criterio delimita “por abajo” el concepto que nos ocupa. Pero es preciso también deslindar la noción de AC “por arriba”, en relación con metodologías, si se quiere, más complejas y potentes<sup>4</sup>. Nos referimos a perspectivas metodológicas –tales como las representadas por ciertas formas de “análisis del discurso”– que utilizan teorías indudablemente ambiciosas y abarcadoras –psicoanálisis, ciertas clases de marxismo, determinadas formas de estructuralismo, etc.– como marco interpretativo.

Ciertamente, esas perspectivas pertenecen al dominio del análisis textual, pero no pueden considerarse propiamente como metodologías de AC, por cuanto no suelen centrar sus esfuerzos en lo que, según se ha postulado, constituiría la piedra de toque del AC: la determinación cuidadosa de *las conexiones* existentes entre el nivel sintáctico del texto y sus niveles semántico y pragmático. Esas metodologías de análisis textual inspiradas por un marco teórico “fuerte” deben partir, por supuesto, de la superficie textual que consideran –del texto en su nivel sintáctico–, pero raramente se imponen como tarea la investigación directa y exhaustiva de (algún aspecto de) esa forma superficial que el texto adopta. Más que *analizar* los textos, las metodologías aludidas los *descubren* –revelan su sentido subyacente– a la luz de sus marcos teóricos de referencia. Dicho de otra forma: son metodologías que tienden a saltar directamente del nivel de la *superficie textual* al nivel *interpretativo*, sin elaborar y estabilizar metodológicamente un nivel intermedio *propiamente analítico*.

Así como los límites “inferiores” del AC no resultan demasiado problemáticos –pues los análisis textuales de tipo puramente formal, sintáctico, no producen ningún sentido alternativo al que trata de establecer el AC, y por ello no entran en competencia con éste–, sus límites “superiores” suelen ser, a la vez, difusos y conflictivos. Sin embargo, cuando se asume la diferencia entre el *nivel analítico*, propio del AC, y el *nivel interpretativo*, que podría estar hegemónico por alguno de los aludidos marcos teóricos generales, ese conflicto se aminora o, mejor dicho, adquiere un carácter teóricamente productivo.

La adopción del punto de vista que se sugiere, según el cual el AC se concebiría como instrumento de un trabajo interpretativo ulterior, perdiendo en cierto modo su carácter sustantivo, exige una atinada fundamentación epistemológica, que en estas páginas sólo se podrá bosquejar. Esa fundamentación es tanto más necesaria por cuanto la tradición del AC ha solido presuponer la autosuficiencia interpretativa de éste: el AC, según la perspectiva que le dio origen, debía llevar incorporada su propia interpretación o, en todo caso, entrañarla estrictamente como consecuencia. (Para una introducción histórica al AC, desde comienzos de siglo, el lector puede consultar L. Bardin, 1986 y K. Krippendorff, 1990).

Frente a esa perspectiva clásica, *sustantiva*, del AC, se intentará, pues, esbozar un punto de vista que contemplará el AC en términos *instrumentales* –como medio productor

de evidencias interpretables desde un nivel teórico relativamente autónomo—. La dificultad más importante que enfrenta este punto de vista, es el carácter teóricamente no neutral de cualquier metodología relevante de AC. Es imposible, en efecto, diseñar un método específico de AC sin partir de algunos presupuestos teóricos, por poco explicitados que estén. Debido a ello, una visión instrumental del AC no debe negar la existencia de compromisos teóricos subyacentes al nivel analítico, sino reconocerlos y explicitarlos en la medida de lo posible, con vistas a relacionarlos dialécticamente con los presupuestos del marco teórico de fondo que debe guiar la fase interpretativa en la que ha de culminar la investigación.

Se trataría, pues, de diferenciar la *teoría analítica* —definidora de la metodología concreta del AC— de la *teoría interpretativa* que debe producir los resultados últimos de la investigación, pero precisamente para lograr mediante esa diferenciación la resonancia y, probablemente, la mutua desestabilización productiva de uno y otro nivel teórico. Esta resonancia se hallaría en el origen de un proceso de “coevolución” de los dos niveles teóricos postulados, proceso que estaría guiado por un principio de conservación de la “bondad de ajuste” entre ambos. La “teoría analítica” y la “teoría interpretativa” funcionarían así como realidades relativamente autónomas, y sin embargo mutuamente dependientes.

Esa doble relación de autonomía y dependencia entraña una constricción recíproca: una determinada teoría analítica —y el tipo de metodología de AC entrañada por la misma— puede no aceptar un particular marco teórico de interpretación. A la inversa, ciertos enfoques teóricos del nivel interpretativo pueden rechazar determinadas perspectivas analíticas —y las correspondientes metodologías de AC—. Es indudable, por ejemplo, que un marco teórico interpretativo de tipo psicoanalítico suele resultar altamente refractario a la mayor parte de las metodologías de AC disponibles.

Buena parte de las teorías interpretativas “fuertes” se muestran renuentes al uso de las técnicas del AC. Ello es debido a que, como ya se ha apuntado, esas teorías se mueven en una *dinámica texto-interpretación*, en la que cualquier interposición como la representada por el AC corre el peligro de ser considerada más como un estorbo que como una ayuda. Efectivamente, la relación interpretativa directa con el texto otorga al investigador una insuperable libertad hermenéutica. El problema es que el precio de esa libertad debe pagarse, demasiado a menudo, en términos de rigor. Introducir entre el nivel de la superficie del texto y el nivel interpretativo un plano propiamente analítico —o lo que es lo mismo, entrar en una *dinámica texto-análisis-interpretación*— supone una merma considerable de esa libertad interpretativa casi omnímoda. Dicho de otro modo: entraña una fuerte restricción en el conjunto de las interpretaciones posibles de acuerdo con la teoría.

En este sentido, el AC actuaría como una suerte de filtro epistemológico que constriñe el conjunto de las interpretaciones posibles, en relación con un determinado corpus textual, dentro de un cierto marco teórico. Esa restricción puede —y suele— tener el efecto adicional de provocar, en algún grado, la desestabilización del referido marco, al evidenciar su relativa incapacidad para producir interpretaciones consistentes, no ya sólo del corpus textual, sino también de los resultados aportados por el AC operado sobre éste. Así, el uso del AC representa, a la vez, un ejercicio de humildad y un riesgo: un ejercicio de humildad porque supone someter la capacidad interpretativa del investigador a una disciplina más bien estricta. Y un riesgo, porque genera un contexto de contrastación que puede resultar inasimilable por la teoría interpretativa que se asume.

En realidad, el AC puede concebirse como un conjunto de procedimientos que tienen como objetivo la producción de un *meta-texto* analítico en el que se representa el corpus textual de manera transformada. Este “metatexto” —que no tiene por qué tener una forma estricta

tamente textual, al poder estar compuesto, por ejemplo, por gráficos de diverso tipo— es producto del investigador, a diferencia de lo que normalmente ocurre con el corpus, pero debe ser interpretado conjuntamente con éste. El resultado es una *doble articulación* del sentido del texto, y del proceso interpretativo que lo esclarece: por una parte, ese sentido trasparece en la superficie textual dada inmediatamente a la intuición teórica del investigador. Por otra, se refleja en la transformación analítica de esa superficie, procurada por las técnicas del AC.

El “metatexto” generado por el AC consiste, pues, en una determinada transformación del corpus, operada por reglas definidas, y que debe ser teóricamente justificada por el investigador a través de una interpretación adecuada. Desde este punto de vista, el AC debe entenderse como un conjunto de mecanismos capaces de producir *preguntas*, y no como una receta para obtener respuestas. O, dicho de otro modo, ha de concebirse como un procedimiento destinado a desestabilizar la inteligibilidad inmediata de la superficie textual, mostrando sus aspectos no directamente intuibles y, sin embargo, presentes.

Se ha afirmado con anterioridad que cualquier metodología de AC descansa sobre una cierta teoría analítica, es decir, sobre una determinada concepción de lo que es el *sentido* de un texto. Por ejemplo, puede concebirse ese sentido como una realidad directamente adscribible a los lexemas que aparecen en la superficie textual; una tal teoría analítica se traducirá en metodologías y técnicas como la del análisis de frecuencias de palabras, o el análisis de presencias/ausencias de las mismas. El sentido puede también entenderse como algo que pertenece al plano de lo que Saussure<sup>6</sup> llama la *langue*, y que por lo tanto se mantiene idéntico con independencia de quién use la forma lingüística que lo encarna. O, por el contrario, el sentido puede concebirse como algo definido por el acto comunicativo concreto en el que se realizaría como tal. Es importante no perder de vista esta relación entre teorías analíticas de base —teorías acerca del sentido de un texto— y metodologías y técnicas concretas de AC.

Las diferentes teorías acerca del sentido del texto resultan más o menos adecuadas según el tipo de corpus al que se apliquen. No es lo mismo intentar analizar la transcripción de una conversación telefónica que hacer lo propio con el Código Civil. Uno y otro tipo de texto organizan su sentido de modo diferente, porque es muy distinto el contexto que presuponen. Sin embargo, es posible clasificar esas diversas teorías según un criterio básico: el del tipo de virtualidad comunicativa —del sujeto (o sujetos) productor del texto— que tales teorías consideran, de forma más o menos explícita.

Un texto es la cristalización de (un aspecto de) un proceso de comunicación lingüística (verbal) entre sujetos, operado en un determinado contexto<sup>7</sup>. En ciertos casos límite (diarios íntimos, por ejemplo), ese proceso consistiría en la comunicación de un sujeto consigo mismo. En el proceso en cuestión, los sujetos involucrados actualizan, en un cierto contexto, parte al menos de sus virtualidades comunicativas, y al hacerlo manifiestan aspectos de su subjetividad. Excepto en los casos límite apuntados, el proceso de comunicación que subyace al texto relaciona varios sujetos personalmente diferentes: el sujeto o sujetos productores del texto, y el sujeto o sujetos a los que ese texto va dirigido.

Es en esa relación donde surgen y se organizan los efectos de sentido del texto. Se trata de una relación *recursivamente reflexiva*<sup>8</sup>, al menos potencialmente: el sujeto productor del texto refleja en el mismo, no sólo su propia subjetividad, sino también la imagen que tiene del sujeto al que ese texto va dirigido, e incluso la imagen que a su juicio este sujeto tiene de él mismo como sujeto. El propósito de todo proceso de comunicación lingüística es modificar, de alguna manera, la subjetividad que es el blanco de esa comunicación. Esa modificación resulta pragmáticamente relevante por cuanto suele producir, de forma más o menos inmediata, un cierto cambio en las expectativas de acción de la referida subjetividad.

Como consecuencia del carácter reflexivo de la comunicación humana, el sujeto que comunica no sólo expresa aspectos de su propia subjetividad, sino que también presupone, y en cierto modo expresa, aspectos de (su imagen de) las subjetividades con las que se vincula en el proceso de comunicación. Este es un fenómeno que resulta esencial en la constitución de lo que se suele llamar “contexto”: en cierto modo, el *contexto* no sería sino la modulación que impone, en la expresión de la subjetividad del sujeto que comunica, no sólo su intención individual básica en la situación en que se halla, sino también las características que ese sujeto atribuye a los otros sujetos con los que interactúa (real o potencialmente) a través de esa comunicación.

Es en este “contexto” donde el sujeto de la comunicación —el productor del texto, el “sujeto de la enunciación”<sup>70</sup>— hace uso de sus virtualidades comunicativas como medios de (auto-)expresión. Como se ha señalado más arriba, los diversos tipos de teorías analíticas, y las correspondientes metodologías de AC, pueden clasificarse según las virtualidades comunicativas que esas teorías contemplan, y cuyo estudio esas metodologías instrumentan. La elección como objeto de análisis de una u otra de esas distintas virtualidades, y por lo tanto de una u otra teoría analítica y de la metodología o metodologías asociadas a la misma, sólo cobra sentido en relación con estrategias de investigación específicas. Una estrategia de investigación se estructura, en efecto, en torno a un propósito heurístico, concretado en la *elección*, como objeto de estudio, de determinados *elementos* del hecho comunicativo que el texto expresa. Por ello, la discusión de las diversas perspectivas analíticas se llevará a cabo, en el epígrafe siguiente, a través del examen de los diferentes elementos que las posibles estrategias de investigación pueden seleccionar como objeto de análisis, pues es la opción por el estudio de unos u otros de esos elementos lo que da sentido al uso de los distintos métodos de AC.

## 7.2. Los elementos de análisis y las estrategias de investigación

En las páginas anteriores se ha procurado mostrar que el investigador social, si pretende inquirir de manera teóricamente productiva el contenido de un texto, debe concebir ese texto como manifestación de un fenómeno comunicativo subyacente. Este fenómeno reúne múltiples aspectos —los que componen la pluralidad de virtualidades comunicativas que en él se actualizan, y cuya manifestación recoge, al menos parcialmente, el texto—. De ahí que cualquier texto se preste a revelar tipos de contenido muy distintos, según cuáles de esos aspectos sean atendidos y convertidos en objeto de análisis por el investigador.

Toda investigación rigurosa se organiza en torno a una estrategia básica que articula los componentes esenciales —los fines y los medios— de la misma. El investigador responsable debe definir esos componentes al menos a cuatro niveles, distintos y sin embargo fuertemente relacionados: el nivel *pragmático*, el *teórico*, el *metodológico*, y el de las *técnicas* concretas a emplear. En primer lugar, una investigación es una actividad motivada en última instancia por razones pragmáticas —se trata de obtener un conocimiento con vistas a algo: *saber para poder*—. Cada estrategia de investigación viene así a estar guiada, en definitiva, por un propósito pragmático que el estudioso haría bien en definir, del modo más preciso posible, antes de proceder al diseño de su trabajo.

Una vez determinado, siquiera sea a grandes rasgos, el contexto pragmático del estudio, es preciso, en segundo lugar, organizar la estrategia de investigación en su nivel teórico, de forma que resulte coherente con ese contexto. En esta sección se tratará específica-

mente este problema, el de la definición, en el plano teórico, de las diversas estrategias de investigación en las que puede jugar un papel central alguna forma de AC.

Esas diferentes estrategias pueden caracterizarse, como ya se ha sugerido, de acuerdo con el modo en que escogen y relacionan, como objetos de estudio, unos u otros de los aspectos del fenómeno comunicativo subyacente al hecho textual a los que se ha aludido. Cada uno de esos aspectos define, en cierto modo, una forma específica de sentido; pero en la medida en que en el hecho comunicativo se produce la integración entre esas diversas formas, tales aspectos se manifiestan en el texto como otros tantos elementos constitutivos del sentido global del mismo. Estos elementos, a pesar de su variedad, pueden clasificarse, tentativamente, de acuerdo con tres criterios básicos: el de los *niveles* del hecho comunicativo, el de las *dimensiones* del mismo, y el de sus *dinámicas*. Ya se ha hecho referencia a los “niveles” constitutivos del fenómeno de la comunicación (al menos, de la comunicación verbal). Estos niveles son tres: el sintáctico, el semántico y el pragmático.

### 7.2.1. *Los niveles del fenómeno de la comunicación*

En el epígrafe anterior se afirmó que un análisis textual puramente sintáctico no podía considerarse, propiamente hablando, como AC. Sin embargo, esa afirmación requiere ser matizada. Es posible, en efecto, generar alguna clase de sentido sobre la base de un análisis puramente sintáctico de un texto. Por ejemplo, cabe investigar la riqueza de vocabulario (el número de palabras distintas utilizadas, sin entrar en su significado) de textos producidos individualmente por una colección de sujetos, con el objetivo de relacionar esa variedad léxica con determinada información *extratextual* disponible acerca de esos sujetos (digamos, su nivel educativo, o su posicionamiento de clase). Ciertamente, en este tipo de análisis se logra extraer algún sentido al texto —una información específica acerca del sujeto que lo genera—, a partir de consideraciones meramente sintácticas. Pero esto lo consigue el investigador *saliéndose fuera*, no sólo del texto, sino también del contexto inmediato en el que fue producido. Tales procesos de análisis, en los que se pone en relación el texto, en su nivel puramente sintáctico, con información exógena al mismo, no deberían tal vez considerarse, propiamente hablando, como AC.

Cualquier AC parece exigir, en efecto, el establecimiento de alguna forma de conexión entre el nivel sintáctico del texto y, al menos, su nivel semántico. La vinculación entre esos dos niveles, como saben los lingüistas<sup>10</sup>, es de una complejidad desesperante, y por ello se puede intentar establecer siguiendo procedimientos muy distintos. En este punto, es preciso responder a dos interrogantes teóricos: el primero, acerca de lo que se entiende por *significado* de una *expresión* (textual, en este caso). Y el segundo, sobre el *tipo de expresiones* que van a considerarse como unidades de significación.

El significado de una expresión es siempre una realidad que existe fuera de la expresión misma. Las diversas teorías sobre el significado se diferencian en la forma como conciben esa realidad exterior. Ésta puede entenderse como constituida por objetos, o por hechos objetivos; pero puede también contemplarse como algo definido de manera en cierto modo subjetiva. De ser así, caben dos grandes opciones: que el significado se entienda como una entidad definida en un dominio intersubjetivo, en cierto modo anónimo —la cultura a la que pertenecemos, por ejemplo—, o bien que se conciba como realidad personal y peculiarmente generada por el sujeto individual que produce la expresión.

Cuando un investigador social se propone inquirir el contenido semántico de un cor-

pus de textos, rara vez puede mantener una concepción puramente objetivista del significado. Debe concebir éste como algo que se genera, bien en un ámbito intersubjetivo –determinado medio sociocultural–, bien en la esfera del sujeto individual. Una y otra concepción entrañan diferentes estrategias de investigación. En el primer caso es posible mantener –si bien con dificultad– el postulado de transparencia referencial que es típico de la posición antes denominada objetivista: las mismas expresiones significarían lo mismo, a efectos prácticos, aun siendo producidas por sujetos diversos –pertenecientes, por lo general, a un mismo medio sociocultural–. En el segundo caso, el referido postulado debe abandonarse, y el fenómeno de la significación tiene que ser entendido como una realidad que se constituye en el dominio de la subjetividad individual. Por lo tanto, si se adopta la primera perspectiva se abordará el corpus textual aplicando a sus expresiones un criterio de *homogeneidad semántica*. Mientras que si se asume el segundo punto de vista se contemplarán tales expresiones a través de un criterio semántico básicamente *diferencial*.

Ahora bien, cuando la función semántica se concibe de este último modo, como función generada en y por el sujeto individual, la misma resulta indisociable del aspecto pragmático del fenómeno comunicativo: aquello que significan las expresiones no puede ser ya concebido como una realidad separable del sujeto, sino justamente como una realidad *entrañada* por su *acción*, y que se constituye y existe precisamente en su relación con la misma. Un ejemplo posiblemente aclare lo que se quiere decir en este punto. El significado de la expresión –la palabra, en este caso– “prestigio”, puede entenderse de varias maneras: o bien como algo que existe “objetivamente”, con independencia de cualquier sujeto –como la velocidad de la luz, digamos–, o bien como una realidad dependiente en cierto modo de determinada subjetividad humana. Si, como parece sensato, el significado de la indicada palabra se concibe en esta segunda forma, quedan todavía dos alternativas. Puede pensarse que ese significado se determina y existe en un ámbito intersubjetivo, sociocultural –en una suerte de “conciencia colectiva”–. O bien, cabe entenderlo como un producto de esta o aquella conciencia individual. Pero si el significado del término “prestigio” es generado por el sujeto individual, entonces ese significado no puede entenderse al margen de la praxis de tal sujeto: desde este punto de vista, serían precisamente nuestras expectativas individuales como agentes –nuestra circunstancia pragmática– las que nos harían entender de una u otra forma eso que llamamos “prestigio”.

Si la relación entre los niveles sintáctico y semántico es, como se ve, compleja, todavía lo es más la que media entre los niveles semántico y pragmático. De acuerdo con la perspectiva que se acaba de proponer, es posible entender la función semántica como un aspecto del dominio pragmático. Mas al adoptar este punto de vista, el fenómeno de la significación adquiere toda la complejidad que es característica de ese dominio, cuyos elementos componentes se pondrán de manifiesto al tratar a continuación de las dimensiones y las dinámicas del fenómeno comunicativo. Esas dimensiones y esas dinámicas tienen un carácter directamente pragmático; definen el hecho comunicativo –y su eventual trasunto textual– como una forma de acción –en concreto, de interacción– modulada por las circunstancias específicas en que se produce.

### 7.2.2. Las dimensiones pragmáticas del fenómeno de la comunicación

Utilizamos expresiones para *hacer* diversas cosas: *describir* la realidad, *evaluarla*, *tratar de influir* sobre ella, *mostrarnos* ante los demás, etc. Cabe considerar, a estas y otras

muchas formas de *utilizar* las expresiones, como otras tantas *dimensiones* de la comunicación que procuramos conseguir mediante ellas. Una "dimensión" comunicativa, en este sentido, sería una determinada *forma de empleo* de las expresiones, que se correspondería con un cierto *registro expresivo* de la subjetividad del autor de las mismas. Cuando el investigador aborda el análisis de un corpus textual, debe decidir, de entrada, cuáles de las dimensiones comunicativas presentes en esos textos va a examinar. La opción que adopte a este respecto también está llamada a contribuir decisivamente a la configuración de su estrategia de investigación.

Aunque las dimensiones de la comunicación se constituyen en el dominio pragmático, su realización expresiva debe, naturalmente, reflejarse en los niveles sintáctico y semántico. Es posible, por ello, efectuar una lectura tanto sintáctica como semántica de cada una de esas dimensiones. Así, el talante descriptivo del sujeto de la comunicación se traducirá en el nivel sintáctico, por ejemplo, a través del reiterado uso del modo verbal indicativo, mientras que una abundante presencia de verbos en imperativo indicaría un talante comunicativo dominado por la dimensión de la influencia —que, ciertamente, admitiría matices distintos: desde la sugerencia al mandato—. Análogamente, una actitud descriptiva probablemente se refleje, en el nivel semántico, por la abundancia de "términos de objeto" —términos que tienen como referencia objetos de diverso tipo—. Sin embargo, una concepción mecánica de la correspondencia entre determinadas formas sintácticas o semánticas, y ciertas dimensiones comunicativas, podría conducir a errores de bulto. En general, el sentido de las formas sintácticas depende de su interpretación semántica, y ésta a su vez de su interpretación pragmática; o dicho de otro modo: la interpretación pragmática domina la semántica, y ésta por su parte domina la interpretación del nivel sintáctico.

Por ende, el descubrimiento y clarificación de las dimensiones de un texto debe lograrse, ciertamente, a través del examen de sus niveles sintáctico y semántico —así como por medio del estudio de la dinámica comunicativa del texto en cuestión, de la que se hablará en la sección siguiente—. Pero el resultado de ese examen debe ser reinterpretado pragmáticamente para que rinda su genuino sentido.

Las dimensiones comunicativas, en efecto, no sólo resultan iluminadas por los niveles sintáctico y semántico que las expresan. También la propia comprensión de estos niveles puede beneficiarse de la consideración de tales dimensiones. Se trata de un proceso de ida y vuelta o, si se prefiere, de carácter reflexivo. Uno de los rasgos más característicos de cualquier proceso complejo de AC es el de la mutua influencia esclarecedora que en el mismo suele darse entre sus diversos dominios. Así, la sintaxis aclara la semántica, pero ésta permite detectar rasgos sintácticos inadvertidos; y las dimensiones de la comunicación resultan evidenciadas por los niveles sintáctico y semántico, pero a su vez, la consideración de tales dimensiones hace posible la reconsideración analítica de esos niveles. En concreto, el estudio de las dimensiones comunicativas suele conducir a la reformulación, en un nuevo nivel de análisis, de las unidades semánticas previamente detectadas y de sus relaciones.

Por lo general, cuanto más estrecha sea la perspectiva sintáctica y semántica del análisis, más tenderá éste a restringir el número de dimensiones comunicativas que considera dignas de análisis. Por ejemplo, es probable que una concepción "objetivista" del significado propenda a considerar de manera prioritaria y casi exclusiva la dimensión descriptiva del texto, mientras que perspectivas que asignan la función semántica al sujeto individual tenderán a interrogar también otras dimensiones, como la evaluativa o la de la influencia (coincidente esta última, a grandes rasgos, con lo que Bühler<sup>11</sup> llama "función de apelación", Jakobson "función conativa"<sup>12</sup>, y Austin<sup>13</sup> "actos ilocucionarios y perlocucionarios").



Las dimensiones de la comunicación no sólo transparentan en los niveles sintáctico y semántico del texto, sino que se relacionan entre sí según un cierto patrón de coherencia, que el analista puede y debe detectar. Por ejemplo, las relaciones entre la dimensión descriptiva y la evaluativa, lejos de ser azarosas, suelen definir estructuras altamente significativas. Esas relaciones, en efecto, constituyen configuraciones básicas, de contenido a la vez cognitivo y emocional, a través de las cuales el sujeto textual percibe la realidad.

### 7.2.3. Las dinámicas pragmáticas del fenómeno comunicativo

El hecho comunicativo que produce y da sentido a un texto es una realidad dinámicamente orientada; es decir, se genera dentro de un *proceso* de comunicación que se organiza en una determinada dirección: ese proceso sigue un *propósito* característico y en él resultan involucradas varias subjetividades cuya presencia cobra relevancia en relación con ese propósito. Siempre que hay comunicación, hay *alguien* que comunica. Pero, también, se comunica *algo* —un cierto contenido—; y, asimismo, se comunica ese contenido *para algo* y *a alguien*. Mientras que es posible concebir ese “algo” objeto de la comunicación desde una perspectiva en cierto modo estática —como un concepto—, los otros tres aspectos indicados del fenómeno comunicativo sólo pueden considerarse en relación con el proceso intencional que constituye tal fenómeno y del que forman parte. Además, a pesar de que el “contenido” —en sus diversas dimensiones— suele frecuentemente considerarse como una realidad que se puede abstraer del proceso concreto de la comunicación, su función en la referida dinámica comunicativa resulta también decisiva. Los cuatro elementos fundamentales de esa dinámica serían, pues, su contenido, el propósito de la misma, y los sujetos involucrados en ella —el sujeto comunicador y los sujetos que son blanco de su comunicación—.

Son cuatro elementos que se requieren y seleccionan mutuamente. Comunicamos algo “en calidad de” cierto tipo de sujeto, y de acuerdo con nuestras intenciones, para cumplir un cierto propósito. Pero esa intención comunicativa debe recaer necesariamente sobre algún sujeto o sujetos —nosotros mismos, tal vez, como cuando pretendemos convencernos de esto o lo otro— que son el blanco de nuestra comunicación. Ahora bien, para que una comunicación sea eficaz, su contenido debe adecuarse, al mismo tiempo, a nuestra “calidad” como sujeto comunicador, a nuestra intención en la situación comunicativa, y a las características de los sujetos a los que esa comunicación va dirigida. No podemos decidir qué es lo que vamos a comunicar con independencia de a quién se lo vamos a comunicar, como no podemos determinar el contenido de nuestra comunicación al margen de nuestra intención comunicativa. De manera que los cuatro aspectos apuntados se presuponen los unos a los otros, y, en concreto, los sujetos que son blanco de nuestra comunicación vienen a ser al propio tiempo presupuestos de la misma.

Aunque con frecuencia no seamos del todo conscientes de ello, siempre que nos expresamos verbalmente estamos postulando un destinatario de nuestros mensajes. Así, y como ya se ha sugerido, en el acto comunicativo se refleja no sólo la subjetividad del comunicador, sino también la de aquellos a los que su comunicación va dirigida, o mejor dicho, la imagen que de esas otras subjetividades se hace el “referido comunicador”<sup>4</sup>. Por lo tanto, al investigador le resulta ineludible, cuando enfrenta un texto, preguntarse quiénes son los sujetos a los que tal texto va dirigido. Esos sujetos, bien entendido, no tienen por qué coincidir con sujetos “reales”. Son, como se ha dicho, las imágenes que el autor del texto se hace de ciertos sujetos, reales o hipotéticos, y en este sentido pueden considerarse como “sujetos

virtuales” de referencia que contribuyen esencialmente a constituir y guiar el proceso comunicativo.

Así como las dimensiones comunicativas se reflejaban en los niveles sintáctico y semántico, las dinámicas del hecho comunicativo se reflejan, no sólo en esos dos niveles, sino también en las aludidas dimensiones. Por ejemplo, si la dinámica comunicativa vincula al sujeto comunicador con un sujeto concreto que conoce personalmente —como suele ocurrir, por ejemplo, en muchas interacciones verbales cara a cara, o en las cartas entre conocidos—, es probable que las dimensiones comunicativas sean más variadas que cuando el comunicador se relaciona con sujetos anónimos. Al fin y al cabo, en el primer caso el conocimiento que el sujeto fuente de la comunicación tiene del sujeto que es el blanco de esa comunicación, permite al primero dirigirse con probabilidades de éxito a niveles muy diversos de la personalidad de este último. En general, cuanto más “personal” es una relación comunicativa, mayor tiende a ser su dimensionalidad. (La comunicación personal, en muchas dimensiones, puede darse también, sin embargo, entre un único sujeto comunicador y muchos sujetos anónimos; es lo que caracteriza la relación entre el líder carismático y sus seguidores).

#### 7.2.4. *Las estrategias de investigación*

A la luz de todo lo anterior, el fenómeno comunicativo se nos manifiesta como una realidad a la vez compleja y unitaria. Esta es la razón por la que el investigador no debería perder nunca de vista el carácter *integrado* de ese fenómeno, y de los efectos de sentido que colaboran en el texto que es su producto. Las características de los niveles, dimensiones y dinámicas del hecho comunicativo se solicitan y seleccionan mutuamente, de manera que conforman una totalidad armónica, una conjunción de concordancias recíprocas —similar a un acorde musical— que el analista debe identificar y explicar.

El fenómeno comunicativo —y su eventual cristalización como texto— se produce y actúa siempre como una *síntesis concreta*, compuesta por una conjugación peculiar de elementos —de formas específicas de las dinámicas, dimensiones y niveles que constituyen dicho fenómeno—. Cualquier análisis, en cierto modo, destruye esa unidad concreta que constituye el *sentido en acto* de la comunicación. Mas a cambio de esa desarticulación de lo que es una realidad funcionalmente unitaria, el análisis permite el acceso *en un plano distinto, virtual*, al sentido que se expresa en el texto. El objetivo del investigador empeñado en un AC no debe ser otro que el de lograr la emergencia de ese sentido latente, que subyace a los actos comunicativos concretos y subtiende la superficie textual. Para decirlo de otro modo: el propósito que debe guiar al analista es el de pasar del plano del *producto* (el texto) al plano de la *producción* textual.

Se ha sugerido con anterioridad que las diversas estrategias analíticas potencialmente a disposición del investigador, se definen por la elección de unos u otros de los elementos que articulan el sentido del texto y que han sido sumariamente considerados en los últimos apartados. Evidentemente, son muchas las posibles combinaciones de esos elementos. Sin embargo, no todas ellas resultan igualmente viables, y examinar una por una las que lo son sería una tarea larga y probablemente ociosa. Por ello, en las páginas que siguen se bosquejarán tan sólo algunas perspectivas estratégicas generales, que podrán concretarse de formas diversas según las demandas específicas de cada investigación particular.

Las estrategias de análisis se pueden organizar de acuerdo con dos grandes criterios. El primero sería el del número y calidad de los elementos —niveles, dimensiones y dinámi-

cas— considerados por el investigador. Desde este punto de vista, y para simplificar, caben dos estrategias: una, *extensiva*, la cual reduciría al máximo los elementos considerados, centrándose en unos pocos e ignorando los demás, pero tratando de lograr un tratamiento en cierto modo exhaustivo, completo y preciso<sup>15</sup>, de los elementos examinados. Por mor de esta pretensión de exhaustividad, completitud y precisión, las investigaciones “extensivas” suelen requerir corpus textuales amplios, producidos probablemente por una cantidad apreciable de autores diversos.

La segunda estrategia es la *intensiva*. En ella se trata de integrar en el análisis, potencialmente, todos los elementos presentes en el texto, reconstruyendo sus relaciones sistemáticas en el mismo. Por razones obvias, las investigaciones “intensivas” suelen tener como objeto material corpus relativamente pequeños y/o fuertemente individualizados. Ciertamente, es posible realizar, en una misma investigación, análisis intensivos de textos producidos por sujetos diferentes, *pero sin agregarlos*. Cuando se plantea este tipo de estrategia, el análisis de cada texto debe generar unos resultados que, como tales, podrán ser ulteriormente comparados con los correspondientes a otros textos; pero, en principio, todos los textos han de mantener su individualidad en el proceso de análisis.

Este último comentario guarda relación con el segundo de los criterios arriba mencionados: el que distinguiría entre estrategias *intertextuales* y estrategias *extratextuales*<sup>16</sup>. Una estrategia de AC de tipo “intertextual” es aquella que busca determinar el sentido virtual de un texto por medio de su relación con otros textos —del mismo o de otros autores—. En tanto que las estrategias “extratextuales” de AC son aquellas que intentan establecer el sentido virtual del texto poniéndolo en relación con sus *presuposiciones no textuales*. La perspectiva intertextual puede seguir dos métodos: el *agregativo* y el *discriminativo*. El primer método unifica todos los textos en un único dominio sobre el que se aplican de forma generalizada las operaciones analíticas, y se evalúan globalmente sus resultados. Mediante este procedimiento, el sentido intertextual se recupera haciendo entrar en *resonancia cooperativa* textos generados como “síntesis concretas” diferentes, pero modulados todos ellos por subjetividades en cierto modo análogas —que pueden ser las de individuos concretos, por supuesto, pero también las de diversos partidos, clases sociales, ideologías, etc.—. Lo que esa entrada en resonancia de diferentes subjetividades nos permite es justamente establecer la forma y los límites de esa analogía presuntamente existente entre las mismas.

El segundo método —el “discriminativo”— convierte cada texto, o ciertos grupos de ellos, en dominios analíticos diferentes, con vistas a realizar comparaciones entre los mismos. Si se opta por el primer método, el analista debe considerar el conjunto de textos aglomerados como productos de una misma subjetividad de base (o, si se prefiere, como productos de subjetividades equivalentes). De utilizarse el método discriminativo, el sentido intertextual deberá reconstruirse a partir del contraste que cabe detectar entre los resultados del análisis entre cada texto o grupo de textos. El objetivo de esta comparación es el de caracterizar las diferencias entre las subjetividades que trasparecen en los mismos. Este procedimiento permite recobrar el sentido intertextual haciendo entrar en *resonancia diferencial* los referidos textos o grupos de textos, de cara a revelar, a través del análisis, sus diferencias sistemáticas.

Las estrategias de AC de tipo extratextual relacionan los textos con ciertas realidades —no textuales— que son presupuestas por los mismos, o que de alguna manera los entrañan. Tales realidades pueden concebirse de múltiples formas: en un extremo, es posible considerar el contexto inmediato de producción de un texto, que consistiría en el conjunto de los aspectos no textuales —no directamente presentes en el texto— del acto comunicativo

concreto que lo origina. Se trataría de aspectos pertenecientes a la circunstancia de la situación comunicativa, presumiblemente conocidos tanto por el productor como por el destinatario del texto, pero que no aparecen en éste. Cabe denominar *circunstancial* a esta clase de contexto.

En el otro extremo, la realidad extratextual puede concebirse de forma más genérica, con relativa independencia de la circunstancia concreta productora del texto. Ahora bien, cuando se adopta este punto de vista, la realidad extratextual genérica de un texto resulta ser justamente el sujeto que lo produce, sus características de fondo, que son presupuestas por —y entrañan— cualquier texto producido por él, sea cual sea la circunstancia concreta de comunicación de la que nace. Un ejemplo posiblemente aclare lo que se quiere decir. Supóngase que el texto que se analiza es cierta declaración de un determinado (líder de un) partido político. El “entorno circunstancial” de esa declaración puede ser, pongamos por caso, la oportunidad de influir en una opinión pública conmocionada en ese momento por la revelación de algún escándalo financiero. El analista puede detectar el sentido que la declaración tiene en esa circunstancia concreta. Pero supóngase que en lugar de analizar sólo esa declaración, se recogen en un corpus todas las declaraciones del referido partido en un período de tiempo largo, de cinco o diez años. En este caso, lo que el analista debe clarificar no será tanto el sentido circunstancial de cada una de esas declaraciones —tarea larguísima y probablemente tediosa—, sino lo que, para entendernos, cabe llamar la “ideología” expresada por el partido a través de esa historia de intervenciones públicas —así como la posible evolución de esa ideología—. Es decir, cuando se adopta este último punto de vista, el entorno del texto es el partido mismo como sujeto colectivo —así como los demás sujetos que ese sujeto se representa—. Se denominará *subjetivo* a ese entorno textual de carácter genérico.

Las estrategias “intertextuales” y “extratextuales” pueden articularse como momentos o niveles de una misma investigación que trate precisamente de detectar correspondencias entre los rasgos revelados por el análisis intertextual y los revelados por el análisis extratextual. Asimismo, estrategias de tipo intertextual o extratextual pueden instrumentarse mediante perspectivas estratégicas “extensivas” o “intensivas”. De este modo, el diseño de cada investigación concreta resulta definido por una combinación compleja y peculiar de las distintas alternativas estratégicas examinadas.

Un determinado tipo de corpus textual permite y demanda una cierta forma de AC, y no otras, y por lo tanto una determinada estrategia de investigación, y no otras. A la inversa, estrategias de investigación específicas habrán de ser instrumentadas mediante la utilización de corpus textuales apropiados. Por ello el investigador ha de buscar, creativamente, los criterios que deberán permitirle definir, a la vez y a través de un proceso de resonancia mutua, los objetivos y los instrumentos —incluido el referido corpus— de su estudio.

Cuanto más extenso es un corpus, y más numerosos son sus autores, más difícil es realizar un análisis que considere de manera pormenorizada las dinámicas comunicativas involucradas, y que investigue un gran número de dimensiones comunicativas. Asimismo, cuanto más variada sea la autoría del corpus, y más diversos sus contextos, más fácil resultará aplicar estrategias intertextuales, y más complicado instrumentar estrategias extratextuales de tipo circunstancial —o más pobres serán estas—. Así, la opción entre métodos de tipo más cuantitativo, “objetivistas” o “extensivos”, y técnicas de tipo más cualitativo, “subjetivistas” o “intensivas”, viene determinada en buena medida por las características del corpus. Los análisis “macro” —realizados sobre un corpus grande y con muchos autores— tienden a adoptar perspectivas del primer tipo, “extensivas” e “intertextuales”. En tanto que los análisis “micro” —que operan sobre un corpus relativamente pequeño y/o con pocos autores—

pueden permitirse con más facilidad el uso de técnicas del segundo tipo, “intensivas” y “extratextuales”.

Las afirmaciones del párrafo anterior requerirían, no obstante, buen número de salvedades. Por ejemplo, si la noción de entorno textual se entiende en sentido subjetivo amplio (como “contexto social”, “de clase”, “ideológico”, etc.) es posible realizar análisis extensivos que sean a la vez intertextuales y extratextuales. En tanto que no es imposible realizar análisis intensivos que sean también, al mismo tiempo, extratextuales e intertextuales. El investigador debe, en cada caso, relacionar sus hipótesis de partida con los materiales empíricos disponibles a través de los cuales se propone contrastarlas, pero siempre teniendo en cuenta los elementos comunicativos y las perspectivas estratégicas que se han intentado describir en estas páginas.

### 7.3. El procedimiento estándar del AC

Los métodos y técnicas concretas desarrollados por la tradición del AC, a pesar de su variedad, suelen aplicarse en alguna de las fases de un procedimiento de investigación que puede considerarse estándar, y que se nuclea en torno a una técnica general, denominada *codificación*. Antes de entrar en el examen de métodos y técnicas específicos, se dará cuenta brevemente en este epígrafe de ese procedimiento genérico que es típico del AC.

Una investigación que se proponga hacer uso de alguna técnica de AC debe, en primer lugar, como cualquier otra investigación, determinar sus objetivos y sus medios. Ante todo, el analista debe forjarse una imagen lo más clara posible, no sólo de *qué* va a investigar, sino también de *para qué* va a servir su estudio, pues, como ya se ha apuntado, uno y otro objetivo constituyen aspectos íntimamente relacionados de la investigación. Esta vinculación entre los propósitos teórico y pragmático del estudio debe darse desde el principio, si bien su contenido irá tomando cuerpo, evolucionando y refinándose, a medida que la investigación progrese. En segundo lugar, el investigador debe concretar sus intuiciones teóricas iniciales en un doble movimiento: por un lado, deberá formular esas intuiciones a través de un conjunto de hipótesis contrastables. Por otro, habrá de establecer el instrumental metodológico mediante el que se dispone a extraer e interpretar la evidencia empírica capaz, eventualmente, de corroborar esas hipótesis. El cuerpo de hipótesis y el marco metodológico de la investigación son también dos aspectos de la misma que se determinan de manera recíproca: la contrastación de ciertas hipótesis demandará métodos específicos, y según sean los métodos que se contemplen, las hipótesis deberán adoptar una u otra forma.

Una vez establecidos, siquiera sea en primera aproximación, los objetivos y medios del estudio, el investigador deberá definir el material empírico del mismo. Cuando la investigación se propone utilizar técnicas de AC, ese material estará constituido por un cierto corpus textual, o bien por una muestra adecuada de este corpus. No se entrará aquí, sin embargo, a examinar los criterios de muestreo<sup>17</sup> que pueden ser aplicables en la constitución del corpus efectivamente analizado, que es el único que se tendrá en cuenta en adelante.

El investigador puede, en algunos casos, enfrentarse con un corpus textual definido a priori por ciertas exigencias pragmáticas de su estudio (un encargo, por ejemplo, que le exige analizar la evolución de la temática de cierto medio de comunicación). Mas en numerosas ocasiones suele tener cierta libertad para determinar ese corpus por su cuenta. De ser así, en la selección del corpus deberán jugar un papel decisivo los objetivos y medios

contemplados en la investigación. Una elección cuidadosa del corpus, tras una detenida consideración de sus virtualidades en relación con el conjunto de hipótesis de partida y el marco metodológico y teórico presupuesto, es esencial si se quiere abordar la investigación con probabilidades de éxito.

El corpus que va a ser objeto de análisis puede simplemente *recopilarse* (en caso de que exista con independencia de la investigación), o bien puede *producirse*. Esto último es lo que ocurre cuando los textos a analizar son generados como resultado de la propia intervención del investigador, que provoca la expresividad de los sujetos sometidos a examen mediante grupos de discusión, entrevistas en profundidad, respuestas abiertas a cuestionarios, ensayos, o de alguna otra forma. El resultado final será la obtención, por medio del procedimiento que sea, de un conjunto de textos en principio adscribibles a determinados sujetos (individuales o colectivos).

Ese conjunto de textos en manos ya del investigador, y que funcionará como corpus efectivo de su análisis, viene pues acompañado por cierta información adicional, de carácter extratextual, que resultará vital para su ulterior examen. Se trata de información acerca de los autores, el contexto de producción, etc., de los textos. Es conveniente que el investigador especifique con el mayor cuidado este tipo de informaciones extratextuales que van a permitirle no sólo establecer conexiones teóricas importantes, sino también organizar el propio proceso de análisis.

La fase de análisis<sup>18</sup> propiamente dicha comienza por establecer las unidades básicas de relevancia (de significación, en el sentido más amplio de la palabra) que el investigador se propone extraer del corpus. Estas unidades, que reciben el nombre de *unidades de registro*, tendrán unas características y una amplitud (palabra, oración, etc.), que será mayor o menor según los objetivos de la investigación y el método específico de tratamiento de las mismas que se pretenda utilizar. El proceso de análisis arranca, en cualquier caso, de la definición de estas unidades. En principio, cada unidad de registro es un tipo de segmento textual claramente discernible (por procedimientos sintácticos –palabras, frases delimitadas por puntos–, semánticos –términos, conceptos– o pragmáticos –turnos de conversación, cambios en su dinámica–), y cuyas ejemplificaciones en el corpus pueden ser exhaustivamente detectadas. Cada tipo de unidades de registro debe *cubrir* un cierto aspecto del corpus, considerado relevante en la investigación. Estas clases de unidades deben ser, pues, no sólo *extensivamente exhaustivas*, sino también *intensivamente exhaustivas*. Ciertos tipos de unidades de registro pueden relacionarse, constituyendo una estructura más compleja; así, unidades relativamente simples (por ejemplo, términos identificativos de actores), pueden resultar subsumidas en otras más amplias (verbigracia, las oraciones a las que esos términos pertenecen). Las formas que adopten esas estructuras complejas dependerán del tipo de método que se emplee en su construcción.

La unidad de registro más utilizada posiblemente sea la palabra-término. Esta clase de palabras suelen condensar un contenido semántico que puede resultar clave en el proceso de análisis, y por otra parte son unidades de registro claramente delimitadas y fáciles de detectar, sobre todo por medios informáticos. De ahí que la generalización del uso de ordenadores haya potenciado la técnica de la *palabra-clave-en-contexto* (*key-word-in-context*) como herramienta heurística para la determinación de unidades de registro más complejas. La técnica es simple: elegida una palabra dotada de una carga semántica que se juzga interesante, el ordenador produce una lista de todas las frases en las que esa palabra figura. El examen de esas listas puede no sólo contribuir decisivamente a elegir unidades de registro complejas apropiadas, sino también proporcionar al investigador intuiciones teóricas nada desdeñables.

Más una mera detección genérica de los ejemplares de las “unidades de registro” en el conjunto del corpus reportaría una información muy pobre acerca del aspecto de su significado que se considera relevante. Para que ese significado se muestre realmente, es preciso que las “unidades de registro” puedan referirse a los lugares concretos del texto en los que aparecen, con vistas a determinar sus coocurrencias con otras unidades, o bien su relación con información extratextual específica acerca de sus condiciones de producción (autores, circunstancias, etc.). Es necesario, pues, no sólo detectarlas, sino también *localizarlas*. Con vistas a esta localización, las “unidades de registro” suelen referirse a lo que se llaman sus *unidades de contexto*. Una unidad de contexto es un marco interpretativo —más restringido que el del corpus en su totalidad— de la relevancia de las unidades de registro detectadas por el análisis. Así como las “unidades de registro” se establecen de acuerdo con los objetivos y métodos que definen la investigación, las unidades de contexto, que deben suministrar el marco interpretativo concreto de las primeras, se delimitan en consonancia con éstas y con el referido planteamiento teórico y metodológico.

Hay pues una relación de mutuo requerimiento entre unidades de registro y unidades de contexto. Por otra parte, en la medida en que las diversas clases de unidades de registro pueden estructurarse, subordinándose unas a otras, la unidad de contexto de una determinada unidad de registro puede resultar, de hecho, otra unidad de registro de orden superior. Las unidades de contexto definen (al menos en parte) el sentido de las unidades de registro que engloban<sup>19</sup>. Por ejemplo, el sentido adscribible a un término (concebido como unidad de registro) será distinto si se considera dentro de una unidad de contexto-oración, que si se refiere directamente a una unidad de contexto-documento. En el primer caso, cabe proceder a un tratamiento singularizado del sentido de cada ocurrencia del término, mientras que en el segundo es probable que sólo sea posible reconstruir una versión genérica, “cuantitativa”, de ese sentido —mediante el uso de procedimientos estadísticos estándar—.

Las unidades de contexto pueden definirse siguiendo, básicamente, dos criterios: un criterio textual o un criterio extratextual. El criterio textual consiste en definir la unidad de contexto por alguna característica, sintáctica, semántica o pragmática, del entorno de cada (ejemplar de la) unidad de registro. En el caso más simple, es posible deslindar ese entorno mecánicamente, definiéndolo, por ejemplo, como el segmento de texto delimitado por un determinado número de palabras contiguas a la unidad de registro. La oración —más bien, por motivos técnicos de tipo informático, las líneas de texto— puede ser, como ya se ha sugerido, una unidad de contexto particularmente esclarecedora. Pero puede serlo también el tema, o el personaje —en el caso de una obra dramática—.

Los criterios extratextuales utilizan la información del investigador acerca de las condiciones de producción del texto (autores, circunstancias, etc.). Por ejemplo, si la unidad de contexto es el autor, toda la información extratextual de que se disponga acerca del mismo puede reflejarse en las unidades de registro localizadas en esa unidad de contexto. En casi todos los AC, las unidades de contexto determinadas por criterios extratextuales juegan algún papel. En efecto, esos criterios representan el vínculo existente entre el corpus textual y el medio social, más o menos complejo, que lo produce, y por lo tanto constituyen puntos de apoyo imprescindibles para cualquier intento de interpretación sociológica del significado de los textos.

Una vez determinados los tipos de unidades de registro y de contexto sobre las que se va a estructurar el análisis, se pasa a la fase llamada de *codificación* de los datos. Tales datos no son sino el conjunto de unidades de registro concretas detectadas en los textos, que deberán ser adscritas a sus respectivas unidades de contexto. Hay que distinguir entre es-

tos datos, que son fruto ya de un proceso de análisis —que resultan constituidos de hecho por la elección de determinados tipos de unidades de registro—, y los datos textuales brutos —los textos como tales—. A partir de una misma masa de *datos brutos* se pueden producir conjuntos muy distintos de *datos analíticos*, según cuáles hayan sido los criterios definitivos de las unidades en cuestión. El proceso de “codificación” consiste pues, básicamente, en la adscripción de todas y cada una de las unidades de registro detectadas en el corpus a sus respectivas unidades de contexto.

Una vez así codificadas, las unidades de registro pueden ser contabilizadas y relacionadas. Para extraer algún significado del recuento de unidades de registro, se hace uso de ciertas *reglas de enumeración*, que establecen la *presencia* (o la *ausencia*) de determinadas unidades concretas, la *frecuencia* de las mismas (o su *frecuencia ponderada*), la *intensidad* y la *dirección* con que se manifiestan —en el caso de unidades de registro de carácter evaluativo—, etc. Para captar las *relaciones* entre unidades de registro, se analiza su *orden* de aparición, o sus relaciones de *contingencia* (conurrencia o no en una misma unidad de contexto), que pueden adoptar las formas de *asociación* (presencia concurrente), *equivalencia* (presencia en contextos análogos) u *oposición* (incompatibilidad contextual).

El siguiente paso en un proceso estándar de AC es el de la *categorización*. Consiste en efectuar una clasificación de las unidades de registro —previamente codificadas e interpretadas en sus correspondientes unidades de contexto—, según las similitudes y diferencias que en ellas es posible apreciar de acuerdo con ciertos criterios. Estos criterios de clasificación pueden ser de naturaleza sintáctica (distinción entre nombres, verbos, adjetivos, etc.), semántica (distinción entre “temas”, áreas conceptuales, etc.) o pragmática (distinción entre actitudes proposicionales, formas de uso del lenguaje, etc.). Las similitudes y diferencias entre las unidades deben determinarse, en todo caso, según un criterio homogéneo. Definidas de uno u otro modo, las categorías, como las unidades de registro, pueden relacionarse entre sí de diversas formas, constituyendo diferentes estructuras o *esquemas categoriales*. Por ejemplo, es posible definir varios niveles de categorías, de manera que determinadas categorías de orden inferior, o subcategorías, resulten agrupadas como subespecificaciones de ciertas categorías de orden superior. El recurso a la categorización parece especialmente indicado —como instrumento capaz de operar una drástica reducción en la complejidad de los datos analíticos— cuando el investigador pretende realizar análisis extensivos de corpus textuales amplios y variados.

Cuando el análisis se realiza con el auxilio de un ordenador, es posible realizar, mediante programas adecuados, operaciones lógicas booleanas (y, o, no) con las categorías —representadas por códigos o etiquetas—. Así, si se consideran las categorías A y B, es posible determinar los contextos en que aparecen A y B, A o B, A y (no B), etc. Estas operaciones permiten percibir en profundidad el sistema de relaciones lógico-semánticas en el que esas categorías están inmersas, y suelen tener un inapreciable valor heurístico.

Normalmente, pero no siempre<sup>20</sup>, los esquemas categoriales se conciben en forma de *partición*. Es decir, se entiende que las categorías deben ser *exhaustivas* —toda unidad de registro o subcategoría debe quedar incluida en alguna categoría—, y mutuamente *excluyentes* —ninguna unidad de registro o subcategoría debe pertenecer a más de una categoría del mismo nivel—. En otras palabras, la estructura de cada esquema categorial de que hace uso el análisis se visualiza como un *diagrama en árbol*. Por supuesto, el análisis puede manejar varios de estos esquemas categoriales en la medida en que considere distintos tipos de unidades de registro, o aborde una misma clase de unidades de registro desde varios puntos de vista: por ejemplo, si las unidades de registro son palabras, éstas se pueden



incluir en un esquema categorial de tipo sintáctico o morfológico y, paralelamente, en otro esquema categorial de carácter semántico. Los diversos esquemas categoriales no pueden *mezclarse*, puesto que representan aspectos textuales heterogéneos, pero los datos analíticos que ellos estructuran pueden *compararse* con provecho.

Los esquemas categoriales utilizados en un proceso concreto de AC pueden, o bien tener una existencia previa e independiente del análisis concreto al que se aplican, o bien surgir en el curso mismo de ese análisis. Hay, en efecto, esquemas o protocolos categoriales estándar, que el investigador puede optar por imponer sobre sus datos analíticos. Estos esquemas estándar han surgido, desde luego, de experiencias previas de AC, pero se ofrecen como sistemas categoriales tipo, relevantes para clases enteras de AC. Su utilización estandarizada tiene la ventaja de hacer posible una comparación directa entre las investigaciones que los emplean. Cuando determinados protocolos categoriales estándar se implementan a través de programas de ordenador, reciben el nombre de *diccionarios* o *índices*. Un "diccionario" categorial se estructura de forma análoga a como lo hace un "diccionario ideológico" o "tesauro": sus entradas se corresponden con conceptos clave, y en ellas se explicitan las palabras o, en general, las expresiones relacionadas con tales conceptos. Ya en 1966, el primer paquete de programas de ordenador para AC, el *General Inquirer*, contenía 17 de estos diccionarios.

Naturalmente, en el curso de un análisis concreto el investigador puede optar por crear sus propios esquemas de categorías, a partir de la información que le suministra su conjunto específico de datos. Esta opción parece especialmente aconsejable en el caso de investigaciones de contenido predominantemente heurístico, en las que se trata de arrojar luz sobre fenómenos nuevos o mal conocidos. Dicho de otro modo: cuanto más creativo e innovador sea el análisis, mayor será la probabilidad de que el investigador tenga que organizar sus datos mediante esquemas categoriales inéditos.

Una vez traducidos los datos analíticos en el nivel categorial —una vez convertidas las unidades de registro concretas en *unidades de categoría*—, es posible operar con ellos mediante los procedimientos de "enumeración" y de "relación" a los que ya se hizo referencia al hablar de las unidades de registro. Así, se pueden determinar las frecuencias absolutas y relativas de las categorías, sus relaciones de contingencia, etc. En general, la traducción de los datos analíticos al nivel categorial permite reducir su complejidad —a costa, ciertamente, de una masiva pérdida de información— y reconducirlos a un formato mucho más homogéneo. Gracias a la homologación que la transformación de los datos analíticos en ese formato categorial lleva a cabo, suele ser posible aplicarles diversas técnicas estadísticas (análisis factorial, de correspondencias, escalamiento multidimensional, etc.). El uso de estas técnicas puede representar una ayuda inestimable en la fase de interpretación de los datos, y a menudo permite generar evidencias decisivas para las inferencias teóricas que son el propósito y objetivo fundamentales de la investigación.

En efecto, tras la fase de categorización, y las subsiguientes operaciones de enumeración, determinación de relaciones, y posible tratamiento estadístico de los datos mediante técnicas más o menos complejas, se abre la parte interpretativa e inferencial de la investigación. Es el momento propiamente teórico de esta, en el que, a partir de los datos —sucesivamente elaborados a lo largo del proceso descrito— hay que dar el salto a un dominio diferente: el de las realidades subyacentes que han determinado la producción de esos datos. La forma como se conciben esas realidades dependerá de los elementos comunicativos considerados por la investigación, así como de los métodos y técnicas en ella empleados. El siguiente epígrafe se ocupará de dar una breve noticia de algunos de esos métodos y

técnicas, que suelen modular de manera característica el proceso estándar del AC delineado en estas páginas.

#### 7.4. Los métodos y las técnicas de AC

No es fácil establecer una clasificación plausible de los métodos y técnicas de AC a disposición del investigador. Por un lado, la diferencia entre métodos y técnicas resulta con frecuencia borrosa. En principio, un método sería una perspectiva heurística que permitiría concebir los *datos* de una investigación, así como la relación entre estos y las *hipótesis* que esa investigación trata de substanciar, según ciertos criterios epistemológicos; en tanto que una técnica sería un procedimiento operacional para producir datos y/o transformarlos de acuerdo con determinadas reglas.

La relación entre métodos y técnicas reviste un carácter complejo, y por ello la conexión entre ambos conceptos tiende a ser mutuamente problemática. En efecto, entre métodos y técnicas no suele darse, por lo general, una correspondencia unívoca. Un cierto método puede utilizar diversas técnicas, o distintas combinaciones de ellas, y muchas técnicas pueden ser instrumentos de métodos diferentes. En algún sentido, la condición de método y la de técnica es relativa: un método aparece como tal en relación con las técnicas que utiliza y con las que, sin embargo, no puede confundirse; y las técnicas suelen ser identificables como tales al ser empleadas por métodos diversos, frente a los cuales adquieren una cierta autonomía. Mas a pesar de su perfil problemático, o justamente por él, la distinción entre métodos y técnicas resulta relevante e intelectualmente productiva para el investigador: cuando esa distinción desaparece, los métodos tienden a reificarse en las técnicas, perdiendo su autoconciencia epistemológica; y las técnicas son proclives a quedar indebidamente secuestradas por métodos concretos, renunciando a otros posibles modos de aplicación.

No obstante, en la práctica la relación entre métodos y técnicas es tan intrincada que pretender separar sistemáticamente los unos de las otras, en un trabajo de las dimensiones de éste, tal vez produjera más desorientación que otra cosa. Por ello, en esta sección se tratará de establecer una clasificación conjunta para los métodos y las técnicas de AC, aludiendo cuando proceda a unos u otras, pero dentro de un esquema unitario. Este esquema clasificatorio será el que resulte de la aplicación de los conceptos propuestos en el epígrafe segundos. Los métodos y técnicas en cuestión se ordenarán, por tanto, de acuerdo con los elementos de análisis y las estrategias de investigación examinados en esas páginas.

El principal problema que plantea una clasificación de métodos y técnicas de AC por elementos (niveles, dimensiones y dinámicas de análisis) y estrategias (extensivas e intensivas, intertextuales y contextuales) de investigación, es que impone un marco a la vez demasiado fuerte y demasiado débil. Demasiado fuerte, porque muchos métodos deberían estar representados en varios lugares de la clasificación, en tanto que ciertos apartados de la misma tienden a quedar vacíos, sin métodos específicos que los ejemplifiquen. Y demasiado débil, porque algunos métodos pueden no encontrar su lugar en ese esquema clasificatorio. A decir verdad, la clasificación que se propone peca más por fuerte que por débil: los métodos no representables en ella, y que pueden reclamar el título de métodos de AC, son más bien escasos. Será más frecuente encontrar métodos que deberían estar legítimamente representados en varios lugares de la clasificación. Sin embargo, reiterar su presencia en varios sitios resultaría engorroso, por lo que se optará por dar cuenta de los mismos allí donde su localización parezca más justificada.

De acuerdo con el criterio expuesto, se examinarán, en primer lugar, los métodos de AC que se centran en la consideración de los diferentes niveles (sintáctico, semántico y pragmático) del fenómeno de la comunicación.

#### 7.4.1. Métodos centrados en el nivel sintáctico

Como se indicó en el epígrafe 7.2.1, es discutible que los análisis textuales que se mueven en un nivel puramente sintáctico deban ser considerados AC. Sin embargo, casi todos los métodos que atienden predominantemente a los aspectos sintácticos de un texto, introducen también algún tipo de interpretación semántica del mismo, aunque sólo sea porque la clarificación de la sintaxis del discurso sólo es a menudo posible mediante tal interpretación. Por ello, en este apartado se hará referencia a algunos métodos que, si bien centrados en el análisis del texto en su nivel sintáctico, permiten extraer de éste, por algún procedimiento, cierta información de índole semántica y, en definitiva, pragmática, capaz de iluminar de alguna forma su sentido.

El análisis de la pura forma sintáctica de los textos ha sido desarrollado por la *estilística cuantitativa* o computacional<sup>21</sup>. Esta disciplina, a través del examen por métodos automáticos de la distribución y la frecuencia de palabras (sobre todo, de algunas que se utilizan en calidad de indicadores) intenta sacar conclusiones acerca, por ejemplo, de la autoría de escritos anónimos, vinculando así directamente el plano de la forma con aspectos pertenecientes al plano del sentido. Algunas técnicas de AC se han hecho eco de esta aproximación formal al texto que es típica de la "estilística cuantitativa". Son las técnicas de *análisis de la expresión*<sup>22</sup>, que utilizan nociones como la de *variedad léxica* (número de palabras distintas por cada cierto número de palabras de texto), o diversos *cocientes gramaticales* (relación entre adjetivos y verbos, o entre la suma de nombres y verbos, de una parte, y la de adjetivos y adverbios, de otra). Otros indicadores de índole similar son la longitud de la frase, o su estructura (número de oraciones por frase, presencia de oraciones subordinadas, etc.).

Algunos métodos encuadrables en este apartado combinan esquemas de análisis inspirados en la lingüística, con marcos generales de interpretación teórica de carácter propiamente sociológico. Uno de esos métodos es el análisis automático del discurso de Michel Pêcheux. El *Análisis Automático del Discurso* (AAD) de Pêcheux<sup>23</sup> representa básicamente un intento de acceder al sentido del texto a partir de una caracterización morfo-sintáctica del mismo. Si bien la base del método es un sistema de reglas para el "registro codificado de la superficie discursiva", registro que permitiría el "análisis automático del material registrado", la interpretación de los datos así elaborados se logra mediante una *teoría de la producción del discurso*. Esta teoría vincula los mecanismos formales que instrumentan esa producción, con las circunstancias concretas de la misma —con lo que Pêcheux llama las *condiciones de producción* del discurso—. Un marco teórico complejo —que incluiría el materialismo histórico y el psicoanálisis— daría cuenta de tales "condiciones de producción". La cooperación entre el utillaje analítico —inspirado en la lingüística moderna— que se pone en juego para codificar la superficie discursiva, y ese marco teórico —tan amplio como escasamente definido—, permitiría elaborar una entera teoría del discurso, entendido como proceso en el que se produce la determinación histórica de los procesos semánticos.

El mecanismo automático de análisis diseñado por Pêcheux pretende ser "un análisis no subjetivo" del discurso, y tiene como meta, en palabras de su autor, "destruir el análisis

de contenido por sustitución". El AC, en efecto, adolece a juicio de Pêcheux de una falla fundamental: el "encabalgamiento entre la función teórica del analista y la función práctica del hablante". Ese "encabalgamiento" procede del hecho de que un texto sólo es analizable, en los términos propuestos por el AC clásico, temático, "en el interior del sistema común de valores que tiene un sentido para los codificadores y constituye su modo de lectura". Si se quiere garantizar la objetividad de esa lectura, las interpretaciones semánticas deben quedar, en la medida de lo posible, fuera del análisis propiamente dicho. La responsabilidad de estas interpretaciones, que tendrían como función determinar social e históricamente la producción concreta de la pieza de discurso objeto de examen, incumbiría a los sociólogos, no a los lingüistas —aunque Pêcheux parece abrazar ecuménicamente ambos papeles cuando, con vistas a hacer posible la interpretación sociológica de los discursos, establece el marco teórico antes aludido—.

A grandes rasgos, la forma como opera el AAD es la siguiente: a través de un cuidadoso procedimiento, se normaliza el discurso dividiéndolo en frases, y descomponiendo éstas en las proposiciones simples que las componen. En este proceso se explicitan los "operadores de dependencia interproposicional", que permiten revelar la estructura profunda de cada frase. La determinación de las relaciones de dependencia entre proposiciones hace posible el restablecimiento de su "orden canónico" —para reconstruir ese orden puede ser necesario sustituir los "anafóricos pronominales" por los correspondientes nombres, restablecer "proposiciones latentes", etc.—. A continuación se explicitan las dependencias funcionales en el interior de cada proposición. Esas dependencias no son otras que las detectadas por el análisis estándar de la estructura oracional: sintagma nominal sujeto, sintagma verbal, etc. Como consecuencia de esta reformulación sintáctica del texto, se hace posible la representación de las proposiciones por grafos, y la especificación de sus relaciones. En este punto puede procederse al análisis automático del discurso, o de la versión del mismo que se obtiene tras las operaciones de transformación y codificación apuntadas. El resultado de ese análisis es la interpretación semántica de los enunciados, que permitiría la determinación de distintos "campos semánticos" y de sus dependencias. La referida interpretación semántica se lograría considerando la proximidad paradigmática entre enunciados, así como sus dependencias funcionales, posiblemente idénticas a las de otros enunciados paradigmáticamente próximos.

De esta forma, el AAD consigue aparentemente cumplir su propósito de realizar una *lectura* automática y objetiva —no dependiente de la subjetividad del lector— del texto. Ahora bien, como ya se ha sugerido, esa pretendida objetividad del análisis mecánico sólo produce sentido cuando se ilumina a la luz del marco teórico general propuesto por Pêcheux. Sólo desde ese marco pueden visualizarse los condicionamientos sociales operantes sobre todo proceso de producción de discursos. De manera que la lectura "ingenua" del AC —que lleva su propia interpretación incorporada— es sustituida por una lectura "objetiva", pero asimismo dependiente de una interpretación cuyo estatuto —si bien definido en un ámbito propio— es igualmente discutible.

Otro autor que ha desarrollado métodos de AC centrados en el nivel sintáctico, pero interpretables a través de una perspectiva sociológica compleja, es Basil Bernstein<sup>24</sup>. Los estudios sociolingüísticos realizados por Bernstein tienen como base empírica expresiones producidas por niños procedentes de medios sociales diferentes (básicamente, familias británicas de clase trabajadora y familias de clase media de la misma nacionalidad). El proceso de análisis gira en torno a la consideración del uso por los sujetos, con una determinada frecuencia, de ciertas categorías léxicas y gramaticales (número de palabras y de sílabas

de cada frase; nombres, pronombres, adjetivos y conjunciones usados; tipos de pronombres o de adjetivos; uso de oraciones subordinadas, etc.).

A partir de este análisis, Bernstein detecta correlaciones significativas entre el tipo de lenguaje usado (de acuerdo con los referidos criterios) y la clase social de procedencia. La comparación entre las características del lenguaje producido por grupos de sujetos de extracción obrera, de una parte, y grupos de sujetos que provienen de un entorno de clase media, de otra, permite a Bernstein avanzar la tesis de que los segundos utilizan en una proporción mayor los siguientes mecanismos lingüísticos: oraciones subordinadas, raíces verbales complejas, la voz pasiva, adjetivos en general, adjetivos, adverbios y conjunciones poco comunes, elevado uso del pronombre personal “yo” en relación con otros pronombres y con el número total de palabras. Los individuos de procedencia obrera, por el contrario, suelen emplear en una proporción mayor los pronombres en general, así como los pronombres “tú” y “ellos” en particular. Bernstein no halla, sin embargo, diferencias significativas en el uso de los tiempos verbales, nombres, adverbios, preposiciones y conjunciones básicas. Estos hallazgos han sido interpretados por Bernstein como evidencia de que existen dos códigos expresivos, el “restringido”, típicamente utilizado por la clase obrera, y el “elaborado”, propio de la clase media.

#### 7.4.2. Métodos centrados en el nivel semántico

En el nivel semántico se localizarían, por un lado, los métodos más clásicos del AC, que giran en torno al análisis temático, instrumentado generalmente por medio de esquemas categoriales. Es éste sin duda el punto de vista aún predominante en el imaginario metodológico del AC. En el tercer epígrafe se examinaron los procedimientos estándar de codificación y categorización, que fueron originariamente implementados por este tipo de análisis. En consecuencia, no se abundará más en la explicación de sus planteamientos.

Uno de los primeros métodos que comenzaron a romper el monopolio ejercido en el campo del AC por la perspectiva temática, fue el *análisis de la evaluación* propuesto por Osgood<sup>25</sup>. Este método permite el abordaje semántico de una dimensión de la comunicación distinta de la puramente descriptiva: la dimensión de los valores asignados por el sujeto textual a las realidades que expresa. Desde el punto de vista postulado por Osgood, esas realidades no sólo poseen un significado “objetivo”; también están revestidas de un significado subjetivo —la actitud valorativa que suscitan en el sujeto que las formula lingüísticamente—, que el análisis puede revelar. El método postulado por Osgood se apoya en el supuesto de que el texto *representa* en cierto modo al sujeto que es su autor, de manera que un examen adecuado de la huella que el sujeto deja en la superficie textual puede permitir la inferencia de ciertas características de ese sujeto. En concreto, la clarificación de la dimensión valorativa de los significados manifiestos en la superficie textual es para Osgood el procedimiento más directo y efectivo para explotar inferencialmente ese aspecto representacional del texto.

La perspectiva representacional asumida por Osgood se instrumenta por medio de una técnica, el “análisis de las aserciones evaluativas”, que pretende lograr la *medición* de las *actitudes* del sujeto productor del texto con respecto a los objetos que aparecen expresados en el mismo. Se trata de medir, por medio del análisis, tanto la *dirección* —positiva, negativa o neutra— como la *intensidad* —más o menos pronunciada— de esas actitudes. El procedimiento empleado parte de la detección de las unidades significativas del texto que van

a tomarse en consideración. Estas unidades son aquellas que presentan una cierta carga evaluativa. Una vez localizadas, las referidas unidades se transforman en enunciados normalizados en la forma: *objeto de actitud/conector verbal/términos evaluativos de significado común*. Osgood considera, en efecto, que —como parecen sugerir los hallazgos por él mismo obtenidos mediante su técnica del *diferencial semántico*<sup>26</sup>— esos términos tienen un significado valorativo que se mantiene estable y es comúnmente asumido por los sujetos de la comunicación.

Los “objetos de actitud” son nombres propios, nombres comunes o pronombres. Los “términos evaluativos de significado común” pueden ser tanto adjetivos (honrado, mentiroso) como, nombres (paz, enemigo), adverbios que provienen de adjetivos (amablemente, falsamente), o verbos (servir, atacar). Una vez identificados los “objetos de actitud”, se delimitan, poniéndose entre paréntesis, los enunciados en los que figuran. A continuación, esos enunciados se *normalizan* en la forma actor-acción-complemento, de manera que puedan ser convenientemente codificados. Esta codificación consiste en la asignación de una *dirección* y una *intensidad* —mediante una escala de siete puntos, de -3 a +3—, a cada conector y a cada término evaluativo. Por último, se hace el recuento de los valores asignados, de la siguiente manera: se multiplican los dos valores de cada enunciado (el del conector y el del término), se suman los valores así calculados de todos los enunciados en los que esté presente cada objeto de actitud, y se divide el valor de la suma por el número de tales enunciados.

El análisis evaluativo propuesto por Osgood ha sido criticado por partir de una concepción “representacional ingenua” del texto. En efecto, en numerosas ocasiones el sujeto autor del texto no se manifiesta espontáneamente, “tal y como es”, en la superficie textual, sino que utiliza ésta movido por intenciones no expresas (mentir, simular, persuadir...). Otros fenómenos textuales, como la ironía, parecen difíciles de capturar mediante un uso mecánico de la técnica. Además, la aproximación del método de Osgood al hecho evaluativo —y al significado en general— es de carácter atomístico —el contenido evaluativo de cada término se considera de manera independiente—. Los efectos holísticos, de estructura, son ampliamente ignorados.

El mismo Osgood ha sido el impulsor de otra perspectiva de análisis notablemente influyente, y que contribuyó en buena medida a revelar la forma cooperativa como se articulan los significados del texto. Se trata del punto de vista *relacional*, que Osgood ha instrumentado mediante su técnica del *análisis de contingencias*<sup>27</sup>. Frente a la concepción cuantitativa, frecuencial y atomística del significado que es típica del AC clásico, el “análisis de contingencias” aborda el hecho de la significación desde un punto de vista en cierto modo relacional, cooperativo y cualitativo. Lo que esta perspectiva trata de investigar, primordialmente, son las *relaciones de asociación* —dentro de un determinado contexto— de las unidades significativas. Como ya se apuntó en la sección anterior, las relaciones de contingencia entre unidades significativas pueden adoptar las formas de *asociación* (presencia concurrente), *equivalencia* (presencia en contextos análogos) y *oposición* (incompatibilidad contextual). El fenómeno de la contingencia entre unidades suele representarse sintéticamente mediante una *matriz de datos* —en la que las unidades de registro podrían figurar como columnas, y las unidades de contexto como filas—. Esa matriz de datos permite calcular una *matriz de contingencia*, que registra las coocurrencias de cada par de unidades de registro. Sobre esta matriz es ya posible operar con diversas técnicas estadísticas (por ejemplo, el análisis de conglomerados), que permiten detectar las relaciones globales de asociación entre esas unidades.

El análisis de contingencias se enfrenta con dos tipos de problemas. Por un lado, tiene que acertar en la elección de unidades significativas (las unidades de registro) y unidades de contexto apropiadas. Por otro, debe proceder a la interpretación de los datos analíticos obtenidos, representados canónicamente en la matriz de contingencia, por medio de algún método teóricamente fundamentado —debe decidir justificadamente el sentido de las relaciones de contingencia observadas—. En general, los análisis de tipo *relacional* (aquellos que inquieren ante todo las relaciones entre los elementos, y no se conforman con determinar su presencia cuantitativa) suele ser más exigentes desde un punto de vista teórico que los distributivos<sup>38</sup>. Ello se debe a que tienden a considerar los significados particulares no en forma de mero agregado, sino como componentes de un sistema organizado. En efecto, cabría definir los *métodos relacionales* como aquéllos que se ocupan, no tanto de *agregar* los rasgos —o “variables”<sup>39</sup>— de los objetos de atribución, como de describir y diferenciar por medio de esos rasgos cada uno de tales objetos, así como de establecer las (des)conexiones que esos rasgos vehiculan entre ellos.

La perspectiva relacional ha alumbrado otros métodos y técnicas específicas, como el *análisis discriminante*<sup>39</sup>. Este método pretende describir la singularidad —generalmente, semántica— de textos individuales, con frecuencia producidos por autores distintos. Se trata de detectar los rasgos peculiares de cada texto —o del sujeto al que puede atribuírsele—, es decir, aquellos que lo identifican por contraposición a los demás. Esos rasgos, o bien son exclusivos del texto —o sujeto— en cuestión, o bien aparecen en éste con una frecuencia sensiblemente diferente de la que se detecta en los otros.

El punto de vista relacional puede desarrollarse en una dirección *estructural*<sup>31</sup>. La perspectiva estructural, en efecto, parte del supuesto genérico de que la realidad objeto de estudio, cualquiera que sea, está básicamente conformada por un conjunto de elementos *interrelacionados* de una determinada forma, que se *definen* como tales elementos en y por esas interrelaciones, y que a través de ellas *constituyen* la referida realidad como una *totalidad coherente*. La tesis estructural, por lo tanto, equivale al punto de vista relacional, *más* estas dos ideas adicionales: la definición de los elementos *por y en* el sistema de relaciones que encarnan, y la coherencia global de ese sistema. Se trata de postulados que han sido asumidos y aplicados de forma ejemplar por la lingüística moderna<sup>42</sup>, pero también por otras disciplinas, como la antropología<sup>43</sup>, la estética<sup>44</sup> o la misma sociología<sup>45</sup>. En el AC —y en el análisis textual en general— es frecuente asumir el *postulado de estructura*. No se trata de un método específico, sino más bien de un principio ontológico y epistemológico que permea métodos muy diversos.

Los análisis que asumen el “postulado de estructura” consideran los textos como exteriorización e indicio de un sistema subyacente que el investigador debe reconstruir. Se trata de determinar ese sistema reconociendo y definiendo sus elementos a través de sus *condiciones de composibilidad*. La existencia de estas condiciones es lo que diferencia una estructura de una mera taxonomía. La principal limitación del punto de vista estructural, sin embargo, es su carácter fundamentalmente estático. Las referidas condiciones de composibilidad entre los elementos que constituyen el sistema se conciben como inmutables —aunque puedan producir realizaciones concretas, textuales o de otro tipo, muy diversas—. A la perspectiva estructural le faltan tres elementos imprescindibles para ser capaz de abordar la realidad en términos dinámicos: unas *leyes de transformación interna abiertas*, un *principio energético* y una *noción de entorno*<sup>46</sup>. De ahí que las virtualidades del punto de vista estructural, por lo que toca al AC, se manifiesten sobre todo en el nivel semántico del texto, que se presta más fácilmente que el nivel pragmático a una descripción en términos estáticos<sup>47</sup>.



Algunas ramas de las matemáticas, como la topología, parecen especialmente indicadas para el estudio del tipo de cuestiones estructurales que trata de abordar el AC (la topología, como lenguaje matemático, tiene un tratamiento contextualizado y articulador de lo cuantitativo y lo cualitativo en los capítulos de F. Conde que incluye la presente obra). La asunción, bastante frecuente entre los científicos sociales, de que los fenómenos que definen la sociedad humana pueden, en general, ser adecuadamente representados al modo clásico, a través de un sistema de ecuaciones referidas a un *espacio métrico* de  $n$  dimensiones es, cuando menos, cuestionable. De ahí la relevancia de los modelos matemáticos de inspiración topológica –no métrica– como forma de interpretación alternativa de tales fenómenos. El *Q-análisis*<sup>35</sup> es uno de esos modelos; su ámbito de aplicación puede incluir el estudio de realidades sociales en general, y el AC semántico en particular.

El Q-análisis, o *dinámica poliédrica*, es una modelización matemática diseñada para describir estructuras, es decir, sistemas de *relaciones* entre conjuntos de elementos. El Q-análisis se formula en el lenguaje de la *topología algebraica*, y ha sido desarrollado a partir de los años setenta por Ronald Atkin<sup>36</sup>. Para que resulte aplicable, el Q-análisis requiere la existencia de conjuntos bien definidos de elementos estructurales, cuyas relaciones puedan ser exhaustivamente analizadas. Lo que resulta decisivo en este punto es que esas relaciones se conciben, no en la forma fuertemente restrictiva de *aplicaciones* o *funciones*, sino del modo más flexible posible (como *correspondencias*, en el sentido algebraico del término). Una “correspondencia” –o “relación”, en la acepción matemática de la palabra–, es una vinculación entre algunos elementos (no necesariamente todos) de un conjunto y algunos elementos (tampoco necesariamente todos) de otro conjunto, vinculación en la que a ciertos elementos del primer conjunto pueden corresponder varios elementos del segundo, y viceversa. En contraste, una “función” es un tipo de “relación” en la que a todos y cada uno de los elementos del primer conjunto corresponde un único elemento –no necesariamente el mismo– del segundo. Por consiguiente, toda función es una relación o correspondencia, pero no toda relación es una función. Una función es, en efecto, una forma altamente específica de relación.

Los fenómenos que estudia la ciencia social, por lo general, no están *funcionalmente relacionados* (en el sentido estrictamente matemático que se ha indicado, y que es, como se ve, diferente del sentido más bien laxo con que se emplean las nociones “función” y “funcional” en diversas ciencias, entre ellas la sociología). Sólo en determinados contextos sociales, muchos de ellos relativamente artificiosos –una votación, por ejemplo– nos encontramos con relaciones que son interpretables –con algunas reservas– como funciones. Podría incluso sostenerse la tesis de que la mente humana no opera espontáneamente en términos “funcionales”, sino de manera más flexible: siguiendo una estrategia básicamente “relacional”. Y sin embargo, la “episteme” tal vez dominante en la investigación sociológica sigue tratando de capturar los fenómenos sociales desde una perspectiva pertinazmente funcional.

El Q-análisis adopta resueltamente, frente al hegemónico punto de vista funcional, la perspectiva relacional aludida, pues entiende que es la única que puede representar adecuadamente la riqueza de conexiones que caracteriza las realidades sociales. Esta perspectiva relacional acerca de la forma como se establecen las conexiones entre los elementos estructurales se manifiesta, por ejemplo, en la noción Q-analítica de “jerarquía de conjuntos cubierta” (*hierarchy of cover sets*). Se trata de una noción similar pero más flexible que la de “diagrama en árbol”. Un “conjunto cubierta” es un término o concepto aplicable a un conjunto de elementos que son también términos o conceptos. Por ejemplo, el conjunto cubierta “jardín”  *cubriría*, digamos, los conceptos “césped”, “flor”, “arbusto” y “árbol”. Una “jerarquía de conjuntos cubierta” es un esquema jerárquico de conjuntos, en el que los elementos



de cada nivel se relacionan —a diferencia de lo que ocurre en los “diagramas en árbol”— con *uno o varios* elementos del nivel superior. Dicho de una forma fácilmente visualizable: una jerarquía de cubiertas es un árbol en el que ramas nacidas en puntos diferentes de un determinado nivel *pueden unirse en el nivel siguiente*. Siguiendo con el ejemplo apuntado, supóngase que los conceptos “rosal” y “cerezo” pertenecen al nivel jerárquico siguiente al de los conceptos “césped”, “flor”, “arbusto” y “árbol”. En ese caso, “rosal” estaría cubierto tanto por “flor” como por “arbusto”, en tanto que “cerezo” estaría incluido bajo las cubiertas “flor” y “árbol”.

Considérese las consecuencias que esta idea de “jerarquía de conjuntos cubierta” tiene para el establecimiento de esquemas categoriales, instrumentos típicos del AC temático. Un esquema categorial en forma de jerarquía de cubiertas puede representar la realidad, en principio, de modo mucho más fiel y flexible que el correspondiente esquema en árbol, puesto que parte del supuesto de que cada realidad específica puede pertenecer a varios géneros próximos a un tiempo.

En general, el Q-análisis trabaja a partir de la distinción entre dos tipos de elementos estructurales: *objetos* y *rasgos* de esos objetos. Lo que ocurre es que esas dos clases de elementos, desde la perspectiva Q-analítica, son en cierto modo intercambiables. Por ejemplo, supóngase que se decide considerar como “objetos” a cierto conjunto de textos, cada uno de ellos producido por un autor individual diferente. En ese caso, los “rasgos” serían, digamos, —asumiendo un punto de vista de AC semántico— temas o conceptos expresados por esos individuos en sus respectivos textos. Pero no hay en absoluto inconveniente en considerar también tales temas o conceptos, a la inversa, como “objetos”, cuyos “rasgos” vendrían a ser los (textos de los) autores que los usan. Obtenemos así dos representaciones conjugadas de la misma estructura; en esas representaciones, los elementos estructurales considerados adoptan, alternativamente, la condición de objeto y la de rasgo.

Supóngase que se ha determinado —en forma tal vez de jerarquía de cubiertas— un conjunto de rasgos caracterizadores de cierto conjunto de objetos. La especificación de las relaciones entre esos dos conjuntos permite establecer a su vez las relaciones entre los referidos objetos *a través de* los rasgos que comparten. Para visualizar estas relaciones estructurales entre objetos, cada uno de ellos puede representarse como un *simplex*  $n$  dimensional (con  $n$  vértices, correspondientes a distintos rasgos del objeto; un *simplex* es la figura más sencilla que puede trazarse en un espacio de dimensión  $n$ : será por tanto un segmento en un espacio de dimensión uno, un triángulo en un espacio de dimensión dos, un tetraedro en un espacio de dimensión tres, etc.). El conjunto de los objetos se representa así como un *complejo simplicial* (una colección de *simplexes*, posiblemente conectados de forma más o menos rica, y según su dimensionalidad, por vértices, aristas, planos, etc.). De manera análoga, puede obtenerse el complejo simplicial conjugado, en el que los objetos (los *simplexes*) serían los rasgos del complejo anterior, y los rasgos (los vértices) vendrían a ser los objetos del mismo.

La topología definida por un complejo simplicial permite visualizar la estructura de la realidad objeto de análisis. Esa topología puede revelar la presencia de objetos aislados —sin relaciones estructurales con otros objetos—, o la de *q-agujeros*, vacíos relacionales que impiden la conexión directa entre objetos. El Q-análisis distingue entre la *estructura* revelada por medio de esta representación topológica, y los *procesos* que pueden ocurrir en su seno. Así, denomina *telón de fondo* (*backcloth*) a esa estructura, y *tráfico* (*traffic*) a los procesos que ocurren en su interior. Por ejemplo, el “telón de fondo” (la estructura) podría consistir en un cierto sistema semántico, en tanto que el “tráfico” correspondería a los mensajes concretos que se vehiculan en ese sistema. Desde la perspectiva Q-analítica

se supone que el telón de fondo construye el tráfico, en tanto que los requerimientos de éste pueden generar tensiones en ese telón, hasta llegar a modificarlo.

La utilidad para el AC del marco conceptual propuesto por el Q-análisis resulta obvia. No sólo permite superar la rigidez "arbórea" de los esquemas categoriales tradicionales, sino que hace posible una exhaustiva determinación de las relaciones que median entre los elementos que componen la estructura del contenido textual objeto de examen. No parece exagerado afirmar que una aplicación adecuada de la perspectiva Q-analítica al AC podría suponer una auténtica revolución metodológica en este campo.

Otro método aplicable al AC y recientemente propuesto por los autores de este artículo<sup>10</sup> es el *análisis sociosemántico*. Se trata de un método que tiene como objetivo revelar, de manera intrínsecamente interconectada, la *estructura de comunicación* de un grupo social dado y el *contenido semántico* de esa estructura. Como su nombre sugiere, la "sociosemántica" entrelaza en un marco conceptual unitario dos de las dimensiones fundamentales de la comunicación humana: la gente que comunica (el *aspecto quién* de la comunicación) y el contenido comunicado (el *aspecto qué* de la comunicación). Desde un punto de vista sociosemántico, los individuos comunican semánticamente a través de conceptos, y los conceptos "comunican" socialmente a través de los individuos. Los individuos se encuentran (socio-) semánticamente conectados (y así son unidades potencialmente interactuantes) a través de los conceptos que poseen en común; y los conceptos se hallan socio(-semánticamente) conectados a través de los individuos que los comparten.

La idea del "análisis sociosemántico" se basa en algunos de los conceptos sugeridos por el Q-análisis, e intenta proporcionar a estos conceptos una interpretación adecuada para su utilización en el estudio de la comunicación y de la interacción en el seno de grupos sociales. El análisis sociosemántico comienza por establecer, a partir de textos producidos por un conjunto representativo de individuos del grupo social objeto de estudio, tanto las *conectividades semánticas* (a través de conceptos compartidos) entre tales individuos, como las *conectividades sociales* entre esos conceptos (a través de los individuos que los usan). A continuación, las conectividades entre los individuos (a través de conceptos) son interpretadas como medidas de la similaridad semántica de esos individuos, y las conectividades entre conceptos (a través de individuos) se interpretan como medidas de la similaridad social de esos conceptos.

Seguidamente, cada uno de esos dos conjuntos de medidas de similaridad, concebidos como conjuntos de valores de proximidad, son sometidos a un proceso de análisis estadístico, tal como el escalamiento multidimensional no métrico. Cada uno de esos procesos genera un tipo específico de "mapa sociosemántico": un escalamiento realizado sobre la matriz de proximidades semánticas entre individuos genera un "mapa de individuos", en tanto que un escalamiento operado sobre la matriz de proximidades sociales entre conceptos produce un "mapa de conceptos". La ulterior interpretación de las configuraciones de ambos mapas puede ayudar poderosamente a revelar tanto la estructura social como la estructura semántica del grupo social en cuestión.

### 7.4.3. *Métodos centrados en el nivel pragmático*

En el segundo epígrafe se habló de las dimensiones y de las dinámicas de la comunicación, que fueron presentadas como dos aspectos del nivel pragmático de ésta. En las páginas que siguen, sin embargo, se hará una breve relación de los métodos de AC centrados

en el nivel pragmático sin atender, por razones de espacio, a esa distinción entre dimensiones y dinámicas de la comunicación. Sólo al final de la sección, y en apartados específicos, se apuntará sumariamente la relación de tales métodos con dichas dimensiones y dinámicas, así como con las estrategias básicas de investigación también discutidas en el epígrafe segundo.

En el nivel pragmático, los métodos más representativos serían, en primer lugar, los ejemplificados por la *perspectiva instrumental* propuesta por autores como A. George<sup>41</sup> y G. Mahl<sup>42</sup>. Desde este punto de vista, la comunicación que se trasluce en el texto no manifestaría tanto los rasgos del sujeto comunicador como los de la circunstancia en la que tal comunicación tiene lugar, y en relación con la cual la misma cumple una función. En este sentido, la comunicación tendría un valor primordialmente instrumental —estaría al servicio del objetivo de influencia del comunicador—. Mahl<sup>43</sup> está interesado en iluminar la forma en que las intenciones de los hablantes afectan a la superficie de la comunicación. Concibe el hecho comunicacional en términos circularmente interactivos: lo que pretende el comunicador es suscitar una respuesta determinada por parte de aquél con quien comunica. George<sup>44</sup>, en su obra sobre el análisis de la propaganda, estudia el hecho de la comunicación en un contexto estratégico, el de la segunda guerra mundial. Su trabajo se centra en el examen de la propaganda nazi, que fue sistemáticamente analizada durante el conflicto por un grupo de investigadores al servicio del *Foreign Broadcast Intelligence Service*, dependiente de la *American Federal Communications Commission*. En su estudio, George muestra que la propaganda es un proceso comunicativo complejo, guiado no sólo por las intenciones de la élite política que dirige el esfuerzo propagandístico, sino también por una cierta teoría de la función de la propaganda, así como por unos determinados criterios operacionales rectores de la producción de ésta.

El *análisis de la expresividad*, abordado por el mismo Mahl<sup>45</sup> y por autores como Osgood y Walker<sup>46</sup>, también enfoca el hecho comunicativo desde un punto de vista en cierto modo pragmático: trata de examinar la forma en que las emociones y afectos del sujeto comunicador trasparecen en sus expresiones y las modulan. Se trata de un punto de vista que tiene como ámbito privilegiado de aplicación el lenguaje oral, y en concreto los contextos conversacionales de tipo psicoterapéutico. Naturalmente, la transcripción textual de intercambios orales, sobre todo cuando se quieren conservar y someter a análisis las informaciones de tipo sublingüístico y paralingüístico de la expresión original, requiere de un código apropiado capaz de representar textualmente hechos como los silencios, tono de voz, dudas y defectos de pronunciación, etc. La codificación de esos rasgos, y de ciertos indicadores expresivos, como la longitud de las frases, las repeticiones de palabras, etc., permitirían realizar inferencias sobre el estado anímico del sujeto de la comunicación.

El *punto de vista conversacional* propuesto por autores como Hays<sup>47</sup> tiene asimismo un carácter eminentemente pragmático. Este autor parte del supuesto de que el mejor AC es el que sigue la estrategia propia de un buen *conversador*: a partir de su trasfondo de conocimientos, éste “observa la consistencia del nuevo mensaje con respecto a lo que conoce, y también en relación con lo que asume que sus interlocutores conocen, sobre la base de su experiencia anterior. Las inconsistencias pueden ser atribuidas a errores, a cambios de política, a tácticas de despiste, y a otros factores. El conversador realiza también inferencias acerca de las actitudes hacia él mismo, hacia otros participantes, y hacia objetos de interés mutuo”<sup>48</sup>. la teoría del analista “tendría que explicar fenómenos tales como el de la atención diferencial, las técnicas de argumentación, y muchas cosas más”<sup>49</sup>.

Una perspectiva próxima a la anterior es la del llamado *análisis de conversaciones*,

que ha sido desarrollado por autores como Sacks<sup>50</sup> bajo la influencia directa de la etnometodología. El propósito de este tipo de análisis es el de describir los procedimientos por los que los recursos comunicativos a la disposición de un grupo de interlocutores, generan orden y controlan la circunstancia social en la que esos interlocutores comunican. El “análisis de conversaciones” centra su interés en la estructura secuencial de la conversación, con vistas a comprender su organización como instrumento de la interacción social cara a cara. Por ello, se ocupa de examinar fenómenos como los “turnos de conversación” (*turn-taking*), los “pares de adyacencia”, las “secuencias de inserción”, etc. Según el enfoque característico del “análisis de conversaciones”, una conversación se organizaría en torno a los “turnos de conversación” de los interlocutores; el hablante trata de controlar el turno de conversación siguiendo al suyo mediante diversos procedimientos –por ejemplo, la producción de la primera parte de un “par de adyacencia”, que entraña como segunda parte la respuesta esperada–; las “secuencias de inserción” son pares de adyacencia anidados dentro de otros pares de adyacencia. El “análisis de conversaciones” está, pues, primariamente interesado en la *forma* de organización de la interacción lingüística, y sólo puede considerarse como AC si se conviene en dar a la noción de “contenido” un significado muy lato.

El “análisis de conversaciones” puede incluirse dentro de la tradición anglosajona del *análisis del discurso*. Esta tradición se encuentra fuertemente influida por la “filosofía del lenguaje corriente” iniciada por Austin<sup>51</sup> y Wittgenstein<sup>52</sup>, y aborda el hecho lingüístico desde un punto de vista resueltamente pragmático. Suele denominarse “discurso” a la expresión verbal –de extensión generalmente superior a la frase– cuando se considera, en toda la extensión en la que se produce, como un ámbito global de sentido. El “análisis de discurso” se ocupa de detectar, asumiendo un punto de vista holístico, la organización de tal sentido en ese nivel global. Es en ese dominio discursivo, en el que los componentes expresivos individuales juegan a producir un efecto totalizador, donde se teje el sentido pragmático de una conversación o un texto. El “análisis del discurso”, en versión anglosajona, “es, necesariamente, el análisis del lenguaje en su uso... el analista del discurso está comprometido en investigar para qué es usado ese lenguaje”<sup>53</sup>. En la tradición de Austin, esta perspectiva considera el lenguaje como una forma particularmente elaborada de *acción*, que se desarrolla en, y produce como resultado, la dinámica misma del discurso. El análisis de la estructura del intercambio discursivo, de las clases de “actos de habla”<sup>54</sup>, del contexto sociolingüístico, etc., es la tarea que se impone a sí misma esta tendencia teórica<sup>55</sup>. El análisis del discurso, tal y como es frecuentemente concebido en el ámbito cultural anglosajón, suele tener un carácter marcadamente empírico, que se revela en el hecho de que las teorías típicas de esa aproximación al fenómeno discursivo adoptan usualmente la forma de metodologías concretas de análisis.

Hay también una versión continental, sobre todo francesa, del “análisis del discurso”. Frente al talante fuertemente empírico que es característico de la corriente anglosajona, el análisis del discurso continental suele presuponer ciertos marcos teóricos a priori, de carácter más interpretativo que analítico –en realidad, parece constituirse de forma indisolublemente ligada a esos marcos, y en un esfuerzo de aplicación de los mismos<sup>56</sup>–. Una de las tendencias de este tipo de análisis es el llamado *análisis de la enunciación*<sup>57</sup>. Se trata de un enfoque que también atiende de forma prioritaria al nivel pragmático del texto. El “análisis de la enunciación” considera el discurso como palabra en *acto*, y no como conjunto de datos portadores de un sentido individual y por lo tanto independientes los unos de los otros. El discurso es un *proceso* en el que el sujeto se revela a través de las construc-

ciones que le impone el lenguaje mismo que utiliza para expresarse. Pero el sujeto realiza ese proceso en presencia y en relación con otro sujeto –aquél al que va dirigida la comunicación discursiva–. Así, la conflictiva manifestación de su subjetividad está modulada, a la vez, por ese otro de referencia y por el código de la lengua.

Conviene señalar que, como se dijo en el caso del “análisis de conversaciones”, las diversas formas de “análisis del discurso” sólo pueden contemplarse como otros tantos métodos de AC si se otorga a la noción de “contenido” un sentido muy amplio. Por otra parte, resultan obvias las conexiones existentes entre el análisis del discurso<sup>58</sup> y otras disciplinas, como la retórica, cuyo objeto material es muy similar, si no idéntico.

Otro punto de vista que cabe encuadrar en esta relación de métodos centrados en el nivel pragmático, es la perspectiva sistémico-comunicacional propuesta por estudiosos como A. Rapoport o K. Krippendorff. El primero considera que los corpus textuales pueden ser concebidos como sistemas que se comportan de manera característica y evolucionan según leyes propias, de forma análoga a como un organismo se relaciona con su medio. El estudio de las producciones textuales de una determinada fuente, en momentos temporales sucesivos, iluminaría la evolución de ese “sistema” textual: “Así pues, si corpus sucesivamente producidos son simplemente manifestaciones en el eje temporal de un sistema dinámico subyacente, es perfectamente posible hablar de las respuestas de ese sistema a inputs, y de sus cambios evolucionarios a largo plazo”<sup>59</sup>.

Krippendorff, por su parte, propone un enfoque sistémico-comunicacional de la producción de mensajes por instituciones. Este autor formula su punto de vista al respecto en cuatro proposiciones. Según la primera, “las comunicaciones tienden a estar gobernadas por reglas institucionales que prescriben las condiciones en que aquéllas se difunden y utilizan en una organización”. La segunda afirma que “las comunicaciones tienden a reforzar las reglas mediante las cuales han sido creadas y difundidas”. En tercer lugar, “las propiedades de un medio en cuanto al registro y difusión de la información, ejercen un profundo efecto sobre la naturaleza de las instituciones que pueden sustentarse mediante las comunicaciones a través de ese medio”. Por último, “las comunicaciones tienden a adoptar la sintaxis y la forma que dichos canales pueden transmitir con mayor eficacia”<sup>60</sup>.

#### *7.4.4. Los métodos desde el punto de vista de las dimensiones pragmáticas de la comunicación*

Los métodos y técnicas arriba reseñados atienden de forma peculiar a las distintas dimensiones pragmáticas del hecho comunicativo (descriptiva, evaluativa, de influencia, etc.). Por ejemplo, el AC temático clásico se ocuparía exclusivamente de la dimensión descriptiva, mientras que el análisis de la evaluación propuesto por Osgood enfocaría la dimensión evaluativa. La perspectiva instrumental postulada por George y Mahl examinaría la dimensión de la influencia, y el análisis de la expresividad formulado por autores como el mismo Mahl y el propio Osgood se centraría en la dimensión expresiva. Por supuesto, hay métodos que intentan dar cuenta de varias dimensiones del hecho comunicativo. Es el caso de ciertas formas de análisis del discurso, como el análisis de la enunciación, o perspectivas sistémico-comunicacionales como la de Krippendorff. En general, cuanto más holístico es un método, más dimensiones del fenómeno comunicativo debe contemplar.

#### 7.4.5. Los métodos desde el punto de vista de las dinámicas pragmáticas de la comunicación

Las dinámicas comunicativas vienen determinadas por las modulaciones que en la intencionalidad de los sujetos de la enunciación ejercen los sujetos que son el blanco de la misma. Los métodos de AC que mejor abordan este aspecto del proceso comunicativo son tal vez los que parten de la perspectiva instrumental, el análisis de la expresividad, el análisis de conversaciones y el análisis de la enunciación.

#### 7.4.6. Los métodos desde el punto de vista de las estrategias de investigación

La perspectiva extensiva es asumida, de manera característica, por el AC temático clásico, y también puede ser adoptada por el análisis de la evaluación, los análisis que operan en el nivel sintáctico —como el análisis de la expresión—, el análisis de contingencias, el Q-análisis, y el análisis sociosemántico. La perspectiva intensiva es cultivada típicamente por el análisis de conversaciones, el análisis del discurso en general, y el análisis de la expresividad. El punto de vista intertextual es característico del AC temático clásico, el análisis discriminante, el análisis estructural, el Q-análisis, y ciertos análisis de carácter sintáctico, como la estilística cuantitativa y el análisis de la expresividad. El juego entre los puntos de vista intertextual y extratextual es explotado por el análisis de la expresión, la sociolingüística de Bernstein, el análisis de la evaluación y de contingencias, y el análisis sociosemántico.

### 7.5. Apéndice: programas de ordenador para el análisis textual

El análisis textual (AT) de tipo cuantitativo se ha beneficiado del uso de los ordenadores desde finales de los años cincuenta, si bien es a partir de la segunda mitad de los sesenta cuando comienzan a publicarse paquetes de programas especializados. Así, en 1966 aparece el *General Inquirer*<sup>61</sup>, y en 1975 el programa WORDS<sup>62</sup>. Sin embargo, sólo desde principios de los años ochenta han empezado a estar disponibles programas de ordenador específicamente diseñados para el AT de vocación cualitativa, aunque desde entonces estos programas se han venido desarrollando de forma muy rápida. Hoy están disponibles alrededor de una docena de programas de análisis cualitativo, algunos de ellos bastante difundidos —sobre todo entre los investigadores de habla inglesa—. No obstante,

muchos de los científicos sociales que practican métodos de análisis textual cualitativo todavía desconocen la existencia de tales programas y sus potencialidades (Renata Tesch, 1993:11).

Hay que señalar que los programas en cuestión han sido producidos, por lo general, por investigadores en activo, con el objeto de cubrir sus propias necesidades de trabajo. Son programas que no sólo facilitan el manejo mecánico de los datos, sino que también favorecen el proceso de análisis e interpretación de los mismos y aún la posible elaboración de *teoría entrañada* en esos datos<sup>63</sup>. Todos los programas de esta última generación ofrecen la ventaja añadida de estar pensados para su empleo en ordenadores personales, si bien algunos pueden ser asimismo usados en *mainframes*, es decir, de forma compartida, en red.

El uso de los ordenadores está teniendo efectos profundos en el AT ya que está quebrando, en parte, la línea divisoria tradicional entre AC cualitativo y AC cuantitativo. Ello se debe a que, una vez que los datos están almacenados en ficheros de ordenador, el realizar unas operaciones u otras sobre los mismos se convierte en algo relativamente sencillo y poco costoso en términos de tiempo de trabajo. Varios de los programas comentados tienen salidas para programas estadísticos, especialmente para SPSS. Esta facilidad de manejo actúa como un poderoso estímulo para el empleo heurístico y exploratorio de variadas técnicas de análisis. Como señalan Ragin y Becker (1989), el uso de los ordenadores personales no sólo acerca los datos a los investigadores de un modo intensivo e interactivo, sino que puede animar una cierta convergencia metodológica en la medida en que, por un lado, pone al alcance de los investigadores cuantitativistas, con un módico esfuerzo, el estudio detallado de subpoblaciones, y, por otro, permite a los estudiosos cualitativistas establecer comparaciones y contrastes entre sus casos de una forma más completa.

Los programas que se describirán brevemente a continuación no han sido creados específicamente para el AC, sino para el AT en general. De hecho, las páginas que siguen no prestarán atención a los programas exclusivamente pensados para realizar AC clásico, los llamados "recuperadores de texto" (*text retrievers*).

En general, incluso los programas menos complejos pueden realizar las tareas más elementales y mecánicas del AC: identificar, marcar y recuperar segmentos de texto considerados relevantes; computar sus ocurrencias y frecuencias; clasificarlos por medio de códigos o etiquetas; y relacionar segmentos representados por sus códigos<sup>64</sup>.

Alguna de estas funciones de identificación de palabras —y expresiones más largas—, ordenación alfabética de las mismas, cálculo de sus frecuencias, recuperación y relación entre ellas según códigos, etc., las pueden también llevar a cabo los programas comerciales del tipo base de datos (Dbase), e incluso algunos procesadores de textos, aunque de forma bastante torpe y lenta.

### 7.5.1. Información general sobre programas y procesos de análisis

#### a) Datos cualitativos

Todos los programas que a continuación se describen están pensados para el análisis cualitativo, esto es, para determinar los elementos del texto e interpretar su significado. Trabajan con textos, bien sean estructurados (respuestas a preguntas abiertas de un cuestionario o de una entrevista dirigida) bien sean no estructurados (desde transcripciones de grupos de discusión a notas de campo, biografías o documentos literarios). En los programas que usan MS-Dos como sistema operativo, los textos suelen introducirse en un procesador de textos y deben convertirse desde el procesador a ASCII para ser tratados por el programa. En alguno de los programas el texto necesita cierto trabajo formal antes de traducirlo a ASCII. Los programas que usan WINDOWS o HyperCard, aceptan directamente los datos sin formalización o traducción previa.

Los programas Textbase Alpha, AQUAD y MAX están especialmente diseñados para recoger y utilizar la estructura de los cuestionarios o de las entrevistas si se siguen unas sencillas instrucciones al meter los datos en el procesador de textos. Así, por ejemplo, pueden comparar de forma inmediata todas las respuestas a una misma pregunta.

Con casi todos los programas se puede variar el texto original sin salir del programa, aunque hay que ser cautelosos a la hora de introducir modificaciones en el texto en medio del proceso de análisis.

### *b) Reunir documentos*

Generalmente, es el primer paso en un análisis cualitativo. La mayoría de los programas ensamblan documentos diversos, es decir, pueden considerar como corpus textual no sólo el texto original o texto primario, sino también los comentarios, notas y aun hipótesis del/a investigador/a sobre dicho texto. Ambos tipos de texto pueden almacenarse y recuperarse juntos. Alguno de los programas (HyperResearch y NUDIST) aceptan también material oral, gráfico o en video, si se dispone de los aparatos de reproducción apropiados.

### *c) Codificación*

Una vez que el texto está introducido en el programa de análisis, comienza el verdadero proceso analítico con la lectura del conjunto de documentos. Esa lectura determinará las partes que el/la investigador/a encuentra interesantes o relevantes. Identificadas las unidades significativas, éstas deben ser señaladas marcando sus límites (su comienzo y su final) y añadiéndoles una breve información que indique a qué aspecto de la investigación se refieren. Esta información suele consistir en una etiqueta identificadora o código (véase nota 64). Los segmentos de texto significativos pueden *superponerse* con otros, o bien un segmento breve puede *anidar* en otro más largo. Un segmento de texto, por tanto, puede tener más de un código (*codificación múltiple*).

Todos los programas permiten redefinir la codificación tantas veces como sea necesario.

Los programas de ordenador pueden realizar la codificación en un paso o en dos pasos. La *codificación en un paso* se produce cuando en la pantalla aparece la información como en un procesador de textos. El/la investigador/a señala el fragmento significativo y escribe el código en un lugar de la pantalla reservado al efecto. El código se puede crear en el momento (HyperQual) o se puede traer a la pantalla una lista de códigos creados de antemano (HyperRESEARCH, Hypersoft, MAX). En la *codificación en dos pasos*, el programa segmenta el texto en líneas a las que numera. El texto, así cortado y numerado, se imprime. Sobre el papel, y a mano, se va escribiendo el código al lado de cada línea. En el segundo paso, el(los) código(s), el número de línea y los límites del fragmento(s) se introducen en el programa. MAX, AQUAD, Ethnograph 4.0, ofrecen las dos posibilidades de codificación.

La codificación permite que el programa pueda extraer (y mostrar en la pantalla o imprimir) todo aquello a lo que le ha asignado el mismo código, e incluso todo lo no codificado (QUALPRO). Todos los segmentos de texto a los que se les ha asignado el mismo código aparecerán juntos, manteniendo su forma original y una referencia al lugar exacto de donde han sido extraídos (línea, tarjeta o fichero). Cuando se realizan multicodificaciones (por superposición, anidamiento u otros criterios), la mayoría de los programas lo indican al lado del segmento textual correspondiente.

Algunos de los programas pueden subdividir y clasificar, en varios niveles de profundidad, a la población a partir de las variables que se les indique (sexo, edad, clase social,



nivel de estudios) o a partir de las categorías establecidas en el análisis. MAX, que acepta textos producidos como respuestas a preguntas de elección múltiple, puede seleccionar a la subpoblación que haya respondido de una determinada forma a una pregunta.

Casi todos los programas pueden contar el número de ocurrencias de un código, y deducir por tanto los temas más sobresalientes o aquéllos en los que los sujetos están más interesados.

Las características señaladas hasta ahora son comunes a la mayoría de los programas, tanto a aquéllos pensados para el análisis descriptivo e interpretativo, como a los pensados para la elaboración de teoría entrañada en los datos. Estos últimos tienen algunas capacidades añadidas que se señalarán en el lugar correspondiente.

#### *d) Programas para el análisis descriptivo/interpretativo*

La aplicación de las utilidades descritas en el apartado anterior constituye la primera fase de la descripción e interpretación del significado de los datos. Una vez reunidas las unidades significativas sobre un mismo tema, aparece visible lo que es sobresaliente en ese tema y lo que es común a grupos de sujetos (co-ocurrencia). Con los programas que permiten extraer y comparar por separado los segmentos de texto que han sido codificados por dos o más códigos, se puede establecer la existencia o ausencia de relaciones entre categorías (co-ocurrencia de códigos) y la emergencia de modelos en el fenómeno estudiado.

Los programas específicos para análisis descriptivo/interpretativo son: Textbase Alfa, QUALPRO, Ethnograph y MAX. Otros programas como Atlas-ti y NUDIST sirven indistintamente para el análisis descriptivo/interpretativo y para la elaboración de teoría entrañada.

#### *e) Programas para la elaboración de teoría entrañada en los datos*

La elaboración de teoría entrañada puede considerarse como una fase posterior a la interpretación de los datos. Es una fase de conceptualización creativa y progresiva en la que las ideas propias del/a investigador/a emergen a partir de las evidencias proporcionadas por los datos. La mayor parte de estos programas permiten ir construyendo y elaborando nuevos conceptos y teorías, ya que con ellos se puede, de forma instantánea, revisar los códigos mediante la relectura de los datos originales y los comentarios sobre ellos.

Los programas para la elaboración de teoría entrañada no sólo realizan codificaciones, y pueden establecer relaciones entre variables socio-demográficas y segmentos codificados. Lo específico de la codificación con dichos programas es que permite establecer relaciones conceptuales entre códigos. Los códigos en teoría entrañada no juegan el mismo papel que en los estudios descriptivos. No sólo señalan un segmento textual sino que indican el contenido abstracto de dicho segmento, y así categorizan semánticamente un conjunto de expresiones. Los autores de NUDIST dicen:

“Codificar” en este método hace referencia a un proceso bien distinto del de etiquetar unidades de texto para recuperarlas después. Se refiere más bien a la construcción y elaboración de nuevas categorías y puntos de vista sobre los datos, relacionándolos con el texto<sup>86</sup>.

Las relaciones entre códigos tienen lugar al nivel de los conceptos que representan y pueden ser, desde la más básica, la de co-ocurrencia, a múltiples co-ocurrencias, secuencias cronológicas, relaciones del tipo "si A entonces B" y relaciones causales. Todos estos programas usan, en la búsqueda de relaciones, operadores booleanos ("y", "o", "no") y algún otro específico de cada programa. Con todos los programas de esta clase, el proceso de análisis es progresivo, pudiéndose interrogar a los datos desde diferentes niveles y seleccionarlos por diversos criterios. Los resultados obtenidos sirven para confirmar o negar la teoría sugerida.

#### *f) Salidas*

El conjunto de los análisis realizados, o parte de ellos, se puede ver normalmente en pantalla (excepto Textbase Alfa), y generalmente se puede imprimir directamente. También se puede guardar en disco como un documento ASCII (o del procesador de textos correspondiente) para editar o imprimir siempre que se necesite. Algunos programas (MAX, Atlas-ti, NUDIST, Textbase Alpha, QUAL.PRO) también pueden crear matrices a partir de variables (como las señaladas arriba) y exportarlas a programas estadísticos.

#### *7.5.2. Descripción de algunos paquetes de programas*

Se ofrece en este apartado una breve descripción de los programas más utilizados. En la medida de lo posible se describirán sus utilidades, el tipo de *hardware* que necesitan, sus distribuidores comerciales, y su precio actual<sup>66</sup>. No se va a entrar en una valoración de cada uno de ellos, porque como señala Renata Tesh (1990), todos ellos (los paquetes de origen académico para análisis cualitativo) trabajan bien y son amigables. El mejor es aquél que más se adapta a cada investigación específica y a cada estilo de trabajo.

#### *a) AQUAD*

Es un programa que facilita la elaboración de teoría entañada en los datos. Permite la exploración cualitativa de las conexiones entre conceptos y la configuración de las posibles relaciones causales entre éstos. Puede codificar directamente en pantalla o en dos pasos. Además de los códigos, que representan categorías conceptuales, AQUAD acepta variables socio-demográficas (cuantitativas o cualitativas) externas al corpus textual. El programa puede codificar por superposición o anidamiento, añadir comentarios personales sobre los datos y elaborar memorandums. Dado que la codificación categoriza semánticamente, la simple observación de la ocurrencia de categorías permite establecer propuestas teóricas. Se empieza por aventurar hipótesis sobre relaciones entre categorías, a continuación se comprueba la hipótesis con una búsqueda sistemática de relaciones (que pueden ser de códigos entre sí, o de éstos con variables externas), y se revalida o niega la hipótesis en función de las relaciones encontradas entre los conceptos. AQUAD tiene doce hipótesis pre-formuladas, de modo que el/la investigador/a no necesita más que introducir los conceptos cuya relación desea estudiar, sean éstos códigos o variables. Pueden programar-

se otras hipótesis. El resultado final aparece en forma de listado con todos los segmentos de texto que confirman la hipótesis propuesta. El programa permite también la búsqueda de palabras (y partes de palabras) y de frases, la computación de su frecuencia, y la extracción de palabras con su contexto.

– *Hardware necesario*

PCs y compatibles, disco duro con al menos 6 MB libres, MS-Dos 2.0 o posterior.

– *Precio*

Programa: \$195 + \$20 e.e. (empaquetado y envío).

Disquete de muestra: \$10 + \$2,5 e.e.

– *Distribuidor*

Qualitative Research Management, 73-425 Hilltop Road, Desert Hot Springs, CA 92240, USA. Tel: 1-619-329 7026.

Fax: 1-619-329 0220.

b) *ATLAS-ti*

Sirve tanto para descripción/interpretación de textos como para la elaboración de teoría entrañada. El texto debe estar en un fichero ASCII para ser leído por el programa. Almacena de forma diferenciada los datos originales y los comentarios o teorías asociadas que sobre ellos va elaborando el/la investigador/a. Pueden recuperarse ambos tipos de datos conjuntamente. Como la mayoría de los programas, ATLAS-ti segmenta los textos, tanto los originales como los comentarios y las notas. Permite una fácil comparación entre segmentos textuales. Facilita la elaboración de teoría entrañada con su especial sistema de codificación a partir de categorías semánticas y familias de categorías. ATLAS-ti produce una red para la elaboración de teoría que permite visualizar en pantalla de forma gráfica (en un diagrama) las "conexiones" entre fragmentos textuales, comentarios, códigos, y aun conceptos. La red de conexiones es en realidad un marco de trabajo, una "unidad hermenéutica", para construir conceptos y teorías con la posibilidad de revisar, de forma instantánea, los conceptos originales y los comentarios. Esta transversalidad textual/conceptual es el distintivo más característico de ATLAS-ti. Las categorías teóricas elaboradas, los códigos y los comentarios indexados, aparecen en ficheros diferenciados que permiten una exportación fácil a otros programas, especialmente a SPSS, para un tratamiento estadístico en profundidad.

– *Hardware necesario*

PCs y compatibles, pantalla de gráficos VGA, de 4 a 16 MB RAM y 3 MB libres en el disco duro. Tiene su propia interfaz gráfica para el usuario y no funciona con Windows u otros. Hay una versión para múltiples usuarios o de red.

– *Documentación*

Hay un manual en alemán (la versión en inglés está próxima a salir) y un disco de muestra. Hay versiones del programa y de la muestra tanto en alemán como en inglés.

– *Precios*

Programa: 650 marcos + 12 e.e.

Muestra: 39 marcos; Muestra y manual: 69 marcos.

Hay precios reducidos para estudiantes (250 marcos), y reducciones del 50% en modalidad de prueba-beta.

– *Distribuidor*

Thomas Muhr, Trautenastr. 12, D-10717 Berlín, Alemania.

Tel/Fax + 44 30 861 1415. E-mail: muhr@cs.tu-berlin.de

c) *ETHNO (Versión 2)*

Es un programa concebido para estudiar conceptos y las conexiones lógicas entre ellos, así como para descubrir los sistemas de reglas, la *gramática* que gobierna la acción<sup>67</sup>. ETHNO presupone que las concepciones que la gente tiene del mundo están lógicamente estructuradas, que la acción se guía por principios de racionalidad, y que los sucesos no se producen por azar sino como una consecuencia lógica de eventos anteriores. Esta lógica tiene, sin embargo, excepciones, y ETHNO las considera. El programa está diseñado para facilitar la construcción y comprobación de reglas de acción reveladas en el proceso de interpretación de textos, de transcripciones de escenas, de narraciones, de episodios históricos, etc. El programa crea estructuras (representaciones gráficas) y marcos de referencia constituidos por las entidades significativas que el/la investigador/a detecta; además, organiza jerárquicamente esas estructuras (por criterios cronológicos o lógicos). ETHNO parte de un “dominio general” y va descendiendo hasta las entidades más concretas, a partir de las respuestas que el/la investigador/a da a sus preguntas. ETHNO no produce un texto continuo, sino que crea de forma sistemática representaciones gráficas, consistentes en diagramas en árbol, capaces de visualizar las supuestas relaciones entre entidades.

– *Hardware necesario*

PCs y compatibles. Se puede usar con el disco duro o sólo con disquetes. Necesita 512K de RAM, y MS-DOS 2.1 o posterior. Las salidas del programa están previstas para impresora o para archivos ASCII.

– *Documentación*

El manual, en un solo volumen, consiste en un Tutorial, una Guía técnica y un capítulo de Referencias (en forma de enciclopedia).

– *Precio \$55*

– *Distribuidor*

Bussines & Educational Technologies, William C. Brown, 2460 Keeper Blvd, Dubuque, IA 52001, USA. Tel: 1-319-589 2954. Fax: 1-319-589 2955. Servicio de clientes, fax: 1-800-346-2377.

d) *ETHNOGRAPII* (Versión 3.0; la versión 4.0 está próxima a salir)

Los textos necesitan una cierta preparación antes de meterlos en ASCII. Se puede aprovechar el formateado para incorporar comentarios sobre el texto, con vistas a prepararlo para la búsqueda selectiva (añadiendo al texto, por ejemplo, algunas características (variables) de los sujetos). Es un programa notablemente potente y eficiente. Puede trabajar con 80 ficheros a la vez; crea segmentos desde 1 hasta 9.999 líneas; puede asignar hasta doce códigos a un segmento; superpone o anida hasta 7 niveles de profundidad; usa hasta 40 variables socio-demográficas para definir un fichero; permite modificar, global o parcialmente, el esquema de codificación; especifica hasta 100 códigos para una búsqueda; permite utilizar hasta 5 códigos unidos por "y" o "no" en una sola búsqueda. Los segmentos significativos pueden cruzarse (mediante la elaboración de matrices) según el archivo de origen, la numeración de sus líneas, las características de los sujetos, las superposiciones y anidamientos, y los comentarios contextuales. La nueva versión permitirá buscar códigos que ocurran en cualquier lugar de un fichero.

– *Hardware necesario*

PCs y compatibles. Se puede usar con el disco duro (imprescindible para la versión 4.0) o sólo con disquetes en disquetera doble.

– *Documentación*

Existe un manual y un fichero de muestra que sirve de tutorial.

– *Precio*

Programa: \$150 (3.0) o \$200 (4.0) + \$20 e.e.  
Manual: \$10 + \$2,5 e.e.

– *Distribuidores*

- Qualis Research Associates, PO Box 2240, Corvallis, OR 97339, USA. Tel: 1-503-7541559. Fax: 1-503-7528619. E-mail: qualis@mcimail.com
- Qualitative Research Management (dirección indicada).

e) *HyperQual* (Versión 4.0)

Permite un uso completo de las posibilidades de la HyperCard de Macintosh, aunque para su uso se necesita un cierto manejo de su lenguaje y de las utilidades de la tarjeta. El programa ofrece un sistema de clasificadores, formateados como tarjetas vacías en las que introducir, simplemente marcándolos, los segmentos de texto significativos. Para ello no hace falta, en principio, ni categorizarlos ni adjudicarles códigos. En un segundo paso, se pueden recuperar las tarjetas y categorizar y etiquetar los segmentos con códigos, que pueden recodificarse cuantas veces sea necesario. HyperQual tiene un diseño especial para clasificar datos de entrevistas o de cuestionarios abiertos, de manera que las respuestas pueden ser inmediatamente clasificadas según ciertos criterios. Tiene también un sistema especial de clasificación para notas y comentarios, que pueden recuperarse a la vez que el corpus textual. Además de textos, se pueden elaborar e imprimir gráficos.

– *Hardware necesario*

Macintosh Plus o posterior, (SE, SE/30, MacII); 1 MB de RAM; procesador de textos MacWrite; disco duro; sistema 6.05 o posterior; HyperCard en versión 2.0 o posterior.

– *Precio*

Programa: \$180 + \$20 c.c.

HyperQual Introductory Guide: \$10 + \$2,5 e.e.

– *Distribuidores*

- Dr. Raymond V. Padilla, 3327 N. Dakota, Chandler, Az 85224, USA.
- Qualitative Research Management (dirección indicada).

*f) HyperResearch (Versión 1.34)*

Permite el análisis tanto cuantitativo como cualitativo de material textual, pictórico (en ficheros MacPaint y PICT), oral (cintas T812, T530, T5800, T522 y T624 y grabadora contratada por ordenador), o en video (sólo aparatos de video Pioneer 4200 y 6100). La codificación se realiza en un solo paso, y tiene un sistema experto que adjudica automáticamente un código a cada ocurrencia de una palabra o fragmento determinado. Puede hacer codificaciones múltiples y recupera fragmentos textuales o listas de códigos. Pero lo distintivo de HyperResearch es su capacidad de “formular hipótesis” estableciendo relaciones lógicas del tipo “si A, entonces B”. También se pueden hacer búsquedas a partir de los operadores booleanos. A partir de las condiciones especificadas para cada búsqueda, se pueden seleccionar grupos de casos significativos y basarse en ellos para búsquedas posteriores a más alto nivel. Se construye así una línea de argumentación que lleva a conclusiones teóricas a partir de las evidencias encontradas siguiendo la lógica “A→B”. Gracias al uso de técnicas de Inteligencia Artificial, HyperResearch permite comprobar, en cada caso investigado, las hipótesis asumidas, y verificar si la codificación sostiene o no la teoría. Los resultados se pueden exportar a cualquier procesador de textos, a hojas de cálculo o a paquetes estadísticos, con vistas a realizar análisis más elaborados. En la versión para Mac se puede imprimir desde el programa; en la de Windows es preciso exportar los resultados a un programa procesador de textos.

– *Hardware necesario*

Macintosh con sistema 6.0 o 7; HyperCard versión 1.2 o superior. PCs/Windows con 4MB RAM libres.

– *Precio*

Programa: \$225 + \$20 e.e.

Muestra: \$10 + \$2,50 e.e.

– *Distribuidores*

- Researchware Inc., PO Box 1258, Ransolph, MA 02368-1258, USA. Tel: 1-617-9613909. E-mail: paul@bcvms.bc.edu
- Qualitative Research Management (dirección indicada).

### g) *Hypersoft*

Utiliza HyperCard y acepta, con procedimientos específicamente diseñados para ello, datos de entrevistas y cuestionarios, variables socio-demográficas y comentarios sobre los propios datos. Permite hacer comparaciones de fragmentos a partir del procedimiento de búsqueda “palabra-clave-en contexto”. La codificación se realiza en un solo paso desde la pantalla, adjudicando al segmento significativo una categoría de las ofrecidas en una lista que aparece en la pantalla. Dichas categorías pueden ser creadas previamente o elaboradas en el momento. Permite crear subcategorías por superposición y por anidamiento, así como un “diccionario” con las definiciones conceptuales de todas las categorías. Las modalidades de búsqueda con Hypersoft son muy variadas. Además de la búsqueda a partir de las características propias de las variables o de sus co-ocurrencias (establecidas por medio de operadores booleanos), se pueden buscar y recuperar fragmentos a través de cualquier relación que se desee establecer entre ellos y que se asigne a las categorías que los engloban, por ejemplo, relaciones de causalidad. Los resultados de las categorizaciones o de las relaciones establecidas entre ellas pueden ser visualizados de forma gráfica en la pantalla. Estos resultados pueden ser además “escalados” con arreglo a sus ocurrencias, de tal manera que cuantos más datos justifiquen una relación o una categoría, mayor espacio geométrico ocupará en el gráfico.

#### – *Hardware necesario*

Macintosh con sistema 6.0+ ó posterior; HyperCard versiones 1.2 ó 2.0.

#### – *Precio*

\$175 + \$20 e.e. (\$150 para estudiantes).

#### – *Distribuidores*

- Ian Dey, 45 Colinton Road, Edinburgh, EH10 5EN, Reino Unido.
- Qualitative Research Management (dirección indicada).

### h) *MAX*

El texto necesita una cierta preparación para ser aceptado por el programa. Tiene un procedimiento especial para leer respuestas a preguntas de elección múltiple y para convertir respuestas a cuestiones abiertas en respuestas de elección múltiple. Ofrece la posibilidad de codificar en uno o dos pasos. Los códigos deben introducirse en el programa antes de usarlo. Pueden ser descritos con hasta 40 caracteres, pero tienen una equivalencia numérica que permite simplificar el proceso de codificación. Los ficheros también se pueden identificar numéricamente. Es capaz de realizar las búsquedas con hasta 24 variables sociodemográficas. Aunque no se pueden hacer búsquedas desde codificaciones múltiples de forma directa (por ejemplo “todos los fragmentos que tengan código 6 y código 10”), sí pueden hacerse a partir de las respuestas de elección múltiple (p. ej., se codifica como “10” sólo a aquellos sujetos que han elegido la respuesta “6” de la pregunta “x”). En todas las búsquedas se pueden utilizar los operadores booleanos. También se pueden buscar relaciones usando palabras comodín, palabras idénticas, o combinaciones de palabras. MAX

lleva incluidas salidas para otros paquetes (SPSS, TEXPACK y CLUSTAN), a los que pueden transferirse no sólo las variables socio-demográficas y las respuestas de elección múltiple, sino también los códigos (para ser tratados como variables) y sus referencias textuales (interpretables como valor de la variable),

– *Hardware necesario*

PCs con sistema MS-Dos y disco duro.

– *Precio*

Programa: \$220 + \$20 e.e.

Muestra: \$10 + \$2,50 e.e.

– *Distribuidores*

- Udo Kuckartz, BSSB, Schützallee 52, D-1000, Berlín 37, Alemania. Tel 49-30-8137201.
- Qualitative Research Management (dirección indicada).

i) *ETAMORPH*

El programa se basa en el establecimiento de redes semánticas entre conceptos. Las relaciones entre los nodos de la red (conceptos) son espacio-temporales y causales. Permite la búsqueda de palabras o fragmentos de información en documentos no estructurados, escritos en ASCII. La búsqueda se puede hacer en forma de interrogación, ya que el programa supuestamente “entiende texto” y es capaz de interrogar y analizar el documento preguntando por el contenido y por el significado. Con las respuestas (“hits”) elabora un tesoro. El fragmento textual buscado aparece en pantalla subrayado y en su contexto. El tesoro se puede ir variando según avanza la investigación. La información seleccionada se puede almacenar en archivos ASCII.

– *Hardware necesario*

PCs con sistemas MS-DOS o Windows y sistema Unix. Necesita 2 MB libres como mínimo.

– *Precio*

Programa \$5000

– *Distribuidor*

Expansion Programs International, Inc., 1115 Edgewater Drive, Cleveland, Ohio 44102, USA. Tel. 1-216-6318544. Fax: 1-216-2810828.

j) *NUDIST (Versión 2.3)*

Trabaja con cualquier tipo de información no estructurada, sea textual o verbal grabada (como conversaciones, entrevistas, documentos históricos o literarios, notas de campo, recortes de periódicos, archivos, etc.). Clasifica toda la información en “unidades de texto”.



Puede juntar todos los documentos en uno; indexar<sup>48</sup> segmentos de texto en varias categorías de indexación y jerarquizarlas (subcategorías, árboles de índices). Tiene capacidad para buscar palabras, frases o fragmentos; para usar los índices, u otros segmentos de texto, como base para encontrar pasajes de texto e ideas en ellos. Permite añadir información extratextual a cualquier categoría; tomar notas y hacer memorándums acerca de las ideas y teorías que emergen de los datos. Almacena cualquier comentario personal acerca de las razones de la categorización, así como de las relaciones de cada categoría con otras categorías. Reorganiza y expande la codificación a medida que la comprensión de los datos y la teorización avanza. NUDIST puede trabajar con documentos "on-line" y "off-line". Permite hojear los índices de forma no secuencial, al estilo "hypermedia", lo cual facilita el pasar del índice al documento indexado y viceversa. Cada una de las búsquedas con NUDIST puede almacenarse como una categoría en el índice, y se puede usar posteriormente en un nivel más abstracto de indexación, con lo que se facilita el proceso de teorización a partir de los datos.

– *Hardware necesario*

- Hay versiones para PCs y compatibles, para Macintosh, para Unix y VAX/VMS. La versión para PCs y compatibles necesita un procesador 386 ó superior; Windows 3.1 ó posterior; disco duro con 10 MB libres; un mínimo de 4 MB de RAM.
- La versión para Macintosh necesita un sistema 6.0 ó posterior, disco duro y al menos 4 MB de RAM.
- La versión para múltiples usuarios trabaja con cualquier sistema operativo compatible con Unix System V ó 4.2BSD, y con cualquier sistema VAX/VMS. Necesita un Common LIPS completo.

– *Precio*

Para las unidades de IBM y compatibles, y para Macintosh, \$300 australianos. Para los sistemas en red, a partir de \$1200 australianos.

– *Distribuidor*

NUDIST Project. La Trobe University, Bundoora, Vic 3083, Australia. Tel: 61-3-4791311. Fax: 61-3-4704915. E-mail: nudist@latai.lat.oz.au

k) *QUALPRO (Versión 4.0)*

Permite estructurar, etiquetar y agrupar textos recogidos por cualquier medio –entrevistas, cuestionarios abiertos, observaciones, diarios, etc.–. Importa textos en archivos ASCII que no contengan más de 69 caracteres por línea. Identifica, codifica (en dos pasos) y recupera segmentos de texto de forma flexible y fácil de usar. Permite la elaboración de tablas de contingencia entre distintos ficheros, la subdivisión de los datos a partir de categorías, y la búsqueda por combinación de categorías booleanas. Puede identificar segmentos de texto no codificados. Dispone de sistemas para calcular la fiabilidad y consistencia de la codificación, que sirven, a la vez, para la instrucción y el aprendizaje de nuevos codificadores/as. Tiene varias posibilidades de codificación para mostrar las salidas tanto en pantalla como en papel o en ficheros. No es un programa complicado y permite una gran interacción con el/la usuario/a.

– *Hardware necesario*

Necesita PCs o compatibles con MS-Dos 2 o posterior. Es preferible el uso de disco duro, pero pueden usarse sólo disquetes.

– *Precio*

Profesionales: \$200 + \$15 e.e.

Estudiantes: \$60 + \$15 e.e.

Manual: QUALPRO Introductory Guide: \$10 + \$2.5 e.e.

– *Distribuidores*

- Impulse Development Company, 2504 Debden Court, Tallahassee, FL 32308-3035, USA. Tel: 1-904-668-9865. Fax: 1-904-668-9866.
- Qualitative Research Management (dirección indicada).

1) *Textbase Alpha*

Accepta el texto directamente, excepto si son datos estructurados. En este último caso codifica automáticamente los datos según una serie de codificadores (numero de la pregunta, respuesta, etc.). Permite la codificación de los datos directamente en pantalla (el único de los programas para MS-Dos que lo hace). La codificación automática puede ser recodificada en pantalla. El número de superposiciones y modificaciones es casi ilimitado: 500 códigos por fichero. Realiza fácilmente la búsqueda y recuperación de textos a partir de los códigos y criterios que se le señalen, aunque no puede realizar búsquedas por códigos múltiples. Puede hacer búsquedas selectivas para crear subgrupos de sujetos a partir de seleccionar ciertas variables socio-demográficas o de otro tipo. Ofrece la posibilidad de realizar el cómputo de frecuencias de los códigos y elaborar matrices de datos que pueden ser exportadas a SPSS para análisis numéricos complementarios.

– *Hardware necesario*

PCs y compatibles; al menos 640K de RAM y Dos 2 ó posterior. Es preferible el uso de disco duro y de monitor en color.

– *Precio*

Programa: \$150 + \$20 e.e.

Muestra: \$10 + \$2,5 e.e.

Manual: Textbase Alpha Introductory Guide \$10 + \$2,5 e.e.

– *Distribuidor*

Qualitative Research Management (dirección indicada)

Señalaremos por último, que hay otros programas interesantes, como MECA, QUALOG, TAP, etc., que ayudan en aspectos específicos del AT (por ejemplo, TAP está diseñado para codificar de forma rápida; cada tecla de función puede ser un código). Sin embargo, las utilidades de estos programas están incorporadas en los programas hasta ahora presentados. En el inmediato futuro aparecerán, con toda probabilidad, nuevos programas que están ahora en fase prueba-beta.

## NOTAS AL CAPÍTULO 7

<sup>1</sup> En realidad, todos los métodos de investigación social y todos los métodos científicos, en general— son cualitativos: para que algo pueda determinarse cuantitativamente, es preciso que antes se haya especificado cualitativamente. La diferencia fundamental entre los llamados métodos cuantitativos y los denominados cualitativos estriba en la forma en que unos y otros definen sus sistemas de distinciones cualitativas. Los primeros establecen esos sistemas de forma *a priori* respecto de la producción del cuerpo de evidencia empírica que debe sostener la investigación. Los segundos descubren tal sistema de distinciones *a posteriori*, una vez que esa evidencia empírica ha sido producida e interpretada. Métodos como el AC “cuantitativo” se sitúan en una posición intermedia: establecen el sistema de distinciones, frecuentemente, *a posteriori* respecto de la producción de la evidencia empírica—y tras una primera lectura de la misma—, pero *a priori* respecto de su interpretación.

<sup>2</sup> C. W. Morris, 1938.

<sup>3</sup> Cabría afirmar, tentativamente, que la superficie textual no es otra cosa que el texto mismo, en la medida en que se considera despojado de toda interpretación. Sin embargo, esta definición resultaría en el fondo desorientadora, porque en realidad nunca enfrentamos un texto sin proyectar sobre él algún tipo de interpretación. Así, al menos debemos interpretar las inscripciones que componen el texto como letras pertenecientes a un determinado alfabeto (o, en general, como símbolos de cierto sistema expresivo), y que representan fonemas característicos de una lengua concreta, etc. La noción de superficie textual tiene pues un carácter a la vez negativo y relativo: negativo, porque un texto se nos aparece en su condición de superficie textual justamente en la medida en que ponemos entre paréntesis—negamos— una cierta interpretación previa, espontánea, del mismo. Y relativo, porque lo que se nos aparece como superficie textual desde un determinado nivel (por ejemplo, semántico), es en realidad una interpretación del texto realizada en un nivel inferior (digamos, sintáctico). Además, las interpretaciones de cada nivel no sólo presuponen las de los niveles inferiores, sino también, en buena medida, las de los niveles superiores—es prácticamente imposible analizar sintácticamente un texto sin proyectar sobre él una cierta interpretación semántica—. Convencionalmente, sin embargo, y en el contexto del AC, cabe definir la superficie textual como la forma sintáctica del texto (entendida en el modo complejo indicado).

<sup>4</sup> Una teoría es tanto más potente cuantas más proposiciones son deducibles de ella. De acuerdo con este punto de vista, potencia no significa fiabilidad. Pues las teorías inconsistentes, autocontradictorias, serían las más potentes de todas, si bien las menos fiables: como ya sabían los escolásticos, a partir de la contradicción puede deducirse cualquier cosa.

<sup>5</sup> Autonomía y dependencia no son términos antónimos. Los seres vivos son entidades autónomas (véase F. Varela, 1979), y sin embargo suelen depender unos de otros cuando forman parte de un mismo ecosistema.

<sup>6</sup> F. de Saussure, 1945.

<sup>7</sup> La noción originaria de *contexto* hace referencia a un *texto* que incluye a —y, eventualmente, permite establecer el sentido de— otro texto. Aquí, sin embargo, por contexto debe entenderse *contexto extratextual*: el conjunto de las circunstancias que rodean a un texto y definen su horizonte de producción y de interpretación.

<sup>8</sup> P. Navarro, 1993.

<sup>9</sup> J. Lacan, 1966; J. Dubois, 1969.

<sup>10</sup> Véase J. Lyons, 1980.

<sup>11</sup> K. Bühler, 1967.

<sup>12</sup> Véase O. Ducrot y T. Todorov (1974: 383).

<sup>13</sup> J. L. Austin, 1971.

<sup>14</sup> P. Navarro, 1994 y 1990.

<sup>15</sup> Esa "precisión" suele entenderse, frecuentemente, en términos cuantitativos. Sin embargo, no sólo existe esa precisión cuantitativa: además de la precisión cuantitativa, estadística y, en definitiva, probabilitaria, hay una precisión cualitativa, estructural y, en último término, *posibilitaria*. Las características del presente trabajo no permiten desarrollar más este punto. Véase el tratamiento de la noción de posibilidad en P. Navarro, 1994, cap. 2.

<sup>16</sup> El término "extratextual", tal como es aquí utilizado, tendría un significado equivalente al que muchos especialistas en AC (por ejemplo, K. Krippendorff, 1990) asocian al término "contextual": aquello que está fuera del texto y que, sin embargo, lo determina de algún modo. Véase la nota 7.

<sup>17</sup> En este trabajo tampoco se considerarán los problemas de fiabilidad y validez que plantea el uso de los métodos de AC. Una discusión de estos problemas y de los procedimientos de muestreo puede hallarse en K. Krippendorff, 1990.

<sup>18</sup> Una exposición más detallada del contenido de este apartado puede encontrarse en L. Bardin, 1986. Véase también O. R. Holsti, 1969 y K. Krippendorff, 1990.

<sup>19</sup> Como afirma Krippendorff, "demarcan aquella porción del material simbólico que debe examinarse para caracterizar la unidad de registro" (K. Krippendorff, 1990: 85).

<sup>20</sup> Véase la noción de "jerarquía de cubiertas", en el epígrafe 7.4.2.

<sup>21</sup> Se trata de una disciplina que se consolida a partir de mediados de los sesenta. Véase J. Leed (comp.), 1966.

<sup>22</sup> Véase L. Bardin (1986: 144 y ss).

<sup>23</sup> M. Pêcheux, 1978.

<sup>24</sup> B. Bernstein, 1971, 1973, 1975.

<sup>25</sup> C. E. Osgood, S. Spota y J. C. Nunnally, 1956.

<sup>26</sup> C. E. Osgood, G. J. Suci y P. H. Tannenbaum, 1957.

<sup>27</sup> C. E. Osgood, 1959.

<sup>28</sup> Véase J. Ibáñez, 1993.

<sup>29</sup> Numerosos científicos sociales tienden a asimilar automáticamente la noción de "rasgo" a la de "variable". Con ello sólo manifiestan la profundidad de sus prejuicios epistemológicos, asumidos de forma notablemente irreflexiva. Una variable es, en todo caso, un tipo altamente específico de "rasgo", es un rasgo *funcionalmente adscribible* (véase epígrafe 7.4.2) a una colección de objetos. Hay muchos rasgos de objetos que no admiten esta forma de adscripción funcional. Decir, por ejemplo, que *El Quijote* es una "variable" de Cervantes es simplemente una insensatez.

<sup>30</sup> Véase K. Krippendorff (1990: 166 y ss.)

<sup>31</sup> J. Piaget, 1973.

<sup>32</sup> Véase F de Saussure, 1945, cap. 3 y ss.

<sup>33</sup> C. Lévi-Strauss, 1968.

<sup>34</sup> U. Eco, 1977.

<sup>35</sup> R. K. Merton, 1964, cap. 3.

<sup>36</sup> A. Wilden, 1972.

<sup>37</sup> Un notable intento de superación del punto de vista estructural es el de J. Ibáñez, 1986 y 1994.

<sup>38</sup> P. Gould, 1980.

<sup>39</sup> R. Atkin, 1974, 1980.

<sup>40</sup> C. Díaz y P. Navarro, 1992.

<sup>41</sup> A. George, 1959.

<sup>42</sup> G. F. Mahl, 1959.

<sup>43</sup> G. F. Mahl, o. cit.

<sup>44</sup> A. L. George, o. cit.

<sup>45</sup> G. F. Mahl, o. cit.

<sup>46</sup> C. E. Osgood y E. G. Walker, 1959.

<sup>47</sup> D. G. Hays, 1978.

<sup>48</sup> *Ibíd.*, p. 59.

<sup>49</sup> *Ibíd.*, p. 65.

<sup>50</sup> H. Sacks, E. A. Schegloff, y G. Jefferson, 1974.

<sup>51</sup> J. L. Austin, 1971.

<sup>52</sup> L. Wittgenstein, 1984.

<sup>53</sup> G. Brown y G. Yule, (1983: 1).

<sup>54</sup> J. R. Searle, 1980.

<sup>55</sup> Véase M. Stubbs, 1987.

<sup>56</sup> J. Ibáñez, 1979.

<sup>57</sup> J. Dubois, 1969, M. C. D'Unrug, 1974.

<sup>58</sup> Véase J. Lozano, C. Peña Marín y G. Abril, 1982.

<sup>59</sup> A. Rapoport, 1969, p. 34.

<sup>60</sup> K. Krippendorff, 1990, pp. 66-69.

<sup>61</sup> P. J. Stone et al. (1966): *The General Inquirer: a Computer Approach to Content Analysis*. Massachusetts, *The MIT Press*. El *General Inquirer* sólo funciona en ordenadores *mainframe*. Su principal ventaja es que dispone de "diccionarios" que relacionan nombres de categorías y permiten asignar expresiones concretas a éstas mediante reglas. De este modo, se trata de un programa útil para los análisis que tienen como objetivo la clasificación categorial de textos.

<sup>62</sup> H. P. Iker (1975): *WORDS System Manual*. Roschester, NY. Computer Printout, WORDS ofrece la ventaja de que la clasificación de las palabras emana de las propias características del texto.

<sup>63</sup> Por "teoría entrañada en los datos" o, simplificando, "teoría entrañada" entendemos aquí aquella teoría elaborada a partir de las evidencias proporcionadas por la interpretación y el análisis de los datos. Es lo que se conoce como *Grounded Theory*. El desarrollo de la teoría entrañada como perspectiva metodológica se dio sobre todo durante los años setenta, en los países anglosajones, como parte de la expansión del análisis cualitativo. Uno de sus objetivos es tender un puente entre la teorización sin base empírica alguna y el extremo empiricismo, escasamente informado por la teoría.

<sup>64</sup> La palabra "código" se refiere aquí a la abreviatura de los nombres de las categorías, que el/la investigador/a usa para su propia organización personal. En los programas de ordenador para interpretación de textos, el código no tiene por qué guardar relación semántica alguna con lo codificado. Por el contrario, en los programas para la elaboración de teoría entrañada la codificación establece categorías semánticas.

<sup>65</sup> Richards, T. J. y Lyn Richards (1992) *Introducing NUDIST*. Eltham, Victoria, Australia. Rplec Pty Ltd. p. 9.

<sup>66</sup> La información de casi todos los programas la hemos obtenido de sus propios distribuidores, que en algunos casos son sus propios autores. Al no haber probado todos ellos damos por cierta dicha información, aunque no podemos hacernos responsables de su correspondencia con la realidad. De algún programa no hemos recibido la información actualizada a la hora de cerrar este libro, por lo que puede que haya nuevas versiones con más utilidades de las señaladas por nosotros, y/o, cambios en los precios.

<sup>57</sup> “Gramática de la acción”, según los creadores de ETHNO (Heisc y Lewis), es el conjunto de reglas que ordenan alguna clase de elementos.

<sup>58</sup> NUDIST, para no confundir la codificación que realiza con la que carece de base semántica, llama “indexar” e “índice” a lo que hasta aquí se ha llamado “codificar” y “código”.



## CAPÍTULO 8

### SUJETO Y DISCURSO: EL LUGAR DE LA ENTREVISTA ABIERTA EN LAS PRÁCTICAS DE LA SOCIOLOGÍA CUALITATIVA

*Luis Enrique Alonso*

#### **8.1. Introducción: el grupo de discusión y las entrevistas en profundidad. Su lugar diferencial como prácticas de la sociología cualitativa**

Las aproximaciones metodológicas cuantitativa y cualitativa operan y se desenvuelven en niveles diferentes de la información y comunicación interpersonal. Así, las técnicas cuantitativas siempre se mueven –dentro del conocidísimo modelo de las funciones del lenguaje de Roman Jakobson (1981: 347 y ss.)– en el momento y la función comunicativa *referencial*, lo que representa una comunicación denotativa, descriptiva y cognoscitiva basada en lo que el propio Jakobson (1981: 353-357) llama un *lenguaje/objeto* –en la encuesta estadística el cuestionario cerrado, por ejemplo, está diseñado para recoger este nivel referencial preestableciendo un lenguaje/objeto–, sin embargo las diferentes prácticas cualitativas exploran y encuentran su productividad en otros ámbitos comunicacionales, concretamente el grupo de discusión se adapta a la función *metalingüística* del lenguaje y la entrevista abierta a la función *expresiva*. Veamos.

El grupo de discusión se sitúa en la definida por Jakobson como *función metalingüística del lenguaje*, en cuanto que produce discursos particulares y controlados que remiten a otros discursos generales y sociales. Comportándose fundamentalmente el grupo de forma paralela a como los semiólogos suelen definir un metalenguaje –aquel en el que el mensaje tiene por objeto otro mensaje (Eco, 1977: 160)– o como más concretamente postula Roland Barthes, un sistema en el que el plano de contenido esta a su vez constituido por un sistema de significación (Barthes, 1970: 104), (véase capítulo *Grupos de discusión*).

De forma alternativa, y en un primer desbroce, la entrevista es un *proceso comunicativo* por el cual un investigador extrae una información de una persona –“el informante”, en término prestado del vocabulario básico de la antropología cultural!– que se halla

contenida en la biografía de ese interlocutor. Entendemos aquí biografía como el conjunto de las representaciones asociadas a los acontecimientos vividos por el entrevistado. Esto implica que la información ha sido experimentada y absorbida por el entrevistado y que será proporcionada con una orientación e interpretación significativa de la experiencia del entrevistado. Orientación, deformación o interpretación que muchas veces resulta más interesante informativamente que la propia exposición cronológica o sistemática de acontecimientos más o menos factuales.

La *subjetividad* directa del producto informativo generado por la entrevista es su principal característica y, a la vez, su principal limitación. La entrevista abierta de investigación social tiene su mayor sentido, por lo tanto, al ser utilizada donde nos interesan los actos ilocutorios más *expresivos*, en el sentido, otra vez, de Jakobson (1981: 353 y ss.), de individuos concretos que por su situación social nos interesan para localizar discursos que cristalizan no tanto los metalenguajes de colectivos centralmente estructurados, sino las situaciones de descentramiento y diferencia expresa.

La llamada función *emotiva* o *expresiva* centrada en el *destinador* —el yo de la comunicación— se convierte en el punto central de referencia de la práctica de la entrevista abierta de investigación, pues apunta a conseguir una expresión directa de la actitud del emisor ante aquello que constituye su mensaje. Tiende a producir la impresión de una cierta *emoción*, sea verdadera o fingida (de ahí su nombre de función emotiva), es reflejo de la subjetividad del emisor y revela su actitud ante la naturaleza del referente de investigación en cuanto que objeto a conocer, definiéndose así en esta función las relaciones internas entre el mensaje y su autor. Como observa Pierre Giraud (1973: 12), la función autoexpresiva tiende a ser complementaria y concurrente de la función referencial de la comunicación, introduciendo el elemento de la afectividad subjetiva, y el de los propios prejuicios, racionalizaciones y proyecciones, transfiriendo *identidad* a la dimensión cognoscitiva y objetivante de la función referencial del lenguaje.

El yo de la comunicación en la entrevista no es, pues, simplemente un *yo lingüístico* —de hecho ha sido puesto repetidamente en duda el sentido estrictamente lingüístico de la función expresiva<sup>2</sup>—, sino un *yo* especular o directamente *social* que aparece como un proceso en el que —como señaló en su día el clásico Georges H. Mead (1972)— el individuo se experimenta a sí mismo como tal, no directamente, sino indirectamente en función del *otro generalizado*, esto es, desde el conjunto de puntos de vista particulares de otros individuos miembros del mismo grupo, o desde el punto de vista generalizado del grupo social al que pertenece. Esto nos lleva a la relación concreta de la entrevista como un lugar en el que se expresa un *yo* que poco tiene que ver con el yo como “realidad objetiva”, individualista y racionalizado —típico del conductismo, el utilitarismo microeconómico o cualquier visión paradigmática fundamentada más o menos cercanamente en el individualismo metodológico—, sino un *yo narrativo*, un *yo* que cuenta historias en las que se incluye un bosquejo del yo como parte de la historia (Bruner, 1991: 110), típico de la perspectiva constructivista que desde más de tres decenios se viene abriendo paso en diversos espacios de las ciencias del comportamiento humano<sup>3</sup>.

La técnica de la entrevista abierta se presenta útil, por lo tanto, para obtener informaciones de carácter *pragmático*, es decir, de cómo los sujetos diversos actúan y reconstruyen el sistema de representaciones sociales en sus prácticas individuales. Así la entrevista tiene un espacio de cobertura fundamentado en el comportamiento ideal del individuo concreto en su relación con el objeto de investigación, circunscribiendo un espacio pragmático —tal y como utilizaba, por ejemplo, Ch. S. Peirce el concepto<sup>4</sup>— en cuanto que el proceso de signi-



ficación se produce por el hecho que el discurso es susceptible de ser actualizado en una práctica correspondiente. Y por eso las preguntas adecuadas son aquellas que se refieren a los comportamientos pasados, presentes o futuros, es decir, al orden de lo realizado o realizable, no sólo a lo que el informante piensa sobre el asunto que investigamos, sino a cómo se actúa o actuó en relación con dicho asunto. La entrevista abierta, por tanto, no se sitúa en el campo puro de la conducta –el orden del hacer–, ni en el lugar puro de lo lingüístico –el orden del decir– sino en un campo intermedio en el que encuentra su pleno rendimiento metodológico: algo así como *el decir del hacer*, basado fundamentalmente en que el hecho de hablar con los interlocutores de lo que hacen y lo que son (lo que creen ser y hacer) es el primer paso de toda etnografía (Catani, 1990: 152).

De tal manera que, entonces, hay que señalar que las entrevistas abiertas pueden, si son planteadas así, servir complementariamente a los grupos de discusión, porque en los grupos de discusión lo que obtenemos son siempre representaciones de carácter colectivo, no individual. Los grupos no nos proporcionan conocimiento sobre los comportamientos, sino sobre los sistemas de representaciones en relación con los objetos de estudio. Y cuando encontrar la dimensión pragmática personalizada es interesante dentro de la estrategia de la investigación, cuando nos interesa movernos en la dimensión sintagmática, *événementiel* y diacrónica del objeto investigado<sup>5</sup>, la complementariedad de la entrevista se hace evidente.

Por tanto, en este primer nivel, mientras que en el grupo de discusión las posiciones discursivas *básicas* tienen carácter *prototípico*, es decir, es el lugar *al que tienden* las diferentes actitudes y opiniones de los miembros de los grupos de discusión y que aparecen precisamente como producto del propio proceso de debate, enfrentamiento y oposición entre diversas posturas personales que se llevan a cabo en las discusiones de grupo, –combinándose y homogeneizándose así opiniones, imágenes y representaciones personales en discursos más o menos *tópicos* que tienden a representar a los grupos sociales que los enuncian– la entrevista, sin embargo, se sitúa en el discurso de los *estereotipos*, tal como los define el sociolingüista norteamericano William Labov (1983: 387), esto es, como las formas construidas de marcaje y reconocimiento social que encuadran la conciencia del hablante.

El campo de actuación así de la entrevista en profundidad sería el del habla en el sentido de la actualización personalizada del código de la lengua. Pero frente a la atribución a este campo por parte de Saussure (1980: 40) de un carácter de acto individual de voluntad e inteligencia –otorgándole luego a la lengua todo lo que de social tiene el ser humano– nosotros en este trabajo vamos a pensar en *el habla* desde el lugar social. Lo que no es otra cosa por decirlo así, y utilizando seguramente de una manera impropia a Octavio Paz, que frente a la imagen de “mono gramático” que da la lingüística estructural del hablante, nosotros desde aquí reclamamos la condición de animal social (dialógico e intertextual) del hombre incluso en sus actos ilocutorios más individualizados<sup>6</sup>. Como señaló en su día Valentín Voloshinov en sus requerimientos contra la lingüística formalista y/o estructuralista:

La verdadera realidad del lenguaje no es un sistema abstracto de formas lingüísticas, ni el habla monologal aislada, ni el acto psicofisiológico de su realización, sino el hecho social de la interacción verbal que se cumple en uno o más enunciados (Voloshinov, 1976: 118)<sup>7</sup>.

## 8.2. La entrevista abierta en sus usos

*Es reconfortante, en fin, considerar el mundo, la vida, el hombre, el conocimiento y la acción como sistemas abiertos (Morin, 1974: 250).*

Jean-Baptiste Fages (1990: 129) llega a distinguir entre siete tipos más o menos normalizados de lo que en general se denomina entrevista, siete tipos construidos en función del grado de apertura y directividad de las intervenciones del entrevistador y dentro de diferentes ámbitos de las ciencias humanas: la sesión clínica (psicoanalítica o psicológica), la entrevista no directiva, la entrevista focalizada sobre temas preciso, la entrevista con respuestas provocadas pero libres en su formulación, la entrevista con preguntas abiertas pero siguiendo un orden precisado, la entrevista con preguntas listadas y la entrevista con preguntas cerradas.

Aquí es necesario rápidamente distinguir también entre la *entrevista de investigación social* (en sus diferentes versiones: enfocada, no directiva, etc.<sup>9</sup>) y las *entrevistas terapéuticas y clínicas*. La entrevista de investigación pretende, a través de la recogida de un conjunto de saberes privados, la construcción del sentido social de la conducta individual o del grupo de referencia de ese individuo. La entrevista clínica o terapéutica tiene un propósito casi opuesto, favorece a través de la construcción de un discurso y unas prácticas discursivas —en una serie de juegos relacionales entre paciente y terapeuta planteados por escuelas tan diferentes como la de Palo Alto, el psicoanálisis, o la psicoterapia basada en el cliente de Carl Rogers, entre otras<sup>10</sup>— un saber privado capaz de estructurar y estabilizar una determinada acción personal. Esto no quiere decir que de la entrevista terapéutica no podamos extraer datos para la investigación sociológica, pero no es su objetivo fundamental.

La entrevista de investigación es por lo tanto una conversación entre dos personas, un entrevistador y un informante, dirigida y registrada por el entrevistador con el propósito de favorecer la producción de un discurso *conversacional, continuo y con una cierta línea argumental* —no fragmentado, segmentado, precodificado y cerrado por un cuestionario previo— del entrevistado sobre un tema definido en el marco de una investigación. La entrevista es pues una narración conversacional, creada conjuntamente por el entrevistador y el entrevistado, que contiene un conjunto interrelacionado de estructuras que la definen como objeto de estudio (Grele, 1990: 112).

La entrevista de investigación social encuentra su mayor productividad no tanto para explorar un simple lugar fáctico de la realidad social, sino para entrar en ese lugar comunicativo de la realidad donde la palabra es vector vehiculante principal de una experiencia personalizada, biográfica e intransferible.

Esto nos suele demarcar cuatro campos básicos de utilización de la entrevista en profundidad:

1. Reconstrucción de acciones pasadas: enfoques biográficos, archivos orales, análisis retrospectivo de la acción, etc.<sup>10</sup>
2. Estudio de las representaciones sociales personalizadas: sistemas de normas y valores asumidos, imágenes y creencias prejuiciales, códigos y estereotipos cristalizados, rutas y trayectorias vitales particulares, etc.<sup>11</sup>

3. Estudio de la interacción entre constituciones psicológicas personales y conductas sociales específicas: estudios, por ejemplo, sobre agresividad, violencia, las llamadas conductas desviadas, etc.<sup>12</sup>, donde el grupo de discusión tampoco suele funcionar por la tendencia a la dispersión y falta de homogeneidad de las trayectorias y respuestas individuales.
4. Prospección de los campos semánticos, vocabulario y discursos arquetípicos de grupos y colectivos sobre los que luego vamos a pasar un cuestionario cerrado.<sup>13</sup>

La entrevista de investigación, por su constitución, es refractaria a cualquier criterio científico de definición de la herramienta metodológica, ya que:

1. No existe regla fija ninguna sobre la forma de realizar la entrevista ni la conducta del entrevistador.
2. Toda entrevista es producto de un proceso interlocutorio que no se puede reducir a una contrastación de hipótesis y al criterio de falsación.
3. Los resultados de la entrevista por sí mismos no tienen posibilidad de generalización indiscriminada ni mucho menos de universalización.

La entrevista entonces sólo se puede juzgar, como cualquier otra práctica cualitativa, por sus resultados finales, por la riqueza heurística de las producciones discursivas obtenidas en ella. Sobre todo en la posibilidad de recoger y analizar saberes sociales cristalizados en discursos que han sido construidos por la práctica directa y no mediada de los sujetos protagonistas de la acción. El empleo de la entrevista presupone que el objeto temático de la investigación, sea cual fuere, será analizado a través de la experiencia que de él poseen un cierto número de individuos que a la vez son parte y producto de la acción estudiada, ya que el análisis del narrador es parte de la historia que se narra (Greele, 1990: 124).

Este tipo de concepción, además, se enfrenta a la idea de la entrevista como una técnica de *recogida de datos* para las orientaciones más positivistas, o de *recogida de discursos* para las de carácter más lingüístico. Como si los datos tuvieran una existencia y una estructura fija independiente de la interacción social que los genera y del método que los recoge. Lo mismo ocurre cuando hablamos de discursos y nos comportamos como si los discursos existiesen en sí mismos independientes, y como si de una toma de muestras biológicas o geológicas se tratara, se recogieran aproblemáticamente, siendo lo verdaderamente importante el análisis ulterior de los elementos internos en función de su coherencia estructural.

Así frente a las posiciones que podríamos denominar *textualistas* –tal como las designa Alex Callinicos en un magnífico artículo crítico del postestructuralismo francés (Callinicos, 1986: 263-293)– las cuales presentan los discursos como autónomos –los discursos son considerados como juegos infinitos de significantes que hablan al sujeto–, y a los textos como totalidades epistemológicas fuera de los cuales no existe nada, por lo que al final el sujeto del habla no es más que un guiñapo hecho de significantes jamás alcanzables en su sentido profundo para su autor, pues literalmente le dominan; así el discurso (social, multidimensional, contextualizado en un tiempo y espacio histórico) se convierte en texto y el texto es objeto de una supuesta *deconstrucción* que, después de muchas vueltas, nos acabamos enterando, como dice el historiador Josep Fontana (1992: 87-100), que no es otra cosa que denominar de una manera nueva a los estudios literarios académicos de siempre. Nosotros, en estas páginas, partimos de dos tesis fundamentales, prácticamente contrarias a las sostenidas desde el textualismo, así:

1. El habla tiene referentes extradiscursivos: el discurso no se explica por el discurso mismo.
2. Entre estos referentes están las prácticas sociales parcialmente constitutivas del discurso. Tesis que pueden ser llamadas de realismo materialista y contextualismo, y que marcan desde su base nuestra concepción teórica metodológica de la entrevista abierta.

La entrevista en profundidad es, pues, un *constructo comunicativo* y no un simple registro de discursos que “hablan al sujeto”. Los discursos no son así preexistentes de una manera absoluta a la operación de toma que sería la entrevista, sino que constituyen un marco social de la situación de la entrevista. El discurso aparece, pues, como respuesta a una interrogación difundida en una situación dual y conversacional, con su presencia y participación, cada uno de los interlocutores (entrevistador y entrevistado) co-construye en cada instante ese discurso. Contrariamente a la idea de la toma biológica, cuya repetición permite recoger el mismo producto, la construcción discursiva es siempre singular y difícilmente reproductiva en sus aspectos de sintaxis lógica interna. Cada investigador realiza una entrevista diferente según su cultura, sensibilidad y conocimiento particular del tema, y, lo que es más importante, según sea el contexto espacial, temporal o social en el que se está llevando a cabo de una manera efectiva.

La entrevista en profundidad es, de esta manera, un proceso de determinación de un texto en un *contexto*<sup>12</sup>, no de aislamiento de un texto, y por tanto siguiendo a Anthony Wilden (1979: 112-113) podemos decir que es un proceso de *puntuación*, esto es, un proceso de organización de los hechos y representaciones de la conducta: ya que cuando producimos o interpretamos un texto estamos haciendo algo más que producir o interpretar ese texto, estamos actuando o sufriendo los efectos de una acción (González Martín, 1982: 254-255). Nos estamos moviendo con ello en un proceso y no en una forma, en la puntuación y no en el simple terreno de la sintaxis lógica o significante. Tal es el nivel de nuestro enfoque, muy cercano a las ideas sobre la “sociología profana” y el análisis conversacional etnometodológico —que se resiste a considerar al actor social como un simple *idiota cultural*, en la expresión de Harold Garfinkel (1984: 67 y ss.)— y, por ello, lógicamente, bastante lejano de las posiciones estructuralistas y postestructuralistas.

### 8.3. La práctica de la entrevista en profundidad

*Entre narradores y escuchadores la relación es directa, imprevisible, problemática. Es, en otras palabras, una relación verdaderamente humana, es decir, dramática, sin resultados asegurados. No hablan sólo las palabras, sino los gestos, las expresiones del rostro, los movimientos de las manos, la luz de los ojos. Este es el don de la oralidad: la presencia, el sudor, los rostros, el timbre de las voces, el significado —el sonido— del silencio (Ferrarotti, 1991: 19-20).*

La entrevista de investigación social es la mínima expresión de un sistema comunicativo que se retroalimenta, y como todo sistema abierto no puede entenderse como la suma de sus partes, sino como el resultado de una circularidad interaccional cuyos resultados

dependen de la organización concreta y sucesiva de las secuencias comunicativas y no de la simple programación del canal de información.

Toda comunicación implica un compromiso y define una relación, esto es, una comunicación no sólo transfiere información sino que a la vez impone conductas. Son las dos operaciones básicas de la relación comunicativa que Gregory Bateson (1984: 81-116) presenta como dos planos complementarios; por una parte los aspectos conativo-relacionales y por otra los aspectos referenciales y de contenido de toda comunicación. En la entrevista, como en toda secuencia comunicacional, todo intercambio de mensajes manifiestos va retroalimentando el contexto interpersonal y marca los límites sobre la interacción posterior, por lo que no sólo resulta afectado el receptor sino toda la relación.

La entrevista al realizarse tiende a convertirse así en un sistema tipo homeostático<sup>15</sup>, esto es, en un sistema en equilibrio inestable contrapesado por secuencias comunicativas que perfilan una relación potencialmente conflictiva:

En la entrevista abierta, no basta la propuesta puntual inicial: la información inicial que el entrevistador le transmite al entrevistado cataliza en un proceso que enseguida se agota —retorna al equilibrio— (el dispositivo conversacional uno-con-sigo-mismo pone en juego relaciones reflexivas de comunicación: hay un amortiguamiento de la retroacción)... El entrevistador tiene que actuar para provocar al entrevistador a hablar, evitando canalizar o conducir su habla. Los modos generales de actuación siguen siendo la reformulación y la interpretación, pero los tiene que poner en juego con más frecuencia que en el grupo de discusión. El movimiento del entrevistador por la entrevista es tan delicado y problemático como el de un caracol reptando a lo largo del filo de una navaja barbera. Cualquier diseño previo de sus intervenciones —cualquier cuestionario o guía— provocará el corte, y el habla del entrevistado se derramará en el discurso del entrevistador (Ibáñez, 1986: 62).

Operativamente la entrevista de investigación se construye como un discurso principalmente enunciado por el entrevistado, pero que comprende también las intervenciones del investigador, cada uno con un sentido y un proyecto de sentido determinado (generalmente distintos), relacionados a partir de lo que se ha llamado un *contrato de comunicación*<sup>16</sup>, y en función de un contexto social o situación.

La entrevista se establece así como un wittgensteiniano juego de lenguaje con una serie de actos de habla programados y con efectos previstos e imprevistos, pero también como un juego social en el que se despliegan un largo repertorio de estrategias, transacciones y caricias<sup>17</sup>, así como un buen número de resortes *gestuales* y *proxémicos*<sup>18</sup>, codificados por el lugar social previo de los interlocutores, lo que nos remite fundamentalmente a un juego de poderes.

Distinguiremos así tres niveles en la entrevista (niveles relacionales que determinan el sentido del discurso):

1. El contrato comunicativo.
2. La interacción verbal.
3. El universo social de referencia.

#### 8.4. El contrato comunicativo

*El trabajo sociológico es uno de los componentes centrales de lo que he venido observando como reflexividad intrínseca de la modernidad (Giddens, 1991: 207).*

La entrevista aquí resulta siempre paradójica, interesa y se solicita por ser una forma de producir expresiones de carácter ciertamente íntimo, pero precisamente dejan de ser íntimas al producirse. Situación paradójica, típicamente doble vinculante en el sentido de la escuela de Palo Alto (Watzlawick y otros, 1981), doble vínculo que hay que romper acudiendo a una situación de pacto que facilite el encuentro y el diálogo. El establecimiento del contrato de comunicación es entonces fundamental para el funcionamiento del dispositivo, sobre todo porque diluye o al menos elude esta situación paradójica generalmente remitiendo el uso de la información y la comunicación a un contexto exterior al propio encuentro, contexto más o menos anónimo –depende de los términos del pacto– que no es otro que la investigación o el informe escrito, uso que desbloquea y da salida a la misma situación de la entrevista<sup>19</sup>.

Este contrato se halla constituido inicialmente por unos parámetros que representan los saberes mínimos compartidos por los interlocutores sobre lo que hay en juego y los objetivos del diálogo. Y es un aspecto renegociable a lo largo de la entrevista pero a sabiendas que renegociarlo significa también redefinir el sentido discursivo de la entrevista.

Estos saberes suelen ser divididos en dos grandes grupos:

1. Saberes implícitos, capaces de crear una situación potencialmente comunicativa: códigos lingüísticos y culturales, reglas sociales y modelos de intercambio oral.
2. Saberes explícitos, suscitados en la función de la temática del trabajo, saberes que constituyen la base común de los primeros intercambios entrevistador-entrevistado y se fundan en los objetivos de la investigación, del cómo, por qué y quién la realiza.

La entrevista es pues una forma de diálogo social que, como tal, se ve sometido a la regla de la pertinencia. Cuando las partes desconocen los retos y objetivos de su diálogo, el discurso que producen carece de sentido. Por eso es imprescindible y absolutamente *reflexiva* la labor del investigador, pues la renegociación permanente de las reglas implícitas del contrato en el curso mismo del diálogo conduce a la producción de un discurso compuesto y multidimensional (lo que diferencia al investigador del simple entrevistador que efectúa un cuestionario sin posibilidad de modificarlo). A la reflexividad metodológica, propia de la investigación social como proceso de producción de conocimiento, se le añade aquí una reflexividad de oficio, de capacidad de mirada sobre el campo que estructura a la entrevista, y de escucha activa y metódica (Bourdieu, 1993: 904). Frente a los juegos de lenguaje de tipo “estímulo/respuesta”, donde los papeles están cerrados y la retroalimentación es inexistente, en la entrevista abierta como en todos los juegos de tipo conversacional los papeles tienden a estar más abiertos y la unidad mínima informativa no es simplemente “la respuesta”, sino la conversación en sí misma:

La conversación es una totalidad: un todo que es más que la suma de sus partes, que no puede distribuirse en interlocutores ni en (inter)locuciones –por eso es la unidad mínima-. Cada interlocutor es, no una entidad, sino un proceso: al conservar cambia, como cambia el sistema en que conversa (Ibáñez, 1988: 230).

La entrevista, por tanto, es una variedad especializada de conversación, como interacción estereotipada de las posiciones de poder lingüístico y social<sup>20</sup> —el entrevistador siempre tiene la potestad de orientar la entrevista en función de sus intereses— que se plasman en un pacto o contrato implícito o explícito de comunicación. Ahora bien, la excesiva ambigüedad o la constante reorientación de estas pautas discursivas —la inestabilidad del contrato—, crea un *status* conversacional variable e indeterminado y, por consiguiente, poco utilizable como entrada relevante en el marco de una investigación. Por el contrario el abuso de la situación de supuesto poder del entrevistador —dentro de esa conversación— puede provocar inmediatamente la ruptura del pacto y crear la imposibilidad misma de comunicar.

### 8.5. La interacción verbal

*La comunicación no es como una emisora y un receptor. Es una negociación entre dos personas, un acto creativo. No se mide por el hecho de que el otro entienda exactamente lo que uno dice, sino por que él contribuya con su parte, ambos cambien con la acción. Y, cuando comunican realmente, lo que forman es un sistema de interacción y reacción bien integrado (Birdwhistell, citado en Davis, 1976: 29).*

La interacción se fundamenta en la apertura de los sujetos a la comunicación y a la aceptación de sus reglas. Se puede distinguir entre la interacción no focalizada —simple intercambio de mensajes orales o visuales sin proyecto de construcción común— y la focalizada, en la que dos personas se reúnen y cooperan en mantener un único centro de atención generalmente por turno (Goffman, 1967: 27-31).

Las conversaciones son así actividades sociales —incluso se puede decir que la conversación es la unidad mínima de interacción social (Ibáñez, 1990: 189)— reguladas no sólo en términos pragmáticos de adecuación al contexto, sino también dentro de las mismas secuencias verbales (cómo están sincronizadas y cómo se producen). Así las palabras intercambiadas son en apariencia espontáneas, pero implican y manifiestan la posibilidad de activar una labor socialmente reconocida y exigida, y por otra parte, manifiestan una amplia gama de estrategias de discurso, de movimientos, de trucos conversacionales (usados cotidianamente tanto en las ocasiones más informales como en las más estructuradas) para persuadir, defender la propia posición, realinearse, justificarse, etc.<sup>21</sup>

La situación de interacción conversacional está siempre regulada por un *marco*. El marco es según Gregory Bateson (1985: 218) lo que hace que una conversación sea más que una simple *ensalada de palabras*; una persona que participara en una conversación en la que no existieran *marcos* se hallaría recogiendo una comunicación como un manojo de palabras sin sentido. El marco crea lo que Goffman (1979: 46 y ss.) denomina territorios del yo, los territorios lingüísticos, corporales, espaciales y sociales que dan sensación de normalidad y verosimilitud a la interacción interpersonal.

El mínimo marco *pautado* de la entrevista es un guión temático previo, que recoge los objetivos de la investigación y focaliza la interacción, pero tal guión no está organizado, estructurado secuencialmente. Se trata de que durante la entrevista la persona entrevistada

produzca información sobre todos los temas que nos interesan, pero no de ir inquiriendo sobre cada uno de los temas en un orden prefijado. El objetivo es crear una relación dinámica en que, por su propia lógica comunicativa, se vayan generando los temas de acuerdo con el tipo de sujeto que entrevistamos, arbitrando un primer estímulo verbal de apertura que verosímilmente sea el comienzo de esa dinámica que prevemos.

La entrevista abierta no es una situación de interrogatorio —yo te hago la entrevista y tú me tienes que contestar, inquiero quién eres, desde la autoridad que se le supone al entrevistador, tú me lo tienes que decir—, la entrevista abierta es la situación de la confesión, donde a lo que se invita al sujeto entrevistado es a *la confidencia*. Hay naturalmente al comienzo de la entrevista una cierta dosis de angustia que hay que resolver. La manera de resolverla no está pautada tampoco. Esto es un problema de empatía, de *empatía controlada*<sup>22</sup>, es decir, de formación de *un ritual* en que se controlan y canalizan los afectos. Ritual que se genera produciendo los gestos, las expresiones corporales y la elección de palabras que tienden a estabilizar de una manera eficaz las tendencias disruptivas de la comunicación, creando un clima de naturalidad, y neutralidad, donde la proyección, la confesión, sea posible. De lo que se trata, por tanto, en la relación social entrevista, como dice Pierre Bourdieu (1993: 906), es de reducir al máximo la violencia simbólica que puede ejercerse a través de ella.

Propiamente *la interacción verbal*<sup>23</sup> se establece a partir de un sistema de intervenciones del entrevistador, compuestas por:

1. *Consignas*: son instrucciones que determinan el tema del discurso del entrevistado.
2. *Comentarios*: son explicaciones, observaciones, preguntas e indicaciones que subrayan las palabras del entrevistado.

Toda mecánica discursiva se halla fundada en la asociación y el ajuste de un tema y de un comentario. Las *consignas* sirven al entrevistador para encaminar y definir el tema del discurso subsiguiente del entrevistado. La formulación de la consigna es determinante para el sentido que hay que atribuir al discurso.

Cada consigna modifica el contrato de comunicación y por lo tanto representa la forma más directa de encajar el discurso del entrevistado en los objetivos de la investigación.

Los *comentarios* tienen como objetivo favorecer la producción del discurso como un discurso continuo, ajustan de una manera mucho más suave el discurso a los objetivos de la investigación, ya que las consignas —y mucho menos su abuso— cierran la posibilidad de continuidad discursiva provocando más bien su ruptura.

Los principales *actos de habla*<sup>24</sup> llevados a cabo por el entrevistador pueden ser agrupados en tres tipos de instancias:

1. *Declaración*. Acto por el cual el que habla hace conocer al interlocutor su punto de vista o conocimientos.
2. *Interrogación*. El que habla obliga al interlocutor a responder un pregunta.
3. *Reiteración*. Acto por el cual el que habla asume, repitiéndolo, un punto de vista enunciado por el interlocutor.

Estos tres actos del lenguaje se pueden establecer remitiendo a dos registros discursivos comunes a todo enunciado:



1. Un registro *referencial*, definido como la instancia discursiva de identificación y de definición del objeto del que se habla.
2. Un registro *modal*, definido como la instancia discursiva que traduce la actitud del locutor respecto de la referencia.

Del cruce entre el *tipo de acto* y el *tipo de registro* nos salen los seis tipos básicos de intervenciones o comentarios del investigador en la entrevista.

1. Una declaración a nivel referencial es una *complementación*.
2. Una declaración a nivel modal es una *interpretación*.
3. Una interrogación a nivel referencial es una *pregunta sobre el contenido*.
4. Una interrogación a nivel modal es una *pregunta sobre actitud*.
5. A la reiteración referencial la denominaremos *eco*.
6. A la reiteración modal la denominaremos *reflejo*.

Las *complementaciones* estimulan un discurso narrativo y descriptivo, tratando de abundar en su exhaustividad y su profundidad, vienen a añadir un elemento de identificación de la referencia al enunciado precedente del entrevistado. Son, o bien síntesis parciales, o bien anticipaciones inseguras que fuercen a la contrastación por parte del entrevistado, o bien inferencias que tratan de establecer las implicaciones lógicas o pragmáticas de los enunciados.

Las *interpretaciones* tienden a orientar el discurso hacia el registro modal, es una intervención que pretende expresar una actitud del entrevistado no explicitada centrada en la causa de lo dicho por el entrevistado, es decir, sobre su sentido tal como se halla constituido por la intervención del sujeto parlante. Este tipo de intervención es casi siempre percibido por el entrevistado como un poder sobre su discurso. La interpretación entonces provoca unos efectos de consentimiento o de resistencia, según que se suponga que revela unas intenciones congruentes con el contenido proposicional de lo dicho (interpretación confirmativa) o unas intenciones incongruentes u opositivas que tratan de otorgar una coherencia y una orientación diferente a las versiones causales de la cadena de las causas. La interpretación confiere un sentido al acto de palabra y lo transforma en acto intencional.

*Preguntas sobre el contenido*: toda intervención de modo interrogativo que solicita una identificación suplementaria de la referencia.

*Preguntas sobre la actitud*: toda intervención de modo interrogativo que solicita una identificación de la actitud proposicional del entrevistado.

Ambas intervenciones aceleran el intercambio oral y son fundamentales en la construcción discursiva de la entrevista –frente a la pregunta cerrada e inamovible del cuestionario–. De la buena distribución y dosis de las interrogaciones dependen la posibilidad de ir estableciendo el registro discursivo en función de los objetivos integrados en la temática tratada. Sin embargo, una dosis masiva de interrogación perturba el desarrollo de la entrevista de investigación.

El *eco* opera una selección en el conjunto del discurso que subraya su importancia. Aísla reiterando una parte y por lo tanto representa de entrada un corte en la totalidad y linealidad del discurso que de producirse en exceso puede resultar trivializador e incluso artificial o irritante.

El *reflejo*. Es la reiteración que refleja en el entrevistador la actitud del que habla. En este sentido el *reflejo* tiene la función (casi conductista) de que el entrevistado se refiera de una manera más amplia a su posición personal y hace centrarse el discurso en el desa-

rollo del propio pensamiento, íntimo y privado del entrevistado. Su empleo excesivo produce una *sobremodalización* de la entrevista mucho más necesaria en la entrevista terapéutica o clínica que en la entrevista de investigación social.

Del uso de todos estos resortes enunciativos depende el resultado de la entrevista, esto es lo que hace del entrevistador un auténtico investigador, depende de su habilidad, su sensibilidad y su cultura para llevar a cabo la entrevista, no hay recetas ni instrucciones estandarizadas sino su *capacidad de reflexión* y decisión sobre el trabajo que está realizando.

## 8.6. La entrevista, el contexto social y la construcción del sentido

*Así se desarrollan nuestras conversaciones, victoria perpetua del lenguaje sobre la opacidad de las cosas, silencios luminosos que expresan más de lo que callan (...) El mundo entero está en lo que decimos...y enteramente iluminado por lo que callamos (Pennac, 1993: 29).*

La entrevista, a nuestro modo de ver, es un acercamiento a la figura del individuo como un actor que –como diría Goffman (1974: 505-518)– desempeña, dramatizándolo, un cierto *modelo de rol* social. Y este desempeño a la vez que dramatización de un código es una idealización, pues tiende a moldear un desempeño según la forma ideal del rol pertinente. De este modo, cuando el individuo se presenta ante otros, su desempeño tenderá más a incorporar y ejemplificar los valores que espera sean atendidos por la sociedad desde su *grupo de referencia*<sup>25</sup>. Lo que no es más que recuperar el sentido profundamente social del sujeto, pues como decía Amado de Miguel en una temprana presentación de la microsociología norteamericana de los años sesenta:

El sujeto de la interacción social no sería propiamente el yo, sino la persona en cuanto representando un papel determinado en función de un status también determinado. Por eso “persona” es máscara, porque cada una de ellas adopta tantas “caras” o “papeles” como situaciones de interacción sean posibles (de Miguel, 1969: 29).

Esta actuación puede definirse como la actividad total de un participante dado en una ocasión dada que sirve para influir de algún modo sobre otro participante. La pauta de actuación preestablecida que se tiende a generar en una interacción puede denominarse “papel” o “rutina” (Goffman, 1974: 286-297). El individuo está siempre involucrado en dos papeles básicos, como “actuante”, forjador de impresiones, y como “personaje”, una figura cuyo espíritu, fortaleza e imagen deben ser evocadas en esa situación. Se exige que el individuo se transforme en personaje para poder sostener la realidad social de la interacción cara a cara. La expresividad del individuo involucra dos tipos distintos de actividad significativa: la expresión que da y la expresión que emana de él. Así la entrevista produce los símbolos verbales que el individuo usa con el único propósito de transmitir información –la comunicación en sentido tradicional y limitado del término–, pero siempre es complementada con acciones que tienden a perfilar al actor social como personaje.

La entrevista de investigación social, por lo tanto, es especialmente interesante para determinar los discursos *arquetípicos*<sup>26</sup> de los individuos en sus grupos de referencia, ya que al

grupo de referencia el individuo se refiere para formular evaluaciones acerca de sí mismo y de los otros. Se trata entonces de una *función perceptiva y comparativa* en el curso de la cual el sujeto se evalúa a sí mismo. Por tanto, la entrevista abierta sirve para dar la palabra social a la *estructura del carácter* de un sujeto arquetípico, pero no en el sentido estrechamente psicologista de este concepto, sino en el plano interactivo de relación del carácter personal con el otro generalizado, esto es, en el ámbito de la integración relativamente estabilizada de la estructura psíquica del organismo con los roles sociales del la persona (Gerth y Mills, 1984). Cuanto más arquetípico, mejor representa un rol social y cuanto más delimitable sea el grupo de referencia, más fácil será por lo tanto que la entrevista abierta sea útil en la investigación social.

La entrevista individual abierta tiende a resultar muy productiva para el estudio de casos típicos o extremos, en el cual la actitud de ciertos individuos encarna, con toda su riqueza, el modelo ideal de una determinada actitud, mucho menos cristalizada en la “media” del colectivo de referencia, debido a la potencialidad de su situación proyectiva para revelar las relaciones con los modelos culturales de personalidad (reflejados en el otro generalizado) o, si se quiere, la relación, en términos freudianos, del narcisismo del “yo ideal” y las exigencias de “ideal del yo”:

La función metodológica básica de este tipo de entrevista en el contexto de una investigación sociológica se limita —en nuestra opinión a la reproducción del discurso motivacional (consciente e inconsciente) de una personalidad típica en una situación social bien delimitada... En la elaboración por el entrevistado de su propio discurso, el sociólogo aspira a leer, en todas sus dimensiones y niveles únicamente las coordenadas motivacionales (psíquicas, culturales, clasistas...), más que sus características individuales, de la acción social situada en la “clase de sujeto” en presencia o lo que es lo mismo, del sujeto típico de la clase de referencia)... En conclusión, lo que aspiramos “a ver” y podemos estudiar en el discurso del entrevistado no son en este género de investigación, sus problemas personales, sino la forma social —cultural y de clase— de la estructura de su personalidad y los condicionamientos ideológicos de su proceso motivacional típico (Ortí, 1986: 178-179).

La entrevista, entonces, tiende a producir una expresión individual pero precisamente porque esta individualidad es una individualidad socializada por una mentalidad cotidiana estructurada tanto por *hábitus* lingüísticos y sociales —en tanto que sistema de esquemas generadores de prácticas y, al mismo tiempo, de percepción de estas prácticas (Bourdieu, 1991: 91 y ss.)—, como por *estilos de vida*, en cuanto que formaciones y validaciones específicas de la conducta realizadas dentro de los grupos de *status* socioeconómico<sup>27</sup>. Pues como insistió en su día Ch. Wright Mills (1981: 340), las palabras son portadoras de significados en virtud de las interpretaciones dominantes atribuidas a ellas por la conducta social; las interpretaciones surgen de los modos habituales de conducta que giran en torno a los símbolos y son esos moldes sociales los que construyen los significados de los símbolos.

La entrevista abierta, es por lo tanto, un proceso de interacción específico y parcialmente controlado en el que el interlocutor “informante” construye arquetípicamente una imagen de su personalidad, escogiendo una serie de materiales biográficos y proyectivos de cara a su *representación social* (Goffman, 1973), de tal manera que:

La identidad personal puede ser vista como algo que reside en las convenciones prevalentes sobre los miembros de un sistema social. La identidad en este sentido no es una propiedad de la persona a quien es atribuida, sino inherente más bien a la pauta del control social que

es ejercido sobre esa persona por ella misma y por cuantos la rodean. Este tipo de ordenamiento institucional más que soportar la identidad la construye (Goffman, 1961: 168).

La entrevista, de esta manera, se instituye y desenvuelve a partir de su capacidad para dar cuenta de la vivencia individual del informante (manifiesta o latente) del sistema de "marcadores sociales" que encuadran la vida social del individuo específico, ya que en nuestra sociedad rige un sistema de *etiquetas*<sup>28</sup> que insta al individuo a manejar en forma conveniente sus sucesos expresivos, y a proyectar, por medio de ellos, una imagen adecuada de sí, un respeto apropiado por los presentes y una consideración satisfactoria por el encuadre. El discurso que se produce a través de ella, por lo tanto, es un relato en el que la *situación implicativa* genera una "inversión de la persona" (Péninou, 1976: 127 y ss.) que al verse a sí misma en realidad observa el sistema de etiquetas sociales que lo enmarcan.

---

## NOTAS AL CAPÍTULO 8

---

<sup>1</sup> Véase Rossi y O'Higgins (1981: 163 y ss.), Taylor y Bogdan (1992); como referencia crítica a la utilización de este término y su sustitución por el menos cargado técnicamente de *interlocutor*, puede verse el magnífico artículo de Maurizio Catani (1990: 151-164).

<sup>2</sup> De una manera muy inteligente Georges Mounin (1983: 23 y ss.) presenta las dificultades de caracterización lingüística de la función expresiva del lenguaje y la tendencia de ciertas lingüísticas a dejarla fuera de su ámbito de estudio.

<sup>3</sup> Los jalones típicos de esta visión constructivista pueden ser: en psicología Bruner (1986), en antropología Geertz (1988) y en sociología Goffman (1973).

<sup>4</sup> Véase, por ejemplo, Pierce (1974). Una completa revisión de Pierce y todo el pragmatismo norteamericano se encuentra en Pérez de Tudela (1988).

<sup>5</sup> Para la clásica disyuntiva entre lo paradigmático y lo sintagmático, véanse sus relaciones con otros conceptos afines y su utilización en la estrategia de investigación (Berger, 1991: 13-20).

<sup>6</sup> Para ampliar como resulta necesario este tema, véase Beltrán (1991b). Otra interesante revisión de las relaciones entre los problemas del estudio del lenguaje y la metodología de la investigación social, enfatizando en el acercamiento de la sociología a los temas centrales de la lingüística a partir de la llamada por Alvin Goldner "crisis de la sociología occidental", se encuentra en Pérez-Agote y Tejerina (1990: 145-160).

<sup>7</sup> Un interesantísimo estudio de las propuestas metodológicas del círculo encabezado por el crítico literario Mijail Bajtín en la Unión Soviética de los años veinte, y su posible enfrentamiento con planteamientos intelectuales más recientes, se encuentra en Zavala (1991).

<sup>8</sup> En el terreno específicamente sociológico tanto Ruiz Olabuínaga e Ispizua (1989), como Michelat (1975), hacen una interesante revisión de las técnicas de entrevista en investigación cualitativa; por otra parte la clásica referencia es todavía la de Merton y otros (1957).

<sup>9</sup> Obras que presentan la entrevista terapéutica: Haley (1980), Rogers (1966), Sullivan (1981). Una revisión más general de la entrevista, desde la perspectiva de la psicología conductista y con diferentes aplicaciones clínicas y empresariales, está en Goodale (1990).

<sup>10</sup> Es el campo paradigmático de la llamada historia oral, espacio donde la entrevista abierta tiene un valor máximo como fuente primitiva de saberes. Para un conocimiento de sus problemas

metodológicos, véase la cada vez más abundante bibliografía específica: Joutard (1986), Sitton y otros (1989) y Thompson (1988). También hay que referirse en este punto al uso de las historias de vida en investigación social. Véanse Sarabia (1986: 187-208) y Pujadas (1992).

<sup>11</sup> Es el campo típico de la sociología del prejuicio político, cuyo producto con mayor y más multidimensional carga metodológica quizás siga siendo el conocido trabajo de Adorno y cols. (1965).

<sup>12</sup> La relación entre entrevista en profundidad y conducta desviada ha sido desde siempre puesta en relación por las más antiguas aportaciones académicas al tema. Véase Hyman (1967).

<sup>13</sup> Para este tema es modélico el análisis de Bauman y Adair (1992: 9-25).

<sup>14</sup> Es de considerable interés la definición de *contexto* que ofrecen los autores franceses Edmond Marc y Dominique Picard (1992: 75), para los que el contexto no es solamente el entorno de la interacción sino también el conjunto de circunstancias en las que se inserta. Es, por tanto y fundamentalmente, *un campo social* (conjunto de sistemas simbólicos, estructuras y prácticas) que constituye a la vez un referente, un sistema convencional y un orden que hace posible el intercambio y le otorga sus mayores significados. Por otra parte existe un considerable trabajo técnico de investigación y clasificación de los contextos extralingüísticos en diversas escuelas de la etnolingüística contemporánea. Véase Casado Velarde (1988).

<sup>15</sup> Sobre los mecanismos homeostáticos como sistemas de equilibrios oscilantes sobre una pauta de interacción básica véase la clásica aportación de Jackson (1981: 23-46).

<sup>16</sup> Lo que no es más que una generalización del concepto de *contrato terapéutico*, muy difundido en las diferentes disciplinas clínicas donde se utiliza como un contrato explícito entre un paciente y un terapeuta que fija el objetivo del tratamiento en cada fase del proceso, véase, por ejemplo, Berne (1983). Para un análisis desde la teoría sistémica de la comunicación véase Nardone y Watzlawick (1992).

<sup>17</sup> Utilizamos aquí estos términos, de una manera más o menos propia, prestados del vocabulario habitual del llamado "análisis transaccional" sencillamente para indicar *los gestos y caminos de reconocimiento mutuo* en una relación —la situación de la entrevista— que se retroalimenta según pautas frecuentemente recurrentes y, añadimos desde aquí, socialmente condicionadas. Véase Berne (1966), y con carácter de generalización, Chandezon y Lancestre (1982).

<sup>18</sup> No es aquí lógicamente el lugar adecuado para hablar de la importancia del lenguaje gestual ni mucho menos de las posibilidades de estudios *proxémicos* y de situación en los microespacios de interacción, nos limitaremos a señalar su importancia en el ritual de la entrevista y remitir al lector a los clásicos trabajos de Edward T. Hall (1989 y 1981), artículo este último, además, donde se contienen interesantes apuntes sobre la entrevista abierta.

<sup>19</sup> Lo oral se convierte así en escrito, contraparafoja que sirve precisamente para que fluya lo oral, pero que presenta inmediatamente no sólo problemas metodológicos de transcripción, sino también de cambio de tipos lógicos de comunicación, sobre ello véanse Joutard (1986: 331-375) y Ferrarotti (1991:19-29).

<sup>20</sup> Para un análisis de la entrevista como juego de poderes conversacionales véase Kress y Fowler (1983: 89-110).

<sup>21</sup> No es el lugar aquí para detenernos en el estudio interno de los procedimientos y *estrategias conversacionales* —mecanismo de turno, secuencia, composición, etc.— que ha sido uno de los campos de análisis más frecuentados por los planteamientos etnometodológicos, o próximos, con resultados más fecundos, véase con carácter de resumen, por ejemplo, el trabajo de Wolf (1988: 184-216); y de una manera ya monográfica y avanzada el muy interesante texto de Stubbs (1987).

<sup>22</sup> Sobre la sinceridad o simple simulación de este vínculo empático hay posiciones muy diversas, desde los que apelan casi a un enamoramiento entre el investigador y el sujeto entrevistado,

hasta los que descaradamente reconocen su carácter cínico; entre los primeros se encuentra el historiador Ronald Fraser (1990:129-150); entre los segundos sobresale el ya mítico sociólogo Erving Goffman, además de sus clásicos títulos merece consultar, para entender su obsesión permanente sobre ser social –y el investigador– como  *fingidor*, su selección de textos (Goffman, 1991) y especialmente la introducción de Yves Winkin a esta antología.

<sup>21</sup> En este punto seguimos, aunque adaptándolos a nuestras necesidades e intenciones, dos magníficos trabajos de Alain Blanchet a los que nuestras páginas le deben mucho en varios aspectos, véase Blanchet (1985 y 1989).

<sup>22</sup> Utilizamos el concepto de actos de habla en el clásico sentido de J. L. Austin, esto es, como unidades discretas del discurso, delimitadas por un sistema de reglas y tomadas como conductas que expresan  *unidades de voluntad expresa*. Cada acto es un hecho de voluntad para convencer, preguntar, aclarar, dirigir, etc. Véase Austin (1981), su desarrollo en Searle (1986) y como magnífica síntesis de la moderna pragmática lingüística: Escandell Vidal (1993).

<sup>23</sup> Recordemos que  *grupo de referencia* Merton y Kitt (1975: 243-245) lo diferencian del simple grupo o grupos de interacción –que no son más que parte del ambiente social en que un individuo despliega su sistema de interacciones sin más trascendencia valorativa personal–, sin embargo el grupo de referencia siempre se define en función de tres criterios: a) comprende cierto número de individuos que interactúan entre sí sobre la base de pautas establecidas; b) las personas que interactúan se definen a sí mismos como miembros del grupo; c) estas personas son definidas por otros (miembros y no miembros) como miembros del grupo.

<sup>24</sup> Aclaremos que no estamos manjando aquí ningún concepto psicoanalítico/mitológico (asociado habitualmente a C. J. Jung) de  *arquetipo*, sino su más convencional uso cotidiano como tipo ideal que sirve de ejemplo y modelo al entendimiento y a la voluntad de los otros. Eugenio Trías (1983: 163 y ss.) trabajando el concepto de arquetipo, desde el punto de vista filosófico, lo define como síntesis de idea y símbolo, lo cual resulta aquí totalmente adecuado.

<sup>25</sup> Es un tema temprana y agudamente tratado, como es habitual en este gran clásico, por Max Weber (por ejemplo, 1985: 145 y ss.).

<sup>26</sup> Nos recuerda Amando de Miguel (1969: 24) que fue Pareto el primero en utilizar el término de  *etiqueta* y que para este autor, además, son las “etiquetas” y no las personas la unidad básica de análisis de la realidad social, creando desde entonces una poderosa línea de estudio dentro de las ciencias sociales.

## CAPÍTULO 9

### LA ENTREVISTA PSICOLÓGICA

*Carlos Rodríguez Sutil*

#### 9.1. Introducción

La mayoría de los autores coinciden al definir la entrevista psicológica como un proceso en el que intervienen dos o más personas, a través de un medio generalmente oral, en el que se distinguen roles asimétricos: entrevistador-entrevistado. Esta asimetría se refleja en los rasgos que caracterizan al entrevistador, como son poseer cierto conocimiento técnico y llevar la dirección del proceso –aun en el caso de las entrevistas libres o no directivas–, también, finalmente, debe comunicar al entrevistado los resultados de sus pesquisas, es decir, debe realizar una “devolución”.

La distinción entre la entrevista y cualquier otra comunicación se establece en la definición clásica de Bingham y Moore (1973) de que la entrevista es una conversación con un propósito.

Ávila (1989: 16) distingue los siguientes tipos de entrevista: de evaluación, orientación, terapéutica, investigación y focalizada. La entrevista focalizada es la que se centra en un aspecto específico, evaluación o detección precoz, intervención en crisis, etc. Este autor comenta que todos los tipos de entrevista psicológica comparten sus características principales. En las páginas que siguen nos vamos a ocupar, no obstante, de la entrevista de evaluación o diagnóstica y, en menor medida, de la entrevista terapéutica. Consideramos que la entrevista de evaluación es el modelo básico de toda entrevista, pues en todas se intenta, de alguna manera, obtener información. Estamos de acuerdo con los evaluadores conductuales cuando critican la escisión tradicional entre diagnóstico y tratamiento (véase Fernández Ballesteros, 1983). Es indudable que en una entrevista terapéutica es preciso evaluar el momento en el que se encuentra el paciente, respecto a los objetivos terapéuticos y en su circunstancia actual. Pero tal vez eso no impide que en los primeros contactos nos tengamos que plantear la elaboración de un psicodiagnóstico lo más completo posible, tan-

to desde el punto de vista psicopatológico como de la descripción de la personalidad, es decir, debemos alcanzar un diagnóstico estructural de la personalidad.

Al revisar la literatura referente a la entrevista psicológica, especialmente de tipo clínico, varias cuestiones se hacen patentes. En primer lugar, la mayoría de los autores señalan que se trata del principal método diagnóstico y aquel en el que, en definitiva, se resumen todos los demás. Pero, paradójicamente, la cantidad de literatura acumulada sobre este método es muy inferior a la que existe, por ejemplo, en lo referente a cuestionarios como el MMPI, o el EPQ, o en técnicas proyectivas, como el Rorschach.

No es frecuente encontrar artículos de investigación sobre la entrevista, o que utilicen la entrevista como método principal de investigación (véase en Kerlinger, 1973, cap. 28, una breve introducción a ese tema). Para conocer los elementos básicos de la entrevista clínica debemos recurrir a capítulos de manuales, o a textos en los que se trata de diversas técnicas de psicoterapia o consejo psicológico, en general. Esto nos hace pensar que la entrevista es más un "arte" que una técnica.

A menudo se ha señalado que las pruebas sobre su validez y fiabilidad son escasas (Meehl, 1954; Silva, 1981), y se ha dicho que es conveniente adecuarla a los criterios psicométricos. Ese objetivo se logra si se la convierte en un instrumento estructurado, con una serie de preguntas y respuestas fijas, siguiendo unos objetivos precisos. Conviene, en ese sentido, recordar la distinción que realizó Chronbach (1970) entre tests de "banda ancha" (como la entrevista o las técnicas proyectivas) y tests de "banda estrecha" (como los cuestionarios y escalas elaborados para medir un rasgo concreto). Chronbach comentaba que es más fácil demostrar la validez y fiabilidad de una prueba que mide un rasgo concreto que si trata de evaluar conductas muy diversas. Se podría pensar, por tanto, que lo más razonable es utilizar, en la medida de lo posible, entrevistas estructuradas, como, por ejemplo, el registro de temores de Wolpe y Lang (1964), o, incluso, instrumentos más complejos, como la entrevista estructurada para evaluar los trastornos de la personalidad de Spitzer y Williams (1985). Tal vez entonces seguiríamos el consejo de Paul Meehl (1954), el más conspicuo defensor de la predicción estadística frente a la predicción clínica, de usar un buen libro de cocina en lugar de seguir nuestro "instinto" clínico. Pero nunca podremos prescindir de la entrevista no estructurada, porque nunca sabemos de antemano con qué tipo de demanda nos enfrentamos. Podemos poner un ejemplo.

En un equipo multidisciplinar, de un distrito céntrico de Madrid, nos pidió consulta una mujer de edad avanzada y bajo nivel cultural. Al ser preguntada por sus problemas, comentó sufrir dolores, sin concretar su naturaleza ni localización. Su actitud era evasiva y, podríamos decir, "pudorosa". En lugar de plantearnos objetivar sus dolencias, en la medida de lo posible, con una indagación sistemática o con algún cuestionario, su actitud hacía sospechar otra posibilidad. Cuando le preguntamos por el tipo de profesional al que quería consultar pudimos descubrir que había confundido el "psicólogo" con el "ginecólogo", y derivar a esta paciente dos puertas más allá. Este es, sin duda, un ejemplo extremo, pero conviene recalcar que no es bueno partir de muchos supuestos previos —ni siquiera el de que el paciente nos esté buscando a nosotros— cuando entramos en contacto con un posible paciente, y que es él o ella quien, de alguna manera, debe estructurar el campo. Como advierte Bleger (1977), la entrevista comienza donde comienza el entrevistado.

Una vez que identificamos la demanda (manifiesta y latente) y negociamos los objetivos diagnósticos, podremos utilizar las técnicas que consideremos idóneas, pero todas ellas son métodos auxiliares dentro del proceso psicodiagnóstico.



## 9.2. Tácticas y estrategias

Al hilo de lo anterior, examinaremos ahora las tácticas y estrategias que guían la entrevista psicológica. Es, desde luego, una de las cuestiones más cercana a la práctica que sobre este asunto podemos proponer. Sin embargo, a través de su descripción el lector alcanzará una idea aproximada de las diferencias teóricas que separan a las escuelas. Las tácticas son: directiva, no directiva y semidirectiva.

Por claridad expositiva, de una manera un tanto simplista, hemos identificado estructurado-no estructurado con directivo-no directivo. Desde el punto de vista teórico hay diferencias, al igual que también hay numerosas gradaciones y maneras de entender la dimensión estructurado-no estructurado, como podemos leer en el trabajo de Silva (1983). Pero en la práctica clínica opinamos que dichas diferencias se diluyen y lo que prima es considerar como objeto de estudio (y modificación) una conducta o conductas concretas, como busca el enfoque conductual, o un estilo de comunicación, como pretende el modelo dinámico estructural, que aquí defendemos. Una vez establecida la conducta desadaptada como objetivo, se puede plantear —como hace Silva— que el tipo de entrevista más adecuada es la semiestructurada.

1. *Táctica directiva*: la entrevista trata de obtener una información determinada y precisa, referente al problema que motiva la consulta. El entrevistador dirige el proceso de principio a fin. Esta táctica es típica de la anamnesis médica. A pesar de las críticas conductuales al modelo médico, se podría afirmar que la entrevista conductual se guía por la misma táctica, pues se dirige también al síntoma (la conducta desadaptada). En este grupo entran también las entrevistas estructuradas y los cuestionarios. La táctica directiva parte del supuesto implícito de que hay una realidad, externa a la entrevista, que es preciso modificar.
2. *Táctica no directiva*: es típica de Freud y su método, la asociación libre, aunque es Rogers quien la lleva a su extremo. En principio el entrevistador no dota de ninguna estructura al proceso, sino que es el entrevistado, o entrevistados, quien produce la información. Aun en ese caso, no es el entrevistado el que decide que la entrevista sea no directiva. Algunos pacientes, bien al contrario, insisten repetidamente en que sea el profesional quien le vaya preguntando cosas. La entrevista parece de estructura, salvo la que el sujeto le dé, aunque es innegable que el entrevistador, con sus señalamientos e interpretaciones —sin contar la comunicación no verbal— dirige sutilmente el proceso. La técnica no directiva parte del supuesto de que lo que hay que modificar no es algo externo a la entrevista sino la relación que se produce en ese mismo momento entre terapeuta y paciente, a través de los fenómenos de transferencia y contratransferencia. Si el paciente logra resolver sus conflictos en ese contexto, quedarán resueltos en cualquier otra situación.
3. *Táctica semi-directiva o semi-estructurada*: es característica de la entrevista de evaluación, dentro del modelo tradicional del psicodiagnóstico. Como modelo mixto de los dos anteriores presenta una alternancia de fases directivas y no directivas. Intenta recabar la información suficiente, tanto de la anamnesis como del estilo comunicativo del entrevistado o entrevistados, para la toma de decisiones de cara a la intervención o la investigación. Como señala Bleger (1977: 12-13) en la anamnesis, la preocupación y la finalidad residen en la recopilación de datos, y el paciente queda reducido a un mediador entre esos datos y el entrevistador. La entrevista psicológica, en cambio, in-

tenta el estudio y la utilización del comportamiento total del sujeto durante el proceso. El objetivo no es sólo obtener datos completos de la vida de una persona sino de su comportamiento total en el curso de la entrevista.

Veamos a continuación un fragmento de una entrevista que nos permitirá ilustrar lo anterior. Se trata de una paciente de 25 años, con formación universitaria, que se queja de depresión. Al pedirle que describa qué es lo que le pasa, dice lo siguiente:

Paciente –Es que lo que me pasa, es que hay veces que pego un bajón y entonces lo veo todo negro y cada vez me deprimó más, no sé, empiezo yo misma a darle vueltas a las cosas y empiezo a ver fantasmas donde no los hay, y entonces cada vez lo veo peor.

Entrevistador –¿Coincidiendo con algunas fechas del año?

P –No, la otra vez me pasó a principios del verano.

E –¿Entonces, sólo le ha ocurrido dos veces?

P –Sí, luego he tenido etapas que, a lo mejor, estoy más baja, pero como todo el mundo.

E –¿No hay ninguna causa que lo desencadene, algo que lo pueda provocar?

P –Hombre, este año han pasado muchas cosas, en el trabajo y en todas las cosas, pero bueno, que son cosas que no tienen nada que ver, por ejemplo, con lo que ha pasado aquella vez, ¿no? ¿entiende?

(...)

E –¿Cuando se encuentra peor, eso le impide ir a trabajar?

P –Me apetece estar en cama.

E –Le apetece, pero, ¿lo llega a hacer?

P –Procuró no hacerlo, pero hay veces que sí lo hago.

E –Y cuando eso ocurre, que se queda en casa, en cama, llorando ¿qué duración puede tener ese período?

P –Me tiro varios días mal.

E –¿En casa, en cama?

P –No, porque tengo que ir a trabajar, pero por la mañana en el trabajo estoy como muy seria, como si estuviese enfadada con todo el mundo.

Toda entrevista es una indagación guiada por la teoría. En este caso el entrevistador intenta resolver algunas cuestiones diagnósticas que pueden determinar la inmediata toma de decisiones. Se quería objetivar la gravedad de la depresión, para ver la necesidad de fármacos o, incluso, de un internamiento. Por otra parte, no podemos quedarnos con la mera definición que hace la paciente de su trastorno: depresión. Popularmente este término se utiliza para abarcar una serie de estados de ánimo disfórico, muchas veces ansiedad, otras enfado. Pero el intento por objetivar tropieza con el estilo comunicativo, "confuso", de la paciente.

La táctica directiva y la anamnesis dan por sentado que el entrevistado es el mejor informante sobre su problema. Llavana, por ejemplo, escribe:

En cualquier caso, debe tenerse en cuenta que la regla de oro para conseguir información en la entrevista es preguntar lo que se desea saber hasta que las respuestas del cliente aclaren por completo el punto en cuestión (1983: 186).

Normalmente nos encontramos, como en el caso del ejemplo, con que conseguir una información concreta requiere un proceso largo y oneroso. Esto supone una dificultad, sobre todo, si partimos de que el problema del sujeto es algo concreto y externo. Pero aquí podemos también plantear que el problema es la propia forma confusa de entablar relación con el entrevistador. El sujeto es, entonces, el mejor informante no por lo que dice, sino por la forma de decirlo. La entrevista no directiva trabajaría con eso desde el principio. Ahora bien, la entrevista semi-directiva tiene su razón de ser si partimos del supuesto de que en algunos casos, si no en todos, es necesario primero tomar decisiones sobre el motivo de consulta del sujeto. Nadie consulta por su "estilo" comunicativo. Además, alguien puede tener un estilo confuso y, al mismo tiempo, por ejemplo, padecer una grave depresión, con riesgo de suicidio. Por nuestra parte, el que distingamos entre un motivo manifiesto y otro latente no implica que el manifiesto no requiera una respuesta urgente, sin fiar la solución al largo camino de la "asociación libre".

Pasemos ahora a las estrategias para organizar la entrevista, que en parte se superponen con las tácticas de las que acabamos de hablar. Ávila (1989: 22) diferencia tres estrategias: diacrónica, sincrónica y estructural. La estrategia diacrónica es típica del historial médico, aunque es utilizada también desde otros modelos. La estrategia sincrónica, en cambio, busca evaluar el comportamiento presente del paciente, es utilizada preferentemente por el modelo conductual, pero, fuera de la clínica, caracterizaría también a las entrevistas de orientación y selección. Finalmente, la estrategia estructural consiste en la distinción de diversos niveles (manifiesto-latente), y se centra en el análisis de la relación sujeto-examinador. Obvio es decir que una entrevista de evaluación adecuada debería utilizar de manera correcta estos tres tipos de estrategia.

### 9.3. Objetivos y fases de la entrevista

Los objetivos de toda entrevista, también siguiendo a Ávila (1989: 20), son:

1. La recogida de información acerca del sujeto o sujetos entrevistados.
2. El establecimiento de un *rappont* positivo, que facilite la recogida de información y la colaboración con las intervenciones posteriores.
3. La inclusión de un cierre del proceso: devolución o encuadre.

En la entrevista o entrevistas de tipo diagnóstico se suelen distinguir tres fases. Pasamos a describirlas en base a nuestra propia práctica profesional.

#### 9.3.1. Entrada

La entrada se organiza en relación con el motivo de consulta. Se divide en dos momentos, un primero no directivo y un segundo directivo. Preguntamos por el motivo de consulta con una cuestión de carácter muy general.

"¿Me podría decir qué es lo que le trae por aquí?"

Dicha en un tono lo suficientemente empático esta pregunta no es fría y evita gran cantidad de presupuestos. No supone que exista un problema, como tal, ni que la persona

que consulta sea quien lo padece. La explicación del paciente en este momento nos permite una primera valoración sobre el problema que presenta y, muy importante, sobre su forma de organizar la información y la manera en que se vincula con el entrevistador (dependiente, independiente, ambivalente).

En la fase de entrada hay un segundo momento, directivo, en el que se pretende aclarar el motivo de consulta. Es de utilidad un esquema conductual para determinar qué es lo que pasa (la conducta problema), cuantificarla o evaluar su gravedad y frecuencia. Una vez logrado esto, a semejanza de lo que aconseja Llavona (1983: 178), podremos pasar a indagar sobre los determinantes de la conducta, estímulos antecedentes y consecuentes, y variables del organismo. Esto último, las variables del organismo, lo tomamos en su sentido más general, no conductual, hasta abarcar la estructura de la personalidad, y se trataría de ello más en la siguiente fase.

Preguntamos por las soluciones que ha intentado el paciente antes de acudir a nosotros y si es la primera vez que consulta con profesionales de la salud mental. Ambas preguntas son de gran interés, pues a veces, nos encontramos con que los intentos de solución son los principales motivos de mantenimiento de la conducta problemática. Por otra parte, también nos puede dar una idea de la dificultad del paciente el que este acuda por primera vez a consulta, o bien venga "experimentado" de encuadres anteriores.

Nunca se insistirá bastante en la conveniencia de cuantificar la conducta problemática, como veremos en el siguiente ejemplo. Se trata de una mujer de 34 años, de aspecto descuidado, que acude a consulta, con sus hijos, varones de 6 y 4 años, bastante revoltosos. Se queja de que el pequeño es muy violento y teme por su integridad física, de ella y del mayor, pues les ha agredido repetidas veces.

E -¿Qué es lo que hace?

P -Nos hace daño.

E -¿Cómo les hace daño, les pega?

P -Nos tira cosas.

E -¿Les ha herido alguna vez?

P -No, pero el otro día me tiró un cochecito de plástico que si me da me hace daño.

Este fragmento de conversación, junto con otros datos, permitió llegar a la conclusión de que el problema más urgente no era la agresividad del hijo pequeño, sino el alcoholismo de la madre que no le permitía ser eficaz en el cuidado de sus hijos.

### 9.3.2. *Indagación*

Se trata de una fase semidirectiva en la que se desea recabar información general sobre una serie de tópicos: familia, infancia, desarrollo, enfermedades, escuela, trabajo, amistades, pareja, sexualidad y ocio. Aquellos interesados en una historia clínica más detallada pueden consultar el trabajo de Sundberg (1977: 97-98). Consideramos interesante obtener los comentarios del paciente, aunque sean someros, sobre esas áreas, de cara a la obtención de un diagnóstico estructural de la personalidad (véase Rodríguez Sutil, 1991).

Un varón, de 28 años, acude a consulta por reacciones violentas que le han llevado a importantes problemas legales. Bajo el efecto del alcohol se ve envuelto en riñas de las que dice no recordar nada al día siguiente. Está casado y tiene un hijo. Cuando se le pregunta

por su vida de pareja, dice que el matrimonio fue mal desde el principio, que en la boda el ambiente fue muy frío, fundamentalmente porque los padres de su mujer no muestran mucho afecto hacia ella. El paciente se queja de que su mujer tuvo una vida promiscua antes de casarse. Después de casados, comenta, casi nunca han salido de noche a divertirse, y a su mujer tampoco le gusta viajar. Cuando predomina una caracterización negativa de la pareja, suele ser útil la pregunta que se le planteó a este paciente:

E —¿Qué es entonces lo que viste en ella que te atrajo?

P —(Bastante sorprendido, tarda unos segundos en responder) No sé, el físico... supongo.

No negaremos que el atractivo físico es uno de los factores que determinan nuestra elección de pareja. Pero una manifestación tan pobre, como la de este paciente, centrada en un aspecto tan superficial, nos hace pensar en la importante presencia de elementos narcisistas en su personalidad.

No podemos enumerar todas las preguntas clave que se pueden plantear en esta fase. Señalemos, por lo menos, la rica información que suele aportar el pedir al sujeto que describa el carácter de sus padres, con quién se lleva mejor y por qué, etc., o la indagación sobre sus recuerdos más antiguos (véase Mayman, 1968).

En esta fase es aconsejable tomar notas escritas de la información que suministra el paciente. En la fase anterior —la entrada— puede suponer cierto distanciamiento y entorpecer la empatía y el *rapport*. Pero ahora el paciente puede entender que el psicólogo toma notas en una actitud profesional, y eso a menudo aumenta su sensación de bienestar. Hay personas, no obstante, que se muestran disgustadas si no se les presta la máxima atención, o que temen que se difundan cuestiones íntimas. Ante esos inconvenientes lo mejor es tranquilizar al paciente y, si es necesario, dejar de escribir. A veces grabamos entrevistas en cinta magnetofónica, para investigación o docencia. Siempre con autorización expresa del paciente. Como advierte Wiens (1983: 12), afortunadamente la experiencia muestra que la presencia de un micrófono raramente altera el normal desarrollo de la entrevista.

### 9.3.3 Encuadre

La fase final de la entrevista, o de la serie de entrevistas, es el encuadre, que puede ser de tipo diagnóstico (necesidad de realizar más entrevistas o aplicación de pruebas para ayudar a la toma de decisiones) o terapéutico, en el que se propone el tipo de tratamiento que se va a seguir o el recurso asistencial al que se le va a derivar y porqué, buscando el acuerdo del paciente. En cualquier caso en esta fase se debe realizar la devolución, esto es, comunicar al paciente los resultados y conclusiones que se han alcanzado durante las fases anteriores. En investigación clínica podemos señalar una cuarta fase de "seguimiento" que, cuando se produce, consiste en una repetición abreviada de las tres fases anteriores.

En un trabajo reciente, desde el marco de la evaluación neuropsicológica, Kenneth S. Pope (1992) ha señalado una serie de cuestiones sobre la devolución (*feedback*) que son de interés en otras áreas. Advierte este autor que la devolución es un proceso dinámico e interactivo (como la evaluación en su conjunto), aunque no es suficientemente atendido, a menudo por la necesidad de abreviar el proceso, o por dificultades del propio clínico. Entre estas dificultades se incluyen la incomodidad al tener que dar malas noticias, al adaptar la

jerga profesional al lenguaje del cliente, o al tener que informar, después de un proceso con frecuencia largo, sobre unos resultados aparentemente escasos. El cliente, no obstante, dice Pope, tiene derecho a saber por qué se realiza el proceso, los instrumentos y la información que puede recibir. Por otra parte, la información que se deriva del psicodiagnóstico le puede ayudar a decidir si comenzar una psicoterapia o no.

Una devolución extensa es obligatoria cuando la relación con el sujeto o sujetos es específicamente diagnóstica. Podemos enunciar una serie de principios para guiar esa entrevista (o entrevistas) de devolución. Por una parte, insistiremos en que la entrevista de devolución, como las anteriores entrevistas, es un proceso dinámico e interactivo, no una comunicación lineal experto-entrevistado, en la que se suministran aquellos contenidos que se han ido recogiendo en las fases anteriores. Esto permite que el sujeto elabore aspectos de sí mismo poco conocidos y que añada información o, incluso, que rechace algunas de nuestras afirmaciones, no siempre sin razón. Frente a existencialistas y humanistas, nosotros sí opinamos que el psicólogo puede alcanzar un conocimiento sobre algunos aspectos de la persona, más exactos que los que posee ella misma, y que esa es la base del proceso terapéutico, y no solamente la experiencia humana que supone el contacto interpersonal. En consecuencia, no serían comunicables todos los conocimientos que hemos extraído durante las entrevistas. Debemos seguir el principio psicoanalítico de señalar, e interpretar, lo más superficial antes de pasar a lo más profundo. Evitemos, no obstante, confundir esto con que el entrevistador "se guarda información". Esos supuestos conocimientos, basados en la teoría y en la experiencia previa, también son los más inferenciales y los que debemos tomar con mayor cautela. La información que se debe comunicar es aquella en la que tenemos más seguridad y haciendo, precisamente, una gradación desde las conclusiones más firmes a las hipótesis más especulativas e, incluso, omitiendo éstas últimas. Es habitual que dispongamos de una buena serie de datos observacionales y descriptivos, menos inferenciales y también más asequibles al conocimiento del sujeto, que le pueden ser de provecho en esa entrevista. Dicho de otra forma, conviene utilizar un lenguaje "conductual" en la devolución.

También suele ser útil comenzar por los aspectos más favorables para el sujeto, o menos problemáticos. Sin embargo, en nuestras devoluciones e informes psicológicos, debemos evitar caer en el "efecto Barnum", que consiste en la utilización de descripciones estereotipadas, fácilmente aceptables por cualquiera. Un ejemplo de estas descripciones lo tenemos al alcance de la mano en las descripciones personales que aparecen en los horóscopos.

#### **9.4. Elementos**

El encuadre, como decíamos, es otra forma u otro aspecto de la devolución. Tenemos que explicarlo con amplitud al ocuparnos del contexto de la entrevista. El contexto es uno de los elementos de la entrevista, los otros dos son el sujeto o sujetos entrevistados y el entrevistador.

Como señala Bleger (1977: 11), en todos los casos la entrevista es un fenómeno grupal, pues aun con un sólo entrevistado, se establece una relación entre él y el entrevistador que debe ser entendida a través de la psicología grupal.

### 9.4.1. Contexto

El contexto situacional en el que se desarrolla la entrevista es un elemento clave, ya se trate del contexto interpersonal –los dos elementos que analizaremos a continuación–, el físico inmediato, o el marco institucional.

El contexto físico inmediato cobra relevancia dentro de lo que se ha denominado “*encuadre*” en psicología dinámica. Según señala Bleger (1977: 14 y ss.) si consideramos la entrevista como un campo dinámico e interactivo, debemos contar con un encuadre fijo: “que consiste en una transformación de cierto conjunto de variables en constantes”. Con eso pretendemos que una serie de aspectos de la situación sigan funcionando como estímulo para el entrevistado, pero que no funcionen como variables para el entrevistador.

Dentro del encuadre podemos distinguir: encuadre temporal, de lugar y económico. Conviene que el sujeto sepa la duración de cada sesión, los horarios, el número de sesiones previstas, dependiendo de que el proceso sea diagnóstico, terapéutico u otros, y cuáles pueden ser las consecuencias de no acudir a las mismas. Este último punto es relevante no sólo para la práctica privada, cuando el paciente paga las sesiones, sino también en instituciones, pues otra forma de “pagar” es cumplir con las citas y seguir las instrucciones del psicólogo. Si estos elementos no se mantienen fijos se da lugar a que las defensas del paciente se vuelvan recalcitrantes e inmanejables. Por todo ello, conviene que no se alarguen las sesiones más allá del tiempo prefijado, o nos encontraremos con el paciente que llega tarde y se va tarde, o que sólo se le ocurre información relevante en los últimos minutos. Obsérvese que debemos evitar esas conductas no por el debido respeto a nuestra calidad profesional, que también, sino porque de no hacerlo así estaremos favoreciendo la persistencia de conductas infantiles y desadaptadas. Aunque, en seguimiento de las normas mínimas de la buena educación, tampoco debemos interrumpir a una persona a mitad de una frase o de una idea. Las sesiones se desarrollarán los días de la semana prefijados, o los que se vayan acordando de una sesión a la siguiente. Por otra parte, el paciente abonará las sesiones a las que no acuda, salvo razones de fuerza mayor; si bien en esto no todos los profesionales están de acuerdo: algunos opinan que no hay razones que eximan del pago. En instituciones, una ausencia injustificada se puede traducir en una demora de la siguiente cita. Es importante, por otra parte, que se atienda a la persona siempre en el mismo despacho, pero parece recomendable cambiar de espacio si los pintores están remozando las paredes.

Otra cuestión que puede presentársele al entrevistador, sobre todo cuando es novato, es la distancia a la que debe colocarse respecto al sujeto entrevistado. No podemos dar una norma fija, fuera de la generalidad de “ni muy próximo ni muy alejado”, para no ser así ni demasiado invasivo ni demasiado frío. La distancia más conveniente depende de cada entrevistador. Deberá ser la más cómoda para él, pues de esa forma su contacto con el sujeto será más natural.

### 9.4.2. Entrevistador

Rogers (1942: 254-256) ha sido uno de los autores que más atención ha prestado a cuáles son las características del buen entrevistador. El contacto del entrevistador, como frecuentemente han señalado Rogers y sus seguidores, debe ser empático hacia el cliente; por empatía podemos entender la capacidad de colocarse en el lugar del otro y compartir sus

sentimientos. Ahora bien, entre las cualidades del buen entrevistador debe estar la objetividad, es decir, la capacidad de empatía no debe impedir un juicio objetivo de lo que el paciente hace y dice. El entrevistador debe, también, según Rogers, sentir respeto por el individuo, aceptándolo tal como es y pretendiendo su desarrollo autónomo. Por otra parte, el entrevistador tiene que poseer un nivel suficiente de autocomprensión de sus propias emociones y limitaciones. Finalmente, como es obvio, el entrevistador debe poseer los adecuados conocimientos psicológicos.

Respecto a los conocimientos psicológicos, algo más recientemente Othmer y Othmer (1989: 24) advierten de la conveniencia de que el entrevistador se presente ante el paciente asumiendo el rol de experto, en la medida en que esto puede infundir confianza y facilitar, así, la recogida de información y la posible intervención terapéutica. Dentro de ciertos límites, seguramente en contra de Rogers y de su escuela, estamos de acuerdo con la anterior afirmación.

Opinaba Rogers, como acabamos de ver, que la empatía no debe alterar nuestra apreciación objetiva del paciente. Este orden de fenómenos que afectan al entrevistador, y a los que Rogers no atiende demasiado, son conocidos en la tradición psicodinámica como "contratransferencia", es decir, todo lo que se opone a nuestra visión neutral de los hechos. Según Bleger (1977: 25) todos los fenómenos que aparecen en el entrevistador, como emergentes del campo psicológico que se configura en la entrevista, son las respuestas del entrevistador a las manifestaciones del entrevistado.

No es muy habitual encontrar indicaciones concretas sobre el significado de las reacciones contratransferenciales. En un principio se consideraban elementos indeseables cuando son, en realidad, una ayuda inestimable de cara al diagnóstico y al manejo de la psicoterapia. Sirven de guía al entrevistador que posea el suficiente conocimiento de sí mismo y, además, son inevitables.

A partir de nuestra propia experiencia clínica, y desde un punto de vista diagnóstico, podríamos trazar una pequeña tipología de los entrevistados por las reacciones que pueden provocar en el entrevistador. Por ejemplo, cuando sentimos urgencia por dar una solución rápida al problema planteado por el paciente o la paciente, puede que hayamos caído de forma desapercibida en las redes seductoras de la personalidad histriónica. A menudo el enfado (rencor) hacia terceras personas que se han comportado de manera incorrecta o injusta con el sujeto puede indicar la presencia de una personalidad obsesiva. Puede que sintamos deseos de compensar situaciones de abandono excediéndonos en nuestra actitud acogedora hacia personalidades fóbicas. Por último, sujetos agresivos o esquizoides pueden despertar actitudes agresivas o defensivas en el entrevistador. Ante esto, como aconsejan Othmer y Othmer (1989), no responder a la agresión con la defensa o el contraataque, sino analizando las razones, puede permitir que el paciente reflexione en lugar de actuar.

Independientemente de las reacciones provocadas en el entrevistador por las características del entrevistado, se han descrito otras tendencias que pueden aparecer de forma autónoma en el entrevistador, como son los sesgos típicos (véase p. ej. Ávila, 1989: 30-31). Resumimos a continuación los principales sesgos:

1. *Efecto Maslow*: tendencia a enjuiciar globalmente al sujeto por un sólo aspecto o impresión, sobre todo la última.
2. *Efecto de indulgencia*: tendencia a dar más valor a los datos, variables o rasgos de naturaleza psíquica, respecto de los de otra naturaleza (biológicos, orgánicos, sociales, etc.)



3. *Error lógico de Guelford*: valoración conjunta de datos fiables y no fiables sin discriminarlos recíprocamente.
4. *Prejuicio de Rice*: evaluación del sujeto tomando como única base la primera impresión o primer contacto interpersonal.
5. *Primeros adjetivos (Asch)*: el entrevistador se autosomete al primer juicio que verbaliza, a pesar de la evidencia contraria que recoja posteriormente.
6. *Tendencias extremas y centrales*: tendencias sistemáticas que se dan en los entrevistadores a evaluar a los sujetos de manera muy positiva, negativa o a través de vaguedades intermedias o ambiguas.
7. *Efecto de los conocimientos previos sobre el caso*: actuación de prejuicios formados a partir de informaciones previas, facilitadas por terceros.
8. *Prejuicios socioculturales*: influencia de prejuicios étnicos, culturales, religiosos, ideológicos, etc., que influyen en el examinador, en el reconocimiento y valoración de la información.

#### 9.4.3. Sujeto entrevistado

Bleger (1977: 32) distingue tres tipos de entrevistados: el que viene a la consulta, el que lo traen y aquel al que lo han mandado. Estas tres “formas” de acudir nos deben de poner sobre aviso de la actitud colaboradora del sujeto y de sus acompañantes. Nos aconseja Bleger que si al entrevistado le precede un informante, se le debe comunicar, antes de que nos presente ninguna información, que lo que él diga sobre el paciente le será comunicado a este último. Esto, que podremos hacer extensivo a momentos posteriores de la relación con el cliente, permite “limpiar el campo” y romper con divisiones muy difíciles de mantener. De hecho nos evita complicidades indeseables, pues nuestro principal compromiso es con el cliente al que estamos atendiendo, al que debemos discreción salvo límites éticos extremos. Entre esos límites debemos considerar las amenazas reales a su integridad física o a la de otras personas. En tales casos debemos romper la confidencialidad.

El riesgo de entrar en complicidad normalmente se presenta desde el principio. Por ejemplo, un padre en la cuarentena acude a consulta en compañía de su hijo de 17 y comienza la entrevista con la siguiente interpelación: “Aquí le traigo a éste para ver si hace carrera de él”. Se trata de un joven que ha sufrido alguna detención por pequeños hurtos, que se presenta poco colaborador con la entrevista. Abandonó los estudios y desempeña trabajos esporádicos que abandona pronto. Como ocurre a menudo en este tipo de casos, los padres mantienen unas relaciones bastante alteradas que se traducen en inconsistencia a la hora de plantear la normativa necesaria a los hijos, cuando no se convierten éstos en aliados de uno de los progenitores contra el otro, con las ventajas inmediatas que eso conlleva para el menor. Según Bleger (1977: 33) el psicólogo no tiene por qué aceptar el criterio de la familia sobre quién es el enfermo, sino que debe actuar considerando a todos sus miembros implicados y al grupo como enfermo. En el caso que nos ocupa, además, la conciencia de enfermedad por parte del hijo era prácticamente nula, por lo que, como solemos hacer con adolescentes, tras varias entrevistas con todo la familia decidimos continuar terapia sólo con los padres, con resultados satisfactorios.

Aunque en este capítulo nos interese en especial el caso individual, conviene destacar la importancia de realizar entrevistas con todo el grupo en la fase diagnóstica.

Volviendo, pues, al enfoque individual, nos parece útil la consideración que hacen Othmer y Othmer (1989), en el tercer capítulo de su libro, de tres actitudes por parte del paciente, junto con la forma en que el entrevistador puede enfrentarse a ellas:

1. *Lamentación (complaining)*: el entrevistado busca la ayuda del psicólogo y se presenta, en consecuencia, quejoso de sus problemas. Ante eso el entrevistador sólo tiene que ayudar al paciente a hablar, a describir sus problemas con la mayor minuciosidad posible. Los tres enfoques que permiten lograr esto, según Othmer y Othmer (1989: 51), son las técnicas de apertura, de clarificación y de conducción (*steering*). En el siguiente apartado comentaremos estas y otras técnicas útiles en la conducción de la entrevista.
2. *Resistencia*: se trata de una actitud más difícil de manejar. La aceptación y la confrontación son las técnicas más útiles para lograr que un paciente supere la resistencia. El entrevistador debe señalarle que se da cuenta de la resistencia y la comprende, pero intenta convencer al paciente de que la abandone.
3. *Defensas*: es la actitud (inconsciente) más difícil de manejar. En muchas entrevistas psicodiagnósticas las defensas pueden ser ignoradas si no interfieren con la recogida de información. En ocasiones, sin embargo, se debe confrontar o interpretar el mecanismo de defensa para mantener el *rapport* o para alcanzar el diagnóstico.

Parece necesario detenernos en estas dos últimas actitudes por lo que suponen de obstáculo en el proceso diagnóstico y terapéutico. Por ejemplo, nos podemos encontrar con que el sujeto tiende a utilizar descripciones muy generales, con un lenguaje vago y abstracto. En ese momento puede ser de utilidad hacer una pregunta del estilo de “¿me podría poner un ejemplo?”, o “¿me podría contar qué es lo que pasó la última vez?”. Los autores de orientación comportamental han insistido a menudo, con razón, en la inercia que se transmite con el uso de adjetivos o juicios de valor muy generales, del estilo de: “este niño es un revoltoso”, “es un caso perdido”, “mi mujer nunca me hace caso”, etc. De cara a la obtención de una información más fiable, por no hablar ya de la importancia de “ablandar” dicha actitud de cara al tratamiento, conviene llevar al entrevistado a comunicaciones más descriptivas y menos valorativas.

Othmer y Othmer (1989: 78-79) destacan el temor que atenaza a algunos pacientes de hacer el ridículo ante el entrevistador: “si se lo digo se va a reír”. Aconsejan tranquilizar a la persona con comentarios como “inténtelo” o “para usted desde luego no es ridículo lo que tiene que contar”. Por nuestra parte, son muchas las reacciones similares de las que podríamos tratar aquí, por ejemplo:

P—No sé por dónde empezar.

E—Por donde primero se le ocurra.

(...)

P—Estoy muy nerviosa.

E—Tómeselo con calma, tenemos más de media hora por delante.

Un asunto que suele preocupar mucho al principiante es que el cliente le pueda engañar en las entrevistas. Como señala Bleger (1977: 18) los datos no deben ser evaluados en función de que sean ciertos o erróneos, sino como grados o fenómenos de disociación de la personalidad. Sin embargo, en ocasiones el psicólogo debe valorar la urgencia de un ca-

so en el que pueden estar implicados elementos de simulación –por ejemplo, en los llamados “trastornos facticios”– o pueden ser reclamados sus servicios en el campo vecino de la psicología forense. Parece adecuado, por tanto, prestar cierta atención a este tópico.

Paul Ekman (1989; y O’Sullivan, 1991) se ha hecho famoso por sus investigaciones sobre cómo descubrir la mentira. El ejemplo más obvio, pero poco interesante, ocurre cuando el mentiroso olvida lo que ha dicho en una ocasión y se contradice a sí mismo después. Otra consecuencia del fracaso para prepararse adecuadamente es la de ser cogido de improviso cuando se realizan preguntas que el mentiroso no ha anticipado y para las que no tiene una respuesta preparada. En ese jalco el mentiroso debe pensar en una respuesta creíble de inmediato. Al hacer eso muchas personas muestran varios comportamientos: las pausas, la evitación de la mirada, los atascos y los manierismos. Por otra parte, el uso de las manos para ilustrar el habla pueden aumentar mientras que el tono de voz se puede aplanar. No son signos por sí mismos de estar mintiendo, pues no existe un signo comportamental propio de la mentira. Pero cuando estos signos de pensar una respuesta ocurren en contextos en los que se debía de conocer la respuesta sin tener que pensarla, pueden traicionar al mentiroso (Ekman, 1989: 72).

Comenta este autor, en otro trabajo (Ekman y O’Sullivan, 1991: 919) que los descubridores de mentirosos eficientes utilizan diferente información de los no eficientes. Atienden a conductas más variadas, dando gran importancia a la información no verbal, sin fiarse exclusivamente de la verbal.

Othmer y Othmer (1989: 86), por su parte, recomiendan una técnica, la *exageración*, que puede servirnos en ocasiones para descubrir información verdadera. En nuestra experiencia esta técnica es útil en la indagación con pacientes alcohólicos a la hora de evaluar la pauta de consumo. Se producen entonces situaciones que podrían resultar cómicas de no ser patéticas:

E –¿Me puede decir cuánto bebe usted en un día?

P –Lo normal.

E –¿Veinte cubalibres?

P –¡No, hombre! siete u ocho.

Lo habitual, no obstante, no es encontrarnos con pacientes que pretendan mentir de manera premeditada, sino que tienen dificultades para expresar la información necesaria. Podemos emplear entonces preguntas relacionadas con la temática que queremos analizar, sin entrar directamente en ella. Por ejemplo, en lugar de preguntar a un paciente si es virgen le podemos preguntar si ha tenido dificultades en las relaciones sexuales. Para saber si un individuo tiene comportamientos violentos podemos indagar si se le ha demandado legalmente en alguna ocasión y por qué motivo, o si alguna persona le hace perder el control. A veces, no obstante, la única técnica posible es esperar con paciencia otro momento más propicio.

La fuente principal de defensas y resistencias en el entrevistado, como ya observó Freud, es la *transferencia*, fenómeno complementario de la contratransferencia del examinador, de la que ya hemos tratado antes. Bleger (1977: 24) define la transferencia como la actualización en la entrevista de sentimientos, actitudes y conductas inconscientes, por parte del entrevistado, que corresponden a pautas que éste ha establecido en el curso del desarrollo, especialmente en la relación interpersonal con su medio familiar.

Al igual que la contratransferencia, se trata de un fenómeno ineludible. No podemos librarnos de las resistencias que se derivan de dicha transferencia sino por un proceso largo, que se identifica con la propia psicoterapia y, aun así, no desaparecerá el "estilo" básico de comunicación, típico del individuo. Dicho de otra manera, cada entrevistado tiene una forma peculiar de vincularse con el entrevistador. Como el primero no conoce —por principio— nada relevante de la forma de ser del segundo, es legítimo suponer que ese vínculo representa una forma básica, primitiva, de relacionarse con el entorno interpersonal. Es esencial, por nuestra parte, determinar en las primeras entrevistas el tipo de vínculo que ofrece el sujeto, por su utilidad a la hora de establecer un diagnóstico estructural de su personalidad y guiar el proceso posterior. Entre las formas típicas de vinculación distinguimos: independiente, dependiente y ambivalente. Estos tres vínculos se corresponden de forma aproximada con los tres núcleos de la personalidad (esquizoide, confusional y depresivo), según la teoría de Nicolás Caparrós (1992), de la que ahora no podemos ocuparnos con la debida extensión.

### 9.5. Sobre la forma de conducir la entrevista

Rogers (1942), como indicábamos páginas atrás, propone como principio básico la aceptación del paciente. Eso lleva a una actitud empática: preocupación del entrevistador por lo que el paciente dice o siente. Este ambiente acogedor y cálido favorece la expresión y la búsqueda de sí mismo.

Una cuestión central en la conducción de la entrevista de evaluación es la forma en que el entrevistador plantea las preguntas. Ávila (1989: 26-27) recoge las siguientes pautas:

1. Restringir el número de preguntas a lo necesario.
2. No efectuar las preguntas demasiado directamente ni demasiado encubiertas.
3. Utilizar un lenguaje claro y accesible.
4. Realizar preguntas concretas y acotadas temporalmente, a ser posible breves.
5. Respetar la libertad de respuesta del sujeto.

Desde la evaluación conductual se diferencia entre preguntas abiertas y cerradas (véase Silva, 1983: 220). Pregunta abierta es la que no implica una respuesta única y concreta, sino que permite libertad al entrevistado en su elaboración. Una pregunta cerrada es aquella que se responde con una frase o una palabra concreta, más en concreto, con un sí o un no. Las preguntas abiertas se utilizan más al comienzo y en la fase media de la entrevista, y las cerradas, al final.

Motivo de preocupación en el entrevistador novato suele ser el manejo de los silencios entre pregunta y pregunta. Una entrevista semiestructurada exige que dejemos espacio para que el paciente organice sus contenidos. Por regla general el entrevistador habla mucho menos que el entrevistado, pero no hay que adoptar pautas rígidas al respecto. El silencio suele provocar ansiedad en el entrevistado, pero eso no tiene por qué ser negativo, sino que cierto nivel de ansiedad puede ayudar a que su estilo básico aflore de manera más clara. Cuando el silencio es prolongado debemos valorar, como aconseja Wiens (1983: 9), si ese silencio supone un desafío y es necesario interrumpirlo. También, añadimos, habrá que interrumpirlo cuando esté provocando un sufrimiento real e intenso en el paciente. En ese caso, incluso, nos deberemos plantear si es apropiada una terapia más directiva y menos "asociativa".

Para que el lenguaje sea claro para el paciente Othmer y Othmer (1989: 24) aconsejan que inicialmente se utilicen los términos del paciente, incluyendo las metáforas que pueda utilizar, en lugar de la terminología psiquiátrica o psicológica. Deseamos añadir, por nuestra parte, que esa actitud debería mantenerse siempre. Han pasado ya más de treinta años desde que se produjeron las principales críticas a la utilización de etiquetas diagnósticas, desde el campo de la psicología comportamental y existencial (véase Rodríguez Sutil, 1992) y parece afianzarse la idea de que los términos clasificatorios son útiles de cara al diagnóstico, la planificación del tratamiento y la comunicación entre profesionales. Ahora bien, ese lenguaje no es adecuado para la comunicación con el cliente, ni siquiera en el caso de que tenga formación psicológica. Olvidar eso sólo puede servir para fomentar defensas racionalizadoras e intelectualizadoras. En el caso de que tengamos que decir algo al paciente, que pertenezca al campo de las teorías psicológicas, disponemos del lenguaje corriente. Si el lenguaje corriente no basta, en la entrevista, para transmitir un conocimiento psicológico, entonces es muy probable que dicho conocimiento sea de escaso provecho para la persona.

Finalmente, Othmer y Othmer (1989: 95 y ss.) describen la *confrontación* y la *interpretación* entre las estrategias para obtener información. A nuestro entender, se trata de técnicas que nos sitúan ya más en la psicoterapia que en la evaluación *tout court*. Por *confrontación* (en otros autores se puede encontrar el término *señalamiento*) se entiende el llevar la atención del paciente sobre una conducta concreta para que la pueda reconocer y corregir. Veamos algunos ejemplos: “es posible que la actitud desafiante que mantiene usted aquí sea la causa de muchos de sus problemas”, “casi siempre habla usted de los conflictos que tuvo en su infancia pero no de las dificultades actuales”, “dice que la relación con su mujer es positiva pero hasta ahora casi todo lo que ha dicho es para quejarse”, “se apresura a decir que no siente ninguna envidia de que su hermana vaya a tener un hijo pero, si así fuera, seguramente no diría nada”. La última frase casi entraría en el campo de la interpretación. La interpretación supone un nivel más profundo en la comprensión dinámica del comportamiento. Tomemos el ejemplo de Othmer y Othmer (1989: 92) para diferenciar lo que es confrontación de lo que es interpretación. Confrontación es como poner un espejo delante del paciente:

“Desde que has entrado en el despacho no me has mirado a los ojos”.

Mientras que la interpretación se parece más a un espejo cóncavo:

“No me miras a los ojos porque temes que pueda leer tus pensamientos”.

## CAPÍTULO 10

### HISTORIAS DE VIDA E HISTORIA ORAL

*Cristina Santamarina  
José Miguel Marinas*

*Yo no digo mi canción  
sino a quien conmigo va.  
(Romancero)*



En el repertorio de las formas que acompañan la práctica de la investigación, tanto de problemas y procesos como de la estructura y conflictos sociales, la historia oral o las historias de vida tienen en la actualidad un lugar propio. Y este acontecimiento, que puede ser valorado de diversas maneras<sup>1</sup>, permite una reflexión acerca de la calidad del saber y las posibilidades de intervención que este procedimiento, rico y variado, procura a quien sigue –pese a la razón instrumental y a la academia– queriendo investigar.

Plantearse las dimensiones de las historias de vida, de las diversas formas de la historia oral y las fuentes documentales que las acompañan, implica algo más que afinar o ajustar técnicas o recetarios procedimentales. Supone tener en cuenta las dimensiones del trabajo de investigación, el contexto histórico concreto, y las formas de discurso que son vigentes en éste. Exige analizar las modalidades de la comunicación en la sociedad de masas, para poder situar en ellas lo peculiar de la transmisión oral. Y, más allá de esto, promueve una reflexión sobre la intervención sociológica en su totalidad.

Sea cual sea la perspectiva disciplinar de partida<sup>2</sup>, ayudar a que se produzcan historias de vida, o historias orales de procesos, conflictos y formas de elaborarlos y resolverlos cuestiona directamente la posición del investigador. De una manera tal vez más radical que otras prácticas de investigación.

Si comenzamos describiendo el estilo de la historia oral, la primera paradoja que nos aparece es cómo un procedimiento que resulta a primera vista añejo y que se ocupa de temas o antiguos o marginales, cuando no “inútiles”, vuelve a resurgir precisamente cuando

la propia concepción de la historia y las formas de identidad experimentan una fuerte crisis y piden decirse de maneras nuevas<sup>4</sup>. Cuando las quiebras de los consensos y repartos sociales piden de los sujetos una mayor conciencia de su propio legado y su tarea.

Las historias de vida están formadas por *relatos* que se producen con una *intención*: elaborar y transmitir una memoria, personal o colectiva, que hace referencia a las formas de vida de una comunidad en un período histórico concreto. Y surgen a petición de un investigador. Esta primera caracterización las diferencia de otros materiales o repertorios (como las autobiografías, las historias de personajes, los cuentos populares, las tradiciones orales) que se difunden en el interior de un grupo, o en el espacio de una subcultura. Las diferencia pero no las aísla de aquellas. Precisamente porque establecen una forma peculiar del intercambio que constituye todo proceso de investigación.

En principio, las historias de vida no preexisten a este proceso, se producen en él, aunque las formas del contexto oral (la historia oral) vengán refiriendo (o silenciando) aspectos, sagas y relatos que luego se articulan en las historias que recogemos. Se van haciendo a medida que la investigación avanza según sus objetivos, sus hallazgos y sus límites. Y tampoco sus referentes son precisos, sin que por ello se pueda decir que sean falsos. Parecen más bien estar dirigidas a orientar la vida y la acción de quienes las narran. Aunque incurran en paradojas, como las que comenzamos presentando en dos ejemplos.

El primero está tomado de un relato de viaje del escritor leonés Julio Llamazares.

Al preguntarle a un lugareño por la antigüedad del puente del pueblo y tras sugerirle que será al menos "de la época de los romanos", la respuesta de éste es rotunda:

— ¡Qué va! Es de mucho antes: es de cuando los moros.

El segundo ejemplo tiene que ver con la reflexión de Ronald Fraser sobre su trabajo de entrevistador. El proceso de hacer surgir historias de vida acerca de las experiencias de la guerra civil española (Fraser, 1977) le enfrenta con situaciones en las que los acontecimientos históricos quedan evidentemente sesgados por el narrador:

No esperaba recoger de mis informantes nuevos hechos históricos (aunque sí aprendí algunos); tampoco me preocupaba si equivocaban las fechas o incluso si afirmaban como verdad algo que era demostrablemente incierto. Efectivamente, esto último podía resultar un terreno fértil de exploración: su afirmación errónea podría formar parte importante del aspecto subjetivo de los acontecimientos, la visión y motivaciones de éste u otros participantes de la guerra... Los testimonios podían contarme no sólo lo que recordaban haber hecho, sino lo que pensaban que estaban haciendo en aquella época, y lo que hoy pensaban de lo que habían hecho (Fraser, 1990: 147-148).

Esta riqueza de planos históricos, que Fraser expone con una maestría ejemplar, exige a la historia oral abordar el acontecimiento social no cosificándolo, sino tratando de abrirlo a sus planos discursivos. El valor subjetivo de los relatos es precisamente el valor más original, el fenómeno social que la historia de vida permite que exista y circule, por entre los sentidos de una colectividad y una época. Es lo que avala la radicalidad de la expresión de F. Ferrarotti (1993b): la vía de la subjetividad es la que permite reconstruir el alcance objetivo, esto es real, completo, de una conciencia de grupo y de época.

A estas primeras caracterizaciones se puede añadir una más de fondo: la que cuestiona la utilidad, el sentido de atender a las historias de vida de la gente. No sólo en lo tocante a su marcada subjetividad —cuestión espinosa cuando todavía funciona en la investi-

gación social un concepto positivista de lo objetivo— sino también en *su alcance ético y político*<sup>5</sup>.

El hecho de recoger historias de vida tiene una dimensión de este orden en la medida en que implícitamente apuesta por la capacidad de recuperar la memoria y de narrarla desde los propios actores sociales. Esta capacidad atribuida a las fuentes orales que “desmitifican, rompen incluso violentamente, el aislamiento y soledad de los archivos, el mundo concluido de lo escrito” (la expresión es de M. Vilanova, 1988) acompaña la intención de capturar sentidos de la vida social que no son fácilmente detectables desde los limitados filtros —de gremio, de clase, de rutinas técnicas— del investigador domesticador. Sin incurrir en un optimismo salvífico de “dar voz a los sin voz” que acompaña la mala conciencia del trabajo de intermediación que la investigación social tiene, la historia oral remueve porque se atreve a recoger los relatos de la gente tal y como estos surgen. Más allá incluso del valor documental, es decir, como *experiencia de enunciación*<sup>6</sup>.

Los ejemplos anteriores, y otros posibles de la vida cotidiana, pueden ilustrar bien cómo el sentido del tiempo histórico y el *sentido* de las historias se ven sometidos a muchos procesos de *construcción*, de *reelaboración*, y, en la acepción más propia del término, de *ficción*<sup>7</sup>. Cuando en la investigación pretendemos atender a los procesos de construcción y reestructuración de identidades individuales, de grupo, de género, de clase en nuestro contexto social, las historias de vida y su método siempre se enfrentan con escenas parecidas a las de las anécdotas.

Cuando uno trabaja con alguien para que cuente episodios de su vida, corre inmediatamente el riesgo de que lo que uno ya sabe por su saber positivo (que es la etapa histórica en la que esa persona o ese grupo viven, sus características sociológicas) adquiere para aquélla o aquél otro sentido. Para el otro grupo, para el otro género, para la otra clase, hay otro sentido que es anterior, que es “de cuando los moros”. Tiene que ver con los relatos y la cultura propia, que no necesariamente es la universalizable o la que intenta uniformar. En los relatos de los acontecimientos que el investigador escucha se articulan repertorios y elementos que no sólo brotan del decir mediático presente, sino de formas de hablar y dar sentido que están en la memoria popular, en el folklore, en las leyendas incluso.

Para detallar más estas dimensiones descritas, analizaremos primero *el síntoma biográfico como contexto*. En segundo lugar, *las etapas y distintas modalidades* de la aplicación de la historia oral. Y en tercer lugar dedicaremos dos epígrafes a *los problemas teóricos y metodológicos* que el proceso de las historias de vida suele plantear.

### 10.1. El síntoma biográfico

¿Por qué nos ocupamos de la historia oral y por qué intentamos aplicarla en la investigación social? Además de las razones descritas, que ayudan a precisar una intención de orden metodológico: hacer surgir un discurso que sólo de esta forma se constituye, hay un fenómeno más amplio que afecta a la misma teoría de la sociedad. Este fenómeno complejo, cuyo interés central para la tarea sociológica es innegable, conforma una característica o síntoma de época al que podemos llamar el *síntoma biográfico*.

Este se muestra a través de diversos grupos y escenarios sociales, mediáticos o no, en una atención especial a las historias de vida en lo que éstas tienen de peculiar y de ejemplar. Es, por tanto, un síntoma que se da tanto en el universo de las teorías de la sociedad como en los procesos de nuestra cultura misma. De tal manera que aunque la historia oral



como método se practica desde hace mucho tiempo en diversos gremios<sup>8</sup> (historiadores, antropólogos, sociolingüistas, psicólogos) sin embargo, parece que en el contexto actual se da una importancia general –fuera de la investigación social– a lo que significan los relatos de los sujetos, las historias que recogen experiencias vitales, como un “derecho de todos a la autobiografía” (Passerini, 1988: 6).

La historia de vida y las biografías parecen tener en este momento, una importancia nueva. Precisamente porque hay una revisión en profundidad de nuestros saberes sociales –no sólo sociológicos– ante el conjunto de fenómenos de ruptura de códigos culturales e ideológicos, de los sistemas de referencia convencionales.

Los orígenes y modulaciones del síntoma no son nuevos, aunque su efecto en las formas del saber social (incluido el que llamamos investigación social) hayan tenido un derrotero más silencioso. Si somos capaces de leer, según la afortunada expresión de Smelser, a los clásicos como colegas, es posible detectar la finura intelectual de Wright Mills (1979: 157), quien, a finales de los cincuenta en *La imaginación sociológica* señalaba que

la ciencia social trata de problemas de biografía, de historia y de sus intersecciones dentro de estructuras sociales. Que estas tres cosas –biografía, historia, sociedad– son los puntos coordinados del estudio propio del hombre, ha sido la importante plataforma sobre la cual me mantuve mientras critiqué las diferentes escuelas actuales de sociología cuyos practicantes han abandonado esta tradición clásica.

Esta implicación fuerte de lo estructural y del cambio y *de lo biográfico* es la que nos interesa retener. Precisamente porque el contexto técnico-académico y el contexto social se ven confrontados a dicha implicación como problema central. Y, si bien es cierto que la imaginación sociológica es algo que no basta con recomendar, quizá la situación presente sea especialmente receptiva de esta promesa. No tanto por razones de gremio, sino por razones de la propia autoconciencia de la sociedad.

Lo señalan como otras dimensiones del síntoma biográfico, cuantos se ocupan de los problemas de la construcción de las identidades contemporáneas. Lo formula Berger (1979) al detectar cómo la crisis de los modelos societarios le deja mucha tarea a cada individuo a la hora de construir su propia identidad. Y podemos ver, en estas dos últimas décadas cómo el síntoma biográfico apunta a una carencia en el orden de la praxis social e individual: la de reunir la diversidad de adscripciones y referencias contradictorias en un sentido personal que en la sociedad anómica no aparece tan claro, o no está fácilmente localizable<sup>9</sup>. La difícil y necesaria tarea de contarse, de reconstruir la propia historia, personal y colectiva da un peso específico al campo de problemas con los que se enfrentan las prácticas de investigación de la historia oral.

Hay un interés en los procesos de la memoria individual, grupal y colectiva, en un momento en que precisamente la sociedad de los medios de masificación, pretende homogeneizar todas las formas de saber y de comunicación social. Y, a pesar de que muestra sus quiebras, trata –con más fuerza que convicción– de reafirmar su solidez. La conciencia de cambio de época, sin un dibujo preciso de futuro, el haber roto con las formas de identificación del linaje o del trabajo o de las subculturas y la revisión fuerte de lo que es el sentido de la Historia o la Historia como sentido general, universal, además de los diagnósticos del “fin de la historia” generan profundas redefiniciones de las formas de identidad.

Estos elementos confluyen en el síntoma biográfico, en el que las historias particulares son las que intentan llenar de contenido a un tipo de historias universales que han resultado, las más de las veces, más dominadoras que explicativas y emancipadoras. Las historias particulares, de clase, de género, de país, o de linaje, tratan de abrirse intensamente el paso a través de los discursos canónicos de la Historia, entendida ésta como discurso racionalizador universalista o unidireccional.

E igualmente, teniendo en cuenta no sólo los tiempos sino los espacios, las historias de vida son los escenarios de los discursos particulares que surgen a pesar de los discursos de los medios de comunicación o de formación de masas. Porque los discursos, las historias particulares, son historias de experiencias, de saberes prácticos que los medios de comunicación de masas no hacen circular salvo convertidas en espectáculo-mercancía.

Las historias de vida, por el mismo contexto en el que surgen, no son estrictamente individuales. Son la articulación personal de (y frente a) aquella forma de racionalización o de explicación del cambio social que tenía las características de ser universal y unidireccional. Y cuyo sujeto postulado era un individuo universal. Aquel sujeto en posición autónoma, racionalizadora y universal que inventó Kant, o que inventó la Ilustración.

La aplicación de la historia de vida como perspectiva en la que convergen distintas disciplinas y tradiciones de investigación, requiere, por consiguiente, la atención al contexto concreto: *cómo son las formas de intercambio y circulación de la memoria y de las experiencias en el interior de la cultura mediática, del espectáculo o de la dominación*. Cultura esta que reinventa la figura supuestamente universal de los receptores, de los segmentos de los públicos. Por eso cada trabajo concreto de historia oral implica considerar la forma concreta de la tensión entre las historias particulares y la Historia entendida de forma universal. La representación que la colectividad se hace de las leyes generales del cambio y la percepción y elaboración particular de los cambios sociales y culturales.

Esto es lo que, antes de la crítica del funcionalismo ejemplificada desde lugares distintos en Mills y Berger, señalaba Walter Benjamin (1991) como uno de los indagadores sociales más perspicaces del discurso social y su crisis.

Benjamin, como es sabido, se pregunta por la desaparición de los contadores de historias en la sociedad industrial. El contexto de su trabajo<sup>10</sup> es el cambio histórico en la cultura de la sociedad que entra en la crisis del capitalismo de producción. Y plantea que cuando uno se ocupa de la historia de vida, de las narraciones que formaron la cultura no sólo infantil, sino adulta del primer tercio de este siglo, lo primero que ve es que el paisaje ha cambiado radicalmente. No existen los narradores porque no existen o no circulan los relatos de experiencia.

Las formas de relato —viene a decir— orientadas a la comunicación de experiencias, tocan a su fin. La historia de vida como historia particular es fundamentalmente la comunicación de una sabiduría práctica, de un saber de vida y de experiencia.

Pero las modificaciones en las estructuras del trabajo (la artesanía, el comercio y la navegación) que eran las formas productivas desde las que se generaban relatos, pasan en el conjunto de sistemas de producción industrializados a otras formas de discurso público, otras formas de transmisión. Los relatos particulares de experiencia van a quedar progresivamente subordinados, en el sentido fuerte del término, a una forma de relato social que es el modelo de la información, en el que no caben las experiencias, primero, ni mucho menos las experiencias particulares.

La narración clásica que estaba centrada en la *verdad*, la verdad del sujeto, lo *ejemplar* y lo *peculiar*, pasa a subordinarse a una forma de producción y de intercambio que

toma como referentes el *saber*, (no la verdad), lo *nomotético* (aquello que puede ser regla generalizable) y lo *universal*, en el sentido ilustrado del término.

Por eso mismo, en el relato de experiencia, que permitía elaborar la memoria del tiempo o las diferencias en el espacio, quedan todas subsumidas en el modelo de la información. Modelo que resulta una tecnificación del discurso que articula saber/nomotesis/universalidad: que pretende llegar al máximo de personas, homogeneizando sujetos, contenidos y receptores. Junto a él, como un resto, van quedando los relatos de la intimidad, de la experiencia que sólo adquieren valor en la medida en que son traducidos (domesticados) cuando entran en los circuitos de la información y forman parte de los relatos generales.

Finalmente, esta atención al contexto, que Benjamín promueve como pionero, nos sitúa ante el modo de tratar las historias de vida sabiendo su haz y su envés. Reconociendo que su interpretación rigurosa y comprometida es imposible cuando predomina la aproximación *instrumentalista* o técnica a ellas. Pero sabiendo que tampoco hacemos justicia (teórica, para empezar) cuando se impone la posición contraria, la feichización *conservacionista*.

En esta perspectiva, la primera tarea epistemológica es, pues, construir *la distancia justa* en la que nos enfrentamos con las historias de vida. De tal manera que no olvidamos su contexto de época y, al mismo tiempo, no olvidamos que se trata de elementos de producción de sentido que tienen una dimensión inmediatamente social: no son solipsistas, no son de uno para uno.

Por ello podemos intentar componer las dimensiones del síntoma biográfico, distinguiendo dos ejes principales: el universo sincrónico de los espacios y el diacrónico de las formas de narrar los acontecimientos. Los sesgos en los modos de entender estas dimensiones oscilan, pues, entre el instrumentalismo que recuenta historias para vaciarlas y el conservacionismo documentalista (véase la Figura 10.1). La síntesis superadora, como veremos, es la tarea.

| DIMENSIONES DEL RELATO     | UNIV. DIACRÓNICO | UNIV. SINCRÓNICO | SESGO METÓDICO   |
|----------------------------|------------------|------------------|------------------|
| Saber nomotético universal | Historia         | Mediático        | Instrumentalismo |
| Verdad ejemplar peculiar   | Historias        | Experiencial     | Conservacionismo |

Figura 10.1. Dimensiones del síntoma biográfico como contexto de la historia oral

La historia oral, como está sometida a las tensiones de la desidentificación y la construcción de la identidad, se ve revestida de esa posición de tipo mitificador o de tipo conservacionista. Como dice Françoise Morin (en Marinas y Santamarina, 1993):

csos relatos innumerables cargados de una rusticidad bucólica, que celebran la tierra humeante y las vigiliás, constituyen un excelente filón. El año del patrimonio cultural que legitima y celebra los valores de estas culturas campesinas cuando éstas desaparecen no hace sino alimentar este canibalismo a los cantores de la rusticidad. Ese nuevo mito del buen salvaje que corresponde

al paso de un exotismo exterior, lejano, a un exotismo interior, en que la distancia está puesta a la vez en el pasado y por el medio, se elabora en los años clave en los que se toma conciencia de que se está abandonando definitivamente todo un mundo, el de la Francia rural, con sus actividades, su calendario, sus tipos de relación.

El síntoma biográfico, tiene una caída tradicionalista o tecnocrática que enmascara la enunciación real de la gente que está en cualquiera de las posiciones marginales. Ya sea las formas comunitarias de vida, de trabajo, de cooperación o de conflicto que están en trance de desaparición, que son antiguas, según el esquema general de la historia. Y si no son antiguas son marginales.

Rescatar el testimonio de formas de vida que tienden a desaparecer, comunitaristas o de la sociedad urbana en el capitalismo industrial avanzado, de consumo implica un compromiso ético y político. Porque es rescatar las historias de los márgenes: de los márgenes por abajo, no de los márgenes por arriba. Ferrarotti (1993b) advierte vigorosamente sobre las contradicciones del investigador: los pobres, o, en general, los sujetos de la intervención social, siempre están disponibles. Analizar entre ellos las formas anteriores de vida que se están perdiendo, tiene un riesgo mayor: la posibilidad de que la gente, las personas, los grupos, las clases o los estamentos que están en los márgenes de las zonas principales de integración del circuito productivo cuenten su historia, y que se ponga a disposición no sólo para propiciar programas de intervención. Recuperar la memoria, la historia de las identidades rotas y recompuestas, ofrece otra perspectiva, no culturalista, ni economicista, sino subjetiva esto es, formadora de sujetos.

## 10.2. Las etapas y modalidades de la historia oral

Si tenemos en cuenta los diversos problemas o dimensiones de las historias de vida, podemos establecer tres etapas principales para el conjunto de procedimientos de la historia oral. La primera de ellas va desde principios de siglo hasta los años treinta, y podemos considerarla como del *antropologismo conservacionista*. Otra que va del período de entreguerras a los años sesenta y se ocupa principalmente de la aplicación de la historia oral a *los estudios de la marginación*. La tercera, que tiene un carácter de refundación en la década de los setenta, supone una mayor generalización de las perspectivas de la historia oral hacia *los estudios tanto de la estructura como de la cultura de las sociedades complejas*<sup>11</sup>.

### 10.2.1. Primera fase: el antropologismo conservacionista

En la primera las historias de vida están fundamentalmente orientadas y alentadas por la práctica antropológica. Se trata de rescatar y poner en circulación, en la sociedad que se va industrializando, otras formas de vida. En el contexto de la autocrítica al etnocentrismo, se plantea el conservacionismo como salida técnica ante la desaparición de las otras culturas del presente. Los coetáneos no industrializados son objeto de estudios de casos, fundamentalmente, con un tipo de tratamiento analítico muy reducido.

La historia de Don Talayesva o Sol Hopi (véase Morin, en Marinas y Santamarina, 1993) son ejemplares, a este respecto, no sólo por proponer la monografía como procedi-

miento, sino por suscitar toda una discusión a propósito del registro –escrito– de las historias (véase a este respecto la reflexión de la Antropología dialógica en el capítulo 6, *Teoría de la observación*). En esta modalidad, se trata de privilegiar, como es bien sabido, la perspectiva que Pike llamaba *emic*. El sentido de las estructuras, el sentido de las formas de interacción lo da la gente que participa en ellas. La interpretación externa, *etic* –pese a los debates que supone para la etnología entre el funcionalismo y el estructuralismo de Lévi-Strauss<sup>12</sup>– resulta escasa o reductora.

La tarea en esta etapa se basa fundamentalmente en el estudio de casos. La biografía de cada individuo se entiende desde la perspectiva psicológica y, de hecho, hay psicólogos trabajando en este campo<sup>13</sup>.

La tarea tiene como objetivo fundamental las biografías de sujetos destacados de las sociedades preindustriales, que coexisten con el desarrollo de la industrialización, y con vidas que se construyen en el ámbito comunitario. Lo importante de este primer laboratorio es que pronto va a dar lugar al objeto propio de las historias de vida tal como hoy las entendemos: *los cambios en los procesos de identidad entre lo comunitario y lo societario*. Las transformaciones no sólo estructurales sino biográficas producidas por los flujos migratorios, inter e intranacionales.

Aquí hay toda una saga de leyendas, de historias, de trabajos de campo, en los que se da más favor al documento tal como está producido que al trabajo de reelaboración e interpretación que hay que hacer con él. El ejemplo primero y fundacional es el de Thomas y Znaniecki *El campesino polaco en Europa y América*<sup>14</sup>. Con base documental –setecientas cartas de emigrantes polacos de principio de siglo a Europa occidental y América, más una larga historia de vida a un emigrante– se pretende una construcción general, tanto del proceso como de las mutaciones en la cultura, que va más allá de los casos en el sentido de los primeros antropólogos.

Estos dos colegas que trabajaban con una perspectiva más bien interaccionista, elaboran una primera aproximación de estudio de investigación social –no biográfica, ni psicológica, ni de sociedad antigua– del proceso de cambio social. Las migraciones harán cambiar no solamente las estructuras, los lugares de la producción, los componentes sistémicos, sino también las formas de identidad.

Pero este caso fundacional en el campo de la sociología coincide con una serie de desarrollos de la antropología en los que se da importancia, fundamentalmente, al documento. Hay una cierta fetichización de la letra. Aplicar la técnica de las historias de vida, poner a alguien a contar o a recoger relatos –en este caso escritos– de sus etapas vitales más importantes, tiene un resultado que sorprende la propia expectativa de los investigadores. El material aparece como tan brillante, tan importante, tan masivo, que al que recoge esas historias no le queda más remedio que poner el punto final o una brevísima introducción. Evidentemente quedará siempre mucho más trabajo. Aunque, como dirá Bertaux en sus reflexiones metodológicas (1993a), el mero hecho de ocurrírseles preguntar o recoger ese material ya supone una clara elaboración de hipótesis, y supone un gran esfuerzo de articulación de los objetivos (véase el capítulo 6, *Teoría de la observación*).

Lo que esta modalidad nos deja para el futuro es su característica restrictiva del dominio del valor del documento y, a través de éste, el predominio del pasado en transición, el intento de preservarlo. Pero al mismo tiempo se va abriendo para la investigación social la posibilidad de dotar de entidad a los procesos particulares. Los individuos y los grupos no sólo tienen calidad de actores sociales por las categorías en las que son encuadrados: varones o mujeres, polacos en Europa, en Francia o en Estados Unidos. Para comprender la

complejidad y la totalidad del proceso de cambio social, empezando por los movimientos migratorios, es necesario entender la elaboración particular que los sujetos van haciendo.

Los relatos, los intercambios de cartas, no son simplemente un mero epifenómeno o reflejo de la situación. Y esta perspectiva es interesante porque rompe con la idea de la historia de vida como un puro "reflejo de", según la vieja tradición del análisis ideológico: lo que se produce como discurso es un mero reflejo de una estructura. La innegable determinación de las circunstancias *se reelabora con un sentido*, en una forma discursiva y retórica determinada. Por ello, además de la viva atención a lo peculiar de este tipo de documento parcial, como es la correspondencia, se despierta el interés por lo peculiar de otras muchas formas de documentos y sobre todo de los relatos (Plummer, 1983).

Esta propuesta que combina relatos y documentos, precisamente para recoger formas de identidades cambiantes determinadas por la migración y la complejificación de la sociedad, lleva a plantear dos sentidos del término *historia oral* que arrancan de esta época y se teorizan más adelante. En los setenta habrá un acuerdo de los historiadores en la diferencia entre *oral history* y *oral story*, pero se trata de una diferencia y complementariedad que se plasma en el trabajo de los primeros psicólogos culturales y los antropólogos.

Esta primera tradición antropológica entiende que *historia oral (Oral history)* incluye no solamente el discurso hablado de la gente, sino las cartas, los documentos en el sentido más amplio, los indicios, todos los materiales que transmiten una información de cómo ese grupo elabora su historia. Mientras que *relato oral (Oral story)* supone la narración, el proceso mismo de la identidad contada.

### 10.2.2. Segunda fase: los estudios de la marginación

La segunda etapa y modalidad de la historia oral y de las historias de vida, continúa la saga emprendida por los conservacionistas, pero en sus aplicaciones y sentido último dará un giro importantísimo. El principal fundamento de todo tipo de aplicaciones de la historia oral, tiene que ver con los estudios de las poblaciones marginadas y de la desviación. Los procesos de cambio, desplazamientos, migraciones, que empiezan a llamar la atención a los investigadores sociales en general les plantean un dilema mayor: ¿por qué se están dedicando a trabajar con sujetos de comunidades preindustriales e indígenas que tienen a unos cuantos kilómetros de la ciudad, pero apenas hacen caso a los migrantes y marginados en la propia ciudad en la que tienen su gabinete o su aula? (véase lo relativo a la observación participante y a su epistemología en el capítulo 6, *Teoría de la observación*).

Por ello los estudiosos de la marginación y de los conflictos sociales empiezan a preocuparse por cuáles son los procesos en los que la marginación se vive no sólo como una marca macrosociológica, sino como estructuradora de las biografías y consiguientes comportamientos sociales de las poblaciones emigradas. Y echan en falta que el propio desarrollo de la investigación social de origen antropológico, sociológico o histórico, no se haya ocupado de aquella quiebra principal que tiene un alcance estructural pero también cultural. Y cuyo lugar privilegiado de reconocimiento es la biografía.

En esta etapa tenemos también una obra emblemática o cjemplar: el estudio de Oscar Lewis *Los hijos de Sánchez* —que es tan múltiplemente citado como *El campesino polaco*— y otra serie de obras que, con el mismo sentido conservacionista, se orientan hacia la aplicación de las historias de vida a los programas de la política social, se dedican a recoger historias cruzadas de miembros de una comunidad depauperada.

El procedimiento y la perspectiva se abren en dos direcciones. Primero, se trata de hacer antropología de los proletarios y de los emigrantes, antropología urbana. Pero, además, se trata de hacer relatos que no tienen un sujeto individual, sino en la evidencia de que el individuo no es el átomo de la sociedad, ni es el origen de la acción social, sino —en palabras de Ferrarotti— “su producto más sofisticado”.

En ese entramado, la obra *vedette* de Lewis y otras muchas<sup>15</sup> se dedican a intentar comprender las formas de interacción y a trabajar lo que él consagra como la “cultura de la pobreza”. Término interesante y en su momento discutible, como todos los términos que rompen con una terminología trillada. Este es el elemento que desplaza la preocupación por las historias del conservacionismo antropológico de la primera época hacia las formas de interacción social que pueden tener repercusiones prácticas de cambio en la condición y situación de los marginados. La sabiduría que encierran las historias de los emigrantes se supone que puede dar más pistas para que los programas sociales trabajen mejor con ellos.

Pero también el giro teórico de las obras de esta época pone más aún de manifiesto el valor de la biografía como correlato de las dimensiones “cultura” y “sistema” —o lo “sociocultural” y lo “socioestructural”—. Hay una tercera dimensión que pertenece a la estructura del sistema social y de la acción social que es lo biográfico. La vida peculiar de las personas no es un elemento externo, un adherente a lo que es el conocimiento de la estructura y la dinámica del cambio social. Las biografías tienen una dimensión estructural y no son un accidente de la interacción porque en ellas se elaboran, precisamente, los elementos que van a servir para orientar la acción, no solamente individual sino colectiva, grupal, de clase, de género. Y en este caso, tanto en la perspectiva postfuncionalista (Mills) como en la perspectiva dialéctica de la Escuela de Frankfurt (Benjamin), el objeto progresivo es intentar explicar, estudiar, mediante las historias de vida, los procesos de reconstrucción de las formas de identidad.

### *10.2.3. Tercera fase: el estudio de las sociedades complejas*

Este desarrollo y su crítica nos sitúan en la tercera fase y modalidad, que llega hasta el presente. Y que tiene una intención fundacional tanto en su marco teórico como en su mayor ampliación metodológica. Las reflexiones de los años setenta y ochenta (Marinas y Santamarina, 1993) permiten construir una práctica en la que ya no se hace sólo ni principalmente conservacionismo etnográfico o estudios de marginación.

Las propuestas más radicales e interesantes hablan de una “perspectiva” más que de un método o una técnica (Bertaux, 1993a), que remueve evidencias y rutinas, tanto en el campo de la historia (Passerini, 1988: 104 y ss.), de la historia social (Thompson, 1978, 1988) como de la investigación social y la teoría sociológica en su concepción y práctica (Ferrarotti, 1993a).

La ampliación en las aplicaciones de las historias de vida trata de dar cuenta no de lo exótico o lo desviado, sino de grupos y poblaciones dentro de los segmentos medios que dan, en expresión de Angel de Lucas, la tonalidad media de una situación concreta (un ejemplo elocuente es Elder, 1993, y sus estudios sobre los grupos de edad que vivieron la gran depresión norteamericana de los treinta). Se puede decir que aquí comienza una verdadera reflexión metodológica y epistemológica que sale del campo de la historia oral para reformular muchos elementos centrales de la teoría sociológica. Tanto diacrónica como sincrónicamente, las tensiones señaladas en las prácticas sociales nos sitúan más allá de las meras recetas técnicas.

En la Figura 10.2 se intentan caracterizar –más allá del detalle de las investigaciones concretas de las que se hace referencia en la bibliografía– las dimensiones o las formas de esta tercera etapa, en la que coinciden o conviven varias metodologías.

En esta figura podemos distinguir *el proceso de producción* de las historias y *el proceso de interpretación*. En el medio tenemos *las dimensiones de las historias de vida*.

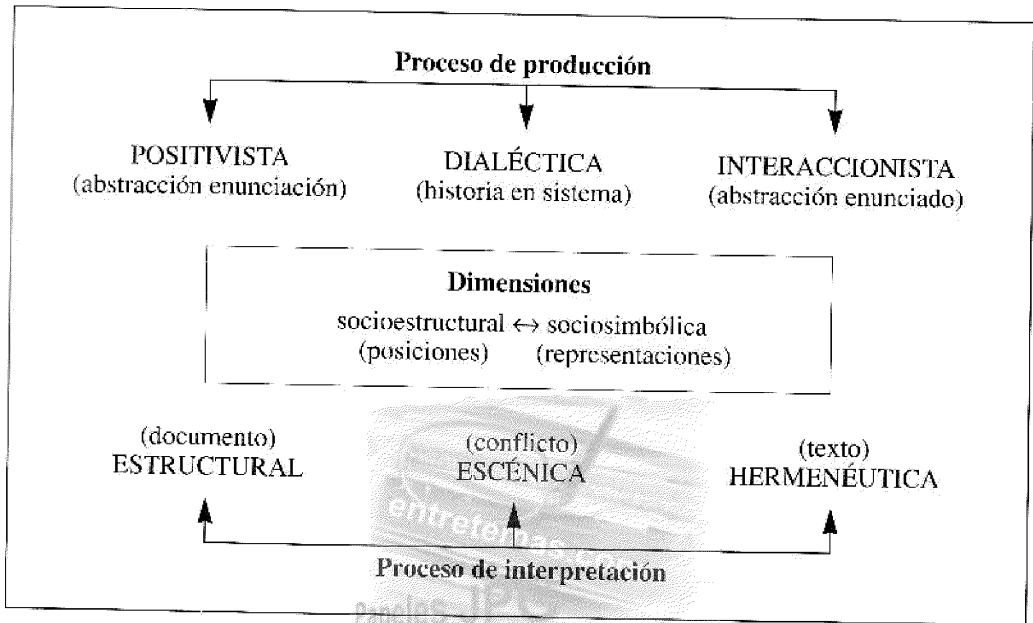


Figura 10.2. Modalidades de la producción e interpretación de las historias de vida y la historia oral

#### 10.2.4. Dimensiones

En las historias de vida, según Bertaux, es posible discriminar una dimensión socioestructural o sistémica y una dimensión sociosimbólica o cultural. Hay tipos de historias donde lo que nos interesa es ver primordialmente las formas de trabajo, y quizá de manera secundaria los cambios en las mentalidades que tales procesos acarrearán. Pero hay numerosos estudios en los que desde una perspectiva más integradora, se establece un recorrido equilibrado de ambas dimensiones. Por ejemplo, la investigación que hicieron Bertaux y Bertaux-Wiame (1993) acerca de por qué las formas de panadería en la Francia de los años setenta seguían funcionando no solamente como un resto de la producción artesanal en contexto de la modernización –por tanto la pregunta es directamente del orden de la estructura de la producción–, sino además qué consecuencias tenía eso en el mantenimiento de una mentalidad conservadora en la Francia que acababa de salir de mayo del 68.

Señalar que las historias de vida tienen estas dos dimensiones quiere decir que hay programas de historias de vida que trabajan más bien con el mundo de las representaciones, frente a otros que persiguen los conflictos de las posiciones en la estructura productiva.



va. La flecha (Figura 10.2) de implicación recíproca indica que hay desplazamientos, del orden de la contradicción a veces, entre las dos dimensiones.

En el caso del ejemplo anterior, se ve la conveniencia de partir de elementos sistémicos (el lugar en la estructura de producción) para preguntar desde ahí: qué significa ser panadero, qué significa ser una chica de pueblo que se casa con un panadero para montar una panadería en la capital; saber que no van a tener horario; que entran en una forma de reparto del trabajo en el que se forma una mentalidad pequeño-empresarial, en que la competitividad sobrepasa las reglas de juego de lo que sería la relación entre empresas o la relación regulada sindicalmente, en este contexto actual. Es decir, se pasa de la recogida de datos sobre los componentes estructurales, de posición, a los datos que tienen que ver con los sistemas de representación de la gente que está en ese sistema de organización. Resulta estimulante el uso de las historias de vida que alcanza una comprensión sociológica global de la organización productiva. Denzin (1993) es también elocuente a este respecto en el estudio de la industria del alcohol en norteamérica.

#### 10.2.5. *¿Cómo se entiende el proceso de producción?*

Hay tres maneras fundamentales de enfocar el sentido y el trabajo con las historias de vida, que, en sus rasgos principales, recogen la herencia anterior. En primer lugar, hay una visión *positivista* documental en la que queda ese resto de conservación de las historias, en el sentido en que éstas se toman como indicio de un momento, de un sistema o de una formación social. Se toman como documento positivo. Aquí hay una abstracción importante: la abstracción de la enunciación. Es decir, predomina el valor literal, incluso la fetichización del documento frente a la reconstrucción del proceso de producción de ese documento. No se tematiza el momento de la enunciación (véase el capítulo *Análisis semiótico del discurso*).

En el lado contrario estaría la aportación de la perspectiva *interaccionista* (Blumer, 1939) en la que no es tanto el valor de indicio cuanto la interpretación de las historias de vida desde el punto de vista de la construcción dual de situaciones: el tú y yo, el cara a cara. Es decir, de la historia de vida interesa fundamentalmente la construcción dual de situaciones. Así ve el interaccionismo el proceso de producción de relatos.

Toda la reflexión se acumula sobre el hecho de cómo se constituye la conciencia reflexiva del emisor y del receptor como un otro de la interlocución (en esa perspectiva pueden encontrarse Catani, 1993, y desde una discusión más interna a los problemas biográficos, como hemos indicado, Kohli, en Marinas y Santamarina, 1993).

La abstracción de los enunciados, del contexto de los enunciados, deja fuera lo que ocurre más allá de la situación de la interacción cara a cara. Esta es, por lo demás, la crítica que fundamentalmente se hace a los ejemplos de los interaccionistas en su análisis del lenguaje de la vida cotidiana. Y lo es también en este campo concreto de la historia oral y de las historias de vida: no atienden o postergan el contexto económico y político más amplio que atraviesa la situación de interacción y en ella recibe sentido. Sus procedimientos de acotar y recorrer el despliegue enorme de intercambios de la situación de interacción pueden hacer pensar que ésta se fundamenta a sí misma.

Cabe una tercera perspectiva del proceso de producción que pretende alcanzar un carácter *dialéctico*, en la que las historias de vida se entienden como historias en un sistema. Es decir –sin desvincularse del momento de la enunciación ni del enunciado– se entienden co-

mo las historias de un sujeto, individuo o grupo, que se construye en las determinaciones del sistema social.

Las historias se construyen en un sistema social determinado y por lo tanto surgen de las redes productivas e interactivas del mismo. Vuelven sobre ese sistema para nombrarlo, en la medida en que ese discurso puede circular en la memoria de los sujetos y los grupos (de edad, clase, género, etnia). Al mismo tiempo, el sujeto de las historias no es un sujeto que preexista a la historia y permanece después de ella tal cual estaba antes. La historia que compone y difunde no es un accidente, sino que tiene un carácter estructurante en el propio sujeto.

Si relacionamos estas tres formas de entender el proceso de producción de las historias (Figura 10.2) cabe una correlación de la perspectiva positivista con el interés por la conservación; de la interaccionista por los de la marginación (y más adelante las subculturas); mientras que la perspectiva dialéctica que las media entiende las historias de vida como testigos y elementos del conflicto.

#### 10.2.6. El proceso de interpretación

Se puede distinguir, a la hora de reflexionar sobre los procedimientos más frecuentes de análisis, entre una percepción de las historias que las reduce al valor documental, determinista, indicial, y su contraria (o complementaria a veces) que pone su sentido en su proceso, en su componente interactivo. Pero es posible establecer un criterio general, aparentemente pragmático, realmente dialéctico que toma como marco de interpretación el contexto y los objetivos concretos de la investigación.

Se pueden recoger historias de vida por el mero hecho, pero, como en todo proceso de investigación cualitativo, hay un recorrido que desemboca en un nuevo discurso: el que contruimos con nuestro informe, con nuestra interpretación.

El proceso de interpretación, en el sentido en que se practica en la investigación cualitativa, implica que las hipótesis se ponen al final. Y, consiguientemente, la interpretación se pone en marcha desde el principio<sup>16</sup>. Quiere decir que en la observación de un problema ya se inicia el proceso de interpretación. Las hipótesis interpretativas se entienden como una dirección de exploración, no como una relación supuesta entre variables estáticas. Cuando elegimos un problema y los sujetos que lo narran, sus conflictos, fracturas, diferencias pueden ser vistos como elementos estructurales que componen un todo, o pueden verse como un texto que habla por sí mismo. Pero el proceso de comprensión supera ambos modos.

Hay autores que practican más ortodoxamente el método interaccionista: es el procedimiento de la entrevista e interpretación en cadena. El criterio y las interpretaciones de los propios sujetos, informantes, es la guía que va proporcionando los criterios de pertinencia al investigador. De los iniciales objetivos del trabajo, de las primeras intuiciones, el recorrido sigue recogiendo e interpretando a un tiempo por los derroteros de los actores sociales: uno lleva al otro pertinente, según el procedimiento que algunos denominan de "bola de nieve" (Denzin, 1993).

Otros prefieren construir un diseño (semejante a los de la investigación con grupos de discusión o de entrevistas no históricas) en el que las categorías de sujetos no son tomadas como variables independientes, sino como *espacios de enunciación*. Estos modos de relatos nos marcan el tiempo de un problema y su difusión real. El espacio de los elementos

pertinentes se va dibujando a medida que los relatos se ponen en relación con sus contextos. Empezando por el de la entrevista.

Podemos distinguir tres modalidades de interpretación, que son tres perspectivas sobre la relación entre producción, dimensiones y recepción de los relatos.

1. La perspectiva *estructuralista*, en la que queda algo de esa posición positivista documental ante el proceso de producción, para la que equivale la interpretación con el análisis y saturación de un modelo (de todos y sólo los elementos pertinentes del momento y del escenario interpretados). El modelo tiene una primacía y acaba siendo directivo respecto de la recogida de datos.

Esta perspectiva estructuralista está en la Figura 10.2 más cerca de las dimensiones estructurales o sistémicas. Y no sólo porque explore las posiciones del trabajo, los roles profesionales, las posiciones de status. La razón principal es que opera fundamentalmente con un tipo de recogida de relatos que es más bien extensivo. Extensivo hasta el logro de la saturación del modelo en el sentido clásico del término<sup>17</sup>. Recorre una pluralidad de situaciones, de informantes o de informadores, que proporcionan el mapa de todos, y sólo los elementos pertinentes para esa investigación. Todo elemento que se sale de campo –y puede ser precisamente del orden de las peculiaridades biográficas– ya no interesa.

Digamos que hay un valor directivo, y a veces fetichistamente cosificado, del modelo sobre lo peculiar de cada uno de los procesos de producción de los relatos.

2. Al otro lado estaría la interpretación según un modelo *hermenéutico*, que tiene que ver con el análisis en profundidad de un texto. Digamos, de modo descriptivo, que mientras en otras formas de análisis uno mira quién produce el relato, qué sentido tiene el cuándo y el porqué de este hecho, a quién llega, cuál es su circuito, en el análisis hermenéutico –como en el análisis estructural, pero no extensiva sino intensivamente– hay un centramiento en el texto mismo.

La hermenéutica supone que el texto ya está dado, que el circuito de la producción ha concluido y que lo que uno hace es descubrir sentidos ocultos precisamente *en ese texto*. Esta modalidad inspira todos los trabajos que tienen que ver con la recuperación indicial de los textos, incluso con la misma corriente del conversacionalismo cuando trabaja con textos y no con circuitos.

Lo que hace el intérprete es tratar de ver en los enunciados ya producidos qué sentidos había de los que no nos habíamos dado cuenta. La historia se reduce al texto entendido como productor de sucesivos sentidos.

Los límites de esta modalidad pueden ilustrarse doblando el esquema de la Figura 10.2 de modo que se superpongan los procesos de interpretación sobre los de producción. El modelo hermenéutico tiene que ver con esa forma de acotación de lo particular. Por ello, cuando se sigue este modelo hermenéutico se prefieren pocas historias pero analizadas muy en detalle, en profundidad, viendo sentidos ocultos, analizando los *lapsus*, todo ese tipo de elementos que tienen que ver con una comprensión intensiva.

3. Entre estas dos formas, hay un proceso de interpretación al que podemos llamar *comprensión escénica*<sup>18</sup>. Esta perspectiva plantea que lo que se hace en un proceso de investigación respecto de una historia no tiene que ver tanto con detectar cuál es su estructura muestral, ni tampoco con cuáles son los elementos de profundidad de sus sentidos ocultos. No se trata de ir decorticando el texto hasta llegar a su sentido más oculto, porque en realidad no lo tiene<sup>19</sup>.

Los textos no tienen un sentido originario, ni tienen una metafísica de la profundidad, sino que estamos construyendo el origen todos los días, y estamos haciendo todos los días el sentido profundo de los textos. La pretensión de interpretar “a la luz de los orígenes” o “a la luz de los estratos más profundos del texto”, responde más al resultado de una tarea de invención y de traducción: producimos otra historia que se contrasta con las versiones recogidas. Sentido y origen son cosa que hace uno, no que encuentra ya formados.

Comprensión escénica supone, pues, que en la situación de producción de un relato, se actualizan los elementos de la escena que se vive, o que se vivió. No es neutral el que uno cuente una historia a alguien, por muy avalado que venga con el carnet de investigador de campo. En la transmisión, recogida, o producción de historias de vida, hay un proceso de transferencia –por la desemejanza<sup>20</sup> de la situación como ocurre en el psicoanálisis– de afinidad, que tiene que ver con el contenido, la forma, la vivencia y la posición ideológica en la historia que se ha vivido. Lo que antes decíamos metafóricamente *yo no digo mi canción sino a quien conmigo va* vale para esta cuestión.

En la Figura 10.3 se marca la relación de escenas o contextos en la que consiste el trabajo de producción e interpretación de las historias de vida, entendidas según esta perspectiva integradora.

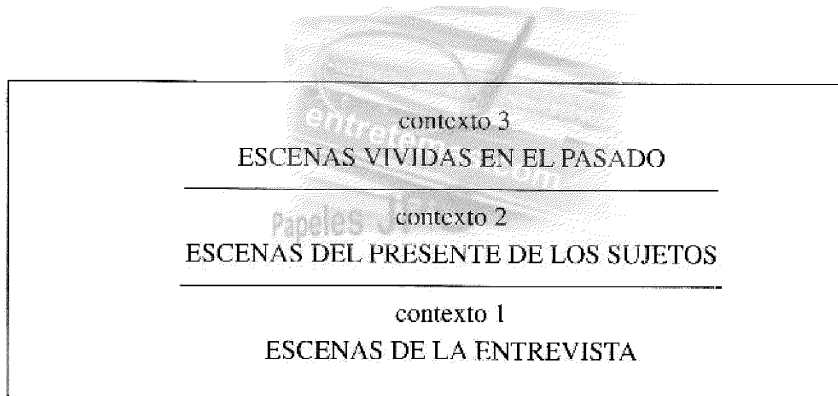


Figura 10.3. Comprensión escénica de la historia de vida y de la historia oral temática

El *contexto 3*: comporta la totalidad de los referentes biográficos y sociales de los sujetos entrevistados. Al nombrarlos como escenas aludimos a que no son increíbles, sino que están compuestas de relatos y de interacciones entre personajes relevantes para el que habla. El acceso a ellas no es inmediato ni, por lo dicho, total.

El *contexto 2*: supone las redes de relaciones sociales del presente de los sujetos desde las que estos elaboran su recuperación –mediante la tarea concreta de la entrevista– y establecen su pertinencia, su sentido para el presente. Siguiendo estrategias valorativas de recomposición. Como muestra Agnes Hankiss (1993) las secuencias tienen un carácter mitológico o, en nuestra terminología, ficcional.

El *contexto 1*: indica las formas de acuerdo y cooperación de la entrevista misma. Nombrarlo como escena supone darle su peso específico de relación en la que intervienen la escucha, la voluntad de transmisión y la reciprocidad como condición de la reflexividad (de la identificación no fusional ni meramente instrumental). Como luego detallamos, la escucha y la pluralidad de planos del sujeto desempeñan aquí un papel central que conviene reflexionar en cada tarea de investigación.

Traída al campo de la historia oral, de las biografías, la comprensión escénica interpreta el proceso —que en el caso del interaccionismo quedaba fuera de contexto— en el cual los sujetos que intervienen reactualizan, reelaboran el sentido, las posiciones y las dimensiones ideológicas colectivas de los procesos vitales de los que están dando cuenta. Es decir, comprensión escénica supone que uno, a partir de los circuitos de intercambio actuales, es capaz de detectar preguntas elementales: “¿y por qué esta persona no habló hasta este año de este episodio?” (trátese de temas conflictivos, como los que Fraser o Nithammer, 1985, recogen, o incluso de temas personales, a secas).

Hay que tener en cuenta que, cuando se trata de acontecimientos o de episodios que tienen una vuelta atrás conflictiva, estos gravitan en el proceso de intercambio presente. En ese sentido podemos hablar de modos de interpretación que no excluyen ni el momento de la enunciación, ni tampoco del enunciado. Se trata de interpretar las historias en los juegos y dimensiones de su entramado (*contexto es lo que está tejido-con*) pero también de la construcción del sujeto. No para hacer una interpretación hermenéutica (sea esta sociologista, psicoanalista o historicista) sino para situar las historias de vida en sus sujetos y procesos plurales.

### 10.3. Las cuatro dimensiones centrales en la producción-interpretación de una historia de vida

Así como el grupo de discusión ocupa un lugar hegemónico dentro de los dispositivos de la metodología cualitativa o estructural, sin que ello desmerezca de manera alguna el resto de posibles formas de organización para la producción discursiva, de la misma forma —decimos— la historia de vida ocupa un lugar central dentro de las prácticas de la historia oral. Como mencionábamos en párrafos anteriores forman parte de la historia oral los cuentos populares, las canciones, los refranes, las leyendas, los ritos y rituales, las prácticas domésticas y extradomésticas, los hábitos particulares y colectivos que organizan la vida de las diferentes comunidades. Las canciones infantiles, los juegos con los que se va educando a los más jóvenes, la relación con el tiempo y los tiempos del hacer y del ser... son todos ellos, elementos a tener en cuenta desde la perspectiva de la historia oral. Pero la historia de vida, dada su particularidad de producción, se sitúa en una posición privilegiada ya que a primera vista, resulta obvio que implica mucho más que la no poco meritoria tarea de recopilar, elegir, ordenar e interpretar documentos de diversa índole.

La historia de vida, es, seguramente, la forma de máxima implicación entre quien entrevista y la persona entrevistada. La posibilidad de eficacia de este dispositivo, dependerá en gran medida de dicha relación. En el maravilloso artículo ya mencionado de R. Fraser (1990), hace el autor algunas consideraciones importantes entre las que vale la pena destacar aquí —además de recomendar su lectura— las que se refieren a la forma más eficaz de iniciar una historia de vida.

Desde nuestro punto de vista la fortaleza e importancia metodológica de la propuesta de Fraser, se sitúa en la constatación experimental que el mismo autor ha realizado. No es que proponga una receta, sino algo mucho más substancial: una reflexión a partir de la experiencia en dicha práctica. De esta forma, experiencia y reflexión arrojan una propuesta generalista y concreta que dice, diciendo, mucho más de lo que nombra. La propuesta es inflexible en su voluntad de apertura: *¿Cómo y cuándo nació Usted?* Si esta pregunta es correctamente escuchada, funciona como una llave que abre no sólo a un dato, a una fecha o a la incidencia de una coyuntura, sino por el contrario, a las posibilidades discursivas de una narración cuyo protagonista es un yo articulado desde aquél que habla.

*Cómo y cuándo llegó Vd. a esta ciudad, cómo y cuándo comenzó Vd. a tener este oficio, esta profesión, cómo y cuándo compró este tipo de producto por primera vez...*, articulan la demanda de una narración en la que se solicita que el sentido de la misma sea puesto y expuesto por la persona entrevistada. En cualquiera de estos casos, en la demanda de una historia de vida en sentido más estricto y general o por el contrario, de una historia de vida más particular relacionada con un hacer, con un hábito, o con alguno de los muchos aspectos de la identidad del sujeto, (productor, consumidor, ciudadano, partícipe de un determinado linaje, etc.) siempre se está solicitando la puesta en evidencia de un Yo cuya posibilidad de existencia es la expectativa de un Otro. Un yo que se construirá en la narración que se realiza y que pondrá en juego, en tensión constructiva, diferentes aspectos o universos analíticos. Porque recoger los relatos o las historias de vida no es recoger objetos o conductas diferentes, sino más bien asistir y participar en la elaboración de una memoria que quiere transmitirse a partir de la demanda de uno, del investigador. Por eso, la historia de vida no es sólo una transmisión sino una construcción en la que participa el propio investigador. Y esta circunstancia nos pone en cuestión la primera de las cuatro dimensiones centrales de la historia de vida:

### 10.3.1. El problema de la escucha y la producción discursiva

Todo relato tiene en cuenta –de manera consciente o inconsciente– al destinatario de lo que se dice, por lo que la escucha, al igual que en la experiencia de la clínica psicoanalítica, es la posibilidad de construcción de lo narrado.

Dice Fraser (1990) al respecto:

Los psicoanalistas hablan de “atención en suspensión libre” que es un estado, según lo entiendo yo, de escucha en busca de palabras y frases que evocan la transferencia y la contra-transferencia. La atención de un historiador oral es forzosamente diferente; hay que escuchar plenamente alerta, la mente histórica crítica campando libremente, buscando coherencias y confusiones; pero a la vez desprovisto, como un psicoanalista, de aquellas reacciones y respuestas personales que suelen utilizarse con demasiada frecuencia en las relaciones cotidianas para destacar la individualidad de uno a expensas del otro. Como historiadores orales no nos encontramos cara a cara con nuestro testimonio para demostrar nuestros conocimientos “superiores” o establecer “la línea a seguir”, estamos allí un poco como comadronas en la recreación de la historia de una vida.

Comadronas que ayudan a parir no sólo un relato de la memoria o mejor aún de la experiencia, sino –lo cual es aún más importante– ayudan a parir una representación del sujeto a partir de ese mismo sujeto que se desdobra entre el enunciador y el enunciado.

Toda disciplina experimental plantea la relación entre un investigador y un objeto de investigación. En el caso de la historia de vida, como en la casi totalidad de las disciplinas de interacción social, este enunciado no tiene fácil solución. El sujeto de la enunciación y el sujeto del enunciado es el mismo, pero son dos (véase el capítulo *Análisis Semiótico del discurso*). El yo que habla se representa en el relato como un yo en otras circunstancias, en otro tiempo y espacio diferentes, que organiza *la mirada* del enunciadador, pero que, al mismo tiempo, sólo existe si aquél le nombra y le reconstruye.

Pero hay más: el sujeto de la enunciación recrea o crea al sujeto del enunciado *para y con* ese otro que ha demandado la puesta en escena del relato. Quien investiga es un *interlocutor*, alguien que hablará con las palabras del otro, que las hará suyas porque en el encuentro con el otro, –y esto vale para los dos, para el entrevistador y para el entrevistado– se encuentra la alteridad y no la repetición de uno mismo. Y aún más: hay otros que son invocados con sus nombres, o sin ellos, con sus roles y sus circunstancias dentro del relato y que están siendo construidos desde el sujeto de la enunciación. Recuperados en el recuerdo, pasajeros del relato que darán solidez o harán de contrapunto a lo contado, también ellos están presentes como actores y como testigos mudos de la narración.

El investigador que trabaja con historias de vida, lo sepa o no, está haciendo su propia historia con la amplia variedad de posibilidades que se le ofrece desde la experiencia humana transmitida por los otros. En la feliz consecución de esta tarea, gran parte de ella dependerá de la disponibilidad con que el investigador se entregue a los inquietantes resultados de la experiencia. Y es en esta relación donde se puede aplicar la reflexión de Kermode<sup>22</sup> sobre la identidad en la que sostiene que aquélla, la identidad, es más un problema de retórica que de semántica. Es más verosímil una pregunta sobre el *cómo* que sobre el *qué* para responder al enigma de lo que somos. Y en la historia de vida, el investigador debe saberlo y expresarlo a través de la calidad de su escucha. Frente a la búsqueda de sentido unívoco y definitivo, típica de las llamadas ciencias naturales, en la historia de vida como en las ciencias sociales se propone la apertura a un proceso que requiere constante elaboración, presencia de las contradicciones, caída en la subjetividad, producción de discursos opuestos.

Aquí es donde una vez más la aportación de Freud resulta irremplazable. No porque el discurso psicoanalítico sea en sí una epistemología, sino porque lo esencial de esta propuesta está en el trabajo desde la escucha más como acto que como concepto.

El relato en la historia de vida, –y esto lo saben bien los investigadores– no se convierte nunca en la instancia última del saber. Si así fuera, este relato se convertiría en el discurso todopoderoso, definitivo y último, en el discurso del amo, que diría Hegel. Por el contrario la experiencia de la interacción entre dos en la historia de vida es la experiencia antidoto frente al dogmatismo, es la apertura a lo nuevo, lo desconocido, la vivencia original.

En síntesis, la escucha en la experiencia de la historia de vida ha de ser la de quien se sabe receptor y depositario de *lo imperfecto irrepitable*. Esta actitud de la escucha ha de estar presente tanto en lo expresivo de quien la ejerce como también en los complejos cauces del análisis y de contextualización o recontextualización de lo narrado para el ejercicio de la interpretación. Por eso la pregunta sobre el *cómo* y el *cuándo* no valen como receta sino más bien como actitud, como predisposición verdadera de quien ejerce el ser depositario de un relato. Una vez más se hará evidencia que *la gramática del receptor* no es un destino del discurso ni un ejercicio *a posteriori* de la narración sino –sobre todo– la posibilidad de existencia de aquél.

### 10.3.2. La recuperación del pasado

La madurez intelectual y evolutiva de un niño se juzga a través de sus dibujos, por los detalles que va siendo capaz de incorporar a los mismos, sobre todo cuando se trata de la figura humana. Cabe preguntarse, entonces, por la evolución en la *mirada sobre el pasado* que realizan los sujetos en el relato de su historia de vida. En la narración del pasado el sujeto accede a su propia historia bajo las condiciones marcadas por todo el proceso de transformaciones de ésta y que de una u otra manera estarán presentes en su *reconstrucción*. El presente es el *contexto* de su narración y el que organiza las posibilidades de recuperación en un *texto* narrativo, el texto de su discurso.

Bajo tal enfoque se impone un interrogante: ¿En qué medida la propuesta de la historia de vida, condiciona y transforma el acceso a la representación que el entrevistado tiene de su propio pasado? O dicho en otros términos, ¿hasta qué punto la historia de vida es capaz de recuperar los procesos verdaderos? El efecto de realidad de la historia de vida supera con creces al que alcanza el quchacer de los historiadores. Lo referiremos con una anécdota.

Durante la realización de una historia de vida con un manchego de 75 años que había luchado en la guerra civil española, éste reflexionaba así acerca de lo que nos decía:

no sé yo cuanto le puede importar a usted ésto que le estoy diciendo, no sé si ésto le puede importar a alguien, porque éstas cosas no las cuentan los libros, ésto no sale nunca en la historia, pero ¿sabe lo que le digo?, ésta es mi verdad.

El replanteamiento cultural operado por la historia de vida proviene de su innovación epistemológica, antes que de su innovación técnica. La relativa facilidad para producir un testimonio significativo sin pretensiones de espectacularidad, que señale un camino diferente para la recuperación del pasado. Un camino que pretende, ante el pasado, construir la veracidad antes que desde la verdad en sentido absoluto; devolver el protagonismo a los propios actores de la historia/de sus historias y participar en la recreación de un pasado desde formas narrativas particulares, subjetivas, irrepetibles. Dice Italo Calvino<sup>22</sup> en un prólogo de 1964 a una de sus novelas: la memoria o mejor la experiencia que es la memoria más la herida que te ha dejado, más el cambio que ha operado en ti y que te ha hecho diferente.

Recuperar el pasado y *dejarse mirar* mientras ésto se hace, parecen ser los dos momentos más obvios de la dialéctica relacional en la historia de vida. Pero el sujeto que miramos no es el sujeto del pasado, sino el que lo reconstruye, es el sujeto que mira buscando una memoria desde la *diferencia* de ser después de sus heridas y de sus cambios (véase el capítulo *Teoría de la observación*).

La historia, al menos de este siglo se ha encargado, sobradamente, de enterrar la utopía positivista que hace del pasado una suma de hechos observables y cuantificables. En lo que hace a nuestro tema específico, el conflicto tiene dos dimensiones: lo que la historia de vida demuestra adquiere realidad aunque sepamos que inventa, que imagina, que no sólo reconstruye sino que también construye. La historia de vida hace visible lo que desde la perspectiva positivista —como señala Daniel Bertaux— no es empíricamente detectable. Esta situación ha sido precedida por un largo proceso crítico respecto al supuesto naturalismo de la percepción histórica al que correspondió un progresivo cuestionamiento de la objetividad de la historia. Hoy sabemos gracias a muchos autores, —basta sólo recordar a Gombrich y a Merleau-Ponty en la teoría de la percepción y a toda la saga de teóricos del psicoanálisis



desde Freud en adelante— que las dimensiones *invisibles* a veces *innombrables* son las que permiten organizar *lo evidente*.

Esas dimensiones provienen del mundo de la cultura, la ideología y el deseo y están presentes en toda recuperación del pasado. Fantasía y realidad, consciencia e inconsciencia confluyen como factor de *alto riesgo* condicionando la experiencia integral de la historia de vida. Porque la historia de vida presenta de manera ejemplar el problema esencial de la *intersubjetividad*: el encuentro de mirada a mirada. En el mundo de los seres humanos, en el mundo intersubjetivo, la *verdad* de recuperar el pasado se dialectiza en una experiencia clave cuyas dos caras son necesariamente complementarias: *mirar y ser mirado*.

Si ya hemos perdido la ingenuidad de creer que la historia nos devuelve una imagen objetiva de sus referentes reales, no deja de ser turbador que la historia de vida sea capaz de construir una recuperación del pasado a partir de las *huellas* de un sujeto en trance de desdoblamiento múltiple. Sin embargo, es justamente este sujeto desdoblado en varias facetas, el único capaz de *reconstruir* el pasado, considerarlo desde el presente, revisarlo, pasarlo por filtros de diversas categorías y desarrollar una lógica narrativa en la que procure dotar de sentido a aquello que cuenta.

Por eso el gran reflejo especular que la historia de vida le ofrece a la cultura y a las diferentes disciplinas que la incorporan como práctica, es la *imagen de sí* de la persona misma, y la *imagen del mundo* recreado en la necesaria recuperación de ese pasado. Este peculiar dispositivo, saca a relucir lo que somos y lo que creemos ser, lo que queremos mostrar de nosotros mismos y de nuestra historia.

En esta tarea de recoger historias e interactuar con la gente está presente la subjetividad. Una subjetividad *preñada* de condicionantes como bien recogen Hobsbawm (1969), Bertaux y Bertaux-Wiame (1993) entre otros. Condicionantes tan diversos como el género, el linaje, la clase social, la distancia o cercanía con el hábitat del cual se habla, la trayectoria personal como proceso de ascenso o de pérdida a lo largo de la historia, el momento concreto en el cual se hace la reflexión. Todo lo cual abre a la siguiente dimensión sobre las historias de vida el problema de la identidad.

### 10.3.3. El problema de la identidad

Como en todo proceso de relato siempre hay más de dos sujetos que están articulando la posibilidad de existencia del mismo. Siempre hay alguien más que no está presente y que sin embargo promueve la forma ausente de destinatario de lo contado. El que narra se va representando a sí mismo, se va haciendo a medida que cuenta. También el que escucha y participa en lo narrado, porque el relato una vez se dice ya no pertenece al primero, ya es parte de la experiencia de quien recibe. Y además existe la presencia de esos otros, o ese alguien ausente que el narrador reconoce sin siquiera nominarlo, pero que participa desde el lugar del referente mudo, testigo y copartícipe de la historia:

Naí en 1908. He hecho de todo en mi vida, desde gañán de cabras y arréglalotodo hasta sacristán, criado y zapatero; no sabría recordarlo todo. Mi padre murió cuando yo tenía siete u ocho meses y éramos muy, pero que muy pobres (Erikson, 1959: 49).

En el relato hay una organización y representación del mundo, aún cuando ésta sea incompleta, cargada de puntos oscuros, contradictorios, innombrados o innombrables. Pero

nunca es una historia de uno solo o de una sola, siempre hay otros que están invocados y presentes en esa historia y que son, en cierto modo, las otras audiencias que se intuyen y a las que se les cuenta lo narrado.

Las diferentes dimensiones del conflicto de la identidad, como no podía ser de otra forma, aparecen expuestas y en tensión en la historia de vida. Si la adultez supone el progresivo pasaje de la *identificación* con personas a la *identificación* con pautas y valores surgen al menos, dos preguntas centrales relacionadas entre sí. ¿Hasta qué punto la historia de vida es capaz de recrear el tránsito por estos pasajes de camino hacia la adultez? Y en segundo lugar, ¿desde qué cuerpo de pautas y valores un sujeto de nuestra cultura (de masas, mediática y despersonalizada) aborda la reconstrucción de su historia? Este conflicto queda abierto. Sin embargo es posible tender algunas líneas que describen el problema antes que darle solución o respuestas.

La vida de cualquier ser humano, comienza, también hoy, inmersos como estamos en las culturas de la modernidad por la identidad de un linaje que le permite situarse dentro de un grupo humano del que se apropia en idéntica medida en la que este grupo se apropia del sujeto. La pregunta, que por otra parte sigue articulando la noción de identidad en los espacios rurales, o en las culturas más tradicionales, pone en evidencia esta saturación de la identidad dada por el grupo de pertenencia. Así, la cultura del linaje atravesará, con la contundencia de un golpe de hacha, las otras variables que ante ésta se sitúan en un irremisible lugar secundario. Pero en las culturas más modernas, la identidad pasó a definirse a partir de otros factores diferentes. El siglo xx es testigo y productor de un nuevo tipo de identidad que sitúa en el trabajo y en el logro por la actividad que se desarrollaba, el espacio central de identidad del sujeto. El hacer, el pertenecer a uno u otro lugar dentro del aparato productivo se erigió como el principal *espejo* capaz de devolver la imagen de quien en él se miraba. Sin embargo las diferentes crisis del capitalismo de producción, la presencia aplastante de una sociedad mediática, consumista y de tipo más societario que comunitario, puso en evidencia que *el hacer* como forma de identidad del *ser*, resultaba notoriamente incompleto. Una tercera dimensión más centrada en las amplias posibilidades de las subculturas, los estilos de vida, las modas y los modos de vivir aporta un tercer escenario desde el cual completar en algunos casos, o definir simplemente desde sí, la identidad de los sujetos.

Estamos así ante las tres grandes dimensiones de los conflictos de identidad de nuestro siglo: la cultura del linaje, la del logro o actividad y la de las subculturas de referencia, tan vinculadas —éstas últimas— a la tan mentada cultura del ocio. Pero estos tres grandes bloques de identidad deberán ser atravesados por otros no menos importantes como son los que se refieren a la edad, al género, al tipo de hábitat que se ocupa y a la clase social a la que se pertenece.

El tema de la edad es seguramente el parámetro más constante dentro de la historia de vida. El *tiempo* estará desde un primer momento presente en la referencia y en la connotación del relato. Será sin lugar a dudas uno de los ejes de la narración. Desde él, desde el tiempo, se articularán los recuerdos y los olvidos, la importancia de lo acontecido, lo que surge como experiencia de cambio y lo que se diluye en lo inconsciente que trabaja por debajo de la narración. En ningún caso será ajeno al relato, pero se redefine desde la perspectiva que lo comprime o lo sustantiviza con la arbitrariedad de la narración.

Estábamos sentados como ahora mientras caían las bombas allí fuera. Era esta hora más o menos, diez minutos antes o diez minutos después... (Fraser, 1979).

han pasado tantas cosas entre ayer y hoy que ya no me acuerdo. Es raro pero tengo más fresco lo que sucedió hace treinta o cuarenta años que lo que pasó ayer. Antes no me pasaba... (Kermode, 1988).<sup>21</sup>

Pero no olvidemos que el tiempo tampoco es una linealidad sino una dimensión en la que suceden muchas cosas. En la que la gente cambia, cree que ha mejorado o no, que las cosas han sido más fáciles o más difíciles que antes, que ha ganado o ha perdido, que valió la pena que transcurriese o que mejor *me hubiera quedado como estaba*. El tiempo es el bastidor sobre el cual se va enhebrando y tejiendo la historia de vida. Y es la dimensión primera e irrenunciable para organizar el relato.

Por su parte *el género* será otro de los factores atravesados por las diferentes caracterizaciones de la identidad. En la historia de vida cobra todo el peso de su fuerza y pondrá en evidencia la importancia que tiene en la comprensión y articulación de la historia. Así lo sintetiza, a partir de sus trabajos con historias de vida, Isabel Bertaux-Wiame (1993):

La diferencia entre hombres y mujeres, respecto a la lógica social de sus vidas, aparece tanto en las historias de vida como en la manera en que las cuentan... Pocos hombres hablan espontáneamente sobre su vida familiar –como si ello no formara parte de su vida–. Su vida: los hombres consideran la vida que han vivido como suya propia; esta es quizá la diferencia clave respecto a las mujeres... Los hombres presentan sus historias de vida como una serie de actos conscientes o autoconscientes, como la prosecución racional de metas bien definidas: el éxito, o simplemente la tranquilidad y la seguridad... Las mujeres no insisten en esto. Sus actos autoconscientes no son lo que más les interesa. Por el contrario, hablan largo y tendido sobre sus relaciones con tal o cual persona. Sus propias historias de vida incluirán partes de las historias de vida de otros. Resaltan a las personas que las rodean, y sus relaciones con ellas. En contraste con los relatos de los hombres, las mujeres no insistirán sobre “lo que han hecho”, sino más bien sobre “qué relaciones existían” entre ellas y las personas próximas a ellas.

Pero también la presencia del género en las historias de vida se irá definiendo de acuerdo a las consideraciones que sobre él, sobre el género, existan en diferentes momentos de la historia. Como todo constructo cultural, no es fijo. Es constante su presencia, pero las modalidades que adopta son diferentes y las relecturas que se van realizando, también<sup>21</sup>.

Otra dimensión a tener en cuenta es el *hábitat* en el cual se habla y del que se habla. Ambos articulan conflictos de identidad en la historia de vida. Hay dos grandes dimensiones que se deben destacar, al menos, en la diversidad de subtemáticas que abre la espacialidad como dimensión organizadora de la narración en los relatos que nos ocupan. En primer lugar, *el espacio como referente de identidad*. Nadie que siga viviendo en el lugar donde ha nacido se percibe como que es de tal lugar. La identidad espacial, ser manchego o leonés, o andaluz, es una identidad que la otorgan los otros, los que no son manchegos, o leoneses o andaluces. Los seres humanos se reconocen como pertenecientes a un lugar cuando se enfrentan lejos de ese lugar, al mundo en su diversidad y en su complejidad. Cuando deben transitar la experiencia vital de la migración (tan frecuente, por otra parte, en la España del siglo XX) y reconocer su *identidad en la diferencia*. La filósofa Nelly Schmaith<sup>25</sup>, recoge un brevísimo relato de un manchego emigrante a Suiza en los años sesenta que reflexiona así:

Verá Usted, todo es distinto en el norte: el clima, la comida, las casas, la gente, la lengua... A mi llegada yo pensaba que todos debían ser iguales a nosotros. Después entendí que eran ellos quienes estaban en su casa y era yo quien debía esforzarse por comprenderlos, entendí que tenían derecho a ser diferentes.

Esta comprensión sobre los otros como diferentes pone en el extremo de este conflicto, la necesaria toma de consciencia sobre el nosotros y su caracterización. Y este trabajo sólo se realiza cuando uno se ha separado de su lugar de identidad como condición fundamental para recuperar esta señal de diferenciación.

En segundo lugar, la mirada sobre el lugar de los orígenes es diferente si se realiza sin la perspectiva que, la mayor de las veces con dolor, organiza la distancia. Distancia y tiempo se enlazan para alcanzar una mirada comprensiva que la cercanía o la fusión impiden realizar. En las historias de vida esta dimensión, o éstas formas de percibir el espacio, los espacios, está presente como producto y como productor de las instancias del relato.

Y finalmente, otro de los elementos que hemos apuntado más arriba, el status social como articulador de la mirada sobre el pasado y sobre el presente. En la historia del peregrinar, que es la verdadera metáfora de todas las historias de vida, los senderos del *progreso* y los del *retroceso* articulan reconstrucciones diferentes tanto del pasado como, muy especialmente, de la autoestima por la identidad. Agnes Hankiss<sup>26</sup> analiza esta dimensión desde la recomposición mitológica de las propias historias de vida. En ella establece una serie de estrategias diferentes de acuerdo a tipologías distintas de relación entre la *Imagen actual* del Yo del sujeto que narra y las *imágenes de la infancia*. Las estrategias serán de cuatro tipos diferentes: *dinásticas*, *antitéticas*, *compensatorias* y *autoabsolutorias*. Por debajo de estas formas de nombrar, la autora propone tener en cuenta la importancia del proceso de crecimiento o decrecimiento socio-económico y cultural, en tanto articuladores fundamentales en la autovaloración de los sujetos y en las características narrativas de sus historias.

#### 10.3.4. El problema de la memoria individual y colectiva

Comenzaremos por criticar nuestro propio subtítulo. Suponer que la memoria individual, mal llamada individual, es un corpus diferenciado de la memoria colectiva, sólo puede sostenerse desde ciertas perspectivas que no son las obvias.

A la luz de esta metodología es evidente que la búsqueda de un relato *particular* tiene dos grandes expectativas implícitas: por un lado, articular un espacio de palabra y de interlocución con aquél que relata su historia y que lleva a considerar ésta, como testimonio irrepetible que superpone a la *crónica verídica y cronológica de los acontecimientos del pasado*<sup>27</sup>, el trabajo de la experiencia, de la reflexión y el permiso para la subjetividad de la mirada. Por otro lado, queda abierta también, la puesta en escena de épocas, espacios, situaciones, circunstancias que no son nunca individuales, que son inevitablemente colectivas, sociales, testimoniales.

El propio dispositivo que posibilita la historia oral, pone en funcionamiento un mecanismo que reúne, en sí, expresiones de lo colectivo. Se penetra en las esferas y en los lugares sociales inaccesibles para la documentación o más exactamente para la documentomanía. La información recogida en todo proceso de contar una historia, deberá permitir *recrear procesos sociales* a partir de la experiencia de cómo han sido vividos y pensados y sentidos por quien los cuenta. Un encuentro de estas características lleva a un cuestionamiento sobre *uno mismo*: esto le sucede a los dos *partenaires* y constituye su enriquecimiento. La propia experiencia modifica, en ambos, la mirada sobre el presente.

El sujeto –término que nos es más afín que el de individuo– y la sociedad son a la vez repetición y creación. Entre los procesos de la memoria colectiva y la memoria particular,

entre el imaginario reproductor de lo social y el imaginario creador del sujeto hay una relación dialéctica. La memoria colectiva liga con lo particular a través de la experiencia antes grupal que solipsista de aquél que exhibe su historia de vida.

Pero la historia oral debe tener muy en cuenta el trabajo sin fin de la memoria que produce una selección en el pasado en relación con las exigencias del presente. Son antes los mitos del presente que los del pasado los que abren o bloquean las posibilidades de relato. No son nunca los valores del pasado en sí mismos los que impiden que un hecho sea nombrado, reseñado. Es, por el contrario, lo colectivo del presente, actuando en quien relata una historia de vida, lo que abre o cierra el espacio de palabra y el espacio de la escucha. El individuo estructura su relación con la realidad a través de las categorías lingüísticas y retóricas propias de su grupo. La realidad es percibida, clasificada y organizada por medio de las posibilidades del lenguaje. Lo colectivo está, irremediabilmente presente en cada individuo.

Una cultura está viva si no se la considera clausurada, si es capaz de recibir las aportaciones de sus miembros que son capaces de disentir con ella misma en el juego vital de tradiciones y nuevas propuestas. Y aún más, una mirada que disiente con lo dicho desde lo colectivo, ensancha las fronteras de éste permitiendo una reelaboración de la simbólica social. No hay antagonismo entre lo individual y lo colectivo.

Nicole Gagnon (en Marinas y Santamarina, 1993) aporta algunos testimonios tomados, a su vez, de otros autores, y que resultan ilustrativos:

El modelo más frecuente es el de la oposición aquellos días/ahora. Es la manera más simple en que un informante mayor se dirige a un entrevistador más joven, nacido en una nueva cultura, a fin de moldear su memoria. Y este modelo no es el único que encontramos. En el caso de un trabajador de una fábrica de aviones (un militante obrero, por ejemplo) el esquema tipo es en un determinado momento la gente comenzó a... La historia aquí no aparece como un cambio estructural que separa dos épocas, sino más bien, como un proceso colectivo que va adquiriendo sentido como acontecimiento.

...de todos modos las referencias aparentemente sin sentido, cuando fueron descifradas pacientemente revelaron una representación de nuestra historia más verdadera a través de la cual transpira claramente el sentido de los procesos biográficos, afectados por la historia y concebidos como destino colectivo.

En la práctica de la historia de vida, el conflicto entre la memoria individual –incluidos los cuestionamientos que hacemos ante esta forma de nombrarlo– y la memoria colectiva, es el mismo que existe en cualquier otro ámbito de la realidad entre sujeto y sociedad, entre uno y el universo. En ningún caso son conceptos antagónicos, pero tampoco son afines. Por el contrario, deben ser aceptados como fuerzas en tensión y en constante proceso de relación dialéctica. El investigador no puede domesticarlos, debe incorporarlos con su conflictividad constante. Cuando una persona se ha entregado a una fuerza histórica colectiva sin ofrecer resistencia, habrá que preguntarse por las debilidades de su identidad, por las quiebras en su perfil peculiar e irrepetible. Sin embargo, si su historia señala –en el supuesto contrario– una constante resistencia ante el principio de realidad y una imposibilidad a encontrar canales de vinculación con lo colectivo, deberá entenderse, también, como un proceso relevante.

## 10.4. Otras cuestiones de método

Además de lo dicho sobre producción, dimensiones e interpretación, señalamos por último algunos aspectos más del trabajo que tienen un alcance no sólo empírico, sino metodológico.

El trabajo con las historias de vida en contexto, exige una redefinición más abierta de las fases de todo proceso de investigación. En las referencias bibliográficas (principalmente Bertaux, 1993a; Thompson, 1988, 1993; Pujadas, 1992) existen desarrollos detallados de las fases tal y como se entienden desde una intención teórica integradora y que pretenden ceñirse a las exigencias concretas del descubrimiento de una memoria concreta.

El talante de aproximación a las historias –lo que Alfonso Ortí llama la formación del investigador: evidentemente no sólo académica– resulta, tras lo visto, más importante que el afán del utillaje y la tecnología. Nos encontramos con historias de personas y de grupos, cuyo sentido contribuimos a establecer, a condición de no ir con el manual o el modelo como con una horma.

Una historia personal, como sabemos, se teje con (y contra) el bastidor y los recursos narrativos de todos, de “las palabras de la tribu”. Por eso recuperar el llamado *principio de redundancia y clausura* de las historias de vida (principio que pone en boga el método estructural) significa reconocer no sólo una cualidad de los relatos como enunciados, como textos. Significa verlos como un proceso de enunciaciones que nombran un espacio discursivo colectivo (no homogéneo, contradictorio incluso) y que gracias a él se producen. Y sobre él vuelven con más saber o más consciencia. Desde esta convicción hemos de plantear los pasos de la investigación, en lo que tiene de peculiar cada vez.

### 10.4.1. La elección del problema y de la perspectiva

Supone un proceso de acotar la pertinencia no sólo académica o librería, sino la atención al contexto de los sujetos cuya memoria y experiencia se pretende hacer surgir. La atención continua al enunciado anterior –desde el principio hay interpretación– es la que nos lleva a deliberar y decidir si hemos de contar con historias individuales (cada informante habla del curso de su vida hasta el presente) o colectivas (por el procedimiento de historias cruzadas: varios informantes hablan sobre una misma práctica o experiencia: un conflicto social, los hábitos de consumo, una forma de relación de linaje, trabajo, subcultura).

Dos cuestiones importantes desde el punto de vista epistemológico se presentan aquí. Una es la de las relaciones individuo-grupo, en el sentido de plantear el valor representativo de los informantes (Ferrarotti, 1993a, plantea la necesidad de tomar el grupo como verdadero sujeto en el que el individuo y sus relatos adquieren su sentido).

Otra es el planteamiento relacional de los problemas que se quieren estudiar: acotar grupos de población según las categorías tópicas de la encuesta (edad, sexo o género, clase, hábitat, etnia) es un paso rutinario que no debe impedir elegir en concreto, para cada tema, *las formas estructurales de relación entre los sujetos, según tales categorías, en una práctica concreta*. No se trata de tomar los grupos aislados (como sujetos diferenciados de relatos) sino las prácticas de intercambio entre ellos. Lo que implica no sólo cómo se nombran unos a otros como interlocutores u oponentes, sino los procesos concretos de su constitución *respectiva* de sus identidades y prácticas.

### 10.4.2. El diseño de la investigación

No podemos restringir los grupos con los que trabajamos en función de su representatividad muestral —puesto que *no perseguimos cómo se distribuyen poblacionalmente opiniones o respuestas a cuestionarios imaginados por nosotros, sino el sentido que aquéllos dan a sus experiencias y prácticas*—. El diseño de grupos y métodos lleva otro camino.

Se trata, en general, de ordenar la *secuencia de las entrevistas* en función de las narraciones que se producen. Se entiende que cada una aporta datos de la relación social que pretendemos conocer y que la serie inicial nos ayuda a marcar la pertinencia de los entrevistados posibles. Así como el desplazamiento desde elementos que son más bien socioestructurales, en el sentido dicho, a otros que forman parte de la cultura o las representaciones. Desplazamiento que viene dado por la interpretación continua de lo que tales elementos significan en la población o institución concreta (el estudio sobre la panadería artesanal de Bertaux y Bertaux-Wiamec, 1993, es enormemente ilustrativo al respecto).

Lo mismo ocurre con la disposición de métodos y técnicas concretas en función del problema elegido y de los objetivos que lo acotan. La cuestión del carácter más cerrado o abierto, directivo o no (guión previo) de la preparación de las entrevistas tiene una relación estrecha con el tipo de práctica que analizamos e interpretamos (Thompson, 1988, adjunta un gran repertorio de cuestionarios tipo, con la salvedad de su flexibilidad de aplicación).

Una vez establecidas las dimensiones del contexto (relaciones entre contextos 2 y 3 de la figura anterior), es posible organizar el guión tentativo de las entrevistas siguientes de manera más centrada en los elementos que los informantes han señalado como ya pertinentes.

La cláusula general podemos formularla como *el predominio de la escucha sobre lo ya sabido*. En el sentido de que también hemos de poder interpretar los silencios, lagunas o distorsiones sobre los puntos aparentemente ya conquistados.

### 10.4.3. Los “datos” y su interpretación

Los datos que resultan son relatos complejos y las más de las veces altamente expresivos. Por ello hemos de controlar la caída en una recepción estética o simpática (en el sentido etimológico: que implicaría también distancia o rechazo), teniendo en cuenta el objetivo final que es producir un discurso nuestro capaz de interpretar la práctica estudiada.

Por eso hablamos de la *verificación por saturación*, que Daniel Bertaux (1993b) formula como síntesis de un repertorio de preguntas concretas que siempre surgen en la investigación: a quién preguntar/a cuántos/de qué forma/con relatos completos o incompletos/cómo transcribirlos/cómo analizarlos.

Podemos ver dos versiones de este principio que ayudan a matizar lo explicado anteriormente (nota 16). La primera tiene un tono pragmático y de experiencia vivida: está presente el titubeo de todo trabajo (detenerse o seguir entrevistando, ¿con qué criterio?):

Si lo que precede es exacto el corte significativo, según esta dimensión, del número de casos observados, no se sitúa en algún lugar entre 10 y 11 o entre 30 y 31 relatos, sino más bien en el punto de saturación que hay que superar ampliamente, claro está, para tener la seguridad de la validez de las conclusiones. Más acá de este punto es difícil pronunciarse sobre la validez de las representaciones de lo real que propone cada relato, y es en particular el caso de cuando no disponemos más que de un único relato. La tentación entonces es la de orientarse hacia el

análisis hermenéutico de la autobiografía, el desciframiento de los sentidos ocultos que contiene, cosa que puede desembocar, en el mejor de los casos, en hipótesis relativa a nivel sociosimbólico. La saturación es un fenómeno por el que, superado un cierto número de entrevistas, biográficas o no, el investigador o el equipo tiene la impresión de no aprender ya nada nuevo, al menos por lo que respecta al objeto sociológico de la investigación.

La segunda versión es más reflexiva y aúna la dimensión operativa de la investigación con su fundamentación teórica. Los principios de redundancia y clausura del discurso (Barthes, 1970) tienen aquí una mayor explicitación:

el investigador no puede estar seguro de haber alcanzado la saturación más que en la medida en la que conscientemente ha intentado diversificar al máximo sus informantes. La saturación es un proceso que se opera no en el plano de la observación, sino en el de la representación que el equipo investigador construye poco a poco de su objeto de indagación: la "cultura" de un grupo en el sentido antropológico, el subconjunto de relaciones estructurales, relaciones socio-simbólicas, etc. Así pues no nos podemos contentar con una primera elaboración de esta representación. Esta descansa efectivamente en representaciones parciales de la primera serie de sujetos encontrados; por ello es susceptible de ser destruida por otros sujetos situados en el mismo subconjunto de relaciones socioestructurales, pero en lugares diferentes.

Las observaciones sobre los procedimientos de transcripción, archivo y disponibilidad desbordan este marco nuestro y podemos remitir, además de a las referencias inmediatamente anteriores, a los artículos de la revista *Historia y Fuente Oral (HFO)*<sup>28</sup>.

---

#### NOTAS AL CAPÍTULO 10

---

<sup>1</sup> El período de emergencia surge en el campo de la investigación social con un *tempo* peculiar. Podemos decir que entre el primer balance de Bernabé Sarabia (1985) y el trabajo monográfico de Juan José Pujadas (1992), por no mencionar nuestra reciente edición, Marinas y Santamarina (1993), se apunta una voluntad de desarrollo que aún no ha dado sus frutos más cumplidos. Otro es el caso de los historiadores, como se ve en las referencias y comentarios de este trabajo.

<sup>2</sup> A este respecto, conviene indicar que nuestra posición pretende ser integradora y no unidisciplinar. Es evidente el peso de las tradiciones gremiales, por ejemplo la pertinencia de la expresión "fuentes orales", como producción previa al trabajo de los historiadores, frente a la mayor familiaridad del término "historia oral" en sentido más sustantivo de antropólogos o sociólogos. O, por completar el recorrido, la proximidad de las historias de vida como historias o estudios de casos entre psicólogos, sociales o no. La apertura de los investigadores es notable no sólo hacia otros campos disciplinares, sino también hacia otras formas de intervención. Véase, a este respecto, Mercedes Vilanova, prólogo a Thompson (1988).

<sup>3</sup> Es la expresión de Françoise Morin en su excelente balance de la historia oral en Francia y Estados Unidos hasta comienzos de los ochenta, en Marinas y Santamarina (1993).

<sup>4</sup> Marinas (1990).

<sup>5</sup> Es la pregunta que formula Régine Robin "¿Cede la historia oral la palabra a quienes están privados de ella o es la historia de vida un espacio al margen del Poder?", en Vilanova (1986).



<sup>6</sup> Una interesante discusión sobre el valor de las “fuentes orales” o la “historia oral” como experiencia más que académica puede verse en Passerini (1988: 105-153).

<sup>7</sup> Bourdieu (1989) habla de *la ilusión biográfica*, para designar este componente. Véase el artículo de este título en *Historia y Fuente Oral*. Núm. 2.

<sup>8</sup> Para un ejemplo de cada una de las perspectivas, véase Bertaux (1993b).

<sup>9</sup> Otras importantes muestras más recientes las encontramos en Foucault (1990), Giddens (1992), Benhabib (1992), y Touraine (1993).

<sup>10</sup> Diagnóstico que recorre, sobre todo, su vastísima obra de los relatos y representaciones de un universo de época, recogido en su *Passagenwerk* (Benjamin, 1982). Su versión francesa, con algunas variantes, es *Le livre des passages. Paris, capitale du XIX Siècle*. Versión de Jean Lacoste (1989), y publicado por Eds. du Cerf.

<sup>11</sup> Esta periodificación resulta de los elementos que consideramos en el desarrollo del trabajo: en el sentido en que no forma fases históricas que se superan unas a otras sin dejar rastro. Las etapas hay que entenderlas como modalidades de la historia oral que acentúan más unas dimensiones que otras. Estas tres quedan como repertorios posibles en el presente, aunque el grado de generalización y apertura es, por todo lo dicho, mayor. Otras formas de periodificación se pueden encontrar en Thompson (1986), Morin (en Marinas y Santamarina, 1993).

<sup>12</sup> Lévi-Strauss (1959) oscila entre un respeto positivo a las fuentes orales, tratadas como monografías etnográficas, y el mandato epistemológico de la facticidad o coseidad de los hechos sociales. Tal y como expone F. Morin (1993), su aproximación, honesta en cuanto a la crítica al etnocentrismo, sucumbe a su perspectiva cuando se trata de acercarse a lo “intratable” de las biografías y las historias de los grupos.

<sup>13</sup> Es el caso de los trabajos interculturales reseñados *in extenso* en Morin (en Marinas y Santamarina, 1993) y en el elenco bibliográfico de Perks (1990).

<sup>14</sup> Algunos comentarios, rigurosos e interesantes, del trabajo de Thomas y Znaniecki pueden verse en los trabajos de Ferrarotti, Morin y de Bertaux en Marinas y Santamarina (1993). Con todo, la base analítica de estas críticas se debe al pionero Blumer (1939).

<sup>15</sup> El repertorio de trabajos de Lewis abarca desde *Five families: Mexican case studies on culture* (1959) a los publicados en la editorial Random House: *La vida: a Puerto Rican family in the culture of poverty-San Juan and New York* (1966), *Pedro Martinez: a Mexican peasant and his family* (1964) y *A death in the Sanchez family* (1969).

<sup>16</sup> La justificación y argumentación más detallada de estos enunciados que presentamos en su contundencia para invitar a reflexionar sobre ellos, se puede encontrar en diferentes lugares. Recomendamos, por su accesibilidad Bertaux (1993a), y Thompson (1978, 1988). Y por su especial completud, las reflexiones de Alfonso Ortí (1986).

<sup>17</sup> Es el sentido que aparece en Barthes (1970).

<sup>18</sup> El término es una elaboración nuestra a partir de un concepto que Habermas y Lorenzer emplean en el contexto del análisis de la comunicación distorsionada en las sociedades complejas. La incorporación de la perspectiva psicoanalítica no queda en el campo meramente clínico, sino en el análisis de sus posibilidades emancipatorias: de reconstrucción de la comunicación. Véase Habermas (1978) y Lorenzer (1980).

<sup>19</sup> Es la fantasía sobre la que ironiza la novela de Stanislaw Lem *Manuscrito encontrado en una bañera*, en la que meten un texto, un diálogo de una obra de Shakespeare, en una máquina interpretadora y esta va estableciendo traducciones que muestran “los verdaderos diálogos interiores”, luego “las autopercepciones” hasta disolver, a la cuarta o quinta traducción, en balbuceos inarticulados las palabras y la escena.

<sup>20</sup> Jacques Lacan (1990) da una interesante pista al hablar de la *oddity*, es decir, de la radical imparidad de la situación del que cuenta su historia y quien la escucha. La proximidad, tiene que ver con el hecho de que el psicoanálisis investiga con historias. Y de aquí surge la reflexión que algunos historiadores orales se formulan: cómo recibir en la escucha que es parte de la investigación las manifestaciones no del actor social sino del sujeto (Fraser, 1990). Lo que lleva a mantener abierta otra cuestión: ¿cuál es el modo de comprensión biográfica del psicoanálisis?, el trabajo de poder llegar a relacionar de manera armoniosa, o de manera integrada, saludable, la escena de la vida cotidiana, y los personajes que conmigo viven en este momento, la escena del análisis, de la sesión y una tercera escena que son los episodios originarios de los que “ya no me acuerdo”.

<sup>21</sup> Kermodé, F. (1988): *El sentido de un final*. Barcelona. Gedisa.

<sup>22</sup> Calvino, I. (1990): *El sendero de los nidos de araña*. Barcelona. Tusquets.

<sup>23</sup> Kermodé, F. o. cit., pág., 92.

<sup>24</sup> Véase Borderías, C. (1991): “Las mujeres autoras de sus trayectorias personales y familiares: a través del servicio doméstico”. *Historia y Fuente Oral*. Núm. 6.

<sup>25</sup> Schnaith, N. (1990): *Las heridas de Narciso*. Buenos Aires, Catálogos.

<sup>26</sup> Hankiss, A. (1993): *Ontologías del yo: la recomposición mitológica de la propia historia de vida*.

<sup>27</sup> Esta es la formulación clásica de la perspectiva positivista que –por su misma naturaleza y sesgo de los procesos– no considera los relatos de los sujetos, ni considera a estos como interlocutores de la historia.

<sup>28</sup> En concreto: Condomines, Soler y Úbeda (1989): “Los archivos orales del Institut Municipal d’Història de Barcelona”. *Historia y Fuente Oral*. Núm.1 (contiene información útil para todo investigador. No hay que olvidar que Fraser cedió sus materiales a este centro). Carles, J. L. y López, I. (1990): “Aspectos técnicos relacionados con nuestros archivos sonoros”. *HFO*. Núm. 3. Alberch, R. (1990): “Arxius, documents sonors i història oral”. *HFO*. Núm. 4. Carles, J. L. (1992): “Nuestra memoria sonora”. *HFO*. Núm. 7. Voldman, D. (1992): “¿Archivar fuentes orales?”. *HFO*, Núm. 8. En Perks (1990) pueden encontrarse referencias muy completas y variadas sobre los pasos y métodos de la transcripción a la publicación de historias de vida. Entre ellas: Brown, C. S. (1988): *Like it was: a complete guide to writing oral history*. Nueva York. Teachers & Writers Collaborative.

## CAPÍTULO 11

### GRUPOS DE DISCUSIÓN

*Manuel Canales  
Anselmo Peinado*

Sin epistemología y metodología que la sustente, una técnica de investigación es apenas un confuso conjunto de procedimientos canónicos. Esta afirmación, válida para cualquier técnica, adquiere especial relevancia en el caso de las llamadas técnicas cualitativas (de las que el grupo de discusión es la principal). En ellas, el procedimiento es sometido a prueba, y enfrentado con sus límites, en cada investigación particular, y su eficacia depende grandemente del modo en que el investigador las haya subjetivado. La aplicación de la técnica pivota siempre sobre el investigador, que no sólo no se borra en ella, sino que viene a ocupar su lugar. En contra de lo que desde la ignorancia o el interés se afirma a menudo, no quiere esto decir, que *todo vale* o que —como en el dicho popular— “cada maestrillo tiene su librillo”; significa, tan sólo, que la mediación técnica no es nunca ajena al sujeto observador ni al objeto observado, y que entre ambos términos no existe la distancia de lo preconstituido. Sujeto y objeto se constituyen, por el contrario, en la observación (véase el capítulo *Teoría de la observación*).

Hay pocos textos en español que tengan al grupo de discusión como tema específico. Esto, afortunadamente, no es ninguna desgracia. En su texto *Más allá de la Sociología*, Ibáñez dedica un buen número de páginas a fundamentar esta técnica en la perspectiva de su epistemología, metodología y tecnología. Estas páginas son las más densas de cuantas pueden encontrarse sobre el grupo de discusión, entre las actualmente publicadas..., y no sólo en nuestro idioma. Basta comparar este texto con el de Krueger o el de Mucchielli. La calidad del texto de Ibáñez compromete gravemente las líneas que el lector tiene ante sí, lo que sabíamos cuando iniciamos su escritura. Con todo, si aceptamos el encargo, fue precisamente porque no pretendemos hacer nada comparable; más bien, hemos tratado de situarnos en la posición de intersección de la didáctica con el mínimo rigor imprescindible; también, como es obvio, pretendemos incorporar a estas páginas, algo de nuestra propia experiencia. A tal fin, hemos centrado nuestra atención en lo que nos parece son los puntos esenciales de la transmisión del saber y la experiencia sobre esta técnica, acompañando el texto con ejem-

plos (muchos de ellos en las páginas de notas) que permitan al lector no familiarizado empíricamente con la técnica, hacerse una adecuada composición de lugar.

Ahora bien, una descripción de la técnica del grupo de discusión, por más que pretenda ser didáctica, ha de situarla en el contexto del discurso social —que ayuda a construir analíticamente—, para su cabal comprensión. Este será nuestro punto de partida.

### 11.1. El estatuto sociológico del discurso social

La práctica social no es nunca, tan sólo, discursiva; pero toda práctica social necesita del discurso, de una organización particular del sentido, el cual, a su vez, ha de desconocerse a sí mismo como práctica, ha de desconocer sus orígenes. Entre las prácticas sociales y su discurso hay siempre una interacción; el segundo no es mera emanación de las primeras, sino que retorna sobre aquellas; lo que, entre otras cosas, significa que el cambio social no es ajeno al sentido, y que cuando este se rompe en las prácticas sociales, la necesidad de recuperarlo puede abrir un proceso social de ruptura encaminado a la constitución de nuevas condiciones sociales que garanticen un sentido también nuevo (véase Pereña, 1979b).

La perspectiva en la que se sitúa el grupo de discusión (el análisis del discurso), supera la (estrecha de miras) dicotomía *emic/etic* (véase el capítulo *Teoría de la observación*). Y lo hace mediante la deconstrucción de los componentes semánticos de producciones discursivas concretas, recogidas mediante la técnica, para mostrar su estructura. Esta no equivale nunca a la producción semántica consciente (las hablas individuales de los participantes en los grupos, las “opiniones”; a estas realizaciones concretas de un discurso las denominaremos “textos”). La estructura de una producción lingüística cualquiera —lo que denominaremos simplemente “discurso”, que vendría a equivaler, por tanto, a “discurso social”—, muestra un campo semántico que define qué elementos son incluidos como pertinentes y sus relaciones recíprocas, de carácter siempre jerárquico o hipotáctico; y, por oposición, como en toda estructura, qué elementos excluye, qué relaciones no acepta (véase cap. *Formación discursiva*). De este modo, lo incluido y lo excluido se muestran y explican recíprocamente. El trabajo de análisis no supone, por tanto, la mera “aceptación” acrítica de los enunciados de un observador interno; por el contrario, el análisis del discurso requiere la confrontación previa de varios observadores internos, entre sí, y de éstos con el observador externo (situación de grupo), quien vendría a realizar, en palabras de Jesús Ibáñez, una “reducción crítica de los contenidos émic” presentes en la producción discursiva del grupo de discusión. La posición del prescriptor de los grupos, tanto en la realización de los mismos (pero sin participar en ellos), cuanto en la posterior labor analítica, prefigura ya “ese tercer término que supere la antítesis entre los puntos de vista *etic* y *emic*” (Ibáñez, 1988). Nada más lejos, también, por otra parte, de la teoría de la acción social, en la que el sentido de una acción coincide con el declarado por sus agentes: la conciencia sería aquí el criterio del sentido. El análisis del discurso, por el contrario, al postular el análisis de las producciones lingüísticas con que trabaja, no erige a la conciencia en juez del sentido, sino que resitúa a éste —el sentido— en el terreno de la estructura de aquellas (las producciones concretas).

La superación de la antítesis entre estructuras *etic* y *emic*, requiere, obviamente, de una teoría social integradora, capaz de poner en relación los componentes infraestructura-

les y superestructurales de la sociedad en un paradigma complejo; del mismo modo, pretende superar la antinomia individuo/sociedad. Las distintas tradiciones que pasan por Dilthey, Weber, Berger..., y las nuevas propuestas que se cruzan en campos disciplinares diversos, desde Maturana, Varela e Ibáñez, construyen una concepción de la sociedad en la que ésta se encuentra mediada simbólicamente. Mediado por lo simbólico, lo social sólo puede existir en unos sujetos que lo producen, y lo portan (lo crean y lo creen).

De nuevo en palabras de Ibáñez (1979):

La consideración teórica de la sociedad tiene que articular los componentes “energéticos” (los aspectos económicos o cuantitativos, ligados al hecho físico de la entrada y la salida de energía del sistema) y los componentes “semánticos” (los aspectos lingüísticos o cualitativos, ligados al sistema cultural –las instituciones– que regulan la circulación interna de esa energía).

## 11.2. El grupo de discusión y el discurso social

El grupo de discusión es una técnica comúnmente empleada por los comúnmente denominados investigadores cualitativos. Su formulación teórica y metodológica, en el contexto de una tradición netamente española, que ahora también lo es latinoamericana, se encuentra en los escritos y en las enseñanzas de Jesús Ibáñez, Angel de Lucas, Alfonso Ortí y Francisco Pereña<sup>2</sup>, así como en los trabajos recientes de los investigadores formados por ellos<sup>3</sup>.

En este apartado intentaremos trazar una aproximación a la técnica con la pretensión de hacerla accesible a quienes no la conocen. Pretensión sin duda discutible, pues las propias características de la metodología y de la técnica, centradas en la subjetivización de ambas y del análisis por el investigador, hacen prácticamente imposible todo manual canónico. El investigador ha de “ocupar” (hacerse un lugar como sujeto) la técnica y reflexionar sobre ella. Se aprende haciendo y mirando lo que hacemos, pues la técnica –como veremos más adelante–, no reposa tanto en una serie de procedimientos precodificados, cuanto en posiciones que ha de asumir y regular un sujeto. Por ello, la exposición tratará de delinear un espacio en el que el investigador pueda situarse, y unos recorridos por los que pueda transitar. Se trata, en definitiva, de mostrar una situación, reflexionando sobre sus condiciones de posibilidad y su consistencia, de modo que otro pueda ocuparla.

La técnica, en fin, se aprende como un oficio, como un artesanado, no es susceptible de estandarización ni de formalización absoluta. Las formas que aquí avanzaremos, deben ser, por tanto, entendidas como esquemas, listos para ser borrados una vez comprendidos.

Antes de entrar en aspectos de detalle, convendría señalar algo que nos parece primordial: el porqué y para qué de una técnica que, como ésta, posee dimensión grupal.

El grupo de discusión es una técnica de investigación social que (como la entrevista abierta o en profundidad, y las historias de vida) trabaja con el habla. En ella, lo que se dice –lo que alguien dice en determinadas condiciones de enunciación–, se asume como punto crítico en el que lo social se reproduce y cambia, como el objeto, en suma, de las ciencias sociales. En toda habla se articula el orden social y la subjetividad.

Ahora bien, ¿por qué precisamente en grupo?, ¿por qué interacción comunicativa, cuando hemos afirmado que todo yo es grupal, que la identidad individual se configura desde las identificaciones colectivas? Es decir, ¿por qué no limitarnos a las entrevistas abiertas individuales?

La razón la hallamos en las características mismas del discurso social. El discurso social, la ideología, en su sentido amplio –como conjunto de producciones significantes que operan como reguladores de lo social–, no habita, como un todo, ningún lugar social en particular. Aparece diseminado en lo social. No es, tampoco, interior al individuo, en el sentido de una subjetividad personal, sino exterior, social, como ya pusieron de manifiesto Bajtín y su escuela, de un modo que se expresa clara y concisamente en una cita como la siguiente (Voloshinov, 1992).

La llamada psicología social, que según la terminología de Plejánov, retomada por la mayoría de los marxistas, es el eslabón transitivo entre una formación político-social y una ideología en el sentido restringido (la ciencia, el arte, etc.), se presenta en términos reales, materiales como la interacción discursiva. Tomada fuera de este proceso real de la comunicación e interacción discursiva (y, en general, de la comunicación semiótica), la ideología social se convertiría en un concepto metafísico o mítico (el “alma colectiva” o la “psique interior colectiva”, el “espíritu del pueblo”, etc.).

La ideología social no se origina en alguna región interior (en las “almas” de los individuos en proceso de comunicación), sino que se manifiesta globalmente en el exterior: en la palabra, en el gesto, en la acción. En ella no hay nada que fuese interior y no expreso: todo está en el exterior, en el intercambio, en el material y, ante todo, en el material verbal.

Si el discurso social se halla diseminado en lo social mismo, el grupo de discusión equivaldrá a una situación discursiva, en cuyo proceso este discurso diseminado se reordena para el grupo. Situación de grupo equivale, entonces, a situación discursiva (véase cap. *Formación discursiva*). El grupo actúa así como una retícula que fija y ordena, según criterios de pertinencia, el sentido social correspondiente al campo semántico concreto en el que se inscribe la propuesta del prescriptor.

Si el universo del sentido es grupal (social), parece obvio que la *forma* del grupo de discusión habrá de adaptarse mejor a él que la entrevista individual, por abierta (o *en profundidad*) que sea. La reordenación del sentido social requiere de la interacción discursiva, comunicacional.

Francisco Pereña (1979a) ha procedido a una lectura del texto fundacional de la lingüística estructural, el *Curso de Lingüística General* de Ferdinand de Saussure (1983), que pone de manifiesto los recovecos, confusiones y aun contradicciones de la obra saussureana, a la par que –paradójicamente– nos muestra un Saussure más fértil que el que nos ha legado la posterior codificación canónica comenzada por sus discípulos y continuada en una determinada tradición lingüística francesa. Como se sabe, Saussure nunca publicó el Curso, sino que éste fue editado póstumamente por sus discípulos a partir de las notas tomadas en las lecciones dictadas por el maestro. Saussure, en su esfuerzo por fundamentar el estudio del lenguaje, no consigue –contrariamente a lo que dicta la versión canónica– dotar al signo de unidad. No parece arriesgado pensar que fuera ésto lo que le condujo al silencio. El Curso permite una lectura en la que el signo aparecería como una unidad estructuralmente rota, una unidad que ha de *producirse*, entonces, pero ya como efecto de sentido. Quiere ello decir que, cuando hablamos, nunca conseguimos restituir plenamente la unidad entre significante y significado; en la perspectiva del significante, cuando hablamos, siempre decimos más y algo distinto, de lo que nos proponemos. Ahí está el *lapsus* para recordármolo, pero también el chiste, y aun el titubeo y la perfrasis. Donde quiera que miremos no encontraremos nunca un discurso cerrado, acabado. Por el contrario, el

lenguaje se nos muestra como pura sustitución de unos significantes por otros, como juego metafórico. En eso consistiría la realidad del lenguaje, y en esa sustitución ilimitada, vendría a producirse el sentido.

Ese es, precisamente, el lugar de la ideología que, mediante lo que podríamos denominar *presión o violencia semántica*, liga el proceso de sustitución metafórica a un centro, a un núcleo de sentido. El sujeto—cada sujeto e, incluso, cada grupo social—“elige” los significantes de que hará uso, dispondrá de sus propios repertorios de estilo, etc. Pero es “elegido” por la presión semántica, por el universo de sentido que es para él preexistente y que le constituye. Es ahí donde *significante* y *significado* vienen a articularse *estratégica* y *provisionalmente* como efecto (pues el signo, decimos, no es autosubsistente) de sentido.

Si las palabras pueden sustituirse unas por otras, es porque son intercambiables de acuerdo a criterios de valor semántico. Y si hay intercambio es porque no salimos nunca de la esfera de la circulación. El sentido es, en efecto, *circulación*, antes que *producción*. Es preexistente a y viene dado como un todo para el sujeto parlante. En el intercambio se re-produce el sentido<sup>5</sup>.

Conviene, entonces, detenerse en un aspecto en el que el sentido común se engaña: si toda producción discursiva implica sustitución de significantes y acoplamiento al sentido, el sujeto no sabe lo que dice; cuando hablamos, no sabemos lo que decimos, pues no somos dueños de la estructura que genera nuestro decir (véase el capítulo *Formación discursiva*). También por eso decimos, nos contradecimos y nos desdecimos; titubeamos o cambiamos de opinión<sup>6</sup>. El sujeto parlante es dueño de sus opiniones, pero no de la estructura que las genera. Por eso el orden social no es consciente (lo que es requisito, por otra parte, de su funcionamiento, como es requisito que desconozcamos lo que decimos para que el lenguaje pueda seguir funcionando en nosotros).

Re-producir y reordenar el sentido precisa del trabajo del grupo, pues requiere poner en juego en toda su extensión, el nivel del habla, a fin de permitir que la presión semántica configure el tema del que en cada caso se trate, como campo semántico (como campo, por tanto, de sentido). No es, por consiguiente, que el sentido no esté dado como un todo para el sujeto individual; se trata, por el contrario, de que un sujeto individual no sometido a una situación discursiva, tan sólo nos ofrecerá enunciados en los que las relaciones semánticas se expresarán de modo fragmentario. Lo que en el grupo es conversación (esto es, frotamiento de las hablas individuales), habría de equivaler, en el caso de la entrevista, al diálogo con uno mismo (lo que requeriría tomarse a sí mismo como otro), a fin de que el resultado fuera la emergencia de un campo semántico desplegado en toda su extensión.

En la situación discursiva que el grupo de discusión crea, las hablas individuales tratan de acoplarse entre sí al sentido (social). Es tan sólo tomándolo de este modo, como cabe hablar de que el grupo opera en el terreno del consenso. Consenso, por cuanto el sentido es el lugar mismo de la convergencia de los individuos particulares en una topología imaginaria de carácter colectivo.

Lo que el investigador recupera mediante la técnica, no es aquí, por tanto, un dato, sino—en terminología de Ibáñez—, un *capta*. No viene dado, sino que hay que (re)producirlo. Investigar, viene del latín *vestigio* (seguir las huellas que deja la presa en el camino; véase Ibáñez, 1991), que dará lugar también a “vestigio”. Lo investigable es lo que puede ser rastreado y explicado<sup>7</sup>. Pero el seguimiento del rastro no es mera recolección. A la investigación, en efecto, le cuadra mejor la metáfora del cazador que la del recolector.

### 11.3. La “forma” del grupo de discusión

El grupo de discusión reúne en sí diversas modalidades de grupos, que no tiene parangón en la cotidianidad social. En él se desarrolla una conversación en la que, para el investigador, los interlocutores desaparecen detrás de las (inter)locuciones, al contrario de lo que sucede en los grupos naturales, tan atravesados por batallas imaginarias, y en los que las distintas locuciones tienen siempre nombres y apellidos.

Hay, por tanto, una forma-grupo y una forma-discusión (o conversación).

#### 11.3.1. La forma-grupo

El grupo de discusión es un artificio metodológico que reúne diversas modalidades de grupos, en una articulación específica. Es un grupo teóricamente artificial (en su forma-grupo) y su éxito depende de que pueda serlo también en la práctica.

En efecto, el grupo de discusión no es equiparable a ninguna de sus modalidades próximas: no es una conversación grupal natural, no es un grupo de aprendizaje como terapia psicológica (véase el capítulo titulado *De las concepciones del grupo terapéutico...*), tampoco es un foro público...; sin embargo, parasita y simula (parcialmente), a la vez, cada una de ellas. Así, es una conversación grupal, pero lo es de un grupo que empieza y termina con la conversación, sostenida, además, como un trabajo colectivo para un agente exterior (una tarea), y bajo la ideología de la discusión como modo de producción de la verdad (“de la discusión nace la luz”). De estas tres estructuras grupales (conversacionales), extrae el grupo de discusión elementos que combina de modo propio para producir una situación discursiva adecuada a la investigación.

1. El grupo de discusión no es tal ni antes ni después de la discusión. Su existencia se reduce a la situación discursiva. Esto es lo esencial de su carácter artificial. Es, por tanto, tan sólo un grupo posible, posibilitado por el investigador que los reúne y constituye como grupo.

En este sentido, es fundamental que no sea un grupo previo (o grupo natural), así como que no haya en él rastro de relaciones previamente constituidas, para evitar interferencias en la producción de su habla. En esto es un aspecto clave el espacio comunicativo que genera el juego de lenguaje de la “conversación entre iguales”. Para conversar, las relaciones entre los distintos interlocutores han de ser, obviamente, simétricas. Sólo por esto es posible que el grupo se constituya en el acoplamiento de la palabra (las hablas individuales) al discurso social; que reordene para sí el discurso social diseminado. En esta actividad hay ilusión de comunicación y placer de la palabra. Es esto lo que explica que ciertos grupos tengan mayor tendencia que otros a “divagar”, esto es, a dejar que la palabra vague por espacios (que son espacios de encuentro grupal) que se alejan del tema (de la tarea) que los reúne.

2. El grupo de discusión, en efecto, realiza una tarea. Su dinámica, en ese sentido, simula la de un equipo de trabajo. El grupo de discusión trabaja en el sentido de que se orienta a producir algo y existe por y para ese objetivo.

Grupo, por consiguiente, que se halla constituido por la tensión entre dos polos: el trabajo (razón de su existencia, y que la figura del prescriptor objetiva) y el placer del habla (que supone el consumo placentero de la relación grupal).



3. El grupo de discusión instauro un espacio de "opinión grupal". Se instituye como la autoridad que verifica las opiniones pertinentes, adecuadas, verdaderas o válidas. En él, los participantes hacen uso de un derecho al habla —emitir opiniones— que queda regulada en el intercambio grupal. Tales son algunos elementos de lo imaginario que constituye los grupos.

Opinar en grupo tiene sus primeras versiones en las figuras iniciales de la modernidad. Los cafés, los círculos de crítica, las *Tischgesellschaften*, que al decir de Habermas, inician la época moderna... constituían espacios de opiniones —razonables—, en que la autoridad de la razón actuaba como única autoridad. La amable ideología de la discusión racional de los asuntos —aquel "de la discusión nace la luz"—, preside e inspira todos estos modos de encuentro en grupo.

Sin la pretensión racionalista, el grupo de discusión sigue el mismo precepto: la discusión entre sujetos opinantes configura un dominio de responsabilidad y poder del hablante (en cuyo origen se sitúa la figura del prescriptor)..., mientras hay grupo. Después, las opiniones son tratadas como un producto bruto, sobre el que el análisis operará: finalmente, el grupo produce un discurso para otro, trabaja para otro, sirve a otro.

Pero siguiendo con la ideología conversacional en la que el grupo de discusión se inspira y que sirve para sostenerlo, podríamos decir que, en un segundo nivel, puede ser comparable con los "foros", "mesas redondas", debates, etc. O con el propio hemiciclo. Todos ellos se sostienen sobre la ideología conversacional, que corresponde al modo radical o parlamentario, que Delcuze y Guattari señalan como propio de la comunicación democrática: hablas que se cruzan para tejer un consenso.

En el foro (público, por definición), como en el grupo de discusión, el habla queda explícitamente contextualizada por la ideología vigente. No obstante, en el foro, los hablantes lo son en calidad de representantes —de un grupo o de una "perspectiva"—, mientras que en el grupo de discusión lo son en calidad de particulares agrupados. En el foro se han de delinear las diferencias —sostener las diferentes perspectivas—; en el grupo de discusión, se trata de interconectar puntos de vista, sin que por ello deje en él de haber una batalla imaginaria por la posesión del sentido.

### 11.3.2. La forma-discusión

En el grupo de discusión —luego veremos cómo—, el investigador provoca la constitución del grupo en la conversación (es su forma-discusión). Sobre el fondo de un lenguaje común (que es ya lenguaje con sentido: ideología), se articulan las distintas perspectivas: es su forma-discusión.

Jesús Ibáñez (1988) formaliza este proceso en términos de la teoría de la conversación de Gordon Pask (véase el capítulo titulado *Metodología participante con rigor*).

La conversación es siempre una totalidad. Si la dividimos en interlocuciones e interlocutores, la fragmentamos, rompemos esa totalidad, sin que por ello rescatemos sus partes constituyentes, pues estas se constituyen en relación al todo (no le preexisten) que, como se sabe, es siempre distinto que la suma de sus partes. Cada interlocutor no es considerado en el grupo de discusión como una entidad, sino como parte de un proceso: "al conversar cambia, como cambia el sistema en que conversa" (J. Ibáñez, 1988). Este aspecto nos parece

fundamental para entender la “forma” del grupo de discusión. En él, los interlocutores no coinciden necesariamente con los individuos que lo constituyen. De hecho, al menos a los efectos del asunto que aquí nos ocupa, “individuo” es una convención más que discutible. Si el yo es grupal, como ya hemos señalado reiteradamente, algo del yo no coincide con los límites corporales de cada individuo. Y todo lo que pueda haber de singular en un yo, no interesa a la investigación sociológica; lo que buscamos, por el contrario, es trazar la topología de ese campo de convergencia imaginario, en acoplamiento con el cual se constituye el yo; dar cuenta de la constitución de ese campo de certezas ideológicas y, por tanto, sociales, sobre las cuales se construye la identidad individual. Si el yo no coincide plenamente con el individuo; si la identidad tiene su fundamento fuera de sí, es obvio que no podemos considerar al individuo como interlocutor absoluto. Por el contrario, los interlocutores, en un grupo de discusión, pueden ser –como señala Ibáñez (1988)–: perspectivas distintas de una misma persona, perspectivas de distintas personas, puntos de vista, personas, grupos, ideas, culturas... Es por esto que decimos que cada interlocutor no es una entidad, sino un proceso. Proceso, porque en el transcurso de la conversación, cambian sus partes en la misma medida en que se va organizando y cambiando el todo.

En este cuadro que describimos, la conversación queda en una dirección compartida. En un nivel, es dirigida por la propia habla investigada (en lo que tiene de conversación entre los participantes), que desarrolla un discurso en función de criterios de pertinencia propios<sup>8</sup>. En otro nivel, es dirigida por el investigador, en lo que tiene de construcción del marco de la discusión (el tema), de control de su desarrollo por el lugar que ocupa aquel en el grupo, y por la acción que sobre él ejerce.

Esto explica la productividad específica de la técnica para el estudio de esos lugares comunes que son los lugares de la identificación colectiva. En cuanto el habla está orientada hacia una conversación –entre iguales–, cada hablante acuerda su habla al hablar de los otros. Privilegia en el habla lo que ésta tenga de común –así en la disputa, como en el consenso–, de articulable con el hablar de los otros. En este sentido, puede decirse que el grupo “normaliza”, al forzar que las hablas individuales se despojen –al menos en mayor medida que otras técnicas “cualitativas”–, de las adherencias de lo singular, y aun de la sintomatología de cada individuo. Del mismo modo, en el grupo de discusión las diferentes situaciones de hecho (diferentes experiencias, biografías, circunstancias sociales, etc.), pierden su singularidad para elevarse al estatuto de palabra, nivel en el que son ya comunicables (lo singular, por definición, no lo es).

#### **11.4. El grupo de discusión y otras técnicas de investigación social**

Las técnicas de investigación pueden concebirse como dispositivos de producción y regulación del habla investigada. Esta es siempre “provocada” –para y por el investigador–, en el seno de un marco comunicacional determinado.

##### *11.4.1. Frente a la investigación cuantitativa*

Las técnicas que se engloban bajo el rótulo genérico de cuantitativo (o distributivo), definen un modo de investigación del habla que se ciñe a un conjunto de enunciados predefinidos y acotados como (todo) lo decible. El habla investigada se pliega, entre las posibles, a

las elegidas previamente por el investigador: es un subconjunto del conjunto de enunciados posibles. Lo que se obtiene como resultado, por tanto, es la frecuencia con que los individuos se adscriben a unos u otros elementos de ese subconjunto. En ese sentido, no son abiertas a la información, si entendemos por tal la emergencia de lo nuevo, de lo imprevisto, de lo no considerado *a priori*. Investigamos, en suma, lo que ya conocemos.

La investigación cualitativa no trabaja con la selección de alternativas, sino con juegos de lenguaje abiertos a la irrupción de la información. Investigamos, por tanto, lo que no conocemos, y buscamos el descubrimiento de estructuras de sentido; lo nuevo cobra sentido mostrando sus relaciones con el conjunto de lo dicho: la investigación queda abierta, de este modo, también al sentido.

La diferencia entre ambas metodologías no se limita al campo de lo que es decible por el investigado (que en el caso de la metodología distributiva sólo puede coincidir con lo dicho por el investigador en el cuestionario), sino que se amplía a la manera de concebir al hablante. Para la investigación cuantitativa, cada hablante es un "individuo" y en cuanto tal, equivalente e intercambiable, ordenados (solo) a nivel de lo estadístico. Por ello el muestreo es (ha de ser) aleatorio. Por el contrario, la investigación de estructuras de sentido considera que el hablante es un agente social y, por tanto, que ocupa un lugar en la estructura social, situado en unas coordenadas sociológicas que son también ideológicas. Los hablantes se agrupan, entonces, en clases de orden y de equivalencia (obreros/empresarios/campesinos/jóvenes...). Esto nos permitirá estudiar las producciones de cada clase o conjunto como variantes internas al discurso social general (o unidad discursiva: Pereña 1979b).

#### 11.4.2. Frente a la entrevista de respuesta abierta

El grupo de discusión se diferencia de otras técnicas cualitativas, fundamentalmente por cuanto constituye un dispositivo que permite la re-construcción del sentido social en el seno de una situación –grupal– discursiva. Hemos señalado ya que el sentido es siempre grupal, colectivo, y que su emergencia requiere del despliegue de hablas múltiples en una situación de comunicación (véase el capítulo *Sujeto y discurso...*).

El límite inicial, que marca una frontera entre lo distributivo y lo estructural, puede situarse en las *entrevistas de respuesta abierta*, con cuestionario. En ellas, el hablante puede y debe elaborar una respuesta, pero no puede señalar nada del orden de la pertinencia de la pregunta (si lo hace, no habrá donde registrar su respuesta). El habla investigada siempre oscila entre "tomar la palabra" para elaborar la respuesta, y "devolver la palabra" para permitir una nueva pregunta. La información se limita al terreno de las respuestas, pero el dispositivo no permite la retroalimentación entre pregunta y respuesta. La estructura del discurso es siempre *a priori*: está en el instrumento que provoca y controla el habla.

#### 11.4.3. Grupo de discusión y entrevista en profundidad

La llamada *entrevista en profundidad* (impropia denominación, pues no hay en ella nada que no tenga que ver con la "superficie" de un habla controlada, y que debiera denominarse simplemente abierta, semidirectiva o semiestructurada), ya sea centrada en un tema o autobiográfica (como sucede en las historias de vida), supone una situación conversacional cara a cara y personal. En ella, el entrevistado es situado como portador de una perspectiva,

elaborada y desplegada en “diálogo” con el investigador. Este puede provocar ese habla con sus preguntas, pero también puede intervenir en el habla mediante la reformulación y (algo siempre peligroso) la interpretación de lo dicho. No hay, sin embargo, en ella, propiamente conversación, pues el entrevistador no puede introducir su habla particular. Y puesto que el entrevistado ignora la perspectiva del investigador, la transferencia obstaculiza la emergencia del discurso, que no pasará del nivel de satisfacer mediante las respuestas una (supuesta) demanda del otro (el investigador).

Hay en la entrevista en “profundidad” un supuesto subyacente, cual es el de que cada sujeto posee su propio sentido<sup>9</sup>. Pero que éste se da siempre en el seno de un proceso discursivo, mediante el cual el yo se halla ligado al universo social del sentido, es algo que se pone siempre de manifiesto en las dificultades que aparecen durante el trabajo de análisis. En esta fase, el investigador ha de reconstruir el conjunto de las relaciones del campo semántico particular mediante hipótesis parciales, que sustituirían a las articulaciones semánticas que el discurso mediante entrevistas abiertas es incapaz de producir.

La entrevista abierta es, por tanto, pertinente cuando la investigación no pretende reconstruir el sentido social de un asunto determinado. Lo es en las historias de vida. También lo es cuando necesitamos conocer los diversos aspectos de un proceso (por ejemplo el proceso de compra de un producto), y siempre que conozcamos ya su sentido.

Hay otro caso particular de pertinencia de la entrevista abierta: cuando lo que estamos estudiando son perspectivas institucionales representadas por cargos ocupados por un sólo individuo. En tal caso, la constitución de grupos de discusión sería imposible, tanto por razones de número, cuanto por la dificultad práctica de aunar en un mismo tiempo y lugar a aquellos que, en razón de las características de la perspectiva institucional que representan, fueran suficientemente homogéneos entres sí como para formar un grupo.

Y tiene, naturalmente, sentido pragmático, en todos los casos, cuando no podemos realizar grupos de discusión por razón de las características de la población a la que queremos dirigirnos, o bien porque los costes superarían el presupuesto disponible.

#### *11.4.4. Grupo de discusión y entrevista de grupo*

El grupo de discusión es un dispositivo diseñado para investigar los lugares comunes (ese espacio topológico de convergencia) que recorren la subjetividad que es, así, intersubjetividad. En el grupo de discusión, la dinámica, que veremos más adelante en detalle, articula a un grupo en situación discursiva (o conversación) y a un investigador que no participa en ese proceso de habla, pero que lo determina. Este aspecto de la técnica la diferencia de modo absoluto de la *entrevista de grupo*. En este tipo de entrevista (que en la práctica se confunde en muchos países con los grupos de discusión), el habla investigada no alcanza la conversación, y queda desdoblada como habla individual y escucha grupal. Se escucha en grupo, pero se habla como entrevistado singular y aislado. Se tiene la referencia de lo dicho por los demás participantes, pero predomina artificialmente, como producto del dispositivo técnico, el “punto de vista personal” (pues es lo que se espera de cada uno de los asistentes). En la entrevista de grupo hay un atisbo de conversación que el dispositivo técnico limita. Fue, de hecho, trabajando para superar las limitaciones del discurso recogido mediante esta técnica y la entrevista abierta, como se desarrolló en nuestro país el grupo de discusión tal y como ahora y aquí lo entendemos<sup>10</sup>.

## 11.5. La técnica del grupo de discusión

Es siempre difícil hacer llegar una técnica de investigación a quien no la conoce; más si se trata del grupo de discusión, técnica menos pública que la entrevista por cuestionario. Pero lo verdaderamente complicado es transmitir algunos aspectos que han de ser subjetivizados por el investigador, y que se comprenden en y por su subjetivación. Y no se trata de ninguna mística: cuando hablamos de subjetivación, nos referimos a que ahí ha de haber un sujeto que no se borra ni se esconde tras la técnica, sino que la encarna.

De todo esto trataremos a continuación. Pues comprendemos la dificultad, intentaremos combinar un cierto rigor con la didáctica exigible a un texto de estas características. Por mor de la claridad, quizá sea útil la presentación del grupo de discusión como un recorrido (simulando el que se sigue de hecho en una investigación), desde su diseño y, aún antes, desde la demanda del cliente, hasta el momento del análisis.

### 11.5.1. Demanda del cliente y diseño

Toda investigación sociológica depende de una pregunta. Esta nace formulada, explícita o implícitamente, en la *demanda del cliente*<sup>11</sup>, y atravesará la investigación de principio a fin. Sin pregunta no hay indagación.

La pregunta bien puede ser, en realidad, un conjunto de ellas, más o menos articuladas. Del mismo modo, pueden estar mejor o peor formuladas<sup>12</sup>. Pero, sea como fuere, hay que partir de una pregunta inicial que ayude a ordenar un primer espacio para la mirada y la escucha, que se convierte, desde ese momento, en una dirección de búsqueda (*vestigo*).

En investigación cualitativa, todo depende de ello, aunque por el carácter abierto a la información y al sentido de la metodología estructural (tal y como hemos expuesto que debe entenderse a partir de Ibáñez) y de la técnica del grupo de discusión, es perfectamente posible (y deseable), reorientar la búsqueda a medida que vamos capturando información y sentido.

a) El *diseño* depende de ese primer marco que hemos elaborado a partir de una demanda. Es el momento más arbitrario de la investigación, en el sentido de que precisa del arbitrio de la formación y la experiencia del investigador. Es, por consiguiente, también el momento más “artesanal”.

Si nos ceñimos –como haremos en estas páginas, por mor de la claridad– a la hipótesis de una investigación cubierta solo con grupos de discusión, el diseño habrá de abarcar los siguientes puntos:

- Número total de grupos.
- Variables o atributos que definirán a los participantes en cada uno de ellos.
- Dispersión geográfica de los grupos.

Estos tres puntos dependen del modo en que hayamos convertido la demanda en objetivos de investigación. El número total de grupos variará según cuáles sean los atributos que empleemos; esto es, dependiendo del grado en que podamos agrupar atributos distintos en un mismo grupo, respetando el criterio de homogeneidad.

En todo ello no hay un procedimiento canónico, pero sí pueden darse algunos criterios que el investigador habrá de considerar en cada caso. Téngase en cuenta que no estamos aquí ante una metodología ni ante técnicas que puedan tratarse de modo abstracto.

Por el contrario, la metodología y las técnicas de las que hablamos son, siempre, metodología y técnicas *concretas*.

La "muestra" que aquí nos ocupa, no responde a criterios estadísticos, sino *estructurales*; no atendemos a la extensión de las variables entre la población objeto de estudio, ni nos interesa tomarlas como términos o elementos. Por el contrario, esta "muestra" obedece ya a relaciones. Buscamos tener representadas en nuestro estudio determinadas relaciones sociales; aquellas que en cada caso se hayan considerado pertinentes *a priori*<sup>13</sup>.

La manera concreta de resolver el diseño de los grupos de discusión comienza por pensar qué "tipos" sociales queremos someter a nuestra escucha (jóvenes o adultos; jóvenes trabajadores o estudiantes; obreros, clases medias, etc.), cada uno de los cuales representaría una *variante discursiva*.

Habitualmente, se emplean variables sociodemográficas (sexo, edad, status y población), conjugadas con atributos pertinentes para el estudio de que en cada caso se trate (que consuman tal o cual producto, o que no lo consuman; que pertenezcan a tal o cual ideología, etc.).

Si en vez de pensar la composición de los grupos de manera concreta, partimos de atributos desagregados (como por ejemplo: sexo, edad, clase social, población, y otros atributos específicos dependientes de los objetivos particulares del estudio), y luego nos dedicamos a cruzarlos para configurar cada grupo, probablemente no consigamos sino multiplicar exponencialmente el número de los necesarios. Hay que tener en cuenta que, en el diseño de esta técnica, cada variable que introduzcamos depende de todas las demás (la relación es de tipo aditivo) con lo que pudiera darse el caso de que así definimos finalmente grupos cuyos participantes serán difíciles de encontrar, y aun grupos que no respondan a la realidad social<sup>14</sup>.

Qué y cuántos atributos debemos introducir como elementos de configuración de los grupos, es algo que depende, como decimos, de los objetivos de cada estudio. El criterio ha de ser siempre, no obstante, el de la saturación del campo de hablas que inicialmente nos parezcan pertinentes. Buscamos saturar este campo de diferencias, para, de ese modo, mejor hallar la unidad discursiva (la unicidad de la ideología, que se expresa bajo la forma de variantes). Partimos pues de las variantes —lo visible— para reconstruir la estructura que las sostiene. Aquellas sólo cobran sentido en el interior de ésta: expresan posiciones diferentes (de edad, de sexo, de clase o grupo social...), que convergen estructuralmente, pues cada grupo ha de re-producir un discurso social y, por ende, común.

Una vez diseñadas las relaciones que nos interesa investigar (pensadas en concreto; por ejemplo, bajo la forma de tipos), hemos de excluir de su combinación en un mismo grupo, aquellas que entendamos no son comunicables.

Se ha dicho en ocasiones que las relaciones comunicables en un grupo de discusión son aquellas que, socialmente, se comunican de hecho. De este modo, habría relaciones no comunicables (imposibles) en un grupo de discusión cuando en la sociedad se hallan separadas por filtros de exclusión (tales serían las relaciones propietario/proletario; padre/hijo...)<sup>15</sup>. De hecho, cada polo de estas oposiciones tiene presente discursivamente al otro. Pero si la oposición se hace realmente presente, una de las dos partes —la que quede en cada caso como término subordinado de la oposición—, habrá de reprimir su habla. No tendría sentido, por ejemplo, realizar un grupo compuesto por obreros y patronos. La presencia de estos últimos inhibiría el discurso obrero. Por otra parte, los obreros actúan discursivamente entre sí, al igual que sucede con los patronos; unos y otros no se comunican socialmente más que a través de sus respectivos representantes, de modo que no hay interacción comunicacional entre ellos en cuanto clase.

Son posibles o comunicables, las relaciones de tipo inclusivo (hombre/mujer, por ejemplo). Pero, a nuestro modo de ver, mientras que las relaciones socialmente excluyentes lo son en todos los casos, las incluyentes son función del tema objeto de estudio. Así, podemos combinar en un mismo grupo hombres y mujeres, tan sólo si el tema es neutro respecto de la condición social de los sexos. Si hemos de tratar de un discurso público (digamos, sobre la situación política del país), el tema quedará inmediatamente inscrito en el campo de lo socialmente masculino (la perspectiva femenina es más bien del orden de lo privado). La mujeres se inhibirán o actuarán a la contra (mostrando la inconsistencia de toda construcción total de sentido). Obtendremos, entonces, información sobre las batallas imaginarias de los sexos, antes que sobre la situación política del país. Si, en cambio, los separamos, ambos habrán de construir sus hablas desde sus posiciones respectivas, pero en dirección a lo social como horizonte<sup>16</sup>.

Naturalmente, esta diferencia entre los sexos, en relación con lo público, es menor en el ámbito urbano que en el rural; y menor también entre profesionales de uno y otro sexo, que entre proletarios.

Del mismo modo, una insuficiente construcción (social) de la diferencia de sexos en la adolescencia puede dar lugar a inhibiciones individuales o a batallas imaginarias entre los sexos, dificultando de este modo la producción de un texto<sup>17</sup>. Inversamente, donde la vida social entre hombres y mujeres se halla ordenada en mayor medida por el sentido social, la combinación de los sexos en un grupo ha de preocuparnos menos. Así, es más fácil combinar adultos e incluso niños que adolescentes. Estos, a su vez, pueden combinarse en estudios cuyo tema no se halle tan atravesado por la diferencia de sexos (por ejemplo, los de publicidad).

La combinación de edades diferentes ha de tener en cuenta la diferente inscripción social que estas suponen. Cuando trabajamos en las franjas inferiores, los intervalos de edad han de ser más reducidos que cuando lo hacemos en las superiores. Así, podemos juntar hombres o mujeres de 30 años con otros (otras) de 45. Pero es imposible un intervalo tan amplio para edades menores, pues socialmente no se comunican, debido a su diferente inscripción social<sup>18</sup>.

Hay, no obstante, una norma que conviene seguir al pie de la letra: los grupos, todo grupo individualmente considerado, ha de combinar mínimos de heterogeneidad y de homogeneidad. Mínimos de homogeneidad para mantener la simetría de la relación de los componentes del grupo. Mínimo de heterogeneidad, para asegurar la diferencia necesaria en todo proceso de habla. El límite de la heterogeneidad lo constituye, como hemos dicho, las relaciones sociales de exclusión (la barra que separa a los agentes sociales). Un grupo demasiado homogéneo, por su parte, produce un texto idiota —en su sentido casi literal—, pues las hablas de cada uno de los actantes no se ven confrontadas a la diferencia de otras hablas<sup>19</sup>.

*b)* El número de actantes de cada clase que debemos incluir en un mismo grupo, depende de lo homogéneo o heterogéneo que queramos sea finalmente su diseño. Si hemos decidido incluir una cierta heterogeneidad manejable, habremos de cargar cuantitativamente las tintas sobre la clase que presuponemos puede presentar más dificultades para hacerse con el tema<sup>20</sup>, para expresarse con relación a él. En cualquier caso, el número de actantes por clase, no obedece a ninguna lógica distributiva, sino que se basa en la pertinencia del número para que ese subconjunto de miembros pueda hablar desde su posición de tal subconjunto. El mínimo es, por tanto, siempre dos.

Tras optar por el estudio de determinadas relaciones, diseñada ya su dispersión geográfica y excluidas ciertas combinaciones del interior de cada grupo, obtendríamos el número

total de estos. Cabe con todo, hacer una matización. Por general o sencillo que sea el problema, el número mínimo de grupos de discusión ha de ser siempre de dos. No es un problema de representatividad, sino de escucha: un sólo grupo resulta siempre insuficiente, no porque en él no esté operando "todo" el discurso, sino porque éste no se manifiesta suficientemente para la escucha; no podríamos garantizar la saturación del campo de las diferencias que permite un texto más "polifónico" y, por consiguiente, una escucha más completa.

En el extremo opuesto, un número elevado de grupos, no sólo aumenta la redundancia en proporción muy superior a la información nueva que cada uno produce, sino que, principalmente, dificulta enormemente la escucha. A este respecto, cabe señalar que la capacidad de la técnica para producir información nueva, ha de guardar proporción con la del investigador para absorberla.

c) El tamaño del grupo de discusión se sitúa entre los cinco y los diez actuantes. Esos son los límites mínimo y máximo entre lo que un grupo de discusión funciona correctamente. Se trata de una característica espacial que afecta a la dinámica del grupo.

Un grupo ha de estar constituido necesariamente por más de dos miembros (cfr. Ibáñez 1979: 272 y ss.); dos no constituyen grupo, sino una relación especular. En tres actuantes tendríamos un grupo embrionario: las diferencias entre dos miembros se articulan sobre el tercero; pero exige que ninguno de los participantes se inhíba o quede excluido. Algo similar ocurre cuando los actuantes son cuatro. Si los componentes son cinco, los canales de comunicación entre sus miembros supera ya al número de estos, con lo que la relación grupal se hace posible. Pero más allá de nueve, los canales son tantos que el grupo tenderá a disgregarse en conjuntos de menor tamaño, con lo que se volverá inmanejable para el prescriptor.

Con todo, la experiencia del investigador juega también aquí un papel importante: para la determinación del número de miembros hay que contar con la relación entre el tema y los actuantes. Un investigador experimentado sabe que, si el tema es de carácter público (tomemos de nuevo el ejemplo de un estudio sobre la situación política), un grupo de jóvenes obreros (que se perciben a sí mismos como despojados del Saber) ofrecerá una dinámica lenta y costosa, obligando al prescriptor a intervenir en exceso. El caso contrario lo tendríamos, por ejemplo, en un grupo de profesionales que hubiera de abordar el mismo tema. Este hipotético investigador preferirá, entonces, contar con un grupo de jóvenes obreros de tamaño superior al de un grupo de profesionales. El primero podría aproximarse al límite superior; el segundo al inferior.

d) Un ejemplo concreto de diseño nos puede proporcionar una idea más clara de la diferencia entre el "muestreo" estructural y el distributivo, así como del papel que juegan en su configuración los elementos que hemos abordado hasta el momento.

En un estudio sobre la cultura del alcohol entre los jóvenes de 15 a 25 años de la Comunidad de Madrid<sup>1</sup>, se parte de unas pocas hipótesis de trabajo —las imprescindibles para la configuración razonable de los grupos—, de cuya validez habrá de dar cuenta el propio discurso. El investigador no necesita conocer gran cosa del objeto de estudio. La primera de estas hipótesis, es que el alcohol se halla culturalizado en nuestro país; esto es, que su consumo obedece a ciertas reglas, se transgreden o no. La segunda hipótesis de trabajo es que puede existir toda una subcultura juvenil del consumo de alcohol.

Por su carácter cultural, el proyecto parte de la base de que el alcohol no es un mero objeto de consumo, en el sentido de que no es consumido sólo en términos de la



adscripción a un grupo imaginario —el de los consumidores del producto o de la marca, como sucede de hecho en la mayor parte de los actos de consumo—, sino que es, por el contrario, eminentemente relacional: se consume en el seno de relaciones grupales —se trate o no de grupos naturales—, pero siempre en grupos constituidos en presencia.

A partir de estas hipótesis mínimas, el diseño se planteó de la siguiente manera:

En relación con esto, es bastante probable que encontremos diferencias significativas en el seno del grupo de edad definido (15 a 25 años), por lo que sería necesario identificar en qué intervalos de edad se producirían los cortes hallados (si los hubiere). En suma si se puede hablar o no de una cultura homogénea.

Este marco hipotético mínimo nos permite ya plantear las variables que habrían de entrar en juego en nuestro estudio.

- *Sexo*: obviamente, puesto que se trata de un consumo eminentemente relacional y vinculado al ocio, habríamos de incluir ambos sexos. Ahora bien, precisamente por este carácter relacional, sería también necesario explorar todas las situaciones posibles: el consumo relacional en el que se hallan implicados ambos sexos (“heterosexual”); el consumo relacional “homosexual” (hombres con hombres, mujeres con mujeres). Sería, por tanto, necesario, llevar a cabo grupos mixtos (consumo “heterosexual”), en cuyo interior se puede dar una diferente distribución del consumo según sexos. Pero también grupos “homosexuales”. Existe otra razón en relación con esta necesidad, cual es que la diferencia sexual se halla, entre los más jóvenes, poco normalizada. Esto, unido a la diferencia de edad (las mujeres suelen salir con hombres mayores que ellas), haría impracticables los grupos de discusión mixtos en todas las edades. Para este tipo de grupos reservaremos los intervalos de edad superiores.
- *Edad*: por razones de la necesaria homogeneidad grupal, entendemos que el intervalo de edad de 15 a 25 años, debe ser desglosado en tres subgrupos: de 15 a 16 años; de 17 a 20, y de 21 a 25 años.
- *Status*: tendríamos en cuenta la clase media amplia, así como la clase baja: obreros o, cuando se trate de estudiantes, hijos de obreros.
- *Hábitat*: pensamos que, junto a los habitantes de la ciudad, sería conveniente incluir sujetos que habitaran el cinturón industrial de Madrid, así como poblaciones de la provincia no afectadas por la industria. Al objeto de evitar la intromisión en los grupos de discusión de grupos naturales, creemos que, en la medida de lo posible, los grupos que acogieran a participantes que habitaran en estos dos últimos tipos de poblaciones, deberían realizarse en la ciudad de Madrid, mezclando para cada tipo, habitantes de distintas poblaciones correspondientes a aquel. Reservaríamos los grupos de obreros para aquellos participantes que habitaran en poblaciones del cinturón industrial.

De este modo, nuestra propuesta metodológica sería de carácter estructural o cualitativa. La técnica sería el grupo de discusión. La distribución de los grupos, con un total de nueve, sería la siguiente:

- G.D.1.: Madrid, mujeres de 15 a 16 años, de status medio-medio y medio-alto.
- G.D.2.: Madrid, hombres de 17 a 20 años, de status medio-bajo.

- G.D.3.: Madrid, hombres y mujeres de 21 a 25 años y status medio-medio.
- G.D.4.: Cinturón industrial, hijos de obreros, hombres de 15 a 16 años.
- G.D.5.: Cinturón industrial, obreros o hijos de obreros, hombres de 17 a 20 años.
- G.D.6.: Cinturón industrial, obreros, hombres y mujeres de 21 a 25 años.
- G.D.7.: Población de la provincia, hombres de status medio-bajo y de 15 a 17 años.
- G.D.8.: Población de la provincia, mujeres de status medio-medio y de 17 a 20 años.
- G.D.9.: Población de la provincia, hombres y mujeres de status medio-medio y medio-alto, de 21 a 25 años.

Una vez aprobado el Proyecto, fueron asignadas las poblaciones de la región y del cinturón industrial que habían quedado, hasta ese momento, sin especificar.

Como puede apreciarse, se trataba de combinar heterogeneidad y homogeneidad, para el conjunto del estudio, reservando la heterogeneidad que considerábamos manejable, para aquellos grupos –los de más edad– que mejor pudieran soportarla. La dispersión geográfica –limitada aquí por el ámbito regional del estudio– trataba de saturar el campo de las variantes de consumo posibles, en el supuesto de que los consumos urbano y “rural”, aun respondiendo a las reglas de una misma cultura del alcohol (unidad discursiva), pudieran ser diferentes en cuanto a los comportamientos se refiere. Lo cierto es que las diferencias halladas fueron –estructuralmente hablando– de carácter muy secundario.

### 11.5.2. Fase de campo

Realizado el diseño, se entra en la fase de campo, que en la investigación con grupos responde básicamente a los aspectos “logísticos” y a la captación o selección de los individuos participantes.

a) La *captación o convocatoria* de los grupos, suele ser competencia de personal profesionalizado. Los participantes no deben conocerse entre sí (pues el grupo no puede preexistir al momento de producción del texto, ni en él debe haber huellas de relaciones anteriores), por lo que lo ideal es utilizar las redes sociales reales (amigos, vecinos, parientes...), diversificándolas. Un buen captador (o captadora, pues estos profesionales suelen ser mujeres) es, en este sentido, quien se halla bien ubicado en una red de relaciones sociales, de modo que pueda operar hacia abajo (empleando canales descendentes respecto de su propia ubicación social) y hacia arriba (mediante canales ascendentes). Ahora bien, si la captación no es directa, sino mediante personas interpuestas, el uso de canales ascendentes y descendentes hay que considerarlo ya en la perspectiva de quien ocupa ese primer eslabón (el jefe en relación con su empleado o viceversa; el inquilino en relación con su portero, o viceversa). Un grupo seleccionado mediante canales descendentes a través de persona interpuesta tenderá a aceptar el orden instituido; lo que se reflejará en la aceptación de la “dominación” técnica, por un lado, pero también en su producción discursiva. Si el caso es el contrario, y la posición social de sus miembros es superior a la del prescriptor, el grupo se sentirá en situación de poder con respecto a él (lo que se traducirá en su posición a la hora de producir un texto), salvo que se vinculen voluntaria o inconscientemente a la relación de “dominación” técnica.

Pero lo realmente difícil y preocupante es lo relativo a la convocatoria de grupos de discusión, es que las razones técnicas no queden finalmente supeditadas –como suele ocurrir– a otras más pragmáticas. Así, la urgencia con que habitualmente solicitan los clientes la realización de los estudios, unida a razones de rentabilidad del trabajo de los captadores, suele determinar una situación bien distinta a la que técnicamente puede considerarse ideal: los participantes se conocen entre sí (al menos algunos de ellos) y/o han acudido a grupos de discusión en numerosas ocasiones. Este segundo caso es altamente inconveniente por la tendencia de estos “profesionales”<sup>22</sup> de la reunión de grupo –entre los que se cuentan algunos grandes narcisistas–, a desentenderse de la asimetría que imponen las relaciones técnicas –siempre jerárquicas: el prescriptor no puede ocupar el mismo lugar que los asistentes, pues es el fundamento mismo del grupo–, instalándose en la dimensión placentera de la producción de un texto –como sucede en la tertulia– que, de este modo, queda generalmente alejado de la dimensión de trabajo<sup>23</sup>.

b) Entre el investigador y los participantes en los grupos hay una relación de *contraprestación*. Los segundos producen un texto que es objeto para el investigador. A cambio suelen recibir una prestación económica. La contraprestación objetiva la relación entre ambas partes. Si no la hay, la deuda puede planear peligrosamente sobre el grupo, o la dimensión básica de éste cobrar una relevancia negativa para su desarrollo. En efecto, quien acude al grupo a “donar” su discurso lo hace porque se siente en deuda (con quién o con qué, dependerá de los casos; puede ser con el captador o con el orden del sentido); en tal caso, no es improbable que muestre la agresividad inherente a la donación gratuita. Pero si acude por el placer de la palabra grupal, se resistirá a instalarse en la exigencia de trabajo que requiere el grupo de discusión.

Por esto suele haber contraprestación. Pero este punto es siempre problemático, por lo que se refiere a su forma, cuanto a la cuantificación del servicio prestado. Una relación que se paga en metálico revela en exceso el carácter de producto para la institución del texto que se pide a cambio. Está, además, el problema de cuánto vale esa palabra. Lo usual es emplear formas ambivalentes (el “cheque-regalo”), que es un equivalente de valor y, a la vez, un regalo, lo que, simultáneamente, resuelve en parte el problema de la cuantificación del trabajo realizado en términos dinerarios. Con todo –aunque sea injusto– el valor del producto de un grupo no es, de hecho, independiente del lugar social de quienes lo componen: los grupos de amas de casa o de obreros, reciben a cambio menos que, por ejemplo, los compuestos por ejecutivos.

No siempre es posible, por otra parte, emplear el cheque-regalo. Es el caso de las ciudades pequeñas o de los pueblos. Si en estas situaciones optamos por el regalo, corremos siempre el riesgo de no acertar con el objeto adecuado. Y si lo descartamos, habremos de darles dinero metálico o recurrir al pago en especie (una comida, etc.).

Hay, por otra parte, tipos de grupos para los que la práctica viene consagrando el pago en moneda contante y sonante. Es el caso de los grupos de adolescentes que carecen de recursos propios (estudiantes, parados...). Y el de los médicos especialistas, en los estudios para la industria farmacéutica<sup>24</sup>.

c) Los grupos de discusión suelen realizarse en las salas de las empresas de investigación; en salas privadas existentes al efecto y que se alquilan por horas o días a los investigadores; o en hoteles.

Todo *espacio físico* es, inmediatamente, significativo. Podría hacerse, así, una semiología del espacio; cada espacio produce efectos sobre el desenvolvimiento del grupo, por lo que es necesario borrar en aquel toda *marca* que pueda operar como *marco*, consciente o inconsciente, del grupo. Los tres tipos señalados más arriba ofrecen un marco neutro (son espacios no marcados) en el contexto de la investigación social o de consumo habitual. El grupo puede situarse en ellos en posición de objeto para la investigación (es decir, para su manipulación social o para el consumo). Pero si el local está marcado por relaciones instituidas o instituyentes, el texto mostrará la huella de esa marca. Un espacio no marcado, produce un efecto cero sobre el texto. Un espacio marcado, afecta a la producción del texto, en una dirección instituyente o inhibiendo ésta (en la dirección de lo instituido). Así, una investigación con obreros sobre el papel de los sindicatos y la defensa de los intereses de clase (suponiendo que alguien pagara por ello), en el marco físico de una sede sindical, marcaría al grupo en la dirección de la aceptación del *statu quo*. Lo mismo sucedería si estudiáramos la imagen de las fuerzas del orden en una dependencia del Ministerio del Interior. Por el contrario, y como hipótesis, una investigación sobre desarrollo económico y medio ambiente en los locales de una asociación ecologista, podría potenciar artificialmente la producción de un texto abierto a lo instituyente... Todo ello en el supuesto de que los entrevistados no se negaran, simplemente, a acudir a una cita que tuviera como marco este tipo de locales, o que, aun acudiendo, no se desatara en ellos una relación persecutoria con el prescriptor.

d) Dentro del local, en la sala en que se va a celebrar la reunión, la *disposición del espacio* y de sus componentes (mesas y sillas, fundamentalmente) posee también valor significativo.

Aquí, el espacio del grupo se halla predeterminado, por lo que los intervinientes no podrán conquistarlo sino imaginariamente, lo que se manifiesta en la elección del lugar que cada uno ocupará a lo largo del desarrollo de la reunión, en los titubeos ante la silla, etc. La conquista imaginaria del espacio no suele producir problema alguno en las mayoría de las ocasiones, en relación con la dinámica del grupo. Pero a veces puede ser preferible asignarles determinados asientos. Así, por ejemplo, en algunos grupos mixtos, en los que las mujeres tienden a sentarse junto a las mujeres, y los hombres junto a los hombres, como para mejor arroparse así en la identidad (esto es: en la diferencia). Esto crea una situación de configuración inicial del grupo que puede fomentar, más tarde, la cristalización de posiciones (discursivas) sexuales enfrentadas.

La existencia misma de una mesa potencia el grupo de trabajo (la dimensión de trabajo del grupo de discusión), e inhibe el grupo básico (digamos, simplificando, la dimensión placentera vinculada al acto de "consumir" la relación grupal misma). Si no hay mesa, tenemos la situación contraria, y es evidente que la dimensión de trabajo se ha de hallar presente a todo lo largo del tiempo del grupo.

Y si la presencia de la mesa es significativa para el grupo, también lo es su forma. Las mesas alargadas dificultan la comunicación entre los actuantes, que a veces ni siquiera pueden verse bien unos a otros, y que no equidistan del centro; en ellas, el centro lo ocupa el prescriptor, que se halla, sin embargo, descentrado espacialmente. Si el grupo se dirige a él se descentra (no se toma a sí mismo como centro); si se dirige a aquellos con los que puede mantener una conversación más fluida, se fragmenta. La mesa alargada —especialmente la rectangular— es muy poco recomendable para la realización de grupos<sup>25</sup>. Opera, también, como metáfora de la incomunicación real.

Mesas de formas similares, ofrecen también dificultades similares.

La mesa redonda es siempre la más aconsejable; inscribe a los actuantes en un círculo que mira hacia su centro; facilita espacialmente la comunicación, pues el centro físico es el centro del grupo, y cada actuante equidista de él. Pero a la vez, la mesa redonda es una metáfora del círculo, y este posee la forma fantasmática del grupo por excelencia (el grupo de pares). El círculo es la forma fantasmática de la fraternidad, de la Asamblea (en la *Ilíada*, Aquiles y Agamenón dirimen sus querellas en el círculo asambleario), del grupo de pares (los caballeros de la mesa redonda), etc. Por ello, la comunicación viene facilitada también imaginariamente, pues está inscrita ya en la propia disposición del espacio.

*e)* El *texto producido* por los grupos de discusión es registrado en cinta magnetofónica y/o en vídeo. Esto permite la transcripción de los componentes lingüísticos (se pierden los prosódicos), del registro magnético. El vídeo registra también los componentes secundarios kinésico y proxémico. Estos últimos no añaden realmente gran cosa a un análisis que es principalmente de carácter semántico. En determinadas ocasiones, permiten reconstruir el sentido de algunas locuciones que, de otro modo, permanecería oscuro. Es el caso de aquellos grupos cuya habla versa sobre uno o más objetos en presencia, y que emplean componentes kinésicos (gestos con las manos, por ejemplo) o deícticos para referirse a ellos (“este”, “ese”, “el que está a la derecha”, etc.).

El registro cumple dos funciones: por un lado, recoge el texto en toda su extensión y literalmente, de modo que el análisis pueda operar sobre este material bruto, sin ningún filtro intermedio. Por otro, viene a objetivar la dimensión de trabajo del grupo (el texto se produce como objeto para otro). Esto último habría de bastar para que cualquiera pudiera comprender que, sea uno u otro el registro empleado, ha de estar siempre visible para todos los intervinientes. Hay, además, otras dos razones para ello. La primera es ética —por más que en nuestros días un concepto como éste pueda mover a risa a tantos—: los actuantes tienen derecho a saber que sus hablas están siendo registradas y sus movimientos observados; tienen derecho, también, a saber quién lo está haciendo. La segunda razón es técnica, pero se articula con la primera en un punto: un grupo que descubre una forma de registro de la que no había sido informado, puede, cuando menos, inhibirse; en el peor de los casos, rebelarse rompiendo, de este modo, la situación discursiva<sup>26</sup>.

Algún día habrá de hacerse la historia de la trastienda de las técnicas de investigación. Quizá ella pueda darnos cuenta de las razones que mueven a algunos investigadores a jugar el papel de diletantes agentes secretos, ocultando los registros que emplean. Falsos espejos (cristales polarizados), desde los que el cliente sigue las reuniones; cámaras de vídeo ocultas; micrófonos camuflados tras exhuberantes plantas, etc., el repertorio de los procedimientos de ocultación que a veces se emplean no es, en verdad, pequeño. La experiencia misma demuestra, sin embargo, la inutilidad de tales comportamientos. Cualquier grupo está, en principio, dispuesto a aceptar la presencia (visible, por tanto), de cualquier tipo de registro, siempre que sea advertido y enmarcado en su contexto técnico. “Una presencia patente —escribe Ibáñez (1979)— es asimilada por el grupo como uno de los componentes de su situación real. Es también una de las fronteras del grupo, su frontera temporal, y el proceso de estrellarse contra ella e intentar pasar al otro lado enriquece la vida del grupo”.

*f)* La *duración de un grupo de discusión* es siempre un efecto de puntuación del prescriptor. Este inaugura el tiempo del grupo al exponer el tema del que quiere que se hable. El grupo muere (acaba su tiempo), cuando el prescriptor decide que han sido suficientemente cubiertos los temas para cuya discusión había sido constituido.

Este tiempo es variable. Depende de la dinámica particular de cada grupo y del tema a tratar, lo que equivale a decir que depende del tipo de estudio y del grado de "cristalización" del discurso. "Tema" encierra en realidad una relación de objetivos de información, contemplados ya en la fase de proyecto. Hay, por consiguiente, temas que tienen mayor extensión que otros. Así, si realizamos un estudio básico sobre las bebidas alcohólicas, el tema tendrá mayor extensión lógica (pues ha de contemplar las relaciones entre los distintos tipos de bebidas) que si queremos conocer tan sólo el campo semántico del vino. Y éste, mayor extensión que si lo que nos interesa es la imagen de marca de un vino del Priorato. Un "pre-test" publicitario de una sola línea de comunicación no debería ocuparnos más de una hora (y aun menos), mientras que un estudio sobre la situación política general, que haya de concretarse en la indagación de espacios políticos, podrá durar dos horas.

Si el campo semántico de que se trate está muy cristalizado, se compondrá con mayor rapidez que si se halla en formación.

Entonces, la duración normal de un grupo de discusión oscilará entre los sesenta minutos y las dos horas. Recientemente, sin embargo, se han puesto de moda entre nosotros, vía importación, los llamados "grupos de larga duración" (que se sitúan en torno a las cuatro horas). También los hay que ocupan un fin de semana completo. En este último caso, el grupo tendería a naturalizarse (se establecerían entre sus miembros relaciones extra-discursivas), por lo que no parece que sean muy adecuados para el análisis del discurso. Los grupos de "larga duración" producen "fatiga" discursiva; el discurso se agota: llega un momento en que no hay más que decir, salvo lo mismo. Estos grupos requieren, como es obvio, un gran esfuerzo también por parte del prescriptor, el cual, a partir de un determinado momento, ha de introducir constantemente nuevos estímulos que saquen a ese fatigado discurso de su somnolencia.

Si el tema lo justificara, un grupo podría llegar a durar cuatro horas. Pero cuando se habla de grupos de "larga duración", estamos ante un grupo que *debe durar* ese tiempo. Es decir, que estamos ante una técnica de investigación que ha sido vendida a un cliente como un "producto" especificado en términos de tiempo. Discutir la pertinencia de una técnica semejante nos retrotraería al problema de la "profundidad" del sentido; es obvio que de este tipo de grupos se espera un rendimiento superior en términos de "profundización" en el sentido (y no sólo de extensión de los temas que han de cubrirse). Pero no hay profundidad alguna en el discurso, porque no tiene volumen.

## 11.6. La dinámica del grupo de discusión

Una vez vistos los pasos previos a la realización del grupo de discusión, podemos ocuparnos de los papeles que en él se juegan, así como de su dinámica.

Un grupo, como cualquier conjunto, no es una mera colección de elementos. Para que haya grupo es necesario que se hallan establecido relaciones entre sus miembros, lo que significa que cuando entramos en la sala de reuniones no tenemos sino participantes todavía individualizados. Nada, sino la común respuesta a una convocatoria exterior, los liga todavía. El grupo se constituirá en un proceso, y habrá de hacerlo de la única forma en que le es posible: hablando.

En un grupo de discusión hay dos clases de relaciones: la que liga a cada individuo con el grupo de pares, y la que liga a éste con el prescriptor<sup>21</sup>. La constitución de un grupo se da en el punto de cruce de ambas.

### 11.6.1. La intervención inicial

Estas relaciones no son, obviamente, simétricas. Las que ligan a cada individuo con el grupo son secundarias a las que ligan al grupo con el prescriptor. La razón de esto es que el grupo se constituye en, por y para el prescriptor. Esta figura se erige sobre el modelo del Padre Ausente, viene a representar el lugar de la Ley. El grupo, entonces, comienza a articularse teniendo al prescriptor como eje. Si el prescriptor abdica de su función, aparecerá el grupo básico o la mera angustia: el grupo de discusión se rompe.

El prescriptor opera, entonces, de un modo interior al grupo (por cuanto lo constituye), a la vez que exterior (el fundamento no es del orden de lo fundado; además, no participa en la producción del texto. Interviene en el texto que allí se va produciendo, pero lo hace en la perspectiva de la observación).

Los participantes tendrán a su debido tiempo la palabra, pero ésta se halla sujeta (prescrita) al prescriptor, que se la concede, que enuncia el encuadre técnico, el marco temático, y que opera sobre su producción a lo largo de la reunión. Hay, por tanto, varios momentos lógicos en el proceso inicial de constitución del grupo, pero todos ellos se dan de una vez y como un todo en la intervención inicial del prescriptor. Una intervención inicial tipo, podría ser algo como lo que sigue:

Buenas tardes. Antes de comenzar quería agradecerles su asistencia. Les hemos convocado para hablar del consumo de alcohol; estamos llevando a cabo una investigación sociológica sobre este tema, y para ello estamos realizando diversas reuniones como ésta, en las que se trata de que ustedes discutan sobre el tema, como en una mesa redonda, abordándolo inicialmente desde la perspectiva que les parezca más relevante u oportuna. Después iremos concretando los diversos aspectos que vayan apareciendo espontáneamente y otros de interés para el estudio. Como comprenderán, para esta investigación es de capital importancia que sometan a discusión aquí sus opiniones, y que comenten todo cuanto se les ocurra sobre este tema del alcohol.

En esta intervención inicial, tenemos ya todos los componentes mencionados:

1. El tema se ha enunciado de modo muy general, pero en él hay ya un encuadre. Por un lado circunscribe suficientemente el ámbito o los límites de la discusión, pero deja abierto su contenido a la entrada de toda información que pueda ser considerada pertinente en los propios términos del discurso (no hay imposición *a priori* de sentido). Obsérvese que el hipotético prescriptor de este hipotético estudio habla de "tema", término que repite varias veces, no porque su también hipotético léxico carezca de los sinónimos adecuados, sino para evitar introducir la idea explícita o implícita de "problema". Será el discurso quien decida si el tema es o no un problema.
2. El encuadre técnico se ha realizado de un modo conciso, pero suficiente. La técnica es de la incumbencia del técnico y no se ha de implicar al grupo en exceso en sus razones y procedimientos<sup>28</sup>.
3. Y aún hay un tercer aspecto que nos parece fundamental: la infatuación narcisista del grupo, que comienza con el agradecimiento por la asistencia, y se retoma más adelante al hacerles ver la importancia de sus opiniones para el buen curso de la investigación. Veamos brevemente los aspectos 1) y 3).

Al comienzo, los participantes no son más que una colección de individuos anónimos, convocados anónimamente<sup>29</sup>, para acudir a un lugar que nunca antes han pisado, con el fin

de que hablen de un tema del que no tienen sino una noción vaga, que no se conocían entre sí y que, por supuesto, no conocían tampoco al prescriptor. Esto, que no es sino un pre-requisito de ese grupo artificial que es el grupo de discusión, supone una merma importante del narcisismo individual. En esa conjunción de anonimato –cada participante no representa más opinión que la suya– y vaguedad de la situación, el yo es todavía muy poca cosa.

La primera intervención del prescriptor habrá de conllevar, por tanto, el establecimiento de un estatuto legal para el grupo. La legitimidad de la palabra del grupo, y de cada uno de sus miembros procede, decimos, del prescriptor. Este enuncia una demanda que contiene el reconocimiento del valor de la palabra de los allí reunidos. Reconocimiento que es –como todo reconocimiento–, mutuo: mi palabra tiene valor en cuanto que la valora aquel cuya palabra valoro. La palabra puede funcionar en la medida en que hay un prescriptor que concede valor a la palabra, que establece la ley del discurso. La palabra se sostiene en él, que guarda los límites, permite la diferencia individual y el acoplamiento ideológico-discursivo, simultáneamente. Cada cual hablará, entonces, para establecer su habla (para hacerse con el sentido), que el otro replicará afirmando o negando o, lo que es más común, deslizando el sentido (matizando o abriendo otros temas).

Ese es el primer paso –fundamental– en la constitución del grupo, el establecimiento de la Ley que lo configura.

Cuando el prescriptor concede valor a la palabra del grupo, está sosteniendo el narcisismo indispensable para que aquella se exprese. Se coloca del lado de la escucha de una palabra que se convertirá en Saber en el análisis. Infatúa al grupo, pero no le miente, pues en efecto, el prescriptor no sabe. No saber es requisito indispensable para la escucha. El que sabe no tiene nada que escuchar. Por grande que sea el conocimiento previo que el investigador posca sobre un tema determinado, no sabe. Y no sabe porque de lo que ha de saber es del texto que allí *habrá de producirse*. Y si no se ha producido, aún no sabe.

En este sentido, el prescriptor no puede querer situarse por encima del grupo y ocupar el lugar del Saber, teorizando en exceso sobre la técnica o sobre el material lingüístico que el grupo vaya produciendo (por ejemplo, interpretando constantemente). Esta actitud es siempre perniciosa. El prescriptor no está en posición simétrica con el grupo, pero tampoco puede planear sobre él, porque una actitud tal sólo podría interpretarse como que considera el grupo como una nadería (pues él tiene el Saber).

En el ejemplo anterior de intervención inicial (o provocación, como gustaba decir con fundamento Ibáñez), se propone un tema para su discusión, y se enuncia de un modo general. No es el único modo. Ibáñez señala dos, cada uno de los cuales se subdivide, a su vez, en dos variantes:

La *propuesta del tema* a discutir puede ser, en general, *directa (inmediata)*, enunciando el tema: “Vamos a hablar de la OTAN”; *mediata*, enunciando un tema que contenga lógicamente el tema: “Vamos a hablar de pactos militares” o *indirecta* (enunciando un tema que lleve al tema por condensación metafórica –“Vamos a hablar del Mercado Común Europeo”– o por desplazamiento metonímico –“Vamos a hablar de política exterior y de Defensa de España”–). Pero, sea cualquiera el tipo de propuesta, cada palabra empleada resulta problemática.

En efecto, cada palabra es problemática. Y, más particularmente, alguna de las propuestas de este ejemplo, implican que el investigador ya sabe algo acerca de la estructura del discurso. Son, por tanto, propuestas que no pueden ensayarse en el primer grupo de un estudio.



En nuestra opinión, lo más conveniente es tomar conciencia del campo semántico a que se abre, en el primer grupo, nuestra propuesta inicial, al objeto de determinar si es necesario modificarla en grupos ulteriores. Con todo, las propuestas que se prestan menos a la aparición de problemas, y que permiten conocer el contexto discursivo en que emerge el tema que nos interesa, es la que Ibáñez denominaría *directa mediata*. Pero si viéramos que el tema propuesto de esta manera se abre a campos semánticos excesivamente amplios, podemos ensayar, en un segundo grupo, una propuesta *directa inmediata*<sup>30</sup>.

### 11.6.2. La convergencia en la estructura del sentido

A partir de ese momento inicial, el grupo tendrá que configurarse en la palabra, esto es, haciendo converger cada uno de los decires individuales en el sentido social. Esto, naturalmente, no se produce sin algún titubeo. Esta dinámica puede describirse aproximadamente de la manera siguiente:

1. Al prescriptor se le pide que dirija la conversación, que formule preguntas o que imponga un turno si nadie se atreve a tomar la palabra<sup>31</sup>. Pero aquél rehusa la dirección formal y explícita de la discusión (mantiene, como es obvio su posición asimétrica: negándose a aquello reafirmará su dirección sobre el recorrido por el que el grupo transite). De este modo, el grupo queda instituido como espacio de habla. El grupo debe converger en el grupo.
2. Este suele ser el momento que más teme el prescriptor novato, que se angustia porque teme al silencio que suele seguir. Pero no hay nada que temer. Si hay silencio será el grupo el que se angustie; y para romper la angustia habrá de tomar la palabra. Que en este punto el prescriptor calle para “aguantar el silencio”, como se dice a veces, nos parece una práctica innecesariamente sádica (pues no significa otra cosa que el grupo aguante su angustia) e injustificada desde una perspectiva exclusivamente técnica. Lo razonable no es callar, sino insistir en que el grupo tome la palabra. Finalmente alguien se hará cargo de esta función.
3. Si quien toma la palabra se dirige al prescriptor, en busca de aprobación, éste no corresponderá a la demanda. Para el investigador no existe en el texto que el grupo produce lo verdadero, ni lo falso. Tampoco lo pertinente y lo no pertinente (salvo que la conversación desborde el encuadre del tema propuesto). Supongamos una respuesta primera que, después, pide verificación sobre su pertinencia (“¿es de esto de lo que quiere que hablemos?”), el prescriptor no lo verificará, sino que devolverá la pregunta al grupo, para que sea éste el que juzgue sobre su pertinencia estructural<sup>32</sup>.
4. A partir de este momento, cada miembro del grupo girará hacia el centro. Las hablas individuales tomarán como centro al propio grupo. Las diversas opiniones se verificarán y recuperarán en ese espacio. El grupo comienza a caminar al cerrarse sobre sí mismo.
5. En ese acoplamiento de las hablas individuales al espacio de convergencia que supone la estructura del discurso social diseminado, que el grupo (re)ordena para sí mismo, puede siempre observarse una dialéctica de sumisión-identificación-agresión, que no es otra cosa que la puesta en juego de la dialéctica de reconocimiento-acoplamiento-diferencia del yo. En efecto, todo yo —como hemos dicho— es yo en grupo; y no puede serlo sin el grupo, siendo que, para ser yo, ha de ser, a la vez,

distinto del grupo. El yo es grupal y, al mismo tiempo, peligra en el grupo; es grupal, pero se da como yo individual. Por ello querrá, a la vez, reconocerse en el grupo y afirmarse como entidad individual (resistencia narcisista: "yo" no es como los otros). El yo necesita diferenciarse del grupo, del mismo modo que cada grupo precisa diferenciarse de los demás grupos. Dos cosas se hacen así fundamentales: hablar (para establecer la diferencia yoica con respecto al grupo)<sup>33</sup> y reconocerse en el otro (el Otro lacaniano), para asegurarse como yo. Se trata de un mismo movimiento en dos momentos: hay que hablar para mantener la diferencia, hay que buscar la formulación individual y singular de la cosa, siendo que en ese trasiego lo que se alcanza es la convergencia en la estructura del sentido.

### 11.6.3. *¿De qué modo intervine el prescriptor durante la sesión?*

1. En primer lugar, ha de continuar operando como motor del grupo. Esto implica que ha de fomentar las relaciones simétricas, la igualdad de los miembros. Aquí nos encontramos con el —al parecer—, siempre espinoso problema del líder. Se ha dicho hasta la saciedad que el prescriptor ha de acallararlo, porque influye a los demás participantes. Pero esta afirmación se sostiene, paradójicamente, sobre la idea ingenua de que el sentido es individual. Así, él tendría un sentido, que impondría a los demás. Y los demás actuantes, ¿carecerían de sentido? ¿De dónde podría obtener un líder el sentido de su decir, sino del sentido (es decir, del mismo lugar que el resto de los actuantes)? Y, ¿por qué es líder, sino porque enuncia el sentido en el que los demás se reconocen (naturalmente, salvo que hagamos intervenir aquí a la gracia divina)? Al líder no hay que callarlo, sino controlarlo para que siga habiendo grupo. El único líder al que hay que acallar es aquel que se constituye como tal contra el grupo. Uno y otro son fácilmente diferenciables: en el segundo caso, el grupo intenta rebelarse, o se inhibe buscando que sea el prescriptor quien devuelva la palabra al grupo.
2. En segundo lugar, interviene como testigo del encuadre, no permitiendo que las hablas vaguen por caminos ajenos a él. Hay quien piensa que el prescriptor no debe intervenir en este punto, que ha de esperar a que sea el propio grupo el que reorienta su habla errante. Pero, con ello, ¿no se deslegitima el prescriptor respecto de su papel?, ¿y no deslegitima la palabra del grupo, simultáneamente<sup>34</sup>? Esto permite resituar al grupo en la dimensión de trabajo (errar es propio del componente básico del grupo), lo que ha de hacerse, sin dejar de valorar su palabra<sup>35</sup>.
3. Por último, interviene en los nudos del discurso. Bien requiriendo el completamiento de determinados argumentos, bien, señalando aquellas contradicciones en el texto, que el grupo no aborde espontáneamente. Pero también abriendo temas conexos e, incluso, interpretando. La interpretación, con todo, es siempre peligrosa, pues supone una posición de Saber exterior al propio discurso. Si el grupo la acepta, puede continuar operando con ella. Pero si no lo hace, se puede abrir una brecha entre el grupo y el prescriptor.

Todas estas intervenciones tienen también su regla formal. Deben hacerse mediante enunciados que no hagan presente la subjetividad del investigador, que en el grupo ha de ser antes que un sujeto (que posee su propio deseo, sus opiniones, sus creencias, etc.), una función.

El héroe –venía a decir Hegel en la *Fenomenología del Espíritu*–, no es tal para su ayuda de cámara, porque éste le ve en la singularidad del individuo sujeto a necesidad. Es héroe tan sólo en cuanto que encarna un lugar, una función. No se trata de que el prescriptor sea un héroe, sino de que no deje de ser prescriptor.

---

## NOTAS AL CAPÍTULO 11

---

<sup>1</sup> En la literatura al uso, los conceptos de “texto” y de “discurso” suelen ser empleados de muy diferentes maneras. No ya entre los sociólogos, sino incluso entre los lingüistas, encontramos esta misma falta de cristalización de los términos. Así, mientras que Van Dijk, emplea “texto” para designar un constructo teórico de índole abstracta, del que el “discurso” no sería sino su actualización, Halliday, otro reconocido lingüista, emplea “texto” para designar la actualización. Por nuestra parte, empleamos “texto” y “discurso” en el sentido indicado y de un modo totalmente provisional. Ibáñez (1979), discute en varias partes de su obra ambos conceptos.

<sup>2</sup> Son pocos los investigadores que tienen conciencia de que el análisis del discurso vinculado a esta tradición tiene poco que ver con las prácticas similares que se realizan en el extranjero. En la tradición anglosajona, pero no sólo en ella, la investigación cualitativa del discurso, apenas pasa del análisis de contenido en el mejor de los casos cuando no se pierde en el terreno de la descripción más pedestre. Jesús Ibáñez señaló en más de una ocasión que, mientras debíamos importar la tecnología de la investigación cuantitativa, estábamos en condiciones de exportar la cualitativa. Por qué esto no ha sucedido, hasta el punto de que ya se barrunta entre nosotros la disolución de esta tradición investigadora autóctona, en beneficio de una perspectiva cualitativa anglosajona, de menor capacidad analítica; o por qué se habla ya de “nuevas” u “otras” investigaciones cualitativas, que no suponen frente a aquella (que pasaría así a quedar marcada como “tradicional”), sino un retroceso obvio, es algo que habría de desentrañar una sociología de la sociología española, y que guarda relación con la incapacidad de la Universidad española para desarrollar un pensamiento propio, cuanto con una dinámica del mercado de la investigación entregada a la multinacionalización de sus productos. También –justo es decirlo–, con el hecho de que los padres fundadores del análisis del discurso en nuestro país, inauguraron una tradición analítica, pero no parecen haber sido capaces de crear lo que, propiamente hablando, podríamos denominar una escuela de pensamiento.

<sup>3</sup> Una exposición amplia y razonada de las relaciones entre las metodologías “cualitativa” y “cuantitativa”, que incluye una breve historia de la trayectoria de ambas en España, se encuentra en Ibáñez (1992). Véanse también los cinco primeros capítulos del presente libro.

<sup>4</sup> En la entrevista, además, la transferencia que se abre en la relación entre entrevistador y entrevistado obstaculiza la producción discursiva.

<sup>5</sup> Esto, naturalmente, exigiría la redefinición de las relaciones entre lengua y habla, aspecto del que da cuenta el citado trabajo de Pereña (1979a).

<sup>6</sup> Cuando el investigador demasiado obsesivo se irrita por las incoherencias presentes en la hablas de los individuos, se las atribuye a éstos como característica psicológica, sin pararse a pensar que la “incoherencia” está inscrita en lo más íntimo de la estructura del lenguaje. El obsesivo querría que el lenguaje fuera siempre coincidente consigo mismo, que hubiera adecuación plena entre significante y significado –esto es, que el signo fuera una unidad autosubsistente–; añora, entonces, lo que nunca existió: el lenguaje natural formulado como el lenguaje matemático. Y trataría (vano intento) de agotar la realidad lingüística en el número.

<sup>7</sup> No así en el español del siglo de Tirso, como cuando D. Gonzalo, en *El Burlador de Sevilla* afirma: “Las maravillas de Dios son, don Juan, investigables...” Aquí “in”(vestigables), parece funcionar con valor de prefijo de negación. Hoy diríamos que no son investigables.

<sup>8</sup> El criterio de pertinencia es interior al discurso producido y no puede ser impuesto por la instancia investigadora. La pertinencia determina qué elementos (lexemas y semas) forman parte del conjunto (campo semántico de que se trate). De este modo, hay retroalimentación de sentido: la respuesta se desdobra y proyecta a su vez sobre la pregunta, lo que permite al investigador modificar sus preguntas (que en un primer momento, al menos, no son sino un eco de la demanda de su cliente) si no se articulan con el campo semántico que el discurso pone en juego. Ibáñez (1986) pone un ejemplo muy claro: si, contratados para llevar a cabo la elaboración de una pregunta clave para juzgar al Presidente del Gobierno, sociólogos de diferentes ideologías se pusieran manos a la obra inmediatamente, posiblemente introducirían cada uno de ellos criterios muy distintos (la autoridad, la eficacia, la modernidad, la honestidad, la defensa de los intereses de clase...). Pero, si antes de esto, realizaran una pequeña investigación estructural, podrían ver cuáles son los criterios (y en qué planos se sitúan) pertinentes para la población, a la hora de juzgar al Presidente del Gobierno. Conviene tener en cuenta, no obstante, que los campos semánticos no son nunca absolutos, y que se hallan cerrados tan sólo de modo estratégico. Dicho de otro modo y utilizando ejemplos extraídos de estudios reales: no existe el campo semántico “Presidente del Gobierno” (en el que éste fuera el lexema a investigar), sino, por ejemplo, el subcampo semántico de la figura del Presidente del Gobierno en relación con la permanencia de España en la OTAN, que puede poner en juego criterios, elementos y relaciones diferentes que en el subcampo semántico Presidente del Gobierno en relación con la reconversión industrial. En realidad, cada campo semántico supone la reorganización de los elementos y de sus relaciones, respecto de otros campos semánticos de mayor generalidad en los que puedan estar inscritos.

<sup>9</sup> Este supuesto lo sostiene, particularmente, la psicología social norteamericana. La entrevista “en profundidad”, crea la ilusión de profundidad “del sentido” porque permite una supuesta implicación del sujeto con su palabra, una manera de expresarse individualizada (que no es, en verdad, otra cosa que un habla o realización individual del sentido social), las referencias de detalle y aun la presencia en el habla del entrevistado de aspectos de su síntoma individual. Todo ello crea —decimos— la ilusión de profundidad, como si el sentido tuviera que ver con el volumen, como si hubiera un lugar recóndito de la subjetividad en que aquel anidara y que no pudiera emerger en una situación discursiva o de conversación. Así, es posible encontrar en textos norteamericanos, afirmaciones como ésta: “... en las entrevistas grupales probablemente nunca obtenga (el investigador) la comprensión honda que se adquiere en las entrevistas persona a persona” (Taylor y Bogdan, 1992).

<sup>10</sup> Ibáñez (1992) recrea brevemente la historia de esta técnica, y sitúa su “presentación en sociedad” en el año 1969, en el contexto de unas jornadas sobre publicidad. Señala, sin embargo, que ya desde 1965, en lo que entonces era el instituto ECO, venían haciendo los primeros “tanteos con el grupo de discusión”.

<sup>11</sup> Decimos esto puesto que, habitualmente, toda investigación empírica tiene un cliente que la pone a su servicio. Aquí, el investigador se hace cargo de la pregunta y trata de devolver —tras la investigación—, una respuesta. Pero, incluso en el caso hipotético —e improbabilísimo, salvo mediación del azar en forma de premio de Lotería Primitiva o similar— de que el investigador no precisara contar con un cliente para llevar a cabo una investigación, necesitaría una pregunta —que en este caso habría de ser propia—, para comenzar.

<sup>12</sup> Uno de los comportamientos más extendidos en el mercado de la investigación, consiste en desconocer lo que cada demanda tiene de específico; desconocer la demanda del cliente, para ins-

cribirla inmediatamente en algún tipo de investigación de carácter más o menos estandarizado (así, en muchas ocasiones se responde a la demanda con una etiqueta, como si en lugar de habérsenos hecho una demanda, se nos hubiera pedido una clasificación, y decimos: "eso es un estudio de imagen", o "eso es un test de producto"). Cuando la demanda no está suficientemente bien formulada, el investigador debiera darse la tarea, como primera fase de la investigación, construirla en relación estrecha con su cliente (es también cierto, por otra parte, que en la medida en que los departamentos de *márketing* de las empresas han ido incorporando funciones de investigación, al investigador suelen llegarle demandas ya muy elaboradas; excesivamente elaboradas, en muchas ocasiones).

<sup>13</sup> Por razones prácticas, fundamentalmente de coste, no se corrigen los diseños sobre la marcha (esto es, a medida que producimos información mediante los grupos de discusión). Esto, sin embargo, es perfectamente posible.

<sup>14</sup> Lo cual, contra lo que pueda creerse, no es infrecuente cuando actuamos de esta manera.

<sup>15</sup> En un estudio sobre la situación política, se realizaron grupos de discusión definidos por afinidad ideológica, pero no se tuvo en cuenta la clase social de los asistentes. En concreto, en un grupo realizado en Barcelona con asistentes afines a la izquierda parlamentaria, la clase social —y su correlato: el nivel cultural— se mostraron incommunicables, más allá de la afinidad ideológica de sus miembros: los profesionales medios que acudieron al grupo hablaban entre sí, y sin dirigirse a, ni retomar lo dicho por sus compañeros de afinidad ideológica proletarios y, por consiguiente, de nivel cultural más bajo.

<sup>16</sup> Por más que los hombres puedan en privado (con las mujeres), o en el seno de grupos "homosexuales" (los "amigotes", por ejemplo), mostrar sus preferencias sobre determinados tipos de prendas interiores femeninas; por más, en definitiva, que algo tengan los hombres que decir al respecto, ¿podría imaginarse nadie un grupo de discusión "heterosexual" para tratar este tema? Lo que obtendríamos, en el mejor de los casos, es información acerca del modo en que hombres y mujeres pueden hablar entre sí y en público de la sexualidad, la seducción y el fetichismo. O veríamos emerger una especie de grupo terapéutico. Es evidente que el tema distribuye las posibilidades de comunicación en los grupos de discusión, permitiendo algunas y prohibiendo otras.

<sup>17</sup> En un reciente estudio sobre los jóvenes y el alcohol, optamos por separar a los adolescentes de ambos sexos, como pura precaución técnica. La opción se demostró acertada al escuchar en los grupos la posición de ambos sexos sobre el mismo tema. El texto masculino implicaba determinadas apreciaciones acerca de la relación de sus compañeras de edad (y de consumo en los fines de semana) con el alcohol, que no hubieran sido fácilmente expresadas en un grupo mixto. Del mismo modo, las jóvenes mantenían una relación con el alcohol en el que la dimensión más subjetiva de su posición (de sexo), difícilmente hubiera emergido en un grupo en el que hubieran estado presentes también sus compañeros masculinos.

<sup>18</sup> De hecho, si nuestra investigación afecta a adolescentes, el intervalo de edad posible en un mismo grupo habrá de ser, a veces, inferior a tres años. Entre jóvenes de 15 años y de 16 es posible la comunicación, porque su ubicación en lo social y sus experiencias son similares. Pero entre jóvenes de 15 años y de 18 puede existir un abismo (pensemos, por ejemplo, en el modo en que el servicio militar marca a los varones).

<sup>19</sup> En un grupo realizado para una marca de automóviles, el cliente impuso el diseño de los grupos al investigador —cosa, por cierto, cada vez más frecuente—; uno de los grupos estaba constituido por actantes que poseían como atributo en común, la propiedad de un coche de un modelo determinado del segmento medio, —de la marca del cliente—, así como el hecho de que su coche anterior era de la misma marca y modelo. Nada más comenzar el grupo, uno de esos actantes "profesionales" que tanto abundan, toma la palabra y enuncia: "El (marca y modelo del coche) es cojonudo"; a ésto, los demás participantes respondieron afirmativamente y con fervor. Como el diseño no había

incluido ningún actuante de otro conjunto de usuarios, que pudiera matizar o limitar tal expresión, la dinámica del grupo transcurrió, desde ese momento, por los caminos de la idiocia. Un diseño más abierto a la heterogeneidad, hubiera permitido afirmaciones más matizadas, hubiera facilitado la discusión y, por consiguiente, una convergencia en un imaginario colectivo que tuviera en cuenta las diferencias existentes entre marcas y modelos.

<sup>20</sup> En los estudios de automóviles, dado que se trata de un objeto eminentemente masculino, se suele evitar la inclusión en un mismo grupo de los dos sexos. Cuando, por alguna razón, esto no es posible, se privilegia la presencia femenina cuantitativamente o, al menos, al cincuenta por ciento.

<sup>21</sup> Anselmo Peinado y Paloma Portero, con el asesoramiento técnico de Francisco Pereña, para Q. Índice S. A. *La Cultura del alcohol entre los jóvenes de la Comunidad de Madrid*. Documentos Técnicos de Salud Pública. Núm. 9. Estudio estructural realizado a demanda de la Consejería de Salud de la Comunidad de Madrid sobre la problemática del alcohol y los jóvenes en el ámbito regional de Madrid.

<sup>22</sup> Los captadores profesionales suelen emplear ficheros de individuos, que van engrosando con cada reunión que montan. Esto facilita su trabajo y permite emplear menos tiempo en la convocatoria de cada grupo. Lo cual supone un beneficio pragmático en la perspectiva del calendario de la investigación, pero un enorme perjuicio para la técnica. En el argot de la investigación, los individuos que acuden a grupos de discusión con cierta frecuencia suelen recibir el nombre de “profesionales” o, también, según hemos oído en alguna ocasión, de “reunioneros”. De quien acude por primera vez a un grupo de discusión se suele decir que es o está “virgen”.

<sup>23</sup> Una posible solución a esto requeriría de un pacto entre las instancias cliente, de campo e investigadora. Pero ninguna de las tres, en realidad, se lo ha planteado seriamente pues, ¿cómo responder a la creciente premura con que han de realizarse los estudios, si se interponen criterios de control técnico durante la captación? Por otro lado, cualquier control encarecería en alguna medida el coste. Se trata de un asunto que está por resolver; ponerse en camino de hacerlo requeriría tomar conciencia de la dimensión del problema.

<sup>24</sup> Estos constituyen un tipo muy particular de grupos de discusión. Cuando trabajamos con médicos especialistas de forma continuada, nos encontraremos con las mismas caras frecuentemente; más, cuanto más reducido sea el número de practicantes de una determinada especialidad. Al muestrear constantemente a los mismos individuos, conseguiremos el efecto de estereotipar su texto. Por otra parte, el médico no querrá darle su tiempo y su texto de balde al laboratorio —aquí el destinatario de su producto está siempre imaginariamente presente, articulado con la relación profesional que unos y otros, médicos y laboratorios, mantienen—, por lo que la contraprestación será monetaria —y elevada— en la mayor parte de las ocasiones.

<sup>25</sup> Sin embargo, el investigador no siempre puede elegir las condiciones de la mesa ni del local. Así, por ejemplo, si hemos de realizar grupos de discusión en un pueblecito, buscaremos el lugar más adecuado, e intentaremos realizar la dinámica en las mejores condiciones técnicas posibles; pero tendremos como límite siempre los locales disponibles, que generalmente no reúnen las condiciones que estamos describiendo en estas páginas. De hecho, los autores de este texto hemos tenido que realizar grupos en las condiciones más variadas: desde las óptimas, a las técnicamente más aberrantes. Está claro que no se puede colocar la ortodoxia en altar alguno, y que por encima de las condiciones ideales está la posibilidad misma de realizar el grupo, bajo unas u otras circunstancias. Esta fue una de las primeras cosas que aprendimos de Alfonso Ortí.

<sup>26</sup> Hace unos años, en un estudio sobre la situación política en Andalucía, el investigador se vio obligado a emplear una *suite* de un hotel sevillano para llevar a cabo en ella varios grupos de discusión. Una cortina separaba la sala habilitada para las reuniones, del dormitorio en el que el investigador había pasado la noche. Los ruidos provenientes del cuarto de baño de la habitación contigua, lle-

gaban, tamizadamente, hasta un grupo de amas de casa que estaba teniendo lugar en aquel momento, lo que indujo a pensar a algunas de las participantes que estaban siendo espiadas desde el dormitorio. La inhibición que esto produjo obligó al investigador a descorrer las cortinas que separaban ambas estancias, para demostrar lo infundado de tal supuesto..., dejando al descubierto una cama deshecha y una habitación desordenada. Inevitablemente, algo de la intimidad del investigador, entró así en el grupo. Con el fondo de este espectáculo visual hubo de transcurrir el resto de la sesión.

<sup>27</sup> A lo largo de este texto venimos empleando el término “prescriptor”. Los anglosajones suelen emplear la denominación “moderador”. Jesús Ibáñez, por su parte, habla del “preceptor”. “Moderador” o “monitor” son, en nuestra opinión, malos términos, pues ponen de relieve tan sólo una parte, y no la más importante, del papel que juega en el grupo esta figura. Por eso, Ibáñez (1979: 271, en nota a pie de página) los sustituyó por “preceptor”. Pero la connotación pedagógica del término —que Ibáñez señala en la nota antedicha—, nos parece excesivamente pesada y, en un segundo orden de connotaciones, aun religiosa. Si, como señala Ibáñez en el mismo lugar, un “precepto” es una “prescripción” (en el sentido de una pre-escritura), la figura de quien pre-escibe bien puede recibir el nombre de prescriptor, término libre de las connotaciones que acabamos de señalar.

<sup>28</sup> Hemos tenido ocasión de ver grupos de discusión en los que el investigador hacía todo un recorrido de varios minutos —eso sí, de un modo coloquial— por las técnicas de investigación para señalar, por diferencia, algo tan simple como que un grupo no es una encuesta y que de lo que se trata en él es de discutir de modo abierto. Al final de la exposición, los participantes se miraban entre sí nerviosamente, y preguntaban al prescriptor qué era, entonces, lo que se quería de ellos concretamente.

<sup>29</sup> El grupo de discusión opera, como hemos señalado, como simulacro de otros espacios de discusión. Es artificial por completo, pero lleva inscritas en él las formas de comunicación que son posibles entre grupos naturales. Que nosotros sepamos, hasta la fecha ningún autor ha llevado a cabo un estudio comparativo de la influencia de las formas de comunicación, vigentes en las diferentes culturas, sobre las variantes vernáculas de la técnica del grupo de discusión. Entre nosotros es posible una convocatoria anónima, así como que no sea necesaria (sino todo lo contrario) la presentación de los distintos actuantes con sus nombres y apellidos, profesión, etc. Esto, sin embargo, es práctica común en los grupos de discusión de los países anglosajones. En ellos, los actuantes no sólo se presentan, sino que suelen tener delante de sí un cartelito, sobre la mesa, con sus nombres. Es obvio que esto no es sino una expresión de la forma que cobra el vínculo social en los países que participan de esta cultura. En España, donde uno puede establecer una conversación con sus paisanos en cualquier lugar público, sin que medie presentación, las conversaciones en los grupos de discusión adoptan un carácter abierto y múltiple (a veces, difícilmente manejable). Los anglosajones, por el contrario, recurren a modos muy formales de conversación. Recientemente, nos comentaba un investigador japonés, en tono de queja, que en su país el grupo de discusión no puede pasar realmente del nivel de la entrevista en grupo; en efecto, no llega a establecerse entre los participantes una relación grupal propiamente dicha. Cada uno contesta a las preguntas del prescriptor, pero no participa de las respuestas de sus pares (ni las toma como referencia, ni las discute...), como si la relación entre el prescriptor y cada uno de los respondentes trazara a su alrededor una frontera (la de la opinión individual) privada, que en ningún momento se pudiera traspasar. Es obvio que el modo en que el vínculo social toma cuerpo en cada cultura, condiciona la aplicación de la técnica del grupo de discusión.

<sup>30</sup> En los estudios de consumo, las propuestas directas mediatas suelen ser las preferibles. Así, si nuestro tema es una marca determinada de vinos de Rioja, podemos preguntar por los vinos de Rioja. Si nuestro tema fuera (o fuera también) el vino de Rioja, podríamos preguntar por los vinos españoles. En los estudios sociopolíticos, la cosa se complica mucho más. Si nuestro tema es la gestión de la Junta de Andalucía, y preguntamos por la situación sociopolítica andaluza, es obvio que llegare-

mos a nuestro tema central, pero seguramente lo haremos después de haber pasado por un campo contiguo: el de la situación sociopolítica de España, que se nos abriría a su vez a la problemática general del paro nacional, etc.

<sup>31</sup> Es obvio que el prescriptor no debe ceder a estas peticiones, pues inauguraría una dinámica irreversiblemente alejada de la propia del grupo de discusión. En el ejemplo que estamos empleando, ante alguna petición al prescriptor por parte de algún miembro del grupo, en el sentido de que abra la discusión con una pregunta concreta, el prescriptor podrá responder en los mismos términos en que fue formulado inicialmente el tema. Algo así como: "De acuerdo: ¿qué opinan ustedes del consumo de alcohol?" (mejor si el prescriptor "puntuá" su respuesta con una sonrisa en los labios). Naturalmente, hay ironía en este modo de responder, ironía que el grupo asimilará sin duda en sus justos términos, esto es, como una llamada a cumplir con el encuadre técnico.

<sup>32</sup> De nuevo en el ejemplo del alcohol. En un grupo con adultos, y planteado el tema en los términos antes expuestos ("el consumo de alcohol"), la primera respuesta que se obtiene es "Yo creo que el problema del alcohol es ahora mismo el de la juventud; ¿es por ahí por donde quiere que lo enfoquemos?"). Una respuesta posible sería algo así como: "¿También los demás lo ven desde esta perspectiva?").

<sup>33</sup> Para evitar el fantasma de fusión, lo que los kleinianos llaman la base psicótica del grupo; recuérdese lo dicho a propósito de la alteridad: si se alcanza el ser-fuera-de-sí, se pierde el ser-en-sí.

<sup>34</sup> Si habiendo enunciado un determinado marco para el discurso, permite la errancia de éste, ¿acaso le importa al prescriptor verdaderamente lo que está diciendo el grupo? El valor de su palabra quedaría así puesto en entredicho.

<sup>35</sup> Afirmando a la vez la importancia de lo que están diciendo, y la prioridad del regreso al encuadre inicial. Si el grupo cambia de tema porque se pasa a un campo semántico contiguo, pero que no interesa a los efectos de la investigación (caso del candente tema del paro, en el hipotético estudio de la gestión de la Junta de Andalucía), se puede intervenir haciendo afirmaciones del tipo de: "Esto que están comentando es muy interesante, pero estamos limitados por el tiempo..." O: "También a mí, como pueden comprender, me interesaría que habláramos de este tema, porque es la preocupación social más importante, pero..."



## CAPÍTULO 12

### DE LAS CONCEPCIONES DEL GRUPO TERAPÉUTICO A SUS APLICACIONES PSICOSOCIALES

*Alejandro Ávila Espada  
Antonio García de la Hoz*

#### 12.1. Antecedentes histórico-filosóficos de la psicoterapia de grupo

Es pertinente encarar de entrada, la cuestión del *concepto de grupo*. ¿Qué es un grupo? ¿Cuándo podemos asegurar que una reunión de individuos forman un grupo?

La respuesta a las preguntas anteriores es bastante problemática y sin embargo parece imprescindible, para llegar a un acuerdo mínimo epistemológico, intentar conseguirla. Pueden alcanzarse dos tipos de definiciones: o bien se alcanza una definición genérica, que por abarcar a todos los grupos existentes, es demasiado vaga y sentenciosa; o bien nos encontramos ante una definición más escueta y referencial, pero que sólo se correspondería con algunas prácticas grupales de entre las múltiples que acontecen.

Ejemplo de definición del primer tipo sería la clásica de Newcomb: un grupo necesita dos condiciones básicas para su formación: que los miembros compartan normas acerca de algo en particular, dentro de un amplio margen de contenidos, y que el grupo incluya a miembros cuyos roles se encuentren entrelazados entre sí. Es decir, hay grupo cuando los integrantes regulan su actividad con ciertas normas y cuando se vinculan entre sí de una forma determinada. Numerosas dificultades tiene una definición de este tipo: ¿cómo serían esas normas?, ¿verbales?, ¿escritas?, ¿conscientemente asumidas? Todos hemos experimentado que en muchas ocasiones son otras "normas" las que regulan de hecho el funcionamiento de grupos e instituciones. Y esas otras ¿cómo regularlas?, o mucho más importante ¿cómo descubrirlas? Con el concepto de rol ocurre lo mismo. Además, la misma definición de Newcomb nos informa de las condiciones para que exista un grupo, no de la estructura grupal, y también la experiencia cotidiana nos enseña que se forman grupos sin que alguna de esas condiciones se de, por ejemplo los "grupos en fusión" sartreanos. Por otro lado, multitud de aspectos involucrados en los grupos no son recogidos por definiciones de este tipo, que a pesar de su claridad, pecan de excesivo racionalismo.

Ejemplo de definiciones del *segundo tipo* podría ser cualquiera que reflejara lo que cada práctica concreta grupal intenta cubrir. Por ejemplo, la definición de lo que es un grupo terapéutico, o un grupo de expresión corporal, o un grupo gestáltico, o un “grupo Balint”, un grupo de teatro, etc. Todos son grupos, pero si se les pregunta a cada uno nos darán una respuesta diferente, desgraciadamente basada en sus peculiaridades técnicas.

*Y la técnica específica no sirve para estructurar el concepto de grupo.* Recorta el ámbito de aplicación, aspecto importante, pero poco valioso para la teoría grupal. El no entender esto ha sido fuente de muchas confusiones y discusiones estériles. Uno de nosotros (García de la Hoz, 1976), estableció una posible definición de grupo terapéutico: aquel formado por una serie de personas (de 3 a 12) con un objetivo común (“la curación”), y que para cubrirlo ponen en juego unos esquemas y roles aprendidos, que por momentos facilitan y por momentos dificultan la consecución del mismo. Era correcta, pero insuficiente para describir la enorme riqueza de lo que acontece. Además, dicho grupo, casi nunca es de formación espontánea, pues se constituye desde fuera del grupo mismo.

Siempre nos topamos con los mismos problemas de definición. Luego vendrían las interminables polémicas sobre el número de personas necesarias para constituir un grupo (el mínimo y el máximo), el tiempo de permanencia que marcaría un principio de consolidación, la desaparición o muerte del grupo, etc.

La mejor definición de un grupo parece ser la *sartreana* en cuanto que hace referencia a su estatuto como *existente* (un existente privilegiado), frente a lo que supondría la muerte como conceptualización teórica. Ampliaremos algo esta concepción filosófica antes de pasar revista a la historia de la psicoterapia de grupo.

### 12.1.1. *El grupo como objeto filosófico*

Para Sartre, *el grupo no es*. Ante la imposibilidad de la definición del concepto de un ser, lo más coherente es negarlo. No negar su existencia, sino justamente su conceptualización. El grupo es un ser que se impone a Sartre como a todos nosotros. Que Sartre descubre y que se descubre ante Sartre. Que nosotros percibimos y que se impone a nuestra percepción. Es algo que aparece. Desde este primer paso metodológico, que es la más pura fenomenología empírica, hay que partir. Luego vendría el lugar de acogida de esta aparición, el “topos” particular que cada campo específico delimitaría del fenómeno “grupo”, y por último el discurso más o menos “científico”, el “logos”, que se haría de esa aparición. En este recorrido el concepto de grupo se va restringiendo y se va haciendo más concreto, a costa de perder la ambición de totalidad. Confundir estos planos es efectuar reduccionismo grupal.

Por esa razón, interpretando el pensamiento sartreano, el grupo nunca “llega a ser”. Sartre se queda en la consideración del grupo como existente fenomenológico, porque piensa que es la mejor forma de considerarlo. Dice textualmente: “El ser (grupo, diríamos nosotros) es la negación del conocer (la conceptualización teórica, añadiríamos), y el conocer saca su ser de la negación del ser”. Glosando este aforismo, se diría que el intento de definir y formar un cuerpo teórico sólido alrededor del grupo tiene que pasar por el olvido del grupo como concreto en sí, o mejor dicho, se ha de realizar una abstracción que abarque y sea abarcada por todos los grupos posibles. Y ello, hoy por hoy, no se ha producido, ni pensamos se pueda producir. Y demos gracias, al fin, de que no se produzca. Por eso el grupo “no es”. No existe una estructura lograda de la cual podamos decir: “mira, esto es un grupo”. Si

acaso, sólo lo haríamos por momentos, puesto que el grupo es un acto continuamente en marcha. De esta forma, el no-concepto de grupo de Sartre es a la vez la prueba más incuestionable de la veracidad de su existencia.

Sartre, en su obra última, *Cuestiones de método (Crítica de la razón dialéctica)*, cree haber alcanzado la conciliación de dos visiones filosóficas del mundo, el marxismo y el existencialismo. Con ello habría logrado la visión más totalizadora de nuestra época. Pensamos que es muy arriesgado afirmarlo, sobre todo a la vista de las "realizaciones marxistas" de nuestra época. Algo ha fallado. Pese a todo podemos intentar interpretar el sentido de esa aseveración.

Tanto Marx como los existencialistas (con Kierkegaard a la cabeza) han intentado (como todos los filósofos) construir un método de análisis de la Realidad. Unos (los marxistas) más racional o conscientemente; otros (los existencialistas) más intuitiva o emocionalmente, pero ambos con el objetivo común de tratar de explicar el acontecer histórico y humano, y ambos también, en reacción contra la filosofía hegeliana totalizante que aspiraba a retener sólo los componentes permanentes de la condición humana, sin comprender ni hacer hincapié en la particularidad infinitamente variable y la múltiple *especificidad de la situación*. Tanto Marx como los existencialistas otorgan la máxima importancia al hecho de que el hombre está siempre en situación y ligado a un contexto concreto, y ello sin llegar a los excesos —a veces necesarios— de los más terribles enemigos de los hegelianos: los irracionalistas y románticos (tipo Nietzsche), cuyas críticas eran mucho más afiladas y radicales.

Marxistas y existencialistas, cada uno por su lado, hacen esfuerzos —los últimos esfuerzos— racionales para intentar una nueva totalización de la realidad humana. Sartre intenta conciliar esos esfuerzos. ¿Tuyo éxito? Lo intentó al menos. El éxito le vino por un lado inesperado: *el grupo apareció como una fuerza inusitada*, y en otro lugar (García de la Hoz, 1979), se afirmó que el nuevo objeto de una filosofía que quiera ser totalizante ha de ser *el grupo*, no la sociedad, no el individuo, sino el grupo como frontera entre ambos. Una visión centrada en lo social se elevaría tanto sobre la especificidad concreta e individual, que correría el peligro de ser inservible en la práctica; por otra parte, una visión centrada en el hombre y su situación o circunstancia o entorno concreto, sería demasiado limitada y estrecha, y difícilmente exportable a otros ámbitos. *El límite* entre ambas visiones, el gozne entre ellas, podría ser ocupado por los estudios grupales, por infinidad de investigaciones sobre este terreno, quizás más resbaladizo e impreciso por su propia situación, como todo lo que se encuentra en el borde de dos bloques ideológicos ya constituidos, pero también más fructífero en orden a producir efectos que reflejen la verdad del acontecer humano.

Es por eso que trabajando, investigando sobre los múltiples grupos sociales, se van colocando sucesivas piedras para la construcción del vasto edificio, interminable pero necesario, para la visión más global posible de la realidad social y humana.

El que el grupo sea el objeto de una nueva filosofía totalizante es una aseveración que no parece exenta de atrevimiento y osadía. Sería repelida por cualquier crítica científica, pero puede ser perfectamente comprensible dentro del ámbito del pensamiento filosófico. Y creemos que es el corolario legítimo que podemos extraer del pensamiento sartreano (del último Sartre). Cuando afirmamos que el grupo debe ser un nuevo objeto filosófico (no científico), quizás ponemos en cuestión la famosa dicotomía Filosofía/Ciencia, pero ésta siempre ha estado preñada de matices ideológicos. Lo que decimos más bien es que el grupo, para que sea un objeto fructífero o científico, ha de estar primero considerado

como objeto digno de estudio por la filosofía. Por eso estamos de acuerdo con Sartre, en que al afirmar esto no decimos nada con respecto al grupo, ni decimos "esto es un grupo". No. El grupo no es. Son sólo las prácticas concretas (con más o menos aspiraciones científicas o fructíferas) las que van a poder precisar eso. El *concepto de grupo* tendrá una categoría quizás metafísica (en el mejor y más elevado sentido de esta palabra), con una función reveladora, para hacer aparecer a todos los grupos concretos pero sin revelarse a sí mismo como capaz de ser superado por una definición.

Por eso debe ser objeto de estudio de la filosofía, dicho esto con toda la seriedad del vocablo, pues conocemos el uso denigratorio que se formula alegremente acerca de los filósofos en determinados medios, muy cercanos a nosotros por cierto, imbuidos de experimentalismo o pragmatismo.

El grupo, en cuanto a su conceptualización para una posible teoría grupal, se hermana con otros vocablos terribles, refractarios a toda cosificación terminológica: "El inconsciente" en psicoanálisis, "el ser" en filosofía, "el alma" de las religiones. Lo que observamos de ellos son sus efectos, no su esencia, que es inasequible y que está en continua ebullición. pero ello no debe ser óbice, sino por el contrario, estímulo para su estudio.

*El grupo como concepto es efímero*, pasa, deja su huella y se va. Los distintos enfoques teórico-técnicos tratan de acotarlo, reducirlo, formalizarlo, pero sólo consiguen una pequeña parte de "verdad grupal": la que precisan. Hay que volver a repetirlo: las técnicas nunca podrán abarcar lo grupal, afirmación que se olvida a menudo. La mayoría de los estudiosos de los grupos, que como resultado de sus investigaciones terminan por aseverar algo así como: "El grupo es...", pasan por alto que al conceptualizar de esta forma, lo que se efectúa es un recorte del amplio campo de conocimiento grupal, y que de esta forma se cierra y se limita la investigación en lugar de impulsarla. Se convierte al grupo en algo pétreo, cosificado. Cuando se afirma "El grupo es...", el grupo ha dejado de ser. Hay que formular definiciones concretas y tratar de elevarse a una imposible conceptualización y no a la inversa. Nada que ver con el método hipotético-deductivo.

¿Cómo encarar entonces el estudio de lo grupal, si arribamos a la conclusión de la no existencia del grupo como concepto? Olvidándonos de las aspiraciones a conseguir un "corpus" científico sobre el grupo, al menos según los cánones al uso. Pues la realidad inquestionable es que posee una existencia única y privilegiada para el estudio y la observación. De esta forma tenemos dos caminos posibles de actuación:

1. Filosofar sobre el "grupo", y considerarle como Hegel consideró la Historia, como Marx hizo con la Economía, o incluso Platón con las Ideas, y así nos acercaremos a la construcción de un *corpus* filosófico grupal.
2. Trabajar e investigar sobre las múltiples prácticas concretas de experiencias grupales que se llevan a cabo con gran promiscuidad en la actualidad, bien a través de los informes de los integrantes de esas experiencias, bien a través de los que detentan ese rol tan cargado de significantes y que a veces distan enormemente de ser sinónimos en cuanto al significado: monitores, coordinadores, directores, observadores, animadores, conductores e inclusive terapeutas... de grupo.

Es desde una tensión teórico-práctica, desde donde se nutre continuamente el conocimiento grupal: Esfuerzo de discriminación del grupo como objeto digno de estudio, y movimiento de repliegue hacia posiciones anteriores de pensamiento (en este caso, posiciones psicologistas o sociologistas). Esta es la fructífera y verdadera dialéctica del conocimiento.

No dejarse llevar por el entusiasmo de la potencia de lo novedoso, pues es cuando existe más riesgo posterior de caer en la atracción de lo anterior.

## 12.2. Pioneros de la psicoterapia de grupo

Ciñéndonos a continuación a la propia historia de la psicoterapia de grupos, diremos que han pasado 16 años desde que uno de nosotros (García de la Hoz, 1976) llevó a cabo una primera aproximación. Podemos ampliar lo dicho entonces. Es notorio que cada historiador recopile y ordene el material, señale unas etapas y cite a unos autores según el criterio que le parezca más oportuno. A este respecto se pueden ver, por ejemplo, las ordenaciones de Foulkes (1963, versión castellana), las de Cartwright y Zander (1968) o la de Sbandi (1973). Clasificar autores, corrientes, modelos plantea siempre un problema debido a que a veces no se puede delimitar con precisión dónde está cada cual.

Como mencionábamos más arriba, los primeros estudios de los grupos iban encaminados a servir de trampolín para la mejor comprensión, bien del individuo, bien de la realidad social. Fuertemente impregnados de visiones psicologistas o sociologistas, no se pudo tomar al grupo como fuente específica de conocimiento dentro de una actividad novedosa: el trabajo grupal. En este capítulo revisaremos las aportaciones desde esas dos grandes corrientes, en lo que denominaremos la prehistoria del grupo o de la psicoterapia de grupo. En los epígrafes siguientes veremos las concepciones y modelos eminentemente grupales, donde el grupo es ya tomado como específico campo de trabajo y estudio.

### 12.2.1. La prehistoria del grupo: el individuo en el grupo

#### a) El modelo médico en el grupo

Las situaciones de urgencia o crisis o inclusive azarosas son en muchas ocasiones las que provocan la aparición de nuevas formas de ver la realidad. Así ha ocurrido con la psicoterapia de grupos. Podríamos citar a Comus y a Poigniez (en 1904), como precursores de la misma, pero ha sido Pratt (en 1905) quien aparece profusamente citado como el pionero. Trabajando en una clínica de tuberculosos, se dio cuenta que en la sala de espera los pacientes que estaban aguardando la consulta conversaban espontáneamente entre sí, y que estas charlas influían en el tratamiento por las emociones que allí se expresaban. A la vista de ello, el buen Pratt se preguntaría algo como lo siguiente: ¿Por qué no los reúno a todos a la vez y lo que les digo por separado se lo comunico en grupo? Y así lo hizo. Pensó en reunirlos una vez por semana, durante hora y media, y allí explicarles las características de la enfermedad tuberculosa. Les daba una "clase colectiva" (eran 50 o más en cada sesión) y luego discutían el contenido de la misma a base de preguntas y respuestas. Se incluía asimismo alguna técnica de relajación mental y muscular. La "idea genial" de Pratt fue premiar al "buen paciente" y castigar al "malo". "Bueno" era el que seguía las indicaciones terapéuticas en cuanto al régimen y la medicación y "malo" el que no. Los "buenos" pasaban a sentarse más cerca del médico, los "malos" lejos. Como los niños en la escuela. Pese a lo jocosa que hoy en día pueda parecer esta situación, tuvo el mérito de ser la primera terapia grupal más o menos establecida con unas normas. Evidentemente se establecía un escalafón jerárquico de pacientes, pero que todos conocían y respetaban. Esta técnica favorecía la *dependencia* con respec-

to al líder (el médico), que sancionaba y aprobaba la conducta de los pacientes, con lo que se establecía una relación excesivamente paternalista. También era una técnica basada en la *sugestión*, puesto que el médico trataba de convencer al paciente de la efectividad de sus consejos. Se creaba un ambiente de competencia y rivalidad por ser el mejor paciente, y acceder a los mejores puestos del “escalafón”, con lo que se ganaba en autoestima.

Ahora podemos afirmar que se trataba de grupos homogéneos (todos tuberculosos) y que eso podía permitir la situación jerárquica, y que la base era el tradicional modelo médico de intervención, sobre todo, no olvidemos, porque no se trataba, de manera expresa al menos, de “psicoterapia”, sino de facilitar la curación de enfermos somáticos.

En la misma línea que Pratt, encontramos a Chapel y Low. El primero trabajó con pacientes ulcerosos. El segundo con psicóticos. En todos ellos encontramos la técnica (denominada así por Bauleo, 1974) *represiva*, donde lo fundamental era seguir las instrucciones del líder (médico o terapeuta), y en función de eso, premiar o castigar. Chapel, si observaba una mejoría en la sintomatología, permitía a los ulcerosos un cambio de régimen alimenticio. Sus instrumentos técnicos eran la *sugestión inducida* (por ejemplo, pensar en cosas positivas y sueños tranquilos para asegurar una buena digestión) y la *autosugestión posterior*. Incluía recomendaciones o consejos a los pacientes, como no comer cuando se está angustiado, no discutir los síntomas con familiares o amigos, controlar las preocupaciones, etc. Low estipuló el principio de autoridad-sabotaje con sus psicóticos. El médico formula el plan de terapia, el diagnóstico, el tratamiento, etc. Si el paciente tiene síntomas incontrolados que no se ajustan a ese plan es un “saboteador”, que pone en duda la autoridad del médico. Consecuente con este modo de proceder era el *electroshock*, que Low empleó como recurso terapéutico.

Estamos lejos de estas técnicas primitivas, pero no olvidemos el tipo de pacientes que sirvieron para estas pioneras experiencias grupales: tuberculosos, ulcerosos, psicóticos. Parece bastante obvio que las técnicas anteriores cubrían fundamentalmente funciones de control, bien ante la concreción de la enfermedad somática (tuberculosis, úlcera), bien ante la gravedad del cuadro psíquico (psicosis).

Un avance práctico lo efectuó Lasell en 1921 con sus grupos de *esquizofrénicos*. Su técnica era más didáctica y fraternal y no tan impositiva como las anteriores. Reunía a los pacientes y les hablaba o leía material sobre historias reales o ficticias, que se centraban en temas como la sexualidad, la masturbación, etc., y posteriormente seguía una discusión sobre ellos. Para Lasell, la *participación* de los esquizofrénicos en esas discusiones era un buen indicativo terapéutico, y la misma era facilitada por el carácter impersonal de las comunicaciones preliminares. La diferencia con los anteriores autores es que no se hacía mención especial en clasificar a los pacientes en buenos y malos, colaboradores o saboteadores, etc. La relación que se establecía en el grupo era de índole más igualitaria. La autoridad médica, aunque se reconocía, no se imponía a la opinión de los pacientes. Marsh, hacia el fin del primer cuarto de siglo, continuó esta trayectoria, intentando reducir y atenuar el poder de la figura del terapeuta. También realizaba charlas y discusiones, aunque aquí el tema era lo de menos. Lo fundamental era la creación de un ambiente propio, de un *clima grupal* diríamos. Como extremo de esta tendencia, digamos fraternal, tendríamos asimismo los primeros grupos de autogestión, los Alcohólicos anónimos (1935), aunque se trataría aquí, más que de un grupo terapéutico, de la formación de una microsociedad, con gestión económica propia y participación voluntaria. Estos grupos de alcohólicos, tratados por ex-alcohólicos, se centraban en lo que podemos llamar la *sublimación* de las tendencias que llevan a la bebida.

### b) El modelo empírico en el grupo

El estudio del individuo dentro del grupo fue emprendido por una serie de autores que, sin relación directa con la clínica o la psicoterapia, contribuyeron a entender el fenómeno de lo grupal. Es por esa razón que merecen un lugar en esta revisión histórica. Sus investigaciones se centran sobre todo en el método experimental y fueron emprendidas a partir de 1920. Podemos agruparlas bajo el nombre de *corriente psico-empírica del grupo*.

Citaremos a Allport (1924) como el primer representante de esta corriente, sobre todo por la introducción del concepto de *facilitación social*, entendido como todos aquellos elementos que el grupo aporta al individuo, a pesar de su concepción marcadamente individualista. Son clásicos sus experimentos con estudiantes, donde les pedía que escribieran todas las palabras que les vinieran a la mente. Esta tarea la realizó por separado y en grupo (aunque sin interactuar). Los alumnos de Allport citaron alrededor de un 90% de palabras más en grupo que aislados, y a partir de aquí, en su libro *Social Psychology*, acuñó el término de "facilitación social". Ahora bien, esta facilitación, al parecer no era tan efectiva cuando se trataba de resolver problemas, donde la situación de aislamiento se evidenció como más productiva. Esta línea de investigación, fundamentalmente cognoscitiva, ha sido continuada por otros autores como Dashiell (1930), Zajonc (1965), etc.

Sherif, a partir de 1935, trabajó sobre la influencia de la *presión social* en las opiniones personales. La tarea era valorar el supuesto movimiento de un puntito de luz en la oscuridad. El fenómeno autocinético decía que dicho puntito de luz en una exposición temporal breve se percibe como si se moviera. Los sujetos experimentales, uno por uno, valoraban el supuesto movimiento (hay que notar que no se conocían entre sí). Sherif hizo decir en voz alta las valoraciones más dispares y *en grupos de dos o tres personas*. Lo que descubrió fue un efecto de convergencia de normas en dicha valoración cuando se pasaba de una situación individual a otra de grupo. Más tarde, tanto Sodhi (en 1953 y 1963) como Von Cranach (en 1966), confirmaron los resultados de Sherif en orden a certificar la influencia de la opinión ajena (presión social) en la personal, y con situaciones experimentales más controladas.

Famosos han sido igualmente los experimentos de Asch (en 1950) sobre la percepción y el pensamiento en el grupo, donde pretendía eliminar el factor subjetivo del experimento de Sherif (pues el movimiento del puntito de luz es sólo perceptible de forma subjetiva). La tarea que propuso fue la de percibir la diferencia de longitud de varias líneas. Cada sujeto experimental daba su opinión, aunque siempre en presencia de 7 ó 9 personas determinadas por el equipo experimentador que también daba su opinión, a veces incorrecta, pero unánime. Es decir, había una mayoría grupal que intentaba influir en la opinión personal a la hora de resolver la tarea. Se comprobó una tendencia a adoptar el punto de vista de la mayoría, aún cuando éste fuese erróneo. El experimento se enriqueció sucesivamente (en 1958 y 1963), añadiendo un "compañero sincero", "compañero de compromiso" y "mayoría no unánime". El individuo tenía que hacer frente a la opinión grupal y se forzaba a que ejecutase un comportamiento independiente frente al grupo; se comprobó que este comportamiento, según lo llamativo de la diferencia entre su opinión y la del grupo, tendía a menguarse. La independencia y la sumisión eran presupuestos psicológicos que variaban en cada persona y en relación a la amplitud de la discordancia se resolvía la tarea. La conclusión de todos estos experimentos fue muy importante: además de la presión social, hay factores de la "personalidad individual" difícilmente comprobables.

Freedman y Fraser (1966) trabajaron sobre el *asentimiento sin o con escasa presión*. Partieron de la hipótesis siguiente: si se logra llevar a un sujeto a acceder a un deseo de

poca importancia, se le puede luego conducir a que conceda favores de mayor cuantía. Los mismos autores se dieron cuenta de la complejidad del tema en sus situaciones experimentales y dejaron muchas interrogantes explicativas.

Dentro de esta corriente empírico-experimental hay que mencionar a Newcomb, que citamos al principio, fundamentalmente por su "preciso" concepto de grupo. Y para no alargar excesivamente esta concepción, mencionaremos finalmente los experimentos de Milgram (1960-1966), basados en el conflicto en que cae un *individuo* cuando recibe la orden de *perjudicar a un tercero*. La tarea era comprobar si un sujeto era capaz de aplicar choques eléctricos a otro en castigo por sus errores. En caso afirmativo, se trataba de ver con qué intensidad. Se llevó a cabo en la Universidad de Yale con sujetos de 20 a 25 años de diferentes profesiones y se les dio \$4.50 por participar en el experimento. En las respuestas se valoraron dos tendencias opuestas: a) no hacer daño a otro; y b) obedecer a la autoridad. Se estudió *el efecto que la proximidad de la víctima ejercía sobre la obediencia del sujeto experimental*, en cuatro condiciones: a) la víctima no era vista ni oída; b) era oída; c) vista y oída en la misma sala; d) la víctima debía colocar su mano para la descarga. Se concluyó que a más acercamiento a la víctima, menos se obedecía a la autoridad. También se estudió *el efecto de la proximidad de la autoridad* en tres condiciones experimentales: a) el director del experimento (la autoridad) estaba en la misma sala que el sujeto experimental; b) la autoridad abandonaba la sala y luego daba las instrucciones por teléfono; c) la autoridad no era vista en ningún momento y daba las instrucciones bien por cinta bien por teléfono. El resultado fue que a más proximidad de la autoridad más obediencia. Hubo psiquiatras que pronosticaron sobre estos experimentos. Dieron lugar a tres conclusiones generales: a) el campo de fuerza disminuye al aumentar la distancia psicológica de su origen, o dicho con palabras más sencillas, hay menos presión social en la medida en que la fuente de dicha presión se encuentre más alejada del sujeto; b) el campo de fuerza ejerce un control sobre el sujeto experimental, o sea, la presión social existe; c) resultó falsa la hipótesis de que los sujetos experimentales interrumpen el experimento según su conciencia moral o su estado de ánimo.

Todo el conjunto de investigaciones anteriores pudo despertar el interés por el "tema" grupo, aunque resulta bastante evidente que permanecen en un nivel exclusivamente descriptivo, que fue el único que les interesó. Por ejemplo, todo el contexto social que envuelve al sujeto y la ideología subyacente no se ponía en cuestión. Sólo importaba comprobar el efecto de "lo social" sobre "lo individual" y fundamentalmente el estudio de las reacciones individuales.

### c) El psicoanálisis en el grupo

Dentro de lo que hemos denominado la "prehistoria de lo grupal", se puede encuadrar a aquellos autores pertenecientes a la corriente psicoanalítica, que basados en las concepciones de Sigmund Freud, iniciaron un modelo de psicoterapia grupal que se ha ido perfeccionando a lo largo de los años hasta nuestros días. Como en el apartado anterior referente al modelo médico, se toma de nuevo el eje de la clínica y la psicoterapia, aunque ya no sólo se *describe*, sino que se intenta *explicar* (interpretar) la conducta del individuo en el grupo, tomando a éste como *un medio de cambio para el sujeto individual* y todavía no como un objeto específico de estudio en sí mismo. Freud, partiendo de los estudios de Le Bon, Tardé y Mac Dougall, se interesó por la función de las masas sociales, partiendo de la hipótesis siguiente: el individuo se comporta de forma distinta en presencia de otros, y si esos otros



son una masa, su conducta es del todo imprevisible. Nociones, que desde otro punto de vista, podemos ver expuestas en *La rebelión de las masas* (1930) de nuestro Ortega, con opiniones como las de que la masa es el signo de nuestro tiempo y que impone su mentalidad, donde el individuo queda abortado, etc. También Fromm, en su *Miedo a la libertad* (1941), expresaba opiniones parecidas. Para Freud, la familia es el modelo de grupo a estudiar y en cuanto a las masas, intentó ofrecer una explicación (1920) alrededor del concepto de "identificación con el líder" y la supuesta relación libidinal con él. Pero nunca trabajó de manera manifiesta en psicoterapia grupal.

Fueron situaciones de urgencia las que provocaron la introducción del psicoanálisis en la psicoterapia grupal. Ni más ni menos que el tratamiento de soldados y de neurosis traumáticas (de guerra) en ambas conflagraciones mundiales.

Quizás haya sido Ernst Simmel el primero en utilizar el esquema referencial psicoanalítico en grupos terapéuticos. Tenemos noticias del libro que publicó a principios de 1918 (*Kriegs-Neurosen und psychisches Trauma: ihre gegenseitigen Beziehungen dargestellt auf Grund psychoanalytischer, hypnotischer Studien*), que fue bien acogido principalmente por los médicos militares preocupados por recuperar a sus soldados y porque los tratamientos grupales garantizaban una mayor asistencia. El tema de las "neurosis de guerra" era, como es obvio, motivo principal de interés. El V Congreso Psicoanalítico Internacional, llevado a cabo en Budapest en septiembre de ese año (1918) contó con su asistencia. Simmel partió de la teoría freudiana de las "neurosis traumáticas" y como, en principio, los soldados padecían un trastorno común, se esperaba que cualquier abreactación individual (la meta terapéutica de estos grupos), es decir, la descarga emocional concomitante a la situación traumática bélica, repercutiese beneficiosamente en el resto de los miembros del grupo, supuestamente impresionados por escenas muy similares.

Más adelante, en el periodo de entreguerras, comenzaron a surgir otras publicaciones psicoanalíticas. Así debemos citar a Louis Wender en 1936 y poco después Paul Schilder, que ya se planteó manifiesta e intencionalmente la realización de grupos terapéuticos "psicoanalíticos" con pacientes suyos individuales. Intentó precisar los procesos que se daban en el individuo en situaciones de grupo y llegó a una concepción y análisis de las *ideologías*, a las que definió como ideas y connotaciones con que el ser humano intenta orientar su acción. Su técnica era centrada en el individuo, sobre su pasado histórico y sobre sus características personales, y su objetivo era conseguir el *insight* del paciente sobre ello. Schilder indicaba la terapia individual y la grupal como complementarias y prescribía las dos a la vez. Se encontraba pues en una concepción bastante actual, aunque no supo encerrarla correctamente. Como autor pionero de la psicoterapia psicoanalítica en grupo, fue lógicamente pionero también en intentar resolver las dificultades que se le presentaron y tuvo que variar algunas cosas del encuentro individual tradicional del psicoanálisis. Por ejemplo, se dio cuenta de la dificultad de la mera utilización de la asociación libre en el grupo. Aunque en principio partidario de ella, debió de presenciar situaciones un tanto caóticas en el intento de aplicarla en el grupo a rajatabla. Pensó entonces en utilizar un cuestionario con los pacientes que marcaba el tema de la sesión, con lo que comprobó cómo la asociación libre ya no lo era tanto. Al considerar las dos situaciones (individual y grupal) como complementarias se le presentaron dificultades contratransferenciales, sobre todo por la dificultad de llevar adelante los dos roles, al tener que compartir los secretos de los pacientes individuales. No pudo con ello. Quizás era demasiado pronto.

*La interpretación del individuo en el grupo* fue retomada más adelante por autores norteamericanos, que extremaron esta concepción. Así tenemos a S. R. Slavson, que denomina

su método como *Psicoterapia psicoanalítica de grupo*, aunque en realidad no toma al grupo como a un todo, pues era opuesto a cualquier consideración “organísmica” grupal. Su objetivo era tratar psicoanalíticamente al individuo *en* el grupo y esta terapia es en todo equivalente a la situación psicoanalítica individual. Publicó en 1950 un importante tratado (*Analytic Group Psychotherapy*), que puede ser considerado como el primer manual de psicoterapia psicoanalítica de grupo, por lo menos en lo que se refiere a un intento de sistematizar la técnica. Su contribución más original, sin embargo, se sitúa en el campo de los grupos de niños, con técnicas basadas en la actividad extraverbal y el juego. Hace especial hincapié en el análisis de la transferencia, considerándola como de distinto signo que en la situación individual. En el grupo es multilateral y además tiende a diluirse. Su énfasis estuvo puesto en los efectos que el grupo tenía en el individuo, no en lo opuesto. Tanto él como Klapman, llegaron a acuerdos similares en lo que se refiere a la pregunta “¿A quién interpretar?”. Lógicamente respondieron: al individuo, que es el centro de la acción terapéutica. Pero con ello alcanzaron concepciones interesantes sobre la homogeneización del grupo para que la interpretación alcanzara a todos, sobre los criterios de selección de los integrantes, su unificación, sobre cómo se prepara un grupo de terapia, etc.

Dentro de esta llamada “escuela americana”, también hay que citar a A. Wolf, que pensaba que el psicoanálisis en grupo no era ni más ni menos que un psicoanálisis individual aplicado en un marco grupal. Sin más. Es por eso que a esta tendencia la denominó *psicoanálisis individual con espectadores*. Trabajó en Nueva York. Para Wolf, el grupo es un marco ideal para la explicación del pasado infantil reprimido del individuo. El grupo hace de caja de resonancia idónea para la supuesta regresión del paciente. Su principio más enérgico era considerar que el inconsciente de un sujeto era tan accesible en la situación grupal como en la individual y que además podía ser revelado con técnicas idénticas (interpretación, análisis de sueños, construcciones, etc.) Su pretensión fue aún mayor. Afirmó que la situación grupal permitía una exploración psicoanalítica más profunda de lo que a menudo se puede alcanzar en la situación individual y llegó a postular un “Yo-grupal” con el cual el paciente del grupo se identificaría gradualmente. Reconociendo sus esfuerzos por el grupo y su defensa de este tipo de tratamiento, dos críticas fundamentales le podíamos formular. La primera, referente al llamado “Yo-grupal”, concepto muy ambiguo. La segunda, importante asimismo, es la confusión de Wolf en cuanto a la asimilación de profundidad a lo más antiguo genéticamente, lo cual es radicalmente falso.

En general, la falta de una concepción propia, eminentemente grupal es lo que a los anteriores autores les falta, y es lo que determina su orientación, forzándolos a una trasposición mecánica del aparato conceptual psicoanalítico (basado y extraído de la situación individual) a la nueva situación de grupo. Poco a poco se fueron acumulando experiencias y un nuevo lenguaje empezó a surgir, tomando ya al grupo como-un-todo. Sobre todo a partir de Bion y Foulkes se empezó a escribir la auténtica historia de la psicoterapia psicoanalítica *de* grupo. Lo veremos en apartados posteriores.

### *12.2.2. La prehistoria del grupo: el grupo en sociedad*

Antes de pasar al estudio de las vertientes que centran su interés en el grupo como tal, conviene recordar aquellos hechos y autores que desde una perspectiva sociológica, se preocuparon de funciones grupales. La orientación aquí es contrapuesta a la anterior. Si antes

el grupo servía para estudiar y/o "curar" al individuo, ahora servirá para conocer mejor a una estructura mayor: *la sociedad*.

En esta perspectiva no se intenta delimitar o acercarse a lo grupal propiamente dicho, sino que se estudia a la sociedad representada en uno o varios grupos de los que esté compuesta. Los autores de esta perspectiva derivan todos en sociólogos o psicólogos sociales. Pese a no preocuparse por el concepto de grupo en sí mismo, han contribuido a despertar interés sobre él.

Hay que mencionar en primer lugar a C. H. Cooley, quien en su publicación *Social organisation* (1909) acuñó la célebre oposición *Grupo primario-Grupo secundario*. La diferencia entre ambos, de uso común entre los sociólogos actuales, intenta caracterizar las relaciones mutuas de los miembros de un mismo grupo. En el primario son más intensas y emocionales (*face-to-face*; cara a cara), tipo familia, que es el prototipo de grupo de esta clase. Los grupos primarios siempre son "pequeños". Los secundarios son de trato más frío y racional, y sus miembros no participan en ellos con su personalidad total, sino sólo en virtud de ciertas capacidades especiales y delimitadas.

Tenemos también a Elton Mayo, que en 1927 trabajó en la *Western Electric Company* sobre la influencia de la fatiga en la productividad de la empresa. Planificó su trabajo en base a la formación de pequeños subgrupos de trabajadores, y de ellos pudo deducir que, independientemente y más allá de las expectativas previstas en el experimento, surgieron grupos pequeños espontáneos e "informales" con sus códigos propios y con gran tendencia a la cooperación; es decir, se convirtieron en grupos "primarios".

Thiraster en 1920 y W. F. White en 1930 realizaron estudios sobre *la pandilla*. El primero en Boston la delimitó con todas las características de un grupo primario. El segundo, en Chicago, trabajó dentro de un marco más amplio e influenciado por los conceptos de E. Mayo. Comparó la pandilla (como grupo primario) con una estructura mayor, la comunidad italiana (como grupo secundario). Introdujo conceptos como "estructura social", "cohesión de grupo", "liderazgos", "status", "movilidad social", todos usados desde una perspectiva sociológica, pero que luego han cobrado todo su valor en los trabajos de grupo más específicos. Sus investigaciones tuvieron una triple importancia. Por un lado describió y dramatizó la importancia de los grupos en la vida del individuo. Por otro, impulsó la interpretación de las propiedades y procesos de los grupos. Finalmente, como decíamos, generó hipótesis con variables tales como "iniciación de la interacción", "liderazgo", "status", "obligaciones mutuas", "cohesión de grupo", etc. En resumen, White puede ser considerado, junto a Lewin, un iniciador de la corriente de la "Dinámica de grupo" empírico-experimental.

Podemos también citar aquí a Sherif y a sus estudios de 1936 sobre *la norma social*. Se planteó la forma en que se originaban las normas en los grupos. Para ello reunió datos sociológicos y antropológicos y luego relacionó las normas con los fenómenos de la percepción de la Gestalt, diciendo que una norma sólo funciona psicológicamente si tiene un *marco grupal* de referencia. Como expusimos anteriormente, para él, las normas tienden a converger al pasar de una situación individual a otra de grupo.

Dentro de esta perspectiva sociológica, A. Bauleo (1970), señala también otros campos en los que comenzó a surgir el interés por el tema "grupo": el terreno político, el militar y el de los medios de comunicación de masas. Dentro del *marco político* son claras las postulaciones ubicadas a nivel de estructuras globales, pero sin embargo el pensamiento filosófico-político ha producido autores que han partido de estructuras más específicas. Por ejemplo, los *socialistas utópicos* (Moro, Owen, Fourier, Lasalle, Proudhon, etc.) que atribuyeron una importancia decisiva a las experiencias grupales que intentaron gestionar

una labor experimentalista socialista, dentro de las estructuras capitalistas envolventes. Cercanas a esto pueden encuadrarse también las experiencias de “comunidades”, donde se trataría de crear una microsociedad en oposición a la estructura económico-social y relacional dominante. También el *anarcosindicalismo*, con su concepción de pequeñas unidades de base, a partir de las cuales se podría impulsar la construcción de la sociedad socialista, llevó a cabo experiencias grupales de organización de comunidades. Todas estas concepciones fueron criticadas por los marxistas como “socialismos subjetivos”, pues para Marx es sólo la estructura social total la que debe delimitar el objeto y el método de las investigaciones sociales. A su vez, otros autores más contemporáneos han reprochado esta visión marxista excesivamente intransigente (Moscovici, Faucheux).

Dentro del *terreno militar*, han sido las observaciones llevadas a cabo durante la segunda guerra mundial las que reflejaron que, en numerosas ocasiones, el estímulo para la batalla no era el supuesto ideal patriótico. Lo que sostenía e influía en el soldados en momentos de moral baja era la presencia de pequeños grupos formados espontáneamente, cuya acción se fundamentaba en la lealtad mutua. Lo mismo que se le reveló a Mayo. Esto es, los soldados luchaban y a veces morían por defender unos principios creados por ellos mismos, que les servían a la vez de apoyo y estímulo para la acción.

Finalmente, podemos mencionar a los *medios de comunicación de masas*, principalmente los clásicos estudios de los sociólogos Katz y Lazarsfeld, que concluyeron que en la emisión de un mensaje, en la aceptación o rechazo del mismo, no es decisivo el individuo aislado, sino el contexto de grupo en el cual está inscrito, y que las opiniones y decisiones se toman en función de dicho grupo de referencia.

### 12.3. El grupo terapéutico según Bion

En los epígrafes siguientes vamos a revisar las principales vertientes terapéuticas que han tomado al grupo como campo específico de estudio y han considerado al mismo como fuente de conocimientos propios para el intento de creación de una teoría de lo grupal. En prácticamente todas las investigaciones que vamos a sintetizar se parte de un presupuesto implícito: *el grupo pequeño*, aunque esta expresión no es, ni mucho menos unívoca. Lo que sí queda bastante claro es, que sean cuales sean los límites numéricos por arriba y por abajo, este grupo, y no la masa es el centro de investigación para todos los autores que a continuación van a seguir.

El problema siempre se había planteado en la misma forma. O bien había una realidad ineludible que es el *individuo*, que siente, que piensa y actúa, por lo que la sociedad, o el grupo o todo lo colectivo no son más que generalizaciones teóricas, abstractas, cuya única misión es dar consistencia a la realidad individual (escuelas nominalistas). O bien el individuo como tal, independientemente de los otros no es más que una mera entidad lógica, y entonces sólo la sociedad o las agrupaciones o los grupos (en todo aquello donde haya implicada una relación) son reales (escuelas realistas del siglo XIX).

El grupo como tal –grupo pequeño, sea cual sea el número que lo delimite– no se había desmembrado o separado de esa estructura mayor que es la sociedad que lo envuelve como objeto de estudio. Este fue el intento de autores que desde perspectivas diferentes, inauguraron esta importante corriente. Intentaron definir el concepto de grupo como representación final de sus investigaciones. En eso fracasaron estrepitosamente. Y es que hacer del

grupo un concepto científico, como ya manifestamos, es una ardua, si no imposible tarea. Tras las anteriores observaciones epistemológicas vamos a intentar aplicarlas a los autores que emprendieron la construcción del concepto de grupo y veremos cuáles han sido sus méritos y sus deméritos.

W. R. Bion, psiquiatra inglés de formación psicoanalítica (influido por el pensamiento kleiniano), trabajó en hospitales militares en el adiestramiento de soldados neuróticos durante la segunda gran guerra. Realizó experiencias grupales en las que defendía el concepto de "ocupación" como planteamiento terapéutico. En 1948 trabajó en la *Tavistock Clinic* de Londres con grupos cuya tarea era el estudio de las tensiones que surgían. Él se introducía como un integrante más, es decir, con un enfoque *estrictamente transferencial*, no dirigía al grupo, sino que se limitaba a ir interpretando los fenómenos que de él emergían.

Sus trabajos han sido pioneros de la concepción organísmica del grupo y sobre todo en la consideración del liderazgo como función de la praxis grupal. El grupo determina al líder y éste surge de la atmósfera emocional de aquel. Supera la fase psicoanalítica anterior basada en la personalidad magnética del líder (Le Bon). Desde el punto de vista sociopolítico, Bion no hace sino alinearse en la ideología dominante (democrática) acaecida tras el fracaso de las dictaduras en la segunda guerra mundial. Sus elaboraciones grupales han sido recogidas en un único libro *Experiencias en grupo* (1948) y su teoría ha sido profusamente recogida y estudiada por múltiples autores (Foulkes, 1957; Grinberg, Langer y Rodríguez, 1957; Pagés, 1968; Bauleo, 1970; Sbandi, 1973; en nuestro medio, por García de la Hoz, 1976 y 1978; Ibáñez, 1981; Guillem Nacher y Loren Camarero, 1985; Ávila, 1993; entre otros). Trataremos aquí de reflejar lo más básico de su trabajo y una crítica del mismo.

Bauleo (1970) proporciona un buen esquema para exponer la teoría bioniana. Divide sus aportaciones en dos apartados: lo que tiene que ver con la organización grupal o estructura, y lo que tiene que ver con la praxis o funcionamiento grupal.

Respecto a la *organización grupal*, Bion acuña términos como "mentalidad grupal" y "cultura de grupo". La mentalidad grupal es definida como la "expresión unánime de la voluntad del grupo, a cuya formación el individuo contribuye de manera inconsciente" y que "puede oponerse a los deseos individuales". Se trata de establecer una oposición entre parte y todo, individuo y grupo, que terminará saldándose en un compromiso o "cultura de grupo", que Bion define como el resultado o estructura que un grupo logra en un momento dado. Así como la mentalidad grupal nos habla del enfrentamiento todo-parte, de lo interpersonal versus lo intragrupal, la cultura de grupo plantea una organización más amplia, transpersonal. En toda la trama organizativa son importantes los liderazgos que van apareciendo y que delimitan las estructuras de los sucesivos momentos del acontecer grupal.

En cuanto a la *praxis grupal*, lo más original y creativo de su trabajo, Bion entiende la vida del grupo en dos niveles, lo que resulta bastante habitual para psicoanalistas familiarizados con oposiciones tales como manifiesto/latente, consciente/inconsciente, primario/secundario o principio del placer/principio de la realidad.

1. El nivel "superior" o "*grupo de trabajo*", que es racional y consciente, donde los miembros llevan a cabo la tarea asumida voluntariamente y eligen a sus líderes de acuerdo a las capacidades reales de llevar adelante cada situación planteada. La actividad en este nivel sería semejante a la que, en términos de la mal llamada segunda tópica freudiana, se denominaría "actividad yoica". Primaría el principio de la realidad y roles y tareas son repetidos de forma consciente y voluntaria, al modo de un grupo social cualquiera (Iglesia, Ejército o Aristocracia).

2. Pero el nivel anterior de ejecución grupal se ve perturbado constantemente por otro más "profundo", el grupo de *supuesto básico* (*basic assumption*), dominado por las emociones y que tendría poco que ver con la racionalidad.

Para Bion, en el acontecer de todo grupo hay una oposición fundamental entre el *work group* (grupo de trabajo) y el *basic-assumption group* (grupo de supuesto básico). El primero depende de la capacidad de cooperación de los miembros para organizar el trabajo con vistas al desarrollo de determinadas funciones. El segundo no depende de esa capacidad consciente de cooperación, sino de necesidades emocionales que hacen que los miembros se aglutinen alrededor de la persona que mejor puede representarlas. Bion define el supuesto básico como una fantasía subyacente y unitaria, como una "creencia emocional de la que participan todos los miembros del grupo y que los impulsa a tener al unísono un determinado tipo de fantasías e ideas". Delimitó tres supuestos básicos (dependencia, emparejamiento y ataque-fuga) a los que correspondería un determinado tipo de líder, que sería la persona que mejor encarna e interpreta las necesidades o creencias emocionales respectivas, las cuales han emergido de una forma un tanto "caótica" e imprevista para perturbar la tranquila y sofisticada actividad del grupo de trabajo.

En pocas palabras, los tres supuestos básicos podíamos describirlos como sigue:

1. *Supuesto básico de dependencia* (*dependent assumption*). Aquí, el grupo apoya y venera a un líder al que idealiza y del que espera recibir los alimentos reales y concretos. Se produce una pérdida de individualidad (que es común a todos los supuestos), un fenómeno parecido a la despersonalización de que hablara Le Bon. Un requisito de este supuesto es que todos los miembros reciban la misma parte de "alimentos" por parte del líder, que por lo común es el terapeuta (en un grupo psicoterapéutico). El líder es un ser ideal cuya capacidad de dar es omnipotente e inagotable. En el grupo, bajo este supuesto, se establece la separación pacientes/terapeutas tan fuertemente como sea posible. El beneficio no procede del grupo, sino sólo del líder. La "virtud" principal es el temor y el clima suele ser de reproche hacia el líder si éste no cumple su función nutricia.
2. *Supuesto básico de emparejamiento* (*pairing assumption*). Es una noción bastante más compleja de transmitir, debido, en parte, a la ambigüedad con que Bion la formuló: "el grupo centra su atención en una pareja creada", "Actúa como si esta situación fuera de índole sexual". "No interfiere en ella sino que le da su beneplácito". "Espera la llegada de un hijo mesiánico de dicha pareja". Se suele interpretar este supuesto como una pareja creada por las necesidades del grupo. Esta pareja es tomada como conciliadora y reparadora de la tarea en que el grupo ha fracasado, y el líder será lo que de ella salga ("el hijo mesiánico", una idea, etc.). Los sentimientos predominantes son el polo opuesto a los de odio y destrucción o desesperación, es decir, la esperanza será la virtud esencial, y para que ésta se mantenga es necesario que el líder "no haya nacido" y esté por venir.
3. *Supuesto básico de ataque-fuga* (*fight-flight assumption*). El grupo tiende a buscar un caudillo que dirima un pleito agresivo y se dispone a agredir o a ser agredido. La hostilidad, el valor, la fuerza y el miedo son las emociones predominantes. El enemigo puede estar dentro o fuera del grupo. Si está dentro puede provocar la creación de cismas o subgrupos. El líder será, naturalmente, quien mejor funcione en esta eventualidad y el grupo puede convertirse en paranoide si necesita proyectar la agresividad

fuera. El enemigo intragrupo más común suele ser el propio terapeuta (cuánto más se le idealizó antes más se le ataca ahora). El grupo se une para luchar por algo o para huir de algo.

Cada integrante del grupo de supuesto básico está en posesión de una *valencia* (*valency*), palabra que Bion elige porque “en física se emplea para indicar las fuerzas que unen a los átomos”, y que viene a cumplir la misma función que la cooperación en el grupo de trabajo.

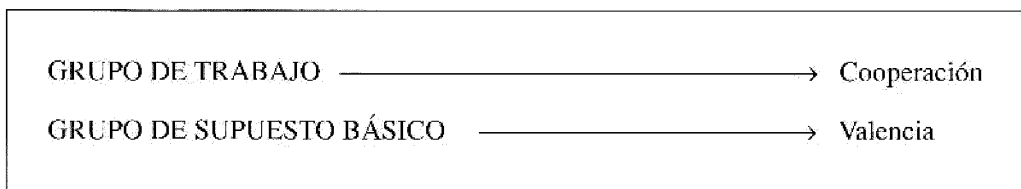


Figura 12.1. Niveles en la vida del grupo según Bion.

Para Bion, la valencia es un factor cohesivo espontáneo de cada individuo, que entra por ella en combinación instantánea e involuntaria con otro/s, para compartir y actuar en el plano del supuesto básico. Puede ser positiva (alta) y negativa (baja) según cada sujeto, es decir, que un miembro puede consonar rápidamente con una situación de dependencia (valoración alta, en este supuesto) y no tanta en una de emparejamiento (valencia baja).

Dentro del discurrir grupal, los supuestos básicos no activos en el momento presente, no es que no existan, sino que según Bion se encuentran reclusos en el llamado *sistema protomental*, concepto algo oscuro que viene a ser una especie de límite entre lo fisiológico y lo psicológico donde ambos niveles están indiferenciados (como el concepto freudiano de pulsión) y que Bion necesita al postular que dos supuestos no pueden estar activos simultáneamente. Con ello parece indicar un origen grupal de la afectividad, una afectividad colectiva que está en la base de los afectos individuales, aunque sin embargo Bion nunca llegó a formalizar un concepto apropiado de la relación o del vínculo humano (Pagés, 1968), y fracasó al establecer “una cadena significativa entre lo singular y lo colectivo” (Caparrós *et al.*, 1990).

Con Bion tendríamos una concepción grupal de la afectividad pero sin concepto de relación, por lo que cae en un marco referencial excesivamente psicologista. Lo opuesto a Lewin, que estaba en posesión de un concepto abstracto de relación pero vacío de contenido concreto (afectivo). Como concluye Pagés, “parece como si se intentase aproximar dos términos, la relación y el sentimiento, y que uno escapase siempre, como si funcionasen procesos de resistencia complementarios”.

No hay duda que la concepción bioniana es afín a la *teoría kleiniana* y ello le lleva a posiciones de partida ya preescritas. A pesar de apuntar un origen grupal de la afectividad humana, no la concibe como producto de un vínculo, sino a partir de instintos de apropiación (vida) o destrucción (muerte), tal y como le indicaba el kleinismo, y el grupo de esta forma es siempre un sustituto del *seno materno*. Freud fijaría las angustias provocadas en

el grupo como neuróticas y efecto de traumatismos en el seno de la familia, mientras que Bion las retrotracía a la relación materna, las llamaría psicóticas y así permanecería fiel a M. Klein.

Continuando con desarrollos críticos, los supuestos básicos han sido interpretados de manera diferente. Por un lado se los relacionó con las posiciones kleinianas con resultados diversos. Para Rodríguez, los supuestos de dependencia y de ataque-fuga reflejarían manifestaciones primitivas, observables también fuera del marco grupal, mientras que el supuesto de Emparejamiento sería la elaboración específica del grupo de una fantasía de escena primaria y por tanto pondría en duda el carácter básico de este supuesto. Para Caparrós *et al.*, el supuesto de dependencia se relaciona con la posición esquizo-paranoide, el de emparejamiento con la posición depresiva y el de ataque-fuga con la situación edípica.

Uno de nosotros expresó ya la opinión crítica sobre la obra de Bion (García de la Hoz, 1978), relacionando las aportaciones de Bion y Sartre con algunos de los conceptos de Bleger, como la sociabilidad sincrética, apareciendo un esclarecimiento sobre ambos autores. En concreto, con Bion, se formuló una triple crítica:

1. En primer lugar *epistemológica*, basada en el ingenuo desconocimiento del papel que Bion tenía en los grupos de soldados. Se incorporó como un integrante más y se dijo: "Ellos tienen fantasías sobre mi presencia" y a partir de ahí teorizó los supuestos básicos. Naturalmente que tenían fantasías, y no sólo las que el kleinismo como *a priori* teórico le podría marcar. Bion era psiquiatra, comandante militar y superior jerárquico de los soldados-neuróticos-pacientes. Se produjo un olvido del contexto real. Es verdad lo que apuntó Jesús Ibáñez (1981) al comentar que "este reproche podría hacerse a casi todos los que utilizan técnicas de grupo". Bion cayó en una visión psicologista del grupo a pesar de sus esfuerzos por desmarcarse de la visión individualista, tradicionalmente moldeadora de lo grupal. Sus concepciones teóricas basculaban todavía demasiado sobre pautas individuales, por ejemplo su tremendo hincapié en el líder.
2. En segundo lugar, una crítica en base a *la dinámica grupal*. Se relacionaba el concepto de supuesto básico y sistema protomental con la sociabilidad sincrética blegeriana. De esta forma, el grupo bajo supuesto básico significaría una ruptura del *clivaje* entre las dos sociabilidades de Bleger (la sincrética y la de interacción), lo que provocaría que el trabajo racional del grupo se vea perturbado por un material caótico, emocional e indiscriminado. Pero Bion dicotomizó en extremo la vida del grupo en lo racional y lo afectivo. Dos grupos, dos lenguajes a los que consideró de manera distinta, pues priorizó lo emocional. Ello puede provocar fácilmente la formación de clanes y el consiguiente clima de clandestinidad afectiva.
3. Por último, una crítica *estructural*, es decir en base a su concepto de grupo: ¿individuo en grupo?, ¿grupo como tal?, ¿grupo como microsociedad?

Bion no pudo responder a estas cuestiones. Se limitó, y no es poco, a intentar establecer un orden en el caos emocional de los grupales. Ha sido pionero en esa labor y justo es que se lo reconozcamos. El juego dialéctico de los supuestos básicos ha dado cierta luz a posteriores comunicaciones sobre lo que ocurre en psicoterapia grupal.



## 12.4. El psicodrama de J. L. Moreno

Jacobo Levy Moreno fue el iniciador de esta corriente terapéutica con una perspectiva y metodología eminentemente grupales en principio. Además fue el verdadero introductor del término "psicoterapia de grupo". Su intención manifiesta fue aportar a la situación analítica los elementos que según él allí faltaban. Por un lado, proporcionar una ecología al relato verbal, y por otro, dar una dimensión grupal a la terapia. También fue el creador de una línea de investigación social con el Sociograma, estableciendo con ello una metodología de medida de las relaciones sociales (elecciones, rechazos e indiferencias).

Moreno intentó delimitar el concepto de grupo a partir de una *teoría del rol*. Partió de unos hechos reales, de elementos empíricos de la situación psicodramática: personas, grupos, espectadores, escenarios, el actor-paciente, el director, el yo-auxiliar, etc., y mediante un método aparentemente grupal y con unas técnicas adecuadas (el doble, el espejo, el soliloquio, la inversión de roles, etc.), empezó a producir conceptos, a realizar unas primeras abstracciones en un intento de formalizar un sistema conceptual sobre el grupo. Conceptos como *catarsis*, *espontaneidad*, *telé*, *warming up* (calentamiento), etc. fueron tomando un significado preciso dentro de ese sistema. Moreno creyó estar en posesión de un instrumento realmente valioso y pensó que la *noción de rol* podría unificar todo, como la piedra angular esencial de la construcción. El rol se convertía así en el objeto de conocimiento fundamental para una teoría de lo grupal.

Moreno investigó dicho concepto desde varios ángulos. Por ejemplo desde la *aptitud del individuo* y distinguió la *percepción del rol* (actitud cognoscitiva que preve las inminentes respuestas), la *representación del rol* (habilidad para actuar y que puede ser inversamente proporcional a la percepción) y el *desempeño de roles* (*rol playing*, que está en función de las anteriores y que es un entrenamiento en roles para aprehenderlos, como se muestra extraordinariamente en la película impresionante de Kurosawa *Kagemusa, la muerte de un guerrero*). También distinguió el rol según su *grado de libertad* en *asunción de roles* (actuar con un rol previamente establecido, sin variación individual), *representación de roles* (con cierto grado de libertad) y *creación de roles* (con alto grado de libertad y espontaneidad).

Para Moreno los roles son anteriores al surgimiento del Yo y es este último el que surge de los roles y no al revés. Así hablaríamos de roles fisiológicos o psicosomáticos, roles psicológicos o psicodramáticos y finalmente, roles sociales. La *función del rol* sería entrar en el "inconsciente desde el mundo social para darle forma y orden".

Con todo ello Moreno pensó que estaba ante algo realmente definitivo y que ampliaba el concepto de inconsciente freudiano, tanto desde el punto de vista epistemológico como desde la intervención terapéutica. Algo de verdad había en ello pero no tanta como él pensó. Su marco de acción no pudo desprenderse del todo de la tradición individualista que criticaba al psicoanálisis clásico y su misma definición de rol lo atestigua: "*Forma de funcionamiento que asume un individuo en un momento específico, como reacción a una situación específica, donde están involucradas otras personas u objetos*". Esta definición es inservible para conceptualizar sobre el grupo, tal y como la usa Moreno. El rol es un concepto eminentemente individual pese a sus esfuerzos. Otra cosa es su intención grupalizante, claramente encomiable y que ha sido ampliamente reconocida.

Desde el inicio, el psicoanálisis estuvo en la base de la gestación de los conceptos de Moreno, que intentó y consiguió crear un marco novedoso para la situación terapéutica. Actualmente podemos decir que el psicodrama clásico moreniano es escasamente utilizado

en psicoterapia de grupo. Se ha unido irremediamente con quien ya está desde el origen: el psicoanálisis, y así se ha desarrollado el *psicodrama psicoanalítico*. Hoy en día apenas se hacen grupos psicodramáticos puros que no estén sustentados por el psicoanálisis como vertiente terapéutica fundamental. Era algo inevitable. El psicodrama psicoanalítico se puede definir como el grupo terapéutico conducido con los principios del psicoanálisis (aplicados al grupo) en el que se introducen las técnicas psicodramáticas (doble, espejo, etc.), respetando las fases claves del desarrollo de la sesión de psicodrama: *Warming up*, dramatización y comentarios finales postdramáticos. En cualquier caso podemos concluir que el encuentro entre el psicoanálisis y el psicodrama ha sido fructífero y ha dado lugar, sobre todo, a dos escuelas que ha desarrollado esta línea de investigación en el marco de la psicoterapia grupal: *la escuela latinoamericana* (con Eduardo Pavlovsky, Fidel Moccio, Carlos Martínez Bouquet, Hernan Kesselman, etc.) y *la escuela francesa* (con D. Anzieu, P. Lebovici, y G. Lemoine, R. Kaës, etc.).

### 12.5. El grupo-análisis de Foulkes

Dentro de la concepción psicoanalítica *de* grupo englobamos aquellos modelos que centran su interés en el "objeto-grupo", tanto si éste es tomado desde una perspectiva "organísmica" u holística (el grupo-como-un-todo) a la manera de Bion, como si es tomado desde el ángulo en el que primaría el análisis de las funciones individuales en el "aquí-ahora" de la situación grupal y que van constituyendo al grupo poco a poco (Foulkes). Es cierto lo que opina Grinberg, prologando el libro de Guillem Nacher y Loren Camarero (1985): en la práctica clínica apenas hay diferencias de una a otra perspectiva. Sin embargo sí las hay, y grandes, entre estos modelos que vamos a considerar a continuación y los ya mencionados (Simmel, Schilder, Slavson) en cuanto a que éstos tomaban el análisis de grupo ni más ni menos que como un psicoanálisis individual aplicado en un marco grupal.

Como Bion, S. H. Foulkes comenzó sus experiencias de grupo con soldados que padecían las denominadas "neurosis de guerra". Es el iniciador de la corriente que más adelante se denominará grupo-análisis. En 1944 comenzó la psicoterapia de grupo pequeño en el Hospital de Northfield. Pasada la guerra, en 1949, dio principio, junto con un grupo de seguidores, a unos seminarios semanales en su consultorio particular y por fin, en 1952, fundó la Sociedad de grupo-análisis de Londres, creada para fomentar el grupo-análisis tanto clínico como aplicado. Pat de Maré ha sido el continuador más destacado de esta orientación, sobre todo en cuanto se refiere al Grupo Grande (*Large Group*).

El *Northfield Army Neurosis Centre* se concibió como una comunidad terapéutica para militares neuróticos dados de baja en la segunda guerra mundial. Es muy importante volver a recalcar que el conflicto bélico ha dado un desarrollo diferente a la psicoterapia psicoanalítica de grupo. Así, la escuela americana, tipo "Slavson", seguía anclada en la opinión de que las creencias psicoanalíticas clásicas servían para lo grupal, mientras que la escuela británica, en parte por las aportaciones recogidas de otras áreas (Lewin, Moreno), tomó un camino de avance distinto, aunque en la actualidad no exista tanta diferencia.

La obra clave para comprender la aportación de Foulkes es *Group Psychotherapy. The psychoanalytic Approach* (1957), en colaboración con E. J. Anthony. En este libro podemos observar lo más fundamental de su modelo y su diferencia con otros semejantes. Los mode-

los de Bion y Foulkes (eligiendo a ambos como representantes genuinos de sus respectivas líneas) tienen diferencias teóricas más que evidentes, pero no ocurre así en lo que se refiere a la práctica terapéutica, donde incluso intervenciones tipo "escuela americana" podrían tener cabida. En este punto coincidimos con Guillem Nacher y Loren Camarero (1985) cuando afirman que las "diferenciaciones suelen ser más teóricas que prácticas, y corresponden más a la necesidad de simplificar o esquematizar las cosas, cuando se escribe sobre ello, que a lo que ocurre en la realidad". Estos autores diferencian entre a) psicoterapia psicoanalítica *en* grupo; b) psicoterapia psicoanalítica *del* grupo; y c) psicoterapia psicoanalítica *de* grupo, y colocan a Bion en la segunda, a Foulkes, Schneider (escuela suiza), Zimmermann y a ellos mismos en la tercera categoría.

El mismo Foulkes ve su concepción diferente de la de Bion y se centra sobre todo en el distinto sentido que toma para él la situación psicoterapéutica grupal. Para Foulkes, la "*situación*" no es solamente un todo orgánico explicitable a partir de la diferencia entre grupo racional o de trabajo y grupo emocional o de supuesto básico, sino un "todo social" formado a partir de todas las comunicaciones y relaciones entre los miembros, que a su vez son tomadas como una parte de ese todo social (o campo total) de interacción. Es lo que se denomina *matriz grupal*. De esta forma, términos como "mentalidad grupal" o "cultura de grupo", no son empleados en absoluto, pues no se trata de distinguir o separar al grupo de su entorno social.

Los rasgos más significativos de su modelo son los siguientes:

1. Siete u ocho miembros se reúnen durante hora y media y se sitúan en círculo junto al analista.
2. No se dan instrucciones ni programa, sino que las contribuciones surgen espontáneamente.
3. Todas las comunicaciones son tratadas como el equivalente en el grupo a la asociación libre del sujeto en el psicoanálisis individual.
4. La actitud del terapeuta es similar al tratamiento individual.
5. Se tienen en cuenta todas las comunicaciones y relaciones como parte de un campo total de interacción (matriz grupal).
6. Todos los miembros del grupo toman parte *activa* en el proceso terapéutico total. Sobre estas características, Grinberg, Langer y Rodríguez (1957) han plasmado una primera crítica.

La clave foulkiana es la *noción de situación*, para la que ha recogido herencias de las teorías de K. Lewin y de la sociometría de Moreno. La situación es un acontecimiento total, cuyas partes suman algo menos que el todo y que se extiende, infinitamente, en todas las dimensiones. Es una especie de representación en miniatura del mundo. En la práctica psicoterapéutica se analiza en términos de estructura, proceso y contenido. En síntesis, *la estructura* se refiere a las pautas de relación relativamente estables y continuas, forjadas a partir de los roles habituales desempeñados por los miembros. Conduce a efectuar un análisis estructural, que es pertinente, por ejemplo, para localizar alteraciones en el grupo. *El proceso* es el conjunto dinámico de la situación, función de la interacción de los miembros y de sus relaciones verbales y extraverbales. A través de la estructura y el proceso, se canaliza *el contenido*, que lleva a efectuar un análisis de contenido (valores, ideas, sentimientos y sensaciones) y que se vincula claramente con la psicopatología. Estos tres aspectos de la

situación son inseparables entre sí. Foulkes reconoce expresamente la influencia ejercida en sus ideas por la escuela de la Gestalt (Kurt Goldstein), por la sociometría de Moreno, por los puntos de vista sociológicos de Mannheim y Elías y por la topología de Kurt Lewin.

En general, las psicoterapias psicoanalíticas de o del grupo de Foulkes parten de tres pre-condiciones:

1. Apoyo en la comunicación verbal.
2. El miembro individual es el objetivo último del tratamiento.
3. El principal instrumento terapéutico es el grupo.

También señala tres factores básicos para la transformación terapéutica:

1. El uso de la "libre discusión flotante", equivalente a la "asociación libre" del psicoanálisis clásico.
2. Que todo el material producido en el grupo y las acciones e interacciones de sus miembros sean "analizables".
3. Que sea visto no sólo el contenido manifiesto, sino también el contenido "inconsciente", de acuerdo con los principios básicos del psicoanálisis.

Como apuntes críticos podríamos señalar los siguientes. En general, la teoría de Foulkes ha tratado de salvar el escollo "psicologista" que señalamos en Bion. Ha tenido siempre en cuenta el entorno social o institucional que rodea a los grupos. El coordinador o psicoterapeuta no sólo es depositario de transferencias parentales, sino también de un poder institucional que es plenamente incorporado al trabajo grupal. Todo esto era pasado por alto por Bion. Con ello, sin embargo, el modelo foulkiano se ha ido desmarcando de la vertiente terapéutica o clínica. Sus aportes son valiosos para la institución, para el análisis del campo social o incluso para los grupos de formación (incluido el grupo de "los psicoanalistas como tales"), pero sus descripciones clínicas son un tanto decepcionantes (no hay más que ver las segunda parte del libro de Foulkes y Anthony antes citado). Es decir, la concepción psicoanalítica del grupo como un todo, con Bion peca de psicologista y con Foulkes de excesivamente sociológica. De nuevo esa resistencia de la que hablaba Pagés, en cuanto queremos acercarnos a la delimitación del concepto de grupo. O caemos por un lado (psicologismos, sentimientos, emociones) o por el otro (sociologismos, concepto de relación). Pese a todo, el esfuerzo de Foulkes ha sido introducir los aportes lewinianos al psicoanálisis (intención totalmente ajena a Lewin) y la dirección de sus planteamientos parece correctamente orientada, justo hasta chocar con la "roca viva" de la conceptualización del grupo. En ese momento la teoría de Foulkes y el Grupo-análisis actual se han dirigido más a los terrenos psicosociales, siguiendo en parte las contribuciones originales de la "neurosis social" de Trigant Burrow. Dentro del campo concreto de la práctica clínica en los grupos, no hay excesivas diferencias entre los seguidores de Bion y los de Foulkes. Y si las hubiera, estarían obligados a entenderse. Las diferencias que puedan venir por las cuestiones de poder, por las sumisiones escolásticas y por dependencias institucionales, son difícilmente explicitables.

## 12.6. El aparato psíquico grupal de R. Kaës

Para D. Anzieu y la escuela que inicia, de la cual R. Kaës es integrante destacado, los supuestos básicos bionianos son nudos fantasmáticos colectivos en el grupo. En un mo-

mento dado, Bion estudia grupos alejándose del psicoanálisis, al que luego volverá; Kaës no investiga grupos sino que implementa un dispositivo para estudiar formaciones inconscientes y esto supone una gran diferencia. Pone el acento en el grupo como objeto de investiduras pulsionales, representaciones imaginarias y simbólicas, proyecciones y fantasías inconscientes, y como proceso psíquico. En su concepción el grupo es un objeto doblemente investido por el psiquismo y el discurso social.

Todo grupo social es resultado de un trabajo de construcción y la construcción misma de una organización relacional (sociabilidad) y otra expresiva (cultura), ambas provienen de la satisfacción de necesidades y del cumplimiento de deseos específicos, que aseguran la supervivencia individual y colectiva; ésta toma en cuenta la realidad interna y externa por transformación interna o modificación del medio..." (Kaës, 1976).

La energía lograda a partir de las energías psíquicas individuales ligadas al objeto grupo se distribuye en cuatro secciones o funciones fundamentales:

1. Función de asignación de puestos y lugares.
2. Función de cognición y representación.
3. Función de defensa y protección.
4. Función de producción y reproducción.

Las relaciones y vínculos de estas funciones dentro del aparato psíquico grupal se rigen por una instancia unificadora y guardiana llamada ideológica, necesariamente sometida al objeto-grupo ideal y coextensiva a la existencia misma de todo grupo social.

La construcción de un grupo debe conciliar las exigencias de los distintos aparatos psíquicos individuales, el aparato psíquico grupal, el grupo social y el grupo societario.

El postulado del aparato psíquico grupal exige que ciertos elementos del aparato psíquico individual tengan también propiedades grupales o que estén formados por subestructuras grupales, configuraciones de relaciones entre objetos internos regidas por procesos que implican tensiones y posiciones correlativas.

La personalidad se construye por internalización y elaboración de objetos y sus relaciones funcionales en formaciones grupales intrapsíquicas. Por otra parte, hay que hablar de una grupalidad del fantasma, en particular de los fantasmas originarios. Estos fantasmas son un modo de responder a los enigmas infantiles sobre el origen y fin del sujeto que se organizan según una escena grupal que relaciona personajes, representantes de objetos, de procesos, de vínculos, etc. Esta peculiar estructura fantasmática subyace como un modelo primordial de organización del grupo y de las posiciones, relaciones y elaboraciones cognitivas que se desarrollan en él.

Al igual que la tópica grupal interna, la fantasmática fomenta y dispone el aparato psíquico grupal como instrumento de realización intermediario y generalizado para los miembros del grupo. En resumen, el fantasma tiene un efecto distribuidor, organizador, escénico, permutativo y relacional, y todo ello deriva de su grupalidad.

Las formaciones grupales del psiquismo tienen por paradigma la fantasmática de la escena primitiva, que ya apuntaba Bion. La construcción del aparato psíquico grupal es una fase de mediación entre los grupos psíquicos internalizados y la configuración grupal real. Estas reflexiones nos pueden llevar a establecer hipótesis sobre los "rasgos" grupales del sujeto; sin embargo, no nos permiten adentrarnos en el grupo propiamente dicho.

El vínculo grupal se consolida a través de las relaciones, de identificaciones, es decir, por la capacidad del aparato psíquico grupal de dotar a cada miembro de una identidad compatible con otros y a la vez diferenciada. Este constructo puede ser visto como un operador en la constitución y el señalamiento de la identidad. Tiene una función estructurante, de suplencia, continuidad, intercambio e identificación para con el grupo social. El aparato psíquico grupal surge de la lucha contra la fantasía primaria de sentirse desprovisto de una asignación, dentro de un conjunto coherente de relaciones. Es por tanto, aunque parezca paradójico, una construcción libidinal narcisista, asegura la vinculación entre los objetos primarios de los participantes y se convierte en un depositario común. En los inicios de una relación, la correlación isomórfica entre uno de los organizadores grupales del psiquismo y el aparato psíquico grupal caracteriza al lazo actual entre individuos, predominando así los procesos psíquicos de tipo esquizo-paranoide. El aparato psíquico grupal no es aún un objeto protector extensible a partir de una sólida base libidinal lograda por las identificaciones proyectivas de los participantes. Podemos establecer ahora una serie de correlaciones interesantes:

*Proceso primario = identidad de las percepciones (Freud) = isomorfismo (Käes) =  
= grupo de supuesto básico (Bion)*

Todo remite a lo arcaico y tiende a lo indiferenciado:

*Proceso secundario = identidad de pensamientos (Freud) = homomorfismo (Käes) =  
= grupo de trabajo (Bion).*

No obstante lo dicho, Käes se preocupa de establecer también las bases para estudiar el proceso grupal. El análisis del proceso grupal pone en juego tres elementos fundamentales:

1. Una componente psíquica (objeto-grupo) y social (modelo de grupalidad) imaginaria. Carácter continuo de lo individual-grupal.
2. Un contexto social de surgimiento del grupo y una determinación real, ambas, condiciones de existencia histórica y traba para la realización imaginaria.
3. Una referencia que opera como ordenamiento de las relaciones de diferencia y similitud entre la realidad psíquica construida y los datos previos concomitantes del medio histórico y social.

El objetivo de esta corriente representada en Käes no es tanto lograr a través de un dispositivo una experiencia adaptativa a las normas grupales ni un conocimiento objetivo de los fenómenos del grupo, como buscar la emergencia, liberación y reacomodación de formaciones y procesos psíquicos que gracias a las propiedades del mencionado dispositivo se desvelan genética y estructuralmente apuntaladas sobre el grupo. Esto es lo que permite el pasaje y la reanudación entre el orden endopsíquico, el orden del vínculo y las creaciones colectivas. Considera que este dispositivo abre un campo de descubrimiento desplazando la atención y el interés hacia las formaciones grupales del psiquismo y formula la relación entre éstas, el encuadre y el proceso grupal.

Las formaciones grupales están constituidas por la integración de los fantasmas, la organización de las identificaciones y la estructuración de las instancias del aparato psíquico. El aparato psíquico grupal es una construcción intermediaria, paradójica, que efectúan los miembros de un grupo sobre la base de organizadores psíquicos (grupos internos) y socio-culturales, deviene en algo más o menos autónomo y se organiza sosteniendo la tensión entre una tendencia al isomorfismo y otra al homomorfismo. Mientras el aparato psíquico individual se apoya en el cuerpo biológico, el primero lo hace en el tejido social. Los procesos claves, son la ilusión grupal en función de una realización imaginaria de deseos; la potenciación fantasmática del grupo, sobre la imagen del propio cuerpo desrealizada; amenaza de pérdida de la identidad personal. El fantasma tiene una organización grupal interna homóloga a la situación grupal, en la que unos miembros sirven a otros a veces como puntos de identificación y otras como soporte proyectivo para su tópica subjetiva y sus pulsiones. Es esta organización grupal interna del fantasma individual, lo que posibilita el fenómeno de resonancia fantasmática. Así, para Kaës, no hay fantasma grupal; el *plus* grupal no radicaría en un fantasma colectivo sino en una serie de fantasmas individuales que entran en resonancia.

Tanto Kaës como Bion caen en dos diferentes tipos de *a priori* individualista. El primero piensa en un modo de subjetividad grupal, dotada de los mecanismos de las producciones inconscientes singulares; para el segundo, no se puede hablar de otras formas de producciones subjetivas que no sean inherentes a la singularidad.

## 12.7. La concepción operativa: aportaciones de E. Pichon Rivière

Como otros muchos practicantes de la psicoterapia, Pichon-Rivière fue un hombre más preocupado por el sufrimiento de sus pacientes y por la intervención activa para remediarlo, que por la elaboración teórica de un modelo transmisible para legar a sus seguidores. Precisamente han sido éstos quienes, basados en apuntes tomados de sus conferencias y clases y en algunas –pocas– cosas escritas por él, han podido recopilar un “corpus” formal más o menos articulado del pensamiento de Enrique Pichon-Rivière. Disponemos fundamentalmente de dos obras para introducirnos en su pensamiento: *Del Psicoanálisis a la Psicología Social* y *Teoría del vínculo*. De ellas entresacaremos las aportaciones básicas de Pichon.

### 12.7.1. El modelo del cono invertido

De su práctica con los grupos familiares y extendiéndola al análisis sistemático de las situaciones grupales, el modelo del cono invertido permite evaluar los procesos de un grupo, considerados como universales en cuanto a su estructura y dinámica.

En el cono hay una base, un vértice y una espiral dialéctica. En la base se sitúan los contenidos emergentes, manifiestos o explícitos. En el vértice las situaciones básicas o universales “implícitas”, que Pichon toma de Melanie Klein (las ansiedades básicas, miedos a la pérdida y al ataque). La espiral dialéctica muestra el movimiento de indagación y el esclarecimiento que va desde lo latente a lo manifiesto, es decir, el proceso dialéctico del análisis.

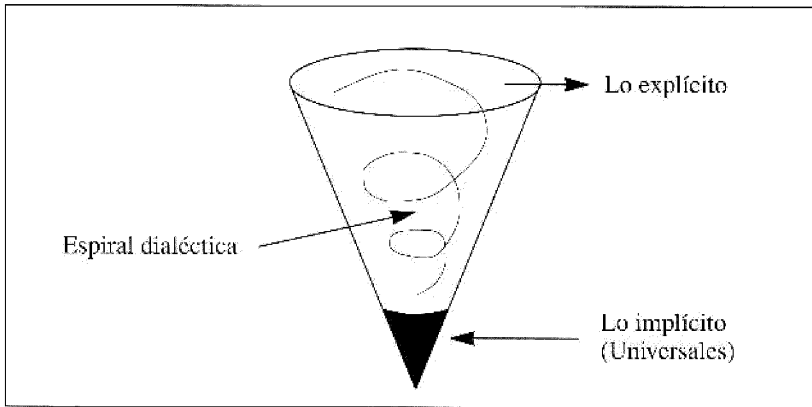


Figura 12.2. Proceso sintáctico del análisis

Mientras *lo explícito* se configura por los cuatro momentos que aparecen en la operación terapéutica correctora (diagnóstico, pronóstico, tratamiento y profilaxis), *lo implícito* incluye las ansiedades básicas (depresiva, paranoide y confusional), la reacción terapéutica negativa (configurada por el miedo al cambio y la resistencia al mismo), un sentimiento básico de inseguridad y los procesos de aprendizaje y comunicación.

A partir de aquí se fue plasmando el modelo de evaluación de situaciones grupales, cuya intención fundamental es la de promover el cambio. El cambio, definido por “la modificación de estructuras relativamente estables” (Bleger), se caracteriza por sus seis constantes inherentes, que fueron introducidas en el modelo del cono invertido, como lo muestra la Figura 12.3.

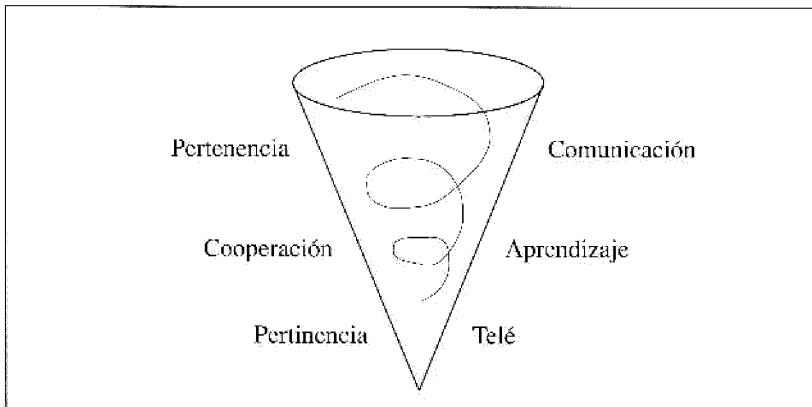


Figura 12.3. Modelo de evaluación de situaciones grupales



Las seis constantes permiten la valoración de las distintas situaciones por las que pasa todo grupo. Las de la izquierda podrían ser su lado fenomenológico y descriptivo, mientras que las de la derecha serían el lado más dinámico:

1. La pertenencia es el grado de *identidad* de cada miembro del grupo con la tarea. Ha de haber un grado mínimo común en todos y podemos hablar de pertenencia propiamente dicha o de afiliación si es en un grado menor.
2. La cooperación es el grado de *eficacia real* con que cada uno contribuye a que la tarea grupal vaya adelante. Lo contrario es el saboteo.
3. La pertinencia es la capacidad de un grupo de centrarse en la tarea. Como se ve, en estas tres es central *la noción de tarea*, que veremos un poco más adelante.
4. La comunicación se analiza desde dos teorías diferentes. Por un lado desde la teoría lingüística, fundamentalmente la de Jakobson, y donde para Pichon-Rivière lo fundamental es trabajar lo que él denominaba el malentendido básico familiar y los tabúes familiares. Por otro lado se puede construir una teoría de la comunicación en relación a las fases de la libido freudianas, obteniendo entonces una *comunicación oral*, donde prima la avidez hacia el otro, "la madre" que nos proporciona todo el sustento necesario; *comunicación anal*, donde prima la agresión y la descarga explosiva y la *comunicación genital*, donde uno puede ponerse realmente en el otro y unirse a él para recrear un proyecto.
5. El aprendizaje, que desde la perspectiva pichoniana, es siempre la capacidad de actuar de forma nueva frente a los viejos problemas, y se trata sobre todo de *aprendizaje de roles*. Podríamos hablar de una serie de roles que deberían ser cubiertos en todo grupo o institución para su funcionamiento idóneo: motor emocional, pensador teórico, programador práctico, realizador práctico, gestor y depositario afectivo. Cada uno tendría unas características positivas y una patología de rol si se excede o se rigidifica en su función.
6. El telé, que podríamos definir como el afecto a distancia, y que apoyándose en el concepto de Moreno, va un poco más allá, tratando de explicar ese afecto inmediato por las ansiedades básicas que sufre todo individuo: a la pérdida y al ataque.

### 12.7.2. El Esquema Conceptual Referencial y Operativo (ECRO)

La investigación de Pichon-Rivière sobre el uso del *Tofranil* combinado con la psicoterapia lo condujo a la conceptualización de una situación depresiva básica (1938), siempre a partir de su amplia experiencia, tanto como psicoterapeuta en casos individuales y de grupos, como en tratamientos biológicos paralelos (shock hipoglucémico, convulsoterapia, sueño prolongado, etc.). En 1946 publicó una pequeña síntesis de todo ello, donde a partir de conceptos como pluralidad fenoménica, unidad funcional y genética (enfermedad única) y policausalidad, comenzó a construir ya un esquema de abordaje para la situación depresiva básica. Dicho esquema fue completado más adelante con el encuadre grupal de esta situación, con las nociones de portavoz de la ansiedad del grupo (el paciente), pautas grupales estereotipadas (estereotipos), depresión básica general, grupo operativo, nociones de comunicación y aprendizaje, concepto de tarea, etc. Todo ello conformó lo que Pichon llamó ECRO básico que ha de poseer todo psicoterapeuta (individual o grupal).

Así pues, el ECRO es primeramente un esquema referencial para manejarse en la práctica clínica. Pero además incluye ideas sobre la teoría del campo (Lewin) así como de multitud de elementos aportados por las distintas ciencias del hombre. "Es un instrumental y operacional y, así constituido, se puede aplicar a cualquier sector de tarea e investigación". Un ECRO grupal es el objetivo a conseguir en psicoterapia de grupos. Es el punto focal de aprendizaje general, marco de referencia común, búsqueda de unos conceptos comunes con los que cualquier grupo pueda trabajar y construir efectivamente una tarea concreta.

En resumen, podemos visualizar el concepto de ECRO en tres niveles:

1. *Nivel singular*: conjunto de conocimientos, de actitudes que cada uno de nosotros tiene en su mente y con el cual trabaja en relación con el mundo y consigo mismo.
2. *Nivel grupal*: conjunto de conocimientos con los que el grupo opera en relación a una tarea, para trabajar creativamente con ella.
3. *Nivel social*: conjunto de conocimientos, explícitos o implícitos, basados en el común denominador del contexto social.

### 12.7.3. *Grupo familiar y grupo operativo*

La práctica asistencial de Pichon-Rivière comenzó en hospitales públicos, y desde el principio, no sostuvo una visión individualista de la enfermedad mental. Esta se debía considerar siempre como una muestra de la incapacidad para soportar y elaborar un monto determinado de sufrimiento y encuadrarla dentro del ámbito del *grupo familiar* de origen, donde el enfermo mental es el *portavoz o depositario* de la ansiedad del grupo, que segrega al enfermo. Desde esta perspectiva originaria, la práctica asistencial hospitalaria de Pichon, en sus inicios con psicóticos, siempre incluía a los familiares del sujeto afectado. Desde los primeros momentos su enfoque fue *grupal*.

De esta forma y tomando la aportación de la teoría gestáltica, las investigaciones de K. Lewin y sus propias experiencias, Pichon-Rivière concluyó que la enfermedad mental no es la enfermedad de un sujeto, sino la de la unidad básica de la estructura social: el grupo familiar. El enfermo desempeña un rol, es el portavoz emergente de esa situación.

El tratamiento del grupo familiar fue la antesala de la teoría y práctica del grupo operativo, ya aplicado a todo tipo de ámbito social. La teorización sobre el grupo familiar se pudo aplicar a su concepto de grupo operativo. Así por ejemplo, la definición de familia como estructura social básica que se configura por el interjuego de roles diferenciados (padre, madre, hijos, etc.), es un modelo natural de la situación de interacción grupal.

En cuanto a su modelo de abordaje terapéutico familiar, se configura alrededor de *cuatro momentos* (diagnóstico, pronóstico, tratamiento y profilaxis), cada uno de los cuales ha de ser centrado tanto en el individuo como en el grupo y la situación. Obtendríamos de esta manera un diagnóstico, pronóstico, etc. del paciente, de su grupo y de su situación contextual, que deben ser complementarios y cooperantes. En cada momento de abordaje Pichon señala determinados elementos a considerar.

Los cuatro momentos de su modelo se extienden en otros cuatro niveles de interconexión, que de menor a mayor amplitud son:

1. *Nivel psicodinámico* relación del paciente con cada uno de los miembros de su grupo familiar, representación interna que tiene de ello, es decir, el grupo interno.

2. *Nivel sociodinámico*: abordaje del grupo como totalidad gestáltica. Lo que Lewin denomina dinámica familiar. Aquí es pertinente la aplicación de técnicas grupales y sociométrica).
3. *Nivel institucional*: familia como institución a través de su historia, su estructura socio-económica, su relación con otras familias, con el vecindario, el barrio, etc.
4. *Nivel comunitario*, más amplio y que tiene que ver con la inserción en la comunidad social próxima.

El análisis sistemático de las situaciones grupales permitió a Pichon registrar un conjunto de procesos relacionados entre sí, y considerarlos por su reiteración, como factores universales de todo grupo en su estructura y dinámica. Así llegó a elaborar el esquema ya mencionado del cono invertido y el concepto de ECRO, que tuvieron una influencia inmediata en la gestación del grupo operativo.

#### 12.7.4. La concepción operativa del grupo

Podemos registrar dos experiencias antecedentes y de alguna manera fundantes, que tuvieron importancia en la creación de la técnica. Por un lado, su estancia en el Hospicio de Buenos Aires (durante 15 años) desde 1937. Allí, inmerso en su labor asistencial, se le planteaba continuamente un problema: el abandonismo de los pacientes (en su mayoría psicóticos). Vislumbró la clave del problema en el papel de los enfermeros, y a partir de ahí, comenzó a trabajar con grupos de enfermeros y con pacientes “mejorados”. Hasta se le ocurrió organizar partidos de fútbol con los “locos”. Estos grupos se pueden considerar como antecedentes de los grupos operativos con tarea y le sirvieron a Pichon, como hemos dicho, para la formulación de un ECRO, como instrumento de aprehensión de la realidad que nos proponemos estudiar. Por otro lado, tenemos la “experiencia Rosario” (1958), llevada a cabo mediante la creación de una situación de Laboratorio Social o de trabajo de una comunidad y que tuvo como objetivo la aplicación de una didáctica interdisciplinaria de carácter acumulativo. En esta experiencia organizada por el IADES (Instituto Argentino de Estudios Sociales) participaron la Facultad de Ciencias Económicas, el Instituto de Estadística, la Facultad de Filosofía y su Departamento de Psicología y la Facultad de Medicina. La estrategia consistió en la creación de una situación de Laboratorio Social (tipo Lewin), con trabajo en grupos pequeños heterogéneos, además de asambleas generales. Estos grupos pequeños son los precursores directos de los grupos operativos, pues allí ya se planteó la existencia de un *coordinador* que tenía como misión lograr que la comunicación se mantuviera activa y pudiera ser creadora, y de un *observador* que registrara lo que pasaba para luego exponerlo en el grupo grande.

Así nació el grupo operativo como grupo que *opera* sobre una tarea. Este operar, que no tiene que ver con lo que esto significa para el funcionalismo empirista y mecánico (causa-efecto lineales), ni con lo que entiende por operar el método clínico [observación-diagnóstico-tratamiento (operar)], es un operar en espiral dialéctico, remitiendo continuamente a una teoría y a una práctica, y que en el grupo operativo es la acción del equipo coordinador sobre el grupo y la acción del grupo sobre la tarea. La tarea es un concepto fundamental, de forma que Pichon-Rivière propone una psicoterapia de grupo centrada en una tarea.

Una posible noción de grupo operativo podría ser la siguiente: grupo que a partir de una estereotipia inicial, adquiere plasticidad y movilidad a través de la tarea, haciéndose con ello los roles intercambiables. La operatividad del grupo tiene que ver con la ruptura de la estereotipia inicial y con la movilidad de los roles, en definitiva con una tendencia direccional al cambio. Como antes señalábamos (véase el *cono invertido*), para evaluar los cambios en un grupo se ponen en juego las seis constantes mencionadas.

Para Pichon, el grupo adquiere más homogeneidad en la resolución de la tarea en la medida en que es más heterogéneo en su composición y define al grupo operativo como centrado en una tarea y que tiene por finalidad aprender a pensar en términos de resolución de las dificultades creadas en el propio espacio grupal. Estas dificultades despiertan ansiedad, impiden la movilidad y provocan la detención del proceso. Es el llamado por Pichon periodo de pretarea. Se delimita así un esquema de funcionamiento del grupo operativo, donde se visualizan tres fases:

1. *La pretarea* con un predominio de los mecanismos de escisión esquizo-paranoides, entre el sentir y el pensar. La patología es que el grupo se estanque aquí y se convierta en un grupo estereotipado.
2. *La tarea*, que consistiría en el abordaje de las ansiedades que despierta el cambio. La entrada en tarea es sólo por momentos y la mayor parte del devenir grupal se consume en esos pasajes de pretarea a tarea y viceversa.
3. El momento del *proyecto*, donde se logra una pertenencia de los miembros que se concreta en una planificación. Se produce una internalización (no sólo racional sino también emocional) del grupo y de cada integrante y es el momento de los liderazgos funcionales y del ECRO grupal más conseguido.

Llegamos así a una definición más completa de grupo operativo que sería entonces *el grupo, que centrado en una tarea, se propone la movilización de estructuras estereotipadas y la resolución de las dificultades de aprendizaje y comunicación, debidas al monto de ansiedad que genera el cambio. Los roles, fijos al comienzo, deben configurarse en liderazgos funcionales u operativos, en el aquí-ahora de la tarea.*

En conclusión, con la técnica operativa se trataría de:

1. Conseguir una adaptación activa a la realidad.
2. Posibilitar la asunción de nuevos roles.
3. Adquirir una mayor responsabilidad sobre una tarea.
4. Perder los roles inadecuados para la situación "aquí-ahora" de la tarea.
5. Posibilitar que los sentimientos básicos de pertenencia, cooperación y pertinencia se produzcan de manera armónica, lo que da mayor productividad.
6. Obtener una elaboración de las ansiedades despertadas en cada situación de cambio.

## 12.8. El modelo analítico-vincular

Este modelo, desarrollado fundamentalmente por Nicolás Caparrós y colaboradores (1990), se ha promovido en nuestro medio, a partir de las aportaciones antes expuestas de Pichon, a las que se unieron otros autores como Hernan Kesselman, Eduardo Pavlovsky, Antonio Caparrós García-Moreno, y nosotros mismos. De todos los modelos anteriores an-

tes referidos se tomó algo, reconceptualizándolo, y aquí vamos a resumir sus características esenciales.

### 12.8.1. Aspectos conceptuales

Si el individuo es un ser complejo e imprevisible, abordable desde diferentes perspectivas, el grupo, constituido por una pluralidad de ellos, ofrece, con mayor motivo, lecturas y puntos de inflexión aún más variados. El modelo analítico vincular quiere ser una forma de interpretar esa dinámica humana y entiende que las interrelaciones entre los miembros de un grupo actual se basan y cobran sentido a través de la unidad mínima fundamental que condiciona toda la dinámica grupal, *el vínculo*, que es, a su vez, el medio necesario por el cual se constituye el individuo en su entraña singular y colectiva. El vínculo no se palpa, se accede a él por sus efectos, y es una estructura dinámica que engloba tanto al sujeto como al objeto en un lazo cuyo organizador principal es afectivo y que nos remite, en un primer momento, al nudo de lo biológico y lo psíquico.

Tras la posición más arcaica (posición aglutinada), surge un proceso trimembre: separación-vinculación-individuación, que alumbra en secuencia la objetividad-objetivación por un lado y el narcisismo-mismidad (*self*) por el otro. Ambos desarrollos se precisan de manera recíproca. El vínculo posibilita el nacimiento/ discriminación del “sí mismo” y del objeto, tomando lo narcisístico y lo objetal en un mismo nivel de consideración en el desarrollo del individuo.

Se hablará con propiedad existencial de individuo y de grupo cuando alcanzan el rango de exterioridades en lo manifiesto, siendo a la vez el grupo un objeto ya internalizado.

El grupo psicológico así entendido es una realidad tan inmediata como el propio sujeto. Aclaremos que no existe un único tipo de vínculo sino que las relaciones que el sujeto establece con el mundo son complejas, pudiendo emplear de manera simultánea diferentes estructuras vinculares: paranoica, hipocondríaca, melancólica, histérica, maníaca, autista, obsesiva, perversa (Pichon Rivière).

El carácter de un sujeto se hace más comprensible en la medida que se descubren sus vínculos internos. Estos modos de vinculación engendran unas vivencias concretas y unas formas de relación históricas e irrepetibles que tienen afectivamente posteriores experiencias. Nos referimos al *grupo interno*, una historia que se estructura en cada individuo de manera que quedan articulados el “sí mismo” con el otro internalizado adoptando una estructura grupal. Este grupo interno, integra además la ideología de la que fue rodeado el sujeto en su proceso de individuación.

Los elementos del grupo interno, se estructuran de manera estable en cada individuo bajo la forma de *núcleos básicos de personalidad*. Esta especificidad se refiere a aquellos aspectos que engloban lo caracterial, vale decir lo estructural de cada ser humano. El concepto de núcleo no es nuevo, aunque sí lo es con los contenidos que toma en este modelo. En manos de R. Fairbairn y M. Klein, el núcleo es sinónimo de objeto interno. Para J. Bleger pertenece más a la psicopatología que a la psicología. En H. Kesselmann y N. Caparrós, aunque con sensibles diferencias entre ellos, el núcleo remite a lo caracterológico.

El “núcleo de la personalidad” es una estructura compuesta por los vínculos fundantes que se configuran de determinadas formas merced a la intervención preferencial de ciertos mecanismos de defensa. Esta estructura relativamente estable –que no existe en las psicosis– representa los fundamentos de la identidad del yo y el modo habitual de establecer re-

laciones objetales. El núcleo distribuye de un modo desigual a la libido entre el yo y los objetos, y sesga de una forma peculiar las raíces afectivas de la conducta. Para concretar, podemos enunciar tres familias de núcleos: la esquizoide, la confusional y la depresiva. Un núcleo de personalidad determinado no presupone patología alguna, sino la posibilidad de que se produzca una cierta configuración existencial de la que es responsable una estructura profunda.

El núcleo es fruto de las fijaciones evolutivas que constituyen un rasgo universal para cualquier formación caracterológica. Estas formaciones integran una estructura más o menos estable que permite mantener la identidad y posibilita tener una determinada imagen de sí mismo con la tendencia a consolidar relaciones objetales estables. La consistencia del núcleo tiene la faz negativa de la posible rigidez que no es fácil de salvar, sin cierto esfuerzo analítico. Como hemos dicho, los núcleos pueden dividirse en: esquizoide, confuso y depresivo.

*El núcleo esquizoide* se identifica por movilizar de preferencia los mecanismos de proyección, introyección y escisión con su respectivo interjuego. El sujeto que presenta este núcleo como forma prevalente de construcción de su propia identidad y de organización del entorno, posee un *self* autovalorado narcisísticamente, un *self* "bueno", al cual intenta preservar de situaciones que pudieran dañarle, (heridas narcisistas); por otra parte, no hay una integración consistente de los objetos persecutorios en estructuras estables, con el consiguiente riesgo de retorno de lo proyectado. La actitud es propositiva e inquisitiva, cautelosa frente al exterior, que aparece como un espacio lábilmente desinvertido. Las situaciones en que predomina lo cognoscitivo son mejor manejadas que aquellas que propenden a lo afectivo.

En los sujetos con *núcleo confuso* los mecanismos de defensa característicos, además de los anteriores, son los de identificación proyectiva y denegación. El objeto, desde esta perspectiva, está idealizado, adquiere las características de omnipotencia; el *self*, por su parte, se encuentra especularmente hipertrofiado, a imagen y semejanza del objeto. La actitud fundamental tiende a la actuación, con posteriores momentos reflexivos, al contrario de lo que ocurría en el núcleo esquizoide en el que la reflexión es previa y sólo está precedida por la evitación. Son frecuentes las situaciones grandiosas en las que las tendencias a la fusión estática con el objeto y la frustración/destrucción se suceden.

Los sujetos con *núcleo depresivo* se estructuran alrededor del mecanismo defensivo de la represión. El *self* tiende a una valoración ponderada. El medio es vivido de manera ambivalente. Esa ambivalencia es producto del principio de realidad en el que entra en juego la tentativa, la duda, la crisis de los resortes mágicos. La libido objetal adquiere una importancia relativamente mayor que la libido narcisista.

La estructuración de los núcleos implica distintos tipos de vivencias del individuo en el grupo terapéutico. La tarea aquí, entendida a partir del concepto de los núcleos básicos y de los grupos internos, se va a desarrollar en lo concreto a través de situaciones esquizoides, confusionales o depresivas de manera que habrá partes de cada uno de estos momentos propicios al cambio (reflexión, creación, praxis) y partes de resistencia al mismo (culpa, persecución, bloqueo). Según prime una u otra tendencia, se hablará de cooperación o de sabotaje respecto al tramo específico de la tarea que ocupa al grupo en un instante determinado.

La *situación grupal* es otro concepto central del presente modelo. Se puede entender por situación grupal aquella secuencia de conductas verbales y preverbales que resultan del empleo preferente y significativo de un conjunto de mecanismos de defensa. Las situaciones grupales admiten una doble lectura, la primera profunda, la segunda a nivel descriptivo. Es

necesario tener en cuenta que el material conflictivo, sea del tipo que fuere es, en primer lugar, exponente de resistencia al cambio, pero al mismo tiempo, lleva en sí el germen de éste. De lo que se deduce que el proceso grupal, desarrollado a través de las mencionadas situaciones, oscila de forma permanente entre ambos polos. Por lo común, los primeros representantes del material conflictivo aparecen en su vertiente resistencial: exposición de síntomas, mostración de actitudes relacionales repetitivas, y material transferencial derivado de relaciones objetales arcaicas. Los núcleos básicos de la personalidad de los integrantes de un lado, y los propios contenidos de la situación de otro, provocan que se desplieguen para el manejo de la angustia determinados mecanismos de defensa que, aunque no de forma exclusiva, sí dominan sobre el resto. La mayor exclusividad se dará en función de la gravedad de la patología de los integrantes —estructuras defensivas más rígidas— y del sesgo nuclear del grupo concreto. Para el diagnóstico de la situación grupal concreta, el equipo terapéutico habrá de hacer la mencionada doble lectura:

1. La detección de contenidos manifiestos del “aquí y ahora grupal”. Relatos, intervenciones puntuales, silencios prolongados, manifestaciones afectivas preverbales, grado de cohesión del discurso.
2. El análisis estructural de la situación. Con ello nos referimos a cómo se manejan los citados contenidos manifiestos, alrededor de qué mecanismos de defensa se organiza el discurso.

El grupo elabora cuando está en situación depresiva, pero también ésta sirve para inducir a la repetición, al sometimiento a demandas superyoicas excesivas; en situación esquizoide se muestra propositivo, capaz de aflorar nuevos emergentes que desalienten la repetición, aunque en su vertiente resistencial sirve para ahondar en las fantasías de fragmentación, en la oralidad exclusiva y excluyente, en los sentimientos de persecución. El grupo actúa en situación confusional y lleva a la práctica aquello que piensa y siente, pero la situación confusional que se opone al cambio aboca en el *acting*, o en el bloqueo implosivo; la aproximación puede tornarse fusión y los sentimientos resonantes en omnipotencia.

Tenemos presente que por intervenir un elevado número de variables (núcleos, historias, medios, situaciones, proceso, etc.) no podemos hablar de *tarea terapéutica* mas que en el sentido genérico de lugar común entre las diversidades. Como el significado más abarcativo posible de un cúmulo de significantes. Núcleos básicos de la personalidad, materiales conflictivos, situaciones grupales, cambio y resistencia al cambio son otros tantos referentes de la tarea terapéutica. La tarea de un grupo terapéutico no se entiende como “curación tipo”, en términos absolutos, sino como la posibilidad de que cada paciente de-fina y halle con los otros el proceso de su propio desarrollo.

La tarea terapéutica no viene impuesta por la voluntad del terapeuta, sino que es producto de las situaciones nacidas en el grupo, junto con las intervenciones del terapeuta (Caparrós, 1980).

Al poder ordenar a los sujetos según distintos núcleos, es decir, por ese peculiar modo de introyectar y estructurar los vínculos fundantes, vemos que se establece una dinámica concreta y que un grupo tiene mayor probabilidad de actuar inicialmente de una manera determinada en función a la proporción relativa de los núcleos que lo integren.

*12.8.2. Dispositivos técnicos*

Respecto de las indicaciones de grupo, digamos cómo este segmento de la decisión parte fundamentalmente de una evaluación del curso terapéutico del paciente y los trayectos vitales conflictivos o deficitarios de su proceso de subjetivación, más que de entidades gnoseológicas concretas. Tras la decisión hay una estrategia terapéutica que persigue abordar determinadas áreas de conflicto; el grupo (por su particular puesta en escena) puede ser un activador y desvelador privilegiado de vínculos fundantes y ansiedades básicas y un espacio continente para un análisis profundo. La puesta en escena grupal, radicalmente distinta de la cura tipo, permite "visualizar" una serie de facetas o procesos más opacos en el encuentro individual, esa visualización afecta igualmente a pacientes y terapeutas. Pero además es un espacio donde "lo que se ve" puede transformarse, apoyándonos precisamente en los mismos recursos que amplían el horizonte. Los tratamientos en situación bipersonal o grupal son (o deberían ser) modalidades técnicas articulables (sucesiva o simultáneamente) en la estrategia terapéutica con un paciente determinado. Podemos decir que no todos los pacientes están en un grupo "para lo mismo"; si con un paciente (digamos neurótico) pretendemos en lo esencial una psicologización de unos síntomas que vive como cuerpo extraño (y que suele llevar en el encuentro individual a una vivencia pasiva cercana al acto médico), con otro paciente (sea un psicótico compensado y con un trayecto terapéutico de maternaje corrector realizado en sesiones individuales) perseguimos que "no se asuste" de sus propios fantasmas y vaya entablando un diálogo (mediado por el grupo) con sus deseos y ansiedades. La tarea terapéutica es asumida y ejercida de modo diverso por los miembros de un grupo.

Respecto de la combinación de integrantes, tendemos en lo posible a su heterogeneidad en algunas variables: tipo de núcleo, sintomatología, sexo, como base de su complementariedad en el proceso terapéutico; y a la homogeneidad en otras: edad, claves culturales. Pero digamos de antemano que no existe el grupo ideal. El intento por delimitar exhaustivamente el perfil de un grupo obedece al deseo de aplacar las ansiedades del terapeuta, que pretende controlar y predecir el desarrollo del grupo. En la práctica, toda configuración grupal adolece de sesgos y la cuestión reside en detectar sus puntos ciegos, sus estructuras resistenciales específicas.

Atendemos sobre todo, en cuanto a los aspectos diagnósticos en la selección de integrantes:

1. Al núcleo de personalidad (N. Caparrós): esquizoide, confusional, depresivo, o su ausencia en caso de psicosis.
2. Área de expresión prevalente de la conducta (J. Bleger): cuerpo, mente, relación.
3. Superestructura sintomal o aspectos fenomenológicos descriptivos.

La inclusión de pacientes psicóticos en un grupo (no formado exclusivamente por pacientes con este diagnóstico), debe tener muy en cuenta tanto su momento terapéutico (ausencia cuando menos relativa de síntomas productivos y trabajo previo o paralelo en terapia individual), como la capacidad continente del grupo (pacientes con un cierto "rodaje" en grupo), escasa proporción de sujetos psicóticos so pena que formemos un grupo especial con éstos, con objetivos limitados, no inclusión de personalidades explosivo-bloqueadas severas..., es decir, habrá de tenerse en cuenta que el pánico que el psicótico puede desatar ante ciertas situaciones no se desborde en una multiplicación angustiosa tanto en él como en el resto de integrantes.



Respecto del equipo terapéutico, lo integran 2 ó 3 terapeutas que trabajan en co-terapia sin una diferenciación fija o permanente de roles (coordinación/observación), donde un estilo fundamentalmente activo no se confunde con el rol de líder (que sigue siendo, como en el grupo operativo, la tarea, en este caso terapéutica). La co-terapia en estas condiciones, promueve que cada terapeuta pueda desplegar su estilo personal, no sólo en lo que respecta al manejo de la técnica, sino a las valencias contra-transferenciales que se movilizan y las transferencias que suscita o le son depositadas. Por otra parte, las depositaciones transferenciales en los distintos miembros del equipo (y las correlativas vivencias contra-transferenciales) permiten trabajar simultáneamente vínculos y áreas de conflicto del paciente, que el espacio individual debe afrontar de forma sucesiva. Tanto más cuanto que el mundo imaginario del paciente se expresa, además, en las transferencias cruzadas entre los mismos integrantes (co-transferencia). Asimismo, el proceso interpretativo se enriquece cuando esas corrientes afectivas traspasan y se nutren los respectivos mundos internos de los integrantes.

Importa sobre todo que algún terapeuta esté siempre en atención flotante para que la intervención activa, caso de que se produzca, no depare pérdida de material analítico. Gran parte de las técnicas activas no respetan este principio y limitan con ello muchos de sus posibles efectos terapéuticos.

El *señalamiento* es pieza clave en el análisis del proceso grupal, ocupando buena parte del quehacer del equipo. Con su concurso se va puntuando el discurso del grupo (o mejor, el entrecruzamiento de discursos verbales, gestuales, posturales que enmarañan la producción). En los grupos hay silencios verbales, nunca ausencia de comunicación (por definición imposible). Como antes dijimos, el coordinador realiza mediante el oportuno señalamiento una elección sobre el discurso procesual. El señalamiento cobra toda su eficacia terapéutica cuando opera sobre el proceso grupal puntuando y denotando los momentos de cambio y resistencia al cambio. El señalamiento grupal tiende a desbloquear la situación y abre intervenciones que recogen la atmósfera latente imperante en el grupo, flotante incluyendo los diálogos, transferencia/contratransferencia.

La labor interpretativa con el grupo no siempre puede realizarse con un soporte verbal. A veces, la interpretación verbal "rebota", en el sentido de que no rompe la barrera latente/manifiesto y el grupo oye el mensaje sin poder escuchar su sentido y reorganizarse de un modo menos defensivo; hay silencio o prosigue el ruido. En esos casos, la invitación a dramatizar una escena que simboliza el conflicto, desplazadamente, con las claves de lo latente amordazado, tiene la virtud de ofrecer una visión mucho más inapelable de ese conflicto. Llamamos *consigna* a este desplazamiento al campo de lo imaginario de la situación manifiesta. Si la propuesta del equipo es acertada, el desarrollo de la escena por parte de los integrantes que desconocen su sentido, irá mostrando en un plano imaginario las dificultades que obstaculizan el proceso grupal, haciéndolo monótono. El equipo no "sabe", reiterémoslo, en qué va a parar la escena, tan sólo cuenta con el conocimiento de los aspectos resistenciales de la situación actual y una hipótesis de lo que éstos ocultan. Es el grupo quien va a desarrollar esa hipótesis, y sobre ese campo abierto puede vertirse una labor interpretativa, hacia el grupo y/o ciertos integrantes.

Centrémonos ahora en el grupo psicológico. El señalamiento debería aplicarse sobre el proceso grupal. Aquí reside una de las claves diferenciales del manejo de este instrumento técnico, entre la psicoterapia individual y la de grupo. Puntuar el proceso grupal y denotar de entre sus significantes los significados que concurren en el aquí y ahora. El coordinador realiza, mediante el oportuno señalamiento, una elección en el discurso procesual desde un modelo teórico y un ÉCRO determinado. Pero deja a la vez inconclusa la tarea de lograr un

significado pleno. La operación denotativa convierte en posible señal para los pacientes un particular significante. Queda por ver si éstos la reciben como tal y en caso afirmativo, resta el trabajo de elaboración y de apropiación de lo elaborado. El coordinador efectúa una verdadera oferta de significantes. En nuestra opinión, el señalamiento sólo es útil si efectúa la función de puntuar los instantes de cambio o de resistencia al mismo. En otras palabras, ha de encargarse de balizar las linealidades resistenciales y los puntos de inflexión del proceso grupal.

Por otra parte, la función "meta" del señalamiento, queda establecida en el cometido específico que el descentramiento terapéutico precisa en el observador. Observador que, por otra parte, participa en el proceso (véanse los capítulos *Teoría de la observación e Investigación e intervención...*). Sólo desde esta perspectiva puede ser detectada la señal. Digamos ahora que la elección de entre los potenciales significantes del proceso grupal, viene dictada por el marco teórico, pero también por los referentes ideológicos y contratransferenciales.

La interpretación en psicoterapia grupal tiene distintos matices a los que es preciso atender. Es necesario interpretar al grupo en la medida que el todo es algo distinto a la mera suma de las partes. Con la interpretación al grupo, el sujeto recibe algo nuevo desde fuera, que rebasa los límites de la mera redundancia. El sujeto se enfrenta con algo más que la cara oculta de su conducta, con los latentes grupales que la engloban y contextualizan. En este sentido la interpretación grupal es nutricia. La interpretación individual tiene pleno sentido si se remite al campo más amplio de la interpretación grupal. En este caso cabe diferenciarla en dos aspectos:

1. Las diversas interpretaciones de la transferencia: interpretación de la inter-transferencia y de la transferencia con los terapeutas.
2. La interpretación de las resistencias.

Los referentes interpretativos deben ser siempre los que aporte el propio proceso grupal y varían según el momento terapéutico del grupo. En este sentido, ese tipo de referentes pueden agruparse, de manera genérica, en diádicos o pre-edípicos y triádicos o edípicos. Como norma general pretendemos dejar a la iniciativa del grupo la mayor cantidad de trabajo interpretativo, de ahí que ensayemos en primer lugar los señalamientos y las consignas buscando así una mayor participación activa en el proceso de elaboración. El lector puede ampliar esta perspectiva consultando un manual recientemente compilado por uno de nosotros (Ávila, 1993).

En el siguiente epígrafe vamos a revisar las modalidades técnicas y aplicaciones del modelo analítico vincular, en cuanto a sus posibilidades y límites como técnicas cualitativas de investigación social.

### **12.9. Posibilidades y límites de los grupos terapéuticos y sus derivados como técnicas cualitativas de investigación social**

Nos vamos a ocupar ahora de revisar qué dispositivos grupales se han generado a partir del modelo clásico del grupo terapéutico, organizándolos sistemáticamente en modalidades técnicas que han ido adquiriendo una diferenciación suficiente hasta lograr la singularidad que justifica su mención. Por otra parte trataremos de salvar la distancia que existe entre el grupo como método de facilitación del aprendizaje y el cambio en el nivel de los individuos,

los grupos o las instituciones, y el grupo como método de investigación. El lector ha de tener presente que los dispositivos grupales derivados de los modelos terapéuticos necesitan ser adaptados para cumplir fines de investigación, pero que esta adaptación está en gran medida aún por hacer. Las modalidades técnicas que serán inicialmente revisadas, siguiendo a Ávila (1988), son las siguientes: a) grupo terapéutico; b) grupo intensivo periódico; c) grupo "laboratorio" o intensivo no periódico; d) grupo de sensibilización; e) grupo familiar.

### 12.9.1. Grupo terapéutico

Se trata de la modalidad *princeps* de grupo, cuya finalidad es promover o contribuir a la curación de los trastornos psíquicos de los pacientes-integrantes. El grupo se forma a iniciativa de los terapeutas, quienes escogen esta forma de tratamiento para ciertos pacientes —bajo ciertos criterios—, bien como alternativa al tratamiento individual o de forma complementaria a este. Lo distintivo del encuadre del grupo terapéutico radica en el énfasis que se pone al subrayar la demanda de tratamiento y/o ayuda para la resolución de los trastornos y conflictos psíquicos individuales, introduciendo inicialmente al grupo en cuanto *situación* y no como idea totalizadora o *tarea*. El grupo terapéutico no es un grupo espejo ni alternativo al grupo familiar o de pertenencia real del sujeto, aunque pueda funcionar en el imaginario como tal en diversos momentos del proceso terapéutico del paciente. La transferencia y contra-transferencia en el grupo responden a un esquema de múltiples interdeterminaciones cuyo desvelamiento requiere en los terapeutas una especial disposición y entrenamiento, abordado prioritariamente en su formación a través de conceptos y experiencias como la *historia grupal* y el *trabajo grupal* de los propios terapeutas. Así es concebido por las principales orientaciones teóricas del grupo terapéutico. El trabajo terapéutico que se lleva a cabo en los grupos discurre mediante el desvelamiento de la trama dinámica vincular del sujeto. Este se da en un contexto de múltiples niveles asociativos *garantizado* por los fenómenos de transferencia múltiple, sobre el cual el plano *interpretativo* que introducen los terapeutas promueve la elaboración, el *insight* y el cambio en el sujeto (tanto en el comportamiento como en la trama dinámica vincular), cambio que se manifiesta primero en la situación grupal y posteriormente en el afuera o viceversa. La convergencia en el sujeto del proceso de la psicoterapia individual y grupal facilita completar los distintos niveles analíticos. La posibilidad de utilizar este dispositivo como método de recogida de información psicosocial, pasa por que el investigador social sea uno de los miembros del equipo terapéutico, encargado de la observación de los fenómenos grupales en cuanto tales, y de detectar los emergentes individuales que representan los fenómenos sociales de interés para el investigador. Pero la tarea investigadora no puede subvertir la genuina finalidad del grupo: el cambio personal.

### 12.9.2. Grupo intensivo periódico

El grupo intensivo periódico es una oferta técnica que puede permitirnos insertar la situación grupal como espacio de movilización y elaboración en el proceso psicoterapéutico individual de personas que no están disponibles para participar en grupo periódico de una o dos sesiones semanales. Esta *indisponibilidad* la estimamos principalmente de tipo estructural y no como mera dificultad formal (horarios, etc.), es decir que el momento particular

en el proceso terapéutico del paciente no haga aconsejable primar a la situación de grupo como espacio interpretativo y elaborativo. Las experiencias realizadas con esta modalidad de grupo han ofrecido resultados terapéuticos similares a los del grupo periódico, y tienen las mismas limitaciones como técnica de investigación que las señaladas para el grupo terapéutico (véase García de la Hoz y Ávila, 1992).

### 12.9.3. Grupo "laboratorio" o intensivo no periódico

El grupo intensivo no periódico, denominado más frecuentemente en nuestro contexto como "laboratorio" es una modalidad surgida a partir de las experiencias intensivas de grupo llevadas a cabo por terapeutas de la comunicación, guesaltistas o psicodramatistas. Concebido inicialmente (y en algunas perspectivas extra-analíticas también en la actualidad) como una modalidad terapéutica *en sí misma*, de carácter catártico intensivo, o actividad terapéutica en *gran dosis*, el grupo laboratorio ha venido a perder esa perspectiva sustituyéndola por una opción de trabajo psicoterapéutico grupal complementario a un *tratamiento regular de base*, bien individual o grupal, cara al cual la intervención intensiva que supone el grupo laboratorio viene a operar como momento de síntesis, reflexión, elaboración y confrontación con el *afuera* del tratamiento (individual o grupal).

Se puede denominar grupo laboratorio a experiencias intensivas superiores a diez horas de trabajo grupal, divididas en dos o más unidades, con interrupciones en las que el grupo no está reunido, ni siquiera informalmente. La situación de laboratorio crea una *ruptura* en la actividad y entorno cotidiano, que debe subrayarse en el encuadre. Técnicamente el grupo laboratorio es conducido de manera que se facilite en los integrantes la tarea de síntesis y reflexión personal, elaboración de lo movilizado, y puesta en escena *fuera* del tratamiento (individual o grupal) de su proceso personal actual. El espacio interpretativo del que los terapeutas disponen en el laboratorio es precisamente aquél centrado en el *aquí y ahora*, como corte sincrónico (condensación) del proceso diacrónico del sujeto. El marco que ofrece el grupo laboratorio se considera el más idóneo para la utilización dentro de la psicoterapia de las llamadas *técnicas activas* (derivadas de recursos técnicos psicodramáticos, gestálticos, expresivos) incluyendo la observación grupal y auto-observación mediada por elementos técnicos como el espejo o el vídeo. Además del laboratorio terapéutico se ha establecido también un modelo de grupo laboratorio que excluye la dimensión terapéutica, conducido como *grupo intensivo de sensibilización* sobre la tarea de formación, y eventualmente para la investigación. Su especificidad radica en limitar la conducción a ejercer un rol movilizador y lector de fenómenos relativos a la dinámica de grupo de formación. Los elementos técnicos del grupo operativo sirven como herramienta para la *lectura grupal* de este tipo de laboratorio, así como para el abordaje específico de subtareas y tareas (véase Caparrós y Ávila, en Ávila, 1993).

### 12.9.4. Grupo de sensibilización

Se denomina grupo de sensibilización a una situación grupal diseñada y conducida para producir una aproximación a una tarea más compleja, pero para la que todavía no se dan las condiciones idóneas; frecuentemente es un grupo previo al terapéutico; en ocasiones está

destinado a promover el reconocimiento y toma de conciencia de las propias actitudes ante una situación/decisión de riesgo. Está indicado pues como dispositivo de auto-conocimiento y elaboración emocional y reflexiva, conducido bajo límites precisos que eviten la excesiva movilización o profundización. Cumple sus objetivos promoviendo en el sujeto un cuestionamiento acerca de la naturaleza de su demanda, ofreciendo orientación sobre las posibilidades de trabajarla más en profundidad, y señalando qué componentes actitudinales y emocionales pueden necesitar ser esclarecidos antes de tomar una decisión en una situación de riesgo. En el grupo de sensibilización se excluye el nivel interpretativo y en consecuencia no se efectúa trabajo sobre los aspectos transferenciales, los cuales si se presentan son reconducidos a ulteriores acciones o contextos terapéuticos. La brevedad procesual del grupo de sensibilización evita en todo caso que el trabajo grupal derive hacia una dirección terapéutica, ciñéndose a sus objetivos de autoconocimiento y elaboración emocional y reflexiva. Cuando los integrantes del grupo han acudido en demanda de información/asesoramiento para tomar una decisión vital que les implica de forma relevante (p. ej. ante una toma de decisión sobre adoptar o no medidas de anticoncepción irreversible) el dispositivo del grupo de sensibilización ofrece a los sujetos el espacio de palabra y elaboración complementario a la aparente mera petición de información *técnica* que le hacen al profesional de la salud mental. En esta vertiente, la *toma de decisión bien informada* pasa por el cuestionamiento y elaboración del sujeto en torno a la demanda, lugar ocupado por el grupo y potencialmente por una intervención posterior más extensa. Una variante del grupo de sensibilización, orientado a una finalidad mixta, resultante de objetivos diagnósticos, pronósticos y de encuadre son las denominadas primeras entrevistas grupales, dispositivo de acogida utilizable en centros comunitarios, que permite conocer la demanda y efectuar una valoración pronóstica sobre las opciones de intervención a implementar. Por sus características tanto el grupo de sensibilización como las entrevistas grupales son una modalidad aprovechable para la investigación social con menos limitaciones que los grupos terapéuticos.

#### 12.9.5. Grupo familiar

Se denomina grupo familiar a la respuesta técnica que se da cuando se recibe una demanda que el profesional entiende ha de abordarse mediante la participación de los miembros del núcleo familiar, y cuya intervención no tiene un carácter meramente *informativo* sino que promueve con la mediación de los terapeutas la efectuar de cambios en el funcionamiento del *sistema* familiar. Aunque la tendencia está cambiando, no es frecuente todavía en nuestro contexto social que se produzcan demandas familiares, salvo por la mayor implicación social de la familia en temáticas como la drogadicción, o a través de colectivos de afectados por situaciones disfuncionales, patológicas o de riesgo (SIDA, minusvalías, etc.). Lo más común es que sean los profesionales quienes convocan al núcleo familiar señalando de esta forma la implicación de todos en la demanda, síntoma o problema explicitado. La concepción del *miembro enfermo* de la familia como *portavoz* de lo patológico en ésta implica una lectura grupal de los fenómenos (normales o patológicos) que se dan en el seno de las familias. El trabajo familiar no es incompatible con otras formas de intervención (individual o grupal) en los que puedan participar alguno de los integrantes. Cabe hacer aquí las mismas restricciones e indicaciones sobre la idoneidad del grupo familiar como técnica de investigación social, debiendo extrapolarse según los casos lo se-

ñalado para el grupo terapéutico, o lo previsto para el grupo de sensibilización, según sea el nivel en el que discorra el trabajo con la familia.

Hasta el momento hemos considerado diversas modalidades de grupo fundamentadas en torno a su pretensión terapéutica o pre-terapéutica. En lo que sigue examinaremos otras modalidades, tan importantes o más que aquellas, y cuyo énfasis va a estar puesto en aspectos del grupo en cuanto grupo, referidas prioritariamente a las necesidades de trabajo grupal que se dan en las instituciones que desarrollan una labor (preventiva, asistencial, formativa) en el terreno de la Salud, así como al análisis y elaboración de las situaciones grupales que se dan en las mismas. Revisaremos a continuación las propuestas técnicas del grupo de discusión, grupo operativo, grupo de reflexión y grupo institucional.

### *12.9.6. Grupo de discusión*

El *grupo de discusión* es un dispositivo utilizable para la facilitación de la tarea de enseñanza/aprendizaje individual en situación de grupo, particularmente para inducir o facilitar la *motivación individual* hacia el aprendizaje, al tiempo de ser una de las técnicas *princeps* en la investigación social. Su pertinencia radica en una doble premisa: en las instituciones comunitarias relacionadas con la salud, y en particular con la salud mental, se debe llevar a cabo una tarea de formación y auto-formación permanente de sus profesionales. Además el grupo de discusión puede utilizarse en numerosas situaciones de intervención comunitaria en las que sea necesaria la obtención, transmisión y elaboración de información de, por y para los usuarios (p. ej. en las actividades de "educación para la salud").

La tarea del coordinador y observador es la facilitación de la participación en las discusiones y la consecución de progresos (o toma de conciencia de los mismos) por los *integrantes*. Su papel es el de *orientador* de la discusión, promoviendo el progreso en la discusión de los temas pero sin violentar el ritmo y la motivación del grupo. Por tanto ha de iniciar, sostener y valorar la discusión, sin ejercer por ello un mero papel de receptor o docente-transmisor de información, venciendo la resistencia al trabajo e introduciendo las preguntas que pueden permitir que la discusión siga. Las temáticas "naturales" de *discusión* pueden ser muy variadas: análisis del contenido de unidades informativas; preparación para abordar nuevas tareas; división del problema a abordar en sus elementos o secuencias; puesta en práctica de conceptos y aplicaciones; explicitación y resolución de problemas del grupo; etc. La presencia de un observador participante, además de su función específica de recogida de información, puede resolver situaciones de bloqueo de la discusión. La especificidad del *rol* de coordinador del grupo de discusión radica en que éste gestiona la dinámica grupal para que el aprendizaje se centre en los integrantes y no gire en torno a su figura de docente como mero transmisor de información, promoviendo que las discusiones elaborativas se den por, en y con el grupo, no para el docente, induciendo además un descentramiento progresivo del grupo respecto de la figura del docente, reduciendo la dependencia de este. Un grupo de discusión puede gestionar su trabajo en una etapa avanzada sin apenas participación del coordinador.

Para un tratamiento específico del grupo de discusión como técnica de investigación sociológica, véase el capítulo correspondiente del presente libro. Una variante del grupo de discusión estriba en aplicar a su enfoque técnico la concepción grupal operativa. Al grupo operativo propiamente dicho nos referimos a continuación.

### 12.9.7. Grupo operativo

El grupo operativo es concebido como un grupo centrado en la *tarea*, con la finalidad de resolver las dificultades que un grupo en cuanto tal tiene para realizar una tarea, y accionando esta en dos dimensiones: el sujeto como *portavoz* del grupo y la *fantasía inconsciente grupal* en torno a la tarea. El grupo operativo es formulado como un dispositivo técnico para movilizar las estructuras estereotipadas grupales que inciden en la producción de dificultades de aprendizaje y comunicación en el grupo y que están relacionadas con la *ansiedad* que despierta el *cambio* (grupal e individual). Para la consecución de las finalidades del grupo (abordar, desarrollar y resolver la tarea; establecer un proyecto grupal) es necesario construir un *Esquema Conceptual, Referencial y Operativo* (ECRO grupal). El concepto de *tarea* tiene gran trascendencia en la formulación del grupo operativo. La *tarea* es el *líder* del grupo operativo, como resultante del proceso grupal. Se distingue entre *tarea manifiesta* (lo explícito de la tarea, el factor que reúne al grupo) y *tarea latente* (lo no explícito, pero determinante). La tarea surge de la convergencia de dos procesos: a) la lectura correcta de las exigencias que el entorno le plantea al grupo; y b) la exteriorización colectiva (verbal o no) de las fantasías de un conjunto de personas; ello implica una naturaleza de la tarea que radica tanto en lo social como en lo individual, de cuya dialéctica surge el grupo. Inicialmente la tarea (en lo manifiesto y en sus primeras implicaciones latentes) es tal en tanto que nuclea en torno a sí a un conjunto de personas que pueden devenir en grupo. Se distinguen varios momentos en la evolución de la tarea:

1. *Pre-tarea*, o etapa del proceso grupal en el que se aborda la tarea de forma periférica (abordaje de la tarea *como si*), expresándose las resistencias y ansiedades.
2. La elaboración de la pre-tarea permite asumir la *tarea*, gestionando esta de manera efectiva, comúnmente mediante su división en sub-tareas.
3. Etapa de *proyecto* o integración de tarea y grupo en un proyecto grupal asumido como tal.

La relación dialéctica entre el cambio y la resistencia al cambio va a marcar el procesamiento de la tarea por el grupo.

El encuadre del grupo operativo se formula a partir de la pre-existencia de un *grupo funcional*, o conjunto de personas nucleadas en torno a tareas manifiestas comunes (p. ej. Equipo de profesionales de la salud mental) en el que existe una demanda, generalmente periférica a la verdadera naturaleza de la tarea. El grupo operativo es gestionado por un equipo de coordinación compuesto al menos por dos personas: *coordinador* y *observador participante*. El coordinador tiene como función señalar e interpretar al grupo y a los integrantes en su devenir o funcionamiento grupal respecto de la tarea y sub-tareas. Señala los emergentes y los contenidos latentes, activa la experiencia grupal, e interpreta el significado. Muestra la unidad del grupo estableciendo la lectura de las relaciones entre sus componentes, pero atiende también a los integrantes en sus particulares momentos de articulación respecto del acontecer grupal; muy particularmente señala el vínculo entre los distintos integrantes, elementos y momentos grupales y la tarea. El coordinador, se sitúa *como-si* estuviera dentro del grupo y desde esa posición toma permanentemente distancia para señalar el accionar grupal. El observador se ocupa de efectuar una lectura (descriptiva e interpretativa) del proceso grupal situándose claramente fuera del grupo, mediante la recogida y organización de los emergentes grupales, y cuya lectura permite que el grupo tenga

una visión procesual de su acontecer. Coordinación y observación son roles funcionalmente complementarios, no superponibles y estables. La presencia en el equipo de coordinación de un tercer integrante permite que este complemente la tarea del coordinador u observador. No se ha establecido que los miembros del equipo de coordinación tengan que tener características especiales –aparte de su aptitud técnica– así como tampoco para los integrantes del grupo, cuyas características vienen dadas por su vinculación con la *tarea*. Lo distintivo del equipo de coordinación –en su conjunto– va a ser que el sentido de su funcionamiento les señale como *agentes del cambio grupal*, aunque compartan ese papel con *emergentes* del grupo. Por sus características, el grupo operativo es una excelente técnica de investigación social, aplicable prácticamente a todo tipo de situaciones.

#### 12.9.8. Grupo de reflexión

El grupo de reflexión nació como una variante del grupo operativo, adquiriendo después especificidad propia. Se trata de un grupo orientado a la toma de conciencia por parte de sus integrantes de los fenómenos que se dan en la implementación de proyectos de trabajo en equipo, grupales o institucionales, mediante una elaboración reflexiva que no se conduce mediante un criterio de pertinencia a la tarea, sino mediante el aprovechamiento intensivo de las situaciones conflictivas o de dificultad que atraviesa el proyecto y/o el grupo. Mediante el grupo de reflexión se evita segregar o separar los problemas del grupo, aprovechándolos en cambio para transformar los obstáculos teóricos y prácticos en descubrimientos y nuevas técnicas o herramientas de trabajo. El grupo de reflexión se constituye a partir de un grupo pre-existente, que desempeña una tarea o se refiere a ella, el cual formula una demanda a un tercero relativa a una o varias situaciones de conflicto o dificultad por las que atraviesa el grupo. Ese tercero, el *conductor* del grupo de reflexión, escucha la demanda y articula un dispositivo que conducido bajo las reglas técnicas del grupo operativo aprovecha al máximo posible la experiencia previa y recursos del grupo, delimitando la contribución de los *estilos personales, figuras dramáticas, redes comunicacionales* y esquemas estereotipados del grupo para la resolución de tareas y afrontar las situaciones conflictivas. Las sub tareas del grupo de reflexión se orientan al ensayo de los obstáculos a la tarea, la reproducción de conductas conflictivas, la previsión de nuevos obstáculos. El referente interpretativo que utiliza el *conductor* es la relación del grupo con el proyecto, al que el grupo es funcional. Por sus características, el grupo de reflexión es un dispositivo de acción y cambio, utilizable como herramienta de trabajo en una intervención institucional o como formación permanente de los profesionales que trabajan en y con instituciones.

#### 12.9.9. Grupo institucional

Se llama Institución a un nivel de fenómenos/estructuras que se encuentra en la articulación de lo *social* y lo *organizacional*, sistema de *reglas* o *principios* a seguir para la consecución de un tipo de sociedad, forma social cuyo contenido sería la articulación entre la acción histórica de los individuos, grupos y las normas sociales existentes. Los teóricos del *Análisis Institucional* han contrapuesto los conceptos de *lo instituido* y *lo instituyente* como aspectos dialécticos del devenir institucional, es decir de la *institucionalización*. El análisis de la institución se centra en revelar aquello que las instituciones encubren, en cuanto que



la institución no es una *instancia* más de los distintos niveles, sino una instancia que atraviesa todas las otras instancias (persona, relación, grupo, organización, sistema social).

La Institución puede ser estudiada como un grupo mediante un nivel de lectura que se ha denominado frecuentemente *Análisis Institucional*, adoptando la acepción que propagó la escuela francesa. Este *Análisis Institucional* supone que la *Institución*, en sí misma, es sometida a análisis por alguien de fuera que ocupa el lugar de *analista institucional*. La demanda parte de la institución —o de un grupo destacado, representativo de ésta, con frecuencia miembros del *staff*— y aunque lo demandado se centre en un problema específico (mal funcionamiento de ciertos aspectos de la institución, dificultad para progresar respecto de ciertos objetivos, etc.) el objeto de estudio y análisis que se constituye abarca a la Institución en sí misma comprendiendo todos sus elementos estructurales, y la generación del orden simbólico dentro de sí, para sus miembros y para el entorno (véanse caps. núms. 2, 6 y 22).

Las relaciones entre la Institución y el afuera (p. ej. el marco social o super-institucional o los usuarios) son también parte del campo de lectura del *analista*, aunque no de intervención directa. La delimitación precisa de la Institución es una tarea con frecuencia compleja, al implicar no solamente el núcleo institucional —p. ej. un centro asistencial o preventivo en su conjunto— sino también las instancias administrativas y políticas de las que depende, y la *población* de usuarios reales o potenciales. Los *analistas* hacen, en consecuencia, un esfuerzo por delimitar claramente la institución, tarea que con frecuencia les servirá para esbozar un pre-diagnóstico institucional sobre la *clase de realidad* que abordan.

El objetivo del grupo institucional es esclarecer el proceso de institucionalización, desvelando los elementos instituyentes e instituidos, y en su relación con las restantes instancias (lo individual, lo grupal, lo social). La lectura de este *proceso* nos lleva a situarlo respecto de los fenómenos de cambio institucional, entendiendo que tal análisis no supone más que el esclarecimiento de la dirección y sentido de dicho cambio, más que la pretensión de su verdadera realización o *control*. No conviene olvidar que a través de la institución se articula el control social, y por ello el peligro de convertirnos —en cuanto analistas institucionales— en meros agentes de control. No es necesario resaltar que esta modalidad es una de las más importantes técnicas de investigación social en el nivel institucional.

Hasta aquí esta revisión de algunos de los más importantes dispositivos grupales. Queda para otra ocasión la profundización en algunos de ellos en su potencialidad como herramientas de la investigación. Una variedad de temáticas sobre aplicaciones de lo grupal ha sido recogida en una obra colectiva (Ávila y García de la Hoz, en prensa), que el lector puede consultar para ampliar su perspectiva.

## CAPÍTULO 13

### INVESTIGACIÓN E INTERVENCIÓN EN GRUPOS FAMILIARES. UNA PERSPECTIVA CONSTRUCTIVISTA

*Marcelo Pakman*

#### 13.1. Investigación, intervención y objetividad

Que un psiquiatra y terapeuta familiar, que dedica la mayor parte de su labor profesional a la atención y supervisión clínicas, sea invitado a contribuir para una colección de artículos sobre “metodologías de investigación cualitativa”, hubiera sido impensable hasta no hace demasiado tiempo. Este hecho pareciera hablar, en sí mismo, de un cambio en la epistemología más tradicional de las prácticas en la esfera social, según la cual el mundo académico de la investigación debía estar claramente diferenciado del campo práctico de las aplicaciones.

Que el autor pueda iniciar esta intervención con consideraciones como las anteriores, desafía al también tradicional mandato de la “objetividad”, que ordena eliminar al sujeto y sus circunstancias y reemplazar lo personal por lo impersonal (Foerster, 1991). Es en dicho mandato donde se fundamenta la distinción entre ciencias básicas y aplicadas, que está en la base de la separación entre investigación e intervención. La mera noción de “aplicación” implica, en dicho marco epistemológico, un nivel de participación que altera la “pureza” de la posición objetiva.

El “principio de objetividad” es uno de los pilares de la epistemología tradicional, y lo “tradicional” implica aquí aquello que tendemos a considerar “natural”, con lo cual se torna ideológico, al no ser más objeto de reflexión, sino fundamento indiscutido de nuestro accionar. Según dicho “principio”, el investigador opera como si no fuera participante de aquello que pretende entender, describir y “descubrir” en su racionalidad oculta, en su latencia subyacente, en su “realidad” más allá de lo aparente (véanse los capítulos *Teoría de la observación* y *De los movimientos sociales a las metodologías participativas*). Esta posición del investigado, se hizo extensiva al terapeuta, un clásico ejemplo de interventor social que, hasta cierto punto, recorría un camino común con el investigador. A lo largo de ese camino, tenía acceso a:

1. Recoger información acerca de los "hechos" que configuraban el "problema".
2. Hacer hipótesis acerca del proceso causal que llevó a la generación de ese problema.

A pesar de recorrer ese camino común, el terapeuta debía luego intervenir de modo tal que el problema pudiera ser solucionado de un modo coherente con la comprensión de la información y las hipótesis previas.

Desligado de este último paso (la intervención), el investigador podía, supuestamente, mantener su posición de observador "objetivo" no participante de un modo casi ideal, si bien debía siempre rendir cuenta de los procedimientos que había seguido, durante el proceso de "recoger datos" y "hacer hipótesis", para garantizar la "pureza" de esa posición. El terapeuta, viciado por el pecado original de ser un actor social comprometido a responder a demandas de sus "clientes", trató con frecuencia de emular al investigador en su aspiración por acceder a esa posición de "objetividad", que por tanto tiempo fuera la garantía del rigor científico. A pesar de ese intento de emulación, el mundo de la "investigación académica" ha solido mirar con desconfianza a ese fiel seguidor (en sus intenciones) de los supuestos teóricos objetivistas que llegaba, sin embargo, al laboratorio, manchado con el barro, la sangre y el fuego de la trinchera clínica. La investigación pertenecía al mundo académico, mas objetivo e impersonal de las ciencias básicas; la intervención, pese a las aspiraciones objetivistas, al campo encarnado, mas subjetivo y personal, de la práctica social.

La terapia familiar, que empezara como una práctica marginal con respecto a las corrientes mas dominantes en la psiquiatría y psicoterapia estadounidense de los años cincuenta, si bien tuvo desde siempre una posición mas pragmática y menos restringida por presupuestos teóricos en cuanto al grado de actividad e intrusión esperable en las intervenciones terapéuticas, compartió y, en algunas de sus corrientes, aún comparte, lo descrito anteriormente acerca de la epistemología tradicional de la práctica social. Sin embargo, a partir de los comienzos de los años ochenta, los aires postmodernos que comenzaron a invadir las ciencias sociales llegaron a las playas de la terapia familiar donde, profundamente influida por el constructivismo y, posteriormente, por el constructivismo social, se comenzaron a desarrollar prácticas que encarnan una concepción diferente de lo que significa investigar e intervenir en grupos familiares.

### 13.2. Participación, reflexión y epistemología de la praxis

Desde esta nueva perspectiva el terapeuta se vuelve un ejemplo de lo que Donald Schon (1983), en un intento de generar un lenguaje mas adecuado para la descripción de una nueva epistemología de la práctica en la esfera social, ha llamado un *practicante reflexivo*. Para dicho practicante, tanto sus procesos de investigación como sus intervenciones se dan siempre en tanto *participante en interacción*.

Investigar no es concebido entonces como una recolección de información acerca de un sistema familiar al que el terapeuta observa desde una posición idealmente distante, como si así pudiera lograr entender una dinámica de interacciones "en la familia" que precede y excede a su propia intervención. Intervenir no es tampoco un acto independiente de la investigación, basada en información obtenida con anterioridad acerca de una dinámica subyacente organizada en términos causales. Desde la perspectiva de un participante en interacción per-

manente, que reflexiona como parte de su práctica interactiva, investigación e intervención se alimentan mutua y circularmente y se vuelven dos modos posibles de describir la interacción como totalidad.

Desde las *Leyes de la Forma* de Spencer Brown (1969), entendemos que el acto epistémico mínimo consiste en “generar una distinción”, una noción cercana a la definición de Gregory Bateson de información como toda “diferencia que hace una diferencia” (G. Bateson, 1972). La información no se recoge sino que se genera como una nueva distinción como resultado de una interacción que es, en sí misma, intervención. Intervenir es la condición de investigar. Al mismo tiempo, esa nueva distinción, esa generación de información que es la materia misma de la investigación es de por sí una intervención, en tanto generará restricciones y aperturas para la historia futura de interacciones en el seno de ese sistema, es decir, que generará, o será, parte de una tradición. Investigar es un acto de intervención<sup>1</sup>.

La noción de practicante reflexivo está ligada a la postulación de un tipo especial de conocimiento involucrado en su quehacer, al que Donald Schon (1983) ha llamado “conocimiento en acción”. John Shotter, por su parte, concibe un concepto semejante cuando habla de un “conocimiento del tercer tipo”, al que distingue tanto del “conocimiento acerca de algo” (*knowing what o knowing about*) involucrado en el acopio de información sobre un tema, como del “conocer cómo” (*know how*) involucrado en la adquisición de técnicas. Este otro tipo de conocimiento es un “conocer desde” (*knowing from*), al que tenemos acceso sólo cuando estamos en el contexto de ejercitar el tipo específico de práctica en el que hemos desarrollado cierta experiencia o condición de expertos (J. Shotter, 1993).

Es así como resulta que tenemos acceso a nuestro “saber conducir un auto” en su plenitud y sutileza sólo cuando estamos en la situación de conducir, la cual incluye el auto, el tráfico, el camino, etc. Así también, sólo “sabemos bailar un tango” cuando estamos en el contexto de bailarlo, que incluye a la compañera y a la música, amén de la participación en el *ethos* de la tradición, encarnado en la plástica misma del movimiento.

La noción de conocimiento en acción cuestiona, por cierto, la tradición epistemológica que postula que el practicante se mueve en su accionar desde el terreno más abstracto de las teorías básicas, pasando por el un poco menos abstracto de las teorías intermedias (etiológico-causalistas en el caso de la terapia) para llegar luego al campo más concreto de la aplicación clínica (encarnado en modelos clínicos en la terapia) que son, a su vez, aplicados al caso concreto. Por más legitimación de una práctica y “coherencia” teórica que esta concepción tradicional (aún estructurante de la mayor parte de los curriculums de estudio en ciencias sociales) parezca aportar. Schon postula que hay ciertas “teorías en uso” (D. Schon, 1993) que parecieran tener más importancia como instrumentos guía en el acto de la práctica, aunque las posibilidades de articularlas verbalmente sean, típicamente, pobres y frustrantes en sus resultados.

El terapeuta tiene, por cierto, un repertorio de *metáforas* diversas que organizan la reflexión que acompaña a su práctica, pero toda jerarquización de esas metáforas en categorías es más un resultado de la participación del terapeuta en ciertas tradiciones sociales, culturales, ideológicas, etc., que un reflejo de una ontología fundante de su praxis. Teorías epistemológicas de base, modelos intermedios y modelos clínicos, se vuelven *lenguajes organizadores de la práctica reflexiva terapéutica*, metáforas guía de la propia intervención/investigación, pero no son el fundamento de esa práctica. Presentaremos más adelante una versión posible de esos lenguajes organizadores de una práctica constructivista en terapia familiar.

### 13.3. El terapeuta y sus metáforas

La noción de practicante reflexivo, al redefinir la comprensión de investigación e intervención, nos permite integrar concepciones de la terapia que fueron, hasta ahora, entendidas como polaridades. En una formulación extrema, tenemos por un lado, la terapia entendida como un evento básicamente cognitivo, racional, instrumentado por un observador no participante que reclama objetividad y una condición de experto la cual le da acceso a una realidad subyacente, que escapa a la conciencia de los pacientes inmersos en la situación. Por otra parte, la terapia entendida como un evento básicamente estético, intuitivo, afectivo, en el que un participante comprometido se involucra dotado de armas más emocionales que intelectuales. A mitad de camino entre esas polaridades, entre las cuales podemos hallar una gama completa de gradaciones, se encuentra quizá aquél que, si bien se ve a sí mismo como participante, se concibe, sin embargo, como capaz de aportar a la experiencia del paciente un orden y una coherencia acorde a una estructura normativa, muchas veces basada en concepciones teóricas, supuestamente universales, acerca de la evolución y el desarrollo individual y familiar, cuando no en lisos y llanos prejuicios etnocéntricos y de clase.

Variantes de estas polaridades que pretenden captar una supuesta “esencia” del trabajo terapéutico han sido las metáforas que, más comúnmente, han tratado de entender al terapeuta como, por ejemplo:

1. Un *técnico* que enfrenta al sistema familiar de un modo semejante a como un ingeniero enfrentaría un sistema artificial, encontrando el “problema”, y operando sobre una dinámica expresable en términos abstractos para restituir su funcionamiento normal.
2. Un *filósofo o epistemólogo* que, enfrentado a la infelicidad humana, acompaña a la elucidación, más bien cognitiva que emotiva, de nuestra propia condición.
3. Un “*gurú*” o guía espiritual que acompaña como facilitador en un proceso que es más de descubrimiento espiritual que de patología mental.
4. Un *amigo*, cuyo amor es el motor que ayuda al crecimiento, mas allá de los diversos caminos teóricos e instrumentos técnicos que utilice en la instrumentación de su ayuda.
5. Un *artista*, cuya *performance*, más estética que cognitiva, hace uso de idiosincrasias personales que la enseñanza de técnicas nunca puede capturar.
6. Un *crítico literario*, que trabaja más sobre un texto que con una persona en situación, y ayuda así a deconstruir los condicionamientos varios que traban el hallazgo de nuevas soluciones para una vida entendida como novela abierta en desarrollo.

Una digresión sobre la metáfora nos permitirá aquí no sólo reflexionar sobre las metáforas que intentan dar cuenta de la actividad terapéutica, sino también sobre el uso que el terapeuta puede hacer de la metáfora en su quehacer terapéutico. Toda metáfora es, en última instancia, inadecuada, porque aquello que pretendemos iluminar con la metáfora es, finalmente, idiosincrásico y único. Al mismo tiempo, toda posible alusión a un ente (material o simbólico), requiere su ubicación en una red de otras nociones diversas con las cuales está ligada metafóricamente o metonímicamente; de allí la falta de “realidad intrínseca” de todo lo existente, que ha sido tematizada en el budismo con la noción de “vacuidad” (*emptiness*). Fuera de esa red, todo quedaría en el campo de lo inefable, de lo que “es como es” (como el Dios de los hebreos se define a sí mismo), resistiendo por siempre a la representación.

Hemos de tener presente esta doble condición de toda entidad "real" como, por una parte, idiosincrásica, única, inabarcable, innombrable, no representable (un "todo" en sí mismo) y, al mismo tiempo, como parte de conexiones con otras entidades, en función de las cuales deviene "lo que es", revelando así su "vacuidad" intrínseca ("nada" en sí mismo). Es a partir de esta doble condición desde donde la metáfora surge como un modo posible de trascender lo inefable y respetar lo "real" en su vacuidad y su naturaleza interaccional. Esa doble condición parece ser propia del dominio *participativo* de la experiencia humana, que queda tantas veces oculto por nuestra capacidad para organizar nuestra experiencia en tanto observadores. Metáfora (y metonimia) son modos lingüísticos de dar cuenta de la naturaleza interaccional de la experiencia, de nuestro "ser parte", amén de ser, en sí misma otra manifestación de esa naturaleza interaccional. Su poder de "representación", en última instancia siempre fallido, no ha de cegarnos a sus raíces interaccionales. Metáfora (y metonimia) surgen de un dominio interactivo, interaccional, al mismo tiempo que contribuyen a mantenerlo. Volveremos a insistir sobre esta primacía de lo participativo por sus implicaciones para el campo terapéutico.

Volviendo a las metáforas que intentan describir la actividad terapéutica, el terapeuta no puede, en todo caso, sino participar en las interacciones que, idealmente, esas metáforas intentan describir, aunque ninguna de ellas captura una postulada "esencia" de la terapia. Aquel que tome algunas de esas metáforas como descriptivas del campo ontológico de lo terapéutico, amplificará todos los aspectos que hagan encajar a su quehacer en esa descripción, cerrando así el círculo, siempre imperfecto, de una profecía auto-realizadora (P. Watzlawick, 1984).

Desde los momentos de máxima participación y menor capacidad de observación y descripción, hasta los momentos de mayor distancia y capacidad de descripción verbal de interacciones y de generación de hipótesis, el terapeuta no deja de investigar y de intervenir, llevado más por el devenir interactivo verbal y no verbal en el sistema del que es parte, que por alguna coherencia descriptiva teórica que pueda dar cuenta del carácter último de su empresa.

### 13.4. Reflexividad y participación

Si de hecho tuviéramos capacidades de observación absoluta desde "afuera" de un sistema al que pudieramos describir "objetivamente", la necesidad de auto-observarnos sería supérflua. Pero la necesidad de una praxis reflexiva se funda en el hecho de que todo lo que observamos lo hacemos como participantes que no tienen un acceso privilegiado ni a una realidad "por afuera de" toda observación, ni a observar las condiciones de su propia observación y sus propias restricciones, condicionamientos y presupuestos. De allí la importancia de desarrollar estructuras que faciliten un ejercicio de reflexividad, porque toda intervención es también una intervención sobre nosotros mismos, y toda investigación es, en cierta medida, el descubrimiento de nosotros mismos (véase el concepto de sujeto en proceso en Ibáñez, 1990, y en el capítulo *Grupos de discusión* de la presente obra).

La necesidad de auto-observación surge de nuestra condición de participantes, pero esa auto-observación es un proceso que se da, también, en tanto participantes en relaciones que lo permiten y es, en sí misma, un acto participativo con ulteriores consecuencias. En el mundo de la praxis social, lo "auto" de la auto-observación sólo es posible como acto de observación mutua, como "mutualidad" (F. Steier, 1992), o "a través de los ojos de los de-

más” (Foerster, 1991). Ninguno de nosotros es capaz de observar su propia espalda, si no es ayudado por lo que otros ven, otros que comparten, a su vez, la misma limitación. Es esa mirada de los demás la que puede servirnos para, hasta cierto punto, no cegarnos para ver en qué medida lo que descubrimos en nuestras investigaciones son los efectos de nuestras propias intervenciones, y en qué medida intervenimos llevados por una tradición de investigación que nos restringe en nuestra creatividad para usar otros caminos posibles (véase el apartado “Características de la autoobservación” del capítulo *Teoría de la observación* para una perspectiva autoobservadora que explora la vía de una reconstrucción histórica de la experiencia del sujeto distinguiendo entre tiempos de lectura y escritura, y reduciendo la indeterminación a través del recurso a la posición básica del actor —posteriormente observador y autor de la observación— en orientación-otro y en actitud natural).

*Participación y observación* son dos dimensiones siempre presentes de la experiencia humana. El observador absoluto de Laplace que observa sin participar es una idealización, un artefacto inhallable. La participación plena liberada de la posición de observación que distingue al observador de lo observado, libre de las restricciones de la representación, requiere del desarrollo de un estado de “plenitud mental” (*mindfulness*) al que sólo se accede ya sea a través de prácticas diversas de meditación, como las ejercitadas en el budismo Mahayana y en otras tradiciones orientales, ya sea en ocasionales estados alterados de conciencia de ocurrencia espontánea.

Para el estado de conciencia más habitual o consensual en el que somos socializados en la tradición occidental judeo-cristiana, la auto-observación como proceso social es un intento posible de dar cuenta de la dimensión participativa. Pero esa auto-observación, esa reflexión, es un *proceso social*. Hemos analizado antes cómo metáfora (y metonimia) son los instrumentos lingüísticos posibles para ese ejercicio, así como las limitaciones de su poder representacional. Sin embargo, esta dimensión participativa es, como ya dijimos, en última instancia irreductible. Todas las interacciones de las que cada uno de nosotros es parte no pueden nunca ser abarcadas por la observación de otro, ya que cualquier otro está limitado, a su vez, por su propio carácter de participante. En el mismo momento en que nos observamos mutuamente y damos cuenta de nuestras propias cegueras a través de la mirada ajena, somos ciegos a aspectos de la interacción en la que estamos envueltos y que están condicionando nuestra propia observación<sup>2</sup>. Observación y auto-observación, en tanto procesos que se dan desde un dominio participativo, se vuelven parte de ese mismo dominio, configurando un fenómeno auto-referencial. No es de extrañar entonces que la auto-referencia haya sido tan intensamente revisada en el campo de la lógica y las matemáticas (Spencer-Brown, 1969; F. Varela, 1972; Foerster, 1991) y ocupe un lugar tan central en la cibernética de segundo orden, una de las raíces teóricas del constructivismo.

### 13.5. Participación, lenguaje y paradigma narrativo

La noción de *participación* ha sido hasta aquí el hilo conductor que nos permitió reencuadrar los conceptos de investigación e intervención, desde una perspectiva constructivista. Hemos analizado la primacía del dominio participativo con respecto al dominio de observación, su relación con la necesidad de auto-observación, así como con la metáfora/metonimia. A la luz de lo dicho se imponen aquí algunas consideraciones sobre el *lenguaje* y su relación con las nociones de información y de narrativa.

De todas las dimensiones del lenguaje exploradas en la filosofía, la lógica, la lingüística, y la semiótica contemporáneas, hay algunas que queremos destacar aquí por sus implicaciones tanto para el constructivismo como postura epistemológica, como para una práctica constructivista en el terreno terapéutico.

En primer lugar, como lo muestran los estudios semióticos (véase el capítulo *Análisis semiótico del discurso*), el lenguaje es uno de los modos posibles de circulación de los signos, una de las formas del fenómeno informacional y, por lo tanto, uno de los instrumentos posibles en la construcción de realidades. Es, al mismo tiempo, aquel modo típicamente humano y el que, comparado a las otras formas de la comunicación que evolucionaron en la naturaleza, llevó al hombre a trascender su propia localidad, abrirse a la tecnología y enfrentarse a la desmesura —la *hybris* y la filosofía griega (Morin, 1984)— de sus propias producciones.

La cibernética tuvo como logro central en su medio siglo de desarrollo el haber encontrado un modo de hablar del lenguaje, así como de otras formas de comunicación en sistemas biológicos, sociales y artificiales, como una continuidad; tarea facilitada por una conceptualización novedosa de la noción de información. Con ello, estableció puentes entre las ciencias biológicas, las ciencias sociales, y la ingeniería, que retomaban el proyecto unificador del “saber de la Antigüedad”, y reactivaban el campo transdisciplinar donde ciencia, filosofía y religión se confunden y alimentan mutuamente.

Cuando los cibernéticos comenzaron a usar las nociones claves de su disciplina para entenderse a sí mismos como participantes en los sistemas que pretendían explicar, entender o construir, nació la cibernética de segundo orden, una de las raíces de la posición constructivista en epistemología. Dicho ejercicio de observación del observador como participante constructor de realidades se centró, fundamentalmente, en los mecanismos cognitivos involucrados en esa construcción, y en el lenguaje entendido desde una perspectiva más que nada biológica, en consonancia con la filiación de sus mentes más féculdas, que provenían principalmente de esa disciplina, así como de las ciencias duras. Le cupo al constructivismo social, cuyas raíces están más en la crítica literaria, en la psicología, la antropología, las ciencias sociales en general, centrarse en la exploración de la construcción de realidades desde una perspectiva crítica, social e ideológica, centrada en la noción de *narrativa*.

Esta noción de narrativa permitió entender la interacción social centrándose en el texto como objeto de estudio. Para la terapia familiar esta noción resultó fecunda desde el momento que permitió enfocar al discurso como el producto interpersonal de una *conversación*<sup>3</sup>, como una co-construcción. Esta perspectiva facilitó trascender tanto la descripción “objetivista” de la familia en tanto sistema observado, como la atención excesiva a los procesos “subjetivos”, individuales, determinantes de las acciones terapéuticas (C. Sluzki, 1993). La polaridad terapeuta/familia quedó así reemplazada por el nosotros de la conversación, expresado en narrativas en desarrollo a través de las cuales tanto los “problemas” como las “soluciones” se hacen “reales”, abren y cierran posibilidades de acción, determinan las luces y sombras de la vida cotidiana.

Sin embargo, la noción de narrativa, si ha de mantener su fecundidad, debe dar cuenta de lo que definimos antes como primacía o irreducibilidad de la dimensión participativa de la experiencia, sin reducirse a ser un concepto que incluya sólo los aspectos verbales de construcción de realidades, y menos aún los aspectos sólo representacionales del lenguaje. Es en este sentido como el paradigma narrativo puede enriquecerse con una versión más batesoniana de la noción de “historia” (G. Bateson, 1979). En una concepción tal podemos entender que la realidad se construye a través de diferentes tipos de historias:



1. Las *historias que contamos*, los relatos, fantasías, descripciones, etc., del intercambio verbal cotidiano, en sus aspectos fundamentalmente representacionales.
2. Las *historias de las que somos parte*, eventos interactivos de los que participamos y que pueden estar organizados entorno a diferentes aspectos de la experiencia: lenguaje (fundamentalmente en sus aspectos no representacionales), emoción, acción y percepción, con diferente peso relativo de acuerdo con el tipo de actividad en la que estemos involucrados. Por ejemplo, en una actividad como la danza, el lenguaje, aunque presente, no parece ser el organizador central de la experiencia; la emoción tiene un más claro papel organizador en una discusión agresiva, que en una conversación más racional; la percepción y la acción son los organizadores centrales en actividades automáticas como conducir un auto, etc. En cualquier caso, en tanto participantes, no tenemos acceso total a esa historia de interacciones significativas de las que somos parte, aspectos de la cual pueden siempre ser incluidos, potencialmente, en otras historias a ser contadas.
3. Las *historias encarnadas*, precipitados formales biológicos y culturales, que van desde elementos muy generales como la estructura de especie de nuestra corporalidad (tener brazos y no alas, por ejemplo, es el resultado formal visible de una historia biológica de evolución), hasta las cicatrices que nos marcan o los modos de caminar de nuestra tradición cultural-social (un indio americano camina diferente a un judío ortodoxo de Brooklyn), sumadas a las estructuras arquitectónicas que habitamos y los medios tecnológicos que utilizamos, ambos extensiones, pero también organizadores de nuestra experiencia cotidiana.

Una perspectiva constructivista que se limite a considerar sólo los aspectos lingüísticos representacionales de la experiencia postula, necesariamente, una construcción de la realidad *ex nihilo*. La inclusión de múltiples dimensiones de la experiencia requiere considerar tanto las historias de las que somos parte (que incluyen los aspectos participativos del lenguaje y las estructuras de interacción no verbal), como las historias encarnadas que somos y habitamos. Como ejemplos de fenómenos multidimensionales mencionemos a las emociones, que pueden entenderse como historias de interacción encarnadas en compuestos psicofisiológicos, disparados por historias de interacciones verbales y no verbales de las que somos parte en contextos asociados a aquellos que, históricamente, generaron esas respuestas ahora consolidadas (por ejemplo, agresión y miedo en situaciones de verse amenazado material o simbólicamente). Otro ejemplo serían los llamados "órdenes morales", aquello que en un sistema social determinado va a ser considerado bueno o malo, esperable o deleznable, punible o inocente; una dimensión ética ligada también a órdenes estéticos que generan criterios de belleza y fealdad, de bienestar y malestar, etc. Dichos órdenes morales son puestos en acto, cotidianamente, en el quehacer social a través, por ejemplo, de la función retórica del lenguaje (J. Shotter, 1993), pero también están encarnados en formas arquitectónicas, además de ser precipitados de una tradición artística y estructuras adaptativas a condiciones ambientales, involucran una axiología. Así es que las casas sin persianas de Nueva Inglaterra, además de intentar optimizar el uso de la luz en un territorio de largos inviernos, podría entenderse que encarnan también el espíritu puritano de sus primeros colonos anglosajones, que pretendían promover el madrugar, el mostrar que no se temía el control social de los vecinos, y el mantenerse alejado de la noche y sus pecados posibles.

Con respecto al lenguaje, aspectos no ligados a su función representacional han sido extensamente explorados en este siglo, desde disciplinas diversas. Parte de esos estudios son la

indagación de Wittgenstein sobre los “juegos de lenguaje” (L. Wittgenstein, 1956), los estudios retóricos (H. Simons, 1990), la concepción biológica del lenguaje como un tipo especial de acción coordinada (H. Maturana y F. Varela, 1984), y los estudios ya clásicos de Austin sobre los usos del lenguaje (J. Austin, 1961). Fue, justamente, Austin quien introdujo la noción de enunciados “ejecutivos” (*performative utterances*), para denominar aquellos enunciados en los que se hace lo que se dice en el acto mismo de decirlo (por ejemplo, al agradecer: “muchas gracias”). Esta función “ejecutiva” del lenguaje, más allá de ser el atributo de ciertos enunciados, es una dimensión siempre presente en el lenguaje, conjuntamente con la dimensión representacional, en la que se está en el nivel de denotación, alejado de la acción. Es esta dimensión “ejecutiva” o “performativa” del lenguaje la que tiene hondas raíces en el dominio participativo de la experiencia. Como veremos luego, esta es una dimensión de particular importancia para el terapeuta constructivista.

### 13.6. Un círculo epistémico de organizadores para prácticas terapéuticas constructivistas

Hemos analizado anteriormente cómo la práctica terapéutica solía estar organizada entorno a modelos que, de un modo general, podemos denominar modelos epistemológicos, intermedios y clínicos. En los modelos terapéuticos pre-constructivistas, el estudiante era expuesto principalmente a los llamados modelos químicos y modelos intermedios, quedando el basamento epistemológico como una exploración opcional para aquellos con un mayor interés personal en los aspectos más teóricos y abstractos de la disciplina. Esto era así porque modelos químicos e intermedios daban cuenta de aquellos elementos necesarios y suficientes para informar e instruir al estudiante respecto de qué hacer en una sesión terapéutica con una familia.

El modelo clínico instruía acerca de qué tipo de *temas* debíamos hablar con ellos, qué tipo de *operaciones* o *técnicas* debíamos aplicar, y en qué *contexto* debíamos encuadrar esa conversación, por ejemplo, incluyendo un equipo que podía utilizar un espejo unidireccional y seguir ciertas directrices para la interacción con el terapeuta, etc. Había ciertos “temas” preferidos y ciertas “técnicas” u “operaciones” preferidas de acuerdo a la escuela de que se tratara.

Los modelos intermedios se ubicaban, a modo de puente, entre los principios epistemológicos más teóricos y el modelo clínico, e intentaban ser una “aplicación” de esos principios abstractos. Esa aplicación adquirió, de un modo coherente con la epistemología que la sustentaba, la forma de una explicación causal, etiológica, acerca de cómo los “problemas” ocurren, se generan, en una familia, en diferentes escuelas había modelos intermedios que constituían explicaciones diferentes acerca de la etiología de los problemas familiares. Los modelos clínicos eran una consecuencia lógica de dichas concepciones etiológico-causalistas diferentes, y era acorde a esa lógica que privilegiaban diferentes temas o técnicas para el trabajo propiamente terapéutico. Si el problema en el seno de una familia era generado de tal o cual modo debía ser resuelto con un modo que fuera coherente con esa explicación. Si, por ejemplo, el modelo causalista decía que los problemas emergen en el seno de una familia por la existencia de alianzas intergeneracionales que distorsionan las fronteras entre subsistemas familiares, el modelo clínico de tal concepción (estructuralista) debía, por necesidad lógica, instruir acerca de cómo operar para bloquear esas alianzas intergene-

racionales y fomentar una reconstitución de fronteras entre subsistemas familiares. Ciertos temas se volvían privilegiados y, de algún modo, obligatorios, y lo mismo pasaba con ciertas operaciones técnicas, si es que el terapeuta iba a ser coherente con los modelos que lo instruían. Esta misma conexión lógica entre modelo intermedio y modelo clínico se repetía en otras escuelas de terapia familiar (interaccional, estratégica, etc.) que postulaban otras explicaciones causalistas sobre la generación de "problemas" en una familia (C. Sluzki, 1992), de la que se desprendía un modo de resolverlos. El estudiante podía entonces ser "entrenado" en cómo instrumentar los modelos clínicos, aplicar las técnicas o hablar de los temas que caracterizaban a cada escuela de terapia familiar.

Hemos analizado antes cómo la noción de "modelos" que se aplican de un modo unidireccional que va desde lo más abstracto a lo más concreto es cuestionada por una perspectiva epistemológica que entiende al terapeuta como un practicante reflexivo que utiliza un conocimiento en acción. El cuestionamiento de la noción de "modelo" proviene también de una fuente diferente. Cuando se asume una perspectiva epistemológica constructivista (y ello sucede por motivos que no son necesariamente teóricos: uno puede asumir esa postura porque se ha, por ejemplo, enamorado de una mujer constructivista), eso comienza a tener ciertos efectos que surgen, simplemente, al tratar de mantener una mínima coherencia con postulados básicos de esa perspectiva. Al asumir que la realidad está biológica y socialmente construida, asumimos, como consecuencia, que no hay fundamentos sólidos para la experiencia humana (F. Varela, 1984; M. Pakman, 1990), que no podemos encontrar ninguna verdad universal subyacente u oculta que fundamente lo que aparece como manifiesto o evidente. Pero si asumimos ese postulado, debemos cuestionar nuestra capacidad para hacer explicaciones causales, etiológicas, universales, acerca de cómo surgen los "problemas" en una familia. Si bien podemos jugar con diferentes versiones acerca de esa historia, no podemos comenzar asumiendo que hay, en principio, una historia privilegiada, que nos permitiría afirmar, antes de interactuar con la familia, que hay una verdad ontológica en juego referida a la causa de sus problemas. Así es que lo que era la esencia misma de los modelos "intermedios" queda cuestionada.

Del mismo modo queda también cuestionado el "modelo clínico". En primer lugar porque éste era una consecuencia lógica del entendimiento de la etiología del problema que proveía el denostado modelo intermedio. En segundo lugar porque el cuestionamiento del fundamento sólido de la experiencia lleva también a cuestionar que haya ciertos "temas" que sea obligatorio tratar, o "técnicas" de aplicación obligatoria para poder hacer terapia. El "modelo clínico" pierde así la solidez que solía tener como instructor de nuestras acciones terapéuticas.

Los fundamentos de nuestra propia participación en un encuentro terapéutico quedan así cuestionados al asumir esta proposición constructivista. ¿Con qué hemos de reemplazarlo? En vez de modelos, hemos de empezar a hablar ahora en términos de lenguajes organizadores de nuestra práctica, a los cuales el practicante recurre con metáforas-guía de sus propias acciones, allí donde los obstáculos en el fluir de su quehacer llaman a la reflexión.

Presentaremos aquí una versión de dichos lenguajes organizadores (articulados en un círculo epistémico) como una trama de referentes que se suma, en su carácter de tradición teórica, a todas las otras tradiciones de las cuales el terapeuta es parte, contribuyendo a su participación encarnada como un ser total en el encuentro terapéutico. En cuanto terapéutas, participamos en encuentros con familias no sólo con nuestras teorías, sino con nuestra altura, nuestro color, nuestro género, nuestra extracción étnica y de clase, con nuestro acento, con nuestro conocimiento o desconocimiento de ciertos idiomas y jergas, con nuestra

edad y pertenencia a cierta generación, etc. Y, de hecho, no hay ninguna posición absoluta desde la cual evaluar con certeza cuál de esos elementos es más significativo en un encuentro terapéutico. La terapia no es algo que sucede entre un grupo de mentes desencamadas y teorías dentro de una de esas mentes. Sin embargo, de todas esas tradiciones, es esta trama de lenguajes organizadores la que adquiere una pregnancia particular a la hora de generar un proceso de enseñanza-aprendizaje de prácticas constructivistas en el terreno terapéutico. Este círculo epistémico puede entonces organizar no solamente la práctica terapéutica, sino también la enseñanza de la misma.

Hemos de considerar aquí tres tipos de lenguajes organizadores, componentes de un círculo epistémico de prácticas constructivistas en terapia familiar.

### 13.6.1. El lenguaje epistemológico

La cualificación misma de la terapia como “constructivista” pertenece a esta dimensión epistemológica. El constructivismo es una postura epistemológica, una respuesta posible a las preguntas tradicionales de la epistemología acerca del conocer y el conocimiento. Es a este lenguaje organizador al que hemos dedicado la mayor parte de las consideraciones hechas hasta el momento.

Al asumir una perspectiva constructivista el lenguaje epistemológico cobró una primacía para la terapia que no había tenido anteriormente, pues debido a la crisis de los modelos clínicos e intermedios anteriormente citados existió una ausencia de un lenguaje desarrollado que permitiera hablar de las encarnaciones de esa perspectiva en una praxis terapéutica. El lenguaje abstracto de la epistemología tendió a llenar el espacio vacío dejado por los modelos clínicos e intermedios en crisis. La necesidad de desarrollar un lenguaje más cercano a la práctica reemplazando los modelos clínicos e intermedios se hace manifiesta en la dificultad que surge con frecuencia para ligar las nociones más abstractas del constructivismo teórico con la praxis terapéutica. Este hiato aparece ya sea como una inconsistencia teórica, ya como filiación artificial de ciertas prácticas con dicha perspectiva teórica (un matrimonio de conveniencia, más que un lazo genuino).

### 13.6.2. El lenguaje clínico (técnicas, temas y contextos de la conversación)

Las técnicas y los temas (el qué hacer y de qué hablar en una sesión) que usamos al asumir una perspectiva constructivista no son nuevos. Son temas, suficientemente universales como para permitir una conversación con casi cualquier familia, que se han ido acumulando a lo largo de la historia de la terapia familiar como predilectos: pérdidas y duelos, conflictos intergeneracionales, ciclo vital, soluciones intentadas, origen étnico, etc. Las técnicas utilizadas estaban también allí antes de la llegada del constructivismo: *joining*, re-encuadres, prescripción de tareas, organización de rituales, preguntas circulares, reorganización del espacio interpersonal, etc. Por cierto que ahora estas técnicas y temas de conversación se vuelven caminos posibles, pero ninguno de ellos es considerado necesario en sí mismo, universal, obligatorio, para una práctica constructivista de la terapia. Diferentes terapeutas seguirán siendo más o menos expertos en utilizar ciertas técnicas y enfocar ciertos temas, pero esta predilección tiene más que ver con su propia historia y con las tradiciones de las que son parte, que con una necesidad teórica que postula la imprescin-

dibilidad de utilizar esos instrumentos (véase el concepto de sentido y su dimensión histórica en el capítulo *Teoría de la observación*, así como la noción de encarnación en el capítulo *Análisis del sentido de la acción: el trasfondo de la intencionalidad*). Al mismo tiempo, es cierto que algunas técnicas, como la de preguntas circulares o reflexivas, se prestan más a adaptarse al tipo de orientación de la conversación a la que la postura constructivista invita. No son, sin embargo, las únicas posibles, y sigue habiendo lugar para usar todos los instrumentos tradicionales de la terapia familiar como parte ahora de una nueva organización del encuentro terapéutico, porque es en esa organización donde lo “constructivista” aparece, y no en ciertas técnicas o temas particulares.

Con respecto al contexto de la conversación, el “equipo reflexivo” (T. Andersen, 1987, 1991) es un diseño que se ha adaptado bien a ciertas posturas del constructivismo social pero, nuevamente, no hay en dicha postura epistemológica nada que obligue a encarnarla sólo a través de una práctica que incluya necesariamente equipos reflexivos. El uso de tal diseño no garantiza, de por sí, que una práctica deba considerarse constructivista. Por ejemplo, puede aplicarse también a diseños menos interactivos que incluyen ejercicios de escritura (M. White, 1990), además del intercambio verbal.

Debido a la pérdida del carácter de piedra fundamental de la práctica terapéutica, dado el rango de instructor del quehacer terapéutico que tenía el lenguaje clínico en los “modelos clínicos” pre-constructivistas, surge la pregunta: ¿en qué dirección debemos orientar los temas, técnicas y diseños contextuales que la tradición de la terapia familiar nos brinda cuando asumimos un lenguaje epistemológico constructivista?

### 13.6.3. El lenguaje orientador del proceso terapéutico

Este lenguaje es una respuesta posible a la pregunta que cierra el párrafo anterior. Es, al mismo tiempo, un intento de reemplazar los modelos intermedios, etiológico-causalistas del periodo pre-constructivista con una serie de *orientadores* que guíen la participación del terapeuta. Este pasaje de un modelo a un grupo de orientadores es también el tránsito desde el intento de explicar lo ya sucedido a partir del pasado, hasta el establecimiento, en su lugar, de guías para nuestro accionar desde el presente y mirando al futuro. La pregunta a la que contestan no es tanto ¿qué sucedió?, sino ¿qué es lo que podemos hacer juntos aquí? No es tanto dar cuenta de lo que está pasando sino aprender a tomar una posición que nos facilite movernos hacia donde decidamos movernos.

Los orientadores aquí presentados provienen en parte de consecuencias lógicas de la epistemología constructivista (tematizados ya por autores varios aunque no como parte de la estructura que se presenta aquí), pero provienen también de otras disciplinas y discursos sociales e ideológicos, y en muchos casos su adopción implica más una elección ética que una coherencia teórica, aunque no pensamos que contradigan ninguno de los elementos básicos de la postura epistemológica. En su conjunto conforman una lista posible y abierta de preferencias que cada terapeuta ha de adaptar a su propio estilo e ideología.

Haremos ahora una breve descripción de estos orientadores posibles de un proceso terapéutico constructivista, incluyendo algunas microviñetas clínicas para ilustrarlos. Cada orientador está ligado a los otros, en el sentido de que la utilización de cada uno de ellos facilita la utilización de los demás.

### **13.7. Orientadores del proceso terapéutico constructivista**

#### *13.7.1. Mantener un bajo nivel de hipotetización y de apego a las hipótesis: un ejercicio de creencia/desapego*

Hacer lugar para que aparezcan múltiples hipótesis (G. Cecchin, 1987), así como no dedicarse a hacer hipótesis no demasiado complejas, facilita quedar menos apegado a ellas. Como los nómadas, hemos de estar preparados para movernos rápidamente, y la flexibilidad de las hipótesis que “habitamos” es un instrumento en este sentido. Resulta mucho más difícil despegarse de hipótesis que son muy complejas y a cuya construcción hemos dedicado mucho tiempo y talento. Un modo de evitar la complejización excesiva consiste en incorporar la hipótesis naciente a la conversación como una posibilidad a ser explorada, en vez de hacer elaboraciones sobre ella como si fuera cierta. Cuanto más rápido seamos capaces de llevarla a la conversación, menos devendrá una realidad sólida a la cual apegarse.

Supongamos que hay, para nosotros, una clara y significativa conexión entre algo que un paciente está diciendo y alguna otra cosa que ese u otro miembro de la familia dijo en otro momento hablando de un dominio diferente. Podemos, a partir de ahí, operar como si ese fuera el caso, dando por sentado que esa conexión es relevante. Podemos, en cambio, preguntar al paciente si en su opinión hay alguna conexión entre ambos elementos, o cuáles serían las consecuencias si hubiera esa conexión. Si hacemos esto último, no nos da la oportunidad de construir demasiado sobre nuestra presuposición. Se vuelve un elemento que va o no a ser desarrollado de acuerdo a la respuesta de los otros interlocutores. Esta actitud no nos impide insistir sobre la relevancia de una conexión si vemos que puede abrir alternativas interesantes para el futuro, pero hemos de hacerlo como políticos que usan armas retóricas, más que como científicos que acceden a una realidad invisible para el otro. Podemos decir: “la ventaja de pensar como yo lo estoy haciendo es que puede permitirle hacer esto o aquello. ¿Puede usted pensar en ello?”, o “si usted lo piensa de este modo puede ayudarle a hacer lo que usted me dijo que quiere hacer”.

Las explicaciones que los pacientes traen a la sesión también han de ser tratadas del mismo modo, invitando a cuestionar lazos causales muy rígidos, jugando con otras alternativas e invitando a disminuir el apego por esa explicación como la única viable. Una paciente dice: “a veces no sé qué hacer porque estoy confundida, y la gente me toma por estúpida, cree que soy retrasada”. El terapeuta dice: “a mí me parece lo opuesto, la gente cree que estoy confundida cuando yo me siento estúpido en el área que se está discutiendo”. Las ventajas y desventajas de ambas situaciones son discutidas luego y el diálogo se mueve hacia considerar cómo operar socialmente de un modo que mejore la posición que uno ocupa en esa situación y momento. “Confusión” y “estupidez” devienen categorías con valor en la interacción social más que atributos intrínsecos de la persona. Ejemplos en los que estupidez es mejor que confusión aparecen aportados por otros miembros del grupo, y esto complejiza la discusión y diluye la solidez de los atributos aún más.

El desapego por estas explicaciones hipotéticas no implica no tomarlas seriamente, sino tomarlas con la seriedad con la que los niños toman sus juegos, sabiendo que hay otros juegos posibles, otros modos de jugar ese mismo juego, aunque sus emociones están involucradas y desplegadas en la instancia presente.

### 13.7.2. Promover circularidad en acción: la danza de la observación mutua

Se trata aquí de fomentar un proceso de observación mutua que permita un ejercicio de reflexión entendida como una práctica social. Ninguno de nosotros es capaz de ver su propia espalda, del mismo modo que el ojo no se ve a sí mismo. Pero podemos llegar a saber algo sobre nuestras espaldas a través de lo que otros ven, no porque esos otros tengan una posición privilegiada, ya que ellos están restringidos por la misma limitación, sino porque en la trama de mutua observación nos enriquecemos los unos a los otros trascendiendo, en parte, nuestras limitaciones. No se trata más aquí de circularidad entendida, como lo fue en los comienzos de la terapia familiar, como un atributo de las explicaciones causales que permitía puntuar los discursos de modos diversos (P. Watzlawick, 1967), sino de circularidad en acción, como una práctica social. El intento es aquí el de facilitar el hecho de que el conocimiento acerca de algo aparece como consecuencia de involucrarse en diálogos que lo hagan posible en tanto distinciones novedosas, y no como un cúmulo de información que "ya estaba allí" antes del diálogo.

Una paciente hipocondríaca está encerrada entre dos polaridades. Por una parte, la creencia de que ciertas cefaleas son la evidencia de que tiene un tumor de cerebro que los médicos se niegan a continuar investigando. Por la otra, su tendencia a escuchar que cualquiera que contradiga esa opinión está diciéndole que todo lo que le pasa "está en su mente". En una sesión multifamiliar una nueva distinción es introducida entre lo que ella siente, que no puede ser cuestionado (si tiene dolor de cabeza, el dolor sucede, por cierto, en la cabeza), y el asumir que tiene un tumor de cerebro, que es una de las explicaciones posibles de su cefalea. Otras explicaciones son luego exploradas, incluyendo dolores de cabeza (todos ellos "corporales" y no mentales, en el sentido de que se localizan en la cabeza), que nos son dados por nuestros hijos, esposas, maridos, hermanos, padres, patrones, etc. Al avanzar la discusión, la paciente vuelve, sin embargo, a su distinción original "corporal-mental", a pesar de haberse unido temporalmente a la discusión en términos de esa otra distinción "sentimiento-explicaciones". Un miembro de otra familia le pregunta entonces: "usted dijo antes que le gustaba el *bowling*, ¿qué promedio tiene usted en el *bowling*?" La paciente reacciona con desconcierto, pero contesta a la pregunta. El terapeuta pregunta entonces: "¿cómo explica usted que en el medio de esta discusión sobre algo tan serio como tumores de cerebro este hombre esté sólo interesado en su promedio en el *bowling*?" La paciente contesta: "a él no le interesa hablar de eso, no me presta atención". Terapeuta: "si yo le pregunto a esta gente si ellos creen que usted hace a veces lo mismo, ¿qué me dirían?". Una discusión sigue donde la paciente misma interroga a los demás acerca de su propia apertura al diálogo y una nueva distinción en términos de "mantener monólogos o diálogos" y las consecuencias de ello llevan la conversación, ahora sí, a un terreno diferente. La noción de circularidad en acción hace que la práctica esté mucho más orientada en términos de proceso que en términos de contenido. Si alguien está delirando y, durante una sesión familiar, habla de elefantes azules que le visitan en la madrugada, un enfoque centrado en el contenido prestará atención a los elefantes azules. En un enfoque centrado en el proceso podemos, por ejemplo, preguntar: "¿qué es lo que tú crees que la gente siente cuando tú empiezas a hablar de este modo?", creando así la posibilidad, o haciendo lugar para el hecho de que hay "otros" allí, que no somos invisibles e inaudibles, que la gente a nuestro alrededor nos responde y que de esa respuesta depende, en parte, la calidad de nuestra vida. En última instancia, es hacer lugar para un tipo de diálogo en el cual otros son reconocidos en su subjetividad, lo que hará a la persona, socialmente, menos "psicótica".

### 13.7.3. Mantener una "pasión educada", validando múltiples voces

"Neutralidad" ha sido el término más utilizado en terapia familiar, para hablar de una posición terapéutica equidistante con respecto a todos los participantes en una sesión (G. Cecchin, 1987). El término evoca, sin embargo, una cierta distancia emocional que no es por cierto necesaria, no da cuenta del hecho de que, en tanto terapeutas, nos encontramos más o menos apasionados por una u otra posición, más o menos cercanos a un miembro de la familia, y es un ejercicio de "educación" el que nos permite, en todo caso, recuperar una posición que dé lugar a que ciertas voces aparezcan y tengan peso en la interacción.

Esta posición implica también lograr incluir la propia perspectiva como una más entre otras posibles, sin privilegiarla en demasía, pero también sin anularla. No se trata aquí de una postura condescendiente desde la cual se da lugar a los demás, lo cual, de hecho, afirmaría una posición de superioridad, sino de educar las pasiones que llevarían solamente en una dirección, encontrando el modo de incluir nuestra propia visión de "testigos educados", que tienen cierta experiencia proveniente de nuestra tradición de trabajo con otras familias. Supongamos que somos testigos de un relato acerca de una situación que es violenta para nosotros, pero no es así presentada por los pacientes. Podemos, en ese caso, preguntar acerca de cuál es la reacción de la gente cuando ellos cuentan una historia de ese tipo. Nuestra reacción no suele ser, en general, algo que no le haya sucedido a otros interlocutores de esa familia, y es pertinente explorar cómo incluyen ellos esas reacciones, sin negar nuestra propia reacción, ni presentarla como la única descripción "oficial" posible de la situación que ellos refieren. Hay, en algún lugar, un borde o frontera intra o extra-familiar a través del cual ha habido un encuentro "disonante" en el que los valores de alguno o todos los miembros de la familia han chocado con los valores de otros. Es el borde sobre el que intentaremos trabajar, amplificando esa "diferencia". "¿Es un problema para usted que alguien reaccione con miedo a lo que usted hace o dice?", "si no lo es, ¿en qué circunstancias puede llegar a serlo?", "¿qué les dice a ustedes que ellos tengan miedo?", "¿hay alguien que no esté de acuerdo con el modo como usted está tratando a los niños?", "¿si llegara a ser un problema para usted que otros no estén de acuerdo, cómo piensa afrontar esa situación?", "¿qué va a pasar con su mujer si ella no encuentra un modo de expresar su opinión que parece ser diferente a la suya?", etc. Son preguntas que guían para moverse en la dirección indicada<sup>4</sup>.

Es también parte de esta orientación presentar como posibles diferentes alternativas, aun cuando hayan sido presentadas como inconvenientes, inadecuadas o imposibles por los pacientes, sin empujar demasiado en ninguna dirección específica, de modo que tales alternativas aparezcan como opciones a elegir bajo la responsabilidad del paciente con diferentes consecuencias en cada caso, por cierto, que puede, también ser discutidas. Formulaciones como la siguiente encarnan un modo de educar nuestras preferencias, incluyéndolas pero sin luchar por imponerlas: "revisemos entonces las opciones que ustedes tienen: una sería seguir como hasta ahora, con discusiones cotidianas, la otra es separarse en este momento, temporal o definitivamente, y la otra es darse un tiempo para trabajar sobre un aspecto de la relación, y en ese caso, cuánto tiempo, qué aspecto, y cómo sabríamos que las cosas han cambiado, queda por ser definido. ¿En qué dirección preferiría moverse usted?, ¿y usted?"

### 13.7.4. Promover una atmósfera de connotación positiva, sin ser ingenuos

No se trata aquí de alejarse rápidamente de toda situación negativa u oprimiente como llevado por una fobia a la infelicidad, actitud que muchas veces es entendida por los pacientes como falta de comprensión, cuando no de empatía y solidaridad. Nosotros nos vemos, a



veces, en situaciones en las cuales nos hallamos sumamente restringidos y, cuanto más restringidos estamos en nuestro accionar para generar diferencias, más tendemos a ver el mundo como sólido, como una "realidad independiente", "connotación positiva", es un modo de llamarle a la actitud que busca, en toda circunstancia, recuperar una posición desde la cual se pueda, en alguna medida, incluso mínima, actuar de un modo diferente. Un constructivismo como práctica no es la visión de la realidad como construida en tanto principio, sino una metodología para recuperar la capacidad de acción que nos permitirá experimentar el mundo como construido. El constructivismo se valida, como práctica, en su posibilidad de mantenerse como visión del mundo, y eso sólo sucede cuando se encarna en prácticas que incrementan el rango de acciones posibles a través de las cuales, en los términos de K. Marx, "todo lo sólido se desvanecce en el aire".

El trabajo sobre un futuro hipotético que permite saltar a una dimensión menos restringida (B. Furman, 1992; P. Penn, 1985), estirar los límites de lo posible, y recuperar cierto grado de actividad en el proceso es, a veces, una metodología viable, al guiarse por este orientador.

### *13.7.5. Operar con apertura: unificar lenguajes*

Se trata, en este caso, de usar, hasta donde sea posible, el mismo lenguaje para hablar con pacientes y para hablar con colegas acerca de pacientes. Evitar la jerga de especialistas, la cual tiende a generar una realidad que deviene fácilmente "lo que realmente le pasa a los pacientes", como si ello fuera más real que lo que uno habla con ellos. Ciertos diseños permiten facilitar esta actividad, por ejemplo, discutir la situación como colegas en presencia de los pacientes (T. Andersen, 1987, 1991), que deviene un obstáculo para que los terapeutas se deslicen hacia la jerga que objetiviza el paciente, tiende a volver a un pensamiento en términos de patrones ("este tipo de paciente") y alejarse de lo específico de la historia de esa familia, encarnada en metáforas que surgen en la interacción con ellos. Hablar de una familia con "fantasmas en el corazón" no es lo mismo que hablar de una familia con un "duelo no resuelto", una categoría que incluiría a muchas familias cuya vivencia depresiva no se describe con la metáfora antedicha.

### *13.7.6. Usar el pasado (y todo lo demás) para organizar el futuro y abrir alternativas deseables*

No se trata aquí de buscar en el pasado la causa de lo que sucede ahora, sino como una fuente de explicaciones posibles que ilumine nuevas alternativas de acción, de mitos de origen que validen un re-posicionamiento de la persona en relación a alguna tarea actual, de experiencias que permitan descubrir recursos no utilizados, etc. Al mismo tiempo, hemos de considerar que para muchos círculos sociales, ha devenido parte de la cultura entender que las causas de nuestro comportamiento están en el pasado. Un paciente puede decir, por ejemplo: "mientras yo no sea capaz de enfrentar ciertas cosas que sucedieron en el pasado, voy a ser incapaz de continuar mi vida". Sin necesidad de compartir esa opinión, pero también sin cuestionarla, el diálogo puede orientarse con preguntas tales como: "¿cómo imagina usted que eso va a suceder?", "¿en qué sentido eso va a ser útil?", "¿qué diferencia va a crear ese evento en su relación con su mujer e hijos?", "¿qué va a suceder si, por cualquier

motivo, usted no puede afrontar ese pasado?”, etc. De ese modo, la afirmación inicial se hace menos sólida, se flexibiliza y permite jugar con diferentes variaciones del tema, el pasado, el futuro, cómo está uno influido por el otro, manteniendo un enfoque orientado hacia el futuro (P. Penn, 1985).

Cuestionar la presuposición de que “algo” va a ser descubierto en el “pasado” que, de por sí, va a generar un gran cambio, permite también alejarse de una atmósfera que se crea con frecuencia, basada en esa suposición, de que la terapia, y la vida en general, comienzan “más tarde”, en un futuro que siempre se aleja. “¿Cómo es que ese evento va a ocurrir?”, “¿está usted en posición de hacerlo?”, “¿por qué no?”, “¿qué sería necesario para moverse en esa dirección?”, “¿cómo sabe usted que no está aún preparado para eso?”, “¿qué pasaría si usted comienza a afrontar eso sin estar preparado?”, “¿cómo voy yo a saber que ese es el caso?”, etc., son todas las preguntas facilitadoras de un diálogo en esa dirección. Los límites del enunciado que los pacientes traen pueden ser así flexibilizados, y el terreno de lo posible ampliado, aceptando y cuestionando al mismo tiempo.

### 13.7.7. Generar eventos en el encuentro terapéutico

Se trata aquí de usar los aspectos representativos del lenguaje sólo como medio para producir un evento interactivo, para promover el acontecimiento de un hecho novedoso en el encuentro terapéutico, y para trabajar cercano a la emoción despertada por esos actos del lenguaje. Pedir perdón, perdonar, explicar, oír por primera vez, tratar de entender, cuestionar, criticar, avergonzarse, expresar sentimiento, son actos de impacto emocional que ocurren en el suceder de la sesión cuando el terapeuta se orienta a amplificar, generar, provocar, esos aspectos de la interacción que son tanto verbales como no verbales, pero cuyo aspecto “ejecutivo” (“performativo”) prima sobre el componente representativo del lenguaje. No se trata aquí de representar algo que sucede en otro lado, sino de participar en un evento actual con la emoción plena que ello implica.

Es en este sentido como ciertos hechos de la sesión deben ser amplificados, y es la reflexión sobre ellos lo que los transforma en eventos. Una vez más, es el hecho de reflexionar acerca de algo como “nuevo” lo que lo convierte en nuevo. Si algo diferente pasa pero no se reflexiona sobre ello en esos términos, a los efectos prácticos “no sucedió”. Preguntas que facilitan esa reflexión son: “¿con qué frecuencia hablan ustedes del modo como lo están haciendo ahora?”, “¿cómo explican ustedes que durante la última media hora hayamos estado dialogando y ninguno de ustedes se fuera de la habitación, o intentara iniciar una pelea?”, “¿qué es lo que hace que ustedes no sean capaces de hacer esto con más frecuencia?”, “¿qué pasaría si empezaran a hablar de este modo?”, “¿quién lo tomaría bien?”, “¿a quién le sería difícil aceptarlo en su familia o entre sus amigos?”, “¿qué o quién les va a recordar que ustedes saben hablar de otro modo cuando yo no esté allí para hacerlo?”, “¿en qué circunstancias se imaginan que se van a olvidar que saben cómo hablar sin pelear?”

### 13.7.8. Una posible organización del tiempo

Esta es una serie de pasos, no necesariamente cronológicos, que pueden servir para puntear diversos momentos del encuentro terapéutico en términos de una meta-descripción de lo que, terapéuticamente, está sucediendo. Los presentaremos sucintamente, sin desarrollarlos.

1. *Organizar la consulta.* Explicitar, cuando es necesario, quiénes son los autores del encuentro, las expectativas mutuas en cuanto a lo que allí puede acontecer, la filiación institucional, cómo fue el proceso que llevó a ese momento, etc.
2. *Organizar el "problema".* Trascendiendo la apariencia tanto de que el problema es aquello que los pacientes traen como formulación inicial, como la presuposición de que el problema es todo aquel que el sentido común indica como indeseable, hemos de tratar de negociar una definición que todos los miembros del sistema terapéutico consideren como algo sobre lo que podemos aprender unos de otros.
3. *Tensionar las historias dominantes.* Podemos entender que el privilegio que ciertos recortes de la red de narrativas posibles tienen para organizar nuestra vida se basa en el hecho de que son esos aspectos los que son tomados como base para decisiones; devienen así hechos socialmente observables y son, entonces, afianzados por la mirada de los demás al hacernos sentir "nosotros mismos" (lo que somos, en términos de identidades) como sujetos de esas historias. Es esa dominancia la que ha de ser cuestionada ya sea confrontándola abiertamente, ya sea tomando la lógica de esas historias para mostrar los callejones sin salida a los que lleva, ya sea amplificando el malestar que está ligado a su mantenimiento.
4. *Promover un cambio de dominancia en las historias.* Una vez que hay lugar para ello, como producto del tensionamiento de la dominancia inicial o previa, la introducción de nuevas configuraciones narrativas, o la ampliación de otras que estaban presentes pero no eran dominantes se hace posible.
5. *Consolidar las nuevas dominancias.* A través de estimular que esas dominancias "hagan una diferencia" en el modo como los pacientes son vistos por los demás, lo cual genera progresivamente una relocalización de sus "identidades" en tanto sujetos de esas nuevas historias. Rituales y tareas son instrumentos técnicos particularmente útiles para el ejercicio de esa tal consolidación (C. Sluzki, 1992).

### 13.7.9. Criterios o parámetros axiológicos

El terapeuta constructivista ha de tener ciertos criterios de validación de su quehacer, de las historias que co-desarrolla en su práctica.

1. *Pragmático.* Toda nueva construcción de la realidad debe abrir nuevas posibilidades de acción eficaz generando una diferencia mutuamente observable en el operar de la familia.
2. *Ético.* Toda nueva construcción de la realidad debe respetar la condición de sujetos de todos los involucrados en la situación en juego, una condición nunca garantizada con seguridad, y que ha de ser entonces continuamente regulada a lo largo del proceso.
3. *Estético.* Toda nueva construcción de la realidad debe promover un movimiento del malestar al bienestar para los miembros del sistema, en el dominio acordado como problemático o en dominios asociados que surjan como relevantes en el curso de la intervención terapéutica.
4. *Político.* Toda nueva construcción de la realidad ha de surgir de un proceso terapéutico entendido como una *práctica social crítica*, en la cual no somos tecnócratas ciegos a nuestros propios condicionamientos sociales, étnicos, ideológicos, sino seres políticos capaces de revisar los criterios de normalidad sociales contra cuyo trasfon-

do la "patología" es creada y perpetuada. En ello se juega nuestra posibilidad de ser ecólogos que "piensan globalmente mientras actúan localmente", en vez de actores alienados de un sistema al que R. Laing llamará de "administración de la locura". Podemos intentarlo si queremos hacerlo.

---

### NOTAS AL CAPÍTULO 13

---

<sup>1</sup> De aquí una de las dificultades para "evaluar" los "resultados" de la terapia, un acto muchas veces concebido como si fuera algo que uno hace "desde afuera" de la terapia entendida como un fenómeno ya acabado. Desde esta otra perspectiva que presentamos toda investigación sobre la terapia es una intervención hecha "desde adentro" de la terapia, que va a cambiar tanto su futuro como su pasado, porque todo evento está abierto a redefiniciones *a posteriori* (véase el concepto de autoobservación manejado en el capítulo *Teoría de la observación*).

<sup>2</sup> Jorge Luis Borges expresó poéticamente esta primacía de lo participativo, irreductible a la representación, en muchas de sus producciones. Lo hizo por contraste al imaginar, por ejemplo, un hombre de memoria absoluta o una enciclopedia donde todos los hechos del universo estuvieran representados. Pero lo hizo, también, en su concepción de cada hombre urdiendo con sus pasos un laberinto incalculable, cuyo dibujo se resume en una cifra secreta, sólo cognoscible para un observador absoluto, pero nunca para el actor de esos pasos o ninguno de sus testigos humanos (J. L. Borges, 1974).

<sup>3</sup> Cabe aclarar que la noción de conversación también es usada por autores que, como Humberto Maturana, trabajan el lenguaje en tanto fenómeno biológico. Su conceptualización es, por cierto, diferente (H. Maturana, 1990). Véase también el concepto en la obra de Pask (1992).

<sup>4</sup> El uso intensivo de preguntas debe ser tomado más como parte del estilo de trabajo del autor, que como algo imprescindible en este modo de organizar el encuentro terapéutico. Otras técnicas (re-encuadre, rituales, tareas, etc.) pueden ser usadas para encarnar la misma orientación, cuando el terapeuta se ha hecho más experto en su utilización.

## CAPÍTULO 14

### LA ORGANIZACIÓN EGOÍSTA. CLAUSURA OPERACIONAL Y REDES CONVERSACIONALES



*Víctor Bronstein  
Juan Carlos Gaillard  
Alejandro Piscitelli*

#### 14.1. Del lenguaje en las organizaciones a las organizaciones en el lenguaje

Para explicar un fenómeno siempre partimos de una distinción asociada a cierta forma de observación<sup>1</sup>. En nuestra experiencia ingenua tenemos la sensación de que hemos entendido algo cuando somos capaces de *representarlo*. Siempre que distinguimos un sistema, por lo tanto, intentamos “verlo” en algún espacio determinado, por esto en cierto sentido *explicar es geometrizar* (Thom).

Esta característica cognitiva resulta inevitable cuando distinguimos objetos en el espacio y en el tiempo. Pero ¿qué pasa cuando tratamos de explicar cierta clase de sistemas que se resisten a ser distinguidos como objetos en este espacio? Tal es el caso de las *organizaciones sociales*, entendidas como organizaciones constituidas por seres humanos. En general estas organizaciones se nos presentan de tal forma que podemos distinguir las utilizando diversos criterios.

A veces lo hacemos ubicándolas dentro de una clase particular, por ejemplo, sabemos distinguir entre una familia y una empresa. Pero también sabemos diferenciar entre una familia y otra familia. Estos procesos se logran a partir de “poder ver” a las organizaciones en algún espacio. Como esta especificación pocas veces es analizada, se asume automáticamente que distinguimos estos sistemas en el espacio-tiempo de la física. Así definimos la existencia de una escuela a partir del edificio donde realiza sus actividades o distinguimos una familia en función del lugar donde reside.

Nuestro trabajo busca identificar la particular dinámica y conducta de los sistemas sociales. En este sentido, afirmamos que *no* es posible entender el surgimiento y la evolución de las organizaciones sociales sin definir previamente su dominio de existencia. Solamente cuando lo hayamos identificado podremos comprender *cómo* evolucionan estos sistemas. Esto es, qué conductas adaptativas, de aprendizaje y de crecimiento desarrollarán. En este aspecto es muy importante entender *cómo* las organizaciones en su dinámica demarcan un límite que permite reconocer qué elementos les pertenecen y cuáles no. Así planteamos que para dar cuenta del fenómeno de la autoorganización en los sistemas sociales es necesario responder a dos preguntas sin las cuales toda explicación queda vacía de contenido:

1. ¿Dónde existe una organización?
2. ¿Por qué tenemos la sensación de que estos sistemas se van autoorganizando y perduran en el tiempo alcanzando estabilidad estructural y capacidad de adaptación?

Para contestar estas preguntas propondremos dos principios guías. A partir de este punto, se nos abrirá la posibilidad de comprender e investigar la auto-organización de los sistemas sociales.

Toda organización social es una forma en el dominio lingüístico (Principio 1).

Toda organización social es una red cognitiva (Principio 2).

Por organización social entendemos cualquier agregado compuesto por individuos. La organización puede tener un objetivo para el cual ha sido creada, por ejemplo una empresa o un club, o puede haberse desarrollado dentro de la evolución socio-cultural adquiriendo distintas formas en el tiempo, como es el caso de la familia.

Habitualmente, cuando se trata de explicar estos sistemas se hace referencia a los objetivos del sistema, a cómo es la comunicación en el sistema y a ciertas relaciones entre el sistema y el entorno que nos permiten prever los cambios que se producirán en el sistema.

Varela (1983) denomina a esta forma habitual de entender los sistemas *acoplamientos (o acoples) por entrada*. Esto significa que el hilo conductor que permite entender la dinámica del sistema está dado por las relaciones de entrada y salida que tiene el sistema con su entorno. Esta forma de explicación resulta válida y útil para entender el funcionamiento de los mecanismos, desde un motor de combustión hasta una computadora. Para muchos resultó por lo tanto natural extenderla a la explicación de los sistemas sociales.

No resulta empero evidente que podamos entender los sistemas sociales desde esta perspectiva. Pese a esto, es muy común tratar de utilizar este tipo de explicación ya que se inscribe dentro de la tradición racionalista que trata de *reducir* el funcionamiento de las organizaciones sociales a mecanismos<sup>2</sup>.

El problema surge porque a partir del acople o acoplamiento por entrada es muy difícil dar cuenta de los fenómenos de aprendizaje, adaptación, creatividad, así como de todas aquellas conductas que hacen de los sistemas sociales sistemas auto-organizados. Para superar esta limitación, propondremos otra forma de acople que Varela denominó *acoples por clausura* y que utilizó para entender la dinámica de los sistemas vivientes. El desarrollo del segundo principio nos permitirá entender este concepto a partir del estudio de los sistemas con clausura operacional.

### 14.1.1. Creando organizaciones con palabras

Una nueva organización social surge a partir de un proceso conversacional. Los participantes aceptan las consecuencias del diálogo en el cual se crea una organización. Pero lo único que se hace en este momento fundacional es conversar. Conversar de una manera particular, pero sólo conversar. Una vez iniciada la conversación: ¿dónde existe una familia, o dónde existen las Naciones Unidas?

La respuesta es realmente inesperada y se verifica en cualquier ejemplo que podamos dar de creación de una organización: una organización *existe en el lenguaje*. Por eso no importa si un miembro (hijo, hermano, etc.) de una familia se va a vivir a otro país, igualmente sigue manteniendo la relación de parentesco y de pertenencia a la familia. Tampoco importa si las Naciones Unidas cambian su sede. Su existencia como organización no está definida por su ubicación en el espacio físico, sino por las conversaciones que la crearon y que la mantienen viva. Su existencia está definida por la red conversacional que la constituye. Por lo tanto una organización existe en el dominio lingüístico. Pero, *¿cómo distinguimos una organización en el lenguaje?*

Nuestra experiencia cotidiana en la construcción del mundo consiste en “ver” cosas en el espacio físico. Nuestra percepción primaria está dada por la visión y por ello hablamos de punto de vista y no de punto de olfato.

Consecuentemente tendemos a ubicar las cosas como si existieran en el espacio/tiempo de la física y, por lo tanto, las ciencias del hombre, especialmente la sociología, se preguntan cuáles son los hechos que constituyen su campo de estudio y si es que son irreductibles a la física.

Por eso es útil entender que las organizaciones sociales existen en el lenguaje ya que al hacerlo estamos definiendo el espacio substrato donde podemos distinguir los distintos “objetos” (individuos y organizaciones sociales) que interactúan en él.

Así como admitimos que el espectáculo del universo es un movimiento incesante de nacimiento, desarrollo y destrucción de formas; el espectáculo de nuestra vida social es similar, y esta sucesión de formas tiene lugar en el espacio o dominio del lenguaje.

Queda así claro cuál debe ser nuestra tarea: prever la evolución de las formas y, si fuera posible, tratar de explicarla.

Llegamos así a la “cinemática” de las organizaciones cuyo objeto es parametrizar las formas o los estados del proceso considerado, teniendo en cuenta que las organizaciones sociales son formas en el dominio lingüístico. La “materia prima” sobre la cual debemos trabajar está dada por lo tanto por las conversaciones que conforman una red en la cual podemos distinguir nodos<sup>2</sup> cuya estabilidad define la forma particular de la organización considerada.

Estos nodos, como veremos más adelante, están definidos por acuerdos de segundo orden que al institucionalizarse dan lugar a las normas y roles dentro de una organización. Estos acuerdos de segundo orden son compromisos establecidos en ciertas conversaciones. Los llamamos así porque surgen de compromisos previos acerca de qué conversaciones se puede tener que generarán, a su vez, conversaciones que implicarán nuevas acciones.

Hemos dado pues un paso más en la definición de organización social, por ello más que de redes comunicacionales debemos hablar de redes conversacionales o redes de acuerdos. Estudiaremos estas redes cuando nos ocupemos de la cinemática de las organizaciones.

## 14.1.2. Capacidades cognitivas de la organización

Veamos ahora el segundo principio. Definir a una organización social como *red cognitiva* implica:

1. Hacer referencia a cierta topología particular que caracteriza a una organización social, donde los nodos están definidos por individuos o por conjuntos de individuos que conforman a su vez una red que opera como subsistema de la red global; y donde las conversaciones constituyen los elementos que relacionan estos nodos.
2. Remitir a ciertas analogías que se puede establecer con otras redes cognitivas *naturales* (el sistema nervioso y el sistema inmunológico principalmente)<sup>3</sup>.

El primer principio resulta insuficiente porque no nos dice *cómo* hacen las organizaciones para acoplarse o interactuar con su entorno y así mantener su identidad y adaptarse a los cambios, reconocer los elementos que pertenecen o no al sistema y desarrollar conductas que asociamos habitualmente con cierta clase de sistemas "cognitivos".

Por eso lo complementamos con el segundo principio que nos permite entender cómo esta forma en el dominio lingüístico, establecida a partir de una red conversacional, es capaz de generar un contorno o "membrana conversacional" que nos permite distinguirla a pesar de los cambios que puedan producirse en los individuos que la constituyen.

Cuando investigamos las organizaciones sociales "sentimos" que tienen una gran autoafirmación, que han logrado reemplazar muchas veces el objetivo para el cual fueron creadas y que se presentan como sistemas cuyo "objetivo" es seguir existiendo sin pérdida de su identidad. Al conceptualizar a las organizaciones sociales como sistemas autoorganizados es necesario caracterizarlas a partir de una forma particular de organización que las define como sistemas con *clausura operacional*.

Por clausura operacional entendemos una clase particular de organización que se caracteriza por tener como variable homeostática fundamental (su "objetivo" básico) seguir existiendo. Podemos así hablar de la *organización egoísta*. Todo sistema, distinguido a partir de ciertos criterios, presenta dos aspectos complementarios: su *organización*, que son las relaciones necesarias que lo definen, y su *estructura*, que son todas las relaciones entre los componentes que lo integran como tal. Por definición, la organización es invariante mientras el sistema mantiene su identidad sin desintegrarse; la estructura puede variar de tal forma que satisfaga las restricciones de la organización.

Los sistemas con clausura operacional son aquellos que a partir de una organización particular emergen del espacio donde existen sus componentes, conformando una totalidad que presenta las propiedades de los sistemas autónomos: una gran autoafirmación y plasticidad para adaptarse a los cambios del entorno sin pérdida de identidad. El dibujo de Escher de las manos dibujándose a sí mismas es representativo de lo que venimos diciendo.

En el dominio molecular, es a través de este tipo de articulación como la vida se especifica a sí misma y adquiere su cualidad autónoma. Una célula se separa del caldo molecular definiendo y especificando límites que la distinguen de lo que no es. Sin embargo, esta especificación de límites se hace a través de la producción molecular impuesta por esos límites. Existe entonces, *una mutua especificación* de transformaciones químicas y límites físicos. Si este proceso de autoproducción se interrumpe, los componentes celulares dejan de formar una unidad y se disuelven en el caldo molecular.

Podemos hacer la siguiente figura para ilustrar este proceso circular (Varela, 1982).



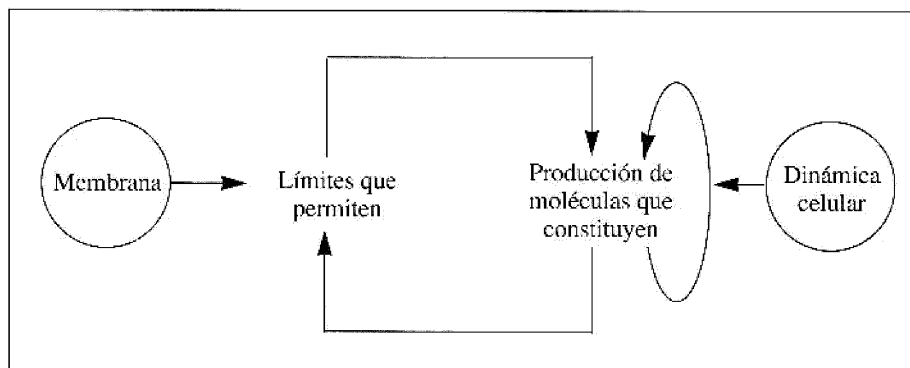


Figura 14.1. Clausura operacional en el dominio molecular

Este diagrama (véase Figura 14.1) es la clave que ilustra la situación analizada. La clausura de la operación hace que los productos estén en el mismo nivel que la producción. En este tipo de organización se desvanecen las distinciones usuales entre productor y producto, entre principio y fin, entre entrada y salida. Estas operaciones dejan de tener sentido, ya que estas propiedades interrumpen la circularidad que caracteriza a este tipo de sistemas y que definen a los sistemas autónomos. Una vez que las unidades autónomas están establecidas, un nuevo dominio es generado: la vida, tal como la conocemos en estos momentos.

Dentro del dominio biológico podemos ver también cómo las células interactúan entre sí para constituir nuevas unidades autónomas; todos los organismos multicelulares se desarrollan bajo circunstancias similares. En todos los casos, el fenómeno básico es siempre el mismo: la clausura operacional de los elementos en niveles separados se entrecruza para constituir una nueva unidad. La autonomía surge precisamente en este punto de entrecruzamiento.

Los sistemas autónomos son sistemas estructuralmente determinados, definidos como unidad por su organización o sea, con clausura operacional. Podemos definir con precisión esta forma de organización.

1. El sistema está constituido por procesos que están relacionados como una red, de tal manera que dependen recursivamente cada uno del otro en la generación y realización de los propios procesos.
2. Estos procesos constituyen al sistema como una unidad reconocible en el espacio en el cual existen<sup>6</sup>.

Este tipo de organización puede ser satisfecho por distintas clases de procesos y ocurrir en cualquier espacio definido por las propiedades de los componentes. Si bien el caso paradigmático y más visible es el fenómeno de lo viviente, en el cual el proceso es la producción de componentes, también podemos tomar otros casos de procesos capaces de generar un sistema con clausura operacional. Por ejemplo: descripciones de eventos, acuerdos de una conversación y, en general, cualquier clase de computación.

Una vez que se alcanza la circularidad que define la clausura operacional, los procesos constituyen una organización autocomputada que alcanza coherencia a través de su propia

operación, y no a través de intervención de contingencias del entorno (instrucciones, por ejemplo). Es por esto que los límites de la unidad (en el espacio que ésta exista) están indisolublemente ligados a la operación del sistema. Si se interrumpe la clausura organizacional, la unidad desaparece ya que desaparecen sus límites. Esta es una característica fundamental de los sistemas autónomos.

## 14.2. Redes conversacionales

### 14.2.1. Las conversaciones definen la red

Pasaremos ahora a analizar qué clase de conversaciones tienen lugar en la red lingüística de una organización y qué es lo que asegura su estabilidad en el tiempo.

Para esto debemos precisar que, como cualquier otro sistema, una organización está constituida por elementos que guardan determinados tipos de relaciones entre sí y por una membrana o contorno que posibilita distinguir entre el adentro y el afuera. En el caso de una organización, los elementos son los individuos que la integran, las relaciones son los tipos de conversaciones que mantienen dentro de la red conversacional global de la organización que siempre es específica y distinguible de cualquier otra red conversacional. Esta especificidad nos suministra el contorno o *membrana organizacional* que define qué conversaciones pertenecen a la organización y que nos brinda los datos relevantes sobre la identidad de la organización bajo estudio.

Si bien en una organización hablamos de una red conversacional como totalidad, también podemos distinguir subredes definidas por ciertas propiedades específicas. La red conversacional global de la organización es la resultante de estas subredes conversacionales que la componen, que pueden tener relativa independencia unas de otras, pero que forman parte de una colección única, pues por sí solas no podrían seguir existiendo. De esta forma la existencia de la red global determina las subredes que la constituyen.

A través del estudio de estas redes conversacionales se pueden identificar las características y formas de ejercicio de las líneas de autoridad y mando, de conocimiento, de status, de amistad, de circulación de información y cualquier otro aspecto estudiado por las teorías tradicionales del *management*.

El tipo de conversaciones que encontramos en las redes conversacionales de una organización presenta propiedades características resumibles en dos formas o movimientos conversacionales que Flores (1986) llama *conversaciones para la acción* y *conversaciones para crear posibilidades*. Para ser más precisos en nuestro planteamiento describiremos brevemente estos dos tipos de conversaciones. Conversaciones para la acción son aquellas mediante las cuales se establecen acuerdos o compromisos, que son los que generan precisamente acciones<sup>7</sup>.

Cada uno de los términos de la forma canónica tendrá que ser consensuado y cumplido. Se trata de evitar así los riesgos del incumplimiento, de la mala interpretación, del fracaso de la acción. En el diálogo se trabaja para lograr algo y para evitar la frustración de fracasar en ello. Para evitar la quiebra de una acción que comienza en la propia conversación.

Los peligros de quiebras son constantes, porque lo que se dice con palabras es sólo una parte ínfima de todo lo que realmente se dice. Se conversa en un contexto de escucha co-

mún que incluye acuerdos previos. Esto no sólo sucede en el ámbito de una organización sino en nuestra vida cotidiana.

Por eso denominamos a este tipo de conversaciones conversaciones para la acción. Porque la propia conversación es un compromiso para la acción.

Conversaciones para crear posibilidades son aquellas que abren la posibilidad de conversaciones para la acción, pero que en sí mismas no conducen al compromiso de alguna acción concreta. Por ejemplo si le decimos a un amigo: "podríamos ir al cine", se abre una instancia para otra conversación en la que acordaremos llevar a cabo ese programa con día y hora y con el compromiso mutuo de cumplirlo.

Brindemos un nuevo ejemplo de ambos tipos de conversaciones dentro de la red conversacional de una empresa. Supongamos que en una reunión de directorio, el responsable comercial de la empresa "A" plantea a sus pares la conveniencia de sondear a la empresa "B" a fin de incorporarla a un *joint venture* que ofertará en una licitación petrolera. La propuesta abre posibilidades para una acción futura. Imaginemos ahora que el directorio acepta tal propuesta y comisiona al citado director comercial a sondear en el término de una semana a los directivos de la empresa "B" para la formación del consorcio. La conversación que tiene lugar en esa instancia constituye un compromiso que debe cumplirse, o sea que queda incluida en esa categoría que hemos definido como conversaciones para la acción: un tipo de conversaciones en la que surge un compromiso concreto. Por otro lado no es casual en nuestro ejemplo que de una conversación para crear posibilidades surja una conversación para la acción, algo que a veces puede ocurrir.

Es posible que en nuestra vida cotidiana, fuera de cualquier ámbito organizacional predomine uno u otro tipo de conversaciones. Pero en las organizaciones, especialmente en aquellas que se hallan condicionadas por la búsqueda de resultados, las conversaciones para la acción son las decisivas. Durante estas conversaciones ocurren acciones de pedidos, promesas, compromisos, afirmaciones y declaraciones, movimientos lingüísticos sustentadores de la mayoría de las acciones humanas.

El predominio de los pedidos, acuerdos, promesas y compromisos en las conversaciones para la acción, transforma estos movimientos conversacionales en elementos clave para cualquier estudio de la red conversacional de la organización. Para entender esto es menester detenernos en el concepto de *acuerdo* o *compromiso*.

Por compromiso entendemos una obligación o responsabilidad por una acción futura que se asume a través de un acto conversacional. A través de este acto, una persona al hablar se compromete a sí misma a la inteligibilidad, verdad, sinceridad y oportunidad de lo que dice (Flores, 1989).

Una empresa sólo puede sobrevivir en la medida en que pueda contraer compromisos y cumplir con ellos, para lo cual, a su vez, toma compromisos relativos a los recursos que requiere para cumplir con los compromisos contraídos.

Con esta finalidad los integrantes de la empresa se involucran en una red de conversaciones que incluyen peticiones y promesas para llevar a cabo los compromisos o para generar otros nuevos. Se trata de conversaciones recurrentes, especializadas en satisfacer ciertas clases de pedidos.

Coexistiendo con estas conversaciones existe un trasfondo de conocimientos y valores compartidos por quienes integran las diversas subredes conversacionales de la organización. Ese trasfondo común de escucha posibilita arribar a acuerdos y cumplirlos. Existe una predeterminación social, cultural y organizacional y un cuerpo de evidencia compartidas por los miembros de la organización. El trasfondo es lo obvio, lo que se supone sabido, aquello

de lo que no es necesario hablar. Tanto en las conversaciones para la acción, como en aquellas para crear posibilidades, se habla de lo que no resulta obvio. Lo que se dice explícitamente es la punta del *iceberg* de lo realmente conversado.

Sin embargo los conceptos utilizados hasta ahora, si bien necesarios, *no* resultan suficientes para entender ni la estabilidad ni la "forma" o la génesis de una organización. Para esto debemos considerar los acuerdos de segundo orden y la cuestión de la autonomía.

#### *14.2.2. Los nodos de la red: acuerdos de segundo orden*

Así como no toda conversación da como resultado un acuerdo, tampoco todos los acuerdos son de un único tipo ni cumplen idénticas funciones. Recordemos el diálogo anterior en el cual un jefe da una orden a su subordinado de presentar cierta tarea a una hora determinada del día y el compromiso del empleado a cumplimentar tal directiva. Detrás de un acuerdo tan simple como el del ejemplo, subyacen otros acuerdos que autorizan a ese jefe a dar esa orden, la manera como tiene que darla y la obligación del subordinado de satisfacerla, es decir, lo que un miembro de la organización puede hacer y de qué manera. Estos acuerdos de segundo orden incluyen desde los objetivos de la organización hasta las pautas operativas que debe cumplir cualquier integrante de la misma. Pautas que se deben cumplimentar aún en el caso en que no se encuentren escritas ni figuren en ningún manual de procedimientos.

Un acuerdo de segundo orden, a diferencia del acuerdo del primer orden que se agota en el cumplimiento de la acción, es un compromiso sobre las conversaciones y los acuerdos que se van a generar. Por esto los acuerdos de segundo orden no generan acciones sino que posibilitan las conversaciones que generan acciones.

Este tipo de acuerdos dan estabilidad a la red conversacional puesto que determinan cómo se debe conversar. Lo que distingue a una organización entonces es la configuración de los acuerdos de segundo orden que le brindan recurrencia y estabilidad.

Este concepto de acuerdo de segundo orden nos tiende un puente hacia categorías tan estudiadas por las teorías de la administración y el *management* como la de rol y sistemas organizativos, pues nos explica su génesis. Las categorías rol, *management*, etc., expresan siempre acuerdos de segundo orden.

Entre los acuerdos de segundo orden tienen especial interés para nosotros aquellos que estipulan las condiciones que debe cumplir una persona para pasar a integrar la organización. Cuando estas condiciones se cumplen se cierra un acuerdo básico de segundo orden que es el contrato de trabajo: la persona elegida pasa a ser un elemento de la organización. Como tal se encuentra habilitada para participar en las conversaciones de la red.

Se puede deducir de lo expresado más arriba que los acuerdos de segundo orden están ligados a la creación de posibilidades. Sobre ellos se construyen los sistemas organizativos y jerárquicos de cualquier organización: la división de tareas, las funciones, las atribuciones y responsabilidades de cada miembro. Sobre esta estructura se apoyarán todos los acuerdos de primer orden.

Los acuerdos de segundo orden, además de especificar quiénes pertenecen o no a una organización, también estipulan los individuos que pueden representarla, en qué casos y en qué términos. O sea, establecen las condiciones de la comunicación dentro de la organización y de ésta con su entorno.

### 14.2.3. Acuerdos de orden $n$ y coreografía institucional

Explícitos o implícitos, los acuerdos de segundo orden son una parte importante del trasfondo conversacional, aunque no lo agotan. La organización está inserta además en un contexto institucional, cultural y también ideológico, que a su vez define a estos acuerdos de segundo orden.

Aunque definirlos escapa a los objetivos de este trabajo, debemos aceptar la existencia de acuerdos de orden superior que dan sostén a los acuerdos de segundo orden. Por ejemplo, aquellos acuerdos que se traducen en normas, hábitos e ideologías consecuentes.

A partir de esto podemos “visualizar” la sociedad como una *coreografía* donde las organizaciones danzan según los pasos definidos en los acuerdos de orden superior, pero que en el danzar su evolución va generando nuevas coreografías al ir cambiando estos acuerdos de orden superior.

Genéricamente, toda organización define acuerdos de segundo orden siguiendo las posibilidades que surgen de los acuerdos de orden  $n + 1$ . Es por esto que en esta coreografía podemos distinguir distintos niveles de interacción según el dominio institucional que estemos analizando.

## 14.3. Dinámica de las organizaciones

En el epígrafe anterior hemos visto cómo se conforma una organización social a partir del tejido de una red de acuerdos que definen los límites de la propia organización y las acciones del sistema. También hemos planteado que esta red es una red cognitiva. Estudiaremos, ahora, cómo entender la dinámica de las organizaciones sociales a partir de su conceptualización como redes cognitivas.

### 14.3.1. Clausura operacional, organizaciones y sistemas vivientes

Hablamos de redes cognitivas y no de sistemas cognitivos. Generalmente al hablar de sistema cognitivo hacemos referencia a aquellos sistemas naturales como el sistema nervioso o el sistema inmunológico –así como algunos sistemas tecnológicos que han surgido a partir del desarrollo de la inteligencia artificial– que presentan conductas propias.

Entre las conductas propias de estos sistemas encontramos: capacidad de adaptación, plasticidad, capacidad de aprendizaje y reconocimiento de los elementos que pertenecen o no al sistema.

La existencia de una red cognitiva plantea dos preguntas inmediatas:

1. ¿Quiénes conforman los nodos de esta red?
2. ¿Cuáles son los procesos o computaciones de la red?

Estas dos preguntas fueron respondidas en cierto sentido en el apartado anterior, aquí intentaremos dar respuesta a la dinámica de esta red basada, a su vez, en dos cuestiones fundamentales que permiten entender las conductas y/o propiedades cognitivas de esta red:

1. Los nodos de la red son sistemas con clausura operacional.
2. Las redes conversacionales conforman sistemas con clausura operacional.

En una organización real los nodos del sistema están constituidos por los individuos que, al conversar y conformar la red, *corporeizan* un sistema dotado de características recursivas propias de los sistemas autónomos.

Hablamos de redes y no de red ya que en una organización encontramos subsistemas (subredes) que también son sistemas con clausura operacional.

Las redes conversacionales cumplen con las dos propiedades (recursividad de los procesos de auto-generación; emergencia de la membrana) que definen la clausura operacional. Desde el punto de vista conductual, empero, lo que caracteriza a esta clase de sistemas es su gran autoafirmación y su plasticidad para acoplarse a los cambios del entorno.

Estas conductas son propias de los sistemas vivientes y por ello hacemos una analogía con una dinámica evolutiva basada en el nacimiento, desarrollo, decadencia y muerte organizacional. Además, durante este proceso hablamos frecuentemente de aprendizaje de las organizaciones y de otras capacidades (adaptación, plasticidad, etc.) que también encontramos en los seres vivos. Es por eso que muchas veces nos referimos a la evolución de las organizaciones como ciclos de vida. Esta caracterización de esta dinámica evolutiva no es una mera metáfora que relaciona ciertas características de los sistemas vivientes con las organizaciones sociales, sino que es consistente con la base conceptual que incluye ambos tipos de sistemas dentro de la tipología de sistemas con clausura operacional.

¿Qué sucede en un sistema conformado por la interacción de los sistemas autónomos? A partir de las interacciones recurrentes de sistemas autónomos se conforman redes cognitivas que conforman, a su vez, sistemas con clausura operacional.

Todo agregado de sistemas autónomos que interactúa recurrentemente se comporta como un sistema con clausura y tiende a generar estructuras estables (Tesis 1: de composición)<sup>9</sup>.

La Tesis 1 dice que: “si quiere entender la dinámica de los sistemas sociales, observe la forma en que su organización se cierra sobre sí misma (se vuelve egoísta)”.

A partir de este enunciado se abre una perspectiva inédita para entender a las organizaciones humanas y para comprender cómo se van corporeizando las redes conversacionales en redes cognitivas. Sin embargo quedan sin responder algunas cuestiones que es preciso investigar.

Si a partir del agregado de sistemas autónomos se genera un nuevo sistema autónomo, explicar este nuevo sistema requiere conocer su *ley de composición* (Problema 1)<sup>10</sup>. Esto es algo no resuelto hasta el momento y escapa a los alcances de este trabajo. Aun así podemos aproximarnos al conocimiento de la dinámica de las organizaciones sociales a partir del siguiente corolario de la tesis:

Es legítimo hablar de ciclo de vida de las organizaciones humanas (Corolario).

En base al corolario analizaremos la aparición de los metasistemas autónomos a partir de los sistemas autónomos apoyándonos en la analogía biológica<sup>11</sup>.

#### 14.3.2. *Resignación de autonomía*

Si bien los organismos y las sociedades son metasistemas formados por agregados de sistemas autónomos no cabe reducir unos a otros. En cada caso se da una relación específica generada a partir de los elementos autónomos de cada metasistema autónomo.

Un estudio cuidadoso de las similitudes y diferencias en la relación entre los componentes y el metasisistema, introduce la problemática de la circulación de la autonomía y la distinción entre sistema social y sistema productivo (Maturana, 1983). Por sistema social, entendemos no sólo a la sociedad como un todo, sino a todos los otros subsistemas que cumplen con la definición de sistema social, como por ejemplo un club, una familia, el Estado, etc.

Anteriormente hemos afirmado que organismos y sociedades pertenecen a una misma clase de metasisistemas formados por agregados de sistemas autónomos. Por un lado distinguimos entre organismos y sociedad. Por otro sostenemos que organismos y sociedad pertenecen a una misma clase de metasisistemas. ¿Qué criterio utilizaremos para incluir a los diferentes metasisistemas como miembros de una misma clase?

Para impedir la reducción de un sistema a otro este criterio debe ser lo suficientemente fuerte. Para ello utilizaremos el grado de autonomía de los componentes que conforman a los distintos metasisistemas de la clase.

Los organismos y las sociedades humanas están en los extremos opuestos de una serie si los ordenamos según el grado en que sus componentes dependen, en su realización como unidades autónomas, de su participación en el metasisistema que integran. *Mientras que los organismos son metasisistemas con componentes de mínima autonomía, las sociedades humanas, en cambio, son metasisistemas con componentes de máxima autonomía* (Tesis 2: de distinción).

Podemos hacer el siguiente gráfico ilustrativo (Maturana y Varela, 1984):

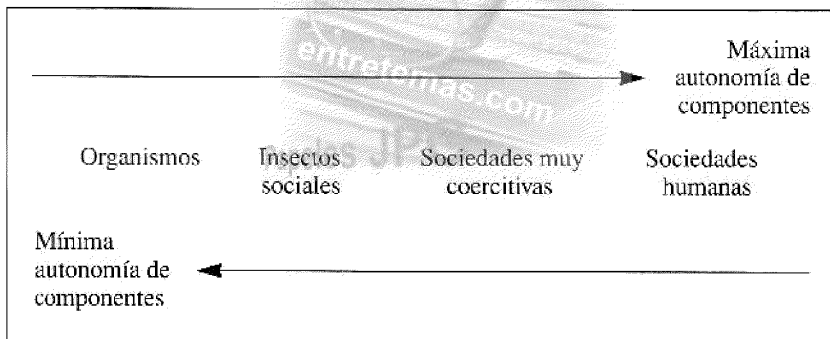


Figura 14.2. Gradiente de autonomía

¿Dónde ubicamos pues a las organizaciones humanas en este *continuum* entre organismos y sociedades? ¿Son las organizaciones sistemas productivos en el sentido definido por Maturana? ¿Cuáles son los elementos autónomos que conforman a las sociedades humanas: los individuos o las organizaciones?

Al profundizar la distinción entre organismos y sociedades comprendemos mejor cuáles son las características de un sistema productivo. Entendemos por éste a un sistema social que “desvirtúa” la autonomía de sus componentes, y en donde el interés del metasisistema se antepone al de los individuos que lo componen.

La consecuencia evolutiva fundamental de este proceso es que la conservación de la adaptación de los organismos de un linaje particular selecciona recurrentemente la estabilización de las propiedades de sus células.

Por el contrario, en los sistemas sociales humanos, si bien manifiestan clausura operacional en el acople estructural de sus componentes, existen también como unidades en el dominio del lenguaje. Como consecuencia la identidad de los sistemas sociales humanos depende tanto de la conservación de los seres humanos como organismos (biológicos) cuanto de su carácter de componentes de los dominios lingüísticos que constituyen y los constituyen.

La evolución humana, asociada a sus conductas lingüísticas, es una historia que ha seleccionado la plasticidad conductual de los individuos –haciendo emerger los dominios lingüísticos– al contrario de los organismos que seleccionaron la estabilidad de sus componentes. O sea, mientras que un organismo requiere la estabilidad operacional de sus componentes, un sistema social humano requiere la plasticidad conductual de los mismos<sup>12</sup>.

En resumen, el organismo restringe la creatividad individual de las unidades que lo integran, pues éstas existen para el “bien” (subsistencia) del organismo. Decimos por tanto que se produce una *resignación de autonomía* de los componentes del sistema.

Por el contrario, el sistema social amplía la creatividad individual de sus componentes, ya que de otra manera no podríamos participar en el dominio lingüístico. Podemos afirmar, por lo tanto, que al contrario de lo que ocurre en un organismo, el sistema social existe para el “bien” (subsistencia) de sus componentes individuales.

Podemos utilizar otro esquema para visualizar la relación entre organismo y sociedad. Llamamos *coordinación conductual* a un dominio recurrente de interacciones que permite la existencia de los organismos que generan este dominio. En un sistema social los organismos que lo componen generan la sociedad. Como vimos anteriormente, esta coordinación conductual puede ser descrita por un observador como un dominio comunicacional. Lo particular de las sociedades humanas es que cuando se produce la reflexión del dominio lingüístico, es decir, cuando se establece una coordinación conductual de la coordinación conductual, aparece una nueva dimensión o, mejor dicho, un nuevo dominio fenomenológico donde surge el individuo y el dominio cultural. Podemos recurrir entonces a la siguiente figura para ilustrar este fenómeno:

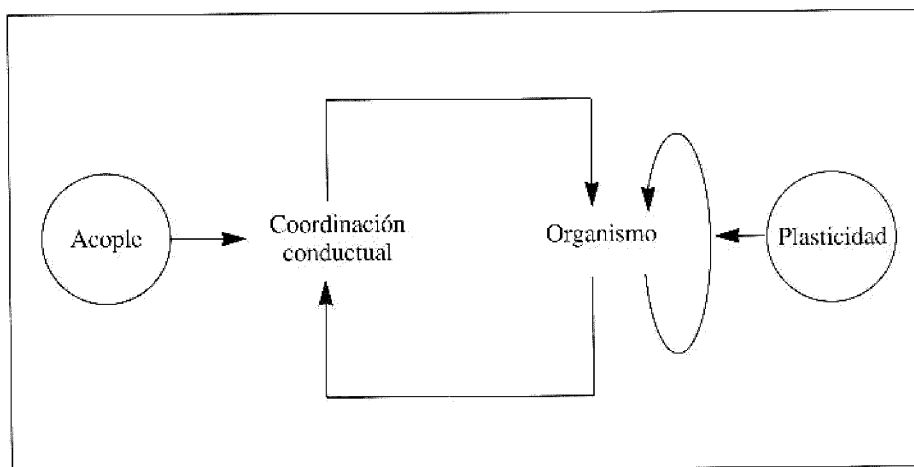


Figura 14.3. Relación entre organismo y sociedad



Como observamos nuevamente, en el caso de los sistemas sociales y los individuos, estamos una vez más ante una situación similar al dibujo de Escher en que las manos se dibujan a sí mismas.

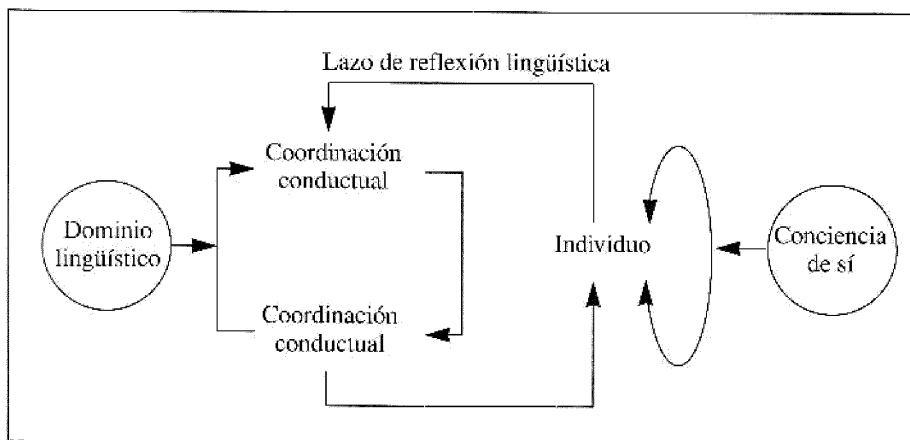


Figura 14.4. Relación entre individuos y sistemas sociales

Como vemos, los acuerdos definen el límite del sistema y la dinámica de la coordinación conductual selecciona a los individuos que lo componen. Si en los organismos los componentes existen en función del todo, y en las sociedades el todo existe en función de los individuos, ¿qué ocurre cuando el sistema social interactúa, a su vez, con otros sistemas sociales generando un nuevo dominio en donde debe mantener su adaptación? ¿Habrá preeminencia del todo, de las partes, o de ambos en una extraña e inesperada combinación?

La definición de sistema social dada anteriormente *no* permite entender esta nueva fenomenología. Hay que dar cuenta del fenómeno en donde individuos autónomos resignan autonomía en función de la dinámica del sistema social. Pasamos así de un sistema social, como fuera definido originariamente, a un sistema social “desvirtuado” o sistema productivo, en donde se invierten las relaciones y los componentes (individuos) terminan existiendo para que la sociedad exista.

Esta dicotomía extrema resulta equivocada a menos que tomemos en cuenta otro elemento fundamental en la dinámica de los sistemas sociales, y que comprenderemos mejor al hacer el siguiente esquema, análogo a los anteriores.

En el dominio del lenguaje, donde nuestras descripciones son objeto de futuras descripciones, seleccionamos nuestro propio devenir<sup>13</sup>. Llamamos *circulación de autonomía* al mecanismo de ida y vuelta entre el sistema social y el individuo que hace posible la resignación de autonomía. En conclusión:

Si dos o más sistemas autónomos, al interactuar recurrentemente, generan un sistema de orden superior, sin el cual no existirían; y este metasistema, a su vez, opera con clausura y genera otro espacio de interacciones; los componentes del metasistema, deberán resignar autonomía en función de los intereses del nuevo sistema (Tesis 3: de la resignación de autonomía).

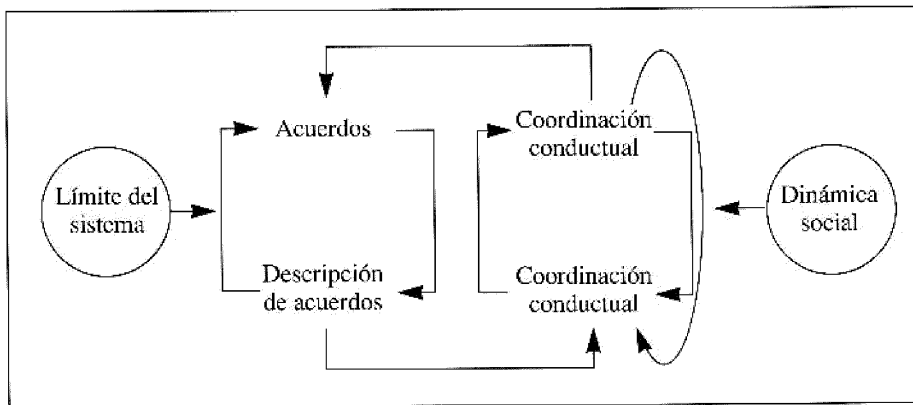


Figura 14.5. Resignación de autonomía

Resignar autonomía en función de los “intereses” del nuevo sistema no implica adoptar una actitud funcionalista<sup>14</sup>. Hacemos uso de una metáfora en nuestro dominio descriptivo, ya que lo que “realmente” ocurre es que en el caso de los organismos se selecciona la estabilidad de los componentes, y en el de las sociedades humanas se selecciona la resignación de autonomía<sup>15</sup>.

#### 14.4. Mas allá de la segunda cibernética: termodinámica de la organización

Puesto que nuestra condición de existencia en el dominio social implica la resignación de autonomía ésta se vuelve inevitable. El problema a resolver es qué formas asume esta resignación. En un extremo tenemos una resignación que es producto de acuerdos generados

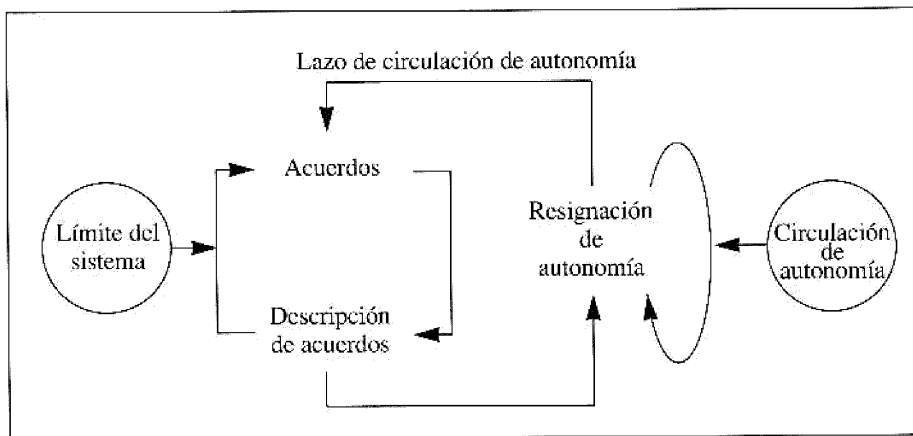


Figura 14.6. Termodinámica de la organización

en un proceso de circulación de autonomía y, en el otro, un sistema coercitivo en el que los componentes existen *exclusivamente* para que el sistema exista. En este último caso estamos más cerca de un organismo, en donde la circulación de autonomía es mínima, que de un sistema social.

#### 14.4.1. ¿Hacia dónde van las organizaciones?

A lo largo de millones de años la evolución biológica ha generado sistemas en los cuales sus elementos han reducido su autonomía al máximo en beneficio de sus organismos portadores. ¿Sucederá lo mismo con los sistemas sociales? ¿Las pesadillas de George Orwell y de Aldous Huxley presagian un futuro inevitable en el cual la biología dominará a la cultura? ¿O por el contrario se conseguirá un equilibrio entre el libre albedrío (autonomía de los componentes) y el determinismo (objetivos del sistema)?<sup>16</sup>

Hasta ahora hemos visto que las organizaciones son formas en el dominio del lenguaje caracterizadas por una red conversacional cuya dinámica está definida por los acuerdos que en ésta se generan. También dijimos que esta red opera con clausura operacional, lo que hace que el sistema en su interacción con el entorno tienda a maximizar su capacidad de generar acuerdos. Esto implica que en su dominio de operación tiende a reducir la autonomía de sus componentes. Decimos *tiende* porque en las organizaciones reales generalmente se producen dos tipos de fenómenos que relativizan esta condición ideal. Por un lado, a medida que la organización se complejiza o diversifica, muchas veces sus componentes (sectores, oficinas, subsistemas) comienzan a autonomizarse y se fijan a sí mismos objetivos incompatibles con los de la organización primigenia como un todo. Por otro lado cuando el sistema intenta restablecer la coerción original buscando limitar la autonomía —no ya de los componentes individuales, sino la de los componentes organizados en sub-sistemas— lo único que obtiene es mayor rigidez, limitación de la plasticidad y flexibilidad y refuerzos de las tendencias contra-organizacionales.

Conceptualmente esta operatoria debe leerse a la luz de la dinámica de los sistemas con clausura operacional, es decir, según la premisa de que todo sistema autónomo tiende a maximizar su capacidad de generar acuerdos. Consecuentemente tiende a generar redes conversacionales en las cuales poder establecer acuerdos. Esto explica por qué existen las organizaciones. Estas existen porque son los ámbitos en donde se pueden generar acuerdos recurrentemente estabilizándose en forma institucionalizada<sup>17</sup>.

#### 14.4.2. Poder, autonomía y descripciones

Habitualmente se analiza la cuestión del poder, caracterizándolo como un paradigma explicativo de conductas en el dominio social, ya sea de individuos o de organizaciones. Se explica el funcionamiento de las instituciones y las interacciones de los individuos asignándoles poder para entender la dinámica de los fenómenos sociales.

De esta forma nos ubicamos en la tradición comprensiva de la ciencia, ya que explicamos los fenómenos a partir de postulados teleológicos. Esto lleva a endosar las teorías conspirativas utilizadas para explicar las interacciones entre los actores sociales emergentes a partir de este paradigma.

Además, en vez de definir el poder, se evade la pregunta y se intentan hacer taxonomías que permitan entender para cada dominio social (político, cultural, económico, etc.) la característica del poder que provoca los fenómenos que queremos explicar (poder político, poder económico, etc.)

Desde un punto de vista ingenuo, se habla de poder a partir de la capacidad de conseguir que una organización o un individuo (formas en el dominio conversacional) realicen algo o ejecuten una acción que les es demandada.

A partir de este momento, se invierten las relaciones causales y se dice que alguien hizo algo o logró que otro hiciera algo porque tiene poder. Al hacer esto estamos realizando una petición de principio. Si alguien es capaz de hacer algo es porque tiene poder, pero ¿qué significa tener poder, qué es el poder?

En vez de definirlo se lo clasifica. Encontramos variadas taxonomías del poder, caracterizaciones del poder, pero no encontramos definiciones del poder. A lo sumo el poder queda como una entelequia que explica las conductas de los individuos y de las organizaciones o instituciones.

Para responder a muchas dudas que surgen de esta forma de conceptualizar el poder, intentaremos un abordaje distinto a partir de lo visto en la sección sobre la dinámica de los sistemas autónomos y las organizaciones como redes de acuerdos.

En general, los sistemas que operan con clausura están caracterizados por un paisaje de estados propios que define la plasticidad del sistema para mantener su adaptación al entorno. Estos estados propios definen las posibles trayectorias evolutivas del sistema y por lo tanto su capacidad de supervivencia.

A partir de esta situación, pareciera que el sistema tendiera a buscar los grados mayores de autonomía, entendiendo como tales a la cantidad de estados propios que puede alcanzar. Esta característica define una dirección en el comportamiento de los sistemas autónomos, define un sentido a la deriva y da un criterio para analizar los comportamientos del sistema.

En el caso de los sistemas sociales existe una tendencia a intentar definir acuerdos. Cuanto mayor es la posibilidad de definir acuerdos mayor es el grado de autonomía que alcanza el sistema. Por eso vemos que el funcionamiento de los sistemas autónomos (individuos, organizaciones, instituciones) se caracteriza por conductas tendientes a aumentar la capacidad de generar acuerdos.

Cuando analizamos la dinámica de las organizaciones vimos cómo se establecían redes de acuerdos, pero no analizamos *qué* era lo que hacía que se generaran acuerdos y que estos se cumplieran.

Más arriba hemos visto que se habla de poder cuando alguien tiene la capacidad de que otro haga algo. Pero como vimos, para que se produzca una acción debe haber una conversación para la acción donde se establezcan los acuerdos que generan la acción buscada.

Teniendo en cuenta esto definiremos el poder como la capacidad de generar acuerdos. Esta definición permite entender por qué las organizaciones crecen a partir de aumentar su capacidad de generar acuerdos.

Al aumentar el poder aumenta entonces el grado de autonomía de la organización y por esto las organizaciones tienden a seguir estas trayectorias. Por el contrario, disminuir su capacidad de generar acuerdos es disminuir su grado de autonomía y los sistemas tienden a oponerse a esta dinámica.

La lucha por el poder es la lucha por el aumento del grado de autonomía de cada organización. Según esta definición, haciendo una analogía, podemos pensar el poder como la energía en el dominio físico. En este dominio percibimos, por ejemplo, el movimiento de

un cuerpo y lo explicamos a partir de su energía cinética. En cierto sentido podemos decir que la energía es un epifenómeno que nos explica el fenómeno del movimiento. En el dominio conversacional lo que nosotros percibimos son los acuerdos, y explicamos por qué se dan estos acuerdos al hablar del poder. Entender el poder como generador de acuerdos nos da una definición operativa<sup>18</sup>.

Para aclarar un poco el alcance de estos conceptos daremos dos ejemplos. Hay dos situaciones donde claramente reconocemos la existencia de poder: la fuerza y el dinero. Cuando caminamos por una calle y aparece un asaltante que nos apunta con un arma y nos pide nuestra billetera, esa persona logra que nosotros acatemos su desco. Tiene poder. Pero ese poder está en su arma, ya que ante el peligro de perder nuestra vida o quedar heridos –posibilidad de disminución de nuestro grado de autonomía– optamos por acceder a su propuesta de acuerdo forzado. En este sentido su pistola es fundamentalmente un generador de acuerdos. Este caso puede extrapolarse al dominio institucional.

Por otra parte, en el mundo actual, el dinero se presenta como el otro gran generador de acuerdos. El dinero nos permite generar acuerdos de manera universal, y cuando decimos que el dinero no lo puede todo, estamos reconociendo que el dinero es un generador universal de acuerdos a partir de la definición de ciertos dominios donde su aplicación es restringida<sup>19</sup>. Porque comprar algo es generar un acuerdo. Tener dinero es entonces capacidad de generar acuerdos. Tener dinero es tener poder.

Por último quisiéramos analizar por qué existen las organizaciones. Las organizaciones existen porque en su seno aumenta el grado de autonomía de sus componentes. Si bien en una organización productiva se resigna autonomía, esta resignación se hace a cambio de la posesión de un elemento que aumenta nuestro grado de autonomía: el dinero. Para que nos mantengamos dentro de la organización lo que ganamos en autonomía debe ser mayor que lo que nos resignamos por pertenecer a la organización.

El surgimiento de las organizaciones no productivas se entiende a partir de la constatación de que en estos sistemas se amplía la posibilidad de generar acuerdos. Un sistema aislado no genera acuerdos. Esta tendencia a aumentar el grado de autonomía en los sistemas que operan con clausura trae como consecuencia la creación de organizaciones que a su vez intentarán aumentar su grado de autonomía. Caracterizamos esta dinámica como organización egoísta, y así como el segundo principio de la termodinámica postula la muerte térmica del universo, la termodinámica de las organizaciones señala una tendencia hacia la desintegración progresiva de las organizaciones, postulando la muerte conversacional al agotarse la capacidad de generar acuerdos en un sistema social único.

## 14.5. Conclusión

Los valores humanistas, legado de la ilustración, se oponen a las tendencias evolutivas naturales de las organizaciones egoístas. ¿Existe y es factible un *diseño artificial* que preserve equilibrada y balanceadamente la autonomía de los componentes y la autonomía del sistema? La experiencia actual es que todos los sistemas diseñados persisten porque son sistemas con clausura. Pero si son sistemas con clausura, entonces se trata de organizaciones egoístas.

Como individuos tendemos a crear organizaciones en las que generamos acuerdos, que potencialmente son capaces de aumentar nuestros grados de libertad. Pero en la medida en que las organizaciones comienzan a vivir su propia vida, su evolución se hace a expensas de

quienes las crearon (nosotros). Por lo tanto en nuestro afán de aumentar nuestros grados de libertad terminamos reduciéndolos (véase el concepto de contraproducto en el *Glosario*).

A fin de no concluir con un tono melancólico y/o apocalíptico analicemos la paradoja y busquemos, en vez de eliminarla, al menos contornearla (Hughes, P. y Brecht, G. 1979; Varela, 1987).

Es cierto que existen numerosas teorías del *management* y de la organización que constantemente prometen aumentar la eficiencia de las empresas. No lo es menos que en un mundo de ajustes constantes y de reorganización productiva, la organización que no cambia muere. Curiosamente, o no tanto, todas estas teorías convergen en un *punto fijo*: lo que importa es maximizar las variables organizacionales, aunque para ello haya que condescender mucho o poco con los intereses de los componentes.

Por ello contornear la paradoja por el lado de una redistribución de los costos de producción —o como se dice ahora comúnmente a través de la reducción del gasto social— no conduce a ninguna parte<sup>21</sup>. Una alternativa más enriquecedora es pensar las bases para un diseño organizacional que busque *conjuntamente* maximizar los intereses de la organización y de sus componentes —una manifiesta contradicción dentro del sistema capitalista<sup>21</sup>.

¿Habrà por ello que cambiar de sistema para ver encarnada esta utopía? ¿O existe dentro de los marcos de la organización capitalista espacio suficiente para poner en marcha micro-iniciativas organizacionales basadas en el presupuesto no de la resignación sino del aumento de la autonomía?

La construcción de evidencia para tan fascinante pregunta será motivo de futuras elucubraciones.

---

PapereNOTAS AL CAPÍTULO 14

---

<sup>1</sup> Escapa a los objetivos de este trabajo discutir la naturaleza del proceso de distinción y cómo se *co-constituye* el observador en relación al fenómeno observado. Para una sistematización sobre estos tópicos consultar Maturana, y Varela, 1980, 1984; Varela, 1979, 1983; Foerster, 1976. Véanse también los capítulos núms. 6, 20 y 21.

<sup>2</sup> En aquellos casos en donde las organizaciones sociales son sistemas muy estructurados tal perspectiva puede llegar a tener cierta efectividad. Un ejemplo de esto nos lo dieron las distintas escuelas del *management* empresarial (Taylorismo, Fayolismo, Relaciones Humanas, Primer Teoría Sistémica) hasta hace pocos años. Las fuertes limitaciones que revelaba esta concepción, hicieron surgir nuevas escuelas que intentaron superarlas con dudoso éxito. La mayoría de estas teorías sucumben a la tentación de la falacia funcionalista.

<sup>3</sup> En nuestro universo físico distinguimos objetos, etc. que son formas o estructuras dotadas de cierta estabilidad que ocupan cierta porción del espacio y duran cierto lapso de tiempo. Compartimos esta misma sensación cuando se trata de las organizaciones.

<sup>4</sup> En una red se distinguen dos elementos: los nodos y los lazos. Los nodos representan las cosas (moléculas, conceptos, individuos, roles, acuerdos de segundo orden). Los lazos representan los procesos (computaciones, transformaciones, conversaciones).

<sup>5</sup> Para insumos —y fuentes de inspiración a su prolongación al análisis de los sistemas sociales— de cómo analizar este tipo de redes ver especialmente la parte III “Procesos Cognitivos” en Varela (1979).

<sup>6</sup> Es el caso de la célula en la cual tienen lugar procesos recursivos de producción molecular que constituyen a la propia célula y que permiten recursivamente la existencia de estos procesos. Como estos procesos moleculares se dan en el dominio físico, decimos que los sistemas vivientes son sistemas que tienen una organización autopoietica en el sistema físico. En el caso de una organización los procesos son las *conversaciones* que constituyen el sistema y por eso decimos que las organizaciones son sistemas con clausura operacional que existen en el dominio lingüístico.

<sup>7</sup> La forma canónica de una conversación para la acción incluye una explicitación de qué se acuerda, cuáles son las condiciones de satisfacción para dar por cumplido el acuerdo y el plazo de cumplimiento del mismo. Cuando alguno de estos *items* está ausente o se mantiene ambiguo es probable que la acción se vea más o menos comprometida.

<sup>8</sup> J. L. Austin (1971) y John Searle (1978) han investigado este espacio de compromisos sociales generados en y a través de actos lingüísticos a los que denominaron “actos ilocucionarios” (actos que llevamos a cabo al decir algo). Para una recapitulación de sus aportes –habiendo sido uno de los principales haber examinado en enorme detalle por qué “decir algo es hacer algo”– así como una explicitación de sus usos en una teoría (futura) del *management* de las redes conversacionales consultar Flores & Winograd (1986).

<sup>9</sup> Por tesis queremos significar una guía heurística, basada en la evidencia empírica que otorga un contenido más específico a la noción intuitiva, en este caso, la noción de que todo sistema social tiende a auto-perpetuarse.

<sup>10</sup> En una curiosa recopilación titulada *Enciclopedia de la Ignorancia*, Ronald Duncan y Miranda Weston-Smith inventariaron hace ya quince años la enorme cantidad de fronteras del conocimiento –lo que sabemos que no sabemos– que curiosamente se contaban entre los enigmas más preciados del universo (orígenes de la tierra, la luna y los planetas; curvatura del espacio; propiedades emergentes de los sistemas complejos; transcomputabilidad; fuentes de la variación en la evolución; el control de la forma en el cuerpo vivo; incompreensión del dolor; dilemas ecológicos, desconocimiento del cerebro, etc.). Desde la perspectiva de los sistemas sociales el des-conocimiento de la ley de composición equivale a un auténtica bofetada al conocimiento y se suma a la enciclopedia de la ignorancia antes mencionada. Quizás con la ayuda de conceptos como los aquí introducidos podamos en el futuro avanzar en su enunciación.

<sup>11</sup> Las referencias a Richard Dawkins –y en particular el eco que hacemos en el título de nuestro trabajo a su célebre obra *El gen egoísta*– no deben confundir al lector. Estamos tan lejos de la sociobiología como de cualquier otro reduccionismo. Sin embargo no por miedo al biologismo debemos recaer en el culturalismo. En este sentido compartimos plenamente el enfoque maturaniano de la biología del lenguaje (Maturana, 1978), así como el de numerosos otros autores en torno de la biología del conocimiento.

<sup>12</sup> Allí donde los organismos requieren un acoplamiento estructural no lingüístico entre sus componentes, los sistemas sociales requieren componentes acoplados estructuralmente en dominios lingüísticos, donde los componentes pueden operar con lenguaje y ser precisamente observadores. En consecuencia, mientras que para el operar de un organismo lo central es el organismo y de ello resulta la restricción de las propiedades de los componentes al constituirlo, para el operar de un sistema social lo central es el dominio lingüístico que generan sus componentes y la ampliación de las propiedades de éstos, condición necesaria para la realización del lenguaje, que es nuestro dominio de existencia.

<sup>13</sup> Al interactuar con nuestras propias descripciones creamos los mundos de posibilidades en los cuales tendrán lugar nuestras acciones y en donde mantenemos el acople del sistema (véase especialmente Maturana, 1978).

<sup>14</sup> La causación no es operativa para la comprensión de los sistemas vivos –y menos aún– cuando lo que se trata de entender son los sistemas sociales. La ley que supuestamente transforma una causa pasada en el efecto actual es modificada, a su vez, por el mismo efecto que produce. La constatación de este proceso de recursividad indefinida pone de manifiesto la inevitabilidad de considerar que las propiedades que en los periodos precedentes se consideraban propias de los objetos no son, en realidad, más que proyecciones del observador (Von Foerster, 1986).

<sup>15</sup> Como corolario de esta tesis, decimos que para que exista un sistema social en el cual los componentes no deban resignar autonomía *no* debe generarse un dominio de interacción del sistema social, es decir, éste debe estar aislado o ser único.

<sup>16</sup> ¿Existen leyes de la evolución social? De haberlas los sistemas sociales serían deterministas. Pero ni siquiera en ese hipotético caso –propio del diseño de sistemas sociales fascistas o hiper-autoritarios– el comportamiento de los sistemas complejos estaría reducido exclusivamente al determinismo de los componentes. La historia de las innovaciones demuestra que a cada limitación natural el ingenio (social) ha contrapuesto innovaciones liberadoras. Es cierto que la biología determina que no podemos volar. No es menos cierto que volamos –gracias a una selección artificial que anula (relativamente) esas determinaciones.

<sup>17</sup> Las conductas supuestamente altruistas de los componentes de un sistema con clausura operacional se producen a partir de mecanismos de búsqueda de generación de acuerdos, como lo atestiguan los casos de las organizaciones sin fines de lucro. La “extravagancia” de este tipo de organizaciones radica en que van contra-corriente de las organizaciones económicas lucrativas que distinguen al sistema capitalista. En éstas la variable homeostática fundamental es la habilidad de producir dinero como capacidad de generar acuerdos. ¿No estará ligado el destino azaroso de las ONGs a la eventual contradicción que supone una organización que quiere lograr acuerdos sin disponer del dinero, que es la base de los acuerdos organizacionales? ¿Filantropía y capitalismo son incompatibles –salvo como coartada legitimadora? Es interesante revisar esta problemática a la luz de las tesis de la organización egoísta aquí introducidas.

<sup>18</sup> Incluso se podría bosquejar una teoría matemática del poder encontrando un operador de poder que sea el generador de los acuerdos de un conjunto de posibles acuerdos, ya que si bien el poder en tanto fenómeno resulta algo intangible que circula y se transforma, no se muestra sino a través de los acuerdos que es capaz de generar.

<sup>19</sup> El amor en algunas ocaciones, aunque como vimos recientemente en la película *Proposición Indecente*, este límite en nuestra sociedad es cada vez más débil.

<sup>20</sup> En una encuesta reciente publicada por el Instituto de Ejecutivos de la Argentina (IDEA) apareció con fuerza la idea de que mayoritariamente la única razón por la que los trabajadores permanecen fieles a sus empleos se debe a los lazos emotivos entablados con sus compañeros y a la posibilidad de realizar tareas que les son de provecho muy personal; y en ningún caso a la posibilidad de usufructuar condiciones de trabajo alentadoras generadas por el *management*.

<sup>21</sup> Esto es así hasta cierto punto. Después de todo el sistema capitalista, al haber convertido el dinero en mercancía universal y la posesión de dinero en el máximo generador de acuerdos posible, ha sido quien más ha logrado –con todas sus limitaciones– socializar y generalizar la capacidad de generar acuerdos. Al no estar sometido ni a estamentos, ni a linajes, alcurnias o clases, el capitalismo, como bien dijo Marx –aunque más que nada para criticarlo–, fue un sistema de producción históricamente revolucionario.



## CAPÍTULO 15

### DE LOS MOVIMIENTOS SOCIALES A LAS METODOLOGÍAS PARTICIPATIVAS

*Tomás R. Villasante*

#### **15.1. Pluralismo metodológico y participación**

##### *15.1.1. La rebelión del laboratorio*

No se trata de técnicas o metodologías para el estudio específico de los movimientos sociales. Más bien al revés, se trata de cómo los movimientos populares están aportando técnicas, metodologías, y hasta posicionamientos epistémicos para el uso de las ciencias sociales. Algunas de estas metodologías, además, serán usadas para el análisis de estos movimientos, pero lo que aquí pretendemos señalar es cómo las técnicas e investigaciones sociales avanzan con los propios movimientos, y no tanto cómo estos se ven afectados por el uso de unas u otras técnicas. Incluso cuando se han tratado de aplicar nuevas técnicas a los movimientos algunos de estos se han mostrado activos (no como objetos) y hasta han cambiado tales técnicas. En suma hay un diálogo muy fecundo, que trataremos de reflejar, de aportaciones básicas para cualquier investigador, y sobre todo de gran operatividad social (que al fin y al cabo es para lo que se hace la investigación).

Es la rebelión del laboratorio, cuando los animales con los que se experimenta, los tubos de ensayo, los productos químicos, la energía eléctrica, etc. deciden no obedecer al investigador, plantarle cara. Incluso preguntarle por qué hace tales cosas y no tales otras, o sugerirle tales experimentos fortuitos. Somos los objetos de la investigación, quienes en nuestros lenguajes desconocidos, ofrecemos asombros e intuiciones a quienes nos investigan. Porque el laboratorio sólo es una representación de la amplia realidad externa, que es donde se formulan las preguntas de verdad. No pregunta sólo el investigador, sino que éste es interpelado por las nuevas realidades continuamente. A los sujetos sociales no es fácil reducirlos a objetos de análisis, menos aún que a los otros elementos de un ecosistema. Aun cuando conscientemente aceptásemos ser objetos de una investigación, nuestro preconsciente no sería fácilmente reducible. No se trata de ciencia-ficción sino de la realidad de todos los investigadores,

sorprendidos por las nuevas lagunas que se descubren cuanto más avanza la ciencia. Paradójicamente, cuanto más descubrimos, más “sabemos que no sabemos”, como nos indican los principios hallados para las ciencias positivas por Heisenberg (indeterminación), por Gödel (incompletud), por Mandelbrot (fractalidad), etc., (véanse los capítulos *Teoría de la observación y Socioanálisis Cibernético*).

En las ciencias sociales frecuentemente nos encontramos con objetos de estudio rebeldes, con sujetos que por sí mismos se constituyen en movimientos sociales, o con movilizaciones que se constituyen en sujetos. Y no sólo cuestionan o critican las técnicas que les analizan, sino que además practican sus propios experimentos de prueba y error. Y consiguen sus propios resultados económicos, sociales o políticos. Es decir, que muchos de los experimentos que necesitaríamos están ya ahí, en vivo y en situación, y además no suelen esperar a que llegue el cientista. Ante la necesidad urgente de respuesta, estos procesos prácticos suelen incluir evaluaciones por análisis comparado con otras experiencias semejantes, y también de su propia historia. Y además obteniendo algunos resultados, cosa que en las ciencias sociales no abunda. Precisamente se pasa de simple movilización a movimiento popular cuando se da esta reflexión colectiva, y aparecen formas organizativas para continuar estas praxis. Así nos encontramos con elementos metodológicos y técnicas de aproximación a la realidad (muy operativas), además de abundantes datos en situación. Desde el socioanálisis se ha calificado a los principales de estos sucesos “analizadores históricos” (comuna de París, guerra civil española, mayo del 68, etc.), y se ha postulado que son los analizadores y no los analistas quienes realmente hacen el análisis, según veremos.

No se trata de la vuelta al sentido común y a la cotidianeidad sin más, ni al relativismo del “todo vale”. Como si no pudiese haber ninguna aproximación objetiva (los objetos son sujetos) y todo fuera subjetivo. El conocimiento espontáneo aparece en la historia como en los recién nacidos, sin distinguir objeto y sujeto, como nos recuerda F. Bouza (1988), y en cambio la ciencia se funda sobre el distanciamiento, lo que la ha llevado a veces a una “arrogancia ilimitada”. “No se puede y no se debe hablar, propiamente, de una ruptura entre ciencia y sentido común, sino, apenas, del intento de sistematizar o reelaborar para modificarlo, tal sentido común.” Por ejemplo, la semiótica, como nos recuerda G. Abril (1988), mantiene una triple dimensión: sintáctica, semántica y pragmática. Y esta última (Peirce, Cicourel, Fabri) marca (por los “deícticos” o “indexicales” del contexto de relaciones) unas necesarias negociaciones en donde situar el discurso para que tenga sentido (véase el capítulo *Análisis semiótico del discurso*). Tanto el sentido común como la ciencia tienen que ser contextualizados para tener algún significado práctico más allá de la reproducción de lo existente. Por ejemplo las movilizaciones puntuales nos señalan síntomas, pero son los movimientos populares quienes marcan tendencias, cuando reflexionan sobre sus movilizaciones y les dan una continuidad, y es desde aquí desde donde cabe encontrar sentidos emancipadores a las prácticas populares.

### *15.1.2. El pluralismo metodológico hasta cierto punto*

Johan Galtung suele poner un ejemplo sobre los estilos de hacer ciencia social según las diversas culturas de origen, que nos puede servir para ilustrar gráficamente lo que pretendemos abordar. Como se verá iremos más lejos de la pretensión de Galtung, pero partimos del mismo principio: los estilos de investigación se basan en los movimientos culturales en que han nacido. En este sentido tampoco la ciencia es neutral, sino vinculada a analizadores

históricos a los que responde (véase el capítulo primero de la presente obra). Nos encontramos pues con cuatro investigadores sociales sentados ante una mesa y discutiendo de sus investigaciones. El de formación anglo-sajona escucha el análisis en profundidad del razonamiento filosófico del alemán, que en su disertación está a punto de llegar a la esencia de la estructura del tema analizado. Flemático le interrumpe para preguntarle por los datos, pues el discurso teutónico carece de ellos. Cuando el anglosajón empieza a sacar sus propias tablas de datos, y a llenar toda la mesa, el francés elegantemente sugiere que todos esos datos no tienen una articulación lógica como la del alemán. Haciendo un juego de palabras ingenioso trata de dejar a sus compañeros encasillados en puro empirismo de datos, o en puro descriptivismo de estructuras, sin la literatura sugerente y creativa que él mismo dice representar. Ante la falta de rigor que aprecian en él, sus compañeros se vuelven al cuarto investigador que permanece en silencio. Es un japonés sonriente, que ante la mirada de los otros se levanta pausadamente, hace una reverencia, recoge la grabadora que había colocado en la mesa, y se va agradeciendo la información recogida, siempre sin perder la sonrisa y sin decir ni una sola argumentación de lo que él piensa.

El cuento de Galtung da pie para que nosotros podamos ver a otros posibles sujetos en esa escena, cuando se levanta el japonés, y de los que vamos a hablar después. Ahora reconocemos que hay una serie de autores que apuntan en la dirección de la praxeología, pero que no acaban de sacarle todas sus consecuencias (puede consultarse otra aproximación a este problema en el capítulo *Teoría de la observación*). Así Jürgen Habermas ya plantea su “mundo de la vida” entre la praxis y la comunicación; y Mijail Bajtín toma el “realismo grotesco” de los actores populares y descubre sus potencialidades; o Karel Kosik tomaba la praxis como categoría central de su dialéctica de las totalidades concretas. En las tradiciones teutónicas la salida de los esencialismos parece estar en las praxis (incluso grotescas) de los sujetos populares. Con Harold Garfinkel el estudio de la lingüística y el razonamiento popular a través de la “etnometodología” le acabará llevando a una “neopraxeología” sobre la estructuras de la vida cotidiana.

Aaron Cicourel recoge también aportaciones de Chomsky y de Husserl para tratar de superar los descriptivismos de la intersubjetividad. James O'Connor plantea también la praxeología como ciencia de la praxis, tratando de salir de la tradición anglosajona de los datos numéricos o lingüísticos descriptivos, pero poco operativos ante la presencia de las relaciones de poder y sus contradicciones en la vida cotidiana.

Los franceses sí abordan el problema del poder en la vida cotidiana, y además un analizador como el “mayo del 68” no hizo sino reforzar este debate. Henri Lefebvre sugirió el análisis de la cotidianeidad de la “sociedad burocrática de consumo dirigido” en un mundo en proceso de urbanización masiva, poniendo bases espaciales a estas investigaciones. Michel Foucault lo vio desde el ángulo más histórico de las “genealogías del poder” sugiriendo esta otra aproximación metodológica. También Lapassade y Lourau con el “socioanálisis” y la intervención social; Balandier y Maffesoli con las “tribus” y las redes; o Deleuze y Guattari con los “rizomas” y la “transversalidad”, han seguido aportando literatura sugerente para trabajos muy creativos, pero cuya operatividad social no queda clara. Nos interesa la aproximación desde el consumo espacial, lo histórico-genealógico, y las redes rizomáticas, pero sólo desde la praxeología de los movimientos se le puede dar sentido práctico emancipatorio a todo ello. La salida del japonés del cuento es práctica, pero no nos resuelve nada. Incluso abre la guerra de todos contra todos por la información, muy plural quizás, pero para su manejo secreto. El pluralismo metodológico es una salida del monoteísmo de una sola teoría, pero no resuelve las cuestiones centrales del saber y su para qué, los contextos de poder y

potencia de las ciencias. Aquí tratamos de encontrar algunos ejes desde la praxis de los movimientos que nos orienten.

### *15.1.3. Las potencialidades que se abren*

En el escenario del cuento que seguimos hay más sujetos, pero no se suelen ver. El sur también existe y produce conocimientos, aunque tenga dificultades para escribirlos y más aún para difundirlos. Está por ejemplo un sabio oriental (del tao o del zen) que sentado debajo de la mesa en posición de yoga medita aparentemente distante de lo que pasa a su alrededor, pero al levantarse el japonés le descubren los occidentales y se quedan maravillados de su extraña postura. Inmediatamente le preguntan por curiosidad cómo resolvería él las discusiones que mantienen. Pero antes de que conteste el estruendo de la silla que se rompe en mil pedazos sobre la mesa les hace levantar a todos. Un africano desesperado por el hambre y el SIDA les exige mayor precio para el petróleo y la conservación de sus recursos, y que se dejen de filosofías y ciencias sociales que sólo engañan al pueblo para que no se enfrente al imperialismo. Ante tanto desconcierto un latinoamericano se para en medio de la escena con un gesto muy teatral y hace un llamamiento literario para la posible concertación de las ciencias sociales con el beneficio práctico de los movimientos populares. Los planteamientos son estos, simplificando posiciones.

La insistencia en buscar una síntesis teórica o paradigmática por los occidentales (desde los datos, las estructuras o los pluralismos metodológicos) desconoce las paradojas en que meditan los orientales, y que están en la base de todos sus supuestos, es decir que a la vez son aquello que parecen y su contrario. No hay identidad posible, y la dialéctica no se puede entender como que “dos se resumen en uno” (tesis, antítesis y síntesis), o que de un pluralismo vamos a sacar una verdad, sino que es al revés, dice nuestro sabio, “uno se abre en dos... o en más”, en cada presunta identificación se abre una nueva paradoja, y eso es el dinamismo de la vida. “Si discuten sus teorías sobre la mesa no se están escuchando, mientras que cuando me descubren debajo de la mesa y en silencio es cuando me preguntan y escuchan todos, pero no les puedo dar la solución porque no la hay para sus intereses”. El africano aprovecha para decir que sólo se ha replanteado la discusión, en un sentido práctico, cuando él ha cambiado las reglas del juego introduciendo los problemas mundiales (pobreza, recursos, demografía, etc.), pero que a los ricos no les interesa esa discusión si no es bajo la amenaza permanente de desenmascarar sus verdades interesadas.

Un camino lleva a no hacer nada y el otro a hacer lo que sea. Los que están sobre la mesa entonces se justifican porque ellos están haciendo su ciencia, con sus métodos y sus técnicas. El latinoamericano dice que hay que aceptar el juego de hacer ciencia, pero teniendo en cuenta las limitaciones paradójicas que tiene este quehacer, y las necesidades prácticas a las que tiene que responder, y que estos son los ejes centrales que han de guiar su actuación. Su realismo mágico exige partir de la realidad vivida, de las demandas de los movimientos de educación popular, de autoconstrucción de viviendas, o de los sincretismos afro-americanos para cambiar las lógicas de dominación. Más que un pluralismo o un politeísmo, esto es un sincretismo o panteísmo, donde el “dios” de la ciencia está en los “cacharros”, en las necesidades materiales. No es un relativismo paralizante o académico, sino una praxis a partir de la implicación con lo popular. Y no por una simplificación populista, como darle la razón al pueblo, sino para encontrar las paradojas mágicas (grotescas y rizomáticas) que se esconden

en sus prácticas, y que se pueden abrir a nuevas posiciones más creativas y potenciadoras de alternativas a los problemas actuales.

## 15.2. Técnicas y técnicos implicados

### 15.2.1. Analizadores prácticos desde los movimientos

Nos enseñó la vida (y los analizadores) más que los textos de las ciencias sociales. En los años setenta al enfrentarse a la dictadura desde el movimiento obrero (y otros que surgieron) aparecieron experiencias innovadoras. Hay que recordar, pues nos sirve para la actualidad, que el movimiento de “comisiones obreras” en las minas, en las fábricas, y en las obras de la construcción, no fue el fruto de ningún partido que lo hubiese premeditado, sino la confluencia de militantes de base de distintas ideologías o sin ellas (cristianos, marxistas, libertarios, etc.). Se plantean asambleas y sistemas de representatividad desde la base para poder negociar las condiciones de trabajo. Luego hubo partidos, para su mérito, que fueron capaces de aprender de estas experiencias (analizadores) y generalizarlas a todo el territorio (y sólo más tarde en la transición se constituye en sindicato lo que nació como un movimiento asambleario de base). Lo que nos interesa aquí es rescatar la técnica de la asamblea para conocer los problemas de una realidad social, y para proponer soluciones operativas, y no tanto como técnica de agitación, pues este es su punto más débil (véase capítulo *Socioanálisis Cibernético* para una crítica de la asamblea).

Una asamblea es una buena técnica tanto por lo que enseña de su dinámica interna (formas y contenido), como por lo que la precede y luego sigue, que no suele ser tan conocido, al ser menos espectacular. Los dirigentes o convocantes en primer lugar se están arriesgando a que no acuda la gente si el tema no es sentido por las bases sociales. Se arriesgan además a que otros dirigentes les discutan sus planteamientos si no conectan en lo que dicen o en lo que hacen, con el ambiente creado. Y sobre todo se arriesgan a no tener continuidad si las propuestas no se viven como surgidas y apoyadas por la mayoría de los asistentes. No todo el “universo” acude a las asambleas, pero sí acuden los “comunicadores” de cada zona o subcultura, estos se encargaran de comentar y difundir lo que se ha discutido, en el puesto de trabajo o con sus vecinos. De tal forma que la asamblea es sólo un momento, muy visible y hasta espectacular, de procesos previos y posteriores donde las relaciones cotidianas con las bases son lo definitivo tanto para los análisis como para la ejecución de las propuestas. Para que se llegue a configurar un movimiento es necesario todo un rosario de técnicas articuladas, más o menos intuitivamente, de acuerdo con cada problemática concreta. Hoy también hay que investigar desde este punto de vista, si se quiere que los métodos sean operativos.

Los dirigentes llegan a serlo porque saben por prueba o error, o por haberlo aprendido de otros, las técnicas de conocimiento y de construcción de estas realidades sociales. Por ejemplo las asociaciones de vecinos de los años setenta (sobre todo las primeras que surgieron desde iniciativas plurales) y que tenían a la gente más dispersa por el barrio que los obreros en las fábricas, tenían que imaginarse cualquier cosa para aglutinar las redes del tejido social informal. Desde la “educación popular” de adultos en algunos centros (parroquiales, sociales, etc.) hasta “encuestas” casa a casa (para diagnosticar la realidad o para proponer acciones), o hasta festivales de música, etc., todo era bueno para hacer tejido social, contactos personales con las redes informales. Desde los equipos de fútbol hasta las

clases de cultura, o el plantar jardines, todo sirve para descubrir las redes rizomáticas que se mueven en un barrio, y cómo se construyen y deconstruyen continuamente. Estas investigaciones sociales llevaron a muchas “comisiones de barrio” (T. R. Villasante, 1984) a técnicas de análisis y participación muy creativas, y a algunos grupos (Bandera Roja, Unión Comunista de Liberación, en Barcelona por ejemplo) a análisis de la lucha de clase muy territorializados y concretos. El análisis hoy de las redes y rizomas previos y posteriores a las asambleas sigue siendo muy importante.

Las dinámicas de grupos también fueron unas técnicas más experimentadas que conocidas en los colectivos que actuaban en aquellos movimientos analizadores que nos están sirviendo de contraste. Algunos grupos cristianos de base (JOC, etc.) practicaban el “ver, juzgar, actuar” lo que suponía unas técnicas de autoanálisis grupal de su realidad inmediata, y un compromiso con la acción social. Otros grupos (más marxistas en general) planteaban primero un compromiso con la acción y luego la reflexión, o ir simultaneando análisis y propuestas, acción y reflexión. Hoy las posibilidades de conocimiento de estas técnicas son muy superiores e incluso se difunden y practican desde las instituciones. Pero lo que queremos recordar aquí es la necesidad de entenderlas dentro de un proceso que incluye salirse del grupo cerrado (incluso para conocer al propio grupo), y experimentar cómo interactúan con su entorno. Cómo funcionan las redes, y las asambleas, las dinámicas de grupos previas y posteriores, por ejemplo. El que muchas de estas técnicas se hubiesen experimentado contra una situación dictatorial hizo que sus prácticas fuesen muy flexibles y anti-autoritarias, lo cual las hizo ganar en creatividad. Los movimientos en los que se inscribían eran los analizadores que enseñaban a los analistas. Hoy hay también grupos, iniciativas, analizadores, tan dispersos y sin aparente articulación como los de principios de los setenta, y que deben merecer nuestra atención.

### *15.2.2. Técnicos aprendiendo lo integral*

Con los movimientos populares no sólo aprenden los dirigentes, sino también las bases sociales, y también los técnicos comprometidos en ello. Los técnicos deberían ser los que tuviesen más capacidad de síntesis y de abstracción para poder generalizar enseñanzas desde cada analizador vivido. Sin embargo no siempre es así. Al llegar a la democracia se dieron importantes movimientos sociales, pero también una fuerte desmovilización social a continuación. Perdimos muchas técnicas y muchos técnicos en ese camino. Entender que las técnicas y los técnicos estamos siempre implicados, y que es ante todo una negociación social donde se inscribe cualquier programación, es algo que entonces era fácil comprender porque los movimientos hacían manifiesta la negociación. Cuando las negociaciones son de despacho o de pasillo y no se puede conocer sus contenidos, o se enmascaran con discursos técnicos sofisticados, entonces se vuelve a hablar de la neutralidad del técnico y sus técnicas. La experiencia de 28 barrios madrileños que consiguieron vivienda remodelada y acabar transitoriamente con el chabolismo nos ilustra (T. R. Villasante y otros, 1989) sobre el aprendizaje de bastantes técnicos, no solo en los procesos de edificación, sino también en la necesaria negociación con los futuros usuarios. Los técnicos entonces eran miembros de los movimientos y en esa medida parte vivida y sentida de la negociación. Quizás no hicieran obras de “autor” como otros pero sí mucho más operativas y sociales. Esta conciencia vivida la enseñan los movimientos.

Los técnicos también tenemos que hacer programaciones y en ese sentido cuando se está vinculado a un movimiento se entiende lo que es un "plan-proceso". Por ejemplo en un plan de urbanismo donde se ha de someter a exposición pública y varias aprobaciones las propuestas. Si lo entendemos como proceso, y no como plan finalista, no se programa primero y luego se ejecuta rígidamente lo programado, sino que se va ejecutando al tiempo que se va planificando, en procesos que se retroalimentan. Parece aparentemente menos racional y más "chapuza", y de hecho lo puede ser si las negociaciones en el proceso se hacen sin principios o, mejor dicho, se hacen cediendo a las presiones de quienes tienen más influencias. Pero si quien tiene más capacidad de presión, con sus necesidades y principios, son las bases sociales de los movimientos, entonces las desviaciones de las negociaciones son menores, y los planes salen desde las técnicas participativas. Se pueden sentar desde el principio unos objetivos y unas prioridades negociadas, y luego ir sometiendo cada "avance" a exposición pública para ver si las concreciones responden a lo que se había planteado.

Estas técnicas permiten captar mejor lo "integral" de estos procesos, arrancando desde unidades descentralizadas, que por ser más pequeñas permiten mejor captar sus diferentes componentes tan complejos. Es la programación "de abajo hacia arriba" con delgados o con otras técnicas sociales que permitan captar las expresiones integrales de las bases sociales. Queremos rescatar los PAI (entonces Programas de Actuación Inmediata) que se elaboraban por técnicos y vecinos en unidades territoriales próximas a un distrito en las ciudades y a una comarca en zonas rurales. Unidades que permiten análisis más integrales en la medida en que (sobre todo algunos) son más participativos, y sobre todo cuando incluyen combinados aspectos territoriales y ecológicos, de economía y empleo, y de cultura y apropiación social. Tendremos ocasión de volver sobre estos métodos y técnicas, como sobre los otros citados, cuando más adelante presentemos nuestra propia propuesta metodológica y técnica, pero cabe aquí recordar que no surge del aire sino de los analizadores históricos, las experiencias vividas, que es desde donde hay que partir. Partir de abajo hacia arriba para conocer transformando en un mismo proceso, con los movimientos, lo que es posible en cada momento. Entender vivencialmente lo integral y lo participativo que necesitan las técnicas, esto es lo que se aprende con los movimientos. Técnicas que aisladas en sí mismas son mucho menos efectivas, pierden la sinergia que puede darles actuar articuladamente, y con implicación de los sujetos, y pierden así multiplicar su operatividad emancipadora.

### *15.2.3. La urgencia de las actuales implicaciones*

En estos tiempos en que las crisis de paradigmas están tan presentes, y que sin embargo hay tantas urgencias sociales, no conviene precipitarse en el campo teórico, y más bien asegurarse metodológicamente de los pasos que se dan. No vale cualquier cosa tampoco porque los viejos problemas siguen sin resolverse, como las diferencias de clases (ahora llamada polarización), y aparecen nuevos y urgentes requerimientos como los ecológicos, los demográficos, etc. Los movimientos populares en esta situación han adoptado métodos y técnicas de "resistencia" con los que enfrentar las agresiones a que se consideran sometidos en cada caso. Puede ser los análisis de zonas urbanas en Quito, con propuestas participadas de desarrollos integrales; o las denuncias contra los despilfarros energéticos de los ecologistas de Madrid, con una propuesta de plan energético alternativo (que además suscribe la izquierda); o los movimientos de mujeres indúes en defensa de sus bosques, con

propuestas de otras filosofías para relacionarse con la naturaleza que no sean la depredación del actual modelo. Todos estos movimientos de resistencia tienen al menos tres valores interesantes:

1. Defienden la integralidad de un territorio en contra de medidas sectoriales y muy especializadas.
2. Hacen alguna propuesta de alternativas concretas, que sí responde a concepciones más integrales.
3. Se autoeducan en la responsabilidad popular de los asuntos públicos, exigiendo participación en las decisiones de los técnicos y gestores.

Y cuando una cosa tiene al menos tres razones tan poderosas hay muchas probabilidades de que esté en alguno de los buenos caminos.

Los movimientos populares, además, han pasado recientemente a una etapa internacional que se promete muy interesante. El Foro Global de Río, donde se juntaron desde movimientos indígenas hasta ecologistas, desde ONGs de ayuda al desarrollo hasta asociaciones de pobladores y favelados, desde sindicatos hasta estudiosos de universidades, ha significado mucho más que una "Torre de Babel" caótica que fue. Ha significado un enfrentamiento con la cumbre de jefes de estado y de gobierno, y sus técnicos, incapaces de tomar medidas eficaces para cambiar de rumbo en la destrucción del planeta, y por lo tanto una cierta obligación de que los técnicos y sus técnicas se aclaren acerca de en qué bando están. Ha significado también que los movimientos están compuestos por técnicos con capacidades alternativas, y no solo son fuerzas ciegas, y que es posible, deseable, y muy fructífero el dialogo comprometido de las bases sociales, sus dirigentes y sus técnicos. Y también ha significado el Foro Global de Río que las nuevas ideas y técnicas alternativas están en los movimientos, y que desde estos está surgiendo un internacionalismo muy crítico con las empresas transnacionales, por delante de las discusiones partidistas y de otros sectarismos académicos paralizantes de los años ochenta. Ya se están convocando internacionalmente jornadas y encuentros de reflexión alternativa, desde los movimientos (con su capacidad técnica), para enfrentar las resistencias a las agresiones del modelo vigente, y para apostar por nuevas soluciones alternativas.

Es una nueva generación la que se apresta a contestar las nuevas condiciones mundiales del sistema monetarista de acumulación y sus respaldos del nuevo orden mundial militar y político. Las metodologías y las técnicas no pueden ser ajenas a los cambios mundiales que registramos, más bien deben responder a sus urgencias, y en nuestro caso para no equivocarnos muchos preferimos ponernos del lado de esos movimientos populares que resisten las agresiones y formulan análisis y alternativas en la medida de sus posibilidades. Naturalmente hay más capacidad económica y tecnológica desde los poderes transnacionales, pero son tantas las servidumbres que recortan un trabajo con pretensiones científicas (más aún desde la ética), que entendemos que los métodos y técnicas cercanos a los movimientos son más creativos y pueden acercarse más a la realidad social. En estos momentos hay entidades sin ánimo de lucro (desde ayuntamientos hasta universidades, ONGs, cooperativas, fundaciones, asociaciones, etc.) que pueden cooperar en proyectos muy avanzados y participados, donde los técnicos podemos desarrollar técnicas muy interesantes con/para/desde los movimientos populares.

La urgencia de las actuales implicaciones, tal como la venimos explicando, nos lleva a comprometernos como técnicos con aquellas opciones amplias que creemos más prometedoras de avances sociales. Y en ese sentido las técnicas deben descubrir y construir desde lo



que subyace en la sociedad, no tanto describir los tipos medios a quienes les podemos vender productos, sino las prácticas e ideas brillantes aunque minoritarias que pueden ayudar a cambiar las cosas. Nos interesan más las “tormentas de ideas” que las estadísticas frías. La representatividad en las ciencias sociales sirve para vender productos, ganar elecciones, describir lo que aparenta en un momento una sociedad, pero no tanto para encontrar las vías profundas de lo que se está fraguando latentemente, lo que saldrá de una crisis ideológica, o cómo hacer avanzar un movimiento popular. En el municipio de Córdoba, desde la Federación de Asociaciones de Vecinos, con el apoyo del ayuntamiento y de la universidad, estamos realizando un método con técnicas de “investigación-acción-participativa” que trata de alcanzar una programación que posteriormente repercute en toda la ciudad. Al final de este capítulo veremos en mayor detalle el método y las técnicas. Ahora sólo nos interesa resaltar que ante la urgencia de los movimientos demandantes no nos interesa tanto la representatividad de lo que puedan decir los habitantes por término medio, sino justamente lo que puedan decir de novedoso los 50 grupos (informales y formales) a quienes están entrevistando los propios vecinos, de cara a realizar una programación que dé soluciones alternativas a sus problemas. Nos interesan las ideas y las prácticas que se están construyendo minoritariamente, sus contradicciones y sus potencialidades, porque es desde esos síntomas desde donde nos interesa analizar una sociedad fragmentada en rápido cambio como creemos que es la actual. Por eso procedemos a una gran tormenta de ideas entre todos los sectores populares, negociada y realizada en la práctica con los propios demandantes de la información y los técnicos que actúan en colaboración con ellos. Y las propuestas también las vamos a discutir por los barrios, y las vamos a ir evaluando y rectificando en el proceso participativo. Esto lo estamos aprendiendo de los movimientos populares, sobre todo los del sur.

### 15.3. La Investigación-Acción-Participativa

#### 15.3.1. Sujetos con sujetos, paridos y partidos

Algunos sujetos del sur no se dejan objetivar. Por ejemplo personas que no se dejan fotografiar por turistas que quieren objetivar, con sus objetivos fotográficos, la pobreza del sur; o movimientos sociales que preguntan al investigador del norte qué va a hacer con aquella investigación, para qué y para quién es tal trabajo. Al preguntar, al negarse, ante el poder de quien les trata como objetos, refuerzan que son sujetos, refuerzan su “dignidad”, y problematizan la asimetría social, que de todas maneras es enorme. Por eso no es extraño que haya sido en Colombia, Brasil o la India, donde la Investigación-Acción-Participativa, haya surgido práctica y teóricamente, donde se haya atrevido a preguntarle a la ciencia académica ¿para qué sirve? ¿a quién sirve?

Orlando Fals Borda afirmaba hace años: “...retan al paradigma dominante de las ciencias sociales. Primero el replanteamiento de la relación sujeto-objeto... El rompimiento de la tradicional relación de dominación-dependencia implicada en el binomio sujeto-objeto, llevaría a un nuevo tipo de sociedad, que sería una sociedad participativa, donde la relación fundamental sería sujeto-sujeto... El segundo es el reto que significa el reconocimiento de la ciencia popular como algo válido, e igualmente válido que las ciencias académicas... Noten que esta corriente “de abajo”, que se ha olvidado y despreciado, es la que habla siempre de

la vida, del sentimiento, del goce, de la cotidianeidad. No están preocupados de si son capaces de hacer volar un cohete a la luna o no; les importa más si hay agua, si hay salud, si hay comida, si hay paz... Por todo lo dicho, si con la IAP se logra que eventualmente haya un encuentro de esos dos conocimientos: el de la ciencia tecnológica que nos está llevando a la destrucción mundial, y el de la ciencia del pueblo..." (O. Fals Borda, 1986).

Estos temas suelen ser los más recordados al ver los aportes epistemológicos de la IAP, pero la verdad es que son mucho más complejos cada uno en sí mismos; y que además, por estos mismos autores y por otros, desde nuevas experiencias, han ido surgiendo una serie de nuevas aportaciones que realmente sí ponen "patas arriba" las ciencias académicas. Y es lo que aquí vamos a tratar, porque no podemos caer en una ciencia positivista que se cree en posesión de la verdad, ni en el relativismo absoluto donde todo vale. Como afirma Jesús Ibáñez (1990): "La investigación social es una tarea necesaria e imposible". Se hace necesaria, porque el orden social reclama el conocimiento del conflicto para prevenirlo, y convencer a los ciudadanos de su maldad. Y es imposible, porque todas las mediciones sobre una sociedad versátil, se hacen con instrumentos sociales (deformados y deformantes), y los razonamientos hablando de lo que se habla y/o pensando el pensamiento. Instrumentos imprecisos sobre realidades en continuo movimiento (con amplias zonas de paradojas, inconscientes, etc.). Si ya Heisenberg y Gödel plantearon la indeterminación, la incompletud, etc., para las ciencias positivas, cuanto más lo podemos aplicar a las sociales...

Por ser necesaria la investigación social para los sistemas de dominación lo es también para los dominados. Si las formas de dominación no son sólo, ni prioritariamente, abiertamente represivas, sino estudiosas y selectivas, y cada vez más la ley se pregona como basada en el consenso, entonces la emancipación personal, grupal o social tiene que encontrar formas alternativas, con su propia investigación. La dominación por más científica que se proclame no puede ser completa nunca, precisamente porque no hay conocimientos absolutos, y eso salva el que pueda haber cambios y transformaciones. Es en esas zonas de indeterminación, de incompletud, de inconscientes, de fracturas, de carencias, de reflexibilidades, donde puede operar la investigación (véanse los capítulos *Teoría de la observación* y *Socioanálisis Cibernético*). Y en este terreno los sujetos vivencialmente tienen un conocimiento directo, que por un lado les posiciona sin posibilidades de neutralidad, y por otra les capacita para discutir a las ciencias sociales académicas sus pretendidas verdades acabadas. La academia podría paralizarse en un relativismo de las ciencias, discutiendo su plena objetividad, pero desde el que está dominado y carenciado le interesa más aumentar las probabilidades del cambio, una investigación transformadora.

"Esta es la cuestión: preguntar a la Ley, poner en cuestión la Ley. El orden social sólo funciona si es inconsciente. La sociedad es un sistema hiperreflexivo, un sistema reflexivo con elementos reflexivos (los individuos)" (J. Ibáñez, 1990). Hiperreflexivo porque los sujetos tampoco son enteros, objetivables, ni en su inicio ni en su alcance. "El sujeto es un sujeto partido porque es un sujeto parido, al ser parido perdió su complemento anatómico y es una herida abierta... El intento de recobrar la plenitud está condenado al fracaso: no hay sujeto pleno, no hay goce. El incesto es un salto en lo pleno, estrellarse en la muerte... El saber burgues, la ciencia positiva, es incestuoso, se sostiene en la voluntad de suturar todas las fallas, en su dimensión sistémica aspira a contener en su teoría todo el pasado, en su dimensión operatoria aspira a contener todo el futuro en sus programas" (véase el capítulo segundo de este libro).

### 15.3.2. Fragmentos y participación

La aspiración sistémica a entenderlo todo, a controlarlo todo, se opone a “la radical necesidad socio-histórica de los discursos de la diferencia” (J. L. Rodríguez, 1988). Son los “fragmentos” contra el “sistema”, más aún con Nietzsche que con Marx ya no urge la verdad, sino las prácticas transformadoras y creativas. Hay que “asumir la crítica al espejismo sistematizador de la conciencia occidental”. “El fragmento es la escritura realizada sobre la convicción de la diferencia de las conciencias, contra el discurso de la identidad de las mismas...” Si no pretendemos tanto entender algo que siempre será parcial, sino ser creativos al transformarlo, necesitamos cambiar las reglas del juego académico, centramos más en las metodologías y en las técnicas participativas, desde los saberes populares para trascenderlos. No buscamos los tipos medios representativos que estructuran un sistema, sino que tenemos más urgencia en encontrar los tipos dispares y en conflicto, y los conflictos internos a todos los tipos. Más interés en cómo se puede estar configurando las realidades sociales futuras que describir cómo ha quedado el sistema precedente.

Somos sujetos fracturados irremediabilmente y aunque tendemos a completarnos socialmente (afectivamente, productivamente, como especie, etc.) tenemos que relativizar los sueños de la racionalización cartesiana, kantiana y hegeliana”. Cuando es necesario e imposible hay que cambiar las reglas del juego: no simplificándolas (quitando dimensiones como Russell y Whitehead) sino complicándolas (poniendo nuevas dimensiones)”. La dimensión participada, que surge de las necesidades populares, nos puede configurar desde otro aspecto las ciencias sociales. Como sugiere Ibáñez, en ciencias positivas han surgido la investigación de “fractales”, pues si no podemos “contar” las unidades (que son una invención) “configuremos” las formas a que dan lugar las fracturas, y sus repeticiones. En lo social también podemos plantearnos “configuraciones” con las “huellas del proceso” social. Como en “el caso de una madera trabajada con hacha y azuela (el pulso del carpintero y la textura de la madera dejan huellas en el mueble)... Recuperar a la vez lo que hay de subjetivo en el objeto y lo que hay de objetivo en el sujeto” (J. Ibáñez, 1990). Es decir, encontrar la belleza de la artesanía popular en la construcción participada de las ciencias sociales, no en el resultado final, pulido y perfeccionista, sino en la textura y el pulso, que muestran la viveza del proceso, su práctica.

Los sujetos fracturados, los arlequines, como el pulso y la veta en la madera, tienen belleza por sus carencias, por su “incompletud”. Por eso mitificar al pueblo o la ciencia popular, tampoco conviene. Lo interesante es la relación y el proceso, las configuraciones que van surgiendo. Como dice Rodrigues Brandão, no se trata tanto de una “ciencia popular”, como de un “saber popular orgánico” que se opone al “saber crudito”, pero también a un “saber popular tradicional” que piensa su marginalidad de forma ilusoria, de manera “populesca”, como si no hubiese contradicciones y alienaciones”. Construir un tipo de lógica y pensamiento que no sean más ni la del pueblo ni la del intelectual de universidad. Un compromiso que sea popular, porque con todo el rigor de la ciencia sea capaz de pensar desde el punto de vista de las clases populares” (R. Brandao, 1986).

La IAP a veces ha caído en el “basismo”, en el “espontancismo”, según el cual, como denuncia Carlos Núñez (1989), todo lo que haga el pueblo, es válido y verdadero, y que el experto, el investigador, debe ser “neutral”, como si todo esto pudiera ser ideal”. La cultura del pueblo es contradictoria... Encontramos junto a la aspirina, la enorme riqueza de la medicina natural... Encontramos junto al machismo (máxima expresión de egoísmo y falta de solidaridad con quien más cercanos estamos) muestras impresionantes de solidaridad entre

familiares, amigos, compadres o vecinos... Es una cultura inorgánica,... asistemática... ambigua (por tanto hay que) pasar de una cultura del pueblo a una cultura popular, mediante el reconocimiento, el rescate crítico..." No interesa tanto la verdad del pueblo, la ciencia del pueblo, su sistema, como los fragmentos que aporta para ir configurando realidades alternativas, prácticas que critican lo establecido.

Pero estos procesos deben ser desde la "participación" y no desde la "intervención" como nos recordaba O. Fals Borda en Valencia (1992). Hay intervenciones que desprecian los valores ajenos y las hay que dicen tenerlos en cuenta, pero en ambos casos quien decide es el experto, como en cierta antropología aplicada o la ingeniería social, y otras intervenciones desde arriba. Participación, decía con Anisur Rahman (1992), es "un movimiento mundial dirigido y destinado a cambiar esta situación, al estimular el conocimiento popular, entendido como sabiduría y conocimientos propios, o como algo que ha de ser adquirido por la auto-investigación del pueblo" (una autoobservación universal de los individuos, véase el capítulo *Teoría de la observación*). Resume O. F. Borda con Gramsci que se trata de transformar el "sentido común" en "buen sentido" o conocimiento crítico. Investigación participativa no es tomar parte del sentido común simplemente, sino partirlo críticamente, desde dentro, desde sus propias potencialidades.

### *15.3.3. Implicación en los juegos de espejos*

Esto nos lleva al problema del compromiso y posicionamiento del experto. Lo primero es reconocer que siempre estamos implicados. en cualquier trabajo hay una connotación de clase, de género, ecológica, ya decíamos que son una ingenuidad las pretensiones de neutralidad. Y por lo mismo siempre hay un grado de ambigüedad y ambivalencia (el mismo hecho de actuar como "experto" en un proceso que se pretende horizontal); lo que en el caso de la IAP hace que esta se vea como izquierdista por la academia, y como academicista por los izquierdistas. Pero no es más que una concreción de lo que ya Gramsci llamaba "intelectual orgánico" (tan deteriorado por muchos partidos), y que es para F. Borda "compromiso con las bases, con una organización popular". Es decir colocarse más allá del cerebro, cuando observador y observado, sienten que están aprendiendo juntos, cuando vibran en una tarea conjunta y creativa para ambos, aunque lo vivan de distinta forma. "Las diferencias entre personas siguen existiendo aún en condiciones de redundancia de modo que la nueva relación busca la complementación, la sana emulación, la convergencia de las miras... La vivencia comprometida aclara para quien son el conocimiento y la experiencia adquiridos... una tensión dialéctica cuya problemática solo se resuelve con el compromiso práctico, esto es en la praxis concreta" (O. F. Borda, 1986).

Esta praxis ¿cómo puede ser comprometida y vivencial y al tiempo no basista? J. Ibáñez (1990): "Un físico es un trozo de materia que investiga la materia. Un biólogo un trozo de vida que investiga la vida. Un sociólogo es un trozo de sociedad que investiga la sociedad. Todos somos espejos que el universo se pone en su centro". Por lo tanto espejos limitados porque siempre observamos desde dentro (como trozos, y los otros trozos complementarios nos vienen muy bien), espejos deformados por nuestra construcción (imágenes y no realidades es lo que devolvemos, incluso imágenes virtuales), y que en conjunto generamos un juego de espejos caótico, participado, como un juego de reflejos que hacen la imagen del universo social. En este sentido debemos vivenciar "el predominio de la función epistemo-lógica

sobre la función teórica” (H. Zemelman, 1992), facilitar metodologías, orientarnos en este mar de destellos, conociendo las estrellas, más que afirmar la verdad de un faro teórico (por muy brillante que sea y nos deslumbre). La IAP es un posicionamiento (episteme comprometida) con los espejos, con las estrellas; crítico con sus propios resplandores (no basista), sabiéndolos parciales y virtuales, pero necesarios para su emancipación.

“La denominación epistemología es relativamente reciente y una de tantas muestras de barbarie de los cultos. Hoy su sentido permanece ambiguo. Para unos, Piaget entre ellos, es sinónima de teoría del conocimiento; para otros, Einstein entre ellos, es una teoría de la ciencia. Es precisamente esta ambigüedad lo que es interesante, pues permite abarcar tanto las cuestiones del pensamiento cotidiano como las del pensamiento científico... saber iluminativo, momentáneo que brota frente a la praxis del saber... válido en cada caso... a diferencia de la lógica... no es un saber transitivo... sino una tarea... racional” L. Martín Santos (1991). Es el “saber hacer” tanto en lo cotidiano como en la investigación, el “estilo” de posicionarse ante los acontecimientos y ante los otros. “La palabra episteme (saber) significa literalmente ponerse en buena posición” (J. Ibáñez), y esto no es prerrogativa de los científicos, ni filósofos, sino del saber hacer que se aprende con la vida, con la práctica. Es un “saber” previo a la investigación, un estilo comprometido y apasionado que impulsa el conocimiento crítico sobre la propia cotidianidad, es decir, desde la praxis.

## 15.4. Praxecología

### 15.4.1. La praxis y sus sentidos

Adolfo Sánchez Vázquez (1987) nos cuenta: “Marx hace a la vez ideología y ciencia: ideología en cuanto que el contenido emancipatorio de su pensamiento expresa intereses, ideales o esperanzas de clase, y entraña por tanto ciertos juicios de valor... Marx hace ciencia en cuanto que analiza el sistema económico-social que aspira a transformar”. Y la unidad está en el enfoque praxológico o praxológico, “la praxis como actividad transformadora del mundo (natural o social) que es a la vez objetiva y subjetiva, material y consciente... a Marx no le interesa el ser en sí, sino el ser mediado por la actividad humana, el ser constituido en y por la praxis... filosofía de la praxis y no materialismo dialéctico”. O la cita de Marx en la Tesis 2 sobre Feuerbach: “La cuestión de si al pensamiento humano le corresponde verdad objetiva no es una cuestión práctica... La polémica acerca de la realidad o no realidad de un pensamiento que se aísla de la praxis es una polémica puramente escolástica”.

En algunas lecturas y en bastantes prácticas basadas en Marx podríamos encontrar interesantes reflexiones sobre cómo conjugar ciencia e ideología, raciocinio y voluntad. Anisur Rahman y O. Fals Borda recogen la propuesta de denominar “praxeología”, de J. O’Connor, a esta especie de epistemologías de la praxis. Praxis no es simple práctica, como recuerda Sánchez Vázquez (1987) “no es la transformación objetiva (separada de la subjetividad) ni la actividad subjetiva (separada de la objetividad), sino la unidad de ambos momentos... supone cierta relación mutua en virtud de la cual la praxis funda a la teoría, la nutre e impulsa a la vez que la teoría se integra como un momento necesario en ella... como crítica... como compromiso... como laboratorio... como conciencia... y como autocrítica...” La teoría es un momento de la praxis, es una reflexión posterior a un impulso, parte de la unidad de ambos momentos, en un proceso abierto.

Para conocer primero hay que asombrarse y apasionarse con la transformación, y en el proceso práctico y reflexivo es donde se va produciendo el conocimiento. Tomar posición (es lo que significa *episteme*) y adoptar unas metodologías prácticas, son los compromisos que mejor podemos tomar con las organizaciones populares. Praxis, para Carlos Núñez (1989), es “la concepción que integra en una unidad dinámica y dialéctica, a la práctica social y su pertinente análisis y comprensión teórica, a la relación entre la práctica, la acción y la lucha transformadora y la teoría que ayuda y orienta a conducir la acción”. Insistimos en estas categorizaciones para distinguir la praxis de la práctica sin más, y también de la comprensión puramente teórica para luego plantear una acción.

#### 15.4.2. De los grupos a las aperturas potenciadoras

La praxis no debe identificarse con las actividades de cualquier grupo porque sea bien intencionado, sin más. Carlos Núñez señala el peligro de hacer “cursos, conferencias, jornadas” o “talleres” que acaban siendo una nueva aula, con grupos muy cerrados que quizás se planteen el “ver, juzgar, y actuar” (en este orden) con la mejor voluntad. Y más vale eso que quedarse en casa, pero las metodologías participativas nos parece que deben dar un salto a otra cosa, para no quedarse encerradas en grupos de autoafirmación simplemente. En nuestras vidas cotidianas tenemos las posibilidades de salirnos de unas redes sociales preestablecidas e incorporarnos a otras, o juntamos para crear unas nuevas redes, grupos, etc., dentro de los condicionantes que tengamos. Podemos elegir un grupo y una praxis que nos afirme como grupo (¿frente a otros grupos?), o mejor implicarnos en actuaciones ya en marcha (las más dinámicas y creativas) y a partir de éstas prácticas hacer grupalmente las reflexiones prácticas (que nos parece más afín con las metodologías participativas y su operatividad).

Las cosas y las ideas cambian cuando cambian las condiciones de vida, es decir, cuando nos incorporamos a unas prácticas o a unas redes sociales, nos ponemos en disposición para una transformación. Pero si sólo damos vueltas a la ideología es difícil salir de esos círculos de ideas. “La pretensión de desplazar una ideología mediante una simple lucha de ideas cumple, en definitiva, la función ideológica, de dejar el mundo, del que forma parte la ideología, y en mayor o menor grado, como está” (A. Sánchez Vázquez, 1987) y también: “Raras son las filosofías que reconocen su propia naturaleza ideológica...” La investigación participativa, en la medida en que retoma el concepto de praxis tal como aquí lo apuntamos, trata de elegir las circunstancias de vida y de acción más favorables para la transformación social, no encerrarse en cursillos de buena voluntad, investigándose solo a sí mismos. La forma mejor de investigarse a sí mismos, en todo caso, es investigar con los otros. Partir primero de las prácticas generales y contradictorias de la gente, porque no se trata de que el espejo-experto sea quien juzgue nada, ni el propio grupo promotor, sino ante todo los espejos de las bases, y sobre todo, sus juegos cruzados, el proceso en su conjunto. Esta referencia a los sectores de base no es tanto porque puedan tener razón, sino porque son un buen “efecto distanciador” (tanto como el propio experto), y porque además estas bases siempre son necesarias para cambiar las cosas.

Por esa implicación en la actuación es por lo que hay que tomar un “factor de distanciamiento que todo código debe contener, para producir mejor su propia descodificación” (C. Núñez, 1989) Lo que él llama la teoría del *boomerang*, es decir, aprovechar elementos de la realidad cotidiana, para darles la vuelta, para revertir con ironía (distanciamiento lingüístico) o con humor (distanciamiento pragmático) las realidades vividas. Si “la

vida es un proceso ambivalente, interiormente contradictorio” (Bajtín, 1974) entonces se trata de encontrar “las potencialidades desde lo que yace oculto o simplemente aplastado por las estructuras oficiales políticas y culturales, que obstaculizan vislumbrar lo más profundo del hombre” (H. Zemelman, 1992). Lo que hemos llamado lo carnavalesco, el estilo (episteme y método) artístico del saber hacer crítico popular. El arte grotesco que analizó Bajtín o como lo dice Zemelman: “La liberación de toda atadura a las formas es congruente con la exigencia de lo inacabado. Significa enfatizar el rescate de la energía interna de los objetos para llegar a dar cuenta de una realidad desplegada y de otra que se repliega”.

#### 15.4.3. Necesidad sentida y preguntas problematizadoras

Partimos entonces de esas contradicciones internas, lo grotesco y carnavalesco, con la intención de descodificarlo, de sumarnos a las energías liberadas, y en el proceso sentir y vivir los descubrimientos participados. La IAP no parte simplemente de la “necesidad sentida” como un dato de una sola lectura, sino precisamente como algo lleno de interpretaciones contradictorias. No sólo porque tenga distintas soluciones racionales, sino también porque suscita distintas pasiones e imaginarios en unos y otras. C. Nuñez (1989): “Este proceso es de hecho el inicio de una auténtica praxis y representa también la superación de la teoría de la “necesidad sentida”, pues si bien recoge el sentir de la comunidad, no se agota en dicha percepción primaria, por cuanto, sin descuidarla, la lleva a niveles de información y reflexión que la pueden ubicar como una auténtica y prioritaria problemática a resolver (necesidad real). Bien puede ser ubicada críticamente en su justa dimensión y límites por muy sentida que haya sido”.

La dialéctica práxica así introduce el planteamiento científico como crítica racional, no como teoría absoluta. No se trata de encontrar la inevitabilidad o la determinación, sino la posibilidad o viabilidad de los proyectos. “La realidad no engendra una sola posibilidad, sino varias que han de ser descubiertas en el análisis del presente, aunque algunas se descubren tardíamente y no antes de su realización. ¿Cuál de los posibles conocidos se realizará? Dependerá, en definitiva, del factor subjetivo, del grado en que se integren conciencia, organización y acción en un proceso de lucha de clases” (A. Sánchez Vázquez, 1987). El dilema sigue siendo “socialismo o barbarie”, y hoy quizás estemos más cerca de la barbarie por autodestrucción del planeta que en otras épocas. Los espejos experimentados o expertos, entonces encuentran unas tareas definidas y limitadas en la IAP: hacer preguntas críticas a los sujetos que se observan en este proceso, sobre el auto-diagnóstico y los proyectos.

Por ejemplo se plantea un trabajo de un grupo con los llamados “sectores marginales”, pero la primera pregunta que debemos hacer es si son tales “marginales”, o es más propio hablar de “marginados”, es decir, cuál es la causa de su situación. O la dialéctica entre “subdesarrollo” y “desarrollo”, con la pregunta sobre si sólo hay uno o si es posible optar a “otros desarrollos”, por ejemplo no tan despilfarradores y consumistas. O como plantea C. Nuñez (1989): “No se trata ya más de incorporar al pobre al sistema, superando la “marginación”, sino de incorporarse a la lucha por cambiar el sistema”. Claro que sin recetas. Claro que como espejos que hacen reflexionar sobre la propia imagen y sobre las imágenes virtuales a las que aspiramos. Claro que formulándonos preguntas, y no aseveraciones, entre los espejos en que nos reflejamos unos a otros.

Para conocer primero hay que asombrarse y apasionarse con la transformación, y en el proceso práctico y reflexivo es donde se va produciendo el conocimiento. Tomar posición (es lo que significa *episteme*) y adoptar unas metodologías prácticas, son los compromisos que mejor podemos tomar con las organizaciones populares. Praxis, para Carlos Núñez (1989), es “la concepción que integra en una unidad dinámica y dialéctica, a la práctica social y su pertinente análisis y comprensión teórica, a la relación entre la práctica, la acción y la lucha transformadora y la teoría que ayuda y orienta a conducir la acción”. Insistimos en estas categorizaciones para distinguir la praxis de la práctica sin más, y también de la comprensión puramente teórica para luego plantear una acción.

#### *15.4.2. De los grupos a las aperturas potenciadoras*

La praxis no debe identificarse con las actividades de cualquier grupo porque sea bien intencionado, sin más. Carlos Núñez señala el peligro de hacer “cursos, conferencias, jornadas” o “talleres” que acaban siendo una nueva aula, con grupos muy cerrados que quizás se planteen el “ver, juzgar, y actuar” (en este orden) con la mejor voluntad. Y más vale eso que quedarse en casa, pero las metodologías participativas nos parecen que deben dar un salto a otra cosa, para no quedarse encerradas en grupos de autoafirmación simplemente. En nuestras vidas cotidianas tenemos las posibilidades de salirnos de unas redes sociales preestablecidas e incorporarnos a otras, o juntarnos para crear unas nuevas redes, grupos, etc., dentro de los condicionantes que tengamos. Podemos elegir un grupo y una praxis que nos afirme como grupo (¿frente a otros grupos?), o mejor implicarnos en actuaciones ya en marcha (las más dinámicas y creativas) y a partir de estas prácticas hacer grupalmente las reflexiones prácticas (que nos parece más afín con las metodologías participativas y su operatividad).

Las cosas y las ideas cambian cuando cambian las condiciones de vida, es decir, cuando nos incorporamos a unas prácticas o a unas redes sociales, nos ponemos en disposición para una transformación. Pero si sólo damos vueltas a la ideología es difícil salir de esos círculos de ideas. “La pretensión de desplazar una ideología mediante una simple lucha de ideas cumple, en definitiva, la función ideológica, de dejar el mundo, del que forma parte la ideología, y en mayor o menor grado, como está” (A. Sánchez Vázquez, 1987) y también: “Raras son las filosofías que reconocen su propia naturaleza ideológica...” La investigación participativa, en la medida en que retoma el concepto de praxis tal como aquí lo apuntamos, trata de elegir las circunstancias de vida y de acción más favorables para la transformación social, no encerrarse en cursillos de buena voluntad, investigándose solo a sí mismos. La forma mejor de investigarse a sí mismos, en todo caso, es investigar con los otros. Partir primero de las prácticas generales y contradictorias de la gente, porque no se trata de que el espejo-experto sea quien juzgue nada, ni el propio grupo promotor, sino ante todo los espejos de las bases, y sobre todo, sus juegos cruzados, el proceso en su conjunto. Esta referencia a los sectores de base no es tanto porque puedan tener razón, sino porque son un buen “efecto distanciador” (tanto como el propio experto), y porque además estas bases siempre son necesarias para cambiar las cosas.

Por esa implicación en la actuación es por lo que hay que tomar un “factor de distanciamiento que todo código debe contener, para producir mejor su propia descodificación” (C. Núñez, 1989) Lo que él llama la teoría del *boomerang*, es decir, aprovechar elementos de la realidad cotidiana, para darles la vuelta, para revertir con ironía (distanciamiento lingüístico) o con humor (distanciamiento pragmático) las realidades vividas. Si “la



vida es un proceso ambivalente, interiormente contradictorio" (Bajtín, 1974) entonces se trata de encontrar "las potencialidades desde lo que yace oculto o simplemente aplastado por las estructuras oficiales políticas y culturales, que obstaculizan vislumbrar lo más profundo del hombre" (H. Zemelman, 1992). Lo que hemos llamado lo carnavalesco, el estilo (episteme y método) artístico del saber hacer crítico popular. El arte grotesco que analizó Bajtín o como lo dice Zemelman: "La liberación de toda atadura a las formas es congruente con la exigencia de lo inacabado. Significa enfatizar el rescate de la energía interna de los objetos para llegar a dar cuenta de una realidad desplegada y de otra que se repliega".

### 15.4.3. Necesidad sentida y preguntas problematizadoras

Partimos entonces de esas contradicciones internas, lo grotesco y carnavalesco, con la intención de descodificarlo, de sumarnos a las energías liberadas, y en el proceso sentir y vivir los descubrimientos participados. La IAP no parte simplemente de la "necesidad sentida" como un dato de una sola lectura, sino precisamente como algo lleno de interpretaciones contradictorias. No sólo porque tenga distintas soluciones racionales, sino también porque suscita distintas pasiones e imaginarios en unos y otras. C. Nuñez (1989): "Este proceso es de hecho el inicio de una auténtica praxis y representa también la superación de la teoría de la "necesidad sentida", pues si bien recoge el sentir de la comunidad, no se agota en dicha percepción primaria, por cuanto, sin descuidarla, la lleva a niveles de información y reflexión que la pueden ubicar como una auténtica y prioritaria problemática a resolver (necesidad real). Bien puede ser ubicada críticamente en su justa dimensión y límites por muy sentida que haya sido".

La dialéctica práxica así introduce el planteamiento científico como crítica racional, no como teoría absoluta. No se trata de encontrar la inevitabilidad o la determinación, sino la posibilidad o viabilidad de los proyectos. "La realidad no engendra una sola posibilidad, sino varias que han de ser descubiertas en el análisis del presente, aunque algunas se descubren tardíamente y no antes de su realización. ¿Cuál de los posibles conocidos se realizará? Dependerá, en definitiva, del factor subjetivo, del grado en que se integren conciencia, organización y acción en un proceso de lucha de clases" (A. Sánchez Vázquez, 1987). El dilema sigue siendo "socialismo o barbarie", y hoy quizás estemos más cerca de la barbarie por autodestrucción del planeta que en otras épocas. Los espejos experimentados o expertos, entonces encuentran unas tareas definidas y limitadas en la IAP: hacer preguntas críticas a los sujetos que se observan en este proceso, sobre el auto-diagnóstico y los proyectos.

Por ejemplo se plantea un trabajo de un grupo con los llamados "sectores marginales", pero la primera pregunta que debemos hacer es si son tales "marginales", o es más propio hablar de "marginados", es decir, cuál es la causa de su situación. O la dialéctica entre "subdesarrollo" y "desarrollo", con la pregunta sobre si sólo hay uno o si es posible optar a "otros desarrollos", por ejemplo no tan despilfarradores y consumistas. O como plantea C. Nuñez (1989): "No se trata ya más de incorporar al pobre al sistema, superando la "marginación", sino de incorporarse a la lucha por cambiar el sistema". Claro que sin recetas. Claro que como espejos que hacen reflexionar sobre la propia imagen y sobre las imágenes virtuales a las que aspiramos. Claro que formulándonos preguntas, y no aseveraciones, entre los espejos en que nos reflejamos unos a otros.

## 15.5. Las aportaciones del socioanálisis

### 15.5.1. El analizador que provoca

“...no basta con dar la palabra a los sujetos implicados –a veces es una cuestión formal incluso jesuítica–. Además es necesario crear las condiciones de un ejercicio total, incluso paroxístico de este enunciado... El romper de hecho las barreras del saber establecido, del poder dominante, no surge por sí mismo... Es todo un nuevo espíritu científico que hay que rehacer” (F. Guattari, citado por R. Lourau, 1977). El posicionamiento sujeto-sujeto y la crítica del saber establecido es común con la IAP. Pero añade Lourau: “Las instituciones forman la trama social que unen y atraviesan los individuos, los cuales por medio de su praxis, mantienen dichas instituciones, y crean otras nuevas (instituyentes). Las instituciones... tienen una cara escondida... Esta ocultación es el producto de una represión. Podríamos hablar aquí de una represión social que produce el inconsciente social... Descubrir lo no dicho, lo censurado, ha sido la obra de Marx y Freud, los dos grandes desenmascaradores... gracias a lo que revelaban los dispositivos analizadores: la práctica revolucionaria, el ceremonial de la cura psicoanalítica” (véase el capítulo segundo del libro).

Es el analizador y no el analista quien hace el análisis, provocando (como un analizador químico) reacciones del conjunto de elementos del proceso. “Analizadores históricos” fueron la Comuna de París, las experiencias autogestionarias de la guerra española, el mayo del 68, etc., y “analizadores construidos” son las asambleas propuestas en movimientos sociales, por ejemplo. A diferencia del analista que separa “niveles e instancias” (que afectan a los sindicatos por un lado, la política por otro, los artistas, etc.), la “transversalidad” del socioanálisis corta esas divisiones, al “enlazar el análisis y la implicación” que “sintetiza la instancia objetiva y la imaginaria”. Junto al análisis de las clases aparecen los grupos, las tramas, las instituciones, las redes y sus dinámicas (inconscientes y conscientes, etc.), formulándonos preguntas sobre las raíces (“rizomáticas”) del poder y el autoritarismo.

En la práctica no ha habido grandes desarrollos del socioanálisis, quizás porque tampoco ha habido en Europa grandes analizadores desde mayo del 68, pero seguramente más porque el narcisismo de los analistas les dificulta aceptar sucesos analizadores más cotidianos y menos espectaculares. Se ha avanzado mucho más en su ideologización que en su práctica, y este peso de los analistas sobre los analizadores lo ha paralizado. J. Ibañez (1990), aunque no lo desarrolló, seguía insistiendo en él porque “en el socioanálisis (juego de lenguaje tipo asamblea) juega todo el contexto situacional y todo el contexto lingüístico. En el grupo de discusión, el contexto lingüístico degenera: pierde el componente semiótico”. En la IAP también podemos encontrar el juego lingüístico completo, del tipo asamblea, pero por haber tenido una mayor praxis sobre necesidades candentes y cotidianas, su generalización ha sido más fructífera aunque con menor profundidad. Algunas de las preguntas y conceptualizaciones del socioanálisis pueden servir a la IAP.

Para superar las limitaciones del análisis cualitativo y en concreto el del “grupo de discusión”, el propio J. Ibañez (1990) proponía: “...para acabar con la relación predador (investigador)/presa (investigado) es preciso devolver al grupo la información que le ha sido robada. De hecho algunos de mis colaboradores y alumnos están trabajando ya en esta dirección. Caben varias posibilidades: que van desde el análisis del grupo por el preceptor y devolución del análisis al grupo, hasta el análisis conjunto de ese discurso por el preceptor y el grupo en pie de igualdad”. Rodrigues Brandão (1986) para la IAP también nos recuerda que hay “...dos tipos de situaciones diferencialmente participativas. En la primera el pueblo participa en el momento ini-

cial de la decisión político-científica de la investigación; en la decisión política final del uso del saber producido y también coparticipa del momento de la producción del trabajo. En el otro tipo, el pueblo define con los científicos lo que quiere, el porqué, el para qué, el cómo de la investigación y se apropia del saber producido, pero no participa en el trabajo intermediario, porque no tiene tiempo, porque no quiere, o porque tiene otro tipo de ocupación cultural y política”. Cada situación concreta permite una gama de posibilidades entre estas dos.

15.5.2. Cuadro de perspectivas metodológicas

Estas fronteras en que se mueve la IAP y el socioanálisis, como superación tanto de los enfoques cuantitativos como cualitativos, las ha interpretado el Colectivo IOE (1993) en un cuadro donde cruza los niveles tecnológico, metodológico y epistemológico, con las tres

| PERSPECTIVAS    | ASPECTOS  |  |   |
|-----------------|---|--|---|
|                 | Tecnológico<br>¿Cómo se hace?   | Metodológico<br>¿Por qué se hace?  | Epistemológico  |
| 1. Distributiva | Pregunta-Respuesta.<br>Encuesta.  | Función referencial del lenguaje.<br>Elementos de la red (acoplarse a sus dictados).                 | Asimetría.<br>Cierra.   |
| 2. Estructural  | Conversación.<br>Grupo de discusión.  | Función estructural del lenguaje.<br>Estructura de la red (explorar sus caminos).                    | Simetría táctica y asimetría estratégica.<br>Abre para cerrar.  |
| 3. Dialéctica   | Asamblea.<br>Socioanálisis e IAP.   | Función pragmática del lenguaje: crítica.<br>Construcción de la red (hacer otra red).                | Simetría.<br>Abre.<br>Libera el decir y el hacer.               |
| 4. Práctica     | Proceso.<br>Triangulación de entrevistas en las redes rizomáticas.<br>IAP/PAI | Función pragmática del lenguaje: praxis.<br>Reconstrucción sobre la red informal (negociar cambios). | Asimetría táctica y simetría estratégica.<br>Cierra para abrir. |

Figura 15.1. Cuadro de perspectivas metodológicas de la investigación social. (Elaboración de T. R. Villasante sobre un cuadro del Colectivo Ioé (1993), a su vez basado en textos de Ibáñez)

perspectivas de Ibáñez: distributiva (encuesta, pregunta-respuesta, cuantitativa), estructural (grupo de discusión, conversación, cualitativa), y dialéctica (IAP, socioanálisis, asamblea). La dialéctica, metodológicamente, cubre la función pragmática del lenguaje: “construcción de la red (hacer otra red)”, frente al “acoplarse a los dictados de la red” de la cuantitativa, o al “explorar la estructura de la red” de la cualitativa. Epistemológicamente en la cuanti-distributiva sus efectos son la “asimetría (cierra)”, en la cuali-estructural la “simetría táctica, pero la asimetría estratégica (abre para cerrar)”, y en la IAP-dialéctica la “simetría (abre)”. Siendo muy acertada esta síntesis, sin embargo cabe una cuarta perspectiva como matiz, o complemento o desdoblamiento, de la dialéctica o investigación participativa.

La asamblea (como muestra Angel Montes (1989) y como saben los dirigentes de movimientos sociales) en sí no es más que la culminación de otras muchas tareas en un proceso. Y aún así unos participan más, otros esporádicamente, y otros sólo oyen hablar lejanamente quizás. A veces nos quedamos reducidos al “grupo promotor”, donde “aceptar acríticamente los datos de uno o varios informantes cualificados suele ser motivo de error” (conocimiento parcial, intereses personales, etc.). Salir de esos talleres es importante para contrastar con otros grupos, con otros informantes, y sobre todo con los sectores informales de base. Epistemológicamente es aceptar una “táctica asimétrica” (partir de lo que hay: expertos, promotores, bases), para “una estrategia de mejor simetría” (siempre relativa), “cerrar contrastes entre sectores diferentes” (precisar las contradicciones entre grupos y con las bases, “triángulos” de relaciones en las comunidades), para “abrir la re-construcción de la red existente” (negociar, participar, etc.). Técnicamente, en este caso, se está más preocupado por la “triangulación” de entrevistas, grupos, etc., a los que llegar, que por la simetría de la asamblea promotora (siempre relativa).

|   |  |
|---|--|
| A) <i>Distributiva</i><br>“Conversa”<br>Encuesta Cuantitativa | B) <i>Estructural</i><br>“Perversa”<br>Grupo Discusión Cualitativo |
| D) <i>Práctica</i><br>“Reversiva”<br>IAP/PAI                  | C) <i>Dialéctica</i><br>“Subversiva”<br>Socioanálisis              |

Figura 15.2. Perspectivas de la Investigación Social. Juego de contrastes entre las perspectivas

Dice J. Ibáñez (1990): “El converso y el perverso están dominados por el que dictó la ley: el niño que hace lo que le manda su papá y el que hace lo contrario de lo que le manda su papá están dominados por su papá. Sólo la pregunta a la ley la pone en cuestión. Hay dos modos de preguntar: el subversivo o irónico (es una pregunta a la pregunta: pregunta a los fundamentos de la ley), y el reversivo o humorístico (es una pregunta a la respuesta)”. Mientras lo subversivo es prioritariamente discursivo e ideológico (preguntar al que pregunta), lo reversivo es ante todo práctico (provocar con hechos conclusiones críticas).

## 15.6. Prácticas para descubrir lo nuevo

### 15.6.1. La producción en los grupos personalizados

La perspectiva práxica es necesaria, también, porque no estamos en un espacio social simétrico. “El espacio social está ordenado: es decir orientado. Tiene forma de red; sobre una cadena vertical fija se trenzan las filigranas de una trama horizontal variable” (Ibáñez, 1990). En este “espacio social ordenado” como una montaña de comunicaciones, hay distintos tipos de discursos, que se cruzan, desde síntomas y silencios hasta juegos de significantes vitrificados (F. Conde, 1993); o los cuatro con los que nosotros trabajamos: silencios de las bases, estereotipos de los comunicadores, ideologías de los grupos, e imágenes del poder (T. R. Villasante, 1986). Los “rizomas” de que hablan Deleuze y Guattari (1988) están cargados de silencios, estereotipos, ideologías (en diferentes procesos de cristalización de los discursos). La imágenes del poder pesan verticalmente, los silencios y estereotipos se aplanan horizontalmente, y por eso es necesaria la “transversalidad” cruzando la “montaña triangular” de la comunicación, llena de triángulos rizomáticos (raicillas que esponjan la tierra del poder, como la mala hierba que siempre vuelve a aparecer).

Para conocer lo que se mueve en el interior de la montaña comunicativa no basta ni lo cuantitativo, ni lo cualitativo, ni los grupos de discusión. Y menos para transformarla. Los grupos de discusión tienden hoy en día a reflejar los consensos que impone la cultura dominante, y por eso F. Conde se plantea grupos de sólo tres personas donde se diversifiquen más las posturas (*grupos personalizados*, A. Ortí), y donde el experto provoque “atravesar la capa del discurso codificado/vitrificado para adentrarse en las situaciones más magmáticas y energéticas”. Desde los movimientos sociales sabemos que no es sencillo que hablen las bases (o sus comunicadores informales) y se callen los “listillos” (ideologías de grupos). Por ejemplo, tanto los silencios de jóvenes de un “pueblo joven” de Lima por miedo a hablar, como los tópicos de TV dichos por adultos de Madrid, poco nos aportan de esa energía potencial que necesitamos para la transformación social, y que está precisamente oculta en esos silencios.

Estas técnicas, o mejor prácticas, buscan “el momento de la producción y no de la representación... la posible vinculación/tensión de cada sujeto con los discursos que se están produciendo... en ese sentido el problema no es el de la representación, sino el de la *extensión y generalización* del discurso naciente, del discurso producido” (F. Conde, 1993) Y por eso es necesario “un contexto investigativo más abierto y procesual de modo que los propios resultados de la investigación se reintroduzcan en el mismo proceso para profundizar en la misma”. Desde los movimientos sociales y la IAP esto es una reclamación central y no una simple “práctica complementaria”. El papel del experto no es tanto intervenir con sus teorías, sino reintroducir expresiones desapercibidas de algún sector de base (al que los “listillos” no escuchan), algunas preguntas “ingenuas” que se le pueden permitir a alguien externo sobre experiencias locales (analizadores), etc. Nuestros estudios en barrios latinoamericanos plantean como positivas las entrevistas grupales sobre todo “en situación” en su ambiente, donde se refuerzan y cogen confianza para que salgan más cosas. La clave no está tanto en las técnicas como en el diseño de las “triangulaciones” que cubran los contrastes de los grupos formales y de los diversos sectores informales.

*15.6.2. Triangulaciones en espacios no simétricos*

Si partimos de que los espacios sociales no son simétricos, ni en las clases ni en los lenguajes, ni en los géneros ni en las edades, ni en los organigramas ni los sociogramas, etc., entonces nos interesa investigar con diferente intensidad los aspectos más pertinentes para nuestros objetivos. Las redes rizomáticas que se entretajan en los espacios sociales, es posible leerlas desde las figuras topológicas más sencillas: las líneas y los triángulos. Según la intensidad de una relación entre dos elementos (biunívoca, p. ej.) podemos establecer una conexión lineal. En el espacio la figura más simple (a la que podemos reducir las más complejas) es el triángulo. Encontramos triángulos básicos tanto en lo micro como padre-madre-hijo, como en lo macro Estado-Capital-Sociedad Civil. En barrios y pueblos, por ejemplo, es fácil descubrir el triángulo entre Administración y asociaciones rivales, en lo organizado; y en lo informal los triángulos de diferentes estereotipos culturales entre varones adultos frente a mujeres adultas, y ambos frente a los jóvenes. Sin duda las redes rizomáticas son más complejas, pero es posible leerlas, para no perdernos excesivamente, desde algunas de estas contraposiciones básicas (T. R. Villasante, 1986, 1991).

Nos interesan las líneas discursivas tanto por los contrastes y disensos, como por los posibles consensos que se puedan construir. Lo importante es cubrir lo más posible el espacio social y las redes existentes, para ver dónde están los puntos fuertes, nudos o focos, de la actividad considerada, así como dónde están las rupturas y desconexiones. También dónde se están construyendo otros discursos, minoritarios quizás, que puedan dar sorpresas por estar en la confluencia de varios triángulos, y ser multiplicadores en estos tiempos turbulentos. Lo que se está produciendo, por ejemplo entre los jóvenes, no tiene por qué ser lo mayoritario, ni lo representativo de una comunidad, pero nos puede advertir de cómo se están construyendo otras realidades sociales tanto en el terreno afectivo, como en el reivindicativo, como en el simbólico, etc. Por lo mismo nos interesará (sobre todo al principio de una investigación) abrirnos informativamente a la más amplia panorámica posible de ideas y prácticas que puedan surgir desde las bases sociales.

La práctica (técnica) más simple es la "tormenta de ideas" sobre todo cuando se produce "en situación". O sea cuando en un bar con varones habituales de él, con jóvenes en su pandilla, o con mujeres en su ambiente, se reproduce una conversación-discurso que refleja sus habituales estereotipos y discusiones. Las diferentes fantasías (no reprimidas porque hay confianza al dominar el grupo sobre algún extraño que ocasionalmente se ha pegado) pueden ser fuente de una interesante observación participante. Pero si además le metemos al filo del debate el recordatorio de algún hecho de la propia red que les haya marcado (analizador histórico) estaremos provocando la reconstrucción de valores y discursos que nos pueden significar cuáles son las tendencias presentes. Este tipo de prácticas necesita mucho tiempo de convivencia (estilo del antropólogo), o bien una extensa red de informadores locales que voluntariamente quieran hacer estas técnicas en beneficio, por ejemplo, del movimiento al que pertenecen. Si estos informadores no son tratados como objetos, sino que asumen un papel protagonista, pueden hacer sus propias tormentas de ideas y programaciones a partir de las ideas sueltas recogidas sistemáticamente o asistemáticamente.

El contraste entre el análisis del grupo más técnico y las impresiones del grupo de voluntariado (siempre más vivas, aunque menos abstractas), queda así también triangulado por las expresiones directas de la "voz de la calle", materia prima abundante, que puede y debe sorprender tanto a un discurso como al otro. De nuevo ninguno de los tres encierra más verdad que los otros, pero de las relaciones que se establecen en este proceso entre dis-

cursos tan diferenciados, cabe la mayor probabilidad de reducir los errores que podríamos cometer. Si partimos de estas “tormentas de ideas” recogidas de los diferentes ambientes posibles, y llevadas a aterrizar con analizadores históricos, para luego construir otros analizadores nuevos, y a experimentar por la negociación de los sectores implicados e implicables, estamos abriendo un procedimiento operativo de programar participadamente y con eficiencia social. La experiencia nos da que es posible captar creativamente muchos aspectos del disenso cuando se están produciendo, y por lo tanto nos da capacidad de anticipación, y también los aspectos fundamentales de los consensos parciales y de sus relaciones.

## 15.7. La programación AIP/PAI

### 15.7.1. El autodiagnóstico para tocar fondo

Para ejemplificar lo dicho hasta aquí se puede aportar una programación de IAP que estamos realizando actualmente en el municipio de Córdoba. Tiene similitud con otras propuestas experimentadas en movimientos sociales, con las de la Educación Popular (sobre todo de Carlos Núñez, 1989), con las de Hugo Zemelman (1987), y con otras Latinoamericanas (citadas por Carlos Guerra, 1991). Hay un eje central práctico (materialización de acciones, cronograma) que se inicia con una primera reunión amplia de negociación e implicación de los promotores, para el lanzamiento de la investigación y la programación que le sigue. Luego se abre la investigación hacia algunos sectores de las bases con el objeto de recoger testimonios para un auto-diagnóstico (los promotores encuentran y escuchan). Aquí se cruzan distintas preguntas problematizadoras, distintas disciplinas, donde la IAP resulta más abierta. Esta fase acaba en un momento de reflexión colectiva en asamblea o talleres donde se sintetiza la investigación hecha y se proponen (negocian, participan) los proyectos u opciones elegidas. Estos proyectos se vuelven a llevar a sectores de las bases (los promotores ahora provocan y negocian) para corregir estos proyectos. Un nuevo momento asambleario/talleres sancionará las correcciones y hará el lanzamiento de la nueva programación ya de manera generalizada, y con las evaluaciones necesarias.

Fase 1: Sondeo para el auto-diagnóstico.

1. Se trata de desbloquear los primeros supuestos que han establecido los equipos promotores, abriéndolos aún más, problematizándolos.
  - 1.1. Entrevistas grupales a realizar por unas 40 personas (gracias a que Córdoba parte de una experiencia ya interesante de movimientos), que se dividen en grupos de trabajo para cada distrito (aproximadamente 2 técnicos y 4 vecinos).
  - 1.2. Más que buscar lo representativo (que ya se tiene por otros procedimientos) nos preocupamos por los jóvenes y otros sectores significativos, como las mujeres, bastante activas en los barrios, y no siempre vinculadas a las asociaciones de vecinos.
  - 1.3. Se hacen bastantes más de 6 entrevistas en cada distrito, de pequeños grupos centradas en el sector de mujeres adultas, jóvenes, pensionistas, varones adultos, marginados, (todos ellos no organizados), y también la

asociación de mayor rivalidad con la tendencia a la que pertenecen los voluntarios. Así aparecen distintas triangulaciones, consensos y disensos barriales.

2. Se hacen entrevistas grupales para obtener tormentas de ideas.
  - 2.1. Contacto con grupos desconocidos, intercambiándose entre vecinos de distintos barrios de un mismo distrito. Se presentan como colaborando con la universidad y garantizan el anonimato de lo que se va a hablar, al decir que no son necesarios nombres.
  - 2.2. Se trata de escuchar y de intervenir lo menos posible al principio y generar confianza al referirnos a temas generales y no comprometidos. Siempre a favor de lo interesante que nos dicen.
  - 2.3. Cuando se ha creado un clima favorable se trata de meter un tema concreto, aterrizar en un hecho destacado del barrio, un analizador histórico ya preparado, y comentarlo.
  
3. Hacemos distintas interpretaciones de las líneas discursivas.
  - 3.1. Los vecinos van a entresacar para el análisis frases textuales que sean como titulares de prensa, sobre las intuiciones más sorprendentes que hayan captado. Frases de lo que hay, lo que no hay, y las valoraciones (tanto a favor como en contra).
  - 3.2. Los técnicos de los distritos hacen un taller para unificar el como realizar los análisis de contenido. Se sacan las "líneas discursivas" sobre lo temático manifestado, las relaciones entre actores, y el contexto socio-económico que enmarca la entrevista.
  - 3.3. El equipo coordinador de la ciudad (técnicos y vecinos) atiende el desarrollo de toda esta fase, reforzando los grupos de trabajo más complicados, adecuando el tiempo a las tareas, y presentando un primer informe de resultados.

Estamos en esta fase muy centrados en "escuchar y encontrar", pero no nos creemos sin más todo lo que nos llega, sino que lo sometemos a diversos enfoques críticos. Como ya hemos dicho, cuando se abre la IAP debemos preguntar por algunos sucesos concretos, acontecimientos locales (analizadores) que hayan afectado a la comunidad. Y sobre ellos garantizar algunas preguntas mínimas, tres aperturas de captación y escucha, al menos, del sentir popular, para aprender qué ha quedado de la propia historia concreta antes de programar. Jugando con las iniciales de IAP:

- D) *Implicación* con qué fracciones de clase y clases sociales están unos y otros, y en cada ámbito de qué manera, y qué reivindicaciones, bloques o enfrentamientos se mantienen.
- A) *Autoemancipación* (autopóiesis) frente a autoritarismo en las culturas y redes sociales, tanto en un organigrama formal de grupos como en los sectores informales con presencia (jóvenes, mujeres, tercera edad, trabajadores, minorías, etc).



- P) *Potencia popular* a partir de las necesidades sentidas, no como aspiraciones únicas sino como problemáticas contradictorias, horizontes de sustentabilidad a los que se aspira.

La economía territorializada tiene mucho que decir a la primera apertura problematizadora, pero también el instinto de clase. La etnología psicoanalítica puede aportar al segundo enfoque de preguntas, pero la cultura popular también. La ecología política, en tercer lugar, también puede colaborar, tanto como el sentido común haciéndose buen sentido.

### 15.7.2. Negociar para construir el programa

Estamos ahora en otra fase, la de proponer, auscultar, intercambiar (PAI). Después del autodiagnóstico IAP, vendrían los proyectos PAI, es decir dejamos los analizadores históricos para proponer analizadores contruados. Y para seguir jugando con las siglas de IAP/PAI, y no olvidarnos aspectos fundamentales proponemos abordar al menos:

- P) *Presupuestos*, es decir, que todo proyecto para ser creíble, y saber de qué estamos hablando, tiene que definirse en fechas y cantidades (no se puede pedir a la gente que participe en algo que no se sabe cuándo y cuánto se va a materializar).
- A) *Alternativos*, o sea, no se trata de seguir con lo que tenemos, sino de una transformación social, con amplios sectores populares que la respalden y la hagan posible por sí mismos (directamente o a través de presiones sociales).
- I) *Integrales*, en suma, que acoplen en un territorio adecuado (descentralizado, pero de tamaño amplio) los diferentes elementos (de equipamiento, de empleo, de cultura) en un "todo integrado" y coordinado desde los propios habitantes y la administración.

Estos enfoques básicos que proponemos como mínimos, no deben presuponer contenidos cerrados, sino abiertos para ser investigados con la población y negociados para su ejecución. O sea, estamos siguiendo estos pasos concretos.

Fase 2: Reuniones con otros colectivos.

1. Hacer un esquema de la red de grupos existentes en el distrito de trabajo.
  - 1.1. hacer un listado de las asociaciones, grupos y colectivos, a ser posible con nombre, actividades, barrio, local y contactos.
  - 1.2. Establecer las diferentes conexiones que mantienen entre si cada entidad hasta hacer un mapa de relaciones. Distinguir entre relaciones intensas, normales, conflictivas, o que no hay.
  - 1.3. Señalar los nudos o focos principales de conexión o referencia, y precisar un orden de preferencias para llegar a todo lo que se mueve, a través de las redes detectadas.

2. Convocar las reuniones para la negociación de la programación.
  - 2.1. Aun tratando de llegar a la mayor parte de las asociaciones del mapa de redes, es interesante priorizar las vías que nos llevan por mujeres, jóvenes, etc., por la proyección que tienen.
  - 2.2. La reunión será en su local o donde nos digan, y con su horario. A ser posible con la directiva ampliada hacia alguno de los sectores más dinámicos. No nos interesa tanto el número como el posicionamiento estratégico para la comunicación en la red.
  - 2.3. Nos presentamos como vecinos que nos estamos replanteando qué hacer en el distrito, y para ello estamos en contacto con las asociaciones de vecinos y el consejo de distrito.
3. Contenido de la reunión para avanzar las propuestas conjuntas.
  - 3.1. Pedirles sus propuestas más urgentes según su opinión; mejor de distrito que de barrio, también sobre lo festivo, locales, etc.
  - 3.2. Explicar nuestras propuestas, hechas sobre el autodiagnóstico, y que deben ser concretas. Ver: a) si coinciden, cómo articularlas; b) si son distintas, ver las prioridades; y c) si son contrapuestas, aclarar que hay más asociaciones en el distrito con quien hablar.

### 15.7.3. *Desarrollar y evaluar lo realizado*

Entre la fase anterior y esta, que ya es eminentemente de prácticas abiertas, se hacen unas asambleas de distrito primero y de toda la ciudad después, donde están invitados todos los colectivos y personas que quieran para lanzar la programación anual que se ha venido elaborando y negociando previamente. Se trata de dar un salto en cuanto a los grupos de trabajo implicados, que pasan a otra fase abiertamente participativa para conseguir realmente los objetivos que se hayan propuesto en cada caso. Las asambleas no son más que momentos álgidos de los procesos, pero son las relaciones que se tejen y destejen, antes y después, lo realmente importante. La participación no se puede reducir a las asambleas. La participación es toma de decisiones, ante todo, pero para ello tiene que haber necesariamente una buena información que esté circulando transversalmente en todas direcciones. Así los elementos de recogida de información, de difusión y de formación de los mediadores, son las claves para garantizar la sinergia y creatividad que pueda tener una asamblea como motor o consecuencia de estos procesos.

Fase 3: Difusión, formación, decisiones, recogida. Esta fase está aún reelaborándose, pero se puede resumir cuáles son las ideas y propuestas que se están barajando en estos momentos.

1. La difusión de los PAI en los distritos tiene que ser amplia y “crear noticia”. No se trata de una campaña de carteles o talleres para verla. Hay que llegar a la mayoría de los vecinos. Para eso hay una experiencia ya realizada en Córdoba: “culebrones” hechos por mujeres de base con pocos medios y muy críticos con su propia realidad. Se podría pensar, por ejemplo, en hacer “culebrones” en cada distrito con el tema central elegido, donde intervengan

también jóvenes, etc. En realizarlos en la calle y con gente del barrio debe generar el comentario vecinal previo, y luego sesiones en los colegios para niños y mayores, en las asociaciones, en la TV municipal, etc. Hay otras posibles formas de implicar el comentario y así se debe intentar.

2. La formación va más dirigida a consolidar y ampliar los grupos de trabajo de cada distrito y el de la ciudad, pues tan importante es que se conozca por difusión lo programado, como que grupos de voluntariado y técnicos colaboren en el impulso y seguimiento del proceso. A partir de las negociaciones de la Fase 2 y de las asambleas, hay que acordar el perfeccionamiento técnico de los grupos de trabajo que coordinen la programación para que puedan adaptarla y corregirla sobre la marcha.
3. Todo ello no es nada si no queda claro que se pueden tomar decisiones, desde los grupos y asambleas, sobre temas económicos, de locales, y de organización. Para eso hay que concretar cómo actuar sobre los presupuestos socio-culturales de 1994, sobre las actividades y locales de los centros cívicos, y sobre el organigrama de funcionamiento de los consejos de distritos. Es decir que esta programación participada e integral se convierta en el centro de la actividad del Consejo de Distrito en cada caso e implique a todas las demás actuaciones locales desde su óptica, en la medida que resulta ser asumida por las bases.

La recogida de información, como cuarta pata para sujetar esta programación, tiene que ser permanente a lo largo de esta larga fase. En cada distrito hay que estudiar cómo puede funcionar en concreto, porque estará sujeta a las peculiaridades del tema elegido, de la conformación de los barrios y sus redes, de la negociación que se haya pactado, y de las técnicas de difusión adoptadas. A lo largo de tantos meses de actividad, no se debe restringir a determinados momentos la recogida de información, sino que tiene que facilitarse que en cualquier momento, cualquier persona, pueda dar información "hacia arriba". Algunas técnicas de sondeos y de evaluación se deben también programar, como mínimo cada tres meses, para no despistarse en la ejecución de los objetivos de fondo de todo lo programado. Pues el rito de las técnicas concretas suele apasionar a los participantes viéndolas como fines en sí mismos, y distrayendo de las finalidades últimas del proceso en su conjunto.

La experimentación de la IAP/PAI a escala de un municipio completo, cuando hasta ahora lo habíamos visto más en colectivos más reducidos de tipo educativo, de barrio, o de pueblo, y muy centrados en los propios grupos promotores, es un reto que debe tomarse con cuidado y paso a paso. No conviene extrapolar de lo micro a lo macro porque posiblemente hay saltos cualitativos. Por ejemplo sería muy interesante que los presupuestos municipales de 1995 pudieran llegar a elaborarse contando con estas prácticas, pero antes será bueno analizar adónde nos ha llevado el resultado de esta primera fase. Como se observa fácilmente este tipo de técnicas y prácticas llevan dentro retos no sólo de (y para) los movimientos populares, sino también para los movimientos socio-políticos e históricos que hoy tengan en replanteamiento sus paradigmas. La conexión entre prácticas, metodologías y epistemologías, desde estos supuestos, es una contribución que queremos hacer al debate en marcha. Dicho con otras palabras, no se puede afirmar que uno está en un municipio avanzado o en un movimiento emancipador o en un equipo técnico innovador, si sus prácticas no se corresponden

con estas metodologías y epistemes. Y al revés, quien se aventura en estas tomas de posiciones participativas y concretas, sí puede decir que está configurando un campo con aquellos otros que también adoptan un posicionamiento transformador y no tecnocrático para enfocar los problemas.

En todo caso estamos hablando de procesos en marcha, a los que le queda mucho por aprender de sus propias realidades y de las ajenas. El lema de todo esto debería ser: sobre cómo los movimientos populares son analizadores y generadores de metodologías para las ciencias sociales, y cómo no deberían dejar que éstas degeneraran en técnicas que se automatifican, sino que deberían seguir como prácticas que implican una *episteme* (desde, por y) para las soluciones operativas que necesitan los sectores populares. Una cosa es que teóricamente haya que abrir al máximo las posibilidades y debates (ser informativamente abiertos) y otra es que sea necesario concretar un campo de posicionamientos y prácticas que haga operativas las ciencias sociales en su sentido emancipador (estar organizativamente en redes). Algo así como quienes contemplamos un campo de estrellas en una noche clara para orientarnos en nuestro camino, donde podemos y debemos estar abiertos a todos los destellos, pero al final debemos encaminar nuestros pasos en alguna dirección junto con nuestros amigos, y a ser posible que nuestras probabilidades de error sean las menores para nuestros objetivos, sean estos cuales sean. Entendemos que es apasionante perderse en los caminos si la noche está buena, pero construir como un artesano algunos refugios y algunas pistas, no sólo es tanto o más apasionante para uno mismo, sino que abre la relación de amistad con otros muchos, y tanto si hace buen tiempo como si no, y la posibilidad de escuchar muchas historias de otros caminantes, y de aprender otros itinerarios alternativos. Todo un reto.

TERCERA PARTE

LAS METODOLOGÍAS DE ANÁLISIS  
DEL DISCURSO E INTERPRETACIÓN  
CIENTÍFICO SOCIAL



## CAPÍTULO 16

### ANÁLISIS SEMIÓTICO DEL DISCURSO

Gonzalo Abril

#### 16.1. Introducción

##### 16.1.1. De la semiótica estructural al análisis del discurso

Muchas veces la palabra "sentido" remite no más a los motivos inmediatos de las acciones ("¿qué sentido tiene que no vengas al cine?") o a "efectos de sentido" particulares ("lo dijo en un sentido conciliador/irónico/figurado/etc."). En otras ocasiones se reviste de gravedad ontológica y teleológica: "el sentido de la vida", "el sentido de la historia"... La semiótica reconoce que el sentido, del que pretende ocuparse, es indefinible. Como mucho cabe decir de él, con Greimas y Courtés (1982) que es aquello que permite las operaciones de *paráfrasis* o de *transcodificación*, o aquello que fundamenta la actividad humana en tanto que *intencional*. Por esta última razón el sentido se entiende a menudo como instancia constitutiva de "lo social" mismo, por ejemplo en la célebre definición maxweberiana de la acción social como un comportamiento al que los agentes asocian un "sentido subjetivo". Aun cuando, como ha observado Habermas (1987: 359-360), el "sentido" de Max Weber depende de un modelo teleológico y solipsista de la acción, no de una concepción lingüístico-comunicativa.

El sentido no es un dato sino una construcción social y, más precisamente, comunicativa o dialógica; no se trata, pues, de un "objeto" sino del proceso mismo en el que la relación intersubjetiva se objetiva y expresa.

Así pues la semiótica, en tanto que práctica metodológica orientada a la indagación del sentido, se presenta como un saber inevitablemente paradójico y autorreferente, porque su objeto no es propiamente un objeto, y las operaciones y efectos del sentido, de manera aún más clara que en otras "ciencias humanas", están involucradas constitutivamente en sus procedimientos epistémicos y discursivos.

La semiótica se ve comprometida, pues, en una *reconstrucción interpretativa de la objetividad científico-social* cuyo punto de partida es la crítica de los límites epistemoló-

(incluso en *la*) teoría de la comunicación, en una nueva epistemología y en un nuevo metalenguaje de las ciencias humanas. Hoy estamos, sin duda, en la bajamar de aquel impulso prepotente, y es posible hablar de una “perspectiva semiótica” sin la cargazón de falsas expectativas y de emociones encontradas que se producen en los momentos culminantes de las modas teóricas. Pues ya hace años que la semiótica ha pasado de moda, y hoy, afortunadamente, no constituye una etiqueta negra de la lectura perspicaz o de la crítica cultural.

La semiótica se ha desarrollado sobre todo como una *metodología para la interpretación de textos-discursos*. Y hasta de comportamientos si se admite con Bajtín que las acciones humanas son textos potenciales. Pero de una interpretación más entendible como paráfrasis-lectura que como traducción a un *metalenguaje científico*. Si la “lectura”, en el sentido que le da Piera por oposición a la paráfrasis (cfr. Piera, 1993), supone una cierta *recreación argumentativo-narrativa* del texto que es su objeto, la semiótica es propiamente una práctica especializada de lectura.

Pero no se puede hablar apropiadamente de *la* semiótica ni de *la* lectura semiótica. No es aceptable que sólo se conceda legitimidad de “semiótica” a un saber que responda a los supuestos metodológicos exclusivos de determinada escuela o corriente de investigación, ya se trate de la “Escuela de París” organizada en torno al magisterio de Greimas, de la “Lingüística textual” centroeuropea o de la semiótica inspirada en Pierce.

Estrategias de investigación que habitualmente se rotulan como “conversacionalismo”, “etnometodología”, “cognitivismo” o “análisis del discurso” (en la acepción anglosajona) representan propias y cabales expresiones de la investigación semiótica si ésta se concibe antidogmáticamente como el *estudio de la producción, circulación e interpretación del sentido en contextos enunciativos determinados*.

Hay un rendimiento desigual de los distintos métodos semióticos en relación con el tipo de demandas, hoy tan plurales, de la investigación en ciencias sociales. No se trata, pues, de abogar por un eclecticismo evasivo, sino de reconocer que el pluralismo metodológico es más fecundo que la unidisciplinariedad. Un pluralismo fundamentado en la *modularidad* de las teorías y disciplinas que integran el campo semiótico, a la vez diferenciadas e interactuantes. Y en la *orientación integrativa* que teorías y disciplinas muestran a menudo.

Tomemos el ejemplo del concepto mismo de *discurso*: siendo una categoría clave en desarrollos teóricos tan diversos como la *arqueología epistémica* de Foucault, el *discourse analysis* anglosajón, la *lingüística del discurso* de Barthes o la *semiótica narrativo-discursiva* de Greimas —por citar sólo algunos—, el concepto no está unificado intensional ni extensionalmente, como ya mostraba Maingueneau (1976) al analizar algunas de las acepciones más relevantes de la palabra. Sin embargo, lejos de desalentar el proyecto de un “análisis del discurso” como teoría sistemática, esa multiplicidad puede ser su principal motor. Una tal teoría sería, idealmente, el espacio lógico-normativo de las homologías interteóricas del “discurso”, y de articulación, más o menos jerárquica, de las teorías particulares. Aun sin llegar a sistema teórico instituido, el análisis semiótico del discurso puede ser justificado hoy como un espacio teórico (*auto*)instituyente.

### 16.1.2. De los códigos a las inferencias

La semiótica de los años sesenta y setenta, fuertemente marcada por un “modelo del código”, halló sus programas de investigación hegemónicos en obras que, como las de Eco

(1972 y 1977) se situaban en la encrucijada entre el estructuralismo lingüístico y una teoría informacionalista de la comunicación, según la conocida propuesta jakobsoniana. Esta orientación tuvo el mérito de llamar la atención sobre la mediación de los mecanismos comunicativos en la determinación de efectos macrosociales, como ha puntualizado Wolf (1987: 141) pero fracasó en su tentativa de aprehender el conjunto del sistema-proceso de la comunicación: al no dar cuenta de los procesos de *inter-subjetividad* y de *inter-textualidad* en virtud de los cuales la actividad de enunciación se engrana en la praxis social y en la dinámica cultural, la semiótica de los códigos se vio confinada al ámbito de los "mensajes", en el mejor de los casos como una variante sofisticada del "análisis de contenido".

En última instancia, aquella semiótica era deudora de una concepción que identificaba el intercambio comunicativo con la *transferencia* de información de un emisor a un receptor, proyectando la racionalidad instrumental de la ingeniería sobre los procesos de la semiótica social. Aquí entendemos la comunicación más bien como *relación social de enunciadores o co-enunciadores que llevan a cabo conjuntamente prácticas discursivas*.

La diferencia de orientación tiene importantes implicaciones epistemológicas, pues estos estilos semióticos se corresponden con los modos de *objetivación social* que ha contrapuesto Wellmer (1990): el primero, que importa las explicaciones funcionales de los métodos objetivantes de las ciencias naturales y que produce un saber tecnológicamente utilizable para el gobierno de la sociedad; el segundo, que permite indagar las expresiones de las relaciones de poder institucionalizadas o interiorizadas y que puede servir para "desnaturalizar" la historia y para favorecer intereses emancipatorios<sup>1</sup>.

La alternativa al modelo semiótico-informacional vino, pues, de un conjunto de perspectivas etiquetadas como "semiótica textual", "semiótica discursiva" o "sociosemiótica". Unas veces estas perspectivas presentaban un claro carácter "interdisciplinar" (es el caso de la llamada "Escuela de París"), otras, "multidisciplinar". En su segunda versión, el proyecto semiótico ha tratado de conjugar en distintas combinaciones y dosificaciones las perspectivas de la investigación narratológica (Greimas, Bremond, Genette...) de las teorías de la enunciación (Bajtín, Benveniste, Ducrot...) de la semiótica de la cultura (Lotman, Uspenski...), de los enfoques pragmáticos de la filosofía analítica (Wittgenstein, Austin, Grice, Searle, Strawson...), de la teoría del texto (Van Dijk, Petöfi...) y de la sociología fenomenológica (Goffman, Garfinkel, Cicourel...).

Claramente orientados a las problemáticas de las ciencias sociales (más que, como en el pasado, a los estudios literarios y filológicos), los análisis semiótico-discursivos partían de principios como los propuestos de modo programático por Eco y Fabbri (1978: 570) respecto a la investigación semiótica de las comunicaciones de masas:

1. Los destinatarios no reciben mensajes particulares reconocibles, sino *conjuntos textuales*.
2. Los destinatarios no comparan los mensajes con códigos reconocibles como tales, sino con *conjuntos de prácticas textuales*, depositadas (en el interior o en la base de las cuales es posible sin duda reconocer sistemas gramaticales de reglas, pero sólo a un ulterior nivel de abstracción metalingüística).
3. Los destinatarios no reciben nunca un único mensaje: reciben muchos, tanto en sentido sincrónico como en sentido diacrónico.

La metodología centrada en los códigos entró en crisis junto con el *paradigma normativista* que la sustentaba. Tal como hemos expuesto en otro lugar (Abril, 1988a: 437):



Se ha dicho que en el informacionalismo, y también en el estructuralismo ortodoxo, el hablante, más que hablar, “es hablado” por el código. El código informacional, además, establece una relación estable y trivial entre los símbolos y su valor semiótico, equivale a “palabras congeladas” (Jacques, 1982: 162).

Pero el supuesto de un código uniforme, común y pacíficamente compartido por el emisor y el receptor ha sido reiteradamente desmentido por los estudios socio y etnolingüísticos, y la creencia en su “no transgredibilidad” es igualmente impugnada desde las perspectivas “interpretativas” de la pragmática: la comunicación involucra procesos de transcodificación, de transgresión táctica (como el sobreentendido de Grice), e incluso de suspensión provisional de las reglas.

Es en este contexto en el que cobra particular interés una reflexión sobre la regulación interactiva que cuestione los supuestos normativistas de la episteme informacional, y su misma noción de código.

El espacio teórico en el que, a nuestro modo de ver, pueden atenderse estas demandas es el de un *análisis del discurso* que conciba los procesos de interpretación textual desde una perspectiva *inferencial*, habida cuenta de que los agentes comunicativos, más que codificar o descodificar, proponen hipótesis, llevan a cabo inferencias contextuales, anticipan estratégicamente las respuestas y razonamientos (a su vez estratégicos) de sus interlocutores. Aun cuando sólo sea para ratificar que *es precisamente el valor convencional del acto de discurso y no otro el que conviene dar por bueno en un determinado contexto*. De tal modo que la misma dicotomía *convencional/no convencional* (aplicada, por ejemplo, al análisis de las presuposiciones) deja de ser pertinente: todo acto discursivo es en parte convencional y en parte no convencional.

Estos supuestos son los que inspiran las páginas siguientes, que no aspiran obviamente a completar, ni siquiera a bosquejar el abigarrado mapa actual de los análisis del discurso a los que cabe llamar “semióticos”.

El lector nos podrá reprochar el haber cedido a la facilidad del eclecticismo, o el haber descuidado la dimensión semántico-narrativa de los textos, o el haber desatendido la distinción discurso/relato, o el haber sobreestimado las perspectivas pragmáticas... Los reproches de los lectores, como los de cualquier público, son siempre justos, aunque sea reducido el número de páginas de que disponemos, aunque uno ignore siempre, y siempre culpablemente, “una parte de la asignatura”, y aunque uno tienda además, hasta por razones afectivas, a prestar más atención a unas cuestiones que a otras.

Menos aún se pretende *enseñar* algo: como Jesús Ibáñez repetía, sólo se aprende, no se enseña. Así pues, no damos más que unas pistas, holmesianos o peirceanos indicios que el lector tendrá que seguir por sí mismo. A veces más en nota que en la exposición; a veces en una referencia bibliográfica o en algún comentario incidental.

No hay recetas, ni en el análisis del discurso ni en la cocina, que dispensen de tener “buena mano”. Afortunadamente. Así la semiótica y la culinaria seguirán siendo ocupaciones artísticas.

## 16.2. Sintaxis, semántica y pragmática

### 16.2.1. La interdependencia de los tres órdenes de regularidad semiótica

Es muy conocido el aserto de Barthes (1978: 14) según el cual la lengua “no es reaccionaria ni progresista; es simplemente fascista”. El mismo autor explica por qué (*ibíd.*: 12-13):

En nuestra lengua francesa (ejemplos burdos) estoy obligado a afirmarme en primer lugar como sujeto, antes de enunciar la acción que no será entonces sino mi atributo: lo que hago no es sino la consecuencia y la consecución de lo que soy; del mismo modo estoy siempre obligado a escoger entre el masculino y el femenino, lo neutro y lo complejo me están prohibidos; del mismo modo aún, estoy obligado a señalar mi relación con los demás recurriendo o bien a un tú, o bien a un usted: el suspenso afectivo o social me está prohibido. Así, por su estructura misma, la lengua implica una relación fundamental de alienación.

No les faltaba razón a Gadet y Pêcheux (1984: 226) cuando entre otros errores imputaban al Barthes de este texto el haber confundido lo "prohibido" con lo "imposible". En todo caso, Barthes acierta a ejemplificar los tres *órdenes de la regularidad* semiótica con los que cualquier locutor-intérprete ha de contar:

1. Cuando menciona la relación "sujeto-acción" está evocando el *orden sintáctico*, el de las conexiones morfológicas y funcionales entre los términos del sistema semiótico que aparecen en el discurso.
2. Cuando alude a la selección "masculino/femenino", Barthes evoca ese *orden semántico* en virtud del cual se organizan las representaciones, conforme a las taxonomías y modos de categorización que hacen de una cultura un sistema cognitivo particular.
3. Cuando, por fin, el autor se refiere a la selección "tú/usted" está ejemplificando el *orden pragmático* por el que los actos semióticos adquieren un sentido social, práctico, apareciendo como relevantes en términos de interacción socioafectiva y en relación a un contexto determinado.

En los siguientes subapartados examinaremos más detalladamente esta tripartición.

Si leemos con atención el anterior texto de Barthes advertiremos que en él se da a entender la *interpenetración de los tres órdenes de regularidad semiótica*, que son, en efecto, órdenes distintos, pero a la vez interdependientes. La observación de Barthes sobre la "obligación" sintáctica del sujeto respecto a la acción es obviamente "semántica", pues ¿cómo entender clases o funciones sintácticas básicas del tipo de "sujeto", "predicado", "atribución"... vacías de componentes "conceptuales"? Con la excepción de las sintaxis formales, las estructuras sintácticas básicas de los discursos son ya conceptuales o proto-semánticas, y el estatuto de una sintaxis no puede ser determinado sino por relación a la semántica con la que constituye conjuntamente una "semiótica", en la acepción estructural de Greimas y Courtés (1982).

Por otro lado, existe también una fuerte interdeterminación entre el orden sintáctico y las variables contextuales (pragmáticas), como señala Escandell Vidal (1993: 22-24).

En resumen, si contemplamos los hechos desde un punto de vista general, resulta evidente que incluso algunos aspectos típicamente gramaticales, como el orden de palabras, están determinados por factores de tipo contextual o situacional, especialmente en lo que se refiere al contraste entre la información que se presenta como compartida por los interlocutores y la que se considera nueva.

Examinemos, con esta autora, ejemplos de oraciones españolas como las siguientes:

- ( $\alpha$ ) /Juan ama a María/
- ( $\beta$ ) /A María la ama Juan/
- ( $\gamma$ ) /Juan a María la ama/

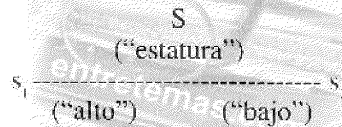
En ( $\alpha$ ), la información que se presenta como compartida o contextualmente presupuesta por los interlocutores (el *tópico* o tema del que se habla) es Juan, mientras que el contenido informativo novedoso (el *comentario*) se refiere a su relación con María. En ( $\beta$ ), en cambio, no se cuestiona el predicado (“María es amada”) y el comentario versa sobre la identidad del sujeto (Juan). En ( $\gamma$ ), por último, se da como tópico la relación entre Juan y María, y se informa de nuevas sobre la naturaleza de la relación. El condicionamiento contextual del orden de las palabras parece claro.

### 16.2.2. Cuestiones semánticas

Las perspectivas *generativistas*, tanto en la lingüística como en la semiótica textual, reconocen la consistencia profunda entre un componente *sintáctico* y un componente *semántico*.

Tal ocurre, obviamente, en la gramática semionarrativa de Greimas, en la que los valores semánticos son ordenados y dinamizados por una sintaxis fundamental. Las *estructuras elementales de significación* son parafraseables como *categorías semánticas*, que se articulan operativa o sintácticamente en el *cuadro semiótico*.

Un *eje semántico* (S) expresa el campo categorial en el que dos términos o *semas* ( $s_1$  vs.  $s_2$ ) se oponen por contrariedad. Así, el eje “estatura” subsume la oposición entre “alto” y “bajo”:



Puede postularse, además, un eje contradictorio del anterior o *eje neutro* (-S) que articula a los respectivos semas subcontrarios:  $-s_2$  vs.  $-s_1$ , “no bajo” versus “no alto”.

El *cuadro semiótico* no es sino la representación canónica de ese conjunto de relaciones:

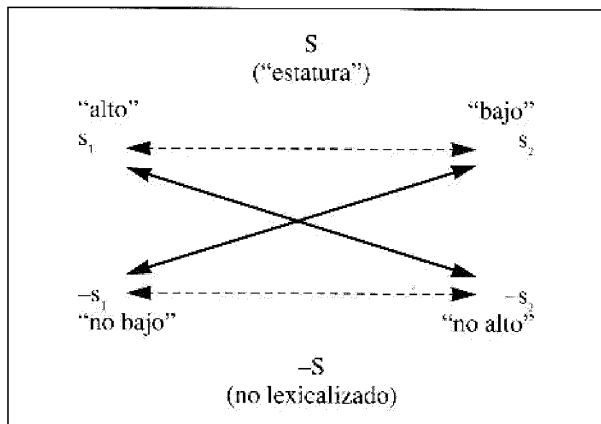


Figura 16.1. Cuadro semiótico de la estatura

Junto a los dos ejes (S y -S) pueden postularse otras dimensiones: los *esquemas* definidos por relación de contradicción entre los semas ( $s_{1vs}$ - $s_1$  y  $s_{2vs}$ - $s_2$ ) y las *deixis* definidas por lo que Greimas denomina "implicación" entre  $s_1$  y  $-s_2$  y entre  $s_2$  y  $-s_1$ .

El cuadro semiótico, detalladamente explicado por el propio Greimas (1973: 153-171), y por Courtés (1976: 54-60), es una pieza operativa clave en su modelo semionarrativo, aunque fuera de ese contexto metodológico, y tratado como receta de logomaquia semiótica, puede llegar a convertirse en un juguete teórico trivial.

El cuadro no es un instrumento para oponer y articular valores de forma especulativa y abstracta, fuera de contextos discursivos determinados. Sirve más bien como un artefacto lógico para representar las posibilidades operatorias dadas en un determinado universo semántico, así como las *transformaciones* que se efectúan narrativamente en él.

Para ejemplificar esta aplicación dinámica tomemos el relato "Los dos reyes y los dos laberintos" de J. L. Borges (1974): en él compiten un *sujeto* positivo, encarnado por el piadoso rey de Arabia, y un *antisujeto*, actuado por el rey de Babilonia, que desafía con su orgullo al mismísimo Dios y hace burla del rey árabe extraviándolo en su laberinto. El relato se resuelve con la represalia-restitución por la que el rey de Arabia humilla al de Babilonia abandonándolo en el desierto, un laberinto natural, "más verdadero" que los artificiales, y recobrando su honor mancillado. La acción del primer rey traslada al segundo desde su inicial conjunción con el valor  $s_1$  a su conjunción con  $s_2$ , mientras, simétricamente, le permite transitar a él mismo desde un estado inicial de conjunción con  $-s_1$  a un estado de conjunción con el valor  $-s_2$ :

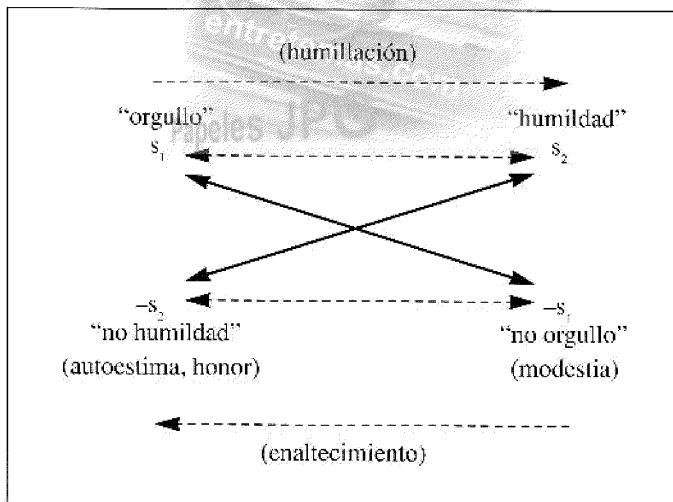


Figura 16.2. Cuadro semiótico de un cuento de Borges

Naturalmente la categoría que opone "orgullo/humildad", y que es central en la economía semántico-narrativa de este cuento de Borges, no puede ser extrapolada a cualesquiera universos semánticos. En otro contexto de valores el "orgullo" puede, por ejemplo, contraponerse a la "vergüenza".

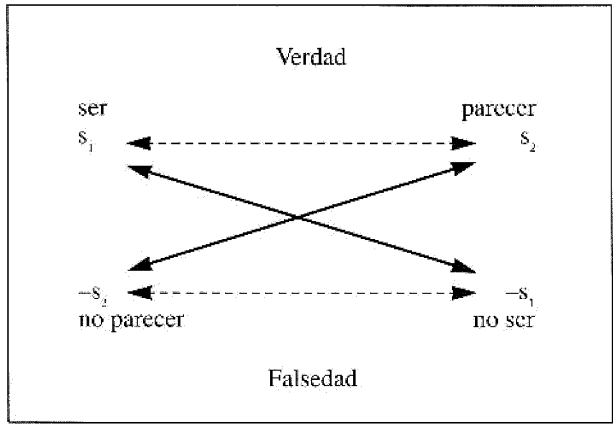


Figura 16.3. Cuadro semiótico de la veridicción

En el relato de Borges, el proceso de confrontación entre *programas narrativos* simétricos es complementario de características *modalizaciones veridictorias* que oponen, por ejemplo, el modo de ser del laberinto arquitectónico (que “parece” pero “no es” un auténtico dédalo; que es, por tanto, un laberinto *según la mentira*) y del desierto (que “no parece” un laberinto pero lo es muy de veras, según la dimensión veridictoria del *secreto*):

16.2.3. Más allá de la semántica

Pero las teorías semánticas de tradición estructuralista, como la de Greimas, han de ser cuestionadas desde las adquisiciones teóricas de otras perspectivas. Así, en primer lugar, es más que dudoso que las interpretaciones semánticas comunes procedan mediante “análisis” de los supuestos rasgos o átomos semánticos (*semas*) de que constaría el contenido de un lexema (*semema*). Según esta perspectiva tradicional, cuando uno quiere averiguar si la entidad “x” pertenece a la categoría “pájaro” ha de verificar si “x” posee los atributos “viviente”, “animal”, “plumífero”, “alado”, etc. O cuando uno interpreta la metáfora /pulpo petrificado/ con la que García Lorca designa a la /pita/, ha de proceder a una descomposición analítica de los semas compartidos por ambos conjuntos semémicos (“estructura radial”, “de varios apéndices”, “rigidez”...). Frente a este tipo de explicaciones parecen más plausibles las que establecen que:

1. Las interpretaciones semánticas se atienen más bien al cotejo con instancias *prototípicas* de una categoría: por ejemplo, el gorrión es un prototipo o representante más característico de la categoría “pájaro” que el pingüino, y la verificación de un “x” como “pájaro” pasará por la mediación de un esquema cognitivo modelado según la imagen del gorrión más que por el procesamiento analítico de atributos.
2. Más que inferir analíticamente el contenido de los sememas, los intérpretes “ascendemos” sintéticamente, remitiendo a un campo categorial más comprensivo que, frecuentemente, se fundamenta en una *gestalt propioceptiva*, en un modelo cognitivo

que remite a una experiencia somática o interactiva básica. Así lo hemos expuesto en un somero análisis de la metáfora de Lezama Lima según la cual un gato “maúlla sus orines” (Abril, 1990/91: 95).

...el análisis estructuralista destacará la relevancia de, por ejemplo, un sema “expulsión” o “emisión” común a los sememas “maullar” y “orinar”. Greimas y Courtés (1982) definen la metaforización como “sustitución paradigmática de figuras, obtenida, sobre una base sémica común, por la suspensión de otros semas de la misma figura”. Según ello en el ejemplo de Lezama la base sémica común “emisión” o “expulsión” deja en suspenso los semas “fónico” y “excretivo” (los semas diferenciales).

Nosotros preferimos una explicación a lo Lakoff-Johnson (1986), en la que “emitir” o “impulsar fuera del cuerpo” no se ve como un núcleo sémico sino como una gestalt propioceptiva que ha de considerarse previa (es decir, estructuradora, experiencialmente motivante) a la selección y conjunción de los lexemas “maullar” y “orinar”. Es esa gestalt la que genera un área de relevancia que podrá ser actualizada inferencialmente. La inferencia hiponímica, propia de la explicación estructural, descende del semema al sema. La hiperonímica, que aquí proponemos, remite el semema a un esquema apriórico que puede ser entendido como campo categorial (...) Y desde luego, en nuestra interpretación de la metáfora lezamiana lo “fónico” y lo “excretivo” no “quedan en suspenso”; bien al contrario, suscitan la tensión entre otros horizontes categoriales (y experienciales) como “superior”/“inferior”, “oral”/“anal”, etc.

Y lo que es más importante, las interpretaciones semánticas no son tampoco nítidamente separables de procesos inferenciales que habitualmente se consideran objeto de la pragmática. Wierzbicka ha mostrado cómo los locutores no asocian al uso de las palabras conceptos “individuales”, sino más comúnmente el que suponen sentido compartido por su comunidad lingüística. Los conceptos lingüísticos reflejan, pues, suposiciones sobre ideas compartidas: cuando, por ejemplo, un abogado usa la expresión /robar/ en el contexto de una conversación con no especialistas jurídicos, y para referirse a una acción delictiva que más técnicamente debiera ser calificada de /hurto/, está ateniéndose a lo que piensa que sus interlocutores entienden por /robo/. No es tanto una cuestión de “conocimiento compartido” socialmente, cuanto de estereotipos compartidos: es decir, nos servimos de conocimientos que creemos que son patrimonio general de nuestra comunidad (cfr. Kleiber, 1990: 71-77).

## 16.3. Niveles del sentido

### 16.3.1. Significado léxico, significado indicial y sentido interlocutivo

Es el momento de preguntarse por los *niveles de significación* que se superponen para constituir esa propiedad indefinible y compleja a la que llamamos *sentido*. Para ejemplificar las siguientes observaciones tomaremos una expresión muy breve:

/Dámelo/

Cuando interpretamos esta expresión le atribuimos:

1. Un *significado léxico* a los monemas que lo componen. Entendemos que /dar/ equivale a “obsequiar”, “donar”, “entregar”...; que /me/ designa a la instancia del hablante en función de destinatario; y que /lo/ debe de remitir a alguna entidad distinta que los interlocutores, en función de objeto. Entendemos también que, dada la-

forma modal del verbo y la estructura sintáctica de la frase, el conjunto de la oración *representa* un mandato dirigido por el locutor a su interlocutor.

A este nivel las relaciones de significación se nos presentan como convencionales, prefijadas por el sistema (por la *lengua* en el caso de la semiosis lingüística), formalmente explicables y representables en un *diccionario*.

2. Un *significado indicial o deíctico*, en el que las significaciones *determinables* del anterior nivel se hacen *determinadas*, se actualizan situacional y/o experiencialmente. Ahora /me/ no se refiere al hablante en general, sino a tal hablante determinado; y /lo/ se refiere, de igual modo, a tal o cual objeto presente en la situación (este libro, ese paquete de cigarrillos...)<sup>4</sup>.

Mediador entre el nivel anterior y el siguiente, el nivel deíctico de la significación permite situar en un *escenario discursivo* particular los significados de las expresiones.

Permite también llevar a cabo la operación de *inscripción* institucional de los discursos, en virtud de la cual un “aquí” o un “ahora” no remiten sin más a un espacio-tiempo empírico, sino a coordenadas institucionalizadas como los mapas-territorios o los calendarios sociales.

3. Un *sentido interlocutivo* como el de mandato, o petición, o súplica, no ya en cuanto significado “representado” en la oración, sino en cuanto valor o *fuerza pragmática realizada*, cumplida por la enunciación misma. Ahora la expresión presenta ciertas pretensiones del locutor (ser obedecido, hacer valer su autoridad...), así como las presunciones correspondientes del locutor respecto a las competencias y obligaciones del interlocutor y sobre el estatuto de las relaciones interlocutivas y de los derechos-deberes mutuos.

Es obvio que el significado deíctico y el sentido interlocutivo de una expresión no pueden ser determinados formalmente no son puramente convencionales ni pueden ser representados en un *diccionario*. Para inferir estos niveles del sentido, los agentes semióticos han de movilizar su *competencia pragmática* y recurrir a un *saber enciclopédico* que contiene, junto a los contenidos analíticos y convencionales del diccionario, aprióricos, la variedad sintética de los ocurridos y de las experiencias<sup>5</sup>.

La Figura 16.4 presenta las nociones expuestas en este epígrafe, y adelanta las que serán objeto del siguiente.

### 16.3.2. Frase y enunciado

Entendemos que la caracterización semántica de una *frase-proposición* atiende a su significado frástico, o *lingüístico*, y/o a su significado proposicional o *lógico*. El *sentido del enunciado* dimana de un nivel más complejo de análisis: en él no se han abstraído, como en el anterior, las condiciones contextuales; es un nivel *translingüístico* en el que junto a propiedades lógico-lingüísticas de las expresiones aparecen las propiedades práctico-sociales de una determinada *interacción entre sujetos*.

Una expresión presenta, pues, distintas propiedades según el nivel al que se analice su significación. Tomemos como ejemplo la siguiente:

/Los moros son perezosos/



Figura 16.4. Niveles del sentido

En cuanto *frase* lingüística, la expresión presenta la propiedad de *gramaticalidad*, o buena construcción, propone una relación de *atribución* de ciertas cualidades a un sujeto, etc.

En cuanto *proposición* lógica presenta propiedades como la *implicación*, según la cual “cada uno de los individuos a que se se refiere la expresión «moros» es perezoso” (por la relación entre el cuantificador universal y el cuantificador existencial)...

Ahora bien, la misma frase-proposición puede dar lugar, según quién y dónde la use, a distintos enunciados: puede ser un *ejemplo* en un texto como éste, una expresión *insultante* en boca de un madrileño racista, una *ironía* en boca de un inmigrante magrebí que responde al insulto de un madrileño racista diciendo:

*/Sí... los moros son perezosos, y los cristianos son muy trabajadores/*

A diferencia de la frase, el enunciado contiene una dimensión *dialógica*, en este caso la *citación* irónica de las palabras efectivas o virtuales de un antagonista. El enunciado posee un *valor normativo* en términos de interacción social: de ratificación, impugnación, polémica, etc.

Ahora bien, rechazamos con Ducrot (1986: 185),

la concepción habitual según la cual el sentido del enunciado es la significación de la frase salpimentada con algunos ingredientes tomados de la situación de discurso. Según esta con-



cepción, el sentido incluiría, por un lado la significación, y por el otro los añadidos aportados por la situación (...) Prefiero representar a la significación como un conjunto de instrucciones (...) que establecen las maniobras que se han de realizar para asociar un sentido a estos enunciados.

Frente al valor *instruccional* de la frase, el enunciado posee un característico valor *autorreferencial*. El sentido de un enunciado no es el resultado de la suma "significado frás-tico + sentidos contextuales" sino la descripción-cualificación de la enunciación implícita en el propio enunciado. Cuando decimos que el sentido enunciativo del ejemplo anterior es "insultante" o "irónico" nos referimos a esa descripción-cualificación en virtud de la cual el enunciado *muestra* reflexivamente el carácter de la enunciación que lo produce.

Hay que concluir este epígrafe con dos consideraciones de interés.

La primera es que, pese al débito inconfundiblemente lingüístico de los términos "frase" y "enunciado", sus contenidos conceptuales deben ser extrapolables, *mutatis mutandis*, a materias y sistemas significantes no verbales. Podrían diferenciarse, por ejemplo, los significados virtuales o "frásticos" de un gesto como el de estirar y dirigir el dedo índice hacia otro sujeto, y sus posibles sentidos "enunciativos" como "indicación", "acusación" o "amenaza".

La segunda es que son los enunciados, y no las frases o las proposiciones, los objetos específicos del *análisis del discurso*. Obviando nuevamente las servidumbres lingüísticas de las nociones, el análisis del discurso es entendido aquí en una acepción próxima a la *translingüística* de Barthes (1970), como investigación del "más allá" de la frase que necesariamente culmina en el examen de la articulación de los discursos en la praxis social.

### 16.3.3. La autorreferencia del enunciado

Las teorías del discurso han tenido en cuenta diversas formas de expresión *autorreferencial*: aquélla que no puede "representar" algún hecho o contenido sin "presentarse" a sí misma.

Tal es el caso, por supuesto, de los *deícticos*, que aun designando simbólicamente las instancias subjetivas, espaciales y temporales del discurso ("locutor", "alocutario", tiempo y espacio de la enunciación), han de referirse también indicialmente a sus contextos singulares ("tal locutor", "tal alocutario", etc.).

Es el caso, también, de las expresiones *performativas*, que sólo alcanzan a realizar su efecto característico en las condiciones que señala Benveniste (1974: 195): el performativo tiene la capacidad de referirse a

una realidad que él mismo constituye, por el hecho de ser efectivamente enunciado en condiciones que lo hacen acto (...). El acto se identifica, pues, con el enunciado del acto. El significado es idéntico al referente.

Desde el momento en que interpretamos la *deíxis* y la *performatividad* como propiedades genéricas de los discursos y no como efectos locales de tales o cuales formas lingüísticas, la autorreferencia deviene una propiedad del discurso en general: ya hemos señalado, en la perspectiva de la etnometodología, que el sentido es siempre deíctico en gran

medida; también la performatividad, desde la “segunda teoría” de Austin (1971), se generaliza: todo enunciado es pragmáticamente eficiente (*ilocutivo*) y en cuanto tal autorreferente, pues el acto de habla *se muestra* (en el sentido wittgensteiniano de “mostrar” *versus* “decir”) a sí mismo como una operación deóntica y socialmente relevante.

A cierto nivel de análisis no hay expresión que no aluda a sí misma reflexivamente. El lenguaje, señala Récanati (1979: 126) además de “decir”

también muestra, y muestra precisamente lo que no puede representar: la reflexividad, desterrada del dominio de la representación, es lícita en el de la mostración; lo representado se muestra, exhibe sus propiedades formales, al mismo tiempo que representa lo representado.

Lo que constituye el *sentido del enunciado* como contenido autorreferente es, ya lo hemos indicado, su *descripción del propio acto de enunciación*, pero precisamente en tres aspectos:

1. En cuanto *acto ilocutivo*.
2. Como *expresión de la actitud* cognitiva, valorativa y emotiva de un sujeto respecto al mundo del que habla, respecto a su *interlocutor* y respecto al propio *discurso* (distan-  
cia, certidumbre o incertidumbre, seriedad, ironía, afecto o desafecto, etc.).
3. En cuanto *operador contextual*, por su modo de insertarse en una situación socio-dis-  
cursiva particular a la que no puede por menos de *informar* y *modificar*. Los deícticos y los performativos muestran claramente esta propiedad circular: adquieren sentido según las mudables condiciones del escenario discursivo, pero al mismo tiempo configuran ese escenario, es decir, sus parámetros espacio-temporales y el contexto de papeles y atributos deónticos de la interacción.

## 16.4. El decir sin decir

### 16.4.1. La actividad inferencial

Aun cuando se limitan a explicitar los supuestos de una tradición que se remonta a la teoría de la *abducción* de Peirce y que atraviesa algunas perspectivas de la filosofía analítica como las de Grice y Lewis, Sperber y Wilson (1986), han defendido vigorosamente un *modelo inferencial* de la comunicación que se opone al *modelo del código*, y cuyo postulado básico es el siguiente: el desfase entre las representaciones semánticas de nivel frástico y los sentidos que se hacen efectivos en las prácticas comunicativas, no se salva con códigos, sino mediante *inferencias* o procesos de razonamiento de los interlocutores.

Pero ¿qué supone para los interlocutores “salvar el desfase” señalado?

Significa, en primer lugar, que los interlocutores han de completar la información, nunca exhaustiva, que reciben. A esta clase pertenecen las *inferencias elaboradoras* de que tratan Brown y Yule (1993: 320-321). En determinado contexto, el enunciado:

/Abre la ventana/

ha de ser complementado inferencialmente en un sentido similar al indicado entre paréntesis:

“Abre la ventana (más próxima al lugar en el que te encuentras)”

Claro que, en muchos casos, estas inferencias corrigen, y no sólo completan, el significado literal de las expresiones. Así, en el contexto de una charla sobre anécdotas automovilísticas vividas por los interlocutores no se inferirá habitualmente que ( $\alpha$ ) significa ( $\alpha_1$ ) sino más ( $\alpha_2$ ) bien:

- ( $\alpha$ ) /El policía extendió la mano y paró al BMW/
- ( $\alpha_1$ ) “El policía extendió la mano y detuvo al (vehículo de marca) BMW (mediante la aplicación de una fuerza física sobrehumana)”.
- ( $\alpha_2$ ) “El policía extendió la mano (haciendo el gesto que el conductor entendió como orden de detener su vehículo de marca BMW, y el conductor efectuó la maniobra correspondiente, y el automóvil se paró)”.

Supone, en segundo lugar, que cada locutor infiere en el sentido de explicar y justificar los motivos, metas o razones de sus propias intervenciones discursivas y de las de su(s) interlocutor(es). Estas inferencias, *evaluadoras*, proceden como la que se propone en el ejemplo (la flecha simboliza un razonamiento inferencial posible):

/Hay demasiado humo/ → “Hay más humo del que yo considero aceptable porque usted está fumando. Esta es la razón por la que le pido indirectamente, ya que no tengo autoridad para ordenarle, ni deseo ser agresivo y crear un conflicto serio, que deje usted de fumar”.

Las inferencias evaluadoras tienen un papel decisivo en la regulación de las funciones interaccionales, y es por su intermediación como puede construirse la *coherencia pragmática* del discurso. En un pequeño diálogo doméstico como el del siguiente ejemplo (que hemos tomado de Brown y Yule, 1993: 281) es difícil hallar marcas de *coherencia semántica* entre las sucesivas intervenciones. Si el diálogo nos parece coherente y razonable es porque inferencialmente (y tratando de adoptar la perspectiva de los propios interlocutores A y B) suponemos que cada intervención da lugar a conclusiones complejas y jerarquizadas como las que anotamos bajo las flechas.

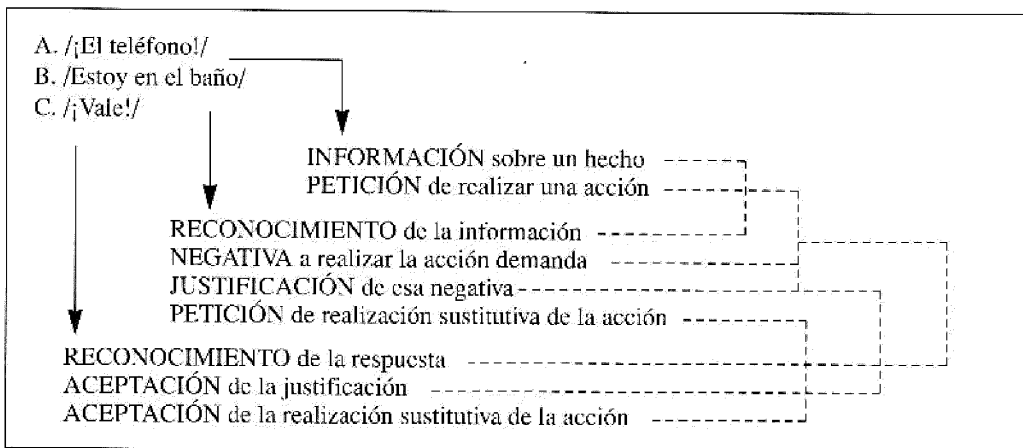


Figura 16.5. La actividad inferencial

Incluso a partir de ejemplos tan triviales como éste puede concluirse que la actividad inferencial interviene decisivamente en esa “producción de racionalidad” de las acciones (Wolf, 1982: 135) por la que los agentes sociosemióticos convierten la vida social en una realidad comprensible y coherente<sup>3</sup>.

#### 16.4.2. La presuposición

Bajo el rótulo de *presupuestos-presuposiciones* se han agrupado fenómenos y actividades discursivas heterogéneos. Trataremos en las próximas páginas de la presuposición *lógico-semántica*, la presuposición *pragmática* y la que, a falta de bautizo más distinguido, denominaremos *presuposición en general*. Nos referiremos después a la inferencia por *implicatura*.

La inclusión de los presupuestos lógico-semánticos entre las inferencias puede ser objetada diciendo que, por definición, se trata de significados *convencionales*. Me limito aquí a recordar con Stalnaker que son los hablantes quienes hacen y tienen presuposiciones que deben ser válidas para frases y textos, y no las proposiciones o frases quienes tienen y hacen presuposiciones (cfr. Lozano, Peña-Marín y Abril, 1986: 207 y ss.), complementando esta obviedad con la conclusión que apuntábamos en el epígrafe 6.1: que la actividad inferencial interviene cuando menos para ratificar que es precisamente el valor convencional del acto de discurso y no otro el que conviene dar por bueno en un determinado contexto. Así, parece que de la expresión:

( $\alpha$ ) /Julia sigue divirtiéndose con su trabajo/

se concluye convencional y automáticamente, sin necesidad de inferencia alguna, que

( $\alpha 1$ ) “Julia ya se divertía con su trabajo anteriormente”.

Sin embargo, en determinadas circunstancias, el presupuesto ( $\alpha 1$ ) puede ser una conclusión alternativa a una interpretación irónica ( $\alpha 2$ ) y por tanto el resultado de un razonamiento inferidor:

( $\alpha 2$ ) “Julia nunca se ha divertido con su trabajo, ni se divierte ahora”.

Por paradójico que parezca, la identificación de significados convencionales aparece guiada por procedimientos “no convencionales”, como la *implicatura conversacional*. E, inversamente, las implicaturas también requieren, aun cuando sea para transgredirlas, de las convenciones. Así, la conclusión ( $\alpha 2$ ) del ejemplo es el resultado de una implicatura contra (y por tanto *en relación con*) las reglas sintáctico-semánticas que establecen el “sentido literal” de ( $\alpha$ ) y contra la regla pragmática que establece la presunción de sinceridad del hablante.

a) Definida por los lógicos, desde Frege (1984) como “condición de verdad” de una proposición, la *presuposición lógico-semántica* es una parte del significado de esa proposición que se mantiene tanto en su modalidad afirmativa cuanto en la negativa. Así, la presuposición ( $\beta$ ) es condición de verdad y a la vez consecuencia lógica tanto de ( $\alpha$ ) como de ( $-\alpha$ ):

- ( $\alpha$ ) /Es gracioso que se autodenominen socialistas/
- ( $-\alpha$ ) /No es gracioso que se autodenominen socialistas/
- ( $\beta$ ) “Se autodenominan socialistas”.

Estas presuposiciones están siempre relacionadas con el uso de formas y construcciones lingüísticas determinadas, que son las que permiten reconocer *clases de presupuestos* como los siguientes:

1. *Existenciales*: en una descripción definida se presupone que existe la entidad que posee la cualidad descrita:
  - ( $\alpha$ ) /La carne de centauro es sabrosa/
  - ( $\beta$ ) “Existe la carne de centauro” y (por implicación) “existen los centauros”.
2. *Factivos*: en proposiciones modales cuyo predicado principal expresa una proposición de hecho, se presupone la certeza de tal hecho:
  - ( $\alpha$ ) /Lamento que/Es raro que/Es increíble que... estemos en otoño/
  - ( $\beta$ ) “Estamos en otoño”.
3. *Verbales*: cuando en su verbo principal la frase describe la sucesión de dos estados, se presupone que el anterior se ha producido:
  - ( $\alpha$ ) /El presidente no deja de mentir/
  - ( $\beta$ ) “El presidente venía mintiendo habitualmente”.
4. *Adverbiales*: con adverbios como /todavía/, /también/, /de nuevo/... se producen presupuestos característicos:
  - ( $\alpha$ ) /Todavía los más corruptos obtienen la mayoría/
  - ( $\beta$ ) “Los más corruptos venían obteniendo la mayoría anteriormente” y “existe una norma o tendencia en sentido contrario a lo afirmado en ( $\alpha$ )”.

b) Si la presuposición lógico-semántica es una condición de verdad de una proposición, la *presuposición pragmática* (o *implicación contextual* o *ilocutiva*) es una “condición de normalidad” comunicativa de un enunciado.

Así, para que una expresión pueda adquirir el valor interaccional de “amenaza” se requiere que su contenido proposicional verse sobre el compromiso del hablante de realizar una acción dañina para el destinatario, y que éste crea que el hablante está en condiciones de cumplir esa acción. Para que una expresión interrogativa se identifique como “pregunta informativa” es preciso suponer que quien la formula desconoce la respuesta correcta y trata de obtenerla de su interlocutor. De suponerse que sí conoce la respuesta y que trata de averiguar si su interlocutor la conoce también, la expresión tendría más bien el carácter pragmático de “pregunta de examen”.

Al decir que las anteriores son condiciones para el cumplimiento “normal” de amenazas públicamente reconocibles o de tipos institucionalizados de preguntas, estamos identificando los presupuestos pragmáticos con las reglas de cumplimiento de los actos ilocutivos, de los que nos ocuparemos en el epígrafe 16.5.

c) Hay, en fin, una acepción más amplia de la presuposición, una noción de *presuposición en general* que se refiere al contexto temático (o más genéricamente al contexto se-

mántico e incluso “ideológico”) que sirve como “cuadro intelectual que sirve de soporte al diálogo”, según expresión de Ducrot, o como “terreno común para los participantes en la conversación”, según expresión de Stalnaker.

En esta perspectiva, lo presupuesto es el conjunto de contenidos que van dándose por supuestos a medida que se desarrolla un texto o un intercambio comunicativo, y que va configurando el marco cognitivo sobre el que las intervenciones del locutor o de los locutores adquieren su carácter informativo y pertinente. Hay una proximidad obvia entre esta manera de entender la presuposición y la teoría del *tópico* y el *comentario* a la que aludíamos en el epígrafe 16.2.

No hay límites lógicos precisos entre lo “puesto” y lo “presupuesto” por (los interlocutores de) el discurso: más bien hay una gradación, por grados de pertinencia, entre aquello que resulta central o *focal* temáticamente y aquello que parece periférico o incidental. Es esta gradación implícita la que convertiría en chocante una intervención como la del contertulio C en el contexto de una conversación sobre viajes:

- A. /Mi hermana estuvo el año pasado en el Nepal/
- B. /La novia de mi primo también, y llegó hasta China/
- C. /Pues mi primo no tiene novia/

Chocante porque el tema de “noviazgos” es resueltamente periférico en este contexto, y el *encadenamiento temático* del diálogo, según una “ley de discurso” reiterada por Ducrot, se hace sobre lo afirmado o “enfocado” (en este caso el tema “viajes”), no sobre lo presupuesto.

Lo presupuesto no rige el encadenamiento temático, ni tampoco se presenta como contenido disputable de una conversación, sino precisamente como su parte de información “no polémica”. De ahí que el “enfocar” o “tematizar” lo que otro ha presentado como presupuesto constituya un recurso característico del discurso polémico. En el siguiente ejemplo, mediante el recurso a las comillas, un titular de prensa “enfoca” un presupuesto del locutor al que se cita (“el Presidente del Congreso”), que al haber utilizado el adverbio */sólo/* habría dado a entender que para él “400.000 pesetas es un precio de alquiler bajo”:

/El Presidente del Congreso ha declarado que el alquiler de su vivienda cuesta “sólo” 400.000 ptas./

Desde el punto de vista del *hacer enunciativo*, las opciones básicas que configuran la gradación antes señalada pueden ser articuladas como se indica en la Figura 16.6.

El eje superior corresponde al hacer cognitivo que presenta lo “puesto” en el discurso. El inferior, al que organiza lo “presupuesto”. El contenido del “hacer saber” es aquello que se presenta, según la anterior metáfora, “enfocado”. Lo que se “hace no saber” es lo simplemente oculto: el espacio cognitivo de la omisión, la censura, el secreto y la elipsis. El “no hacer saber” corresponde propiamente a la presuposición de significados “no encadenables-no polémicos” mientras que el “no hacer no saber” (“dejar saber”) caracteriza la operación de “topicalización” o disposición del contexto temático: podríamos caracterizar el entrecomillado de */sólo/*, en el ejemplo anterior, como una operación enunciativa que traslada el hacer manipulador-cognitivo del enunciadador (sobre el enunciatario) desde un “no hacer no saber” a un “hacer saber”.

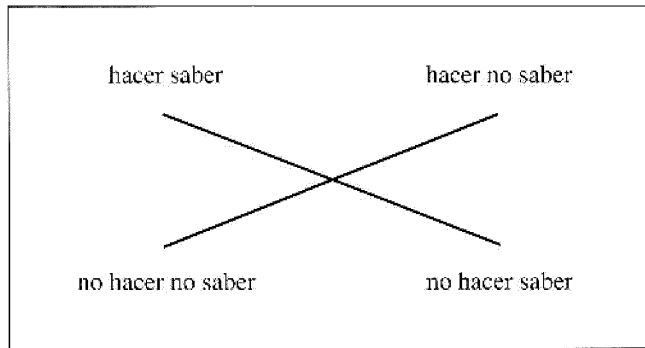


Figura 16.6. Lo “puesto” y lo “presupuesto” por el discurso

### 16.4.3. La implicatura

La teoría de la *implicatura* de Grice (1979) da cuenta del mecanismo del sobreentendido o, si se prefiere, de cómo mediante un procedimiento inferencial el intérprete-destinatario puede extraer un sentido de los enunciados que rebasa los límites del contenido informativo proposicional<sup>7</sup>.

La teoría parte de proponer un principio general de la conversación –o más bien, una metarregla de la racionalidad comunicativa– que es el conocido *Principio de Cooperación*: la contribución de cada participante en una conversación ha de ser conforme en cada momento a los propósitos u orientaciones supuestamente deseables y aceptados del intercambio verbal. El principio se especifica en cuatro reglas o *máximas* de la conversación, entre las cuales la tercera presenta el criterio cooperativo central, es decir, la pertinencia<sup>8</sup>:

1. *Cantidad*

La contribución no ha de ser ni más ni menos informativa que lo requerido.

2. *Cualidad (sinceridad)*

La contribución ha de ser veraz y con fundamento.

3. *Relación (pertinencia)*

La contribución ha de ser a propósito.

4. *Modo*

La contribución ha de ser clara y breve.

En respuesta a la pregunta /¿Tiene vd. hora?/ un interlocutor no cooperativo podría responder:

1. /Sí/

2. /Sí: las 17,30/ (sabiendo que la hora oficial ha sido adelantada durante la noche anterior, o ignorando por completo qué hora es).

3. /Oh, sí: la hora en que mi hijo practica el karaoke/ (en el supuesto de que el demandante no tenga razón alguna para conocer el horario de karaoke del hijo del demandado).
4. /Naturalmente, para qué cree que llevo este magnífico reloj digital que adquirí hace ahora dos años cuando visité a mi hermano que vive en Suiza, muy bien colocado, por cierto, claro que a veces se atrasa un poco, el reloj, no mi hermano, etc./

Entre los distintos tipos de implicaturas que Grice identifica prestaremos atención aquí a la que él denomina *conversacional*: un procedimiento por el que el intérprete realiza una inferencia a partir de la presunción de que el locutor, que ha infringido alguna máxima, no tenía, pese a todo, la intención de transgredir sin más el principio de cooperación.

Tómese el siguiente diálogo como ejemplo:

A. /¿Dónde está Marga?/

B. /Hay una Yamaha 250 a la puerta de Dina/

La respuesta de B infringe la máxima de relación, no parece tener vinculación temática con la pregunta de A, ni venir al caso. De no ser que, plausiblemente, A infiera que B no quiere transgredir la máxima de cualidad (porque B no tiene evidencias firmes del paradero de Marga y no quiere responder de forma precisa y categórica sin pruebas), pero aún así desea dar alguna respuesta cooperativa. Que lo será en todo caso si A sabe que Marga utiliza una motocicleta determinada, que Marga es amiga de Dina, etc., y B sabe que A lo sabe. Y si, en resumen, B logra dar a entender a A su intención de que infiera que *probablemente* Marga está en casa de Dina.

En este ejemplo se da una de las posibilidades de implicatura conversacional analizada por Grice: el locutor viola una máxima para evitar la transgresión de otra.

Otra posibilidad es que se transgreda abiertamente una máxima: cuando esa “burla” no supone sin más la simple y brutal ruptura de la cooperación comunicativa (del tipo de /váyase vd. a la mierda/) sino una indicación para alterar el nivel epistémico de la comunicación. Así ocurre, por ejemplo en la *insinuación*, modo de discurso por definición no público ni oficial, pero que ha de ser “señalado” por implicatura.

En cierta película de Truffaut un personaje expone la siguiente teoría sobre la cortesía y el tacto: un hombre entra en un cuarto de baño ajeno y sorprende a una mujer en la bañera. Si es cortés, el hombre dirá: “Perdone vd., señora”. Pero si tiene tacto dirá más bien: “Perdone vd, señor”. Pues bien, el hombre con tacto está presentando a la mujer una posible inferencia (“él la ha visto, y aunque ella lo sepa, él está dispuesto a definir la situación a todos los efectos como si no”) en la obvia transgresión de la sinceridad.

También se propone una implicatura de este tipo mediante el comentario:

/Lo que más me gusta de ti es tu transparencia/

dirigido a un interlocutor que se interpone entre el hablante y la pantalla del televisor a que está mirando.

La implicatura, que es el procedimiento característico para producir actos lingüísticos indirectos (peticiones en función de mandatos, preguntas en función de aserciones, etc.), es también, como el mismo Grice observa, el dispositivo pragmático de numerosas figuras



retóricas: *ironías* como /ese sí que es desinteresado/ (respecto a alguien que obviamente no lo es), *lítótes* como /no está del todo sobrio/ o *metáforas* como /era la sal de mi vida/ se sirven de la transgresión abierta o burla de una máxima. Claro que, para desdoro de la observación de Grice, la implicatura no da una explicación completa ni específica de ninguno de esos hechos retóricos.

Es, por último, un procedimiento de gran interés en las estrategias discursivas. Baste con advertir que, al proceder en gran medida fuera del marco de las convenciones semánticas, de los significados habitual y públicamente compartidos, el locutor que presenta una implicatura conversacional está dejando la responsabilidad última sobre el sentido de su enunciado al interlocutor, que es quien ha de llevar a cabo la inferencia definitiva. Como señalábamos en Lozano, Peña-Marín y Abril (1986: 218),

el locutor puede impugnar aquélla y eludir su responsabilidad respecto a las conclusiones inferidas por el alocutario. La conocida respuesta: /eso lo ha dicho usted, no yo/ con que algunas personalidades políticas apostillan las (normalmente malévolas y plausibles) interpretaciones de sus entrevistadores ilustra esa táctica de “repliegue” enunciacional.

## 16.5. La performatividad y los actos ilocutivos

### 16.5.1. Constatativos y performativos

También la teoría de los *actos de habla*, formulada y corregida por Austin (1971) y sistematizada por Searle (1980) ha sido objeto de numerosas reseñas divulgativas<sup>9</sup>. No afligiremos al lector con una más: nos limitaremos a presentar algunos conceptos y caminos básicos de investigación, para sugerir después una reinterpretación sociosemiótica de la performatividad.

En la primera parte de la obra de Austin recién citada se oponen dos clases de enunciados: los *constatativos*, que presentan descripciones y tienen, por ello, valor lógico (son verdaderos o falsos), y los *performativos*, que cumplen la acción que enuncian y no son, por ende, verdaderos ni falsos, sino más bien adecuados o inadecuados desde el punto de vista de ciertos estándares sociales o procedimientos rituales:

*Ejemplos de constatativos:*

- ( $\alpha$ ) /Sólo como bocadillos/
- ( $\beta$ ) /Yo soy comunista/
- ( $\gamma$ ) /Ha llegado la primavera/

*Ejemplos de performativos:*

- ( $\delta$ ) /Te felicito/
- ( $\epsilon$ ) /Prometo pagarte las deudas/
- ( $\zeta$ ) /Declaro abierta la sesión/

En las expresiones performativas, decir es hacer, la acción enunciada se confunde con el hecho de enunciarla. Enunciados como ( $\delta$ ), ( $\epsilon$ ) y ( $\zeta$ ) no describen sino que constituyen, o consisten en, una felicitación, una promesa y una declaración, respectivamente. Un enunciado performativo equivale a una acción social institucionalizada, o forma parte del procedimiento completo para realizarla.

Posteriormente Austin modifica su teoría: hay performativos *explícitos*, como ( $\delta$ ), ( $\epsilon$ ) y ( $\zeta$ ) y *primarios* o implícitos. A esta segunda clase pertenecerían también ( $\alpha$ ), ( $\beta$ ) y ( $\gamma$ ) en supuestos como los siguientes:

- ( $\alpha$ ) /Sólo como bocadillos/: en cierto contexto de intimidad y confidencialidad entre los interlocutores puede consistir en un performativo de *confesión*.
- ( $\beta$ ) /Yo soy comunista/: en un contexto polémico, como respuesta a un interlocutor que acaba de afirmar; /afortunadamente, ya no quedan comunistas/, el enunciado cumple un *desafío*.
- ( $\gamma$ ) /Ha llegado la primavera/: puede ser una *advertencia* dirigida a una persona que padece alergia al polen.

Pero además, cualquiera de esos enunciados es al menos una *aserción simple*, y la aserción pertenece también a un tipo de performativo, el "expositivo" de Austin. Cuya perspectiva nos lleva a concluir, por fin, que la enunciación misma es un dominio básico de la acción social, y que las prácticas lingüístico-discursivas configuran un orden no sólo institucional, sino *metainstitucional*.

Al poner de manifiesto el valor performativo de enunciados inicialmente tratados como constataivos, la "segunda teoría" de Austin conduce a distinguir no tipos de enunciados, sino funciones o *subactividades* cumplidas por cualquier enunciado: la de significar y referir (*acto locutivo*); la de cumplir una acción, en el sentido de la performatividad (*acto ilocutivo*) y la de ocasionar distintos efectos extralingüísticos, particularmente estados cognitivos y pasionales del destinatario (*acto perlocutivo*).

Aunque en algún momento Austin enfatizó la función performativa de ciertos verbos, formas y construcciones lingüísticas, llegó a proponer más bien que el logro de un acto de habla se debe a un complejo de condiciones verbales y extraverbales más que a propiedades gramaticales estrictas. A ese conjunto de condiciones alude cuando asegura que "el acto lingüístico total, en la situación lingüística total, constituye el *único fenómeno real* que, en última instancia, estamos tratando de elucidar" (Austin, 1971: 196). Ni el recurso a un tipo de verbos ni la presencia de morfemas deícticos de primera persona en tiempo presente, voz activa y modo indicativo —marcas que pueden verificarse en los anteriores ejemplos ( $\delta$ ), ( $\epsilon$ ) y ( $\zeta$ )— parecen condiciones necesarias ni suficientes para la identificación del tipo de acto que cumple una expresión performativa. Porque ésta es, por decirlo en corto, un hecho *enunciativo* y no *frástico*.

Y así, ( $\delta$ ) puede no cumplir un acto de felicitación sino:

- ( $\delta 1$ ) de reproche irónico, si por ejemplo, el hablante dice /Te felicito por tu habilidad/ a alguien que acaba de derramar un café sobre sus zapatos;
- ( $\delta 2$ ) de aserción descriptiva en un contexto como /Te felicito demasiado últimamente/.

### 16.5.2. La operación ilocutiva

Los actos ilocutivos (como prometer, desafiar o pedir) son autorreferentes y abiertamente reconocibles. La intención de cumplirlos, de obtener su efecto característico, es *necesariamente pública*, como defiende Strawson (1983: 192):

La comprensión de la fuerza de una emisión en todos los casos implica reconocer lo que puede llamarse de modo general una intención dirigida a un auditorio y el que se la reconozca como totalmente abierta, como se intenta que sea reconocida.

Contrariamente, la obtención de efectos perlocutivos no requiere como condición necesaria que la intención comunicativa correspondiente sea pública: se puede “consolar”, “convencer” o “intimidar” sin necesidad de que los enunciados se presenten como explícitamente consoladores, convincentes o intimidatorios. En unos pocos casos (como insinuar, engañar, sorprender, gastar una broma) incluso la intención comunicativa ha de ser *necesariamente secreta*.

Una segunda diferencia entre ilocutivos y perlocutivos concierne al modo en que producen su efecto: los actos perlocutivos como “consolar” o “intimidar” pueden ser el resultado de una cadena causal de acciones, incluso muy indirectamente relacionadas con un enunciado determinado. Sin embargo, efectos ilocutivos como la promesa o la amenaza se producen *inmediatamente*, es decir en el acto enunciativo mismo de “prometer” o “amenazar”<sup>10</sup>.

En todo caso, la diferencia fundamental en razón de la naturaleza misma del efecto ilocutorio es que éste presenta lo que desde Ducrot (1972) se viene llamando un carácter *jurídico*: los actos ilocutivos son creadores, reguladores y modificadores de obligaciones y derechos para el propio locutor y para el destinatario. Sbisà (1984) precisa esta concepción proponiendo que la acción ilocutoria se entienda sobre todo como transacción-manipulación de *deber y poder deóntico*, en forma de autorizaciones, imposiciones, permisos, etc., cuyos efectos son conjunciones o disyunciones de los sujetos con determinados derechos y deberes. Pero también de *saber y creer*, dado que en la mayoría de los casos el efecto ilocutivo involucra aspectos cognitivos que requieren considerar *modalizaciones epistémicas y no sólo deónticas*<sup>11</sup>.

Desde un punto de vista estrictamente semiótico, lo que está en juego en la acción ilocutiva del discurso es la transformación de la *competencia modal deóntica y epistémica* de los sujetos discursivos. Y como señalaban Fabbri y Sbisà (1980: 180), las posiciones socio-semióticas de los sujetos resultan de los diversos procesos de circulación modal entre los interlocutores-interactuantes. En Lozano, Peña-Marín y Abril (1986: 190), examinábamos a modo de ejemplo cómo el acto de promesa analizado por Searle (1980: III) se caracteriza por una *transacción modal* central (equivalente a la “condición esencial” de que habla Searle) consistente en

la concesión por parte del locutor de un poder al destinatario: el de atribuir al propio enunciadore un deber (relativo al acto futuro objeto de la promesa). Las condiciones que Searle denomina “preparatorias” y “de sinceridad” no se refieren sino a competencias modales de los interlocutores previas a aquella ejecución: el enunciadore quiere hacer, y cree que el destinatario quiere que el acto se cumpla, etc.

La teoría pragmática que define el acto de habla como una *operación modificadora del contexto* (cfr. Levinson, 1989: 265-266) es a un nivel profundo coincidente con la perspectiva recién presentada<sup>12</sup>. En ella el contexto sobre el que interviene el acto ilocutivo se entiende como un conjunto de proposiciones (o presuposiciones pragmáticas) que describen creencias, conocimientos y compromisos, es decir, *proposiciones epistémica y deónticamente modalizadas*. Un acto como *aseverar* “añade proposiciones” al contexto inicial: el hablante transita a un contexto en el que “se compromete con la creencia en la verdad de la

proposición”. Un acto como *permitir* “suprime proposiciones”: el estado de cosas descrito deja de estar prohibido... El lector puede probar a traducir estas modificaciones en términos de transacciones de competencia modal, recurriendo para ello a valores modales como los presentados en la nota 11.

### 16.5.3. Actos discursivos, instituciones y sujetos

Bourdieu (1985: 67-77), ha criticado muy ácidamente la “ingenuidad” y el “error” de la teoría de actos de habla, consistentes en buscar el poder de las palabras en las palabras mismas:

[la más cabal expresión de ese error] nos la proporciona Austin (o Habermas después de él) cuando cree descubrir en el propio discurso (...) su principio de eficacia. Intentar comprender lingüísticamente el poder de las manifestaciones lingüísticas, buscar en el lenguaje el principio de la lógica y de la eficacia del lenguaje de institución, equivale a olvidar que la autoridad llega al lenguaje desde fuera (...) el poder de las palabras reside en el hecho de que quien las pronuncia no lo hace a título personal, ya que es sólo su “portador” (...) todos los esfuerzos para hallar el principio de la eficacia simbólica (...) están siempre condenados al fracaso mientras no establezcan la relación entre las propiedades del discurso, las propiedades de quien las pronuncia y las propiedades de la institución que autoriza a pronunciarlas.

Austin no era tan ingenuo: nada más lejos de su pensamiento que atribuir una especie de poder intrínseco o mágico a las palabras. Pero la crítica de Bourdieu no es trivial, porque en efecto falta en Austin y en sus continuadores el desarrollo de una teoría cuya necesidad parece presupuesta por la de *actos de habla*: una teoría que dé cuenta del engranaje entre la acción discursiva, las instituciones sociales y la constitución misma de los sujetos socio-discursivos como ocupantes legítimos de papeles y lugares o posiciones de enunciación.

Una modesta propuesta en esa dirección fue avanzada en Lozano, Peña-Marín y Abril (1986: 180-181). Aquí nos limitaremos a presentarla, algo ampliada, en un cuadro con posibles aplicaciones heurísticas (véase Fig. 16.7).

Los tipos de performativos que figuran en la primera columna responden a una síntesis, seguramente no exhaustiva, de las tipologías de Austin (1971) y Benveniste (1974)<sup>13</sup>.

En el cuadro la acción performativa aparece respaldada y orientada por distintas *instituciones* que suministran los requisitos exigibles a los agentes comunicativos a modo de *competencias* para su actuación enunciativa<sup>14</sup>.

Denominamos *voces sociodiscursivas* a expresiones de subjetividad que son definibles hipotéticamente a la vez en la estructura-interacción social y en los sistemas-procesos discursivos. La actuación discursiva de un actor exige la adopción alternativa o simultánea de todas o algunas de esas “voces”<sup>15</sup>. Los solapamientos y condicionamientos recíprocos entre niveles son casi evidentes: por ejemplo, un “portavoz” es una figura pertinente en un nivel jurídico como (y porque lo es) en un nivel enunciativo; también, el actor se puede presentar a la vez como “portavoz” y como “remite intencional” en un mismo enunciado. Tal es el caso de expresiones como las siguientes:

(El guardia al conductor) /Me veo en la [desagradable] obligación de denunciarle por embriaguez/  
(El negociador sindical) /[Mmm... Lo siento] pero... esto no vamos a aceptarlo como sindicato/

en las que cada una de las modalizaciones señaladas entre corchetes introduce una marca “subjetivadora” contra el contexto de-subjetivador subrayado. O en las que, si se quiere, el agente simultáneamente desempeña un papel institucional (como “portavoz”) y denota su distancia respecto a tal papel (en cuanto “persona”).

La Figura 16.7 no recoge cómo las “voces” aparecen sobredeterminadas pasional o afectivamente. Unas veces para modificar funcionalmente los actos de habla, como ocurre en la diferenciación entre “petición” y “súplica”; otras, a un nivel plenamente competencial, para definir estados rituales del sujeto; la “circunspección” de la promesa, el “entusiasmo” de la felicitación, el “abatimiento” de la condolencia; o la pura “seriedad” del veredicto construida como grado cero o neutral que ritualiza la “impersonalidad” de la institución judicial.

| ACTOS DE DISCURSO | INSTITUCIONES                                  | COMPETENCIAS   | VOCES SOCIODISCURSIVAS                            |
|-------------------|--|--|---|
| DE AUTORIDAD      | Jurídicas<br>(“Poder reconocido”)              | Autoridad-<br>Legitimidad                              | Portavoz,<br>delegado                             |
| COMPROMISOS       | Reglas morales<br>y sociodiscursivas           | Coherencia,<br>sinceridad,<br>seriedad,<br>cortesía... | Persona social<br>(“Remitente<br>internacional”)  |
| FÓRMULAS          | Rituales                                       | Lealtad social<br>(“Buena educación”,<br>etc.)         | Papel<br>(Compromiso con<br>posición interactiva) |
| EXPOSITIVOS       | Formaciones,<br>tipos y géneros<br>de discurso | Competencias<br>discursivas<br>específicas             | Posiciones<br>de enunciación                      |

Figura 16.7. Actos discursivos, instituciones y sujetos

## 16.6. La polifonía del discurso

### 16.6.1. El sujeto dialógico

La teoría de la *polifonía textual* propuesta por Bajtín<sup>16</sup> no se reduce a una teoría sintáctica de la *intertextualidad*, es decir, de los modos de inserción de fragmentos textuales distintos en el discurso propio. La perspectiva bajtiniana exige también, y en primer término, un

cuestionamiento de la *unidad* y la *homogeneidad* del sujeto presupuestas de modo acrítico por los empirismos de la comunicación. Pues Bajtín habría coincidido con Goffman (1981: 145) en que el concepto mismo de “hablante” es sólo una noción popular no analizada. Y en entender que el sujeto discursivo se construye y despliega en un *polifacetismo dramático*.

Frente a las perspectivas estructuralistas y cibernéticas tradicionales, en que el sujeto es una instancia vacía o un “ruido” metodológico, Bajtín propone un sujeto *positivo*, cuya positividad se fundamenta en una definición a la *vez posicional* (según su momento sin-táctico) y *competencial*, según las disposiciones cognitivo-valorativas que pueden atribuírsele en la actividad de enunciación. Y que expresan habitualmente una subjetividad colectiva virtual, es decir, algún(os) sujeto(s) colectivo(s) que habla(n) siempre a través del “autor” o el “locutor” manifiesto. Estas disposiciones lingüístico-ideológicas son denominadas por Bajtín, indistintamente, “posiciones interpretativas”, “puntos de vista”, “actitudes”, “ideologías lingüísticas”<sup>17</sup>...

Frente al empirismo duro, la positividad y la identidad del sujeto bajtiniano no son datos, sino resultados de una construcción histórica interactivamente mediada (por la propia actividad lingüístico-discursiva). Además de dramático, el sujeto es *fronterizo*, hecho de la permanente conmixción entre una voz (relativamente) *propia* y una voz no menos relativamente *ajena*.

Bajtín entiende que la figura del “interlocutor del diálogo” es igualmente irreductible al pequeño microcosmos psicosocial de la escena comunicativa: hay siempre una *virtualidad incoada* de destinatario ideal, típico o trascendental que se presupone en el propio acto enunciativo y que remite a un *horizonte socio-verbal* característico.

La intuición bajtiniana del “autor” del enunciado como instancia múltiple, como lugar de encuentro de “voces” por cuya virtud –y no por la superposición de “formas lingüísticas”– se justifica la apertura de un texto a otros textos, ha encontrado un desarrollo muy sugerente en la “teoría polifónica de la enunciación” de Ducrot (1986: 175-238) algunos de cuyos conceptos básicos vamos a parafrasear.

Una vez descartada la pertinencia del “hablante” como instancia discursiva, la figura pertinente del *locutor* no es sino una ficción del discurso mismo, la de quien el discurso presenta como su *responsable*. En un enunciado como

( $\alpha$ ) /Francamente, yo soy tonto fiándome de ése/

el locutor es aquella instancia a la que se imputa la responsabilidad de enunciar ( $\alpha$ ), lo que incluye la responsabilidad sobre el acto ilocutivo (en este caso de *aserción*) y sobre sus presupuestos pragmáticos: creencia en la verdad de ( $\alpha$ ), capacidad de dar razones sobre lo afirmado, etc.

Ahora bien, es posible distinguir un *locutor*  $\lambda$ , presentado (*mostrado*) por el enunciado mismo como su responsable, de un *locutor*  $l$ , “locutor como ser del mundo”, personaje representado (*dicho*) en el enunciado. Así, el *sentido del enunciado* (a) congrega dos distintas instancias de “yo”:

[Acto de enunciación presupuesto] [Enunciado]

( $\alpha$  ‘) Yo afirmo (Francamente, yo soy tonto...)

Locutores: L  $\lambda$

Es claro que el primer /yo/ (L), calificando al segundo ( $\lambda$ ) de /tonto/, no se identifica con él, ni se autopresenta como “tonto”<sup>18</sup>.

Como el propio Ducrot recuerda, la distinción de los dos niveles de la instancia locutiva, L/ $\lambda$ , está implícita en la teoría del *ethos* oratorio de la retórica clásica (cfr. Lausberg, 1975): por ejemplo, un orador puede atribuirse expresamente a sí mismo (en cuanto  $\lambda$ ) las cualidades de tímido y modesto, pero mostrarse a la vez descarado y arrogante por el tono afectivo y por otros rasgos pragmáticos de su hacer enunciativo (en cuanto L). La distinción es también clara en cualquier ejemplo de paradoja pragmática o enunciativa. Así, el enunciado

/Yo no sé escribir/

presenta a un  $\lambda$  que se representa a sí mismo como analfabeto y a un L que desmiente en la misma presentación performativa del acto esa pretensión.

La distinción ducrotiana L/ $\lambda$ , análoga a la clásica categoría *sujeto de la enunciación/ sujeto del enunciado* cuando se refiere a la instancia múltiple del “yo”, puede sin embargo aplicarse a cualquiera otra instancia locutiva del discurso, como los *locutores a los que se cita*. De tal modo que, por ejemplo, un discurso *paródico* puede presentar a un locutor segundo con pretensiones de seriedad en tanto que L, pero ridículo como  $\lambda$ .

Una tercera figura definida por Ducrot tiene también gran interés analítico: la que él denomina *enunciador* (E) y que deberemos diferenciar, desde luego, de otras acepciones del término en la literatura semiótica. El E de Ducrot no es un locutor sino una “voz enunciativa”, análoga al “centro de perspectiva” de Genette (1972). En una intervención conversacional como la siguiente:

/Tu amigo [scrá muy brillante] pero a mí me parece un trepa/

la parte entre corchetes es claramente “citacional”, pero no se atribuye a un locutor definido. Representa más bien una actitud valorativa, una posición interpretativa virtual que podría identificarse con la de un sujeto colectivo de opinión, más o menos indeterminado; o en algún caso, por obra de una implicatura, atribuirse al alocutario.

Para ejemplificar conjuntamente los tres conceptos ducrotianos consideremos el enunciado siguiente (supuestamente epistolar):

/Me alegro mucho de que te hayas librado del “servicio a la patria”/

En este texto, L es el locutor que cumple el acto ilocutivo de *felicitarse* al alocutario, y lo hace indirectamente<sup>19</sup>, a saber, *asertando* un estado emocional (la alegría) de  $\lambda$ . L *cita* también a un enunciador E, responsable de la expresión entrecomillada, identificable con una actitud ideológica de la que L se distancia irónicamente.

### 16.6.2. Expresiones polifónicas

La *polifonía*, noción clave del dialogismo bajtiniano, es la propiedad de aquellos actos que se presentan como cumplidos en el propio discurso pero que al tiempo se atribuyen a un locutor (o enunciador) segundo distinto del actual. Como ha señalado Peña-Marín (1984: 118):

Por polifonía se entiende el fenómeno por el cual varias voces hablan en todo discurso. Un factor esencial que conforma esta pluralidad de voces es la lengua misma, la lengua como portadora de un "horizonte ideológico verbal" (Dentro de toda lengua, el castellano, por ejemplo, coexisten diferentes "lenguas" en el sentido que da a este término Bajtín... dialectos, jergas, registros expresivos, etc.).

De sus reflexiones sobre la novela deduce Bajtín que el autor puede utilizar una "lengua" como propia y mostrar otras como ajenas. La lengua se dispone en grados de mayor o menor vecindad al autor. Algunos momentos de la lengua expresan las intenciones semánticas y expresivas del autor, otras refractan esas intenciones, él no se solidariza plenamente con esas palabras, las muestra como extrañas, las acentúa de modo humorístico, irónico, paródico...

Para Bajtín (1989: 93-94) la palabra siempre encuentra a su objeto "ya nombrado", porque entre ambos se interponen "las demás palabras ajenas acerca del mismo objeto". El objeto está "impregnado de ideas generales, de puntos de vista, de valoraciones y acentos ajenos".

Pero la polifonía discursiva es observable de modo analíticamente más preciso en los enunciados a los que Bajtín denomina "bivocales", es decir, aquéllos que remiten simultáneamente a un *doble contexto de enunciación*: el del acto enunciativo actual y el de una enunciación anterior representada por aquél. En los siguientes subapartados nos referiremos a algunas notorias variedades de estos enunciados.

a) El *estilo directo* (ED) de citación presupone un "contrato de literalidad" en virtud del cual se admite que el locutor citador está presentando tal cual, como un objeto discursivo, otro enunciado.

Se ha hablado muchas veces de esa ilusión de literalidad, de reproducción del acto enunciativo como un simulacro "teatral" característico del ED. Obviamente, en oposición al estilo indirecto, el ED reclama una lectura *de dicto*<sup>20</sup> y permite simular que el locutor está cediendo íntegramente la palabra a otro locutor. Pero como señala Peña-Marín, tal cesión es siempre incompleta en la medida en que es imposible la reproducción plena de un contexto de enunciación. El desarraigo del contexto lingüístico y extralingüístico previo hace entrar a toda palabra en una nueva relación dialógica y no es enteramente evitable el conferir algo de nuestra propia voz a la voz citada (Lozano, Peña-Marín y Abril, 1986: 149).

Hemos llamado "contaminación de voces" a este fenómeno, claramente ejemplificable en un enunciado como el siguiente, si lo proclama "seriamente" un vengador en el momento de ejecutar su venganza:

/El Señor dijo: "Quien a hierro mata a hierro muere"/

Hay dos sujetos locutivos en esta cita, el locutor citado y el citador, que manifiesta su total identificación con el contenido de la cita. La contaminación de voces se produce tanto a nivel sintáctico-semántico como pragmático. Sintácticamente, y como es característico de todo ED, el tiempo y la persona del enunciado citado adoptan las formas propias de una enunciación actual. Semánticamente, el locutor actual toma las palabras y los significados en su supuesta "literalidad". Y, finalmente, la cita no sólo "representa" el sentido pragmático de una admonición, sino que "se cumple" como acto ilocutivo de admonición, adoptando los presupuestos pragmáticos de las palabras citadas.

Es notable la gran flexibilidad del ED para proponer grados de proximidad/distancia (cognitiva, axiológica y afectiva) entre la voz citadora y la citada. La misma frase del ejem-



plo anterior, en un uso paródico, podría servir para señalar la “divergencia”<sup>21</sup> del locutor respecto al sentido del enunciado citado.

b) El *estilo indirecto* (EI) presenta propiedades sintácticas bien conocidas; el tiempo y la persona del enunciado citado se recrean tomando por referencia la enunciación actual. De este modo, un estilo directo como:

/Anteayer me dijo: “iré mañana mismo”/

es parafraseable en EI como:

/Anteayer me dijo que iba a venir ayer/

expresión en la que /ayer/ adquiere referencia défictica respecto al “hoy” de la enunciación actual.

Sus propiedades semánticas y pragmáticas son también opuestas a las del ED: en EI el *análisis* de la enunciación de otro se da inseparablemente con su transmisión. Los elementos afectivos y la fuerza pragmática del contexto enunciativo original nunca se cumplen actualmente en el discurso del locutor, sino que aparecen necesariamente “comentados”, “representados”, en la modalidad *de re*, no en la *de dicto*.

Bajtín (1977: 177) presenta un buen ejemplo de estas propiedades:

El enunciado en discurso directo: “;Qué bien está! Es toda una realización” no puede ser transpuesto (al estilo indirecto) en la forma siguiente: “El dijo que qué bien está y que es toda una realización”; ha de ser transpuesto más bien así: “El dijo que estaba muy bien y que era toda una realización” o bien así: “El dijo con un tono entusiástico que estaba bien y que era una gran realización”.

En la última transposición al EI del ejemplo bajtiniano se advierte con claridad cómo la cualidad socioafectiva del enunciado citado es *analizada* o *representada* semánticamente en el contenido proposicional (/con un tono entusiástico/) pero no performativamente *re-producida* en el sentido del enunciado actual.

c) El *estilo indirecto libre* (EIL) proporciona la expresión más acabada de una *interferencia de discursos* o contextos enunciativos, y también de lo que Bajtín-Volochinov denomina “estilo pintoresco” de la citación<sup>22</sup>. El EIL ilustra como ningún otro procedimiento literario la duplicidad y la naturaleza fronteriza del “yo” que tanto interesaban al gran teórico del carnaval. Para Bajtín (1982: 327) lo importante no es

el análisis de la conciencia en forma de un yo unitario y único, sino el análisis precisamente de la interacción de muchas conciencias (...) No aquello que sucede dentro, sino lo que acontece en la frontera de la conciencia propia y la ajena, en el umbral.

Es frecuente que los estudios literarios consideren al EIL como un modo de citación “intermedio” entre el ED y el EI, porque posee propiedades de ambos: semánticamente, por la “vivacidad” y la “teatralización” del contexto citado en el contexto enunciativo actual, se emparenta con el ED; sintácticamente, presenta propiedades comunes con el EI:

transformación de la primera persona en tercera, del tiempo presente en imperfecto y del perfecto en pluscuamperfecto, como puede apreciarse en este breve ejemplo extraído de un relato de J. Benet:

/"Era un hombre rico (...) que había visto en Rosa una chica seria, humilde, sin aspiraciones de ninguna clase, que llevaría su casa a la perfección y, quién sabe, quizá le podría dar hijos"/

Bajtín, no obstante, niega con buenas razones que el EIL deba ser definido negativamente como una "mezcla" de otros estilos de citación. El EIL supone más bien "una tendencia completamente *nueva*, positiva, en la aprehensión activa de la enunciación de otro" (Bajtín, 1977: 195).

La descripción más impresionista del EIL en la tradición de los estudios literarios afirma que el narrador "se introduce en el personaje", que habla a través de sus palabras y de su mundo interior. Más técnicamente, Peña-Marín precisa: los déicticos, incluso los tiempos verbales, a diferencia de los que ocurre en el estilo directo, "contextualizan el discurso desde el punto de referencia del personaje (...), con lo que sólo la tercera persona y los momentos descriptivos lo diferencian del monólogo interior", manteniendo la voz del narrador como transmisor del discurso del personaje (Lozano, Peña-Marín y Abril, 1986: 155).

Es esa atracción déictica, cognitiva y afectiva hacia el punto de vista del "personaje" lo que señala la "tendencia positiva" del EIL, y lo que establece la mayor semejanza de este estilo citacional con el EI<sup>2</sup>.

d) Esa misma orientación característica del EIL es la que permite distinguirlo, como acertadamente ha hecho Reyes (1984) de otro modo de discurso polifónico aparentemente próximo al EIL: la *oratio quasi obliqua* (OQO). La diferencia sustantiva, y habitualmente inadvertida, concierne en efecto a la *actitud* citacional, que en la OQO es, como en el EI, comentativa o analítica respecto al enunciado citado. Al contrario que en el EIL, el léxico, los rasgos lectales y expresivos con los que se cita son los del locutor-narrador, no los del personaje. En todo momento es el punto de vista, el horizonte ideológico-verbal del narrador el que señorea el sentido del discurso. La OQO es centrípeta, socio o etnocéntrica: si en el EIL el narrador se descentra para situarnos en el lugar del personaje, en la OQO "el narrador tiene, o se arroga, la autoridad de tomar el discurso ajeno por su cuenta" (Reyes, 1984: 201 y ss.). Un breve ejemplo literario de la misma autora ilustrará esta forma de citación. En un pasaje de *Baza de espadas* de Valle Inclán, el personaje femenino Sofi hace reproches al masculino, Fermín:

/"...A ti de mi vida se te da bien poco. Llegando a Londres, me tiras al agua con una piedra al cuello"/

Con estas palabras Sofi cita ("traduce") los supuestos deseos, el discurso interior de su antagonista, en una paráfrasis libre, contextualmente inferible, que en todo momento mantiene el punto de vista, el estilo expresivo y las referencias espacio-temporales propias (Reyes, 1984: 197 y ss.).

Los límites socio-institucionales entre EIL y OQO parecen también muy marcados en el escenario discursivo de nuestra cultura: en tanto que el primero se presenta como un discurso característica y exclusivamente "literario", la OQO —y Reyes lo señala también— es

un modo de citación común en el habla cotidiana y en la noticia periodística. En este segundo ámbito discursivo por efecto de una legitimación social que autoriza al narrador-informador a reformular los discursos ajenos, los de las "fuentes informativas", en los términos del discurso periodístico.

---

## NOTAS AL CAPÍTULO 16

---

<sup>1</sup> Ahórrenos Dios las nostalgias sesentayochistas de una semiología rudamente criptográfica y "desmitificadora", o de una "guerrilla semiológica" como la que antaño propugnara el hombre de la rosa. Pero la semiótica no puede renunciar a su potencial crítico, a su capacidad de perturbar, aun como un leve ruido semántico, el naturalismo de la semiocracia imperante; a su capacidad de parafrasear los sentidos indirectos, amortiguados, aplazados y anticipados por las actividades de discurso, que es siempre un escenario de ejercicio de poder y de lucha por el poder; de interpretar las que Barthes, recogiendo el guante de los críticos que lo tildaban de psicoanalista social, denominó alguna vez "formas laicas de lo inconsciente". Como la lectura benjaminiana de la historia, la lectura semiótica ha de abordar los discursos "a contrapelo", hasta el umbral de ilegibilidad e indecibilidad de los sentidos derrotados que todo sentido, en cuanto victorioso (en tanto que sentido de los vencedores), establece como su trasfondo de legibilidad y decibilidad.

<sup>2</sup> Aun cuando la distinción de estos tres órdenes se debe a Morris (1985) su precursor más conspicuo es Peirce: la sintaxis morrisiana está incoada en la "gramática especulativa" propuesta por el gran filósofo norteamericano, que atribuía a este campo de investigación la tarea de definir, analizar y clasificar los signos o *representámenes*. La semántica equivale a la "lógica" peirceana, ciencia encargada de analizar las representaciones u *objetos* de la semiosis. La pragmática, por último, tiene su antecedente en la "retórica pura" a la que Peirce atribuía el conocimiento de las operaciones del *in-interpretante*, a saber, aquellas por las que los signos y los pensamientos se generan unos a otros, y aquellas que condicionan "la fuerza de los símbolos" (cfr. Deladalle, 1978). Hay que destacar que la teoría peirceana del *interpretante final* esboza una concepción propiamente pragmática de las instituciones y las prácticas sociales como marco de la semiosis, concepción que debiera ser emparentada con perspectivas como las de Wittgenstein o Bajtin. Como explica Vicente Gómez (1992: 157-158).

El límite que impone el "interpretante final" como regularidad, como hábito de comportamiento verbal y que posibilita la intersubjetividad verbal, permite referir usos verbales a situaciones comunicativas típicas, es decir, permite correlatar regularmente las variedades de textos lingüísticos a categorías específicas y recurrentes de rasgos sociosituacionales. La recurrencia histórica de estas clases textuales las convierte en interpretantes finales o entornos interpretativos del texto que se inscribe en una de ellas, pues éstas insertan y ordenan el texto individual dentro del devenir histórico del saber textual de una cultura con el fin de hacerlo comprensible.

<sup>3</sup> Tal era el caso en cierto análisis de valores pasionales que tomaba por referencia el universo conceptual del *Tratado de la naturaleza humana* de Hume, y las interpretaciones del mismo que desarrolla Taylor (1987).

En este universo semántico el criterio que fundamenta la oposición básica es la naturaleza del sujeto y del objeto de una sanción moral: el "orgullo" supone una sanción positiva del sujeto respecto a sus propios actos, la "vergüenza" supone el reconocimiento de una sanción del otro, etc.

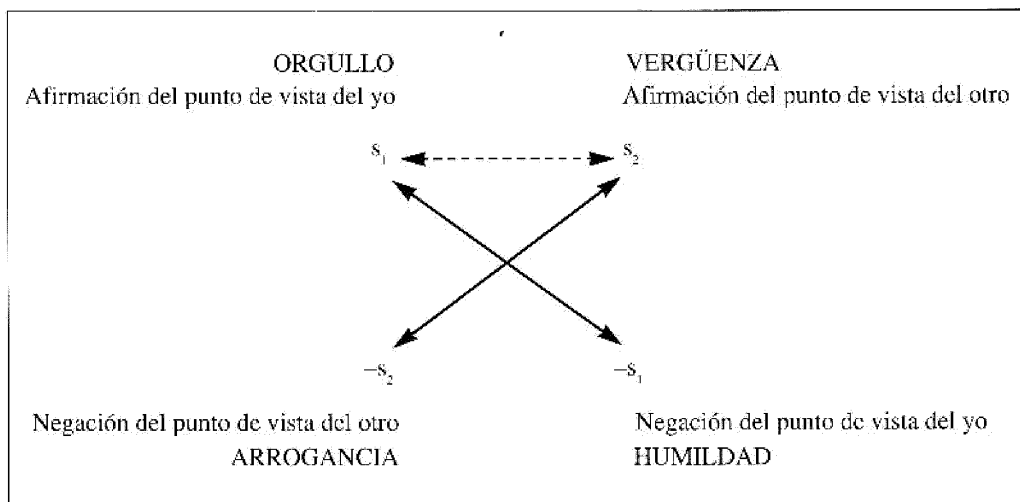


Figura 16.8. Cuadro semiótico de valores pasionales

<sup>4</sup> A partir de Peirce (1987) y de Jakobson (1975) los *deícticos* son formas lingüísticas o semióticas de carácter *simbólico*, es decir, con un significado codificado o convencional, y a la vez *indiciales*, es decir, con un significado situacional. En la lengua son deícticos los pronombres personales como *yo, tú, nosotros*, los mostrativos como *este, aquel*, adverbios de tiempo y lugar como *ahora, antes, después, aquí*, verbos como *venir*, etc. *Persona, lugar y tiempo* son las categorías básicas de la *deíxis*.

La noción de *deíxis*, se refiere a las relaciones entre lenguaje y contexto que se reflejan en la estructura misma de la lengua; las lenguas, explica Levinson (1989: 47) “codifican o gramaticalizan rasgos del *contexto de enunciación*”. Así, el pronombre */éste/a/o/* es una “variable o soporte de lugar para una entidad concreta dada por el contexto (p. ej. mediante un gesto)”.

Frente a una perspectiva restringida de las formas deícticas, cabe una perspectiva generalizadora como la de la etnometodología que ve en la *indicialidad* (en la dependencia contextual) una característica universal de todas las expresiones, dado que, en mayor o menor medida la inteligibilidad y el sentido de cualquier expresión están ligados a la situación enunciativa (cfr. Garfinkel, 1972: 195). Por ejemplo, según la perspectiva restringida, una descripción definida como */el gobierno/* es característicamente no deíctica. Pero un titular de prensa como */El gobierno decide subir las gasolinas/* muestra a las claras el carácter indicial de esa expresión: se trata del gobierno estatal más próximo en el tiempo y en el espacio al momento y al lugar de la enunciación, y no de cualquier otro.

Es tradicional que se oponga a la *deíxis*, entendida como relación entre el discurso y el contexto de enunciación, la *anáfora*, entendida como referencia en el discurso al propio discurso. Las *formas anafóricas* propiamente dichas remiten a un contenido de discurso dado anteriormente; por ejemplo: */unos días después... (de los mencionados)/*. Las *catafóricas* remiten a contenidos que se presentarán ulteriormente; por ejemplo: */los conceptos del próximo apartado.../*

<sup>5</sup> Los conceptos de “diccionario” *versus* “enciclopedia” son trabajados especialmente en Eco (1981 y 1990).

<sup>6</sup> La actividad inferencial remite así a explicaciones en términos de *marco*: interactuando discursivamente, los sujetos tratan de dar sentido a su interacción de modo compatible (si no idéntico),

y no tanto por medio del conocimiento compartido de situaciones típicas cuanto por una *participación cooperativa* que implica pretensiones de corrección y normalización y modos característicos de implicación subjetiva: desarrollo de papeles, adopción de estados rituales, perspectivas participante u observadora, etc.

Esta es la línea en que se desarrolla la teoría del marco de Goffman (1974) frente a la perspectiva más estática de Minsky (1974) para quien el marco era una estructura de datos integrados en una percepción convencional que permite identificar una situación estereotipada.

<sup>2</sup> Esta teoría ha sido expuesta en tantos manuales y monografías que ciertamente avergüenza repetir el intento de divulgarla. Hay que destacar el desarrollo (que no mera síntesis) propuesto por Levinson (1989: 89-157) y la clara y sistemática presentación de Escandell Vidal (1993: 91-107).

<sup>3</sup> Entre las muchas objeciones que se han hecho a las máximas de Grice destacan la de su supuesto *etnocentrismo* y la de su *inexhaustividad*. Desde el primer punto de vista parece efectivamente abusiva la pretensión de que racional y universalmente los participantes en una conversación se vean impelidos a la claridad, a la pertinencia, etc., con la duda añadida de que existan criterios universalizables de claridad, pertinencia, etc. Desde el segundo punto de vista, es de suponer que la cooperación conversacional se alimenta de fuentes no exclusivamente "lógicas". Sánchez de Zavala ha invocado en alguna ocasión la conveniencia de añadir una "máxima de fascinación" a las de Grice. La teoría debe ser completada también con otras propiedades de la interacción social como la protección de la *cara*, en la acepción goffmaniana luego incorporada por Brown y Levinson (1987) a su teoría de la *cortesía*; teoría que trata de desarrollar explícitamente el modelo de Grice (cfr. Escandell Vidal, 1993: 174-181).

<sup>4</sup> Aparte del siempre interesante tratamiento de Levinson (1989: 217-270) hay que destacar el *reading* de Sbisà (1978) y el desarrollo teórico de la misma autora, Sbisà (1984). El engranaje de los actos de habla en una teoría de la acción comunicativa ha sido trabajado por Habermas (1987). En Escandell Vidal (1993) y en Lozano, Peña-Marín y Abril (1986) se tratan extensamente los actos de habla.

<sup>5</sup> De ahí el parentesco entre la teoría del *acto de habla* a partir de Austin y la teoría del *don*, o más en general del intercambio simbólico, a partir de Mauss. Como hemos señalado en Abril (1988b: 139):

La dádiva constituye un acto jurídico en el sentido de que produce transformaciones en las relaciones de autoridad, débito, sumisión, etc., entre los sujetos implicados, y en la medida en que tales efectos son una consecuencia primaria de la propia acción obsequiosa y no secuelas derivadas de ella. Esa misma característica lo es, según Ducrot, de todo acto lingüístico (o más precisamente del acto ilocucionario [...]); por ejemplo, si es la propia sentencia del magistrado lo que transforma al acusado en condenado, o lo absuelve, en virtud de la institución judicial, es también mi propia promesa, cuando prometo, y en virtud de las instituciones sociodiscursivas, lo que me transforma en deudor de una obligación, y a mi interlocutor en acreedor respecto a tal compromiso.

Otro tanto acace en el *potlatch*: no es una ley de gratitud exterior al ritual la que obliga a devolver el favor ofrecido a lo largo de su ejecución, sino que el propio acto ceremonial, y conforme a la institución misma del intercambio simbólico, origina la obligación. "La obligación de devolver —escribe Mauss— es el todo en el *potlatch*".

<sup>6</sup> Aun cuando, como la propia autora da a entender, las modalidades epistémicas pueden aparecer sobredeterminadas por las deónticas (Sbisà, 1984: 125):

saber, observa aún Wittgenstein (...) está emparentado con "estar en condiciones de", con poder. En esta perspectiva, atribuir a un sujeto un saber equivale a atribuirle un saber hacer (cuando menos, saber hacer ciertas aserciones), y con ello un poder hacer: una idoneidad, un derecho, o incluso en ciertos casos una autoridad. En correspondencia, hacer saber puede ser descrito como poner a un sujeto en una condi-

ción en la cual viene intersubjetivamente reconocido su derecho (idoneidad, autoridad...) a hacer un cierto tipo de aseveraciones.

Como expone Quezada (1991: 175-185) en la jerarquía sintagmática propuesta por Greimas para la organización sintáctica de los enunciados, un nivel *modal* sobredetermina a un nivel *descriptivo* (del mismo modo que en la lógica tradicional el predicado modal afecta al predicado principal de una frase). La recurrencia de estructuras modales opera como "armazón semio-narrativa de todo discurso". Greimas y Courtés (1982: 263) explican que los estudios semióticos

han demostrado constantemente el rol excepcional que tienen para la organización semiótica de los discursos, los valores modales de querer, deber, poder y saber, capaces de modalizar tanto el ser como el hacer. De otro lado, la tradición saussureana (...) nos ha acostumbrado a reflexionar en términos de modos de existencia - existencia virtual, actual, realizada- que constituyen otras tantas instancias que jalonan un recorrido.

El diagrama básico de esta gramática modal es el siguiente:

| Modalidades virtualizantes | Modalidades actualizantes | Modalidades realizantes |
|----------------------------|---------------------------|-------------------------|
| deber<br>querer            | poder<br>saber            | hacer<br>ser            |

cuyo sentido, en la economía narrativa greimasiana, es claro: los momentos virtualizante y actualizante corresponden a la *calificación* o adquisición de competencia de un actante *sujeto*. El momento de la realización es el de su *cambio de estado*. El proceso narrativo aún comprende un momento de *sanción* cognitiva (como el "reconocimiento del héroe") y pragmática (como el castigo o la recompensa), impartida por el actante *destinador*.

En la estructura modal *aléctica*, la modalidad del *deber* rige un enunciado de estado (*ser/estar*); en la *deóntica*, rige un enunciado de *hacer*. En la estructura modal *epistémica*, la modalidad del *creer* rige un enunciado de estado. La escuela de Greimas organiza habitualmente las modalidades *alécticas*, *deónticas* y *epistémicas* en cuadros semióticos como los que presentamos a continuación. Para un conocimiento del dinamismo de las modalidades en la descripción semio-narrativa remitimos nuevamente a Quezada (1991) y a Greimas y Courtés (1982):

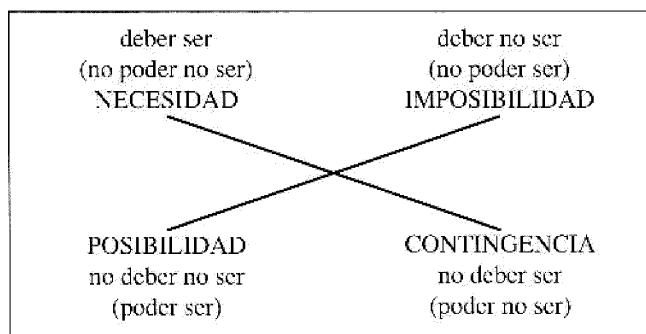


Figura 16.9. Modalidades alécticas

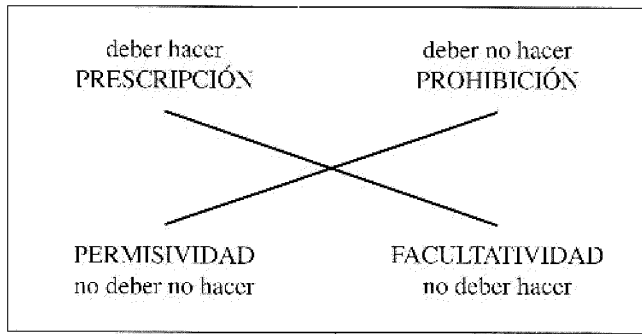


Figura 16.10. Modalidades deónticas

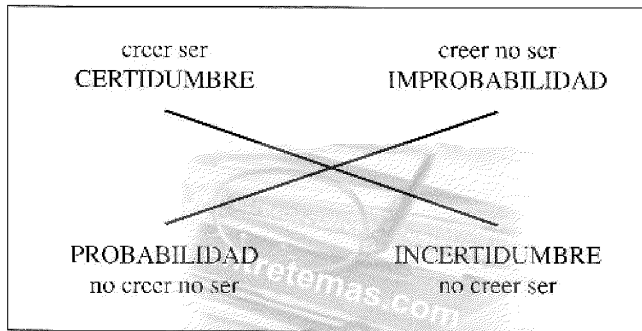


Figura 16.11. Modalidades epistémicas

<sup>12</sup> La aproximación que sugerimos entre la perspectiva pragmática *estándar* y la perspectiva de la semiótica narrativa puede aún ampliarse con la asimilación del concepto de *programa narrativo* (PN) al análisis de las secuencias de acción discursiva, y con el desarrollo de una teoría semiótica de la *manipulación*, relativa al *hacer-hacer* entre sujetos, tal como proponíamos en Lozano, Peña-Marín y Abril (1986: 81-84 y 204-205).

<sup>13</sup> Los actos de autoridad a que se refiere la casilla superior corresponden a las formas “fuertes” del discurso directivo, y comprenden los *exercitives* de Austin (nombrar, ordenar, conceder...) y (al menos algunos de) sus *verdictives* (absolver, condenar...). Los compromisos equivalen a los *commissives*, austinianos (prometer, consentir, amenazar...). Las fórmulas (según expresión de Benveniste) equivalen a los *behabitives* de Austin (felicitar, agradecer, pedir disculpas...). Los expositivos del cuadro traducen, obviamente, sus *expositives* (afirmar, informar, objetar...)

<sup>14</sup> Como hemos analizado en Abril (1988a: 85-98) las instituciones “formales” se caracterizan semiocomunicativamente por establecer *restricciones* respecto al campo de alternativas potenciales que fijan los principios interactivos convencionales y sus correspondientes procedimientos de conocimiento consensual (que cabría considerar como instituciones “informales” o “metainstituciones”). Es claro, por ejemplo, que en la vista oral de un juicio la institución judicial-procesal restringe el

juego de las posiciones enunciativas, prohíbe ciertos actos de habla (como la interrogación del procesado al magistrado...), etc. Suspende, pues, incluso la vigencia de principios comunicativos generales como la reciprocidad. En nuestro cuadro, las instituciones que respaldan el hacer compromisorio pertenecen al árca convencional-consensual. Las otras, a la "formal".

<sup>15</sup> Que seguramente se corresponden con ciertos "papeles", en la acepción psicosocial, aunque nuestro cuadro reserva la denominación de "papel" para expresiones comportativas como "saludar", "agradecer", etc. Stubbs (1987: 161-163) alude al problema que tratamos en los siguientes términos:

Llevar a cabo con éxito algunos actos de habla (...) requiere que los hablantes desempeñen papeles sociales que les han otorgado en el marco de una institución social (...) En algunos discursos (...) el hablante produce emisiones que a veces se interpretan de modo oficial, puesto que habla como detentador de un papel social determinado, en tanto que otras emisiones se interpretan como si fuera su propio punto de vista (...) Lo importante es que hay una relación entre el acto de habla que lleva a cabo un hablante y su papel social a la que la literatura sobre los actos de habla no ha prestado prácticamente atención.

<sup>16</sup> En este apartado mantendremos una referencia constante a la obra de Bajtín y de sus colaboradores (¿o heterónimos?) Medvedev y Volochinov. La hipótesis central de esta corriente del pensamiento *dialogista* se puede extraer de Bajtín (1977: 136):

La verdadera sustancia de la lengua no está constituida por un sistema abstracto de formas lingüísticas, ni por la enunciación-monólogo aislada, ni por el acto psicofisiológico de su producción, sino por el fenómeno social de la interacción verbal que se realiza a través de la enunciación y las enunciaciones.

<sup>17</sup> Gadet y Pêcheux (1984: 104) encuentran en esta orientación de Volochinov una "psicología del cuerpo social" heredada de Plejanov.

<sup>18</sup> Este es un "provecho estratégico" señalado por Ducrot (1986: 217): "L saca provecho de las sandeces de λ, que enseguida λ aprovecha por contragolpe, ya que L es una de sus múltiples figuras".

<sup>19</sup> Respecto a las funciones y usos de los actos ilocutivos indirectos, remitimos de nuevo a Levinson (1989); Escandell Vidal (1993); y Lozano, Peña-Marín y Abril (1986).

<sup>20</sup> Según la modalidad *de dicto* se cita a un locutor adoptando su punto de vista virtual. Según la modalidad *de re* se cita desde el punto de vista de un *observador* externo. Podría también decirse que mientras la primera modalidad citacional apunta a reconstruir un enunciado, la segunda trata de representar sólo la frase-proposición citada. En los términos de la lógica fregeana, /Edipo se enamoró de Yocasta/ y /Edipo se enamoró de su madre/ pueden considerarse expresiones *correferentes*, pero tienen distinto *sentido*: en el primer caso la descripción (*de dicto*) se puede corresponder con la perspectiva o el estado cognitivo del sujeto Edipo; en el segundo, la descripción (*de re*) no representa obviamente el punto de vista de Edipo (que ignora que Yocasta es su madre), sino el de un observador que define las relaciones entre los personajes del relato con independencia de las percepciones de éstos.

Un titular de prensa como /El Consejo de Seguridad impone condiciones despiadadas a Irak/ propone una lectura *de re*: no es imaginable que una resolución del Consejo de Seguridad se presente a sí misma (en el comentario autorreferencial en que consiste el sentido del enunciado correspondiente) como "despiadada". Esa valoración es imputable, obviamente, a alguien que toma la resolución como "frase" y la valora desde fuera.

En cambio, el texto: /Sadam Husein advirtió que en las próximas horas "se podría producir la traicionera agresión de Estados Unidos"/ en el contexto de la prensa europea sólo admite una lectura *de dicto*: es al locutor citado (Sadam Husein) y no al citador (la instancia periodística) a quien atribuimos la calificación de "traicionera agresión".



<sup>21</sup> Las nociones de “convergencia” y “divergencia”, en este uso, proceden del propio Bajtín (1970: 243-244) que reconocía en la “palabra bivocal” dos orientaciones valorativas posibles y contrapuestas: la convergente de la estilización, el relato del narrador o el empleo de “dichos”, y la divergente de la parodia o la cita irónica.

<sup>22</sup> Volochinov reconoce dos tendencias predominantes de la citación en la historia de la literatura: el estilo “lineal” y el “pintoresco”, caracterizables por el grado de “tensión” que el texto actual y el citado establecen en términos de *demarcación*. El estilo lineal tiende a crear “contornos netos” en torno al discurso citado, mientras que en el pintoresco el autor tiende a deslizarse en las intervenciones citadas, de tal modo que “el contexto narrativo se esfuerza en deshacer la estructura compacta y cerrada del discurso citado”. Volochinov subraya que este segundo estilo literario se presenta como expresión de antidogmatismo y antiautoritarismo; en él, el relativismo de las apreciaciones sociales permite una “aprehensión positiva e intuitiva de todos los matices lingüísticos del pensamiento, de las opiniones, de los sentimientos” (Bajtín, 1977: 168-169).

<sup>23</sup> Esta atracción hacia el personaje emblemática por el gran maestro del EIL con su “Mme. Bovary soy yo”, no debe interpretarse, según Bajtín-Volochinov, en los vaporosos términos psicologistas de la “empatía”. Frente al “subjektivismo individualista” de este tipo de interpretaciones se requiere una teoría del EIL que muestre cómo los efectos de empatía son el resultado de la movilización de determinados recursos léxicos, de estilos de lenguajes sociales (sociolectos), que, en tanto que posiciones interpretativo-ideológicas, están inscritas en la lengua misma.

Por otro lado, en cuanto procedimiento de la discursividad moderna, el EIL señala un momento de “subjektivación profunda, generalizada, de la palabra-enunciación ideológica”, un efecto característico de la cultura burguesa europea (Bajtín, 1977: 219-220). No es de extrañar que los teóricos de la cultura y los filósofos morales ser hayan sentido últimamente fascinados por este procedimiento de citación literaria que genera un dispositivo de alteridad en el que las perspectivas en primera y en tercera persona se aproximan, en el que se realiza literariamente la “consciencia sociológica” de que habló P. P. Pasolini.

## CAPÍTULO 17

### FORMACIÓN DISCURSIVA, SEMÁNTICA Y PSICOANÁLISIS<sup>1</sup>

*Francisco Pereña*

#### **17.1. Lenguaje, sujeto y discurso social**

La utilización del psicoanálisis en el análisis del discurso de la investigación social implica violentar los límites de la práctica clínica psicoanalítica. Dicha utilización requiere siempre la disposición de quien inicia un viaje con destino incierto, un planteamiento transdisciplinar, pues ya no se hace psicoanálisis, sino otra cosa distinta<sup>2</sup>. Sin embargo es cierto que existe un terreno común. Hay un terreno común al sujeto, a la investigación social y al trabajo como psicoanalista: el lenguaje. Terreno común que presenta desde el principio una diversidad radical.

La trascendencia del lenguaje nos ocupará en este primer apartado a modo de introducción de los conceptos relativos al de formación discursiva y, ulteriormente, proporcionando el contexto teórico de transición del triángulo sémico al triángulo psicoanalítico.

No dudaremos en destacar la esencia del lenguaje para la constitución de la “naturaleza” del sujeto y de “lo social” calificándolo como el “pecado original”. Incluso el mito moderno construido por Freud entorno al asesinato del padre originario se puede considerar como un mito moderno del pecado original. En la Biblia se nos dice que Dios hizo al hombre en el sexto día de la creación con una característica particular: la capacidad para nombrar, la capacidad para hablar.

Por consiguiente, pensamos que el lenguaje, en todas sus vertientes generales, se puede formular como el exilio de la naturaleza, por un lado y por otro como la equívocidad radical del hablar, del lenguaje mismo. Razón por la cual, existe la investigación social y nos cabe hablar de un análisis del discurso social.

##### *17.1.1. El exilio de la naturaleza*

El sujeto que habla efectivamente no está regido por ningún tipo de continuidad con la naturaleza. Dicho de otro modo, el sujeto no está regido por los instintos en un proceso

madurativo de adaptación al medio —lo que la biología moderna llama la *pregnancia biológica*.

Si recordamos por un momento el conocido experimento de Paulov, podremos ver esto con total claridad. El experimento consiste en presentar a un perro un succulento trozo de carne, a la vez que suena un timbre; cuando esta situación se ha repetido un determinado número de veces llega un momento en el cual el sonido del timbre va asociado a una insalivación del animal. El sonido del timbre adquiere una *pregnancia biológica* por continuidad espaciotemporal con una forma inductora (la carne). Efectivamente, si esa forma inductora fallara sistemáticamente entonces la *pregnancia biológica* desaparecería. En este sentido se puede decir que el animal es pura inteligibilidad, esto es, sin lenguaje. En el hombre las cosas no son así. El objeto "exterior" es un *significante* con el que hay que construir un concepto que ordena el mundo, según una combinación de juicios de existencia y una atribución de aspectos a cada objeto.

Freud, en un texto de los comienzos titulado *Proyecto de una psicología para neuroólogos*, formuló esta misma idea de una manera simple: en el mundo animal existe una acción específica, un modo de llamar o aludir a la *pregnancia biológica*. Cuando un animal siente hambre busca directa e inmediatamente el objeto de su satisfacción del hambre. En el ser humano este fenómeno pasa por el proceso de la llamada (por Freud) *asistencia ajena*, lo cual coloca al humano en un estado de *indefensión radical* ante el mundo a la vez que complica las relaciones con los otros. Es aquí sin duda donde Freud ve el fundamento del juicio como ordenamiento del mundo frente a la *alucinación psicótica*, en la que el *significante* vuelve, retorna desde lo real. El juicio de existencia más que referirse a la existencia se refiere a lo real (volveremos más adelante sobre este concepto).

En consecuencia y a modo de resumen para el hilo de nuestra argumentación, diremos que el mundo es un ordenamiento por la palabra, un campo de significaciones. El hombre viviente es un viviente afectado por la palabra. Esa afección es lo que produce la división del sujeto. El modo de vínculo para el hombre va a residir a partir de aquí en el discurso: el sujeto está atravesado por los discursos. Por ejemplo, el Estado no es sino ese efecto de lo que hemos llamado el *pecado original* y a la vez, un efecto también de la debilidad del hecho de hablar: no hay palabras definitivas, no hay la palabra que supla, que cree un orden distinto y diverso ante el viviente, estableciendo una *suplencia definitiva* y completa. Por el contrario el sujeto que habla no es un espíritu puro, sino que vive, es una suerte de sujeto de un drama. En línea con esto, el Estado vendría a establecer la manera de acuerdo o *convergencia* de los sujetos que hablan en un todo social (recuérdese lo que Marcel Mauss llamaba el *hecho social total*).

En otras palabras: no existe la verdad de la verdad, no hay metalenguaje posible.

### 17.1.2. *La equivocidad radical del hablar*

Las conclusiones establecidas en el apartado anterior nos llevan al segundo punto, el cual puede expresarse con la frase: *hablar es un equívoco*. Esto no es difícil de entender. Si acudimos al gran analista de la estructura del lenguaje que es Saussure, vemos que el *significante* se define por su relación con otro *significante*, de manera que la operación fundamental del *significante* es ser pura diferencia, cada elemento se define por ser diferente de los otros. Hablar es un equívoco en sí mismo porque resulta imposible imponer el principio de identidad: en la lengua ningún término quiere decir exactamente lo mismo que otro<sup>3</sup>.

Esta equívocidad plantea la cuestión de la verdad. El concepto de verdad se refiere al sentido y apunta, en consecuencia, las primeras complicaciones. La verdad puede entenderse como una concordancia o como una imposible concordancia, tal como la establece el psicoanálisis en la experiencia analítica (el sujeto tachado, formulación que Lacan denominaba “falta de ser”, el sujeto representado por otro significante, lo cual quiere decir que el sujeto es lo que no es). En todo caso, aún en el supuesto de una concordancia, habría que preguntarse ¿qué concordancia arrastra o conlleva la verdad? ¿Una concordancia entre la palabra y la cosa o una concordancia entre el significante y el significado?

Supongamos que hubiera una concordancia entre la palabra y la cosa. En tal caso es claro que el lenguaje sería exclusivamente una nomenclatura, carecería de significado, sería simplemente un diccionario, puesto que la significación atañe al concepto o esencia, como ya dijo Aristóteles, no atañe a la cosa. La cosa para quien habla siempre miente, necesita el concepto. La cosa toma estatuto de semblante, y la significación se adscribe a la palabra, no a un objeto dado. Por consiguiente podemos decir que la concordancia para la cosa como criterio de verdad plantea problemas estructurales irresolubles.

Respecto a una posible concordancia significante-significado la cuestión también es complicada. Los significantes hacen cadena entre sí, remiten unos a otros (fenómeno que se conoce como la metonimia significante), una cadena que supone siempre un intervalo donde se sitúa el sujeto dividido y el deseo. ¿Cómo se podría entonces acordar la cadena significante con una supuesta cadena de significado? Habría que retrotraerse inevitablemente de nuevo a la nomenclatura: esto es, a un sistema o un orden en el cual el significado sería algo dado, en ningún caso algo producido. De existir algo dado no podríamos dejar de asumir que es exactamente igual a la cosa. Por consiguiente no hay estructura del significado, razón por la cual se habla sólo de estructura del significante.

Hay que tener en cuenta que la distinción, significante-significado no es una proporción del tipo de  $1/2$ , por ejemplo, sino que constituye una función. La distinción entre significante y significado es una función que separa dos órdenes diferentes. La pregunta que podemos hacer a continuación es ¿existiría una relación biunívoca entre el significante y el significado? La respuesta es evidentemente no. Ello supondría, como hemos dicho, que hay un significado no producido, es decir, un significado dado que sería equivalente a la cosa. Vista su imposibilidad, ¿qué relación entonces cabría entender entre el significante y el significado si no hay una relación unívoca? Cabría calificar dicha relación como metafórica: en lugar de significado, hay que hablar de efecto de sentido. De un efecto de sentido producido en el seno de la propia sustitución significante. El hecho de una sustitución significante hace (produce) sentir (sentido).

En suma, hay una inadaptación estructural entre el lenguaje y el viviente. La equívocidad del hablar es el extravío de lo humano, pero el lenguaje no conduce a un paraíso sustitutivo, pues el lenguaje mismo está sometido en su propia estructura a una interna discordancia o disarmonía. El discurso social debe ser entendido como una prótesis o suplencia de la falta de ser del sujeto y de su desajuste con el lenguaje, del que es, por lo demás, efecto.

### 17.1.3. El discurso social

El discurso social intenta realizar una concordancia de sujetos trabajados por el discurso. Frente a la inadaptación estructural entre lenguaje y viviente (el exilio de la natura-

leza del hombre y la equivocidad del hablar) el discurso social constituye una falsa suplencia, una prótesis de ese desajuste. Constituye un proyecto de una unidad de sentido consciente de su condición metafórica, es decir, la imprevisibilidad del sentido, su efecto de sorpresa, su carácter poético o creativo, podríamos decir. El discurso social pretende sustituir ese carácter metafórico por una homogeneidad de la significación, creando la paradoja de un lenguaje muerto. Esa es la paradoja del discurso social y esa es su estrategia: petrificar el significante por medio de las identificaciones y de las idealizaciones. La publicidad, por ejemplo, es efecto de esa palabra, la publicidad combina a la perfección (sintomática) la creación de sentido con la servidumbre al discurso social, o discurso del amo<sup>4</sup>. (No hay sustitución de los términos en el campo semántico).

Lo expuesto es fundamental para la cuestión de la investigación social. Efectivamente. La investigación social toma su razón de ser en la diferencia (y la irreductibilidad) entre el significante —su operador— y el significado. En caso contrario no habría nada que analizar, pues el enunciado vendría dado en la enunciación. Lejos de una enunciación y una producción de sentido tal y como aquí la entendemos, estaríamos exclusivamente ante una especie de grabación repetida, o un simple procesador de texto.

Otra implicación de nuestra afirmación es que no hay macrosemiótica, es decir, no existe el sentido del sentido. En ninguna de sus versiones el triángulo sémico pretende constituirse en una macrosemiótica. El sentido es eje, no es un *datum* previo. De aquí que la investigación social trabaje la construcción de campos semánticos contingentes, vertebrados por ejes sémicos-coyunturales que pueden variar no solamente de un tiempo a otro, sino de un universo discursivo a otro. El triángulo sémico es un operador del análisis del discurso social. Un discurso referido a objetos que se ubican del lado de la investigación, de las identificaciones o, más propiamente en la investigación social y en la publicidad, del lado de la imagen (no hablamos de estudio de objeto, en el discurso social el objeto posee siempre una estructura imaginaria).

## 17.2. Situación social, sentido y formación discursiva

En definitiva, todo sistema de objetos, en cuanto sistema de signos, requiere a la lengua como *interpretante*. La lengua es el interpretante de todo sistema de signos, lingüísticos o no. Como decía Benveniste, la lengua no es sólo el interpretante de la sociedad, sino el “contenido” de la sociedad<sup>5</sup>.

El “contrato narcisista”, al que nos hemos referido más arriba sin mencionarlo, es ese convenir en el sentido que permite que individuo y sociedad coincidan, o sea, que el individuo se reconozca, se identifique en el otro imaginario: en la sociedad como lugar dador de las certezas. La identidad se establece a cambio de prestarla a la sociedad, yo garantizo a la sociedad para que la sociedad me garantice a mí. En el mismo acto de formación del Yo se garantiza el Yo y la sociedad. Cada grupo social (o cada individuo si se quiere) se apropia de los lexemas generales, haciendo las derivaciones que sea, pero sin perder el sentido. Los “valoriza” de determinada forma, creando incluso campos semánticos particulares, pero no ajenos o discordantes con la generalidad del campo en que se engloban y que es quien soporta su sentido. Quien habla parece crear el sentido de su decir, pero eso no es más que un efecto ilusorio, pues el sentido lo es por incluirse en la matriz de la formación discursiva que lo fundamenta. Cuando un individuo habla es hablado por la sociedad, decía Lévi-Strauss; o sea, la sociedad (la formación discursiva) es el interpretante,

que tiene que ver con lo que Cassirer llama lo *simbólico*: el acto de referir lo particular a una ley y a un orden. La lógica (discursiva) supone la falta de ser, la falta de sustancia previa, la falta de sentido dado. El sujeto se determina en el hablar porque carece de determinación óptica. No hay significación que agote la referencia. No hay por consiguiente "significado" sino efecto de significación.

Una formación discursiva organiza sus campos semánticos conforme a un orden social connotativo del sentido, el cual no es clasificable como un orden eterno o sustantivo. En otras palabras, la unidad discursiva es la condición del sentido social. La formación discursiva es la condición de la "transparencia" del sentido, es el "cimiento" de la organización social del sentido.

Lo que rige este campo de la formación discursiva es el intercambio, el valor como intercambio, *intercambio paradigmático* que diría Benveniste. Se reemplaza un término por otro, pero en la medida en que valen, es decir, en que son mercancías, en que son *significados*, en la medida en que tienen un *valor*. Nos atenemos pues a la esfera de la *circulación*, donde el sentido está siempre presupuesto.

Desde el punto de vista del significado, la cuestión se limita a la circularidad. Esta elección no implica asumir que el significante sea simplemente un instrumento, una serie indeterminada de sonidos necesitada por el habla: el significante condiciona al significado, como ha sido subrayado por Benveniste y formalizado por Lacan. El uso se convierte en criterio fundamental y discriminatorio, o sea, la convención social, la identificación obvia en el uso y comercio de la lengua, en esa circulación en la que cada signo-mercancía vale por otro, en la que ser distintivo y significativo es lo mismo. Tanto la cosa denotada como el sujeto dejan así de plantear problemas y todo acontecer social como todo objeto social se convierte en signo, o sea, en significado. La unidad mínima de significado es la frase (unidad mínima de pensamiento, expresión semántica por excelencia). Hablar del sentido de una frase es hablar de la idea, de su idea, y la idea es siempre un lugar de encuentro: sabemos lo que dice, sabemos lo que quiere decir pues hay una copresencia de sí en el otro. Hay un *situs* común, un reconocimiento recíproco en el discurso, el cual descansa en la situación social, en el encuadre de una transparencia de sentido (la ideología). De aquí que hablemos de formación o situación discursiva.

Todo enunciado está inscrito en un orden que lo sobrepasa, un orden de referencia que es a su vez discursivo, un discurso que no se dice, pero que es la condición de posibilidad de lo que se dice, y que es interior al dicho, por la sencilla razón de que ese dicho, ese discurso concreto, se hace posible en el seno de una formación discursiva más amplia que determina las reglas y el sentido del discurso. La noción de formación discursiva designa precisamente ese fenómeno: el establecimiento de un orden, una unidad de reglas de distribución jerárquica, de relaciones y de lugares (los locutores) y en suma, de formación de un campo semántico que permite las variaciones específicas y la propia emergencia imaginaria de los objetos. La formación discursiva distribuye la formación de un campo semántico determinado: cómo emergen los conceptos en sus diversas relaciones mutuas (de correspondencia, implicación, sustitución, exclusión, oposición, determinación y, por ende, de jerarquización) y en sus distintas estrategias (u organización de oposiciones semánticas).

Vemos actuar y podemos captar dicha formación discursiva en sus diversos campos, pero no la vemos emerger porque hunde sus raíces fuera del orden propiamente discursivo: hay una determinación no discursiva, unas relaciones de producción, una práctica social que no es de naturaleza discursiva pero que debe ser discursada, lo cual permite el cambio.

Lo propio del discurso es desconocerse como práctica, o sea, desconocer su precariedad; lo contrario equivaldría a entregarse a la angustia. Cuando el discurso se hace precario (propriadamente, la formación discursiva) es porque la práctica (social) lo ha roto. Se desencadena entonces un proceso de ruptura que la necesidad, la presión semántica, puede encauzar hacia una revolución social como forma de recuperar el sentido.

Antes de ocuparnos específicamente del modelo del triángulo sémico vamos a introducir brevemente los conceptos de eje sémico y campo semántico.

Para nosotros, el eje sémico es el hilo que establece la presencia o la exclusión de determinados semas (rasgos distintivos del lexema, véase Greimas, 1982) en un campo semántico determinado, o sea, lo que guía el acoplamiento discursivo de sentido. La lógica del campo semántico, como la lógica del mito analizado por Lévi-Strauss parte de unas oposiciones y tiende a su mediación progresiva.

### 17.3. Del triángulo culinario al triángulo sémico

Empecemos por analizar el triángulo culinario de Lévi-Strauss (1964: 410-432), de donde nosotros hemos deducido el triángulo sémico. El punto de partida es que la cocina, como el lenguaje, constituye una forma de actividad humana universal. De la misma forma que no existe sociedad sin lenguajes, tampoco la hay sin que haga cocinar al menos algunos de sus alimentos. Es más, esa actividad culinaria no es ajena (como en realidad toda actividad humana) a lo lingüístico. La hipótesis de partida es la inscripción de esa actividad culinaria en un campo semántico triangular (un triángulo equilátero, como una pirámide) cuyos vértices corresponden a *crudo* (arriba), *cocinado* (abajo izquierda) y *podrido* (abajo derecha).

Si lo cocinado es una transformación cultural de lo crudo y lo podrido una transformación (sea degeneración) natural, tenemos entonces que el triángulo encierra una doble oposición: Elaborado/No elaborado y Cultura/Naturaleza. En general hay dos formas de cocinar los alimentos: lo asado y lo hervido. Lo asado está en contacto directo con el fuego, hay una conjunción no mediatizada que lo aproxima a la naturaleza, a lo no elaborado. Lo hervido posee una doble mediación, la del agua y la del recipiente, lo cual lo aproxima a la cultura, a lo elaborado. Lévi-Strauss nos previene pronto contra esta aparente simplicidad: "Guardémonos, pues, de afirmar que todas las sociedades deben clasificar lo hervido con lo elaborado y poner lo asado del otro lado" (o. cit.: 420). A continuación, introduce un tercer elemento: lo ahumado. Su distribución en el triángulo culinario nos obligaría a trazar una especie de triángulo interior (formando una estrella de David) que enlazaría lo asado y lo hervido (a izquierda y derecha de lo crudo, respectivamente) y lo ahumado (entre lo cocinado y lo podrido).

La ubicación de lo ahumado en el triángulo que comenzábamos a visualizar es problemática, porque se trata de un elemento extraordinariamente complejo: se asemeja al mismo tiempo a lo asado (no hay mediación con el fuego) y a lo hervido (no es precedero, hay un recipiente). Es así como se llega a afirmar que lo ahumado condensa en sí mismo toda la problemática del mito y toda la paradoja de lo humano: ser natural (asado) siendo cultural (hervido) y a la vez ser cultural siendo natural. Lo asado y lo hervido desvelan así su ambigüedad. La ambigüedad de lo asado es intrínseca (carne quemada por un lado o por fuera y sangrienta por dentro), mientras que la ambigüedad de lo hervido (y de lo ahumado) es extrínseca, es decir, no atañe a la cosa sino a cómo se conduce o se habla de ella. "El carácter

de ser natural que la lengua confiere a menudo al alimento hervido es del orden de la metáfora: lo hervido no es algo podrido, simplemente se le parece" (Lévi-Strauss, o. cit.: 427). En el caso de lo ahumado su relación con la naturaleza es del orden de la metonimia: hay una destrucción voluntaria del recipiente "como si el efecto no tuviese necesidad de causa, y pudiese así cumplir a la vez las dos funciones" (ibídem). Las complicaciones crecen según se establezcan oposiciones respecto a la interposición o no de aire, agua, aceite, horno, parrilla, etc. El esquema se vería complicado también oponiendo alimento animal/alimento vegetal, distribuyendo los elementos en función de los medios o de los resultados, etc. Y esto sin hablar de los condimentos, y de otras características de cada sistema culinario determinado y que el propio Lévi-Strauss esboza: hombres y mujeres, familia y sociedad, aldea y monte, economía y prodigalidad, nobles y plebeyos, sagrado y profano, etc. Volveremos más adelante sobre algunas de estas oposiciones en el triángulo sémico.

Nos interesa ahora concluir que la cocina de una sociedad, en suma, constituye un lenguaje en el que está presente toda la estructura simbólica de esa sociedad. Lévi-Strauss ha terminado su exposición insistiendo en que "no nos atribuyan la idea ingenua de que todos los sistemas de recetas respetan este modelo a igual título y del mismo modo" (o. cit.: 427-428).

Los sistemas pueden ser variados según los distintos pueblos, pero hay una permanencia del triángulo inicial, o sea, siempre está en juego la tríada de lo crudo, lo cocinado y lo podrido y siempre está en juego esa disimetría estructural entre la naturaleza y la cultura presente en la esencia del mito.

De aquí procede la transformación que operamos en el triángulo inicial, sustituyendo lo crudo por lo natural, en el vértice superior, lo cocinado por lo cultural, en el vértice inferior izquierdo, y lo podrido por lo artificial, en el vértice inferior derecho. Lo natural y lo cultural aparecerán marcados como valores positivos, mientras que lo artificial tendrá una dimensión negativa de engaño, de falsedad.

Por muy complejo que sea el sistema que estructura un campo semántico de un objeto determinado, siempre está en juego su inevitable ambigüedad natural/cultural, o sea, siempre será referido a una valencia semántica que muestre su engarce con lo natural, sea que suponga una elaboración de lo natural (cultural) o su fracaso (artificial). Este triángulo puede ser transformado en sistema de recetas morales, teológicas, sociológicas, sexuales, etc. En la investigación del discurso de consumidores de bebidas refrescantes, a finales de los años sesenta, se podían entender las calificaciones e imágenes de productos como Fanta, Coca-Cola, etc., en términos de las relaciones existentes en el campo de gravitación que constituye un triángulo sémico. Así por ejemplo, la Fanta aparece asociada a lo podrido, calificada como artificial porque, no siendo un zumo, pretende aparecer como si fuera de naranja o de limón. Lo podrido es valorado como una degradación de lo natural. El Trinaranja está calificado en esos mismos estudios como natural, mientras que la Coca-Cola aparece conceptualizada no como degradación de lo natural (podrida), sino como una elaboración cultural.

Antes de establecer la conjunción del triángulo sémico con determinados conceptos del campo psicoanalítico es necesario que hagamos algunas puntualizaciones.

Este triángulo que proponemos a partir del triángulo culinario de Lévi-Strauss (y que en adelante deberá ser visto como una articulación del triángulo mítico -cultural, natural, artificial- y del triángulo semiológico -respectivamente: significado, significante, referente-) no evita el análisis, simplemente lo pide. El triángulo sémico no puede ser nunca una plantilla. Cada investigación tiene su objetivo particular, y por eso el análisis nos va a dar



un campo semántico concreto en cada caso con un eje sémico o interpretante determinado. Nuestra contribución al bagaje del analista es aquí una recomendación técnica equivalente a un recordatorio: tened en cuenta que siempre está presente el mito, la ambigüedad y la emergencia de la cultura, de lo humano. Y recordad que el análisis constituye un procedimiento inverso, que va de la metáfora tal y como aparece en el discurso al mito que lo funda. El sistema concreto de recetas (en palabras de Lévi-Strauss) es indefinido. Pero por muchas variaciones que el interpretante social (la formación discursiva) quiera proponer, en el fondo siempre repite lo mismo, el fracaso de su unidad y la presión semántica de la misma, la cual, tras tanta complejidad de los "sistemas de recetas" se limita a una estructura mítico-moral simple.

Esta afirmación tiene importancia para añadir algunas apostillas a la terminología con que comenzábamos el texto.

Planteamos el triángulo sémico como matriz, operador semántico o matriz de los discursos ideológicos, que es el modo de darse una significación completa, es decir, como significación suficiente, significación al acto de existir. Esto implica destacar dos de sus notas características: su dinamismo y su dimensión mítica.

Tanto el triángulo sémico como el triángulo culinario constituyen un campo de gravitación, lo cual pone de manifiesto el carácter no sustantivo de los semas, el carácter, si se quiere, inestable o ambiguo, en el sentido empleado por los filósofos sofistas para referirse a la lógica de la ambigüedad frente a la lógica de la sustancia. Ambiguo en cuanto que lógico no en cuanto que confuso; inestable en cuanto que lógico en oposición a lo sustantivo. Una construcción de un campo basada en funciones y variables; una oposición del campo basada en los conectores, hablando en términos lógicos, los conectores entre enunciados cuyo valor viene por la forma de la conexión entre unos y otros, conectores que hay entre semas que son los operadores semánticos del discurso que estamos llamando ideológico.

El segundo aspecto que quería señalar: el carácter mítico del triángulo, y el carácter metafórico, de sustitución. Si decimos inestable, si hablamos de lógica en vez de metafísica y ontología, es precisamente para destacar su carácter mítico o metafórico, de sustitución. Ese carácter metafórico que tiene el discurso mítico encuentra su razón de ser en que el mito es una construcción para explicar algo inexplicable, para dar cuenta de algo que no tiene referencia, lo que en el triángulo de la lógica semántica podríamos llamar el referente. La pérdida del referente hace que la construcción discursiva sea siempre metafórica. No se puede decir la verdad de la verdad, el modo de referirse a la verdad es una mentira, una metáfora. Esto puede entenderse mejor con un ejemplo psicoanalítico. El mito edípico es una construcción para dar cuenta del origen del sujeto y del deseo sexual. Ahora bien, si un psicoanalista concibe el mito edípico como la verdad de la verdad y así se lo impone a su paciente, entonces se produce un taponamiento de la falta, una cristalización del discurso, y se impide la producción de un efecto sujeto. Diríamos entonces que es un psicoanálisis fallido, porque un psicoanálisis que funciona como discurso del Amo, como discurso teológico, no es tal psicoanálisis.

Toda referencia discursiva a lo real es una referencia metafórica porque lo real está perdido para el significante. Así tenemos en el triángulo, como hemos visto más arriba, dos vértices positivos y uno negativo. La introducción de lo artificial, de la mentira, si queréis, de lo negativo, es fundamental para que pueda ser construido el triángulo. El triángulo, decíamos, es matriz del valor semántico básico del discurso, del sentido. Insistamos en este punto fundamental: la potencia analítica del triángulo sémico reside en que da cuenta del mecanismo de construcción del sentido, el cual, como vemos, tiene siempre, al menos como ideología,

un fundamento mítico-moral. Por otro lado, nuestra insistencia en el carácter metafórico del triángulo, el carácter metafórico del sujeto y de la palabra, supone insistir en el carácter lógico del discurso. Esto hace que el análisis del discurso sea un trabajo de lógica, que no valga decir cualquier cosa; lo dicho tiene su lógica. Aunque no sea la verdad ontológica, la lógica del discurso exige establecer las formas de conexión entre semas y las variaciones de los semas en el interior de ese campo de gravitación del que hablamos. Los análisis serán siempre microsemióticos y no dialécticos (en el sentido que tiene para Platón), esto es, no constituirán intuición pura de las esencias, no podremos dar cuenta de todo.

### 17.3.1. Triángulo culinario, triángulo sémico e imagen de la mujer

Desde el comienzo de nuestra exposición del triángulo culinario puede observarse que se halla atravesado por la diferencia sexual. Abordar brevemente esta presencia de la diferencia sexual en el triángulo culinario y la posibilidad de su análisis en diferentes discursos en términos del triángulo sémico va a proporcionarnos una doble utilidad. En primer lugar, aproxima el presente modelo semántico estructural a un objeto de conocimiento científico-social: las imágenes diferenciales de los géneros en una hipotética realidad social y cultural. En segundo lugar, hace las veces de enlace entre los triángulos expuestos y el triángulo que podríamos denominar psicoanalítico, a cuya exposición dedicaremos el tercer apartado.

En un primer momento, como hemos visto, en la clasificación de componentes sémicos de Lévi-Strauss se opone lo asado a lo hervido. Parece verosímil sistematizar que en lo asado está todo lo que se refiere al hombre, mientras que en lo hervido está todo lo referido a la mujer. La procedencia de los componentes sémicos es, en este punto, etnográfica.

El primero sería más bien un sistema de alianza, y el segundo un sistema natural. La cuestión es que la mujer, en la medida en que está muy ligada a la naturaleza, tiene que aparecer separada de la naturaleza; el hombre, en la medida que de por sí viene a repre-

| ASADO   | HERVIDO   |
|---|---|
| <ul style="list-style-type: none"> <li>• Se cocina fuera</li> <li>• Exococina (banquete invitados)</li> <li>• Sexo masculino (vida en el bosque, caza)</li> <li>• Prodigalidad (pérdida, destrucción)</li> <li>• Noble (podía asar, no cocinar)</li> <li>• Aristocracia</li> <li>• Muerte (se asa la caza, vivir para comer)</li> </ul> | <ul style="list-style-type: none"> <li>• Dentro (de un recipiente, del hogar)</li> <li>• Endococina (familia)</li> <li>• Sexo femenino (vida en el pueblo, sedentaria, hogar)</li> <li>• Economía (familiar, conservación carne y jugos)</li> <li>• Plebeyo</li> <li>• Democracia</li> <li>• Vida (comer para vivir)</li> </ul> |

Figura 17.1. Componentes sémicos del triángulo culinario

sentar la metáfora, en la medida en que está separado de la naturaleza, tiene que ligarse a la naturaleza. En este sentido no hay demasiado misterio. El sistema de alianza que es propio de las relaciones de los hombres permite entrar en contacto con la naturaleza sin entrar en confusión con la naturaleza, mientras que la mujer tiene que estar sometida al sistema de alianza para no entrar en confusión con la naturaleza. Podemos sumar todos nuestros conocimientos sobre los triángulos culinario y sémico para escribir el triángulo de esta manera.

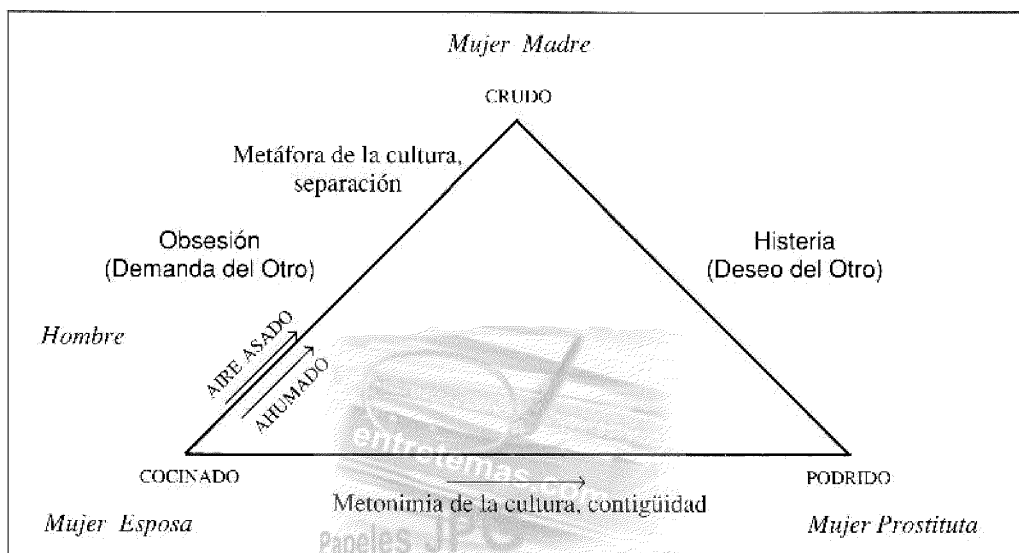


Figura 17.2. Triángulo culinario y triángulo sémico e imágenes de los géneros

Esta estructura mítica es enormemente potente. Cualquier texto la muestra: desde las informaciones recogidas en tribus amazónicas hasta la *Fenomenología* de Hegel. En este triángulo, que ha sido construido sobre la organización semántica del triángulo culinario y el triángulo sémico, se encuentra toda esa estructura mítica de las relaciones entre hombre y mujer que considera a la mujer como el sostén de la familia, pero siendo la familia el lugar donde la mujer se puede relacionar con la sociedad. Por su parte el hombre tiene una relación con la sociedad de por sí exterior a la familia y tiene que entrar en contacto con la vida natural, con la sexualidad natural en la familia, siendo que la mujer entra en la sociedad humana a través de la familia como sexualidad social. En suma, la familia es una especie de prótesis entre la naturaleza y la cultura.

Este carácter triádico del mito y de la teología se da como fundamento o base de la construcción de todo discurso ideológico y es, por lo demás, el modo de desconocer el trauma de la sexualidad dándose así una representación de la sexualidad donde, curiosamente, la mujer, como ya hemos visto, está del lado del artificio. Por ejemplo, en un mito de la tribu bororo la mujer como deseante está del lado del artificio, mientras que como madre está en el lado de la metonimia de la cultura. Esto se pone de manifiesto en los ri-

tuales de limpieza: la mujer procreadora y alimentadora ha de estar separada de su producto, debe estar mediada por los rituales de limpieza: ha de limpiarse, someterse a la ley, porque está en contacto con la naturaleza.

Podemos extender este análisis, introduciendo algunos conceptos psicoanalíticos, para entender la importancia de la imagen de la mujer en la publicidad. La imagen de la mujer en la publicidad es justamente semblante, semblante fálico alienado en el significante. La mujer aparece como imagen de lo natural, de lo originario y, por otro lado, aparece como engaño, como falacia. La mujer condensa así tanto la dimensión de significante como la de símbolo... en el vacío. El mito de que la mujer es falsa no es más que la otra cara del semblante fálico. Lo más natural al humano, y por eso lo más falso, es el deseo. Y la mujer es el significante que se quisiera para la relación sexual. Es el significante que no hay del sexo. La mujer representa la unidad originaria (perdida y siempre en proceso de recuperación), pues no podemos asumir que la sexualidad sea traumática, que el enigma del deseo quede sin respuesta, que la pérdida sea estructural.

En este mismo sentido y en relación con una investigación concreta, podría establecerse un triángulo sémico articulado en torno a las imágenes de la mujer como deseo puro, la mujer como madre y la mujer como esposa. En tal caso podría pensarse en la prostituta como artificio, la esposa como "representante" de la cultura y la madre, de la naturaleza. Por ejemplo, no puede dejar de llamar la atención en este sentido que no esté presente nunca la hija en la mayoría de los mitos. Pareciera como si la relación madre-hija fuera un tema tan complicado que cayese siempre fuera del discurso, fuera de la polis. Freud decía que se trata de una relación enigmática.

#### 17.4. El triángulo psicoanalítico

Sería necesario hacer una pequeña introducción que sirviera de enlace con los triángulos anteriormente expuestos. Para ello nos vamos a ocupar brevemente de las preguntas que dan lugar a lo que Freud llama los fantasmas originarios, que son las tres preguntas con las que se enfrenta el niño: la pregunta por la diferencia de los sexos, la pregunta por el nacimiento y la pregunta por lo que Freud llama el misterio del matrimonio.

La primera pregunta está ligada al enigma de la castración de la madre. La segunda pregunta es una pregunta por el papel del padre (¿cómo entra el niño a la madre para que después salga?, es la verdadera forma de la pregunta ¿de dónde vienen los niños?). La tercera, el llamado misterio del matrimonio, es el enigma de la relación sexual. Tanto el enigma de la mujer como el enigma del padre y el de la relación sexual están referidos, en definitiva, a la insuficiencia del significante para dar cuenta de lo real. Son tres enigmas porque hacen enigma de un punto básico (razón por la cual la sexualidad humana, a diferencia de la sexualidad animal es evidentemente traumática); no hay significante de la diferencia anatómica de los sexos. Así, aquello que está en lo real (la percepción anatómica) no está en lo simbólico, por lo que esa diferencia anatómica no se corresponde con dos significantes. A partir de aquí se origina la teoría infantil de la primacía del falo, que es el prototipo de toda teoría: encubrir la falta de un significante. Encubrir una falta es una construcción para encubrir algo que falta de un significante, que dé cuenta de lo real del goce. Así, puesto que faltan dos significantes (para los dos sexos solamente hay un significante —el significante fálico—) se requiere un significante que haga suplencia: el Nombre del Padre (que viene a ser el significante total de la falta de significante del otro sexo).

El primer punto de enlace de esta exposición con el triángulo sémico radica en la correspondencia existente entre el vértice de lo artificial en el triángulo y la insuficiencia del significante o del logos para dar cuenta de lo real. En el triángulo mítico-teológico encontramos el uno (Padre, Dios, Falo, Sabiduría; vértice de la naturaleza), el dos (masculino-femenino, oposición-alianza, antítesis, rivalidad, simetría del cuerpo, hijo, verbo; vértice de la cultura) y el muchos. El muchos (*tres faciunt multitudine*) puede remitirse al artificio en el sentido de ser un resto que es el producto de la insuficiencia de la palabra para dar cuenta de lo real. Veremos más adelante que la mujer se ubica en el vértice del artificio.

A las tres preguntas (¿qué es la mujer? ¿qué es el padre?, y ¿qué es la relación sexual?) corresponden los famosos tres fantasmas originarios de Freud: el de la castración (alguien va a castrar al niño), el fantasma o la fantasía de seducción (el padre como amo del goce) y la fantasía de la escena primitiva. Llamo a la castración mito en el sentido de mito del padre de la horda primitiva; el mito de la seducción se refiere a la fantasía de la seducción por parte del padre a la niña. Mito mediante el cual se encuentra un significante, alguien que posee el secreto del goce. Y el fantasma de la escena primitiva es el fantasma típico de los orígenes, el fantasma que explica el origen del ser.

La sexualidad es un artificio, un montaje. Puesto que no hay instinto, la sexualidad tiene que estar regulada por el semblante, por el deseo, y en el deseo tiene que darse el semblante de un objeto que falta. El objeto de deseo es puro señuelo, es semblante. Se comprueba en el ejemplo del amor cortés. El amor cortés era el que inspiraba al poeta los más bellos poemas, porque era por una mujer señalada en la penumbra, una mujer inaccesible, una mujer perdida, una mujer no poseída. Existe un mito del objeto precisamente porque era inaccesible. El deseo nace de la carencia, nace de la muerte de la cosa o de la muerte del cuerpo. Pero desconoce la muerte. Por eso el deseo se empeña, insiste. El deseo nace de un cuerpo vivo, de un cuerpo muerto, de un cuerpo significativo, pero desconoce la muerte. Por eso dice Freud que el deseo es indestructible, inmortal e indestructible en el sentido de que no perece más que con la muerte. El cuerpo coincide consigo mismo cuando ya no hay deseo, cuando es un cadáver.

Llegados a este punto estamos preparados para introducir, inspirándonos en Lacan, el triángulo psicoanalítico (véase la Figura 17.3), en cuya lectura esperamos del lector generosidad en el esfuerzo y atención al carácter dinámico y lógico-metafórico del mismo. Llamamos su atención sobre el trayecto de lectura indicado por las flechas (lo imaginario cubre la falta de lo simbólico en su dar cuenta de lo real; lo imaginario viene a cubrir esa falta construyendo el campo del sentido, de hecho si no hay tal articulación no hay producción de sentido; lo simbólico es del orden del significante y lo imaginario del orden del significado; lo imaginario nunca va solo; lo real es el resto de la operación del significante sobre el cuerpo).

Colocamos los conceptos de Imaginario, Simbólico y Real correspondiendo a las posiciones que tenían en el triángulo sémico, respectivamente, la Naturaleza, la Cultura y el Artificio, y en el triángulo culinario lo crudo, lo cocinado y lo podrido.

Trabajando en el lado izquierdo del triángulo, tenemos, el cuerpo como (-I), como vacío, vaciado de goce, vaciado de vida. El cuerpo está muerto por el significante. La pregunta de este lado es ¿qué decir, qué se puede decir? Pretender decir toda la verdad lleva a S( $\bar{A}$ ). La verdad como lo imposible de decir, pues no hay Otro de la verdad (en francés *Autre*, por eso abreviado A, debe ser entendido como lugar de la palabra y distinguido del otro, con minúsculas, abreviado (a), que es el producto de la operación del paso por el campo del Otro (A) por lo que queda como resto, sin significante). Hay sin embargo "efecto de verdad"; que la verdad no se puede decir es un efecto del decir.

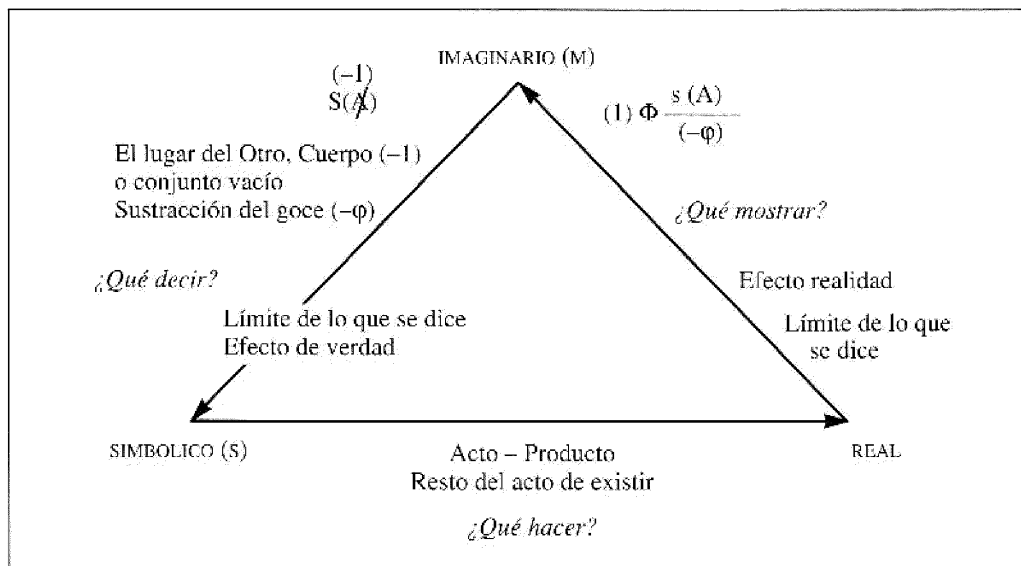


Figura 17.3. Triángulo psicoanalítico

Vamos a ver el lado inferior del triángulo. Es el semblante del ser. La no existencia de Otro (A) como garante del decir produce el otro (a) como semblante de lo que no hay, correlato de la falta de consistencia óptica de la palabra, es lo que queda perdido del sujeto (pues queda fuera del significante). Tampoco (a) es previo al decir, es un producto de lo que falta y por eso es causa del deseo. Se puede escribir también como resto del existir. La pregunta es ¿qué hacer?

El significante  $\bar{A}$ , implica el sujeto tachado ( $\bar{S}$ ), el sujeto dividido en su decir: si no se puede decir la verdad es porque no existe un sujeto que coincida consigo mismo; el sujeto en cuanto que habla se determina al hablar, y al hablar, en su decir, se despliega en la cadena significativa. Por consiguiente se trata de un decir metafórico y el sujeto mismo es una metáfora.

Si miramos el tercer lado del triángulo encontramos el símbolo fálico. En los misterios antiguos, el falo tenía su importancia en los ritos de iniciación y simboliza la potencia creadora. Si atendemos a las primeras grafías de la aritmética y de los números aparecía el “uno”, como simbolizando el pene, potencia creadora de Dios, del mundo. En este sentido lo llamamos significante imaginario (por eso está colocado en el trayecto de lo real a lo imaginario). En este mismo punto situaríamos  $\Phi$ , el cual debe ser entendido como el vestido del vacío.

A un triángulo así caracterizado añadiríamos el elemento J (primera letra de la palabra goce en francés).

El significante J viene a significar el cuerpo vaciado de goce, matriz y sostén del triángulo en su totalidad. En otras palabras, todo esto existe porque hay un cuerpo perdido, un cuerpo vaciado de goce y poblado, por ello, de significantes. De aquí que hablemos de lógica del significante. Por precisar un poco (aun al precio de cierta simplificación) conviene decir que el goce es un equivalente de la vida, que el lenguaje o el significante es el cuerpo muerto, y que el deseo es el destino del sujeto temporal y corporeizado.

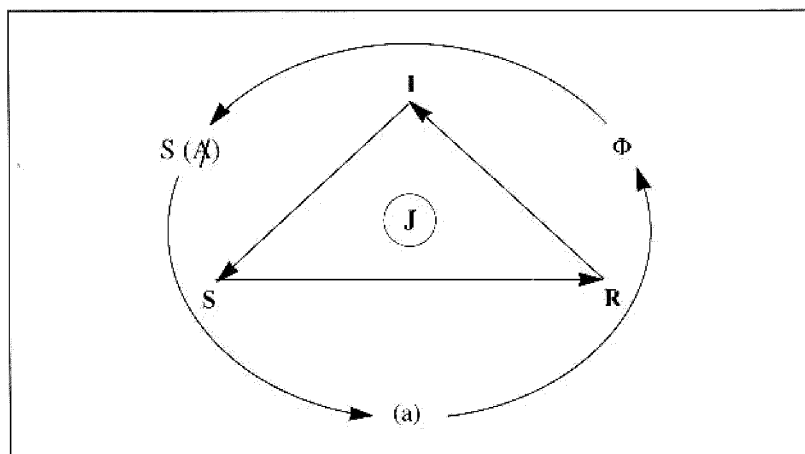


Figura 17.4. El goce en el triángulo psicoanalítico y su visión dinámica

Ahora bien, hemos dicho que existe una interdicción del goce, que el goce ha sido sustraído. Por la sustracción del goce entramos en el campo de la palabra (recuérdese que esa misma sustracción del goce crea un campo “poblado de significantes”).

La interdicción del goce viene dada como ley. Por ejemplo, en el mito de la horda primitiva hay un padre terrorífico en el origen que era el Amo, en el cual coincidía la palabra y el goce, una significación emblemática y mítica del goce: tiene todas las mujeres y no da mujeres, tiene todo el dinero y no da dinero, tiene todos los recursos y no da recursos. Este mito del Padre de la horda primitiva se muestra también, por ejemplo, en el mito social del Estado. Por tanto, el significante fálico ( $\Phi$ ) es la marca de la interdicción del goce por la palabra.

### 17.5. Exoducción

En este texto hemos proporcionado un pequeño repertorio de recursos analíticos y hemos esbozado ejemplos de su aplicación al análisis del discurso en la investigación social. Ahora bien, es evidente que con ello creamos un problema, no una solución. Por ejemplo, el triángulo psicoanalítico puede ser visto en sí mismo, al igual que el triángulo sémico de las imágenes de la mujer, como un ejemplo de análisis de un discurso teórico mediante el triángulo sémico. De este modo quizá se atenúe la sensación de incompletud de quienes esperan textos cerrados sobre sí mismos.

Sin embargo, debemos finalizar con dos consideraciones dirigidas a aquellos tentados de emplear el triángulo psicoanalítico en la captura de las articulaciones sémicas por donde fluye la recuperación de sentido social, *more lacaniano*.

El reto del analista no debe radicar solamente en la producción y reproducción de los *situs* comunes, de las formaciones discursivas que circulan en cada espacio y coyuntura, sino que debe adentrarse también en el conocimiento y la ampliación del abuso y la fractura del código, de lo que falta por decir, de lo que no está construido.

Finalmente, el investigador social debe recordar que en ningún caso hace interpretación psicoanalítica en los estudios de mercado, de publicidad o de imágenes. Es pertinente

aquí establecer una distinción entre construcción e interpretación. La interpretación psicoanalítica va dirigida a la interrupción simbólica: consiste en señalar la interrupción de la cadena asociativa donde algo del objeto se ha hecho presente, algo de la relación al objeto del fantasma, la relación del sujeto con el goce. Por su parte la construcción va dirigida a la producción de una prótesis simbólica y configura, por tanto, un proceso contrario.

---

## NOTAS AL CAPÍTULO 17

---

<sup>1</sup> El texto que sigue ha sido establecido por Juan Manuel Delgado a partir de transcripciones de unos cursos, iniciados a finales de los años setenta, y de posteriores conferencias acerca de la investigación social y de la particularidad del discurso psicoanalítico. Hacer un texto reducido y condensado a partir de tan amplio material era, sin duda, difícil y arriesgado. Quedan cosas por matizar y articulaciones por desarrollar. Debo decir, sin embargo, que el trabajo de Juan Manuel Delgado es excelente. Sólo me queda mostrarle mi agradecimiento, con la esperanza de que el texto establecido sea de utilidad para los sociólogos que están en el difícil trabajo del análisis de un discurso cada vez más complejo y a la vez más precario.

Por último, mi agradecimiento a Anselmo Peinado y al grupo de sociólogos de *Koiné*, que me honraron con la transcripción y el debate de mis diversos cursos y conferencias, a partir de los cuales han hecho sus propios desarrollos y sus propias investigaciones. No cabe otro reconocimiento mejor.

<sup>2</sup> En nuestro caso el viaje es el inverso: el triángulo sémico y otras reflexiones paralelas relacionadas con la investigación social supusieron la conclusión de una etapa profesional, iniciada de la mano y a propuesta de Jesús Ibáñez y José Luis Zárraga, en tiempos de penuria. La conclusión iba a la par de la cada vez más absorbente dedicación al psicoanálisis. No obstante, la enorme circulación y el interés despertado por estos desarrollos teóricos han determinado su vinculación, de uno u otro modo, a los avatares de la investigación social.

<sup>3</sup> Sólo en el dominio de la Lógica podríamos decir que  $F(x)$  es equivalente a  $P(x)$ , si tienen la misma extensión. Por el contrario, si nos detenemos en la intensión, en el criterio semántico, entonces la imposibilidad de sustituir un término por otro es manifiesta: no se puede sustituir un valor semántico por otro y que permanezca salvada la verdad. En el mejor de los casos dicha sustitución puede hacer permanecer la referencia, pero nunca el sentido.

<sup>4</sup> En un cierto sentido todo discurso es social. La vinculación del discurso social con el discurso del amo debe entenderse en el contexto de los cuatro discursos de los que habló Lacan: el discurso del amo, el discurso universitario, el discurso histórico y el discurso analítico. El discurso del amo es un discurso regido por las identificaciones que hacen causa común (el sujeto está determinado por las identificaciones del significante del otro). Las identificaciones ocupan el lugar de la causa y expresan una alienación en el discurso, puesto que la causa es propiamente heterogénea al significante. Esta distinción se traduce en el proceso de análisis en la consecución de que el sujeto analizado sea determinado por la causa y no por las identificaciones.

<sup>5</sup> El sistema social es del mismo orden que la palabra.

Nada puede ser comprendido, hay que convencerse de ello, que no haya sido reducido a la lengua. (Benveniste, 1977).

Ibáñez (1988) ha expresado esta idea afirmando que el espacio social es función del espacio lingüístico (véase capítulo *Grupos de discusión*).



## CAPÍTULO 18

### ANÁLISIS DEL DISCURSO Y TEORÍA PSICOANALÍTICA

*Félix Recio*

En este capítulo se van a trabajar tres nociones o conceptos del campo psicoanalítico: el lenguaje, el habla y el discurso.

El lenguaje permite situar el inconsciente que, al estructurarse como un lenguaje, hace del lenguaje mismo su propia condición de existencia.

El habla, al asignar un lugar al otro de la interlocución, hace aparecer el sentido como efecto retroactivo.

El discurso, como modalidad de lazo social, es el lugar donde se juegan las diferentes formas de producción de goce.

El psicoanálisis es una práctica coextensiva al campo del lenguaje, pues en la relación analítica la única herramienta es la palabra. Estos conceptos: el lenguaje, la palabra y el discurso, tal y como son construidos por la teoría psicoanalítica, permiten la producción del espacio analítico y la forma de operar en él. En el presente capítulo sólo pretendemos hacer una serie de indicaciones sobre estas nociones, que son pertinentes a la hora de abordar el análisis del discurso.

Otro eje que arma este capítulo es el relativo a las relaciones entre la teoría psicoanalítica y la lingüística o la investigación social de textos y discursos. Tratamos de abrir una reflexión que permita pensar la cópula presente en el título de este capítulo.

#### **18.1. Psicoanálisis y lenguaje**

##### *18.1.1. En torno a la lingüística*

La invención freudiana es anterior a la fundación de la lingüística. Invención que “anticipa las investigaciones de Saussure y las del Círculo de Praga”. Freud anticipa la lingüística haciendo aparecer el lenguaje de forma diferente a como aparecerá en la lingüísti-

ca misma. La adelanta en otra escena. Lo que Freud anticipa no sólo es un saber, sino la condición de existencia de esa ciencia, que se constituye en la exclusión del sujeto.

La lingüística se instituyó estableciendo un corte entre el significante y el significado. Permitió que el significante se ordenase en autonomía respecto al significado. Así se pudo aislar un sistema de fonemas.

Freud caracterizó el proceso primario como un proceso que trabaja con la condensación y el desplazamiento. Las formaciones del inconsciente y los síntomas son formas del trabajo de este proceso: las representaciones de palabra reprimidas dejan su lugar, a través de la sustitución y la combinación, a las representaciones de cosa. Y esto es la forma de asegurar un goce a pesar de la represión.

Al leer, desde la lingüística, la representación de cosa como autonomía del significante o la condensación y el desplazamiento como metáfora y metonimia<sup>2</sup>, podemos decir: el inconsciente se estructura como un lenguaje, pero, además, la autonomía significante, aislada por la fonología, está dialectizada por el psicoanálisis. No sólo para mostrar que el sentido se forma a través del sinsentido, sino para dar, en esa formación, lugar al sujeto.

Trubetzkoy y Tesnière se refieren al sistema significante, ya fonológico, ya sintáctico, como inconsciente<sup>3</sup>. Pero lo inconsciente lingüístico no es el inconsciente freudiano. Las producciones de sentido a través del sinsentido implican un trabajador, un sujeto del inconsciente que no deja de trabajar animado por una lógica que no es la de la contradicción. La estructura o sistema inconsciente de los lingüistas, semióticos o antropólogos no es la estructura del psicoanálisis ("aparatos psíquicos" en Freud). Los lingüistas olvidan que no hay sentido si éste no se acompaña del "deseo indestructible".

Olvido, pero también evitación del sinsentido como forma de producción del sentido. Saussure abandonó sus investigaciones anagramáticas<sup>4</sup> para dar lugar a la fundación de la lingüística. Evitación de Benveniste<sup>5</sup> al señalar la relación "necesaria" entre el significante y el significado, modificando la relación "arbitraria" establecida por Saussure. La arbitrariedad del signo es un "lapsus" de Saussure y de la lingüística misma. Por ahí emerge ese trabajador infatigable, que es el sujeto del inconsciente.

La relación del psicoanálisis con la lingüística habría que pensarla en dos modalidades: el lenguaje es la condición del inconsciente y el inconsciente es la condición de la lingüística. La anticipación freudiana a las ciencias del lenguaje<sup>6</sup> se produce en la escena censurada de la lingüística.

Decir que el lenguaje es la condición del inconsciente es decir que el inconsciente se origina en el campo del lenguaje como tropiezo de un sujeto que sólo lo es en lo simbólico. Lo simbólico como campo del Otro es lo que antecede a la emergencia, al nacimiento del viviente. El ser humano nace en el deseo del Otro. Deseo que, por indecible aparecerá como un significante que falta en el campo del Otro.

Para Saussure la lengua es un sistema diacrítico donde "sólo hay diferencias", ya que el significante no tiene realidad sustancial; sólo es en la oposición, en la diferencia respecto a otro, "es lo que el otro no es".

Lacan sacará las consecuencias lógicas de esta forma de ser del significante. En un sistema diacrítico, donde cada uno se define por lo que los otros no son, es imposible tener un sistema exhaustivo donde aparezcan todos. Uno, definido por cada uno de los otros del sistema, cae fuera de éste, donde los otros son, a su vez, definidos desde fuera por aquel. Por lo tanto, definir un todo del campo significante requiere que un significante no esté en él. El que falta permite la totalización. Para Lacan la estructura está, por definición, descompletada. Hay una relación opositiva entre estructura y todo. Sólo hay estructura en el no todo de sí misma.

Si el deseo es indecible es porque el significante, que lo podía decir, falta. Falta porque, tanto para Freud como para Lacan, no hay complementariedad entre el sujeto y el objeto. Para Freud el objeto está perdido y sólo hay recencuentro a través de un objeto alucinado. Para Lacan el objeto es la propia falta de objeto. Pérdida o falta de objeto<sup>7</sup>, el sujeto sólo puede fallar diciendo los significantes que pretenden decirlo.

### 18.1.2. Freud: las dos vertientes del lenguaje

Para Freud la palabra enferma y la palabra cura. Un síntoma histérico es un goce retenido en el cuerpo. La conversión de un representante reprimido. Cuerpo que metaforiza el representante de una representación, es decir, huella alucinada de un encuentro con lo imposible. Letra hecha carne. Lo imposible retornando como padecimiento. Pero la palabra cura: poner palabras es desalojar goce del cuerpo, pues lo traumático es la satisfacción retenida y no el encuentro en sí.

Freud observó que las asociaciones del paciente se acompañan de una inercia. Es decir, los fenómenos significantes de las asociaciones sufren una detención, la cadena hablada se interrumpe y el silencio aparece como obstáculo a la rememoración. Emergencia, no ya de la cadena asociativa, sino de algo que no liga. Resto de goce advenido como silencio, “el núcleo de nuestro ser” como pulsión muda.

Para Freud hay dos vertientes del lenguaje: la cadena asociativa que llamaré “los usos lingüísticos”<sup>8</sup> y la inercia, la detención, que llamaré “el lenguaje fundamental”<sup>9</sup>. “Los usos lingüísticos” son propios del proceso secundario, son asociación entre palabras. “El lenguaje fundamental” es propio del proceso primario, son articulaciones entre significantes y cosas, pues son representantes de la representación, huellas de la percepción. Freud dirá: “los usos lingüísticos” son declinables, “el lenguaje fundamental” indeclinable. Indeclinable, pero gramatical: se dice por activa y por pasiva. Al igual que la estructura del fantasma<sup>10</sup>, pues la estructura del inconsciente es de orden gramatical.

Freud, en el “Más allá del principio del placer”, abordó la inercia pulsional como repetición a través del fort/da. El juego infantil aparecerá con un par de significantes opositivos. Fort/da metaforizan la presencia/ausencia de la madre para el niño. El júbilo del niño, al dominar simbólicamente las ausencias reales a través de las presencias simbólicas (para Freud el juego y el símbolo no tienen que ver con la mimesis o representación de lo real, sino con su transformación) se acompaña de una repetición displacentera. Si el juego produce la presencia, lo hace en una oscilación que requiere la propia ausencia simbolizada.

Carrete de hilo: metáfora de la madre que se desplaza en una oposición signifiante. En una presencia y una ausencia. Idas y venidas de la madre como protolenguaje. Matriz en lo real para el advenimiento de la simbolización. Lenguaje que plantea la incógnita sobre el deseo del Otro. Metáfora primera que, a través de su sinsentido signifiante, produce la significación. Pregunta por el deseo de la madre hecha ya de inercia pulsional.

Las dos vertientes del lenguaje: la metaforización de la pérdida de objeto en su desplazamiento signifiante y la repetición muda de lo displacentero son formas de advenir como sujeto de deseo en lo simbólico. Pues el deseo es lo que tiene lugar en el lenguaje al abandonar el mero estar a la merced de otro.

## 18.2. Estructura de la palabra

Para Lacan hay una diferencia entre la estructura del lenguaje y la estructura de la palabra. Si bien la palabra se inscribe en el lenguaje, remite a la relación con el Otro y no a la cadena significante. El habla o la palabra tiene que ver con la relación de interlocución en lugar de remitirse al saber inconsciente.

En el conocido esquema sobre la comunicación de Jakobson<sup>11</sup> la relación mensaje/receptor se refiere a la función conativa o conminativa del lenguaje. El mensaje busca producir un efecto pragmático en el receptor a través de la conminación o la seducción. En este esquema, si el emisor puede modificar al receptor por medio del mensaje, éste último no puede, en cambio, modificar ni al emisor ni al mensaje. Es un esquema simétrico: el emisor busca producir efectos en el receptor, y de éste depende que lo logre.

Para Lacan<sup>12</sup> la relación de interlocución es asimétrica, es el oyente quien decide sobre lo que el hablante ha dicho. El receptor del mensaje tiene la capacidad para establecer el sentido del dicho. Es decir, si el Otro es quien decide sobre el sentido de lo que uno dice, entonces, el sentido se produce en la interlocución por un efecto retroactivo. El sentido del mensaje viene del Otro. El Otro es quien, al asignar el sentido, reconoce o no al propio emisor que emitió el mensaje.

Ahora bien, no es lo mismo reconocer a un sujeto que reconocer una subjetividad. La subjetividad es del yo, de lo imaginario, del narcisismo, de la superposición de identificaciones. El yo está identificado a un discurso constituido. El sujeto es constituyente, no está ligado al saber, sino a la verdad.

La estructura de la palabra sirve para marcar la escisión, en la palabra misma, entre decir/querer decir. La demanda se dice en la cadena significante. El querer decir es el deseo implícito en la demanda, pero la palabra fundamental del deseo es inarticulable. Del lado del emisor: lo que quiere decir no lo dice y, además, lo que no dice depende del oyente<sup>13</sup>. Lo indecible de su deseo se origina en el otro.

Sólo hay sujeto en la interlocución, pues es constituido por la respuesta a su demanda. “Toda demanda obtiene su respuesta aún sin palabras”<sup>14</sup>. Hay dos modalidades de respuesta.

- La primera es la palabra (o el silencio) que sanciona un discurso constituido; reconoce las identificaciones del yo.
- La segunda es la palabra constituyente, pues crea o produce con palabras un sujeto constituyente. En esta modalidad hay una identidad entre el querer decir del deseo y lo constituido por el Otro de la interlocución.

## 18.3. El discurso como lazo social

El seminario *El envés del psicoanálisis* tiene como telón de fondo los acontecimientos de mayo del 68. Acontecimientos que aparecen como síntomas de lo social. Síntoma del discurso del amo. Lacan, en este seminario, abordará el tema del goce en lo social, a través de su producción discursiva. El discurso no sólo produce goce, sino que lo distribuye. Los discursos hacen referencia a la economía política del goce.

Por esos años, Foucault, en su investigación histórica, abordó los discursos disciplina-rios; prácticas discursivas cuyo referente es aquello mismo que producen. El encierro, a través del ver/ser visto, no sólo es una modalidad de administrar los cuerpos, es una moda-lidad regida por una determinada relación especular, por una “práctica de goce”<sup>15</sup>. Dicha práctica es determinada por los discursos y es, ella misma, al tiempo, determinante de los discursos mismos. Las “prácticas de goce” están generadas por los discursos, y éstos por aquellas.

En la concepción del discurso de Foucault y de Lacan hay cosas en común. Para ambos:

1. El discurso carece de referente. El referente es un efecto del discurso mismo. Para Foucault el referente se dice como “referencial”<sup>16</sup>.
2. Los discursos gravitan en torno a un goce que ellos mismos producen.

Que toda economía política sea economía política del goce (Lacan) o que la gestión/producción de los cuerpos y de la sexualidad haga referencia a las “prácticas de goce” (Foucault) indica ciertos paralelismos.

Hablar es colocar goce fuera del cuerpo. Renunciar a la satisfacción autoerótica para buscarla en el campo del Otro (Otro del lenguaje/Otro sexo). Quien habla pierde goce. Pero se habla para recuperar lo que se perdió. El anhelo guía al habla. El goce, como satis-facción de la pulsión, rige cualquier campo de significación.

Hablar es hacer pasar el circuito pulsional<sup>17</sup> por el campo del Otro. Todo hablante se instituye desde una falta de goce. El discurso produce un goce en el mismo lazo donde uno se vincula al otro. Este goce será llamado por Lacan “plus de goce”, a diferencia del goce al que renuncia todo hablante. Si el goce se opone al habla, “gozar está prohibido pa-ra el hablante”, el discurso produce un “plus de goce” en la misma relación vinculante con el otro. Algo de los cuerpos se enlaza en el discurso. “Plus de goce” porque viene como un más allí donde había un menos.

El discurso es lazo social. Vínculo entre un agente y un Otro, donde algo se produce y hay efectos de verdad<sup>18</sup>. El discurso es una relación (“discurso sin palabras”) entre lugares:

|              |                    |
|--------------|--------------------|
| Agente/deseo | Otro               |
| Verdad       | Producción/pérdida |

Lugares por encima y debajo de una barra. Por encima están los lugares del vínculo. Lo que éste produce en el campo del Otro, se expresa, a su vez, como pérdida, (la produc-ción como forma de pérdida fue trabajada por Bataille), pues no está en el campo del agente, sino en el del Otro. Del lado del agente, la producción produce un efecto que tiene que ver con una falta de significación situada como verdad. No hay vínculo entre ese lugar y el lugar de la producción.

Lugares fijos para el advenimiento de letras: un par de significantes como requisito mínimo de la significación, un  $S_1$  como significante primero, que será significado de for-ma retroactiva por otro, o serie de otros, representado como  $S_2$ . Una  $\$$  ( $S$  barrada) como le-tra que dice del sujeto y una  $a$  como forma de escribir el plus de goce.

Lugares fijos y articulación de las letras dan lugar a cuatro discursos:

|  |   |
|--|---|
| <i>Discurso del amo o del inconsciente</i> | $\frac{S_1}{\$/} \longrightarrow \frac{S_2}{a}$ |
| <i>Discurso histórico o de la ciencia</i>  | $\frac{\$/}{a} \longrightarrow \frac{S_1}{S_2}$ |
| <i>Discurso del analista</i>               | $\frac{a}{S_2} \longrightarrow \frac{\$/}{S_1}$ |
| <i>Discurso universitario</i>              | $\frac{S_2}{S_1} \longrightarrow \frac{a}{\$/}$ |

Quisiera hacer un breve comentario sobre el discurso del amo o del inconsciente: que el sujeto del inconsciente sea efecto de la cadena significante se escribe de la misma forma que si definimos el significante como lo que representa a un sujeto para otro significante.

$$\frac{S_1}{\$/} \longrightarrow \frac{S_2}{a}$$

Estas dos definiciones se pueden leer en la formalización. El matema puede igualmente ser leído como: la vivencia de goce de un sujeto se inscribe como huella inconsciente ( $S_1$ ) que abre la repetición metonímica del deseo ( $S_2$ ). La letra  $a$  minúscula, a través de un signo conjuntivo/disyuntivo (el *losange* o rombo), se pone en relación con la  $\$/$  produciendo la fórmula del fantasma.

La potencia de un matema es poder producir diferentes lecturas: el trabajador, como mercancía separada de su valor de uso ( $\$/$ ), produce un plus valor en la producción ( $a$ ), y se hace representar por un salario que dice de su valor de cambio ( $S_1$ ). Este, a su vez, para ser fijado, requiere del valor de otras mercancías ( $S_2$ ), para que, de forma retroactiva, fijen su valor.

El matema lacaniano indica que entre el discurso del inconsciente y el discurso capitalista hay algo más que una analogía. Tienen la misma estructura".

El discurso del analista es el revés del discurso del amo. El objeto  $a$  cambia de lugar. No se escribe como una producción que se pierde en el campo del Otro, sino como agente. Es la propia falta de objeto funcionando como causa del deseo del sujeto. No se trata de la recuperación fantasmática de la falta, sino de una travesía del fantasma (atravesar el fantasma es construirlo) que da lugar a un sujeto instituyente. Dejar de ser sujeto instituido por la lógica del inconsciente para así devenir como sujeto que se instituye contra su "destino". El sujeto no ya como efecto de lo que cifra su cadena hablada, sino causado por su propia falta.

Discurso del analista porque dice de la modalidad de escucha: escucha que no se refiere sólo al saber inconsistente sino a lo sustraído a ese saber, objeto *a* que el propio saber inconsciente vela.

Hay diferentes discursos ya que diferentes letras ocupan el lugar del agente. Que cada una de las cuatro letras aparezca en este lugar significa que los discursos o modalidades de vínculo están regidos por cuatro formas: no es lo mismo la insatisfacción subjetiva que interpela al Otro (discurso histérico o de la ciencia) que un saber que, estando separado del significante que lo promueve, causa un plus de goce en el Otro (discurso universitario). Por ejemplo: el discurso publicitario está hecho de saber (de los "creativos", de los estudios del mercado). Saber no del deseo, sino de su alienación imaginaria. De los campos valorativos de captura.

## 18.4. Sobre psicoanálisis e investigación social

### 18.4.1. El estatuto del psicoanálisis

Es larga la historia de la recepción de nociones o conceptos del psicoanálisis en la investigación social. Baste recordar el carácter "inconsciente" que Durkheim atribuía a las representaciones colectivas, pues éstas eran "representación sin sujeto que se represente" o "representación sin conciencia"<sup>20</sup>.

No es este el lugar para dar cuenta de esta historia, sí, en cambio, para situar la relación entre la teoría psicoanalítica y la investigación social. Esta relación se apoya, de forma mayoritaria, en un malentendido: de Kardiner, Margaret Mead, o Marcuse... La teoría psicoanalítica aparece como un saber que podrían anexionarse las ciencias sociales; saber subordinado a un proyecto, ya sea investigador, ya sea ideológico. Hacer del sujeto del inconsciente un sujeto psicológico como forma de abordar la cultura o un sujeto sociológico como forma de avalar un proyecto emancipatorio, han sido diferentes avatares del malentendido psicoanalítico en las ciencias sociales.

Deshacer ese malentendido requiere pensar las relaciones entre psicoanálisis y ciencias sociales de una forma diferente a la modalidad anexión/subordinación. Esta modalidad hace de la teoría psicoanalítica un saber regional, apto para complementar un punto de vista ajeno y esta complementaridad se logra transformando el sujeto del inconsciente en los sujetos requeridos por diferentes saberes.

Evitar el malentendido, dejar de lado la relación anexión/subordinación, requiere producir otra modalidad de relación, consistente en pensar que el estatuto del psicoanálisis es semejante al de la lingüística. Es decir, lingüística y psicoanálisis son teorías generales de las ciencias sociales<sup>21</sup> porque, a partir de ellas, se puede dar cuenta de lo social. Diferentes saberes, como la semiología o la antropología, la historia de las mentalidades o la investigación sociológica de textos y discursos, pueden remitirse a la lingüística y al psicoanálisis, mientras que la lingüística o el psicoanálisis no son abordables a partir de estos saberes.

Al ser promovida como teoría general, la teoría psicoanalítica permite sacar a las ciencias sociales del *impasse* en el que se encontraban al remitirse a las estructuras de clausura de la lingüística. El psicoanálisis horada la estructura para dar lugar al sujeto, pues hace que toda estructura se reconozca como tal en su propia falla.

Para pensar la relación entre psicoanálisis e investigación social, sería adecuado señalar la diferencia entre teoría e interpretación psicoanalítica. No es lo mismo teoría psicoa-

nalítica e investigación social que “interpretación psicoanalítica” en la investigación social. La relación entre psicoanálisis e investigación social debería situarse en la reflexividad y no en la instrumentalidad.

El “psicoanálisis aplicado” a la investigación social es una forma de contribuir no sólo a la retórica sociológica, sino también a la vulgarización psicoanalítica. Más pertinente es pensar la investigación social a través de la teoría psicoanalítica. Esto nos permite entender mucho mejor, no sólo la propia investigación, sino lo social mismo.

#### *18.4.2. Sobre investigación con grupos de discusión y psicoanálisis*

Sería preciso hacer algunas puntualizaciones.

El inconsciente no es lo preverbal: la energía o los afectos. Aquello que, estando fuera del lenguaje, se dice en él. La huella energética o afectiva en la palabra.

Los afectos son del yo, no del sujeto del inconsciente. Freud reconocerá un solo afecto inconsciente: la angustia. En “El pequeño Hans” Freud (1972) abordará la fobia como un miedo que sirve para defenderse de la angustia, promovida por la significación fálica. La angustia “no es sin objeto” dirá Lacan.

La concepción preverbal del inconsciente es anterior y distinta de la concepción freudiana. Es una concepción promovida por el romanticismo alemán.

En un grupo de discusión (véase el capítulo correspondiente) es importante recoger los componentes afectivos que se marcan en la palabra. Pero no desde un registro psicoanalítico. La función emotiva del lenguaje es más abordable, en el grupo de discusión, en un registro lingüístico (a través de los subjetivemas) o semiótico (semiótica de las pasiones).

El inconsciente no es una profundidad ni tampoco la parte sumergida de un discurso. No por hablar lo inconsciente habla en el habla.

El inconsciente no está, sino que es efecto de un tropiezo discursivo o de una interpretación analítica. Pero un tropiezo o abertura de la cadena hablada tiende a cerrarse sin una relación analítica que la mantenga abierta. El inconsciente es una pulsación, un parpadeo<sup>27</sup>. Si hay abertura del inconsciente cuando se produce un lapsus, hay también cierre del inconsciente (“en qué estaría yo pensando”). En el epígrafe sobre la estructura de la palabra veíamos que la respuesta que apunta a un sujeto se dirige a lo instituyente y no al saber o a las identificaciones del yo. Es una respuesta que mantiene la abertura para evitar el cierre. Abertura/Cierre es lo propio del inconsciente. Entre ambos bordes, interrupción y continuación de la cadena hablada hay un vacío o un significante que se sitúa en la cadena, pero proviene de otro lugar. Bordes que rodean un vacío, que se contraen y se dilatan. Emergencia en el habla del goce del cuerpo.

El sujeto del inconsciente es un efecto del propio dispositivo que lo produce. El dispositivo analítico trabaja sobre la abertura del inconsciente por medio de la transferencia que implica una interrogación subjetiva.

El dispositivo grupo de discusión trabaja, no sobre la abertura, sino sobre el cierre del inconsciente. Su objetivo es otro: analizar la promoción ideal del grupo, la identificación imaginaria en torno a los significantes que los agrupan, las idealizaciones cristalizadas.

El dispositivo opera en el cierre del inconsciente, en los saberes constituidos, en las identificaciones yoicas. Su registro no es lo real, sino lo imaginario, pues analiza los yoes constituidos y no los sujetos constituyentes. Se podría decir que el dispositivo grupo de discusión es el revés del discurso psicoanalítico.



La teoría psicoanalítica como teoría general puede orientar la investigación en grupo. La no complementariedad sujeto/objeto permite entender no sólo los desplazamientos metonímicos del deseo, sino también los anclajes fálicos que realiza el grupo. Los semblantes que una sociedad como la nuestra se proporciona.

Si el saber inconsciente cae fuera de la investigación social, el investigador puede, a través de la teoría psicoanalítica, situar los elementos que estructuran los discursos. Por medio de la teoría del sujeto se puede dar cuenta del individuo, es decir, de un producto que se auto-produce (véase capítulo *Socioanálisis Cibernético*). Más allá de la complementariedad sujeto-objeto, de la reflexividad, la teoría psicoanalítica señala la lógica sobre la que operan estos procesos. La auto-producción que no cesa pues no deja de fallar.

### 18.5. Apéndice: definición de algunos conceptos empleados

Es preferible que las nociones o conceptos se vean funcionando en el texto. Una teoría es una estructura conceptual, es decir, el valor de un concepto varía según se relacione con unos u otros conceptos. En el presente apartado se tienen en cuenta algunas nociones que pueden ser de utilidad para la lectura de este capítulo.

*Castración.* La inserción del viviente en el lenguaje implica una pérdida de goce. Hablar es perder satisfacción autoerótica y dirigir una demanda al Otro. Buscar goce en el Otro (sexo). La castración no es la prohibición de un padre (imaginario), sino la ley simbólica. Lo que castra es el lenguaje. La castración es el paso de la satisfacción muda a la demanda al Otro. Un operador que transforma al viviente en un sujeto.

*Deseo.* El deseo se diferencia de la necesidad. La necesidad puede ser satisfecha, pues hay un objeto fuera del sujeto que puede satisfacerla. El deseo, en cambio, sólo puede ser realizado a través de objetos sustitutos. Objetos sustitutos porque el deseo implica una estructura de falta. El sujeto, en cuanto deseante, está atravesado por la falta.

*Discurso.* Forma de lazo social, de vínculo al Otro. Un discurso es sin palabras, pues es una relación entre letras y lugares. El lazo social no se refiere sólo a la cadena significativa, también está referido al inconsciente y a la pulsión. Es decir, a los efectos sintomáticos que se producen en las diferentes modalidades de vínculo con el Otro. La modalidad de goce en lo social es la forma de pensar lo social del lado del síntoma.

*Fantasma.* En el fantasma, cuando se está como sujeto no se está como objeto y cuando se está como objeto no se está como sujeto. Todo fantasma tiene una doble cara: un sujeto que no es objeto y un objeto que no es sujeto. No es lo mismo ser sujeto en el fantasma que ser sujeto en el deseo. El deseo conjuga el sujeto con el objeto; se es sujeto de deseo en la medida en que se es, de forma simultánea, objeto para un Otro deseante.

*Goce.* El goce es del cuerpo. Se define como satisfacción de la pulsión. Hay una pluralidad de goces. "Si el goce está prohibido a quien habla", hablar implica un plus de goce (una ganancia allí donde hay una pérdida); hablar requiere la voz (pulsión invocante), que es objeto caído del cuerpo.

*Imaginario.* Lo imaginario hay que aprehenderlo en una estructura ternaria que hace referencia a lo simbólico y a lo real. Se refiere a la relación especular con el Otro, a los fenómenos de rivalidad. Da consistencia al yo y aparece como pantalla del inconsciente.

*Inconsciente.* Hace referencia al sujeto, al efecto subjetivo que produce el despliegue de la cadena significante. El inconsciente es saber. Hace aparecer el deseo como deseo del Otro. Se pueden manejar sujeto, deseo e inconsciente como términos implicados entre sí.

*Lenguaje.* Equivale a lo simbólico, se escribe como Otro. "Sólo hay Otro del lenguaje". Hace referencia a la cadena significante más que a la relación interlocutiva.

*Matema.* Es una escritura que da cuenta del orden inconsciente. Aborda la estructura despojada de lo imaginario. Escritura simbólica que permite la transmisión del psicoanálisis más allá del carácter individual del pensamiento inconsciente.

*Objeto.* Para la teoría psicoanalítica no hay complementariedad sujeto/objeto. El objeto se define por una pérdida (Freud) o por una falta (Lacan). La pérdida o falta de objeto es lo que barra al sujeto.

*Palabra.* Está referida a una estructura donde, por un lado, el hablante queda dividido entre el decir y el querer decir y, por otro, el sentido de lo que dice se establece de forma retroactiva por el destinatario de su mensaje. El destinatario puede dar lugar a un sujeto o reconocer a un yo.

*Pulsión.* La pulsión siempre se satisface a través de la descarga de una excitación. Su trayecto es un circuito, que rodea la ausencia de objeto. Este circuito tiene su fuente en los bordes del cuerpo y en estos bordes es donde se localiza la meta de la pulsión.

*Real.* Lo real puede ser abordado tanto como un encuentro traumático, inasimilable para el sujeto, como aquello que, en lo simbólico, es rodeado por la cadena significante.

*Semblante.* Forma fálica (el falo es el significante de la falta) de negar la castración. En el discurso analítico el analista hace semblante, no del falo, sino del objeto causa.

*Simbólico.* Precede al sujeto. Es el campo del Otro, donde el viviente ha de ubicarse. Está conectado con el concepto de castración.

*Sujeto.* No es el yo consciente (la representación que un sujeto se hace de sí mismo a través de sus enunciados). Remite a la posición de enunciación del hablante. El sujeto, como sujeto del inconsciente, es instituido por el discurso analítico.

---

NOTAS AL CAPÍTULO 18

---

<sup>1</sup> Lacan en "Radiophonie". (N. de los Eds.: el autor ha considerado necesario citar únicamente los títulos de las obras, en lugar de sus referencias bibliográficas correctas, que pueden consultarse en la *Bibliografía general*).

<sup>2</sup> Jakobson estableció la metáfora y la metonimia como los dos polos del lenguaje. Con la aportación de Jakobson, Lacan leyó la condensación y el desplazamiento freudiano.

<sup>3</sup> Se puede ver tanto en *Principios de fonología* de Trubetzkoy como en *Elements de syntaxe structurale* de Tesnière.

<sup>4</sup> Véase el libro de Joan Starobinski *Les Mots sous les Mots* sobre los anagramas de Saussure.

<sup>5</sup> "Naturaleza del signo lingüístico" en *Problemas de lingüística general* I.

<sup>6</sup> Sobre las figuras retóricas del inconsciente se pueden ver diferentes textos. Capítulo IV o VI de *La interpretación de los sueños* o *El chiste y su relación con el inconsciente*.

<sup>7</sup> Véase Seminario sobre *Las relaciones de objeto*.

<sup>8</sup> *Estudios sobre la histeria*.

<sup>9</sup> *Conferencias de introducción al psicoanálisis*. Estas dos vertientes las señala Hebé Tizio en "¿Qué es el lenguaje para el inconsciente?" *Freudiana* 3.

<sup>10</sup> "Pegan a un niño".

<sup>11</sup> "Lingüística y poética" en *Ensayos de lingüística general*.

<sup>12</sup> "Variantes de la cura tipo" en *Escritos II*.

<sup>13</sup> Miller. "Presentación de las variantes de la cura tipo" en *Umbrales de análisis I*.

<sup>14</sup> "Función y campo de la palabra" en *Escritos I*.

<sup>15</sup> *Vigilar y Castigar*.

<sup>16</sup> Véase *Arqueología del saber*.

<sup>17</sup> El circuito de la pulsión en *Les quatre concepts fondamentaux de la psychanalyse*.

<sup>18</sup> En Lacan el saber se opone a la verdad. Si el saber puede ser significado, la verdad, siempre subjetiva, no toda puede ser significada.

<sup>19</sup> Véase el seminario de Lacan titulado *De con une Otro al otro*.

<sup>20</sup> "Représentations individuelles et représentations collectives" en *Philosophie et sociologie*.

<sup>21</sup> Esta concepción se encuentra en Althusser, *Écrits sur la psychanalyse*. También en Barthes y Lévi Strauss.

<sup>22</sup> Lacan en *Les quatre concepts fondamentaux de la psychanalyse*.

## CAPÍTULO 19

### ANÁLISIS DEL SENTIDO DE LA ACCIÓN: EL TRASFONDO DE LA INTENCIONALIDAD

*Fernando J. García Selgas*

*En el fundamento de la creencia bien fundamentada yace la creencia no fundamentada (§ 253).*

*Es decir, el que en la práctica no se pongan en duda ciertas cosas pertenece a la lógica de nuestras investigaciones científicas (§ 342).*

*Pero no se trata de que no podamos investigarlo todo y que, por lo mismo, nos debamos conformar forzosamente con la suposición. Si quiero que la puerta se abra, los goznes deben mantenerse firmes (§ 343) (Wittgenstein, 1988).*

#### **19.1. Comprender la acción: sentido e intencionalidad<sup>1</sup>**

Para comprender y explicar una acción, que en realidad es siempre parte de una corriente de acciones materiales y discursivas, hay que tener un mínimo conocimiento de los goznes sobre los que gira la configuración de su sentido, esto es, hay que atender a las condiciones que posibilitan su configuración característica y que los/as<sup>2</sup> agentes dan por establecidas y asumidas. Es evidente que las investigaciones que se realicen para producir ese conocimiento girarán a su vez sobre otros goznes o creencias epistemológicas, ontológicas y sociológicas, también necesitados de un análisis crítico y un asentamiento. En eso estamos; queremos vislumbrar los elementos necesarios que sirvan como goznes de una puerta que nos conduzca a una mejor comprensión de (el sentido de) las acciones. La reflexividad, en su movimiento perpetuo, también debería alcanzar a los goznes sobre los que gira esta propuesta.

Vamos a partir de una síntesis metodológica clásica. M. Weber nos recuerda que una acción es aquella conducta a la que el agente imputa un significado o sentido subjetivo. La intención del agente, la incardinación del movimiento corporal en un cierto orden de de-

seo y de sentido, es lo que convierte una conducta, o su ausencia, en una acción. Según Weber<sup>3</sup>, independientemente de si nos ayudamos de estudios estadísticos, de "tipos ideales", o de análisis cualitativos, la acción queda comprendida y a veces explicada cuando captamos el sentido pretendido por el agente (la intención) y lo situamos en el complejo contexto de significado práctico en que se desarrolla. *Intencionalidad y contexto*. Así el objeto de conocimiento es para Weber<sup>4</sup> "el subjetivo complejo-de-significado de la acción", esto es, el marco de sentido de la acción tal como es vivido por los sujetos, es decir relativo a los sujetos, es decir subjetivo. *El marco de sentido vivenciado (subjetivado y subjetivante) es lo que nos permitiría realizar y comprender la acción*.

Para proseguir nuestro camino voy a hacer una serie de aclaraciones que señalan e inician ya los pasos siguientes y ponen límites generales a la propuesta. Espero que esas aclaraciones nos permitan empezar a ver que para hablar de la intención o significación pretendida y referida a la conducta de otros, que según Weber caracterizaría a la acción social, hay que dar por supuestos un entramado de intencionalidad (individual y colectiva), unas prácticas socio-históricas y unos agentes que los constituyen al ser por ellos constituidos. Estos serían los supuestos ontológicos del sentido de la acción y los goznes que han de ser revisados para asentar su comprensión y explicación científicas. Veamos las aclaraciones.

a) Al hablar del sentido de una acción me refiero tanto a una entidad semántica (sentido = significado, carácter simbólico, capacidad de representación), como a una entidad de la geometría del deseo (sentido = orientación, dirección de marcha, relación a un fin apuntado, etc.). Con ello es evidente que doy más relevancia a la carga simbólico-representativa de las acciones de lo que el mismo Weber hacía y que, por tanto, la intención constitutiva de sentido ha de ser entendida en un sentido más amplio como intencionalidad.

b) Es cierto que la intención, junto a la percepción, es la forma biológicamente primaria de la relación intencional entre el organismo y el entorno, y que la intención es componente básico de la acción. Pero también es cierto que es sólo uno de los posibles estados intencionales que tenemos y que pueden entrar en la acción. Otros son las creencias, los deseos, los miedos, etc. Por ello aunque a la hora de aclarar el sentido de una acción haya que tener muy en cuenta la intención del agente, también hay que considerar otros estados intencionales como los anteriormente referidos.

Todos ellos son estados caracterizados por dirigirse a, o apuntar a, algún estado de cosas en el mundo; sólo tenemos deseo si lo es de algo, sólo creemos si creemos algo, sólo intentamos si intentamos hacer que algo suceda, etc. La intencionalidad de estos actos consiste en esta directividad que aparece como un contenido representacional o simbólico, que se denomina contenido intencional, y que funciona en tanto en cuanto determina un conjunto de condiciones que deberían cumplirse para que el estado se satisfaga (determina las condiciones de satisfacción, esto es, lo que debería darse para que la creencia se confirme, el deseo se cumpla, etc.). De estas puntualizaciones hechas siguiendo a J. Searle (1983: 1-22), se extrae no sólo la centralidad operativa que adquieren las condiciones de satisfacción para configurar y comprender estados intencionales, sino también el que todo acontecimiento cargado de algún estado intencional conlleve necesariamente un elemento simbólico-representacional.

La centralidad de la intencionalidad, y de la carga representacional, se consolida cuando recordamos el hecho de que decir y hacer constituyen una unidad funcional ubicada en

el cruce de un campo cultural y un espacio intencional. El sentido de la acción depende en gran medida de lo que los agentes dicen sobre ella: la narratividad es un elemento constitutivo de las acciones humanas. El significado de las palabras viene determinado por el curso de acción en que se inscriben, mientras que interpretamos las narraciones por su similitud a la vida. En palabras de J. Bruner (1991: 32-34), el objeto de análisis ha de ser la *acción situada*: situada en un escenario cultural y en los estadios intencionales mutuamente interactuantes de los participantes (entre quienes se encuentran las investigadoras).

c) La centralidad que estamos otorgando a la intencionalidad no puede llevarnos al error subjetivista de dar por establecida y preconstituida la subjetividad, olvidando su conformación práctica y dinámica. Tampoco podemos caer en el error contrario de retirarnos al código, a la estructura o al marco de significados, olvidando la capacidad de los individuos como agentes. Rechazar ambas unilateralidades exige ampliar nuestro mapa de la intervención "mental" o simbólica de los agentes individuales, de modo que entre, bajo o sobre la conciencia y el inconsciente sepamos ubicar el conocimiento o sentido práctico. Este va a ser un factor fundamental para nuestra propuesta metodológica.

Es patente, gracias a los diversos estructuralismos, que no podemos reducir la participación cognitiva de los agentes a lo que discursivamente son capaces de explicitar (esto es, a intenciones y razones), pues como el burgués de Molière sabemos hablar en prosa antes de que se nos explique que así lo hacemos. Pero también parece claro que tal capacidad no se entiende ni se explica con sólo referirnos al inconsciente o a estructuras abstractas. Hay un conocimiento práctico, un *know-how*, un sentido de lo que se puede o de lo que hay que hacer, que es medular en la configuración material y simbólica de las acciones, así como en su comprensión científica, y es un conocimiento que portan y poseen esos sujetos históricamente en construcción.

No vamos a dejarnos apresar por el dilema de tener que elegir entre un sentido que termina por ser producido en los más recónditos lugares del inconsciente subjetivo y una semiosis que una cultura produce sobre los códigos compartidos. En línea con el movimiento anterior vamos a entender que el sentido o significado de una acción es su carga simbólico-representativa que rebasa la materialidad conductual, está ligada a la narratividad discursiva y, una vez captada, permite la comprensión de la acción y eventualmente su explicación. La producción y reproducción de sentido, signos y significados, y más concretamente la producción y reproducción de contenidos intencionales, aparece así como un proceso práctico, interactivo e impreso en la experiencia de los agentes (individuales y colectivos).

d) Las puntualizaciones al concepto de sentido e intencionalidad nos llevan a revisar la idea de esa acción (social) que quiere ser comprendida. Con ello y de paso se harán manifiestas algunas limitaciones de la propuesta. No podemos concebir la acción ni como un evento aislado, generado por una persona, ni como una manifestación determinada por supra-estructuras socio-culturales. La acción tiene en la intencionalidad y en la intervención relativamente autónoma de los agentes unos componentes básicos a los que se unen las consecuencias no-pretendidas y las condiciones desconocidas. De ahí que sea más adecuado ver la acción como un momento de la corriente que constituye la práctica social, en lugar de como un fenómeno concreto, y percibir las regularidades constituyentes del marco posibilitante de las acciones puntuales como (re)producidas material y simbólicamente por esas prácticas.

Toda acción (social) es un acontecimiento físico, en tanto que producto de la capacidad/poder de un ser corporal que interviene causalmente en su medio, y en tanto que siempre está ubicada en un espacio-tiempo de relaciones asimétricas de producción, de poder y de comunicación. Pero frente a las respuestas reflejo-conductuales y a otras actividades motivacionales animales, las acciones se caracterizan por tener un sentido generado sobre la base de un marco que es a la vez expresivo (representa, significa, dice, manifiesta, etc.) y valorativo/normativo (se sitúa en y respecto de un orden social): un marco que (des)car-ga simbólicamente y (des)legítima, utilizando como medio más patente la racionalización y reflexividad que permite y genera la capacidad lingüístico conceptual.

Ahora bien, lo que aquí nos concierne es el marco expresivo, representativo o significativo, y el espacio que más nos preocupa es el de las relaciones de comunicación. En concreto, nos concierne la regularidad, sistematicidad y producción del marco que hace posible la ubicación significativa de la acción y, por ello, su interpretación.

Esta autolimitación concierne a la propuesta concreta que aquí presento y no puede hacer que dejemos de ser conscientes de una serie de hechos que han de ser tenidos muy en cuenta a la hora de completar y dar por temporalmente culminada una investigación sobre el sentido de una(s) acción(es). En concreto hay que tener en cuenta los tres siguientes: primero, que el sentido-representación está siempre unido al sentido-valoración, y no podemos entender un sentido sin captar el otro; segundo, que las regularidades o marcos que posibilitan y condicionan la (re)producción de significado están unidos a los que posibilitan la reproducción de dominaciones y legitimaciones; y tercero, que las relaciones de comunicación o significación están siempre interconectadas de múltiples maneras con relaciones de poder (de poder decir, de marcar lo decible o significable, etc.) y con relaciones de producción e interés (interés frente a indiferencia e indiferenciación; posesión y acumulación de diversas formas específicas de capital tales como el económico, el cultural, el simbólico, etc.).

*e)* Se hace necesaria una última aclaración que explicita el desplazamiento que hemos ido asumiendo en la concepción ontológica al apuntar la ruptura y la superación de la dualidad sujeto-objeto. El mero hecho de que atribuyamos a toda acción un sentido representativo y valorativo hace que toda acción entre en la economía simbólica, y aparezca así en conexión genética tanto con un agente concreto (cuyas elecciones y disposiciones se construyen en relación a los otros agentes) como con un conjunto de sentidos, que la interacción social impone sistemáticamente sobre los atributos intrínsecos de los movimientos realizados y de sus consecuencias esperables: agente, contexto y sistema.

De un modo más inmediato para la aplicación metodológica de la presente propuesta resulta que el desplazamiento conceptual lleva a que el análisis comprensivo de la acción exija estudiar todos aquellos filtros y sedimentos del sentido de la acción que lo hacen posible y lo concretan, esto es, que haya que aclarar el marco intencional, el contextual y el estructural. Teniendo en cuenta, además, que en el fondo de cada uno de ellos aparecen los otros, y que en última instancia todos están constituidos en y por la práctica social-material. Conviene eliminar desde ahora el espejismo que pueda generarse porque sigamos el hilo de la conformación "subjetiva" o intencionalidad del sentido, ya que al final nos encontraremos situados en su constitución histórica, social y práctica.

En resumen, el conjunto de las aclaraciones hechas tiene tres implicaciones inmediatas: la primera es romper metodológicamente las dicotomías entre intención y convención, entre acción y situación, etc.; la segunda es variar nuestra concepción ontológica de modo que, contrariamente a las tendencias subjetivistas y las objetivistas, consideremos la acción

como una realidad procesual y dual que se asienta en la existencia de unos agentes capaces de participar materialmente en el juego-de-sentido correspondiente; y la tercera es tener que aclarar el trasfondo que soporta genéticamente esos marcos de sentido y su interrelación. Siguiendo el hilo del marco intencional, vamos a centrarnos en esta última tarea, aunque no dejaremos de mirar a las otras dos.

## 19.2. El trasfondo de la intencionalidad

Hemos tomado como punto de arranque la corriente de acción social que llamamos práctica y nos hemos centrado en la intencionalidad del agente como vía privilegiada, aunque no exclusiva, para acceder a la base de atribución y comprensión del sentido de la acción. La propuesta básica es que la intencionalidad (o configuración individual del sentido) y el juego-de-lenguaje (o configuración pública del sentido), que permite la narratividad en ese caso concreto, se asientan en un marco de sentido producido y reproducido en la práctica social, cuya consideración analítica es metodológicamente imprescindible para la comprensión de la acción.

Aunque tal marco o trasfondo se intuye ya como un conjunto social de significaciones posibles o como una especie de caja de herramientas simbólicas donde entran sentidos, marcos de referencia, diferenciaciones, reglas, rituales, etc., la verdad es que por ahora plantea más cuestiones que soluciones. En concreto plantea una serie de preguntas sobre en qué consiste específicamente ese marco, cómo se manifiesta y cómo puede ser reconstruido con propósitos analíticos, cómo da asiento a las mediaciones constitutivas de los sentidos concretos, cómo posibilita que la intencionalidad genere un sentido que produce, reproduce y varía los sentidos socialmente sostenidos. Pero dado que estamos tratando de los goznes de la investigación científico-social cualitativa conviene andar con pies de plomo. Así que ahora me voy a limitar a argumentar la necesidad de reconocer la existencia de ese marco como trasfondo de la intencionalidad: argumentar que no puede haber estados intencionales sin que haya un “trasfondo” (las comillas son por lo inestable e inapropiado del término) de capacidades, habilidades, prácticas, etc., que, con una realidad primariamente biológica y necesariamente social, los haga posibles.

### 19.2.1. Argumentos para la aceptación del trasfondo

Repitémoslo, no hace falta compartir la concepción de la intención como causa autorreferencial de la acción para estar de acuerdo con J. Searle (1983) en que todos aquellos estados y acontecimientos que constituyen lo característico de una acción y concretamente de su sentido, como la intención, el deseo, la creencia, etc., son parte de la capacidad “mental” básica tradicionalmente denominada intencionalidad. Esto es, son parte de la capacidad de versar o tratar sobre algo distinto de sí misma, independientemente de que ese algo exista. Nos basta con admitir que es a través de la direccionalidad (el ser sobre lo otro, la representatividad) de aquellos estados como se conforma el sentido de la acción, y no olvidar que esta direccionalidad es el rasgo principal de la intencionalidad.

Recordemos que, según Searle (1983: 1-14), todo estado intencional tiene como principal componente el contenido intencional o representacional que determina las condiciones



de satisfacción del ese estado. Es decir, determina que condiciones han de obtenerse para que el estado sea satisfecho: qué debe hacerse para que la intención sea realizada, qué estado de cosas debe darse para que la creencia sea verdadera, etc. Pero lo aquí relevante va a ser que el contenido intencional no puede determinar las condiciones de satisfacción sin recurrir a un trasfondo de habilidades prácticas, de capacidades y de disposiciones. Cualquier estado intencional que se nos ocurra (la mujer que quiere presentarse a la elección de presidente del país; mi esperanza de que mañana no llueva; tu deseo de que la película sea buena; etc.) es siempre parte de una larga red de estados intencionales (creencias, esperanzas, miedos, etc.) asentada en el lecho de unas capacidades mentales y prácticas: una red asentada en y entrelazada con un trasfondo de la intencionalidad.

Aunque para determinar las condiciones de satisfacción de cualquier estado intencional intentaríamos hacer una lista de todas las creencias y demás estados intencionales que debe haber en la red para que el contenido intencional de aquel estado determine sus condiciones de satisfacción no podríamos finalizar nunca. Y no podríamos por las siguientes razones: porque muchas son inconscientes, porque los estados de la red no están todos individualizados y porque muchos son tan fundamentales que una y otra vez pasan desapercibidos. Incluso en el supuesto de que lográramos completar esa lista nos encontraríamos con que el contenido de la intencionalidad, particular o en una red, no es nunca autointerpretable, es siempre susceptible de aplicaciones diferentes. El funcionamiento de todo el conjunto de estados intencionales, que hace posible a cada uno de los estados particulares, requiere la existencia de unas capacidades básicas que nos habilitan para estar en, aplicar y comprender estados intencionales. Por ejemplo, para pensar en ir a votar en las elecciones generales he de tener la creencia, entre otros estados intencionales, de que las mesas y las cajas ofrecen resistencia al tacto. Y esta creencia no es algo inconsciente, sino algo que yace en mi práctica diaria. Se manifiesta en el hecho de que escribo sobre una mesa, pongo libros sobre una mesa, guardo cosas en una caja, etc., (Searle, 1983: 142).

Un caso argumental más básico aún es el de la comprensión del sentido literal de una oración, que no puede ser lograda si sólo nos basamos en el significado de las palabras y en las reglas de composición de la oración. Y no se puede lograr porque las condiciones de satisfacción de la oración (las condiciones de verdad si es un enunciado) se determinan atendiendo a diferentes presuposiciones del marco o trasfondo. Por ejemplo pensemos en como la aparición de la palabra *cortar*, con el mismo significado literal y en una interpretación normal, se interpreta de manera diferente en diferentes oraciones tales como: José corta el césped, José corta la tarta, José corta la tela, José cortó el tablero, José se ha cortado el dedo.

- Ya le dije que no andara jugando con esas cosas (dice su madre).
- ¿A qué tipo de cosas se refiere?, ¿qué hay de común entre esas acciones que las diferencia de abrir una puerta, romperse un brazo, separar el trigo de la paja, etc.?, ¿por qué no podemos hablar de cortar la casa, cortar la montaña o abrir el césped?

La única forma de dar una respuesta consistente a éstas y otras preguntas y casos semejantes (pensemos, p. ej., en la comprensión de expresiones metafóricas como una cálida bienvenida, un argumento sólido, etc.) es afirmar, con Searle<sup>1</sup> que las diferentes interpretaciones de una misma expresión cuyo significado literal se mantiene constante, vienen fijadas por un trasfondo de capacidades humanas, un trasfondo de habilidades para reali-

zar ciertas prácticas, de *know-how*, de formas de actuación, etc., sobre el que se realiza la interpretación correcta, esto es, la comprensión.

Otro tipo de casos que también recuerda Searle es el que constituye la realización de acciones regladas o actualización de habilidades adquiridas al seguir reglas (o representaciones) explícitas, tales como esquiar, jugar al baloncesto o conducir. En estos casos, desde el momento en que la esquiadora, la conductora o el jugador de baloncesto es cada vez mejor, alcanza un punto en que ya no necesita recordarse a sí misma las instrucciones o las reglas con que aprendió. Y no porque éstas se hayan internalizado, o porque se las rememore silenciada o inconscientemente, sino porque ya no se las necesita; han sido relegadas por la conformación de una destreza (de esquiar, conducir o jugar al baloncesto) tan perfeccionada que incluso puede ir contra las reglas preliminares con objeto de ajustarse a las exigencias externas. La experta es flexible y responde de manera diferente ante condiciones diferentes, mientras que la principiante es inflexible. Searle (1983: 150) afirma aquí algo que nos parece especialmente importante:

(...) las experiencias repetidas crean capacidades físicas, presumiblemente realizadas en sendas neuronales, que simplemente hacen irrelevantes a las reglas. "La práctica hace la perfección" no porque la práctica resulte en una memorización perfecta de las reglas, sino porque la práctica repetida permite que el cuerpo se haga cargo y las reglas retrocedan hacia el trasfondo.

La aportación más inmediata que hace este tipo de casos a nuestra argumentación está en el hecho de que, incluso en aquellas acciones en que el componente intencional ha funcionado causalmente en la producción de la conducta (esquiar por la colina, meter la canasta), necesitamos ir más allá de esa intencionalidad si queremos dar una descripción que sea ajustada. Esto es, debemos seguir el camino hasta el trasfondo de capacidades, habilidades, asunciones preintencionales, actitudes no representacionales, etc., que posibilitan y permean toda la red de estados intencionales en que se sostienen aquellas acciones.

### 19.2.2. Aproximación a algunos rasgos del trasfondo

Son bastantes las investigadoras que han llegado a conclusiones y propuestas semejantes, aunque haya sido por caminos muy diferentes. Rememorar brevemente alguno de ellos nos permitirá recoger ciertos rasgos relevantes del trasfondo. También nos servirá para ir apuntando que el trasfondo de la intencionalidad ha de confluir con el trasfondo de la estructuración, y que por ello quizá fuera mejor hablar de trasfondo de sentido en general (véase el capítulo *Teoría de la observación* respecto a la vinculación del trasfondo con el nivel virtual de existencia semiótica).

Uno de esos caminos es el abierto por buena parte de la psicología cognitiva cuando resalta la estructuración narrativa de aquello que hace posible la comprensión de los significados. Ello la lleva a afirmar que los marcos socialmente construidos y narrativamente estructurados hacen posible la memoria colectiva y la individual, y a defender que la comprensión de los significados exige especificar la estructura y coherencia de los marcos que hacen posible la producción de significados concretos (Brunner, 1991: cap. 2).

Siguiendo un camino no muy alejado del anterior M. Foucault ha pretendido mostrar el hecho discursivo global o puesta en discurso de la sexualidad, esto es, el funcionamiento del

aparato o dispositivo de poder-saber-placer que sostiene en nosotros el discurso sobre la sexualidad. Persiguiendo tal objetivo ha terminado mostrando, entre otras cosas, la existencia de un marco compuesto por elementos heterogéneos (narraciones, prácticas, instituciones, leyes, normas morales, formas arquitectónicas, etc.) que, impulsado por el objetivo de auto-conservación, se (re)produce merced a una sobredeterminación funcional, por la que la aparición de uno cualquiera de sus elementos trae resonancias de los otros (la red), y merced a una elaboración estratégica que trae efectos previstos y no previstos<sup>6</sup>. De esta manea Foucault nos ayuda a recalcar el carácter histórico del marco de discurso o sentido, pero sobre todo nos ayuda a alejar el fantasma de que el trasfondo es algo que está por debajo, como la base, como un fondo, pues es también lo más evidente, lo más superficial (que las mesas ofrecen resistencia al tacto, p. ej.): el trasfondo de la intencionalidad o marco de sentido, en general, permea todos los ámbitos de nuestra vida.

Tomaremos como último caso el de la semiología o semiótica. Nos fijamos en concreto en la bifurcación de caminos a que habría llegado tras desechar la trascendentalidad estructuralista y verse enfrentada a un sujeto dividido entre lo consciente y lo inconsciente, entre los determinantes socio-culturales y los impulsos pre-simbólicos. Es el punto en que unas optan por centrarse en los segundos polos (J. Kristeva, p. ej.), mientras otros (U. Eco, p. ej.) se reducirán a los primeros, quedando en cada caso prácticamente excluido el otro polo de la dicotomía. Ahora bien, como señala T. de Lauretis (1984: 169-171), esa bifurcación de caminos es producto en última instancia de una ontología obsoleta, pre-freudiana incluso, que separa cuerpo y mente, símbolo y estímulo, materia e intelecto, de tal forma que p. ej. U. Eco pretende poder analizar semióticamente los grandes universales de la cultura humana (parentescos, tecnología e intercambio económico), pero relega toda un área fundamental de la vida humana como es el cuerpo, los instintos, los impulsos y sus representaciones. De ahí que T. de Lauretis defienda que para analizar la carga simbólica de los productos y acciones humanas hay que recuperar la raíz pragmatista de la semiótica, que invita a ver la base de los significados en la creencia práctica y en los hábitos o disposiciones para la acción. Es en este reino mediacional, entre los falsos extremos de lo cultural y lo natural, y como rechazo de su separación, donde veríamos localizado el trasfondo o marco de sentido.

Es la sedimentación de la vida, de la vida que nos antecede y nos rodea y de la vida vivida, lo que alimenta y conforma el trasfondo de la intencionalidad, sin el que no podría haber actos intencionales definidos y, por ello, comprensibles. Es la sedimentación de la vida lo que hace posible el espacio social de una interacción regulada (simbólicamente, en nuestro caso), de un agente capaz y con las disposiciones apropiadas, y de un capital (simbólico) intercambiable. Es la sedimentación de la vida humana lo que hace posible, como un marco o un trasfondo, la (re)producción y comprensión de los sentidos de las acciones.

### *19.2.3. Sobre la naturaleza del trasfondo*

Podemos afirmar que hay un acuerdo bastante generalizado sobre el hecho de que la naturaleza del trasfondo es biológico-social y que algunas de sus capacidades y prácticas están más basadas en lo biológico (son expresión de rasgos biológicos básicos del ser humano como andar o comer) y otras están más alimentadas por lo social (son producciones histórico-culturales, como el calzado o las buenas maneras en la mesa). Sin embargo, la segunda parte de este acuerdo reintroduce la dicotomía o polarización que queremos superar mediante la consideración de la constitución y el funcionamiento del trasfondo de la intencionalidad.

Para evitar este problema, esta dicotomización indeseable, contamos con dos vías complementarias que conducen a ámbitos parcialmente diferenciables. Aquí vamos a dejar de lado la vía más filosófica<sup>7</sup> y, apoyándonos en los rasgos del trasfondo puestos de manifiesto por los argumentos y casos presentados, vamos a ir directamente a reconsiderar la concepción inicial de (el sentido de) la acción como universo y ámbito básico de estudio. En concreto, en este caso la eliminación de la tendencia a resituar esa dicotomía en el seno del trasfondo de la intencionalidad tiene que ir unida a mostrar la confluencia de la constitución del agente, del capital simbólico o código y del espacio reglado de interacción simbólica.

Es decir, para poder ofrecer una fundamentación completa del análisis del sentido de la acción, además de especificar la naturaleza biológico-social y las manifestaciones de aquello que hace posible la producción y comprensión de sentido por los agentes, esto es, especificar la naturaleza y el funcionamiento del trasfondo de la intencionalidad, habría que mostrar como éste confluye con las condiciones de posibilidad de las entidades bio-sociales que son el capital/código y el espacio reglado, y como esa confluencia además de en las relaciones de significación se produce en las relaciones de producción y de poder. Sin embargo, aquí nos vamos a limitar a recoger dos apoyos en esa dirección, que además nos servirán para especificar la puerta de entrada a la especificación del trasfondo.

a) De alguna manera M. Foucault nos ayuda a ver que el modo en que se constituye el agente (sujeto e identidad) es también el principal proceso por el que los marcos básicos de sentido cobran realidad y concreción (se encarnan). En concreto, Foucault afirma<sup>8</sup> que en nuestra cultura actual los seres humanos somos transformados y objetivados como sujetos de tres modos principales:

1. A través de la objetivación que producen las ciencias sociales (el hablante, la productora, etc.).
2. Mediante la separación y división del sujeto por dentro y por fuera (objetivación institucional de la separación entre el loco y el cuerdo, la enferma y la sana, etc.).
3. Mediante la asimilación de modos objetivos con los que reconocemos como sujetos (de la sexualidad, p. ej.).

La regulación social de la sexualidad, la organización (y secuestro) institucional de ámbitos fundamentales de la vida y la experiencia humana, y la producción de un discurso altamente legitimado (como ciencia) que especifica las determinaciones del agente, son claros mecanismos históricos de génesis tanto del agente como del espacio de interrelación, tanto de la posibilidad de producir sentido, como de los sentidos posibles y del espacio en que pueden desplegarse.

b) Ya dijimos que al poner la práctica en el centro de nuestra consideración, el conocimiento práctico venía a ocupar un lugar preferencial. De este modo en lugar de realzar la relación entre lo discursivo y el "lenguaje" inconsciente, se pone en primer plano la interconexión entre el agente y las instituciones que su actividad cotidiana reconstituye. Pero a su vez, y como bien ha sabido ver A. Giddens<sup>9</sup>, siguiendo a los etnometodólogos y a L. Wittgenstein, esto hace que el sentido de las acciones y de las emisiones no se derive tanto del juego de diferencias internas al código simbólico cuanto del aparato metodológico encarnado en el conocimiento práctico de la rutina diaria. Son estos métodos o formas múlti-

ples de posible intervención en la interacción cotidiana concreta, los que alimentan tanto la cognoscibilidad y capacidades (simbólicas, p. ej.) del agente como las regularidades normativas del código y del espacio intercomunicativo. Es decir, al reconocer que el conocimiento práctico es inherente a la acción, resulta que ni el texto/producto, ni el código, sino el intercambio simbólico espacio-temporalmente situado (la conversación, p. ej.) es lo que resulta básico para explicar la producción y comprensión de significados.

La indicación de por donde podemos empezar a reconocer una manifestación del trasfondo básico de sentido surge tanto de Foucault (al ligar la génesis del agente a la consolidación del espacio de sentido) cuanto del hecho de que Giddens afirme que las formas de cognoscibilidad y simbolismo configuradas en la conciencia práctica, además de ser cruciales para la constitución del agente, esto es, del (re)productor de sentido, también lo son para la estabilidad de la personalidad<sup>10</sup>. Es decir, la estabilización y unificación del agente empieza a verse, desde el lado intencional o subjetivo, como la manifestación de ese trasfondo general de sentido. Los procesos de identidad emergen como su primera manifestación visible.

En resumen, podemos extraer tres ideas generales de nuestra consideración abstracta del trasfondo de la intencionalidad. En primer lugar tenemos que los casos y argumentos desplegados muestran que los estados intencionales, y entre ellos los que son responsables de la génesis, atribución y captación de significados y sentidos, requieren de la existencia y funcionamiento de un trasfondo o marco sobre el que puedan precisar sus respectivos contenidos intencionales. Por lo tanto cualquier análisis cualitativo de la realidad social necesita tener muy presente el marco de los agentes y del investigador para enraizar la comprensión de las acciones lingüísticas y las no-lingüísticas.

En segundo lugar podemos afirmar que quienes han empezado a estudiar este marco o trasfondo lo ven, en principio, como un conjunto de conocimientos prácticos o *know-how* (saber cómo hacer cosas, técnica y socialmente; saber cómo son las cosas o cómo aparecen las cosas; etc.), habilidades prácticas, capacidades y disposiciones. Incluso han quedado apuntados algunos rasgos del trasfondo, como son: sendas neuronales y el cuerpo haciéndose cargo del sentido; estructuración narrativa; el carácter histórico y la situación simultáneamente oculta y patente; y la sedimentación de la vida que habita el ámbito mediacional de la falsa polarización entre lo pre-simbólico y lo socio-cultural.

En tercer y último lugar hemos visto que evitaremos reproducir la contraposición entre lo natural/individual y lo social si entendemos que el trasfondo de la intencionalidad, así como sus manifestaciones, confluyen con el trasfondo general de sentido. Esto es, la conformación de la intencionalidad confluye con las condiciones de posibilidad de los espacios y de los objetos/capitales sociales participantes en la (re)producción del sentido. Es más, hemos visto que esa confluencia se expresa en primer lugar en la manifestación del trasfondo que serían los procesos de identidad personal.

### **19.3. Las manifestaciones actuales del trasfondo**

Hablamos de manifestaciones y no de elementos constitutivos porque ni están dados de antemano, ni conforman tipo alguno de esencialidad, sino que más bien son constituyentes de, y están constituidos en, un proceso general y dinámico. Son, como diría Wittgenstein, el

cauce de un río, que asienta su curso pero es a la vez modificado por éste y por la confluencia de otros factores externos. Son los goznes de la comprensión y de la comunicación.

Lo que aquí vamos a presentar bajo la denominación de manifestaciones son los modos en que el trasfondo se realiza y se convierte en condición efectiva de posibilidad (de la especificación) de la intencionalidad. Son modos de funcionamiento que condensan y (re)crean marcos de sentido de la acción. En concreto hablaremos de *identidad*, *habitus* y *encarnación* como las principales manifestaciones actuales, cuya visibilidad pondrá de manifiesto los supuestos ontológicos del marco de sentido de la acción.

### 19.3.1. Procesos de identidad

Acabamos de ver que los procesos que generan las capacidades prácticas y simbólicas y van conformando al agente social, confluyen con el proceso de identidad. Se va generalizando, además, la idea de que, en la práctica, esos procesos son de naturaleza narrativa, más que lógica o categórica, y que se complementan con un control afectivo. Por un lado ello es coherente con la existencia del trasfondo general de sentido que hemos defendido, pues la narración (Brunner, 1991: 54-69), a la vez que teje el hilo de la acción y de la intencionalidad humanas, media constitutivamente entre el mundo canónico de la cultura y el mundo idiosincrático de las creencias, los deseos y las esperanzas. Por otro lado, la relación interna y mutuamente constitutiva entre la configuración de los procesos y medios de identidad y la estructuración de la narratividad ya empieza a apuntar el modo en que aquéllos pueden configurar los marcos de sentido de la acción.

Tales modos se ven más claros todavía si nos fijamos en el sentido normativo o de orientación de las acciones, y si atendemos a las características de la identidad.

1. Los fines y valores que el agente persigue y dan sentido (incluso causa según algunos) a sus acciones son fines/valores sostenidos por una forma de vida. Son valores que subyacen a una forma de vida mediante su incorporación constitutiva en nuestra identidad y en el marco público de orientación y valoración. Lo que se diferencia del resto y cobra con ello significatividad y lo que es importante y merece por ello perseguirse es aquello que está (socialmente) investido de interés y que resulta interesante para el agente. Interés, diferenciación y significatividad. Acontecimientos que resultan de vida o muerte en una cultura y desencadenan toda una serie de acciones que con ello cobran sentido pueden parecer o resultar irrelevantes o indiferentes para alguien que no tenga, por ejemplo, el mantenimiento del honor como un principio rector de su identidad pública (masculina) y no se sitúe como participante del juego del honor<sup>11</sup>.
2. Los procesos de identidad, tales como el mantenimiento de una unidad o contigüidad, de un ser lo mismo (identidad e identificación; identidad y diferencia), tienen que permear todos los componentes fundamentales que posibilitan el sentido y el significado, pues es generalizado el reconocimiento científico de que éstos se apoyan en esos mismos elementos (mismidad, regla, contraposición, diferencia, etc.).

Mostrada la confluencia de las bases posibilitantes del sentido y de los procesos de identidad, conviene aclarar ahora el concepto mismo de identidad y su historicidad. Hay que recordar, en primer lugar, que el proceso de individuación y caracterización que supone la

identidad (identidad e identificación) tiene una cara o ámbito social y otro personal, que están estrechamente interconectados. El aspecto de la identidad social o colectiva, con todas sus concrecciones en la pertenencia a un grupo, a una nación, a una etnia, etc. es claramente fundamental en la (re)producción de marcos de sentido: lo que tiene sentido hacer, lo que debe ser hecho, etc. Pero dado que aquí estamos siguiendo el hilo de la intencionalidad del agente parece más oportuno mostrar la cara personal de la identidad: mostrar la auto-identidad (*self-identity*). Ello no quita que los elementos que vamos a utilizar para aclarar su concepto (narratividad, reflexividad, asiento del sentido/moral, ubicación material o corporeizada) también pueden extenderse a la cara social de la identidad, del mismo modo que de ambas se ha de predicar el carácter histórico.

Hemos visto que el carácter histórico era, junto a la organización narrativa, uno de los rasgos ligados al trasfondo, y que ambos son básicos en la constitución de la auto-identidad. Ésta viene a ser la construcción histórico política de una subjetividad y particularmente de un interlocutor interior del sujeto, esto es, de un *self*, un *me*. Es una construcción histórica que ha pasado por momentos claramente diferentes, en los que han predominado tecnologías diversas. Así en el mundo occidental, podemos recordar los siguientes momentos: el predominio griego del conócete a ti mismo (ligado al cuídate a ti mismo); el mandato monástico y cristiano de confiesa tus pecados; el cogito cartesiano de la modernidad clásica; o el actual diván de la psicoanalista. Ello nos sitúa ante el artefacto actual de una subjetividad articulada a partir del discurso del sexo (placer y reproducción; poder, cuerpo y genética) y con el predominio de las tecnologías de la circulación de información (cibernética) y de la manipulación de los organismos (genética e inmunología)<sup>12</sup>.

La variación histórica, además de al proceso mismo de construcción de la identidad, ha afectado a la conceptualización de ese *self* o *me* reflexivo que la concreta. Reduciéndonos a nuestro siglo vemos que esa concepción ha sido, consecutivamente, esencialista (el yo conceptual auténtico y la introspección o posteriormente el diálogo terapéutico), operacional (el yo "me" como aquello que miden las pruebas de autoconcepto, aspiraciones, etc.), distributivo-racionalista (el yo como producto de las situaciones en las que opera, producto del operar reflexivamente y racionalmente), y distributivo-narrativa (el yo como acción, contenido y forma de una narración continua interna y también externa) (Brunner, 1991: 102-115). Nosotros adoptaremos esta última concepción, y no tanto porque sea la última y la más vigente actualmente, cuanto porque la idea de un proceso de conformación de la auto-identidad que en gran medida consiste en la auto-re-producción de los esquemas conductuales y significativos de una cultura, es una idea que confluye con la posible concreción del trasfondo en los procesos de identidad.

¿Qué podemos decir hoy de la naturaleza y la concepción de la auto-identidad? De entrada ya tenemos unos elementos característicos como la corporeización de placeres, genes y códigos, la reflexividad y la narratividad. Utilizando el análisis de A. Giddens (1991) encontraríamos que sólo faltarían dos rasgos básicos adicionales: uno es que la unidad o mismidad que la identidad implica es la unidad a través del espacio-tiempo, la contigüidad de pasado, presente y futuro, mediante el mantenimiento de una narrativa particular; el otro es que esta contigüidad conlleva un ordenamiento y posicionamiento ante la vida, ya que, a pesar de la mediación y secuestro que ejercen los sistemas institucionales, conlleva elegir entre diferentes narraciones posibles, y ello es un posicionamiento moral y político, que en última instancia afecta a que la vida personal tenga más o menos sentido.

La conformación de la identidad aparece así como un proceso constructivo, narrativo y político, realizado mediante la interpretación reflexiva que el agente hace de su propia bio-

grafía y con la que viene a sostener marcos generales de sentido. En concreto, ese proceso, impulsado por las tecnologías prevaletentes, vendría a permitir que la constitución de la subjetividad diera y comunicara continuidad biográfica a sus quehaceres; que mantuviera la muy primaria concha protectora ante las amenazas cotidianas a su integridad; y que valorara como fiable y significativa su propia identidad. A ello sólo nos quedaría añadir el reconocimiento de que el cuerpo no es un elemento ajeno o adicional a este proceso, sino que, como sistema de acción y posicionamiento en la práctica cotidiana que es, juega un papel fundamental en el sostenimiento de un sentido coherente de auto-identidad y de identidad social. Recordemos el papel que a este respecto juegan la apariencia corporal, incluido el adorno y el vestido, el porte y las maneras, la sensualidad o los regímenes a que se somete el cuerpo. La anorexia y la sobrealimentación compulsiva son en parte resultado de la necesidad de los individuos de mantener una auto-identidad.

A pesar de éstas y otras clarificaciones que se pueden hacer, una y otra vez vuelve la idea de que quizá hoy "identidad", más que una categoría capaz de captar la manifestación del trasfondo de sentido, sea un residuo conceptual problemático que retiene dos fantasmagorías dañinas: el intelectualismo o culturalismo de situar la identidad personal en última instancia en una especie de diálogo interno, que reintroduce la dicotomía naturaleza-cultura; y la idea de la unicidad, que desplaza el patente fraccionamiento y contradicción de los sujetos actuales. Algunas feministas han ayudado a ver tales problemas cuando han puesto de manifiesto las limitaciones narrativas, las imposiciones discursivas y el olvido de la práctica a que conduce la teoría y la práctica psicoanalítica en su afán de consolidar y clarificar ese marco constante de significado básico y de posición en el universo simbólico que sería la identidad (especialmente la identidad masculina, blanca y de clase media). Y si el diván no da asiento a la identidad, las biotecnologías y la cibernética abren la posibilidad de sujetos, agentes y espacios no isomórficos, afines y parciales, no idénticos ni totales (de Lauretis, 1984: 162-167; Haraway, 1991: 188-196).

Es más, quizá la única posibilidad de retener la utilidad de la identidad como manifestación y medio de concreción del trasfondo sea tomar su actual conceptualización distributivo-narrativa y ligarla a otras manifestaciones menos problemáticas. El concepto distributivo del yo y de la identidad, nos presenta unas instancias constituidas en relaciones dialógico-narrativas, en interacciones, en expectativas tenidas y despertadas, etc. No habría una instancia esencial que descubrir o mantener, sino la paulatina reconstrucción relacional de un nudo agentivo de relaciones. No hay una instancia original o genéticamente completa a la que luego se suma el complemento histórico-social, sino que la constitución de sistemas dinámicos de acción o agentes es resultado y parte del perfilado social y la conformación de estructuras (dis)posicionales, que concretan la naturaleza comunicativa del agente en un determinado ámbito. Aquí parece plausible pensar que el concepto de *habitus* en Bourdieu (con su feliz confluencia con el concepto de *hábito* en Ch. Peirce) pueda constituir una manifestación del trasfondo que sea más efectiva.

### 19.3.2. *Habitus*

De entrada no puede sonar extraño que la regularidad de la actividad cotidiana esté implicada en la fundamentación de los intercambios simbólicos, pues en última instancia la posibilidad de reconocimiento de un significante y la noción misma de regla se asientan en la



repetición de lo mismo, en el hacer lo mismo: se asientan en el carácter básicamente rutinizado de la vida social y en el hecho de que estas rutinas conforman a los agentes a la vez que reproducen las instituciones. Las costumbres, las simples rutinas, las actividades habituales, las disposiciones ejercidas una y otra vez, incluso las acciones compulsivas y las adicciones forman un tejido diverso sobre el que descansa la coherencia práctica de los sistemas vitales y simbólicos. Sobre ese tejido descansa la regularidad y el carácter abierto que permite a estos sistemas ser prácticos, convenientes y económicos y los liga a universos concretos de prácticas sociales: efectividad y regularidad de la acción o intervención de la agente en un espacio concreto.

Es más, podemos recordar que según la concepción del padre de la semiótica<sup>13</sup> la constitución de algo en signo, su representatividad de otra cosa, es algo establecido por el intérprete. El significado o sentido se basa en el efecto que el signo produce en el intérprete mediante mecanismos emocionales y energéticos, que en última instancia llegan a producir la modificación de un hábito de acción. Los hábitos, que aparecen unidos a las acciones y a las creencias prácticas concretas, constituirían así la base viva y real de todo proceso semiótico. El último eslabón en la cadena interpretativa y generadora de sentido no estaría ni en el inconsciente ni en un código social sino en el resultado y regla de la práctica que son los hábitos.

El mismo Bourdieu (1991: cap. I. 3) cuando tiene que aclarar la lógica de la acción que es desvelada por el concepto de *habitus*, esto es, la lógica de la espontaneidad histórico-natural que no es plenamente autoconsciente ni está completamente determinada por el exterior, y busca un caso paradigmático para hacer esa aclaración, lo encuentra en la dialéctica que se produce entre las disposiciones expresivas y los medios institucionales de expresión y que resulta en un principio intencional y generativo de improvisación regularizada. El discurso estaría producido por un *modus operandi* no dominado conscientemente (las palabras brotan de la boca, los gestos se hacen, etc., sin que normalmente haya ninguna selección consciente previa) y vendría así a contener una "intencionalidad objetiva" que rebasa las intenciones conscientes del agente-autor y estimula aquel *modus operandi* del que sería un resultado. Ese principio generativo de improvisación regulada es el sentido práctico, el sentido que conforma al agente como participante en un determinado "juego" (de sentido, p. ej.). El hecho de que el *habitus* incorpore una objetivación de la historia que coincide con otros *habitus* y con las estructuras (instituciones, códigos) es lo que hace posible la mutua inteligibilidad de las prácticas y que éstas tengan un significado objetivo, que posibilite y trascienda las intencionalidades subjetivas. De este modo habría una armonía entre el sentido (habilidad) práctico y el sentido (significado) objetivo, que vendría a producir el mundo del sentido común, donde se ubica un consenso sobre el significado de las acciones y se armonizan las experiencias de los agentes, esto es, vendría a hacer posible la producción e interpretación del sentido de las acciones.

En definitiva, el *habitus* se propone como una entidad prelingüística encarnada en los agentes, que hace posible la estabilidad e inteligibilidad de las acciones. En nuestra terminología eso implica que el *habitus* se presenta como manifestación concreta del trasfondo de la intencionalidad y del sentido. Ahora bien, resulta que el *habitus*, conformado por las experiencias pasadas y por principios generativos y selectivos, aparece como sintonizado de antemano y constantemente con el espacio y las condiciones de interacción. En otras palabras, aunque el *habitus* nos facilitara (la comprensión de) el acceso práctico e interpretativo de los sujetos a significados objetivos, resulta que terminaría absorbiendo en sí mismo la tensión entre estructuración objetiva e innovación subjetiva. El mismo Bourdieu (1991: 105) es cons-

ciente de ello cuando habla de la propiedad paradójica del *habitus* como principio no-esco-gido (no-percibido, no-apreciado) de toda elección (percepción, apreciación).

La mejor forma de aclarar y superar este problema es ir (a) al concepto mismo de *habitus*. Pero hay que tener en cuenta además que (b) es un concepto desarrollado con el espíritu de eliminar problemas falsos y plantear dificultades relevantes. Incluso merece la pena retener ese espíritu en nuestro análisis. Por último también habrá que considerar (c) los conceptos más directamente ligados a él.

a) De las diversas definiciones que Bourdieu ha dado de *habitus* desde que comenzara a utilizar ese término a finales de los sesenta quizá la más completa sea la siguiente:

El condicionamiento asociado a una clase particular de condiciones de la existencia produce *habitus*, sistemas de disposiciones duraderas y transferibles, estructuras estructuradas pre-dispuestas para funcionar como estructuras estructurantes, esto es, como principios generadores y organizadores de prácticas y representaciones, que pueden estar adaptadas objetivamente a su fin, sin suponer la búsqueda consciente de fines o el dominio expreso de las operaciones necesarias para lograrlos (1991: 92).

El *habitus* es un sistema de estructuras cognitivas y motivacionales (esquemas de percepción, pensamiento y acción), producidas históricamente (inculcadas por las oportunidades y prohibiciones, las posibilidades e imposibilidades inscritas en las condiciones objetivas), que se incorporan en cada organismo como disposiciones duraderas, y que generan y estructuran las prácticas individuales y colectivas de un modo condicionado pero no determinado. Es un sistema generativo que marca simultáneamente lo posible y lo imposible mediante el asentamiento de "el sentido práctico" y la internalización de la historia directa e indirectamente experienciada.

b) Vayamos ahora a los objetivos y logros del desarrollo del concepto de *habitus*. Éste emerge como el mecanismo que lleva a un agente, que ya ocupa una posición social concreta, a iniciar unos u otros movimientos en el juego de sentido-poder. Quizá por ello el primer objetivo al desarrollar este concepto es romper con el intelectualismo y reconocer que el eje de las acciones humanas no es un plan intelectual sino un sentido práctico, un sentido del juego, que se encarna en organismos concretos. Pero no hay que dejarse engañar por palabras como "mecanismo" u "organismo", pues Bourdieu afirma que lo característico del *habitus* no es tanto lo repetitivo o habitual cuanto la capacidad generativa inscrita como un arte en el sistema disposicional<sup>14</sup>.

Un segundo objetivo es que la noción de *habitus*, como referencia a una subjetividad socializada o a un resultado de la institución de lo social en individuos biológicos, nos lleve a deshacernos del fantasma del sujeto (subjetivismo) y de la especulación sobre clases o estructuras autónomas (objetivismo), y a centrarnos en las relaciones entre *habitus* y espacio o campo social. Veríamos entonces que si el campo social condiciona la estructuración de *habitus* mediante la gratificación de ajustes adecuados y todo el proceso educativo, el *habitus*, según Bourdieu<sup>15</sup>, contribuye a constituir el espacio social como un mundo significativo, como un ámbito cargado de sentido y valor donde merece la pena intervenir/jugar. El hecho de que el campo (el hábitat) ha producido mis esquemas perceptuales, de pensamiento y de acción, hace que cuando actúo sobre él me parezca evidente y significativo. Se produce una especie de complicidad ontológica de la historia consigo misma a través de esas dos objetiva-

ciones diferenciadas pero interrelacionadas que son el *habitus* (las disposiciones) y el campo o espacio social (el hábitat, las posiciones). Ahí se asienta el sentido de las acciones. Ahí hemos de buscar el lugar en el que el *habitus* nos sitúa para la captación del trasfondo de la intencionalidad.

c) Los conceptos más inmediatamente ligados al concepto de *habitus* son evidentemente el de disposición y el de campo. El primero lo delimita desde dentro, el segundo desde fuera. El conjunto de disposiciones adquiridas, que es el *habitus*, es algo más que un conjunto de actitudes, pues hemos visto que incluye esquemas de pensamiento y sentimiento, y es evidente que también incluye categorías clasificatorias, principios de identidad, etc. Lo que convierte a todo esto en disposicional es su carácter de tendencia, propensión o inclinación habituales, que hacen del *habitus* la base generativa de las prácticas concretas y hacen del agente un (re)productor del sentido objetivo y de sentidos que exceden a su intención personal. Aquí estaría la justificación ontológica de las investigaciones sociales.

Hemos visto también que las disposiciones, adquiridas en concordancia con las condiciones próximas de existencia, son duraderas, como consecuencia de que se adquieren de manera no-reflexiva, repetitiva y a veces institucionalmente inculcada, por lo que se convierten en una (segunda) naturaleza inscrita en nuestra organización corporal. Y es aquí donde al pensar sobre la determinación y transformabilidad de las disposiciones, y sobre sus relaciones posibles con las condiciones objetivas nos reencontramos con el problema del subjetivismo y el objetivismo<sup>16</sup>.

Precisamente el concepto de campo, como espacio social, concreto y diferenciado en que opera el *habitus* y que puede condicionar los resultados finales (los estratégicos y los no-pretendidos) de la realización de las disposiciones, parece permitir la clarificación no problemática de aquellas relaciones. Un campo social es un sistema de posiciones sociales, que define la situación de sus (*habitus*) ocupantes, y de fuerzas o relaciones de poder entre esas posiciones, que se establecen por el acceso a los recursos o bienes que están en juego (acceso al capital económico, social, cultural o simbólico). El campo social, asegura Bourdieu<sup>17</sup>, es una red o una configuración de relaciones objetivas entre posiciones, que obliga a pensar en una ontología relacional y no substantiva, y que tiene más instancias según la complejización social va teniendo más microcosmos relativamente autónomos (el campo artístico, el campo económico, el deportivo, etc.). Pero este campo es asimismo resultado de la regulación práctica, del acuerdo tácito, de la acción diferenciadora y de los posicionamientos enfrentados. Un campo es un espacio social no sólo de significados (diferencias y posiciones) sino también de relaciones de fuerza en cambio constante y agitado.

Ciertamente introducir la lógica relacional puede sernos de ayuda para relajar la tensión que venimos percibiendo, pero ahora parece que el agente (la intencionalidad) queda aplastado en la pinza de una objetivación interiorizada y una objetividad exterior, que amenazan con hacerlo desaparecer. Esto es, resulta que no sólo la sombra del determinismo y el objetivismo estructuralista continúan planeando en la propuesta de Bourdieu, sino que además aquella manifestación en que se iba a ver concretado el trasfondo de la intencionalidad (y el sentido), e iba a funcionar como soporte de ésta, termina por asfixiarla y hacerla desaparecer. Sin embargo esta impresión no es acertada del todo, como vamos a comprobar volviendo al concepto de *habitus*. Allí vamos a encontrar la clave para ver cuál puede ser la manifestación del trasfondo cuya delimitación nos permita asentar hoy el análisis del sentido de la acción.

Los elementos fundamentales del *habitus*, que lo han convertido en una manifestación interesante del trasfondo, se resumen en la inscripción de la objetivación histórica en el cuerpo mismo de los agentes sociales. Es esa corporeización, concretada principalmente en sistemas de disposiciones, pero también en esquemas de movimiento y percepción, la que constituye la precondition de la comunicación discursiva general, de la homogeneidad de las prácticas realizadas por miembros de un mismo grupo o clase y de las prácticas de coordinación. Es esa corporeización o encarnación lo que permite al *habitus* minimizar la aparente oposición entre el sistema exterior y las fuerzas, impulsos o motivaciones internas/privadas, pues los elementos del *habitus* son internalizaciones, que

(...) permiten que las fuerzas externas se ejerciten, pero que lo hagan de acuerdo con la lógica específica del organismo en el que son encarnadas, esto es, de una forma duradera, sistemática y no mecánica (Bourdieu, 1991: 95).

El enraizamiento en la corporalidad, o encarnación, también es el elemento fundamental de otros componentes del entramado conceptual que hemos visto alzarse. En el caso de las disposiciones es absolutamente obvio, al hallarse éstas inscritas en nuestra organización corporal. Por su parte, mientras el *habitus* es la encarnación disposicional (en un cuerpo) de la acción social, el campo o espacio social es su encarnación posicional (en una institución); es la ubicación relacional de los cuerpos en el espacio-tiempo social, que les otorga un conjunto específico de marcas simbólicas, cratológicas y económicas. Incluso el sentido práctico, esto es el sentido que tiene la práctica y que nos orienta en la práctica, es un involucrimiento corporal en el mundo, que no presupone ninguna representación (o contenido intencional) del cuerpo, del mundo o de sus posibles relaciones (Bourdieu, 1991: 66).

La encarnación aparece así como el proceso que efectivamente puede eliminar la falsa oposición conceptual entre lo exterior/social y lo interior/natural. El artefacto de nuestra corporeización aparece como la manifestación del trasfondo de la intencionalidad que nos permita ir más allá del *habitus*. Es más, si aceptamos la idea de Bourdieu<sup>18</sup> de que el objeto propio de consideración de las ciencias sociales es la relación entre esas dos realizaciones de la acción histórica que son el *habitus* y los campos sociales, parece plausible pensar que esa relación se concretará, como trasfondo de la intencionalidad, en la encarnación, que pasaría a ser así el soporte ontológico último de las investigaciones sociales cualitativas.

### 19.3.3. Encarnación<sup>19</sup>

Una manera aceptable de adentrarnos en esta manifestación concreta del trasfondo y de recalcar la viabilidad del tránsito realizado, consiste en recordar los diversos hechos generales, y algún caso concreto, a que Bourdieu se refiere con la encarnación como proceso de consolidación y funcionamiento del *habitus*. Puede decirse<sup>20</sup> que la encarnación del sistema de disposiciones y esquemas generativos se refiere a cuatro hechos básicos y generales:

1. Que tiene que estar ligada a estructuras cerebrales-neuronales.
2. Que sólo existe en y por las prácticas de los agentes, pues el *habitus* (como forma de caminar, forma de hacer cosas, etc.) no es algo abstracto u oculto sino que se manifiesta en la práctica como uno de sus elementos constitutivos.

3. Que las clasificaciones y taxonomías prácticas (arriba-abajo; izquierda-derecha; frente-detrás; caliente-frío; etc.) están enraizadas en la organización, experiencia y ordenación corporal.
4. Que el porte o estilo con que actúa un agente (su *hexis* corporal), además de asentar bajo el nivel de lo consciente una manera de pensar y sentir, sirve de confluencia a lo idiosincrático y a lo sistemático-social.

Tengamos presente que con estos elementos de la encarnación podemos recuperar los rasgos que imputamos al trasfondo cuando (en el epígrafe 19.2.1) argumentamos la necesidad de su reconocimiento. Recordémoslos: trazos neuronales, conocimiento práctico, el cuerpo haciéndose cargo, carácter histórico, estar en el fondo y en la superficie del sentido de la acción y ubicarse en el ámbito mediacional entre lo cultural y lo natural. El único que aparentemente se nos quedaría fuera sería el rasgo de la estructuración narrativa. Pero no es así porque, si recordamos algunos hechos anteriormente mencionados, podemos apreciar que la encarnación retiene (o se liga a) este rasgo de al menos tres maneras:

1. La arquitectónica de la memoria tiene en la narratividad uno de sus principales medios de organización y preservación.
2. Las interrelaciones existentes entre las tres manifestaciones del trasfondo presentadas nos permiten ligar la encarnación con los procesos de identidad, donde la narratividad tiene un papel primordial.
3. El marco intencional del sentido de la acción necesariamente converge con el marco público del juego-de-lenguaje en que ésta se inscribe, de modo que la encarnación, como manifestación básica del primer marco, tiene que estar ligada a la narratividad que posibilita el segundo y a la que efectiva y reflexivamente contribuye a conformar el sentido de la acción.

Si vamos ahora a los casos concretos en las investigaciones de Bourdieu que sirven de ejemplo a la encarnación, vemos que son de diferentes tipos. Así, p. ej., cuando (1991: 101-103) habla del *habitus* como esa ley inscrita en los cuerpos, que es precondition de las prácticas de coordinación, señala el baile como un caso patente de organización de lo homogéneo y de lo heterogéneo, del que se predispone en todos lados como símbolo y refuerzo de la integración de grupo. Pero sin ningún tipo de duda el caso ejemplar por antonomasia ha sido, desde sus primeras investigaciones antropológicas sobre la Kabila, el modo en que los órdenes sociales hacen del cuerpo el depositario de la diferenciación laboral, política, simbólica y sexual de los géneros.

El mismo porte (o *hexis* corporal, en los modelos socialmente contrapuestos de lo masculino y lo femenino, viene a ser la realización encarnada de toda una mitología política, que se convierte así en una disposición permanente, en una forma duradera de pararse, andar, hablar, tener relaciones sexuales, etc. Así, p. ej., la oposición entre una sexualidad (masculina) pública y sublimada y una sexualidad (femenina) secreta, silenciada y alienada, se correspondería con la oposición entre la política extravertida o pública y el secretismo introvertido y subterráneo de la política de los dominados. Semejantes oposiciones se refuerzan en otras oposiciones encarnadas como la que se daría entre una postura (masculina) firme, altiva, directa, y otra postura (femenina) reservada, flexible, inclinada, y que correspondería con una identidad ideal (masculina) de honor, claridad y veracidad, frente a la identidad ideal (femenina) de modestia, recato y reserva. Reiteración, cacofonía y organización duplicante, que

volvemos a encontrar en las formas de caminar, en los modos correctos de comer, en la división de trabajos entre los sexos, etc. Todo hace del cuerpo y del movimiento de los hombres (la expresión de) un dispositivo dirigido hacia arriba, hacia fuera, hacia otros hombres; mientras la organización corporal de ellas se dirige hacia abajo, hacia dentro, al interior de la casa<sup>21</sup>.

Es un proceso intensivo, más de entrenamiento (gimnasia cotidiana del cuerpo) y experiencia que de socialización o de educación discursiva, por el que las taxonomías y oposiciones sociales básicas quedan codificadas y depositadas disposicionalmente. La percepción esquematizada corporalmente de la división sexual del trabajo y de la división del trabajo sexual sería constitutiva de la percepción del mundo social. De este modo los esquemas, formas y organizaciones corporales no solo constituyen elementos básicos en los procesos de identidad (social y personal), sino que además encarnan un código con el que construir mensajes y cargan el contenido del aparato perceptivo e interpretador de mensajes. Más aún y como dice el propio Bourdieu (1991: 121):

Quando se califican socialmente las propiedades y movimientos del cuerpo, las elecciones sociales más fundamentales se naturalizan, y el cuerpo, con sus propiedades y sus desplazamientos se constituye en un operador analógico, con lo que se establecen todo tipo de equivalencias prácticas entre las diferentes divisiones del mundo social —divisiones entre los sexos, entre los grupos de edad y entre las clases sociales— o, con más exactitud, entre las significaciones y los valores asociados a los individuos que ocupan posiciones prácticamente equivalentes en los espacios determinados por esas divisiones.

Recordar los fenómenos generales a que apunta la encarnación que subyace al *habitus* nos ha permitido mostrar que aquél es una manifestación nítida del trasfondo de la identidad. Ver el ejemplo central que aduce Bourdieu nos permite afirmar que el proceso de la encarnación es una naturalización de distinciones y oposiciones sociales, que se expresan en las diversas acciones de los agentes y que asientan un fondo último de significación. Pero si todo esto lo hemos visto ya en el proceso de encarnación que el *habitus* conlleva ¿por qué no quedamos en éste? Pues precisamente por las mismas razones por las que, siguiendo a Bourdieu, hemos recorrido su desarrollo: porque (a) la encarnación aleja más aún alguno de los falsos problemas que nos acucian, y porque (b) nos deja mejor colocados para seguir afrontando problemas realmente relevantes. Además, recorriendo ambas razones está el hecho de que permite un enraizamiento más firme de las investigaciones cualitativas. Veámoslo.

a) Con la encarnación podemos recuperar algunos elementos importantes de la visión de Peirce, que sitúa el asentamiento último de los procesos semióticos en la constitución viva, duradera y cotidiana de disposiciones y expectativas para la acción (de Lauretis, 1984: 178-179 y 183-184). Quizá el más relevante de esos elementos sea apreciar que si el conjunto de disposiciones y esquemas perceptivo-conductuales son una condición de la producción social de significado, también son un resultado de ésta que se asienta en el proceso de conformación socio-cultural de la corporalidad. Es decir, son condición y resultado de la práctica social que se asienta en la corporeidad. No menos importante es que el hecho semiótico deja de ser buscado en un tercer reino platónico, o en las artes creativas del productor-hablante, para reconocerlo ubicado en la realidad carnal del usuario-intérprete. Asentar la semiosis en la encarnación hace que para que algo funcione como signo

sea necesario, entre otras cosas, una agente cuya configuración/asimilación experiencial de la práctica social permita la realización del significado. Igualmente hace que las prácticas significantes no sean casos extraordinarios o inmediatamente ligados a alguna narratividad textual, sino que aparezcan en cualquier contexto práctico.

De este modo nos despegamos tanto de la metáfora productiva, que nos contrapone a la naturaleza y hace casi irresoluble la dicotomía naturaleza-cultura, cuanto de la tradición intelectualista, que (de Freud y Saussure a Foucault y Lacan) nos deja limitados a lo discursivo/lingüístico y niega la expresividad fundamental y la potencia directamente terapéutica del (cuidado del) cuerpo. Tales abandonos no impiden que, p. ej., podamos analizar no-reductivamente creaciones culturales simbólicamente muy condensadas, como pueda ser un mito: la pervivencia de un mito (metáfora) como el vampiro-drácula puede entenderse por su capacidad de dar cuerpo o encarnar un conjunto de sensaciones y sentimientos como la posesión carnal, la pasión, el amor, la dependencia, etc. Carne hecha carne: corporeizaciones que se encarnan: (tras)fondo de sentido convertido en mito y elemento de referencia.

Poco a poco necesitamos tensar los conceptos tradicionales para que se ajusten a la visión ontológica que se nos va imponiendo y al giro metodológico que se ajustaría a ella. No es sólo que los conjuntos de diferencias y los sistemas de oposiciones que presupone la significación se formen en la práctica cotidiana y se asienten en la encarnación, como si fueran naturales, sino que la auto-representación o identidad y el reconocimiento de algo como realidad o contexto de nuestras sensaciones están mediados y antecedidos por la diferenciación y la organización corporal. Sobre la encarnación o articulación corporal de diferenciaciones sociales, se sustentan las codificaciones lingüístico-sociales, se perfila el signo que es lo objetivado/objeto, y se constituye el signo que es lo subjetivado/sujeto.

El cuerpo (y la encarnación) no es sólo la organización, diferenciación e inscripción corporal, no es sólo el resultado experiencial de la historia próxima, es también y básicamente una entidad dinámica y procesual: es un modo práctico de reconocer y tratar con los acontecimientos y situaciones prácticas; es el control, efectivo y reconocido por otros, de la corporalidad, que nos convierte en agentes competentes y sirve de marco necesario para lo que puede ser expresado; es la normalización de las apariencias y de las circunstancias, hacia una misma y hacia los demás, que ayuda a sostener la necesaria sensación básica de seguridad y continuidad. Quizá la forma más clara de comprobar tales rasgos sea recordar los casos de *disembodiment* (descorporeización, desencarnación). Cuando, de manera excesivamente continuada, el yo se percibe separado del cuerpo, y éste aparece como movido por aquél desde detrás de un escenario que le resulta ajeno, nos encontramos con la manifestación de una ansiedad existencial ante la dislocación de un marco o hilo mínimamente común de la auto-identidad. Es una dislocación que descompone la articulación que todavía es posible en la vigente fragmentación del sujeto. En los casos en que el castigo y la tortura consiguen desmontar el esquema corporal, la desasociación del yo y del cuerpo facilita una cierta resistencia (el vagabundo de las estrellas que describe Jack London), pero puede terminar borrando el fondo significativo que da sentido y orientación tanto a nuestra auto-representación como a la relación con el entorno o la realidad. En los casos extremos de desintegración de la encarnación, o desarticulación del ajuste social de nuestra corporalidad, se quiebra el marco de sentido y, con él, se rompe en mil pedazos el espejo de significados donde todo se hacía vívidamente presente<sup>22</sup>.

b) Desde la perspectiva onto-metodológica a que nos va conduciendo el reconocimiento de la encarnación como manifestación (hoy) básica del trasfondo, se nos hace pa-

tente que los procesos de (auto)identidad requieren siempre alguna tecnología semiótico-material que ligue los significados al cuerpo. Ahora bien, aclarar estas tecnologías nos va a conducir a la problemática necesidad de superar la dicotomía naturaleza-cultura.

Lo podemos apreciar en el caso de la propuesta foucaultiana<sup>23</sup> de que el sentido-orientación (el valor, el sentido-poder) está investido y arraigado siempre en un cuerpo; sea este el cuerpo real (hasta el siglo XVII), el cuerpo social (desde finales del siglo XVIII), o el actual cuerpo político. Aquí no hay uso metafórico alguno. Las afirmaciones se pretenden literales. Esas investiduras y arraigamientos se establecen por mediaciones y tecnologías absolutamente materiales, ejercidas sobre los cuerpos (de carne y hueso) implicados. Es más, parece que podemos afirmar que en nuestra situación actual esas mediaciones están tecnológica e históricamente construidas, de modo que desde el porte personal hasta el *código* genético y el *icono* que se ha hecho del sistema inmunológico, somos una encarnación reflexiva y dinámica de esquemas simbólicos y de información. Somos organismos desnaturalizados y contingentemente contruidos; organismos articulados informacionalmente: organismos cibernéticos<sup>24</sup>.

Se nos abren posibilidades prometedoras, pero se nos imponen imperiosamente nuevas cuestiones. Podremos analizar las acciones de las subjetividades contemporáneas admitiendo su fragmentación interna, sin que ello nos lleve a silenciar o minimizar el papel de los agentes, aunque si nos haga afirmar que la identidad es quizá menos idéntica de lo que se suponía y que es el entramado de relaciones prácticas encarnadas y discursivamente resituadas lo que contextúa identificativamente a la usuaria-intérprete de sentidos. La encarnación que nos constituye aparece como una especie de prótesis vital de sentidos, que hace posible el asentamiento de *habitus*, la intervención habilidosa en diversos espacios sociales y el desarrollo de procesos de identidad. De esta forma, la encarnación emerge como sostén último, pero contingente, de la red disposicional y de creencias que hace posible la producción e interpretación de actos intencionales. Nos encontramos con la interrelación interna de naturaleza (carne) y cultura (sentido), y ello sigue siendo problemático.

A una posición muy semejante se llega desde diferentes investigaciones, a primera vista desconectadas. Una y otra vez nos encontramos con la necesidad de reconocer la culturalización de nuestra naturaleza y la base corporal de nuestros marcos de sentido. Recordar alguna de esas investigaciones nos servirá para apuntalar el concepto de encarnación y para certificar que nos encontramos situados frente a un problema radical y plenamente relevante, esto es nos encontramos con el problema de tener que romper la dicotomía naturaleza-cultura.

Por ejemplo, los argumentos y pruebas que H. Dreyfus ha venido aduciendo en contra del sueño de la Inteligencia Artificial de crear una réplica de lo que aquí hemos llamado el trasfondo de la intencionalidad<sup>25</sup>, le han llevado a probar, entre otras, tres tesis confluyentes: la primera es que gran parte del trasfondo, si no todo, no es intencional o representacional, sino que es una mezcla de conocimientos prácticos, habilidades y destrezas, y no puede por ello ser reproducido como un medio de representación; la segunda es que siempre nos encontramos (ya) en una situación significativa en la que el modo en que actuamos va definiendo la situación, y viceversa; y la tercera es que ese supuesto ordenador necesitaría no sólo un (duplicado de) un cerebro-mente humano, sino también un cuerpo.

La urgencia de romper la dicotomía naturaleza-cultura se hace patente en todas aquellas investigaciones que, como las de L. S. Vygotsky o C. Geertz, van concluyendo que no existe una naturaleza humana independiente de la cultura en la que se constituyen los agentes. No es sólo que el lenguaje sea una mediación fundamental de nuestras capacidades



mentales, es que sin el papel constitutivo de la cultura, sin la encarnación de marcos de sentido seríamos organismos incompletos e imposibles. En este orden de cosas no es de extrañar que quien antes empezó a impulsar y perfilar la idea de la corporeidad como base de símbolos y significados, esto es la idea de la encarnación (*embodiment*), incluso a pesar de que no encajaba bien en su perspectiva estructuralista, fuera una antropóloga cultural: M. Douglas<sup>26</sup>.

En conclusión, nos ratificamos en señalar la encarnación, esto es, el proceso histórico-cultural de configuración de nuestra corporalidad dinámica, receptiva y práctica, como la manifestación del trasfondo de intencionalidad que (hoy) parece básica para la (re)producción y la comprensión de los sentidos de las acciones. Pero esto no es un final feliz, sino el comienzo de otro momento de indagación, que va acompañado de la emergencia de nuevos problemas. Algunos de ellos son: tener que deconstruir los mecanismos por los que reiteradamente reaparece la dicotomía naturaleza-cultura (lo cual puede llevarnos a un reencuentro no-naturalista con las ciencias de la vida); la conveniencia de aclarar más los conceptos desplegados y perfilar un modo en que puedan operativizarse metodológicamente (quizá permitiéndonos acceder a los sistemas de significados que funcionan como esquemas generativos de las prácticas); o la necesidad de hacer el camino inverso de regreso al agente, sin olvidar ni la construcción cultural de su naturaleza ni la aportación desiderativa y carnal al uso, producción e interpretación del sentido de la acción (quizá mediante una redefinición del deseo como causa y efecto de la encarnación y el *habitus*, y la consiguiente reconceptualización de la "identidad"). Son problemas complejos pero absolutamente pertinentes, y que aquí quedan abiertos.

#### 19.4. Naturalización del sentido e historicidad de la encarnación

Hay que tener muy claro que las tres manifestaciones del trasfondo de la intencionalidad que hemos presentado no son tres entidades, elementos ni definiciones consecutivas de ese trasfondo. Recordemos que son modos de funcionamiento del trasfondo que condensan y (re)crean los marcos de sentido de la acción. Son tres aspectos confluyentes del proceso generativo de la subjetividad (estructuración del agente competente) y de su objetivación en un espacio social (posibilita y condiciona canales públicos de comunicación, así como opciones individuales). Son manifestaciones de un proceso general y dinámico, que aparece por doquier: son una forma de evidenciar como se despliega ese proceso: son resultado y aspecto constituyente de ese proceso.

Tenemos así un hecho básico, a saber, que en lugar de tres entidades autónomas o alternativas nos encontramos ante tres aspectos de un proceso práctico, que sirve de base general a todo acto significativo y/o comprensivo, y en el que cada uno de aquellos aspectos refleja los otros dos desde su posición, y con ello los redefine. Este hecho nos obliga a admitir dos condicionantes genéricos, interrelacionados entre sí, que a su vez nos conducirán a tener que hacer una serie de puntualizaciones.

El primer condicionante surge al reconocer que ese hecho básico está unido al carácter histórico de ese proceso general y de todas sus posibles manifestaciones. Así al señalar tres manifestaciones concretas como medios metodológicos para captar o reconocer el trasfondo de sentido nos encontramos con la pregunta: ¿por qué es a esas manifestaciones a las que hay que mirar para comprender el sentido de las acciones actuales? Su respuesta exige una

argumentación ontológica y teórica y unas investigaciones empíricas e históricas, que prueben que son esas tres manifestaciones las que mejor ajustan con las características de nuestro mundo actual. Las distinciones y supuestos que asume la propuesta realizada necesitan ser (disciplinariamente) asentadas, (filosóficamente) argumentadas y (empíricamente) comprobadas. Incluso la misma propuesta requiere ser fundamentada en su contenido y en sus formas de aplicación. Dado que aquí me he limitado a apuntar las argumentaciones teóricas, resulta evidente que se necesita ampliarlas y complementarlas con análisis substantivos o empíricos. Inevitablemente tenemos el condicionamiento de hallarnos (reflexivamente) situados en un cruce de interdependencias entre lo metodológico, lo teórico, lo filosófico y lo empírico.

El segundo condicionante general lleva a cuestionar radicalmente la posibilidad de dar una definición cerrada para cada uno de los tres elementos/manifestaciones. Surge cuando vemos que aquel hecho básico está ligado a otros dos. El primero es que hablamos de marcos de asignación y reconocimiento de sentido, que se configuran y sostienen en un proceso fluido y continuado de interacción práctica, y por lo tanto cuanto más cerrada sea la definición, más circular y menos duradera será, esto es, será menos operativa. El segundo y más importante hecho es que las tres manifestaciones esbozadas son fenómenos contestados, suponen un terreno política e ideológicamente contestado y conflictivo, por lo que cualquier definición cerrada supone falsear (e intentar cerrar subrepticamente) una situación que permanece abierta<sup>27</sup>. Inevitablemente deberemos estipular definiciones o conceptualizaciones abiertas, que más que como un catálogo o repertorio funcionen como una red conceptual.

La confluencia de ambos condicionantes nos obliga a realizar tres aclaraciones previas a las conclusiones:

1. Puntualizar qué manifestación del trasfondo parece la más básica.
2. Puntualizar mínimamente la comprobación y el desarrollo empíricos de la propuesta.
3. Hacer algunas aclaraciones sobre los elementos limítrofes de la propuesta.

#### 19.4.1. Primacía y redefinición de las manifestaciones

Recordemos que sea cual sea la manifestación que aparezca como guía principal o inicial, llevará a una redefinición diferente (aunque no necesariamente divergente) de las otras dos, y resaltarán unas u otras cuestiones. Por ejemplo, la tradición filosófica (Locke, Hume, Husserl, etc.) y la psicológico-social (Mead, Brunner) de tomar la identidad como punto de partida, aunque consiga no caer en la imputación de una esencia o unicidad al Yo, termina llevando a realzar el componente ideológico-cultural, oscureciendo el componente biológico-corporal, esto es, lleva a mantener, y además de forma desequilibrada, la dicotomía entre naturaleza y cultura. Por su parte, es cierto que la propuesta de la estructura disposicional o *habitus* pretende una especie de síntesis armónica de esa dicotomía, especialmente de su versión en la oposición micro-macro, y que en buena medida la consigue. Pero hemos visto que termina trasladando esa tensión al interior mismo del carácter generativo del *habitus*, de forma que éste aparece como una redefinición de la interiorización de normas o reglas, y amenaza con asfixiar la intencionalidad misma.

Por todo ello, la encarnación nos parece la manifestación que debe servir de punto primero y/o último de referencia.

Además de los argumentos aducidos al respecto hay una serie de razones que vamos a recordar, aunque no presentemos las evidencias necesarias para corroborar las creencias en que se basan. La primera es que pensamos que esa manifestación del trasfondo es la que más se corresponde con los rasgos sobresalientes de nuestro momento histórico (fin de la modernidad, ruptura de límites o fronteras, economía global), y por ello puede ser especialmente útil para el análisis de lo que ahora está sucediendo. En segundo lugar, parece que el análisis del sentido de la práctica desde la encarnación nos permite dar un paso más en esa tradición (la Praxeología), compartida por todos los autores que nos están sirviendo de guía, que busca elaborar una teoría de la representación (conocimiento, significado, información) como resultado de una auténtica construcción práctica y colectiva. En tercer y último lugar pensamos que si se conceptualiza y analiza la encarnación de un modo similar al que aquí se ha propuesto podemos profundizar en la ruptura de la dicotomía naturaleza-cultura, siempre que sepamos evitar el simplismo de un naturalismo sociobiologista.

Como hemos visto, la primera consecuencia de tomar esta opción es que las otras dos manifestaciones se redefinen en consecuencia. En este caso no parece muy problemático hacerlo si utilizamos el expediente de equiparar el concepto de encarnación con la redefinición del concepto de experiencia que propone T. de Lauretis. Ella misma nos dice (1984: 158-159) que la auto-representación (= identidad) consiste en realidad en, y es consecuencia de, la experiencia. Pero de la experiencia entendida no como un fenómeno puramente individual, sino como el proceso por el que se construye la subjetividad de los seres sociales. La experiencia sería así un proceso continuo, interactivo y práctico, que envuelve físicamente o corporalmente a las agentes, las va dotando de un conjunto de hábitos y las ubica en una posición espacio-temporal concreta de las relaciones sociales.

Podríamos decir que la experiencia es el proceso de constitución de la agentividad o capacidad específica de intervención más o menos habilidosa en los diferentes espacios socio-materiales. Y en este sentido afirmaríamos que el *habitus* puede verse como el aspecto por el que esa agentividad está más volcada (o estructurada) hacia la interacción efectiva con el medio, mientras la (auto)identidad se vería como el aspecto más volcado a la reflexividad y la unicidad interior. Pero en cualquier caso la agentividad, o subjetividad de los seres sociales, sería resultado

(...) no de ideas, valores o causas materiales externas, sino de compromiso personal y subjetivo de una misma en las prácticas, discursos e instituciones que dan significado (valor, sentido y efecto) a los acontecimientos del mundo (de Lauretis, 1984: 159).

Es patente que habría que hacer algunos ajustes, y que deberían venir dictados por la confluencia de análisis empíricos y reflexión teórica. Pero lo dicho parece suficiente como para afirmar la aceptabilidad de esta vía como medio de efectuar la redefinición que se nos exige al primar la manifestación de la encarnación.

#### 19.4.2. *Desarrollos empíricos*

Las escasas ejemplificaciones concretas que se han hecho hasta ahora resultan evidentemente insuficientes para dar una mínima idea de las comprobaciones, puntualizaciones y aplicaciones empíricas que son necesarias para el desarrollo de nuestra propuesta. Incluso simplemente para avanzar esa idea habría que empezar especificando los modos en que en

principio el carácter significativo de las acciones aparece ligado a sus demás caracteres y componentes, y dando definiciones más o menos operativas de los elementos que se han ido revelando como básicos. No creemos que sea éste el lugar para hacerlo. Bastante nos hemos extendido ya. Así que nos limitaremos a hacer algunas indicaciones sobre la aplicación de la propuesta y a mostrar como podemos usar nuestro esquema para (re)leer análisis realizados previamente desde otras perspectivas conceptuales, y como ello amplía y enraiza la comprensión.

La primera indicación práctica se basa en que el trasfondo y sus manifestaciones son omnipresentes (*pervasive*) en un determinado espacio-tiempo social. Ello obliga a romper las metáforas que dividen y separan lo profundo de lo superficial, la base de la estructura, el fundamento de lo fundamentado, etc., y a entender que esa configuración de los marcos de sentido pueden ser (entre)vistas desde diversos niveles de análisis y vivencia. Por ejemplo puede apreciarse desde espacios como: el trasfondo existencial que conforma la posibilidad de la intencionalidad y condiciona su contenido (M. Merleau-Ponty, p. ej.); los procesos interactivos e históricos concretos en que se va conformando la experiencia individual y colectiva (p. ej. los estudios de P. Gay sobre la construcción de la experiencia burguesa centro-europea); la configuración y desarrollo de agentes colectivos o movimientos sociales (p. ej. estudios sobre la consolidación y fragmentación de la identidades en el movimiento homosexual de San Francisco); los procesos de interacción y comunicación cara-a-cara y los supuestos que los hacen posible (p. ej., los estudios de H. Garfinkel sobre la confianza como base de esas interacciones); la gestación, reproducción y modificación de actividades muy cargadas simbólicamente, tales como ritos o estilos/códigos artísticos (p. ej. los estudios de W. Griswold sobre las recuperaciones del teatro renacentista inglés en los escenarios londinenses hasta nuestros días); etc.

La segunda indicación quiere hacer presente que los marcos de sentido, consolidados básicamente a través de las tres manifestaciones señaladas, condicionan y posibilitan las acciones y actos concretos de formas diferentes, aunque no nítidamente separables, según el contexto sea de mayor o menor concentración de capital simbólico en el espacio-tiempo social. Podemos incluso aventurar una tipología no exhaustiva y sólo tentativa, distinguiendo tres tipos contextuales de interacción entre los marcos de sentido y las acciones concretas: el ideológico-revolucionario, el recursivo-cotidiano y el condensado-ritual. Habría que tener en cuenta además que la diferenciación de estos tipos también depende de que esa interacción se dé en un ámbito más o menos intelectualizado, esto es, con mayor o menor capital simbólico constante (p. ej., la diferencia entre un laboratorio de investigación bioquímica y un taller de reparación de coches).

La tercera y última indicación viene a reconocer algunas dificultades inherentes al desarrollo empírico. En concreto, aplicando la reflexividad que Bourdieu tan acertadamente defiende, vemos lo fácilmente que caemos en la "falacia escolástica", consistente en atribuir a los sujetos, a los espacios sociales o a los marcos de sentido estudiados lo que hay en los sujetos, espacios o marcos que posibilitan y realizan el estudio mismo<sup>28</sup>. Es la tendencia a confundir el modelo teórico, que es una reproducción cognitiva y diferenciada del objeto analizado, con el proceso práctico que de modo efectivo constituye a ese objeto. Es la tendencia intelectualista a olvidar que la práctica tiene una lógica, un sentido y un conocimiento propios y específicos, a los que siempre hará injusticia un análisis científico, que tiene su lógica y sus conocimientos propios. Es la tendencia a poner en la cabeza de los agentes involucrados en las acciones estudiadas lo que hay en los cuadernos de las investigadoras.

Es un problema con el que hay que tener una vigilancia constante, pues es imposible eliminar su aparición cuando queremos comprender (el sentido de) una acción y para ello, p. ej., tenemos que conceptualizar algún tipo de regularidad o generalidad que en su conformación efectiva no se corresponde con la abstracción o la generalización que implica un concepto, sino con la simpatía, sintonía o similaridad que va configurando el hecho de que se mantenga la misma compostura o se reaccione de manera semejante ante contextos diferentes. De aquí la necesidad de practicar un cuidado exquisito en la selección de variables e indicadores, en la producción y fuentes de datos utilizadas, en los criterios y conceptos analíticos introducidos, etc. Pero sobre todo, lo que se hace necesario es una comprobación de todos los datos construidos que sea lo más independiente y variada posible, así como un cuestionamiento reflexivo constante de los supuestos interpretativos que se están utilizando y que pueden venir constituidos por un trasfondo de sentido diferente e incluso (socialmente) opuesto al que enraiza el sentido de los agentes efectivamente involucrados.

Pasemos ahora a comentar un estudio que nos sirva de ejemplo tanto porque sus propias conclusiones ya vienen en nuestro apoyo, cuanto porque al revisarlo se aclara la propuesta hecha. El estudio pertenece a los trabajos realizados por Th. Caplow a partir de largas y repetidas investigaciones sobre el cambio social en ciudades de tipo medio en los Estados Unidos. Vamos a centrarnos en el trabajo que dedica a explicitar las uniformidades apreciadas en el intercambio de regalos navideños y con el que pretende explicar cómo se mantienen, a pesar de carecer de refuerzos evidentes<sup>29</sup>.

La reflexión sobre los datos elaborados la enmarca Caplow en el reconocimiento de que ninguna de las teorías y perspectivas dominantes consigue explicar directamente aquellas uniformidades: ni la funcionalidad del sistema de regalos, ni el interés-propio o cálculo racional de los agentes, ni los acuerdos tácitos previos. En todos los casos nos vemos devueltos a unas costumbres o regularidades, que Caplow presenta en forma de nueve reglas, que se siguen en una proporción mayor que muchas reglas o leyes escritas, pero que no están escritas ni dichas en ningún lado, ni se someten a reforzamiento social alguno y que no cumplen los requisitos de las reglas constitutivas ni los de las regulativas. Ante este problema la opción del analista no ha sido cuestionar el concepto de regla y/o su utilidad para elaborar explicaciones. En lugar de ello, ha recabado en la propuesta etnográfica de considerar el intercambio de regalos como un sistema de significados, un código o un lenguaje, que haría de los objetos (regalos) medios de expresión de la valoración de las relaciones interpersonales. Desde aquí equipara las regularidades encontradas con la adquisición temprana y el funcionamiento automático de las reglas del lenguaje cotidiano que no necesitan estar explicitadas para que la agente competente sepa interpretar y usar los mensajes. Reforzamiento adicional se encontraría en diferentes hechos como son: el que el texto general producido por todos los intercambios asienta la red interconectada de relaciones emocionales; la unificación que establecen los medios de comunicación en la sociedad de consumo; y, sobre todo, el que no haya posibilidad de evitar hacer una afirmación valorativa sobre las relaciones, al ser igualmente o quizá más significativo la ausencia de un regalo que su entrega.

Podríamos asumir perfectamente el planteamiento del problema e incluso el hecho de que la solución pasa por poner en primer plano el carácter significativo del intercambio de regalos. Sin embargo las diferencias empiezan a surgir cuando cuestionamos que se siga aferrado a la idea de regla y que se piense que la equiparación con las reglas del lenguaje explica algo. Como Wittgenstein nos ha mostrado y nosotros hemos recordado con respecto a la intencionalidad, ninguna regla ni ningún conjunto de reglas, por muy grande o de-

tallado que se quiera hacer, puede determinar con exactitud la (in)corrección de una acción nueva o en nuevo contexto. Remitirse ejemplarmente a las reglas del lenguaje no explica nada. Además aunque es cierto que ese objetivo explicativo (causal) es ya discutible por sí mismo, resulta que la remisión a las reglas del lenguaje tampoco nos ayuda a profundizar en la comprensión de las acciones involucradas.

Tomemos una de las reglas propuestas por Caplow, como la que afirma que todo matrimonio con hijos ha de poner un árbol de navidad ya que éste es símbolo de la familia nuclear completa. Si ahora quisiéramos comprobar esa regla de la misma manera que él hace, no tomaríamos en cuenta que los agentes no la reconozcan y nos limitaríamos a afirmar que sólo si se admite la existencia de un hecho determinado como en este caso sería el que las personas sienten (*sense*) el significado simbólico de los árboles de navidad, pueden cobrar consistencia las acciones y hacerse explicables<sup>30</sup>. Pero para que esta comprobación probara algo necesitaríamos una perspectiva más profunda que la que él utiliza. Necesitaríamos una perspectiva que en general nos permita ver que una serie de acciones son consistentes, o no lo son, en relación a una determinada lógica, sentido o marco organizativo e interpretativo, que no tiene porqué coincidir con la que utiliza la analista o con las que le facilitan la explicación. Esa perspectiva también habría de permitirnos entender qué es eso de que las personas “sienten el significado”, en concreto, requeriría admitir que los agentes poseen una habilidad o conocimiento práctico no discursivo, así como que en cada uno de ellos se da constitutivamente la incorporación naturalizada de un esquema orientador y de significados.

Otra cosa sería si, admitiendo los elementos de esa perspectiva más profunda, introdujéramos una serie de movimientos metodológicos como son:

1. Entender que ese código práctico de significados es en realidad una foto fija de un proceso dinámico en el que tanto la repetición, como la improvisación y la variación son necesarios para el uso de los significados.
2. Ver aquellas regularidades no como reglas sino como hábitos concretos que remiten a un *habitus*, que por un lado funciona más como una unidad de estilo que como un cálculo o una normativa, y por otro es una especie de matriz generativa envuelta en una red de opciones irreversibles que es difícilmente reconocible por sus propios portadores.
3. Aceptar que, en buena medida, ese hecho, esto es la dificultad de que el *habitus* sea completamente reconocido por los agentes, así como la imposibilidad de enseñar explícitamente un *habitus*, es lo que posibilita la actualización cuasi-natural del *habitus*, limita la utilidad del análisis científico y reafirma el sentido práctico como base del significado.
4. Recuperar la relación que hay entre lograr y mantener que los otros nos reconozcan y mantener una mínima unidad o estabilidad en la narratividad interna o auto-identidad.
5. Prestar atención a los gestos, los movimientos, las (dis)posiciones, etc., de la entrega misma y a hechos como que las mujeres son mucho más activas en la realización de este intercambio que los hombres, es decir que es un intercambio con un fuerte componente de género<sup>31</sup>.

En este caso quizá fuéramos capaces ya de hacer algo semejante a lo que Bourdieu (1991: cap I. 6) realiza con el sentido práctico del honor respecto al intercambio de regalos en la Kabila, esto es, seríamos capaces de reconstruir analíticamente alguna disposi-

ción inculcada tempranamente, inscrita en las posturas y movimientos corporales y esquematizada en los automatismos de la (auto)representación, que hace posible al agente la captación instantánea del sentido de la situación y de las respuestas oportunas. Pero este movimiento habría que demostrarlo en la práctica científica. Aquí nos vale con haber aclarado algo nuestra propuesta y haber indicado cómo una buena investigación, como la de Caplow, puede ser mejorada, dándole mayor calado, si introducimos nuestra propuesta.

#### 19.4.3. Aclaraciones limítrofes

A pesar de todas las puntualizaciones y matizaciones ya realizadas y de la manifiesta provisionalidad de la propuesta, entendemos que antes de concluir conviene eliminar ciertas fuentes de confusión que parecen poderse enquistar en algunos puntos periféricos de los conceptos y modelos avanzados. Por ejemplo, acabamos de recordar la necesidad de tener presente y analizar la conexión entre (auto)identidad y reconocimiento de los otros, y parece claro que ello, además de por la relación que hemos establecido entre los procesos de identidad y las manifestaciones más inmediatas del trasfondo de sentido, se debe a la necesidad de dar cabida a un impulso básico que ponga en marcha y siga alimentando tales procesos. Impulso que en este caso tendría que ver con los sentimientos de autolegitimación, y con la selección de unos "otros" concretos (sean las autoridades pertinentes, la familia, el grupo, etc.).

Conviene aclarar mínimamente qué pueda ser este impulso básico y continuado antes de que, por ejemplo, pueda entrar en colisión con la concepción que hemos admitido del ser humano como naturalmente incompleto y necesitado de una configuración cultural, como un ser cuya naturaleza es parcialmente histórico-cultural. El impulso ha de tener el carácter primario y energético de cosas tales como el deseo, la necesidad o el miedo, pero ninguno de estos ni otros candidatos posibles puede aparecer de repente como una fuerza natural autónoma, ya que su intencionalidad lo hace dependiente del trasfondo (que, p. ej., condicionará la selección del tipo de objeto a que se dirige). El impulso estará en una relación sostenida de condición y consecuencia respecto de la (re)producción de los marcos de sentido. Pero por otro lado, también hay que evitar entrar en colisión con un principio clásico (Marx, Weber) que querriamos mantener, como es el de que los agentes sólo siguen reglas o (re)producen marcos de sentido mientras para ellos sea mayor el interés de seguirlos que el de abandonarlas.

Quizá para hablar de ese impulso o fuerza motriz originaria (*Trieb*) podríamos utilizar un término suficientemente vago como es el de "motivación", ya que además es evidente que mantiene esa relación continuada y doble con la intencionalidad. Pero inmediatamente hay que añadir, con Giddens (1991: cap. 2), que la motivación emerge principalmente de la ansiedad que produce la movilidad de los sistemas básicos de seguridad ontológica. La motivación surge de las emociones ligadas a las relaciones tempranas de confianza, esto es, a las relaciones sociales donde la subjetividad, la narratividad y las disposiciones se van conformando a partir de la intersubjetividad en la que el agente se constituye como tal. En este sentido, tendríamos que la motivación, entendida como aminoramiento de la ansiedad, se retroalimenta como impulso continuado de los marcos de sentido por el hecho de que las tres manifestaciones del trasfondo, que hemos presentado, son mecanismos de ordenación y asentamiento del entorno y del interior, y por lo tanto contribuyen a mantener esas seguridades básicas necesari-

rias. A este respecto hay que tener en cuenta la mediación de la experiencia que suponen el lenguaje y la memoria, y no conviene despreciar la que ejercen diferentes instituciones y sistemas sociales tales como la escuela, la clínica o la televisión. Pero básicamente es en la recursividad de la cotidianidad, especialmente en el mantenimiento de las posturas, posiciones y disposiciones adecuadas, donde los supuestos sobre la existencia de lo otro, de los otros y de uno mismo se mantiene con el candor de su origen infantil y junto a las esquematizaciones básicas de orientación, sentido y valoración.

Si en lo dicho ya se muestra que la concreción de los marcos de sentido y de las motivaciones para su (re)producción variará históricamente, también se apunta en ello que las manifestaciones del trasfondo que hemos presentado tienen una configuración y una ordenación históricamente determinada. Más aún, el hecho de que los procesos de identidad se hayan presentado como la llave de acceso al trasfondo de sentido, que está ligado al mantenimiento de ese caparazón de seguridades ontológicas, se debe a que nos encontramos en un orden no-tradicional donde la difuminación de las raíces nos sitúa ante identidades cambiantes y maleables, ante costumbres y hábitos que rápidamente quedan obsoletos, ante una ruptura de las distancias espacio-temporales, etc. Son las condiciones históricas de nuestra existencia (post)moderna las que han condicionado la forma y el contenido de la propuesta, por lo que esta es necesariamente parcial en qué dice y lo que dice.

Por si esto fuera poco tenemos que recordar la afirmación hecha sobre la limitada capacidad del análisis científico para captar la lógica o el sentido práctico. Ello nos afecta de pleno: no podemos pretender haber captado o reproducido cognitivamente y completamente los modelos reales de funcionamiento en la práctica. Hemos de reconocer que a lo más que podemos aspirar es a verdades parciales y que el texto científico que se produzca nunca perderá del todo un cierto carácter de ficción.

Sin embargo, tanto la historicidad como el distanciamiento estructural entre la teorización y la práctica, que nos llevan a reconocer el carácter parcial de nuestra propuesta lo hacen como resultado consistente y prueba (reflexiva) de la misma. Al haber puesto las últimas bases de los marcos de sentido en la encarnación de las estructuras sociales y en el conjunto de disposiciones y esquemas perceptivos que de él se derivan y constituyen el *habitus*, nos hemos colocado, como personas y como investigadores, en una doble historicidad. Ello no impide que podamos tratar con sistemas organizativos que han estado inscritos institucional y carnalmente durante milenios, como, p. ej., son la división de géneros y el sistema de representación, visión y di-visión que tradicionalmente han constituido la perspectiva masculina mediterránea<sup>32</sup>.

La parcialidad de nuestras verdades, como lo ficcional de nuestro texto, van del brazo con el rechazo de la concepción ilustrada o positivista de los análisis culturales e históricos. Por ello, a la vez que parciales pueden ser sistemáticos, coherentes, y racional y teóricamente defendibles. Incluso disponemos de modos correctivos específicos para tratar lo más ficcional o parcial que pueda generarse en nuestros textos, como son el atender: a su contexto, a las convenciones retóricas que usa, a su inscripción en los espacios institucionales, al género literario en que se mueve, a su posición en las relaciones de poder cultural, y a su ubicación histórica<sup>33</sup>.

Al recordar la ubicación de los textos en las relaciones de poder hemos introducido la necesidad de la tercera y última aclaración. Aunque ésta ya estaba en el seno mismo de la concepción presentada, desde el momento en que una mediación importante en las (re)producción de marcos de sentido es la que suponen las investigaciones sociales. Algunas de las formas en que esa mediación se realiza son: a través de sus resultados, que orientan y dan



sentido a lo que los agentes y las instituciones han hecho y a lo que luego van a hacer (efecto "clínico" de autoconocimiento y efecto "cínico" de autoajuste, como Bourdieu<sup>34</sup> los denomina); a través de la narración biográfica individual o colectiva, que enlaza con la narrativa autobiográfica y así con la identidad; al hacer explícitas las posiciones que se han ocupado y se ocupan en los espacios sociales se nombran en su objetivación los momentos que nos constituyen más íntimamente. Es decir, la historicidad de la metodología y de la investigación social no sólo entraña parcialidad y posicionamiento en el conocimiento, también lo implica en la práctica histórico-política.

Por ello mismo la tecnología metodológica que hemos propuesto y el discurso que hemos desplegado son ya un instrumento que asume una determinada posición en el disputado espacio social, en el que se imponen interpretaciones, esto es, significados. ¿Cuál es esa posición?, ¿hacia dónde miramos desde ella?. Una forma no voluntarista de asentar la respuesta es recordar que en nuestra propuesta, p. ej. al hablar de la naturalización del sentido y de la historicidad de la encarnación, hemos estado defendiendo la mutua determinación y permeabilidad entre instrumentos y conceptos, entre sistemas históricos de relaciones sociales y anatomías históricas de cuerpos posibles. También podemos recordar que ello, entre otras cosas, nos ha situado ante la quiebra de algunos de los dualismos básicos de la tradición occidental, como son los de yo/otro, mente/cuerpo, cultura/naturaleza, activo/pasivo, etc. Es algo que nos produce un desasosiego, una especie de vértigo intelectual (y existencial de fondo). Pero si queremos ser coherentes con lo que nuestro conocimiento nos muestra no tenemos más remedio que impulsar esa quiebra. Y si todavía necesitamos un acicate que nos quite el miedo a hacerlo, el miedo a lo que se pueda perder, entonces puede ser útil recordar con Haraway que el riesgo merece la pena porque esos dualismos han estado sistemáticamente ligados

(...) a las lógicas y prácticas de dominación de mujeres, gentes de color, naturaleza, trabajadores, animales —en resumen, dominación de todos los constituidos como otros, cuya tarea es reflejar especularmente el self— (1991: 177).

Por otro lado no debería haber sido difícil a estas alturas reconocer nuestra posición y la dirección en que miramos. Especialmente si se recuerda que, como Foucault afirmaba en sus últimos años<sup>35</sup>, uno de los rasgos comunes a los movimientos actuales de resistencia antiautoritaria es el girar en torno a la cuestión de ¿quiénes somos?, con el fin de liberarse tanto de la uniformización como de la individualización que por fuera y por dentro se nos exige. El punto focal es reconocer, conocer y defender la otredad, fuera y dentro de nosotros mismos, dentro y fuera de nuestras identidades personales y sociales.

### **19.5. Resumen, conclusiones y algunas implicaciones**

a) El objetivo ha sido sistematizar una serie de recursos teóricos que permitan asentar la metodología cualitativa, tanto en su planificación como en su explotación. Y hacerlo mediante el análisis conceptual de lo que supone la (re)producción de los marcos de sentido de la acción. Hemos querido clarificar conceptual y ontológicamente la organicidad, la regularidad, la asimilación vivencial y, especialmente, el trasfondo que las acciones sociales van tejiendo entre sí y que las dota de sentido.

En concreto, para estudiar las condiciones de la comprensión científica del sentido de las acciones hemos partido de la caracterización weberiana de la acción como aquella conducta que la intención del agente ubica en un orden social de sentido. La consiguiente clarificación de los conceptos aquí implicados nos condujo a una serie de tesis, entre las que estaban las siguientes: el reconocimiento de que el punto de partida empírico y analítico es la acción entendida como práctica social o realidad dual y procesual; la necesidad de trascender la oposición entre sujeto y objeto (estructura) sin caer en reduccionismo alguno; y la conveniencia de centrarnos en la intencionalidad. Precisamente al estudiar las condiciones de posibilidad de la intencionalidad, como fuente del sentido de la acción, es como hemos mostrado la ubicación del trasfondo o marco de sentido y la necesidad que toda investigación cualitativa tiene de considerarlo.

Los problemas han surgido al querer precisar la naturaleza de ese trasfondo. Ha sido una cierta confluencia entre algunas de las perspectivas que lo han considerado lo que nos ha llevado a ver en los procesos de identidad, especialmente de la autoidentidad, una primera manifestación concreta del trasfondo. A partir de aquí hemos iniciado la búsqueda de una manifestación básica que hoy apareciera como soporte ontológico y metodológico último del sentido de las acciones. Así hemos pasados por el concepto de "*habitus*", que nos ha conducido al de "encarnación". Con él, además de referirnos a aquella manifestación básica, conseguimos alejarnos de polémicas obsoletas (la metáfora productiva, p. ej.) y quedarnos mejor situados para afrontar problemas relevantes, como es el de recuperar la agentividad sin negar ni la socialidad de su naturaleza carnal ni la materialidad de sus marcos de sentido. Para cerrar y asegurar un poco el logro de los objetivos propuestos, hemos terminado haciendo una serie de aclaraciones sobre los límites y la aplicabilidad empírica de la propuesta presentada.

b) Las principales ideas que hemos ido recogiendo en ese recorrido, y que pueden hacer el papel de esqueleto de las conclusiones, son las que nos aproximan a nuestro objetivo mediante la concreción de las condiciones ontológicas del sentido de la acción, y mediante la especificación de los procesos de constitución, manifestación y funcionamiento del trasfondo de la intencionalidad (y del sentido). Con este espíritu afirmaríamos que:

1. Las condiciones ontológicas necesarias para el sentido de la acción son aquellas cuya existencia es a la vez requerida para la (re)producción fáctica de los marcos de sentido, y supuesta (como gozne) en la aplicación de las metodologías cualitativas. En concreto esas condiciones son: unas agentes dotadas de la capacidad de intervenir prácticamente y con destreza en los espacios sociales en que se encuentran situadas; una intencionalidad individual y colectiva que atribuye, usa, genera y capta sentidos; unos sistemas de sentido (o semiosis) encarnados en los agentes e institucionalizados en campos de sentido; y un proceso o trasfondo genérico, de naturaleza socio-biológica, que posibilita y asienta la configuración confluyente y el funcionamiento de los otros elementos, y que sólo a través de ellos se da.
2. No es la mera existencia de esas condiciones lo que explicaría la existencia de marcos de sentido de la acción. Son condiciones necesarias pero no suficientes. Para generar y explicar la existencia de esos marcos, al menos actualmente, aquel proceso o trasfondo genérico ha de existir y presentarse como constituido por, y constituyendo, alguna corporeidad, algún conjunto de disposiciones y alguna identidad. Es decir, encontramos tres modos y medios principales por los que aquellas condicio-

nes ontológicas son manifiesta y concretamente constituidas, condicionadas y puestas en activa interacción (generadora de los marcos de sentido de la acción). Esos medios manifiestos son: la formaciones de identidades (personales y colectivas); el asentamiento de *habitus* o conjuntos disposicionales; y la conformación dinámica del cuerpo, o esquema corporal-conductual, o "encarnación". Es bajo el continuo proceso de mantenimiento y cambio de estos fenómenos humanos como se conforman los marcos concretos de sentido. Por ello mismo la clarificación conceptual de esos marcos exige estudiar esos tres medios.

3. Tanto la identidad, como el conjunto disposicional o *habitus* y la encarnación son concreciones sociales o de interacciones sociales y vitales, es decir, son procesos de la praxis. Son resultado y medio de las interacciones humanas, pues son éstas las que crean su propio trasfondo o marco de sentido, que les permite usar, interpretar o narrar sentidos. Son concreciones históricas de la forma de la vida (*Lebensform*). Son manifestaciones concretas del modo (humano) en que la vida se organiza (organismo, encarnación), se hilta en una cierta continuidad (o identidad) y se configura en interacción constitutiva con el medio (*habitus*).
4. Teniendo en cuenta el papel fundamental que juega el trasfondo, el hecho de que sus manifestaciones revelen una naturaleza procesual, lleva a imputar este tipo de existencia también a las condiciones ontológicas del sentido de la acción. El trasfondo, sus manifestaciones y estas condiciones serían, antes que nada, procesos. Ello revela una primacía ontológica de las acciones, las prácticas y los procesos, sobre los objetos, los productos y las cosas. Así la (auto)identidad, el *habitus* y la encarnación son en buena medida formalizaciones analíticas, nódulos que temporalmente asientan modos de acción, momentos helados del proceso que manifiestan.

c) Los resultados a que nos ha llevado nuestra reflexión, y que acabamos de resumir conclusivamente, pueden ser de bastante utilidad para muchas investigaciones empíricas que quieran analizar el componente simbólico de la actividad humana, y también para ciertas parcelas de la teorización social. Por ello, y como medio prudente para evitar algunas de las posibles aplicaciones problemáticas, quisiéramos terminar recordando ciertas implicaciones y puntualizaciones.

La primera alude al hecho de que el sentido (representativo y/o valorativo) de una acción tampoco es una esencialidad o un dato, cerrado y final que sólo hay que descubrir. Ni en su (re)producción factual, ni en su (re)construcción analítica está el sentido completamente determinado. Es siempre parte de un proceso que sigue en marcha y en el que también entra la analista. No hay un sentido único y estable de una acción, sino que el sentido es resultado de componentes que varían en sí mismos y en su relación a lo largo del tiempo. Entre esos componentes se encuentran la propia narratividad de los agentes; las disposiciones y potencialidades encarnadas que, como estructura estructurada socialmente y estructurante de las presentes y futuras maniobras, se actualizarán de manera diferente según varíen los estímulos y el espacio concreto; la intervención de la interpretación dialógica del analista; etc. Nos encontramos con que tanto la (re)producción efectiva del sentido de la acción como su análisis científico son fenómenos sociales donde lo estructural-repetitivo-general confluye constitutivamente con lo intencional-idiográfico-particular, por lo que la interpretación cualitativa se sostiene sobre la regularidad explicativa, y viceversa.

Respecto al uso de esta perspectiva en la explotación interpretativa de los datos generados por técnicas cualitativas conviene recordar dos puntualizaciones complementarias.

La primera alude a aquel primer condicionante general que se derivaba de que nuestra propuesta esté todavía en curso de elaboración y todavía requiera ser consolidada en los diferentes niveles reflexivos que en ella confluyen: el teórico-ontológico, el metodológico y el substantivo-empírico. De aquí se extrae que la guía metodológica para la comprensión de los datos cualitativos es tanto una aplicación como una contribución crítica a lo aquí defendido. En segundo lugar hay que tener en cuenta que esta propuesta afecta directamente a muchas de las técnicas cualitativas, al afectar o cuestionar el modo mismo en que producen los datos. Por ejemplo, en casos como los grupos de discusión o las entrevistas en profundidad (véanse los capítulos correspondientes), en los que los datos (textos o discursos) son producidos en un acto reflexivo, por el que los agentes sociales (re)elaboran un sentido de lo pasado que incorpora sus intenciones y los contextos pasados y presentes, habría que tener en cuenta hasta que punto la entrevistadora viene a constituir un componente del enjambre distributivo de la identidad, habría que intentar reconstruir mínimamente y de forma independiente el conjunto disposicional o estilo de maniobra propio del informador, habría que dar bastante más relevancia a la observación de la posición, la postura, los gestos, etc. En consecuencia la propuesta no sólo guía a, y necesita de, las técnicas cualitativas, sino que interfiere con su aplicación misma.

Por último, esperamos que tras el viaje teórico que hemos realizado no quede ya retorno posible a posiciones donde se crea poder analizar científicamente la acción humana sin tener en cuenta o la mediación subjetiva o la estructuración social. Ambas son imprescindibles. Si queremos comprender un texto o el sentido de unas acciones no hemos de verlo como producido por el contexto o por el genio del autor, sino que hemos de localizarlo en un campo específico de comunicación, conocimiento y poder, cuya lógica interna está construida histórica y políticamente y se manifiesta tanto en la encarnación del autor y en la configuración del contexto como en su interacción.

Los marcos de sentido en que el agente pretende o puede encuadrar su acción (los marcos posibilitantes del contenido intencional, del sentido pretendido) parecen ser paralelos, si no coincidentes, con los marcos básicos en que su identidad es constituida y mantenida, sus estructuras perceptivas y disposicionales realizadas y alimentadas, y su materialidad existencial o corporeidad perfilada. Pero esto no se entiende ni se aplica correctamente si no se hace acompañar de una ruptura de la oposición entre sujeto/intencionalidad y objeto/sistema/contexto, o no nos percatamos de que al variar la noción de identidad (y del yo), haciéndola distributivamente dependiente de la conformación del *habitus* y del nunca finalizado proceso de encarnación, también hemos modificado la visión de todo el campo simbólico-representativo, de modo que lo que una agente conoce no es sólo lo que tiene en su cabeza sino también lo que hay en sus cuadernos, en su ordenador, en sus costumbres, etc. Ni la agente, ni su conocimiento, ni su intencionalidad están limitados a, o encerrados por, su piel. Se extienden más allá de ella: ligados a los medios y a las acciones, en que se están configurando y expresando, desbordan la fragilidad de la dermis y se sitúan en un continuo social y material.

## NOTAS AL CAPÍTULO 19

<sup>1</sup> Este trabajo ha sido posible gracias a una beca de la Fundación del Amo, a la generosidad del Departamento de Sociología V (UCM), a las conversaciones previas con J. Noya, a la ayuda de los profesores N. Smelser, J. Searle y, especialmente, J. Ariditi (UC Berkeley), y a la paciencia y energía de J. M. Delgado.

<sup>2</sup> En lugar de este engorroso medio de evitar la discriminación de género (los/as) optaremos por utilizar unas veces el género masculino y otras el femenino. Esperamos hacerlo sin ninguna distinción relevante.

<sup>3</sup> M. Weber (1983): *Economía y Sociedad*. México. F.C.E. Cap. I. § 1.4-7.

<sup>4</sup> *Ibid.* § 1.9.

<sup>5</sup> Cfr. J. Searle (1992): *The Rediscovery of the Mind*. Cambridge (Mass.). MIT Press. Cap. 8.

<sup>6</sup> Cfr. M. Foucault (1978): *Historia de la sexualidad*. Vol. I. Madrid. Siglo XXI. pp. 18-21; y "Confessions of the flesh" C. Gorgon (1980): *Power/Knowledge: Selected Interviews and Other Writings*. New York. Pantheon Books. pp. 194-195.

<sup>7</sup> Esta vía puede articularse en torno al reconocimiento del trasfondo como aquello que me hace adoptar tal postura o posición preintencional ante tal y tal situación. Pero a partir de este punto, rápidamente se interna en finas disputas filosóficas sobre los límites de la intencionalidad (J. Searle, H. Dreyfus), sobre la repercusión de ese reconocimiento en la ruptura de la diferenciación sujeto-objeto (M. Heidegger, K. Kosik), etc.

<sup>8</sup> Cfr. M. Foucault, "The Subject and Power", en H. L. Dreyfus & P. Rabinow (1982): *Michel Foucault: Beyond Structuralism and Hermeneutics*. Univ. Chicago Press. 208-210.

<sup>9</sup> Cfr. A. Giddens (1986): "Action, Subjectivity, and the Constitution of Meaning". *Social research*. Vol. 53. núm. 3. pp. 538-545.

<sup>10</sup> Cfr. A. Giddens, o. cit.: 539.

Por cierto, recordemos que los experimentos de Garfinkel haciendo alteraciones en los supuestos y confianzas básicos de la actividad cotidiana también muestran, en la reacciones de los que sufren esas alteraciones, que esos elementos les otorgan ligaduras emocionales y morales y conllevan bases metodológicas. Cotidianidad, personalidad y organicidad.

<sup>11</sup> De alguna manera se muestra aquí una relación entre identidad, valores y códigos inconscientes. Quizá para ser más justos con este apunte habría que traer a colación el debate post-laciano sobre la relación constitutiva entre el juego móvil de los significantes y la (falsa) unidad de la auto-identidad. Podría resultar útil además para alejar el fantasma de la unidad monolítica o esencial y reconocer el carácter fragmentario y contradictorio de la auto-identidad. Pero no es ese nuestro camino. Estamos siguiendo el hilo del trasfondo de la identidad.

<sup>12</sup> Cfr. M. Foucault (1990): *Historia de la sexualidad*. Vol 1; *Las tecnologías del yo*. Barcelona. Paidós; y D. Haraway, 1991, Part III.

<sup>13</sup> Cfr. Ch. Peirce (1934): *Collected papers*. Cambridge (Mass.). Harvard Univ. Press. Vol. 2, § 213-318 y Vol. 5, § 175-538; de Lauretis, 1984: 173-175.

<sup>14</sup> Cfr. P. Bourdieu & L. J. D. Wacquant (1992): *An Invitation to Reflexive Sociology*. Chicago. Chicago Univ. Press. p. 120.

<sup>15</sup> *ibid.* pp. 127-38.

<sup>16</sup> Cfr. R. Jenkins (1992): *Pierre Bourdieu*. London. Routledge, pp. 76-84. También aquí nos encontramos con que las disposiciones parecen moverse en el nivel inconsciente, a la vez que no tienen las características de éste y están más bien ligadas a la corporeidad. Pero en este caso nos hemos dotado ya del concepto de conocimiento práctico que podría solucionar esta cuestión.

<sup>17</sup> Cfr. P. Bourdieu & L. Wacquant, o. cit.: 96-104.

<sup>18</sup> Cfr. P. Bourdieu & L. Wacquant, o. cit.: 126.

<sup>19</sup> Tras muchas dudas sobre qué término usar “incorporación”, “encarnamiento” o “encarnación”, hemos optado por este último. “Incorporación” conlleva constantemente la idea de una adición o un añadido sobre algo que ya estaba y de lo que puede ser separado, que es precisamente una de las ideas que queremos evitar. “Encarnamiento” tiene un sentido único y muy preciso (Efecto de encarnar una herida) que no corresponde con lo que queremos afirmar. Aunque, por otro lado, al implicar la idea de la herida originaria, permitiría apuntar a lo que vamos a proponer como impulso básico (reconstitución del caparazón primario de seguridades). Sin embargo, nos hemos decidido por “encarnación” porque, aunque conlleva una excesiva carga de disputas y metáforas religiosas sobre sus espaldas, su sentido central (Acción y efecto de que un espíritu, una idea, etc. tome forma corporal) se aproxima bastante a la realidad procesual que con él queremos nombrar. Además algunos de los sentidos secundarios que conlleva nos facilitan mostrar su relación con el *habitus*, más bien con el “hábito” de Peirce (Hacer fuerte impresión en el ánimo una cosa o noticia), y con la identidad (Personificar, representar alguna idea. Representar un personaje). No creemos que por ello haya que descartar ni los otros dos términos posibles ni algún otro que pueda aparecer. Cfr. *Diccionario de la Lengua Española*. Madrid. Espasa-Réal Academia. 1992 (21ª edición).

<sup>20</sup> Cfr. R. Jenkins, o. cit.: 74-75.

<sup>21</sup> Cfr. P. Bourdieu & L. Wacquant, o. cit.: 133-134; y P. Bourdieu, 1991, cap. I.4.

<sup>22</sup> Cfr. E. Scarry (1985): *The body in pain*. Oxford. Oxford Univ. Press. y A. Giddens, 1991: 42-63.

<sup>23</sup> Cfr. M. Foucault: “Body/power”. *Power/Knowledge*.

<sup>24</sup> Y aquí el *ciborg* que, según D. Haraway (1991: Parte III), es la identidad mítica y monstruosa que nos muestra en nuestra condición contingente actual y nos hace patente que lo que hoy está en juego es el tipo de identidades (*selves*) individuales y colectivas que se van a construir en la actual semiosis orgánico-tecno-mítico-textual.

<sup>25</sup> Cfr. H. L. Dreyfus & S. E. Dreyfus (1992): *What computers can't do: the limits of artificial intelligence*. (New edition). Cambridge (Mas.). MIT Press. Es el desvelamiento del sueño (o pesadilla) que lleva a determinados científicos e ingenieros a intentar reconstruir el sistema categorial y representacional básico del ser humano y elaborar así un programa que aprenda a aplicar estrategias previas a situaciones nuevas.

<sup>26</sup> Cfr. p. ej., M. Douglas (1970): *Natural Symbols*. London. The Cesset Press.

<sup>27</sup> Tenemos nuestras dudas sobre la respuesta, pero ninguna sobre la absoluta pertinencia de la pregunta planteada por H. Dreyfus y P. Rabinow, “Can there be a Science of Existential Structure and Social Meaning?”, C. Calhoun, E. LiPuma & M. Poston (eds.) (1992): *Bourdieu. Critical Perspectives*. Chicago. Chicago Univ. Press. pp. 35-44.

<sup>28</sup> Cfr. P. Bourdieu & L. Wacquant, o. cit.: 68-71; y P. Bourdieu, 1991, cap. I.5.

<sup>29</sup> Cfr. Th. Caplow (1984): “Rule Enforcement without Visible Means: Christmas Gift Giving in Middletown”. *American Journal of Sociology*. Vol. 89. Núm 6. pp. 1306-1323.

<sup>30</sup> *Ibid.*: 1310.

<sup>31</sup> *Ibid.*: 1317-1320, y 1307.

<sup>32</sup> Cfr. P. Bourdieu & L. Wacquant, o. cit.: 139 y 171.

<sup>33</sup> Cfr. J. Clifford (1986): “Introduction: Partial Truths” J. Clifford & G. E. Marcus (eds.), *Writing Culture*. Berkeley. UCP.

<sup>34</sup> Cfr. P. Bourdieu & L. Wacquant, o. cit.: 210-211.

<sup>35</sup> Cfr. M. Foucault, “Interview” en H. Dreyfus & P. Rabinow: *Michel Foucault: Beyond Structuralism and Hermeneutics*; M. Morey: “La cuestión del método”. M. Foucault: *Las tecnologías del yo*. pp. 29-30.

## CAPÍTULO 20

### METODOLOGÍA PARTICIPANTE CON RIGOR

*Gordon Pask<sup>1</sup>*

#### 20.1. Introducción<sup>2</sup>

De acuerdo con lo solicitado<sup>3</sup>, estoy escribiendo un capítulo sobre la metodología participante que se utiliza en los estudios psico-socio-organizacionales. Para fundamentarlo ilustraré las aplicaciones haciendo referencia a las teorías y resultados congruentes de la “teoría de la conversación” (en adelante denominada simplemente CT<sup>4</sup>), así como a la relativamente reciente teoría de la “interacción de actores” (en adelante sólo IA, siglas que pretenden ser una amigable inversión de AI –Inteligencia Artificial–, por cuanto ambas teorías emplean abundantemente maquinaria de computación, si bien de distintas maneras). Este encargo resulta intimidatorio, pues no constituye una tarea fácil.

En primer lugar se hace difícil condensar un libro en un capítulo sin perder principios esenciales y consiguiendo al mismo tiempo que su contenido sea inteligible para una gran variedad de lectores. Además, uno se ve abrumado por el enojoso hecho de que las dos teorías emplean formas similares, pero no totalmente idénticas, de un protolenguaje o una protológica, Lp<sup>5</sup>. Todas ellas presentan un rigor del que suelen carecer otros estudios de psicología y ciencias sociales, por lo demás excelentes. Esto es posible porque CT/IA/Lp presuponen la lógica y la matemática de la distinción (Spencer Brown, Kaufmann<sup>6</sup>), las lógicas permisiva y de la acción de Von Wright y otros, las lógicas modales y temporales (Günther y otros), los cálculos permisivo y de la acción de C. A. Petri, las lógicas hermenéutica (Taylor) y de la coherencia y el cálculo de Rescher, de forma dinámica y en cierto modo ampliada (Rescher, Pask) además, desde luego, de las matemáticas normales. Aparte de estas últimas, muchas de ellas pueden ser poco familiares para los no cibernéticos, quienes no tienen ningún derecho a manifestar su condición de expertos sin proporcionar al menos un conocimiento introductorio. Pero el trabajo de la exposición resulta aún más difícil puesto que las formas del Lp, adecuadas para la CT, son similares pero no idénticas a las que encajan en la IA y no es

en absoluto fácil presentarlas en un lenguaje sencillo. Por este motivo he adoptado un modo de exposición libre, en la medida de lo posible, de nomenclatura matemática. Es inevitable que en muchas ocasiones aparezcan algunos símbolos. Sin embargo, cuando ha habido oportunidad, he intentado presentar una exposición en lenguaje llano de las connotaciones pretendidas, frecuentemente poco familiares.

En consecuencia, el resto de este epígrafe está dedicado a exponer determinadas diferencias entre la formulación "antigua" (o clásica) de la cibernética y la "nueva". El hecho es que tanto la CT como la IA, junto con las distintas variedades del Lp, son en su mayor parte teorías cibernéticas en el "nuevo" sentido, aunque debe entenderse que éste no se opone en modo alguno al "antiguo", cuya validez está fuera de toda duda incluso si se halla inmerso en la esfera más amplia de lo "nuevo" que admite, por ejemplo, el debate acerca de la conciencia, deliberadamente excluido por lo "antiguo", según fue destacado en primer lugar por sus propios inventores y profesionales.

Las diferencias son muy numerosas y sería aburrido detallarlas en este contexto. Sin embargo algunas merecen una mención especial. Son las siguientes.

a) En la "cibernética antigua" y, localmente, en la "nueva", un sistema se define por tener una frontera establecida por algún observador externo y más o menos imparcial. De ahí que, a la escala estructural de "caja negra", el sistema se preste a la disección y a la inspección analítica de las entradas/salidas/fronteras determinadas de este modo. Por la misma razón, un sistema tenía un ESTADO, cambiante dentro de un mapa temporal lineal representado muy adecuadamente en un espacio euclidiano o cartesiano como un punto y su trayectoria, marcada de forma temporal y espacial (y admitiendo, como hace Ashby, la reunión de otras variables representativas, principalmente para sistemas metaestables); en suma, un espacio de fases del tipo cartesiano o (mejor) de Hilbert. Los atractores o puntos de equilibrio (equilibrio estático) constituían un valor propio o punto fijo obtenido por la repetida iteración de las ecuaciones descriptivas del sistema, o bien (equilibrio dinámico), los diversos atractores o puntos fijos constituían series cíclicas y repetitivas obtenidas por la misma operación iterativa.

En esta circunstancia procede destacar que Heinz von Foerster, realizando un maravilloso acto de prestidigitación, parecía apoyar a la "antigua" cibernética mientras que, para quienes decidieron leerle en profundidad, reconocía rechazarla en su trabajo de 1958 sobre "Autoorganización", inventando de paso la CT encarnada en el "demonio" de Von Foerster, semejante, pero que actuaba a la inversa del demonio de Maxwell para combinar un incremento en el desorden EN y del desorden DE dos o más sistemas en interacción mutua.

b) Mientras que la forma más antigua de la Cibernética estaba sustentada por un dinamismo de fácil comprensión por ser esencialmente cinemático (viñeta a viñeta, imágenes en movimiento), la "nueva" cibernética (en la que se basan la CT y la IA) se fundamenta en criterios de estabilidad diferentes, superponiéndose a la forma más antigua pero de manera totalmente congruente con ella. Resumiéndolo brevemente, esta nueva cibernética está basada en una noción de estabilidad que se conoce con distintos nombres. Por ejemplo, Maturana habla de sistemas que son parcialmente autónomos (totalmente autónomos, en el caso límite). Están organizacionalmente cerrados y definen sus propias fronteras como actividad que forma parte de su autonomía. En la medida en que estos conceptos proceden del ámbito de la biología, la apertura estructural se muestra, por ejemplo, en el intercambio molecular y en la posible formación de clausuras más amplias. Varela hace referencia



a un isomorfismo en los sistemas organizacionalmente cerrados pero informacionalmente abiertos, casi siempre en el contexto de la inmunología. Mi propia invención, coincidente en lo esencial pero probablemente no independiente, puesto que todos nos reunimos y trabajamos en el BCL bajo la dirección de Von Foerster, es la P-individualización, siendo aquí el substrato o tejido básico de carácter conceptual y estando presentado a un nivel psicosocial del discurso. En cualquier caso, la característica esencial de la clausura organizacional es que existe una colección de operadores productivos y un substrato o tejido sobre el que operan, de tal modo que ENTRE los productos están los operadores que producen e incidentalmente reproducen el sistema original. ENTRE admite asimismo la construcción de productos que quizá sean evanescentes, pero algunos de los cuales son capturados en una transferencia de información con otros sistemas organizacionalmente cerrados, dentro de los cuales son producidos y, en su caso, también reproducidos.

Las puntualizaciones TAMBIÉN y ENTRE reflejan el carácter esencialmente dinámico de estos sistemas de nuevo tipo. Se trata de la cinesis y, por ende, de la evolución. Fundamentalmente, tanto en la CT como en la IA, los P-Individuos EVOLUCIONAN y DEBEN hacerlo como sistemas autoorganizados. Como resultado de ello sus coordenadas básicas son creación propia, aunque existen distinciones que evolucionan y deslindan partes del sistema de partes de algún otro sistema, que puede ser el entorno. De hecho, excepto en lo que se refiere a algunos casos raramente encontrados pero limitativos, los sistemas de coordenadas tienen esta actividad. La argüida excepción de la CT, siendo ya casi clásica, es debida a un truco: decir que las conversaciones (aun cuando se hayan interrumpido) tienen un "principio" y un "final" es un recurso útil y legítimo, pero generalmente equivocado, que realmente no resiste un análisis crítico. En realidad, tanto en la IA, en la que no se tolera ningún otro dogma, como en la CT, donde en ocasiones resulta pertinente una aproximación, el sistema de coordenadas evoluciona de forma continuada pero, por supuesto, no continua. Las matemáticas y los cálculos apropiados para estos sistemas autodistinguidos son principalmente no lineales, dentro de lo aceptable. A partir de aquí, los cálculos, aunque no incongruentes, suelen ser poco comunes. Nos referimos a los cálculos de la distinción, coherencia, teoría de nudos y teórica de la acción, a la vez permisiva e imperativa, generalmente basada en lógicas modales.

Esta abundante información debería bastar para asegurar al lector que las ideas que se expondrán, acertadas o erróneas, no constituyen una palabrería vana. Pese a ser con frecuencia más cualitativas que cuantitativas, las propuestas, predicciones y resultados son rigurosamente cualitativos.

## 20.2. El carácter de la Teoría de la Conversación y la Teoría de la Interacción de Actores

Como su nombre indica, la CT se ocupa de las conversaciones entre participantes conforme muestra la Figura 20.1. Se ha tenido cierto cuidado para asegurarse de que el lenguaje de la interacción puede corresponder a CUALQUIER modalidad comprensible para los participantes (por ejemplo, verbal, gráfico, de baile, musical, dramático o comportamental como en un interfaz de ordenador). Como es lógico, estos lenguajes de interacción pueden tomar forma en múltiples lenguas, acentos y estilos expresivos traducibles. Pero DEBEN poseer las características de un lenguaje natural (no sólo la elaboración de len-

guajes FORMALS). Así pues, por ejemplo, deben poder recoger órdenes y obediencias o desobediencias, preguntas y respuestas que pueden ser nuevas preguntas, metáforas, anáforas, parábolas y alegorías que denoten todo tipo de analogías, además de enunciados asertivos y descriptivos. Estas condiciones pueden asegurarse, mediante HIPÓTESIS defendibles y bien fundadas, insistiendo en que cualquier lenguaje de interacción es una versión, habitualmente muy refinada y sumamente elaborada, del protolenguaje o protológica, Lp, anteriormente mencionado, algo diferente, mejor dicho, radicalmente diferente, entre las construcciones de CT e IA, pero con diferencias que nacen de la distinción entre las imágenes cinemáticas y las cinéticas. Consideraré suficiente este requisito, en particular porque está fuera de las minuciosas disputas de los psicolingüistas, indudablemente tan ricas como el terreno en el que se mueven; prescindamos de los prejuicios sintácticos y, hasta donde está afectado el lenguaje natural, de la aridez del campo de la lingüística formal. Aquellos lectores que, muy justificadamente, deseen ahondar en la lógica de estas HIPÓTESIS dogmáticas pueden consultar, y cabe esperar que lo harán, la abundantísima literatura

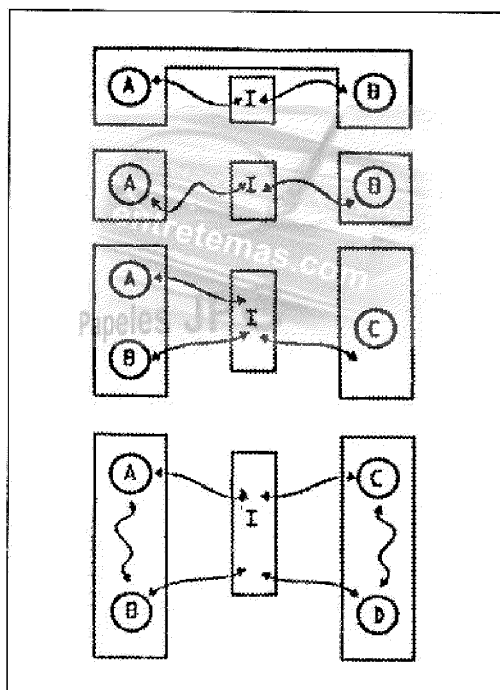


Figura 20.1. Formas de interacción conversacional entre participantes, a saber, P-Individuos, designados con las letras A, B... Z, corporeizados o encarnados en uno o más M-Individuos (rectangulares) en contraste con los P-Individuos (formas circulares). Los gráficos restantes representan casos mixtos o híbridos, comúnmente encontrados en sociedades, sistemas de ayuda social, ciudades y otras organizaciones. La observable existencia de conceptos compartidos de los participantes A, B... puede ser capturada por un interfaz o mediador, designado por la letra I. Aunque I es un interfaz dinámico, en realidad, una forma de M-Individuo capaz de acomodar los conceptos compartidos en la interacción de P-Individuos, las inscripciones dinámicas de este interfaz son parciales

(Pask y colaboradores, de 1975 a 1993) dentro de la cual las últimas publicaciones son las más informativas.

Hemos hablado de lenguajes que median conversaciones, lenguajes de tipos más o menos refinados. Pero, ¿qué es exactamente una conversación? Es compartir conceptos (o así lo mantengo yo) y tiene lugar (en circunstancias favorables) entre participantes, digamos A y B, como un intercambio útil de conceptos. Por lo general las conversaciones se centran o se dice que se “refieren” a un tema central, el nombre de cualquier entidad, como por ejemplo un “perro” o un suceso como “patinar”, un objetivo como por ejemplo T<sup>1</sup> entre Q, P, R, S, U, V... Pero, incluso aunque los participantes A y B pueden aceptar que están discutiendo o conversando acerca de T, pongamos en el tema de la educación, como profesor a estudiante o como estudiante a estudiante, de la evidencia de esta conversación no podemos inferir correctamente que A y B han aprendido todo o realmente algo sobre T. En la medida en que lo hayan hecho ésto constituye el aspecto comunicativo de la conversación. Pero desde el momento en que TIENE lugar una conversación, PODEMOS estar seguros de que A ha aprendido algo de B y B de A. Por el concepto que A tiene de T y por el concepto de B respecto a T, ya sea “perro” o “patinar” y por el hecho de que una conversación entre A y B ha girado sobre T, sea lo que sea, no cabe duda de que han aprendido algo sobre el otro y sobre sus diferencias, por lo que merece la pena continuar la conversación, lo que no ocurriría si A y B tuvieran conceptos idénticos.

En cualquier caso, en el contexto de la educación ésta es la función primordial de la conversación, que un profesor aprenda cómo un estudiante concibe T y a sí mismo, y que a su vez el estudiante aprenda sobre el profesor. Los participantes aprenden a estar de acuerdo y, en ocasiones, a llegar a un acuerdo sobre no estar de acuerdo y conocer por qué y qué constituye sus diferencias. Sin ese espacio conceptual compartido no existiría la educación, tan sólo la inculcación y la repetición rutinaria. A esta conclusión se llega en un contexto más general como es un contexto organizacional. La unidad está invariablemente matizada por la diversidad, UNIDAD NO significa uniformidad.

Si hubiera que defender esta caracterización ligeramente idiosincrásica de una “conversación” contra la popular verdad a medias que dice que “la conversación no es más que una especie de comunicación”, sería necesario prestar mayor atención al carácter de los participantes. Dicho en términos muy generales, un participante es una colección sumamente coherente (o entrelazada) de conceptos distintos, una entidad diferente o autodistinguida en sí misma, informacionalmente abierta pero en evolución. Para asegurar que se abarca la generalidad de los participantes que interactúan en Lp o, más comúnmente, en alguna forma especializada y refinada de Lp, debe tenerse un grado similar de cautela respecto al Lp circundante. Estamos más familiarizados con los P-Individuos encarnados en el sustrato dinámico de un cerebro, si bien pueden coexistir varios de ellos en cualquier cerebro que mantiene una conversación interna, como ocurre cuando sopesamos puntos de vista o hipótesis diferentes. Expuesto de este modo, el P-Individuo es una entidad psicosocial, un perfecto sistema autoorganizado, organizacionalmente cerrado e informacionalmente abierto. Como tal emana un aura de entidad mística, inmaterial y casi arcana, inevitable al construir la caracterización de una unidad que puede ser una persona o estar distribuida entre varias personas en una sociedad, una cultura o un sistema de creencias; del mismo modo que puede ser el cosmos, una célula o un órgano o un sistema ecológico. Para contrarrestar este estado algo enigmático de los P-Individuos, por simple sentido común requerimos que los P-Individuos estén corporeizados o encarnados en ALGÚN pero no en CUALQUIER medio dinámico, llamando a esa mitad del medio ocupada por un P-Individuo, un M-individuo, un individuo mecánico en lugar de un individuo

biológico, sencillamente porque no considero plausible suponer que la mente y la vida estén encerradas-limitadas-confinadas por las propiedades de un substrato peculiarmente biológico. "Mecánico" pretende abarcar no SÓLO las estructuras proteínicas y lípidas, con las que estamos más familiarizados, sino TAMBIÉN la gama de compuestos químicos que emergen como formas resonantes en el espacio entre el crecimiento fractal y del cristal, la multitud de plasmas seleccionados y de entidades cuya ignorancia no podemos negar, pues sería excesivamente arrogante.

Un participante es pues un P-Individuo acompañado de su inseparable M-Individuo. Si existe uno existe también el otro como muestra la Figura 20.2. Sin embargo, la libertad admitida por la definición principal de un P-Individuo, que va de una u otra perspectiva de la mente a lo cultural, organizacional, social y nacional, proporciona un instrumento lo bastante flexible como para acomodarse y, con las debidas precauciones, intervenir en asuntos de carácter personal, familiar, industrial y gubernamental. Más aún, existe la posibilidad demostrable de la M-Individualización, en instituciones con normas y reglamentos o sistemas de eficacia incrementada mediante la interacción a través de los ordenadores y canales de comunicación (como aspectos relativamente mundanos pero paradigmáticos de un entorno de información), con potenciales artefactos (pero también demostrables) hasta ahora considerados extraños y todavía, si se piensa, omnipresentes y aspectos frecuentemente no percibidos de la realidad.

Hay algo de verdad en que la CT está orientada hacia la interacción en cierto sentido lingüístico, generada esencialmente por el pensamiento, en tanto que la teoría de la IA tiene su raíz en la interacción más evidente como el *aikido*, un pugilismo civilizado, o como la completamente incivilizada acumulación, yuxtaposición y utilización ocasional de las armas. Sin

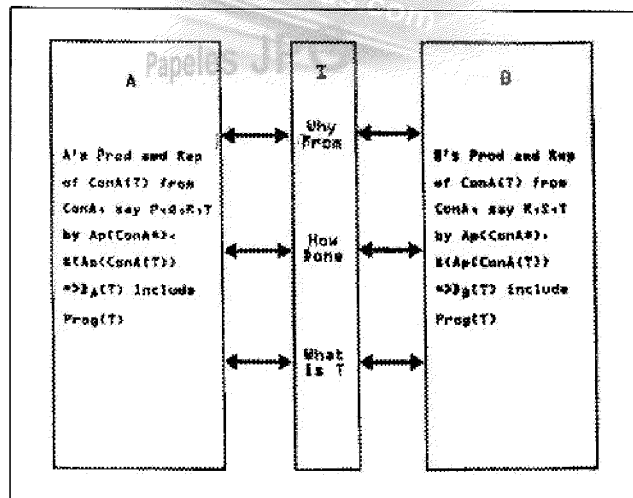


Figura 20.2. Una representación más detallada de la interacción conversacional que esboza el carácter productivo y reproductivo de los participantes y, mínimamente, la forma L de lenguajes derivables  $L_p$  en la cual interactúan. Dado que los lenguajes  $L$  son de cualquier forma o modalidad, los rótulos tales como las preguntas por qué o cómo y sus respuestas deben ser interpretadas de forma enormemente flexible, principalmente en términos de modalidad, lenguaje verbal, gestual o en otros modos posibles

embargo el pensamiento conduce a la acción y una conversación implica movimiento aunque los labios o las extremidades estén a distancia. También existe verdad en nuestro anterior planteamiento de que las conversaciones están abiertas a la puntuación, al menos de un "principio" y de un "final". Pero si lo sometemos a consideración, ésto resulta técnicamente útil pero ciertamente poco productivo. Se puede afirmar que algunas interacciones se producen entre participantes, otras entre participantes imaginarios necesariamente provistos de una ordenación posible en el terreno del intelecto, y otras de la ordenación apropiada para el terreno de la acción. Pero ninguna de estas descripciones es totalmente satisfactoria.

### 20.3. Alguna formalización

Al principio prometí reducir al máximo el simbolismo en la medida de lo posible. Sin embargo, se requiere aquí un reducido número de símbolos aunque sólo sea para presentar hipótesis de manera no superficial y los resultados generalmente afirmativos obtenidos al contrastarlas. De hecho, sin una pequeña cantidad de simbolismo la exposición de las hipótesis cruciales, incluso las presentadas en este capítulo, resultaría pesada e ininteligible por su extremada complicación. Tal como está, daremos por sentado mucho de lo que ha sido demostrado estrictamente y que, en principio, debería ser presentado también aquí. Espero que los lectores consultarán las referencias, en especial las más recientes (Clarke; Glanville; Gregory; Pangaro; Pask a, b, c y d; Pask y de Zeeuw).

a) Ya hemos afirmado que un participante es una colección de conceptos diferentes pero entrelazados de manera coherente, que abreviaremos Con. Pero, ¿Qué es exactamente un concepto? Es, a su vez, un procedimiento capaz de aplicación, Ap, o una colección total o parcialmente coherente de procedimientos, Proc, que evolucionan sin cesar, dado que Ap es una cantidad que se conserva. Al aplicar un procedimiento se obtiene un proceso que da origen a un producto, el cual puede ser una imagen mental o un comportamiento pero que se conoce como una distinción, D, una complementariedad proceso/producto (i) donde los conceptos son pares ordenados de procesos/productos del tipo <Con, D>, en el límite <Proc, d miembro de D>.

b) Pero existe otra complementariedad (ii). Afirma que cualquier Proc tiene una parte programática o algorítmica, Prog, y que tiene una parte de interpretación, a saber, que Proc = <Prog, Inter>. Más aún, no puede aplicarse un programa ni un sistema de Petri a menos que sea cumplido o interpretado en algún sistema del que forme parte la M-Individualización del P-Individuo.

c) Ap es un operador en una lógica permisiva como la de Petri que afirma que PUEDE ocurrir tal o cual cosa siempre que se reúnan determinadas condiciones, digamos, una transición. La conservación de AP significa que algunas, varias o todas las transiciones, en este caso producciones, ESTÁN de hecho permitidas y que al menos una se produce en ALGÚN instante en el conjunto conceptual de CUALQUIER P-Individuo. A la inversa, un operador, &(Ap(...)), es un operador imperativo u obligatorio, un operador DEBE y no sólo PUEDE, como será presentado seguidamente. La conservación de & implica que alguna transición o producción DEBE tener lugar, dentro del conjunto del P-individualizado, en CUALQUIER instante.

Puede ser útil traer aquí a colación una vaga metáfora relativa al clero. No hay garantía de que una persona que lleva sotana sea sacerdote, pudiera ser un impostor. No obstante, la ordenación sacerdotal autoriza a llevar sotana legítimamente, su parte PUEDE, y obliga a llevarla en algunas ocasiones, la parte DEBE, por lo que cuando es preciso no debe vestirse ninguna otra prenda.

d) Pongamos que  $\Rightarrow$  significa “es aplicable a dar (produce)”. Aunque es totalmente válido escribir una expresión como  $Ap(Con)\Rightarrow D$ , o incluso  $\&(Ap(Con))\Rightarrow D$  en la medida en que existan los conceptos y operadores establecidos, ello no garantiza en sí mismo que exista un sistema autoorganizado, organizacionalmente cerrado e informacionalmente abierto, necesario para satisfacer la concepción. Para hacerlo con cierta comodidad se requiere elaborar en mayor medida las notaciones, y sumergirse en las aguas de este océano intelectual a una profundidad mucho mayor.

e) En principio debe existir un potencial para aplicar el operador del tipo “Con”, es decir, para fabricar el producto final T mencionado anteriormente. Por consiguiente y dadas las existencias necesarias, podemos escribir  $Ap(Con(T))\Rightarrow D(T)$ , ampliándolo asimismo a fórmulas como  $Ap(Proc(T))\Rightarrow D(T)$ .

A continuación, cualquier concepto, aunque haya sido caracterizado de modo insuficiente, forma parte de uno u otro participante. Suponiendo que están especificados criterios mínimos para ser un concepto (como ocurre en las Figuras 20.3, 20.4, 20.5, 20.6), en-

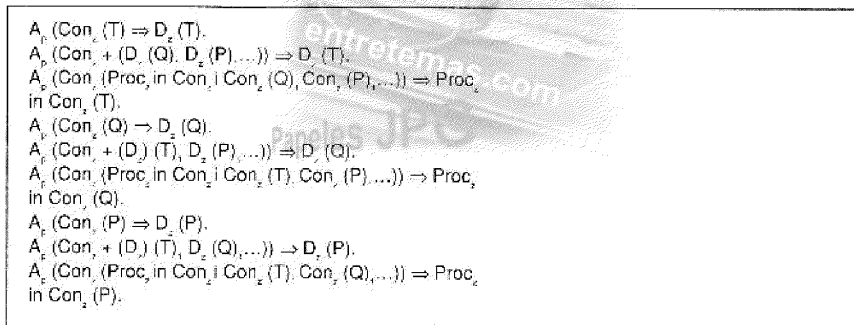


Figura 20.3. Un mínimo sistema de producción organizacionalmente cerrado para un concepto colectivo. La clausura es completa y la apertura informacional está asegurada si ENTRE las producciones está  $Con_z^* = \langle Con_z +, Con_z - \rangle$ . La conversación entre participantes, teniendo diferentes índices Z, tiene lugar mediante la transferencia de D componentes incluyendo  $Proc_z(T)$ , u otro NO, por tanto renombrando tenemos  $Proc_z \langle Proc_z(T), Inter_z \rangle$ . El concepto T es simplemente un ejemplo, por tanto D componentes de Q, de P, etc. pueden también ser compartidos, recopilados o reinterpretados como conceptos distintos por otros participantes. Los conceptos compartidos son similares pero diferentes por la diferencia de los valores que tienen A, B... El signo “ $\Rightarrow$ ” indica una producción y el signo “ $\dots$ ”, generalmente extendido, indica el retorno de los productos como elementos de un proceso productivo. En aras de la claridad no he incluido el signo “ $\Rightarrow$ ”, camino de retorno, dado que aparece en numerosas ocasiones y de una forma enredada, sin embargo es un asunto rutinario colocarlos, si se desea. Por ejemplo, considerando la línea primera de las producciones listadas, el producto,  $D_z(T)$ , es reintegrado recíprocamente a  $D_z(T)$ , como aparece en las líneas segunda, quinta y octava y los demás casos. A su vez,  $Con_z(T)$ , en la línea tercera, es devuelto, recíprocamente, a las expresiones de las líneas quinta y octava, y así ocurre con todos los productos y procedimientos en el esquema de producción

- $A_p (Con_2 (Q) \Rightarrow D_2 (Q)).$
- $A_p (Con_2 + (D_2 (T), D_2 (P), \dots)) \Rightarrow D_2 (Q).$
- $A_p (Con_2 (Proc_2 in Con_2 i Con_2 (T), Con_2 (P), \dots)) \Rightarrow Proc_2 in Con_2 (Q).$
- $A_p (Con_2 (P) \Rightarrow D_2 (P)).$
- $A_p (Con_2 + (D_2 (T), D_2 (Q), \dots)) \Rightarrow D_2 (P).$
- $A_p (Con_2 (Proc_2 in Con_2 i Con_2 (T), Con_2 (Q), \dots)) \Rightarrow Proc_2 in Con_2 (P).$
- $A_p (Con_2 (T) \Rightarrow D_2 (T)).$
- $A_p (Con_2 + (D_2 (Q), D_2 (P), \dots))$
- $A_p (Con_2 (Proc_2 in Con_2 i Con_2 (Q), Con_2 (P), \dots)) \Rightarrow Proc_2 in Con_2 (T).$
- $A_p (Con_2 (R) \Rightarrow D_2 (R)).$
- $A_p (Con_2 + (D_2 (T), D_2 (S), \dots)) \Rightarrow D_2 (R).$
- $A_p (Con_2 (Proc_2 in Con_2 i Con_2 (T), Con_2 (S), \dots)) \Rightarrow Proc_2 in Con_2 (R).$
- $A_p (Con_2 (S) \Rightarrow D_2 (S)).$
- $A_p (Con_2 + (D_2 (R), D_2 (S), \dots)) \Rightarrow D_2 (S).$
- $A_p (Con_2 (Proc_2 in Con_2 i Con_2 (T), Con_2 (R), \dots)) \Rightarrow Proc_2 in Con_2 (S).$

Figura 20.4. Una mínima coherencia de conceptos, organizacionalmente cerrados e informacionalmente abiertos, dadas las constantes de la anterior figura. Aquí, el denominado grupo distribuidor, el concepto llamado T se deriva de uno o ambos de los conceptos llamados Q, P o R, S, o bien de ambos mediante el emparejamiento  $Z = AB \dots$

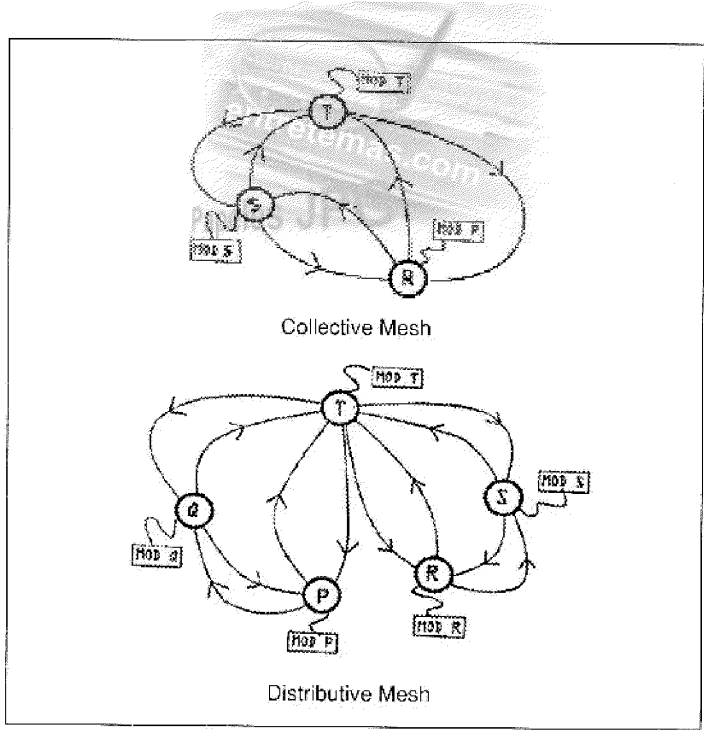


Figura 20.5. Notación antigua para grupos de conceptos coherentes. Los conceptos se forman, mediante su aplicación, dándoles nombre, distinción descriptiva, imagen o comportamiento. Los conceptos y sus grupos están organizacionalmente cerrados e informacionalmente abiertos. Arriba: forma colectiva. Abajo: forma distributiva

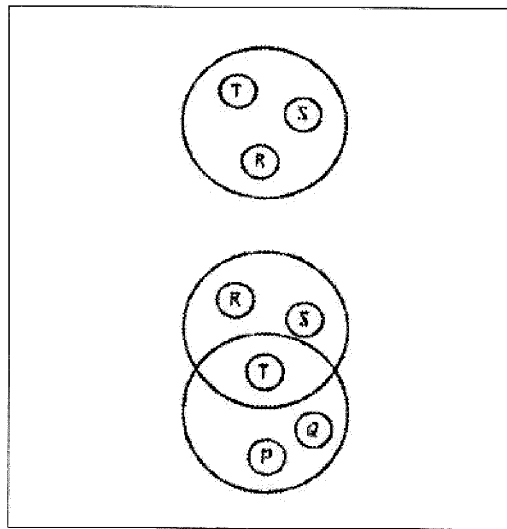


Figura 20.6. Notación reciente, explicada en el epígrafe 20.6 de un grupo colectivo (arriba) y un grupo distributivo (abajo). Las representaciones de este tipo se llaman canónicas, puesto que a partir de una malla representada con esta notación es posible reconstruir su topología

tonces es esencial indexar el concepto (presumiendo que exista) por el participante, denominado  $Z = A, B, \dots$  de alguna forma tal como  $T_z \Rightarrow \text{Con}_z(T), D_z(T)$ , que es simplemente una extrapolación de la notación, adoptado correctamente si  $\text{Ap}(\text{Con}_z(T), D_z(T)) \Rightarrow D_z(T)$  está constituido por  $\text{Ap}(\text{Proc}_z(T)) \Rightarrow d_z$ , miembro de  $D_z(T)$ , algunos de los cuales, o todos ellos operan simultáneamente. Además (debemos llamar la atención sobre los términos en mayúsculas), la acción de  $\text{Con}_z(T)$ , por ejemplo, conduce a operadores productivos y reproductivos ENTRE otros productos, los cuales, al ser nuevos, pueden resultar ser transitorios o bien ser operadores producidos y, a su vez, reproducidos, productivos en algún otro sistema autoorganizado, organizacionalmente cerrado e informacionalmente abierto y que forma parte del repertorio conceptual de  $Z$ , el participante.

¿Pero de dónde viene este misterioso operador, digamos  $\text{Con}^*_z$ , un concepto del mismo tipo que otros conceptos, representado como  $C^*_z = \langle \text{Con}^*_z, \text{Cualquier } \text{Con}_z \text{ en } Z \rangle$ ? Pues bien, las producciones están dirigidas por el calificador, ENTRE. Por ello  $C^*_z$  es uno ENTRE los productos de alguno, de muchos o de todos los sistemas  $Z$ , productivos y reproductivos.

f) ¿Se SUPONE que las nuevas formas tienen este aspecto o DEBEN tenerlo forzosamente? La respuesta a esta pregunta retórica es ESTA: DEBE ser así, respuesta que puede fundamentarse en numerosas razones. Es posible que la más simple sea que las ecuaciones descriptivas actúan en un plano complejo o de Argand, preferentemente, cuando menos, en un plano numérico hipercomplejo. En cualquier caso su iteración, esencial para la estabilidad dinámica, también da lugar a "catástrofes", en el sentido de la Teoría de las Catástrofes de Thom y Zeeman. Del mismo modo estos procesos originan necesariamente atractores "caóticos" que pueden competir y cooperar, como hacen generalmente, de formas fascinantes (Pietgen *et al.*); llegaremos a ello más adelante en el contexto de relaciones de analogía.



g) Dado que el operador es

$$\text{Ap}(\text{Con}_z^*(\text{Ap}(\langle \text{Con}_z(\text{R}), \text{D}_z(\text{R}) \rangle, \langle \text{Con}_z(\text{S}), \text{D}_z(\text{S}) \rangle, \dots)) \Rightarrow \langle \text{Con}_z(\text{T}), \text{D}_z(\text{T}) \rangle,$$

o bien, en otros términos, el par ordenado,  $\text{C}_z^* = \langle \text{Con}_z^*, \text{cualquier Con en Z} \rangle$ , puede descomponerse en pares de operadores que actúan simultáneamente, por eso siendo  $\text{Con}_z^* = \langle \text{Con}_z^+, \text{Con}_z^- \rangle$  obtenemos

1.  $\text{Ap}(\text{Con}_z^+(\text{D}_z(\text{S}), \text{D}_z(\text{R}) \dots) \Rightarrow \text{D}_z(\text{T}))$
2.  $\text{Ap}(\text{Con}_z^- \text{ (Cualquier Proc.en repertorio de Z)} \Rightarrow \text{Proc en Con}_z)$

*Debe destacarse que el conector “en” no es un conjunto teórico por cuanto conlleva procedimientos que se ven modificados durante su aplicación. Por el contrario, las distinciones o descripciones sí son conjuntos teóricos. Así pues, tiene sentido decir que  $\text{d}_z$  o  $\text{Prog}_z$  son miembros o subconjuntos de un conjunto  $\text{D}_z$ , si bien sería absurdo hablar de  $\text{Proc}_z$  o  $\text{Con}_z$  de esta manera. Ashby pone un bonito ejemplo del carácter de conjunto teórico de los símbolos numéricos o de una fotografía de un rebaño de ovejas (que son conjunto teórico) en contraste con las gotas de lluvia que se juntan en una ventana las cuales, por muy rápida que sea la fotografía, no son elementos de un conjunto (puesto que por su naturaleza de gotas de lluvia se bifurcan y unen continuamente).*

Sin embargo, cualquier entendimiento real o, en el sentido técnico, cualquier COMPRENSIÓN (Pask, Scott, *et al.*) depende de preguntas y respuestas mutuamente aceptables entre participantes, que consisten en preguntas del tipo “¿Cuál CREES que es el enfoque arbitrario?”, “¿Cómo realizas (digamos) T y qué haces respecto a, manejas y lees este Objeto (indeterminado), T, de una conversación entre participantes (A, B...) que mantienen una charla de esta forma?” (Figura 20.2).

h) Resulta comprensible que  $\text{C}_z^*$  es un operador que actúa de conformidad con y se conserva bajo Ap, característico de  $\bar{Z}$ , pero que es por lo demás general, aparte del hecho de que puede descomponerse, como vimos en el apartado (g). En particular permite, incluso exige, una forma recursiva y una base para la recursión que, tomada con el propio operador, proporciona una definición de  $\text{Con}_z(\text{T})$ .

La base de la recursividad, generalmente sobre un sistema parcialmente ordenado pero verosímilmente sobre los números naturales, es la siguiente:

$$\text{Con}_z(\text{T}) = \text{Proc}_z \text{I}(\text{T}) \text{ Ó } [\text{Proc}_z \text{I}(\text{T})] \text{ Ó } \langle \text{Proc}_z \text{J}(\text{T}), [\text{Proc}_z \text{I}(\text{T})] \rangle$$

y  $\text{Ap}(\text{Con}_z(\text{T})) \Rightarrow \text{D}_z(\text{T})$ ; no es J, I,  $\text{J}=1 \dots n$ , Ap conservado. Los términos que aparecen entre corchetes “[I”, “J]” son paralelos y uno, cualquiera o todos ellos pueden aplicarse sin interferencia, y los términos que aparecen dentro de los signos “<”, “>” son concurrentes, lo cual puede implicar, y generalmente implica, un conflicto computacional, que se resuelve mediante la Transferencia de Información de Petri. La aplicación de un Procedimiento, siendo  $\langle \text{Prog}(\text{T}), \text{Inter}_z \rangle$  puede o no conllevar una transferencia de información.

i) Un P-Individuo,  $\text{Z}_z$ , es, como mínimo, el ámbito de  $\text{C}_z^*$ .

j) Un participante, Z, la encarnación M-Individualizada de Z, es el alcance de  $\text{Inter}_Z$ .

k) Una conversación es una transacción interactiva en Lp, a través de un interfaz Lp, frecuentemente, en las restringidas condiciones de laboratorio, un procesador mecánico o electrónico de Lp y en ocasiones una persona. La interacción se produce entre más de un participante, en nuestro actual estado de conocer un número contable de ellos. Existe ciertamente la posibilidad de que sean una o varias infinitudes incontables de participantes. Dicha posibilidad resulta de por sí muy excitante. Sin embargo, al margen de ello, la idea es tan hipotética y sus consecuencias, si se demuestra que son válidas, son tan profundas que me parece prematuro expresarlas por escrito.

l) Hechas algunas observaciones, podemos considerar la radiación y absorción de enunciados en un campo Lp.

#### 20.4. Algunas predicciones formuladas y resultados obtenidos

Por ser una teoría precisa pero en gran medida cualitativa, frecuentemente se acusa a la CT de predecir lo "obvio", y sus conclusiones se encuentran con la respuesta de "y qué". Aunque en menor medida, las predicciones y los resultados de la teoría IA también van a encontrarse con una respuesta similar. Estas acusaciones estarían justificadas, por supuesto, si los resultados y las hipótesis fueran, de hecho, obvios por motivos racionales o, como mínimo, obvios o merecedores de ser dados por seguros y evidentes en algún ámbito.

Si se me tacha de que estamos haciendo ver lo obvio, por ejemplo, que las personas aplican sin darse cuenta técnicas y conceptos bien aprendidos, mi tendencia es preguntar por qué este hecho ES tan evidente. Ciertamente lo es en términos experimentales, pero si se formula al crítico la pregunta "por qué", acompañada de una consulta relativa a los mecanismos implicados y de qué modo se producen en el proceso circunstancias tales como equivocaciones, entonces es muy probable —se recupera la conciencia—, al volver a preguntar "por qué", que os encontréis con una respuesta irascible como "¿no lo sabes?" o "¿no es obvio?", lo cual, dejando a un lado la sabiduría tradicional mezclada con lo que se sabe de oídas, pensamos que NO es en absoluto. Por extraño que parezca, cuanto más profunda sea la exploración más se obtendrá la respuesta del tipo "obvio" o "evidente", sin que ninguna de ellas tenga la menor justificación excepto como historias de anécdotas vergonzosamente pseudocientíficas.

En los últimos párrafos se han formulado algunas hipótesis, casi todas abiertas a las críticas expresadas y rebatidas. Algunas se detallan en Pask y Scott (a y b), en Pask (1976, 1978), y en el resumen más reciente de Pask y otros (en Schmeck, 1989). No obstante, aquí nos concentraremos en cuestiones más globales.

a) En el comienzo de los años setenta se llevaron a cabo una serie de experimentos para comparar el comportamiento conversacional de participantes a los que se había pedido que aprendieran algo sobre un objeto, T, hasta entonces poco familiar, como los imaginarios animales marcianos. Los participantes se dividieron en un grupo estilísticamente igualado y otro desigual (como veremos después) con respecto a la disposición de los materiales de aprendizaje. Predijimos que los participantes homogéneos aprenderían fácilmente sobre T, mientras que el grupo de participantes desiguales aprenderían poco sobre T, en el

mejor de los casos. Esta hipótesis (de aprender o no) quedó firmemente corroborada por la evidencia. Dicha evidencia se obtuvo empleando un método de "retroenseñanza" en el que se requería que los participantes "enseñaran" al conductor del experimento, habitualmente el Dr. Scott (quien presentó los materiales de aprendizaje) el carácter y las relaciones entre las especies extraterrestres, T. Lógicamente el grupo desigualado APRENDIÓ ALGO sobre T, pero no fue prácticamente nada aparte de unos cuantos nombres. Al analizar posteriormente el diálogo registrado aprendieron acerca del Dr. Scott, coordinador principal, del lugar del experimento, su diseño y la forma de presentación.

Personalmente entiendo que ésto constituye una prueba evidente de que el fin principal de la conversación consiste en aprender a ponernos de acuerdo sobre estar de acuerdo y discrepar. El grupo igualado también aprendió mucho sobre el monitor, pero el experimento tenía por objeto examinar su aprendizaje sobre T, lo que hicieron los participantes igualados, ocultando en cierta medida, por tanto, su aprendizaje sobre otros hechos o personas.

b) Si se aplica repetidamente una colección interdependiente de conceptos coherentes, conservando Ap, tiende a anquilosarse. Es decir, esta organización acepta otros conceptos, una idea fija o un sistema invariable si son coherentes o consonantes con su contenido, de lo contrario tienden a ser rechazados, como disonantes, por este sistema de equilibrio dinámico, tal y como propone Festinger. Este fenómeno parece bastante general. Festinger sugiere correctamente que si alguien ha invertido en la compra de un coche se mantendrá fiel a su elección inicial, pese a todos los argumentos que afirmen su inferior calidad. No obstante, pueden aplicarse comentarios similares a los cultos "cargo", que al defender un sistema de creencias encuentran experiencias negativas que refuerzan su ideología. Aunque estamos sumamente preocupados por nuestra inversión conceptual en algún sistema consistente de hipótesis, existe poca diferencia por cuanto el rechazo o la negativa están comprendidos siempre entre nuestros puntos de vista. Todo el fenómeno del anquilosamiento, rechazo de la conversión y demás es, de hecho, una predicción de la CT.

c) En los dos desarrollos del apartado (g) del epígrafe 20.3 se han podido distinguir como mínimo dos tipos de operadores,  $Con_z+$  y  $Con_z-$ . Uno de ellos, el  $Con_z+$  es muy conocido en la literatura como DB o "construcción de la descripción". El otro,  $Con_z-$  se denomina PB o "construcción del procedimiento" o "instrumentista de cuerda", por utilizar la metáfora de la escuela de música.

En consecuencia, se predice que, en diversas condiciones, predominará uno u otro tipo de operador en el repertorio conceptual de un P-Individuo. Uno se conoce como "holista" y, alternativamente como "aporrador" en el sentido en que un pianista pulsa las teclas en el *pianoforte*, todas a la vez.

Es importante no olvidar que estas predicciones se refieren a P-Individuos o, como propone Diana Laurillard, personas-en-contexto. Generalmente hay muchas de ellas en la mente de una persona, conforme pone ampliamente de manifiesto el análisis de un diseñador o cualquier innovador.

d) Por eso no debemos esperar encontrar personas etiquetadas como "holistas" o "serialistas" en todos los contextos. Los datos iniciales obtenidos de los experimentos de retroenseñanza y de "pruebas estilísticas", mejor descritas como "experiencias de aprendizaje", MOSTRARON ya una sorprendentemente extensa correlación entre las personas y los estilos,

al menos la disposición a estos últimos. Fue sólo tras analizar posteriormente los datos cuando este efecto pudo atribuirse.

1. A las relaciones  $n > 2$ ádicas implicadas habitualmente irreducibles,
2. Al hecho de que las personas presentan muchos P-Individuos cohabitando en el mismo M-Individuo.

e) Para quienes estén interesados en las diferencias estilísticas puede ser útil consultar Pask y Scott (1973), Pask (1976, 1979) y Pask y otros (en Schmeck, 1989).

f) También en el epígrafe 20.3, junto a la hipótesis formulada en los últimos párrafos, aparece la afirmación sin reservas de que, en el sentido técnico de la COMPRENSIÓN, no se manifiesta NINGÚN aprendizaje en un diálogo satisfactorio que implique preguntas y respuestas "qué", "cómo" y "por qué". Esta CT predice que el análisis estadístico de los datos resultaría supérfluo, predicción apoyada definitivamente por la rigurosa evidencia del CASTP<sup>9</sup> (Entorno didáctico y sistema de conjunto de cursos), y por el THOUGHTSTICKER<sup>10</sup> actualmente combinado, una "fabricación" de las mallas vinculadas situadas en el corazón de este sistema de orientación y vigilancia del aprendizaje.

g) Como derivación de las hipótesis anteriormente expuestas, en esta fase podemos predecir la alteración de palabras o la repetición de palabras repetidas, un resultado obtenido en los brillantes experimentos de Evans realizados en el NPL. Podría citarse un sinnúmero de otras predicciones, entre ellas los hallazgos de Richard Gregory más orientados a lo conceptual que a lo perceptual y, aventurándonos en el terreno neurofisiológico, de Grey Walter en el *Buren Neurological Institute*, sobre el CNV y los mecanismos implicados en la orientación de la atención.

Sin embargo, para llegar mucho más lejos en la predicción de situaciones que engendran creatividad, construcción de analogía e innovación, el cambio a una notación gráfica podrá proporcionar mayor claridad. Es desde luego compatible con la notación del tipo algebraico ampliamente adoptada, y puede expresarse de ese modo si se desea. Sin embargo las expresiones gráficas y topológicas que se inician en el epígrafe 20.5 eliminan para muchas personas oscuridades que son por lo demás inevitables.

## 20.5. Otra notación

La notación diferente se basa en una serie de trucos bastante transparentes que, por lo que sé, son trucos de exposición destinados a incrementar la claridad en lugar de confundir. En sus términos básicos pueden enumerarse como sigue y desarrollarse, en alguna medida, con posterioridad.

En esencia reducimos los procesos a imágenes de un cordel (no líneas simples sino cordones de hilos múltiples) que generan sus propias distinciones representadas como caparzones cilíndricos (que rodean los cordeles). La verdad, igualada a la existencia, se obtiene si el cordel se muerde la cola, lo cual puede hacer en el sentido de las agujas del reloj o en el sentido contrario, y si su cilindro de distinción circundante forma un toro. La estabilidad, en el sentido de la producción y reproducción, se consigue en la medida en

que ningún bucle, representando un concepto aplicado, puede existir por sí solo, sino únicamente en diálogo con los demás. ¿Pero cómo puede ser así si las distinciones, por el hecho de ser diferentes, ejercen una fuerza de repulsión ortogonal<sup>11</sup> a la fuerza del proceso y deberían alejarse hacia el infinito o más allá? De hecho, esta estabilidad ocurre sólo si la colección necesaria de bucles, conceptos o cualquier otra cosa es envuelta por un proceso como la fuerza de orientación opuesta que crea su propio caparazón y distinción así como la fuerza desviadora ortogonal. Sin embargo, todas las fuerzas dirigidas ortogonalmente llevan un signo de orientación: el del proceso que las crea.

El trazado de las líneas del proceso (líneas  $Ap(Proc0)$ ) que crean las distinciones se designa como "+", calificado bien como en el sentido de las agujas del reloj, bien en el sentido contrario. Por el contrario, el trazado de las líneas dirigidas ortogonalmente (atravesando las distinciones de la forma  $D_z$ ) producidas por los procesos "+", se designa "-" y se denomina un desdoblamiento. Estos desdoblamientos están dirigidos, más que orientados, pero llevan un signo de orientación que indica su origen.

Partiendo de estas nociones básicas se puede establecer un cálculo bastante elaborado y medianamente manipulable, destinado a una consideración de las singularidades y bifurcaciones. Desde ese punto no es demasiado difícil demostrar algunos de los mecanismos de creatividad, formación de analogía y generalización, dado que se deriva, a partir del edicto inicial de muchos cordones trenzados representando procesos en un concepto, que cualquier generalización es en sí misma un concepto. Desde ese punto no resulta excesivamente difícil esbozar la necesidad fundamental de la conversación y profundizar en un cálculo de acción, todavía en fase embrionaria pero en vías de desarrollo.

## 20.6. Representación gráfica

### 20.6.1. La forma de los conceptos

Por encontrarnos ahora en un mundo gráfico recurriremos muchas veces a las ilustraciones. Aunque estas ilustraciones se han realizado como proyecciones geométricas, su significado deseado es relacional o topológico; las magnitudes absolutas, por ejemplo, carecen de significación.

Un observador, un observador participante atento al discurso, elige un elemento de discusión al que decide denominar un concepto. Forma parte de esta elección que determine la orientación de un proceso, de acuerdo con el último epígrafe, designado "+": de un procedimiento aplicado o varios de ellos aglutinándolos como una entidad coherente por un proceso de orientación, sea en el sentido de las agujas del reloj o en contra, que haya sido asignado a un concepto. Al igual que los procesos tipificadores de los múltiples cordones (por tanto de orientación opuesta), el proceso conceptual genera una distinción que lleva la marca del proceso conceptual pero ortogonal al mismo, es decir, "-". Esto, a diferencia de  $Ap(Proc_z)$  de los procesos designados "+" se identifica con la distinción,  $D_z$ , conforme se señaló anteriormente. Estos aspectos fundamentales deben quedar claros en las Figuras 20.7 (a y b), 20.8 (a y b) y 20.9 (a y b), la última de las cuales indica que existe un concepto, quizá como una entidad transitoria o evanescente toda vez que posee el valor de verdad hermenéutica, gráficamente representado como "que se muerde la cola", siguiendo su distinción, y formando por tanto un toro a partir de un cierre cilíndrico.

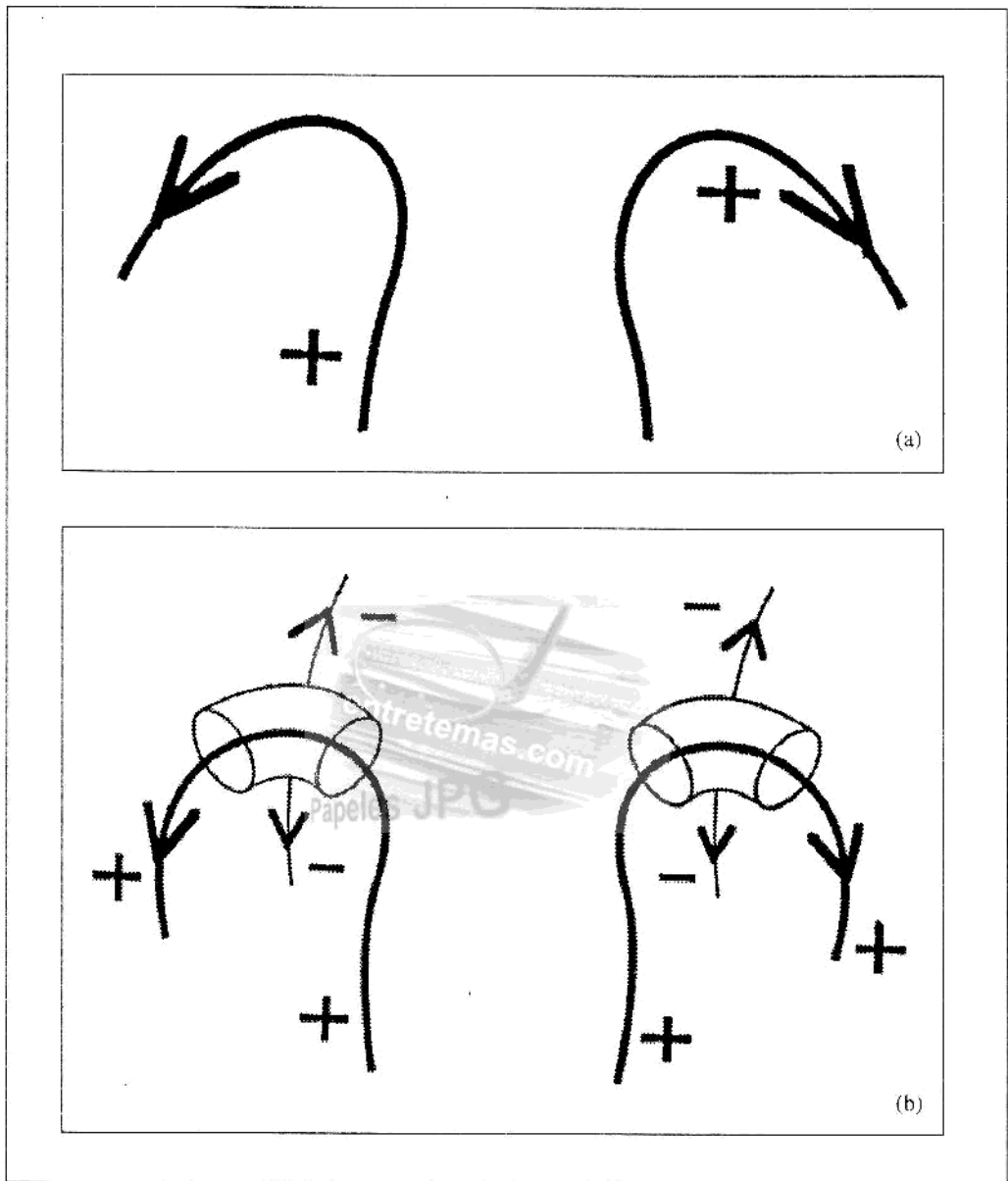


Figura 20.7. a) La parte procesual de un concepto, esto es  $Ap(Con_c)$  en orientación a favor y en contra del sentido de las agujas del reloj. La orientación o lo que elijamos llamar un concepto es arbitrario, pero debe ser añadido consistentemente. En la suma cada "línea" de concepto debe ser entendida como finita, formada por un número indefinidamente grande de diferentes "líneas", separables en su caso como refinamientos del concepto; y b) Distinciones complementarias,  $D_c$ , para cada orientación, representada como un caparazón cilíndrico ejerciendo una fuerza de separación perpendicular al proceso generador. Arbitrariamente el proceso recibe el signo "+", la fuerza perpendicular de separación está señalada con "-".

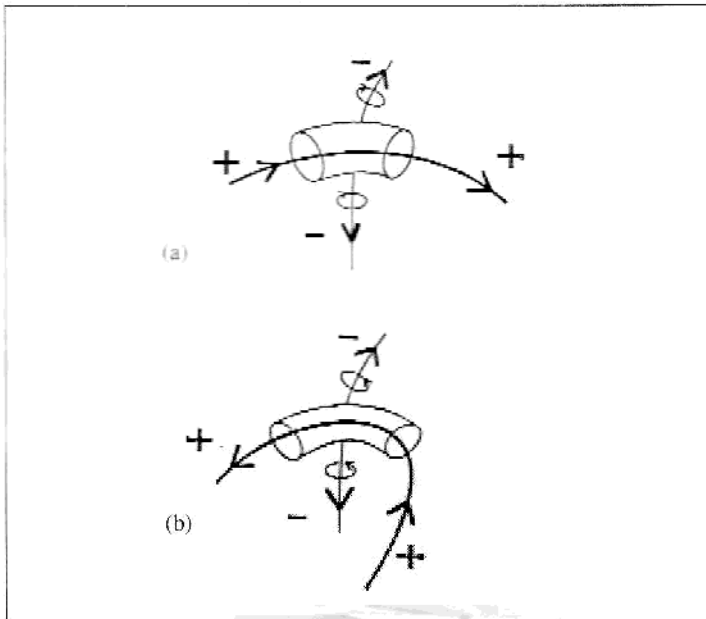


Figura 20.8. (a y b): Aunque los componentes “+” de un concepto TIENEN una orientación, en el sentido o contra el sentido de las agujas del reloj, el componente distintivo “-” NO la tiene. En su lugar, tiene un signo equivalente a la dirección del proceso de generación

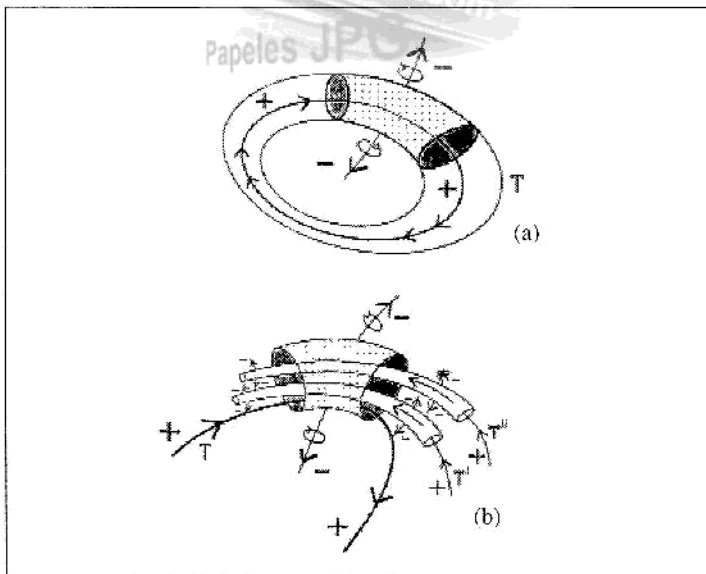


Figura 20.9. a) Verdad hermenéutica y concepto de existencia, representado por una circularidad para mostrar el progresivo refinamiento del significado; y b) Cualquier concepto está compuesto de una indefinida cantidad de refinamientos

## 20.6.2. Grupos coherentes

Un concepto, por ejemplo,  $T_z \Rightarrow \langle \text{Con}_z(T), D_z(T) \rangle$ , sólo es estable si y sólo si existe en una colección o grupo de conceptos entre los cuales puede ser producido o reproducido desde otros conceptos. La forma de grupo más simple está representada en la Figura 20.10 por un operador del tipo Con, a saber  $\text{Con}_z^*$ , donde los otros conceptos se denominan R y S. Sin embargo, no existe límite para el número de conceptos implicados en tan simple coalición. Es más, dentro de ciertos límites los grupos pueden superponerse para tomar formas

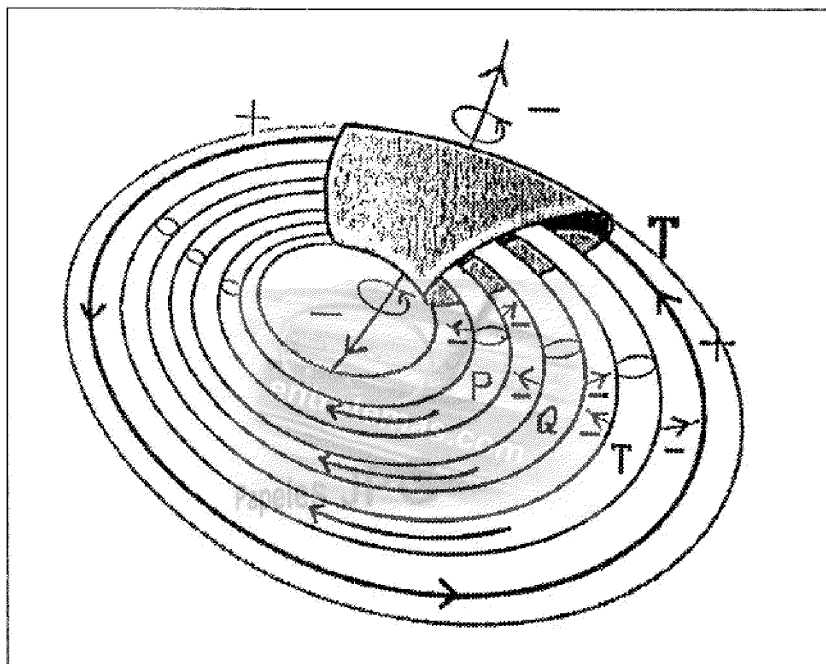


Figura 20.10. Ningún concepto puede existir en soledad, solamente existe en un grupo productivo y reproductivo. El de la figura es un grupo mínimo

“distributivas” como en las Figuras 20.11 (a-i), cuyas vistas en sección (secciones canónicas) permiten una reconstrucción abreviada del original. Estas formas canónicas son de gran utilidad al abordar diversas construcciones más complicadas, generalmente conocidas como “mallas” o *mailles d'entraînement*, una denominación más acertada debida a Peter Burch, toda vez que hace hincapié en el carácter dinámico de estas meras inscripciones de actividad mental aun siendo, a pesar de todo, expresiones correctas del Lp, aunque acuñadas en forma gráfica. Todas las mallas simples, sin analogía ABIERTA o generalización ABIERTA, tienen una apariencia externa que es toroidal, del género del toro, como se indica en la Figura 20.12, dependiendo de la ciclicidad no local de la malla.



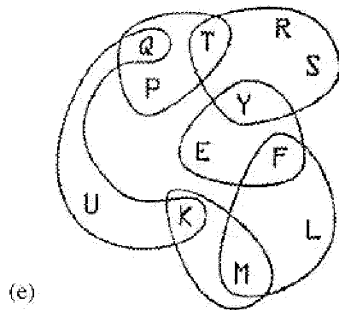
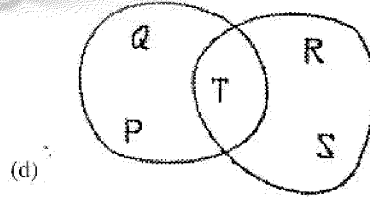
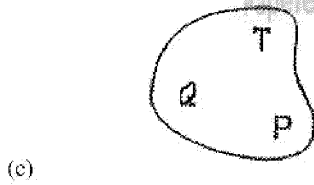
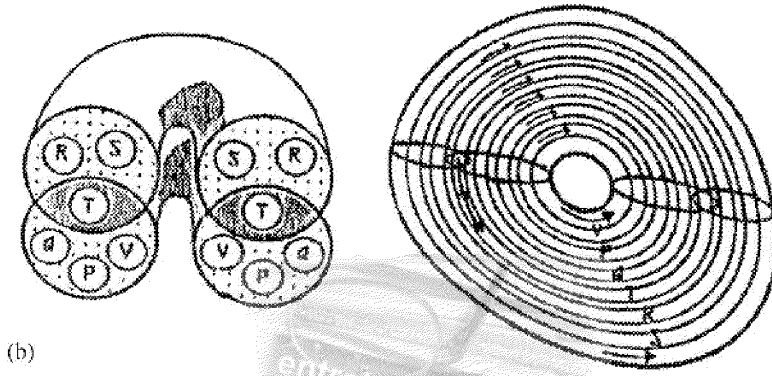
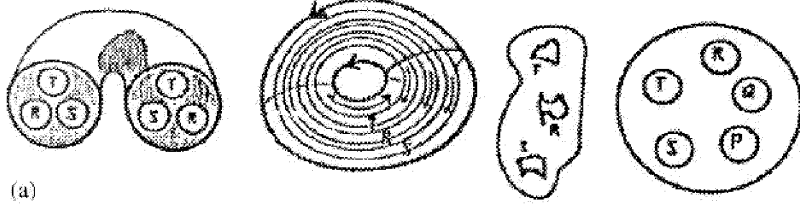


Figura 20.11. (a, b, c, d, e)

(Continúa)

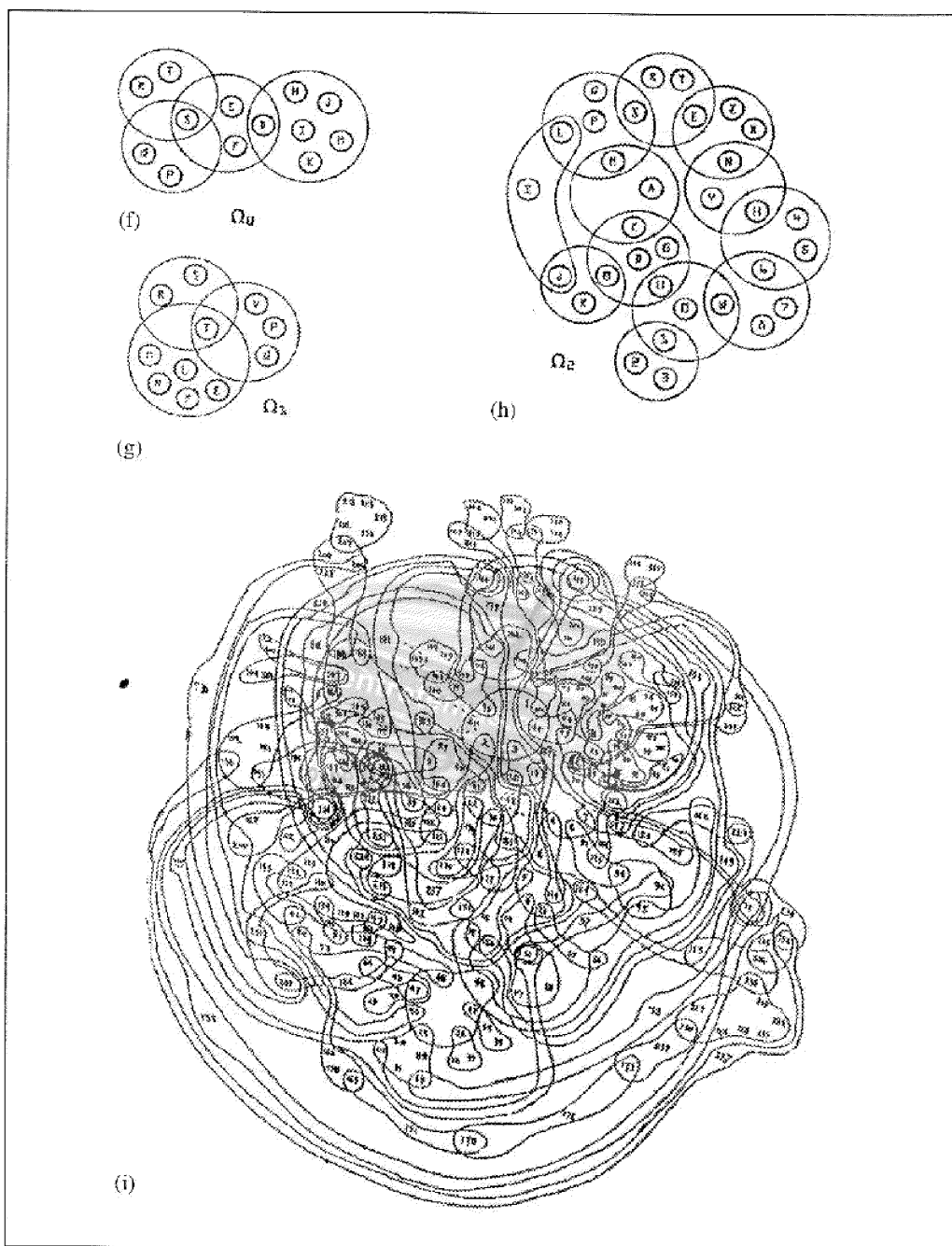


Figura 20.11. (a y b) Secciones horizontal y vertical de formas colectivas y distributivas, (c, d, e, f, g, h, i), construcciones usando la forma canónica de la figura 20.6. Esto es la mitad de las secciones verticales vistas en las figuras 11a y 11b

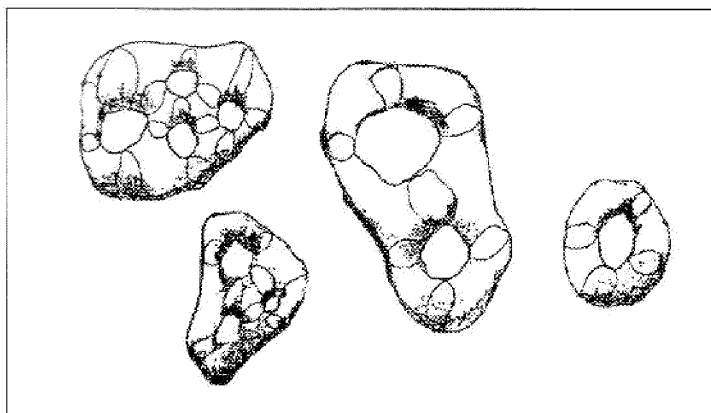


Figura 20.12. Las distinciones periféricas de varias mallas, todas ellas toroidales de diferentes clases

### 20.6.3. Mallas que se desdoblán, criterios de validez

Si seleccionamos un concepto inscrito en una malla, se puede realizar una operación, Un, que tiende a la dirigida “-”, pese a la orientación marcada por la “+” u orientación del proceso del origen seleccionado. Esto supone un desdoblamiento de la malla, del cual existen varios tipos. Algunos, denominados “Prune” y “Selprune”, aparecen en las Figuras 20.13 y 20.14 y existe un sentido demostrable en el que la capacidad de desdoblamiento de una malla afirma su validez en Lp, su coherencia y legitimidad, aunque todo lo que usted o yo podamos garabatear en el papel no sea necesariamente correcto de acuerdo con la lógica de la coherencia, la distinción y la acción. La Figura 20.15 (a y b) presenta la construcción menos compleja, por lo menos la que yo conozco, que contraviene la que actualmente se conoce como “Regla de Génova” por deberse a Vittoria Midora, en aquella etapa de Rinaldo Sanna y su CNR *Institute* en Génova.

### 20.6.4. Incoherencias y sus soluciones

Este sencillo modelo y sus numerosas ramificaciones y derivaciones pueden resolverse de diversas maneras, algunas de las cuales, si al lector le gustan las explicaciones estáticas, se encuentran en la Figura 20.16. Sin embargo todas ellas implican la creación de analogías y generalizaciones, así como la ejemplificación de conflictos y resolución de los mismos, es decir, incoherencia, y su resolución mediante la creación de analogías y generalizaciones.

No obstante, existen evidentemente innumerables soluciones dinámicas. Por utilizar metáforas de la química cuántica, y que nadie me acuse de construir una química de la mente, son tantoméricas, moléculas en equilibrio dinámico como el éster acetoacético, algunos híbridos semejantes que muestran una estabilidad peculiar como el anillo de benceno, en donde es preciso cambiar por completo el marco de referencia a fin de describir la realidad en la mente y volver a pensar o evaluar nuestras anteriores reflexiones y el carácter del Lp subyacente.

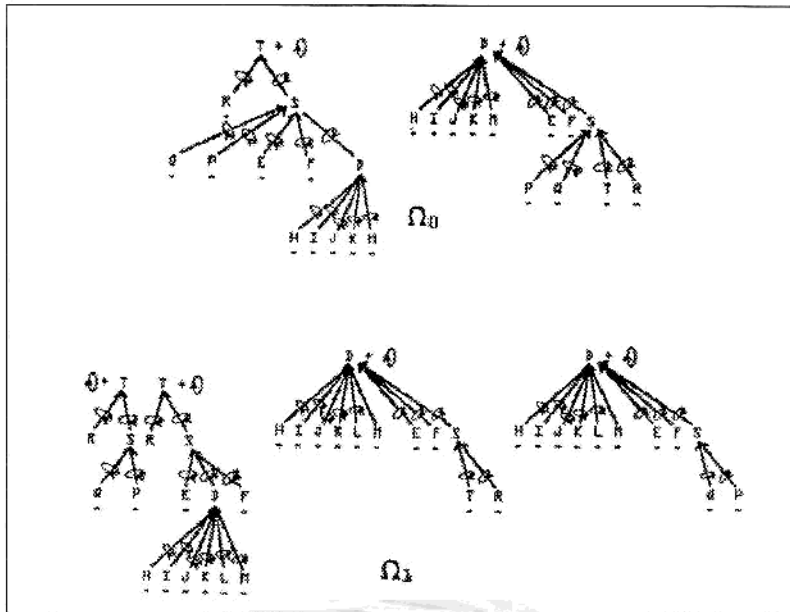


Figura 20.13. Desdoblamientos de llenado o tipo "prune" de las mallas de las figuras 11f y 11g

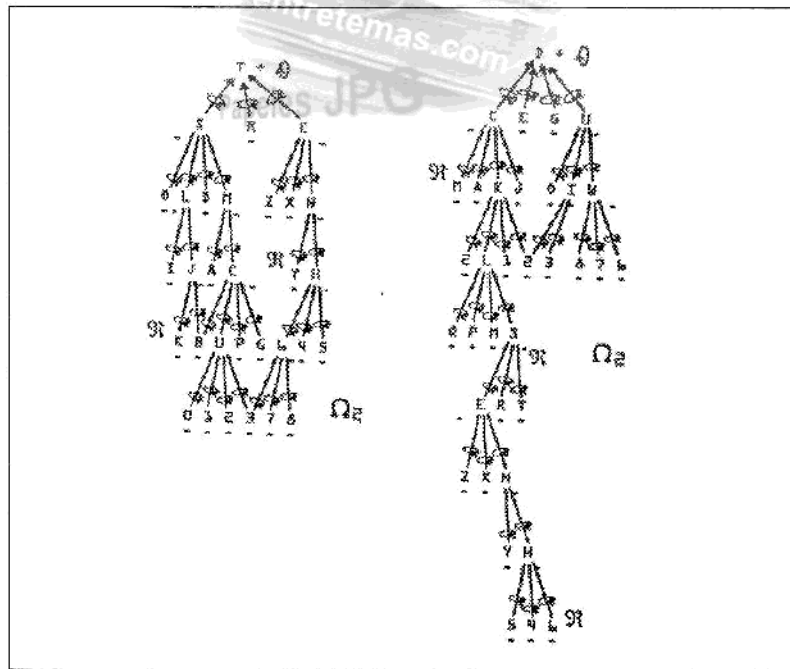


Figura 20.14. Varios desdoblamientos de especificación o tipo "Selprune" de la malla presentada en la figura 11h. El símbolo R representa la interrupción de una secuencia repetitiva infinita

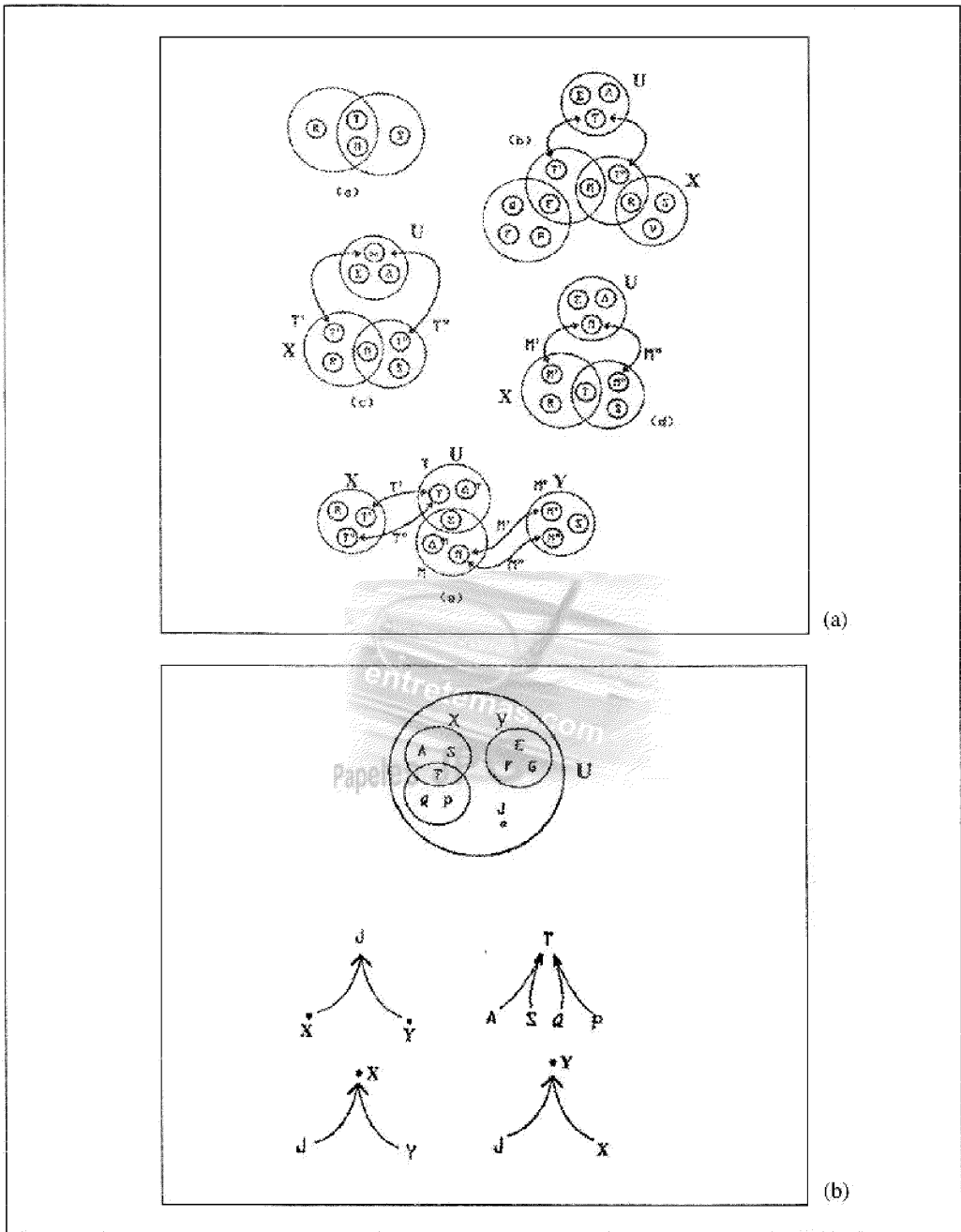


Figura 20.15. a) Ejemplos contrafácticos de la Regla de Génova, junto con algunas soluciones, todas ellas creando una generalización y una diferencia entre sus refinamientos y sus consiguientes conceptos analógicos. Aquí la ambigüedad deja de serlo para resolverse y la solución es posible. b) La estructura y desdoblamiento de una generalización

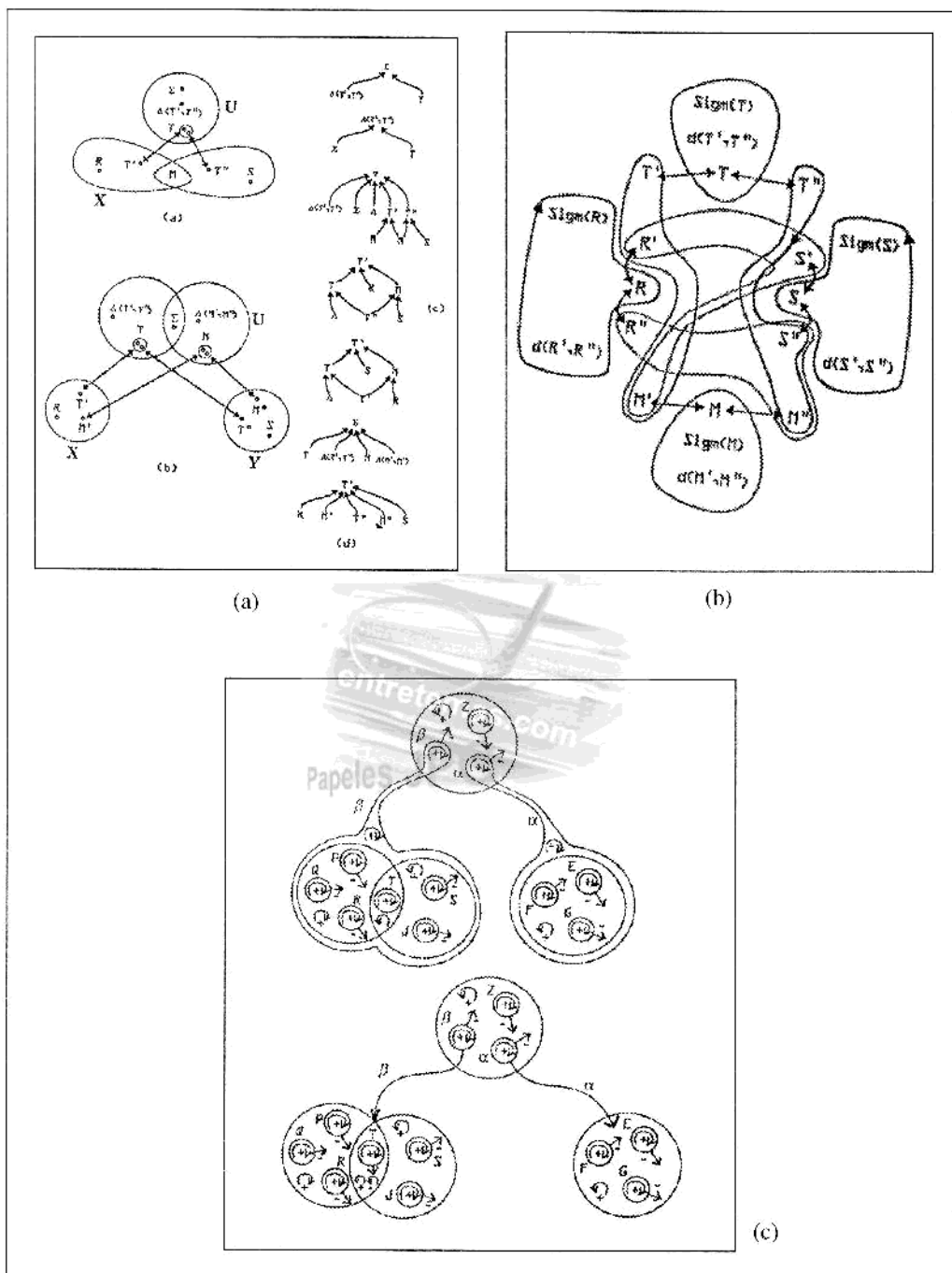


Figura 20.16. a) Desdoblamiento de analogías y resoluciones; b) Resonancia conceptual, equivalente a la resonancia molecular; c) Sección de un concepto análogo justificando desdoblamientos

### 20.6.5. Ambigüedades en general

Como ya se ha dicho, la incoherencia y la ambigüedad lingüística nacen de circunstancias semejantes a las descritas en las Figuras 20.15 (a y b) y 20.16. Se trata de una excesiva simplificación, como se ve en las Figuras 20.17, 20.19 y 20.20, cuando un desdoblamiento de cualquier tipo, si está correctamente marcado con niveles desde su origen, presenta una ambigüedad, una forma de incoherencia. Si marcamos los niveles desde el origen del desdoblamiento, en un caso se observa que X e Y (NOMBRES de conceptos) se encuentran en el MISMO nivel, por lo que pueden igualarse para obtener una estructura cíclica, indicándose los residuos con objeto de evitar la repetición indefinida de una serie infinita. En el otro caso X e Y, estando en profundidades diferentes del desdoblamiento, NO SON IGUALES, sino como mucho isomórficos, en una analogía general con sus diferencias y semejanzas perfectamente especificadas. Estas construcciones se explican en la Figura 20.18. Además de las soluciones ilustradas existe un número indefinidamente amplio de formas híbridas similares, siendo todas ellas resoluciones de la ambigüedad o incoherencia. Es de la mayor importancia entender que las construcciones analógicas pueden presentarse de una forma topológicamente admisible y representable, mediante proyección

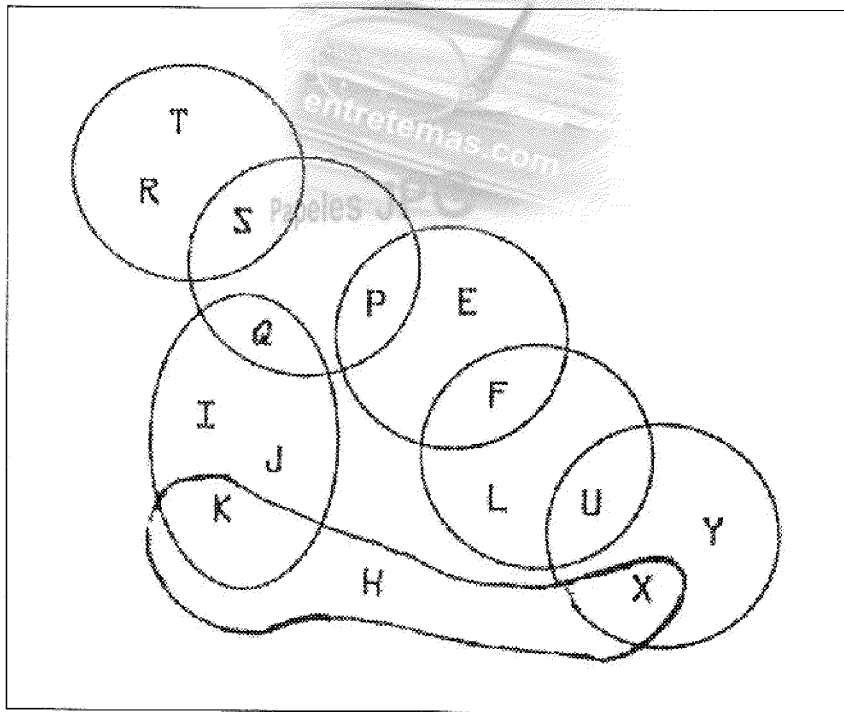


Figura 20.17. Ambigüedad emergiendo en una malla por considerar a la vez los nombres de los conceptos y su profundidad respecto al origen en un desdoblamiento

geométrica, a costa de las convenciones arbitrarias, en representaciones tales como ruptura de distinciones, toros de doble vuelta y botellas de Kline, aunque sólo sea porque todas estas las representaciones no pueden desdoblarse.

Las nociones explicadas en los epígrafes 20.4 y 20.5 indican de qué modo se puede estimular o suprimir la creatividad, por ejemplo fomentando la generación de conflictos y la resolución o no de los mismos por la yuxtaposición de perspectivas. Por el contrario, podemos suprimir la creatividad insistiendo en normas institucionales o en los programas y planes de estudios.

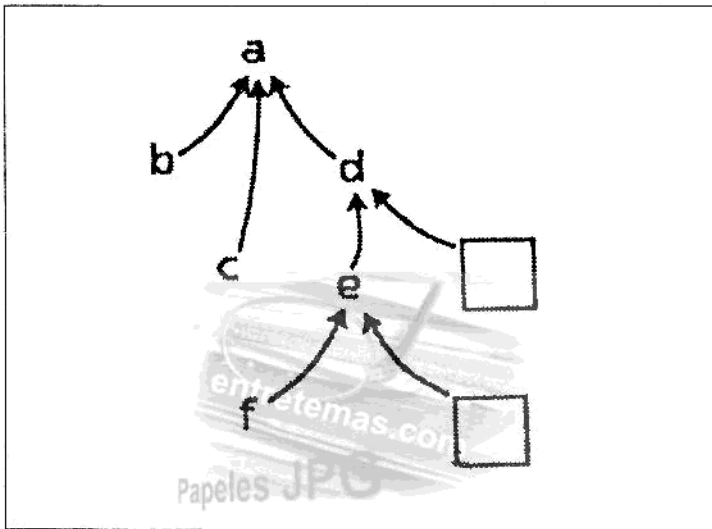


Figura 20.18. Desdoblamiento de grupos, considerados como grupos generalizados, a, b, c, d. Los cuadrados denotan vacío

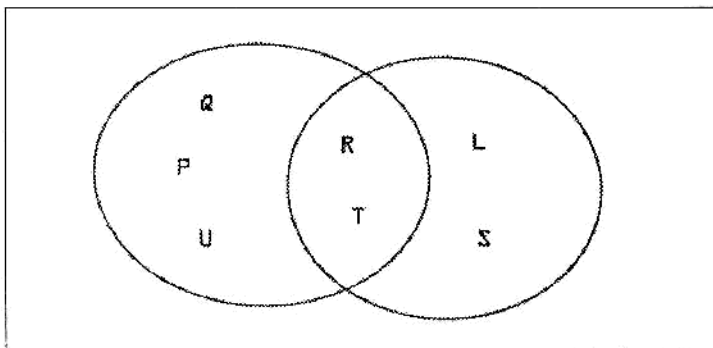


Figura 20.19. Ejemplo de ambigüedad ambigua.



### 20.6.6. La periferia

La distinción más externa de una malla se diferencia de las distinciones internas como su periferia. Presenta ciertos atributos característicos en la medida en que, por ejemplo, un desdoblamiento general como "prune" (o todos los planes o medios posibles de aprender sobre el concepto de origen) o "selprune" (un medio diseccionado de derivar, aprender o proyectar alcanzar el concepto de origen) terminan en este punto, a menos que sean truncados de forma prematura, y son literalmente radiados en un campo Lp, con los cruces de distinción preservados (como en las Figuras 20.22 y 20.24). Como tales están abiertos a la captura en un interfaz, como en las Figuras 20.1 y 20.2, al igual que la radiación electromagnética está abierta a la captura por un ariel unido a un receptor en resonancia con esta radiación, siendo las distinciones transmitidas iguales a las modulaciones de una onda portadora de la frecuencia apropiada. La Figura 20.24 intenta indicar la sustancia de estas transacciones con mayor detalle y con mayor claridad de exposición.

Estas observaciones dan idea acerca del sentido de mucho de lo que se desecha como apócrifo, correspondiente a la parapsicología arcana. Fenómenos tales como la telepatía o incluso la telequinesis no resultan ser necesariamente desvaríos en la frontera, como a menudo se suponía, si se investigan con métodos adecuados capaces de aceptar las relaciones  $n > 2$ ádicas y una reevaluación de la temporalidad.

Pero ésto no es todo lo que tenemos que decir acerca de las distinciones periféricas, toda vez que tienen mayor significación cuando se consideran como las fronteras que delimitan los P-Individuos, estén o no M-Individualizados en un tejido o medio. Si el medio es similar, el mismo, si es una persona participante, o son miembros de una iso-inter-familia como lo es una sociedad, organización o civilización, conforme se ha desarrollado en otras publicaciones, Pask *et al.* (1989, 1993, 1994), entonces tienen la propiedad de ser una especie de participante definido como <P-Individuo, M-Individuo o miembro de una iso-inter-familia>, el *o* está utilizado como anteriormente, en el sentido BNF de este término.

### 20.6.7. Acción e interacción

Claramente, cualquier intercambio conversacional es una interacción. Pero sin embargo puede ser una interacción simbólica como en la Figura 20.1 o incluso en la Figura 20.2. Existen también acciones, no negando las reglas de los actos del lenguaje aunque se concentran en hechos como dar puntapiés o palmaditas en la espalda, que tienen un contenido innegablemente simbólico pero que también pueden considerarse como acciones deliberadas o casuales, invariablemente movimientos concretos. Del mismo modo, si yo actúo de ese modo sobre TÚ o ELLOS, TÚ o ELLOS pueden actuar o reaccionar sobre mí.

¿Cuál es, en esta distinción periférica, la frontera en evolución de una persona, organización, cultura, nación o civilización que constituye la génesis de la acción? Esta adivinanza ha dejado y continúa dejando perplejos a muchos, entre ellos a mí mismo. No obstante me atrevo a afirmar que, en el caso más elemental, si un par o más de "-" desdoblamientos dirigidos de signos de orientación opuesta, desde el sentido de las agujas del reloj hacia el opuesto o viceversa, tropiezan con la misma distintiva frontera, periférica, se cancelan sus signos y se produce la acción. Pero, ¿cómo puede ocurrir ésto, especialmente dentro de las fronteras EN EVOLUCIÓN de un participante, el modelo menos elaborado?

## 20.6.8. Operadores preposicionales

En un debate iniciado en Montreal y continuado en Padderbon y Viena con el Prof. Dr. Lansky y su hija se planteó una hipótesis verosímil. En su tesis ella había elegido, por buenas razones, centrar su atención en términos preposicionales como “dentro/fuera” o “encima/debajo” o “izquierda/derecha” o “antes/después”. Sin embargo es evidente que estas palabras tienen significados muy diferentes en distintos campos de interpretación, es más, que no son binarias ni cerradas puesto que, como ocurre con frecuencia, pueden descubrirse, inventarse o añadirse a la lista otros términos. Dado que estas observaciones, evolución e invención de cualquier añadido de relación no están totalmente de acuerdo con la idea lingüística de una preposición, utilizaré la expresión “operador preposicional” en lugar de preposición solamente. Como hemos visto, se pueden concebir mallas de operadores preposicionales, todos los cuales contienen indicadores, “la direccionalidad EN un terreno”, el “terreno en sí” (geográfico, político o de otro tipo) y el propio concepto, a aplicar conforme se disponga. Lo importante es que las ordenaciones del pensamiento sobre una estructura conceptual (pongamos, como se representa en una malla), son órdenes en el mundo del intelecto y mínimamente en un mundo soñado, en tanto que las ordenaciones determinadas por un operador preposicional son las apropiadas para la política, geografía o cualquier cosa que esté determinada por el desdoblamiento simultáneo de una malla de operadores preposicionales. Las Figuras 20.20 y 20.23 presentan la disposición de una malla con una malla de enlace que relaciona conceptos relevantes en una o varias mallas, características de participantes, de forma que la ordenación del pensamiento se ve constreñida por el terreno de lo que se está pensando, y por tanto, de la acción en un ámbito determinado.

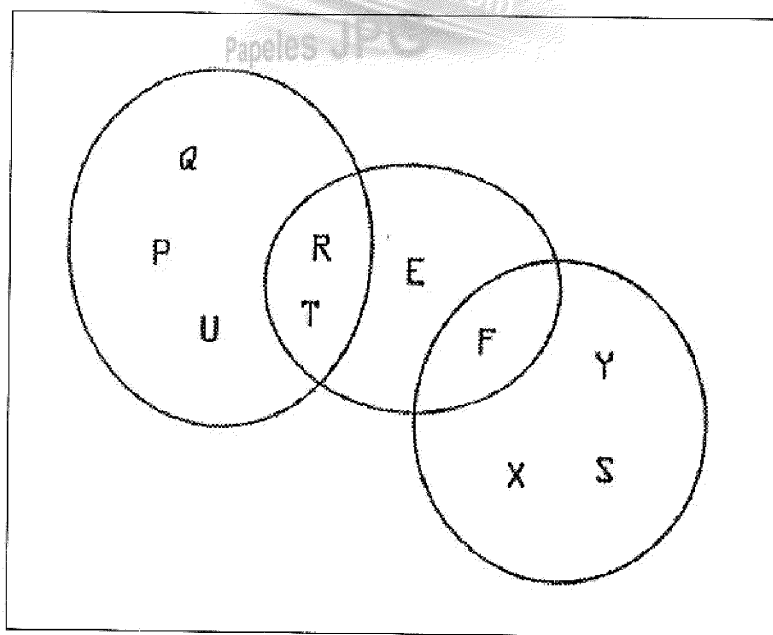


Figura 20.20. Ejemplo de ambigüedad ambigua con una malla de enlace

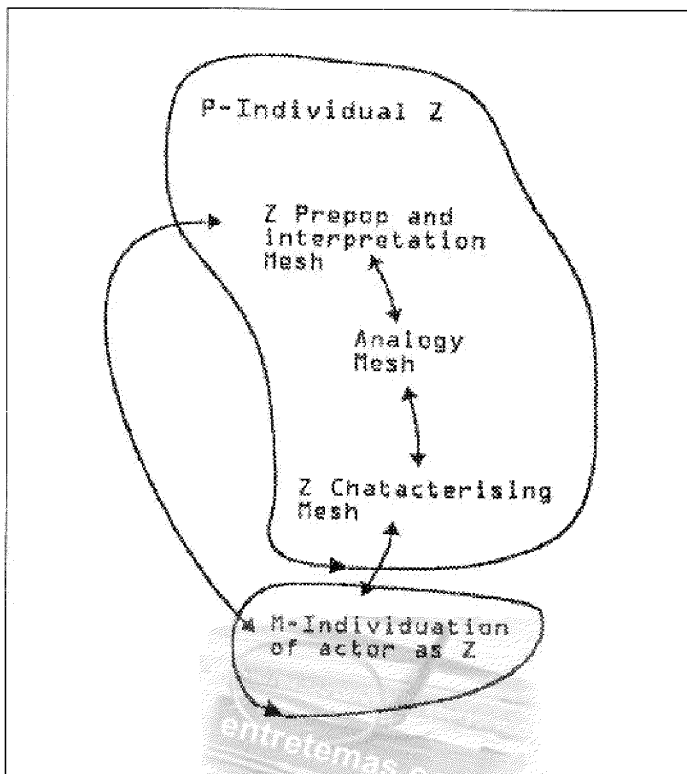


Figura 20.21. Configuración de una red de operador preposicional en un P-Individuo M-individualizado

### 20.6.9. Más allá de la Teoría de la Conversación

Todo esto está muy bien para la CT, donde existe un punto inicial y un punto final y una especie de continuidad de conversación entre ambos. Por su parte, en la teoría de la IA no pueden hacerse estas suposiciones, cuestión que ha sido ya probada con cierta extensión. Todos sabemos (o deberíamos saber) que la sencillez de la sucesión temporal, la distinción entre la acción y el pensamiento son mucho más complejas de lo que se imaginaba y que el mismo concepto de la individualidad es un mito culturalmente arraigado y también falso, aunque muy difundido.

### 20.6.10. La Teoría de la Interacción de Actores

Al realizar un examen casual se observa que la IA es una extensión de la CT con algunas diferencias notables, como es lógico. En efecto, estas diferencias son cruciales y unas cambian la estructura de la teoría.

Por ejemplo, como aproximación útil es totalmente cierto que las conversaciones tienen una puntuación "inicial" y "final". Esta aproximación resulta valiosa si se acepta que todos los conceptos iniciales y todos los conceptos finales difieren entre sí. La puntuación inicial y final es admisible sólo porque, si fuéramos estrictos en ese sentido, la libertad que nos tomamos es que el principio y el final son ciertos acontecimientos en un orden temporal, newtoniano, en una ordenación lineal, implicando que los conceptos denominados T, R, S, etc., al igual que los participantes, permanecen invariables. Desde luego todos sabemos que éste es el mayor sinsentido, que es totalmente falso, pero, por otro lado, se mantiene en alguna cuasi-imagen, donde prevalece únicamente el tiempo newtoniano entre el comienzo y el final... en una coalición de P-Individuos, si bien este grado de sincronidad se produce en contadas ocasiones. Por ejemplo, en un aeropuerto o en un terreno de edificación raramente encontramos esta armonía, y estas, en cuanto organizaciones e instituciones, son coloquios de P-Individuos. Incluso aunque sea un falso lugar común imaginar la linealidad estricta, nuestra máxima aproximación a los hechos de la cuestión consiste en indexar los conceptos o participantes por tiempo =  $t$ , o transformarlos en los pobres intentos de la cinesis como funciones de  $t$ .

Realmente debemos poder alcanzar un tiempo vectorial (como en la Figura 20.24) que varíe de acuerdo con los propios componentes P-Individuos dependiendo en mayor o menor grado del acoplamiento entre los roles asignados a o adoptados por los participantes. Pese a que una exposición correcta de la CT admite, incluso afirma la alteración de los procedimientos durante su aplicación, tenemos que suponer, en la CT, que la M-INDIVIDUALIZACIÓN de los participantes se mantiene invariable, generando por tanto el pseudodilema de la

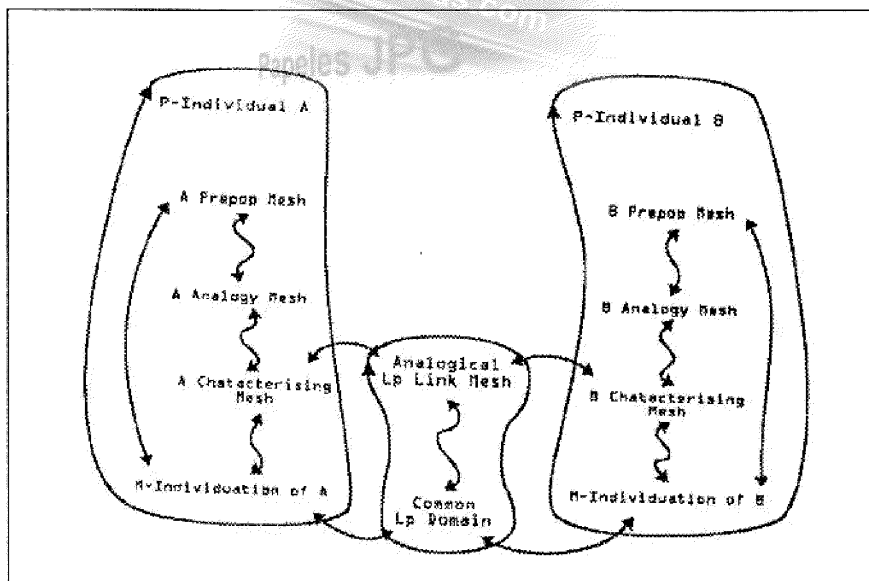


Figura 20.22. Interacción de actores A y B en los terrenos y órdenes prescritos por las mallas de sus operadores preposicionales. A y B pertenecen a una misma iso-inter-familia, determinada en parte por su M-Individualización

dicotomía mente/cuerpo. En la teoría de la IA hemos de aceptar que un medio sociocultural, tipificado por la M-Individualización, también aparece en virtud de la adaptación, aunque sólo sea para formar las iso-inter-familias, que constituyen el substrato habitual de una organización o una sociedad creadas adaptativamente y que de hecho existen.

En términos pragmáticos y científicos, la IA es algo más que una mera extrapolación de la CT. Formula y maneja, y en ocasiones resuelve, problemas como los de la educación, gestión y el choque de las culturas, una patología fútil y destructiva a la que todos somos propensos, al menos con cierta obsesión. En la praxis la teoría de la IA se refiere a protestas y rumores de protesta, a guerras y rumores de guerra, a la prevención de estos males. Pero la cara más optimista de la imagen corresponde al fomento y cuidado de la cultura, belleza y magnificencia; las máscaras y pantomimas de una civilización que, al igual que un grupo de payasos fuera de su trabajo, son serias, incluso tristes, y que, por todo el humor con el que contribuyen a nuestra felicidad, deben ser tomadas en serio, con mayor seriedad que los pedantes, fanáticos y moralistas de este bello mundo.

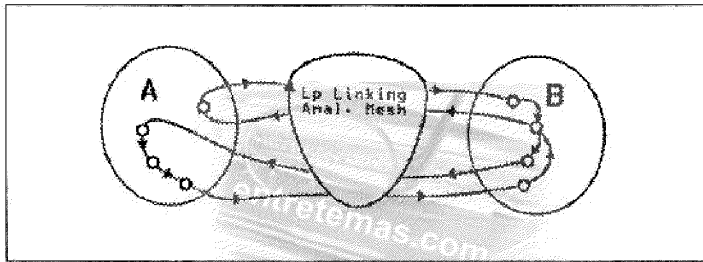


Figura 20.23. Representación explícita de ciclos de desdoblamiento que deben existir

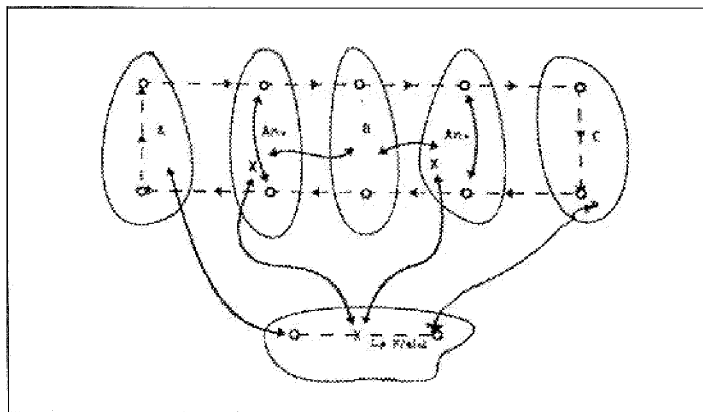


Figura 20.24. El caso general de la organización social. Las marcas indican puntos en los cuales un desdoblamiento empuja la periferia de la malla y conduce a una radiación simbólica, a la inversa para la recepción de un miembro de la misma iso-inter-familia de actores que tienen los mismos tipos de P-Individualización

## 20.7. Algunas observaciones

En consecuencia, prácticamente tendemos a aconsejar como hacen las siete reglas de las compañías de seguros americanas, “desayune bien” y “no fume ni beba”, “olvide el estrés, lleve una vida tranquila y plácida en una granja de salud o en un centro hidropático”, “no tenga ambiciones ni aspiraciones” y “medite”..., a lo que la medicina responde “no he oído que nadie se muera a consecuencia de un mal desayuno, salvo que esté envenenado, ni tampoco por no desayunar”. Como complemento, “sin embargo sí he conocido gente que ha enfermado por tratar de vivir solamente a base de arroz integral, algas y yemas de alubias”, lo cual después de todo resulta sorprendente.

No obstante, es posible que nuestros buenos consejos no sean tan fatuos como los que se atribuyen a algunas compañías de seguros, deliberadamente innombradas, aunque presenten el mismo tono de voz. Por ejemplo, como cibernéticos, nos sentimos inclinados a decir cosas como:

Para apaciguar la confusión, culpe a alguien que no haya sido nombrado.

Para poner fin al conflicto entre jerarquías, para resolverlo, construya jerarquías diferentes en un conflicto que se resolverá automáticamente, de modo que los partidarios de las primeras se rían de sus disputas.

Todo ello suena muy parecido a esas siete recomendaciones mágicas, si bien en este caso las perogrulladas están respaldadas por la teoría. Están sostenidas por un cálculo que sería inapropiado introducir en este contexto, toda vez que implica nuevas formas de matemáticas, como mínimo cálculos, que tratan de resolver las complejidades de múltiples temporalidades, la significación de los operadores preposicionales y las sutilezas de las diferencias entre pensamiento y acción, principalmente entre participantes en evolución con distinciones en evolución. Con esta teoría surgen dudas respecto a un pasado, presente y futuro simplistas, sin lo cual nuestro presunto futuro sería tan árido que no merecería la pena considerarlo, sería bárbaro. Por mi parte, al menos, soy optimista. Doy la bienvenida al esfuerzo necesario para evitar la barbarie o la caída en la mediocridad.

---

## NOTAS AL CAPÍTULO 20

---

<sup>1</sup> Traducción de Cristina Yuste Pérez.

<sup>2</sup> N. de los Eds.: El texto original está dividido en dos partes. Los primeros cinco epígrafes forman una primera parte no titulada. Los apartados contenidos en el epígrafe sexto componían una segunda parte titulada *representación gráfica*.

<sup>3</sup> N. de los Eds.: El presente capítulo constituye la traducción de una contribución original e inédita de Gordon Pask. Una vez diseñada la obra, el capítulo fue encargado a Pask en mayo de 1993. El manuscrito está firmado el 19 de octubre de 1993.

<sup>4</sup> N. del T.: Mantenemos las siglas en la lengua original.

<sup>5</sup> N. de los Eds.: El autor utiliza constantemente abreviaturas que introduciremos tal y como lo hace él mismo en el original, insertándolas entre comas, sin recurrir, salvo en contadas excepciones, a expresiones tales como abreviado, denominado, simbolizado, etc.

<sup>6</sup> N. de los Eds.: Circunstancias personales de salud del autor le han impedido elaborar la bibliografía que aparece citada en el capítulo. Sin embargo, hemos considerado oportuno respetar las referencias originales y ofrecer al lector esta información, aunque incompleta. Algunas referencias pueden consultarse en las bibliografías generales de la presente obra.

<sup>7</sup> N. del T.: Primera letra de la palabra *Target*, traducida en este contexto por *objetivo*.

<sup>8</sup> N. del T.: Los cultos o culturas cargo son culturas político-religiosas, vigentes en varias islas del sur del Pacífico, entre cuyas creencias juega un papel simbólico trascendental la llegada de una determinada carga, por aire o por mar, desde el exterior.

<sup>9</sup> N. del T.: Siglas de *Course Assembly System and Tutorial Environment*.

<sup>10</sup> N. del T.: Literalmente, un sistema o juego de adhesivos para pensar. Mantenemos el término original por su imposible traducción, por la existencia en el texto de una descripción aproximada y por constituir el nombre propio de un experimento.

<sup>11</sup> N. del T.: Perpendicular, en ángulo recto.



## CAPÍTULO 21

### SOCIOCIBERNÉTICA: MARCO SISTÉMICO Y ESQUEMA CONCEPTUAL

*Juan Luis Pintos*

Estamos todavía en los albores de la emergencia de la investigación interdisciplinar orientada desde la cibernética de segundo orden. En el campo de las ciencias sociales, y en particular en la sociología no se han abordado las cuestiones más específicas desde esa perspectiva que podemos empezar a denominar sociocibernética. La siguiente contribución pone a disposición del público interesado dos muestras de distinto valor, peso específico y grado de elaboración, de la utilización de planteamientos sociocibernéticos en el campo de lo propiamente sociológico (si es que nos es lícito seguir empleando tales denominaciones más allá de su valor clasificatorio académico). En la primera parte de este capítulo tratamos de exponer los enfoques de la cuestión metodológica tal como lo viene haciendo el profesor de la Universidad de Bielefeld Niklas Luhmann. En la segunda parte presentamos una de las posibilidades de entender los planteamientos de la posición luhmaniana (que no una “aplicación” de su metodología a cuestiones concretas).

#### **21.1. El modelo de metodología sociocibernética de Niklas Luhmann**

##### *21.1.1. Emergencia de la perspectiva luhmaniana*

Pocas figuras más polémicas en su recepción por los ámbitos académicos y profesionales de la sociología que la de Niklas Luhmann<sup>1</sup>. Pocos pensadores más deformados o ignorados a pesar de su abundante producción a lo largo de los últimos veinticinco años pues sus textos (no más dificultosos que los de Jürgen Habermas, por ejemplo) han quedado prácticamente confinados en el ámbito de la lengua alemana<sup>2</sup>. Mientras que en el ámbito francés no se tiene noticia de él hasta muy recientemente<sup>3</sup>, en el ámbito anglosajón y estadounidense es prácticamente ignorado<sup>4</sup>; por el contrario, será en países mediterráneos, de Sudamérica y del lejano oriente<sup>5</sup> donde se ha empezado a conocer la obra luhmaniana des-



de los años setenta. Por lo que respecta a la recepción y discusión de sus planteamientos podemos señalar que, además de las múltiples obras editadas en Alemania, han sido Italia y España las que más han contribuido a su difusión<sup>6</sup>.

El principal problema de la recepción de la obra luhmaniana ha consistido en que los comentaristas y críticos que conocían su existencia vinculaban su línea de pensamiento al "estructural-funcionalismo" de Talcott Parsons, o interpretaban sus planteamientos a partir de la discusión (iniciada en el XVI Congreso de Sociología alemana, en Frankfurt en 1968, y todavía no rematada) con Jürgen Habermas<sup>7</sup>. Caer bajo la "zona de sombra" de esos "gigantes" y no ser devorado por ellos (ni arrollado por las operaciones publicitarias que los han acompañado) es un mérito particular de la compleja posición de Luhmann en el marginal campo de la teoría sociológica. Es más, la particular productividad intelectual de los últimos diez años en los que ha dado a luz obras sistemáticas (1984, 1990a), múltiples artículos sobre temas específicos (1990b, 1990c, etc.) y tratamientos aplicados desde su perspectiva teórica sobre comunicación, ecología, riesgo, cibernética, etc., (1986, 1991a, 1992) lo ha convertido en uno de los sociólogos europeos más sensibles a los problemas de las sociedades globales.

Desde su propia posición marginal a la sociología académica (contra cuyas "tradiciones" arremete) y a la sociología profesional (cuyo déficit teórico y trivialidad resalta) difícilmente hubiera llegado Luhmann a ocupar el lugar relevante que semeja haber adquirido recientemente si no se hubieran producido hechos como el desgaste de las teorías, la crítica posmoderna a la Ilustración y sus secuelas, el maridaje de teoría analítica y marxismo y, finalmente, la progresión y afianzamiento de las corrientes constructivistas interdisciplinarias<sup>8</sup>. Muy probablemente no vuelvan a coincidir en el tiempo esos fenómenos que han hecho emerger<sup>9</sup> desde un trasfondo de equívocos, ignorancia y falsos debates un pensamiento y una obra cuya necesidad para comenzar a pensar nuestro mundo desde una perspectiva nueva, compleja y enriquecedora se ha manifestado muy lentamente a lo largo de más de veinte años.

El problema que se nos plantea ahora es el de presentar estrictamente la metodología luhmanniana separada de su teoría y de su propia autoconstitución como método cualitativo de conocimiento de la sociedad. Primero resumiremos los principales rasgos por los que se adscribe críticamente a un método funcionalista como instrumento válido de la investigación social actual. Después trataremos de explicar como ha vinculado ese método funcional con la teoría de sistemas en general, y en particular con la teoría de sistemas sociales autorreferentes. A partir de ese marco fundamental del pensamiento metodológico luhmanniano presentaremos algunos procedimientos concretos de análisis como son la observación y la codificación como instrumentos válidos de una metodología constructivista operacional.

### *21.1.2. Método funcional*

La situación actual de la teoría sociológica nos está permitiendo superar determinados "reflejos condicionados" (o prejuicios, producto en la mayoría de los casos de planteamientos doctrinarios y de la ignorancia) ante determinadas escuelas o corrientes de pensamiento sociológico. Si ya podemos hablar pluralmente de los "marxismos", hora es también de reconsiderar los "funcionalismos". Una forma de escapar de esta etapa de, probablemente enriquecedora, pluralidad es utilizar el discurso de los "neos". Así, algunos manuales recientes con impenitentes obsesiones clasificatorias, tratan de recuperar una supuesta "sociología unifica-

da" (según el obsoleto modelo ideal de *Unified Science*) y emplean términos tales como "neomarxismo", "neofuncionalismo", "neoestructuralismo", etc. Por el contrario, Luhmann es muy consciente de la plural situación a la que el pensamiento sociológico debe responder y expresa, en el prólogo de su obra de síntesis, su intención primaria: "Desarrolla una teoría policéntrica y por consiguiente policontextual, en un mundo y una sociedad concebidos acéntricamente. (...) La edificación de la teoría se asemeja, de este modo, más a un laberinto que a una autopista con un final feliz" (Luhmann, 1984: 14/14<sup>10</sup>).

Desde sus primeros artículos hasta la actualidad, Luhmann ha insistido en denominar *funcional* a su método; con la misma insistencia lo ha diferenciado del "estructural-funcionalismo" y en particular de la versión parsoniana. Independientemente de las cuestiones académicas de erudición histórico-teóricas nos interesa aquí el aclarar en qué consiste específicamente esa connotación de "*funcional*".

Para no tener que remontarnos demasiado lejos, ni tener que entrar en excesivas precisiones conceptuales diremos, sintéticamente, que el valor teórico de lo funcional se enmarca en la distinción "*causalidad / posibilidad*". Frente a la clásica idea de ciencia como "conocimiento de los fenómenos por sus causas", Luhmann va a establecer la alternativa de los "*equivalentes funcionales*". La conclusión a la que llega en sus primeros escritos es la siguiente:

La ventaja que brinda el análisis funcional consiste no en la certeza del enlace de causas específicas con efectos específicos, sino en la fijación de un criterio de referencia abstracto, a saber, del "problema" a partir del cual diferentes posibilidades del hacer, hechos sociales que exteriormente parecen distintos, pueden ser tratados como equivalentes funcionales. La racionalización del planteamiento del problema mediante una construcción abstracta de posibilidades de comparación es el verdadero sentido del método funcional (Luhmann, 1964: 35/58-59).

A tal conclusión llegará después de hacer la crítica rigurosa de determinados aspectos del funcionalismo, como la equiparación de necesidades y motivos (que ahorra los problemas de la comprobación empírica), la generalización de una determinada teoría del equilibrio (que refiere las explicaciones funcionales exclusivamente a sistemas que se mantienen en equilibrio respecto a su entorno)<sup>11</sup>, aunque es precisamente este concepto de generalización el que le permite a Luhmann abrir una brecha en el esquema cerrado de la causalidad. Pues lo general es inespecífico y resulta estable *porque mantiene abiertas varias posibilidades diferenciables empíricamente* (Luhmann, 1962: 12/16).

El análisis funcional vuelve comparables una amplia variedad de hechos, porque abre un ámbito de comparación por la equivalencia funcional con respecto a diversas posibilidades. Asume Luhman este principio de equivalencia funcional como un principio metódico (a través del cual separa el funcionalismo de las ciencias causales) que define la función, en una primera consideración, como "un esquema lógico regulador que organiza un ámbito de comparación de efectos equivalentes. Caracteriza una posición especial a partir de la cual pueden ser comprendidas diversas posibilidades bajo un aspecto unitario" (Ibíd.: 14/20). Apela a la lógica y a la matemática para fundamentar el concepto de equivalencia y llegar a definir la *variable* por un criterio de referencia funcional en base al cual se puede decidir qué posibilidades entran en consideración para completarla. Se pasa así a definir la *función* como principio regulativo para la comprobación de equivalencias dentro del marco de las variables funcionales.

Se puede plantear así el problema central del análisis funcional: la unidad de referencia considerada como problema. Esto significa que las afirmaciones del funcionalismo no atañen a una relación de causa y efecto, sino a una relación de varias causas o de varios efectos entre sí, es decir, la verificación de equivalentes funcionales. La posibilidad de una respuesta a este cuestión se ha planteado a partir de la permanencia de los organismos y de los sistemas; un orden social no está fijado rígidamente, según un tipo, como un organismo, puede sufrir profundos cambios estructurales sin abandonar su identidad y su existencia continua. El criterio de mantenimiento del sistema es un principio de generalización. No se trata de comprobar unidades de referencia como efectos legítimamente provocados por determinadas causas. Por el contrario, tiene que descubrirse en un sistema de acción los puntos problemáticos que rigen las posibilidades de variación del sistema. Un criterio de referencia debe poder funcionar como criterio de decisión para equiparar determinados hechos. Define de este modo el campo de flexibilidad, de capacidad de adaptación, de indiferencia hacia las desviaciones y de tolerancia respecto a las contradicciones, un campo de libertad de elección de soluciones, que según dicho criterio son igualmente útiles o al menos igualmente inocuas. El problema del mantenimiento de un sistema debe descomponerse en una serie de interrogantes abstractos, elegidos de tal manera que —precisamente por su calidad de abstractos— sean apropiados para poner en evidencia las equivalencias funcionales y de este modo servir como una especie de control generalizado del sistema (Luhmann, 1962: 19/31).

De aquí que Luhmann llegue a presentar la teoría funcional que “comienza con una definición de problemas sistémicos abstractos que exigen determinados efectos funcionales equivalentes; en todo momento pueden ser reemplazados por mejores planteamientos de problemas; del criterio de referencia no es posible deducir lógicamente cuáles son los efectos funcionales que entran en consideración” (Ibíd.: 22/36). Esto le lleva a completar anteriores descripciones del método funcional, afirmando que el análisis funcional no fija al actor en el final perfecto-duradero de su hacer o en el fin correctamente imaginado (o presentado); tampoco intenta aclarar la acción por causas según leyes. Lo interpreta según puntos de vista abstractos y permutables, elegidos para *hacer comprensible la acción como posibilidad*<sup>12</sup>.

En síntesis, el fin del conocimiento ya no es la comprobación de la sustancia inmutable, semejante a sí misma en su esencia, sino el control sobre las alternativas. El ser es digno de conocimiento no en la medida en que excluye otras posibilidades, sino porque las ordena y las hace accesibles con la ayuda de métodos abstractos. Habría que rechazar “la interpretación de lo igual como análogo” para tratarlo “como distinto pero equivalente” (Luhmann, 1964: 50/62).

### *21.1.3. Una teoría funcional de los sistemas sociales*

La teoría de referencia es indudablemente la de Parsons. Pero Luhmann parte de una crítica central a dicha teoría: el fundamento de los fallos de la teoría sistémica estructuralmente funcional radica en su propio principio, a saber, en que antepone el concepto de estructura al concepto de función. De esta manera, la teoría estructuralmente funcional pierde la posibilidad de problematizar las estructuras y de preguntar acerca del sentido de la formación de las estructuras según sea el sentido de la formación de los sistemas. La solución que encuentra Luhmann es la de invertir los conceptos, anteponiendo el concepto de función al de estructura, en el sentido ya señalado en el párrafo anterior.

Otra clarificación inicial consiste en rechazar la idea *ontológica* de sistema, de la que han surgido los conceptos de organismo y de máquina. El sistema era una ordenación de partes para integrar un todo; del orden interno de las partes surge el todo que es algo más que la mera suma de las partes. Se problematizó el orden interno del sistema, su racionalidad, mientras que el entorno se ignoraba o era considerado sólo como algo englobante.

El proceso por el que la actual teoría de sistemas se ha ido separando de esa concepción se ha planteado secuencialmente. Primero se sustituye la diferencia tradicional entre *todo y parte* por la diferencia entre *sistema y entorno*. Sigue una generalización del procedimiento diferenciador por el que se van estableciendo nuevas diferencias de sistema y entorno en el interior del sistema; el sistema global se utiliza como entorno de los sistemas parciales. Finalmente, desarrollando la idea de sistemas abiertos se ha llegado a la *teoría de los sistemas autorreferenciales* (Luhmann, 1984: 22-24/30-31)<sup>13</sup>.

Los sistemas sirven para una reducción de la complejidad, y precisamente a través de la estabilización de la diferencia dentro/fuera. (...) Los sistemas sociales son sistemas identificables por el sentido (...) Sentido es una determinada estrategia de comportamientos selectivos bajo condiciones de elevada complejidad (Luhmann, 1971a: 11-12).

Se plantea así el tema más recurrente en la perspectiva luhmaniana de teoría de los sistemas que es el de la *complejidad* con su correlato del *sentido* como estrategia de reducción de la complejidad. De ahí que podamos llegar a una primera definición de la sociedad como “aquel sistema social que institucionaliza las reducciones últimas y fundamentales (...), aquel sistema social cuyas estructuras son decisivas para mantener el alto nivel de complejidad de la humanidad (“der Mensch”), de tal forma que se pueda vivir y actuar con sentido” (Luhmann, 1971a: 16-17), (véase también el concepto de complejidad y la teoría de los sistemas sociales en el capítulo *Socioanálisis Cibernético*). Pues, frente a las sociedades anteriores a la modernidad en las que el sentido era proporcionado desde un todo compacto, actualmente los procesos de sentido están fragmentados en subsistemas (verdad, derecho, amor, etc.), lo cual viene a significar que cada sentido determinado es una elección entre otras muchas posibilidades, “cada sí implica varios noes” (Ibíd.: 22) (véase cap. *Teoría de la observación* en la presente obra).

El programa de análisis sociológico que se planteó hace más de veinte años por Luhmann para el desarrollo de su teoría de los sistemas sociales consistía en los siguientes puntos:

1. Las sociedades complejas deberían sustituir las premisas concretas de la elaboración de la experiencia por otras abstractas.
2. Deberían separar radicalmente persona de rol.
3. Deberían institucionalizar en los subsistemas particulares un alto grado de discrecionalidad.
4. Están condenadas a la diferenciación funcional (Ibíd.: 22-23). Con ello se llegaría a reelaborar la reducción de la complejidad y las particularidades de la interpretación con sentido, pensando más consecuentemente en funcionalista que hasta entonces. Así se podría captar “la sociedad como aquel sistema social, que limita en sus fronteras con una complejidad indeterminada y no manipulable y con ello estructura las posibilidades que pueden ser captadas y realizadas en esa sociedad” (Ibíd.: 24).

La relación entre análisis funcional y teoría de los sistemas pasa para Luhmann por el procedimiento de *construcción del problema*. El problema es el de la complejidad, no el del mantenimiento del sistema. El análisis funcional sirve para adquirir información y regula y precisa las condiciones bajo las cuales las diferencias significan distinción. Se comprende lo existente como contingente, y lo diverso como comparable. Relaciona lo dado, ya sean estados o acontecimientos, con puntos de vista del problema e intenta hacer comprensible e inteligible que el problema puede resolverse así o bien de otra manera (Luhmann, 1984: 83-84/72-73).

Tenemos que retomar, para concluir esta versión luhmanniana de los planteamientos sistémicos, un cabo que dejamos suelto anteriormente y que quizás constituya la principal aportación a la construcción de un método sociocibernético. Nos estamos refiriendo al concepto de *autorreferencia* y de *sistemas autorreferentes*.

Luhmann recoge de la biología y las ciencias cognitivas el concepto de *autoorganización*<sup>14</sup>, que se refería primariamente a las estructuras del sistema, y el de *autopoiesis* que es una forma particular de autorreproducción, por la que se mantiene la unidad y la totalidad del organismo, aun cuando los elementos que lo componen se transformen continuamente y lleguen a desaparecer<sup>15</sup>. La *autorreferencia* es el proceso por el que los sistemas se diferencian internamente, los sistemas sólo pueden referirse a sí mismos en la constitución de sus elementos y operaciones elementales. La clásica distinción de sistemas "abiertos" y "cerrados" es sustituida por la cuestión de cómo la clausura autorreferencial puede producir apertura (Luhmann, 1984: 25/32). El concepto de autorreferencia designa la unidad constitutiva del sistema consigo mismo: unidad de elementos, de procesos, de sistema.

Las operaciones autopoieticas fundamentales se corresponden con los tres sistemas principales, los sistemas vivos, los sistemas psíquicos y los sistemas sociales, y serían la *vida*, la *conciencia* y la *comunicación*. En el caso de los sistemas sociales, que es el que nos interesa, no existe ninguna comunicación fuera de la comunicación de la sociedad, afirma Luhmann. "Este sistema es el único que utiliza este tipo de operación, y en este medida es real y necesariamente cerrado, lo cual, por otro lado, no es válido para los otros sistemas sociales. Estos tienen que definir su manera específica de operación y determinar su identidad a través de la reflexión, para poder regular cuáles son las unidades internas de sentido que posibilitan la autorreproducción del sistema, por lo tanto, cuáles son las unidades de sentido que hay que reproducir siempre de nuevo" (Luhmann, 1984: 64/56).

Este tipo de constitución autorreferente de los sistemas sociales nos conduce al campo de las circularidades, de las paradojas y de las tautologías, con las correspondientes necesidades de desaparadojización y destautologización. Y para ello nos ofrece Luhmann el concepto de *asimetrización*. La clausura del sistema no nos permite acudir al entorno para acceder al estado de apertura necesario para captar la comunicación. Sin embargo, para posibilitar sus operaciones, el sistema selecciona puntos de referencia que, en estas operaciones, dejan de ser cuestionados y se aceptan como preestablecidos. Se opera así una función del sistema que nos permite pasar a otro campo metodológico central en la teoría funcional de los sistemas autorreferentes: el campo de la observación.

#### 21.1.4. Observación, referencia, construcción

Se pregunta Luhmann acerca de la garantía de que un conocimiento, y en particular un conocimiento científico, pueda mantener contacto con la realidad. La observación co-

mo procedimiento trata de producir conocimiento, por tanto de establecer una conexión válida con aquello a lo que llamamos realidad<sup>16</sup>. Pues bien, Luhmann responde: esa garantía no se deposita en los sistemas psíquicos (léase, "personas"), sino en los sistemas sociales; y añade en nota: "Este planteamiento nos separa de las teorías transcendentales, cuya técnica consistía en descubrir en la conciencia de los sistemas psíquicos *la certeza de un conocimiento* transcendentemente válido, ya fuera bajo la forma de reglas, ya bajo la forma de certezas objetivas inmediatamente *fenomenológicas* (Luhmann, 1984: 655/479).

Las discusiones filosóficas en torno a este punto no son ociosas y la prueba de ello la podemos encontrar a lo largo de dos siglos de historia de la sociología atravesados por este problema de fondo, formulado desde perspectivas distintas y en ámbitos muy diferentes. Mientras que las corrientes hegelianas de izquierdas han instaurado la distinción entre "idealismo" y "materialismo", las corrientes más analíticas y empiristas han propugnado un modelo único de conocimiento científico, el del "positivismo", arrojando al infierno de la "ideología" a todos aquellos que no compartían su fe. Se renueva hoy la polémica que tiene como objetivo central al "constructivismo"<sup>17</sup>, hacia el que van confluyendo las teorías y los métodos que critican o rechazan los planteamientos positivistas.

La posición de Luhmann asume la observación, bajo determinadas circunstancias, como el procedimiento más fiable de acceso a la "realidad" (véase capítulo *Teoría de la observación* para un contraste entre las observaciones endógena y exógena). Pero la observación nunca puede ser *exterior al sistema*. La modernidad (o la Ilustración) supone la no operatividad de un observador divino (independientemente de la cuestión de su existencia) como garantía epistemológica de la posibilidad del conocimiento intramundano<sup>18</sup>.

Partamos de la definición más sintética de observación:

Observar es, como repetimos siempre, generar una diferencia con la ayuda de una distinción, que no deja fuera con ello nada distinguible. En el medio verdad el sistema comunicativo sociedad constituye el mundo como una totalidad, que incluye todo lo que es observable y hasta el observador mismo. Con ese objetivo se establece en el mundo un sistema observador que se observa a sí mismo, que tiene disponibilidad sobre el valor reflexivo de la falsedad (y tiene disponibilidad también sobre lo observable, lo empírico y lo fáctico, evidentemente) y de ese modo puede marcar algo cuyo correlato no puede ser atribuido al mundo. El refinamiento de esta distinción verdadero/falso consiste precisamente en que es utilizable operativamente, por tanto que funciona empíricamente (lingüísticamente) en el mundo, pero que al mismo tiempo, en cuanto distinción, no se proyecta sobre el mundo. La distinción no presupone ningún mundo correlativo para la falsedad. El mundo excluye e incluye la falsedad, y esto es también válido en el uso de los códigos sobre sí mismos, en la investigación de la verdad y también en la observación de la propia paradoja.

Pues el observar no es otra cosa que un señalar diferenciante<sup>19</sup>.

Los componentes fundamentales de la operación son tres: distinción de la diferencia, construcción de la marca (de un lado de la diferencia) como posición, y establecimiento de la unidad inseparable de marca y diferencia<sup>20</sup>.

En uno de sus últimos trabajos sobre la cuestión de la posibilidad de observación de las estructuras latentes<sup>21</sup> cita Luhmann una frase de Von Foerster que desde su oscuridad paradójica nos puede iluminar las explicaciones que tratamos de dar. La frase es la siguiente: no se puede ver, que no se ve lo que no se ve<sup>22</sup>

No se puede entender esta afirmación si partimos de una supuesta unidad de un sujeto cognoscente que se sitúa frente a un objeto, pues el sujeto o ve o no ve, puede ver o no puede ver. Lo mismo sucedería si colocamos a una serie de sujetos que contemplan el mismo mundo (nivel de la "intersubjetividad").

Pero podríamos comenzar a entenderla si hacemos caso del *slogan* "Draw a distinction" de Heinz von Foerster. Observar se convierte entonces en la *elaboración de una distinción*, una operación con una estructura bastante compleja. Una distinción tiene siempre *dos partes*, consiste propiamente en una *frontera* que hace posible diferenciar ambas partes y pasar de una a otra. El sentido que tiene la separación de ambas partes y su *marcaje* por la forma de la distinción, es obligar al observador a salir de una parte de lo distinguido (y no de la otra). Se tiene que *indicar* lo que será observado; hay que "dar una referencia". Con ello damos también una indicación que se mantiene oculta, que hay otra parte de la cual, al menos provisionalmente, no hablamos.

La observación sería una operación que utiliza una distinción para marcar una parte y no la otra. Una operación, por tanto, con dos componentes: la distinción y la indicación de la marca, que no pueden ser fusionadas ni separadas. Ello nos lleva a preguntarnos por la distinción misma que no pertenece ni a uno ni al otro lado y queda, con ello fuera de la posibilidad de observación, inobservable, pues no puede ser marcada ni en uno ni en otro lado. Por eso la distinción es el "punto ciego", que en cada observación se presupone como la condición de su posibilidad: el observador es lo no-observable<sup>23</sup>.

De ahí la necesidad de una "observación de segundo orden" para poder establecer un procedimiento científico de construcción de la realidad social. Se produce una observación de segundo orden cuando se observa a un observador en cuanto observador. "En cuanto observador" significa: con respecto al modo y manera como observa, es decir, en relación a la distinción que utiliza para marcar un lado y no otro.

Pero podemos apreciar algunas dificultades en estos planteamientos. Por ejemplo, la de que la operación básica de la observación garantiza a sí misma su propia realidad; no adquiere su realidad de aquello que observa, ni tampoco, en la observación de segundo orden, del observador al que observa. No depende del consenso, sino que tiene el mismo valor de realidad cuando provoca el disenso. Le basta el ser realizada fácticamente<sup>24</sup>. Tiene que tener éxito como operación, pero ¿cómo es esto posible?

Una secuencia organizada, anticipatoria y recurrente, de operaciones tiene que observarse como sistema, distinguirse por tanto de un entorno operativo inaccesible. Tiene que poder observarse la secuencia de operaciones como señalamiento de fronteras, como localización de los pertenecientes y como destierro de los extraños. Se tiene que poder observarse a sí mismo como sistema operativo (lo que no tiene que significar, sistema observador). Se tiene que poder distinguir entre la autorreferencia y la referencia exterior. El valer de sus valores, eso es el sistema. El sistema como frontera, como forma con dos lados, como distinción entre sistema y entorno. Con ello se clarifica lo que viene a significar observar a un observador, es decir: observar un sistema que realiza por su parte operaciones de observación (Luhmann, 1991a: 238-242).

Con ello Luhmann se integra en un programa "constructivista", aunque se integración mantenga su propio "toque" de ironía reflejada en el título de uno de sus últimos artículos: "El programa cognitivo del constructivismo y la persistentemente desconocida realidad" (Luhmann, 1990b). Por otro lado, propugna para el llamado "constructivismo radical" la formulación de "constructivismo operativo. Y lo justifica del siguiente modo: "Pues la diferencia con el idealismo subjetivo consiste apenas en el grado de radicalidad, cuanto más en

que la referencia al sujeto es sustituida por la referencia a un sistema autorreferencial, empíricamente observable y operativamente clausurado" (Luhmann, 1991b: 73).

Para Luhmann una sociedad que diferencia sus principales componentes en correspondencia con funciones específicas es una sociedad que necesita de acrecentar los rendimientos del conocimiento pues está sometida a un alto grado de improbabilidad (o de inverosimilitud). El estado actual de las ciencias cognitivas no permite dar un fundamento sólido a las certezas, y concluye:

No sería quizás la última ni la menos importante función de la teoría del conocimiento constructivista el hacer caer en la cuenta a la sociedad de modo irritante de qué es lo que consigue cuando produce ciencia (Luhmann: 1990b, 58).

### 21.1.5. Códigos, criterios y programas

En respuesta a las críticas expresadas por Habermas en *El discurso filosófico de la modernidad* (Habermas, 1985: 434/453), plantea Luhmann como contrarréplica la trivialización del discurso habermasiano ("una especie de cibernética de tercer orden"), porque "la descripción de la descripción de descripciones (alude a las reflexiones de Habermas sobre lo que Hegel dice de Kant, o lo que Heidegger dice de Nietzsche, etc.) alcanza una considerable exactitud a través de esa simplificación, pero también al mismo tiempo genera una distancia apenas insalvable de las operaciones sociales reales, que son glorificadas, a través de una luz indirecta, como mundo de la vida" (Luhmann, 1986: 60 nota). Porque Luhmann es muy consciente de los condicionantes estructurales de toda operación y de toda observación. Por ello se hace relevante la observación de segundo orden, ya que en ella se hace posible el analizar y comparar dichos condicionantes y limitaciones.

De ellos, los más importantes para romper la barrera de la clausura sistémica y entrar en los procesos de comunicación social son la *codificación* y la *programación*, a los que vamos a dedicar brevemente nuestra atención.

Desde la posición de la cibernética de segundo orden toda condificación binaria tiene la función de liberar al sistema, que opera bajo ese código, de tautologías y paradojas. "La *unidad* que sería insoportable bajo la forma de una tautología (por ejemplo: la justicia es justa<sup>25</sup>) o en forma de una paradoja (no se tiene derecho a mantener su derecho<sup>26</sup>), se sustituye por una *diferencia* (en el ejemplo: la diferencia de justicia e injusticia<sup>27</sup>). Entonces puede el sistema orientar sus operaciones hacia esa diferencia, puede oscilar dentro de esa diferencia, puede desarrollar programas que regulen la subordinación de las operaciones a la posición y contraposición del código, *sin plantear el problema de la unidad del código*" (Luhmann, 1986: 76-77).

Algunas de las principales características de los códigos binarios serían las siguientes:

1. Son construcciones totalizadoras, construcciones de mundo con exigencias de universalidad y sin limitación ontológica. Todo lo que está ausente de su ámbito de relevancia se subordinará a uno u otro valor por la exclusión de una tercera posibilidad.
2. La totalización como relación a todo lo que en el código puede ser tratado como información implica una *contingencia sin excepciones de todos los fenómenos*.



3. Los códigos son *abstracciones hipotéticas*<sup>88</sup>, pues sólo son válidos para un determinado uso en el ámbito de la comunicación no escogido por ellos.
4. Los códigos desparadojizan.
5. El codificar utiliza y perfecciona una antigua intuición: *Contrariorum est eadem disciplina*. La diferencia integra.
6. La codificación binaria tiene que renunciar a que el valor que orienta el código (verdad, justicia, propiedad, etc.) sirva al mismo tiempo como *criterio de selección*.
7. La diferencia entre código y criterio para la corrección de las operaciones (o entre codificación y programación) posibilita una combinación de *clausura y apertura en el mismo sistema* (Luhmann, 1986: 78-83).

En el análisis de las estructuras de un sistema hay que distinguir entre dos niveles: el nivel de la codificación y el nivel en el que se fijan (y en su caso cambian) las condiciones de realización correcta de operaciones. Los valores del código no son criterio, la verdad misma por ejemplo no es criterio de verdad. Los criterios aluden (según una antigua tradición de conceptos como *Canon*, *Criterion*, *Regula*) a una codificación binaria pero no son uno de los polos de ese código. Por eso se establece la distinción entre codificación y programación. En el nivel de la codificación el sistema se va diferenciando funcionalmente, se establece como sistema cerrado a través del *tercio exclusivo*. En el nivel del programa se establecen las condiciones para la correcta selección de las operaciones, se posibilita la concretización (u "operacionalización") de las exigencias planteadas al sistema, se hace también posible el cambio de las estructuras del sistema sin la pérdida de su identidad, y se puede organizar un cierto ámbito de capacitación y aprendizaje. Por todo ello se establece la posibilidad real de funcionamiento alternativo del sistema como abierto y cerrado.

Concluimos así esta presentación de la metodología luhmaniana, presentación que hemos pretendido hacer respetando al máximo la terminología y el estilo de su autor, y que supone un esfuerzo de enorme síntesis y simplificación de un pensamiento y un estilo transido por la complejidad.

## 21.2. Un modelo de análisis de los imaginarios sociales: algunas especificaciones metodológicas

Los procedimientos de observación de los fenómenos sociales tienen unas peculiaridades que los diferencian de la mera reproducción de representaciones percibidas. La validez de los resultados obtenidos mediante la observación va a depender necesariamente del control sobre los procedimientos, por ello, en nuestras investigaciones sociológicas hemos introducido un esquematismo de referencias que ha resultado bastante fecundo en sus aplicaciones a los casos concretos.

Si hemos llegado a la conclusión de que la investigación en sociología se orienta hacia las *posibilidades* (y deja al margen las causalidades), tenemos que tratar de reducir la complejidad de las diferentes posibilidades estableciendo una distinción de base entre ubicación espacio-temporal de los sistemas a investigar por un lado, y ordenación de la significación de los distintos elementos significantes, por el otro. Para ello vamos a presentar aquí, muy sumariamente, ambos marcos de referencia.

### 21.2.1. El marco de referencias espaciotemporales

Los sistemas de pensamiento posteriores a Kant han asumido que el esquematismo espacio-temporal es una condición de posibilidad básica para poder establecer un discurso sobre cualquier tipo de experiencias y elaboraciones conceptuales con pretensión de comunicabilidad. Las ciencias sociales han solido cuidar estrictamente la ubicación histórica, geográfica y cultural de sus programas de investigación. Pero lo que posteriormente sucedía en las investigaciones concretas manifestaba una enorme dispersión de concepciones básicas acerca de estas referencias.

No vamos a entrar aquí en la discusión de los diferentes modelos ya que en este campo la ideología positivista mantiene aún unos reductos inexpugnables cuyo "numantínismo" cuantitativista se desvela cada vez más frecuentemente como legitimación vergonzante de situaciones de dominación y de privilegio. Nos limitaremos a presentar nuestra propia alternativa, y explicar sucintamente los elementos que la integran.

#### a) Duración

El eje de las abscisas dentro de las coordenadas cartesianas ha solido representar el paso del tiempo bajo forma lineal. Entendemos, desde un universo simbólico simple, que el trazo de una línea horizontal de izquierda a derecha en un plano vendría a significar la trayectoria del pasado (situado a la izquierda, en el origen de la línea al ser nuestra escritura de izquierda a derecha), mientras que el punto final (situado a la derecha) indicaría el futuro. Dentro de esa misma simplificación elemental, el punto central de la línea implicaría una referencia al presente, al momento actual.

La representación que nosotros proponemos se aparta de este esquema, no tanto en el marco espacial de representación (trayectoria izquierda-derecha), cuanto en la concepción de la temporalidad. No concebimos que los fenómenos sociales se ubiquen en *momentos temporales discontinuos*, que se determinen como objetos cuya existencia como "cosa" aparece o desaparece puntualmente, sino que lo que convierte determinados fenómenos de la experiencia en *sociales* es precisamente su permanencia, su *duración*.

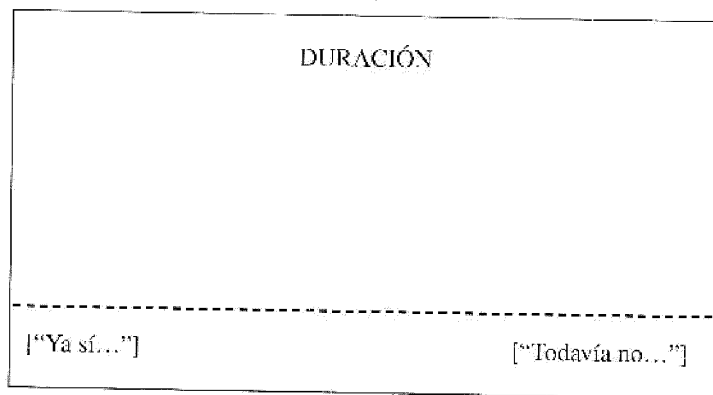


Figura 21.1. Duración de los fenómenos sociales

Pero esta duración en el tiempo experimentable por los sujetos, si bien es un modo de *continuidad en la existencia*, tiene también sus límites. Dicho de otra manera: la duración implica una tensión entre dos situaciones de duración y de no-duración; aquella en la que algo "Todavía no..." ha entrado en el campo de la experiencia, en el ámbito de la existencia más allá del pensamiento o el deseo de un sujeto, y aquella otra en la que "Ya sí..." aparece en la existencia. Quedan así fundidos en uno el pasado y el futuro; la precaria existencia de lo que dura nos indica la debilidad ontológica de toda realidad presente<sup>29</sup> (véase la Figura 21.1).

### b) Institucionalización

El eje de coordenadas se va a completar con la referencia a la ubicación espacial de los fenómenos sociales. Pero una consideración social del espacio encierra también ciertas complejidades. Pensamos que en este contexto no era lo primario una consideración del espacio como lugar de representación de lo *simbólico*, aunque nuestro lenguaje común esté trufado de este tipo de sistemas de referencia (norte/sur, izquierda/derecha, etc.). Tampoco nos parece una generalización suficiente la que se produce al *delimitar* el espacio (establecer fronteras, centros/periferias, etc.), o al considerar su uso o función social<sup>30</sup>.

Sin embargo sí creemos relevante la función de *institucionalización* que se opera a través de una ubicación espacial. Esta institucionalización puede expresarse en valores continuos que se refieren a un arco de tensión entre el comienzo de la función institucionalizadora ("Ya sí..."), que lo diferencia de fenómenos aún no institucionalizados, y el final o la desaparición del modo institucionalizado de existencia social que linda con las nuevas posibilidades de institucionalización ("Todavía no..."). Podemos entonces completar nuestro eje de coordenadas (Figura 21.2):

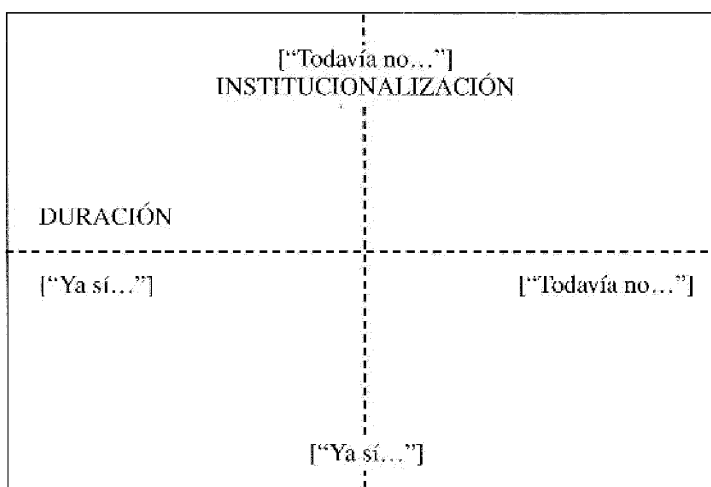


Figura 21.2. Ubicaciones temporal y espacial (institucionalización) de los fenómenos sociales

La ubicación espacio-temporal de los fenómenos sociales observados es una condición para no recaer en la metafísica, como está empezando a suceder en ciencias de amplia tradición, pero todavía no nos proporciona una guía para operar metódicamente y establecer las necesarias distinciones y los correspondientes campos de significado.

### 21.2.2. La construcción bifocal de la realidad social

Las metáforas geométricas han tenido una amplia difusión en filosofía y en ciencias, sobre todo a la hora de la construcción de modelos y tipificaciones. Mientras que determinados planteamientos proponían el círculo, la espiral y demás figuras equilibradas y equidistantes generadas desde un centro, otros preferían una figuración de estratos o de estructuras con bases y superestructuras. Siendo plenamente consciente de los peligros que se corren de simplificación de los complejos problemas de la necesaria abstracción teórica, creemos a pesar de ello que todavía se pueden proponer determinado tipo de representaciones geométricas que busquen situar en otro nivel de comprensión lo que los conceptos sitúan en el puramente racional. Estas representaciones no eximen del "sufrimiento del concepto" pero pueden proporcionar una puerta de acceso al nivel conceptual que de otro modo permanecería clausurada.

Una metódica que establece que *la realidad se construye a través de la diferencia* nos está proponiendo un tipo de curva que todos reconocemos y que se denomina clipse. No podemos entrar aquí en consideraciones matemáticas sobre las propiedades de esta curva<sup>1</sup>, sino señalar que la base de su capacidad de representación es siempre dual (ejes, focos, plano y cono, etc.), y que a partir de esa diferencia se establece una regularidad matemática, una simetría, una constancia.

Nuestra propuesta metódica consiste en comenzar definiendo, en cada problema propuesto a la investigación, cual sea la diferencia sobre la que se construye como realidad

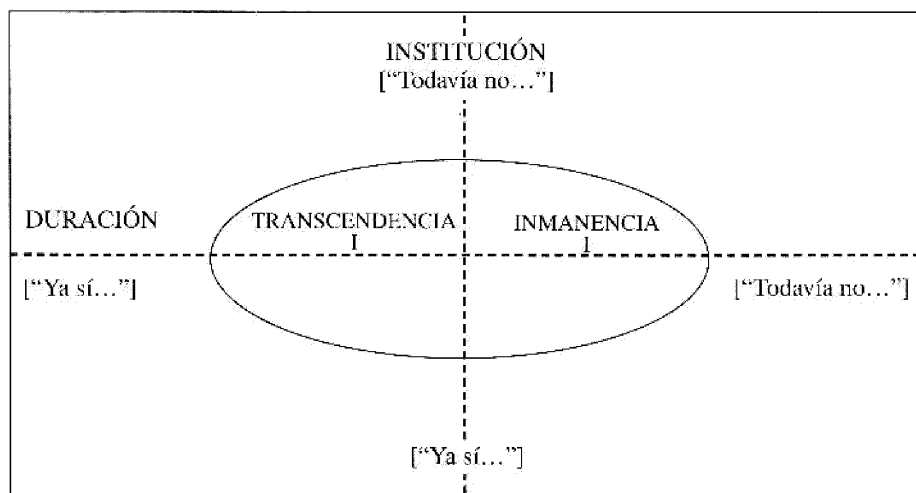


Figura 21.3. Construcción bifocal de la realidad social. El cuadro de análisis se va completando. Se utiliza el ejemplo de la religión

social correspondiente, que vendría a ocupar el lugar de los focos de la elipse y generaría las diferencias semánticas con respecto al eje menor (vertical). Construyamos esta figura sobre el eje de coordenadas que habíamos elaborado, tomando como ejemplo concreto el caso de la religión (véase Figura 21.3).

Tendríamos así que los dos campos situados a la derecha del eje menor de la elipse vendrían a construir se realidad bajo el signo de la *inmanencia*, mientras que los situados a la izquierda de dicho eje lo harían bajo el de la *transcendencia*. De modo semejante, se pueden diferenciar aún los campos situados por encima del eje mayor (o diámetro) de la elipse según el nivel de *visibilidad social* (que coincide en nuestro esquema con el de una mayor institucionalización, mientras que los campos situados por debajo de ese eje tenderían a ocultarse a la observación y situarse en una *invisibilidad social*).

### 21.2.3. El análisis de los imaginarios sociales

Esto daría pie a la diferenciación de cuatro campos de significado desde los cuales se construye de modo complejo la realidad del fenómeno social observado. Demos un paso más en la configuración de nuestro ejemplo en la figura siguiente (21.4):

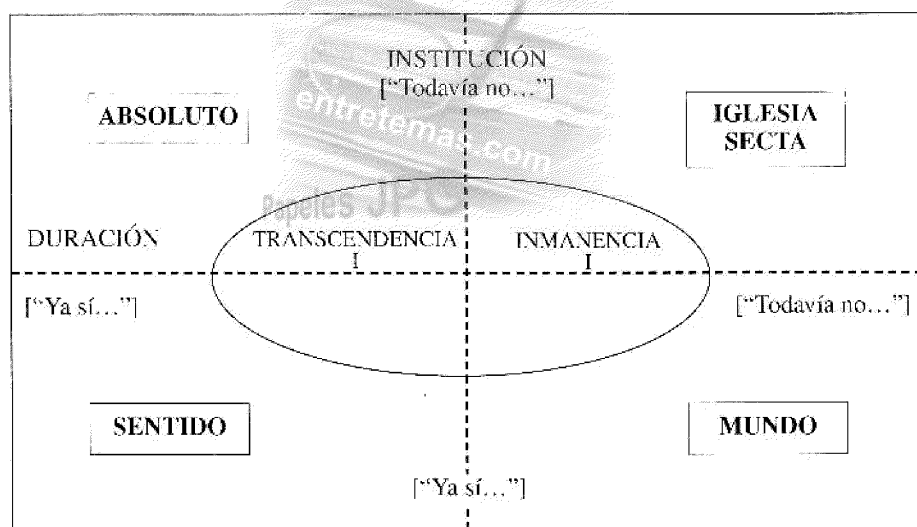


Figura 21.4. Cuatro campos de significado

En este momento del procedimiento disponemos ya de un conjunto de instrumentos con los que podemos realizar toda una serie de operaciones analíticas. No se tratará en ningún caso de establecer parámetros de medida, aunque la introducción de la figura del eje de coordenadas pudiera dar pie a pensarlo; el punto de intersección de ambos ejes no es un punto de valor nulo ( $= 0$ ), sino la concentración máxima de la complejidad que vamos a desplegar analíticamente.

Para este despliegue utilizaremos siempre el instrumento de la distinción binaria, que inicialmente hay que establecer con toda rigurosidad por medio de la discusión y crítica de las diferentes posibilidades que aparecen como totalizaciones del fenómeno a investigar<sup>32</sup>. Desde esa diferencia primera (en el caso de nuestro ejemplo serían los conceptos de *inmanencia* y de *transcendencia*) se generan ya dos regiones de significado sobre las que aplicamos a su vez una nueva diferenciación propia de los procesos de construcción, la de los elementos socialmente *visibles* que están vinculados estructuralmente a otros que no aparecen en una observación primera o de superficie y que permanecerían socialmente *invisibles* si no tuviéramos un procedimiento analítico para sacarlos a la luz. Este instrumento coincide con la ubicación espacial diferenciada del fenómeno social en proceso de investigación, a lo que venimos denominando *institucionalización*.

Con ello disponemos de una nueva perspectiva de análisis que diferencia en los dos campos establecidos otros dos nuevos campos, según la fortaleza o debilidad de la ubicación institucional. Obtenemos, por tanto cuatro ámbitos diferenciados en los que podemos trabajar sobre los disímiles significados sobre los que está construida la realidad social que venimos investigando. Cada uno de ellos reproduce parcialmente el esquema general sin proporcionar unidades de medida ni valoraciones cuantitativas. En el caso que venimos tomando como ejemplo (Figura 21.4), hemos definido una referencia básica en cada uno de los cuatro campos; según el eje vertical, los términos de *iglesia-secta* y de *mundo* vendrían referidos por una analítica de la inmanencia, mientras que los términos de *absoluto* y de *sentido* referirían una analítica de la trascendencia. Con respecto al eje horizontal de la ubicación institucional, los campos más establecidos serían los referidos al *absoluto* y al de *iglesia-secta*, mientras que los de ubicación más débil serían los de *sentido* y *mundo*.

Cada uno de estos cuatro campos podría llegar a clarificarse algo más si situamos a cada uno de los sistemas en relación a un entorno u horizonte de comprensión del significado. Si realizamos esta operación en el caso de la religión, tendríamos un resultado final semejante a la siguiente Figura (21.5).

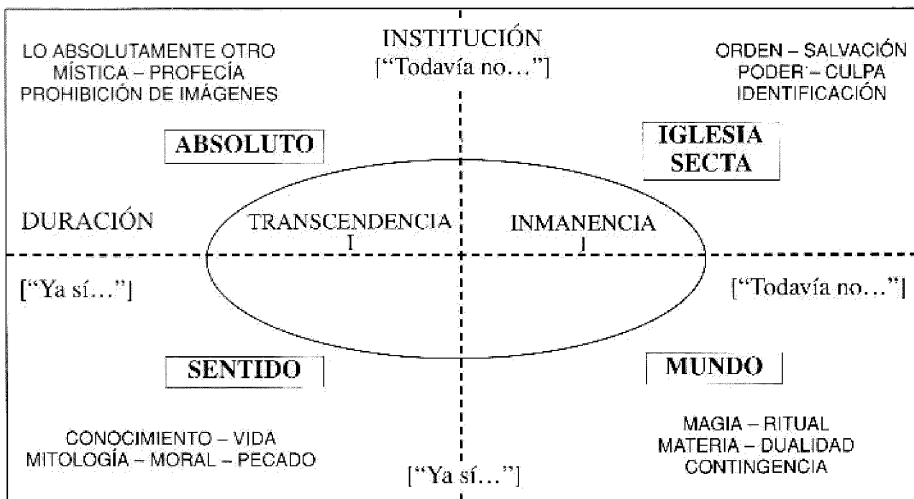


Figura 21.5. Configuración final del análisis de imaginarios sociales en el ejemplo de la religión. (Elaboración del autor)

La denominación bajo la que hemos presentado esta figura no es arbitraria. Cuando llegamos a concluir con éxito el camino de nuestra investigación, el producto resultante no es un "mapa" en el que se puedan especificar medidas cuantificadas de variables previamente definidas, sino que vendría a proporcionar un punto de partida desde el que formular hipótesis explicativas de los fenómenos investigados. Lo que a través de nuestro procedimiento llegamos a establecer es un mapa del *imaginario social*<sup>1</sup>, una perspectiva de conjunto, construida analíticamente, pero que permanecería totalmente muda e intransparente si no se recorre paso a paso por sus distinciones. Hay que establecerlas después de discutir las diferentes posibilidades de distinción. Hay que marcar una de las perspectivas, uno de los lados, para poder observar lo que en él sucede sin la pretensión de establecer un "punto alto" (siempre *exterior* al plano de la construcción de la realidad) desde el que *se dominan* los dos campos, porque recordemos el postulado esencial del análisis sociocibernético: que "*no vemos aquello que no vemos*" desde el momento que marcamos un lugar, y que sólo podemos realizar una observación desde *una* perspectiva.

Tenemos así, fundamentado en la distinción inicial de *inmanencia/transcendencia*, un procedimiento analítico para desentrañar las complejidades de los fenómenos sociales construidos como realidad social. Nuestra propuesta metódica no trata de excluir a otras sino de ofrecer una base suficientemente sólida de aplicación de otros métodos y técnicas para tratar de conocer el mundo en el que nos movemos y cuáles son los dispositivos más eficaces para construirlo como realidad.

---

#### NOTAS AL CAPÍTULO 21

---

<sup>1</sup> Niklas Luhmann nació en Lüneburg (Nieder Sachsen) en 1927. Estudia en Freiburg Derecho (1946-1953) y entra al servicio de la administración pública como funcionario del Ministerio de Educación (1956-1962). Coincide en Harvard en 1961 (obtuvo una beca para estudiar allí) con Habermas y Münch en el Seminario de Talcott Parsons. En 1965 es llamado por Helmut Schelsky para trabajar en la universidad, primero en Dortmund y en Münster, para entrar, en 1968, en la nueva universidad de Bielefeld donde ha desempeñado desde entonces su actividad docente.

<sup>2</sup> Puede comprobarse en Izuzquiza (1990), que aporta una bibliografía bastante completa (hasta 1988) de las publicaciones (o inéditos) de Luhmann, que las traducciones a otros idiomas (italiano, portugués, castellano, japonés e inglés) sólo empiezan a hacerse frecuentes bien entrados los años ochenta.

<sup>3</sup> Y por mediación de un español (!); puede consultarse Izuzquiza, I. (1990): "Niklas Luhmann ou la société sans hommes". *Cahiers Internationaux de Sociologie*, Num. 89, pp. 377-387. Véase también Gras, A. (1990): "Quelques mots clés de la sociologie de Niklas Luhmann". *Cahiers Internationaux de Sociologie*, Num. 89, pp. 389-398. Puede también verse una referencia a Luhmann en Bourdieu, P. (1992): *Réponses*. París. Scuil. pp. 78-79, en donde diferencia su "teoría del campo" de una tópica "teoría de sistemas" atribuida a Luhmann (en 1992!).

<sup>4</sup> Esta ignorancia abarca desde los manuales de teoría sociológica más actuales y extendidos, G. Ritzer (1993): *Teoría sociológica contemporánea*, hasta las obras de "Gran Teoría" como J. S. Coleman (1990): *Foundations of Social Theory*, o W. G. Runciman (1983 y 1989): *A Treatise on Social Theory*, pasando por autores habitualmente abiertos al ámbito cultural alemán como R. J. Bernstein (1991): *The New Constellation*, o A. Giddens & J. Turner (1990): *La teoría social hoy*. En éste último aparece citado Luhmann en dos contextos; uno, como "seguidor" de Parsons y del estructural-funcionalismo, otro, en la polémica con Habermas publicada en 1971.

<sup>3</sup> Probablemente sean el italiano, el castellano, el japonés y el portugués los idiomas en los que se puedan encontrar más páginas traducidas de nuestro autor.

<sup>6</sup> Además de las traducciones a las que aludimos en la nota anterior, citaremos dos obras recientes: I. Izuzquiza, (1990) y S. Belardinelli (1993).

<sup>7</sup> Pueden verse las referencias de J. Habermas a N. Luhmann a lo largo de sus principales obras *Teoría de la acción comunicativa* (1981), *El discurso filosófico de la modernidad* (1985), y la más reciente *Faktizität und Geltung* (1992).

<sup>8</sup> Pueden apreciarse los fenómenos señalados en autores tales como Seidman y Wagner (1992), Lash y Friedman (1992), Mouzelis (1990), Alexander (1987), Berthelot (1990), Beck y Bonss (1989), Gumbrecht y Pfeiffer (1991), Schmidt (1987 y 1992), Cohen (1986), Elster (1990, 1991), Ibáñez (1990a), Watzlawick (1989), Watzlawick y Krieg (1991), Von Foerster (1991, 1992 y 1993) Prigogine (1993).

<sup>9</sup> Utilizo este concepto de "emergencia" en el sentido expuesto por Varela (1990).

<sup>10</sup> La primera referencia de página es al original alemán; cuando existe traducción castellana, la referencia a la página es la posterior a la barra.

<sup>11</sup> El equilibrio, basado exclusivamente en determinadas propiedades (homeostasis) del organismo, no es trasladable para Luhmann a los sistemas sociales: "El traslado de la idea de equilibrio a los sistemas sociales no pasa de vagas analogías y metáforas" (Luhmann, 1962: 12/16).

<sup>12</sup> Desde una perspectiva muy alejada de la de Luhmann (pero con algunas sorprendentes coincidencias, que no es el lugar de señalar) cual es la zubiriana, se nos propone una definición del concepto de *posibilidad* que queremos recuperar: "Posibilidades no es aquí aquello que no es imposible, ni siquiera aquello que es positivamente posible, sino *aquello que posibilita*. Y *posibilitar* consiste formalmente en dar un poder sin dar una necesidad fija y unidireccional de realización de ese poder. Aquí, el poder es optar. Las posibilidades no dan el poder para optar, pero sí dan el poder optar, el poder para optar es algo que el individuo humano trae consigo, pero para poder optar con ese poder de opción se requieren estrictas posibilidades posibilitantes" (Ignacio Ellacuría (1990): *Filosofía de la realidad histórica*. San Salvador, UCA Editores. p. 521).

<sup>13</sup> En una formulación anterior del mismo proceso, alude Luhmann a las siguientes fases: 1. El todo y las partes como algo interior al sistema sin relación al entorno; 2. Teorías del equilibrio que consideran el entorno como fuente de distorsiones; 3. Teoría de los sistemas abiertos que sólo se pueden mantener con intercambios con el entorno; y 4. Teorías de sistemas cibernéticos: las relaciones sistema/entorno se conciben como diferencia de complejidad (Cfr. Luhmann, 1971a: 10-11).

<sup>14</sup> En Luhmann (1984) cita en varias ocasiones a Maturana, Varela y Von Foerster. Estas referencias son crecientes en obras posteriores (especialmente en el artículo "Autopoiesis como concepto sociológico" en Luhmann (1987) en el capítulo dedicado a la "Ciencia como sistema" en Luhmann (1990a) y en los artículos del libro *Observaciones de la modernidad*, (1992).

<sup>15</sup> Cfr. H. Maturana (1980), citado por Luhmann, (1984: 57/54).

<sup>16</sup> Habría que establecer la conexión entre la perspectiva ontológica luhmanniana y la obra madura de Xabier Zubiri. Nos referimos a la llamada trilogía de la inteligencia (*Inteligencia sentiente*, 1980, *Inteligencia y logos*, 1982, *Inteligencia y razón*, 1984), y en particular a un texto como el siguiente: "Realidad es, ante todo, según venimos diciendo una y otra vez, una formalidad de alteridad de lo aprehendido *sentientemente*. Y este momento consiste en que lo aprehendido queda en la aprehensión como algo en propio, algo de suyo. *Reidad o realidad es formalidad del de suyo*. X. Zubiri (1984): *Inteligencia sentiente. Inteligencia y realidad*. Madrid. Alianza. p. 191.

<sup>17</sup> Ver obras de Gumbrecht & Pfeiffer (1991), Beck & Bonss (1989), Schmidt (1987 y 1992), Watzlawick & Krieg (1991) y von Foerster (1991, 1992 y 1993) citadas en la nota 8.

<sup>18</sup> Recordemos que en las grandes disputas teológicas salmanticenses acerca de la predestinación y el conocimiento de los futuribles, el papel de Dios como "observador" de la historia humana y sus sucesos era una de las premisas básicas del sistema explicativo de la libertad humana. No muy lejos de esos imaginarios estaban los analíticos que propugnaban, contrafácticamente, la posición de un "observador imparcial" (!).



<sup>19</sup> Luhmann (1990a: 268).

<sup>20</sup> Spencer-Brown, citado por Luhmann (1991a: 239).

<sup>21</sup> Luhmann (1991b: 61-74). En esa obra se dan cita pensadores tan significativos como E. Morin, J. P. Dupuy, H. Maturana, F. Varela además por supuesto del compilador P. Watzlawick.

<sup>22</sup> Ver Luhmann (1991b: 61). Una versión adaptada a las circunstancias de esta frase ("Yo veo lo que tú no ves") la utiliza como título de un artículo en el que aborda la actualidad de la Escuela de Frankfurt (Luhmann, 1990c)

<sup>23</sup> En el artículo citado en la nota anterior, esboza Luhmann unos rasgos históricos del comienzo y las transformaciones de la autodescripción de la sociedad desde las novelas del siglo XVIII (en las que se permite al lector observar cosas que el héroe desconoce) hasta los planteamientos psicoanalíticos, pasando por el mismo Marx ("Con Marx esa técnica de observación —la de las novelas del XVIII— se traslada al análisis de las ciencias sociales". Luhmann, 1990c: 230). Considérese, al menos intuitivamente, si no sería posible una lectura de *Das Kapital*, con sus distinciones e indicaciones (Capital/trabajo, fuerzas productivas/relaciones de producción, valor de uso/valor de cambio, etc.) desde la perspectiva sociocibernética.

<sup>24</sup> Luhmann justifica este "giro constructivista" fundándolo en los escritos que hemos ya citado: Luhmann (1990a y 1990b). A partir de este "giro", Luhmann se va a ocupar más en desarrollar su metodología aplicándola a diversos campos: riesgo, familia, religión, etc.

<sup>25</sup> Traducimos así: "Recht is Recht", que literalmente sería: "El derecho es derecho".

<sup>26</sup> Traducción de "Man hat nicht das Recht, sein Recht zu behaupten".

<sup>27</sup> Traducción de "Recht und Unrecht".

<sup>28</sup> Traducción de "Sofem-Abstraktionen".

<sup>29</sup> Ténganse presentes, para ampliar más estas breves indicaciones las obras de Henri Bergson. Puede consultarse una sintética y penetrante visión de sus ideas en Gilles Deleuze (1987): *El bergsonismo*. Madrid. Cátedra.

<sup>30</sup> En otros lugares nos hemos ocupado de investigar algunas de estas complejidades: J. L. Pintos: "Aproximación al estudio de los usos políticos del espacio", en A. G. H.: *Concepciones espaciales e estrategias territoriales na historia de Galicia*. Santiago. Tórculo. pp. 223-239. Y anteriormente: J. L. Pintos (1990): *Las fronteras de los saberes*. Madrid. Akal. Capítulo 13: "La ambigüedad constitutiva del espacio urbano".

<sup>31</sup> Daremos únicamente la definición que nos proporciona el Diccionario de la Academia: "Curva cerrada, simétrica respecto de dos ejes perpendiculares entre sí, con dos focos, y que resulta de cortar un cono circular por un plano que encuentra a todas las generatrices del mismo lado del vértice". Bernhart Riemann, matemático alemán del siglo XIX, enunció una serie de postulados y teoremas que constituyen la base de las geometrías "no-euclídeas" y que se denominó "geometría elíptica".

<sup>32</sup> Entiéndase que habló aquí de *totalización* y no de *totalidad*. Me sumo, por tanto más a una corriente fenomenológica de concebir el conjunto de la real (del tipo de la de J. P. Sartre, por ejemplo), que a las nuevas versiones del hegelianismo sociológico. Una buena descripción del problema puede verse en Martin Jay (1984): *Marxism and Totality. The Adventures of a Concept from Lukács to Habermas*. Cambridge. Polity.

<sup>33</sup> Sobre una definición del concepto de imaginario social puede verse R. Ledrut (1987): "Société réelle et société imaginaire". *Cahiers Internationaux de Sociologie*. Núm. 82. pp. 41-56; J. L. Pintos: *Orden social e imaginarios sociales* (en prensa).

## CAPÍTULO 22

### SOCIOANÁLISIS CIBERNÉTICO. UNA TEORÍA DE LA AUTOORGANIZACIÓN SOCIAL<sup>1</sup>

*Juan Gutiérrez  
Juan Manuel Delgado*

#### **22.1. Introducción: socioanálisis y sociología positiva**

Existe un enfoque sociológico<sup>2</sup> basado en la pertinencia de analizar o descomponer la realidad social mediante el conocimiento de las posiciones o situaciones de los sujetos y los estados de sus organizaciones (instituciones y sociedades en su totalidad). Podríamos decir que esta aspiración positiva implica, en términos generales, el recurso a un cierto número de unidades de análisis (persona, familia, asociación, sociedad) las cuales mantienen relaciones objetivables propias de entidades bien diferenciadas. El tratado acerca de las relaciones entre unos alfiles y una torre sobre el tablero de ajedrez constituiría un ejemplo de conocimiento de relaciones objetivables entre posiciones de figuras (sujetos) y organizaciones en un espacio de heterogeneidad controlada (casillas y colores). En línea con este sentido, socioanálisis no sería sino el conocimiento o análisis sociológico de instancias o grupos organizados muy grandes, cuando no de la sociedad en sí misma considerada. Seguidamente quedaría en manos del analista la posibilidad de ofrecer una formalización de las técnicas que permitieran un conocimiento sociológico de dichas instancias sociales macroscópicas.

Nuestro punto de partida estará proporcionado por el convencimiento de que un lector atento de metodología cualitativa de investigación social no puede conformarse en ningún caso con marcos de referencia tan sencillos (en apariencia) ni hacer de los problemas técnicos su único centro de atención.

Lo cierto es que la investigación orientada por una sociología positiva como la descrita se vertebra sobre las ideas de equilibrio, medida del orden, y discontinuidad de las unidades de análisis. Los supuestos o premisas epistemológicas de tales ideas están entrelazadas formando todo un modelo cultural. La Sociología Positiva se nos muestra como un círculo que construye semióticamente su cierre respecto al entorno. Por ejemplo, para asumir la discon-

tinuidad de las unidades de análisis es preciso considerar un concepto abstracto y aislado de sujeto a la manera de un elemento independiente de las organizaciones sociales. A continuación, debe reificarse con tal modelo de "identidad" el complejo formado por la totalidad de una organización social o cultura hasta alcanzar nociones tales como las de "subjectividad colectiva", "conciencia o alma colectiva", opinión pública, grupo étnico, etc. En consecuencia, el conocimiento de tales identidades o unidades se constituye en un conocimiento de la estabilidad, de aquello que permanece más allá de cualquier cambio o transformación desechada como "histórica", en suma, del equilibrio de las organizaciones de sujetos. Un constructo teórico de esta naturaleza, a su vez, tiene como correlato en la presunta racionalidad y teleología de la acción del sujeto aislado, por una parte, y el llamado problema del orden social. La SP, como vemos, persigue la construcción de totalidades tecnológicas, trabaja con el sujeto como matriz de la totalidad y es coherente con la cultura de la escasez. (El lector puede ampliar estos conceptos en la introducción del libro y en el capítulo sexto, en adelante le supondremos ya familiarizado).

Con frecuencia, junto a este ámbito de la macrosociología positiva, las investigaciones científico sociales que se han ocupado del conflicto y del cambio social han intentado por todos los medios reivindicar la cotidianidad y "normalidad" del conflicto, produciendo una incorporación de la información sobre los márgenes<sup>3</sup> a la lógica de la centralidad y equilibrio que, siempre dentro de esta concepción, presidiría inefablemente la vida social.

Cuando ha sido utilizada la referencia a un modelo energético, dentro de la Sociología Positiva tanto como en las teorías del conflicto, se ha recurrido a teorías del estímulo, impulsos eléctricos, o intercambios sistemáticos claramente regulados y afectados solamente por una entropía mínima (entendida aquí como simple pérdida de orden), y no han hecho referencia a un modelo dinámico de la circulación energética regido por las mismas leyes de la moderna física y termodinámica. Volveremos sobre ello más adelante.

Pues bien, el concepto central que está implicado en las premisas de una sociología positiva como la que venimos describiendo es el de sistema reversible. Por el contrario, un socioanálisis cibernético debe partir del concepto de irreversibilidad sistémica y de sus implicaciones. Dedicaremos un primer epígrafe al esclarecimiento de ambos términos. Posteriormente estudiaremos sus consecuencias para la metodología de las ciencias sociales y para el diseño de un socioanálisis cibernético como metodología válida de participación conversacional.

## 22.2. Sistemas reversibles y sistemas irreversibles

La totalidad de las características atribuidas a la sociología positiva es perfectamente coherente con la idea de reversibilidad de los procesos sociales respecto a un punto de equilibrio sistémico. En tal visión clásica, un estado determinado en el presente convierte en equivalentes pasado y futuro: ambos quedan separados y unidos por una relación simétrica de eterna regresión. Los acontecimientos poseen un carácter de eterno retorno a un estado de equilibrio. Por decirlo en palabras citadas por Prigogine (1990) y por Bateson (1985) "*plus c'est la même chose, plus ça change*" ("cuanto más sigue siendo lo mismo, tanto más cambia"). La representación más clara es el péndulo, paradigma por excelencia de la dinámica clásica. Asumir esta reversibilidad ontológica<sup>4</sup> de lo social ha mantenido a la historia y al cambio social fuera del campo de interés de las ciencias sociales.

El único problema a resolver, como ya hemos dicho, consiste en disponer de los artefactos tecnológicos capaces de proporcionarnos la información exacta (el estado preciso: la posición y la velocidad) para acercarnos objetivamente (sin interferencia de la subjetividad del observador; mediante modos de observación exógena) al conocimiento del mundo y de la naturaleza. Esta pretensión se considera realizable porque ese estado macroscópico al que hace referencia posee una estabilidad que abarca y resume una incesante actividad microscópica. La ingente cantidad de procesos que tienen lugar simultáneamente en cada instante de un sistema garantizan la regresión de toda fluctuación que perturba el estado del equilibrio.

La noción de reversibilidad respecto al equilibrio macroscópico de un sistema ha tenido amplio predicamento en la literatura psicosociológica. Es así como se ha considerado la relación entre los sujetos particulares y la sociedad, o también la relación entre el repertorio de comportamientos característicos de un sujeto y la racionalidad y teleología de su conciencia. Sociedad y conciencia han sido los lugares de la reversibilidad de toda transformación a unas condiciones de equilibrio, unidad, sentido, etc. Consecuencias no queridas de la acción del sujeto o significados inconscientes han sido desechados como ruido, desorden, o desperdicio de las técnicas de conocimiento científico social. A menudo la conciliación o explicación de las experiencias contraproductivas o disfuncionales del sujeto con la medida del orden o racionalidad social han obligado a postular una noción pseudo fenomenológica de inconsciencia del orden social: sin saberlo se está contribuyendo a un equilibrio universal, el sujeto (siempre según la SP) no alcanza a comprender su contribución al orden, su reflexividad es limitada y se muestra incapaz (por ejemplo por la estructura de su mente, por la historia de su sociedad, según diversas teorías) de conocer y asumir sus responsabilidades en la construcción del mundo social.

En definitiva, dentro de este planteamiento nos movemos en los estrechos márgenes de una ciencia social construida en correspondencia con una dinámica clásica, una teoría general de sistemas en equilibrio o una *cibernética de primer orden*, y, en fin, una tecnología de la totalidad o de la observación exógena.

La detección de asimetrías, procesos organizativos a partir de desequilibrios y no equivalencias intersistémicas en las relaciones con el entorno, dentro de recientes investigaciones físico-químicas, han puesto en cuestión su posible origen en nuestra incapacidad para fabricar artefactos de medida lo suficientemente potentes, y han conducido a plantear, con todas sus implicaciones, la necesidad de ser consideradas propiedades de los sistemas (véase capítulo primero). Esta circunstancia no deja de ser esencial y conviene que llamemos la atención sobre ello. La búsqueda de leyes generales capaces de convertirse, mediante conexión, en una sola ley universal omnicompreensiva constituye una premisa incorregible que atribuye todo resultado de imprecisión, inestabilidad, indeterminación, etc., a nuestra propia incapacidad para generar una tecnología que acceda al nivel de generalidad en el cual es constatable la ley universal. "Hace tiempo, el carácter absoluto de los enunciados científicos se consideraba como signo de racionalidad universal; la universalidad significaría en este caso negación y superación de toda particularidad cultural" (Prigogine, 1990: 47).

Ahora bien, la termodinámica, la moderna teoría de sistemas autónomos o la *cibernética de segundo orden* han introducido numerosas modificaciones en la perspectiva investigadora de las ciencias sociales. El rechazo que la ciencia clásica ha venido realizando, mediante su creencia en el principio de objetividad, de los sistemas autoobservadores y con ellos de los sujetos complejos y de la historia ha confluído en una ciencia sin sujetos y con el objetivo imposible de describir la estabilidad del equilibrio. El rechazo de lo microscópi-

co no ha sido casual, ni en la física ni en las ciencias sociales. Ha tenido que ser la Biología y la Química, junto a los cambios en la relación de servidumbre mantenida por la matemática con otras disciplinas, los que han hecho posible la creación de las condiciones para el nacimiento de un nuevo paradigma<sup>5</sup>, liberado de la necesidad de justificar la esencial reversibilidad de los sistemas físicos y sociales.

Entre los paradigmas dominantes en la ciencia venimos asistiendo en las últimas décadas al nacimiento de un nuevo paradigma, un “paradigma perdido” (Morin, 1973), un “segundo orden” en el pensamiento. El propio Prigogine afirmaba lo siguiente en el año 1977.

Aunque queda mucho trabajo por hacer, ya se nos presenta claramente que la autoorganización es un paradigma emergente de la ciencia (Jantsch, 1975) que enfatiza la coordinación macroscópica de procesos a diferentes niveles, en la cual procesos no lineales y condiciones fuera del equilibrio juegan un importante papel (Prigogine/Nicolis, 1977: 474).

El estudio de los sistemas alejados del equilibrio (Prigogine/Nicolis, 1977) nos enseña que la selección de las condiciones iniciales no puede tener lugar de una vez por todas. La actualización de mecanismos evolutivos, la dependencia o modificación de las condiciones iniciales y la diversidad de los comportamientos propios del sistema interactúa, podríamos decir, con las circunstancias de su entorno, esto es, con los procesos de cambio y desviación del equilibrio y con los flujos de calor o materia que alimentan el sistema provenientes de su ambiente.

Filósofos tales como Serres (1972: 33) han afirmado con total claridad que el nuevo problema científico por excelencia es el problema del desorden: “La red, el laberinto..., reemplazan los caminos lineales y segmentados; el desorden —en numerosas entradas— es más fundamental que el orden. Los problemas se encuentran desubicados, liberados de sus celdas”.

Por nuestra parte, comenzamos a vislumbrar la posibilidad de un socioanálisis cibernético sólo a partir de asumir la necesidad de considerar los sistemas sociales como sistemas intrínsecamente irreversibles, inestables, impredecibles, inmersos en constantes procesos de autoorganización alejada del equilibrio, cuya lógica de funcionamiento sea capaz de dar cuenta al mismo tiempo de la desorganización y de la emergencia del orden. Veamos.

La irreversibilidad nos informa precisamente de una desigualdad o ausencia de equivalencia entre pasado y futuro, los cuales dejan ya de ser intercambiables invirtiendo la velocidad de las variables puestas en juego.

Desde el punto de vista clásico, no puede definirse ninguna diferencia fundamental entre un estado y el estado que resulta de la inversión simultánea de todas las velocidades de las partículas del primero. En la representación que rompe la simetría, ambos estados son completamente distintos. Uno pertenece a una evolución en la que las partículas no correlacionadas entran en colisión y crean correlaciones, y el otro a una evolución en la que las partículas correlacionadas entran en colisión y destruyen estas correlaciones precolisionales y en la que la distribución de las velocidades se aleja de la distribución de equilibrio. La dirección en que fluye el tiempo tiene por tanto un significado simple, es la dirección según la cual las colisiones se transforman en correlaciones y no a la inversa (Prigogine, 1990: 336).

En definitiva, según nos advierte Prigogine, la reversibilidad sería un estado singular y notablemente excepcional fuera de la realidad construida por los propios físicos de la di-

námica clásica. En la perspectiva de los procesos irreversibles el presente es un estado del sistema "lleno". Lleno de pasado y de futuro.

La ciencia de los procesos irreversibles ha rehabilitado en el seno de la física la idea de una naturaleza creadora de estructuras activas y proliferantes. Por otra parte, ahora sabemos que tanto en la dinámica clásica o en lo que concierne al movimiento planetario, ha muerto el mítico diablillo omnisciente al que se suponía capaz de adivinar el pasado y el futuro a partir de una descripción instantánea. Nos encontramos en un mundo indiscutiblemente aleatorio, en un mundo en el que la reversibilidad y el determinismo son los casos particulares y en el que la irreversibilidad y la indeterminación microscópicas son la regla (Prigogine, 1990: 38).

Si los sistemas reversibles se hacen inmanejables por la cantidad ingente de información que necesitan (de ahí su esperanza en la tecnología y su ficticia precisión en las medidas), los sistemas irreversibles, muy al contrario que los anteriores, carecen de ese defecto. Si la fibra contractora es el ejemplo del primero de los sistemas, la dilatadora sería el modelo de los segundos. Si aquellos se conducen inevitablemente al equilibrio tras los primeros (aunque sean minúsculos) errores de cálculo, los segundos, a pesar de trabajar con menos variables, se mantienen indiferentes a los errores de cálculo.

Las transformaciones que la física y la química han introducido en el conocimiento científico nos llevan a prestar atención a aquello que ha sido eliminado como impureza, especialmente en lo relativo al modo en que futuro y pasado intervienen en la definición del presente humano, dicho en otros términos, debemos recuperar una noción de temporalidad e irreversibilidad que haga compleja (y por esto mismo, llena de impurezas) nuestra visión de la realidad social.

No hay más que ejemplos: en general, la física descubre la impureza, no solamente como determinación objetiva, sino como determinación metodológica; en su objeto en general: el ruido de fondo acompaña esencialmente toda comunicación de información; en su método en general: el error de medida es demostrablemente imposible de eliminar (Serres, 1990: 53).

En un principio, a modo de resumen provisional, podemos decir que el Socioanálisis Cibernético (SAC) se asienta en la conjunción de una teoría de los sistemas autoorganizados y en las investigaciones físicas acerca de las estructuras disipativas y del orden por fluctuaciones.

La noción de sistema que consideramos correspondiente a un pensamiento de la autonomía y la complejidad en el ámbito de las organizaciones sociales está fundada en la noción de autoorganización: orden y desorden interiores al sistema provienen de una misma lógica de funcionamiento por el cual el sistema se acopla, modifica y es modificado, interpreta y es interpretado por su entorno. Luhmann ha afirmado que el verdadero paradigma de la nueva teoría de sistemas consiste en que el concepto de función y análisis funcional no hace referencia al sistema en sí sino a la relación entre sistema y entorno<sup>6</sup> (véase capítulo *Sociocibernética*).

Bateson y su idea de diferencia (1985: 484 y 486), Varela (1983: 155, 160) o Von Foerster (1991: 39) han insistido mediante afirmaciones comparables en la dimensión descriptiva y relacional de los conceptos de la autoorganización. Se trata no sólo de una prevención epistémica ("probablemente no haya nada que pueda ser llamado sistema autoorganizador", Von Foerster, 1991: 39), sino del concepto nuclear de la autonomía que aparece expuesto por Varela en la siguiente cita.

La noción de auto-organización es un síntoma. Permite distinguir claramente entre las máquinas de input (...) y la autonomía biológica y la comprensión humana. Porque el comportamiento auto-organizador depende de la historia de los acoplamientos y porque descansa sobre un mecanismo distributivo y hermenéutico, es interpretativo en el sentido de una constitución del ser (Varela, 1983: 160).

En resumen, el concepto de sistema que hemos incorporado es, en sí mismo, una dialéctica, una pura creación o relación de distinción que constituye las unidades y su diferenciación respecto al entorno.

En este nivel básico se asume una complejidad superior del entorno (orden, desorden, materia, energía, ruido) y una actividad del sistema cuya especificidad autoorganizativa no pone el énfasis en una identidad semántica trascendente de "lo interior". Por el contrario lo que Varela (1983: 153) ha descrito como "síntoma" de la autonomía es la apertura informacional del sistema y la riqueza, diversidad o multiplicidad de los comportamientos propios en los acoplamientos puntuales generados ante las perturbaciones del entorno. El propio concepto de entropía ha pasado a ser entendido como un principio selectivo respecto a los estados iniciales: "La atención se desplaza de pensar qué es lo que debemos introducir en un sistema, para considerar qué es lo que la estructura del sistema le permite seleccionar" (Pakman, en Von Foerster, 1991: 34).

Se sigue de lo expuesto que la *vida* del sistema no puede pensarse al margen de una temporalidad o historicidad de sus acoplamientos y sucesivas estructuras. Por tanto la teoría compleja de la autoorganización de sistemas que venimos exponiendo implica, al mismo tiempo, una teoría del cambio, de la emergencia de orden a partir del ruido (Von Foerster, 1991) y de la sucesión de inestabilidades y desequilibrios. Esta es la conjunción de una teoría de sistemas y una irreversibilidad termodinámicas a partir de la cual se hace posible el SAC.

### 22.3. Análisis de la fractalidad social

El socioanálisis comienza con la descripción de las consecuencias (sociales y culturales) derivadas de una teoría social basada en la noción de sistema reversible en equilibrio, y su tecnología de la totalidad. La fractalidad social es una teoría de la descripción de la extensión y amplitud de la heterogeneidad<sup>7</sup> social y de las relaciones contraproductivas entre sujetos interindividuales y sistemas ("totalidades"). Como consecuencia, la fractalidad social se encuentra en el tránsito del sueño de la sociología positiva (los sistemas sociales son sistemas en equilibrio resultante de procesos infinitamente reversibles) a una teoría de la irreversibilidad y la consiguiente incertidumbre, la autoorganización y la hipercomplejidad social<sup>8</sup>. Dicho en otros términos, la teoría de la fractalidad social muestra la irreprimible apertura de lo diseñado como estructura cerrada, la inestabilidad de los sistemas presuntamente estables, el mestizaje de las identidades, la mezcla entre los estilos, el enredamiento de los niveles<sup>9</sup> de observación, etc. Describir tal heterogeneidad y las relaciones contraproductivas entre sujeto interindividual y sistema ("totalidad") (dada esta doble vertiente de la fractalidad) es una condición necesaria para acceder a un concepto de hipercomplejidad social pero, como veremos más adelante, no es suficiente por sí misma.

En la perspectiva de la Sociología Positiva, el fenómeno de la estabilidad, determinación y equilibrio en el plano macroscópico ha sido acompañado por un concepto de sujeto transparente (para sí mismo y para la acción social) y al cual se ha presupuesto una con-

ciencia racional. La aleatoriedad cognitiva y conductual de los sujetos, su singularidad, su inconsciente se han visto proscritos constituyendo una verdadera fuente de energía disipada, energía desperdiciada como "error" en los "cálculos" de la estabilidad de los sujetos y los sistemas sociales.

Tal estabilidad reviste la forma de un "atractor" que genera una cada vez mayor enajenación de la responsabilidad del sujeto: las autodescripciones de los sujetos circulan en términos de conciencia intencional, con propósitos racionalmente justificables y conscientes. Así, los fracasos en la acción no conllevan una puesta en cuestión del sistema de puntuación de la secuencia de acontecimientos (Bateson, 1985: 323), sino a una "corrección" de la alternativa dentro del mismo esquema de diferencias empleado, vale decir, a más de lo mismo, a una reproducción de la definición de la situación y el comportamiento racional seleccionado. Si preguntamos, los sujetos nos hablan de errores, fallos, etc., en la acción, pero la corrección que encuentran está dentro de un esquema o repertorio que permanece incuestionado. Estas ideas de repetición del contexto, de estabilidad del sistema cognitivo de referencia, de conciencia racional teleológica han sido criticadas por Bateson (1985, 1987) y defendidas por la fenomenología social<sup>10</sup>, y conforman el llamado atractor o la profecía autorrealizadora de las autodescripciones en tales términos de los sujetos: han quedado convertidas en las únicas descripciones admitidas sobre los comportamientos de los sujetos y su relación con las organizaciones sociales, con independencia de la complejidad, heterogeneidad e incertidumbre que subyacen en la interacción entre los sujetos y en la interacción entre "sujeto" y "sociedad"<sup>11</sup>. La consecuencia es un crecimiento exponencial del "error", de la energía disipativa, de la ausencia de precisión en las descripciones científico sociales (tan esencial para la Sociología Positiva) y en las autodescripciones reflexivas de los sujetos, y un crecimiento del fenómeno del contraproducto<sup>12</sup> (Illich, 1975). Este crecimiento exponencial del error sociológico de medida corre paralelo a un incremento de la congruencia discursiva de la organización. Es así como puede afirmarse que el mayor grado de orden es, a un tiempo, el mayor nivel de desorden o caos (Gutiérrez, 1993: 549).

El contraproducto tiene lugar en la realidad de la vida cotidiana y también en el seno de filosofías como la propia fenomenología, que prescinde de la energía disipativa del inconsciente o de todo aquello limitado por la idea de conciencia oscureciendo con ello el sujeto que pretende esclarecer<sup>13</sup>, y ocurre también en la fenomenología social a la manera de Schütz y en los textos citados de Bateson, los cuales no reconocen la importancia del concepto de sistema alejado del equilibrio y hacen referencia a divisiones internas a la mente, a compartimentos estancos no cognoscibles o no actualizables. En el caso de Bateson (1985), la misma negación de la posibilidad de acceder al inconsciente funciona descriptivamente como un elemento reproductor de todos los males que, a su juicio, aquejan a la sociedad occidental por causa de su conciencialismo (concepción teleológica, destrucción del medio ambiente, etc.).

En definitiva, la puntuación<sup>14</sup> de una fractalidad social representa la primera fase del socioanálisis cibernético. Un ejercicio de esta visión podría constatar la congruencia fractal de los cambios en las invenciones predominantes de la sociología, referidos a los lugares privilegiados de la discontinuidad de "lo social": ha habido momentos históricos de hegemonía de las sociologías de la familia, de las sociologías políticas, y debemos preguntarnos por qué. La respuesta, desde un análisis de la fractalidad social, radica en que el predominio de cada invención sociológica es coherente con los valores o fenómenos originarios definidos por las instituciones transmisoras de conocimiento, en cada uno de los diferentes sistemas. En sistemas que podríamos denominar cerrados<sup>15</sup> (por ejemplo, sistemas sociopo-



líticos dictatoriales), dados unos fenómenos originarios de orden jerárquico, ausencia de pasado, "funcionalidad", etc., la invención sociológica de discontinuidad que predomina es una determinada forma (fractal) de organización familiar, matriz de relaciones jerárquicas, distribución de roles, proyección hacia el futuro, etc. Un ejemplo consolidado podría encontrarse en las pautas de circulación de la sociología de la familia que hay en el estructural-funcionalismo de Parsons. En sistemas que podríamos denominar abiertos (por ejemplo, regímenes políticos democráticos), dados unos fenómenos originarios de disciplinamiento, libre movilidad de trabajadores y capitales<sup>16</sup>, elección racional, vivencia del presente, la invención sociológica (centro de investigación prioritario, centro de atención, escala de observación o como quiera llamarse) es la asociación y el movimiento social espontáneo, la sociabilidad política y las manifestaciones, los grupos de jóvenes, etc. Veamos con más detalle la noción misma de fractalidad.

Los objetos fractales (Mandelbrot, 1975) han atraído a las llamadas ciencias sociales a través de varios caminos. Entre ellos, prescindiendo de los más directamente relativos al caos (se ha dicho que los fractales son las "huellas dactilares" del caos, sus imágenes en el espacio) nos interesa ahora la noción de autosemejanza: la estructura y la imagen de las partes es isomorfa con la estructura y la imagen del todo. Permanece una estructura de complejidad aunque varíe la escala de observación. Es imposible terminar de medir nunca la Costa de Bretaña, pareciera como si sucesivos incrementos en la precisión del instrumento de medida produjeran aumentos proporcionales en el tamaño o longitud de la línea de la costa. Aumenta su escabrosidad *visible*, y se descubre un isomorfismo o autosemejanza. En la terminología específica se habla de una homotecia interna: cada segmento medido por cada escala de observación resulta ser tan irregular como nos resultaba la totalidad de la costa en un principio (Mandelbrot, 1975: 32).

Podemos precisar que el adjetivo fractal hace referencia a *fractus*, lo interrumpido, irregular, fragmentado; se trata de una irregularidad que "sigue siendo así a cualquier escala que se produzca el examen". La teoría fractal afirma que esta nueva geometría describe mejor la forma de la naturaleza que percibimos ordinariamente. La irregularidad del recorrido de un río, una línea de costa, un copo de nieve, la distribución de materia estelar en el espacio, los alvéolos pulmonares son, todos ellos, objetos irregulares, fragmentados. En la actualidad, la teoría de los objetos fractales, atribuible a Mandelbrot, produce conjuntos de formas geométricas complejas, generadas mediante procesos de computación recursiva, los cuales se consideran más adecuados que la geometría euclídea para representar la naturaleza (véase capítulo primero). Son ejemplos de estos conjuntos fractales la Curva de Koch, la Curva de Peano, el Conjunto de Mandelbrot, la Esponja de Menger<sup>17</sup>. Algunos de estos conjuntos matemáticos (curvas no derivables, números transfinitos) habían comenzado a ser desarrollados por matemáticos del siglo XIX.

En último término, la tesis fundamental de la teoría de los objetos fractales es que lo natural, la vida, posee una naturaleza caótica y una forma fractal. Sólo lo rectificado por el hombre tiene dimensión entera, ordinaria, topológica, como por ejemplo, "el comportamiento de un hombre recto", o "la frontera de Egipto y Sudán" (Ibáñez, 1990a).

Para explotar la incorporación de la noción de fractal al mundo de "lo social" es preciso definir la estructura o núcleo de complejidad, así como la elección de los componentes de las escalas. La geometría fractal proporciona una serie de isomorfismos topográficos, y está dotada, en consecuencia, de valor descriptivo. Ibáñez tiene una teoría sobre la razón de este límite.

Salvo en situaciones muy represivas –como el desfile– raramente el espacio social alcanza una forma que le haga representable en una geometría más fuerte que la topología: raramente son aplicables niveles de medida más fuertes que el ordinal (...) El espacio social es demasiado fluido... El orden es local y transitorio (...) Como lo ponen de manifiesto los ejemplos del apartado anterior, a medida en que el nivel de medida es más fuerte, es más fuerte el dispositivo de represión o constricción del que la medida forma parte (Ibáñez, 1990b: 67-68).

Pongamos dos ejemplos de lo que puede llegar a representar la idea de fractalidad en el terreno de la investigación social. Sea la proposición “la inteligencia artificial posee una estructura isomorfa con la estructura del comportamiento de una masa en una manifestación política”. O bien, sea la proposición “una comisaría (una instancia operativa de una institución) presenta la misma organización que una familia, que a su vez presenta la misma organización que un departamento de una universidad<sup>187</sup>”. En el primer caso el núcleo de complejidad estaría compuesto por un concepto de mente ajustado a un mecanismo de enacción o emergencia (Varela, 1990), en consonancia con la concepción de la inteligencia que defiende Penrose (1991) y la psicología cognitiva. Podrá hablarse por tanto de la corporización de la mente de la manifestación política, o de la presencia de las metáforas orientacionales en el movimiento de la masa. En el segundo caso, hablaremos de un modelo de comisaría y un departamento familiares. Esto no quiere decir que el núcleo de complejidad que vincula estas tres estructuras organizativas situadas a diferentes escalas se corresponda exactamente con la percepción “transparente y espontánea” de una familia. Será preciso mostrar qué hay de familiar en una comisaría, en una familia y en un departamento, pero sin duda hará referencia a pautas de comportamiento, de diseño y de utilización de los espacios, de relaciones entre las personas, etc.

Esta utilización de la categoría “fractal” en su acepción más “dura” se complementa con una visión igualmente fractal del mundo, ahora en la acepción de rugosidad, escabrosidad, frotamientos y mezclas entre modelos conceptuales<sup>188</sup>.

En consecuencia, la teoría de la fractalidad social modifica sustancialmente la visión discontinua y discreta de las unidades de análisis psicosociológico. En lugar de abundar en una dicotomía irresoluble entre el sujeto y la sociedad, la fractalidad social establece una suerte de unidad y conexión que da el justo protagonismo precisamente al espacio intermedio entre un sujeto hipotéticamente aislado (y por ello completo) y una organización compleja como puede ser una sociedad (cuyos sujetos están en permanente estado de carencia). Podríamos decir que la fractalidad social y, por consiguiente, aquello que se construye como objeto de estudio específico de una investigación socioanalítica, desplaza el énfasis de la mirada científico social y pasa a ocuparse del espacio de la dialéctica entre sujeto y sistema social, incluso al precio de realizar una exclusión metodológica de los extremos.

Queda claro que este primer momento del socioanálisis prepara nuestra visión de lo social para abordar interacciones complejas entre los “sujetos” participantes y una institución, pongamos por caso, considerando su realidad como una pluralidad de realidades concurrentes construida por los individuos en interacción y que atraviesa sucesivas formas de organización alejadas de un equilibrio y una reversibilidad incuestionables. Por tanto conceptos tales como el de complejidad, cambio, e irreversibilidad serán el centro de las definiciones operativas del segundo momento del socioanálisis cibernético, denominado sociología ne-  
guentrópica o análisis de la neguentropía.

## 22.4. Neguentropía. Un modelo de participación conversacional

La geometría fractal, en sí misma considerada, representa un postulado de valor heurístico: mostrar isomorfismos estructurales entre fenómenos o niveles de organización es, probablemente, uno de los mayores niveles de "explicación" a que pueden optar unas ciencias sociales que se siguiran ocupando de la estructura "del-mundo-ahí-fuera". Para ellas, la geometría fractal suministra un nuevo recurso metafórico. Los propios objetos fractales, en cuanto artefactos matemáticos, se constituyen como productos geométricos capaces de formalizar (mejor) fenómenos de la naturaleza. Recordemos la cita de Mandelbrot sobre la rugosidad y escabrosidad de una nube, el sol, una flor o una selva; en contraste con la perfección (humana) de las formas convencionales de la geometría euclídea, o con el jardín botánico (símbolo de la naturaleza controlada por el hombre) como modelo cognitivo de la Ilustración.

La fractalidad social describe la heterogeneidad de las formas de organización social que se han actualizado, pero no permite explicar el fenómeno del contraproducción, ni interpreta las relaciones entre las fuentes de complejidad potencial; no nos dice nada de los contenidos mismos del denominado núcleo de complejidad u organización, de la velocidad o aceleración de los procesos de cambio, de la lógica de las relaciones contraproductivas, etc. La fractalidad social implica una descripción estructural de la interpenetración sistémica de todos los elementos o aspectos de la vida social (véase capítulo *Teoría de la observación*).

Ahora bien, si, como ha teorizado Morin (1973), asumimos un determinismo de la complejización creciente o, siguiendo a Bateson, si pudiera alcanzarse un nivel comunicativo y de conciencia meta-metacontextual (Bateson, 1985), entonces sería igualmente pensable la falta de relevancia o la inexistencia de una fractalidad social. La extremada complejidad de la organización social podría entonces convertir en fútil la aplicación de la distinción sistema/entorno en la teoría de sistemas sociales, e incluso produciría una ausencia de todo discurso meta-organizacional. La máxima densidad de complejidad no dejaría percibir ninguna circularidad semiótica. Todo lo relativo a la organización social quedaría absorbido por el atractor de la complejización creciente: lo social se convertiría en una suerte de agujero negro. El SAC se relaciona con la imposibilidad de alcanzar ese estado hipotético recordando la importancia de los medios y la trascendencia de los pasos que apuntan a una dirección imposible. Bateson (1985: 16) proporciona un ejemplo de este énfasis en los pasos (característico de la cultura de la abundancia y las tecnologías de la observación endógena) alejado de la urgencia de una finalidad cierta: "...comprobé que en mi trabajo con los pueblos primitivos, la esquizofrenia, la simetría biológica, y en mi insatisfacción con las teorías corrientes de la evolución y el aprendizaje, había identificado un conjunto de cotas o puntos de referencia muy dispersos, a partir de los cuales se podía definir un territorio científico nuevo. A tales cotas les di el nombre de *pasos*".

Entre tanto, más acá de esa puerta abierta a la hipercomplejidad social, debemos recurrir a unas definiciones operativas que instrumenten el enfoque dinámico del socioanálisis cibernético con el fin de avanzar en el conocimiento de las relaciones de complejidad y los procesos de cambio. La importancia de la noción de Neguentropía y la íntima conexión del SAC con una teoría compleja de la mente serán, respectivamente, nuestros dos primeros pasos en esta dirección. A continuación nos ocuparemos de los recursos interpretativos propiamente dichos.

En el primer caso, si una visión de los sistemas sociales como sistemas irreversibles ha sustituido a una visión del equilibrio y la reversibilidad, el conocimiento de la organización social o de los núcleos de complejidad de la fractalidad social pasa a ser un ejercicio de medida de la neguentropía, esto es, un conocimiento de la construcción de organización a partir de las fluctuaciones, el alejamiento del equilibrio, la energía y el desorden existentes en el ambiente, etc. Las organizaciones sociales no son puntos de equilibrio de sistemas pendulares sino complejos procesos irreversibles que se autoorganizan en un ambiente caótico. Por tanto, la sociología o las ciencias sociales no son más unas analistas de las causas o reconversiones de los procesos entrópicos sociales, sino unas teorías neguentrópicas de los sistemas sociales. El concepto de neguentropía (interpretación de la información como retardo de la entropía e incremento de la complejidad) está relacionado con una idea no mecanicista de máquina. Máquina y tecnología son nombres de una organización que transforma su entorno distinguiéndose constantemente de él, y que construye una coherencia interna, en consecuencia puede hablarse de una nueva sociología entendida como máquina neguentrópica. Morin (1973: 25) puntualiza adecuadamente la naturaleza organizativa y no mecánica de la noción de máquina.

La máquina se convierte en una totalidad organizada, no reductible a sus elementos constitutivos, que en modo alguno podrían ser correctamente descritos como entes aislados a partir de sus propiedades particulares. La unidad superior (la máquina) no puede disolverse en las unidades elementales que la integran, antes al contrario, ella es la que hace inteligibles las propiedades que éstas manifiestan.

La definición dada por Von Foerster en el sentido de Turing está en la base de estas aplicaciones: von Foerster pretende obtener con ella un vehículo para hablar de computación y entiende que constituye un "artefacto conceptual con reglas bien definidas de operación" (1991: 148). O bien, "...el demonio de Maxwell es no solamente un retardador de entropía y un paradigma de regulación, sino que es también un isomorfismo funcional de una máquina universal de Turing. Así es como los tres conceptos de regulación, retardo de entropía (neguentropía) y computación (mecanismo para ordenar) constituyen una red conceptual entrelazada que, para mí, es realmente la esencia de la cibernética" (Von Foerster, 1991: 182) (los apuntes entre paréntesis son nuestros).

La idea de una máquina neguentrópica está emparentada también con el concepto de máquina no trivial. En una máquina trivial tiene lugar una relación invariable entre la entrada y la salida. Vivimos entre máquinas triviales: un automóvil, una batidora, una calculadora, etc. Las máquinas no triviales, por oposición, son "i)sintéticamente determinadas; ii)dependientes de la historia; iii)analíticamente indeterminables; iv)analíticamente impredecibles" (Von Foerster, 1991: 153). Así por ejemplo, esperar que el panadero nos salude siempre con una sonrisa es confundir los seres humanos con máquinas triviales. Podríamos añadir que la ciencia de los sistemas reversibles y, más concretamente, la Sociología Positiva ha generado una trivialización creciente de los sujetos, llegando incluso a considerarlo su misión específica. En este contexto deberá entenderse que atribuyamos al SAC o al diseño de máquinas no triviales (MNT) un propósito *destrivializador*.

Nuestra apuesta es que sólo desde nociones creativas y abstractas que impliquen la complejidad del individuo puede hacerse un conocimiento científico social fructífero. Se trata, en correspondencia con lo formulado por Serres (1972: 34), de una estrategia de com-

plejidad: “la complejidad esencial del problema [objeto de la ciencia] es el correlato de la esencial complejidad de la estrategia”.

En segundo lugar, la consecuencia más radical de asumir una lógica de la fractalidad social radica en considerar (las teorías sobre) el funcionamiento de la mente humana como una de las fuentes principales de complejidad que interactúa con (las teorías de) la autoorganización social y con la evolución de la especie (filogénesis) y del hombre (ontogénesis). La virtualidad de la mente humana (y por sí misma toda teoría de la mente, metafórica u ontológica, laxa o estricta) debe ser considerada en adelante un escenario principal de la comprensión de la complejidad social<sup>20</sup>, por oposición a la praxis de la teoría de la mente conocida como “caja negra”, característica de los sistemas reversibles. Los planteamientos de Edgar Morin merecen ser considerados claros precedentes de la posibilidad de un socioanálisis cibernético que alcance una teoría acerca de las relaciones entre las fuentes de complejidad. En Morin, el sujeto es capaz de la conciencia, capaz de producir efectos discursivos de racionalidad e identidad, pero capaz al mismo tiempo del sinsentido, de la acción no intencional o inconsciente, de la creación estética, del amor y de la locura. Esta suerte de dialéctica entre la cualidad *sapiens* del sujeto y su potencial y actualizada capacidad para la “demencia” son consideradas por Morin (1973) el nudo gordiano de la complejidad del sujeto, una complejidad potencial que se presenta como irreductible y universal.

Más allá del terreno de los fenómenos del conocimiento sociológico, Morin (1973) lleva a cabo una utilización bio-antropológica de la dialéctica que venimos comentando, incluyendo a la especie como tercer fuente de la complejidad biogenética y sociocultural<sup>21</sup>. Llevando la idea hasta sus últimas consecuencias, el cerebro mismo sería el epicentro del sistema o conjunto organizativo total de las interacciones entre individuo, sociedad y especie.

En la dialéctica constructiva que hemos querido aprehender, la cerebralización se nos muestra como la clave de la auto-organización humana y el eje a cuyo alrededor gira el desarrollo que nos remite, tanto a la evolución biológica del homínido, como a la morfogénesis tecnosociocultural (Morin, 1973: 107-108).

Los trabajos de Morin proporcionan un excelente ejemplo de la profunda transdisciplinariedad e interrelación que afecta a la totalidad de los conceptos propios de un SAC. Las teorías de la mente, en la medida en que construyen las potencialidades del ser humano, tienen una consecuencia inmediata en los planteamientos acerca de los procesos que tienen lugar en el seno de los sistemas sociales.

#### 22.4.1. Recursos interpretativos

Existen varios conceptos que constituyen los recursos interpretativos del socioanálisis cibernético, pues asumen las premisas analíticas derivadas de la fractalidad social y las condiciones de complejidad características de los sistemas irreversibles. Bien sea de manera independiente o combinados, los siguientes conceptos permiten realizar investigaciones destrivlizadoras de objetos convencionales tanto como sugerir, para una exploración más sistemática, campos de aplicación que han permanecido marginados por el paradigma de la sociología positiva. Volveremos sobre este aspecto en el siguiente epígrafe.

Así por ejemplo, denominamos individuo a uno de los posibles núcleos de complejidad característicos de la visión fractal. El término individuo no se corresponde aquí sólo con la persona física sino también con cualesquiera conceptos metafóricos de agrupación "social" empleados (reificados) por los sociólogos para describir organizaciones que interpretan (al tiempo que son interpretadas), transmiten conocimiento, y tienen una intencionalidad (así como se le atribuyen intenciones), es decir, construyen y reproducen un mundo, produciendo un efecto de reversibilidad. Son estas acciones (sincronización de actividades interpretativas, intencionalidad, mecanismos regulados de transmisión de conocimiento y construcción de una cosmovisión, podríamos decir, local) las que constituyen el núcleo de complejidad de una visión fractal cognitiva (y pragmática) del problema del conocimiento y la "comprensión de las acciones de los sujetos" para las ciencias sociales. Una universidad o una empresa, pongamos por caso, pueden ser investigadas en sus mecanismos de selección y producción de conocimiento, su actividad interpretativa y el funcionamiento de un atractor de "congruencia cognoscitiva" en la construcción de un mundo reversible. El concepto de individuo permite así desarrollar investigaciones socioanalíticas susceptibles de comparación interdisciplinar. Podríamos considerar la noción clásica de hecho social total de Mauss como una precursora de la complejidad que atribuimos a este concepto. No obstante conceptos como el de "conciencia colectiva" o "acción social" durkheimianas están alejados de la perspectiva de una interacción compleja entre individuo, sociedad y especie, y de una moderna termodinámica y teoría de sistemas, pues poseen una consideración holística o de determinación social de la actividad del sujeto y de los límites de su complejidad y grados de libertad<sup>22</sup>. En tal medida, y a pesar de la polivalencia de la categoría de Individuo, no debemos olvidar que el Socioanálisis Cibernético está centrado esencialmente en un sujeto liberado de las pretensiones de la totalidad, la reversibilidad y la pureza.

El concepto al que nos estamos refiriendo con las ideas de interpretación, conocimiento y mundos se contrapone con una noción fija de sentido, registrado en gramáticas o códigos. Nuestra idea de sentido apunta a los contextos (véase capítulo *Teoría de la observación*). El sentido se selecciona creativamente en relación con los mismos y con la experiencia histórica de los distintos mundos de objetos e individuos. Por tanto existe una pluralidad de contextos cambiantes, relativos a las diferentes posiciones de observación, producidos por la interacción de las organizaciones y de los individuos, formados por las diferencias y distinciones que constituyen a los objetos y a los sujetos. La noción de sentido que postulamos hace referencia a una selección del esquema de diferencias cognitivas en relación con los contextos o con los propósitos del observador. Prigogine ha recogido esta idea a propósito del principio de complementariedad de Bohr.

El físico no descubre una verdad dada, que acallaba al sistema, sino que ha de elegir un lenguaje, es decir, los conceptos macroscópicos en los que deberá obtener su respuesta. Bohr expresó precisamente esta idea a través del principio de complementariedad. Ningún lenguaje teórico que articule las variables a las cuales se puede atribuir un valor bien definido puede agotar el contenido físico de un sistema. Los posibles diferentes lenguajes y puntos de vista sobre el sistema son complementarios (...) Esta naturaleza irreducible de los puntos de vista sobre una misma realidad expresa la imposibilidad de descubrir un punto de vista divino desde el cual toda la realidad es visible simultáneamente (Prigogine, 1990: 260).

Por tanto no puede defenderse desde el SAC una repetición o estabilidad de los contextos, una determinación única y objetiva del sentido, una consensuación de la perspecti-

va de todos los observadores (una selección definitiva de las diferencias), o bien la constitución de un único mundo o realidad. Muy por el contrario el concepto de sentido que forma parte de los recursos interpretativos del SAC está vinculado a un incremento del número de alternativas o elecciones posibles (Von Foerster, 1991), a la destrivialización de los sujetos y, en suma, a la producción de complejidad social.

Junto a la utilización del concepto fractal como fractal cognitivo y pragmático, puede ser empleado un concepto proveniente de la propia historia del pensamiento filosófico y sociológico que ha mostrado en numerosas investigaciones empíricas una enorme capacidad para englobar en una macroestructura esta idea de fractales aplicados a las ciencias sociales. Tal concepto no es otro que el de dispositivo<sup>23</sup> (Foucault, 1980, 1984). La noción de dispositivo, tomada como categoría experiencial, performativa y no meramente analítica, añade (al contenido del núcleo de complejidad del llamado fractal cognitivo y pragmático) una presión estructural a la coherencia, una congruencia de todos los ámbitos del "fenotipo social" (discurso, espacio, acción, estructura) y de todos los individuos de una sociedad. Esto equivale a considerar que el tipo de orden dominante en una determinada organización social (dispositivo) está expresado en la totalidad de las dimensiones productivas y reproductivas del sistema en cuestión y en cada uno de sus individuos. El orden del dispositivo es tal en la medida en que alcanza una existencia fractal, un acoplamiento estructural de los participantes y de los objetos en los individuos de referencia. La noción de dispositivo es un punto de referencia conceptual cuya vinculación de una heterogeneidad de dimensiones organizacionales puede ser satisfecha por la noción de circuito cibernético capaz de proceso mental o mente (Bateson, 1985). En cualquier caso, individuo, dispositivo, contraprodujo, fractalidad y mente son los patrones o recursos analíticos e interpretativos del SAC. Ningún otro concepto puede ser planteado como alternativa de los que venimos exponiendo si no es capaz de afrontar las necesidades teóricas y metodológicas construidas. (El lector puede consultar en el capítulo de Tomás R. Villasante una metodología participativa no cibernética aplicada al análisis de los movimientos sociales. La dialéctica, el marxismo y la reflexión epistemológica desde una tecnología de la observación exógena ocupan allí el lugar de nuestro constructivismo sistémico. Su desarrollado programa metodológico contrasta con el carácter embrionario de las reflexiones que aquí proponemos).

## **22.5. Algunos campos de aplicación**

La investigación que propone el socioanálisis cibernético se plantea como especialmente indicada para realizar nuevas explotaciones de campos que, cuando no han sido ignorados, han resultado escasamente fructíferos a la luz de teorías clásicas. Dentro de este contexto pueden empezar a tomar relieve investigaciones sobre el rumor, la ausencia de respuesta en las encuestas, la autoobservación (proscrita por el principio de objetividad), los movimientos sociales (procesos de autoorganización), el comportamiento de la población ante catástrofes, las dinámicas de los mercados financieros, los procesos de cambio cultural en comunidades o minorías étnicas, y las diferentes formas de creatividad.

La creatividad constituye una tecnología de la construcción de mundos a partir de colisiones, caos, constricciones, etc. De la recapitulación de los procesos creativos puede obtenerse información sobre la lógica de la complejidad, cuya búsqueda define la estrategia metodológica del SAC. Trasladando esta recapitulación y la irreversibilidad al ámbito macroscópico es como podemos pensar en una verdadera ciencia de la historia.



Respecto a las investigaciones sobre el rumor, Prigogine (1990: 204) no se recata al afirmar que el "chismorreo" se crige en acción de control social, asegurador del equilibrio sistémico.

El chismorreo es una inquisición continua y recíproca, espionaje y supervisión de todos por todos a todas horas del día y de la noche. Gracias a él, todos los muros de las casas son de cristal transparente... Lo que hace que las grandes ciudades, y sobre todo las capitales modernas, sean focos de corrupción moral y de degeneración de costumbres nacionales, es que no se chismorrea.

Abril (1989: 33 y ss.), por su parte, hablando sobre la circularidad en los medios de comunicación social, se refiere al rumor como discurso particular no institucionalizado que remite a un discurso más general e institucionalizado (lo que hace que dicho rumor circule) dentro de un mecanismo de circularidad *massmediática* que asegura la re-producción de estructuras y unidades culturales sobre las que permanentemente volver (lo cual aseguraría la idea del tiempo reversible).

La teoría matemática y la teoría psicosociológica de la comunicación reconocen la presencia del ruido. Algunos de sus autores más destacados (Schachter, Burdick, junto a Festinger, Allport y Postman<sup>24</sup>) lo han tratado incluso con especial brillantez. En todos estos trabajos vemos investigado el ruido en función de la redundancia, en cuanto mecanismo inexcusable (¿regulador?) para la producción de sentido. En lo que respecta al rumor, estos autores parten, en la casi totalidad de los casos, de la existencia de correlaciones previas a partir de las cuales se procede a implantar un rumor. Inmediatamente después estudian aspectos tales como la transmisión y distorsión de los propios rumores. Sin embargo, nada apenas se ha investigado sobre los rumores espontáneamente implantados, y absolutamente nada acerca de las correlaciones producidas como consecuencia de la aparición espontánea de rumores en el seno de nuestras sociedades.

Como vemos, la tónica general de los estudios mencionados nos hace ver la recurrencia de la consideración del rumor y del ruido como reguladores del equilibrio, supuestamente perdido en un instante. Pareciera que el rumor y el ruido (este último tratado mediante redundancia) podrían llegar a ser una especie de neguentropías automáticas capaces de restaurar el orden (las correlaciones previamente existentes) a partir del ruido instantáneo (contextos con alto grado de entropía; en palabras de Schachter y Burdick: inclaridad cognoscitiva). Sabemos que el aumento de entropía nada nos dice sobre el sistema en sí, en tanto que nos informa con profusión sobre nuestro conocimiento del mismo. Dicho de otro modo, llegada esa ambigüedad, sería el momento de poner en funcionamiento nuestra competencia comunicativa<sup>25</sup> hasta alcanzar el equilibrio perdido, en forma de orden o de sentido. En definitiva, ambos conceptos, funcionarían como reguladores tecnológicos de la organización social, es decir, como reguladores de la máquina social.

El SAC posibilita una aproximación a estos fenómenos desde los recursos teóricos de los sistemas irreversibles que atienden a la perspectiva de las colisiones de los estados iniciales hasta la formación de correlaciones.

Tal y como demostrara Tuchman (1978), los medios de comunicación social no sólo parten de correlaciones previas, sino que contribuyen (de manera decisiva: es el caso del feminismo, por ejemplo) a institucionalizar las mismas. Así pues, un análisis del tipo SAC se hace imposible si consideramos a los medios de comunicación social como individuos que intercambian energía e información con su ambiente de forma no controlada. Es decir, si



aceptamos, si damos por buena la simulación de apertura que construyen con mecanismos de facticidad tales como "las cartas de los lectores". En este mismo orden de cosas, los medios de comunicación social no sólo simulan la apertura e institucionalizan las correlaciones pre y post-colisionales, sino que sus discursos circulares producen y reproducen permanentemente, en cualquier nivel de análisis de género (desde la noticia al gran reportaje), las ideas de totalidad y homogeneidad. Por consiguiente el SAC no plantea la pertinencia del estudio de los medios de comunicación alternativos, sino que los exige: medios de comunicación no institucionales, sin plantilla, abiertos permanentemente hacia los márgenes, hacia las bifurcaciones y, en definitiva, hacia los movimientos sociales no institucionales.

Es desde una investigación mediante el SAC como se muestra, por ejemplo, el acoplamiento estructural cognitivo de los medios de comunicación social con sus consumidores. Es la perspectiva del SAC la que ilumina la complicidad cognitiva y pragmática de unos y de otros en la estrategia de ocultación de la necesidad de análisis sobre los lugares, recorridos y momentos de bifurcaciones (Gutiérrez y Callejo, 1992). En suma, es desde el SAC como se hace evidente la necesidad de la disolución de los bordes entre los medios de comunicación social, considerados como sistemas, y sus respectivos ambientes, con rechazo explícito de toda simulación de apertura. El socioanálisis cibernético crea la posibilidad de contemplarlos en tanto que elementos re-productores del dispositivo encargado de construir el orden social.

La investigación acerca de los procesos y tecnologías de la autoobservación en los sistemas sociales constituye una línea de investigación abierta, directamente implicada por los propios fundamentos teóricos del Socioanálisis Cibernético (cultura de la abundancia, tecnologías de la observación endógena, etc.). La autoobservación posee sus condiciones de posibilidad en unas premisas epistemológicas complejas: la relatividad, la reflexividad del sujeto, los circuitos cibernéticos capaces de proceso mental, la inclusión del observador en la descripción de la observación<sup>26</sup>. Cada uno de ellos por separado y todos conjuntamente permiten superar los textos y los contextos de otras modalidades de observación que han sido analizados por la epistemología cibernética. Es entonces cuando puede asumirse que un individuo *es capaz* de observarse a sí mismo (autoobservarse) sin reducirse a una explicación causal, y es entonces cuando es posible asumir que un individuo puede reconstruir la historia de los acoplamientos estructurales (textuales y contextuales) a través de los cuales se ha incorporado/ha contribuido a construir un sistema. La autoobservación del individuo como reconstrucción racional de un proceso de distinciones y acoplamientos produce un efecto de identidad sistémico, posee relevancia para la investigación social y produce certeza, esto es, la validez de conocer el esquema de diferencias de un sistema que interviene en la construcción de las distintas realidades sociales, de sus órdenes y desórdenes. No es casual que Serres afirme "toda reflexión bien formada no es otra cosa que una flexión del campo sobre sí mismo o sobre una parte de sí mismo, o de una parte sobre ella misma o sobre el todo" (1972: 35); Spencer-Brown, a su vez, ha insistido sobradamente en el desdoblamiento autoobservador que implica toda observación (1972). La autoobservación desencadena un juego de lenguaje de tipo conversación (Ibáñez, 1979) y el SAC constituye un proceso de gran conversación social transdisciplinaria, más complejo que una conversación reglada (Grupo de Discusión, perspectiva estructural), y no asimilable a un proceso de centralización automática como el operado por la asamblea en el socioanálisis de la perspectiva dialéctica. Es por esto que consideramos el SAC una metodología de la intervención o participación conversacional.

Otro de los campos en los cuales se ha desarrollado un SAC es la investigación acerca de la funcionalidad y la responsabilidad en el diseño de contextos socioadministrativos. Los trabajos de Gutiérrez en relación con espacios arquitectónicos, diseños de sistemas de información o análisis funcionales en instancias de la Administración Pública han conducido al diseño de un sistema de optimización de la gestión del servicio de atención al público.

En último lugar, la investigación sobre el pánico, entre otras desarrolladas por Dupuy, constituye un precedente del SAC aplicado a fenómenos relativos a los movimientos de masas y los comportamientos miméticos que habían sido tradicionalmente excluidos de la reflexión sociológica. Su importancia y el desarrollo de su fundamentación y conclusiones merecen un apartado específico.

### 22.5.1. Socioanálisis Cibernético e investigación social en Dupuy

La investigación socioanalítica de Dupuy comienza con la pregunta por aquello que mantiene una sociedad o sistema social unido, por la naturaleza de los lazos o vínculos que mantienen ligados a los hombres entre sí formando contextos sociales. Este interrogante no es sino la pregunta por las leyes de la organización social y, consecuentemente, la pregunta por la lógica de su constitución, funcionamiento y transformación (1990). En otras palabras, toda investigación socioanalítica debe estar orientada por la necesidad de proporcionar una teoría de la organización de lo social.

El esquema de su respuesta establece que las sociedades primitivas y tradicionales, dominadas por el hecho religioso, imaginan deber su orden a una voluntad superior y exterior a la voluntad y realidad de los hombres. Es a partir de lo que denominamos modernidad y, particularmente, moderna teoría social cuando se comienza a pensar que los hombres no deben las leyes de la ciudad más que a ellos mismos. "La aparición en la historia de las sociedades con estado marca el comienzo de un largo proceso en el cual la exterioridad de lo social es interiorizada, la división de la sociedad respecto de sí misma que caracteriza la lógica de lo sagrado es importada al interior de la sociedad" (Dupuy, 1991: 43). Sin embargo el punto de llegada de esta interiorización posee su propio contraproducción. La absoluta soberanía de un pueblo sobre sí mismo tenderá paradójicamente a engendrar su contrario: la alienación más completa de esa soberanía por la concentración de un poder que deviene ilimitado y arbitrario en un lugar radicalmente separado de la sociedad. Un cuerpo político no podrá ser sujeto de sí mismo más que a condición de aceptar que los instrumentos de los cuales se dota para poner en acto su soberanía le despojan de ella en cierta medida.

Dupuy ha dedicado numerosos ensayos a mostrar las debilidades de los enfoques del holismo metodológico y el individualismo radicales. Frente a la afirmación de la anterioridad lógica y ontológica de la totalidad social sobre las partes constitutivas (y la consiguiente relación jerárquica entre el todo y cualquiera de sus elementos), pero también más allá de las teorías del contrato social o del mercado que reconstruyen el todo sobre la base de individuos separados, Dupuy ha encontrado un paralelismo entre las contradicciones y limitaciones de estos pensamientos de lo social y los problemas que ha debido enfrentar la teoría de sistemas. Es así como ha formulado que la construcción de una teoría social y el diseño de una investigación sociológica pueden y deben enriquecerse a partir de conceptos tales como el de los sistemas autoorganizados, la creación de orden por fluctuaciones, etc. Del mismo modo que en la conquista de una lógica de la autonomía de lo social deben superar-

se nociones tales como la exterioridad, la inconsciencia, lo indomable, la incompletitud, la teoría de sistemas y la cibernética de segundo orden han debido superar planteamientos tales como el teorema de Ashby acerca de la imposibilidad de la autoorganización, o la anterioridad de las partes a la constitución del todo que caracterizó a todas las totalidades organizadas que han considerado los cibernéticos. Dupuy recuerda, en línea con esto, que si bien puede afirmarse que la autonomía ha nacido en el seno de la cibernética, o en los medios que han estado en relación con ella, dicho nacimiento ha sido contrario a los postulados de base de la cibernética, enormemente dependientes de la metáfora del programa (1991: 55). No es casual sino consecuente con esto que la noción de sistema autoorganizado o autónomo represente la invención de una nueva cibernética.

La noción de sistema que se elabora aquí es muy restrictiva (...) Representar una organización como sistema es postular que ella no posee otra causa ni otro efecto que ella misma, que ella constituye su propio marco de existencia y de sentir (Dupuy, 1991: 57).

El punto de partida del socioanálisis cibernético de Dupuy se corresponde con el concepto fundamental de la teoría de los sistemas autónomos: la emergencia de comportamientos propios (*eigenbehaviours*), es decir, la aparición al nivel del todo de propiedades nuevas resultante del cierre de los elementos y de sus relaciones los unos en los otros. El punto fijo emergente será considerado, en las investigaciones de Dupuy, uno de tales comportamientos propios o singularidades de la totalidad que resultan de su repliegue sobre sí misma.

Sólo desde estas premisas una investigación sobre el pánico puede alcanzar plena relevancia para las ciencias sociales en su búsqueda de una lógica de lo social. El pánico plantea trampas en forma de paradojas tanto a los teóricos como a los investigadores de campo: inexistencia fenoménica *versus* importancia en el imaginario social (y, en consecuencia como representación social autorrealizadora), la formación de un ser colectivo a través del contagio *versus* la individualización o pérdida de las normas sociales. Dupuy deshace tales oposiciones poniendo en relación las teorías dominantes de la psicología de las masas y las teorías sobre el funcionamiento del mercado, especialmente en el caso de los mercados financieros donde el riesgo de pánico es bien conocido. La solución de la oposición entre el carácter centrado de la masa y el carácter acentrado del pánico y del mercado nos desvela una conclusión de vital importancia para las investigaciones socioanalíticas venideras.

El orden y el desorden se estructuran, tanto el uno como el otro a partir de un punto fijo endógeno, centro que no preexiste en el sistema más allá de ser él mismo quien lo hace emerger (Dupuy, 1990: 34).

La segunda de las conclusiones que avanza Dupuy para resolver la oposición entre la lógica del comportamiento de masas y la lógica del funcionamiento del mercado conduce directamente a justificar (si todavía fuera necesario) la importancia del pánico como objeto de estudio de unas ciencias sociales complejas. El mercado contiene los fenómenos de contagio del pánico en los dos sentidos de la palabra: le pone freno pero lo posee dentro de sí. El mercado en situaciones de pánico no funciona siguiendo una lógica diferente de aquella que rige su marcha habitual. Son los mismos mecanismos los que hacen hinchar una burbuja y los que la hacen estallar. La formulación general a la que llega Dupuy está en clara re-

sonancia con los desarrollos contemporáneos de la teoría de los sistemas dinámicos, de la termodinámica del no equilibrio y de la física de los sistemas desordenados.

Un mismo sistema puede poseer a la vez atractores ordenados (puntos fijos, estados estacionarios) y desordenados (caos). En tanto que las fuentes de atracción están íntimamente mezcladas, el paso del orden al desorden puede ser el resultado de una simple fluctuación (Dupuy, 1990: 38).

La distancia entre el orden y el desorden se ha reducido a un mínimo. En adelante conceptos como los de estructuras emergentes o disipativas, historia del sistema, cambios catastróficos o caos no evocan la periferia de la organización social sino que quedan implicadas en la comprensión de la lógica de su funcionamiento general. La existencia de atractores, estructuras disipativas y relaciones miméticas o de contagio entre los comportamientos de los sistemas sociales proporciona una nueva forma de transdisciplinariedad entre la psicología de las masas, las teorías acerca del individuo y de los sistemas sociales y las modernas investigaciones en física y biología.

## 22.6. Conclusiones

El socioanálisis cibernético, tal y como corresponde a una visión compleja de la realidad social, no puede reducirse a una secuencia inequívoca de requisitos instrumentales. Hemos expuesto que su posibilidad comienza con la puesta en cuestión del concepto habitual de sistema que se maneja en la investigación social no socioanalítica. Las nociones de complejidad, sistemas irreversibles, estructuras emergentes, diversidad de comportamientos propios, y autoorganización son esenciales para desarrollar tecnologías de investigación social capaces de reconstruir la complejidad social.

Este planteamiento se asienta sobre criterios de validez científica, transdisciplinariedad y reflexividad epistemológica, pero implica igualmente un compromiso ético, estético y ecológico que consideramos imprescindible para cualquier forma de conocimiento contemporáneo. Sabido es que la universalidad de la necesidad de dotar un planteamiento teórico de una fundamentación en un "metanivel inviolable" (Dupuy, 1983: 548) sólo puede conducir a una unidad compleja de la ciencia a través de la búsqueda de los substratos y las consecuencias pragmáticas de tales fundamentos, también inevitablemente relativos y arbitrarios. Por tanto no está de más recordar aquí que la autonomía de lo social y sus dinámicas históricas, irreduciblemente sistémicas y complejas, deben conducir a una responsabilidad constructiva respecto al futuro (Von Foerster, 1991) y a una estética de la integración ecosistémica (Wilden, citado en Morin, 1973: 31).

El soporte último de la responsabilidad y la visión sistémica es el individuo. El socioanálisis cibernético es, en tanto que centrado en los individuos, el dispositivo de participación conversacional (endógeno) por antonomasia. Un dispositivo interpretable como aprendizaje de las modernas sociedades para la complejización y la emergencia de sus procesos de autoorganización. El individuo (su búsqueda, la atribución de una ética y una estética) constituye un pivote imprescindible, actúa como un destinador teórico, representa un supuesto ontológico de partida pero, por lo mismo, no implica sino un deseo de llegada a una hipercomplejidad inalcanzable.

## NOTAS AL CAPÍTULO 22

<sup>1</sup> Este trabajo ha sido realizado en el marco de un proyecto de investigación financiado por la DGICYT (Ministerio de Educación y Ciencia).

<sup>2</sup> Con el fin de proporcionar el contexto para una adecuada comprensión de los fundamentos de la perspectiva del Socioanálisis Cibernético (SAC), vamos a proponer el concepto de Sociología Positiva (SP), escrito con mayúsculas como si se tratara de una asignatura oficial. La idea de una Sociología Positiva, que no positivista, permite asumir una tradición de estudios de muy diversas procedencias cuyas utilidades y amplia circulación están fuera de toda duda. Con ello no se incurre en una relación de filiación demasiado simple, ni en una contraposición política entre el epíteto de crítica (independientemente de sus cambiantes contenidos históricos) y un sustantivo o adjetivo seguido del sufijo "ismo". Este hábito, que en ocasiones llega a ser aceptado como denotativo, encuentra ejemplos, entre otras, en las conocidas oposiciones crítica *versus* dogmatismo, antropología hermenéutica *versus* antropología materialista, conductismo *versus* psicoanálisis, socialdemocracia *versus* liberalismo.

<sup>3</sup> La SP se materializa metodológicamente en una tecnología estadística. Las nociones de centro, media, representatividad, normal, etc. dan lugar a una retórica topográfica e imaginaria sobre la relación entre el centro y los márgenes, es decir, aquello que está en la periferia de la ciudad, la conducta desviada, toda situación alejada de los valores dominantes, etc. Estos discursos constituyen lo que hemos denominado círculo de la SP recordando la afirmación en este sentido de Serres (1972), para quien la ciencia no constituye un sistema sino un círculo que se define operando un cierre, un ámbito de circularidad semiótica, y llevando a cabo las exclusiones pertinentes.

<sup>4</sup> Introducimos el adjetivo "ontológica" para hacer ver que se trata de una creencia en que efectivamente lo social es y existe de una manera reversible. La reversibilidad no es una mera decisión metodológica de la SP.

<sup>5</sup> Es frecuente encontrar en los ensayos de Filosofía, Sociología o Historia de la ciencia un comentario acerca de la reciente crisis o relativización de la ciencia. Ninguna de tales genealogías acaba con la puesta en cuestión epistemológica de la ciencia clásica. Enfoques tales como la insistencia en la transdisciplinariedad entre la cultura de las letras y la cultura de las ciencias pretendida, entre otros, por Serres (1972, 1989, 1991), por Dumouchel y Dupuy (1983), por Morin (1973, 1977), la perspectiva de Atlan (1979) acerca de la crisis de la ciencia como "muerte del concepto de hombre racional-consciente", y los textos de Dupuy (1982: 273 y ss.) y Morin (1973: 222 y ss., 248 y ss.) que exponen la criticidad socioeconómica y política de nuestro tiempo, pueden contribuir a dar una idea compleja del panorama de las reflexiones sobre la ciencia y los problemas de la sociedad occidental.

<sup>6</sup> Véase Luhmann (1984).

<sup>7</sup> El concepto de heterogeneidad no está basado exclusivamente en la visión fractal sino, de manera principal, en la noción de circularidad. Hemos expuesto con anterioridad el modo en que la Sociología Positiva constituye un espacio circular cerrado a partir de procesos de circularidad discursiva. El trazado de un círculo representa, en sí mismo, una construcción de unidad mediante materiales heterogéneos. La interacción entre procesos de circularidad acrecienta la heterogeneidad de lo social. La circularidad es una dinámica generalizada, y el círculo y las formaciones derivadas de sus movimientos (rotación, traslación, encadenamiento, pliegue) son sus representaciones más eficaces.

<sup>8</sup> El concepto de hipercomplejidad ha sido definido por Morin (1973: 139): "...un sistema hipercomplejo es un sistema que disminuye las coacciones al aumentar sus aptitudes organizativas, en especial su capacidad para el cambio. En consecuencia, respecto a un sistema de menor complejidad está más débilmente jerarquizado y especializado, menos centralizado, pero por el contrario es-

tá dominado por las competencias estratégicas y heurísticas, depende más rígidamente de las intercomunicaciones y, a consecuencia de todos estos rasgos, está más sometido al desorden, al ruido, al error". El cerebro del *homo sapiens* es un sistema hipercomplejo, pero desde el momento en que una de sus cualidades centrales es "la proyección de su poder evolutivo sobre todas las esferas de la praxis antro-po-social" (Morin, 1973: 156) podemos hablar de hipercomplejidad social creciente: "...los principios de invención y evolución propios del cerebro de sapiens se exteriorizan y traducen, no sólo en la evolución de la personalidad o el pensamiento del individuo, sino también en la evolución técnico-cultural y la creciente complejificación de la organización social" (Morin, 1973: 156).

En línea con esto Morin (1973: 210) nos proporciona el siguiente ejemplo. "La metrópolis es el foco de donde irradia la complejidad social (...) La gran ciudad es la primera organización social parcialmente similar al cerebro de sapiens; se trata de un medio policéntrico donde se imbrican mutuamente complejos organizativos e intercomunicaciones al azar".

Junto a esta puntualización, tiene importancia añadir que la clave de una teoría de la mente compleja o el "talento de sapiens" "está en la intercomunicación entre lo imaginario y lo real, lo lógico y lo afectivo, lo especulativo y lo existencial, lo consciente y lo inconsciente, el sujeto y el objeto" (Morin, 1973: 153). Es por esto que en lo sucesivo podremos referirnos a la "realidad social" usando la expresión "realidad actualizada". Si bien se deduce de nuestro texto una crítica de todo realismo ingenuo, el concepto de realidad merecería un tratamiento más extenso. No obstante, con el término actual o actualizado atribuimos a lo real de la vida cotidiana, al menos en un sentido básico, un carácter de subconjunto o caso particular respecto a la complejidad de lo virtual, o frente a la realidad de lo imaginario y lo simbólico (véase capítulo *Teoría de la observación* acerca de los niveles de existencia semiótica y de la posición de Ibáñez sobre el reciclaje de lo imaginario y lo simbólico en lo real).

<sup>9</sup> Con el término "nivel" no queremos referirnos a una variable que admite medida sino a una galería (topológica) de posiciones de observación. Pese a ello, cuando el concepto de escala remita a la noción de variable, deberá considerarse que la nuestra admitiría un nivel de medida meramente ordinal. Las escalas no son progresivamente inclusivas. Observar algo desde una colina no "incluye" la experiencia observacional que se tiene desde la llanura: es una perspectiva distinta. París visto desde un avión no es más París que el París visto desde una terraza del *Quartier Latin*. La información que produce ver París desde el aire es más útil para, pongamos, un bombardeo, mientras que la información que se produce desde una terraza del *Quartier Latin* es más relevante para escribir una novela existencialista.

<sup>10</sup> Véase Schütz y Luckmann (1973).

<sup>11</sup> Recordemos que estos conceptos están fundamentados en la interacción e interpenetración entre los círculos constituidos por circularidades discursivas y/o sistemas (heterogeneidad), y en la aleatoriedad e irreversibilidad de las transformaciones que pueden experimentar dichos sistemas (incertidumbre ante el futuro).

<sup>12</sup> Dupuy se refiere a este concepto con los términos de fenómeno del contrasentido, consecuencias no queridas contrarias al propósito de la acción, o con lo que hemos venido denominando "contraproductividad" o relaciones contraproductivas. En cualquier caso la noción de contraproducto ha sido desarrollada por Illich para su crítica de la economía, y el mismo Dupuy ha expresado su deuda: "*Merci à Ivan de qui, pour moi, tout a procédé*" (Dupuy, 1983). "La crítica de las grandes instituciones de la sociedad industrial pasa necesariamente por el reconocimiento de sus efectos no queridos, no intencionales, contra-intuitivos, que sorprenden incluso a aquellos que creen ser sus dueños. Pasados ciertos umbrales críticos de desarrollo, producen lo contrario de lo que todo el mundo espera: la medicina enferma; la escuela embrutece; el transporte inmoviliza y las comunicaciones nos vuelven sordos y mudos" (Dupuy, 1982: 12).

Véanse también los propios estudios de Illich (1975) y los trabajos de Gutiérrez (1993) como ejemplos del papel del concepto de contraproducto en investigaciones económicas y sociales.

<sup>13</sup> Incluso las investigaciones de Husserl más críticas con occidente y con la cultura científica clásica —es el caso de la obra editada en 1954 con el título *La crisis de las ciencias europeas*, Barcelona, Crítica (1991)— lo convierten en un comentador del contraprodujo del racionalismo, un pensador de la creciente desorganización y deterioro entrópicos de la sociedad y la ciencia europeas, que podrían ser subsanados a través de una revitalización de la razón filosófica como fenómeno originario y agente de la aucomprensión de la humanidad.

<sup>14</sup> Puntuar tiene una cara semántica (trazar una frontera, hacer una distinción) y una cara pragmática (manifestar preferencia por uno de los lados, hacer una indicación), pero no puede ser reducido a ninguna de ambas (Ibáñez, 1990a: 12). Hacer una distinción es “el punto de partida de cualquier acción, decisión, percepción, pensamiento, descripción, teoría y epistemología” (Kconey, 1983: 33). Distinguir es crear una diferencia. “Un universo se genera cuando un espacio es separado o puesto aparte” (Spencer-Brown, 1972: xxix). Hacer una indicación es seleccionar uno de los lados separados por una distinción (véase capítulo *Sociocibernética*).

<sup>15</sup> Dada la heterogeneidad social que hemos definido, los conceptos de sistema abierto o cerrado no podrán nunca considerarse otra cosa que puras construcciones metodológicas. Ni los unos ni los otros existen en la realidad. Gutiérrez (1993) ha argumentado con detalle esta circunstancia y la relatividad metodológica de la oposición entre ambos. En otras palabras: hay orden en el desorden y viceversa.

<sup>16</sup> Debe entenderse que, empleando los términos propios de una perspectiva económica, nos referimos al concepto de libre circulación característico de la situación de libre competencia en las economías de mercado. Huelga decir que, para una perspectiva sociológica que no comparte el *ceteris paribus*, tal libertad debería ser ampliamente matizada (el espacio social está cruzado por preceptos y prohibiciones, la movilidad es disciplinaria, etc.).

<sup>17</sup> Véase la conocida obra de divulgación de J. Gleick (1986).

<sup>18</sup> Gutiérrez (1993) ha desarrollado la investigación de las dos primeras escalas (comisaría y familia).

<sup>19</sup> Serres (1991: 107) ofrece un diagnóstico de la visión generalizada, cuyo contraste puede ayudar a entender esta idea laxa de fractales. “La técnica también puentea lo fractal... Trabaja en rectificar. Ofrece al racionalista el modelo, el ejemplo, la metáfora de la rectificación”.

<sup>20</sup> Por si fuera necesario ser más precisos diremos que sólo pueden incluirse aquí aquellas teorías de la mente que den cuenta de una idéntica complejidad del sujeto y su organización social, de la interrelación reflexiva de los sujetos y los objetos. En resumen, sólo pueden ser teorías de la mente y de las fuentes de complejidad en un SAC aquellas que trabajen desde el concepto hatesoniano de mente (conglomerados de ideas que dan noticia de diferencias o información entre sujetos, objetos y discursos).

<sup>21</sup> “Decir que la morfogénesis hominizante es el producto de un proceso de interacciones e interferencias, equivale también a decir que aquello a lo que denominamos hombre debe ser contemplado como un sistema genético-cerebro-sociocultural, cuyos elementos integrantes, a saber, la especie, la sociedad y el individuo, ya conocemos desde hace tiempo, pero que no siempre conseguimos vincular entre sí. La tendencia general se inclina siempre a escotomizar dos de estos términos en provecho del tercero y parece que existan dificultades para considerarlos en su conjunto. A pesar de que cada uno de estos términos nos remita a los restantes, no es posible pensar o concebir a ninguno de ellos como fin de otro; hay un circuito sin principio ni fin en el que se insertan especie, sociedad e individuo, y hemos visto anteriormente que todo cuanto concierne a la complejidad de uno repercute en la de los restantes, que los desarrollos de la especie, la sociedad y el individuo están interrelacionados” (Morin, 1973: 107).

Previamente a la presentación de la relación compleja, Morin ha construido la noción de ambisistema o dialéctica de la relación entre individuo y sociedad. El interés de su exposición radica en el modo en que incorpora una constante noción de creación de orden a partir del ruido como fuente última de la complejidad adaptativa, sociogenética y cultural. "Así pues, aparecen en el ambisistema equívocos y "ruidos" de cada uno de los elementos en relación a los otros, pero a través de estos movimientos demasiado desordenados, por un lado, y estas obligaciones demasiado rígidas por el otro, se establecen las interferencias que constituyen la propia esencia tanto del individuo como de la sociedad. La complejidad aparece en esta combinación individuos/sociedad acompañada de desórdenes e incertidumbres y se conforma a partir de la permanente ambigüedad de su complementariedad, de su competitividad y, en el límite, de su antagonismo" (Morin, 1973: 45).

<sup>22</sup> Recordemos el texto de referencia, "He aquí entonces un orden de hechos que presentan caracteres muy especiales: consisten en formas de obrar, pensar y sentir, exteriores al individuo y están dotados de un poder de coacción en virtud del cual se le imponen. En consecuencia, no podrían confundirse con los fenómenos orgánicos, puesto que aquellos consisten en representaciones y en acciones, ni con los fenómenos psíquicos, los cuales no tienen existencia más que en la conciencia individual y por ella. Constituyen, por consiguiente, una especie nueva y es a ellos a los que es necesario reservar y dar la calificación de sociales. Esta calificación les es adecuada, porque está claro que no estando el individuo como su base, no pueden tener otro sustrato que la sociedad, sea la sociedad política en su integridad, sea alguno de los grupos parciales que ella encierra, confesiones religiosas, escuelas políticas, literarias, corporaciones profesionales, etc." (Durkheim, 1974: 34-35).

<sup>23</sup> "...un conjunto decididamente heterogéneo que comprende discursos, instituciones, instalaciones arquitectónicas, decisiones reglamentarias, leyes, medidas administrativas, enunciados científicos, proposiciones filosóficas, morales, filantrópicas; en resumen, los elementos del dispositivo pertenecen tanto a lo dicho como a lo no dicho. El dispositivo es la red que puede establecerse entre estos elementos".

Encontramos otra formulación más extensa a propósito de "analizar la formación de cierto tipo de saber sobre el sexo, en términos no de represión o de ley, sino de poder" (véase Foucault, 1984: 121 y ss.)

<sup>24</sup> Véase A. G. Smith, y otros (1977: 175 y ss.).

<sup>25</sup> Véase Hymes (1974).

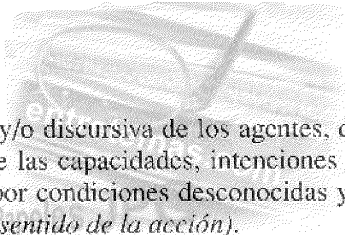
<sup>26</sup> Algunos aspectos metodológicos de la fenomenología social se han revelado extremadamente útiles para construir el aparato teórico propio de una teoría de la autoobservación.



## GLOSARIO

El presente *Glosario* ha sido elaborado a partir de breves glosarios, escritos por los autores que participan en la obra, para ayudar a una mejor comprensión de sus textos. Hemos considerado oportuno presentar los conceptos de manera conjunta, remitiendo al lector al capítulo correspondiente, en cuyo contexto fueron planteados y en donde podrá ampliar las definiciones y referencias. En consecuencia, no pueden esperarse de este glosario las mismas cualidades que son exigibles a un diccionario.

### ACCIÓN



Es la intervención material y/o discursiva de los agentes, que siempre forma parte de una corriente continua en la que las capacidades, intenciones y conocimientos desplegados se encuentran enmarcados por condiciones desconocidas y por las consecuencias no-pretendidas (v. cap. *Análisis del sentido de la acción*).

### ALÓFONO

Cada una de las realizaciones concretas y materiales de un fonema (v. cap. *Grupos de discusión*).

### ALTERIDAD

Lo opuesto a la mismidad. Es el espacio de lo Otro (*to héteron*) e implica relación (entre lo uno y lo otro, para poder afirmarse como uno) (v. cap. *Grupos de discusión*).

### ANÁLISIS DE CONTENIDO

Conjunto de métodos y técnicas que tienen como objetivo establecer sistemáticamente las relaciones entre la superficie (el nivel sintáctico) de corpus expresivos –fundamentalmente, textos–, y sus funciones comunicativas, tanto semánticas como pragmáticas. El

análisis de contenido, cuando se aplica al examen de textos, puede concebirse, pues, como una corriente o tradición del análisis textual, que haría especial hincapié en la exploración de las relaciones existentes entre la superficie textual y algunos de los aspectos que configuran el sentido del texto (v. cap. del mismo nombre).

## ANÁLISIS TEXTUAL

Conjunto de perspectivas metodológicas que se proponen examinar algún aspecto del sentido subyacente a corpus textuales. Los distintos tipos de análisis textual se diferencian por el modo como conciben ese sentido y por los procedimientos que siguen para su esclarecimiento (v. cap. *Análisis de contenido*).

## ANÁLISIS DEL DISCURSO

En lingüística, el estudio de emisiones significantes más allá del nivel de la frase (nivel transfrástico). Tal como lo empleamos en este texto (en su acepción sociológica), podríamos definirlo como un método estructural de análisis de los discursos sociales, en cuanto que producciones ideológicas de una sociedad dada (formación discursiva) (v. cap. *Grupos de discusión*).

## ANALIZADOR

Se ha construido este concepto en el socioanálisis con dos acepciones: el analizador histórico y el analizador construido. El analizador histórico es un suceso notable que ha incidido en las conductas y las prácticas de las redes sociales que pretendemos investigar, intervenir, o participar. Ha sido como un detonante que sirve para suscitar la preocupación por la reflexión, que aporta nuevas formas y métodos de relación, que ejemplifica cómo es esa realidad social. El analizador construido, en cambio, es producto de laboratorio y trata de actuar como un provocador, un reactivo químico, que muestre hasta dónde está dispuesta a llegar esa sociedad. Son los analizadores quienes construyen la realidad y nos pueden ilustrar mejor sobre ella, más que los analistas, que en todo caso deben estar atentos a los analizadores que se puedan encontrar en la práctica (v. cap. *De los movimientos sociales a las metodologías participativas*).

## ANIDAMIENTO

En un proceso de codificación se produce anidamiento cuando ciertas unidades de registro se dan dentro de otras más amplias (v. cap. *Análisis de contenido*).

## APARATO PSÍQUICO GRUPAL

Constructo teórico para explicar la mediación entre los grupos psíquicos individuales y la configuración grupal real. Proporciona a los miembros una identidad compatible con él y a la vez diferenciada (cfr. Kaës, v. cap. *De las concepciones del grupo terapéutico...*).

## APERTURAS METODOLÓGICAS

Aunque los organismos vivos estemos organizativamente cerrados, con límites, estamos informativamente abiertos. Nuestras aperturas informativas suelen dar lugar a ruidos, hasta el extremo de resultar molestos e inoperativos, cuando los métodos no aclaran cuáles son las aperturas básicas. O nos llegan todos los ruidos caóticos desbordándonos, o nos autorreducimos a un solo ruido monocorde que apenas puede explicar la situación. Debemos limitar nuestras aperturas a las fundamentales, y desde ellas seguir abriéndonos a otras. Lo que implica un posicionamiento que jerarquiza el método, es decir una episteme (y aun una ética), donde ni las técnicas ni los métodos resultan neutrales. Hemos elegido tres aperturas básicas que se relacionan con tres movimientos populares básicos (movimientos obreros, movimientos de liberación, y movimientos eco-pacifistas) que exigen aperturas en la economía política, la etnología emancipadora y la ecología social (v. cap. *De los movimientos sociales a las metodologías participativas*).

## AUTOBIOGRAFÍA

Relato o conjunto de relatos en los que uno mismo es la materia de su libro (cfr. Montaigne). Como procedimiento de indagación está en intersección con la historia de vida, en la medida en que numerosas autobiografías han surgido a petición del investigador, sobre todo en la perspectiva antropológica (v. cap. *Historias de vida e historia oral*).

## AUTOPÓIESIS

Se refiere a los sistemas (autopoieticos) que reproducen todas las unidades elementales de las que se componen a través de una malla y con ello se delimitan de un entorno. En la perspectiva de Luhmann, puede darse bajo formas diversas: bajo forma de vida, de conciencia o de comunicación (en el caso de los sistemas sociales). Autopóiesis es el modo de reproducción de esos sistemas (v. cap. *Sociocibernética...*).

## AUTORREFERENCIA

Toda operación por la que se refiere uno a otro y con ello a sí mismo (v. cap. *Sociocibernética...*).

## BIOGRAFÍA

Conjunto de relatos orales (transcritos) y escritos que junto con otras fuentes documentales constituyen el itinerario de una persona o de un personaje tipo. Como proceso social, las biografías son el espacio de elaboración subjetiva (o mejor subjetual) de las pautas estructurales y sus conflictos así como de las representaciones y de la historia (Cfr. Mills) (v. cap. *Historias de vida e historia oral*).

## CAMPO SEMÁNTICO

Conjunto de unidades léxicas que tienen en común una serie de rasgos que lo tienden a estructurar como un sistema conceptual parcialmente organizado y relativamente autónomo (v. cap. *Sujeto y discurso...*).

Término propuesto por Just Trier, que aplicó el análisis de Saussure de las relaciones opositivas a la semántica. En su sentido estructural, viene a designar la forma general de la organización de un universo semántico dado de naturaleza social o individual. El campo semántico implica, por tanto, un sistema de relaciones semánticas entre sus elementos constituyentes. Pero su frontera no es nunca absoluta, sino estratégica: se abre a otros campos semánticos por relaciones de contigüidad y dependencia (v. cap. *Grupos de discusión*).

## CATEGORÍA

Concepto general bajo el que se clasifican un cierto número de unidades de registro concretas de un tipo determinado. El proceso de categorización suele presuponer la codificación previa de las unidades de registro afectadas por el mismo. Las categorías pueden organizarse jerárquicamente, en esquemas categoriales más o menos complejos. De un mismo texto pueden abstraerse varios esquemas de categorías, según los diversos tipos de unidades de registro y de contexto que contemple el análisis (v. cap. *Análisis de contenido*).

## CIBERNÉTICA

El estudio de la comunicación en sistemas naturales (biológicos y sociales) y artificiales (v. cap. *Investigación e intervención en grupos familiares...*).

## CIBERNÉTICA DE SEGUNDO ORDEN

La aplicación de las nociones clave de la cibernética a los observadores en su relación con los sistemas que observan (v. cap. *Investigación e intervención en grupos familiares...*).

## CÍRCULO EPISTÉMICO

Un grupo de nociones que guían nuestras prácticas en una disciplina dada, cuando el flujo natural del quehacer se obstaculiza y llama a la reflexión (v. cap. *Investigación e intervención en grupos familiares...*).

## CODIFICACIÓN

Es el proceso por el que cada unidad de registro concreta detectada por el análisis, se asigna a su respectiva unidad de contexto. Un mismo texto puede ser sometido a un proce-

so de codificación múltiple o multicodificación en el caso de que el diseño del análisis establezca distintos tipos de unidades de registro, a las que correspondan unidades de contexto peculiares y posiblemente diferentes (v. cap. *Análisis de contenido*).

## CÓDIGO

Los códigos se componen de valores positivos y negativos, y posibilitan la conversión de uno en otro. Se activan a través de una duplicación de la realidad previa y ofrecen así un esquema para la observación, dentro del cual todo aparece como contingente, es decir, como pudiendo ser de otra manera (v. cap. *Sociocibernética...*).

## COMPETENCIA PRAGMÁTICA

Concepto complementario del de competencia lingüística, se refiere a la capacidad de discriminar contextos y condiciones de uso apropiado de las expresiones, de producir e interpretar situaciones de enunciación y enunciados, y no meramente frases.

## COMPLEJIDAD

Cualidad característica del sujeto y de las organizaciones sociales. Funciona como descripción de la heterogeneidad social, los frotamientos, mezclas y pliegues de culturas e Individuos. Asimismo contiene la idea de complejización social creciente y la teoría de una lógica del cambio social que comprende el desorden, la inestabilidad y la emergencia del orden como fenómenos producidos a partir de una recurrente interacción entre la mente del sujeto, la sociedad y la especie humana (v. cap. *Teoría de la observación*; v. cap. *Socioanálisis Cibernético*).

Una relación es compleja cuando se compone de tantos elementos que estos sólo puede entrar en relación entre sí a través de un proceso de selección. Presupone siempre un procedimiento de reducción que ofrece un modelo de selección de relaciones y excluye provisionalmente otras posibilidades de vincular los elementos como meras posibilidades (v. cap. *Sociocibernética...*).

## COMPRENSIÓN ESCÉNICA

Procedimiento de interpretación de los relatos de vida en el que se pretende aunar la enunciación (contexto de la entrevista) con los enunciados, como escena primera y, a partir de este contexto 1, reconstruir los sentidos del contexto de relaciones presentes del sujeto (contexto 2) y de las escenas del pasado (contexto3) (v. cap. *Historias de vida e historia oral*).

## COMUNICACIÓN

Todo proceso de transferencia de información de una unidad social, sea al nivel de agregación que sea, a otra y su posible retroalimentación o respuesta (v. cap. *Sujeto y discurso...*).

## CONJUNTOS DE ACCIÓN

Las relaciones de comunicación, micro y macro, son relaciones de poder. De manera latente hay una auto-educación afectiva y normativa que está incidiendo en nosotros desde las primeras relaciones personales en la infancia. Estos conjuntos de acción luego se repiten en la escuela, en el trabajo, en los movimientos, en la vida pública, etc. Y pueden ser Populistas, Gestionistas, Ciudadanistas, o Técnicos aislados básicamente. Hay muchas otras combinaciones pero las investigaciones actuales nos sitúan principalmente en conjuntos de comunicación-poder entre estos tipos (v. cap. *De los movimientos sociales a las metodologías participativas*).

## CONNOTACIÓN

Proceso de significación añadida a toda unidad comunicativa. La connotación siempre hace referencia a la contextos culturales, emocionales y sociales en los que se produce la comunicación (v. cap. *Sujeto y discurso...*).

## CONO INVERTIDO

Modelo que permite evaluar los procesos de un grupo, a partir de las constantes de todo cambio. Pertenencia, cooperación, pertinencia, comunicación, aprendizaje y telé (cfr. Pichon Rivière, v. cap. *De las concepciones del grupo terapéutico...*).

## CONSIGNA (MAV)

Verdadera interpretación grupal expuesta por el equipo terapéutico, planteada como una propuesta de trabajo (v. cap. *De las concepciones del grupo terapéutico...*).

## CONSTRUCTIVISMO

La posición epistemológica que asume que la realidad es construida mediante procesos biológicos y sociales (v. cap. *Investigación e intervención en grupos familiares...*).

Paradigma epistemológico según el cual el conocimiento no “nace” de la “realidad”, sino que se “hace” en distintos agentes, formas y ámbitos, que dan lugar a distintas formas de entender el constructivismo (v. cap. *Metodología, contexto y reflexividad*).

## CONSTRUCTIVISMO SOCIAL

Metodología que arranca en su análisis de la reflexividad de primer orden, es decir, de la que se da en la realidad social en el lenguaje ordinario en su aspecto pragmático o indexical. Se aplica también al estudio socio-fenomenológico de las tipificaciones sociales o “construcción social de la realidad” (v. cap. *Metodología, contexto y reflexividad*).

## CONSTRUCTIVISMO SISTÉMICO

Metodología que arranca de la reflexividad de segundo orden, la de la autopoiesis y la autoobservación mediante distinciones como mecanismo generativo (v. cap. *Metodología, contexto y reflexividad*).

## CONSTRUCTIVISMO EMPÍRICO

Metodología que tiene la reflexividad de la acción situada en un contexto como *a priori* de la investigación (v. cap. *Metodología, contexto y reflexividad*).

## CONTEXTO

Entorno de la interacción comunicativa y conjunto de circunstancias en las que se inserta. Entendido aquí, fundamentalmente, como un campo social –conjunto de sistemas simbólicos, estructuras y prácticas– que constituye tanto un referente, como un sistema convencional y un orden que hace posible el intercambio y le otorga sus mayores significados (v. cap. *Sujeto y discurso...*).

Conjunto de repertorios de los relatos y las prácticas que son condición de la elaboración de historias de vida. Analíticamente podemos decir que son “exteriores” a ellas, pero realmente están “tejidos-con” la producción, circulación y recepción de las mismas. El destino de las historias y de su investigación es modificar los contextos en los que se producen (v. cap. *Historias de vida e historia oral*).

Originariamente, el entorno textual de una determinada porción de texto capaz de arrojar luz sobre el sentido de la misma. En la actualidad suele también entenderse por contexto, especialmente en campos como el del AC, el conjunto de circunstancias extratextuales más o menos complejas involucradas en la producción de un determinado texto (v. cap. *Análisis de contenido*).

## CONTRAPRODUCTO

Concepto desarrollado por Illich y utilizado ampliamente por Dupuy. Designa el fenómeno de ocurrencia de consecuencias no queridas contrarias al propósito de la acción. El contraproducto tiene lugar en la realidad de la vida cotidiana y también en el seno de filosofías y teorías sociales (v. cap. *Teoría de la observación*; v. cap. *Socioanálisis Cibernético*).

## CORPUS TEXTUAL

Colección de textos, escritos en origen o transcritos a partir de manifestaciones orales, que es objeto de investigación mediante algún método o técnica de análisis textual. Ese análisis puede restringirse en ocasiones a una muestra del referido corpus, en cuyo caso conviene distinguir entre el corpus universo y el corpus efectivo (efectivamente analizado) determinado por la muestra (v. cap. *Análisis de contenido*).

## CUADRO SEMIÓTICO

Representación de las relaciones entre los rasgos distintivos de una categoría semántica. Los términos de un eje semántico, en relación de contrariedad mutua (por ejemplo: “masculino/femenino”), aparecen también contrapuestos por contradicción a los términos negativos correspondientes (por ejemplo, “no femenino/no masculino”). El binarismo del modelo, aparentemente arbitrario, ha de interpretarse como regla de construcción, operatoria y no ontológica (v. cap. *Análisis semiótico del discurso*).

## CULTURA MEDIÁTICA

Forma de transmisión de relatos (también icónicos) que se basa en los saberes generalizables e instrumentales, en un receptor anónimo o segmentado y en un espacio universalizable, en el sentido de la dominación y mercantilización. Los relatos y las historias de vida circulan por ellos de manera escasa, selectiva y sólo cuando son susceptibles de espectáculo (v. cap. *Historias de vida e historia oral*).

## DEFENSA

Reacción inconsciente de la persona para protegerse de la ansiedad que producen algunos contenidos mentales (v. cap. *La entrevista psicológica*).

## DEÍXIS Y ANÁFORA

Tradicionalmente la deíxis se entiende como relación entre el discurso y el contexto de enunciación, y la anáfora como referencia dentro del discurso al propio discurso. Así pues es también tradicional la oposición entre formas deícticas del lenguaje (yo-tú, hoy, ayer, aquí, venir...) y formas anafóricas (él, el mismo día, el día anterior, allí, ir...) (v. cap. *Análisis semiótico del discurso*).

## DEMANDA

Es el marco inicial de la investigación. El cliente formula una serie de problemas, que el investigador convertirá en objetivos de investigación. Cada vez más, la demanda y el diseño de investigación coinciden; es decir: son elaborados por alguna instancia del cliente (v. cap. *Grupos de discusión*).

## DENOTACIÓN

Proceso de descripción convencional de la unidad comunicativa tomado como simple señal descriptiva y de contenido referencial (v. cap. *Sujeto y discurso...*).



## DIFERENCIACIÓN FUNCIONAL

La construcción de sistemas en los sistemas; el surgimiento de diferencias sistema/entorno en el interior de los sistemas. Es funcional en la medida en que los subsistemas adquieren su identidad a través de la realización de una función para el sistema global (v. cap. *Sociocibernética...*).

## DISCURSO

Flujo comunicativo obtenido siguiendo una línea de enunciación simbólica que tiende a inscribirse en una posición social (v. cap. *Sujeto y discurso...*).

## DISCURSO SOCIAL

En el sentido en que aquí lo empleamos, la estructura de la ideología de una sociedad dada (que sería una formación discursiva) (v. cap. *Grupos de discusión*).

## DISPOSITIVO

Concepto desarrollado por Foucault, permite concebir el tipo de orden dominante en una determinada organización social como expresado en la totalidad de las dimensiones productivas y reproductivas del sistema en cuestión y en cada uno de sus individuos. En nuestro texto el orden del dispositivo es tal en la medida en que alcanza una existencia fractal, un acoplamiento estructural de los participantes y de los objetos en los individuos. (v. cap. *Teoría de la observación*; v. cap. *Socioanálisis Cibernético*).

## DRAMATIZACIÓN

Desempeño estratégico de un rol social (v. cap. *Sujeto y discurso...*).

## ECRO

Esquema conceptual referencial y operativo. Especie de mentalidad común a componer en un grupo y que sirve para aplicarse a cualquier sector o tarea de investigación (cfr. Pichon Rivière, v. cap. *De las concepciones del grupo terapéutico...*).

## EFECTO BARNUM

Una descripción genérica y estereotipada, que esté lo suficientemente bien redactada, será aceptada por mucha gente como una autodescripción correcta (v. cap. *La entrevista psicológica*).

## EFECTO GREENSPOON

Efecto experimental de condicionamiento verbal, según el cual si cuando el sujeto utiliza determinado tipo de palabras (p. ej. plurales) se le refuerza mediante gestos o con el murmullo, aumenta la tasa de este tipo de palabras (v. cap. *La entrevista psicológica*).

## EJEMPLAR

Valor o dimensión de una historia en la medida en que no sólo transmite memoria de prácticas, relaciones o reflexiones, sino que abre una comunicación moral. Las historias de vida se constituyen también en “espejos” (cfr. Uriel d'Acosta) en el sentido carismático, para quienes saben o quieren recibir las (v. cap. *Historias de vida e historia oral*).

## EMIC

Término del par opositivo *etic/emic*. Para Harris son, tanto estructuras, cuanto una perspectiva de estudio de los fenómenos de que se ocupa la etnografía. En cuanto estructura, lo *emic* guardaría relación con los fenómenos “mentales” de una sociedad. En cuanto enfoque antropológico –según Harris–, privilegiaría la perspectiva del observador interno (el nativo); tomaría sus descripciones como el sentido de su conducta, lo que implicaría inverificabilidad y subjetividad. Lo *etic*, en cuanto estructura, guardaría relación con los imperativos materiales de la existencia social. Como enfoque, se definiría por su objetividad, y verificabilidad. Privilegiaría la posición del observador externo (v. cap. *Grupos de discusión*).

## ENCARNACIÓN

Es el proceso histórico-cultural de naturalización de distinciones y oposiciones sociales mediante su enraizamiento o inscripción en la organicidad corporal y dinámica de los agentes, que viene a constituir un fondo último para los marcos de sentido (v. cap. *Análisis del sentido de la acción*).

## ENTREVISTA

Proceso comunicativo por el cual un investigador extrae una información de un interlocutor que se halla contenida en la biografía de tal interlocutor. Entendiendo biografía no sólo como los acontecimientos factuales vividos por el individuo sino también el conjunto de imágenes y representaciones asociadas a esos acontecimientos vividos por el entrevistado (v. cap. *Sujeto y discurso...*).

## ENTREVISTA DIRECTIVA, NO DIRECTIVA

Entrevista directiva es aquella en la que el sujeto va respondiendo, de forma precisa, a los temas y a las preguntas (cerradas) que el entrevistador va planteando. En la entrevista

no directiva se le permite que responda libremente a las preguntas o introduzca nuevos temas (v. cap. *La entrevista psicológica*).

## ENTREVISTA DE GRUPO

Técnica cualitativa en la que los entrevistados han sido agrupados. No conversan entre ellos, sino que responden individualmente a las preguntas del moderador, pero, naturalmente, tienen presentes en ellas las respuestas de los demás. Se encuentra en el origen del grupo de discusión (v. cap. *Grupos de discusión*).

## ENTREVISTA ESTRUCTURADA, SEMIESTRUCTURADA, NO ESTRUCTURADA

Entrevista estructurada es aquella entrevista que tiene un orden preestablecido de preguntas y de temas. La entrevista no estructurada no tiene un orden prefijado, coincidiendo con la entrevista no directiva, mientras la semiestructurada presenta una alternancia de fases estructuradas y no estructuradas (v. cap. *La entrevista psicológica*).

## EPISTEMOLOGÍA

El estudio científico-filosófico de los procesos cognitivos, sus límites y posibilidades (v. cap. *Investigación e intervención en grupos familiares...*).

## ESPECULAR, RELACION

Relación dual. Con sólo dos individuos no hay grupo de discusión, pues cada uno es un espejo para el otro, se ve reflejado en el otro, ve en el otro lo idéntico a sí mismo. Tendríamos aquí una conversación idiota. Y si la especularidad no funciona, tendremos una comunicación imposible (v. cap. *Grupos de discusión*).

## ESTEREOTIPO

Formas construidas de marcaje y reconocimiento social que encuadran la conciencia del hablante simplificando y esquematizando su visión de la realidad (v. cap. *Sujeto y discurso...*).

## ESTRUCTURAL

Para el caso de la historia oral y las historias de vida, procedimiento de análisis e interpretación que procede modelizando las dimensiones básicas de los relatos privilegiando la perspectiva extensional y de los enunciados (v. cap. *Historias de vida e historia oral*).

## ETIC

Término del par opositivo etic/emic. Ver emic (v. cap. *Grupos de discusión*).

## ETIQUETA.

Forma socialmente objetivada que de manera apriorística conforma el conocimiento y los juicios que los actores tienen sobre el mundo social (v. cap. *Sujeto y discurso...*).

## EXPRESIÓN

Cualquier conjunto de símbolos o elementos significativos (elementos a los que se pueda adscribir un significado). En la medida en que el sentido se construye a partir de varios niveles de articulación de los elementos significativos, una expresión compuesta por elementos que son individualmente portadores de algún significado, puede sin embargo carecer globalmente de sentido. Una expresión con sentido es aquella que admite al menos una interpretación por algún sujeto (v. cap. *Análisis de contenido*).

## FONÉTICA

Parte de la lingüística que estudia los sonidos de una lengua (realizaciones de los fonemas) (v. cap. *Grupos de discusión*).

## FONOLOGÍA

Parte de la lingüística que estudia los fonemas (v. cap. *Grupos de discusión*).

## FRACTALIDAD SOCIAL

Teoría acerca de la descripción de la extensión y amplitud de la heterogeneidad social y de las relaciones contraproductivas entre sujetos y sistemas. Muestra la irreprimible apertura fenoménica de lo diseñado, en muchos enfoques, como estructura cerrada, la inestabilidad de los sistemas presuntamente estables, el mestizaje de las identidades, la mezcla entre los estilos, el enredamiento de las perspectivas de observación, etc., (v. cap. *Socioanálisis Cibernético*).

## FRAGMENTOS/FRACTALES

En la perspectiva del análisis de movimientos sociales de la investigación-acción participativa más que de sistemas estamos partiendo de la situación de fragmentariedad en

que nos reconocemos. Ahora bien si no podemos encontrar la esencia del fragmento porque se nos rompe en pedazos al acercar nuestro método, y nos huye en su proceso divergente al nuestro, al menos podemos intentar encontrar alguna lógica relacional de los fractales. Los tipos de relaciones que encontramos en lo micro y sus movimientos (patriarcalismo, p. ej.) los encontramos también en lo macro. Tratamos de saber cómo se relaciona en el tiempo lo micro con lo macro, no con una matemática de cifras, sino con una topología relacional (v. cap. *De los movimientos sociales a las metodologías participativas*).

## FUNCIÓN METALINGÜÍSTICA

Función del lenguaje que tiene por objeto el código o los códigos que hacen inteligible ese lenguaje (v. cap. *Sujeto y discurso...*).

## FUNCIÓN EMOTIVA

La función del lenguaje centrada en el emisor, transmite identidad y se articula sobre la expresión de experiencias y vivencias particulares (v. cap. *Sujeto y discurso...*).

## FUNCIÓN REFERENCIAL

Aquella función del lenguaje que tiende a remitir a un referente externo o estar centrada en las características factuales del universo de las cosas de las que se habla (v. cap. *Sujeto y discurso...*).

## GRUPO PRIMARIO

Término propuesto por Cooley, que indica que las relaciones entre los miembros de ese grupo son intensas, emocionales y muy cercanas, casi como una familia (v. cap. *De las concepciones del grupo terapéutico...*).

## GRUPO SECUNDARIO

Término propuesto por Cooley, donde las relaciones entre los miembros son más frías y distantes. Es un grupo no tan comprometido emocionalmente como el grupo primario (v. cap. *De las concepciones del grupo terapéutico...*).

## GRUPO SOFISTICADO (BION)

Grupo en el que prima el principio de realidad y de características yoicas y racionales (se puede relacionar con el grupo secundario de Cooley) (v. cap. *De las concepciones del grupo terapéutico...*).

## GRUPO INTERNO

Historia que se estructura en cada individuo a partir de sus vínculos fundantes. Soporta la ideología que rodea al sujeto en su proceso de individuación (v. cap. *De las concepciones del grupo terapéutico...*).

## GRUPO DE SUPUESTO BÁSICO (BION)

Grupo dominado por la creencia emocional básica del momento (dependiente, agresiva o de esperanza) (Se puede relacionar con el grupo primario de Cooley) (v. cap. *De las concepciones del grupo terapéutico...*).

## GRUPO DE REFERENCIA

Grupos humanos que los individuos usan como modelos de acción cuando tratan de realizar, evaluar o juzgar su conducta y la de los otros (v. cap. *De las concepciones...*).

## GRUPO BÁSICO

En el contexto del grupo de discusión, se trata en realidad de una dimensión (dimensión básica/de trabajo). El grupo de discusión es eminentemente un grupo de trabajo (está ligado a la realización de una tarea en la que han de cooperar sus miembros). Pero puede aparecer el componente básico si se permite que la dimensión de trabajo languidezca. La dimensión de grupo básico, en la terminología de Bion, hace referencia al grupo abierto a la realización fantasmática del placer (v. cap. *Grupos de discusión*).

## HABITUS

Condiciones sociales de reproducción de la vida cotidiana que generan sistemas personalizados de esquemas generadores de prácticas y de percepción de esas prácticas (v. cap. *Sujeto y discurso...*).

Es un sistema de estructuras cognitivas y motivacionales, producidas históricamente, que se incorporan en cada organismo como disposiciones duraderas, y que generan y estructuran las prácticas individuales y colectivas de un modo condicionado pero no determinado (v. cap. *Análisis del sentido de la acción*).

## HECHO SOCIAL

Los fenómenos sociales que son exteriores a las conciencias individuales, pero, a la vez, constriñen estas mismas conciencias; añadiéndole Durkheim además, el requisito de que sean "objetivos", es decir, que en ningún caso puedan ser producto de definiciones subjetivas (v. cap. *Sujeto y discurso...*).

## HERMENÉUTICA

Procedimiento de análisis e interpretación de las historias de vida que privilegia los niveles de los enunciados (como textos) y lo intensivo. Pretende la reconstrucción de las reglas de interacción y de producción de sentidos en la secuencia de niveles de un relato (v. cap. *Historias de vida e historia oral*).

## HETEROGENEIDAD

En el grupo de discusión, se habla de heterogeneidad cuando en el interior de un mismo grupo combinamos atributos de un mismo orden lógico (sexo o posición social, etc.). La heterogeneidad es variable: puede haber desde una heterogeneidad mínima a una heterogeneidad máxima, lo que equivale a decir que la homogeneidad es también variable. El límite inferior de la heterogeneidad lo constituye la homogeneidad absoluta (se introducen un gran número de atributos que han de cumplir todos los asistentes); esto suele producir discursos idiotas. La heterogeneidad máxima (el límite que impide que el grupo funcione como tal) está definido por las barras sociales de exclusión (proletario/propietario, padre/hijo, etc.) (v. cap. *Grupos de discusión*).

Característica de lo social basada en la fractalidad y en la noción de circularidad. Frente a la Sociología Positiva, que constituye un espacio circular y cerrado a partir de procesos de circularidad discursiva, la perspectiva del Socioanálisis Cibernético muestra la manera en que el trazado de círculos representa, en sí mismo, una construcción de unidad mediante materiales heterogéneos, mestizos e impuros. La heterogeneidad de lo social se acrecienta como consecuencia de la interacción entre procesos de circularidad. Siendo la circularidad una dinámica generalizada de lo social, el círculo y las formaciones derivadas de sus movimientos (rotación, traslación, encadenamiento, pliegue) son sus representaciones más eficaces (v. cap. *Socioanálisis Cibernético*).

## HISTORIA ORAL

Procedimiento de investigación sociohistórica basado en los relatos verbales de grupos o colectivos sobre prácticas concretas o períodos temporales acotados, incluyendo la elaboración y la memoria del colectivo o de los miembros que relatan (v. cap. *Historias de vida e historia oral*).

## HISTORIA DE VIDA

Elaboración a partir de los relatos orales y otras fuentes documentales de los itinerarios de vida de una persona o un tipo de sujeto social (*Oral History*) (v. cap. *Historias de vida e historia oral*).

## HOLISMO

Metodología descendente con la que se explica la acción a partir de normas, valores o patrones de conducta colectivos que son propiedades emergentes, no reducibles al nivel individual (v. cap. *Metodología, contexto y reflexividad*).

## IDENTIDAD

Es el campo de lo Uno. En el sentido en que lo hemos empleado en este texto, la identidad (yoica) es un producto de la inscripción de un sujeto (de su subjetividad) en un campo de certezas ideológicas; al identificarse (hacer suyas) con tales certezas, se dota de certeza de sí (y ya puede afirmar: "Yo soy...", seguido de los atributos que queramos añadir). La identidad (lo uno), requiere de la identificación (que, al estar fuera de sí, es del orden de lo otro, o del Otro lacaniano). Se configura, por tanto, en la alteridad (v. cap. *Grupos de discusión*).

Síntesis de instancias emotivas, biográficas y sociales que acaban estructurando la personalidad y el modo de aprehensión y expresión de su realidad individual (v. cap. *Sujeto y discurso...*).

## IDENTIFICACIONES (COLECTIVAS)

Lo empleamos en este texto como el campo colectivo de las certezas imaginarias con las que el sujeto teje su identidad (certeza de sí) individual (v. cap. *Grupos de discusión*).

## IMPLICACIÓN/EXPLICACIÓN

Estamos siempre implicados, lo sepamos o no, pero no siempre nos explicamos las situaciones, y cuando lo hacemos nuestras explicaciones son necesariamente parciales. Las explicaciones nos interesan en la medida en que sirven a las implicaciones donde nos encontramos. La implicación es un posicionamiento epistémico, previo a cualquier método, y que requiere una toma de postura previa a cualquier investigación (v. cap. *De los movimientos sociales a las metodologías participativas*).

## IMPLICATURA CONVERSACIONAL

Procedimiento discursivo por el que el intérprete realiza una inferencia a partir de la presunción de que el locutor, que ha infringido alguna máxima de conversación, no tenía, pese a todo, la intención de desdeñar la cooperación comunicativa. El procedimiento es habitual en los sobreentendidos coloquiales, en las figuras retóricas y en numerosas estrategias oratorias y polémicas (v. cap. *Análisis Semiótico del discurso*).

## INDIVIDUALISMO

Metodología ascendente en la que se establece el individuo y su acción como unidad de análisis de las interacciones, discursos y, en general, lo social (v. cap. *Metodología, contexto y reflexividad*).

## INDIVIDUO

Nombre con el que denominamos un núcleo de complejidad concebible en términos de cualesquiera conceptos metafóricos de agrupación "social" empleados (reificados) por



los sociólogos, y a través del cual se describen organizaciones sociales que interpretan (al tiempo que son interpretadas), transmiten conocimiento, tienen una intencionalidad (así como se le atribuyen intenciones), y construyen un efecto de reversibilidad, es decir, construyen y reproducen un mundo. El individuo constituye un proceso infinitamente recursivo de interpretaciones que tienen siempre la intencionalidad de alcanzar la "totalidad" de cualquier nivel, ya sea éste jerárquico (la mónada de todas las mónadas), céntrico y/o policéntrico o, finalmente, disciplinario (orden). El proceso al que hace referencia esta perspectiva tiene siempre un carácter reversible. Esta idea de individuo es clave en la teoría de la autoorganización social que contempla la existencia de una fractalidad de lo social (v. cap. *Teoría de la observación*; v. cap. *Socioanálisis Cibernético*).

## INTENCIONALIDAD

Es la propiedad característica de muchos estados y acontecimientos mentales, por la que éstos están dirigidos a, o tratan de, objetos y acontecimientos en el mundo. Toda intencionalidad posee, de algún modo concreto, un contenido intencional específico que determina las condiciones que deben darse para que la intencionalidad se satisfaga (v. cap. *Análisis del sentido de la acción*).

## INTERACCIÓN SOCIAL

Acción mutua e intercambios comunicacionales entre los miembros de un grupo, un subgrupo o una población cualquiera, que influye en las percepciones, el comportamiento y las pautas de relación de los individuos de una manera directa o indirecta (v. cap. *Sujeto y discurso...*).

## INTERFERENCIAS DE DISCURSO

Noción con la que Bajtin se refiere a las manifestaciones de doble contexto enunciativo; una expresión pertenece simultáneamente a dos contextos o discursos (por ejemplo, el del narrador y el del personaje), orientados a menudo de modo diferente (v. cap. *análisis semiótico del discurso*).

## INTERLOCUTOR

Dentro de una conversación grupal, proceso en el que se produce el intercambio de puntos de vista, perspectivas, opiniones, etc. No coincide con el individuo (el emisor) (v. cap. *Grupos de discusión*).

## INTERPRETACIÓN

Acto por el que otorgamos determinado sentido a cierta realidad en la que se muestra alguna intencionalidad (propia o ajena). Las realidades que pueden ser objeto de interpre-

tación son aquellas que se estiman involucradas con la acción de algún sujeto (real o ficticio). Esas realidades pueden ser objetos, productos, o presupuestos de esa acción. Las expresiones, como productos típicos de la acción humana, cargados de la intencionalidad que la dirige, y que justamente se realizan con el propósito de manifestar esa intencionalidad, son objetos privilegiados de interpretación (v. cap. *Análisis de contenido*).

## INTERPRETANTE

Proviene de la lingüística de Peirce. En sentido restringido, sería la relación paradigmática entre un signo y otro. Un interpretante sería un signo que tendría su interpretante, y así sucesivamente. En el sentido en que lo usa Benveniste, el lenguaje sería del orden del sentido de la sociedad y de la creación de la misma realidad social (v. cap. *Grupos de discusión*).

## INTERTEXTUALIDAD

Concepto que tiende a resaltar que los procesos de enunciación de los discursos se producen desde su propia generación como el resultado de un diálogo con otras líneas discursivas y sus contextos (v. cap. *Sujeto y discurso...*).

## LENGUA

En Saussure, término de la oposición lengua/habla. Correspondería al lenguaje entendido en su aspecto social y como sistema de signos, que el hablante registra pasivamente y combina de manera individual en emisiones concretas o habla (v. cap. *Grupos de discusión*).

## MARCO

Entorno espacial y temporal en el que se realiza la interacción comunicativa. Este entorno no sólo sirve de telón de fondo, sino que también articula y da coherencia (v. cap. *Sujeto y discurso...*).

## MATERIALISMO CULTURAL

Perspectiva antropológica que persigue la explicación de los fenómenos culturales o "mentales" y de su cambio, desde las condiciones materiales de producción de la vida social (v. cap. *Grupos de discusión*).

## MATRIZ GRUPAL

"Todo social" formado por el conjunto de comunicaciones y relaciones entre los miembros de un grupo en interacción (cfr. Foulkes, v. cap. *De las concepciones del grupo terapéutico...*).

## MEMORIA

Desde el punto de vista de la historia oral, la capacidad que los relatos tienen de actualizar modos de vida, soluciones a conflictos, registros de pérdidas y, en general la construcción de los procesos de identificación (v. cap. *Historias de vida e historia oral*).

## MODELO DE ROL

Patrón de conducta socialmente construido que tiende a hacer previsible, regular e incluso imitable el conjunto de comportamientos asociados a esa posición social (v. cap. *Sujeto y discurso...*).

## MOVILIZACIÓN/MOVIMIENTOS

Las movilizaciones sociales en sí duran poco, son como la parte manifiesta de unos procesos latentes que subyacen en la sociedad. Los movimientos, por contra, tienen ya una duración que los hace importantes para los cambios sociales. Si las movilizaciones son como ondas cortas, los movimientos populares son ondas medias (Vecinales, estudiantiles, etc.), y hay también ondas largas en los movimientos históricos (obrero, mujer, etc). Estos movimientos más largos se alimentan de las movilizaciones más cortas, pero éstas suelen desbordar las cristalizaciones asociativas de los movimientos, por lo que esta paradoja es el centro de la relación (v. cap. *De los movimientos sociales a las metodologías participativas*).

## NÚCLEO BÁSICO DE LA PERSONALIDAD

Estructura compuesta por los vínculos fundantes y que se configura por el predominio de unos determinados mecanismos de defensa. Es relativamente estable y no existe en las psicosis. Son tres: esquizoide, confusional y depresivo (v. cap. *De las concepciones del grupo terapéutico...*).

## OBJETO

Lo que denominamos habitualmente realidad, que está ya lingüísticamente constituida por el concepto. Es, por consiguiente, un producto del lenguaje. En el mundo físico, la cosa preexiste al lenguaje, que la recorta conceptualmente (la convierte en objeto). En el mundo social, los objetos y las palabras son coincidentes (v. cap. *Grupos de discusión*).

## OBSERVACIÓN

Se define desde el nivel de abstracción de la autopoiesis. Señala la unidad de una operación que utiliza una distinción para marcar uno u otro lado de esa distinción. El modo de la operación puede ser igualmente vida, conciencia o comunicación (cfr. Luhmann, v. cap. *Sociocibernética...*).

## OPERACIONES BOOLEANAS

Operaciones lógicas definidas por George Boole, típicas del álgebra de clases, y que permiten definir clases a partir de relaciones lógicas entre clases. Los operadores booleanos básicos son la exclusión o negación (que determina la clase complemento de una cierta clase A, es decir, la clase de los objetos que no son A), la suma lógica o disyunción (que define la clase que es suma de dos clases A y B, es decir, la clase de los objetos que son bien A, bien B, bien A y B a la vez), y el producto lógico o conjunción (que delimita la clase producto de dos clases A y B, es decir, la clase de los objetos que son tanto A como B). Las operaciones booleanas se aplican en el análisis textual con vistas a iluminar las relaciones lógicas entre las unidades de registro y entre las categorías (v. cap. *Análisis de contenido*).

## OPINIÓN

Juicio que se hace explícitamente sobre un objeto, una persona, una situación, un grupo, un hecho social, teniendo en cuenta, además, que en sentido estricto la opinión es siempre consciente (v. cap. *Sujeto y discurso...*).

## OTRO GENERALIZADO

El conjunto de expectativas colectivas que el individuo cree que los otros tienen con respecto a él mismo (v. cap. *Sujeto y discurso...*).

## PADRE AUSENTE

También Padre Muerto. En el lenguaje psicoanalítico lacaniano, hace referencia al mito freudiano de la muerte del Padre a manos de los hijos (la fraternía). La figura del Padre retorna como Ley que rige las relaciones entre los hermanos. Es el lugar de la Ley (v. cap. *Grupos de discusión*).

## PERFORMATIVA, POTENCIA

Capacidad del lenguaje de crear la realidad. Proviene de la lingüística de Austin. En ella, habría enunciados constataivos (cuando describen un acontecimiento) y performativos (cuando, además de describir una determinada acción del locutor, equivalen al cumplimiento de esa acción: "prometo"). Es del orden del hacer de las palabras (v. cap. *Grupos de discusión*).

## PERFORMATIVO

Un enunciado performativo no describe sino que constituye, o consiste en, una acción social como felicitar, prometer, declarar... Cuando la performatividad no se examina como propiedad específica de ciertas acciones institucionales o rituales, sino como función de cualquier enunciado, se habla de acción ilocutiva (v. cap. *Análisis semiótico del discurso*).

## POSITIVISMO

Corriente epistemológica que concibe el objeto de conocimiento como una colección de hechos (probablemente relacionados según ciertas leyes). Un hecho es justamente una realidad “hecha”, acabada en sí misma y que encierra por tanto un sentido intrínseco, absoluto –en la acepción etimológica de desvinculado de toda otra realidad, y en concreto de toda subjetividad–. Los hechos son por ello realidades “objetivas”, no relativizables por referencia a ningún sujeto –es decir, a ninguna intencionalidad– (v. cap. *Análisis de contenido*).

## PRAGMÁTICA

Parte de la semiótica interesada en estudiar las relaciones entre los signos o expresiones y sus usuarios (productores o intérpretes). La pragmática examina las expresiones como resultados de actos –de expresión o de interpretación–, de los sujetos que establecen contacto como tales por medio de las mismas. Desde la perspectiva pragmática, las expresiones son realidades intrínsecamente intencionales, sirven para hacer determinadas cosas, y lo consiguen en la medida en que provocan efectos en las subjetividades que las producen y/o interpretan. En definitiva, el punto de vista pragmático contempla el hecho expresivo como una realidad entañada en la dinámica de la acción humana que lo produce y que le da sentido (v. cap. *Análisis de contenido*).

## PRAXIS/PRÁCTICA

Más allá de la polémica entre teoría y práctica, cabe la praxis como una reflexión necesariamente vinculada con la práctica que cada sujeto o movimiento desarrolla. No es por tanto una simple práctica, pero tampoco cualquier teoría. La praxeología introduce criterios discriminadores en las metodologías para señalar que no todo vale, sino que hay criterios previos y posteriores de tipo práctico, en función de los cuales es necesario hacer cualquier investigación o reflexión metodológica y técnica (v. cap. *De los movimientos sociales a las metodologías participativas*).

## PREGUNTAS ABIERTAS, CERRADAS

Pregunta abierta es toda aquella que el sujeto puede responder libremente, frente a las preguntas que tienen una serie de alternativas prefijadas (v. cap. *La entrevista psicológica*).

## PRESUPOSICIÓN PRAGMÁTICA

Es una “condición de normalidad” comunicativa de un enunciado. Los presupuestos pragmáticos se identifican con las reglas de cumplimiento de actos ilocutivos (v. cap. *Análisis Semiótico del discurso*).

## PRESUPOSICIÓN LÓGICO-SEMÁNTICA

“Condición de verdad” de una proposición, la presuposición lógico-semántica es una parte del significado que se mantiene tanto en la modalidad afirmativa de una proposición cuanto en la negativa (v. cap. *Análisis semiótico del discurso*).

## PRESUPUESTOS AUTORREGULADOS INTEGRALES

Los PAI en el Madrid de la transición eran los Programas de Actuación Inmediata, descentralizados por distritos, participados por los vecinos (al menos los primeros), y con carácter de responder a las necesidades locales planteando soluciones lo más integrales posibles (infraestructuras, cultura, etc. sobre las bases económicas de entonces). Hemos tomado estas siglas para que las programaciones sigan teniendo un carácter de Presupuestos (tiempos y recursos concretos), sean Autorregulados (participados y autoeducativos), y sean Integrales (complementarios y sinérgicos) (v. cap. *De los movimientos sociales a las metodologías participativas*).

## PROCESO DE (AUTO)IDENTIDAD

Es la configuración histórico-política de una subjetividad mediante la interpretación reflexiva y narrativa de la propia biografía, de modo que el agente recibe un asiento de sentido y moralidad y un posicionamiento social específicos (v. cap. *Análisis del sentido de la acción*).

## PROCESOS

Las ciencias sociales estudian las relaciones aunque se apoyen en los individuos, tanto las relaciones de estructuras como las relaciones procesuales. Esto implica que debe tenerse en cuenta que el tiempo es una relación de tensión entre la realidad existente y la realidad virtual. Los bloques sociales, por ejemplo, son procesos construidos sobre una tensión entre los condicionantes de las estratificaciones sociales y los proyectos socio-políticos que los agrupan o corporativizan. Con Ibáñez hablamos de “sujetos en proceso”, pero donde el proceso marca a los sujetos, por lo que más propiamente habría que hablar de procesos en sujetos (v. cap. *De los movimientos sociales a las metodologías participativas*).

## PROGRAMA

Hace referencia al concepto de código e indica aquellas condiciones bajo las que los valores positivos o negativos de un código determinado pueden ser correctamente asignados a circunstancias o acontecimientos. En los sistemas sociales se tratará como una cuestión de decisión entre lo verdadero y lo falso, lo justo y lo injusto, etc., (v. cap. *Sociocibernética...*).

## REDES DE IDENTIFICACIÓN

La comunicación social actúa como el ecosistema de una montaña, donde una serie de jerarquías tratan de marcar las dominaciones, los sentidos del poder, y las potencialidades

alternativas. Espacios reticulares superpuestos donde nos movemos todos, y construimos y descodificamos continuamente identificaciones más que identidades. Las identidades como los sujetos son fractales y paradójicas, por lo que preferimos hablar de identificaciones necesarias, pero versátiles. Los peligros están ahí, pero también las potencialidades emancipadoras (v. cap. *De los movimientos sociales a las metodologías participativas*).

## REFLEXIVIDAD

El proceso social que permite conocer algo de sí mismo en tanto objeto de observación (v. cap. *Investigación e intervención en grupos familiares...*).

## RELATO DE VIDA

Narración oral que abarca un período o la mayor parte del curso vital de una persona (*Oral Story*). Puede a veces tomar otros soportes o complementos documentales para ser integrada en la Historia de vida (v. cap. *Historias de vida e historia oral*).

## RESISTENCIA

Oposición a aceptar las interpretaciones o señalamientos del examinador y a seguir sus instrucciones (v. cap. *La entrevista psicológica*).

## RESONANCIA

Indica que los sistemas pueden reaccionar ante los sucesos del entorno sólo según la medida de su propia estructura (v. cap. *Sociocibernética...*).

## REVERSIBILIDAD/IRREVERSIBILIDAD

Conceptos provenientes de los estudios de Prigogine. La reversibilidad constituye una cualidad de la perspectiva de la Sociología Positiva: un estado determinado en el presente hace equivalentes pasado y futuro. Existe una relación simétrica entre lo conocido y el futuro, siendo el presente su eje. Los acontecimientos poseen un carácter de eterna regresión a un estado de equilibrio, determinación e integración permanentes. La irreversibilidad, por el contrario, característica de la visión del SAC, nos remite a la concepción de los sistemas como irreversibles, inestables, impredecibles, envueltos en procesos de autoorganización alejada del equilibrio. (v. cap. *Teoría de la observación*; v. cap. *Socioanálisis Cibernético*).

## REVERTIR (EFECTO BOOMERANG)

Acción de complejizar los dilemas simples de bueno/malo, blanco/negro, reformista/revolucionario, etc., para abrirse a los tetralemas (4 posiciones) y a la transversalidad (horizon-

tal y vertical al tiempo). No hay SI o NO, sino también ni SI, ni NO, y SI, pero NO, o sea cuatro posiciones entre las que poder jugar las bazas. En la posición reversiva (SI pero No), típica de muchos movimientos sociales, estos parecen aceptar las declaraciones formales del sistema de poderes, pero en la práctica hacen reventar sus fundamentos desbordando a los poderes fácticos con sus dinámicas. Son como los *boomerangs* que vuelven los principios del poder contra él mismo, cuando consiguen sobrepasar un determinado punto de acumulación de fuerzas, y de claridad de sus posibilidades (v. cap. *De los movimientos sociales a las metodologías participativas*).

## ROL

Piedra angular de la teoría grupal de Moreno. Es anterior al Yo, que precisamente se forman a partir de los roles. Moreno lo define como "Forma de funcionamiento que asume un individuo en un momento específico y como reacción a una situación específica" (v. cap. *De las concepciones del grupo terapéutico...*).

## SEMÁNTICA

Parte de la semiótica (en el contexto del lenguaje verbal, parte de la gramática) que estudia el significado de los signos o expresiones. En cierto modo, hay tantas concepciones de la semántica como teorías del significado y de su relación con los otros niveles fundamentales —el sintáctico y el pragmático— del hecho expresivo. Así, mientras que la lingüística moderna parece primordialmente interesada en aproximar la semántica al nivel sintáctico, y dedica buena parte de su esfuerzo a intentar clarificar las relaciones entre esos dos planos, el AC suele estar más atento a la relación que existe entre el dominio semántico y el pragmático (v. cap. *Análisis de contenido*).

## SENTIDO

Actividad selectiva y heterogénea del sujeto en su interpretación creativa de los contextos complejos, y en su atribución de aspectos genéticos (históricos) al objeto. La atribución de aspectos al objeto, así como las relaciones que los objetos mantienen entre sí, como consecuencia de la lógica del proceso de objetivización realizado, no son sino construcciones de las conciencias complejas (v. cap. *Teoría de la observación*).

## SENTIDO, EFECTO DE

Si aceptamos que el signo es una unidad estructuralmente rota, habría que buscar su unidad como resultado de un proceso semiótico (ideológico). Cuando se produce un enlace entre las dos cadenas significante y significada, estaríamos ante un signo, que sería, así producto, efecto, y no unidad preexistente (v. cap. *Grupos de discusión*).



## SENTIDO DEL ENUNCIADO

Equivale a la descripción-cualificación (reflexiva) de la propia enunciación que se da implícitamente en todo enunciado (v. cap. *Análisis semiótico del discurso*).

## SENTIDO DE LA ACCIÓN

Es la ubicación intencional y narrativa de una conducta en unos marcos sociales, que le otorgan tanto una capacidad representativo-expresiva, cuanto una localización en la geometría social de valores (v. cap. *Análisis del sentido de la acción*).

## SESGOS

Efectos contaminadores producidos por las opiniones y expectativas del examinador en los resultados de la entrevista (en el texto se repasan los principales sesgos) (v. cap. *La entrevista psicológica*).

## SIGNIFICACIÓN

Modo de atribución de un significado a un significante. Este modo de significación está siempre inestablemente organizado en un proceso multidimensional que nos remite siempre a una labor hermenéutica (v. cap. *Sujeto y discurso...*).

## SIGNIFICADO

La parte correspondiente al "concepto" de un signo (v. cap. *Grupos de discusión*).

## SIGNIFICANTE

En Saussure, la parte correspondiente a la imagen acústica del signo (v. cap. *Grupos de discusión*).

## SIGNO

En la obra de Saussure, unidad mínima lingüística, que articularía dos caras (significante y significado), en la significación. Aquí sostenemos que el signo se encuentra estructuralmente roto, y que habría que hablar de cadenas de significantes y cadenas significadas (v. cap. *Grupos de discusión*).

## SINTAXIS, SEMÁNTICA Y PRAGMÁTICA

Son las tres dimensiones de la semiosis o proceso semiótico. La primera concierne a las relaciones entre los signos. La segunda a las representaciones propiciadas por los signos. La

tercera a las relaciones entre signos e intérpretes. En términos más precisos, la pragmática se ocupa de las categorías básicas de la deixis (sujetos, lugar y tiempo) y de los tipos de enunciación o clases de actos discursivos (v. cap. *Análisis semiótico del discurso*).

## SINTÁXIS

Parte de la semiótica (en el contexto del lenguaje verbal, parte de la gramática) que estudia las relaciones sistemáticas de contingencia que mantienen los símbolos lingüísticos o unidades significantes, en sus distintos niveles de articulación. En el caso del lenguaje verbal, esos niveles son el fonológico/alfabético, el morfológico y el propiamente sintáctico (v. cap. *Análisis de contenido*).

## SISTEMA PROTOMENTAL

Lugar metapsicológico donde se encuentran los supuestos básicos no activos ni manifiestos en un momento grupal coyuntural (cfr. Bion, v. cap. *De las concepciones del grupo terapéutico...*).

## SISTEMA SOCIAL

Un sistema social llega a existir cuando surge una circunstancia comunicativa autopoietica y se limita frente a un entorno a través de la limitación de comunicaciones apropiadas. Los sistemas sociales no se componen de personas ni de acciones, sino de comunicaciones (cfr. Luhmann, v. cap. *Sociocibernética...*).

## SITUACIÓN GRUPAL (MAV)

Secuencia de conductas verbales y extraverbales que resultan del empleo preferente y significativo de un conjunto de mecanismos de defensa (v. cap. *De las concepciones del grupo terapéutico...*).

## SITUACIÓN

Representación en miniatura del todo social. Se analiza en términos de estructura (Pautas de relación relativamente estables y continuas), en términos de proceso (conjunto dinámico en función de las interacciones de los miembros) y de contenido (cfr. Foulkes, v. cap. *De las concepciones del grupo terapéutico...*).

## SUPERFICIE TEXTUAL

Desde la perspectiva del AC, y convencionalmente, cabe definir la superficie textual como la pura forma sintáctica del texto. Por "forma sintáctica del texto" debe entenderse la realidad configurada por las relaciones que mantienen los símbolos lingüísticos o unidades

significantes, relaciones que como se ha indicado se establecen en distintos niveles de articulación (fonológico/alfabético, morfológico y propiamente sintáctico) (v. cap. *Análisis de contenido*).

## SUPERPOSICIÓN

En un proceso de codificación se producen superposiciones cuando varias unidades de registro coinciden parcialmente en el texto, sin que ninguna de ellas esté incluida totalmente en alguna de las otras (v. cap. *Análisis de contenido*).

## SUPUESTO BÁSICO

Creencia emocional subyacente a la vida de un grupo. Puede ser de tres tipos: Dependencia, Ataque-fuga y emparejamiento (cfr. Bion, v. cap. *De las concepciones del grupo terapéutico...*).

### SUPUESTO BÁSICO DE DEPENDENCIA

Creencia emocional de un grupo que hace que todo dependa de la labor de un líder, que es el único que puede llevarlo adelante (cfr. Bion, v. cap. *De las concepciones del grupo terapéutico...*).

### SUPUESTO BÁSICO DE ATAQUE-FUGA

Creencia emocional de un grupo que hace que prime la agresión, generalmente hacia quien se había idealizado en el supuesto básico de dependencia (v. cap. *De las concepciones del grupo terapéutico...*).

### SUPUESTO BÁSICO DE EMPAREJAMIENTO

Creencia emocional de un grupo en el que predominan los sentimientos de esperanza, centrados en una pareja que se ha formado en el seno del grupo (v. cap. *De las concepciones del grupo terapéutico...*).

## TAREA

Concepto central en la concepción de grupo operativa. El grupo debe operar sobre la tarea. Puede ser manifiesta o latente (cfr. Pichon Rivière, v. cap. *De las concepciones del grupo terapéutico...*).

## TEJIDO SOCIAL/TEJIDO ASOCIATIVO

Lo asociativo, por importante que sea, sólo es una pequeña parte de lo social y además suele estar cristalizado. Las líneas discursivas de los dirigentes asociados nos muestran dónde está el voluntarismo del voluntariado y cómo contrastan entre sí. Pero necesitamos triangular también las líneas discursivas que emergen de la base social informal a través de sus "comunicadores" de los estereotipos cotidianos. En estas redes informales continuamente se están produciendo efectos de defensa del grupo y de contraataque frente a la multiplicidad de mensajes recibidos. Y es aquí donde lo asociativo, y el propio investigador, deben encontrar los procesos sociales emergentes (v. cap. *De los movimientos sociales a las metodologías participativas*).

## TEXTO

Una emisión o conjunto de emisiones de carácter semántico, consideradas como un todo estratégicamente cerrado. Es del orden del habla (v. cap. *Grupos de discusión*).

## TRANSFERENCIA, CONTRATRANSFERENCIA

La transferencia consiste en el desplazamiento de sentimientos o actitudes, aplicables a otras figuras (infantiles), hacia el entrevistador. La contratransferencia es el fenómeno inverso, del entrevistador al entrevistado (v. cap. *La entrevista psicológica*).

## TRASFONDO DE LA INTENCIONALIDAD

Es un conjunto dinámico e interconectado de capacidades, habilidades, disposiciones, prácticas, etc., que tiene una realidad primariamente biológica y necesariamente social, y que posibilita la especificación de los contenidos intencionales, esto es, que hace posible el funcionamiento y la comprensión de la intencionalidad (v. cap. *Análisis del sentido de la acción*).

## UNIDAD DE CONTEXTO

El entorno textual de una unidad de registro que se considera como el marco interpretativo de ésta. La noción de unidad de contexto es relativa por dos razones: en primer lugar, porque cada tipo de unidad de registro reclama una unidad de contexto adecuada y peculiar. En segundo lugar, porque un cierto tipo de unidad de contexto puede concebirse a su vez como unidad de registro de nivel superior al de aquellas sobre las que actúa como tal unidad de contexto (v. cap. *Análisis de contenido*).

## UNIDAD DE REGISTRO

Cada uno de los fragmentos de texto (desde palabras a documentos enteros) que se consideran de alguna relevancia (que se estiman significativas en algún sentido) para el

proceso de análisis. La noción de unidad de registro puede entenderse desde dos puntos de vista: como unidad de registro tipo (cada clase de unidades de registro, por ejemplo, nombres de personas, u oraciones imperativas) y como unidad de registro ejemplar (cada ocurrencia concreta de un determinado tipo de unidad de registro, digamos el nombre de cierta persona o una oración imperativa particular) (v. cap. *Análisis de contenido*).

## UNIDAD DISCURSIVA

El discurso tiende a cerrarse (siempre estratégicamente, lo que permite el paso de una estructura discursiva a otra: el cambio) como todo coherente. La unidad discursiva sería, así, la condición de su universalidad (v. cap. *Grupos de discusión*).

## VALENCIA

Capacidad individual de insertarse en las situaciones emocionales de un grupo. Puede ser positiva o negativa (cfr. Bion, v. cap. *De las concepciones del grupo terapéutico...*).

## VARIANTE DISCURSIVA

Cada uno de los subconjuntos del conjunto de un discurso social, cuyo sentido se resuelve, por tanto, en el seno de este último. Puede haber variantes relativas a la diferente posición social, al sexo, a la cultura nacional, etc. Pero todas ellas son variantes en la medida en que su estructura no se diferencie de la del discurso social. De lo contrario, habríamos de hablar de discursos diferentes (v. cap. *Grupos de discusión*).

## VÍNCULO

Unidad mínima significativa que condiciona toda dinámica grupal. No se palpa, se accede a él por sus efectos (v. cap. *De las concepciones del grupo terapéutico...*).

## YO-GRUPAL

Concepto ambiguo propuesto por Wolf, que vendría a indicar una especie de superestructura con la cual se tienden a identificar los miembros de un grupo (v. cap. *De las concepciones del grupo terapéutico...*).

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Abell, P. (1987): *The Syntax of Social Life*. Oxford. Clarendon.
- Abell, P. (1988): "The structuration of action". Fielding, N. F. (ed.): *Actions and Structure*. London. Sage. pp. 185-196.
- Abell, P. (1990): "Methodological achievements in sociology over the past few decades with special reference to the interplay of quantitative and qualitative methods". Bryant, C. & Becker, H. (eds.): *What Has Sociology Achieved*. New York. St. Martin's Press. pp. 94-116.
- Adorno, T. W. y cols. (1965): *La personalidad autoritaria*. Buenos Aires. Paidós.
- Alexander, J. C. (1987): *Las teorías sociológicas desde la segunda guerra mundial. Análisis multi-dimensional*. Barcelona. Gedisa.
- Alonso, L. E. (1988): "Entre el pragmatismo y el pansemiologismo. Notas sobre los usos (y abusos) del enfoque cualitativo en sociología". *REIS*, Núm. 43. Madrid CIS. pp. 157-173.
- Alphcis, H. (1988): *Kontextanalyse*. Wiesbaden. DUV.
- Althusser, L. (1993): *Ecrits sur la psychanalyse*. París. Stock/Imec.
- Allport, F. H. (1924): *Social Psychology*. Boston. Routledge.
- Andersen, T. (1987): "The Reflective Team: dialogue and metadialogue in clinical work". *Family Process*. Núm. 26. USA.
- Andersen, T. (1991): *The Reflective Team: Dialogues and Dialogues about Dialogues*. New York. Norton.
- Anderson, H., Goolishian, H. & Winderman, L. (1986): "Problem determined Systems: Toward Transformation in Family Therapy". *Journal of Strategic and Systemic Therapies*. Núm. 5. USA.
- Anzicu, D. (1971): *La Dinámica de los Grupos Pequeños*. Buenos Aires. Kapelusz.
- Anzicu, D. (1978): *El Grupo y el inconsciente*. Madrid. Biblioteca Nueva.
- Apel, K. O. (1985): *La transformación de la filosofía. Vol. II: El a priori de la comunidad de comunicación*. Madrid. Taurus.
- Atlan, H. (1990): *Entre el cristal y el humo*. Madrid. Debate.
- Austin, J. L. (1961): "Performative Utterances". *Philosophical Papers*. Oxford. Clarendon Press.
- Austin, J. L. (1981): *Cómo hacer cosas con palabras*. Barcelona. Paidós Ibérica.
- Ávila, A. (1988): "La contribución del Grupo a la Psicología Clínica y Comunitaria". Varios autores: *El Grupo, lugar de encuentro y divergencia*. Madrid. Grupo Quipú de Psicoterapia.
- Ávila, A. (dir.) (1993): *Manual de Psicoterapia de Grupo Analítico-Vincular*. Madrid. Quipú ediciones/Amaru.
- Ávila, A. y García de la Hoz, A.: *Aportaciones de la Psicoterapia de Grupo a la atención pública en Salud Mental*. Madrid. Quipú ediciones-Serie SEGPA/Amaru. (En prensa).

- Barthes, R. (1970): *Elementos de semiología*. Madrid. Comunicación/Alberto Corazón.
- Bataille, G. (1967): *La part maudite. La noción de dépense*. París. Minuit.
- Bateson, G. (1972): *Steps to an Ecology of Mind*. New York. Ballantine Books.
- Bateson, G. (1979): *Mind and Nature: A Necessary Unity*. New York. Bantam.
- Bateson, G. (1984): *Espíritu y naturaleza*. Buenos Aires. Amorrortu.
- Bateson, G. (1985): *Pasos hacia una ecología de la mente*. Buenos Aires. Carlos Lohlé.
- Bauleo, A. (1979): *Ideología, grupo y familia*. Buenos Aires. Kargieman.
- Bauman, L. J. y Adair, E. G. (1992): "The use of ethnographic interviewing to inform questionnaire construction". *Health Education Quarterly*. Vol. 19. Núm. 1. pp. 9-25.
- Beck, U. y Bonss, W. (Hrsg.) (1989): *Weder Sozialtechnologie noch Aufklärung? Analysen zur Verwendung sozialwissenschaftlichen Wissens*. Frankfurt. Shurkamp.
- Beltrán, M. (1979): *Ciencia y sociología*. Madrid. CIS.
- Beltrán, M. (1985): "Cinco vías de acceso a la realidad". *REIS*. Núm. 29. Madrid. CIS.
- Beltrán, M. (1991): *La realidad social*. Madrid. Tecnos.
- Beltrán, M. (1991b): *Sociedad y lenguaje. Una lectura sociológica de Saussure y Chomsky*. Madrid. Fundación Banco Exterior.
- Benhabib, S. (1992): *Situating the Self. Gender, community and postmodernism*. New York. Norton.
- Benjamin, W. (1979): *El narrador*. Madrid. Taurus.
- Benveniste, E. (1977): *Problemas de Lingüística General*. México. Siglo XXI. (Hay ed. cit. de 1971).
- Benzecri, J. P. (1982): *L'analyse des données*. París. Dunod.
- Berger, P. y Luckmann, Th. (1969): *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires. Amorrortu.
- Berger, A. A. (1991): *Media analysis techniques*. London. Sage.
- Bernal, J. D. (1993a): *Historia Social de la Ciencia*. Barcelona. Península.
- Berne, E. (1966): *Juegos en los que participamos*. México. Diana.
- Berne, E. (1983): *Introducción al tratamiento de grupo*. Barcelona. Grijalbo.
- Bertaux, D. (1993a): "La perspectiva biográfica: validez metodológica y potencialidades". Marinas, J. M. y Santamarina, C. (eds.) (1993): *La historia oral: métodos y experiencias*. Madrid. Debate.
- Bertaux, D. (1993b): "De la perspectiva de la historia de vida a la transformación de la práctica sociológica". Marinas, J. M. y Santamarina, C. (eds.) (1993): *La historia oral: métodos y experiencias*. Madrid. Debate.
- Bertaux, D. y Bertaux-Wiame, I. (1993): "Historias de vida del oficio de panadero". Marinas, J. M. y Santamarina, C. (eds.) (1993): *La historia oral: métodos y experiencias*. Madrid. Debate.
- Berthelot, J. M. (1990): *L'intelligence du social*. París. PUF.
- Bion, W. R. (1970): *Experiencias en grupos*. Buenos Aires. Paidós.
- Blalock, H. M. (1984): "Contextual-effects models: theoretical and methodological issues". *Annual Review of Sociology*. Núm. 10. USA. pp. 353-372.
- Blanchet, A. y otros (1985): *L'entretien dans les sciences sociales*. París. Dunod/Bordas.
- Blanchet, A. (1989): "Entrevistar". Varios autores (1989): *Técnicas de investigación en ciencias sociales*. Madrid. Narcea. pp. 87-130.
- Bleger, J. (1974): *Psicohigiene y Psicología institucional*. Buenos Aires. Paidós.
- Bleger, J. (1975): *Temas de Psicologías. Entrevista y grupos*. Buenos Aires. Nueva Visión.
- Blumer, H. (1982): *Interaccionismo simbólico*. Madrid. Hora.
- Bohn, C. (1991): *Habitus und Kontext*. Opladen. Westdeutscher V.
- Borderías, C. (1991): "Las mujeres autoras de sus trayectorias personales y familiares: a través del servicio doméstico". *Historia y Fuente Oral*. Núm. 6.
- Borges, J. L. (1974): *Obras Completas*. Buenos Aires. Emecé.
- Bourdieu, P. (1985): *¿Qué significa hablar? Economía de los intercambios lingüísticos*. Madrid. Akal.
- Bourdieu, P. (1988): *La Distinción*. Madrid. Taurus.
- Bourdieu, P. (1991): *El sentido práctico*. Madrid. Taurus.
- Bourdieu, P. (ed.) (1993): *La misère du monde*. París. Seuil.

- Bruner, J. (1986): *Realidad mental y mundos posibles*. Barcelona. Gedisa.
- Bruner, J. (1991): *Actos de significado. Más allá de la revolución cognitiva*. Madrid. Alianza.
- Calvino, I. (1990): *El sendero de los nidos de araña*. Barcelona. Tusquets.
- Callinicos, A. (1986): "¿Postmodernidad, post-estructuralismo, postmarxismo?". Picó, J. (ed.): *Modernidad y postmodernidad*. Madrid. Alianza.
- Caparrós Sánchez, N. (1986): "La Consigna: Contribución para una teoría psicoanalítica de los grupos". *Clínica y Análisis Grupal*. 10 (40). pp. 376-382.
- Caparrós Sánchez, N. et al. (1990): "El Modelo Analítico-Vincular". Varios autores: *Modelos grupales en psicoterapia: Aspectos teóricos y técnicos*. Madrid. SEGPA. pp. 42-123.
- Caparrós Sánchez, N. (1980): "El grupo visto desde la psicología vincular". *Clínica y análisis grupal*. Núm. 24. pp. 534-545.
- Caparrós Sánchez, N. y García de la Hoz, A. (1985): "La teoría del grupo y sus aplicaciones clínicas". *Papeles del Colegio*. Núm. 19. pp. 14-15.
- Caparrós Sánchez, N. (1978): "La tarea terapéutica". *Clínica y Análisis Grupal*. 3. (11). pp. 32-53.
- Carrasco, E. (1988): "Grupo de Discusión coordinado desde un Esquema Referencial Operativo". Varios Autores: *El Grupo, lugar de encuentro y divergencia*. Madrid. Grupo Quipú de Psicoterapia. pp. 239-248.
- Carroll, G. et al. (1991): "Karrieren in Organisationen. Eine ökologische Perspektive". *Kölner Zeitschrift für Soziologie und Sozialpsychologie*.
- Cartwright, D. y Zander, A. (1968): *Dinámica de grupos*. México. Trillas.
- Casado Velarde, M. (1988): *Lenguaje y cultura*. Madrid. Síntesis.
- Castoriadis, C. (1983): *La institución imaginaria de la sociedad*. Barcelona. Tusquets.
- Catani, M. (1990): "Algunas precisiones sobre el enfoque biográfico oral". *Historia y fuente oral*. Núm. 3. pp. 151-164.
- Catani, M. (1993): "La historia de vida social como intercambio oral ritualizado". Marinas, J. M. y Santamarina, C. (eds.) (1993): *La historia oral: métodos y experiencias*. Madrid. Debate.
- Cecchin, G. (1987): "Hypothesizing, circularity and neutrality revisited: an invitation to curiosity". *Family Process*. Núm. 26. USA.
- Certeau, M. (1990): *L'invention du quotidien. 1: Arts de faire*. París. Gallimard.
- Cicourel, A. (1982): *El método y la medida en sociología*. Madrid. Editora Nacional.
- Cicourel, A. (1987): "The interpenetration of communicative contexts: examples from medical encounters". *Social Psychology Quarterly*. 50:2. pp. 217-226.
- Cicourel, A. (1989): "Texto y contexto: aspectos cognitivos, lingüísticos y organizativos de la investigación de campo en las negociaciones internacionales". *Papers*. Núm. 31. pp. 33-58.
- Clausewitz, K. von (1976): *De la guerra*. Madrid. Labor.
- Coenen-Huther, J. (1984): *Le fonctionnalisme en sociologie: et après?* Bruselas. Editions de L'Université de Bruxelles.
- Coleman, J. S. (1986): "Microfoundations and macrosocial theory". Lindenberg S. et al. (eds.): *Approaches to Social Theory*. New York. Sage.
- Cohen, G. A. (1986): *La teoría de la historia de Karl Marx. Una defensa*. Madrid. Siglo XXI/Pablo Iglesias.
- Collins, H. (1975): "The Seven Sexes: a Study in the Sociology of a Phenomenon or the Replication of Experiments in Physics". *Sociology*. Núm. 9.
- Conde, F. (1987): "Una propuesta de uso conjunto de las técnicas cuantitativas y cualitativas en la Investigación Social. El isomorfismo de las dimensiones topológicas de ambas técnicas". *REIS*. Núm. 39. Madrid. CIS.
- Conde, F. (1988): *Informe Cualitativo. El Sida. De la Enfermedad Biológica a la Enfermedad Psicosocial*. Madrid. Ministerio de Sanidad y Consumo.
- Conde, F. (1991): "Un ensayo de articulación de las perspectivas cuantitativa y cualitativa en la investigación social". *REIS*. Núm. 51. Madrid CIS. pp. 91-117.



- Conde, F. (1993): "Una reflexión sobre la Investigación Cualitativa en los 80. Los grupos triangulares". Varios autores: *La Otra Investigación Cualitativa*. Barcelona. Aedemo.
- Conde, F. (1993): "Los Métodos Extensivos e Intensivos en la Investigación Social de las drogodependencias". Varios autores (1993): *Las drogodependencias: perspectivas sociológicas actuales*. Madrid. Colegio de Dres. y Ldos. en CC. PP. y Sociología.
- Cook, T. D. y Reichardt, Ch. S. (1986): "Métodos Cualitativos y Cuantitativos en Investigación Evaluativa". Madrid. Morata.
- Coxon, A. P. M. (1989): "Research on AIDS: behavioural perspectives". *AIDS*. 3: 4. pp. 191-197.
- Culler J. (1987): *Barthes*. México. FCE.
- Chandezon, G. y Lançestre, A. (1982): *L'analyse transactionnelle*. París. PUF.
- Dart, T. (1991): *Knowledge, Ideology and discourse. A sociological perspective*. London. Routledge.
- Dashiell, J. E. (1930): "An experimental analysis of some group effects". *Journal of abnormal and Social Psychology*. Núm. 25.
- Davis, F. (1976): *La comunicación no verbal*. Madrid. Alianza.
- Deleuze, G. (1971): *La lógica del sentido*. Barcelona. Barral. (Hay también edición en Paidós en 1989).
- Delumeau, J. (1992): *La Confesión y el Perdón*. Madrid. Alianza.
- Denzin, N. K. (1993): "El estudio interaccionista de la organización social: una nota metodológica". Marinas, J. M. y Santamarina, C. (eds.) (1993): *La historia oral: métodos y experiencias*. Madrid. Debate.
- Ditterich, J & Kaehr, R. (1991): "Self-referentiality, transjunctional operations, policontextuality". *Systemica*. Núm. 8. pp. 127-136.
- Dubois, J. et al. (1979): *Diccionario de lingüística*. Madrid. Alianza.
- Duby, G. (1992): *Los tres órdenes o el imaginario feudal*. Madrid. Taurus.
- Ducrot, O. y Todorov, T. (1983): *Diccionario enciclopédico de las ciencias del lenguaje*. Madrid. Siglo XXI.
- Durkheim, E. (1974): *Philosophie et sociologie*. París. PUF.
- Durkheim, E. (1976): *El suicidio*. Madrid. Akal.
- Durkheim, E. (1978): *Las reglas del método sociológico*. Madrid. Akal.
- Eco, U. (1977): *La estructura ausente*. Barcelona. Lumen.
- Eco, U. (1979): *Obra abierta*. Barcelona. Ariel.
- Eco, U. (1980): *Signo*. Barcelona. Labor.
- Edmondson, R. (1984): *Rhetoric in Sociology*. London. MacMillan P.
- Elder, G. (1993): "Historia y trayectoria vital". Marinas, J. M. y Santamarina, C. (eds.) (1993): *La historia oral: métodos y experiencias*. Madrid. Debate.
- Elster, J. (1990): *El cambio tecnológico. Investigación sobre la racionalidad y la transformación social*. Barcelona. Gedisa.
- Elster, J. (1991): *Una introducción a Karl Marx*. Madrid. Siglo XXI.
- Esser, H. (1985): "Befragtenverhalten als rationales Handeln". *ZUMA*. 85:1.
- Esser, H. (1991): *Alltagshandeln und Verstehen*. Tübingen. Mohr.
- Fages, J. B. (1990): *Communiquer entre personnes en groupe*. Privat. Toulouse.
- Ferrarotti, F. (1991): *La historia y lo cotidiano*. Barcelona. Península.
- Ferrarotti, F. (1993a): "Las biografías como instrumento analítico e interpretativo". Marinas, J. M. y Santamarina, C. (eds.) (1993): *La historia oral: métodos y experiencias*. Madrid. Debate.
- Ferrarotti, F. (1993b): "Sobre la autonomía del método biográfico". Marinas, J. M. y Santamarina, C. (eds.) (1993): *La historia oral: métodos y experiencias*. Madrid. Debate.
- Festinger, L. y Katz, D. (1992): *Los métodos de investigación en las ciencias sociales*. Barcelona. Paidós.

- Flores, F. (1980): *Management and communication*. Berkeley. CUP.
- Foerster, H. von (1991): *Las semillas de la Cibernética*. Barcelona. Gedisa.
- Foerster, H. von (1992): *Einführung in den Konstruktivismus*. München. Piper.
- Foerster, H. von (1993): *Wissens und Gewissen. Versuch einer Brücke*. Frankfurt. Suhrkamp.
- Fontana, J. (1992): *La Historia después del fin de la Historia*. Barcelona. Crítica.
- Foucault, M. (1969): *L'archéologie du savoir*. París. Gallimard.
- Foucault, M. (1975): *Surveiller et punir*. París. Gallimard.
- Foucault, M. (1979): *Microfísica del poder*. Madrid. La Piqueta.
- Foucault, M. (1990): *Tecnologías del yo y otros textos afines*. Barcelona. Paidós. (Hay ed. cit. de 1988 y 1991).
- Foulkes, S. H. y Anthony, E. J. (1963): *Psicoterapia psicoanalítica de grupo*. Buenos Aires. Paidós.
- Foulkes, S. H. (1981): *Psicoterapia Grupo-Analítica. Método y principios*. Barcelona. Gedisa.
- Fraser, R. (1990): "La formación del entrevistador". *Historia y fuente oral*. Núm. 3. pp. 129-150.
- Freedman, J. L. y Fraser, S. C. (1960): "Compliance whitout pressure: The "foot-in-the-door-technique". *Journal of Personality and Social Psychology*. Núm. 4. pp. 195-202.
- Freud, S. (1972): "Totem y tabú". *Obras Completas*. Tomo II. Madrid. Biblioteca Nueva. pp. 1745-1850.
- Freud, S. (1972): "Psicología de las masas y análisis del yo". *Obras Completas*. Tomo III. Madrid. Biblioteca Nueva. pp. 2563-2610.
- Freud, S. (1972): "El Malestar en la Cultura". *Obras Completas*. Tomo III. Madrid. Biblioteca Nueva. pp. 3017-3067.
- Freud, S. (1972): "Más allá del principio del placer" en *Obras Completas*. Tomo III. Madrid. Biblioteca Nueva. pp. 2507-2541.
- Freud, S. (1987): "Conferencias de introduccion al Psicoanalisis". *Obras Completas*. Tomos XV/XVI. Buenos Aires. Amorrortu.
- Freud, S. (1972): "Introducción al narcisismo". *Obras Completas*. Tomo II. Madrid. Biblioteca Nueva. pp. 2017-2033.
- Freud, S. (1979): "El chiste y su relación con el inconsciente". *Obras Completas*. Tomo VIII. Buenos Aires. Amorrortu.
- Freud, S. (1985): "Estudios sobre la histeria". *Obras Completas*. Tomo II. Buenos Aires. Amorrortu.
- Freud, S. (1987): "La interpretación de los sueños". *Obras Completas*. Tomo IV. Buenos Aires. Amorrortu.
- Freud, S. (1976): "Pegan a un niño". *Obras Completas*. Tomo XVII. Buenos Aires. Amorrortu.
- Fromm, E. (1971): *El miedo a la libertad*. Buenos Aires. Paidós.
- Gagnon, N. (1993): "Datos autobiográficos y praxis cultural". Marinas, J. M. y Santamarina, C. (eds.) (1993): *La historia oral: métodos y experiencias*. Madrid. Debate.
- Garate, I. (1983): *El sentido prohibido (La palabra en el grupo terapéutico)*. Madrid. Fundamentos.
- García Calvo, A. (1985): *Razón Común. Edición crítica, ordenación y comentario de los restos del libro de Heráclito*. Madrid. Lucina.
- García de la Hoz, A. (1976): "Revisión histórica de la psicoterapia grupal" *Clínica y Análisis Grupal*. 1 (1). pp. 8-19.
- García de la Hoz, A. (1977): "La evolución del concepto de Grupo Operativo". *Clínica y Análisis Grupal*. 2 (2). pp. 46-58.
- García de la Hoz, A. (1978): "Significado actual de Bion y Sartre en la psicoterapia de grupos" *Clínica y Análisis Grupal*. 3. (12). pp. 48-67.
- García de la Hoz, A. (1979): "Marxismo y existencialismo. Aproximación a la fundamentación filosófica de lo grupal". *Clínica y análisis grupal*. Núm. 17.
- García de la Hoz, A. (1988): "El grupo y sus epígonos". Varios autores: *El Grupo, lugar de encuentro y divergencia*. Madrid. Grupo Quipú de Psicoterapia. pp. 121-129.

- García de la Hoz, A. (1990): "La potencia reveladora de lo grupal". *Clínica y Salud*. Núm. 2. pp. 117-120.
- García de la Hoz, A. y Ávila, A. (1992): "Variantes grupales en la psicoterapia psicoanalítica". Moreno-Mitjana, B; Ávila A. y Sánchez-Barranco (comps.): *Psicoanálisis, psicoterapia psicoanalítica y marco universitario: una aproximación docente*. Málaga. Miguel Gómez Ediciones. pp. 111-120.
- Garfinkel, H. (1984): *Studies in ethnomethodology*. Cambridge. Polity Press. (Hay ed. cit. en 1967)
- Gaston Granger, G. (1960): *Pensée formelle et sciences de l'homme*. París. Aubier.
- Geertz, C. (1988): *La interpretación de las culturas*. Barcelona. Gedisa.
- Gergen, K. (1982): *Toward transformation in Social Knowledge*. New York. Springer-Verlag.
- Gerth, H. y Mills, C. W. (1984): *Carácter y estructura social*. Barcelona. Paidós Ibérica.
- Giddens, A. (1984): *The Constitution of Society. Outline of the Theory of Structuration*. Cambridge. Polity Press.
- Giddens, A. (1991): "Structuration theory: past, present and future". Bryant Ch. & Jary D. (eds.): *Giddens' theory of structuration. A critical appreciation*. London. Routledge.
- Giddens, A. (1992): *Modernity and Self Identity. Self and Society in the Late Modern Age*. Oxford. Polity Press.
- Goffman, E. (1961): *Asylums. Essays on the social situation of mental patients and other inmates*. New York. Anchor Books.
- Goffman, E. (1967): *Interaction ritual. Essays on face-to-face behavior*. New York. Anchor Books.
- Goffman, E. (1973): *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires. Amorrortu.
- Goffman, E. (1974): *Frame analysis. An essay on the organization of experience*. Cambridge. Harvard University Press.
- Goffman, E. (1979): *Relaciones en público*. Madrid. Alianza.
- Goffman, E. (1991): *Los momentos y sus hombres*. Barcelona. Paidós Ibérica. (Ed. e introd. de Yves Winkin).
- Goldmann, L. (1968): *El hombre y lo absoluto*. Buenos Aires. Ediciones 62.
- Goldmann, L. (1975): *Las nociones de estructura y génesis*. Buenos Aires. Nueva Visión.
- Gómez Pin, V. (1975): "Exploración de la Alergicidad". *Los Cuadernos de la Gaya Ciencia, I Lectura y Crítica*. Barcelona. Tusquets.
- González Martín, J. A. (1982): *Fundamentos para la teoría del mensaje publicitario*. Madrid. Forja.
- Goodale, J. G. (1990): *La entrevista. Técnicas y aplicaciones para la empresa*. Madrid. Pirámide.
- Grathoff, R. (1989): *Milieu und Lebenswelt*. Frankfurt. Suhrkamp.
- Greimas, A. J. (1982): *Semiótica*. Madrid. Gredos.
- Grele, R. J. (1990): "La historia y sus lenguajes en la entrevista de historia oral: quién contesta a las preguntas de quién y por qué". *Historia y fuente oral*. Núm. 5. pp. 106-127.
- Grinberg, L., Langer, M. y Rodrigue, E. (1957): *Psicoterapia del grupo: Su enfoque psicoanalítico*. Buenos Aires. Paidós.
- Guillem Nacher, P. y Loren Camarero, J. A. (1985): *Del diván al círculo*. Madrid. Tecnipublicaciones.
- Guiraud, P. (1979): *La semiología*. México. Siglo XXI.
- Habermas, J. (1978): "On Systematically Distorted Communication". Connerton, P. (1978). *Critical Sociology*. Londres. Penguin.
- Halcy, J. (1980): *Terapia para resolver problemas*. Buenos Aires. Amorrortu.
- Hall, E. T. (1989): *El lenguaje silencioso*. Madrid. Alianza.
- Hall, E. T. (1981): "Proxémique". Winkin, Y. (ed.): *La nouvelle communication*. París. Seuil.
- Hankiss, A. (1993): "Ontologías del yo: recomposición mitológica de la propia historia de vida". Marinas, J. M. y Santamarina, C. (eds.) (1993): *La historia oral: métodos y experiencias*. Madrid. Debate.
- Harris, M. (1993): *Introducción a la antropología general*. Madrid. Alianza.
- Harris, M. (1993b): *El desarrollo de la teoría antropológica. Una historia de las teorías de la cultura*. Madrid. Siglo XXI.

- Hausendorf, H. (1992): "Das Gespräch als selbstreferentielles System". *Zeitschrift für Soziologie*. 21: 2. pp. 83-95.
- Heisenberg, W. K. (1969): "Problemas Filosóficos de la Física de las Partículas Elementales. Conferencia dictada en la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales". Madrid. 16 de Abril de 1969.
- Hoffman, L. (1986): "Beyond power and control: toward a second order family systems therapy". *Family Systems Medicine*. Núm. 4. USA.
- Hoffman, L. (1988): "A Constructivist position for Family Therapy". *Irish Journal of Psychology*. Núm. 9. Dublin.
- Holton, G. (1985): "Les Hommes de science ont-il besoin d'une philosophie?". *Le Debat*. Núm. 35. París.
- Hunt, M. (1991): *Die Praxis der Sozialforschung. Reportagen aus dem Alltag einer Wissenschaft*. Frankfurt. Campus.
- Hyman, H. et al. (1967): *Interview in social research*. Chicago. Chicago University Press.
- Ibáñez, J. (1979): *Más allá de la sociología. El grupo de discusión: teoría y crítica*. Madrid. Siglo XXI.
- Ibáñez, J. (1981): "Usos tópicos y abusos utópicos de las técnicas de grupo". *Rev. de la Asociación Española de Neuropsiquiatría*. Núm. 1. Madrid.
- Ibáñez, J. (1985): "Las medidas de la sociedad". *REIS*. Núm. 29. Madrid. CIS.
- Ibáñez, J. (1986): "Perspectivas de la investigación social: el diseño de la perspectiva estructural". García Ferrando, M., Ibáñez, J. y Alvira, F. (comps.): *El análisis de la realidad social. Métodos y técnicas de investigación social*. Madrid. Alianza.
- Ibáñez, J. (1986b): "Cómo se realiza una investigación mediante grupos de discusión". García Ferrando M., Ibáñez J. y Alvira F. (comps.): *El análisis de la realidad social. Métodos y técnicas de investigación social*. Madrid. Alianza.
- Ibáñez, J. (1988): "Cuantitativo/Cualitativo". Reyes, R. (ed.): *Terminología científico-social*. Barcelona. Anthropos. pp. 218-233.
- Ibáñez, J. (1990): "Investigación social de segundo orden". Ibáñez, J. (ed.): *Nuevos avances en la investigación social*. Barcelona. Anthropos. pp. 178-187.
- Ibáñez, J. (1991a): *El regreso del sujeto. La investigación social de segundo orden*. Santiago de Chile. Amerinda.
- Ibáñez, J. (1991b): "El grupo de discusión: fundamento metodológico y legitimación epistemológica". Varios autores: *El pluralismo metodológico en la investigación social*. Granada. Universidad de Granada.
- Ibáñez, J. (1992): "El debate metodológico". Varios autores: *Las ciencias sociales en España*. Madrid. UCM.
- Ibáñez, J. (1993): "El centro del caos". *Archipiélago*. Núm. 13. Madrid.
- Ifráh, G. (1987): *La Historia de las Cifras*. Madrid. Alianza.
- Jackson, D. D. (1981): "L'étude de la famille". Watzlawick, P. y Weakland, J. H. (eds.): *Sur l'intervention*. Palo Alto 1965-1974. París. Scuil. pp. 23-46.
- Jakobson, R. (1981): *Ensayos de lingüística general*. Barcelona. Seix Barral.
- Johnson, M. (1991): *El cuerpo en la mente*. Madrid. Debate.
- Joutard, Ph. (1986): *Esas voces que nos llegan del pasado*. México. FCE.
- Kaës, R. (1986): *El Aparato Psíquico Grupal*. Barcelona. Gedisa.
- Kaës, R.; Bleger, J. et al. (1989): *La institución y las instituciones*. Buenos Aires, Paidós.
- Kaës, R. (1992): *Le groupe et le sujet du groupe*. París. Dunod.
- Kermode, F. (1988): *El sentido de un final*. Barcelona. Gedisa.

- Kline, M. (1985): *La pérdida de la certidumbre*. Madrid. Siglo XXI.
- Kline, M. (1992): "El Pensamiento Matemático de la Antigüedad a nuestros días". Madrid. Alianza.
- Knorr-Cetina, K. (1981): *The Manufacture of Knowledge*. Oxford. Clarendon P.
- Knorr-Cetina, K. (1988): "The micro-social order". Fielding, N. (ed.): *Actions and Structure*. London. Sage. pp. 20-53.
- Knorr-Cetina, K. (1989): "Spielarten des Konstruktivismus". *Soziale Welt*. 40: 1. pp. 86-96.
- Knorr-Cetina, K. (1992): "Zur Unterkomplexität der Differenzierungstheorie". *Zeitschrift für Soziologie*. 21: 6, pp. 406-419.
- Koyre, A. (1971): *Etudes d'histoire de la pensée Philosophique*. París. Gallimard.
- Koyre, A. (1977): *Estudios de Historia del pensamiento científico*. Madrid. Siglo XXI.
- Koyre, A. (1979): *Del mundo cerrado al universo infinito*. Madrid. Siglo XXI.
- Koyre, A. (1980): *Estudios Galileanos*. Madrid. Siglo XXI.
- Kress, G. y Fowler, R. (1983): "Entrevistas". Varios autores: *Lenguaje y control*. México. FCE.
- Kruskal, J. B. y Shepard, N. S. (1983): *El Modelo de Escalamiento Multidimensional no Métrico*. Barcelona. Universidad de Barcelona.
- Kula, W. (1980): *Las Medidas y los Hombres*. Madrid. Siglo XXI.
- Labov, W. (1983): *Modelos sociolingüísticos*. Madrid. Cátedra.
- Lacan, J. (1966): *Ecrits*. París. Seuil.
- Lacan, J. (1970): "Radiophonie". *Scilicet*. Núm. 2/3. París. Seuil.
- Lacan, J. (1973): *Les quatre concepts fondamentaux de la psychanalyse*. París. Seuil.
- Lacan, J. (1990): *Seminario Livre VIII. Le transfert*. París. Seuil.
- Lacan, J. (1991): *L'envers de la psychanalyse*. Séminaire XVII. París. Seuil.
- Lacan, J.: *Seminario de las relaciones de objeto*. (Inédito).
- Lacan, J.: *De un Otro al otro*. Seminario. (Inédito).
- Laclau, E. y Mouffe, Ch. (1987): *Hegemonía y estrategia socialista*. Madrid. Siglo XXI.
- Laclau, E. (1992). "Prefacio". Žizek, S.: *El Sublime objeto de la Ideología*. Madrid. Siglo XXI.
- Lamo de Espinosa, E. (1990): *La sociedad reflexiva*. Madrid. CIS.
- Lamo de Espinosa, E. (1993): "Modelos de acción reflexiva". Varios autores: *Problemas de teoría sociológica*. Madrid. CIS. (En prensa).
- Lapassade, G. y Lourau, R. (1974): *Claves de la sociología*. Barcelona. Laia.
- Lapassade, G. (1979): *El analizador y el analista*. Barcelona. Gedisa.
- Lash, S. & Friedman, J. (eds) (1992): *Modernity and Identity*. Oxford. Blackwell.
- Latour, B. (1993): *Nunca hemos sido modernos*. Madrid. Debate.
- Latour, B. (1988): "The politics of explanation". Woolgar, S. (ed.): *Knowledge and Reflexivity*. London. Sage. pp. 155-176.
- Le Goff, J. (1981): *El Nacimiento del Purgatorio*. Madrid. Taurus.
- Lévi-Strauss, C. (1959): "Prefacio". Simmons, L. y Talasyeva, D.: *Soleil Hopi*. París. Plon.
- Lévi-Strauss, C. (1964): *Mitológicas III. El origen de las maneras de mesa*. Madrid. Siglo XXI.
- Lewis, O. (1959): *Five families: Mexican case studies on culture of poverty*. New York. Basic Books.
- Lewis, O. (1964): *Pedro Martínez: a Mexican peasant and his family*. New York. Random House.
- Lewis, O. (1966): *La vida: a Puerto Rican family in the culture of poverty-San Juan and New York*. New York. Random House.
- Lewis, O. (1969): *A death in the Sanchez family*. New York. Random House.
- Lipset, S.M., Trow, M. & Coleman, J. S. (1989): *La democracia sindical. La política interna del Sindicato Tipográfico Internacional*. Madrid. MTSS.
- Lorenzer, P. (1980): *El lenguaje destruido y su reconstrucción psicoanalítica*. Buenos Aires. Amorrortu.
- Lourau, R. (1975): *El análisis institucional*. Buenos Aires. Amorrortu.
- Lourau, R. (1979): *El Estado y el inconsciente*. Barcelona. Kairós.

- Mac Kenzie, D. (1990): "Comment faire une sociologie de la statistique". Callon, M. y Latour, B.: *La Science telle qu'elle se fait. Anthologie de la sociologie des sciences de langue anglaise*. París. Ed. La Decouverte.
- Maissoneuve, J. (1968): *La Dinámica de los Grupos*. Buenos Aires. Proteo.
- Marc, E. y Picard, D. (1992): *La interacción social*. Barcelona. Paidós Ibérica.
- Marinas, J. M. (1990): "Tras la historia". *La Balsa de la Medusa*. Núm. 18.
- Marinas, J. M. y Santamarina, C. (eds.) (1993): *La historia oral: métodos y experiencias*. Madrid. Debate.
- Maruyama, M. (1980): "Information and communication in poly-epistemological systems". Woodward, K. (ed.): *The Myth of Information*. Madison. Coda.
- Maruyama, M. (1992): "Introduction". Maruyama, M. (ed.): *Context and Complexity. Cultivating Contextual Understanding*. Berlin. Springer V.
- Mason, S. (1985): *Historia de la Ciencias. La Revolución Científica de los siglos XVI y XVII*. Madrid. Alianza.
- Maturana, H. y Varela, F. (1986): *El árbol del conocimiento*. Santiago de Chile. Universitaria. (Hay ed. cit. de 1990).
- Maturana, H. (1990): *Emociones y lenguaje en educación y política*. Santiago de Chile. Hachette.
- McNamee, Sh. & Gergen, K. (1992): *Therapy as Social Construction*. London. Sage.
- Mead, G. H. (1972): *Espíritu, persona y sociedad*. Buenos Aires. Paidós.
- Merck, G. (1990): *Histoire du Sida*. París. Payot.
- Merton, R. K. y otros (1957): *The focused interview*. Glencoe. The Free Press.
- Merton, R. K. y Keat, A. S. (1975): "Reference groups". Coser L. A. y Rosenberg B. (eds.): *Sociological theory. A book of readings*. New York. Macmillan.
- Merton, R. K. (1980): *Teoría y estructura sociales*. México. FCE.
- Michelat, G. (1975): "Sur l' utilisation de l'entretien non directif en sociologie". *Revue française de sociologie*. Vol. 16. Núm. 2. pp. 229-247.
- Miguel, A. de (1969): *Introducción a la sociología de la vida cotidiana*. Madrid. Edicusa.
- Milgram, S. T. (1965): "Some conditions of obedience and disobedience to authority". *Human Relations*. Núm. 18. pp. 57-76.
- Miller, J. A. (1985): *Umbrales de análisis*. Buenos Aires. Manantial.
- Miller, S. (1993): "Some comments on the possibility of methodological indeterminacy". *Quality & Quantity*. Núm. 27. pp. 291-301.
- Mills, C. W. (1975): *La imaginación sociológica*. México. FCE. (Hay ed. cit. de 1979).
- Mills, C. W. (1981): "EL lenguaje, la lógica y la cultura". Mills, C. W.: *Poder, política, pueblo*. México. FCE.
- Moreau, H. (1975): *Le Systeme Metrique*. París. Chiron.
- Moreno, J. L. (1974): *Psicodrama*. Buenos Aires. Hormé.
- Morin, E. (1974): *El paradigma perdido*. Barcelona. Kayrós.
- Morin, E. (1984): *Ciencia con conciencia*. Barcelona. Anthropos.
- Mounin, G. (1983): *La literatura y sus tecnocracias*. México. FCE.
- Mouzelis, N. P. (1990): *Post-Marxist Alternatives. The Construction of Social Orders*. London. MacMillan.
- Mouzelis, N. (1991): *Back to Sociological Theory. The Construction of Social Orders*. New York. St. Martin.
- Moya, C. (1990): *Sociólogos y sociología*. Madrid. Siglo XXI.
- Murray, A. (1983): *Razón y Sociedad en la Edad Media*. Madrid. Taurus.
- Nardone, G. y Watzlawick, P. (1992): *El arte del cambio*. Barcelona. Herder.
- Newcomb, T. M. (1959): *Sozialpsychologie*. Meisenheim-Glan.
- Ortega y Gasset, J. (1969): *La Rebelión de las Masas*. Madrid. Espasa-Calpe.
- Ortí, A. (1986): "La apertura y el enfoque cualitativo o estructural: la entrevista abierta y la discu-

- sión de grupo". García Ferrando, M., Ibáñez, J. y Alvira, F. (comps.): *El análisis de la realidad social. Métodos y técnicas de investigación social*. Madrid. Alianza.
- Ortí, A. (1993): "El proceso de investigación de la conducta como proceso integral: complementariedad de las técnicas cuantitativas y de las prácticas cualitativas en el análisis de las drogodependencias". Varios autores: *Las drogodependencias. Perspectivas sociológicas actuales*. Madrid. Colegio de Doctores y Ldo.s en Ciencia Política y Sociología.
- Pages, M. (1977): *La vida afectiva de los grupos*. Barcelona. Fontanella.
- Pakman, M. (1988): "Para una ética de las construcciones culturales". *Perspectivas Sistémicas*. Núm. 4. Buenos Aires.
- Passerini, L. (1988): *Per una critica storica dell'oralità*. Firenze. La Nuova Italia.
- Pavlovsky, E. (1968): *Psicoterapia de grupo en niños y adolescentes*. Buenos Aires. Centro Editor de América Latina.
- Pawson, R. (1989): *A Measure for Measures*. London. Routledge.
- Péninou, G. (1976): *Semiótica de la publicidad*. Barcelona. Gustavo Gili.
- Penn, P. (1985): "Feed-forward: future questions, future maps". *Family Process*. Núm. 24. USA.
- Penn, P. (1982): "Circular questioning". *Family Process*. Núm. 21. USA.
- Pennac, D. (1993): *Como una novela*. Madrid. Anagrama.
- Pérez de Tudela, J. (1988): *El pragmatismo americano: acción racional y reconstrucción del sentido*. Madrid. Cíncel.
- Pérez-Agote, A. y Tejerina, B. (1990): "Lengua y actor social. Un enfoque teórico de sus relaciones". *REIS*. Núm. 49. Madrid CIS. pp. 145-160.
- Petitot, J. (1977): "Identité et catastrophes. Topologie de la difference". Lévi-Strauss, C.: *L'Identité*. París. Grasset.
- Petitot, J. (1985): *Morphogenèse du Sens*. París. PUF.
- Petitot, J. (1985b): *Les Catastrophes de la Parole*. París. Maloine.
- Petitot, J. (1992): *Physique du Sens*. París. CNRS.
- Piaget, J. (1975): *Introducción a la Epistemología genética. El Pensamiento Matemático*. Buenos Aires. Paidós.
- Pichon Rivière, E. (1965): "Grupos operativos y enfermedad única". Pichon Rivière, E. (1971): *Del Psicoanálisis a la Psicología Social*, Buenos Aires. Galerna. Vol. 1.
- Pichon Rivière, E. (1971): *Del Psicoanálisis a la Psicología Social*. Buenos Aires. Galerna. (Reeditado por Nueva Visión en tres volúmenes, véase Pichon Rivière, 1978).
- Pichon Rivière, E. (1978): *La Psiquiatría, una nueva problemática*. Buenos Aires. Nueva Visión.
- Pichon Rivière, E. (1978): *El Proceso Grupal*. Buenos Aires. Nueva Visión.
- Pichon Rivière, E. (1978): *El Proceso Creador*. Buenos Aires. Nueva Visión.
- Pichon Rivière, E. (1979): *Teoría del Vínculo*. Buenos Aires. Nueva Visión.
- Pierce, Ch. S. (1974): *La ciencia de la semiótica*. Buenos Aires. Nueva Visión.
- Plummer, K. (1989): *Los documentos personales*. Madrid. Siglo XXI.
- Pot, J. C. (1974): *La Topologie Algébrique: Des Origines a Poincaré*. París. PUF.
- Prigogine, I. y Stengers, I. (1983): *La Nueva Alianza*. Madrid. Alianza.
- Pross, H. (1981): *La violencia de los símbolos sociales*. Barcelona. Anthropos.
- Pujadas, J. J. (1992): *Método biográfico: el uso de las historias de vida en ciencias sociales*. Madrid. CIS.
- Rada, E. (1980): *La Polémica Leibniz-Clarke*. Madrid. Taurus.
- Reichertz, J. (1986): *Probleme qualitativer Sozialforschung. Zur Entwicklungsgeschichte der Objektiven Hermeneutik*. Frankfurt. Campus.
- Ricoeur, P. (1991): *L'Espace et le temps*. París. Vrin.
- Riesman, D. (1965): *Abundancia ¿Para qué?* México. FCE.
- Ringdal, K. (1992): "Methods for multilevel analysis". *Acta Sociológica*. Núm. 35. pp. 235-243.

- Rodríguez Sutil, C. (1992). "Evaluación del Psicodiagnóstico Tradicional". Ávila Espada, A. y Rodríguez Sutil, C. (comps.) (1992): *Psicodiagnóstico Clínico. Aspectos conceptuales y perspectivas*. Madrid. Editorial Universitaria de Madrid.
- Rogers, C. (1966): *Psicoterapia basada en el cliente*. Buenos Aires. Paidós.
- Rosenfeld, D. (1971): *Sartre y la psicoterapia de grupos*. Buenos Aires. Paidós.
- Rosí, I. y O'Higgins, E. (1981): *Teorías de la cultura y métodos antropológicos*. Barcelona. Anagrama.
- Rouse, J. (1987): *Knowledge and Power. Toward a Political Philosophy of Science*. Ithaca, Cornell U. P.
- Ruiz Olabuínaga, J. I. y Ispizua, M. A. (1989): *La descodificación de la vida cotidiana. Métodos de investigación cualitativa*. Bilbao. Universidad de Deusto.
- Salankis, J. M. y Sinaceur, H. (1992): *Le Labyrinthe de Continu*. París. Springer-Verlag.
- Sarabia, B. (1986): "Documentos personales: historias de vida". García Ferrando, M., Ibáñez, J. y Alvira, F. (comps.): *El análisis de la realidad social. Métodos y técnicas de investigación social*. Madrid. Alianza.
- Sartre, J. P. (1970): *Crítica de la razón dialéctica*. Buenos Aires. Losada.
- Saussure, F. de (1980): *Curso de Lingüística General*. Madrid. Akal. (Hay ed. cit. de 1983).
- Sbandi, P. (1977): *Psicología de grupos*. Barcelona. Herder.
- Schegloff, E. A. (1987): "Between Macro and Micro: Contexts and other Connections". Varios autores: *The Micro-Macro Link*. Berkeley, California U. P.
- Schnaith, N. (1990): *Las heridas de Narciso*. Buenos Aires. Catálogos.
- Schön, D. (1983): *The Reflective Practitioner*. New York. Basic Books.
- Schütz, A. (1974): "Sobre las realidades múltiples". Schütz, A.: *El problema de la realidad social*. Amorrortu. Buenos Aires.
- Searle, J. (1986): *Actos de habla*. Madrid. Cátedra.
- Seidman, S. & Wagner, D. G. (eds.) (1992): *Postmodernism and social theory*. Oxford. Blackwell.
- Serres, M. (1992): *Éclaircissements*. París. Bourin.
- Serres, M. (1991): *El Paso del Noroeste*. Madrid. Debate.
- Serres, M. (1991b): *Le Tiers-Instruit*. París. Bourin.
- Shannon, C. E. y Weaver, W. (1981): *Teoría matemática de la información*. Madrid. Forja.
- Shapin, S. y Schaeffer, S. (1985): *Leviathan and the Air Pump*. Princeton. Princeton Univ. Press.
- Shotter, J. (1993): *Conversational Realities*. London. Sage.
- Simons, H. W. (1990): *Rhetoric in the Human Sciences*. London. Sage.
- Sitton, Th. et al. (1989): *Historia oral*. México. FCE.
- Slavson, S. (1976): *Tratado de psicoterapia grupal analítica*. Buenos Aires. Paidós.
- Sluzki, C. (1992): "Transformations: A Blueprint for narrative changes in therapy". *Family Process*. Núm. 31. USA.
- Sluzki, C. (1992, 1993): *Comunicaciones personales*.
- Sontag, S. (1989): *El Sida y sus Metáforas*. Madrid. Muchnik.
- Spencer-Brown, G. (1969): *Laws of Form*. London. Allen and Unwin.
- Stamper, R. (1985): "Knowledge as action". Varios autores: *Social Action and Artificial Intelligence*. Aldershot. Gower. pp. 172-191.
- Starobinski, J. (1971): *Les mots sous les mots*. París. Gallimard.
- Steier, F. (1991): "Reflexivity and methodology: an ecological constructivism". Steier, F. (ed.): *Research and Reflexivity*. Newbury Park. Sage.
- Steier, F. (1992): "Cybernetics as... Mutualling". *Cybernetics and Human Knowing*. Vol. 1. Núm. 2/3. Denmark. Aalborg.
- Stengers, I. (1993): *Histoire de la Chimie*. París. Ed. La Decouverte.
- Stengers, I. y Schlangers, J. (1989): *Les Concepts Scientifiques: Invention et Pouvoir*. París. Ed. La Decouverte.
- Stengers, I. (1991): "Los episodios galileanos". Serres, M.: *Historia de las Ciencias*. Madrid. Cátedra.



- Stinchcombe, A. L. (1968): *Constructing Social Theories*. New York. Hartcourt.
- Stoetzel, J. y Girard, A. (1973): *Las encuestas de opinión pública*. Madrid. IOP.
- Stubbs, M. (1987): *Análisis del discurso. Análisis sociolingüístico del lenguaje natural*. Madrid. Alianza.
- Sullivan, H. S. (1981): *La entrevista psiquiátrica*. Buenos Aires. Psique.
- Sylvan, D. y Glassner, B. (1985): *A Rationalist Methodology for the Social Sciences*. Cambridge. Blackwell.
- Taylor, S. J. y Bogdan, R. (1992): *Introducción a los métodos cualitativos de investigación*. Barcelona. Paidós Ibérica.
- Tesnière, (1982): *Elements de syntaxe structurale*. París. Klincksieck.
- Thines, G. y Lempereur, A. (1978): *Diccionario General de Ciencias Humanas*. Madrid. Cátedra.
- Thom, R. (1991): *Predire n'est pas expliquer*. París. Eshel.
- Thompson, P. (1988): *La voz del pasado. Historia oral*. Valencia. Alfons el Magnànim. (Pról. de M. Vilanova).
- Thompson, P. (1993): "Historias de vida en el análisis del cambio social". Marinas, J. M. y Santamarina, C. (eds.) (1993): *La historia oral: métodos y experiencias*. Madrid. Debate.
- Thompson, M. (1982): "A Three-dimensional Model". Douglas, M. (ed.): *Essays in the Sociology of Perception*. London. Routledge & Kegan Paul.
- Tizio, H. (1991): "¿Qué es el lenguaje para el inconsciente?". *Freudiana*. Núm. 3. Barcelona.
- Tizón, J. L. (1978): *Introducción a la Epistemología de la Psicopatología y la Psiquiatría*. Barcelona. Ariel. (Pról. de Carlos Castilla del Pino).
- Tizón, J. L. (Coord.) (1992): *Atención Primaria en Salud Mental y Salud Mental en Atención Primaria*. Barcelona. Doyma.
- Touraine, A. (1993): *Crítica de la modernidad*. Madrid. Temas de Hoy.
- Trías, E. (1983): *Filosofía del futuro*. Barcelona. Ariel.
- Trías, E. (1988): *La aventura filosófica*. Madrid. Mondadori.
- Trubetzkoy, N. S. (1973): *Principios de fonología*. Buenos Aires. Cincel.
- Ulloa, F. (1977): "Grupo de Reflexión y ámbito institucional en los programas de promoción y prevención de la salud". *Clínica y Análisis Grupal*. 2. (4). pp. 62-81.
- Varela, F. (1972): "A Calculus for Self-Reference". *International Journal of General Systems*. Año 2. Núm. 2.
- Varela, F. (1984): "The Creative Circle: Sketches on the Natural History of Circularity". Watzlawick, P.: *The Invented Reality*. New York. Norton.
- Varios autores (1974): *La explicación en las ciencias de la conducta*. Madrid. Alianza.
- Varios autores (1975): *Psicología y Sociología del Grupo*. Madrid. Fundamentos.
- Varios autores (1988): *El Grupo, Lugar de encuentro y divergencia*. Madrid. Grupo Quipú de Psicoterapia.
- Varios autores (1990): *Modelos grupales en psicoterapia: Aspectos teóricos y técnicos*. Madrid. SEGPA.
- Voloshinov, V. N. (Mijail Bajtín) (1976): *El signo ideológico y la filosofía del lenguaje*. Buenos Aires. Nueva Visión.
- Watzlawick, P., Beavin, J. H. & Jacson, D. D. (1967): *Pragmatics of Human Communication*. New York. Norton.
- Watzlawick, P. (1979): *¿Es real la realidad? Confusión, desinformación, comunicación*. Barcelona. Herder.
- Watzlawick, P. et al. (1981): *Teoría de la comunicación humana*. Barcelona. Herder.
- Watzlawick, P. (1987): *Lo malo de lo bueno*. Barcelona. Herder.

- Weber, M. (1985): *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Barcelona. Orbis.
- Weber, M. (1985b): *Ensayos de sociología contemporánea*. Barcelona. Planeta/Agostini.
- Weber, M. (1979): *Economía y Sociedad*. Mexico. FCE.
- White, M., Epston, D. (1990): *Narrative Means to Therapeutic Ends*. New York. Norton.
- Wilden, A. (1979): *Sistema y estructura*. Madrid. Alianza.
- Wittgenstein, L. (1961): *Tractatus Logico-Philosophicus*. New York. Humanities Press.
- Wolf, M. (1988): *Sociologías de la vida cotidiana*. Madrid. Cátedra.
- Zajonc, R. B. (1965): "Social facilitation". *Science*. Núm. 149. pp. 269-274.
- Zavala, I. M. (1991): *La posmodernidad y Mijail Bajtin. Una poética dialógica*. Madrid. Espasa-Calpe.



## BIBLIOGRAFÍA COMENTADA

Esta bibliografía es resultado de una recopilación de las bibliografías comentadas que los editores solicitaron a cada autor, en relación con cada uno de los capítulos.

Abell, P. (1987): *The Syntax of Social Life*. Oxford. Clarendon.

Justificación y presentación completa de la "metodología de las narrativas comparadas" por su creador y principal valedor. Contempla también algún aspecto técnico del asunto, pero sin entrar todavía en la implementación informática de la técnica.

Agar, M. H. (1980): *The Professional Stranger*. San Diego. Academic Press.

Tal y como reza el subtítulo se trata de una introducción informal a la etnografía. La colección de trucos y estrategias para el trabajo de campo permite conocer de cerca los procedimientos y los presupuestos epistemológicos que fundamentan la observación participante y el registro cualitativo de datos de observaciones exógenas.

Anguera, M. T. (1989): *Metodología de la observación en las ciencias humanas*. Madrid. Cátedra.

Un manual sobre la observación desde el campo de la Psicología y un planteamiento teórico positivista. El esfuerzo de clasificación y relación exhaustiva de tipos, ventajas e inconvenientes lo convierten en un texto de utilidad para introducirse en los problemas de las taxonomías y de la observación misma.

Asociación de Vecinos Meseta de Orcasitas (1986): *Del barro al barrio*. Madrid.

Libro hecho por los vecinos que da muestra (desde su propio punto de vista) de sus luchas periféricas.

Asociación de familias de Recaldeberri (1975): *El libro negro*. Bilbao. Dirosa.

Libro pionero hecho por los vecinos de este barrio de Bilbao y que produjo con su movilización la dimisión de la alcaldesa franquista en aquellos años.

Austin, J. L. (1971): *Palabras y acciones. Cómo hacer cosas con palabras*. Buenos Aires. Paidós.

Texto fundamental en donde se sientan las bases para el estudio de los actos de habla.

Ávila Espada, A. (1989): "La Entrevista Clínica". Ávila Espada, A. (comp.): *Evaluación Psicológica Clínica. Volumen II (Técnicas de Evaluación)*. Madrid. Universidad Complutense de Madrid.

Este trabajo contiene información bastante amplia sobre definiciones, escuelas y métodos en relación con la entrevista clínica.

- Bajtín, M. (1974): *La cultura popular en la Edad Media y el Renacimiento*. Barcelona. Barral.  
Una interpretación muy creativa de la historia que documenta las paradojas que vive la cultura popular, y su gran potencial a partir de lo grotesco y carnalesco como realismo del pueblo.
- Bajtín, M. (1982): *Estética de la creación verbal*. México. Siglo XXI.  
Proporciona las claves del pensamiento dialógico de Bajtín, incluso con la ambigua potencia de lo inconcluso.
- Barley, N. (1989): *El antropólogo inocente*. Barcelona. Anagrama.  
Crónica de una experiencia de trabajo de campo narrada por su propio protagonista. Es un sincero trabajo de autoobservación y autodescripción de la experiencia de un antropólogo social.
- Barthes, R. (1990): "Elementos de semiología". Barthes, R. (1990): *La aventura semiológica*. Barcelona. Paidós.  
Útil panorámica general de la lingüística estructural y de la semiología. Se trata, con toda probabilidad, de la mejor traducción de este texto al español.
- Bassols y otros. (1985): *La investigación urbana como apoyo para el cambio social*. México. COPEVI.  
Prácticas mexicanas de investigación y acción participativa. Principalmente dedicadas a los temas de la vivienda y la ciudad.
- Bateson, G. (1985): *Pasos hacia una ecología de la mente*. Buenos Aires. Carlos Lohlé.
- Bateson, G. y Bateson, M. C. (1987): *El temor de los ángeles*. Barcelona. Gedisa.  
En palabras de Jesús Ibáñez, Bateson fue el Moisés que nos indicó el camino de la nueva cibernética. Inspirador de la escuela de Palo Alto, su importancia no sólo descansa en el valor histórico de sus investigaciones en diferentes disciplinas sino en numerosos conceptos de enorme interés para el investigador social tales como su idea de mente, la crítica de la conciencia telológica, las preocupaciones ética y ecológica, etc. En el primero de los textos se recogen artículos escritos y publicados por Bateson a lo largo de más de veinticinco años. Los solapamientos y la multiplicidad de temas tratados facilitan una primera aproximación a Bateson. Merece ser destacada la presencia de su hija M. C. Bateson en el segundo texto.
- Belardinelli, S. (1993): *Una Sociologia senza qualità. Saggi su Luhmann*. Milano. Franco Angeli.  
Uno de los comentarios más recientes sobre la obra de Luhmann. Incluye una entrevista con él.
- Benjamín, W. (1988): *El narrador*. Madrid. Taurus.  
Ensayo decisivo para una teoría de la narración y de la historia oral en el contexto de la crisis de la modernidad.
- Bingham, W. V. D. y Moore, B. V. (1973): *Cómo entrevistar*. Madrid. Rialp.  
Texto clásico, también algo anticuado, sobre la entrevista psicológica en general, no sólo clínica.
- Blanchet, A. y otros (1985): *L'entretien dans les sciences sociales*. París. Dunod/Bordas.  
Quizás el libro reciente más completo y teóricamente más solvente dedicado a la entrevista abierta de investigación social. De indudable interés tanto por su sólida fundamentación analítica como por sus posibilidades de utilización práctica. Por el momento no se encuentra disponible su traducción al castellano.

- Blanchet, A. (1989): "Entrevistar". Varios autores (1989): *Técnicas de investigación en ciencias sociales*. Madrid. Narcea.  
Un muy sugerente artículo, de fácil acceso al lector en castellano, que sintetiza las avanzadas contribuciones de este autor al tema de la entrevista como práctica de investigación.
- Bleger, J. (1977): "La Entrevista Psicológica (Su empleo en el diagnóstico y la investigación)". Varios autores; *Temas de Psicología (Entrevista y Grupos)*. Buenos Aires. Nueva Visión.  
Una de las exposiciones más completas del modelo psicodiagnóstico de la entrevista. Incluye consejos prácticos.
- Blummer, H. (1969): *Symbolic interactionism*. Englewood Cliffs, NJ. Prentice Hall. (Trad. cast. Blummer, H. (1982): *El interaccionismo simbólico*. Barcelona. Hora).  
Fundamental para la corriente interaccionista a la que da nombre. Contiene la revisión (1939) del trabajo de Thomas y Znaniecki.
- Bolino, A. (1990): *The Ellis Island Source Book*. Washington. Kensington Historical Press.  
Útil por la recopilación de fuentes orales y archivos documentales sobre los procesos migratorios a los EEUU, y, por extensión, sobre los archivos de la memoria de las diferentes comunidades que entraron por la "isla de las lágrimas".
- Bourdieu, P. (1991): *El sentido práctico*. Taurus. Madrid.  
Esta obra, además de ser un ejemplo vivo de la constante reflexividad sociológica que defiende su autor, es su trabajo más ambicioso e importante. Supone un enorme paso adelante en la articulación teórica de los medios para el estudio de la práctica social, y una enorme ayuda para desmontar el dualismo entre subjetividad y objetividad. Es fundamental para entender el concepto de hábitos.
- Bourdieu, P. (dir.) (1993): *La misère du monde*. París. Seuil.  
Apasionante compilación de entrevistas realizadas por un equipo dirigido y encaminado metodológicamente por Pierre Bourdieu. El epílogo de la obra es un buen resumen de los presupuestos epistemológicos que se manejan en la realización, transcripción y análisis de dichas entrevistas.
- Bruner, J. (1991): *Actos de significado*. Madrid. Alianza.  
De forma clara y amena el autor, uno de los padres de la revolución cognitiva en Psicología, critica la falsa autosatisfacción a que ha llevado la tecnificación de la psicología, y defiende la necesidad de atender a las nociones mismas con que los agentes clarifican su propia actividad (la "psicología popular"). Nos reafirma en una interdisciplinariedad que permita ubicar las identidades personales en un entramado cultural que distributivamente las constituye.
- Capa, J. (1971): *Cómo descubrir las necesidades culturales de un barrio*. Madrid. Marsiega.  
Un libro pionero del trabajo participativo y de asambleas en los barrios de Madrid, con conceptos claros y operativos.
- Caparrós, N. (1992): "Un enfoque diagnóstico a través de los núcleos de la personalidad de base". Avila Espada, A. y Rodríguez Sutil, C. (comps.) (1992): *Psicodiagnóstico Clínico. Aspectos conceptuales y perspectivas*. Madrid: Editorial Universitaria de Madrid.  
Se trata de una breve introducción a su teoría de la personalidad desde una perspectiva diagnóstica.
- Caro Baroja, J. (1988): *Del folklore castellano*. Valladolid. Ámbito.  
Ejemplo de precisión y amenidad que orienta la entrada en materia en los procesos de escucha y memoria de la tradición oral.

Casetti, F. (1980): *Introducción a la semiótica*. Barcelona. Fontanella.

Sigue siendo, válidamente, lo que su título ofrece, con una breve y buena selección de textos "clásicos" de semiótica al final del libro.

Cicourel, A. (1982): *El método y la medida en sociología*. Madrid. Editora Nacional.

Uno de los clásicos de la denominada sociología cognitiva a la vez que continuador de la orientación fenomenológica dentro de las ciencias sociales contemporáneas. Plagado de aportaciones teóricas y metodológicas, es un libro también con un importante capítulo dedicado específicamente a la entrevista. Difícil de conseguir por no haber sido vuelto a publicar una vez desaparecida su editora española.

Cicourel, A. (1987): "The interpenetration of communicative contexts: examples from medical encounters". *Social Psychology Quarterly*, 50: 2. pp. 217-226.

La etnografía de las prácticas clínicas sirve a Cicourel para ilustrar las ventajas y dificultades del análisis contextual de los discursos ligados a la acción. Interesante además por su revisión de la etnometodología desde presupuestos contextualistas, siendo los contextos, en este caso, espacios institucionales.

CIES (1979): *O monte é noso*. Vigo. Galaxia.

Libro de luchas campesinas en Galicia que refleja también cómo los metodólogos y los técnicos aprenden de los movimientos populares.

Colectivo IPES (1978): *Euskadi herri batzarrea*. Madrid. Zero ZYX.

Libro histórico sobre la transición en Euskadi.

Colectivo IPES (1978): *Poder local, poder municipal*. Madrid. Zero ZYX.

Libro histórico sobre este tema en la transición española.

Colectivo Ioé (1978): *Fascículo verde. ¿Por qué vivimos así?* Madrid. Asociación de Vecinos Extremadura-Solana (Pta. del Ángel).

Colectivo Ioé (1987): *Nuestro nuevo barrio y Barrio de los Geranios*. Madrid. Nuevas Palomeras (Vallecas).

Colectivo Ioé et al. (1993): *Curso sobre metodologías de participación*. Madrid. Congreso Internacional Movimientos Sociales (CIMS).

Estos folletos y artículos del Colectivo Ioé representan una selección de sus importantes trabajos en Investigación-Acción Participativa en nuestro Estado.

Conde, F. (1993): *Curso sobre metodologías de participación*. Madrid. Congreso Internacional Movimientos Sociales (CIMS).

Los grupos personalizados o triangulares que aporta suponen un planteamiento de las técnicas renovador y de mucho futuro.

Coulon, A. (1988): *La etnometodología*. Madrid. Cátedra.

Interesante como resumen del tema para ver su conexión con los métodos participativos desde esta tendencia.

Cronbach, L. J. (1970): *Essentials of Psychological Testing*. New York. Harper & Row.

Un texto clásico en evaluación psicológica desde el punto de vista psicométrico.

- Deleuze, G y Guattari, F. (1988): *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. Valencia. Pre-Textos.  
Libro fundamental para entender las aportaciones e intuiciones de estos autores y su influencia en la obra tanto de Ibáñez como de muchos de los restantes autores de este volumen.
- Demo, P. (1985): *Investigación participante: mito y realidad*. Buenos Aires. Kapelusz.
- Demo, P. (1988): *Ciencias sociales y calidad*. Madrid. Narcea.  
Mejor el primer libro que el segundo, que en todo caso muestra el debate de la investigación participante en Brasil, donde hay tanta experiencia acumulada.
- Ditterich, J. & Kachr, R. (1991): "Self-referentiality, transjunctional operations, polycontextura-  
lity". *Systemica*. Núm. 8. pp. 127-136.  
La lógica operacional y la empiria cibernética de la policontexturalidad son de una complejidad semántica y sintáctica apenas inteligible. Los autores hacen un esfuerzo de simplificación y síntesis con unos resultados muy loables. Aún así exige mucha paciencia del investigador.
- Ducrot, O. y Todorov, T. (1974): *Diccionario enciclopédico de las ciencias del lenguaje*. Buenos Aires. Siglo XXI.  
Incompleto y ya algo desfasado, este diccionario sigue siendo no obstante una fuente útil de consulta básica.
- Ducrot, O. (1986): *El decir y lo dicho. Polifonías de la enunciación*. Barcelona. Paidós.  
Ofrece sugerentes desarrollos del autor sobre las perspectivas semióticas abiertas por Bajtín, Austin y Benveniste. Es muy interesante por tratar de atracar los análisis empiristas a un contexto estructural más riguroso.
- Dupuy, J. P. (1982): *Ordres et Désordres. Enquête sur un nouveau paradigme*. París. Seuil.
- Dupuy, J. P. (1983): "L'auto-organisation du social dans la pensée libérale et économique".  
Dumouchel, P. y Dupuy, J. P. (eds.) (1983): *L'auto-organization. De la physique au politique*. París. Seuil.
- Dumouchel, P. y Dupuy, J. P. (eds.) (1983): *L'auto-organization. De la physique au politique*. París. Seuil.
- Dupuy, J. P. (1990): *La panique*. París. CREA.
- Dupuy, J. P. (1991): *Cours d'introduction aux sciences sociales*. París. Ecole Polytechnique.
- Dupuy, J. P. (1992): *Le sacrifice et l'envie*. Paris. Calmann-Lévy.  
Sus investigaciones sobre la epistemología de las ciencias sociales desde la perspectiva del pensamiento de la autonomía son una lectura obligatoria para todo científico social. Dupuy ha estado presente en la inspiración de los principales encuentros interdisciplinares y en los replanteamientos más audaces y recientes de la teoría social. El orden cronológico de sus textos se corresponde con un trabajo acumulativo y de profundidad creciente dentro de esta dirección.
- Ekman, P. (1989): "Why Lies fail and what behaviors betray a lie". Yuille, J. C. (ed.): *Credibility Assessment*. Dordrecht. Kluwer
- Ekman, P. y O'Sullivan, M. (1991): "Who Can Catch a Liar?". *American Psychologist*. 46: 9. pp. 913-920.  
En estos dos textos se recogen los últimos avances experimentales en la detección de la mentira mediante entrevistas.
- Equipo de Estudios (1977): "Los barrios: nuevo espacio de lucha obrera". *Teoría y Práctica*. Núm. 5. Madrid.  
Ignacio Fernández de Castro, Carmen Elejabeitia, y todo este equipo han sido pioneros en nuestro país de las perspectivas dialécticas.

Erikson, E. (1975): *Life History and historical moment*. Rikan. (Trad. cast. de Leopoldo Lovelace (1979): *Historia personal y circunstancia histórica*. Madrid. Alianza).

Sugere por la apertura a las relaciones entre procesos sociales y crisis de identidad desde la perspectiva autobiográfica.

Escandell Vidal, M. V. (1993): *Introducción a la pragmática*. Barcelona. Anthropos/UNED.

Excelente manual de pragmática lingüística, claro, riguroso y muy completo.

Fals Borda, O. y Rodrigues Brandão, C. (1986): *Investigación participativa*. Montevideo. Instituto del Hombre. Banda Oriental.

Fals Borda, O. et al. (1992): *La investigación participativa y la intervención social*. Curso sobre Perspectivas metodológicas en la política social. Valencia. UIMP.

Estos debates son fundamentales y básicos para entender desde el Sur como se entienden las ciencias sociales y a quién sirven.

Fals Borda, O., Villasante, T. R. y otros (1993): "Investigación-acción participativa". *Documentación Social*. Núm. 92. Madrid.

Artículos muy interesantes y de última hora sobre el debate en Latinoamérica y en nuestra península. Cuenta con autores muy variados.

Fernández Ballesteros, R.: "Comparaciones entre la evaluación tradicional y la evaluación conductual". Fernández Ballesteros, R. y Carrobes, J. A. I. (eds.) (1983): *Evaluación Conductual. Metodología y Aplicaciones*. Madrid. Pirámide.

Este es el texto fundamental, en nuestro medio, con el que se introdujo la evaluación conductual. El capítulo que citamos muestra las novedades de este enfoque frente a los anteriores, a los que juzga de forma algo simplista.

Flores, F & Winograd, T. (1986): *Understanding Computers and Cognition*. San Francisco. Ablex. (Trad. cast.: (1989): *Hacia la comprensión de la Informática y la Cognición*. Barcelona. Hispano Europea).

A través de una ingeniosa y útil síntesis de las obras de Heidegger, Habermas y los teóricos de los actos de habla los autores generan una nueva comprensión de las organizaciones en términos de redes de conversaciones en donde la interacción hombre/máquina comienza a jugar un rol crucial.

Flores, F. (1989): *Inventando la empresa en el siglo XXI*. Santiago de Chile. Hachette.

Tesis doctoral de Flores (1979). Se entreen algunas de las ideas seminales que se desarrollarán en textos y prácticas más recientes.

Foerster, H. von (1981): "On Cybernetics of Cybernetics and Social Theory.". Roth, G. & Schwegler, H. (eds): *Self-organizing Systems. An Interdisciplinary Approach*. Frankfurt. Campus. pp. 102-105.

Foerster, H. von (1981b): *Observing Systems*. California. Intersystems Publications.

Foerster, H. von (1991): *Las semillas de la cibernética*. Barcelona. Gedisa. (Ed. de Marcelo Pakman y presentación de Carlos Sluzki).

Ha merecido el calificativo de "padre de la cibernética". Sus textos sientan las bases epistemológicas de la cibernética de segundo orden o de los sistemas observadores. Desde la perspectiva de su formación matemática y científica se ha preocupado notablemente por las implicaciones para la acción de toda epistemología y por el futuro de la sociedad occidental. El primero es un artículo muy recomendable para la presentación del tránsito de la primera a la segunda cibernética y sus repercusiones en la teoría social y la teoría de la observación. Los dos restan-



tes poseen numerosos artículos comunes, fundamentales para manejar conceptos como el de sistema observador, relatividad de la observación, inclusión del observador en la observación, etc. La edición de Pakman es un excelente modo de adentrarse no sólo en el pensamiento de Von Foerster sino en la cibernética de segundo orden en su totalidad.

- Foerster, H. von (1986): "El curioso comportamiento de los sistemas complejos. Lecciones de la biología". *Mimeo*.  
 Texto sumamente corto, pero excepcional, en donde se sintetizan las principales ideas de la segunda cibernética con especial aplicación al campo del *management* de la complejidad.
- Folguera, P. (1987): "Objeto y método de la historia oral". Folguera, P. (1987): *Vida cotidiana en Madrid. Primer tercio de siglo a través de las fuentes orales*. Madrid. Comunidad de Madrid.  
 Abundantes y prácticas referencias bibliográficas bien contextualizadas y orientadas a la realización de trabajos de historia social.
- Fraser, R. (1979): *Spanish Blood: the experience of the civil war 1936-1939*. Allen Lane. (Trad. cast. de Jordi Beltrán (1979): *Recuérdalo tú y recuérdalo a otros*. Barcelona. Grijalbo).  
 Clásico de la historia oral y el más rigurosamente próximo al desarrollo de esta práctica en España.
- Fraser, R. (1990): "La formación del entrevistador". *Historia y fuente oral*. Núm. 3. pp. 129-150.  
 Un artículo que resume con fuerza y brillantez las reflexiones de un historiador oral de fama internacional que revela aquí sus experiencias prácticas en el trabajo de campo. Recomendable desde todo punto de vista: teórico, práctico y de experiencia. Una de las más fecundas referencias para reflexión de iniciados y buena guía para incipientes.
- Freire, P. (1975): *Pedagogía del oprimido*. Madrid. Siglo XXI.  
 Libro clásico que fundamenta todas las corrientes de investigación de las metodologías participativas.
- García Blanco, J. M. (1986): "Poder y legitimación en la teoría sociológica de Niklas Luhmann". *Revista Internacional Sociología*. Núm. 44. pp. 503-525.
- Izuzquiza, I. (1990a): *La sociedad sin hombres. Niklas Luhmann o la teoría como escándalo*. Barcelona. Anthropos.
- Rodríguez Ibáñez, J. E. (1989): *La perspectiva sociológica. Historia, teoría y método*. Madrid. Taurus.  
 Estos tres son una muestra de los escasos trabajos realizados con rigor por autores españoles sobre Luhmann.
- García Nieto, C., Vázquez, M. y Vilanova, M. (1990): *Historia, fuente y archivo oral*. Actas del Seminario "Diseño de proyectos e Historia Oral". Madrid. Ministerio de Cultura.  
 Un balance vivo y reciente de la corriente historiográfica de las fuentes orales, con participación de sus principales impulsores, en diálogo con otras disciplinas.
- García, P. y Blauert, J. (1992): *Environmental social movements in Latin America and Europe*. Kent. Barmarick.  
 Sobre un estudio comparativo entre movimientos ecologistas del norte y del sur y sus potencialidades actuales.

Geertz, C. (1983): *Local Knowledge*. New York. Basic Books.

Geertz, C. (ed.) (1991): *El surgimiento de la antropología posmoderna*. México. Gedisa.

Colección de ensayos metodológicos que presentan la antropología hermenéutica de Geertz, y las distintas etnografías experimentales integrantes de la así llamada antropología postmoderna.

Giddens, A. (En prensa): *Modernidad e identidad del yo*. Barcelona. Península. (e.o. 1991).

Este libro toma las propuestas en teoría social y los macroanálisis sociológicos que su autor había hecho previamente, y los dirige a considerar la situación de los agentes en esta modernidad tardía que nos ha tocado vivir. Además de aportarnos la historicidad concreta de la propuesta del trasfondo de la intencionalidad, la liga a una reflexión político-moral que parece inexcusable en cualquier reflexión sociológica.

Gohn, M. da Gloria (1992): *Movimentos sociais e educação*. Sao Paulo. Cortez.

Muy interesante por destacar el aspecto educativo y a largo plazo de los movimientos de base en Brasil.

Gras, A. (1990): "Quelques mots clés de la sociologie de Niklas Luhmann". *Cahiers Internationaux de Sociologie*. Núm. 89. pp. 389-398.

Izuzquiza, I. (1990b): "Niklas Luhmann ou la société sans hommes". *Cahiers Internationaux de Sociologie*. Núm. 89. pp. 377-387.

Estos dos artículos, publicados en la revista del grupo de sociólogos durkheimianos liderado por G. Balandier, son una buena y sencilla introducción a la obra de Niklas Luhmann.

Grathoff, R. (1989): *Milieu und Lebenswelt*. Frankfurt. Suhrkamp.

La investigación más completa hasta la fecha sobre el concepto de "mundo de la vida" de la fenomenología social, realizada en diálogo con Schütz y autores de otros enfoques.

Greimas, A. J. y Courtés, J. (1982): *Semiótica. Diccionario razonado de la teoría del lenguaje*. Madrid. Gredos.

Es la fuente más completa de información respecto a la orientación semiótica de la "Escuela de París". Puede adolecer de un cierto escolasticismo, como cualquier esfuerzo metodológico orientado por un prurito de rigor y coherencia, pero sigue siendo una obra indispensable de la semiótica contemporánea heredera de Hjelmslev.

Groupe d'Entrevernes (1979): *Analyse sémiotique des textes*. Lyon. Presses Universitaires.

Un excelente manual de semiótica textual más o menos greimasiana. Ha envejecido algo, pero sigue siendo útil.

Guber, R. (1991): *El salvaje metropolitano*. Buenos Aires. Legasa.

Manual de técnicas de antropología urbana de gran utilidad para seguir un curso bien estructurado en esa dirección.

Guerra, C. (1991): *Diseño participativo. Master en diseño de interiores*. Salamanca. Universidad de Salamanca.

Siguendo los planteamientos de A. Douroujeannie se desarrolla una metodología de las más interesantes más allá de los diseños.

- Gumbrecht, H.U. & Pfeiffer, K.L. (Hg.), (1991): *Paradoxien, Dissonanzen, Zusammenbrüche. Situationen offener Epistemologie*. Frankfurt. Suhrkamp.
- Schmidt, S. J. (Hg.), (1987): *Der Diskurs des Radikalen Konstruktivismus*. Frankfurt. Suhrkamp.
- Schmidt, S. J. (Hg.), (1992): *Kognition und Gesellschaft. Der Diskurs des Radikalen Konstruktivismus 2*. Frankfurt. Suhrkamp.
- Watzlawick, P. & Krieg, P. (Hrsg.), (1991): *Das Auge des Betrachters. Beiträge zum Konstruktivismus. Festschrift für H.von Foester*. München. Piper.
- Algunas muestras recientes tomadas del ámbito interdisciplinar alemán en las que se confirma el auge de los planteamientos constructivistas.
- Gutiérrez, J. y Callejo, J. (1992): *Comunicación y Sociedad*. Comunicación al IV Congreso Español de Sociología. Madrid. 26-28 Nov.
- Gutiérrez, J., Delgado, J. M., y Davila, A. (1992b): *Fenomenología, Cognitivismo y Cibernética en la Investigación Social*. Comunicación al IV Congreso Español de Sociología. Madrid. 26-28 Nov.
- Gutiérrez, J. (1993). *Análisis de los dispositivos de seguridad en los sistemas abiertos y cerrados*. Madrid. Tesis Doctoral. Inédito.
- Gutiérrez se ha formado como investigador social con Gonzalo Abril, Jesús Ibáñez y por medio de su larga experiencia en instituciones públicas y en empresas. Las dos comunicaciones al último congreso de Sociología, entre otras, dan idea de una intensa actividad de construcción teórica en la epistemología y metodología de la Investigación Social de segundo orden.
- Habermas, J. (1988): *La lógica de las ciencias sociales*. Madrid. Tecnos.
- Habermas, J. (1989): *El discurso filosófico de la modernidad (Doce lecciones)*. Madrid. Taurus.
- Habermas, J. (1992): *Faktizität und Geltung. Beiträge zur Diskurstheorie des Rechts und des demokratischer Rechtsstaats*. Frankfurt. Suhrkamp.
- En la primera de estas obras se contiene un largo artículo crítico de la teoría de sistemas luhmaniana (publicado en la discusión, en 1971) que representa la primera posición crítica importante. Las otras dos obras dan idea de las posteriores posiciones de Habermas acerca de la cuestión.
- Haraway, D. (1991): *Simians, Cyborgs, and Women*. London/New York. Routledge.
- El análisis histórico y crítico de algunos desarrollos de la Biología, así como una revisión de ciertos supuestos del marxismo y del feminismo, llevan a su autora a un cuestionamiento radical de la oposición naturaleza-cultura. Sus ideas constituyen el origen e inspiración de lo innovador que pueda haber en la propuesta metodológica del capítulo *Análisis del sentido de la acción*.
- Heims, S. J. (1991): *The cybernetics group*. Cambridge. MIT.
- Importante estudio histórico de los aportes de las conferencias Macy a la elaboración de la primera cibernética.
- Hobsbawm, E. (1959): *Primitive Rebels. Studies in archaic forms of social movement in the 19th and 20th centuries*. (Trad. cast. de Joaquín Romero Maura (1968): *Rebeldes primitivos*. Zetein).
- Clásico entre las investigaciones de historia social. Importante su valor introductorio en el campo de problemas de la documentación y los relatos biográficos y grupales.
- Hofstadter, D. R. (1980): *Gödel, Escher and Bach: an eternal golden braid*. New York. Vintage.
- (Trad. cast. (1987): *Gödel, Escher, Bach. Un eterno y gracil bucle*. Barcelona. Tusquets).
- Obra maestra en la que se examinan desde múltiples perspectivas los problemas de la autorreferencia, las paradojas y la autoorganización usando como casos paradigmáticos las obras de los autores del título.

Ibáñez, J. (1979): *Más allá de la sociología*. Madrid. Siglo XXI.

Texto básico para todo cuanto tiene que ver con la fundamentación epistemológica, metodológica y tecnológica de la metodología estructural. Es referencia inexcusable para el estudio del grupo de discusión como técnica.

Ibáñez, J. (1985): *Del algoritmo al sujeto*. Madrid. Siglo XXI.

Texto importante en relación con las distintas orientaciones metodológicas y la teoría social.

Ibáñez, J. (1986): "Perspectivas de la investigación social: el diseño en la perspectiva estructural". García Ferrando, M., Ibáñez, J., Alvira, F.: *El análisis de la realidad social. Métodos y técnicas de investigación*. Madrid. Alianza Universidad.

Aborda específicamente los problemas relativos al diseño de investigaciones mediante grupos de discusión, desde el momento de la formulación de la demanda.

Ibáñez, J. (1988): "Cuantitativo/ Cualitativo". Reyes, R. (ed.): *Terminología científico-social. Aproximación crítica*. Barcelona. Anthropos.

Se estudian las relaciones y las diferencias principales entre las metodologías cuantitativa y cualitativa, en el plano de lo epistemológico, metodológico y tecnológico.

Ibáñez, J. (comp.) (1990a): "Nuevos avances en la investigación social. La Investigación Social de Segundo Orden". *Suplementos*. Núm. 22. Barcelona. Anthropos.

Ibáñez, J. (1990b): *El regreso del sujeto*. Santiago de Chile. Amerinda.

Ibáñez ha escrito que se considera un sociólogo en línea con Von Foerster. Jesús Ibáñez es, probablemente, el investigador social y metodólogo español que con más éxito se ha ocupado de mantener su competencia técnica como investigador y teórico social en comunicación con la moderna teoría de sistemas y el pensamiento científico de la complejidad y la autonomía. Fruto de su voracidad intelectual y de su capacidad de síntesis es la concepción de la Investigación Social de Segundo Orden. Los siguientes textos proporcionan una codificación del punto de partida y una aproximación a sus puntos suspensivos.

Ibáñez, J. (1992): "El debate metodológico. La «guerra» incruenta entre «cuantitativistas» y «cualitativistas»". Reyes, R. (ed.): *Las ciencias sociales en España. Historia inmediata, crítica y perspectivas*. Madrid. Editorial Complutense.

Un texto que faltaba en el panorama del debate metodológico español. Discute ambos enfoques y los sitúa en el contexto de la oposición entre una sociología "nómada" y otra "sedentaria". Hay, también, algunos nombres propios.

Illich, I. (1975): *Crítica de Ivan Illich*. Barcelona. Anagrama.

Illich, I. (1975b): *La convivencialidad*. Barcelona. Anagrama.

Dupuy afirma que toda su concepción del pensamiento de la autonomía proviene o es deudora de los estudios de Illich. Aquí pueden encontrarse investigaciones empíricas acerca del concepto económico de contraprodujo o sobre su presencia en el campo de la sanidad.

Keeney, B. P. (1983): *Estética del cambio*. Buenos Aires. Paidós.

Keeney es discípulo directo de Bateson. El texto es una amena obra de síntesis de la epistemología cibernética y de su aplicación a la terapia familiar.

- Kerlinger, F. N. (1973): *Investigación del Comportamiento. Técnicas y Metodología*. México. Interamericana.  
Un libro clásico sobre métodos de investigación en psicología que incluye, además, un capítulo (núm. 28) sobre la entrevista de investigación.
- Knorr-Cetina, K. (1981): *The Manufacture of Knowledge*. Oxford. Pergamon P.  
La obra de referencia del contextualismo empírico cualitativo en uno de sus campos de aplicación privilegiados: la sociología del conocimiento (concretamente de las prácticas científicas).
- Kress, G. y Fowler, R. (1983): "Entrevistas". Varios autores: *Lenguaje y control*. México. FCE.  
Un provocador ensayo de interpretación de la entrevista desde el proyecto de construcción de una lingüística política.
- Krischke, P. J. (1993): *Actores sociales y consolidación democrática en América Latina*. Caracas. Fermentum.  
Son las ponencias centrales del último Congreso ALAS, y reflejan el estado de las ciencias sociales latinoamericanas.
- Krueger, R. (1991): *El grupo de discusión. Guía práctica para la investigación aplicada*. Madrid. Pirámide.  
Aborda el grupo de discusión como técnica en una línea muy de manual anglosajón. También, algunas cuestiones relativas al análisis. Su mayor interés reside en la posibilidad de compararlo con el análisis del discurso y el grupo de discusión tal como han sido desarrollados en España, y ver la sustancial diferencia que media entre unos y otros. Un texto sin el que podríamos seguir viviendo.
- Lama, J. M. (1990): *Metodología de la acción voluntaria*. Madrid. Plataforma para la promoción del voluntariado.  
Folleto muy útil para entender una forma de metodología participativa que se somete a debate frente a otras.
- Lamnek, S. (1989): "Die biographische Methode". *Qualitative Sozialforschung*. Vol. 2. Munich. Psychologie Verlags Union. pp. 312-361.  
Didáctica exposición del método de la entrevista biográfica con especial referencia al desarrollo de la investigación social alemana reciente.
- Lamo de Espinosa, E. (1990): *La sociedad reflexiva*. Madrid. CIS.  
Teoría sociológica sustantiva sobre la sociedad y la sociología reflexivas; buen punto de partida para pensar o repensar la metodología de la investigación social.
- Lapassade, G., Lourau, R. et al. (1968): *Marxisme ou socianalyse. Colloque de Cerisy. L'Homme et la Société*. París. Seuil.
- Lapassade, G., Lourau, R. Guattari, F. y otros (1977): *El análisis institucional*. Madrid. Campo Abierto.  
Estos autores son fundamentales en la perspectiva dialéctica-marxista del socioanálisis, tanto para conocer sus muy buenas intuiciones como para hacer lo propio con sus problemas.
- Lauretis, T. de (1992): *Alicia ya no*. Madrid. Cátedra.  
Es una colección de ensayos escritos sobre un fino entrelazamiento de feminismo y semiótica, de forma que su autora, a la vez que hace una revisión crítica de ambas tradiciones y del psicoanálisis, consigue esbozar una especie de síntesis superadora, que permitiría interesantes aportaciones al análisis de prácticas culturales.

- Lefebvre, H. (1972): *La vida cotidiana en el mundo moderno*. Madrid. Alianza.  
Uno de los padres del pensamiento marxista renovador que fundamenta los nuevos planteamientos sobre la cotidianidad y el urbanismo.
- Levinson, S. C. (1989): *Pragmática*. Barcelona. Teide.  
Un impresionante trabajo sobre los grandes temas de la pragmática lingüística, muy completo, muy bien expuesto y ejemplificado.
- López-Aranguren, E. (1986): "El análisis de contenido". García Ferrando, M. y otros: *El análisis de la realidad social*. Madrid. Alianza. pp. 383-414.  
Presentación introductoria de las técnicas básicas del Análisis de Contenido desde una perspectiva norteamericana, abundantemente ejemplificada al hilo de una investigación del autor. Especial incidencia en los problemas de muestreo, validez y fiabilidad.
- López de Ceballos, P. (1989): *Un método para la investigación-acción-participativa*. Madrid. Popular.  
Autora clásica en la perspectiva de la Investigación-Acción Participativa. Esta obra resume sus propuestas.
- Lozano, J., Peña-Marín, C. y Abril, G. (1986): *Análisis del discurso. Hacia una semiótica de la interacción textual*. Madrid. Cátedra.  
Este trabajo trata de aproximar las perspectivas de la semiótica estructural y las de la pragmática y la sociología fenomenológica desde una orientación decididamente textual.
- Luhmann, N. (1962): "Funktion und Kausalität". *Soziologische Aufklärung 1*. Opladen. Westdeutscher V. pp. 9-30. (Trad. cast.: Luhmann, N. (1973): *Ilustración sociológica y otros ensayos*. Buenos Aires. Sur. pp. 9-47).
- Luhmann, N. (1964): "Funktionale Methode und Systemtheorie". *Soziologische Aufklärung 1*. Opladen. Westdeutscher V. pp. 31-53. (Trad. cast.: Luhmann, N. (1973): *Ilustración sociológica y otros ensayos*. Buenos Aires. Sur. pp. 48-91).  
Estos dos artículos constituyen el primer planteamiento y fundamentación crítica de la metodología de análisis funcional de Luhmann.
- Luhmann, N. (1968): *Zweckbegriff und Systemrationalität*. Frankfurt. Suhrkamp. (Trad. cast.: Luhmann, N. (1983): *Fin y racionalidad de los sistemas*. Madrid. Ed. Nacional).  
Una crítica demoldora de la concepción clásica de finalidad. Se establece el fin como una estrategia de reducción de la complejidad.
- Luhmann, N. (1971a): "Moderne Systemtheorien als Form gesamtgesellschaftlicher Analysen". Habermas, J. & Luhmann, N. (1971): *Theorie der Gesellschaft oder Sozialtechnologie-Was leistet die Systemforschung?* Frankfurt. Suhrkamp. pp. 7-24.
- Luhmann, N. (1971b): "Sinn als Grundbegriff der Soziologie". Habermas, J. & Luhmann, N. (1971): *Theorie der Gesellschaft oder Sozialtechnologie-Was leistet die Systemforschung?* Frankfurt. Suhrkamp. pp. 25-100.
- Luhmann, N. (1971c): "Systemtheoretische Argumentationen. Eine entgegnung auf Jürgen Habermas". Habermas, J. & Luhmann, N. (1971): *Theorie der Gesellschaft oder Sozialtechnologie - Was leistet die Systemforschung?* Frankfurt. Suhrkamp. pp. 291-405.  
Una defensa y actualización orientada a la investigación sociológica del planteamiento específico de teoría de los sistemas sociales. Está anunciada su traducción al castellano en Amorrotu.

- Luhmann, N. (1984): *Soziale Systeme. Grundriss einer allgemeinen Theorie*. Frankfurt. Suhrkamp.  
(Trad. cast.: Luhmann, N. (1991): *Sistemas sociales. Lineamientos para una teoría general*. México. Univ. Iberoamericana/Alianza).  
La obra clave de síntesis teórica de Luhmann. A partir de ella está elaborando un programa que la desarrolla en el campo teórico y aplicado.
- Luhmann, N. (1986): *Ökologische Kommunikation*. Opladen. Westdeutscher V.  
Obra muy sintética, en la que con la excusa de abordar el problema ecológico expone de modo sintético y accesible el conjunto de su teoría de los sistemas sociales y en particular la comunicación como función de la sociedad.
- Luhmann, N. (1987c): "Autopoiesis als soziologischer Begriff". Haferkamp, H. & Schmidt, M. (Hrsg.): *Sinn, Kommunikation und soziale Differenzierung. Beiträge zu Luhmanns Theorie sozialer Systeme*. Frankfurt. Suhrkamp.  
Artículo en el que Luhmann responde a diversas críticas hechas a su obra.
- Luhmann, N. (1990a): *Die Wissenschaft der Gesellschaft*. Frankfurt. Suhrkamp.  
Junto con otro volumen anterior (dedicado a la economía) es la materialización de su programa de investigación sobre las funciones básicas de la sociedad como sistema autorreferente.
- Luhmann, N. (1990b): "Das Erkenntnisprogramm des Konstruktivismus und die unbekannt bleibende Realität". *Soziologische Aufklärung*. Opladen. Westdeutscher V. Núm. 5. pp. 31-58.
- Luhmann, N. (1990c): "Ich sehe was, was Du nicht siehst". *Soziologische Aufklärung*. Opladen, Westdeutscher V. Núm. 5. pp. 228-234.
- Luhmann, N. (1991a): *Soziologie des Risikos*. Berlin. Walter de Gruyter.
- Luhmann, N. (1991b): "Wie lassen sich latente Strukturen beobachten?". Watzlawick, P. & Krieg, P. (Hrsg.) (1991): *Das Auge des Betrachters. Beiträge zum Konstruktivismus*. München. Piper.
- Luhmann, N. (1992): *Beobachtungen der Moderne*. Opladen. Westdeutscher V.  
Estos artículos y estudios más especializados representan el paso de Luhmann de "sistémico" a "constructivista", dentro de lo que él denomina "constructivismo operativo".
- Llavona, L. (1983): "Una guía práctica de la entrevista conductual". *Revista Española de Terapia del Comportamiento*. 1: 2. pp. 171-198.  
Tal vez la exposición más útil, para la práctica, de la entrevista conductual. Incluye consejos prácticos.
- Maciejewski, F. (Hrsg.), (1973): *Theorie der Gesellschaft oder Sozialtechnologie*. Beiträge zur Habermas-Luhmann-Diskussion. 1. Frankfurt. Suhrkamp.
- Maciejewski, F. (Hrsg.), (1974): *Theorie der Gesellschaft oder Sozialtechnologie*. Beiträge zur Habermas-Luhmann-Diskussion. 2. Frankfurt. Suhrkamp.
- Giegel, H. J. (1975): *System und Krise. Kritik der Luhmannschen Gesellschaftstheorie. Theorie der Gesellschaft oder Sozialtechnologie*. Beiträge zur Habermas-Luhmann-Diskussion. 3. Frankfurt. Suhrkamp.  
Estos tres volúmenes, predominantemente favorables a Habermas y críticos con Luhmann, permiten conocer los comentarios y tomas de posición sobre el debate "Habermas-Luhmann".

Maloney, M. P. y Ward, M. P. (1976): *Psychological Assessment. A Conceptual Approach*. New York. Oxford University.

Este texto supone un enfoque teórico del psicodiagnóstico, de corte estructural, importante por el momento en que apareció, durante el auge de la evaluación conductual. Destacamos su definición de la validez conceptual.

Mandelbrot, B. (1975): *Los objetos fractales*. Barcelona. Tusquets.

Quienes necesiten ver para crecer disfrutarán con la complejidad de la geometría fractal. Entenderán así buena parte del pensamiento de segundo orden y la importancia y la sustantividad de la teoría desarrollada por este autor.

Marcuse, H. (1969): *Psicoanálisis y política*. Barcelona. Península.

El tema del psicoanálisis como entrada crítica en la política y los movimientos sociales es fundamental para las propuestas del socioanálisis dialéctico.

Marinas, J. M. y Santamarina, C. (eds.) (1993): *La historia oral: métodos y experiencias*. Madrid. Debate.

Edición de trabajos de los clásicos actuales de la historia oral, que permite el acceso en castellano a diversos ensayos teóricos y metodológicos básicos.

Martín Santos, L. (1991): *Diez lecciones de epistemología*. Madrid. Akal.

Los talleres de *episteme* que se postulan son una de las grandes aportaciones de este librito, que es un gran descubrimiento.

Marx, K. (1970): *Tesis sobre Feuerbach*. México. Grijalbo.

De toda su obra queremos recomendar estas tesis, por donde nos parece más interesante retomarlo ahora con mayor perspectiva, en relación con las metodologías de investigación-acción participativa.

Maturana, H. (1978): "The biology of language, the epistemology of reality". Rieber, D. (ed): *The biology and psychology of language*. New York. Plenum Press.

Texto base de Maturana en el cual se desarrolla en detalle la concepción autopoietica con especial énfasis en el lenguaje.

Maturana, H. y Varela, F. (1980): *Autopoiesis and cognition. The realization of the living*. Dordrecht. Reidel.

Versión primigenia de la teoría autopoietica. Recupera elaboraciones de 1973 y sintetiza el desarrollo en su aspecto naciente de las ideas de los biólogos/epistemólogos chilenos.

Maturana, H. y Varela, F. (1984): *El árbol del conocimiento*. Santiago de Chile. Universitaria.

Versión más madura de la teoría autopoietica. Texto sumamente útil para fines pedagógicos.

Mayman, M. (1968): "Early Memories and Character Structure". Sheckman, F. y Smith, W. H. (eds.): *Diagnostic Understanding and Treatment Planning*. Nueva York. John Wiley & Sons.

Trabajo interesante sobre la utilidad diagnóstica de las memorias tempranas.

McTavish, D. G. & Pirro, E. B. (1990): "Contextual Content Analysis". *Quality & Quantity*. Núm. 24. pp. 245-265.

Ensayo de fundamentación teórica del contextualismo desde la reflexividad de primer orden. Se explica además la mecánica concreta de funcionamiento del análisis de contenido acorde con esas premisas teóricas. Los ejemplos provienen del campo del análisis de contenido de medios de comunicación de masas (documentos de prensa escrita).



- Mechl, P. E. (1954): *Clinical vs. statistical prediction*. Minneapolis. University of Minnesota Press.  
Tal vez el alegato más fundamentado en contra de la predicción clínica y a favor de la actuarial o estadística.
- Michelat, G. (1975): "Sur l'utilisation de l'entretien non directif en sociologie". *Revue française de sociologie*. Vol. 16. Núm. 2. pp. 229-247.  
Buena y apretada guía de la utilización de los resortes teóricos, metodológicos y prácticos de la entrevista abierta en sociología.
- Montañés, M. (1993): *Rehabilitación de un espacio urbano en Parla*. Lisón, J. C.: *Espacio y Cultura*. Madrid. Coloquio.  
Experiencia concreta de un caso de investigación-acción participativa en un diseño municipal.
- Morin, E. (1973): *El paradigma perdido*. Barcelona. Kairós.  
Recomendamos este ensayo abigarrado para fundamentar las nociones de complejidad e hiper-complejidad social. Biólogos, historiadores y sociólogos se pueden dar cita en la ambición transdisciplinar de Morin.
- Niethammer, L. (1980): *Lebenserfahrung und kollektives Gedächtnis. Die Praxis der "Oral History"*. Frankfurt. Suhrkamp.  
Interesante recopilación de trabajos europeos que hacen el balance de la época de ampliación fundacional de la perspectiva interdisciplinar de la historia oral.
- Noya, F. J. (1991): "Por un situacionismo sistémico". *REIS*. Núm. 55. Madrid. CIS. pp. 25-45.  
Texto de implementación metodológica del constructivismo sistémico *more* contextualista, con la mediación del análisis institucional. El campo de aplicación es el estudio de los movimientos sociales.
- Núñez, C. (1989): *Educar para transformar, transformar para educar*. San José de Costa Rica. Alforja.  
Un autor fundamental tras P. Freire en la educación popular latinoamericana, con aportes que superan algunas deficiencias que se habían mostrado en algunas prácticas locales.
- Ortí, A. (1986): "La apertura y el enfoque cualitativo o estructural: la entrevista abierta y la discusión de grupo". García Ferrando, M., Ibáñez, J. y Alvira, F. (comps.): *El análisis de la realidad social. Métodos y técnicas de investigación social*. Madrid. Alianza. pp. 153-185.  
Diseña a la perfección el marco de contextualización de la entrevista abierta en las técnicas de la sociología cualitativa, realizando una potente condensación en el texto de elementos teóricos recogidos de la sociología crítica, la semiología y el psicoanálisis.
- Ortí, A. (1992): "De la guerra civil a la transición democrática: resurgimiento y reinstitucionalización de la Sociología en España". Reyes, R. (ed.): *Las ciencias sociales en España. Historia inmediata, crítica y perspectivas*. Madrid. Editorial Complutense.  
Un texto de los que suelen echarse en falta. En él Ortí analiza los vericuetos que llevaron a la reinstitucionalización de la sociología española, tras la guerra civil. La sociología vista en su función dentro del sistema.

- Othmer, E. y Othmer, S. C. (1989): *The Clinical Interview. Using DSM-III-R*. Washington. American Psychiatric Press.  
Este libro trata la entrevista clínica con amplitud y abundantes ejemplos, dentro del marco clasificatorio del DSM-III-R. Numerosos consejos prácticos.
- Pask, G. (1960): "The natural history of networks". Yovits M. C. y Cameron S. (Comps): *Self-Organizing Systems*. Londres. Pergamon Press.
- Pask, G. (1979): "Teoría de la Conversación". Ibáñez, J. (comp.) (1990): "Nuevos avances de la investigación social". *Suplementos*. Núm. 22. Barcelona. Anthropos.
- Pask, G. (1988): "The Old and New in Cybernetic Fashions." Congreso "Cognición y Comunicación" en la *Rijks Universiteit Ghent* de Bélgica. De próxima publicación.
- Pask, G. & De Zeeuw, G. (1992). *Interaction of Actors Theory*. Universidad de Amsterdam. Inédito.  
Gordon Pask es un pensador fundamental para una teoría cibernética de la observación, y para el estudio de sus aplicaciones a las ciencias sociales. Citamos pequeños ensayos de enorme interés que condensan las grandes palabras de su teoría de la conversación y su visión de la cibernética. Dedicarle tiempo a Gordon Pask es siempre una buena inversión intelectual.
- Passerini, L. (1988): *Storia e soggettività. Le fonti orali, la memoria*. Firenze. La Nuova Italia.  
Exploración precisa de las dimensiones del trabajo teórico y práctico de la historia oral y las biografías. Revisión crítica de trabajos anglosajones e italianos.
- Pawson, R. (1989): *A Measure for Measures*. London. Routledge.  
La visión más interesante del contextualismo justificado desde una metodología cuantitativa pero postempiricista. Está aderezada y puesta en práctica con ejemplos del análisis de las clases sociales.
- Penrose, R. (1991): *La nueva mente del emperador*. Madrid. Mondadori.  
En el debate acerca de la posibilidad de la creación artificial de inteligencia, el pensamiento de segundo orden tiene en Penrose una teoría de la mente no algorítmica y nada trivial.
- Pereña, F. (1979): *Sujeto y plus-valor lingüístico*. Inédito.
- Pereña, F. (1980): *Ideología, semántica y formación discursiva*. Inédito.  
El primero es una interesante aproximación al *Curso de Lingüística General* de Saussure. Propone una lectura distinta de la que quedó consagrada como canónica, de algunos conceptos centrales saussurianos. En el segundo texto se justifica el triángulo sémico como modelo de los campos semánticos. La segunda parte constituye una aplicación al análisis de religiones.
- Pereña, F. (1989): *Lógica del significante y discurso publicitario*. Madrid. (Multicopiado por la asociación Koiné).  
Trabajo sobre el discurso publicitario desde la perspectiva del análisis estructural. En algunos capítulos se desarrolla el triángulo sémico (modelo general de un campo semántico) en relación con otros modelos y se ahonda en sus posibilidades de aplicación.
- Pereña, F. (1990): "Hablar es un equívoco". *Anthropos*. Núm. 113. Barcelona. Anthropos.  
Plantea la imposibilidad lógica de abordar el discurso (y, en última instancia, la realidad social) mediante la perspectiva extensiva o cuantitativa. Útil para comprender la diferencia entre lo estructural y lo distributivo (extensivo métrico).
- Perks, R. (1990): *Oral History. An annotated bibliography*. London. The British Library.  
Se trata de la recopilación bibliográfica más completa y actualizada hasta el presente. Recoge principalmente las referencias británicas y en general anglosajonas.

- Plummer, K. (1983): *Documents of Life. An introduction to the problems and literature of a humanistic method*. Londres. Allen & Unwin. (Trad. cast. de Julio Velasco Cobelo (1989): *Los documentos personales. Introducción a los problemas y la bibliografía del método humanista*. Madrid. Siglo XXI.  
Trabajo útil bibliográfica y teóricamente, por su amplitud y por la calidad de sus referencias.
- Pope, K. S. (1992): "Responsibilities in providing psychological test feedback to clients". *Psychological Assessment*. 4: 3. pp. 268-271.  
Trabajo reciente, dedicado a tratar en extenso el tema de la devolución de los resultados al investigado, en evaluación neuropsicológica, generalizable a muchos otros terrenos.
- Prigogine, I. & Nicolis, G. (1977): *Self-Organization in Nonequilibrium Systems*. New York. Wiley.  
Prigogine, I. (1988): *¿Tan sólo una ilusión? Una exploración del caos al orden*. Barcelona. Tusquets.
- Prigogine, I. (1990): *La nueva alianza. Metamorfosis de la ciencia*. Madrid. Alianza.  
Aparece citado en todos los ensayos que pretenden introducirse o profundizar en cualquier aspecto relacionado con el pensamiento de la autonomía o la cibernética de segundo orden. Si la filosofía de la ciencia de las últimas décadas no puede escribirse sin contar con Popper o con Kuhn, lo mismo puede decirse de Prigogine y la actualidad científica. Fundamental.
- Pujadas, J. J. (1992): *El método biográfico: El uso de las historias de vida en ciencias sociales*. Madrid. CIS.  
Monografía metodológica de interés indudable en la didáctica de la investigación social aplicada. Buena bibliografía comentada y referencias a los ejemplos de trabajos sociohistóricos españoles.
- Rahman, A. y Fals Borda, O (1992): "La situación actual y las perspectivas de la investigación-acción participativa en el mundo". Salazar, M. C.: *La investigación-acción participativa*. Madrid. Popular.  
Libro muy importante para la divulgación de investigación-acción participativa.
- Reichertz, J. (1986): *Probleme qualitativer Sozialforschung. Zur Entwicklungsgeschichte der Objektiven Hermeneutik*. Frankfurt. Campus.  
Dada la dispersión e inaccesibilidad de las investigaciones de hermenéutica objetiva, este libro es toda una joya. Siguiendo la trayectoria de Oevermann va desvelando los orígenes, desarrollo y presente de la hermenéutica objetiva. Sesudo, pero imprescindible.
- Reyes, R. (ed.) (1988): *Terminología científico-social*. Barcelona. Anthropos.  
Contiene artículos muy interesantes para la innovación metodológico participativa en el pensamiento sociológico. Véanse por ejemplo los artículos de Gonzalo Abril, Fermín Bouza, y Jose Luis Rodríguez, entre otros.
- Riquelme, H. et al. (1992): *Otras realidades, otras vías de acceso. Psicología y psiquiatría transcultural en América Latina*. Caracas. Nueva Sociedad.  
La importancia de destacar la psicología desde situaciones de periferia y de necesidades, haciendo más rico el análisis.
- Rodríguez Sutil, C. (1991): "Diagnóstico de los prototipos de la personalidad y de sus trastornos". *Clínica y Análisis Grupal*. 13:1. pp. 66-87.  
Se describe la visión del autor sobre el diagnóstico estructural de la personalidad y la presentación clínica de los diferentes cuadros.

Rogers, C. R.: *Counseling and Psychotherapy*. Cambridge, Massachusetts. Houghton Mifflin Co.

Esta obra es fundamental para comprender el enfoque rogeriano, el más representativo tal vez de los enfoques humanistas en psicología, y su concepción de la entrevista.

Romeu, F. (1990): *El silencio roto*. Madrid. Instituto de la Mujer.

Historias de vida de las mujeres en la resistencia bajo el franquismo.

Ruiz Olabuínaga, J. I. e Ispizua, M. A. (1989): *La descodificación de la vida cotidiana. Métodos de investigación cualitativa*. Bilbao. Universidad de Deusto.

Muy correcta y bien elaborada introducción a la problemática teórica de la investigación cualitativa de la vida cotidiana, con buenos capítulos sobre la entrevista donde se recogen las aportaciones clásicas norteamericanas de los años cincuenta y trabajos más recientes de enorme interés.

Sacristán, M. (1987): *Pacifismo, ecología y política alternativa*. Barcelona. Icaria.

Autor de gran rigor marxista que llega al análisis de los movimientos actuales y encuentra su fondo para una reconceptualización teórica y metodológica de mucho alcance.

Sánchez Vázquez, A. (1987): *Escritos de política y filosofía*. Madrid. Ayuso-FIM.

Fundamental su pensamiento marxista crítico para retomar el concepto de praxis, que reelabora con gran creatividad.

Sánchez-Casas, C. (1987): *La construcción del espacio social*. Madrid. EUSYA.

Una elaboración teórica muy próxima a la denominada investigación-acción participativa y con aplicaciones interesantes para los movimientos.

Sarabia, B. (1985): "Historias de vida". *RIS*. Madrid. CIS.

Uno de los primeros trabajos españoles de síntesis y fundamentación del método de las historias de vida desde la psicología social. Con referencias bibliográficas básicas de la investigación social.

Saussure, F. de (1983): *Curso de Lingüística General*. Madrid. Alianza.

Texto fundacional del estructuralismo lingüístico.

Schütz, A. (1972): *Fenomenología del mundo social*. Buenos Aires. Paidós.

La obra de Schütz constituye un estudio exhaustivo y potente de una teoría de la mente fenomenológica y de la autoobservación social. Numerosos de sus conceptos y esquemas de análisis son reconstruidos y explotados por otros planteamientos teóricos no fenomenológicos.

Searle, J. (1978): *Actos de habla*. Madrid. Tecnos.

Igual que ocurría con la obra de Austin, se trata de un texto imprescindible para introducirse en la filosofía del lenguaje "post-filosófica", con importantísimas implicaciones para una teoría "conversacional" de las organizaciones.

Searle, J. (1992): *Intencionalidad*. Madrid. Tecnos.

Es un análisis ya clásico de la Intencionalidad como propiedad fundamental de la mente humana. Su evidente conexión genética con la filosofía del lenguaje cotidiano, que su autor ayudó a consolidar con la teoría de los actos de habla, la convierte en una pieza clave de cualquier reflexión sobre el sentido de las acciones.

Serres, M. (1972): *L'Interference*. París. Minuit.

Serres, M. (1991): *El Paso del Noroeste*. Madrid. Debate.

Filósofo, epistemólogo y matemático. Las ideas de impureza, ruido, relatividad, y transdisciplinariedad, entre otras recogidas en el capítulo *Socioanálisis Cibernético*, se encuentran ampliamente desarrolladas en sus textos. Es uno de los filósofos de la ciencia más importantes de nuestro tiempo. También de él se ha escrito que su cabeza encierra el universo en su totalidad.

Silva, F. (1983): "La Entrevista". Fernández Ballesteros, R. y Carroble, J. A. I. (eds.) (1983): *Evaluación Conductual. Metodología y Aplicaciones*. Madrid. Pirámide.

Revisión conceptual de la entrevista desde el enfoque conductual.

Spencer-Brown, G. (1972): *Laws of form*. New York. Dutton.

Su obra constituye los *Principia Matemática* de la teoría de la complejidad, el constructivismo social, y la teoría de la observación. Sin embargo el lector no puede esperar recibir todo esto en un lenguaje próximo a su vida cotidiana.

Spitzer, R. y Williams, J. (1985): *Structured clinical interview for DSM-III-R personality disorders*. New York. New York Psychiatric Institute.

Es un manual sobre una entrevista estructurada para el eje II del DSM-III-R.

Steier, F. (1991): "Reflexivity and methodology: an ecological constructivism". Steier, F. (ed.): *Research and Reflexivity*. Newbury Park. Sage.

La defensa más expresa del contextualismo en la cibernética de segundo orden. Texto más programático que propiamente argumentativo en lo tocante a las propuestas metodológicas.

Sullivan, H. S. (1974): *La Entrevista Psiquiátrica*. Buenos Aires. Psique.

La primera obra (el original es de 1954) desde la psicología dinámica en que se comenta ampliamente la técnica de entrevista, con inclusión de ejemplos clínicos.

Sundberg, N. D. (1977): *Assessment of Persons*. New Jersey. Prentice Hall.

Obra dedicada al diagnóstico de la personalidad, con especial atención a la historia personal y a la utilización de los documentos personales.

Taylor, S. J. y Bogdan, R. (1992): *Introducción a los métodos cualitativos de investigación*. Barcelona. Paidós Ibérica.

Manual muy completo de carácter introductorio en el análisis de la tradición teórica de la investigación cualitativa norteamericana. Se añaden a su interés las sensatas observaciones del capítulo que dedica a la entrevista abierta.

Thompson, P. (1978): *The voice of the past*. Oxford. Oxford University Press. (Trad. cast. de Josep Domingo (1988): *La voz del pasado. La Historia Oral*. Valencia. Edicions Alfons el Magnànim).

Además de su indudable valor crítico y metodológico contiene una cuidadosa bibliografía seleccionada por campos sociológicos e historiográficos de aplicación.

Trías, E. (1970): *Filosofía y carnaval*. Barcelona. Anagrama.

Muy interesante la autocrítica de la filosofía que se propone.

Vansina, J. (1966): *De la tradition orale (Essai de méthode historique)*. Tervuren. Musée Royale de l'Afrique Centrale. (Trad. cast. de Miguel M<sup>a</sup> Llongueras (1967): *La tradición oral*. Barcelona. Labor.

Un trabajo pionero que sitúa reflexivamente la historia oral en el conjunto de métodos historiográficos y etnológicos.

Varela, F. (1979): *Principles of biological autonomy*. New York. Elsevier.

Síntesis intelectual monumental del primer Varela. Incluye perspectivas, ensayos y enfoques básicos para la comprensión de la autopoiesis y sus prolongaciones al campo cognitivo, simbólico y social.

Varela, F. (1981): "Autonomy and Autopoiesis". Roth, G. & Schwegler, H. (eds): *Self-organizing Systems. An Interdisciplinary Approach*. Frankfurt. Campus.

Varela, F. (1983): "L'Auto-organisation: de l'apparence au mécanisme". Dumouchel, P. y Dupuy, J. P. (eds.) (1983): *L'auto-organization. De la physique au politique*. París. Seuil.

El conocimiento de la obra de Varela es absolutamente indispensable para obtener una comprensión de la noción de autoorganización en la segunda cibernética, así como una perspectiva de la enacción en el terreno de las ciencias cognitivas. Recomendamos estos dos pequeños artículos que resumen buena parte de sus aportaciones y sus cautelas en relación con la aplicación a las ciencias sociales de la idea de autonomía.

Varela, F. (1989): *Connaître*. París. Seuil. (Trad. cast. (1990): *Conocer*. Barcelona. Gedisa).

Manifiesto de la concepción autoorganizacional en relación con las teorías cognitivas. Un modelo de ensayo por su rigor, posicionamiento de perspectivas propias y ajenas y reconceptualización del campo.

Varios autores: (1991): *De quién es la iniciativa*. Madrid. Popular.

Libro de debate entre distintos autores y el propio equipo promotor, el cual es uno de los más destacados entre nosotros en los temas de educación popular y métodos de participación grupal.

Varios autores (1973): *Textos situacionistas. Crítica de la vida cotidiana*. Barcelona. Anagrama.

Un clásico del mayo del 68 que plantea los problemas tratados en el socioanálisis dialéctico.

Vilanova, M. (ed.) (1986): *El poder en la sociedad*. Barcelona. Antoni Bosch.

Selección de trabajos sobre el contexto político de la investigación, realizada por una de las pioneras españolas de la historia oral.

Villasante, T. R. (1976): *Los vecinos en la calle*. Madrid. Ed. de la Torre.

Villasante, T. R. y Tamarit, L. (1982): *Hacia una ciudad habitable*. Madrid. Miraguano.

Villasante, T. R. (1984): *Comunidades Locales*. Madrid. IEAL (INAP).

Villasante, T. R. (1985): "Espacio, cotidianidad, saber, poder". *Alfoz*. Núm. 21/22. Madrid.

Villasante, T. R. (1986): "Redes comunitarias y nuevas cosmologías". *Alfoz*. Núm. 29. Madrid.

Villasante, T. R. (1991): "Movimientos ciudadanos e iniciativas populares". *Cuadernos obreros*. Madrid. HOAC.

Los tres primeros libros son más históricos y se corresponden con diversos momentos de la transición desde los movimientos populares. Los otros tres tienen interés desde la reconceptualización metodológica que se presenta y que va fundamentando la investigación-acción participativa.

- Watzlawick, P. (ed) (1984): *The invented reality. How do we know what we believe?* New York W. W. Norton & Co. (Trad. cast.: (1991): *La realidad inventada*. Barcelona. Gedisa).  
Interesante inventario de las perspectivas constructivistas, con aplicaciones variadas al campo textual y social. Incluye un útil y sintético texto de Varela.
- Wiens, A. N. (1983): "The Assessment Interview". Weiner, I. B. (ed.): *Clinical Methods in Psychology*. New York. John Wiley & Sons.  
En ese capítulo se atiende ampliamente a los estudios experimentales realizados sobre la entrevista clínica.
- Wittgenstein, L. (1988): *Sobre la Certeza*. Gedisa. Barcelona.  
Esta obra recoge el último pensamiento de Wittgenstein sobre cuestiones de conocimiento, significado y actitudes proposicionales en general. Con la enorme capacidad de argumentación, sugerencia y seducción que caracteriza su pensamiento, nos ofrece una de las primeras y mejores aproximaciones tentativas a lo que hemos llamado el trasfondo del sentido en nuestro capítulo *Análisis del sentido de la acción*.
- Wolf, M. (1982): *Sociologías de la vida cotidiana*. Madrid. Cátedra.  
Las perspectivas de Goffman, de la etnometodología y del conversacionalismo son expuestas en este trabajo de una forma clara y útil.
- Wolpe, J. y Lang, P. J. (1964): "A fear survey schedule for use in behavior therapy". *Behavior Research and Therapy*. Núm. 2. pp. 27-30.  
Uno de los registros, o entrevista estructurada, más conocido en evaluación conductual.
- Zemelman, H. (1987): *Conocimiento y sujetos sociales*. México. El Colegio de México.
- Zemelman, H. (1992): *Los horizontes de la razón*. Barcelona. Anthropos.  
Autor fundamental para entender las epistemologías (segundo libro) y las metodologías (primer libro), con las que discutimos y aprendimos buena parte de lo planteado en nuestra obra acerca de las metodologías participativas y la investigación-acción participativa.





DISTRIBUIDORA  
**ESTUDIOS** S.R.L.  
MUCHO EN VERDAD  
9-276004

ISBN 84-7738-226-3



1.8302

EDITORIAL  
SINTESIS